

"CÁTEDRA GENERAL CASTAÑOS". CAPITANÍA GENERAL DE LA REGIÓN MILITAR SUR  
CONSEJERÍA DE CULTURA Y MEDIO AMBIENTE  
ASESORÍA QUINTO CENTENARIO  
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ  
DIPUTACIÓN DE SEVILLA

# LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN LOS SIGLOS XV Y XVI

Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar

MÁLAGA, 1993



LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN LOS SIGLOS XV Y XVI  
ACTAS DE LAS II JORNADAS NACIONALES DE HISTORIA MILITAR



"CÁTEDRA GENERAL CASTAÑOS"  
CAPITANÍA GENERAL DE LA REGIÓN MILITAR SUR  
CONSEJERÍA DE CULTURA Y MEDIO AMBIENTE  
ASESORÍA QUINTO CENTENARIO  
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

# **LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN LOS SIGLOS XV Y XVI**

**Actas de las II Jornadas Nacionales  
de Historia Militar**

MÁLAGA, 1993



© "Cátedra General Castaños". Capitanía General de la Región Militar Sur.  
Sevilla.

I.S.B.N.: 84-600-8633-X.

Depósito Legal: MA-1.035-1993.

---

Imprime: Corcelles-LA ESPAÑOLA. Sánchez Pastor, 3. Telf. 222 29 97. 29015 - Málaga.



## PRESENTACIÓN

*Aparecen impresas en este libro las ponencias y comunicaciones de las Segundas Jornadas Nacionales de Historia Militar, organizadas en el marco de las actividades culturales de la "Cátedra General Castaños".*

*Espero y deseo que estas líneas de agradecimiento y felicitación a todos los que con su trabajo e ilusión, así como a los que con su comprensión y magnanimidad hicieron posible la edición de esta obra, se sigan escribiendo a lo largo de muchos años.*

*Ello implicaría que la "Cátedra General Castaños" sigue viva, prescindiendo de las personas que, al menos en los puestos de Presidente y Vicepresidente, son efímeras por razones profesionales.*

*Permítaseme que esta presentación del libro exprese mi nostálgico adiós a la Cátedra, a sus componentes, a sus actividades y a estas tan personalmente queridas Jornadas.*

*Escribo estas líneas lleno de agradecimiento a todos los colaboradores de las Segundas Jornadas, pues, y no es tópico, sin el magnífico trabajo del grupo de Vocales y Secretario del Consejo Directivo no se hubieran llevado a cabo ni las Jornadas, ni los Seminarios ni cualquier otra actividad.*

*Con la esperanza de leer, mientras mi presbicia me lo permita, otras publicaciones análogas a ésta, dejo constancia de mi amplio agradecimiento.*

JUAN PÉREZ CRUSELLS

General Jefe R. M. Sur y

Presidente de la "Cátedra General Castaños"  
durante 1990-1992.



## INTRODUCCIÓN

*El Curso 1991-1992 representaba el tercer año de andadura para la "Cátedra General Castaños". El Curso se iniciaba teniendo como perspectiva un gran acontecimiento esperado con entusiasmo por ciudadanos de todo el mundo: la Exposición Universal de Sevilla, ante la cual la "Cátedra General Castaños" no podía mantenerse al margen. Por ello el Curso 91-92 se orientó como una participación más para conmemorar, de alguna manera, el V Centenario del Descubrimiento de América, gran empresa española en la que la aportación militar fue decisiva.*

*La "Cátedra General Castaños" quería contribuir a ampliar el conocimiento sobre una época tan relevante para la Historia de España y del Continente Americano. Por ello, y siguiendo la trayectoria iniciada el curso anterior, la "Cátedra General Castaños" quiso organizar las II Jornadas Nacionales de Historia Militar, para analizar "la Organización Militar en los siglos XV y XVI".*

*El tema elegido se debe a la importancia que los hombres de armas tuvieron en la expansión española por el Nuevo Mundo.*

*Allí, en las nuevas tierras conquistadas, se aplica la experiencia y las técnicas guerreras que, durante varios siglos, se adquirieron en los reinos cristianos peninsulares y, muy concretamente, la organización militar que Castilla había puesto en práctica en la reciente conquista del Reino de Granada.*

*Conocer la organización militar, la guerra en la frontera granadina, la formación y funcionamiento de las huestes, la participación de las ciudades, la técnica guerrera y las fortificaciones era el objetivo de estas Jornadas. Del análisis de todos aquellos factores que unían la actividad bélica con el quehacer del incipiente Estado Moderno, del estudio de las individualidades de algunos hombres de armas —unos conocidos y otros anónimos— y de las empresas iniciadas con un carácter más militar que civil, pero que suponían, en muchos casos, un desarrollo conjunto de la sociedad, se podían obtener hipótesis o tesis que contribuyeran a proseguir el estudio de una época —los siglos XV y XVI— y de un estamento que, en alguna ocasión, ha sido considerado como "matriz de organizaciones y saberes".*

*Durante los días 10, 11, 12 y 13 de marzo se analizaron y discutieron tesis, teorías y hechos históricos, en un foro en el que investigadores procedentes del mundo universitario y militar avanzaron en el conocimiento de este período histórico y de los aspectos sugeridos.*

*Agradecemos a todos los ponentes, comunicantes y participantes, en general, sus aportaciones científicas y, sobre todo, su cordialidad, su entusiasmo. Entre todos consiguieron alcanzar el objetivo primordial de la "Cátedra General Castaños" la colaboración, en aspectos culturales, entre personal civil y militar.*

*Sevilla, noviembre 1992.*

*Esther Cruces Blanco.*

*DIRECTORA DE LAS JORNADAS*

# I PONENCIA

# LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN LOS SIGLOS XV Y XVI

**René Quatrefages**

Directeur de recherche

Université de Caen.

Cuando el 2 de enero de 1492, hicieron los no todavía RR.CC. su solemne entrada en Granada estaban rodeados por todo su ejército: 10.000 caballos y 50.000 peones según el relato que hizo el 7 del mismo el testigo presencial Bernardo del Rói. Una hueste de tipo medieval, adaptada a la guerra final de la Reconquista. Pero sí, una hueste que, después del triunfo, iba a desaparecer por transformación. Claro está que en el marco de esta ponencia no pretendo más que proponer una síntesis de lo que califico de revolución militar moderna. Así trataré primero de la organización militar durante la última fase de la contienda con el reino nazarí; segundo de las reformas del último decenio del siglo XV, concretamente desde 1493 hasta 1503; tercero finalizando con la nueva organización militar que generó a comienzos del siglo XVI el famoso sistema del tercio, instrumento de la preponderancia española hasta casi mediados del siglo XVII.

## **La organización militar a final de la Reconquista.**

Cuando Fernando e Isabel entraron en Granada, el ejército que tenían a su vista los musulmanes estaba al apogeo de su potencia. Estas fuerzas comprendían primeramente las tropas reales, compuestas de unidades de soldados pagados o llamados por el poder real. El cuerpo militar básico de esas fuerzas eran las guardas reales. Estas guardas, en su mayoría hombres de armas, constituían el núcleo del real, conforme al modelo medieval clásico, ya de estatuto profesional bastante marcado. Al empezar la última fase de la guerra representaban alrededor de un millar de lanzas. Lo que correspondía en España nada más que a igual número de combatientes. Al contrario de otros reinos cristianos de Europa occidental donde podía variar una lanza de 4 a 7 combatientes. Por ejemplo 6 en Francia para una "lance fournie" ó 7 en Borgoña. Repartíase esta caballería en dos especialidades. Por una parte en lanzas de hombres de armas; sean sencillos es decir teniendo una sola cabalgadura o sean "dobladura", lo que implica para éstas mantener dos caballos, el segundo llamado "dobladura". Por otra parte, lanzas ginetas, de armamento ligero conforme a la peculiaridad de la guerra con los moros.

Hay que añadir a las guardas reales, los "vasallos del rey", cuyo servicio no tenía carácter permanente sino que tenían obligación de obedecer a cada llamamiento real. En compensación de su obligación percibían una pensión, el acostamiento, todavía denominado en los documentos de archivo "tierra" a pesar de que se pagaba ya en dinero. Lo que subraya a raíz medieval por clara referencia al vasallaje resultante de un asiento por el cual un caballero aceptaba un sueldo del rey comprometiéndose a prestar un servicio también permanente pero de reserva. Por ese medio, el poder real procuraba disponer de un potencial de combatientes semi-profesionales esparcidos por todos sus reinos, con capacidad de movilización a cada llamamiento después del debido apercebimiento.



Además, esta institución de los “vasallos del rey” permitía conservar como reserva las guardas reales deseosas de retirarse por razón cualquiera del servicio activo permanente; o igualmente como forma de jubilación para cuantas el rey quería reformar sin correr demasiado riesgo de enfrentarse con la nobleza. Sobre todo, el sistema del acostamiento permitía al poder real mantener soldados adiestrados exclusivamente a su servicio. También resultaba que al fin y al cabo, mediante poco gasto, el mismo poder real podía contar con efectivos de caballería que normalmente debía ofrecer la nobleza por razón de su genuina obligación militar. Pero siempre con carácter aleatorio. En cierta manera pasaba lo mismo para los “caballeros de cuantía”, numerosos en Andalucía. Así que los vasallos solían proporcionar a la hueste más lanzas que todas las guardas reales.

Existía otra categoría de “vasallos del rey” proviniendo de ciertas “ciudades, villas, prelados y grandes” según la canclillerisca enumeración. Con igual reglamento; salvo que el titular del asiento percibía la totalidad del acostamiento correspondiente al número de lanzas de toda clase que tenía comprometido enviar al real en caso de llamamiento. Esta categoría representaba más o menos medio-millar de combatientes. Entre todo, el acostamiento global de los “vasallos del rey” procuraba alrededor de 1.500 lanzas. Lo que alzaba el conjunto de la caballería real, incluyendo las guardas, hasta las 2.500 lanzas.

Por fin, hay que notar entre las tropas reales siempre sufragadas por la real hacienda un grupo aún pequeñísimo de *espíngarderos*. Estos peones, que no alcanzaban en aquel entonces y al principio el centenar, atestiguan el interés para el arma de fuego portátil. A este embrión de infantería en el seno de las guardas reales debía corresponder un porvenir brillantísimo en el marco de los futuros tercios.

A este conjunto de tropas reales, se debe sumar los contingentes de hecho permanentes de la Hermandad, sean caballería o peonaje. A pesar de un estatuto jurídico diferente, los regían el poder real bajo reglamentos idénticos. El padrón de la contribución obligaba mantener una lanza cada 100 vecinos costándoles 18.000 mrs., o sea el sueldo habitual de un hombre de armas de las guardas. Por consiguiente la repartición territorial permitía la constitución de una fuerza militar al margen de las tropas tradicionales de la institución, esas famosas cuadrillas encargadas del orden público local y mantenidas por los municipios.

La contribución de la Hermandad quedaba sometida a renovación trienal con motivo de las asambleas generales de dicha institución, lo que dejaba el asunto fuera del control de las Cortes. Y de hecho, hasta la supresión de la misma en 1498, las tropas así mantenidas se beneficiaron de la estabilidad inherente a la regularidad de la paga. En los años 1491-92, la caballería de la Hermandad alcanzaba casi 1.500 lanzas. Lo que era muy superior a las solas guardas reales. Así que desde el punto de vista del mando directo, el rey disponía de 4.000 lanzas.

Además de estos caballos, la Hermandad proporcionaba un fuerte contingente de peones que tampoco tenían nada que ver con los cuadrilleros encargados de la policía del campo, órgano tradicional de la institución regenerada en 1476 en las Cortes de Madrigal. Los efectivos de este peonaje particular eran mucho más numerosos. Se puede decir que constituían una verdadera “infantería” instrumentalizada por el poder real. Así por ejemplo, para la dura campaña de 1489, proporcionó la Hermandad hasta 10.000 peones; la mitad ballesteros, 3.000 lanceros, 1.000 *espíngarderos* y 1.000 gastadores.

A todo eso, evidentemente, se añadían en tal caso las tropas señoriales, incluso de las órdenes militares y de los prelados: las mesnadas. Comparadas a las tropas reales, aparecían más numerosas. El final de la Guerra de Granada nos permite contemplar por última vez en España el despliegue, algo ostentoso, de verdaderos ejércitos privados señoriales, pero ya organizados *mutatis mutandis* como los reales, contando caballos y peones. No obstante, la participación señorial no estaba uniforme, ni mucho menos. Sola, la alta nobleza, grandes y titulados, podía presentar mesnadas; y por lo tanto beneficiarse de los mandos, incluso de las unidades creadas para organizar la mayoría de los nobles que servían individualmente.

Al igual que los reyes, los grandes tenían vasallos, llamados de señores, pagándoles una pensión también denominada acostamiento. Sencillamente, estos vasallos respondían al llamamiento de su señor. Levantaban además estos señores peones sobre sus estados. En lo que toca a la pequeña nobleza, esencialmente los hidalgos, el apercebimiento real no le pedía más que acudir. Lo hacían un poco a su voluntad; los unos presentándose con caballo, otros a pie, los más armados parcialmente. El conglomerado de todos estos combatientes nobles podía representar entre cinco a diez mil caballos al final de la Reconquista, y entre tres a seis mil peones.

En fin, el último grupo importante de las reales huestes era el de las “milicias concejiles”. Recordamos que el título XIX de *Las Siete Partidas*, el gran código medieval, trataba de los deberes del pueblo en defensa del rey y del reino; en particular la ley II. Estas antiguas disposiciones exentaban de todo servicio militar al clero y a los musulmanes. Para los demás, una vez establecida el principio de una obligación general, la ejecución dependía de las autoridades locales, acatando y cumpliendo los mandamientos reales. Según sus capacidades económicas se repartía la gente en dos categorías: gente de caballo formando esta institución típica de la sociedad medieval hispánica de la caballería villana, fundada sobre la fortuna. Estos prestaban servicio personal al rey pero en el marco de su municipio. El otro grupo comprendía los peones, también repartidos según sus facultades contributivas en lanceros, ballesteros y, excepcionalmente, espingarderos. En víspera de la toma de Granada, en 1491, las dichas milicias contaron unos diez mil peones. Todos los contingentes de una misma comarca debían acudir en un mismo lugar encabezados por jefes locales, bajo pendones de sus municipios. Llegados al real, por lo general conservaban sus cabezas. Pero los espingarderos iban a parte, agregados por razón de su especialidad y no de su origen geográfico.

Estrechamente vinculado a la hueste, pero autónomo, existía un cuerpo de artillería integrado a las tropas reales. Unidad todavía más que modesta al empezar la última fase de la Reconquista dado que lo componían solamente como verdaderos artilleros quince titulares en 1480 al mando de un “capitán de la artillería”. Pero el carácter poliorcético acentuado del final de la contienda cristiano-musulmana realzó muchísimo su importancia, a consecuencia de su eficacia contra la fortificación medieval. Por lo tanto creció el cuerpo. ¡En 1492, quedaron en defensa de la Alhambra recién ocupada más artilleros que todos los de la nómina de 1480! Sobre todo, tuvo que desarrollarse el “servicio general” necesario a su funcionamiento y, ya en 1487, un millar de oficiales obraban en la fabricación de pelotas, cureñas, pólvora, baterías, etc., a la sombra de los artilleros y otros lombarderos.

Las piezas más gruesas eran las lombardas, sean grandes, medianas o pequeñas según su fundición. Varios tipos derivados constituían a su vez otras tantas clases de piezas. Así de los *pasavolantes*, cañones medianos pero más largos que las lombardas; lo mismo de los *ribadoquines*, aún más largos, cuyos derivados muy usados fueron los *esmerillones*. Otro grupo estaba constituido con piezas muy ligeras respecto a las primeras, pero mucho más manejables, llamados *falconetes*. Esta variedad permitía adaptar este sistema de armas a las situaciones peculiares de su utilización en su primera edad. Poco más o menos, la artillería siguió un desarrollo paralelo al de la fuerza militar hispánica a lo largo del siglo XVI, pero sin beneficiarse de una organización interna a la medida del nuevo ejército.

### Las reformas del decenio 1493-1503.

Terminada la Reconquista, los soberanos constataron el relajamiento de la preparación popular a la guerra. Es evidente que derrocado el islam político, Aragón vinculado dinásticamente a Castilla, destrozada Navarra por sus luchas intestinas, Portugal mirando hacia ultramar y la empresa columbiana todavía circunscrita a los pasillos de palacios, el pueblo castellano podía no temer nada. Ese pueblo que no tenía por qué mirar más allá de sus fronteras como sus reyes. Cuando Fernando ya sabía que su política exterior desencadenaría el conflicto con el reino de Francia, y que sabía mucho más que el instrumento militar heredado de la Reconquista, tal cual acabo de describirle, no le permitía sostener cualquier guerra. Sobre todo en Italia, verdadero laboratorio militar, donde el experto Maquiavelo estimaba a Francia como primera potencia militar.

En esa perspectiva, encargaron los soberanos a uno de sus mejores consejeros en la materia, Alonso de Quintanilla, el que tenía vara alta sobre la Hermandad con el prior de Villafranca, la redacción de un informe sobre las medidas imprescindibles para resistir a Francia. Casi en seguida, desde 1493, comenzaron a crearse las “guardas de Castilla”, reemplazando las antiguas reales. A saber 25 capitanías de 100 lanzas cada una. Entre las cuales 20 eran de hombres de armas y 5 de jinetes, solamente teniendo en cuenta que el enemigo futuro disponía de la temible *gendarmérie*, la que protagonizó la famosísima *furia francesa* de la próxima batalla de Fornoue en 1495.

Con esto, los ya RR.CC. habían atendido a lo más apremiante, esperando el resultado de la reflexión encomendada a Quintanilla. El cual, después de realizado el primer censo de la historia demográfica de España, remitió su trabajo en 1495 para la “junta general de la Santa Hermandad” reunida en Santa María del Campo en junio del mismo año. No adoptó tal asamblea sus detalladas proposiciones; pero sí sus dos ideas que dieron lugar a dos reformas fundamentales:

- un armamento general del pueblo;
- la creación de una reserva, a manera de milicia, pronta a movilizar en caso de necesidad.

Pero antes de exponer las medidas que se tomaron parece necesario explicar la raíz de la génesis intelectual de propuestas tan revolucionarias en la Europa cristiana occidental. Recordamos que el siglo XV español —castellano, aragonés, navarro, e incluso granadino— había conocido un ambiente de violenta anarquía política muy derrochadora de energías. A la vez, fue Castilla el laboratorio de esta anarquía y de su remedio, mientras daba el triste espectáculo del reinado de Enrique IV, tras el ya difícil de Juan II. No obstante, en la sombra, trabajaban humanistas a fundar la futura España imperial.

Entre estos sabios, Alfonso de Palencia supo mejor expresar una síntesis de este trabajo de restauración para su patria en su *Tratado de la perfección del triunfo militar*, posiblemente escrito en 1459. Verdadero manifiesto de un diseño político-militar para una España soñada unida. Constatando la plaza secundaria de su país en el concierto de los príncipes cristianos, Palencia analizaba las razones y preconizaba remedios. Concretamente denunciaba la actuación de una aristocracia olvidadiza del bien común, demasiado preocupada por sus propios intereses y arrastrando tras ella otras categorías sociales. Esta desviación de la misión genuina de la alta nobleza la estigmatizaba como el error maligno que impedía a España alcanzar el “triunfo”, es decir el reconocimiento debido sobre el chequeo de los príncipes. Advertimos que ya Palencia se pronunciaba en contra de la alianza tradicional franco-castellana que había marcado el Medioevo. ¿Lucidez o idea política madurada? De hecho, cuando Carlos VIII de Francia creyó descontar la neutralidad española en su empresa italiana, descubrió al contrario un adversario resuelto.

Lleno de humanismo, no hay que asombrarse ver a Palencia proponer el ejemplo romano como remedio global al doble plano civil y militar. España carecía de *Orden* y de *Obediencia* que debían nutrir el *Saber*. En particular en materia militar, recomendaba la utilización de peones veteranos cuya Hispania de la Reconquista había sido tan pródiga. Para sacar ventaja en el campo militar, ya hacía puesta de la infantería. ¿Mera reminiscencia de la antigüedad? ¿U otra vez diseño madurado? ¿Mediante su experiencia italiana en el cerco del cardenal Besarion refugiado de Bizancio, pudo Palencia sentir la revolución militar que necesitaba la crisis del sistema militar medieval? Su texto impone constatar su neto pensamiento a favor de la infantería.

Describiendo batallas, Palencia exponía igualmente sus concepciones del arte militar. Todos sus principios se encontrarán al siglo XVI bajo la pluma de los teóricos del modelo del tercio. El atrevimiento de este tratado queda manifiesto. Tanto en el plano socio-político que en el plano militar. Muy consciente de esto estaba Palencia redactándolo. Su inquietud fue primero el reconocimiento de la lección de su discurso y segundo su puesta en obra. Realista cuanto a su audacia, estimaba paradójicamente que las tempestades político-militares de su país propiciaban, a manera de catarsis, el provecho de sus proposiciones.

Al momento de su muerte, precisamente en 1492, este visionario pudo contemplar el encaminamiento de sus ideas desde 1459. Y muy justas habíanse reveladas. No obstante que no haya sido el único en pregonar la regeneración cívica. No solamente supo expresar el mejor diseño para su patria, más aún supo compartirla con personas capaces de promoverlo. Especialmente los artesanos del éxito de los futuros RR.CC. de una España doblemente reunificada por la unión dinástica y el final de la Reconquista; entre los cuales Alfonso de Quintanilla.

Las medidas tomadas celerísimamente después de la junta de la Hermandad resultaron tanto más oportunas que el socorro al rey Fernando II de Nápoles y el dispositivo mínimo necesario para la seguridad interior dejaban España sin disposición aún de una reserva armada e instruida. Para remediar este estado de cosas, se ordenó el 5 de octubre del mismo año 95 un armamento general del pueblo. Todos los naturales, excepto los religiosos consagrados debían tener “en su casa o en su poder armas convenientes ofensivas e defensivas según el estado e manera e facultad de cada uno...” En consecuencia, los más ricos debían protegerse con coraza de acero y “falda de malla y de launa”, un casco o celada con sus “gocetes y musiques”. Como armas ofensivas debían proveerse de una larga lanza, una espada y un puñal.

Los medianamente ricos también estaban obligados a tener coraza, pero podían protegerse la cabeza sólo con capacete. En cambio, su armamento defensivo debía incluir un escudo. En general, el arma ofensiva exigida era la lanza común, es decir, larga. Los que tenían aptitudes para el tiro con ballesta o espingarda contraían la obligación de poseer tales armas, en vez del escudo y de la lanza, con una provisión de 50 balas y tres libras de pólvora para las de fuego, o dos docenas de cuadrillos por ballesta.



A los menos ricos no se les exigía más que un capacete, una espada, lanza larga y dardo o lanza media y escudo. Evidentemente, los pobres públicamente reconocidos como tales, los que vivían de limosnas, estaban exentos de toda obligación en cuanto a tener armas. Por el contrario, los corregidores o las personas nombradas para tal efecto, podían elegir una integración en la primera categoría o en la de los excepcionalmente ricos que debían poseer armamento pesado, consistente en armadura completa, con lanza, en vez de las armas exigidas para los antes citados como los más ricos. Pero quedaba bien aclarado que estos personajes habían de ser lo suficientemente ricos para soportar el mantenimiento de su equipo.

A estas reglas básicas se añadió el inteligente complemento de un censo militar, objeto de la ordenanza del 22 de febrero de 1496. Del conjunto de los vecinos a quienes se refiere la ordenanza del 5 de octubre próximo pasado, comprendido entre las edades de 20 y 45 años, se elegía uno de cada doce, entre los más hábiles y mejor armados. Ellos solos podían ser llamados al servicio real. Los demás, es decir casi todos, continuaban gozando de la vida en sus lugares y hogares, dedicándose a sus ocupaciones salvo en caso de “gran necesidad”, como remanente para leva general. Los contingentes pedidos por los reyes, en sustitución de la milicias concejiles, los constituían las autoridades locales a partir de esta reserva.

Debemos notar que estas reformas quedaban en el marco tradicional de una defensa popular utilizando siempre cierta peonía. A primeros del año siguiente de 1497, si hemos de creer a Zurita en sus *Anales*, se añadió otro elemento importante para mejor organización. Por una parte la adaptación de la pica; por otra parte la distribución de los efectivos en tercios. Según el cronista, a iniciación de don Sancho de Castilla, capitán general del Rosellón “púsose en este tiempo nueva ordenanza en la gente de guerra... repartiéndose los peones en tres partes: el un tercio con lanzas, como los alemanes las trayan, que llamaron picas, y el otro tenía el nombre antiguo de escudados, y el tercero de ballesteros y espingarderos... y aún estos peones repartidos en cuadrillas de cincuenta en cincuenta...” La lanza larga del armamento de 95 se había convertido en pica. Pero el paso oficial, decisivo y definitivo lo hicieron los reyes con motivo del llamamiento expedido el 16 de enero de 1503 en Santo Domingo de la Calzada para resistir la invasión francesa del Rosellón.

De hecho, este llamamiento exigía que la leva de los contingentes pedidos fuese organizada conforme a la distribución en tercios introducida en 1497. Pero sobre todo, imponía rotundamente el sistema de armas suizo o alemán de los lansquenets. Trascendental decisión ignorada por los historiadores hasta que publiqué la dicha cédula en los Actos del I<sup>er</sup> Simposio del *Centre d'Histoire et de Prospective militaire* de Suiza celebrado en Lausanne en 1982.

España y Francia ya habían reconocido la superioridad del modelo helvético. Pero, si la rica Francia, con su mentalidad de menosprecio del peón que contemplaba la “incapacidad militar del vulgo” como “un fundamento del orden social”, optó por la compra de mercenarios suizos; España, rica de su secular tradición de aprecio del hombre, decidió adaptar lo que Braudel calificó de “*trouvaille suisse*”.

El reparto de la leva debía hacerse entre “los más Hábiles” de la reserva creada en 1496. Los electos tenían obligación de armarse “de picas aceradas a enteras armaduras a la suiza”. Lo que iba mucho más allá que la mera adaptación de la lanza alemana como en 97. También ordenaba el mandamiento real que “los dichos peones... se mueven e andan bien ordenados con las dichas armas a la suiza”. La sorpresa española quedará el magnífico sobrepaso de una actitud de emulación, transformando en modelos de Europa peones en porvenir de infantes de los futuros tercios.

Al final, durante la misma campaña del Rosellón, se introdujo el último perfeccionamiento del peonaje que nos legó la infantería de España hasta el siglo XVII: la ordenanza. Según cartas del cordobés Gonzalo de Ayora, observador instruido, se adiestró por primera vez en Perpiñán la gente de pie española “tan bien como si realmente (estos peones) fueran suizos”. Paulatinamente, toda la gente de pie —quizás 20.000 soldados— hubiera adquirido los rudimentos de la maniobra helvética.

Los citados textos demuestran, sin ambigüedad alguna, el avance español, contemplando el nivel de gran potencia contemporánea. Y resulta mucho más notable todo eso porque no había aún Gonzalo Fernández de Córdoba asestado a los franceses el golpe de Ceriñola en 28 de abril de 1503. Así que podría resultar aventurado enlazar la adopción del modelo suizo con la experiencia italiana del Gran Capitán. Podemos considerar que la nueva organización militar, de la cual fue don Gonzalo el primer comandante en jefe —quien con tanta perfección supo utilizarla— nació del

esfuerzo de reforma decidido inmediatamente después de la conquista de Granada. Esfuerzo arraigado en el mantillo humanista ya mencionado; esfuerzo concebido y realizado metódicamente durante el siguiente decenio. En esto se tiene que notar una acción que no dudo en calificar de “cancilleresca”, que hoy llamaríamos de *tecnocrática* más que una decisiva influencia guerrera. Pero también estoy convencido que el no menos importante papel de los mandos, en cuya primera fila quedará para siempre el Gran Capitán, fue la genialidad de la experimentación, y como consecuencia, el pragmatismo de la evolución del nuevo sistema. A saber nada más, pero nada menos, que la verdadera revolución militar moderna.

En apoyo de esta afirmación que ya he demostrado en mi tesis y varias publicaciones, siguió la promulgación de la gran ordenanza del 26 de setiembre de 1503, anteriormente firmada por don Fernando en Barcelona el 28 de julio al regresar del Rosellón y doña Isabel en Monasterio el 6 de agosto. Es decir que este largo documento de nada menos que 62 capítulos, que considero como base de la larga serie de ordenanzas reales militares modernas, fue publicado antes de finalizar la conquista del reino de Nápoles. Más aún antes de la famosísima campaña del otoño de 1503 en la que don Gonzalo mostró tan brillantemente su genio militar con el remate del Garellano el 29 de diciembre de 1503. Suceso que fue considerado con razón como lo mejor de la mudurez de la táctica renacentista. Aquella ordenanza, como va declarado en su preámbulo, armonizaba y aclaraba en ciertos casos las medidas anteriores que he explicado sintéticamente. Sobre todo, codificaba la organización militar, la ejecución del servicio y las relaciones de los nuevos reales ejércitos con los pueblos.

El impulso del triunfo napolitano, sumido a la positiva experiencia casi simultánea de la guerra del Rosellón de setiembre-octubre 1503, condujo a la creación en 1504 de la “infantería de ordenanza”, verdadera prefiguración de los tercios. Sobre estos cimientos tan “organizativos” como experimentales, se añadió un tercio de siglo de maduración marcado por la fase transitoria de las coronelías como escueto y efímero lego italiano. Precisamente antes de llegar al apogeo de la perfección del modelo del tercio consagrado por el reconocimiento imperial dado en Génova por la “orden” de 1536 al regreso de otro éxito en Túnez. Esto significaba también el triunfo de la opción imperial, reduciendo el ejército peninsular llamado de “las guardas de Castilla” casi al papel de fuerza de orden público.

---

Nota: Véase la demostración, con las debidas fuentes y bibliografía, en mi tesis de Doctorat d'Etat ès lettres: L'organisation militaire de l'Espagne (1492-1592), Université de Paris IV-Sorbonne, 1989, 2 vol., 943 p.

## PRESTACIONES MILITARES DE ARAGÓN AL REY EN EL REINADO DE FERNANDO II

José A. Armillas y Enrique Solano  
Profesores Titulares de Historia Moderna  
Universidad de Zaragoza

*«El Rey propuso (...) comunicándoles la necesidad que tenía de ser socorrido, y servido, como en lo pasado sus predecesores lo avian sido, en semejantes ocasiones, declarando, que porque el servicio que le huviesen de hacer, redundasse en mas honra y provecho de sus subditos, y fuesse con menos daño, seria mas conveniente que fuesse de hombre de armas, y ginetes como otras vezes se avia hecho.»*

Jerónimo Zurita (1)

### I.—Introducción.

En Aragón, los servicios de armas al Rey tenían como objetivo primordial apoyar al ejército real y proceder a la defensa del Reino. Pero la prestación de tales servicios tenía una etiología diferente en función de si los mismos eran ofrecidos por el Reino mediante acuerdo en Cortes, o por los estamentos reunidos —señores de vasallos, ciudades, villas y comunidades— a modo de contribución privada, de acuerdo con el marco de relaciones feudo-vasalláticas. Así pues, las prestaciones militares acordadas en Cortes, aunque en determinadas circunstancias urgentes lo serán en Juntas de Brazos, se denominarán como «Servicios» de carácter general, extraordinario, voluntario u ordinario, mientras que los proporcionados por los estamentos se conocerán como «Servicios particulares», que el Rey pedirá a sus vasallos en casos de extrema necesidad, que si bien fueron frecuentes en la lucha contra el Islam, irán distanciándose notablemente, aunque todavía encontramos su práctica a fines del siglo XVI y planteamientos sin resultado práctico a fines del XVII (2). Las cartas reales, remitidas por el Rey o en su nombre, serían el procedimiento habitual por el que el monarca se dirigía a sus vasallos en demanda de sus servicios particulares, que conllevaban también la contraprestación de prebendas, premios y beneficios por parte de la Corona (3).

Las condiciones generales bajo las que se prestaban los servicios al Rey eran las siguientes: a) *Los capitanes y todos los otros oficiales, mayores, y menores, de Baxo de cuya disciplina han de militar* (las «gentes armadas» voluntarias) *han de ser naturales del presente reino de Aragón* (4). Dichas «gentes armadas» también habrían de serlo, salvo excepciones minuciosamente reguladas. b) Por prescripción foral, los servicios prestados en hombres deberían ir destinados inexcusablemente a la defensa del Reino. c) El servicio de armas tenía que ser voluntario, lo que no excluirá



de fijar incentivos y premios para el alistamiento, práctica que se hará común en el siglo XVII. A propósito de las levas de fin de la centuria, el Virrey escribiría al Consejo de Aragón: «*Los habitantes deste Reyno de Aragón se encastillan en que nadie les puede obligar a servir en el exercito y, en caso de alistamiento, a salir de las fronteras deste Reyno*» (5). d) Los hombres de armas reclutados mediante levas voluntarias por un período de tiempo establecido y con unas condiciones determinadas. Los servicios votados en Cortes o, excepcionalmente en Juntas de Brazos, venían a exigir, mediante un «repartimiento general», un soldado por un determinado número de fuegos, aunque las autoridades municipales gozaban de amplia autonomía a la hora de efectuar el reparto de los que tenía obligación de reclutar. Durante el reinado de Fernando II, y de acuerdo con las pautas feudales, el mayor protagonismo de la nobleza en las empresas bélicas del monarca condicionaría los mecanismos de reunión del contingente armado, distribuyéndose sisas por el Reino para el pago de los hombres reclutados. e) Los hombres de armas conocían antes de «engancharse» las condiciones económicas en que marchaba a la campaña, toda vez que se habían estipulado previamente y se habían arbitrado los mecanismos oportunos para la recaudación de las cantidades necesarias por las «sobrecullidas» o distritos fiscales del Reino.

Es claro, pues, que las prestaciones militares de Aragón al Rey continuarían efectuándose bajo moldes «medievales», mientras que en Castilla la guerra de Granada y los compromisos exteriores de la Corona exigirían un permanente avance en el progreso de la estructura militar, que se evidenciará a comienzos del siglo XVI con la reorganización militar de Castilla, encargada por Cisneros al Coronel Rengifo (6), quien mediante el alistamiento, sentaría las bases de un ejército castellano con carácter permanente.

Las Cortes eran el mecanismo institucional por el cual el monarca formulaba la solicitud de prestaciones económicas y militares, dentro del marco contractual que definía las relaciones entre el Rey y el Reino. Sin embargo, no por ello hemos de olvidar aquella correspondencia regia, por la que de una manera directa el monarca se dirigía a particulares de distinta índole en demanda de ayudas y prestaciones, de acuerdo con la concepción de «señor natural» que éste ostentaba sobre las mismas. La oferta del servicio se acompañaba de una serie de cláusulas o condiciones, bajo las que se otorgaba el mismo, que pueden ser consideradas como auténticas normas de foralidad, definidoras del talante de las instituciones del Reino ante la Corona.

Se pueden distinguir diversas etapas en las que la capacidad contributiva de los aragoneses tendría que dar respuesta a los distintos requerimientos, en Cortes, que la gestión política de la Monarquía demandaba. Solicitudes acompañadas de distintos ofrecimientos particulares o “donativos voluntarios”, consecuencia del talante vasallático, que determinaba la misma estructura social de la época. Los efectos condicionados por el «pactismo» se manifestarían también en la esclerotización de las fórmulas, que no admitirían innovación alguna, cuando servían simultáneamente a una monarquía que avanzaba a pasos agigantados hacia el absolutismo.

Durante el reinado de Fernando II de Aragón, se acordarían servicios de armas y su mantenimiento económico en tres reuniones de Cortes (Tarazona 1495, Zaragoza 1502 y Monzón 1512). Los datos económicos, referentes a la cuantía de estos servicios, son bastante inciertos. Tanto la mala administración, como los retrasos en la recaudación de las cantidades acordadas, que, frecuentemente se difería varios años, contribuirían a hacer el problema casi irresoluble. Mientras tanto, no faltaron nobles aragoneses en las empresas militares de la Diarquía. A propósito de la guerra de Granada (1482-1492), sabemos por Zurita, que al Rey «*Fueronle por este tiempo diversas compañías de gente de guerra que enviaron las ciudades de Aragón. . .*» (7), refiriendo poco más adelante el valor que tuvieron los aragoneses en el sitio de Loja (1482), así como la personalidad del duque de Villahermosa, quien concurrió al mismo. En 1489 moría D. Juan de Luna de quien el mismo Zurita señalaría: «*. . . y murieron de ambas partes algunos caballeros y de los principales fue herido de una saeta de que murió D. Juan de Luna, hijo mayor de D. Pedro de Luna, señor de la baronía de Illueca y Gotor, que estaba desposado con D.<sup>a</sup> Catalina de Urrea, hija de D. Lope Ximénez de Urrea, conde de Aranda, que no tenía veinte y un años y era —según Pedro Mártir de Anglería escribe, que se balló presente— muy favorecido del rey y amado de toda la Corte*» (8). No se tiene constancia de otros servicios de armas que los aprobados en las referidas Cortes, aún cuando las sucesivas crisis que afectaron a la frontera pirenaica mediante conatos de invasión (9), propiciaron servicios particulares ofrecidos a la Corona como el promovido por el párroco de Broto, quien desbarató con sus feligreses un intento de invasión de la Jacetania por los Bearnese en Septiembre de 1512, cuando intentaron abrir un nuevo frente con ocasión de la campaña de anexión del reino de Navarra (10).

## II.—Las Cortes de Tarazona (1495) (11).

Convocadas en Burgos el 4 de Agosto para el día 21 del mismo mes, no se abrían hasta el 1.º de Septiembre, y aunque suspendieron las sesiones el 19 de Octubre, se prorrogaron durante los dos años siguientes (12). La invasión del reino de Nápoles, promovida por los «humos de Italia» de Carlos VIII de Francia (13) y la necesidad de acudir el rey a su defensa, justificaría la demanda real de un *«servicio de su Alleza y defensión deste Reyno y Principado de Cataluña comarcanos con el dicho Reyno de Francia, Dozientos hombres de armas e trezientos ginetes por tiempo de tres años»* (14), comenzándose a contabilizar el tiempo a partir del día en que se hiciese la primera muestra o control de personal y armamento. *«Los dozientos havian de ser hombres de Armas con sus pages y caballos encubertados, y todos armas blancas segun pertenesca a hombres de armas y lanças largas —caballería pesada—, y los trezientos a la gineta según acostumbravan armarse: a saber es con coraças, capacetes, vavera, armaduras de braço, faldas, y cuxotes —caballería ligera—»* (15).

Las pagas estipuladas para los integrantes de tal contingente armado formado por aragoneses que llevasen un año al menos viviendo en el reino, eran las siguientes: Capitán: 1.200 sueldos jaqueses al mes; Hombre de Armas: 300 sueldos jaqueses al mes, durante los primeros seis meses, a partir de entonces, 250 sueldos; Jinete: 150 sueldos jaqueses durante los seis primeros meses, después, 125 sueldos. Caso de no encontrar número suficiente de naturales del reino para completar la leva acordada en las Cortes, los capitanes podían enrolar a valencianos y catalanes que residiesen en Aragón; y en último término, incluso extranjeros que ya hubiesen servido a las órdenes de los reclutadores durante un tiempo mínimo de dos meses.

Este reducido «ejército aragonés» era dividido en siete capitanías, cuyo Capitán podía llevar dos jinetes y diez hombres de armas «a la bastarda», con sus caballos encubertados y arneses de piernas (16). Fueron nombrados capitanes: Don Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza, hijo del Rey; Don Juan de Gurrea y Aragón, conde de Ribagorza, sobrino del Rey; Don Luis de Híjar, conde de Belchite; Don Felipe Galcerán de Castro, señor de la Baronía de Castro; Don Jaime de Luna; Don Blasco de Alagón; y Mossén Juan Fernández de Heredia, señor de Mora. Además, *«cada capitán havia de llevar sus trompetas como convenia a su oficio, y honra: y en caso de justo impedimento con licencia del Rey, o de la Reyna, o del Principe que havian de ser Capitanes generales, podian substituir otros en su lugar con las mesmas condiciones»* (17). Una vez nombrados, los Capitanes debían prestar juramento ante el notario de Corte y en presencia de los Diputados del Reino o de los Jurados de la ciudad de Zaragoza —según de quien dependiera el compromiso de pagar al contingente armado—, de que los hombres puestos bajo su mando eran efectivamente los que acudían a la muestra ante la Casa de la Diputación, estando su número acorde con las cantidades previstas para su pago, debiendo comprobar los Diputados que quienes estaban presentes en la muestra eran los mismos que figuraban en la nómina original de enganchados. Los capitanes contaban con una paga adelantada treinta días antes de la primera muestra, tras la cual se les abonaba dos meses, cantidad entregada en Zaragoza, mientras que el resto de las «soldadas» les serían pagadas de tres en tres durante los tres años del servicios, para lo que los Diputados habían de designar a un condiputado para que fuese a donde se encontraba el ejército a efectuar la paga y si a causa de los enemigos o de la imposibilidad de llegar al tiempo de hacer la muestra en donde se encontrara el ejército, no lo pudiera efectuar, podía nombrar a otro en su lugar siempre que fuese también natural del Reino, debiendo jurar previamente que *«la huviesse de rescibir de haberse bien, y lealmente»* (18).

No faltaban tampoco las medidas de ajuste para el caso de que una parte del contingente militar hubiese de regresar al Reino para proveer a su defensa, mediando el parecer de los Diputados y la correspondiente súplica al monarca acompañada del preceptivo juramento de que los regresados acudirían con sus capitanes a aquella parte del Reino donde fuesen requeridos sus servicios. Por su parte, las deserciones conllevaban la pérdida de armas y caballos, amén de restituir los sueldos percibidos. Igualmente las licencias sólo se concedían en casos de extrema necesidad y siempre por tiempo limitado. Para dificultar los fraudes que con bastante frecuencia se practicaban en las muestras, estaba previsto que quien hiciese pasar un caballo o sus armas por de su propiedad, siendo prestados, el verdadero dueño perdía la propiedad y el usufructuario del préstamo había de pagar su valor a la Caja de las Sisas (19). Finalmente, los capitanes, tenían que jurar también que *«por ninguna vía directa ni indirecta huviessem rescibido ni rescibirían ninguna cosa por admitir a nadie en su capitanía»* (20). Por su parte, la gente de armas había de jurar también que *«no havian dado ni prometido, ni darian ni prometerian ninguna cossa por entrar en el numero de dicha gente, y el que no quisiere jurar esto no podia rescibir ningún sueldo»* (21).

Y acerca de la actitud adoptada por los Brazos de cara a la aceptación del servicio pedido por el monarca, el brazo nobiliar reconocía el ofrecimiento, como vasallos que eran sus integrantes del Rey; el brazo de la Iglesia condicionaba su reconocimiento a la defensa de sus bienes y sus personas eclesiásticas; el brazo de Caballeros e Infanzones aceptaban el servicio como lo habían hecho sus antepasados; y las Universidades del Reino aprovechaban la ocasión para proclamar a todos los vientos que el servicio se aceptaba sin perjuicio de los privilegios, libertades y costumbres. Atado todo y bien atado, se dispuso en las Cortes que se realizase una investigación de los fuegos del Reino, con objeto de conocer el estado real de su población (22), para distribuir mejor las sisas correspondientes, para lo que se nombraron también investigadores y notarios en número proporcional al de Brazos (23).

Cumplidos todos los requisitos legales, los 500 de a caballo marcharon hacia el Rosellón para defenderlo de las represalias francesas.

### III.—Las Cortes de Zaragoza (1502).

Convocadas el 28 de Junio en Toledo para el 23 de Julio, la proposición real se leyó el 11 de Agosto y las sesiones continuaron en el año siguiente (24). Presididas por el Rey, le acompañaban sus hijos la princesa Juana y su marido Felipe, archiduque de Austria, para ser jurados como herederos de la Corona. Nuevamente, las campañas de Italia eran objeto de la petición del servicio voluntario por el monarca, concretado también en 200 hombres de armas y 300 jinetes con las mismas pagas y en idénticas condiciones que el servicio acordado en las Cortes anteriores, con la única excepción de que las muestras exigidas para la entrega de las pagas se harían cada cuatro meses, salvo la primera.

La rotunda reiteración de las medidas contra los transgresores de las ordenanzas de leva, abona la idea de su frecuente incumplimiento. *«Por evitar los fraudes que se hacen en las que muestras comprando caballo, y armas de otros para ganar el sueldo, se ordenó que qualquiera que prestase caballo o armas para hacer la muestra, ipso facto las pierda, y aquel a quien se prestaron pague el valor de la cosa prestada, y aplicarse esto a la caja de las sisas irremisiblemente, y dabase facultad que esto se executase por los Diputados con rigor»* (25). Y se previene acerca de lo que convenía hacerse con las cantidades percibidas por los hombres muertos o apresados: *«Si alguno moría de muerte natural o violenta estando en el exercito, aunque hubiere recibido más que servido, no le podía ser demandado. Y si era preso, lo cobrado iba por cobrado, y le corría sueldo durante su prisión»* (26).

Tras las correspondientes deliberaciones de los brazos separados, la Cortes aceptaron el servicio solicitado por el Rey bajo las condiciones siguientes: a) Que las gentes de armas que marchaban a Nápoles deberían estar siempre bajo el mandato de sus Capitanes naturales del Reino, *«a los que hubiesen de obedecer la gente como a Capitanes Generales»* (27). b) Que el Rey diese pasaje franco, a su cargo, hasta Italia, al contingente militar aragonés; y que se asegurase el sueldo a todos, contándose el plazo de tres años de duración del servicio, desde el día que salieren. c) Que la «gente de pelca» recibiese como anticipo ocho meses de soldada. d) Que al término del servicio, fuese de costa del Rey el pasaje franco y el mantenimiento del sueldo hasta que se reintegrasen a sus casas. e) Que los Capitanes debían ser nombrados por su título, excepto los dos principales (28). Así, la nómina de capitanes nombrados por el Rey para este servicio aumentaba a nueve, repitiéndose, ampliada, la relación de capitanes designados para el servicio anterior: El Arzobispo de Zaragoza y el Conde de Ribagorza, Capitanes principales; Don Fernández de Heredia, Gobernador de Aragón; los condes de Belchite y de Aranda; Don Felipe Galcerán de Castro, Don Blasco de Alagón; Don Jaime de Luna y don Francisco de Luna. Salvo los dos principales, los demás capitanes podrían servir sus capitanías mediante sustitutos, siempre que estos fuesen también aragoneses (29).

En el orden práctico, dada la distancia a donde se destinaban los efectivos militares que salían del Reino, dispusieron las Cortes que los Diputados designasen a una persona estante en Sicilia o en Nápoles, allí donde estuviese el ejército, para pasar la muestra y tener informados puntualmente a los Diputados de cuanto pudiese acontecer. Para poder hacer efectivas las pagas, los Diputados habrían de dar orden por vía de cambio *«en Roma, Sicilia, Nápoles, o por otra vía más útil, y provechosa según los tiempos, y disposicion»* (30).

### IV.—Las Cortes de Monzón (1512).

Presididas por la reina Germana, se abrieron estas Cortes, Generales para toda la Corona de Aragón, el 28 de Mayo, menos de dos años después de concluirse las anteriores, celebradas también en la misma villa (31). En las



privativas del reino aragonés, la petición real venía argumentada por la reciente campaña de anexión del reino de Navarra y en prevención de la reacción de Luis XII de Francia en apoyo de sus aliados desposeídos del trono, Catalina de Foix y Juan de Albert. La solicitud de Fernando II por medio de su segunda esposa se concretó una vez más en un servicio de 200 hombres de armas y 300 jinetes por un tiempo de dos años y ocho meses, prorrogables por cuatro meses más si el Rey lo requería (32).

En estas Cortes, manifiestamente favorables al poder real —afirma G. Redondo— (33), los brazos no dudaron en desplegar una ajustada maniobra de distracción del fin principal para el que fueron convocadas (34). Pedro Mártir de Anglería, testigo presencial del desarrollo de las Cortes y molesta su probada castellanofilia por las dilaciones en la aprobación del servicio voluntario, no dudará en afirmar: «*El peso de la guerra cae sobre Castilla*» (35). Al fin, las Cortes aprobaron la solicitud real, aunque, como afirma Blancas, «*bizose este servicio con grandes salvedades, y Capitulaciones sobre la paga, y como habian de ir armados, y que ellos, y los capitanes fuesen Aragoneses o, que a lo menos un año antes hubieren tenido su dimicilio en Aragón*» (36).

Los Capitanes nombrados para esta ocasión lo serían con las mismas condiciones que en las Cortes anteriores, variando alguno de los designados y reducidos a ocho: El Arzobispo de Zaragoza; los condes de Ribagorza, Aranda y Fuentes, Don Blasco de Alagón, Gobernador de Aragón; Don Jaime de Luna y Don Francisco de Luna (37).

## V.—Financiación de los gastos militares: La Sisa.

La Sisa, gravamen fiscal extraordinario sobre los productos de primera necesidad, representaba poner a disposición del monarca una ayuda económica, destinada en el caso que nos ocupa a satisfacer los gastos ocasionados por el servicio militar concedido por el Reino. J. A. Sesma distingue entre sisas generales y sisas particulares, siendo aquellas las que afectaban a todos los ciudadanos, mientras que de las segundas —destinadas habitualmente a la realización de obras públicas locales— quedaban excluidos religiosos, nobles y ciudadanos, afectando solamente a los vasallos de realengo, señorío eclesiástico y señorío laico (38). Añade el mismo autor como, en origen, consistía la Sisa en una disminución o merma en el peso o la medida de determinados productos de consumo, principalmente pan, carne vino, pescado, etc. Más tarde, la reducción en el peso se reemplazaría por un incremento en el precio, lo que vendría a facilitar la percepción de las cantidades destinadas a la financiación del servicio militar, afectando más directamente las economías particulares de los aragoneses. En la segunda mitad del siglo XV acabaría cohonestándose tal sistema con la adjudicación de una cantidad fija a cada universidad en función de su población, recaudada mediante la aplicación de sisas (39).

En las Cortes de 1495 se impusieron sisas sobre el pan y la carne para el pago de la gente de guerra, gravando en un sueldo el cahiz de pan y dos sueldos la libra de carne, por el tiempo de tres años previsto para la duración del servicio. Es claro que durante tal tiempo «*las Universidades del Reyno, ni los singulares del*» podrían ser compelidos a «*buest ni cavalgada*» (40). Una vez transcurridos los tres años de sisas generales, se «*indixeron las sisas particulares por otros tres años para las mismas universidades, y señores de vasallos, desta manera en los lugares realengos, en los mismos lugares, y en los lugares de señorío temporal para los mismos señores, y en los lugares de señorío eclesiástico havian de servir en reparaciones de castillos, fortalezas, muros, y otras cosas comunes de los mismos lugares a conocimiento de los señores, y de los concejos*» (41). Quedaban exceptuados de tal medida general los señoríos de las Ordenes de San Juan, Calatrava y Santiago, en los que las sisas recían sobre los mismos concejos.

En las Cortes zaragozanas de 1502, cuyas fórmulas para el servicio militar al Rey se reproducen casi exactamente que en el caso anterior, también las sisas en su cantidad y procedimiento siguieron las pautas conocidas. Pero a título de ejemplar, como medida estimulante, dispuso el Rey que en esta ocasión las sisas gravasen también a su persona, la de la reina, todos sus hijos, casas y criados durante los tres años del servicio (42). Y no llegando a cubrir las cantidades a recaudar previstas mediante las sisas, acordaron las Cortes que se tomasen 70.000 Libras jaquesas de las Generalidades del Reino. Si la contienda concluía antes de lo previsto, las cantidades fijadas para las sisas habrían de ir a poder del monarca (43).

Aún cuando en las Cortes montisoneneses de 1510 no se trataron asuntos referentes a las prestaciones militares, el servicio económico establecido se utilizará como patrón o punto de referencia en el futuro. «En las Cortes de 1510 —escribe Ignacio de Asso— se otorgó el mayor servicio que hasta entonces se había hecho, pues incluso el donativo para la

Reina importó 219 mil Libras jaquesas; cantidad exorbitante, y desproporcionada con la poca substancia del Reino en aquella época» (44). Para conseguir este subsidio se acordó repartir 156.000 Libras en sisas para un período de tres años, tomando las 44.000 L. restantes a censo sobre las Generalidades, creando un precedente que gravitaría sobre el resto de las Cortes de la centuria, sumándose unas sisas sobre otras (45).

En las Cortes de 1525 se adoptó el mismo criterio que en las precedentes para los servicios militares (46). Pero por cuanto respecta a las cantidades globales que comportó el servicio voluntario de los doscientos hombres de armas y trescientos jinetes, los datos conservados son bastante inciertos. La precariedad de la infraestructura administrativa y fiscal, contribuirían poderosamente a hacer ineficaz el cobro del servicio (47). J.A. Sesma, que ha estudiado el costo producido por los 500 hombres ofrecidos en las Cortes del año 1495, da la cifra total de 177.870 libras para los tres primeros años de sisas acordadas, que se aproxima a las 60.000 libras jaquesas anuales, cantidad que, asumiendo un inevitable margen de error, puede ser considerada como montante correspondiente a los otros dos procesos contributivos (48). A partir del recuento de fuegos acordado en las cortes turiasonenses de 1495, elaborado para la distribución más eficaz de las cargas fiscales, podemos aproximarnos al coste actual hipotético, que dicha carga contributiva representaba para los municipios sobre los que se efectuaba el «repartimiento económico». Así, la proporción establecida para la tributación económica se ajustaba al siguiente módulo: Las ciudades, 33 hombres armados por fuego; villas y lugares de más de cien fuegos, 22 hombres armados por fuego; y lugares de menos de 100 fuegos, 16 soldados por fuego.

El baile aséptico y frío de las cifras vendría a aplicar un gravamen fiscal de una libra anual por fuego, a tenor del recuento efectuado como consecuencia del acuerdo de las Cortes de 1495 (49). Pero los 50.940 fuegos no parecían representar fidedignamente la imagen de la realidad social aragonesa, mucho más difusa y menos coherente, lo que conduciría a una inadecuación de los resultados y a una dialéctica de disenso entre las necesidades de la Corona y las posibilidades del Reino.

## N O T A S

(1) *Historia del Rey, Don Fernando el Católico. De las empresas y ligas de Italia*. Zaragoza MDLXXX. Libro V, Cap. XII.

(2) En el verano de 1590, como consecuencia de la comprometida sucesión a la Corona de Francia y el peligro hugonote, Felipe II pidió a los señores de vasallos del reino de Aragón, que aprestasen sus lanzas para marchar a las fronteras con Francia donde se pretendía abrir un nuevo frente en el Languedoc, donde actuó una agrupación de Lanzas en el verano de 1590, como en Bretaña estaba la cabeza de playa de Blavet. Aunque al final no hubo necesidad de utilizar este servicio particular, los ofrecimientos de los nobles abundaron, lo que es muy significativo, en vísperas de los sucesos que conmoverían al Reino durante el año siguiente.

V. GRACIA RIVAS, M.: *El hospital naval español de Blavet (Francia) en 1591*. XXVIII Congreso Internacional de Medicina y Farmacia Militares. Madrid 1990.

Cien años después, en 1694, ante la insuficiencia del soldados voluntarios, el Virrey plantearía al Consejo de Aragón la posibilidad de que se requiriese a los señores de Vasallos para que aprestasen efectivos militares para la defensa ante la inminente invasión francesa. A.C.A. Consejo de Aragón. Ms. 64.

(3) SOLANO CAMÓN, ENRIQUE: *Ejército y sociedad. La defensa del reino de Aragón en la Edad Moderna (siglo XVI-XVII)*. Academia General Militar. Zaragoza 1986, pp. 12-13.

(4) BLANCAS, JERÓNIMO: *Sumario y resumen de las Cortes celebradas en Aragón por los Señores Reyes. Hecho de orden de los Diputados del Reyno de Aragón por Gerónimo Blancas, cronista del mismo Reyno. Año 1585*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza. Manuscrito 97.

(5) CAMÓN AZNAR, JOSÉ: *La situación militar de Aragón en el siglo XVII*. En «Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita» 8-9, Zaragoza 1959, pp. 77.

(6) SOTTO Y MONTES, J. DE: *Organización militar española de la Casa de Austria (siglo XVI)*. En «Revista de Historia Militar» IX, n.º 18. Madrid 1965, pp. 80-82.

(7) ZURITA, JERÓNIMO: *Anales de Aragón*. 8. Zaragoza 1977. XX, XLIV, p.416.

(8) *Ibidem*, LXXXI, p. 564.

(9) VALENZUELA FUENTES, C.: *La defensa del Pirineo aragonés durante los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II*. En «Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita» 19-20. Zaragoza 1966-67.

- (10) ANGLERÍA, PEDRO MARTIR DE: *Opus epistolarum*. Co. Do. In. Vol. III, Madrid 1956, pp. 79-80.
- (11) ARMILLAS, J.A. & SOLANO, E.: *El servicio militar al Rey en las Cortes de 1495*. En «Aragón en la Edad Media» VIII. Homenaje académico al Prof. Emérito Antonio Ubieto Arteta. Zaragoza 1989, pp. 71-86.
- (12) *Colección de Cortes de los Antiguos Reinos de España*. Colección Salvá B.R.A.H. Madrid 1855.
- (13) ARMILLAS VICENTE, JOSÉ A.: *El Ejército*. En «Cuadernos de Zaragoza» n.º 30. Zaragoza 1976, p.5.
- (14) BLANCAS, JERÓNIMO: *Sumario y resumen*. ... O.c., f. 164v.
- (15) Ibidem.
- (16) ARMILLAS VICENTE, JOSÉ A.: *El Ejército*. O.c., p.6.
- (17) BLANCAS, JERÓNIMO: *Sumario y resumen*. ... O.c., fol. 164v.
- (18) Ibidem.
- (19) SOLANO CAMÓN, ENRIQUE: *Ejército y sociedad*. ... O.c., p.23.
- (20) BLANCAS, JERÓNIMO: *Sumario y resumen*. ... O.c., fol. 165.
- (21) Ibidem.
- (22) Archivo Diputación de Zaragoza. Ms. 82. Registro de los fuegos hechos en estas Cortes.
- (23) ARMILLAS VICENTE, JOSÉ A.: *El Ejército*. ... O.c., p.8.
- (24) *Colección de Cortes de los Antiguos Reinos de España*. Colección Salvá B.R.A.H. Madrid 1855.
- (25) BLANCAS, JERÓNIMO: *Sumario y resumen*. ... O.c., fol. 210v.
- (26) Ibidem.
- (27) Ibidem.
- (28) ARMILLAS VICENTE, JOSÉ A.: *El Ejército*. ... O.c., p. 11.
- (29) SOLANO CAMÓN, ENRIQUE: *Ejército y sociedad*. ... O.c., p. 26.
- (30) BLANCAS, JERÓNIMO: *Sumario y resumen*. ... O.c., fol. 211.
- (31) Colección Salazar y Castro. B.R.A.H. Cód. P-3 y K-50.
- (32) A.D.Z. Ms. 104.
- (33) REDONDO VEINTEMILLAS, G. & SARASA SÁNCHEZ, E.: *Las Cortes de Aragón y su desarrollo histórico*. Estudio introductorio a la edición facsimilar de la obra de Gerónimo Martel *Forma de celebrar Cortes en Aragón*. Çaragoça MDCXLI (Cortes de Aragón, Zaragoza 1984), p.33.
- (34) ARMILLAS VICENTE, JOSÉ A.: *Aragón visto por un humanista: Pedro Mártir de Anglería*. En «Estudios» Dept.º de Historia Moderna, Zaragoza 1974, p. 32.
- (35) *Opus epistolarum*. O.c., III. Madrid 1956, p. 51.
- (36) BLANCAS, JERÓNIMO: *Sumario y resumen*. ... O.c., fol. 211.
- (37) Ibidem.
- (38) SESMA MUÑOZ, J.A.: *La Diputación del reino de Aragón en la época de Fernando II*. Zaragoza 1977, p. 139.
- (39) Ibidem, p. 139.
- (40) BLANCAS, JERÓNIMO: *Sumario y resumen*. ... O.c. fol. 172v.
- (41) Ibidem, ff. 172 v. y 173
- (42) Ibidem, f. 226v.
- (43) SOLANO, ENRIQUE: *Ejército y sociedad*. ... O.c., p. 31.
- (44) ASSO, IGNACIO DE : *Historia de la Economía Política de Aragón*. Zaragoza 1947, pp. 303-304.
- (45) SOLANO CAMÓN, ENRIQUE: *Poder monárquico y estado pactista (1626-1652) Los Aragoneses ante la Unión de Armas*. Zaragoza 1987. P. 25.
- (46) A.D.Z. Ms. 104.
- (47) SOLANO, ENRIQUE: *Ejército y sociedad*. ... O.c., p. 31.
- (48) SESMA MUÑOZ, J.A.: *La Diputación del reino*. ... O.c., pp. 142-143.
- (49) A.D.Z. Manuscritos 82, 84 107 y 660.



# VIZCAYA EN LA GUERRA DE SUCESIÓN DE CASTILLA

Francisco Manuel Vargas Alonso  
Universidad del País Vasco

La hegemonía militar de la Monarquía hispana, mantenida en el continente europeo por espacio de siglo y medio, tiene en la Guerra de Sucesión de Castilla, como en las posteriores campañas granadinas, un antecedente inmediato. Este conflicto nos sitúa en el período en que los reinos peninsulares se circunscriben a una dinámica común en la organización de los Estados del Occidente Europeo: el proceso de reagrupamiento de la división territorial y la tendencia hacia una unidad política como factor de estabilidad interna.

En ese marco, Vizcaya, como espacio geopolítico jugaría un papel clave para la resolución de los acontecimientos bélicos, por su aportación al dominio del mar, y por los contingentes enviados a las campañas terrestres en Castilla y Guipúzcoa.

## I.—UNA SOCIEDAD CONFLICTIVA.

En 1.475 la etapa dorada de la Guerra de Bandos había pasado para Vizcaya. Oñacinos y Gamboínos protagonizaron, tanto en Vizcaya como en Guipúzcoa, fundamentalmente, prolongadas disputas de carácter feudal; el valle de Arratia, las Encartaciones, el territorio al este de la ría de Guernica, se destacaron bajo las parcialidades de los linajes gamboínos de Avendaños y Salazares, mientras que Guernica, Busturia, la margen derecha del Nervión, estuvieron con los Butrón y los Mújica, linajes oñacinos.

La llamada Tierra Llana de Vizcaya conoció décadas de desorden y rapiña, justificadas, para los linajes, por el respaldo legal de la foralidad. Por contra, en torno a las Villas, que se regían por las cartas pueblas, por sus ordenanzas y las leyes del reino, se articuló, a través de las Hermandades, la respuesta militar a los bandos. Bien que en ocasiones apoyasen a uno u otro bando, o dirigieran su acción a cuestionar la autoridad del Corregidor real.

Ya con Enrique IV, que dirigió en persona la campaña desatada en Guipúzcoa contra los bandos, se advertía la decadencia de poder de estos últimos, pese al sonado fracaso del Conde de Haro en Vizcaya, en 1.471, al enfrentarse a ellos. En el reinado posterior de los Reyes Católicos se confirmaría el ocaso de los Parientes Mayores. El ordenamiento del Licenciado Garci López de Chinchilla vino a frustrar toda posible reacción armada conjunta entre Villas y Tierra Llana, al colocar a las primeras bajo el control administrativo de la Corona (1).

Quizás, lo destacable del período de guerras internas, que se daban al mismo tiempo en todo el reino de Castilla, era que se contaba con combatientes acostumbrados a la lucha. Aunque el conflicto sucesorio supuso una dimensión nueva, por el grado de movilización alcanzado respecto a los conflictos particulares (2).

La muerte de Enrique IV, en diciembre de 1.474, precipitó los acontecimientos, ya que lejos de alcanzarse un posible pacto, entre la nobleza, sobre la sucesión, se dio el hecho de que la hermana del finado, Isabel, apoyada por un núcleo de leales, fuera proclamada reina de Castilla en Segovia. Esto hacía inevitable la guerra civil y la intervención extranjera, ya que un sector importante de la nobleza, el duque de Arévalo, el marqués de Villena, y el arzobispo Carrillo

entre otros, no estaban dispuestos a aceptar una autoridad no mediatizada por la suya propia, apoyando por tanto la legitimidad de Juana la Beltraneja (3).

El Señorío de Vizcaya se mantuvo, en las discordias precedentes del reinado anterior, fiel a Enrique IV, hasta que la postura de éste de reafirmar el poder real enviando al conde de Haro, Pedro de Velasco, a castigar la actitud indistinta de oñacinos y gamboínos, provocó la actuación mancomunada de los antiguos rivales, que derrotaron al de Haro en Munguía, en abril de 1471. La lealtad de los vizcaínos se trasladó así, en gran medida, a la princesa Isabel y a su esposo Fernando, influyendo en ello los intereses de los Velasco, y de su pariente, Pedro Manrique, conde de Treviño, que había dirigido la respuesta de los bandos, en 1471, a ponerles cortapisas. En septiembre de 1473, recibían los príncipes la adhesión del Señorío que, sin duda vislumbraba un futuro, ligado al mar y a la actividad comercial, que pasaba por la normalización de las tensiones en la propia Vizcaya y en el conjunto del reino (4).

## II.—LAS CAMPAÑAS TERRESTRES.

Tras su proclamación, Isabel llegó a un acuerdo político con su consorte sobre el gobierno de Castilla, esto se plasmó en enero de 1475 en la Concordia de Segovia. En tanto el rey portugués Alfonso V captaba partidarios para la causa de su sobrina la Beltraneja. Era la respuesta de Portugal a la constitución de una preponderancia peninsular —la castellano-aragonesa— en la que no tenía un papel protagonista. Al mismo tiempo las operaciones iniciales nos muestran la lentitud que en aquellos tiempos adquiría la movilización para una campaña que trascendiera del puro marco local. Así, hasta mayo no penetró el ejército luso en tierras castellanas. Entonces se había articulado ya la respuesta de los RR. CC.. El 18 de abril, en carta de seguro dada en Valladolid se aseguró a los revoltosos de los conflictos feudales anteriores, y a todo tipo de malhechores, el no tenerles en cuenta los crímenes cometidos en tanto participasen en la guerra, a esto se unió otra disposición que estipulaba las condiciones de dicho servicio, al tiempo que excluía algunas fechorías (5). Todo esto aseguró el concurso de combatientes avezados en la guerra, deseosos de hacerse olvidar turbulencias anteriores, y, factor psicológico, de incluirse en una acción que, si bien conllevaba peligro, continuaba su ritmo de vida habitual, al tiempo que podía reportarles beneficio material.

En junio se ordenaba a las localidades rayanas con Portugal ponerse en pie de guerra “entrando en el dicho reino”, y para julio Fernando contaba con un potente ejército, de cuarenta mil hombres según las Crónicas, en el que se destacaba “el gentil peonaje que de Vizcaya, Lepuscua —(Guipúzcoa)— y Asturias con todas las montañas fue allí juntado, de diversas lenguas y trajes de sus libreas”. Con ellos se salió de Tordesillas el 16 de julio, para enfrentar a los portugueses que estaban en Toro. El mismo día, a una legua de la partida, se dio el único suceso favorable de esta primera campaña, al asaltarse la fortaleza de Herreros, ocupada por una banda de salteadores. En la acción se distinguieron los vascongados dirigidos por el conde de Salinas, Diego Gómez Sarmiento, los cuales “apoyándose en lanzas, y cual si hallaran camino practicable, arrimaron las escalas y ganaron la muralla”, dominando a los defensores (6).

Mas la campaña concluyó prontamente al verse el ejército sin vituallas, no aceptar batalla los lusos, y conocerse la pérdida de Zamora. Los Grandes, en Consejo celebrado con el monarca, decidieron la retirada entre el recelo del contingente de diez mil hombres, pertenecientes a las capitanías vascongadas, entre los que se extendió el rumor de que “el rey estaba encerrado en una ermita próxima a los reales, y que los Grandes no le acataban bastante, por que, al propósito de atacar enérgicamente al enemigo, oponían constante resistencia” (7). Se dio un serio incidente, pues aquellas fuerzas se dirigieron a los reales resueltas al exterminio de los Grandes y a liberar al rey. Pero el conde de Treviño, que “era mucho amado de los vizcaínos y los más dellos venían con él”, y la actitud del propio rey Fernando, cortaron la tensa situación. Y, el 24 de julio, se efectuaba la retirada a Tordesillas, tras levantarse el campamento frente a Toro. Gran parte del ejército fue licenciado, aunque se reforzó algunas fortalezas, sobre todo las que podían dificultar la línea de abastecimientos de los lusitanos y sus partidarios (8).

El 27 de julio, los RR.CC., en real provisión, dirigida a los caballeros, escuderos, fijosdalgo y hombres buenos del Señorío de Vizcaya y de las Encartaciones, que estaban a su servicio contra el rey y reino de Portugal, daban fe y real palabra de que en adelante no se les llamaría, ni haría salir de su tierra y límites para la guerra, sin abonarles el correspondiente sueldo, según era de fuero, uso y costumbre entre ellos, pese a que en la campaña recién terminada habían renunciado a ese requisito (9).



El objetivo inmediato para los RR.CC. pasó a ser Burgos, donde la fortaleza, en manos de gente del de Arévalo, se mantenía por doña Juana. Una de las primeras medidas sobre el particular fue el envío de quinientos ballesteros vizcaínos a reforzar a los leales de la ciudad. En septiembre, con el mismo Fernando al frente, se asaltó uno de los bastiones enemigos en Burgos, la Iglesia de Santa María la Blanca, cuya defensa se encargó al guipuzcoano Juan de Gamboa y a gente de las montañas, el último se contaría entre los futuros defensores de Fuenterrabía. El castillo de Burgos resistiría hasta enero, mientras, Alfonso V trató en septiembre de socorrer a sus partidarios aquí, acercándose hacia Burgos desde la localidad de Arévalo, y aunque Fernando se dispuso a resistirle contando, entre otros, con el concurso de cuatro mil peones vascongados, no se llegó a la batalla campal, ya que el lusitano hubo de replegarse ante el acoso de flanco que ejercían sobre sus líneas de comunicación las fuerzas que con Isabel se desplegaban desde Palencia. Y ello pese al éxito inicial en Baltanás, donde el portugués apresó al conde de Benavente (10).

En diciembre los RR.CC. disponían en Valladolid de un nuevo ejército de quince mil hombres disciplinados y bien armados, a los que no les faltaba el concurso de grandes piezas de artillería traídas de Alemania e Italia. Poco antes, en octubre, se habían firmado cartas de perdón a homicianos vizcaínos. Y la financiación de la guerra se conseguía merced a los bienes eclesiásticos.

La pérdida de Burgos, a manos del hermanastro de Fernando, don Alfonso de Aragón, hábil técnico artillero y uno de los más reputados militares de la península, colocó al luso en mala postura, ya que el lugar era pieza esencial en su estrategia. En septiembre Alfonso V pactó con Luis XI la intervención de Francia en el conflicto sucesorio. El precio a pagar eran las vascongadas. Sin embargo, el plan de unir los ejércitos aliados sería inviable, ya que Burgos, elegido al efecto, acabó en manos de los RR.CC. ante la lentitud de las fuerzas francesas, que hasta marzo del siguiente año no amenazaron seriamente la línea del Bidasoa.

Con el castillo burgalés en sus manos, las fuerzas de Fernando se colocaron ante Zamora, donde tan sólo la fortaleza se mantenía por la Beltraneja. Allí les bloqueó el portugués que, nuevamente acosado por las demostraciones que las fuerzas de Isabel hicieron sobre Toro, Castro Nuño y Siete Iglesias, y por la ocupación de Fuentesauco, se vio obligado a retirarse hacia Toro, y en esto, alcanzado por la acción persecutoria de Fernando, fue derrotado el 1.º de marzo en las cercanías de Toro, en los campos de Pelcagonzalo, pese al valor desesperado del príncipe Juan de Portugal, que salvó a su padre de un desastre total, como bien interpretó Fernando al comunicar a su esposa la victoria: "De no ser por el joven pollo, yo habría cogido al gallo viejo" (11). Se trató de una batalla en que la caballería de ambos bandos llevó el peso de la acción, sirviendo de poco la artillería, empleada sólo por los lusos, pues Fernando dejó la suya en Zamora al salir a los alcances de sus contrarios. Entre los numerosos vizcaínos que lucharon en Toro, se encontró Martín Iñiguez de Zugasti, alcalde de tierra llana, que acudió a la guerra sin sueldo, lo que indica los problemas materiales que pese a acertadas medidas provocaba el conflicto, y eso a pesar de la promesa real de abonar el mismo a los vizcaínos, según vimos con anterioridad. A Martín se le concedió, por sus servicios, en juro de heredad, el que sus descendientes disfrutasen de la referida alcaidía, con dos mil maravedís de quitación anual que tenía para una lanza, así como de las cantidades que percibía de la tesorería de Vizcaya y de los diezmos que disfrutaba en San Emeterio y Celedonio de Larrabezúa para el mantenimiento de dos ballesteros.

La Guerra estaba en gran medida decidida. Los Grandes que apoyaron el partido de la Beltraneja comprendieron de qué lado se inclinaba la balanza, y se fueron sometiendo de grado o fuerza, mientras el rey lusitano se dirigía a Francia, para solicitar un más decidido apoyo de Luis XI. Tras el encuentro de Toro se conjuró la amenaza francesa sobre Guipúzcoa.

### III.—EL FRENTE VASCONGADO.

En virtud del pacto con el portugués, el monarca francés colocó cerca de cincuenta mil hombres al norte del Bidasoa, y en marzo se inició el ataque. La llave de la frontera era la plaza de Fuenterrabía, guardada en principio, junto a Irún, por un millar de combatientes. Iba a ser aquella una lucha de escaramuzas y choques violentos en torno a la plaza, y a los valles adyacentes del oriente guipuzcoano. El conde de Salinas, Diego Sarmiento, dirigió la defensa, junto a hombres como Juan de Lazcano, Ortuño de Carranza, y Sancho del Campo, a los que se unió Juan de Gamboa, que entró en Fuenterrabía con un refuerzo de una decena de capitánías.

La fortuna de las acciones fue varia, Irún, Oyarzun, Rentería, Beloaga resultaron devastadas por los galos. Y Bartolomé de Zuluaga, enviado por Isabel a defender Guipúzcoa, cayó prisionero. Pero la acción, de auténtica guerrilla, de los guipuzcoanos, junto a la porfiada resistencia de Fuenterrabía, causaron estragos en las filas contrarias, mientras la plaza era socorrida por los navíos de las villas del litoral vascongado que desafiaron el importante despliegue artillero de los franceses del conde de Labrit, los cuales acabarían por retirarse hacia Bayona (12).

A estas luchas acudieron todos los caballeros de Vizcaya, Guipúzcoa, y Álava, los Reyes dieron sus cartas a las villas de estas, y a las de Castilla la Vieja, "e Burueva, e las Asturias" para que fueran a resistir a los franceses, "e se juntasen para ello con el conde de Salinas a quien embiaban por su capitán mayor".

Alcanzada una tregua con los portugueses en los frentes de Castilla, Fernando acudió a las Vascongadas, donde había rumores —no infundados— de que los oñacinos simpatizaban en algunos casos con los agresores de los límites guipuzcoanos. En junio el rey se instaló en Vitoria, y mediado julio pasaba a Vizcaya, donde el día 30 juraba los Fueros en Santa María la Antigua, Guernica, siendo reconocido como señor de Vizcaya. Luego se enfrentó, sin tiempo ni éxito, a algún adicto al conde de Treviño, caso del oñacino Juan de Salazar, que resistió en su castillo de San Martín de Muñatones. En agosto Fernando se entrevistó en Vitoria con su padre, Juan II, que desde el inicio de las hostilidades venía apoyándole eficazmente. También se reforzó la raya del Bidasoa donde la guerra languideció hasta la tregua alcanzada en mayo de 1.477, que se prolongaría hasta firmarse la paz con Luis XI, en San Juan de Luz, en octubre de 1.478.

#### IV.—LA GUERRA EN EL MAR.

El dominio del espacio marítimo, fue, sin duda, determinante para la resolución del conflicto, ya que Portugal se vio aislado y sin posibilidades de importar armamento. Al principio de la guerra, en junio de 1.475, Fernando nombró al bilbaíno Tristán de Leguizamon, armador mayor de las flotas que el monarca mandase armar desde Guipúzcoa a Galicia, encargándole además la guarda y tenencia de las atarazanas de Santander. Se desencadenó una guerra de pequeñas armadas que tenían como objetivo interceptar las rutas de navegación comercial del adversario. Los más de los encuentros serían entre pocas o aisladas naves (13). Las cartas de seguro concedidas a diferentes particulares nos confirman el carácter pirático que adquirió la guerra en el mar, bajo la consigna de hacerla causando "todo mal e daño al adversario de Portugal e a sus súbditos e naturales". Los neutrales también sufrieron, como atestiguan las protestas por el apresamiento de naves de Bretaña y Escocia, en los que se distinguieron los armadores vizcaínos (14).

A mediados de 1.476, cerca de doscientos navíos controlaban de tal modo las rutas del Cantábrico, que Alfonso V hubo de tomar el camino del Mediterráneo para viajar a Francia a entrevistarse con Luis XI, tal era el temor al dominio del mar que había adquirido Castilla. De hecho, se constituyó la llamada Armada de Vizcaya, apostada en la ría de Bilbao estando el rey Fernando en dicha villa, y constituida ante la aparición de una escuadra francesa con base en Normandía, y que constaba, al parecer, de trece navíos, tras haber perdido un par de bajeles ante La Coruña, a manos de un antiguo aliado que, ante la Guerra civil, se pasó al bando de los RR. CC., se trataba del guipuzcoano Juan de Granada. La Armada bilbaína, compuesta de una treintena de naves bajo la autoridad de Ladrón de Guevara, y de su adjunto el navarro Gracián de Agramonte, ahuyentó al francés, pasando luego a Galicia donde actuando contra los partidarios del portugués se apoderó de la población de Bayona.

En el Sur, en las rutas a Canarias y la Guinea, también actuaron los navíos vascongados. En marzo de 1.476, en aguas de Marruecos se sorprendía a una flota lusa, mandada por Alvar Méndez, que traía armamento desde Italia. Se destruyó o capturó cuatro naves, prácticamente sin bajas, bien que una fuera la del maestre de la nave vascongada "La Zumaya", el joven Juan de Mendaro.

Para junio de 1.478 una real cédula confirmaba la necesidad de acabar con la guerra, al prohibir "terminantemente" el comercio con Portugal, pues "muchos naturales y extranjeros, no tenían reparo en dirigirse allá, llevando de Castilla, así por mar como por tierra, armas, mantenimientos y otras mercaderías cuya salida está sancionada con graves penas civiles y criminales". Se ordenaba además prender a toda nave sorprendida en dicho tráfico. La tregua con Portugal había facilitado una especulación que en última instancia se volvía contra los intereses de la Corona.

Hubo además algún suceso desgraciado, como la captura por una fuerza galo-lusa de una flotilla de tres naves vascas que zarparon de Sanlúcar de Barrameda transportando trigo. Pero el recrudecimiento de la guerra, mediado 1.478, ante una nueva ofensiva lusitana, se saldaría con la derrota definitiva de los portugueses en los campos de La Albuera, en febrero de 1.479, lo que hizo inevitable la paz de Alcántara de octubre del mismo año.

Con la paz llegó el perdón para numerosos vascongados que justificaron sus servicios de armas. E incluso en fecha muy avanzada de las negociaciones de paz, se encargó al bilbaíno Andrés de León armar navíos contra Portugal, prometiendo el perdón a los homicidas que se alistasen a sus órdenes por espacio de un año y a sus propias expensas. La guerra acabó así con la victoria de los RR.CC., que al tiempo que conjuraban la intervención exterior, consolidaban la fortaleza de la Corona al acabar con los poderes omnímodos de los Grandes, como se realizó durante el conflicto en Andalucía, Asturias, Extremadura, y otras zonas. Y en junio de 1.479 Fernando tomaba posesión del reino de Aragón, tras la muerte de su padre. Quedaba claro así donde residía la preponderancia en la península, que luego se proyectaría hacia Europa y América.

## V.—CONCLUSIONES.

Una visión de lo hecho hasta ahora sobre Historia Militar del período que hemos tratado, nos lleva a la consideración de que se debe revalorizar el conflicto sucesorio castellano como base evidente del desarrollo posterior que la organización militar alcanzaría en el reinado de los RR.CC. y sus sucesores (15).

Se debe, además, profundizar en la investigación de las realidades locales, en materia militar, durante la baja Edad Media, de cuyo desarrollo y evolución —y aquí nos inclinamos a decir “anulación”— ante la nueva política de la Corona, y ante las nuevas técnicas guerreras, surgiría la estructura militar predominante hasta bien entrado el siglo XVII.

La realidad institucional presente en los marcos geopolíticos de índole feudal, favorece el acotamiento y análisis del tema de investigación, del que este trabajo sólo ha pretendido hacer una breve exposición que facilite la puesta a punto de las propuestas a investigar (16)

## N O T A S

(1) GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel, y VV.AA., *Vizcaya en la Edad Media*, Vol. IV, Ed. Haranburu, San Sebastián, 1.985, pp. 123-171; GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando; MONTERO, M., *Diccionario de Historia del País Vasco A-H*, Ed. Txertoa, San Sebastián, 1.983, pp. 344-358.

(2) AGUIRRE GANDARIAS, Sabino, “Primera aproximación a las relaciones de Bizkaia con Europa durante la Edad Media (Hasta 1.476)”, en *II Congreso Mundial Vasco. Congreso de Historia de Euskal Herria. Instituciones, Economía y Sociedad (Siglos VIII-XV)*, Tomo II, Ed. Txertoa, San Sebastián, 1.988, pp. 47-70.

(3) PÉREZ, Joseph., *El asalto al poder. Isabel la Católica en el trono de Castilla*, en “Historia-16”, Año XIII, N° 150, Octubre 1.988, pp.12-28.

(4) GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel, op.cit., pág. 170.

(5) Archivo de Simancas, Sello., Leg. 1, fols. 401-411.

(6) *Crónica Incompleta de los Reyes Católicos*, Edición de Julio PUYOL, Academia de la Historia, Madrid, 1.934, pp. 140-223.

(7) SARASOLA, Modesto., *Vizcaya y los Reyes Católicos*, C.S.I.C., Madrid, 1.950, pág. 78.

(8) Idem, pág. 80.

(9) Ibidem, pág. 87.

(10) GARCÍA RIVERA, F., *La Guerra en la Historia. Los Reyes Católicos. El Gran Capitán*, Ed. Juventud, Barcelona, 1.944, pp. 36-56.

(11) Idem, pág. 49.

(12) SARASOLA, op.cit., pág. 99.

(13) Idem, pp.133-165. Archivo de Simancas, Sello., Leg. 1, fols. 503-504; Leg. 2, fols. 66-68-77-100-139-446-493-763; Leg. 3, fols. 383-402; Leg. 4, fols. 142-168; Leg. 5, fol. 113.

(14) SARASOLA., op.cit., pp. 136-139.

(15) WANTY, Emile., *La Historia de la Humanidad a través de las Guerras*, Eds. Alfaguara, Aura, Madrid, 1.972, pp. 80-101.; BRAUDEL, F., *Civilización Material y Capitalismo*, Ed. Labor, Barcelona, 1.974, pp. 39-42, 299-308.; CONTAMINE, Philippe., *Guerre, état et société à la fin du Moyen Age. Etudes sur les armées des rois de France. 1.337-1.494.*, Mouton Co., París-La Haye, 1.972.; VIGÓN, Jorge., *El Ejército de los Reyes Católicos*, Ed. Nacional, Madrid, 1.968, pp. 11-51, 101-129, 148-209.; SUÁREZ ÁLVAREZ, María Jesús., "Aportaciones Asturianas a la Guerra de Granada", en *Asturiense Medievalia*, Vol. I, S. Public. Universidad de Oviedo, Oviedo, 1.987, pp. 307-345.; LABAYRU, Estanislao., *Historia General del Señorío de Bizcaya*, Vol III, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1.967-1.968, 277-323.

(16) "La institución del Ejército no parece interesar (...): la falta de ejércitos profesionales en la Edad Media, dificulta el conocimiento de armas: levas, reclutas, apellidos de Hermandad padre por hijo, servicio militar a las necesidades de Castilla (...), es otro mundo que espera al investigador", con estas palabras DÍEZ DE SALAZAR, L. M., en "El Derecho y las Instituciones Públicas en Euskalerría en la Baja Edad Media (Balance o Aproximación a las recientes aportaciones)", en *II Congreso Mundial Vasco*, op. cit., Tomo cit., pág. 44, nos recuerda un estado de la Investigación que apenas ha empezado a superarse.

# LA DEBILIDAD DEL SISTEMA LOGÍSTICO ESPAÑOL Y LA CRISIS DEL 1505. EL TRASLADO DE LA INFANTERÍA DE NÁPOLES A GRANADA

**José Szmolka Clares**

Profesor Titular Historia Moderna.  
Universidad de Granada.

Los sistemas de financiación del Ejército constituyen el apartado más deficiente de la organización militar española del Quinientos, como fatal y regularmente pondrán al descubierto las fluctuaciones coyunturales. Así ocurrirá en 1505, año particularmente crítico en el que a los efectos de la crisis política provocada por el fallecimiento de la reina Isabel, se unieron los de la profunda depresión económica.

La coyuntura de estos años no pudo ser más grave. En 1504 se produjeron terremotos, peste, sequía y, ya al final enlazando con el siguiente año, grandes temporales que arruinaron las cosechas y originaron la consiguiente epidemia de hambre que se extendería hasta 1506, año dantesco en el que según Andrés Bernáldez “muchas personas murieron de hambre” (1).

Todas estas circunstancias incidieron negativamente en el normal desenvolvimiento de los asuntos granadinos. No faltan ejemplos en el Registro de Correspondencia del conde de Tendilla. Así, a comienzos de marzo de 1505, el conde escribe al Regente informándole del despido de las lanzas de acostamiento sin antes haberles pagado todo lo que se les debía. “Lo que se debía era poco y el descontentamiento que llevaron fue grande”. En la misma carta vemos también como el estado de conservación de las distintas instalaciones de la Alhambra era lamentable porque no se le pagaba a nadie; al encargado de los jardines se le adeudaba dos años y al cañero tres perdiéndose, por tanto, huertas y jardines y la gente no tenía más agua que la de los algibes.

En agosto las lanzas de las Ordenes aún no habían cobrado ninguna paga del año en curso y del anterior se les debía millón y medio de maravedís. En parecida situación se encontraban las guardas de la Costa hasta el punto de tener que preocuparse directamente el propio monarca en solucionar el problema (2).

El año 1506 no fue mejor. En mayo Íñigo López escribía a Don Fernando: “Ay, señor, mucha necesidad que Vuestra Alteza mande que esta gente se pague, que no podemos enviar veinte lanzas a ninguna parte porque les deven onze meses a escuderos y peones y con la grand carestía del pan y falta de cevada non pueden, sin dineros, salir de aquí”. A finales de junio, para colmo de males, falleció el tesorero Morales, con el consiguiente retraso del ya por sí lento mecanismo burocrático de la Hacienda Real. A Tendilla le pareció que se “paraba el mundo” viendo como no llegaba el dinero para pagar a su gente y que el poco de que disponía se lo arrebatara Hernando de Zafra sin tener en consideración que podía quedarse en la Alhambra sin un solo hombre. En fin, a principios de agosto, la crisis económica

no había remitido y el malestar de las tropas de guarnición en Granada alcanzaba cotas muy poco tranquilizadoras. “Mande vuestra merced —le pide a don Juan Manuel— que se provea de paga para esta gente de guerra, que es tanta la neçsidad, que alegan la ley que dizen que pueden los onbres hurtar para comer” (3).

En este contexto llegará a Granada la infantería de Nápoles. Su llegada va a poner fatalmente al descubierto la debilidad del sistema. Terminada la guerra con Francia se planteó un problema insoluble con estas tropas. No era prudente mantenerlas en Italia, en un territorio aragonés, en plena crisis dinástica tampoco se podía licenciarles pues se les debía quince millones de maravedíes y no había dinero para pagarlas. La solución elegida fue la menos mala sino la única: distribuir las entre la recién conquistada Mazalquivir y Granada.

Al reino de Granada se destinaron un tercio de ellas, mil seiscientos setenta peones. En principio el capitán general acogió favorablemente la medida pues venían a ocupar el vacío dejado por las tropas regulares que habían pasado a allende, en un momento en que se esperaba un fuerte ataque norteafricano sobre el litoral. Pero desvanecidas sus preocupaciones al comprobar que el tan temido ataque norteafricano no se producía, cambió de opinión pues también sabía de la excesiva profesionalidad de esos hombres, cualidad que en momentos de apuros económicos como entonces padecía Granada no era la más adecuada. Pensemos al respecto en la advertencia que cinco años antes, cuando estas mismas tropas se disponían a embarcar rumbo a Nápoles, hacía el Gran Capitán a sus soberanos: “Yo suplico a Vuestras Altezas tengan cuidado de las pagas de esta gente, porque no conviene a vuestro servicio que esté oçiosa ni mal pagada” (4). Por ello el conde de Tëndilla escribirá repetidamente a la Corte expresando sus reservas y recelos ante una gente que no podían estar “en fortalezas ençerrados ni conçertados segund de lo que vienen usados, y los alcaldes resçebiran mal trato y mal reposo” (5).

Sin embargo, su sentido del deber y la sospecha de que los moriscos de Motril preparaban una huida masiva hizo que accediera a recibir los peones.

En diciembre llegaron las primeras capitanías y no tardaron en dar la razón a don Íñigo. Los peones de las capitanías de Percebal de Buitrón y Fernando Martínez de Lorca, “unos diablos”, cometieron numerosas tropelías en la tierra de Motril que obligaron al capitán general a enviar al alguacil mayor de Granada con plenos poderes (6) y a reiterar sus protestas al rey y sus secretarios. Orgullosos y celosos de sus derechos, se insolentaban con sus superiores en cuanto se retrasaban las pagas diciéndoles “pagadme si no haré lo que quisiere” o amenazando con entregar las fortalezas a los moros o a Don Felipe. Sus maneras tampoco eran ejemplares, sobre todo para los alcaldes casados y con hijas pues “más aina le ve onbre la bragueta que la cabeza”. Todo esto les hacía poco recomendables y más si tenemos en cuenta que “por su terrible condiçion y manera de bevir” soliviantaban a los moriscos, una gente “muy tierna”. Por tanto, don Íñigo pedía al rey que los sacara de Granada pues “gente tan suelta y usada de vivir a su voluntad no estaban bien en tienpo turbado, teniendo apoderado un reino y viniendo usados de dezir “pagadme si no haré lo que quisiere”. Y el menor mal es irse y dexar solos los alcaldes, a Dios graçias esto çesa; pero ay otros inconvenientes que son no querer velar ni guardar, pedir ropa y, cada ora, la paga, saltar, hazer daño donde estovieren, que aunque aya muchos buenos en ellos, que ay asaz, la gente usada de guerra y suelta Vuestra Alteza sabe bien como se pueden desvezar en pocos dias, quanto más que tienen mucha neçsidad y dizen que Vuestra Alteza les deve mucho” (7).

Fue un intento inútil pues la Corte siguió adelante con el plan preestablecido. Pero los peones no sólo fueron asentados en las fortalezas de la Costa pues los que debían embarcar en Málaga, a causa de los incidentes que provocaban, fueron desviados por las comarcas del interior tanto de Granada como de Jaén, mientras llegaba la hora de embarcar. Loja y Alcalá la Real fueron los primeros concejos que recibieron tan incómodos huéspedes y pronto comenzaron las molestias y problemas. Aunque en las cartas de aposentamiento se indicaba claramente que la única obligación de los concejos era proporcionarles alojamiento y comida a precios moderados (8), los peones pretendían que se las dieran gratis amenazándoles con tomarlas a la fuerza si no se les daba. Las autoridades de ambas poblaciones recurrieron al capitán general que con su tacto y diplomacia habituales, prometió hacer todo lo que estuviera en sus manos para complacerles y, efectivamente, se puso en contacto con el secretario Hernando de Zafra. Por dos motivos debía sacar las tropas de allí. El primero porque de esas comarcas se abastecía Granada y “es razón que no tengan quien gaste lo que acá a de venir”. El segundo por razones de seguridad y orden público pues “como sabés, señor, aquellos son más gente de frontera que de otros y no greeo que se dexasen asi forçar” (9).

A principios de 1506 Don Fernando ordenó al conde de Tëndilla que despidiese un tercio de los peones que estaban en las fortalezas de Granada y los sustituyera por otros tantos “suiços que son venidos de Nápoles”. De



inmediato, y a pesar de las dificultades que existían para pagarles, el conde comenzó los despidos (10). Conocemos el número de éstos por un memorial que don Íñigo envió a Hernando de Zafra dos meses después, memorial que asimismo nos permite conocer el número exacto de los efectivos de las distintas guarniciones granadinas antes de la llegada de los “suiços” pues basta multiplicar los despidos por tres. Por tanto, el estado de esas guarniciones sería la que aparece en el siguiente cuadro, con excepción de Motril y Vélez Málaga que no figuran porque ya contaban con peones desde antes de la orden.

<u>Guarniciones</u>	<u>Despididos</u>	<u>Total efectivos</u>
Vera .....	6	18
Mojácar .....	10	30
Almería .....	26	78
Adra .....	6	18
Casteldeferro .....	6	18
Albuñol .....	6	18
Salobreña .....	10	30
Almuñécar .....	22	66
Nerja .....	8	24
Lanjarón .....	8	24
Mondújar .....	11	33
Alhambra .....	61	183
Totales .....	180	540

Un mes más tarde comenzaron a asentarse los peones de Nápoles. No fue una simple sustitución pues en la práctica se encubría el licenciamiento y reformatión de esas unidades y, además, algunas fortalezas recibieron más soldados que peones licenciados. Adra, por ejemplo, asentó trescientos en lugar de los seis despididos (12).

Pero lo que interesa es resaltar la intención del secretario Hernando de Zafra —Tendilla se limitó a cumplir órdenes y a capear el temporal como pudo— por ir preparando el despido de los suizos deshaciendo las distintas capitanías. Así de la capitanía de Miguel de Doña María se enviaron dieciséis peones a Almería mandados por el teniente Mateo de San Sebastián, “muy buen onbre y cuerdo”; Almuñécar recibió veintitrés de la capitanía de Martín Ruiz de Laso acompañados por su teniente y quince de la de Pedro de Morón; el capitán Rodrigo de Fagaza fue a Torrox, tierra de Vélez Málaga, con quince de sus hombres, y otros tantos de la capitanía de Sancho de Bedía, acompañados por el teniente Pedro de Mendieta, fueron también a la misma fortaleza. En fin, Adra acogió al capitán Miguel de Alcaraz con veinte de los suyos (13).

Mientras tanto los peones que habían de embarcar en Málaga ante la incongruencia de las órdenes del secretario Hernando de Zafra, cada vez más desbordado por los acontecimientos, vagaban por las tierras granadinas provocando incidentes con sus pobladores como los que sucedieron en La Peza y Fiñana, o se acercaban a Granada esperando recibir órdenes del capitán general. Por ello don Íñigo tuvo que enviarles el siguiente mandamiento:

“Parientes señores y amigos, capitanes, alférez y cabos de escuadra de la gente de la infantería de Sus Altezas que agora venis de Nápoles: Yo he sabido que vosotros os bolveis a esta cibdad de vuestro camino, que ivades a Malaga, porque el secretario Hernando de Zafra os dixo que yo tenia cargo de os aposentar y proveer, lo qual yo no tengo ni he tenido de la gente que vino antes que vosotros. Por tanto, de mucha gracia os pido que no vengais aqui, sino que os vayais al camino que ivades, porque aqui terneis muy mal recabdo y ni podeis ser aposentados ni proveidos; y por esto, en todas maneras, no deveis venir sino tornar al dicho secretario Hernando de Çafra, el qual vos dira donde aves de ir. Y Nuestro Señor vos aya en su guarda. Del Alhanbra de Granada, IX de março, 506” (14).

Parte de estas tropas -escribe el capitán general al rey- “han venido por esta cibdad y pasaron fasta Vélez Malaga haziendo daño. Y como venian juntos hasta mill dellos, las justicias no han podido poner remedio, y por no hazerlo por via de alboroto, como era nesçesario hazerse, ase conportado con pena de los que lo veíamos y de los que lo padescían. Hernando de Çafra acordo de no aposentar estos como a los otros, y escriviome a mí que los aposentase en el obispado

de Jaen. Yo, señor, le respondi que como avia aposentado los unos que aposentase los otros y él no quiso en ninguna manera sino hizo tantas protestaciones y casi requerimientos diziendo que sino los aposentava que se iria huyendo de la tierra, que los ove de enbiar a Ubeda, Baeça y adelantamiento de Caçorla donde si no los quisieran acoger lo podian fazer por falta del poder”.

En efecto, el 10 de marzo, el capitán general envió al capitán Sancho de Benavides y al jurado Juan Pérez a Vélez Málaga para que sacara la gente que allí estaba y la condujera al reino de Jaén (15). Allí se distribuiría de la siguiente manera:

#### En el adelantamiento de Cazorla

Capitanía de Sancho de Benavides .....	75	peones
» » Juan de Matallana .....	140	»
» » Salazar .....	109	»
Total .....	324	peones

#### En Úbeda

Capitanía de Juancho de Vergara .....	89	peones
» » Alonso Suárez .....	89	»
» » Juan de Ugalde .....	16	»
» " Juan Tomás .....	70	»
" " Mondragón .....	16	»
Total .....	280	peones

#### En Baeza

Capitanía de Pedro Martínez de Arriarán .....	102	peones
» » Baltasar de Londono .....	124	»
Total .....	226	peones

#### En Sabiote

Capitanía de Juan de Balcastro .....	93	peones (16).
--------------------------------------	----	--------------

A pesar de las seguridades ofrecidas por el capitán general, los lugares elegidos acogieron a estas tropas con prevención pues, además de las tropelías que habían cometido durante el viaje, exigían no sólo posadas y ropas gratis, “segund la costunbre e preheminencia que sienpre tovieron y tienen los reyes de Castilla”, sino también alimentos, obligación de las que estaban exentos por sus privilegios y franquezas los cristianos viejos como se observaba claramente por las cartas de aposentamiento libradas por el máximo mandatario granadino (17).

De todas maneras, como habían prometido Zafra y Tèndilla, la estancia no se prolongó demasiado pues a finales de marzo el rey decidió despedirles tras el regreso de las tropas granadinas que habían participado en la campaña de Mazalquivir. Su licenciamiento y despido ocasionarían problemas todavía más graves. Los preparativos se hicieron con máximo sigilo porque, como no se les podía pagar todo lo que se les debía (18), se temía que al conocer la noticia cometieran cualquier desmán. Por ello don Iñigo aconsejó al secretario que “se llamasen a todos los capitanes, y alferезes y cabos de escuadra y que se les hablase a los capitanes claramente como la voluntad de Su Alteza es porque agora no tiene nesçesidad de tener a esta gente y que las quiere pagar lo que se les pueda dar, que será la mitad o los dos terçios, y que a ellos, y a los alferезes y cabos, con otros algunos hasta número de quatrocientos onbres, los quiere Su Alteza tener y conservar porque quando quisiere la gente la podrá aver con ellos y que éstos se sostengan por un mes o quarenta dias hasta que la otra gente sea bien desparzida, los cuales no teniendo cabeças que les conseje que hagan atrevimientos y daños que no los harán, que yo soy informado que, allende de lo que era el reino de Napoles dispuesto para la mala manera de bevir destos, ayudava a sus desvarios y lo hazian con consejo y con inçitacion de los mismos capitanes que echavan la piedra y escondían la mano. Y asi me paresçe que no es inconveniente tener a estos gastando con ellos algo igual de lo que sería despedir a ellos y a ellos juntos” (19).

Como no se siguió exactamente este plan pues quedaron con los peones alféreces y cabos de escuadra, ocurrió lo que el conde temía, que muchos de estos soldados se dispersaron y formaron bandas que se dedicaron al pillaje y saqueo de la tierra. Fue necesario organizar batidas para terminar con ellos, especialmente en las comarcas de Loja e Illora (20), poniéndose así un triste epílogo a la carrera militar de unos hombres que tanto habían hecho por la gloria de Castilla.

## N O T A S

(1) A. BERNÁLDEZ: *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, Ed. Carriazo y Gómez Moreno, Madrid, 1962; p. 516.

(2) *Registro de correspondencia de don Íñigo López de Mendoza*. Archivo Histórico Nacional, Osuna, leg. 3.406. 1, ff. 217v y 204v. Archivo Alhambra de Granada, leg. 58.

(3) *Registro*, f. 322.

(4) Cit. por J. VIGÓN: *El Ejército de los Reyes Católicos*; p. 209.

(5) *Registro*, f. 248v.

(6) *Ibidem* 262v. "*Poder al alguazil mayor Juan de Narbaez*. Yo, don Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, capitán general del reino de Granada, etc. Por quanto vos, mi pariente señor, Juan de Narbaez, alguazil mayor de la cibdad de Granada, vais a algunas partes de la Costa de la Mar a entender en ciertas cosas que aveis de fazer que cunplen a serviço de Sus Altezas, vos doy todo mi poder conplido para que en todo lo que lo ovieredes menester, por quinze dias primeros siguientes mandeis y fagais todo lo que yo como capitán general haria y fazer podria, asi prendiendo como faziendo justia de las personas y gente de guerra que fallaredes culpados en qualquier delito que ayan hecho, o otras qualesquier cosas que merezcan ser castigados. Y mando a todos los concejos, justicias y alcaldes, y capitanes y otras qualesquier personas que la presente vieren que fagan y cunplan todo lo que vos les dixeredes y mandare y vengán y esten a vuestros llamamientos y mandamientos, y, asimismo, fagis parescer ante vos a todas qualesquier personas de quien quisieredes ser informado y fagais pesquisa o pesquisas de todo lo que quisieredes aver informacion. Ca por la presente, por virtud de los poderes que tengo, mando a todos y a cada uno de vos los susodichos que asi lo fagais y cunplais y le deses todo el favor y ayuda que os pidiere y oviere menester so las penas que el dicho alguazil mayor os pusiere, en las quales desde agora he por condenados a qualquier o qualesquier de vosotros que en ellas cayeredes y incurrieredes, ca para todo lo que dicho es y para cada cosa dello vos doy todo mi poder conplido. Fecho, doze dias de dizienbre de IMDV años".

(7) *Registro*, ff. 248, 251, 258 y 261.

(8) "Señores parientes, concejo, justicia y regidores de la cibdad de Almuñécar: Ai envío la gente que veres por memorial firmado de mi nonbre para que esté en la vela y guarda desa dicha cibdad y su tierra. Por ende, por virtud de los poderes que tengo de Sus Altezas, vos mando que luego como esta veais, aposenteis en esa dicha cibdad al teniente de capitán y alférez e a la dicha gente y les fagais dar buenas posadas pobladas sin dineros, y que no sean mesones, y los mantenimientos y otras cosas que ovieren manester al prescio que ai valieren y no encareciéndogelo más a ellos. Lo qual vos mando que asi fagais y cunplais luego, sin poner en ello dilacion alguna. Fecho, XVII de abril de IMDVI años". *Registro*, f. 310v.

(9) *Ibidem*, ff. 261v, 262 y 263v.

(10) *Ibidem*, ff. 270-271.

(11) *Memorial que se embio a Fernando de Çafra*. *Ibidem*, f. 285v.

(12) *Ibidem*, f. 287.

(13) *Ibidem*, ff. 309-315.

(14) *Ibidem*, f. 288.

(15) "*Para los capitanes y alférezes y cabos de escuadra de la infanteria que esta en Velez*. Parientes, señores y amigos, capitanes y alférezes y cabos de escuadra de la infanteria que está en Velez Malaga: Yo he sавido de los grandes daños que la gente que traes con vosotros ha hecho y haze en este reino de Granada, segund las quejas y clamores de los que han resçebido el daño. Yo he tenido mucho travajo en asosegar esta cibdad y las comarcas, que no se juntasen para hazer alguna cosa de que Su Alteza no fuera servido y esa gente resçebiese daño. Y porque tornando ellos por donde an venido no se podria escusar algund grande escandalo, acordé de os escrevir que lleveis esa gente al lobispado de Jaen, donde yo escrivo que a vosotros y a ella aposenten y vallades con ella cada uno con su vándera, sin que otra gente se junten con ella, porque yendo asi se podra saber quien faze daño o cosa que no deva y no padesceran los que no tienen culpa por los que la tienen. Y esto vos ruego y pido de gracia que asi fagais, y de parte de Sus Altezas, por virtud de los poderes que para ello tengo, os lo mando so pena que el que lo contrario hiziere, perdera el sueldo que le es devido si fuere capitán o alférez o cabo, y será despedido para sienpre; y si fuere soldado asi mismo, y será castigado en la persona como aquel que quebranta mandamiento de su rey y señor natural, o de aquel que tiene su poder, sobre lo qual vos hablará mas largo en esta misma sentençia mi pariente el capitán Sancho de Benavides, al qual yo dí poder para os requerir. Sea creído como yo. Nuestro Señor vos aya en su guarda. Del Alfanbra de Granada, X de março del MDVI años". *Registro*, f. 288.

(16) *Ibidem*, ff. 288 y 289.

(17) Ibidem, ff. 291, 293, 294, 297, 298 y 299.

(18) A Hernando de Zafra le faltaban al menos cuatro de los cinco millones que importaban los atrasos y algunos de los que poseía los había obtenido sacándolos de las mismas tropas regulares del territorio. Ibidem, ff. 291v y 331.

(19) Ibidem, f. 291v.

(20) Ibidem, ff. 323-324.

# EL DESAFÍO MILITAR DE LA REVUELTA DE ESPADÁN (VALENCIA, 1526)

**Juan Francisco Pardo Molero**

Becario de investigación. Departamento de H.<sup>a</sup> Moderna.  
Universidad de Valencia.

Desde noviembre de 1525 hasta septiembre de 1526 los estados del duque de Segorbe se vieron sacudidos por la rebelión musulmana, frente a la conversión forzosa de los mudéjares de la Corona de Aragón decretada por el rey Carlos. El reino de Valencia, que acababa de pasar por la experiencia bélica de las Germanías, debía levantar un ejército para sofocar la revuelta. ¿Cómo encaró la sociedad cristiana valenciana el desafío de los musulmanes?

## 1.—El levantamiento mudéjar.

El comienzo del reinado de Carlos I asistió al desarrollo de la rebelión de las Germanías. Entre otros conflictos (de índole social, sobre todo) se manifestó la rivalidad cristiano-mudéjar. Los mudéjares formaron parte del ejército real y nobiliario, mientras que los rebeldes plasmaron su odio en forma de bautismos forzosos de musulmanes. Tras la derrota agermanada quedaría la realidad de los musulmanes bautizados (1).

Pero éstos volverían al Islam después de las Germanías, lo que no será indiferente a la Inquisición: desde su bautismo, los moros habían pasado a formar parte de su jurisdicción, y la vuelta a su fe anterior podía considerarse como apostasía. Pero si los bautismos, por forzosos, no habían sido válidos, no existía tal apostasía. Fray García de Loaysa, inquisidor general "interino" en 1523, y don Alonso de Manrique titular del cargo desde fines de 1524, obtuvieron del rey la convocatoria de una junta de teólogos, canonistas y notables para tratar del asunto. Esta comenzó en Madrid en febrero de 1525. Su unánime dictamen, consistió en salvaguardar la validez de los bautismos, fundándose en sofisticados razonamientos acerca de la naturaleza de la violencia empleada. Tal dictamen, y la subsiguiente necesidad de convertir al resto de la población musulmana del reino, coincidía con las directrices en materia de política religiosa de Carlos I. Los intereses del César de presentarse como campeón de la Cristiandad frente al peligro turco, no casaban demasiado bien con la existencia legal de vasallos musulmanes en los reinos de Carlos (2).

Siguió una campaña de predicación al sur del reino valenciano, en la primavera-verano de 1525. En septiembre se planteó la necesidad de actuar en el norte del reino, donde no habían tenido lugar bautismos forzosos en la época de las Germanías. La oposición de los señores de mudéjares, temerosos de perder las rentas que éstos devengaban, se hizo sentir, especialmente en el caso del duque de Segorbe. Fueron los vasallos de este aristócrata los que se rebelaron ante el decreto de conversión o expulsión de los musulmanes del reino, de fines de 1525 (3). El decreto, precedido de una bula pontificia, ponía punto final a la tolerancia oficial hacia el culto islámico en Valencia.

La resistencia musulmana estuvo centrada en primer lugar en Benaguasil, y hacia allí se dirigió la primera acción militar cristiana, al mando del lugarteniente de gobernador don Luis Ferrer. La parte financiera corrió, principalmente, a

cargo de la ciudad de Valencia. La villa se rindió el 19 de febrero de 1526. El siguiente objetivo sería la Sierra de Espadán (al sur de la actual provincia de Castellón), donde se concentró la resistencia islámica.

Atrincherados en los riscos de Espadán, los rebeldes resistieron hasta el 19 de septiembre de 1526. Las tropas reales, mandadas ahora por el duque de Segorbe (cuya actuación ha sido tradicionalmente tachada de “benévola” hacia los rebeldes, en buena parte sus vasallos, pero que quizá se asemeje a la prudente pero eficaz acción de Modéjar en la revuelta granadina) intentaron sucesivas veces asaltar la sierra. El primer asalto fue en marzo sin ningún éxito. En mayo los rebeldes saquearon el lugar de Xilxes, lo que según las crónicas enardeció el ánimo de los cristianos. Pero hasta julio no se volvió a intentar un nuevo asalto. Desde primeros de ese mes se trató por todos los medios de reforzar el ejército, muy menguado tras la derrota de marzo, de cara a intentar un nuevo asalto. No se alcanzó la victoria total, a pesar de lograrse avances en la posición cristiana. Finalmente, en el mes siguiente y principios de septiembre, el ejército fue reforzado con nuevas compañías, y con un nutrido cuerpo de *lansquenets*. El día 19 de septiembre tuvo lugar el asalto final de las posiciones musulmanas, dividiéndose el ejército cristiano en cuatro cuerpos que acometerían la sierra por cada uno de sus flancos. La victoria sobre los rebeldes fue, esta vez, completa en la sierra, acabando en breve con los últimos reductos insurrectos (4).

\* \* \*

La respuesta cristiana al desafío de los musulmanes conllevaba dos retos: el primero, financiar una fuerza militar, y el segundo, organizarla.

## 2.—La respuesta financiera.

La tarea de represión del movimiento rebelde musulmán competía a la monarquía. Sin embargo, en ella se iba a implicar prácticamente toda la sociedad valenciana. Ya hemos dicho que la ciudad de Valencia jugó un papel fundamental en el cerco de Benaguasil, como así fue reconocido por el propio Emperador. Pero el ejército de Espadán lo pagaría la Corona. Ahora bien, las exiguas arcas reales valencianas no podían hacer frente a tal gasto durante tiempo indefinido. La hacienda real hubo de apelar al crédito de la sociedad valenciana. Durante los primeros meses en que la Sierra de Espadán se había convertido en el objetivo de las tropas reales, se hizo frente a los gastos gracias a los ingresos generados por ciertos préstamos contraídos por la corte. Pero el dinero faltaría dramáticamente: a la escasez de ingresos se oponía la obligación de hacer efectivas las soldadas a las tropas. Entre los prestamistas de la corte se encontraban instituciones valencianas, como la ciudad, la Generalidad y la Fábrica de *Murs i Valls* (entidad municipal encargada de las obras públicas en la ciudad de Valencia). Pero no había coordinación entre estos ingresos. Sin embargo, a últimos de junio, cuando se acercaba la fecha del segundo asalto a Espadán, se alcanzó un acuerdo entre la corte y los portavoces políticos de la sociedad valenciana. El 25 de junio de 1526 se firmaba entre los representantes de los estamentos del reino y la *regia cort* un compromiso por el cual aquéllos se comprometían a prestar al rey la cantidad de 22.000 ducados para la campaña. Tan cuantiosa suma debía ser satisfecha por la Generalidad del reino de Valencia (14.000 ducados) y por la Fábrica de *Murs i Valls* (8.000). El recurso a la deuda pública (censales) fue imprescindible para allegar tales fondos. Sólo una de las dos instituciones emitió censales para reunir el capital: la Fábrica de *Murs i Valls*, que recaudó por ese procedimiento tanto la suma que a ella había correspondido en el préstamo como la que tocaba a la Generalidad, para, posteriormente, prestar a esta institución su parte (5). Otros ingresos (“composiciones” o multas impuestas a rebeldes de las Germanías, préstamos...) completan, aunque en medida mucho menor, los fondos prestados a la hacienda real valenciana (6).

El dinero prestado por las instituciones a la corte no se “devolvería”, al menos, hasta 1533, en que se dedujo del subsidio votado en Cortes. Sin embargo, para atender a los intereses generados por la deuda pública emitida para financiar la campaña, se impuso una nueva carga sobre el trigo, que, al no amortizarse la deuda, se mantendría largo tiempo. Desde el punto de vista de la administración real, la financiación de la guerra de Espadán fue un éxito: se consiguió movilizar a toda la sociedad valenciana tras un objetivo de la política regia, cual era la unidad de credo de sus súbditos.



### 3.—La respuesta militar.

La mayor parte de este dinero tuvo un destino militar: la organización de un ejército, segundo gran desafío de 1526.

#### a) *El origen de las tropas.*

En un pasaje de su *Historia orgánica*... el conde de Clonard afirma que para reprimir el levantamiento de Espadán la Corona se sirvió de veteranos: se acudió a unidades y tropas ya existentes. Pero algunos datos indican que se encargó a ciertos personajes la misión de reclutar hombres para formar un ejército. ¿Hasta qué punto son compatibles ambas noticias? (7).

En el ejército de Espadán formaron contingentes pagados por la Corona, milicias municipales, caballeros valencianos que combatían a sus costas, y tres mil lansquenets alemanes que reforzaron el ejército al final de la campaña. Saber de dónde provenía cada una de las unidades, evidente en el caso de los alemanes o de las milicias municipales, es algo más confuso para el resto del ejército. Pero los pagos a los “reclutadores” nos permiten identificar una serie de comarcas como “suministradoras” de hombres para el ejército.

En el reino de Valencia, la legislación foral limitaba el reclutamiento y formación de un ejército: impedía que se forzara a los valencianos a salir del reino a pelear, obligaba al pago de soldadas a las tropas, y disponía que, en caso de guerra, los contingentes se reclutaran en los lugares más próximos al escenario del conflicto. El primer límite no afectaba a la guerra de Espadán; en cuanto al segundo, ya hemos visto el esfuerzo financiero del reino. El tercer punto era más delicado, al restringir geográficamente el reclutamiento. Varios de los reclutadores se dirigieron a las zonas que circundan la Sierra de Espadán por el Norte y por el Sur. Y así los hubo en el Maestrazgo, y en Llíria, Chulilla, Villar, Alpuente, Castielfabib y Ademuz. La comarca de La Plana estuvo presente a través de las milicias municipales de Castelló y Borriana, y otros municipios no debieron faltar a la cita de Espadán. Pero también acudió la compañía del *Centenar de la Ploma* de la ciudad de Valencia, y se buscó gente en Xàtiva, Oliva y Gandia. La campaña llegó a tener aire de cruzada, y su gravedad impulsaría a las autoridades reales a presionar sobre los municipios con el fin de que enviaran tropas a Espadán.

El reclutamiento de soldados superó los límites del reino. Se solicitó permiso a Aragón para reclutar hombres en los términos de Alcañiz, Albarracín, Teruel, etc. De allí saldrían unos mil infantes. De fuera de la Corona de Aragón también vinieron hombres a Espadán: 200 infantes llegaron en el mes de julio desde Requena (entonces perteneciente a Castilla).

Por tanto, el ejército de Espadán no fue estrictamente valenciano. Sus componentes se caracterizaban por su variada procedencia, tanto geográfica como “social” (milicias municipales, levas por comisión, mercenarios, caballeros...). Pero quienes constituían el cuerpo principal y con más continuidad a lo largo de la campaña eran las tropas estrictamente “reales”, a sueldo de la Tesorería real de Valencia. La presencia de milicias municipales se hallaba notablemente limitada por el corto período de tiempo que servían (generalmente diez días, tras los cuales era necesaria una nueva orden del *consell* local para renovar el contingente).

¿Dónde quedan los veteranos de Clonard? Una de las compañías, provenía de Francia, lo que la convierte en un cuerpo “viejo” del ejército de la Corona. Aun en el caso de no contar con ella, hay que pensar que el reino de Valencia acababa de pasar por una guerra, la de las Germanías, donde lucharon valencianos y mercenarios foráneos al servicio de la Corona y los nobles. No es raro que muchos de los combatientes fueran veteranos de esta guerra. Por lo demás, no era escaso el “potencial bélico” de los valencianos, armados hasta de ideología guerrera, como ha puesto de manifiesto un reciente estudio, y que no debió agotarse con las Germanías. Es significativo, sin embargo, que la victoria final sólo llegara con la presencia de los alemanes en la sierra. Aunque no fue éste el único refuerzo de última hora del ejército, (unos mil valencianos fueron levantados en pocos días) no cabe duda que su participación en la victoria fue esencial (8).

#### b) *La organización y el armamento.*

El ejército de Espadán nos remite a las reformas del Gran Capitán realizadas en Italia a principios del siglo XVI. Pero, en cierto modo, comienza a prefigurar la estructura que tendrán los futuros tercios.

La unidad es la compañía, como es habitual, pero agrupada en *coronelías*, signo de los tiempos. La razón de ser

de la coronelía había sido dar una mayor operatividad a las compañías, demasiado débiles para actuar por sí solas en la guerra moderna, agrupándolas en unidades mayores. Si bien se suelen indicar cuatro compañías por coronelía, lo cierto es que en Espadán hubo coroneles al mando de dos, tres y cuatro unidades. En cualquier caso, lo esencial de la coronelía era agrupar varias compañías (capitanías o banderas), y así creemos que funcionó en Espadán.

En cuanto al armamento, hemos calculado que aproximadamente un tercio de los soldados de Espadán portaba armas de fuego. La documentación los denomina *scopeters*, y perciben una *ventaja* salarial respecto de sus compañeros *piquers*. Hay también un escaso número de arcabuceros, cuyo sueldo es superior al de los escopeteros. Nos encontramos, pues, con dos armas diferenciadas, escopeta y arcabuz, a las que se les atribuye un valor desigual. De hecho en la cadena evolutiva de las armas de fuego la escopeta ocupa el lugar intermedio entre la espingarda y el arcabuz. La presencia de ambos tipos de armas en Espadán, aunque con mucha más profusión de escopetas, nos indica la fluctuación de la época en materia de armas de fuego, así como la preferencia por el arcabuz, que se impondría como arma de la infantería española, aunque su uso no era aún universal en 1526.

Hemos dicho que el ejército de Espadán prefigura las formas del tercio. El cuadro de oficiales, maestre de campo-sargento mayor-barrachel, comunes a todo el ejército, y capitán-alférez-sargento-tambores-cabos, en cada compañía, así lo hace suponer, especialmente en el caso del sargento, cargo generalizado en Espadán (hay uno por cada bandera o compañía), cuya aparición la ha calificado René Quatrefages como "...una de las más seguras muestras de la evolución definitiva por la que pasó la infantería española, hasta la cumplida forma de los Tercios". Igualmente la potencia de fuego, un tercio en el total del ejército y en cada una de las coronelías, anuncia las formas del Tercio. Y no podía ser de otro modo, debido a la proximidad cronológica de los sucesos de Espadán respecto de la aparición definitiva de los Tercios (c. 1534): las formas del tercio no pudieron surgir del vacío, las tendencias militares (en lo formal) de los reinos peninsulares de la Monarquía Hispánica tenían una dirección común desde las reformas unificadoras en este campo de los Reyes Católicos. Y es de ahí, como se ha esforzado en señalar el citado Quatrefages, de donde iban a surgir los Tercios. Por tanto, el ejército de Espadán es un eslabón más, ya muy cercano al final, en la cadena que llevará al Tercio (9).

Contó, asimismo, el ejército de Espadán con una pequeña unidad de artillería; pequeña, no sólo porque el número de piezas fuera escaso, sino también por su calibre. La batería de Espadán la componían dos *falconetes* y cuatro *esmeriles*. Lo accidentado del terreno haría poco apropiado el uso de artillería de mayor calibre. Este cuerpo se integra en el ejército más bien como auxiliar, en el mes de julio (hasta el cual las tropas de Espadán habían carecido de apoyo artillero), coincidiendo con la preparación del asalto de dicho mes (10).

#### c) *El abastecimiento del ejército.*

La intendencia, tal y como se entiende actualmente, no existía en el siglo XVI. La alimentación de los soldados corría a cargo de su paga, lo que llegó a ser dramático en el ejército de Flandes por la depreciación del dinero (manteniéndose congelados los salarios), y el enorme retraso de las pagas. En el ejército de Espadán la situación tuvo que ser menos dramática, ya que con el mismo salario, los precios no eran tan altos, y las pagas llegaron durante los seis meses de campaña con bastante puntualidad. El "sueldo base" del infante de Espadán lo constituyen los mismos tres escudos que el salario del piquero del tercio (equivalente a 2 libras 17 sueldos y 6 dineros, en moneda valenciana). Sobre él, escopeteros y oficiales percibían las correspondientes *ventajas*. Se consideraba suficiente para el mantenimiento del soldado. Por tanto, la única función de las autoridades del reino, en materia de abastecimiento, era mantener provisto el "mercado de campaña". Así consta que se intentó apelando a las autoridades locales de la villa de Castelló, para preparar uno de los desplazamientos del ejército. Por lo demás, la corte trataría de que no faltara la presencia de mercaderes y arrieros allí donde estaba el ejército alojado (11).

### 4.—El ejército rebelde.

Hasta aquí hemos hablado del "ejército cristiano" de Espadán. ¿Cómo sería el ejército al que éste se enfrentó? A pesar de lo fragmentario y escaso de nuestra información en este punto, trataremos de aproximarnos a la fuerza militar musulmana de Espadán.

Sabemos que los sublevados de Espadán no eran sólo los miembros de un ejército. Aparte de la población de la sierra, se habían refugiado en ella, provenientes de otros lugares de la región, familias enteras, lo que da un carácter

especial a su resistencia. Los rebeldes tenían un jefe (un tal Carbau o Carbaio, labrador), y también "capitanes". Por tanto la resistencia no fue desorganizada, sino que se atuvo a ciertos patrones más o menos militares. No nos debe extrañar. Los mudéjares habían sido componentes tradicionales de los ejércitos del reino cristiano de Valencia en la Edad Media.

Combatieron en el campo real durante las Germanías. Fue en esta guerra donde el duque de Segorbe consiguió sus victorias a la cabeza de sus vasallos mudéjares. Ex-combatientes del ejército de Segorbe debieron luchar en 1526 en contra de su señor, pero en defensa de su religión. Es lógico que en Espadán se organizaran militarmente siguiendo las mismas pautas que sus enemigos, con las que debían estar familiarizados.

Disponemos de un indicador indirecto sobre el armamento de los musulmanes: el inventario de las armas que les fueron confiscadas en 1525, por orden real, en la baronía de Carlet y el marquesado de Llombay. Entre las armas ofensivas destaca la espada (57,44%), seguida de la ballesta (15,92%) y la lanza (15,14%). La escopeta alcanza un porcentaje muy bajo (1,04%). Si aceptamos estos datos como representativos de la capacidad armada de los musulmanes del reino (aunque podamos pensar que se trataría de ocultar aquellas armas que más se valorara), advertimos que, a pesar de la presencia de escopetas en sus arsenales, sería la ballesta el arma que, ante todo, los rebeldes opondrían a las escopetas cristianas. Seis meses de resistencia avalan la puntería de los ballesteros musulmanes.

En cuanto al abastecimiento del ejército sublevado, una cita de Sandoval, bastará para ilustrarlo:

"No les faltaban bastimientos a los moros que estaban en las sierras, que los demás los proveían y decían que, pues por su Mahoma padecían, antes les faltaría la comida a ellos y a sus hijos y mujeres" (12).

## N O T A S

(1) La participación de moros en las tropas nobiliarias durante las Germanías, en RICARDO GARCÍA CÁRCEL, *Las Germanías de Valencia*, 2.<sup>a</sup> ed., Barcelona, 1981, pp. 123 y 125. Sobre los bautismos forzosos, véase *ibidem*, pp. 188-91, y también, del mismo autor con EDUARD CISCAR PALLARÉS, *Moriscos i agermanals*, Valencia, 1974, pp. 121-30.

(2) En este punto seguimos, sobre todo, a AGUSTÍN REDONDO, *Antonio de Guevara (1480-1545) et l'Espagne de son temps*, Gèneve, 1976, pp. 222-35; sobre la validez de los bautismos vd. también R. GARCÍA CÁRCEL-E. CISCAR PALLARÉS, *op. cit.*, pp. 133 y ss.

(3) AGUSTÍN REDONDO, *op. cit.*, pp. 244-52. En el sur del reino la resistencia se había concentrado en Bernia, pero la presión militar de que la montaña fue objeto (presencia en el mar de las galeras que habían traído preso a Francisco I) aconsejó la capitulación: loc. cit., pp. 242-3. Sobre el decreto de expulsión, GARCÍA CÁRCEL, "La revuelta morisca de Espadán", en *Al Andalus*, XLI (1976), p. 128, y HENRY-CHARLES LEA, *Los moriscos españoles. Su conversión y expulsión de España*, estudio preliminar y notas de Rafael BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, Alicante, 1990, pp. 137-40.

(4) Un relato completo de la rebelión musulmana de 1525-26 puede verse en el *Libro X de la Década primera de la historia de Valencia*, del cronista valenciano GASPAR ESCOLANO, publicada en Valencia en 1611, y de la que hay edición facsímil de 1972, cols. 1677-1694. En nuestra tesis de licenciatura realizamos un más detallado análisis de los hechos de la campaña, y matizamos algunas afirmaciones de Escolano. La aludida acción de Modéjar, en JULIO CARO BAROJA, *Los Moriscos del Reino de Granada*, 3.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1985, pp. 191 y ss.

(5) Sobre la financiación del cerco de Benaguasil, véase el resumen de una carta de Carlos I en el f. 69v del libro 8851 de la sección Maestre Racional del Archivo del Reino de Valencia (ARV). Agradecemos al profesor Dr. Pablo Pérez García que nos sugiriera consultar este documento. La consignación de los préstamos, en ff. 12r-17r del documento citado. La noticia del acuerdo entre los estamentos y la corte en ff. 124r-125r del mismo documento. Sobre el préstamo de la Fábrica a la Generalidad, JOSÉ MARTÍNEZ ALOY, *La Diputación de la Generalidad del Reino de Valencia*, Valencia, 1930, p. 288.

(6) La cuantía de los otros ingresos en ff. 17v y ss. del doc. cit. Sobre la amortización del préstamo institucional con cargo al subsidio de 1533, informa el mismo documento, en anotaciones al margen de los diferentes asientos de ingreso. Para el impuesto de tres dineros por cahíz de trigo, véase Remedios FERRERO MICO, *La hacienda municipal de Valencia durante el reinado de Carlos V*, Valencia, 1987, p. 190.

(7) Teniente General SERAFÍN MARÍA DE SOTTO, conde de CLONARD, *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas, desde la creación del ejército permanente hasta el día*, Madrid, 1853 y ss., t. III, p. 210.

(8) Las limitaciones forales al reclutamiento pueden verse en PERE HIERONI TARAÇONA, *Institucions dels fuers y privilegis del regne de Valencia*, Valencia, 1580 (hay edición facsímil, sin fecha), pp. 331-2. Las noticias acerca del reclutamiento, en el documento citado, ff. 82r, 90v, 91v, 92r y 128r y v. Los envíos de Burriana en el artículo de VICENTE GARCÍA EDO, "La revuelta de los moros de Espadán y Burriana", en el volumen colectivo *Burriana en su historia (II)*, Burriana, 1991; la aportación de Castelló, en el ARV, MR, 9878. Una carta al virrey de Aragón en ARV, Real

Cancillería, reg. 736, f. 57v. La compañía que venía de Francia, estaba al mando del capitán Figueroa, f. 276v, del reg. 8851 de MR. Acerca del potencial guerrero de los valencianos, PABLO PÉREZ GARCÍA, *La comparsa de los malhechores. Un ensayo sobre la criminalidad y la justicia urbana en la Valencia preagermanada (1479-1518)*, Valencia, 1990, pp. 267-306.

(9) La extensión que, en este punto, alcanzarían las referencias documentales, nos aconseja remitirnos a nuestra tesis de licenciatura, donde intentamos demostrar la forma orgánica que adoptó el ejército de Espadán. Sobre el concepto "coronelía", aún resulta útil la consulta de la voz "colunela" en el *Diccionario militar. Etimológico, histórico y tecnológico* de José ALMIRANTE, publicado en Madrid en 1869, donde se cita un pasaje de CLONARD. Véanse, asimismo, las consideraciones de PIERO PIERI, en "Consalvo di Cordova e le origini del moderno esercito spagnolo", en *Fernando el Católico e Italia. V Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1954, pp. 222-25. La cita de RENÉ QUATREFAGES, en la p. 73 de la edición del Estado Mayor del Ejército de *Los tercios*, Madrid, 1983, cuyo primer capítulo contiene abundante información y útiles reflexiones acerca del origen de los tercios.

(10) Cf. el f. 160r (doc. 8851, sec. MR, ARV), con una de las nóminas de la artillería.

(11) Véase en el documento citado para las milicias de Castelló una carta a dicha villa, para que provea el camino por donde ha de pasar el ejército (documento sin foliación original, y confusa foliación a lápiz, realizada modernamente). Sobre los problemas de abastecimiento de los soldados del ejército de Flandes, a que hemos aludido, véase el ya clásico estudio de GEOFFREY PARKER, *El Ejército de Flandes y el camino español*, Madrid, 1976, concretamente el capítulo titulado "La vida en el Ejército de Flandes".

(12) FRAY PRUDENCIO DE SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, BAE, t. LXXXI, p. 123a. Sobre la elección de jefe por parte de los moros, véase ESCOLANO, op. cit., col. 1679, y la ya citada carta al virrey de Aragón, donde se menciona al jefe por el sobrenombre de Solim (o Selim) que tomó. Noticia de un "capitán de los moros rebeldes", en el f. 118r del docto. 8851, de la sección Maestre Racional del ARV. El desarme de los moros de Llombay y Carlet, en el artículo de VICENT VALLES I BORRAS, "Germania i Senyoriu: la Baronia de Carlet" en el número de 1987 de la revista *Al-Gezira*, pp. 145-7.

# LOS HOMBRES DE ARMAS DE LAS GUARDAS DE CASTILLA, ELEMENTO BÁSICO EN LA ESTRUCTURA MILITAR DE LA ESPAÑA DE FELIPE II.

Hugo O'Donnell y Duque de Estrada  
Historiador. Museo Naval de Madrid.

## Las Guardas de Castilla

Denominadas también "Guardias Viejas", constituidas en tiempos de los Reyes Católicos como una fuerza permanente de caballería y a la vez un núcleo para la formación de un ejército, habían sido creadas, como indica Fernández de Oviedo en razón a que "barruntando o sospechando... que cesada la guerra con los infieles la habían de tener contra franceses" (1).

Don Fernando las empleó en sus campañas italianas y en el Rosellón, y Cisneros hizo lo propio en Orán, pero sería el Emperador quien les imprimiera naturaleza de elemento acorazado móvil de los cuerpos expedicionarios.

Los 2.500 caballos distribuidos en 25 compañías de a cien de la ordenanza de 1493 que constituían los efectivos primitivos, acaban reduciéndose en tiempos de Felipe II a 19, de las que sólo 15 son hombres de armas en el sentido tradicional del término, y cuatro son constituidas por jinetes armados más a la ligera que sustituyen a aquellos que completaban las compañías pesadas para llevar a cabo misiones que requerían más movilidad.

El número total también disminuye a menos de dos quintas partes y las compañías se forman con sólo 60 lanzas.

Dos son pues los tipos de unidades que la componen, de una parte los hombres de armas, y de otra las compañías de caballos, formadas con el elemento más ligero de las primitivas guardas, separados con posterioridad. Solamente las primeras serán objeto de nuestro análisis, cuya aportación más original está basada en la documentación que con el título "Relación de la gente que tiene su Magd. en las guardas de Castilla y las preheminencias y sueldo que ganan" se conserva en el archivo marquésal de Santa Cruz, en la madrileña calle San Bernardino(2).

## Las compañías de hombres de armas

El elemento principal o unidad de base lo constituye el caballero armado o "lanza", apoyado por su "paje de lanza", figura que auna la del primitivo auxiliar y la del escudero del caballero medieval.

Hombre de armas no lo puede ser cualquiera; de una parte los costosos equipos, cabalgaduras y el sueldo y mantenimiento de su paje, exigen que se trate de persona acomodada; de otra, la ordenanza impone presentar información de ser hijodalgo, cristiano viejo y de no haber desempeñado oficio de los considerados viles.

Sin embargo el hombre de armas no se identifica plenamente con el caballero aunque tenga esa consideración social. La figura del caballero medieval que subsiste con toda su pompa y cohorte de auxiliares, también recibe la denominación de "lanza", pero añadiéndole "de los potentados", bien por serlo, o por depender de uno de ellos al acudir al servicio del rey como milicias extraordinarias (3).

Aceptado en el real servicio, el hombre de armas jura ante su capitán, o ante el teniente de éste en caso de ausencia, emplearse bien y fielmente en guerra y paz "so pena de perjuros", y de cumplir con todos los requisitos de las ordenanzas, con lo que el veedor les proporciona cédula a fin de que desde el día de su recepción, ganen el sueldo, dándose notificación al contador.

## Las monturas y el armamento

Uno de los requisitos fundamentales es el de servir con un buen caballo, entero, de buena talla, y muy fuerte, capaz de galopar y virar con rapidez soportando el peso del jinete, de sus armas y de una armadura que puede llegar a los treinta kilos, además de sus propias protecciones, y un "quartago" o caballo de mediana alzada para el uso normal del paje o el excepcional del propietario en caso de muerte o pérdida de su montura, por lo que recibe el nombre de "dobladura".

El proceso de degeneración de la cría caballar en general, y de las buenas razas de caballos de guerra, está ya notablemente avanzado en la España filipina, a diferencia de lo que sucede en Flandes, debido a la excesiva producción de ganado híbrido, por lo que al coste de un buen caballo hay que añadir la creciente dificultad por encontrarlo.

La aportación de una buena silla "armada", es decir, de altos arzones cubiertos con chapas aceradas que encajonaba al jinete sujetándolo a su montura, es obligada, así como las protecciones del caballo principal o "cubiertas", respecto de las que se exige sean "a uso de guerra", y que consisten, con alguna ausencia o variación, en testera, bardas de cuello, grupa y flancos, y gorjal de malla, con brida armada y protegida para resistir los fuertes golpes.

El caballo principal es especialmente amparado por ordenanzas y cédulas. Esta protección oficial se manifiesta en un doble sentido. Como objeto contractual juntamente con la persona, pericia y armamento de su propietario, es inalienable por parte de éste, a no ser que medie autorización del capitán de la compañía o del veedor, y se produzca una inmediata reposición por otro ejemplar con las características exigidas; de esta forma se procura limitar las ventas a casos de enfermedad, accidente o vejez del animal. Como bien al servicio del estado y como arma táctica, no responde por deudas y sanciones económicas adquiridas por su dueño.

El hombre de armas va pesadamente armado, mientras que su paje, que no está previsto que combata, en el mejor de los casos va equipado ligeramente.

El armamento defensivo del caballero, objeto también de minuciosa revisión por parte de los oficiales reales a fin de comprobar su idoneidad, lo constituye el arnés o armadura completa que en esta etapa se ha reducido a las piezas fundamentales que se sujetaban al cuerpo del jinete y entre sí con correas y hebillas, y que pese a su simplificación sigue denominándose "arnés completo".

La ordenanza de 1551 era exigente hasta el punto de que todas las piezas del arnés fueran nuevas y de buen talle y hechura, de lo que cabe deducir que las armaduras en buena parte estaban hechas a medida.

No se suele hacer mención en la documentación consultada de esta época al escudo como pieza singular, probablemente por usarse preferentemente la rodela de lanza, o pequeño escudete incorporado.

Su armamento ofensivo está constituido por un estoque pendiente del arzón, una lanza de ristre para afianzar en la parte derecha del peto, una "espada de armas" de notable envergadura y una daga. Al paje o "mozo" se obliga a portar lanzón corto y grueso.

La lanza de ristre, su arma más característica, suele ser de madera de fresno, "pesada", es decir, gruesa y larga, adelgazada por su punta hasta adoptar la forma de hoja de cuchillo, a fin de penetrar más fácilmente por entre las piezas de la armadura del contrario, y ensanchada a la altura de la mano en forma de boca de trompeta para su protección e



impedir la caída como consecuencia del choque. La lanza descansa en la cuja, bolsa de cuero unida a la silla del caballo por el lado derecho.

La longitud de la lanza de ristre en esta época suele alcanzar los 18 palmos (3,762 m.)

La pluralidad de armas blancas suple el mayor defecto del arma principal, la lanza, que se quiebra pronto con la colisión.

### **Sueldo, privilegios y obligaciones**

La especial condición de estos soldados y los notables dispendios que el mantenimiento de su equipo les ocasiona, obliga a que los sueldos sean elevados, a razón de 40.000 maravedíes al año, lo que supone casi el doble de lo percibido por los caballos ligeros. Este sueldo es inembargable por razón de deudas, no pudiendo tampoco el beneficiario "feriarlo", es decir, enajenar las cantidades vencidas y debidas.

Para los que tras haber servido al menos diez años, están viejos o enfermos y no cuentan con hacienda suficiente, se les autoriza a percibir en sus casas una tercera parte del sueldo sin tener que servir activamente.

A fin de que estos soldados privilegiados no padezcan el endémico retraso en sus pagas el rey promete, aunque no siempre cumple, consignar y depositarlas, señalando y destinando con antelación los créditos (4).

Su fe de hidalgos es con frecuencia requerida para refrendar las muestras dadas por comisarios, contadores y capitanes, no pudiendo ser despedidos por el suyo sin causa justificada ante el veedor general de esta caballería.

Se trata de gentiles hombres que no han venido a enrolarse a marcharse a merced de los capitanes, sino que están a las órdenes de oficiales del rey. No siendo conceptuados como hombres revoltosos, pueden llevar en todo momento y aun después del toque de queda, espadas y dagas como cualquier par del Reino.

Entre sus privilegios y exenciones se cuenta el de no poder ser ejecutados por deuda ni dote de mujer en los siguientes bienes: sus armas, sus vestidos ni los de su cónyuge, su cama, ni como hemos visto, su caballo, y el de no poder ser obligados contra su voluntad a ser nombrado regidores o cualquier otro cargo público.

En sus desplazamientos tienen derecho a posada gratuita y a la adquisición de vituallas a precios moderados.

Con el hombre de armas también rige la prohibición general de pasar de una compañía a otra sin permiso de su capitán, y la de vender su plaza para que otro sienta en ella.

A la prohibición de amancebamiento, de llevar mujeres a los aposentos y de jurar y blasfemar, común a otras clases de tropas, se une la muy especial de jugar a los dados.

El carácter de tropa especialmente vinculada al rey se pone de manifiesto en la teórica obligación que éste asume por sí o por un miembro de su Consejo de Guerra en quien delegue, de visitar las Guardas cada dos años "para ver en la horden que estan y hacer mercedes al que los mereciere"(5).

Entre las obligaciones que adquiere figura la de residir cuatro meses en sus aposentos, pudiendo ausentarse con licencia siempre que se mantenga en pie un tercio de estas fuerzas que se va turnando durante el resto del año, y siempre que sea en tiempo de paz y no haya "apercibimiento" o alarma, ya que el ausentarse de sus estandartes en tales momentos supone incurrir en graves penas.

En caso de pagamento o alarde general las compañías deben reunirse rápidamente, no librándose el sueldo hasta que se comprueba la presencia del caballero y que su montura y equipo siguen reuniendo los requisitos.

Las irregularidades registradas por el veedor en alardes y revistas determinan sanciones que varían según la importancia de la carencia; así al que no presenta el caballo principal se le descuenta la tercera parte del sueldo, al que carece de ambas cabalgaduras, los dos tercios y si la falta se da en el arnés pierde una cuarta parte. En caso de no poder demostrar la propiedad de sus efectos pierde éstos a la par que el sueldo.

El dinero obtenido de estas multas se emplea en partes iguales en sufragar los gastos de justicia de las propias Guardas y los correspondientes a ejercicios de entrenamiento en los que el rey provee de lanzas, picas, y espadas.

Pese a las medidas tendentes a que las unidades dispongan del armamento y condiciones necesarios con mucha frecuencia, incluso en situaciones de peligro, se denuncian por los mandos militares superiores a cuyas órdenes pasan, tanto las faltas en el número de combatientes por compañía, como en el armamento, monturas y equipo.

### **Adiestramiento, táctica de combate y zonas asignadas**

Se practicaban adiestramientos a pie y a caballo, singulares y colectivos, tanto con armadura completa como aligerada, prestando especial atención a los movimientos de conjunto, carga, dispersión y reunión. Al entrenamiento para la carga clásica o "en línea", se añaden nuevas maniobras tácticas como el ataque de flanco, o el envolvimiento.

Además de sus cometidos y servicios en guarnición y campaña, mientras están en sus bases tienen obligación de ejercitarse los días de fiesta en deportes y juegos que como el torneo a caballo y a pie, el correr la sortija, o el escaramuceo, facilitan el buen estado físico y la práctica de las pesadas armas de combate, siendo obligación del veedor residente en la zona la supervisión de estas actividades.

Para ser usadas en estos entrenamientos y justas el veedor proporcionaba largas lanzas de hasta cinco metros, huecas en su interior, denominadas "bordonanzas".

En combate, la acción principal es la carga de escuadrones en masa y formando, si el terreno lo permite, una misma línea frontal. Dada la orden transmitida por las cornetas, los jinetes avanzan apretadamente acelerando al unísono el ritmo de carga en todo el frente: partida al paso, avance al trote, y choque al galope que no ha de ser muy prolongado para que éste sea lo más violento posible y resten fuerzas a cabalgaduras y jinetes que han venido sosteniendo a pulso la lanza con el sostén del ristre, para combatir cuerpo a cuerpo con otras armas.

Aunque algunas de las compañías tienen una zona asignada, la mayoría tiene condición itinerante, lo que determina una frecuente designación de alojamientos a cada compañía y soldado, lo que se lleva a cabo de común acuerdo entre el aposentador y las justicias locales.

Cada "lanza" dispone de una o varias estancias con chimenea para su acomodo, con lecho y cuadra. Las ordenanzas procuran conjugar las necesidades militares con los derechos y paz de los habitantes, obedeciendo la obligación de mudar de asentamiento cada cuatro meses más a imperativos de este orden que a motivaciones estratégicas.

En el reinado de Felipe II hay cuatro compañías fijas en Navarra, y el resto hasta las quince con que se cuenta, en diferentes puntos de Castilla.

### **Organización interna**

Cada compañía está integrada por sesenta lanzas, es decir otros tantos titulares sin contar los pajes, y mandada para su buen gobierno por un capitán que nombrado por el rey en Consejo de Guerra, jura ante éste, comprometiéndose, tras presentar su título, a residir cada año en su compañía dos meses, ya sea seguidos o interpolados.

Para este mando se escoge a nobles de primer rango que en muchas ocasiones comparten este cargo con otros empleos públicos o cortesanos por lo que han de delegar en sus tenientes. El nombramiento de éstos les corresponde, aunque para que tenga validez se precisa de la aprobación del Consejo de Guerra.

De su sueldo —entre 200.000 y 300.000 maravedíes del año— están obligados a dar 50.000 a su teniente.

El capitán conoce de los delitos cometidos por los soldados de su compañía; en caso de conflicto con civiles o soldados ajenos cesa su competencia en favor del alcalde de las Guardas, pudiendo conocer también de estos últimos asuntos en ausencia del alcalde; si en estos casos, una vez comenzado el proceso viene el alcalde, avoca éste la causa para sí. De la sentencia del capitán cabe apelación ante el alcalde.

El teniente, nombrado por su capitán y provisto de patente del Consejo, presta juramento de servir con armas, caballo y cuartago y a residir seis meses al año. Es el comandante efectivo de las compañías debido a las frecuentes ausencias del capitán.

Al sueldo que su capitán le da se le añade 40.000 maravedíes anuales más, correspondientes a una plaza de hombre de armas.

El alférez, nombrado también por el capitán sin más requisitos, se obliga igualmente a servir con las condiciones de un hombre de armas; a su sueldo como tal de 40.000 maravedíes, se añaden otros 8.000 de ventaja por cuenta de la Real Hacienda.

En cada compañía, un contador desempeña también misión de pagador con el sueldo de una plaza de combatiente y 5.000 maravedíes de ventaja al año.

Los trompetas, a razón de dos por compañía, perciben unos haberes de 22.000 maravedíes. Resulta curioso constatar el interés de estas compañías por contar con músicos escogidos, ya que a los de origen italiano como más apreciados, se les concede ventaja de 4.000 maravedíes más.

Un armero y un herrador por compañía, con sueldos de 22.000 maravedíes, completan el cuadro.

## N O T A S

- (1) GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO. "Batallas y Quincuagenas" (1550). Ms. BN. Batalla 2.<sup>a</sup>, Quinq. 3.<sup>a</sup>, Dial 16.
- (2) Legajo 10, fols. 25 y ss.
- (3) Un sobresaliente estudio de esta figura ha sido presentado en estas jornadas por el Cte. de Sanidad don Manuel Gracia Rivas.
- (4) Pese a la buena voluntad, no escapan las Guardas a los atrasos generales. Por una "Relación de deudas a las Guardas, 1 mayo 1569-31 Diciembre 1586" sabemos que en esta última fecha se les debían 166.000 ducados acumulados de años anteriores. (A.G.S. GA. Leg 195).
- (5) Archivo de Santa Cruz. Leg. 10, fol. 25.



# LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN EL REINO DE ARAGÓN DURANTE EL SIGLO XVI

José M.<sup>a</sup> Sánchez Molledo  
Universidad Complutense de Madrid

## I.—INTRODUCCIÓN.

El siglo XVI supone el tránsito del mundo medieval a la modernidad, dando lugar en Aragón a un siglo Conflictivo. Factores de inestabilidad serán la nobleza, que amparada en los Fueros pretende mantener sus privilegios, enfrentada a una monarquía que, perdiendo su identidad aragonesa, se convierte en estado hegemónico europeo. La defensa de la frontera pirenaica será un motivo más de fricciones, dando lugar además, al contrabando. Las luchas entre Concejos serán frecuentes y dentro de éstos, entre minorías étnicas. montañeses contra moriscos, etc. En este estado de descomposición social surge el bandolerismo.

Para controlar las alteraciones y garantizar el orden interior y la defensa de las fronteras se produce la reacción institucional en una doble esfera de actuación: El Rey, por medio del Consejo de Aragón y la Audiencia, y el reino, por medio de la Diputación, El Justicia y los municipios. Proyectos concretos se llevarán a cabo por las Universidades (Concejos) por la Creación de la Santa Hermandad de Aragón en 1486 de vida efímera, y el nuevo proyecto de unión de 1589. Felipe II propondrá en 1577 la creación del Ejército Real de Aragón, con unos efectivos de 33.000 hombres.

## II.—ESTADO DE LA CUESTIÓN. BIBLIOGRAFÍA.

Los estudios sobre la Organización Militar en el reino de Aragón tienen su punto de partida en 1927 en los trabajos de Muñoz Casayús: *Las Hermandades de Aragón y Los Capítulos de la Santa Hermandad de Aragón*. Valenzuela Fuertes estudia la frontera pirenaica (1966). Colás Latorre y Salas Ausens analizan la conflictividad social en el Aragón del quinientos y las respuestas a la misma (1982). Solano Camón estudia la evolución del Servicio Aragonés concedido por las Cortes al monarca en el siglo XVI (1987). Por último, Jarque Martínez y Salas Ausens analizan de nuevo las tensiones del reino que llevarán a las alteraciones de Zaragoza de 1591 en una reciente obra (1991).

## III.—LA SANTA HERMANDAD DE ARAGÓN.

Las turbulencias y convulsiones políticas internas del reino en el Pirineo hacen que el Prior y los Jurados de Huesca requieran al Concejo de Zaragoza para firmar las Ordinaciones de Unión y Hermandad, que con fecha 26 de Octubre de 1486 tendrán una duración de tres años. Realizadas adiciones en 1488, la lucha de la nobleza feudal contra la Hermandad, que ve en esta Institución la alianza de los municipios con el monarca en contra la esfera de competencias de la nobleza, conseguirá la supresión de la Hermandad por 10 años, en las Cortes reunidas en Tarazona en 1495 mediante la compensación de un Servicio de 200 hombres de armas y 300 jinetes, por 3 años, con un coste de 160.000

Libras Jaquesas. Reanudada la actividad de la Hermandad en 1505, se realizan adiciones a los Capítulos en 1508. Las Cortes de 1510 las disuelven definitivamente. La historiografía interpreta esta disolución como un fracaso de la política reformista del monarca. Desde ese momento la pacificación del reino depende de la Diputación, con una actuación basada en la aplicación de los Fueros y condicionada por la ausencia de una fuerza capaz de respaldar su autoridad.

Las Ordinaciones de la Santa Hermandad de Aragón de 1486 establecen un código penal: Los Casos de Hermandad, una Ley procesal, que señala la forma de perseguir y capturar a los acusados, incoar y ordenar el proceso, y una Ley Orgánica, las Ordinaciones sobre la Milicia, Oficiales y Justicia (1). El Presidente de la Hermandad es nombrado por el Rey. Es el Jefe Supremo de la Hermandad y sus competencias son la coordinación de las relaciones entre los miembros para aumentar su eficacia, impulsar a la Hermandad, es el órgano de comunicación entre el Rey y ésta.

Se trata de un primer intento de crear un ejército permanente con un doble carácter: destinado a garantizar el orden interno y la defensa de la frontera en caso de necesidad. Las fuerzas se componen de 150 lanzas o soldados de caballería, divididos en 3 grupos de 50, a cuyo mando se encuentra un Capitán nombrado por el Rey (2). Las fuerzas son aportadas por todo el reino, con la siguiente distribución: 15 de Tarazona, 15 de Calatayud y su Comunidad; 15 de Daroca y su Comunidad; 15 de Teruel y Albarracín; 15 de Alcañiz; 12 de Ejea; 7 de Jaca; 6 de Aínsa; 15 de Huesca; 15 de Barbastro y Monzón y 20 de Zaragoza (3).

#### **IV.—DELITO EN EL REINO DE ARAGÓN DURANTE EL SIGLO XVI.**

El siglo XVI se presenta especialmente complejo en el reino aragonés y dará lugar a un creciente descontento de amplias capas de la población. Los orígenes se remontan a la unión dinástica de las coronas de Aragón y Castilla que comporta la ausencia del monarca del viejo reino y el establecimiento del Santo Oficio de la Inquisición, introducido durante el reinado de Fernando El Católico, que estando por encima de la normativa foral, contribuye a la consolidación de la autoridad real.

Durante el siglo XVI se produce un creciente divorcio entre el monarca y sus súbditos aragoneses (4). La respuesta aragonesa a lo que consideran reiteradas transgresiones forales fue un atrincheramiento en los Fueros. Las Cortes celebradas durante el siglo son un pulso entre una monarquía que pretende un ejercicio más libre de la autoridad y un reino cuya concepción del poder seguía basándose en el pactismo o constitucionalismo (5).

Paralelo a los problemas institucionales se da una degradación de la convivencia, plasmada en la multiplicación de la conflictividad social. Los puntos de fricción social surgen entre los Concejos, entre grupos de vecinos, entre señores y vasallos como los de Ariza contra su señor (1556), el bandolerismo, que se profesionaliza desde 1580, con cuadrillas como la de Lupercio Latrás que cuenta con cientos de personas. A ello se une la frontera pirenaica que da lugar al fenómeno del contrabando, etc. Todo ello hace del reino un mosaico de problemas.

#### **V.—LAS RESPUESTAS.**

El poder muestra debilidad para mantener la paz. Las Cortes establecen el marco jurídico para mantener el orden interno. Las de 1564 crean un nuevo Consejo en la Audiencia Real para juzgar los asuntos criminales y las Cortes reunidas en 1585 en Barbastro adoptan distintas medidas encaminadas a la recuperación de la quietud pública: El Fuero "De receptoribus" contra quienes acogieran delincuentes, el Fuero "De Rebellione Vasallorum" que castiga con pena de muerte a los sublevados, el Fuero "De Furtis" contra saltadores de caminos, y la creación de una nueva figura institucional: el "Justicia de las Montañas" para el mantenimiento del orden en la zona pirenaica.

En 1570 surge un primer intento de creación de un ejército permanente, al servicio de la monarquía. Se destinan 5.000 Libras jaquesas anuales, que se aumentarán a 8.000 desde 1573. Las fuerzas se componen de 60 jinetes y 200 arcabuceros, a cuyo mando figura el Regente de la General Gobernación, o Gobernador de Aragón, cargo que ocupa Juan de Gurrea desde 1554 hasta 1590, de avanzada edad y aquejado de gota y desde 1572, un Capitán con mando efectivo, Marco de Lop, soldado veterano que sirvió a las órdenes de Carlos I. Los 60 jinetes se dividen en 3 escuadrones de 20, y los infantes en 8 grupos de 25 hombres a cuyo frente está un Cabo de Escuadra.

El reclutamiento se realiza mediante Carta a las Universidades, solicitando voluntarios con experiencia en el manejo de las armas, que sirven a la milicia a cambio de un salario de 4 libras para los infantes, y para los cabos de escuadra, 15 para los jinetes y 50 para el capitán. El coste anual de este ejército se eleva a 21.480 Libras.

La primera salida de este ejército se realiza el 23 de junio de 1572, como campaña de verano durante los meses de junio, julio y agosto. Para evitar desertiones se retrasa la paga de los soldados. Ante la imposibilidad de capturar a los malhechores se estudian diversas soluciones: la expulsión del reino, practicada contra Guillén de Josa en 1588 o la amnistía. En 1580 se concede el perdón a Lupercio Latrás y en 1589 se estudia el Perdón General.

La respuesta del reino será la Guarda del Reino, cuya misión será vigilar los caminos protegiendo a los mercaderes y viandantes. Su coste en 1576 asciende a 14.000 Libras anuales. En 1576 se fragmenta, estableciéndose guarniciones. El aumento de recursos no supone un aumento de su eficacia, limitándose a realizar un trabajo rutinario de reconocimiento de caminos. Las tropas son poco efectivas, aunque sí facilitan la actividad comercial. Al acceso por recomendación se une el relajamiento de la disciplina, la connivencia de los soldados con los bandoleros y el sentido patrimonial y hereditario de las plazas que llevan a mantenerlas en caso de mutilados y ancianos. Se establecen guarniciones o "presidios" en los caminos de Zaragoza a Canfranc en Zuera y Jaca y en el de Zaragoza a Cataluña en Bujaraloz y Fraga. Excepcionalmente en Calatayud y Ariza. La paga se realiza en plazos vencidos para evitar desertiones y se conceden recompensas por la captura de delincuentes.

Mención aparte merece la defensa de la frontera pirenaica. La rivalidad política con Francia durante el reinado de Fernando II y los Habsburgo se ve agravada con los conflictos de Navarra y el Rosellón, que dan lugar a pequeñas algaradas en el pirineo aragonés. En el siglo XVI son frecuentes los ataques de las tropas francesas por los pasos fronterizos. Se producen ataques en 1503, 1512, 1521, 1579, 1589, 1592 y 1597. El paso definitivo para la protección de la frontera lo dará Felipe II con la incorporación del Condado de Ribagorza a la Corona en 1591 y la creación de un sistema de torres de defensa y la construcción de la Ciudadela de Jaca, que además supone un intento de afirmar el poder absoluto del monarca y acabar con las rebeliones forales. De este modo se construyen las torres de Ansó, Hecho, Canfranc, Santa Elena; los castillos de Naval, Abizanda, Aínsa, Benasque, Boltaña, Bielsa, etc., en torno a la ciudadela de Jaca, iniciada en 1592, cuya dirección arquitectónica asume Spanoqui. El 6 de junio de 1593 Alonso de Vargas, Capitán del ejército del monarca solicita al Concejo de Huesca 500 hombres para que trabajen en el fuerte "que aquí se hace para defensa de los hereges enemigos de nuestra santa fe..".

## VI.—EL EJERCITO REAL EN ARAGÓN EN 1577.

Los continuos fracasos de los intentos por restablecer el orden interno en Aragón, tanto por parte del rey como del reino, llevan al monarca a considerar la necesidad de establecer una fuerza al servicio del poder real, dirigida por el Virrey de Aragón. Para ello divide el reino en Cuarteles, estableciendo los hombres que cada ciudad, villa y lugar ha de aportar, así como el armamento: ballestas, arcabuces, picas y lanzas.

El manuscrito 729 de la Biblioteca nacional (6) contiene la "Lista de gente y armas que hasta el presente día de hoy a 10 de noviembre de 1577 han dado las universidades. Las ciudades de Huesca y Zaragoza no han respondido hasta la fecha, por lo que no se incluyen en el resumen. El proyecto es ambicioso por las cantidades que maneja. No hemos encontrado en la documentación que llegara a ponerse en funcionamiento, por lo que suponemos no pasó de ser un proyecto. Se pretende la creación de un ejército con 31.653 hombres, 22.562 arcabuces, 4.084 ballestas y 6.078 picas y lanzas.

El organigrama es el siguiente: Capitán General: D. Artal de Aragón, Conde de Sástago, Virrey de Aragón. Divide el reino en Cuarteles a cuyo mando sitúa a un Capitán: Cuartel de Tarazona y Borja: D. Martín de Bolea; Cuartel de Alcañiz: D. Artal de Alagón; Cuartel de Calatrava y Santiago: D. Antonio Ferrera; Cuartel de Barbastro: D. Matías de Moncayo; Cuartel de Jaca y sus montañas: D. Juan Bardaxí; Cuartel de Cinco Villas: D. Juan Muñoz de Gamboa; Cuartel de Huesca y su Partido: D. Lope de Francia; Cuartel de Daroca y su Comunidad: D. Alonso Celdrán; Cuartel de Calatayud y su Comunidad: D. Manuel de Urrea y Cuartel de Cantavieja: D. Cosme de Luna.

Los 31.653 hombres proceden del reino, con la siguiente distribución geográfica porcentual: Barbastro aporta el 17,90%; Calatayud, el 17,40%; Jaca el 15,07%; Alcañiz el 12,54%; Daroca el 11,06%; Tarazona el 11,05%; Cinco Villas, el 7,5%; Calatrava y Santiago, el 7,1%.

Las 4.084 ballestas son aportadas por Calatayud en un 34,70%; Jaca el 33,47%; Tarazona un 13,80%; Calatrava y Santiago el 10,53%; Alcañiz el 6,49% y Huesca el 0,98%.

Los 22.562 arcabuces procederán el 17,73% de Daroca; el 16,09% de Barbastro, el 15,37% de Calatayud, el 14,72% de Jaca, el 14,57% de Alcañiz; el 8,20% de Tarazona; el 7,09% de Cinco Villas; el 5,49% de Calatrava y Santiago y el 0,77% de Huesca.

Por último, las 6.078 picas y lanzas procederán de Calatayud en un 34,27%; de Tarazona en un 26,01%; Cinco Villas aportará el 18,92%; Alcañiz, el 6,98%; Barbastro el 6,58%; Jaca el 3,85% Calatrava y Santiago el 3,32% y Huesca el 0,07%.

El cuadro-resumen en términos absolutos es el siguiente:

N.º	LUGAR	HOMBRES	ARCABUCES HABÍA	ARCABUCES SE COMPRAN	TOTAL ARCABUCES	BALLESTAS	PICAS Y LANZAS HABÍA	PICAS Y LANZAS SE COMPRAN	TOTAL PICAS Y LANZAS
1	Tarazona	3.495	1.851	—	1.851	565	1.581	—	1.581
2	Alcañiz	3.970	2.176	1.112	3.288	265	80	344	424
3	Calatrava y Santiago	2.248	641	591	1.232	430	—	202	202
4	Barbastro	5.660	2.890	740	3.630	—	100	300	400
5	Jaca	4.770	3.061	260	3.321	1.367	134	100	234
6	Cincovillas	2.372	1.500	100	1.600	—	950	200	1.150
7	Huesca	130	123	50	173	40	4	—	4
8	Daroca	3.500	2.800	1.200	4.000	—	—	—	—
9	Calatayud	5.508	3.467	—	3.467	1.417	2.087	—	2.087
	TOTAL ARAGÓN	31.653	18.509	4.053	22.562	4.084	4.932	1.146	6.078

## VII.—LA UNIÓN DE LAS UNIVERSIDADES DE 1589.

Se trata de la respuesta municipal ante los reiterados fracasos de otras tentativas, que recuerda la creación de la Santa Hermandad de Aragón un siglo antes (7). Las Ordinaciones comienzan así:

“LOS CABOS Y CAPITULOS QUE EL REY NUESTRO SEÑOR HA MANDADO HACER EN RESPECTO DE LA VNION QUE EL AÑO DE 89 SE ACORDO ENTRE TODAS LAS VNIVERSIDADES REALENGAS Y DE LA YGLESLIA Y SEÑORES TEMPORALES DESTRE REYNO DE ARAGON QUE AHORA SE HAN DE PASSAR POR ACTO DE CORTE SON LOS SIGUIENTES:

Atendidos los graves y enormes delictos sediciones y tumultos que de algunos años a esta parte se han cometido en la ciudad de Çaragoça y reyno de Aragón en grande deservuicio de Dios y del rey Nuestro Señor, de su autoridad de la justicia y inquietud del reyno, y para reprimir y castigar semejantes delictos y obrar que de aquí adelante no se cometan y la “justicia tenga el autoridad que combiene para la paz y quietud del reyno y vuelva a su debido estado como no esté suficientemente proveido por los huecos del presente reino ha parecido hacer la presente concordia en la forma y manera siguiente:

Primeramente contra los que cometieran incendio voluntario o prodicional y no fortuito.

Contra los que hurtaran o robaren qualesquiere bienes y talaran campos y otras heredades o arán yncendios en qualquiere cassas, bienes y cossas assi en lugares hiermos como poblados dolosamente exceptando qualesquiere hurtos/ fol. 351 vº/ que se hicieren entre parientes hasta el tercer grado inclusive.

Contra los que cometieran ractos de personas libres o se llevaran consigo qualerquiere mugeres doncellas, viudas o casadas.



Contra los que harán fuerza a mugeres por conocer a aquellas carnalmente en los lugares hiermos o poblados.

Contra los que desafiaran a otros en sus personas o bienes o pondrán carteles de desafío.

Contra qualesquiere delatres bandoleros, salteadores de caminos y hombres que irán de seguida y andarán bagamundos y en juntamientos de gente de mal vivir por los montes y caminos.

Contra qualesquiere que tiraran con ballestas, arcabuces y otras armas semejantes a qualesquiere personas aunque no les hayan acetado ni herido.

Contra los que llevaran pistoletas, arcabuces, pedernales, escopetas y ballestas de día y de noche dentro de lugares poblados si no que los lleven desarmados o sin cerrojos o sin piedras, los pedernales o muerta la media y la ballesta quitada la nuez y contra los que llevaran las dichas armas o alguna de ellas prohibida contra teno de la presente concordia o en otra qualesquiere manera”.

Continúa la relación de delitos contra los que se extiende el ámbito de aplicación de la concordia, entre los que señala los ladrones de abejas, los que tomen reses, las personas facinerosas de mala vida y fama, las personas de mala fama y mal vivir, los que andaren armados yendo a juntados con armas, pues no sea con licencia de los justicia y jurados de la ciudad (fol. 352 rº), los asesinos que por dinero o interés mataren o harán matar a otros, contra qualesquiere personas que a los bandoleros o delates o salteadores de caminos o hombres de mala vida recogieran o favorecieran (fol. 352 vº) Contra los que amenazaran o injuriaran a jueces, consejeros, notario o testigos; contra los que resistiendo con fuerza o mano armada impidieran la cabción de dichos delincuentes o después de presos violentamente los quitaren de poder de la justicia o les sacaran de la cárcel (fol. 353 rº); contra cualesquiere personas que se juntaren o procuraren juntar o caudillar gente, contra cualesquiere personas que apellidaren libertad diciendo “viva la libertad” y contra los que movieren sediciones, alborotos, motines, o cualquier manera de bullicio. (fol. 353 vº). Contra cualesquiere personas de cualquier estado, grado o condicion sean que sacaren caballos, armas y otras municiones o las levaran por cualquier parte del reino para sacar aquellas a los reinos de Francia y Viarne (sic) y a cualesquiere otros reinos y señoríos que no fuesen del rey nuestro señor. (fol. 354 rº).

Se establece la ley procesal en los fols. 354 rº y siguientes, ordenando: El que ha de juzgar estos delitos conforme a la presente Concordia ha de ser el juez ordinario local de cada ciudad, villa o lugar, ejerciente jurisdicción criminal, con consejo de dos personas que cada ciudad, villa o lugar nombrare. El proceso se realizará sumariamente, sin guardar orden de fuero, sino sólo atendiendo la verdad.

Se establece a apelación a instancia superior: “Item por el desorden que podían temer de los justicias y Consejeros legos que condenasen a algunos sin probanza suficiente o con sobrada pasión a muerte o mutilación de miembros o a galeras; por evitar esto, en estos casos pueda haber apelación a la Audiencia Real.

Item por el descuido que en casos graves y atroces podría haber en el Justicia del desafuero y unión en hacer el proceso en algunos lugares de señorío o realengos y sospechosos del, para reparo desto el que presidiere en la Real Audiencia tenga facultad de enviar siempre que le pareciere un comisario letrado”. En estos casos ya no hay lugar a apelación, al considerarse juzgado por la Real Audiencia.

Después de la publicación de la Concordia, cada lugar deberá nombrar cuatro personas que aconsejen a los justicia y jueces ordinarios. “donde hubiere cristianos viejos, el justicia y los consejeros hayan de ser cristianos viejos y donde no los hubiere el señor haya de nombrar un justicia o un alcalde y cuatro consejeros cristianos viejos que residan en lugares circunvecinos, que puedan acudir con brevedad al lugar de moriscos”. (fol. 355 rº). Se establece la elección anual de estos cargos.

Se establece el destino de las penas pecuniarias: si el proceso se ha incoado a instancia de parte, la cuarta parte se le entrega al acusador y el resto, al rey. Iniciado el proceso de oficio, por el juez, se entrega a éste la cuarta parte del importe de la sanción impuesta. En lugares de señorío, se reparte en tres tercios, uno para el señor, otro para el rey y otro para el acusador.

Se establece la abstención de intervenir en el proceso a los jueces que sean parientes del acusado por afinidad o consanguinidad hasta el tercer grado inclusive. En estos casos han de nombrar a otra persona en su lugar.

El proceso se inicia con la detención del acusado. Se reúne el juez y los consejeros y han de pronunciar sentencia en 24 horas, así como ejecutarla. Si el delincuente no está preso, se realiza el proceso de ausencia.

Para dar tormento al acusado, se estará a lo dispuesto por la jerarquía normativa que establecen los fueros: "Item que los procesos que se han de hacer en virtud de la presente concordia sea sin que en ella se dé tormento sino en los casos por fuero permitidos" (fol. 358 rº).

Los oficiales pueden perseguir al delincuente por otros lugares de realengo y señorío, si bien una vez capturado el delincuente han de llevarle al lugar en el que cometió el delito.

Si el delito se hubiere cometido en una pardina, cualquiera le pueda prender pasada aquélla, el capitán y soldados de la guarda del rey o del reino, llevándolo al lugar que tenga jurisdicción criminal más próximo.

Se establecen penas para los justicias y oficiales que fueren negligentes. Para los lugares menores de 100 vecinos se establecen 500 sueldos jaqueses por cada vez y en lugares de más de 100 vecinos, mil sueldos jaqueses por cada vez. La multa se propone a instancia del oficial de la universidad que persigue al delincuente y lo paga el concejo. Serán acusados de oficiales delincuentes en sus oficios y el proceso se llevará a cabo en la Audiencia Real de Aragón.

Se establece como obligatoria la colaboración ciudadana en la captura de delincuentes, bajo pena. Así se acuerda: "Que todos oyendo la voz del rey o del señor en su lugar o tañer la campana sean tenidos y obligados a acudir con sus personas y armas a favorecer y ayudar a la justicia, jurados y otros oficiales o personas a quien por la presente concordia se les da poder para prender, que fueren en seguimiento de los malhechores y los que no acudieren tengan de pena por cada uno 60 sueldos aplicaderos para la bolsa de los gastos de la tal universidad. Han de acudir los hombres de 18 a 55 años, no teniendo legítimo impedimento y puede ser preso hasta que haya pagado dicha pena y si no tuviere dineros para pagarla, tenga de pena 10 días de cárcel (fol. 361 rº).

El lugar donde se cometió el delito, puede solicitar el traslado del delincuente para juzgarlo, pagando las costas del traslado.

Se excluyen del ámbito de aplicación de la presente concordia los altercados producidos por defensa de aguas, mojones o términos y otras preeminencias.

El delincuente puede ser prendido por cualquier personas: "Cualquier persona particular puede prender y capturar delincuentes en cualquier ciudad, villa o lugar del reino de Aragón, y los entregen al juez ordinario de la ciudad, villa o lugar" (fols. 262 rº).

La Unión se establece con una duración de 6 años.

"Item que para persecución de los delincuentes y ejecución de la presente Concordia su majestad o el que en su nombre presidiere en la Audiencia Real del presente reino tenga facultad de nombrar los capitanes y gente de a caballo y de a pie y comisarios y que los dichos capitanes, soldados y comisarios y cualquiera de ellos en cualquier distrito y territorio así realengo como de Iglesia y de señor temporal puedan prender cualesquier delincuentes o personas que hubieran cometido algunos de los delitos arriba dichos" (fols. 363 vº).

Por último, este cuerpo para garantizar el Orden Público interior, con carácter militar: "Item que los caudillos y soldados que se hicieren o nombraren para este efecto estén sujetos si no hicieren lo que debieren a lo que los soldados de guerra lo están, y que pueden ser punidos y castigados por su magestad o por el que presidiere en la Audiencia Real del presente reino como tales y proceder en la forma y manera que los capitanes de guerra lo puedan y acostumbran hacer en tiempo de guerra" (fol. 364 vº).

## VIII.—DE LAS ALTERACIONES A LA ESTABILIDAD.

A partir de 1589 se logrará una cierta pacificación en el reino aragonés con la unión de las universidades y el Perdón General, aunque no pasará de ser un paréntesis que se cerrará dos años más tarde con la presencia del exsecretario de Felipe II que agitará de nuevo y de forma muy violenta la capital del reino, llevando al primer plano las viejas tensiones no resueltas. El motín del 24 de septiembre de 1591 a resultas del cual Antonio Pérez había quedado liberado provocó la presencia del Ejército castellano, un contingente de 12.000 hombres de infantería, con más de 2.000

caballos y 25 piezas de artillería, si bien no llevó a cabo acción o represión alguna. Instaladas las tropas en Aragón, Felipe II ofreció una vía de arreglo pacífico a través del Marqués de Lombay. La negativa del reino a aceptar las propuestas regias transmitidas por el marqués llevaron al soberano a decapitar al Justicia de Aragón, Juan de Lanuza. las Cortes de Tarazona de 1592 demuestran la continuidad del sistema y el inicio del camino hacia la reconciliación.

## N O T A S

- (1) MUÑOZ CASAYÚS. Los capítulos de la Santa Hermandad en Aragón. Pág. 905-959.
- (2) id. pág. 920.
- (3) REDONDO VEINTEMILLAS, *Fernando II y el reino de Aragón*.
- (4) JARQUE MARTÍNEZ Y SALAS AUSENS. *Las alteraciones de Zaragoza*. Pág. 18
- (5) GIL PUJOL. *Las claves del absolutismo y el parlamentarismo 1603-1715*. Barcelona, 1991, pág. 33-56.
- (6) Fols. 1 y siguientes.
- (7) B.N. Mss. 7.377. fols. 35-64. GALCERÁN Y CASTRO, conde de Guimerá. Relación Historial de los condes de Ribagorza.

## B I B L I O G R A F I A

- 1.—CAMÓN AZNAR, José. La situación militar en Aragón en el siglo XVII en *Cuadernos de Historia "Jerónimo Zurita"* N.º 8—9, Zaragoza, 1955-56. pp. 71-143.
- 2.—COLÁS LATORRE, G. y SALAS AUSENS, J. A. *Aragón en el siglo XVI. Alteraciones sociales y conflictos Políticos*. Zaragoza, Dto. de Historia Moderna. Universidad, 1982.
- 3.—COLÁS LATORRE, G. y SALAS AUSENS, J. A. *Delincuencia y represión en el reino de Aragón durante el siglo XVI*. En "Estudios". Zaragoza, 1976, pp. 79-117.
- 4.—COLÁS LATORRE, G. y SALAS AUSENS, J. A. *Movimientos sociales en Barbastro y su comarca a principios del siglo XVI*. En "Estudios 79", Zaragoza, Dto. de H.ª Moderna, Facultad de Filosofía y Letras, 1979; pp. 131-208.
- 5.—JARQUE MARTÍNEZ, Encarna y Salas Ausens, J.A. *Las alteraciones de Zaragoza en 1591*. Zaragoza, Edizións de L'Astral, 1991.
- 6.—MUNOZ CASAYÚS, P. A. *Las Hermandades en Aragón*. En "Universidad, revista de cultural y vida universitaria". Zaragoza, 1927, pp. 669-723.
- 7.—MUÑOZ CASAYÚS, P. A. *Los capítulos de la Santa Hermandad en Aragón*. En "Universidad, revista de cultura y vida universitaria", Zaragoza, 1927, pp. 905-959.
- 8.—REDONDO VEINTEMILLAS, G. y ORERA ORERA, L. *Fernando II y el reino de Aragón*. Zaragoza, Guara, 1980.
- 9.—SESMA MUÑOZ, J. A. *La Diputación del reino de Aragón en la época de Fernando II (1479-1561)*, Zaragoza, Institución "Fernando El Católico", 1977.
- 10.—SESMA MUÑOZ, J. A. *Fernando El Católico y Aragón*. Alcorces, temas aragoneses n.º 9, Zaragoza, 1979.
- 11.—SOLANO CAMÓN, E. *El servicio de armas aragonés durante el siglo XVII*. Alcorces, Temas aragoneses N.º 10. Zaragoza, 1979.
- 12.—SOLANO CAMÓN, E. *La Guarda del reino. Datos para su estudio*, Zaragoza, "Estudios". 1983.
- 13.—SOLANO CAMÓN, E. *Ejército y Sociedad: la defensa del reino de Aragón en la Edad Moderna (siglos XVI y XVII)*. Zaragoza, Academia General Militar, 1986.
- 14.—SOLANO CAMÓN, E. *Poder Monárquico y estado pactista (1626—1652). Los aragoneses ante la Unión de Armas*. Zaragoza, I.F.C., 1987.
- 15.—VALENZUELA FUERTES, M. C. *La defensa del Pirineo aragonés durante los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II*. En "C.H.J.Z.", N.º 19-20, Zaragoza, 1966-67, pp. 265-276.

## F U E N T E S

- 1.—CARTAS del rey D. Felipe II y respuestas del Gobernador de Aragón D. Juan de Gurrea, 1558—1559. Pergamino. 272 fols. B.N. mss. 784.
- 2.—COLECCIÓN de papeles varios del reinado de Felipe (1590-98) en su mayor parte relativos a Aragón, reunidos al parecer por el Dr. D. Juan Francisco Andrés (De Uztarroz), quien copió muchos de ellos de los originales en Huesca en 1652. L. del siglo XVII. 457 hoj. num. 220 x 315 cm. perg. B.N. Mss. 1762.
- 3.—CORRESPONDENCIA oficial sobre los aprestos hechos en la Corona de Aragón contra los bandoleros de las montañas y franceses de Bearne (1579-1580). R.A.H. col. Nasarre, mss. 7946.
- 4.—COVARRUBIAS. Tesoro de la lengua Castellana. Madrid, 1611.
- 5.—GALCERÁN DE CASTRO, Gaspar (Conde de Guimerá). (1584—1638). Sucesos de Aragón. B.N. mss. 2038.
- 6.—GALCERÁN DE CASTRO. Historia de los condes de Aragón. B.N. mss. 2070.
- 7.—GALCERÁN DE CASTRO, Conde de Guimerá. Relación Historial de los Condes de Ribagorza. B.N. mss. 7377.
- 8.—ORDINACIONES de Zaragoza. Contiene impresas las de 1595 (120 pp.), 1645 (190 pp.) 1658 (216 pp.) y 1669 (230 pp.).
- 9.—PAPELES sobre Aragón, siglo XVI. R.A.H. col. Salazar y Castro, Mss. K—41.
- 10.—PAPELES de Aragón. Contiene entre otros documentos el Estado de Armas de Aragón en 1578. L. de la época. 340 fols. numerados de 214 x 312 mm. enc. en pergamino. B.N. 1188. 729.

# LA ORDEN DE MALTA EN EL VALLE DEL GUADALQUIVIR. LA BAILÍA DE LORA COMO EJEMPLO DE UNA ORGANIZACIÓN PECULIAR

**Miguel Castillo Guerrero**

Profesor Titular del Departamento  
de Geografía Humana.  
Universidad de Sevilla.

## I.—INTRODUCCIÓN.

Esta comunicación pretende poner de relieve cómo tras la batalla de las Navas de Tolosa (1212) no todas las tierras andaluzas que habían quedado expeditas para la reconquista, y que de hecho fueron tomadas por el Rey Santo, corrieron la misma suerte.

San Fernando cedió a la Orden Militar de San Juan de Jerusalén o de Malta diversos bienes y tierras a modo de recompensa por su intervención en estas campañas militares. Y de este modo, con el nacimiento de la baja Edad Media, van a reactivarse en el valle medio del Guadalquivir conceptos que, yendo más allá de la historia y la leyenda, van a entrar de lleno en la España "mágica" que tantas veces ha aflorado en nuestro devenir histórico. La figura del caballero "mitad monje, mitad guerrero", que arranca de los más profundos tiempos altomedievales, y que se confunde con lo esotérico y misterioso en la omnipresente Orden del Temple, vuelve a enlazar con el cabalístico número siete junto a ruinas milenarias, al menos tartésicas, en el promontorio de Setefilla.

### 1.—La génesis de las Órdenes Militares.

En 1105 el Papa Urbano II en el Concilio de Clermont propone a los caballeros de la Cristiandad una "cruzada" para reconquistar los Santos Lugares que estaban en poder de los sarracenos. La llamada papal tuvo un increíble eco en toda Europa Occidental y de esta forma comienza la historia de las Cruzadas. Pueblos enteros se ponen en marcha hacia Tierra Santa.

Guillermo de Tiro en su *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum* nos dice como "en el año 1118 algunos nobles con rango de Caballero, devotos a Dios, piadosos y temerosos de El, hicieron un voto ante el Señor Patriarca, de vivir perpetuamente en castidad y obediencia y sin propiedades, a la manera de los canónigos regulares, entregándose al servicio de Cristo. Como no tenían iglesia ni otro lugar donde vivir, el rey Balduino les dio alojamiento

en su palacio, adyacente al Templo de Salomón por su lado norte. Los canónigos del Temple les otorgaron luego, para sus necesidades domésticas, y con sujeción a ciertas condiciones fijas, un terreno situado junto a dicho palacio. El rey y sus nobles, y también el Señor Patriarca, con los preladados de las Iglesias, les confirieron donaciones de sus propias pertenencias, algunas por un período fijo y otras perpetuas, para proveer a sus necesidades de alimentación y vestido. Su primera empresa, que les fue encargada por el Señor Patriarca y el resto de los obispos, para la remisión de sus pecados, fue, especialmente, proveer a la protección de los peregrinos custodiando con todas sus fuerzas las rutas y los caminos de los ataques de ladrones y bandoleros". Surge así la *Orden del Temple*, o Templo, y sus miembros se llamaran "templarios", la más legendaria orden religioso-caballeresca entre todas las surgidas en estos tiempos en Tierra Santa.

Por esta misma época se crea el Hospital de San Juan de Jerusalén, para acoger a los peregrinos pobres o enfermos. Los Caballeros Hospitalarios hicieron votos de consagrarse a este servicio, y se dieron una regla inspirada en la Regla de San Agustín, aunque pronto asumieron un carácter militar, como ya lo habían hecho los templarios.

Un siglo después surgió la Orden de los Caballeros Teutónicos que integró a la población de origen germánica en Tierra Santa, y que tuvo una prolongadísima e interesantísima historia militar y política en la Europa Central y Oriental.

Posteriormente en la Península Ibérica, donde existía un segundo frente militar cristiano-musulmán, fueron naciendo diversas órdenes militares que se incorporaban a las guerras de reconquista de los diversos reinos cristianos: la Orden de Alcántara, la de Calatrava, la de los Caballeros de Cristo, la de Santiago...

Tras la pérdida definitiva de Tierra Santa, los Caballeros Hospitalarios se trasladaron, primero a Rodas, y finalmente a Malta, de donde tomaron su segunda acepción. A partir de este nuevo territorio, los caballeros sanjuanistas intervendrán en la Reconquista hispánica, poniéndose al servicio de los reyes cristianos peninsulares, donde alcanzarán fama y favor, y enriqueciéndose hasta el punto de ser codiciados por todos (1).

## **2.—El interés por las Órdenes Militares.**

Acabada la Reconquista, las Ordenes Militares siguieron administrando sus posesiones y riquezas, como un señorío más, dentro de las instituciones del Antiguo Régimen, hasta la desamortización de Mendizábal, donde se les despojó de la mayoría de sus propiedades.

Sin embargo su prestigio social apenas si sufrió merma alguna, y muchas de estas órdenes han seguido subsistiendo como un reducto de pompas nobiliarias, no siempre bien entendido por todos. Ser investido "caballero" por una Orden era añadir un poco más de "nobleza" a un apellido que, a veces, estaba falto de ella, o que pretendía llegar a estos escalafones sociales espectacularmente restrictivos.

Actualmente asistimos, sin embargo, a un renacimiento de estas instituciones nobiliarias. Renacimiento producido por el descubrimiento de su labor como provechosa para el conjunto de la sociedad. Y como corroboración de este despertar histórico (2), en marzo de 1990, ha tenido lugar el I Simposio Histórico de la Orden de San Juan de Jerusalén en Madrid y en la ciudad toledana de Consuegra, la primitiva cabeza del priorato manchego. Como ya dijimos, en este Simposio se ha puesto de manifiesto no sólo la tremenda actualidad que sigue conservando la Orden dentro la la historiografía medievalista española, sino también el deseo de todos esos pueblos que, conquistados por la Orden o administrados por ella, tuvieron una historia en común y, de alguna manera, especial, por recordar ese pasado común y peculiar.

## **II.—LA CONQUISTA CRISTIANA DEL VALLE DEL GUADALQUITIR.**

### **1.—La toma de Lora.**

Según nos cuentan los historiadores, tanto antiguos (3), como contemporáneos (4), Lora del Río fue tomada a los musulmanes por las tropas del rey Fernando III de Castilla procedentes de la ciudad de Córdoba, en 1240. Peñaflor, Lora y, especialmente Setefilla con su castillo perfectamente pertrechado y fácilmente defendible, constituían plazas difíciles, por lo que el rey castellano concedió a los caballeros de la Orden de San Juan el arduo trabajo de vencer la resistencia mora. Afortunadamente sus habitantes comprendieron lo inútil de su esfuerzo y entregaron estas plazas sin

lucha, en un intento de conservar "vida y hacienda". Lamentablemente perdieron lo segundo y para salvar sus vidas tuvieron que emigrar, años después, a tierras granadinas (5).

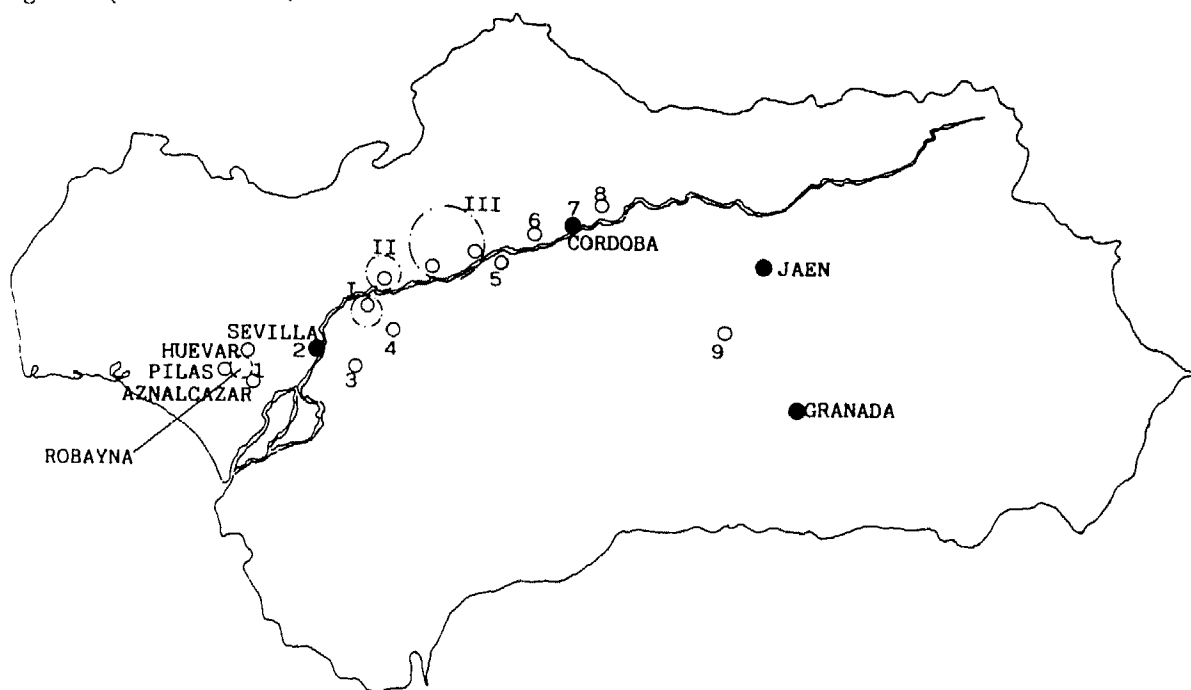
Desde Lora las tropas castellanas siguieron su avance, en paralelo al río, tomando Alcolea, Tocina y Cantillana, hasta llegar a las puertas de Sevilla, ciudad que tomarían unos años más tarde.

## 2.—Su cesión a la Orden.

Gran parte de los nuevos territorios conquistados fueron cedidos a la Orden Sanjuanista a modo de recompensa. Así, por privilegio rodado de 6 de marzo de 1241, escrito aún en latín, fueron donadas a la Orden Setefilla, Almenara y Lora. Otro diploma, aunque puesto en duda su autenticidad por algunos (6), fechado en 6 de marzo del año 1249, escrito ya en castellano, confirma esta cesión y amplía la merced a otros lugares: Malapiel, Peñaflo, Alcolea del Río y Algarín. Estos privilegios fueron confirmados por Sancho IV en Segovia el 4 de diciembre de 1282 y también por Alfonso XI en Sevilla el primero de septiembre de 1317 (7).

Simultáneamente a estas donaciones, o en los años inmediatamente siguientes, se incorporó a la Orden la heredad de Tocina, "que es heredad de pan llevar con todos sus términos, con montes, con fuentes, con ríos, con pastos, con entradas e salidas e con todas sus pertenencias" (8); mientras que la reina Juana, mujer de Fernando III, cedía también a la Orden el cortijo de Borgabenaslini, llamado después, Cortijo de San Juan, y el Rey Santo donaba la aldea de Alhadin, actual San Juan del Aznalfarache, y algunas casas en la misma ciudad de Sevilla.

Con todos estos territorios la Orden organizó un pequeño señorío que se configuró en una bailía y varias encomiendas, siendo nombrada la villa de Lora cabeza de bailiaje, situación que se mantuvo hasta la desamortización del siglo XIX. (Gráfico número 1).



### I. ENCOMIENDA DE TOCINA.

1. Heredad de Robayna.
2. Casas de Sevilla.
3. Molino en Alcalá de Gaudaira.

### II. ENCOMIENDA DE ALCOLEA.

4. Cortijo de San Juan en Carmona.
5. Tierras en Palma del Río.
6. Tierras en Almodóvar.

### III. BAILÍA DE LORA Y SETEFILLA.

7. Tierras de Córdoba.
8. Tierras de Montoro y Aldea del Río.
9. Tierras (?) en Alcalá la Real.

Figura número 1.—Distribución del Señorío de la Orden de San Juan en Andalucía.

### 3.—Lora antes de la conquista cristiana.

Acabamos de decir que Lora en el momento de la conquista constituía una de las plazas más importantes entre Córdoba y Sevilla. ¿Cómo había surgido esta población?

Las noticias más antiguas que de ella tenemos arrancan ya desde la prehistoria (9), presentándonosla como un municipio floreciente, "municipium flavium" de Axati en época romana (10). Más enigmática parece ser su historia bajo el dominio musulmán (11). El geógrafo El Edrisi nos la describe como una villa grande, provista de importante castillo, que controlaba tanto la ruta fluvial entre Córdoba y Sevilla, como las vías pecuarias trashumantes entre la campiña andaluza y los territorios manchegos a través de los estrechos valles de Sierra Morena, especialmente la cañada que aprovechando el desfiladero del río Guadalquivir, el "Charco del Infierno", pasaba junto a la fortaleza de Setefilla (12); será la Lawra árabe, ora dentro de la *cora* de Carmona, ora en la de Sevilla, de donde procede el moderno nombre de Lora y cuya etimología árabe aún se nos escapa. ¿Existió una *Laurus* romana? Vestigios no nos han llegado hasta la fecha.

## III.—LA BAILÍA DE LORA.

### 1.—La conformación del territorio.

La Orden de San Juan administraba posesiones dividiendo sus territorios en prioratos. Estos, en bailías y encomiendas como unidades principales. Así, los territorios béticos cedidos a la Orden, como hemos dicho, fueron organizados en una bailía, cuya capital era la villa de Lora, y varias encomiendas (Tocina, Alcolea, Peñaflor...) prácticamente dependientes del baillío, al menos en un principio (13), pues posteriormente, y sin que se conozcan bien las causas, se fueron segregando con diferentes resultados.

Alcolea del Río experimentó un notable crecimiento demográfico por lo que obtuvo un comendador diferente al de Lora, lo que hizo que se fuese configurando un gobierno y una administración municipal autónomos. Peñaflor siguió un proceso menos conocido pero con igual fortuna, segregándose de la bailía loreña para pasar en el siglo XVI a formar parte del Concejo de Córdoba junto con Almenara y Malapuel. En cuanto a la encomienda de Tocina, sabemos que se pobló el siglo XIII aunque se ignora la forma en que debió producirse este proceso. "Es probable que el término actual de Tocina no difiera mucho del espacio concedido a la Orden de San Juan en 1253" (14). Además del término y jurisdicción de Tocina, la encomienda estaba dotada de una serie de anejos o agregados que consistían en tierras (heredad de Robayna) y bienes (casas en Sevilla, molinos en Alcalá de Guadaira) muy alejados entre sí.

Al observar el gráfico número dos, donde aparece la distribución del señorío de la Orden en Andalucía, compuesto básicamente por dos encomiendas (Tocina y Alcolea) y la bailía de Lora, con la inclusión dentro de ésta de Setefilla y Peñaflor, es razonable pensar que Lora ejerció en un principio un papel matriz en la organización de estos territorios. Piénsese que, como acabamos de decir, tanto la encomienda de Alcolea como la de Peñaflor surgieron por segregación de la bailía loreña. Defendemos un proceso semejante para el caso de la encomienda de Tocina aunque hasta la fecha no se haya podido encontrar documentación suficiente que permita certificar esta hipótesis histórica.

De esta forma, y volvemos a la idea original, la bailía de Lora (15) quedó configurada por el término de Lora, de dimensiones medianas, y los núcleos menores de Algarín y Setefilla, conformando un señorío, al no estar directamente bajo el poder real sino del Gran Maestre de la Orden, lo que, a su vez, la salvó de implicarse, al menos directamente, en las luchas que sostuvieron entre sí, las grandes familias nobiliarias andaluzas. Así Lora, al ser un señorío de la Orden, estaba sometida al Prior sanjuanista que podía delegar en un baillío, generalmente de la alta aristocracia, quien a su vez nombraba a un gobernador que era el que realmente se ocupaba de los asuntos de la villa.

### 2.—La organización político-administrativa.

La Orden constituyó en Lora un Concejo concediendo a sus habitantes el "Fuero Municipal y General de Toledo" según la Carta-Puebla otorgada el día uno de marzo de 1259 por Frey Riembalt, Comendador Mayor en España y Mariscal Mayor de la Orden del Hospital de San Juan (16).



El Concejo de Lora fue organizado bajo la tutela de las autoridades territoriales de la Orden. Así en la organización político-administrativa loreña se distinguía: (17)

a) El Prior, que tenía jurisdicción civil y criminal, y tenía en la villa un juez letrado para garantizar la correcta administración de justicia y cobrar las rentas y diezmos.

b) El Gobernador o Justicia Mayor, era el encargado de oír a las diferentes partes que solicitaban justicia. También asistían a las reuniones capitulares.

c) Y los fieles o recaudadores de las rentas de la Orden.

Como funcionarios elegidos por el Cabildo, aunque provistos por el Prior o su representante, encontramos:

a) Dos *alcaldes*, encargados de administrar la justicia civil y asistían a las sesiones capitulares.

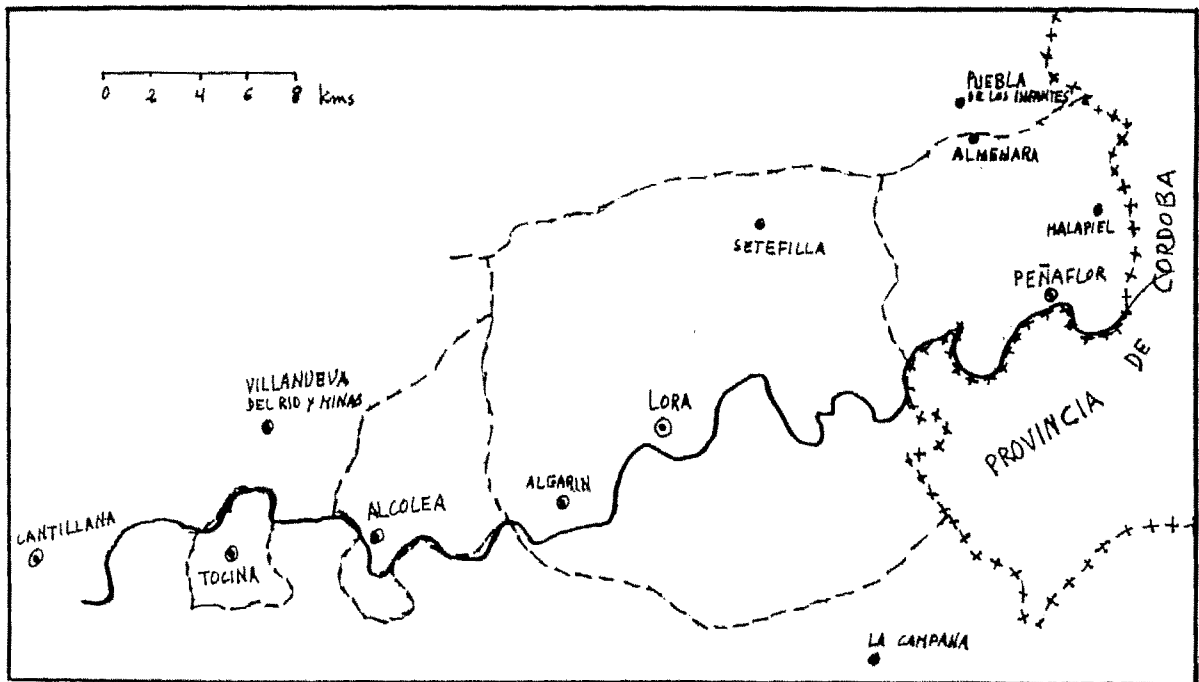


Figura número 2.—Bailía de Lora del Río-Setefilla.

b) Un *alguacil* o brazo ejecutivo de las decisiones del cabildo o de los alcaldes.

c) Y siete *regidores* y hombres buenos, que si bien en un principio fueron cargos de nombramientos señorial pronto se convirtieron en vitalicios y hereditarios.

Juntos a éstos, existía además un jurado, un mayordomo del Concejo, un procurador y un pregonero. Todos estos cargos se nombraban hasta el siglo XVI el día de San Juan.

### 3.—Los aspectos económicos y sociales.

a) *Los recursos.*

La economía loreña, ya en los tiempos medievales, estaba basada fundamentalmente en la agricultura y la ganadería. Y los cultivos predominantes eran ya los cereales y el olivar. También la vid parece que tuvo una cierta importancia. Estos cultivos parecen repartirse en orden al tamaño e importancia de los propietarios, reservándose la vid para las pequeñas parcelas de los lugareños. La ganadería debió tener gran importancia debido a la enorme cantidad de

terreno adhesado comunal. Menos importancia tenían las actividades artesanales según las fuentes que hemos manejado (18).

Lo que parece que no mermó con su paso a manos cristianas fue su principalísimo papel estratégico-comercial-militar en el valle del Guadalquivir, controlando el comercio no sólo entre Córdoba y Sevilla, sino también entre la cerealista campiña y la sierra, de economía más ganadera y forestal.

#### b) *La población.*

La población de Lora del Río a fines de la Edad Media era de unos 2.800 habitantes (19). Anterior a esta época, carecemos de cifras fiables. La población cristiana de Lora, una vez expulsados los moros, parece ser originaria de León, Castilla y los países de la Corona de Aragón. "Dominaba la escena local un grupo de familias de condición hidalga, más adinerada. Algunas debieron venir con los conquistadores otras se fueron estableciendo sucesivamente. El resto de la población lo constituían artesanos, trabajadores del campo o mozos de ganado a sueldo de los propietarios, y una masa de jornaleros que se convertían periódicamente en mendigos" (20). Alguna porción de población andalusí debió quedar en Lora aunque ignoramos su número.

Aunque con algunos altibajos, como por ejemplo la crisis de 1424-26, la población loreña siguió aumentando, estableciéndose en la villa algunas importantes familias castellanas. En el caso de la familia del Cardenal don Juan de Cervantes, cuyo padre fue teniente de la bailía de Setefilla hacia el año 1380, fecha aproximada del nacimiento del futuro cardenal (21).

### 4.—La evolución en la Edad Moderna.

La población absoluta de Lora parece estancada a lo largo del siglo XVI (22), con dos mínimos situados en 1510 y en 1524, sin embargo el núcleo urbano conoció en esta época una cierta expansión produciéndose un primer cambio en las formas de viviendas y trazado de la red urbana (23). Digno de destacar en esta centuria fue la visita que hizo a la villa el monarca Felipe II, en su viaje de Córdoba a Sevilla (24), la participación de Lora en la guerra de los moriscos de Granada (1564-1571), donde la milicia concejil loreña portaba la bandera de la villa (25), la fundación de la Hermandad Sacramental (26), o la expansión de la educación en el territorio (27).

Hacia finales del siglo XVI se produce una recuperación de la población alcanzándose unos 3.500 habitantes (28).

A principios del siglo XVII hubo en Lora interesantes movimientos sociales. Se fundaron conventos y beaterios, hubo revueltas callejeras que hicieron necesario la intervención del ejército, intervino la Inquisición para acallar determinadas proclamas e incluso aparecieron monjas visionarias (29). Son, como vemos, manifestaciones típicamente barrocas que afectaba a toda la sociedad española. Se tuvo que contribuir a la Guerra de Sucesión, lo que provocó no pocas penalidades humanas y económicas (30). En la segunda mitad de siglo verá luz en Lora don Juan Ordóñez de la Barrera, licenciado, presbítero, militar, médico real, escritor e investigador, que fundó la más antigua Academia Hispana de Medicina en Sevilla en 1697 (31).

Durante el siglo XVIII Lora conoció una época de esplendor demográfico (con 4.534 habitantes en el año 1787), aunque en declive hacia final de centuria (32); un gran desarrollo urbanístico y artístico (33), aunque su economía seguía siendo básicamente agroganadera.

Figura destacada de este período fue Tomás Andrés de Gúseme, gobernador de la villa, que vino a Lora bajo el baiiaje de Frey Gonzalo Adorno Dávila, y típico hombre ilustrado autor de un interesantísimo manuscrito donde da noticias históricas sobre la comarca (34). Bajo su gobierno, el Concejo realizó importantes obras públicas (35).

A lo largo del siglo XIX se van a producir transcendentales cambios que harán surgir la Lora moderna que hoy se conoce. Acabada la guerra de Independencia el rey Fernando VII, con fecha 4 de febrero de 1818, concede autorización para el establecimiento de una feria o Mercado de ganado para que se celebrase anualmente el día de San Fernando (36).

Tomaron posesión el gobernador don Pablo Marcos Refojos, en nombre del bailío el Serenísimo Señor Infante Don Francisco de Paula Antonio de Borbón, Infante de España, último representante de la Orden de San Juan en Lora del Río, pues en 1851 se suprimió el señorío eclesiástico de Lora y con ello el Real Baiiaje.

#### **IV.—EL CULTO SETEFILLANO COMO NÚCLEO AGLUTINADOR.**

##### **1.—Setefilla: la historia y la leyenda.**

De entre todos los territorios cedidos a la Orden a mediados del XIII, pronto destacaron siete plazas o fortalezas (las villas de Setefilla y Lora con sus castillos, Almenara, Malapiel, Peñaflor, Algarín y Alcolea), las siete hijas o siete hermanas (Shadfilah, Septefilas, Sietefilas...) que van a dar origen a la leyenda de Setefilla (37). Posiblemente Tocina debió ocupar en un principio un lugar entre estas siete plazas, pero su pronta segregación hizo que Algarín, núcleo sin apenas relevancia, o Malapiel, en el extremo opuesto, ocuparán el lugar vacante para que el mágico número siete fuese mantenido (38). Véase a este respecto la figura número 2.

##### **2.—Los orígenes del culto a la Virgen de Setefilla.**

Entregada la fortaleza de Setefilla, los cristianos debieron comenzar pronto a practicar el culto, construyéndose un pequeño templo. Aunque sin especial importancia, subsisten todavía algunas leyendas populares sobre las apariciones de la Virgen a un pastorcillo del lugar, prácticamente semejantes a las que imperan en otros santuarios españoles de esta misma época (Rocío, Aguas Santas, Gracia, . . . ) (39).

Para presidir este templo setefillano la Orden hizo esculpir una imagen de la Virgen de madera labrada, de setenta y un centímetro de altura. Aparecía sentada y sostenía al Niño con sus manos. La imagen era de rasgos góticos, estando pintado el manto de azul con estrellas y el vestido rojo con destellos dorados (40). Con los años, esta imagen sería vestida (1592) siguiendo la moda imperante, para lo que se le tuvo que sustituir la figura del Niño Jesús (41).

Si en un principio fue Rocafría, Fuenfría o Encarnación, pronto sólo será "la virgen" (que está en) Setefilla. Y con este título quedó. "Estamos en la prehistoria del culto a Setefilla, más bien que en su historia" (42).

Entre los siglos XIV y XV la devoción hacia esta imagen arraigó extraordinariamente en Setefilla, trascendiendo los límites de Lora, imponiéndose la costumbre de trasladar la Virgen a esta villa cuando determinados hechos así lo aconsejaron. Nació así la historia romera de la Virgen de Setefilla, cuya significación aún perdura en toda la comarca.

"Inicialmente la festividad de la Patrona titular del poblado de Setefilla se celebraba el 25 de marzo, día de la Encarnación, y se circunscribía a la aldea setefillana. Más tarde se extendió a los pueblos vecinos, principalmente a Lora, pertenecientes a la Orden" (43).

Sabemos que en 1581 ya estaba constituida la Hermandad de Setefilla para ordenar el culto y las venidas e idas de la Sagrada Imagen. En el siglo XVII, barroco por excelencia, se fijan gran parte de los usos y costumbres de la tradición Setefillana (44). Durante el siglo XVIII se fija el procedimiento a seguir para las Venidas e Idas, se introducen las pujas, se celebran las funciones de los gremios y se inician los pregones para anunciar los cultos y festejos (45).

De todos modos, los siglos XIX y XX también han conocido no sólo un perfeccionamiento de muchos usos ancestrales, sino también la aparición de nuevos ritos incorporados a la tradición.

Setefilla constituye hoy un manantial vivo y fresco donde beben comunitariamente las tendencias más integristas del catolicismo trentino junto a las líneas más libérrimas del antropologismo cultural. Y todo ello sobre un fondo de leyenda caballeresca medieval.

#### **V.—CONCLUSIONES.**

Concluimos esta comunicación poniendo de relieve cómo el espíritu caballeresco medieval aún subyace en determinadas capas de la población, tal vez debido a una historia particular, al menos, en los aspectos más externos, pues, independientemente de su organización política, la evolución histórica de la comarca de Lora ha sido prácticamente semejante al del resto de los municipios del valle del Guadalquivir.

Constatamos, sin embargo, como el componente religioso ha podido ejercer de fuerte cohesión de esta colectividad más que el tener una organización político administrativa diferente.

La Orden Militar de San Juan del Hospital se sigue recordando en esta zona y evocándose su nombre por el ideal religioso que un día lejano representó. Las advocaciones marianas de Villadiego (Peñaflor), Consuelo (Alcolea) o Setefilla son, sin duda, junto con el Cristo de la Vera Cruz, lo más significativo de su grandeza histórica.

## N O T A S

- (1) No olvidemos que para frenar el inmenso poder de estas Órdenes, Fernando el Católico asumió la jefatura de todas ellas.
- (2) CASTILLO GUERRERO, MIGUEL: *La Orden Militar de San Juan en el Valle del Guadalquivir. Razones de un despertar histórico*, en "Espacio y Tiempo" núm. 4, pp. 143-148, Escuela Universitaria de Magisterio, Sevilla, 1990.
- (3) Vid. *Primera Crónica General de España*, de Alfonso el Sabio, Publicada por Ramón Menéndez Pidal, Gredos, Madrid, 1955.  
T. A. DE GUSEME: *Noticias pertenecientes a la historia antigua y moderna de Lora, Alcolea, Setefilla y Arva en Andalucía*. Acal, Lora del Río, 1982.
- (4) Vid.: J. GARCÍA MILLÁN: *Apuntes sobre las fiestas celebradas en honor de la Virgen de Setefilla en el año 1920*, La Verdad, Murcia, 1934.  
GONZÁLEZ CARBALLO: *Lora y Setefilla*. En "Setefilla, patrona y reina", Lora del Río, 1987.  
J. GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ: *El Repartimiento de Sevilla*, Madrid, 1951.  
M. A. LADERO QUESADA Y M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ: *La Orden Militar de San Juan en Andalucía*, en "Archivo Hispalense" núm. 180, Sevilla, 1976.  
N. MONTALBO: *Resumen histórico de N.ª S.ª María Santísima de Setefilla, patrona de la villa de Lora del Río*, Sevilla 1960.  
M.ª JOSEFA PAREJO DELGADO: *Lora del Río en la Baja Edad Media*. Lora del Río, Jornadas de Historia Local, 1989.
- (5) "Debido a la forma de incorporación de Lora a la Corona de Castilla, sin enfrentamiento bélico, sus habitantes no fueron expulsados, por lo que la población de Lora siguió siendo mayoritariamente musulmana. Ahora bien, esta situación no duró mucho. En 1264 se produce en toda Andalucía un levantamiento de mudéjares, lo que provoca un decreto de expulsión general" (M. Borrero Fernández, *Lora del Río en la Edad Media*, Acal, Lora del Río, 1983).
- (6) Véase J. M. LADERO QUESADA Y M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *La orden Militar...* Opus cit.
- (7) A.M.C. Provisiones Reales, siglos XIII-XIV, Copia simple del siglo XV. Publicado en Colección Diplomática de Carmona, doc. 2, Sevilla, 1941, pp. 14-15.
- (8) J. M.ª CARMONA DOMÍNGUEZ y otros: *La Encomienda de Tocina y Robayna de la Orden Militar de San Juan de Jerusalén: Fuentes bibliográficas y documentales (s. XIII-XVIII)*, Estudios Locales núm. 2, Tocina, 1990.
- (9) Vid.: M.ª E. AUBET SEMMLER: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, C.S.I.C. y Dptº de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Barcelona, Barcelona, 1975.  
A. BLANCO, O. M. LUZÓN Y D. RUIZ: *Panormia tartésica en Andalucía Occidental*, S.P.P., 1969.
- (10) Vid.: J. REMESAL RODRÍGUEZ: *Economía agraria del Valle Inferior del Guadalquivir durante el Imperio Romano*. Universidad Complutense, Madrid, 1977.  
L. ABAD CASAL: *El Guadalquivir, vía fluvial romana*, Sevilla, 1975. T.A. de Gúseme, Opus cit.
- (11) Vid.: L. TORRES BALBAS, *Ciudades yermas de la España musulmana*, Madrid, 1948.  
A. ARJONA CASTRO: *Andalucía Musulmana. Estructura político-administrativa*. Córdoba, 1980.  
J. M. LOZANO NIETO: *Laura en algunos libros recientes sobre Al Andalus. Notas de lectura*, Revista de Estudios Locales, núm. 2, Lora del Río, 1991, pp. 5-10.
- (12) Vid.: EL EDRISIS, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, ed. R. Zozy et M.J. de Goeje, 1968.
- (13) Vid. CASTILLO GUERRERO, MIGUEL: *La Orden Militar de San Juan en el Valle del Guadalquivir*, Opus cit.
- (14) J. M.ª CARMONA DOMÍNGUEZ y otros, *La Encomienda de Tocina y Robayna...* Opus cit.
- (15) Con frecuencia la Bailía lleva el nombre de Setefilla, aunque la sede es, en todos los casos, Lora del Río.
- (16) J. GONZÁLEZ CARBALLO: *Carta-Puebla de Lora del Río*, Revista de Estudios Locales núm. 1, Lora del Río, 1990, pp. 17-34.
- (17) Sigo básicamente a: M.ª J. PAREJO DELGADO: *Las Actas Capitulares en el estudio del Concejo Bajomedieval: Lora del Río (1426)*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1989, p. 17; y J. González Carballo: *Documentación inédita...*, Opus cit.
- (18) Vid. M. BORRERO FERNÁNDEZ: Opus cit. pág. 12.
- (19) Vid M. BORRERO FERNÁNDEZ Y M.ª L. PARDO RODRÍGUEZ: *La población de Lora del Río (1491-1534)*, Acal, Lora del Río, 1983.
- (20) J. M. LOZANO NIETO: *Un pueblo andaluz...* Opus cit, pág. 25.

- (21) J. M. LOZANO NIETO: *El Testamento del Cardenal Juan de Cervantes*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1987, pp. 58-59.
- (22) Vid. M. CASTILLO GUERRERO, Prólogo a M. Borrero Fernández y M.ª L. Pardo, *La población...* Opus cit.
- (23) P. SANCHÍS DOMÍNGUEZ: *El núcleo urbano-rural del Concejo de Lora del Río (siglos XVII, XVIII y XIX)*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1986, pp. 83-86.
- (24) J. GONZÁLEZ CARBALLO: *Su Sacra y Católica Magestad Felipe II en la villa de Lora (28 de abril de 1570)*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1987, pp. 64-76.
- (25) "Era una bandera cuadrada hecha de tafetán de color carmesí y en la que aparecía como emblema, en tafetán blanco, la cruz de San Juan."
- (26) J. GONZÁLEZ CARBALLO: *La Hermandad Sacramental de la Parroquia de N.ª S.ª de la Asunción de Lora del Río. Notas y documentos para un estudio histórico*, Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1986, pp. 73-81.
- (27) J. GONZÁLEZ CARBALLO: *Historia de la Cátedra de Gramática de la villa de Lora en el siglo XVI y otras instituciones docentes del Quinientos*. Acal, Lora del Río, 1989.
- (28) M. C. MÁRQUEZ MONTES Y J. PONCE ALBERCA: *Demografía de Lora del Río (1644-1812) y estructura socioeconómica en 1755*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1987, pp. 77-82.
- (29) Vid.: J. M. LOZANO NIETO: *Santidad, revueltas y celos inquisitoriales en la Lora de 1609 a 1626*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1989, pp. 71-73.
- (30) P. SANCHÍS DOMÍNGUEZ: *Aportación de la villa de Lora del Río a la Guerra de Sucesión Española (1702-1713)*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1989, pp. 74-78.
- (31) ELOY DOMÍNGUEZ-RODÍÑO Y DOMÍNGUEZ-ADAME: *Un científico loreño: Juan Ordóñez de la Barrera*. Rev. de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1986, pp. 66-72.
- (32) Vid.: P. SANCHÍS DOMÍNGUEZ: *La población de Lora en la primera mitad del siglo XVIII*. Rev. de Feria, Lora del Río, 1987, p. 85.
- J. PONCE ALBERCA: *Un nuevo aporte a la demografía de Lora durante el siglo XVIII: Los censos de Aranda y Floridablanca*. Rev. de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1988, pp. 81-84.
- (33) M.ª M. FERNÁNDEZ MARTÍN: *La arquitectura civil del siglo XVIII en Lora del Río*. Acal, Lora del Río, 1984.
- F. QUILES GARCÍA: *Lora, enclave artístico en el siglo XVIII*. Rev. de Feria, Lora del Río, 1989, pp. 87-88.
- (34) T. A. DE GÚSEME: *Noticias pertenecientes a...*, Opus cit.
- (35) M.ª M. FERNÁNDEZ MARTÍN, *Los puentes de Lora del Río en el siglo XVIII*, Revista de Feria, Ayuntamiento, Lora del Río, 1987, p. 99.
- (36) J. M.ª PÉREZ SERRANO: *La feria durante el último baillo de Lora (1819-1851)*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1989, pp. 13-17.
- (37) M. CASTILLO GUERRERO: *La Orden Militar de San Juan...* Opus cit.
- (38) En el sistema simbolista, los números representan ideas-fuerza, no expresiones meramente cuantitativas. En este sentido, al número siete se le atribuye excepcional valor. Corresponde a las siete direcciones del espacio (las seis existentes más el centro). Número de los planetas y sus deidades, de los pecados capitales y de sus oponentes. Luz tridimensional (los siete brazos del candelabro hierosolimitano). Símbolo del dolor (los siete dolores de Nuestra Señora).
- (39) J. GONZÁLEZ CARBALLO: *La imagen de N.ª S.ª Santa María, de Setefilla en la leyenda y en la tradición oral y en la historia*. Rev. de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1991, pp. 44-52.
- (40) JOSÉ ALONSO MORGADO: *La antigua imagen de N.ª S.ª de Setefilla venerada en su Santuario del término de Lora del Río*, en "Sevilla Mariana", Sevilla, 1882.
- (41) M. CASTILLO GUERRERO: *Madrid, Velázquez y Setefilla*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1990, pp. 95-98.
- (42) J. M. LOZANO NIETO, *Un documento valioso para la historia medieval de Lora: el Testamento de Lorenzo Pérez Hurtado*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1988, pp. 59-61.
- (43) P. SANCHÍS DOMÍNGUEZ: *Fiestas en torno a la Virgen y otras festividades en Lora y Setefilla anteriores al siglo XIX*. Revista de Feria, Excmo. Ayuntamiento, Lora del Río, 1988, pp. 63-68.
- (44) JOSÉ MONTOTO: *Tradiciones de Lora y Setefilla*. Imp. Salesianas, Sevilla, 1975.
- (45) J. GONZÁLEZ CARBALLO: *La imagen de N.ª S.ª Santa María, de Setefilla...*, Opus cit.



## LA SANIDAD MILITAR EN LOS SIGLOS XV Y XVI

**Vicente Velamazán Díaz**, Coronel Médico.

**Vicente Velamazán Perdomo**, Capitán Médico.

**Miguel Velamazán Perdomo**, Estudiante de Geografía e Historia.

### 1.—LA SANIDAD CIVIL.

En la Alta Edad Media la asistencia sanitaria civil era casi en su totalidad de tipo religioso, en los principios y hasta el siglo X fue monástica, y después clerical. Había también, aunque en menor cuantía sanitarios laicos.

Del mismo modo, las enseñanzas médicas estaban en manos de la Iglesia. Sólo había una excepción, la "Escuela Médica de Salerno", conocida desde el siglo IX y que alcanzó gran esplendor durante los siglos XII y XIII.

A finales del XII y comienzos del XIII, van a aparecer las universidades, y en ellas se van a impartir enseñanzas médicas, con los grados de bachiller, licenciado y doctor. En cuanto a la instrucción, era fundamentalmente libresca y teórica.

La cirugía estaba relegada a un segundo plano, ya que era una profesión manual, más bien un oficio, siendo lo normal que los cirujanos se formaran en hospitales, o al lado de cirujanos experimentados.

Hubo un hospital célebre en Guadalupe, que instruyó cirujanos hasta mediados del siglo XV, y se conoce también una especie de escuela de enfermeros fundada por la abadesa Hildegarda en Ruperstberg.

En España, la primera cátedra quirúrgica universitaria se creó en Valencia en el año 1509, después surgirían las de Salamanca (1566), y las de Valladolid y Alcalá (1594). Estas universidades otorgaban los títulos de cirujano —"cirujano latinista"—, pero como se exigían aproximadamente tres años de estudios teóricos, y dos de prácticas, y la consideración social era inferior a la de los médicos, pocos realizaban estos estudios universitarios. A tal nivel llegó la situación, que en el año 1603, Felipe III tuvo que seguir autorizando los cirujanos "romancistas", aunque habían de pasar los exámenes del "protomedicato".

Para ejercer las profesiones sanitarias, había una serie de normas, que se remontan incluso a los tiempos del Rey Sabio, y a los de Federico II de Sicilia. Los sanitarios habían de ser aprobados por los "protomédicos", que generalmente eran los médicos de cámara de los reyes. En el reinado de Felipe II, Luis Mercado escribió unas "Instituciones quirúrgicas", y otras para "algebristas" (traumatólogos), destinadas para preparar los exámenes del "protomedicato".

Juan II de Castilla, instituyó este tribunal para examinar a los médicos, que fue confirmado por Enrique IV, pero que en realidad no inició su verdadero cometido hasta los Reyes Católicos.

Los cirujanos se asociaban en hermandades, siendo la más célebre la de San Cosme y San Damián, creada el año 1260 en Francia por Pitard. Sus miembros llevaban "bata larga" frente a los simples barberos que la llevaban corta; en España se conoce esta asociación, por lo menos en Aragón desde los tiempos de Fernando el Católico. En Inglaterra Enrique VIII, dio el acta de constitución a la "Unión de Barberos y Cirujanos" en 1540, que después pasaría a ser el célebre "Colegio de Cirujanos de Inglaterra".

Los médicos (físicos) estaban en un nivel más elevado que los cirujanos y boticarios, y eran los encargados de hacer las prescripciones que habían de realizar dichos estamentos, además también existía un conjunto de "empíricos" o prácticos, que hoy en día denominaríamos curanderos, formado por herbolarios, sangradores, "ensalmadores", especialistas en cataratas, operadores de hernias, extractores de piedras, algebristas, etc...; muchos de ellos autorizados a ejercer su profesión y otros muchos que la ejercían de modo trashumante.

Pues bien, el mundo de los sanitarios militares lo constituían los cirujanos romancistas, e incluso los cirujanos barberos, tan esto es así, que en Alemania, cirujano es "wundartz", médico de heridas y en Estados Unidos, el médico militar se llama "surgeon".

## 2.—LA ORGANIZACIÓN SANITARIA MILITAR.

En los primeros tiempos que pretendemos estudiar, los sanitarios militares no existían como tales. Los nobles acudían con sus mesnadas a la batalla, a la llamada del rey, haciendo lo mismo las jerarquías eclesiásticas con las suyas. Actuaban como médicos militares los físicos dependientes del señor en cuestión al que asistían, como también, posiblemente a sus vasallos. Desde el siglo XII había en España mesnadas suministradas por los concejos que probablemente llevarían sus propios sanitarios.

Con la creación de los ejércitos permanentes, las unidades se dotan de profesionales sanitarios. En líneas generales correspondía un cirujano o cirujano-barbero por unidad tipo compañía; para las unidades superiores se nombraba a un médico, un cirujano calificado y un boticario.

Tal ocurrió con los Reyes Católicos al transformarse las "batallas" en batallones de 500 hombres divididos en diez "cuadrillas" y al crear, por indicación del Gran Capitán las "capitanías" de 500 hombres y las "coronelías" o escuadrones de doce "capitanías". Desde 1505 pasó a haber un cirujano-barbero por compañía. En 1534, las "coronelías" se transformaron en tercios, que contaban con médico, cirujano y boticario.

En Alemania, en el año 1550, Maximiliano organizó los "lasquettes", en regimientos de 500-1.000 hombres, divididos en 10-16 compañías. Cada regimiento tenía un médico y cada compañía un frater, barbero o cirujano, que, supeditado al médico, era el encargado de retirar los heridos; toda la reglamentación de esta organización se debe a Leonhard Fronsperger.

En Francia en 1476, Carlos el Temerario, tenía 20 cirujanos para unos 20.000 hombres, aparte de los propios que acompañan a los nobles. Francisco I, creó en 1534 siete legiones provinciales, formada cada una por 1.000 hombres, que estaban al mando de un coronel, y que disponían de médico, cirujano y boticario. En tiempos de dicho rey, su médico Thierry de Hery ostentaba el título de Cirujano Mayor del Ejército.

Con Felipe II, el servicio sanitario del Ejército español, estaba formado por médicos, cirujanos, boticario y barbero, todos bajo la autoridad del Protomédico, que era el que los seleccionaba; en la Armada pasaba algo similar, ya que existía el cargo de Cirujano Mayor de la Armada.

En cuanto a los sueldos hay que indicar que eran muy variables, en el ejército de Italia, con dicho rey, los médicos cobraban mensualmente unos 15 escudos, y los cirujanos cualificados 12. Al finalizar la centuria los médicos y los cirujanos embarcados, cobraban 60 y 20 ducados respectivamente; en tierra cobraban entre 50 y 20 escudos, mientras que los barberos, sólo recibían entre 5 y 6.

En líneas generales, había una gran escasez de cirujanos cualificados en los ejércitos, hecho especialmente notorio en Francia y Alemania. En Inglaterra, el problema también era perceptible, destacando en el siglo XV el célebre cirujano Morstede que en 1415, marchó con Enrique V de Lancaster a Francia, y que tuvo ciertas dificultades para reclutar a los cirujanos necesarios para el ejército que había de vencer en Azincourt, sólo consiguió llevar 12 cirujanos y 3 arqueros ayudantes para un contingente de unos 30.000 hombres.

Es imprescindible citar la liga que organizó Venecia contra Carlos VIII, y que llevaba como médico jefe a Alessandro Benedetti, ya que en estas tropas iba el célebre médico Girolamo Fracastoro, famoso por dar nombre a la sífilis en un poema escrito en verso.



Hay que resaltar la importancia que tuvieron como personal sanitario los hermanos de San Juan de Dios y los jesuitas, tal y como veremos más adelante.

### **3.—ASISTENCIA E INSTALACIONES SANITARIAS MILITARES.**

La asistencia a los heridos solía comenzar cuando terminaba la batalla. Ya a comienzos del siglo XII, Luis VI el “Gordo”, dispuso la creación de puestos de socorro, y a finales del XIII, Felipe IV el “Hermoso”, hacía a un cierto número de mujeres seguir al ejército para curar a los heridos en el mismo campo de batalla. Hechas las primeras curas, los heridos pasaban, en caso de ser nobles o personas importantes a algún castillo, palacio o fortaleza; el grueso de la tropa marchaba a casas religiosas, ordinariamente monasterios, en los que eran cuidados por los hermanos cirujanos. Muchas de estas casas estaban a cargo de órdenes hospitalarias, con dedicaciones especiales (antonianos para atender a los enfermos de ergotismo, juanistas y del Espíritu Santo, para atender a los afectados por alguna pestilencia, lazarinos para los leprosos, etc).

Los primeros balbuceos de los servicios médicos militares fueron llevados a cabo por las Órdenes Militares (hospitalarios, templarios, teutónicos, etc, y en España por la órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa). Una de sus misiones, consistía en atender a los heridos de guerra y a crear hospitales. Incluso la orden de San Juan, que luego fue de Malta, dispuso de galeras para evacuar pacientes, lo que puede considerarse como un verdadero hospital flotante.

Existieron servicios sanitarios en las plazas sitiadas, siendo obligación de los cirujanos, disponer de botiquines de cura, instrumental, ungüentos, aceites, hilas, férulas, etc. El mismo Muntaner cita que había cirujanos entre los almogáraves en la defensa de Gallípolis, y hay documentos del siglo XV que determinan los medios sanitarios que había que tener en los castillos (cirujanos con su instrumental, bálsamos, estopa, trapos, gallinas para hacer con los huevos emplastos, medicamentos, huertos para cultivar plantas medicinales, etc...).

Carlos VIII, recomendaba a los comandantes de las plazas, tener, entre otro personal, a mujeres que cuidasen de los enfermos y heridos. También en las campañas ofensivas, fueron alcanzando, cada vez mayor importancia los servicios de sanidad.

De todas formas, el primer gran logro real de la asistencia sanitaria, comenzó con los Reyes Católicos. Desde el sitio de Toro, ordenan la creación de un hospital formado por grandes tiendas, provista de suficientes camas como para asistir a los pacientes, y dotadas asimismo del personal y material necesario para los tratamientos. Al organizar el ejército que había de marchar sobre Granada, se crea un verdadero hospital de campaña, el “Hospital de la Reina”, que al parecer necesitaba de unos cuatrocientos carros para su transporte. Esta idea fue adoptada por el Gran Capitán en Italia y fue célebre el hospital que creó Carlos V en el sitio de Metz, donde destacó en el campo francés el famoso cirujano Ambrosio Paré, que revolucionó el tratamiento de las heridas por arma de fuego; sin embargo los franceses no tuvieron hospitales de este tipo hasta el año 1597, en el que Enrique IV creó uno en Amiens.

En Alemania, los pacientes militares, se alojaban en la tiendas y acuartalamientos del ejército. El Emperador Rodolfo II (1552-1612), en lucha contra los turcos en Hungría, creó un gran hospital, pero la experiencia fue tan negativa, que los soldados siguieron siendo atendidos en los mismos cuerpos por cirujanos propios o por los que seguían a los ejércitos.

Se crearon también hospitales militares fijos; quizás pueda considerarse como el primero de ellos el “Hospital del Rey”, cuyo fin era atender a los criados de la casa real así como a los soldados dependientes de ella. Este hospital seguía los desplazamientos de la Corte, se instaló en Toledo, Valladolid, y por fin en Madrid, durante el reinado de Carlos V, su ubicación exacta fue en la calle de Alcalá y se llamó el Hospital del Buen Suceso.

Pero al parecer, el primer intento formal de hospital militar fijo en España se encuentra en Pamplona, donde en el año 1579 crea uno el Virrey y Capitán General de Navarra Gonzaga Colomé. En 1594 se creará otro en Jaca, siendo Capitán General de Aragón Alonso de Vargas.

#### 4.—ASISTENCIA SANITARIA EN LA ARMADA.

Al igual que se organizaban las campañas militares terrestres se preparaban las expediciones marítimas, incluso las de descubrimiento y conquista.

Así podemos ver cómo Colón era acompañado en todos sus viajes por facultativos de diversas categorías, entre los que destacó el doctor Chanca, médico de los Reyes, que lo hizo en el segundo viaje, y que tenía misiones tanto propias de su profesión, como otras de investigación de tierras, animales y plantas.

Magallanes llevaba un cirujano y cinco barberos para atender a 265 hombres, de aquéllos sólo regresó uno con Juan Sebastián Elcano. Con Cabot embarcaron cuatro cirujanos. Con el Adelantado Pedro de Mendoza iban médico, cirujano y boticario. Se conocen los nombres del médico, del cirujano y de un soldado ensalmador que marcharon con Hernán Cortés y de los dos cirujanos de Ortiz de Zárate.

También hay datos de las famosas batallas navales de la época: además de los servicios médicos generales para la expedición, cualquier nave llevaba un profesional, ordinariamente de la categoría de cirujano-barbero. La expedición a Túnez (1535), al mando de Andrea Doria, llevaba como protomédico a Luis Lobera de Ávila. Para la de Argel se proyectó llevar cuatro médicos, 25 cirujanos, 15 barberos y cuatro boticarios, figurando el material 12 tiendas de lienzo para las hospitalizaciones.

En Lepanto, había embarcaciones con suministros sanitarios, e incluso una hacía funciones de hospital. Su organización estaba supervisada por López Madera, protomédico de la Liga Católica, que había acompañado a Juan de Austria en la guerra de la Alpujarra y que después participó en las campañas de Bizerta y Túnez. Allí destacó el famoso cirujano Daza Chacón, que estuvo en Flandes y en Italia, y que quizás atendiera a Cervantes.

En la campaña de las Azores (1580), con el Marqués de Santa Cruz, embarcó Cristóbal Pérez de Herrera.

De la Invencible sólo diremos, que se prepararon los elementos necesarios para su travesía y desembarcó. El desastre comenzó ya en Lisboa, con una epidemia, después prosiguió con un temporal frente a las costas gallegas, que dañó los barcos portadores de material sanitario, a esto se unieron las tempestades, las luchas en el canal, etc... Pudieron perderse 64 barcos, y murieron cerca de 10.000 hombres por naufragios, 1.700 en las batallas, 1.800 ejecutados en Irlanda y unos 7.000 por enfermedad. El Duque de Medina Sidonia comunicó al Rey que regresaban más de 3.000 enfermos, que desembarcaron en su mayoría en Santander, donde se formaron hospitales, así como en El Ferrol, La Coruña y San Sebastián, y se solicitó ayuda de los arzobispos de Burgos y Pamplona, así como de la Compañía de Jesús.

También la Armada dispuso de hospitales fijos, así vemos como a finales del siglo XVI, existían Hermandades o Cofradías para atender a personal de galeras, entre ellas la de Nuestra Señora del Buen Aire, en Triana, cuyo antecedente era la Cofradía de Mareantes de Sevilla del siglo XIV, y que contaba con un hospital. Se fundaron otros como el del Puerto de Santa María, creado por el presbítero Diego de Ojeda, y patrocinado por don Juan de Austria, y del que se hizo cargo la Orden de San Juan de Dios en 1598. A mediados de siglo, Juan Mateos fundó un hospital en Gibraltar. También hubo otro en Cartagena, llamado Nuestra Señora de la Piedad.

#### 5.—TRATAMIENTO DE LAS HERIDAS POR ARMA BLANCA Y DE FUEGO.

Para tratar las heridas predominaba la doctrina del "pus loable", recomendada por la Escuela de Salerno, y que consistía en mantener las heridas abiertas y en provocar la supuración con ungentos, polvos, etc... Frente a ella estaba la Escuela de Bolonia que proponía las curas secas con vino.

El sevillano Hidalgo de Agüero a finales del siglo XVI empleaba su "vía propia", contra la vía común. Cerraba las heridas y hacía curas secas, al igual que continuó haciendo su discípulo Pedro López de León, que fue médico militar y marchó a América.

En las heridas por arma de fuego, se solía aceptar la teoría de Juan de Vigo, médico de Julio II, que defendía que estas heridas estaban infectas por la pólvora, y que por lo tanto había que cauterizarlas con aceite hirviendo. Como en una ocasión el célebre cirujano Paré se quedó sin aceite tuvo que curar con agua de rosas y ante su sorpresa los heridos

así tratados evolucionaron mejor. A partir de entonces se dejó de utilizar el aceite hirviendo, lo que supuso una verdadera revolución. Nuestro cirujano Daza Chacón, vio como esta técnica fue empleada por Bartolomé Maggi en tierras italianas y se adhirió a ellas, previa autorización del famoso médico doctor Laguna.

Citaremos a tres conocidos cirujanos militares alemanes Pflospend, que cura por segunda intención; Brunschwig, que antes de Juan de Vigo, consideraba a las heridas por armas de fuego envenenadas, y Gersdorff que no lo cree así. Los tres escribieron en alemán y sus libros fueron publicados respectivamente en los años 1460, 1497 y 1517.

## 6.—EPIDEMIAS.

Dedicaremos unas pocas líneas a las epidemias (ya había pasado la "Peste Negra" aunque todavía se observaban importantes brotes).

En primer lugar, hay que hablar del "tifus exantemático", que apareció en el sitio de Granada, quizás traído por soldados procedentes de Chipre o por tropas granadinas oriundas de África. Nuestros autores la llamaron el "tabardillo pintado".

Otra epidemia importante surgió en 1495 en Nápoles, al retirarse las tropas de Carlos VIII. Se trata de la sífilis, para unos traída por los tripulantes de Colón a su vuelta de América, y que después pasaron a Italia, mientras que para otros ya era conocida en Europa. El caso es que dicha enfermedad adquirió gran virulencia y fue conocida como "mal francés", "mal napolitano" o "viruela española".

Los españoles propagaron la viruela en América. Citamos esta enfermedad porque tuvo su importancia en algunas situaciones bélicas: por ejemplo hubo un brote en Tenochtitlán que afectó a los indios perseguidores de Cortés, durante la "Noche Triste", jugando un decisivo papel; como también ocurrió en los dominios incas, lo que facilitó la actuación de Pizarro.

## B I B L I O G R A F Í A

- MONTSERRAT, S.; *"La medicina militar a través de los siglos"*. Servicio Geográfico del Ejército. Madrid 1946.
- GRANJEL, L. S.; *"Cirujía española del renacimiento"*. Seminario de Historia de la Medicina Española. Salamanca 1968.
- NOVO LÓPEZ, I. E.; *"Evolución histórica de la Medicina Naval"*. Universidad Complutense. Madrid 1989.
- D'ALLAINES, C.; *"Historia de la Cirugía"*, Ed. Oikos-Tau. Barcelona 1971.
- MARTÍN CARRANZA, B.; *"La Sanidad de nuestra Marina de Guerra desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVIII"*. Publicación médica Biohorm. Barcelona 1969.
- MCNEIL, W. H.; *"Plagas y Pueblos"*. Ed. Siglo XXI. Madrid 1984.
- GARRISON; SAUNDERS; *"History of Medicine"*. Philadelphia 1967.
- SINGER; UNDERWOOD; *"A short History of Medicine"*. Oxford at the Clarendon Press 1962.
- HUARD, P.; GRMEK, E.; *"Mille Ans de Chirurgie en Occident: V-XV Siècles"*. Les Editions Roger Dacosta. París 1966.
- GONZÁLEZ ARNEO, M.; *"Los náufragos de la Invencible"*. Historia 16, año VIII, n.º 91, pp. 49. Madrid.
- IAIN ENTRALGO, P.; *"Historia Universal de la Medicina"*. Ed. Salvat. Barcelona 1972.
- WANTY, E.; *"Historia de la Humanidad a través de las Guerras"*. Ed. Alfaguara. Madrid 1972.
- FULLER, J. F. C.; *"Batallas decisivas del Mundo Occidental"*. Ed. Caralt. Barcelona 1961.
- "Historia de las Fuerzas Armadas"*. Ed. Palafox-Planeta. Zaragoza-Barcelona 1983.



# LA MEDICINA ANIMAL EN LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN LOS SIGLOS XV Y XVI

**Dr. José Manuel Pérez García.**

Teniente Coronel de Sanidad (Veterinaria)  
Centro Militar de Veterinaria. Madrid.

**Dr. Patrocinio Moratinos Palomero.**

Comandante de Sanidad (Medicina).  
Hospital Militar Central "Gómez Ulla".  
Madrid.

**Prof. Emilio Ballesteros Moreno.**

Catedrático. Facultad de Veterinaria.  
Universidad Complutense. Madrid.

Se considera de interés iniciar este trabajo con una sucinta introducción histórica referente a la evolución de la medicina animal hasta los siglos XV y XVI, que estudia la Ponencia dedicada a la Organización Militar de los mismos.

## **Evolución de la Medicina Animal: Breve recuerdo.**

La veterinaria tiene su antigüedad y su edad media. Siempre existió una medicina de los animales ya conocida y practicada por griegos y romanos, e igualmente desde los hipiatras bizantinos hasta los tratadistas árabes medievales. En parte esta historia se confunde con la de la medicina humana. Los griegos aplicaron la medicina de los animales para los estudios médicos, mientras que los latinos la sitúan entre las obras de agricultura.

En la Edad Media tiene lugar el nacimiento de la albeitería, que los árabes hacen llegar a Europa a través de nuestro país. Su llegada se reflejó en el progreso que experimentaron las ciencias en general y la albeitería en particular, que estaba dedicada exclusivamente a la cura del caballo, de gran importancia en aquella época para la guerra. Alrededor de esta especie ha girado, pues, el desarrollo de la medicina animal y él ha sido el modelo de estudio (anatómico, fisiológico, etc).

Se conoce documentalmente que en el año 1436 en Valencia se celebraban exámenes de albeitería, pues quienes deseaban obtener este título, voluntariamente, tenían que efectuar un examen. En los exámenes de Valencia, de nueve que realizaron las pruebas fueron elegidos dos, cuyos nombres son los de Jaime Guerau y Juan de Prades.

Cuando los Reyes Católicos estaban poniendo las Bases para instaurar el nuevo Estado, la reina Isabel la Católica dio una Real Carta de Merced a Francisco de Peñalosa, con fecha de 24 de mayo de 1475, así como el inmediato nombramiento a favor de Alonso de Valladolid. Con estas designaciones nace el cargo de Protoalbéitares o Examinadores mayores perpetuos, figuras de la profesionalidad, que se constituyen en Tribunal, cuyas misiones figuran en la citada Real Carta. Este Tribunal fue aumentado a tres Protoalbéitares por Felipe II en el año 1592. A partir de la citada Carta, la Albeitería consigue su independencia, así en la composición del señalado Tribunal de exámenes ya sólo intervendrían albéitares, bien el Protoalbéitar o un delegado suyo, como señala el documento real. Además, tanto los herradores como los albéitares sin título, son considerados intrusos y no pueden ejercer sin examen previo obligatorio.

En el nacimiento del Estado Moderno español participa la Albeitería con la creación del Real Tribunal del Protoalbeirato, y la Real Carta, que es la base de la nueva organización que durará hasta la Edad Contemporánea. El Real Tribunal del Protoalbeirato es un tribunal estatal, con poder independiente y con autoridad y capacidad jurídica. Su misión principal, que especifica la ya mencionada Real Carta, era la de proveer y exigir a los albéitares y herradores el correspondiente título que les capacitará y acreditará como profesionales, y que este título sólo se podía obtener mediante un examen.

La Albeitería ahora se gobierna por sus propios medios, y el Tribunal permite a esta profesión ejercer sus funciones en todo el resto del país, así se dice “a todos los reinos que agora son e serán”. Ante la distancia e imposibilidad material y humana, los Protoalbéitares, actuando como un Tribunal central del nuevo Estado que se está creando, nombran a los Protoalbéitares regionales, y así aparecen ya en el siglo XVI en Navarra, Cataluña, Aragón y Levante, que aplicaron iguales normas que el de Castilla, que fue creado como institución central y superior de la Albeitería española y su autoridad se extiende a todo el Estado.

### **La albeitería en la organización militar de los siglos XV y XVI.**

Recordemos que el ejercicio de la medicina animal en los ejércitos de nuestro país tiene raíces muy antiguas; los que la practicaban en el medievo, con actividad limitada a los équidos, eran denominados mariscales y albéitares. La denominación mariscal, procedente de Europa, tuvo poca difusión, sólo se usaba en los pueblos de la Corona de Aragón; posteriormente denominan mariscales a los veterinarios de las caballerizas reales y a los que ejercían en los ejércitos. La denominación de albéitar, de origen árabe, se empleó en el resto del territorio peninsular para la actividad civil.

De los gremios surge la figura del protoalbéitar sólo para regular la albeitería civil y fue, quizás posteriormente, cuando por interés de realizar igual experiencia en la organización militar, de los Reyes Católicos y de la Casa de Austria, cuando se reunieron en una sola autoridad al Protoalbéitar y al Jefe de las Caballerizas Reales.

Se ha escrito que a partir del reinado de los Reyes Católicos existían en los ejércitos a la nueva usanza por ellos creados, albéitares-herradores en los regimientos montados del Reino.

El primer nombramiento al que podemos considerar de carácter militar se dio a favor de Fernando de Palencia, como albéitar del príncipe D. Juan, hijo de los reyes, cuando se encontraba en Tordesillas; es decir, el primer veterinario militar, oficial, de la historia del ejército, elevado a igual categoría que tenían los demás oficiales de sus escuadrones o tercios. La Reina, desde Jaén en el año 1489, da este nombramiento significando, como hemos señalado, la categoría que en adelante corresponde al designado Fernando de Palencia, en los términos que se transcriben:

“que ayades e gosades por razón del dicho oficio de todas las honrras gracias e mercedes e franquicias e libertades de que fan gosado e gosan los oficiales de nuestra casa”.

Se supone que esta designación militar, se hizo a propuesta del protoalbéitar Peñalosa al iniciarse la organización del Ejército, o de los Reyes Católicos, que continuando en su política de reorganizar y fortalecer el Ejército, convocaron el 5 de octubre de 1495 en Santa María del Campo una Junta general a la que asistieron representaciones de todas las provincias, ciudades, señoríos, villas y lugares, siendo el objeto de dicha asamblea redactar un proyecto de Reglamento de tipo militar.

El 22 de febrero de 1496 la reina Isabel, encontrándose en Segovia, dispuso reforzar la potencia del Ejército real. Los resultados de estas disposiciones, con relación al reclutamiento, fueron:

Para Infantería.....	83.333 hombres.
Para Caballería.....	2.000 caballos de línea.

El capítulo de gastos fue de 2.815.989 reales de vellón (los haberes mensuales eran de 3 ducados), no estando incluidas las ventajas asignadas a los cuadrilleros, así como el sueldo de los mandos (capitanes y tenientes).

Con el criterio de disponer de unas tropas militares capaces de enfrentarse a cualquier situación, el rey D. Fernando, por una Ordenanza firmada en Barcelona el 28 de julio de 1503, que fue refrendada por la Reina el día 6 de agosto y entró en vigor el 13 de septiembre, y en ella se introdujeron diversas reformas en el Ejército recogidas en un documento con 63 artículos. Así, en relación a este trabajo, seleccionamos lo referente a:

*\* Alcáceres.*

— En tiempo de dar verde al ganado, el capitán en compañía del alcalde o de dos vecinos, disponían el precio de la cebada y alcáceres, tanto al por mayor como al detalle. Estaba terminantemente prohibido la siega por los soldados.

*\* Prescripciones para la admisión de personal en Caballería.*

— El equipo exigido a los *hombres de armas* era: un caballo crecido, arnés con cubiertas pintadas, cuello y testera, lanza de armas, lanza de mano, espada de armas y estoque o daga.

— El equipo de los *jinetes o caballos ligeros* era: un caballo, coraza, capacete, barbera, quijote, faldas de mallas, guarnición entera de brazos, lanza, espada y puñal o daga.

— Los escuderos que eran “doblados”, estaban obligados a tener dos caballos (el de combate y la dobladura) y, además, otro semoviente para el equipaje.

*\* Haberes, raciones y normas varias.*

— Los piensos del ganado eran facilitados a los jinetes mediante el pago estipulado y siempre a base de buen grano, perfectamente limpio y bien medido.

— En cada Capitanía existía un fondo especial llamado “Área de los caballos”, destinado a facilitar a préstamo los medios necesarios para la adquisición de ganado.

— El ganado de “dobladura” que excediera a la plantilla prevista, no devengaba raciones.

En el siglo XVI, la Caballería orgánica española estaba reducida a las dos clases de formaciones articuladas en compañías: Hombres de Armas y Caballos ligeros.

Sus efectivos normales eran de 35-45 jinetes en unidades de Hombres de Armas, y de unos 50 en las de Caballos ligeros. Los caballos en las primeras unidades citadas, estaban cubiertos de hierro o ante doble; las ancas, pecho, cuello y testeras por cubiertas que se llaman *bardas*, y por eso eran *bardadas* las cabalgaduras que así se armaban, y de las cuales habían de tener dos cada Hombre de Armas.

## **El caballo en las organizaciones militares (Ejércitos).**

El historiador de la veterinaria española Cesáreo Sanz Egaña dejó escrito: “En cuanto el caballo entró en la formación de los ejércitos, el hombre necesitó observar sus costumbres y trazar reglas prácticas que forman la base de la

higiene y de la patología equinas; ambas ciencias nacieron en los campamentos: las exigencias de la guerra perturban profundamente la actividad fisiológica del caballo, y al guerrero le interesaba prever y curar estas perturbaciones para disponer en todo momento de las totales energías y velocidad de su caballo”.

Recordemos que entre las obligaciones que señala a los caballeros el Rey Alfonso X en las Partidas, figuran conocimientos de hipología e hipiátrica. El caballero medieval estaba obligado a tener conocimientos de medicina animal, es decir de veterinaria, para así poder atender a la salud y cuidado de su caballo; y, por tanto, para satisfacer y divulgar estos conocimientos de higiene y patología de los équidos se escribieron muchas obras.

De la producción de obras de los siglos XV y XVI, está la de Manuel Díez, titulada *Libro de Albeyteria*, con varias ediciones en catalán y castellano. En el siglo XVI, hay autores de obras muy documentadas para la época, así Francisco de la Reyna, Pedro López de Zamora y Fernando Calvo.

Nuestro universal Francisco de la Reyna fue el primero en hacer una obra original de albeitería titulada *Libro de Albeyteria* (1546), que alcanzó gran número de ediciones. En ella se puede destacar la alusión que el autor hace a la circulación de la sangre, pudiendo ser él el primero en mencionar este hecho. Nos dice en su libro: “la sangre anda en torno y en rueda por todos los miembros hasta el emperador del cuerpo, que es el corazón”.

La obra de Pedro López de Zamora *Libro de Albeytería* (1571), apoya lo escrito por de la Reyna, y además ofrece algunas normas sobre cría del caballo.

Fernando Calvo, de gran cultura clásica y esmerada formación veterinaria, nos legó su obra dividida en cuatro libros, que tituló *Libro de Albeytería* en el cual se trata del caballo, mulo y jumento, que desde 1582 a 1675 se editó seis veces.

El albéitar, tanto civil como el que ejercía al servicio de las organizaciones militares de los siglos XV y XVI, tuvo que enfrentarse a problemas patológicos, denominados “enfermedades naturales”: infecciones, parásitos, lombrices, etc; y “enfermedades accidentales”: cólicos, diarreas, torzones, cojeras, heridas, etc; así como con procesos que al no tener solución terminaban con la muerte del animal. Debíó ser un excelente clínico y curador de cólicos, un hábil cirujano, así como un destacado especialista en claudicaciones de los miembros (cojeras). La terapéutica estaba llena de dificultades, que sólo la habilidad del profesional para ciertas intervenciones contribuían a su éxito. Así, la aplicación de fuegos, colocación de sedales, las sangrías, que eran técnicas terapéutico-quirúrgicas conocidas por los albéitares. Administraban como medicamentos fórmulas magistrales, hierbas, sustancias simples, etc; y cuando no surgían el efecto deseado, recurrían a la ayuda de exorcismos y oraciones (algunos oremus y preces celestiales), como último remedio en los casos de infección y muerte colectiva de animales hecho que se deduce por la creencia demoníaca de este tipo de males ante la ineficacia de los tratamientos anti-infecciosos. También recurrían a las invocaciones astrológicas.

Además, el profesional de la medicina animal tuvo desagradable experiencia, referente a las enfermedades que se transmitían de los animales, contagiándose y produciéndole algunas, la muerte, y también a los combatientes. Así, eran frecuentes el carbunco, muermo, rabia, tétanos, infecciones purulentas, de origen estafilocócico, micótico o por bacilos de la necrosis, etc.

Finalmente hacer mención que los albéitares en estos siglos, además, contribuían a mantener el ganado sano, procurando una alimentación idónea, vigilaban y también practicaban el herrado, dada la importancia del caballo como elemento bélico.

La misión y actividad de los albéitares fue favorecida a través de los siglos, y así se comprueba documentalmente que los reyes no desdeñaban proclamarse y titularse protectores de la Albeitería; así la protegieron con una legislación que la elevó, principalmente en el reinado de Isabel la Católica, a la mayor categoría institucional de la Edad Moderna. Las obras de estos profesionales de la medicina animal eran admiradas y a ellas recurrían los extranjeros, en las cuales encontraban un alto nivel cultural y científico para aquellos tiempos, con citas de Hipócrates, Galeno o Avicena, y que servían para preparar competentes profesionales para servir en las organizaciones militares de los siglos mencionados.



## B I B L I O G R A F Í A

- CORDERO DEL CAMPILLO, M. (1.980): *Panorama de la Parasitología Española*. Laboratorios Sobrino. S.A. Olot (Gerona).
- DE SOTTO Y MONTES, J. (1.963): *Organización Militar de los Reyes Católicos (1.474-1.517)*. Revista de Historia Militar. Año VII, Núm. 14. Madrid.
- DE SOTTO Y MONTES, J. (1.965): *Organización Militar Española de la Casa de Austria (Siglo XVI)*. Revista de Historia Militar. Año IX. Núm. 18. Madrid.
- I HERRERO ROJO, M. (1.990): *La Veterinaria en la Antigüedad*. Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Bienestar Social. Gráficas A. Martín. Valladolid.
- I LEONART ROCA, F. (1.972): *Algunos hechos históricos de la Clínica Veterinaria Medieval*. Revista Pausa. Junio.
- PÉREZ GARCÍA, J. M. (1.987): *La Veterinaria en el Ejército*. Catálogo VII Exposición de Miniaturas Militares. Minuesa. Madrid.
- PÉREZ GARCÍA, J. M. y SÁIZ MORENO, L. (1.988): *Historiografía del Muermo como Problema de Salud Pública*. Medicina Militar. Vol. 44. Núm. 6. Año. 1.988. Madrid.
- SÁIZ MORENO, L., PÉREZ GARCÍA, J. M. y MORATINOS PALOMERO, P. (1.990): *Historia natural del carbunco bacteridiano y de la pústula maligna*. Medicina Militar. Vol. 46. Núm. 5. Año 1.990. Madrid.
- SÁNCHEZ FRANCO, A. (1.972): *Relaciones entre la Medicina Humana y Animal*. Universidad de Zaragoza. Ed. Librería General. Zaragoza.
- SANZ EGAÑA, C. (1.941): *Historia de la Veterinaria Española*. Espasa Calpe. Madrid.
- SERRANO TOMÉ, V. (1.971): *Historia del Cuerpo de Veterinaria Militar*. Fareso. Madrid.



# **ALGUNAS CONNOTACIONES MÉDICO-SANITARIAS EN LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN EL SIGLO XV**

**Patrocinio Moratinos Palomero**

Tte. Cnel. de Sanidad (Médico).  
Hospital Militar Central "Gómez Ulla".

**José Manuel Pérez García**

Tte. Cnel. de Sanidad (Veterinario).  
Centro Militar de Veterinaria.

## **INTRODUCCIÓN**

Las multitudes primero, y las huestes ya organizadas que las sucedieron y que constituyeron LAS CRUZADAS durante la EDAD MEDIA, dejaban en su desplazamiento hacia TIERRA SANTA a muchos en el camino, por falta de logística, por la hostilidad de los pueblos de tránsito, así como por las luchas sostenidas con los infieles.

Los caballeros heridos eran atendidos en los castillos en los que "las damas nobles no se desdenaban de curarlos con sus famosos ungüentos, de los que ellas poseían las recetas" (1). Los simples combatientes se refugiaban en las denominadas Casas de Dios u otros Asilos de caridad, donde recibían los cuidados de los hermanos cirujanos, charlatanes, monjes mendicantes. Incluso algunas mujeres seguían aquellas tropas, vendiendo alguna pomada maravillosa o alguna pócima secreta, que pretendían curar por su poder mágico.

Las Casas de Dios, verdaderos hospitales militares, dieron lugar a las Órdenes Hospitalarias. Los Caballeros Hospitalarios y los Caballeros Templarios, cuidaban y defendían a los peregrinos y trataban a los hombres de guerra heridos en las luchas, por tanto podemos considerar que desempeñaban el papel de la medicina militar en aquella época.

En este contexto podemos indicar que no es hasta los albores del siglo XVI cuando empieza la organización de los ejércitos modernos. El siglo XV fue intermedio entre las Cruzadas y la organización ejército más o menos centralizados e importantes, y se caracteriza por la adopción de normas legales, que van posibilitando progresivamente dicho cambio.

## **ALGUNOS DECRETOS Y NORMATIVAS SANITARIAS MILITARES DURANTE EL SIGLO XV**

En el año 1.422 el Rey Don Juan II de Castilla crea un Tribunal de Alcaldes examinadores, que habían de ser médicos, con el objeto de otorgar la competencia tras el correspondiente examen a los que se proponían ejercer el arte de curar. De esta misma época data la creación de los médicos de cámara para el servicio de los Reyes, y que tenían que pertenecer a la nobleza (2), los cuales estaban obligados a seguir al Rey en sus expediciones guerreras.

Este Tribunal de alcaldes, constituyeron lo que se denominó ya PROTOMEDICATO, que fue integrado entre otros por los galenos ALFONSO CHIRINO y más tarde por el Bachiller Fernán Gómez de Cídad Real, como el anterior también médico de Juan II. Es precisamente el protomédico Chirino quien señala refiriéndose al deplorable estado de la

Cirugía de entonces: “Que en aquella época había plaga de malos cirujanos, que a veces lisiaban y que abusaban del filo del bisturí, haciendo por *doquier per signum crucis*” (3).

A principios del siglo XV, Carlos VII de Francia comienza la reorganización del Ejército, sin embargo todo el servicio sanitario seguía representado por el cirujano barbero (4). Mas tarde Carlos el Temerario Duque de Borgoña — 1.476— dotó a cada Compañía de cien lanzas, de un cirujano.

En España se encuentran así mismo en los comienzos del siglo XV datos de la presencia de cirujanos en el Ejército en campaña, en efecto el Rey Don Juan II de Castilla en 1.431 otorga en Zamora las Leyes XIV y XXI, que figuran en las Ordenanzas Reales de Castilla. La Ley XIV dice entre otras cosas: “Ordenamos que en los llamamientos que Nos ficiéramos para las guerras sean excusados de ir a la guerra los Alcaldes y los Alguaciles y Regidores, Jurados, Sesmeros, Fieles, Montaraces, Mayordomos, Procuradores, Abogados, Escribanos del número, Físicos, Zurujanos y Maestros de gramática y Escribanos que muestran a los mozos a leer y escrebir, de las ciudades e villas de nuestros reinos, salvo los que de los sobredichos son nuestros vasallos o tienen de Nos tierra y raciones y quitaciones y oficios porque nos hayan de servir y los que tienen tierras y acostamientos de otros Caballeros, y los *Zurujanos que por nuestro mandato fueren llamados*, y otrosí sean excusados de ir a la guerra los Recaudadores y Cogedores y Presquisidores de nuestras rentas”.

En 1.432 entre los documentos que se refieren a la segunda expedición a Nápoles, dispuesta por Alfonso V de Aragón en dicho año (5), se encuentra el *Llibre ordinari de dates feles per en Bernat Sirvent, Tesorer general desde Maig de 1.432 fins lo derrer die de Decembre apres següent*, y en el mismo figura la partida siguiente: “Otra partida de 900 sueldos para la compra de ciertos óleos, ungüentos, emplastos y aguas destiladas pertenecientes al arte de la Cirugía, para surtimiento de la caja del Maestro Arnaldo Fontanol, médico cirujano de dicho señor Rey en la Galera Real”.

A principios del siglo XV y referido a una carta circular dirigida a los Alcaldes y Jefes militares superiores de los castillos, villas y lugares fortificados del Reino que se vieran amenazados por Ejércitos enemigos titulada *Memorial de les coses que son necessaries a Castel o Vila que tema o sper seige* en la cual entre otras prevenciones que se detallan puede leerse: “Item, hi deu haver metge o sorgiá ab sos enguents e polvores e molt drap de li per fer benes e stopa per fer stopades e gallines per haver ous per stopades”.

En 1.448 Marquilles, jurisconsulto catalán, al indicar las necesidades y prevenciones dice entre otras cosas: “...no menor debe tenerse provisión de hierro, cáñamo, estopa, lana seca y trapos para los heridos, al cuidado de los cuales habrá un médico cirujano con todos los necesarios instrumentos y ungüentos...” incluso se señala también: “será bien que en el castillo haya un huerto de coles, y no menos hierbas medicinales (menta, salvia, petrocillo y celiandra)”. Fueron precisamente los cirujanos barberos, verdaderos empíricos, los primeros que comenzaron a escribir en idioma vernáculo las primeras obras de Cirugía militar, como la titulada *Wundartznei* por el cirujano militar bávaro Heinrich von Pflspspeund, donde aparecen los primeros estudios de las heridas (1.460-1.470), trata por ejemplo las heridas por segunda intención utilizando *inhalación narcótica* recomendada por Nicolás de Salerno, y hace mención de los *polvos para las quemaduras* y de la *extracción de balas* por medio de la honda y siguiendo a Mondeville administra a los lesionados las denominadas *bebidas confortantes para heridos*.

En España Enrique IV confirma el Tribunal del Protomedicato y los Reyes Católicos lo ratifican, por la Pragmática de 30 de marzo de 1.476, en la que se nombran los Examinadores mayores para los médicos, cirujanos, especieros y herbolarios. Hacia 1.490 se perfecciona el estudio de la Cirugía, estableciendo los cirujanos catalanes Amiguet y Valls una Escuela en Barcelona para explicar estas materias (3). El protomedicato entre otras misiones de sanidad, indicaba el personal facultativo para los Ejércitos, Armadas y Hospitales.

En 1.476 la autorización concediendo a los Reyes una nueva Hermandad general por un cierto tiempo apunta ya la idea de crear una fuerza permanente en España; cada cien vecinos debían mantener un hombre a caballo, con lo que se reunió un Ejército de 2.000 hombres, cuyo mandato se confió a Don Alonso de Aragón. Aunque esta milicia estaba creada únicamente para la persecución de “*maleantes y golfines*” y para reprimir las vilencias continuas “*de las gentes poderosas*” sin embargo los Reyes llegaron a utilizarla en la guerra contra los portugueses y en la de Granada. Las *Ordenanzas de la Santa Hermandad* fueron los cimientos para la creación efectiva de los ejércitos permanentes que comienzan en el reinado de Isabel la Católica y en el que se crea el primer bosquejo cierto de asistencia médica castrense con una relativa estabilidad. La Reina Isabel cuando en la primavera de 1.476 se realizan los preparativos para la conquista de Toro, ordenó la formación, en seis espaciosas tiendas, de un hospital provisto de camas y de lo que se creyó necesario, para asistir en él a los enfermos y heridos, destinando al mismo facultativos asalariados a sus expensas, este rasgo dio motivo a que se diese a la Reina el calificativo de *Mater Castrorum*.

El cronista Hernando del Pulgar lo refiere del siguiente modo: "...e para curar a los heridos e a los dolientes la Reyna enviaba siempre a los reales seis tiendas grandes e las camas e ropa necesaria para los feridos y enfermos y enviaba físicos e cirujanos e medicinas e homes que los sirviesen, e mandaba que no llevasen precio alguno porque ella lo mandaba pagar"; y estas tiendas, con todo este aparato, se llamaba en los reales el "Hospital de la Reyna"; para transportar este hospital se empleaban "400 carros cubiertos y fortalecidos de cualquier asalto"; mas tarde en 1.498, al organizarse el Ejército que debía ir sobre Granada, también cuidó la Reyna de proveer a la asistencia sanitaria, y el cronista señala: "Embió assi mesmo la Reyna las tiendas grandes que se llamaban el hospital de la Reyna; con el qual hospital embiava cirujanos y físicos y ropa de camas y medicinas y hombres que servían a los feridos y enfermos y todo lo mandava pagar segun lo acostumbrava en los otros reales".

Garibay (6) menciona también estos hospitales en la siguiente forma: "No sólo ponía en estas cosas increíble cuidado esta católica Reyna, mas condoliendose de los que cada día eran heridos y descalabrados y de otros que siempre enfermaban, quedaban a la continua seis tiendas grandes con el nombre de "Hospital de la Reyna", donde havia muchos médicos y cirujanos y todos los medicamentos y cosas necesarias para restaurar la salud de los hombres".

Herrera y Maldonado señala como más tarde (7), se creó el Hospital Real, fundado al objeto de seguir a la Corte a cuantas partes fuese, y sus funciones fueron más amplias que las ya descritas, como lo declaran los directores del Hospital en acta de una de sus sesiones, en la que dicen que "su principal yntento fue siruiese de curar a los criados de la cassa Real, negociantes y soldados pobres que en la Corte cayessen enfermos y questo se ha hecho siempre".

En la fundación de este Hospital, influyó decisivamente la Hermandad o Cofradía que, con motivo de la peste que apareció en el año 1.489 en las tropas que sitiaban la ciudad de Baza, crearon varios caballeros del Ejército cristiano para allegar recursos con que atender a los necesitados; seguramente esta Hermandad, denominada de la Concepción y Asunción de la Virgen María, sirvió de base para organizar el Hospital Real. Después de la conquista de Granada, la corte se trasladó a Toledo y luego a Valladolid seguida por este Hospital.

En España existía también la Cofradía de los Santos Cosme y Damián, como lo prueba una Pragmática de Don Fernando el Católico de 1.488, en la que concede a esta Cofradía de Zaragoza permiso para la disección de cadáveres humanos.

Así pues un hospital ambulante seguía al Ejército en todos sus movimientos, y al respecto dice el Conde de Clonard (8): "Siempre que el Ejército salía a campaña iba con él un cierto número de cirujanos, los cuales curaban de los heridos en una tienda separada de todo peligro y golpe del enemigo, proporcionándoles las medicinas correspondientes, a cuyo efecto tenían siempre a su disposición una Botica, sin que pudieran exigir ningún honorario ni obvención alguna por razón de sus curas, pues la Reyna que les mandaba recompensábalos liberalmente, aunque siempre guardando la proporción del mérito y de las cualidades científicas". De estos hospitales habla también Pedro Mártir de Anglería, que servía en el Ejército español, en unas cartas escritas durante el sitio de Baza al Cardenal Arcimboldo, Arzobispo de Milán.

En todas las expediciones se atendía a la asistencia médica, puede citarse que en el primer viaje de Colón embarcaron en la "Niña" maestre Alonso, médico, y maestre Juan, cirujano. El primero quedó en América con los hombres que allí dejó Colón, en el Fuerte Navidad, muriendo a manos de los indígenas. En el segundo viaje acompañó al Almirante el médico de los Reyes Católicos y de la Princesa su hija, Dieso Álvarez Chanca; Fernández Navarrete (9) copia una carta que los Monarcas enviaron a Chanca desde Barcelona en 23 de mayo de 1.493, y que dice así:

"El Rey y la Reyna.-Doctor Chanca: Nos hemos sabido que vos con el deseo que teneis de Nos servir habeis voluntad de ir a las Indias, e porque en lo hacer Nos servireis y aprovecharéis mucho a la salud de los que por nuestro Mandato allá van, por servicio nuestro que lo pongais en obra é vayais con el nuestro Almirante de las dichas Indias el cual vos hablará en lo que toca a vuestro assiento para allá y en lo de acá. Nos vos enviamos una carta para que vos sea librado el salario e ración que de Nos teneis en tanto que alla estuviereis". Con Chanca, en la flota, y en un plano inferior, fueron encuadrados una serie de "zurugianos de escuadra", muy probablemente uno por buque, los cuales llevaban sus respectivas cajas de instrumentos y un gran acopio de medicinas "que luego consumieron casi totalmente por la muchedumbre de los muchos dolientes que hubieron".

La sífilis adquirió en Europa un carácter epidémico, a finales del siglo XV —1.493-1.496— realizando verdaderos estragos en las filas de los Ejércitos españoles, italianos y franceses que por entonces luchaban en Italia, ya que el Rey de Francia Carlos VIII intentaba apoderarse del Reino de Nápoles, que defendían sus naturales y las tropas mandadas por el

Gran Capitán. La epidemia fue denominada con nombres como: mal franzoso, mal gálico, viruela española, mal napolitano y otros que quizás mostraban el interés de descargar la primacía de la epidemia, de unos contra los otros (10).

Consolidada la unidad nacional, por los Reyes Católicos, éstos implantaron una reforma militar, dando a las diferentes Armas del Ejército una nueva organización técnica y variaron la forma del reclutamiento consiguiendo una mayor dependencia del Ejército a la autoridad real y superación del poderío de las tropas reales en relación a las de los nobles. El núcleo de este Ejército está constituido por las Guardias Reales, la Escolta Real de nobles y las tropas particulares del Rey.

La reforma que muy posiblemente fue la más esencial, fue la establecida por la Pragmática de 22 de febrero de 1496, en la cual se hizo obligatorio el servicio militar a un hombre de cada doce de los que se hallasen comprendido entre los veinte y los cuarenta años; esta especie de reclutas —reclutados— formaban como una masa de reserva, que era llamada al servicio activo si convenía, recibiendo sueldo desde que se movilizaban.

Los Reyes Católicos, modificaron la antigua división del Ejército en Cuerpos desiguales denominados Batallas, con influencia de los señores feudales, estableciendo los Batallones uniformes de 500 plazas, divididos en diez cuadrillas. Más tarde por influencia del Gran Capitán y de Gonzalo de Ayora, se crearon las Capitanías o Compañías de 500 hombres y las Coronelas o Escuadrones —doce Capitanías—, además de otros cambios en la organización militar como las denominadas Brigadas mixtas, al mismo tiempo comenzaron los primeros ensayos de organización de la Administración y de la Sanidad militares, asignando un médico, un cirujano, un boticario y un ayudante por Unidad; creando hospitales y estableciendo fundiciones artilleras; fábricas de pólvora y depósitos o parques.

A la obra antecitada de Heinrich von Pölspeund, siguieron las publicadas por los cirujanos militares alsacianos Hieronymus Brunschwig, que escribió la obra titulada *Bruch der Wundartznei* en 1497, y que ya entrado el siglo XVI —1517—, publicaría Gersdorff.

Para Brunschwig, las heridas por arma de fuego eran consideradas como envenenadas, y temía más los efectos venenosos de la pólvora que los del propio proyectil; por ello como guía del tratamiento, era preciso desembarazar de pólvora, tanto el orificio como el trayecto fraguado por la bala, y para hacerla salir, introducía en la herida un pedazo de tocino o un sedal, imprimiéndole un movimiento de vaivén; para la extracción de proyectiles se valía del artillugio denominado “*el pico de cuervo*” u otros instrumentos como el denominado “*Loucher*”, con el que practicaba dilatación previa cuando el orificio de entrada era demasiado estrecho; para terminar la cura, aplicaba una cataplasma maravillosa de su invención. En las amputaciones, y como era costumbre de la época, empleaba el cauterio o el aceite hirviendo para cohibir la hemorragia.

## OTROS DATOS DE LA SITUACIÓN DE LA MEDICINA Y CIRUGÍA CASTRENSES DURANTE EL SIGLO XV

Muy escasos fueron también en Inglaterra los cirujanos militares durante el siglo XV. En 1415 cuando Enrique V emprendió una expedición a Francia sólo contaba con el cirujano Tomás Morstede. En vista de que la Corporación de Cirujanos de Londres no pudo proporcionar al Rey más que “doce hombres de buena voluntad”, éste autorizó a Morstede para la recluta obligatoria de cuantos cirujanos se precisaran y personal para la reparación y fabricación de instrumentos quirúrgicos. Morstede llevaba como segundo a Guillermo Bradwardyne, y el cuerpo facultativo lo integraban los doce cirujanos señalados y tres arqueros como practicantes para un total de 6.000 hombres de armas y 24.000 infantes. No se tienen noticias de la existencia de hospitales militares en Francia en el siglo XV, sin embargo en tiempos de Carlos VIII se recomendaba a los Comandantes de Plaza tuviesen entre otro personal como: matarifes; cocineros; panaderos; mariscales-herradores... “dos mujeres para curar a los heridos y enfermos”.

Determinados días del mes se consideraban desfavorables para la práctica quirúrgica y sangrías. Así en una Ordenanza de 1465, otorgando nuevos estatutos a los médicos, cirujanos y barberos, Luis XI de Francia, dispuso que cada uno de ellos, tuvieran el calendario del año, para consultar al respecto, asegurándose de que la situación de la luna era favorable para la actuación (11).

En cuanto a la atención de apestados, señalaremos que la primera morbería que se estableció en España en 1.474 precisamente en Mallorca, se recomendaba que durante la visita el médico se cubriese con una especie de bata, guantes y máscara, debiendo mantener en la nariz una esponja mojada en vinagre y con polvos de clavo o canela; estimando conveniente caminar con lentitud para no respirar en la habitación del enfermo más que el aire estrictamente necesario. El primer libro de epidemiología impreso en España fue el "*Tractatus de peste*", del médico de Carlos IV de Francia, Velasco de Taranta, hacia 1.475 en el cual entre otras recomendaciones se citan: prohibir los baños, para evitar que abriéndose los poros de la piel, recogieran las malas emanaciones origen de la peste; no comer volátiles, ni carnes grasas, ni excitantes; dormir sólo hasta el alba; tanto el aceite de oliva, como los contactos sexuales se consideran directamente mortales; había que practicar ventilaciones en las viviendas y purificar el aire quemando ramas de enebro etc., y utilizando como último recurso la sangría.

Schylans —Hans de Gersdorff— indica como su maestro Nickalaus, denominado *el Dentista*, cirujano de Segismundo de Austria, asistió con él a las batallas de Alsacia —1.476-1.477— mencionando como las balas de los cañones, eran capaces de destrozar miembros humanos separándolos del tronco.

Durante el siglo XV la peste continuó haciendo estragos en España, y en 1.490, durante las guerras civiles de Granada, apareció el tifo, que los médicos de la época calificaron de "*calentura maligna particular*", de la que hubo dos causas: según unos por infección de cádaveres insepultos, o traída por soldados procedentes de Chipre. El tifo propagado al Ejército de don Fernando el Católico, recibió el nombre de "tabardillo" —la mancha roja—. Del recuento de las tropas faltaron 20.000 hombre de los cuales 3.000 habían muerto a manos de los moros y 17.000 víctimas de la enfermedad, la mayor parte, y los otros de las crudezas de la estación invernal, por geladuras. En la Cirugía del siglo XV las prácticas y consejos de los maestros eran fielmente seguidas, al igual que los escasos textos; en España una de las obras más seguidas, además de las de Chauliac y Lanfranco, era la del Maestro Bernardo, siendo tal su reputación que figuraba manuscrita en pergamino, en la biblioteca particular de Isabel la Católica.

No abundan los documentos respecto de la asistencia que se prestaba entonces a los heridos en el campo de batalla; de ellos se deduce que los cirujanos que acompañaban a las tropas, salvo en ocasiones en que el herido era de mucha categoría y podía ser retirado del terreno para poder ser atendido en su tienda o lugar próximo, seguían esperando a que terminase la lucha. Así en una carta del Conde Bernardino de Fortebraccio fechada en Parma el 22 de julio de 1.495 señala como fue herido en la batalla de Fornovo, durante la expedición de Carlos VIII y como un criado suyo lo arrastro hasta el foso donde quedó abandonado hasta que cesó la batalla y fue acogido en casa de un hombre de bien, a donde "llamaron médicos, y como éstos no tratasen de curar las heridas se envió a Bolonia por un médico de Parma", conocido del Conde.

Una excelente muestra del proceder en la curación de los cirujanos españoles del siglo XV se encuentra en la *Clínica Egregia de Comenge*, el cual, con ocasión de la herida inferida en Barcelona por Juan de Canyamas a Fernando el Católico, describe la curación general de las heridas: "Tres cosas hay que considerar...: la primera, detener el flujo; la segunda, guardar la solución de todo podrimiento, y la tercera, curarla con medicinas y gobiernos convenientes. Lo primero se efectuaba aplicando estopas de cáñamo empadas en agua fría y clara de huevo, y uniendo los labios de la herida; esta última operación se practicaba con agujas triangulares o lisas, fuertes, con ojo para enhebrar el hilo, que había de ser sirgo resistente y uniforme; si la herida era superficial, en cada punto se anudaban los cabos; si profunda, entonces la sutura "encarnativa" se terminaba como la ensortijada de ahora; aconsejaban los autores -Guy de Chauliac, Lanfranco, Bernardo etc.—, dejar un orificio sin coser en la parte más baja de la herida, por donde corrieran los exudados, y no practicar la costura sin que antes quedara bien limpia la herida de toda materia extraña" (12).

Para evitar el *corrompimiento* de la herida se lavaba con cocimiento de manzanilla en agua y se expolvoreaba con cardenillo —cobre quemado— evitando así el apostema (supuración); a veces se empleaban emplastos o algún cocimiento astringente hecho con vino y granado. Por fin se ayudaba a la cicatrización con ungüentos de minio y albayalde, se purgaba al paciente, se le daban alimentos nutritivos, y si la herida "criaba materia" se lavaba con cocimientos y líquidos astringentes, por lo menos una vez al día; si se encendía la fiebre se llamaba al médico, el cual sometía al vulnerado a un tratamiento evacuante..."

## B I B L I O G R A F Í A

- 1.—MORACHE: *Dict. de Med. Dechambre. Med. Mil.*
- 2.—GARCÍA DEL REAL: *Historia de la Medicina Española.*
- 3.—DE LA PLATA Y MAROS: *Colección bio-bibliográfica de escritores médicos españoles.* Gac. San. Mil. Tomos VI, VII y VIII.
- 4.—CANTÚ: *Historia Universal.*
- 5.—*Col. de doc. inéd. para la Hist. de España.* Tomo XIII.
- 6.—GARIBAY: *Comp. hist. de las Crón. e Hist. Univ. de España.*
- 7.—HERRERA Y MALDONADO: *Libro de la vida y maravillosas virtudes del Siervo de Dios Bernardino de Obregón.*
- 8.—COMDE DE CLONARD: *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería.*
- 9.—FERNÁNDEZ NAVARRETE: *Colección de viajes y descubrimientos de los españoles.*
- 10.—GARRISON: *Historia de la Medicina.*
- 11.—DIEPGEN: *Historia de la Medicina.*
- 12.—COMENGE: *La Medicina en Cataluña.*



## DE LA FARMACIA MEDIEVAL A LA CASTRENSE DEL XV Y XVI

**Enrique Roldán González**  
Coronel Farmacéutico

Durante la Alta Edad Media, los conocimientos farmacológicos se concentraron en los Monasterios, donde en el ejercicio de la caridad se atendía a los pueblos y aldeas cercanas, muchos de ellos carentes de físico, profesión que abarcaba las misiones de médico y boticario conjuntamente. Los medicamentos empleados procedían, principalmente, del reino vegetal, plantas, raíces, corteza y frutos, con los que preparaban, tanto el físico en los núcleos urbanos como los monjes en el campo, las fórmulas magistrales. Habían recogido todos aquellos conocimientos proporcionados por los pueblos primitivos hispánicos, y posteriormente los romanos, que a su vez habían asimilado la ciencia griega.

La separación de las profesiones médica y farmacéutica surge en España por la influencia de los árabes españoles, que fueron transmitiendo a los Reinos cristianos de la Edad Media. Durante los grandes períodos de paz, se producía un trasvase de conocimientos mutuos que repercutieron favorablemente al desarrollo de ambas ciencias, muy superior al de otros pueblos europeos, especialmente en el siglo XIII. Así aparecen las figuras del físico y del boticario; posteriormente el primero se desdoblaría en médico y cirujano.

La Farmacia medieval de los núcleos urbanos precisaba un espacioso local para atender a los pacientes o público, elaborar fórmulas y remedios, así como para cultivar los vegetales necesarios: o sea, botica, rebotica, laboratorio y jardín botánico. En las "Cantigas en loor de Santa María" del Rey Alfonso X el Sabio, y entre sus 1.600 viñetas que ilustran los milagros atribuidos a la Virgen, se reproducen las antiguas boticas medievales, detallándose los frascos, ungüentarios, y tarros que contenían medicamentos, así como libros y pergaminos en que figuraban las fórmulas para elaborar los remedios.

Los Reyes de Castilla velaron por el recto ejercicio profesional de los boticarios, a través de los Gremios y sus Reales Ordenanzas. Es bien seguro que en la creación del Tribunal del Real Protomedicato de Castilla, en 1477, por los Reyes Católicos, influyó cuanto se había legislado en siglos anteriores, tanto en su reino como en el de Aragón, en especial, el Fuero del Rey Martín I el Humano.

Los primeros indicios de boticas militares los hallamos en las Órdenes Militares de Caballería, que aparte de su cometido primordial de guerrear contra los musulmanes, tenían el deber humanitario de atender a los heridos con sus propios recursos, creando hospitales estables, y siendo obligación de los Maestres y Comendadores prever y proveer los medios necesarios para el socorro y asistencia de los heridos y enfermos, contando con boticas bien surtidas de medicamentos y personal experimentado en la ciencia y arte de la Farmacia.

Al adentrarnos en el siglo XV nos encontramos con un paso más en la evolución de la profesión farmacéutica. El acusado sentido de agrupación en los Cuerpos Naturales intermedios, característico de la Edad Media, no fué extraño a los hombres que manipulaban y elaboraban medicamentos. Fue en los distintos reinos de la Corona de Aragón donde se inició la creación de los Colegios de Boticarios, como en el de Valencia, en que los Boticarios de dicho Reino elevaron

escrito a la Reina Dña. María, lugarteniente del Reino de Aragón, por ausencia de su marido D. Alfonso V, para poder constituir su Colegio Profesional, que les fue concedido el 20 de marzo de 1441, con autorización de sello, enseñanza, patronazgo, aportación de boticarios para el ejército, y guardianes del recto ejercicio profesional.

El Arte y la Ciencia de los boticarios era examinada y sometida a inspecciones periódicas, regulada por los Gremios, la Justicia Civil y por los Reyes, según acuerdos de Cortes, para que se cumplieran las normas y calidades de los medicamentos, pureza, conservación y almacenaje de drogas y remedios. No cabe la menor duda que el siglo XV fue en extremo satisfactorio para la formación científica de los boticarios españoles. Su influencia llega a elevadas cotas acordes con la ciencia que poseían, llegando a formar parte de la Corte de los Reyes, que contaban con un Boticario de Cámara, para atender, con sus conocimientos, a las familias reales.

Contando con estos Boticarios de Cámara organizaron los Reyes el servicio de Farmacia para sus campañas, reclutando cuantos otros necesitaran para la atención de sus ejércitos, así como facilitando los medios necesarios.

En 1432, Alfonso V de Aragón preparó una expedición a Nápoles, y en documento conservado en el Archivo de dicho Reino, en que se relacionan las compras adquiridas para el avituallamiento de su ejército. Se lee, después de otras partidas las siguientes: "Otra cantidad de 900 sueldos para la compra de aceites, ungüento, píldoras, emplastos y aguas destiladas, pertenecientes al arte de botica, para surtimiento de la Botica del Maestro Arnaldo Fontanal, que va en la Galera Real".

En la guerra civil que siguió al reconocimiento de los Reyes Católicos, como soberanos de Castilla, promovida por el bando de Doña Juana, apoyada por Portugal, invadiendo tierras castellanas, y que duró casi dos años, finalizó, prácticamente, con la conquista de Toro, en Octubre de 1476. La Reina Isabel, durante el sitio a dicha ciudad, decidió la organización, a sus propias expensas, de un hospital de campaña, dotado con cuantos elementos sanitarios creyó conveniente. Se componía de seis espaciosas tiendas para alojamiento de heridos y enfermos, amén de otras más pequeñas para los servicios hospitalarios, siendo una de ellas para botica, con una completa dotación de medicamentos, drogas y remedios necesarios para la guerra, así como aparatos y medios para llevar adelante la elaboración precisa para la dispensación farmacéutica.

En el Archivo de Simancas se conservan muchos documentos referentes a la botica del Hospital de la Reina, en especial unas cuentas de un llamado Gonzalo de Baeza, sobre compra de aparatos y medicamentos para la mencionada botica, entre ellos una alquitara o alambique, drogas, vendas, plantas, raíces y otros remedios. En dicho Archivo, existen más documentos de compras similares que comienzan en 1475.

Todo este material era dirigido por el Boticario Maestre Jaime Pascual, teniendo como ayudante y 2.º boticario al Maestre Esteban de Buenhora. Desde dicha fecha de 1476 hasta 1492, dicho Hospital estuvo desplazándose continuamente, asistiendo a los sitios y ocupaciones de Álora, Coín, Ronda, Vélez-Málaga, Málaga, Almería, Baza y Granada, siempre con los dos mencionados boticarios.

El citado Maestre Pascual era el boticario de Cámara de los Reyes Católicos, cargo para el que fue nombrado en Valladolid, el 20 de Junio de 1457, según consta en documento depositado en el Archivo Nacional de Simancas, en el Título "Mercedes y Privilegios", Legajo 92, folio 8, y que firma el propio Rey Fernando, y donde se lee: "Habeis sido mi boticario de mucho tiempo acá", lo que indica que antes de esa fecha ya llevaba algunos años al servicio de D. Fernando, quizá de los años en que éste era Príncipe de Aragón, en tiempos de su padre el Rey Juan II. Si bien no conocemos el lugar del nacimiento del Maestre Jaime Pascual, los datos expuestos y su nombre, parecen indicar era valenciano. En cuanto al otro boticario Maestre Esteban de Buenhora, se cree muy fundadamente que era castellano, probablemente segoviano.

En el mismo documento que antes he mencionado, se lee igualmente: "Por vos facer bien a merced tengo por bien e es mi merced que de aquí adelante, para en toda vuestra vida, vos a non otro alguno seades mi boticario", "E mando a mis contadores mayores que pongan o asienten a vos, el dicho Maestre Jaime, mi boticario, doce maravedís de ración cada un día al dicho oficio de mi boticario, que vos montan al año cuatro mil e doscientos e veinte maravedís".

En otro documento, igualmente firmado por el Rey D. Fernando, fechado en Córdoba, y enviado al Baile o Justicia Civil de Valencia, se ordena entregar al Maestre Jaime Pascual la cantidad de cien libras, a fin que pudiera venir "bien fornecido de todas las cosas necesarias de su oficio para nuestro servicio y del Real Ejército, en nuestra entrada en guerra contra los moros",

Fallecida la Reina Isabel la Católica el 29 de Noviembre de 1504, se confirmó al Maestre Jaime Pascual como Boticario de la Reina Doña Juana, según credencial existente en Simancas. Y después de ser 36 años boticario de Cámara de los Reyes, falleció el 4 de Agosto de 1511, siendo sustituido en el cargo por el Maestre Bartolomé de Castellón, nombramiento conservado en el citado Archivo. Para los Farmacéuticos Militares, el Maestre Jaime Pascual es muy digno de consideración, al ser el primer boticario que prestó servicios en el Ejército y vino a ser el organizador de dicho servicio en campaña.

En ese final del siglo XV, abierto al Renacimiento, cuando geográficamente no se pensaba descubrir nada por Occidente, Cristóbal Colón trató de hacerlo por Oriente, descubriendo lo que no buscaba, pero lo consiguió porque buscaba afanosamente, fijándose unas metas y forma de vida como de hombre predestinado. La Reina Isabel, amiga, protectora y colaboradora del extranjero visionario impulsó la empresa. Se consiguieron barcos, y la gesta inició su andadura.

No sabemos, con certeza, qué dotación de medicamentos embarcó en el primer viaje, aunque sí que figura en la relación de tripulantes de la carabela "Pinta" un tal Maestre Diego, que debió ser el boticario de la flota, aunque no se especifica claramente su cometido. Ahora bien, el Almirante le envió a tierra, varias veces, a reconocer plantas y árboles para su aprovechamiento como medicamentos.

En el segundo viaje colombino ya consta el nombre de un boticario llamado Bartolomé de Avellano, quien tuvo a sueldo para el servicio real de Indias, desde Septiembre de 1493 hasta Noviembre de 1496. Fue el primer boticario de la Marina que existió en el Mundo, y probablemente quien introdujo en tierras del nuevo Continente el arte y la ciencia de la Farmacia.

En la colección de documentos inéditos relativos a viajes a América y Oceanía, por Luis Torres de Mendoza, en su tomo XXIV, pag. 17, conservado en el Archivo de Indias, consta un Memorial de cuanto es necesario prever para el despacho de cuatro carabelas a las Indias, figurando, además de boticarios, relación de medicamentos, aparatos, drogas y utillaje de Botica, fechado en 1497.

Con estos antecedentes del siglo XV y de la efectividad de los boticarios en campaña, no podían quedar fuera de la Organización militar del XVI, y formar parte de los ejércitos.

En 1534, durante el reinado de Carlos I, se lleva a cabo una reforma de la Infantería española, y a los tercios de Lombardía, Nápoles y Sicilia, que fueron los primeros reorganizados, se les asigna una plantilla, además de otros sanitarios, un boticario, consignándosele en nómina un sueldo de 10 escudos mensuales. Surge así el boticario de campaña, que participa, día a día, de la vicisitudes de la Unidad a la que pertenece. Lleva, para el ejercicio de su cometido, una botica móvil, con los medicamentos, drogas, remedios y material de cura necesarios para la atención de enfermos y heridos.

En Mayo de este mismo año de 1584 en las órdenes reales preparatorias de la expedición para la conquista del Río de la Plata, que iba a emprender el Adelantado Pedro de Mendoza, se lee: "Item, que vos el dicho Pedro de Mendoza seáis obligado a llevar a dicha tierra, un médico, un cirujano y un boticario, para que curen los enfermos que en ella y en el viaje adolecieren". Señala también los sueldo a percibir, que en el caso del boticario fue de 25.000 maravedises al año, que habían de sacarse de la rentas y provechos que se obtuvieran en las dichas tierras, así como que dichos salarios comenzaran a devengarse desde el día en que se hiciesen a la vela.

Tanto Carlos I como Felipe II tomaron con gran empeño el cuidado por la salud de sus tropas, procurando la creación de hospitales, unos cerca de los escenarios de lucha, con carácter ambulante, y otros más alejados, denominados sedentarios o permanentes. Así que especifica en varias órdenes dadas por Carlos I en marzo de 1554, y por Felipe II en Noviembre de 1557. Varios hospitales sedentarios se instalaron en los Países Bajos, durante el gobierno de D. Juan de Austria, de D. Alejandro Farnesio y de Doña Margarita de Parma, siendo los de las ciudades de Valencienns y Malinas los más importantes y conocidos.

Todos contaban con boticas dotados de los medios suficientes para atender a los heridos de guerra, y a las enfermedades que contraían los soldados.

En 1572 se proyecta la empresa de Argel, y en una relación de las necesidades de personal, consta que para un ejército de 30.000 soldados de infantería, 600 de caballería y 4.000 gastadores, se incluían entre los oficiales, cuatro

médicos, cuatro boticarios y 25 cirujanos, con expresión del material preciso para el hospital a instalarse. Exigua cantidad de sanitarios para ejército tan numeroso.

Se configuran dos facetas diversas y complementarias en el ejercicio de los boticarios del ejército, como son el de hospital y el de campaña, aquel con más medios que le permite elaborar manualmente los medicamentos para darles la forma farmacéutica apropiada, y el segundo que en sus cajas y cestones lleva consigo los medicamentos, drogas, remedios y material de cura necesarios para tratamientos de heridas o dolencias pasajeras y sólo había de preocuparse de la dosificación en su administración.

En el siglo XVI la Farmacia alcanza gran desarrollo, gracias a las teorías de Paracelso, creador de la Yatroquímica, comenzando a emplearse medicamentos procedentes de productos minerales: sales de mercurio, como el sublimado corrosivo, el turbit mineral y el precipitado rojo, diversas sales de antimonio y de hierro, otras de plata como el nitrato argéntico, así como los sulfatos potásico y cúprico, el arseniato potásico, etc.

Los productos medicinales traídos de América enriquecieron la Farmacopea, como la jalapa, coca, ipecacuana, copaiba, pilocarpina, bálsamos de Tolú y del Perú, podofilo, polígala, acibar, carcara sagrada... etc.

Felipe II manifestó gran preocupación por los avances de la Farmacia y la Química, e impulsado por esa curiosidad estableció las bases del primer Laboratorio científico. Refiere Fray José de Sigüenza en su Historia de la Orden de San Jerónimo que por la iniciativa personal de Felipe II se trajeron a España diversos aparatos e instrumentos que fueron instalados en la torre conocida como de la Botica, también denominada como Torre filosofal del Monasterio de El Escorial, donde se obtenían aceites vegetales y minerales, esencias, alcoholados y destilados obtenidos por un tal Francisco Holbecq, boticario flamenco que trabajó al servicio de Felipe II. Allí entre hornos, fuelles y atizadores, matraces y retortas, alambiques y morteros, se formaron un conjunto de técnicos y un equipo de destiladores de primerísima calidad.

A fin de conseguir los productos vegetales se contaba con una huerta donde se cultivaban plantas, arbustos y árboles, para el aprovechamiento de flores, raíces, cortezas y frutos. El propio Felipe II se encargaba de solicitarlos a los virreyes del gran imperio español.

El 6 de Diciembre de 1594 Felipe II da a conocer unas "Ordenanzas del Gobierno de la Real Botica", a la que sigue un informe del Secretario de Despacho Juan de Espina del 16 del mismo mes. En ellas se regula el servicio, la pureza de las drogas, confección de medicamentos, formas y tamaños de compresas, vendas y apósitos, así como la plantilla de la Botica Real, que se establecía de un Boticario Mayor, tres boticarios ayudantes, tres mozos de oficio igualmente boticarios y un entretenido, que según las Ordenanzas había de ser boticario examinado. Luego conformaban el resto del personal, los destiladores, manipuladores, auxiliares y jardineros. Se asignaban en las citadas Ordenanzas, la cantidad de cien ducados al mes para los gastos de la botica, de los que había de dar cuenta el Boticario Mayor.

El auge del Laboratorio de El Escorial, mejoró y amplió la relación de los medicamentos y formas farmacéuticas que dispensaba la Botica Real, que recibía periódicamente, y dado que ésta era donde se formaban los boticarios para los Ejércitos, se contaba con un buen plantel de profesionales competentes.

En el Archivo del Palacio Real, en la sección Dependencias de la Real Casa, legajos de la botica, se conservan relación de muchos de estos boticarios militares del siglo XVI.

Tampoco olvidaron Carlos I y Felipe II la atención medicinal en los barcos de guerra, y a tal fin se crearon verdaderas boticas flotantes, que iban en las grandes naves. La primera y puntual noticia que se encuentra de botica naval, es en la expedición de Fernando de Magallanes que salió de Sevilla en 1519. La componían dos grandes naos, la Trinidad que era la Capitana y la Concepción, ambas de 134 toneladas, y tres carabelas de 90 toneladas, la San Antonio, la Victoria y la Santiago. En las dos naos se instalaron boticas, y con tal esmero se llevó a cabo por los boticarios designados para participar en la expedición que, según testimonio de la época, se decía: "Las boticas fueron cuidadosamente organizadas, de modo que las naves tenían a su disposición los mejores recursos medicinales".

Examinando esos recursos medicinales nos enteramos que cada botica llevaba una dotación de sesenta y seis medicamentos diferentes, debidamente clasificados y subdivididos en varias formas farmacéuticas, que eran aguas, aceites ungüentos, oximeles, jarabes, píldoras, polvos y material de cura, en cantidades variables, que oscilaban entre dos

azumbres, como en el caso de agua de borrajas, empleado como diurética y sudorífica y hasta media arroba de las otras aguas medicinales como las de hinojo, lengua de buey, cerrajas, endivia, achicoria y alcoela.

Entre los ungüentos: el confortativo, diacártamo, basilicón, diacatólico, zumo de rosas, altea, rosado y algunos más. De los aceites el de eneldo, alcaparras, almáciga, incienso y manzanilla. Se incluían gran variedad de jarabes y en cuanto a polvos el llamado diamargaritón, el restitivo, y algunos otros que no se ha podido conocer su composición, uso, ni acción terapéutica.

Bastantes años después, en el reinado de Felipe II, se organiza, en 1588, la denominada "Armada Invencible", y con un interés similar al que se tuvo en proveerla de los adecuados medios de combate en armas, municiones y aparejos, se tomó en lo referente a la atención sanitaria. Se ordenó, por el propio Rey, la preparación de cuatro boticas con su personal de boticarios, mozos de oficio y entretenidos. La Farmacopea existente en estas boticas era ya muy distinta de la aplicada en la flota de Magallanes. En los 69 años de diferencia, entre ambas circunstancias, se había producido el más espectacular avance de la Ciencia y Arte de la Farmacia, y por tanto mejorado los remedios de atención a enfermos y heridos.

Se conservan documentos e inventarios que reseñan los medicamentos y las cantidades de cada uno que componían las boticas de la flota. Se relacionan en número de 215 las drogas y medicamentos simples y compuestos, tales como aguas aromáticas, licores, ácidos, jarabes, electuarios, extractos, aceites, ungüentos, píldoras, espíritus, sales, bálsamos naturales, emplastos, tinturas, polvos, escaróticos y material de cura.

Observando detenidamente esta relación con la embarcada en la expedición de Magallanes, se comprueba que disminuye el uso de las aguas aromáticas, se estabilizan los aceites, se amplía de modo notable la utilización de píldoras, polvos y emplastos, da comienzo el empleo de electuarios, extractos y tinturas, y se mejoran ostensiblemente los jarabes y bálsamos.

Los cauterizantes, denominados también, escaróticos o cateréticos que iban en las boticas eran siete: Precipitado rubio, vitriolo blanco, colcótar o de peróxido de hierro, piedra infernal, alumbre crudo, dicha lipis y sidro quemado.

Las dotaciones de las boticas de campaña que acompañaban a los ejércitos, y las de los hospitales estables, debían ser similares a las navales con cuantos medicamentos elaboraba el Laboratorio de El Escorial, y posteriormente la Botica Real, que fueron perfeccionándose con el paso del tiempo, llegando al apogeo de su esplendor en los siglos posteriores. A Felipe II cabe la gloria de haber fundado dichas dependencias que crearon una tradición, ganaron justa fama, y marcaron el camino del engrandecimiento de la Farmacia Militar española.

## BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES CONSULTADAS E INVESTIGADAS

- PEÑA TORREA, FRANCISCO. *"En el Museo de Farmacia Militar"*.
- ROLDÁN GUERRERO, RAFAEL. *"Historia del Cuerpo de Farmacia Militar"*.
- SIGÜENZA, JOSÉ DE. *"Historia de la Orden de San Jerónimo"*.
- CANTORA, MARÍA PILAR. *"Historia Ilustrada de la Farmacia"*.
- MONTSERRAT, SANTIAGO. *"La medicina militar a través de los siglos"*.
- Archivo del Palacio Real. *Dependencias de la Real Casa. Botica*.
- Archivo de Simancas. *Casa Real*. Legajo 69.
- Archivo de Simancas. *Mercedes y Privilegios*. Legajo 92. Folio 8.
- Archivo de Simancas. *Negociado de Mar y Tierra*. Legajo 77. Año 1572.
- VEGA Y PORTILLA, JOSÉ DE LA. *"La Botica Real durante la dinastía austriaca"*.



## II

# PONENCIA





# **EL REINO DE GRANADA COMO FRONTERA: ORGANIZACIÓN DE SU DEFENSA DURANTE EL REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS (1492-1516)**

**José Enrique López de Coca Castañer.**  
Universidad de Málaga.

## **INTRODUCCIÓN**

El 5 de septiembre de 1512, estando la corte en Logroño, Pedro Mártir de Anglería escribe al marqués de los Vélez acerca de las noticias traídas por un correo recién llegado de Andalucía. Según parece, la ciudad de Granada y todo su reino viven en continuo sobresalto a causa de los bandoleros moriscos. A los latrocinios perpetrados por estos conversos recientes, que no se desprenden de sus "supersticiones mahometanas", se añaden los asaltos de los corsarios norteafricanos en la costa —escribe Anglería—, de manera que

"Si algún jefe de los piratas se atreviera a pasar al interior en la actualidad, cuando nuestro rey está ocupado en la guerra contra los franceses, todos los recién conversos nos traicionarían. Todo se vendría abajo, porque los cristianos viejos son pocos en número e inquilinos en la mencionada ciudad." (1).

Este texto refleja muy bien el carácter de los problemas planteados por la defensa del reino granadino apenas transcurridos veinte años desde que finalizara su conquista. Existe una frontera interna, en primer lugar, que viene delimitada por el reparto de territorios entre la comunidad morisca y la integrada por los repobladores cristianos; y otra, externa, definida por el mar y las tierras de "allende", es decir, el Magreb.

Ante semejante desafío, la monarquía católica responderá asegurando la sumisión de la población vencida y, al mismo tiempo, previniéndose de los ataques berberiscos sobre las zonas costeras.

En las páginas que siguen me propongo examinar la organización de la defensa granadina desde esa doble perspectiva. Planteado como estado de la cuestión, el presente trabajo debe mucho a las aportaciones de otros autores. Esto es cierto, pero también lo es que he intentado resolver muchas de las lagunas encontradas mediante el empleo de documentación inédita o poco conocida (2).

## **I.—EL CONTROL DEL TERRITORIO GRANADINO.**

La toma de Granada no supuso la desmovilización inmediata de todas las tropas empleadas durante la última campaña. Las fuentes conservadas registran una fuerte presencia militar en todo el territorio con anterioridad a la salida

para el norte de África del último sultán, Boabdil, y con él, de la mayoría de la aristocracia nazarí. En este sentido, resulta sintomática la reducción de efectivos que se produce en las guarniciones acantonadas en diferentes fortalezas durante el otoño de 1493: un documento de la secretaría de Hernando de Zafra muestra que entre octubre y noviembre del año citado, coincidiendo con la partida del sultán y los suyos, se rebaja en un 46% el número de peones de guerra destacados en una veintena de fortalezas granadinas (3).

Esta tendencia se mantiene durante los años que siguen. Las cuentas del pagador Hernando de Albelda revelan que si en 1497 había en nómina 881 peones repartidos por catorce fortalezas diferentes, al año siguiente sólo son 600, la mitad de los cuales aparecen concentrados en el recinto de la Alhambra (4).

Las sucesivas reducciones de efectivos militares obedecen a un criterio bastante claro desde mi punto de vista. Las guarniciones disminuyen y desaparecen conforme se afianza la repoblación cristiana, perdurando solamente en aquellas zonas donde la población musulmana sigue siendo mayoritaria (5). A escala de todo el reino, esto suponía mantener una cierta presencia militar en torno a la Alpujarra y en la capital granadina, en tanto que se descuidaba la parte occidental u obispado de Málaga, donde la intensidad alcanzada por el proceso repoblador no excluye que subsistan fuertes bolsas de poblamiento mudéjar. Política arriesgada, en su momento sería criticada por el secretario Hernando de Zafra, que temía una posible colaboración entre los musulmanes granadinos y sus correligionarios magrebíes: en una de sus cartas a los Reyes Católicos denuncia la falta de guarniciones en una zona donde

“la Ajarquía y Garbía son tan fragosas como la Alpujarra y de gente mucho peor”,

añadiendo luego:

“Y demás desto para el peligro de lo de allende Almuñécar y Salobreña y Castil de Ferro y Almería están fronteras del reino de Tremegén, que es reino de poca gente y flaca, y hay treinta leguas de estrecho, y las otras çibdades y villas están fronteras del reino de Fez, donde hay infinita gente y lo más lejos catorce leguas de estrecho” (6).

A decir verdad, la falta de dinero más que la convicción es la que propicia que el peso de la defensa del reino granadino recaiga sobre las espaldas de los repobladores (7). La eficacia de este planteamiento se verá puesta en entredicho con motivo de la revuelta mudéjar de 1500-1501, que sólo pudo ser sofocada gracias a la amalgama de tropas traídas de fuera del territorio (8). Pero esto no impide que posteriormente se tienda a conservar un mínimo de efectivos militares en el reino y a seguir confiando en la capacidad de reacción de las milicias concejiles. Aunque las obligaciones de los repobladores a este respecto entren en una fase de relajación evidente, pues los vecinos no acuden a los alardes o, si lo hacen, no llevan consigo las armas debidas (9); a lo que hay que añadir la renuncia a combatir llegado el caso: tal y como señalan los regidores de Málaga en 1520, la ineficacia de la defensa local se debía a “la floxedad que los vezinos desta dicha çibdad tienen en salir a los rebatos” (10).

Esta falta de medios será constante a lo largo de todo el período aquí estudiado. Las dificultades de orden financiero contribuyen al deterioro de las fortalezas existentes en el reino, al tiempo que repercuten negativamente en el número de tropas disponibles, el cual fluctúa según las circunstancias de cada momento. La carencia de dinero explica asimismo el problema que surge a la hora de abastecer a la gente de guerra y la escasa disciplina de la que ésta hace gala.

## 1) La red castral.

Las nóminas reales de 1492 recogen hasta 63 tenencias de fortalezas granadinas. Esta relación no refleja la totalidad de estructuras castrales existentes en el reino, pues los vencedores se limitan a ocupar aquellos recintos más complejos o, lo que es igual, de más alto valor militar. El número de fortalezas citado se mantiene hasta 1498, fecha en la que se procede al derribo más o menos completo de 17 de estos recintos. La reducción afecta a castillos del interior del reino y que, coronaran lugares de población cristiana o mudéjar, se encontraban apartados de los grandes ejes viarios. Por el contrario, se mantienen en pie todas las fortalezas sitas en la costa, cuyo número aumenta ligeramente durante la primera década del siglo XVI debido a la intensificación de los ataques corsarios (11).

Entre los alcaides encontramos a nobles, funcionarios reales y guerreros profesionales que se habían distinguido durante la conquista y reciben ahora su recompensa. El tiempo de disfrute del cargo dependía de la voluntad regia, pero,

en la práctica, las tenencias de fortalezas acaban siendo vitalicias y transmisibles por herencia (12). Esto confirma el carácter de merced real que tienen las alcaldías granadinas, el cual se refuerza al comprobar la cuantía de los salarios anejos a las mismas (13). No obstante, a partir de 1498 todas las tenencias del reino sufren un descuento permanente de la tercera parte de su valor. Si a esto se añade que las cantidades restantes van a librarse siempre con retraso, resulta lícito dudar que los alcaldes granadinos estuvieran en condiciones de cumplir con sus obligaciones (14).

Según las Partidas, los alcaldes habían de poner hombres adecuados para la vela y ronda de los recintos confiados a su custodia y reparar los desperfectos que estos pudieran sufrir, estando obligados, asimismo, a disponer de una cierta cantidad de armas y provisiones. No obstante, dado que la mayoría de los titulares de alcaldías son absentistas y sus lugartenientes perciben la mitad del salario de las tenencias, será difícil que en semejantes circunstancias puedan atenderse las mentadas obligaciones. En este sentido, aunque muchas fortalezas van a conservar las tierras y rentas que en época nazarí estaban adjudicadas para su mantenimiento, las fuentes indican que las obras de envergadura correrán siempre a cargo de la monarquía (15).

Las apariencias sugieren que la falta de control fue absoluta en los primeros tiempos. A fines de 1508 la Corona admite que en sus libros de cuentas no hay constancia de las armas, pertrechos y bastimentos existentes en cada castillo, como tampoco la hay de los bienes raíces y otras rentas que pudieran tener asignados. Por eso comisiona a Pedro Fernández de Madrid para que haga una visita de inspección y redacte los inventarios correspondientes (16). Este funcionario visita la mayoría de las fortalezas del reino de Granada durante el verano del año siguiente y los informes que emite son bastante elocuentes. Los recintos castrales de Málaga, Bezmiliana, Albuñol y Salobreña son los que se encuentran en mejores condiciones, mientras que los de Almuñécar, Torrox y Almería necesitan reparaciones urgentes, y los de Guadix, Marbella, Bentomiz, Purchena y Vera presentan un estado deplorable. Pero la fortaleza de Adra es, sin duda, la que bate todas las marcas de incuria, pues del citado informe se desprende que en ella residían únicamente dos porteros, un morisco y un esclavo norteafricano (17).

Con anterioridad a esta inspección el Rey Fernando había conminado a los alcaldes de las fortalezas del litoral para que dispusieran de un retén de peones ante el temor de que los corsarios que venían a “llevarse” los lugares de moriscos se sintieran tentados a ocupar alguno de estos recintos. El número de peones, que había de estar en relación con “la cantidad de la tenencia que con ella (la fortaleza) se hos da”, resulta ser el siguiente en cada caso:

Gibraltar .....	14 peones	Salobreña .....	14 peones
Marbella.....	11 »	Adra .....	5 »
Fuengirola .....	5 »	Almería .....	23 »
Vélez-Málaga .....	11 »	Níjar .....	1 »
Bentomiz.....	14 »	Mojácar .....	8 »
Nerja .....	3 »	Vera .....	14 »
Almuñécar .....	20 »		

Estos retenes podían ser revistados en cualquier momento por los visitantes reales, los cuales, de encontrar faltas, pasarían aviso a los contadores reales —advierte el monarca— “para que se vos quite de vuestras tenencias los maravedíes que en ellos montare” (18).

Sin embargo, los resultados de la visita de inspección que realiza posteriormente Pedro Fernández de Madrid demuestran que esta orden real tardó en cumplirse. Y esto, en caso de que no llegara a ser pasada por alto, lo que tampoco sería de extrañar.

2) Los efectivos militares y su movilidad.

El lugar primordial lo ocupa la gente de “a caballo” integrada por lanzas jinetas, sencillas o dobladas. En el reino de Granada hubo desde el principio un pequeño contingente de este tipo de caballería nutrido por vasallos de acostamiento establecidos en las diferentes ciudades del territorio. Casi todos ellos procedían de las Guardas Reales o de la Hermandad (disuelta en 1498) y habiendo tomado parte en la conquista se afincan luego como repobladores (19).

En virtud de su origen, muchos de estos vasallos de acostamiento son de edad madura y su eficacia como fuerza militar acabará resultando algo relativa (20). De hecho, a mediados de la segunda década del siglo XVI ya no servían

directamente en sus puestos pues pagaban a los correspondientes sustitutos (21). Con un salario anual de 6.000 maravedís, los servicios de estas lanzas jinetas eran requeridos por los reyes en cualquier momento y para cualquier necesidad: de los "currícula" de Fernando de la Muela y su hijo Francisco de Villalobos, ambos vecinos de Vélez Málaga, se desprende que habían servido tanto en esta ciudad como en Almuñécar, e incluso Melilla, hasta junio de 1515, fecha en la que son licenciados la mayoría de los acostamientos del reino (22).

Junto a estos, los acostamientos andaluces son llamados a territorio granadino cada vez que se presenta la ocasión. Así, en la primavera de 1504 se convoca a 261 lanzas jinetas para defender la costa y acuden, entre otras, 156 de los acostamientos de Écija, Córdoba, Alcalá la Real, Andújar, Baeza, Úbeda, Cazorla, Quesada y Jaén (23). Todos estos efectivos permanecen en los puestos asignados poco más de un mes, pero vuelven a ser convocados en noviembre, a raíz de la muerte de la reina Isabel. En esta ocasión, también son movilizadas un cierto número de lanzas de la nobleza andaluza, lo que no deja de ser excepcional, y otras 178 de las órdenes militares (24). La presencia de éstas últimas en el reino de Granada acabará siendo habitual a pesar de la opinión desfavorable que sobre ellas tenía el conde de Tendilla, capitán general; en cierto momento llegará a escribir: "ni siquiera quieren ver moro por no perder sus cavallos, que saben que no se los an de pagar" (25).

Del peonaje o infantería destacan algunos autores que, debido al sistema de alistamiento, abundaban en sus filas los vagabundos, delincuentes y fugitivos de la justicia, razón por la que su disciplina dejaba mucho que desear. Un buen ejemplo de esto lo suministran los peones llegados de Nápoles en los últimos meses de 1505. Desembarcados en Málaga, parte de los mismos pasará luego a guarnecer la recién conquistada plaza de Mazalquivir, en el norte de África, mientras que el resto, a la espera de ser licenciados, son trasladados a varias fortalezas de la costa a pesar de las reservas de Tendilla, que en esta ocasión escribe: "tanto me quería andar por ella (la costa) salteando moros como guardándola estos" (26).

La artillería había jugado un papel importante durante la conquista del reino de Granada. A su término quedará un pequeño "parque" en la ciudad de Baza que luego es trasladado a Málaga (27). Por una nómina de 1505 sabemos que figuran adscritos al mismo un "veedor", un contador y un capitán, aparte de 4 fundidores, 16 lombarderos, 28 tiradores, 5 polvoristas, 9 carpinteros, 4 aserradores, 3 carreteros, un tonelero, 2 hacheros, 8 herreros y dos maestros encargados de la limpieza de las diferentes piezas (28).

Sin embargo, debo advertir que este nutrido parque de artillería apenas será aprovechado en la defensa del reino granadino. Su razón de ser hay que ponerla en relación con las empresas exteriores de la monarquía católica, pues desde Málaga se abastecían periódicamente las plazas del norte de África, Rosellón e Italia (29).

\* \* \*

No hay datos suficientes para conocer cual era el número de efectivos militares existentes en el reino de Granada en un momento dado. A la espera de que se estudien las nóminas conservadas en la sección Contaduría Mayor de Cuentas del Archivo General de Simancas, hay que contentarse con las noticias contenidas en los registros de correspondencia del conde de Tendilla, publicados o inéditos, que han sido utilizados por José Szmolka y Emilio Meneses.

De acuerdo con éstos, para 1504 había en el reino 400 lanzas de las órdenes militares, la mitad de ellas en la Alhambra, sin contar el centenar de escuderos que componían la capitanía del propio don Íñigo López de Mendoza. A fines del año siguiente, los efectivos de las órdenes son reemplazados por otros tantos de las guardas reales que, según parece, permanecen en el reino hasta 1513. Entre ellos figuran la capitanía del Adelantado de Murcia, mandada por Rodrigo Fajardo, y la del conde de Lerin (30).

Si las circunstancias lo exigen, estas tropas son reforzadas con otras venidas de fuera del territorio —recuérdese el papel jugado por los acostamientos andaluces a este respecto—, especialmente numerosas en los momentos de crisis. En este sentido, destaca la reacción regia ante el memorial remitido por Tendilla con motivo del recrudecimiento de la actividad corsaria en la primavera de 1510 (31). Por vez primera acuden a Granada las Guardas de Ordenanza, tropas de infantería que el coronel Cristóbal de Villalba distribuirá por diferentes puntos de la costa (32).

La movilidad de las tropas obedece tanto a razones presupuestarias como a la necesidad de atender las exigencias de otros escenarios bélicos, en especial el norteafricano. Las operaciones de envergadura que se realizan al otro lado del mar repercuten negativamente en la estabilidad del aparato militar granadino, tal y como sucede con motivo de la campaña emprendida contra Orán en 1509.

Varias cartas del conde de Tendilla echadas entre el 3 y el 6 de marzo del año citado dan cuenta de cómo éste había recibido órdenes para embarcar en Cartagena a 120 lanzas jinetas de la guarnición de la Alhambra (33). La ciudad de Orán es conquistada en el mes de mayo y a comienzos del siguiente los corsarios tetuaníes se llevan a los vecinos de Ojén, alquería cercana a Marbella. La correspondencia del capitán general refleja su malestar ante la pretensión del concejo marbellí de recibir refuerzos sacados de la guarnición granadina: aunque don Íñigo no menosprecia la amenaza pirática, insiste una y otra vez en que el punto flaco de la defensa del reino se encuentra en la "quinta columna" morisca (34). En carta dirigida al rey Católico, del 13 de agosto, escribe que el verdadero peligro reside en la capital del reino, "que juro a Dios nuestro señor que lo ay conosció con la gente (de guerra) que agora está, quanto más quitando el quarto della" (35).

### 3) Pagas e intendencia.

En una misiva remitida al licenciado Vargas, tesorero real (30, junio, 1508), el conde de Tendilla manifiesta su enfado por el retraso acumulado en la paga de las tropas. En este sentido, escribe: "de acá se llevan los dineros para allá y acá faltan otra vez" (36). Si mi interpretación es correcta, el dinero de las soldadas salía de los impuestos del reino de Granada; posiblemente del servicio de 20.000 ducados que a partir de 1504 se va a exigir a la población morisca (37). Pero, de ser así, resultará insuficiente para financiar un aparato militar cuyos costes solían ser superiores a la cantidad citada (38),

En los primeros tiempos las pagas se hacían efectivas una vez realizados los alardes y elaboradas las nóminas correspondientes, las cuales habían de ser firmadas por los alcaides y contadores después de comprobar el número real de efectivos presentes en cada guarnición (39). A partir de 1501 las actas de cada revista se enviarán a Granada para ser revisadas por el conde de Tendilla, y de allí a la corte, donde se despachaban finalmente las libranzas. Pero a la hora de pagar se repetían los alardes (40).

Aunque se había previsto que las tropas cobraran sus haberes cada dos meses, en la práctica las pagas se formalizaban cada semestre y siempre que hubiera dinero disponible (41). En este sentido, los retrasos van a ser considerables coincidiendo con las hambres y epidemias que azotan al reino granadino en la primera década del siglo XVI (42). Durante esos años críticos las desertiones y alborotos protagonizados por la gente de guerra estarán a la orden del día, a pesar de los esfuerzos desplegados por algún que otro contador de capitania para evitarlo (43).

La Corona no siempre asumió la responsabilidad del pago de las soldadas. En el caso de los contingentes aportados por las órdenes militares, éstos cobraban parte de la hacienda regia y parte de sus comendadores (44). Pero la monarquía había de pechar con todos los gastos cuando se movilizaba a las milicias concejiles de Andalucía, y aunque esto sucedía raras veces, no por ello dejaban de producirse retrasos. Un buen ejemplo lo encontramos en el caso de las 60 lanzas jinetas que la ciudad de Jaén envía a la costa granadina en el verano de de 1503: Tendilla les promete el pago inmediato de sus sueldos, pero habrán de pasar más de dos años antes de que el tesoro regio reembolse al concejo giennense las cantidades que éste había anticipado (45).

\* \* \*

En lo que concierne a la intendencia, señala J. Szmolka que la Corona se responsabilizaba únicamente del suministro de trigo y cebada para la tropa y caballos, corriendo las provisiones restantes por cuenta de los soldados (4). Pero se ignora el procedimiento seguido en estas operaciones a no ser que lo sucedido en Adra durante el verano de 1502 pueda ser interpretado como paradigma. Entre marzo y diciembre de ese año, en tanto que concluían las obras de acondicionamiento de la fortaleza local permanecen allí destacados un centenar de peones y, a partir del mes de agosto, 50 ó 60 de a caballo. El conde de Tendilla contrata con el genovés Lucas Capa el abastecimiento de esta gente de guerra

y, según las cuentas que el comerciante presenta más tarde, el coste global de la operación ascendería a 492.548 maravedíes, distribuidos de acuerdo con las partidas siguientes (47):

Vino .....	1.261'5 arrobas.....	151.000 maravedíes.
Harina .....	4.034 » .....	215.718 »
Cebada.....	125 fanegas.....	114.750 »
Carne y aceite.....		8.000 »
Calzado, paños y coseletes.....		10.000 »

Las tropas en tránsito solían abastecerse en los lugares donde pernoctaban, firmando recibos que luego, más bien tarde que temprano, eran hechos efectivos por los pagadores estantes en la corte. He aquí una de las razones por las que Tendilla insiste en varias ocasiones para que las cuentas de las capitanías se "fenezcan" en la propia Granada pues, en su opinión, resultaba ultrajante y oneroso para los acreedores desplazarse fuera del reino cuando querían cobrar las cantidades que les eran debidas (48).

El alojamiento de los soldados será otra fuente de problemas pues, a no ser que estuvieran instalados en una fortaleza, los concejos "do suelen estar gente de guerra" se veían forzados a dar posadas con cama y ropas gratuitas según la "costunbre e preheminencia antigua que sienpre tovieron y tienen los reyes de Castilla". Se trata del tan denostado servicio de huéspedes, que afectaba en mayor o menor medida a muchos lugares del reino granadino.

Sin duda, la ciudad de Málaga fue la que tuvo que padecerlo más debido a su condición de puerto de mar por donde entraban y salían las tropas que prestaban servicio en Italia o en los presidios norteafricanos, y a la presencia más o menos continua de la gente de artillería (49). Pero, ciñéndome al caso de los contingentes destacados en territorio granadino, las circunstancias diferían según si el alojamiento era provisional o por tiempo indefinido. Varias alquerías de la Vega vivieron la primera situación a fines de 1508 y comienzos de 1509, y sin mayores problemas (50). Por el contrario, los moriscos del lugar de Pataura, en el traspaís motrileño, intentarán fugarse al recibir la noticia de que su pueblo había sido escogido para alojar a una capitanía de modo permanente (51). En este sentido, no está de más señalar que cristianos viejos y moriscos van a coincidir en su rechazo del servicio de huéspedes (52). Tampoco, que se daba el nepotismo a la hora de seleccionar lugares para "aposentar" a la gente de guerra: en 1511 Tendilla impide que una capitanía se instale en la alquería de Huete, perteneciente al caballero 24 granadino Gómez de Santillán, alegando que "los vezinos de aquel lugar son todos renteros, que no tienen nada suyo" (53).

Las relaciones con la población civil se resienten a causa de este servicio. Anteriormente he comentado que Marbella había solicitado en 1509 que se reforzara su defensa con parte de la guarnición de la Alhambra. Pues bien, a partir del año siguiente se instalan en la ciudad cincuenta lanzas y un centenar de peones (54):

"los quales como son esentos de la juridiçion del corregidor han hecho e hazen muchos exçesos e delictos, los quales son graves, ynjuriando a los vezinos e sus casas e honrras, que de moros no pueden ser peor tratatados".

Así reza un memorial presentado ante el Consejo Real en mayo de 1514 por el mercader Pedro Hernández, procurador del común marbellí, el cual agrega que

"si los regidores e jurados y escrivanos y otras personas principales non se enbian a quexar desto es porque el capitán les da sueldo e los favoresçe..."

Por eso reclama el despido de esta gente de guerra, que cuesta mucho y aprovecha poco, y su sustitución por 33 adalides "que sepan la tierra". Estos bastarían para prevenir los ataques de los corsarios, que, de producirse, podrían ser rechazados por el vecindario de la ciudad junto con las veinte lanzas de acostamiento que la Corona paga en ella (55).

Resulta significativo que a estas alturas los representantes de una ciudad granadina planteen la revitalización del viejo esquema de una defensa apoyada en los repobladores cristianos. Lo cierto es que la monarquía consiente en reemplazar la mentada capitanía por los adalides solicitados y, al mismo tiempo, autoriza al concejo a echar una sisa de 150.000 maravedíes a fin de costear "un çincho alrededor de la fortaleza desa dicha çibdad" donde se aloje la nueva guarda del campo (56).

#### 4) Disciplina y conflictos con la jurisdicción civil.

Desde el comienzo la responsabilidad de la defensa del reino de Granada recaerá en su primer capitán general don Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla y alcaide de la Alhambra. De él depende teóricamente toda la gente de guerra, incluyendo a las guardas de la costa, si bien es cierto que escapan a su control las fuerzas navales según se verá luego. En cuanto a las fortalezas, aunque sus alcaides son nombrados por la Corona don Íñigo tiene facultad para inspeccionarlas cuando hay tropas acantonadas en el interior de las mismas (57).

Según Szmolka Clares la cadena de mandos nunca estuvo clara. La pieza maestra de la organización militar parece haber sido el capitán, figura que en ocasiones coincidía con el jefe de una capitanía o compañía de soldados, o, más comúnmente, con el responsable de un puesto guarnecido por un número impreciso de individuos. En el segundo caso, eran nombrados por Tendilla y tenían como misión el mando de una unidad, su administración y la designación de cargos subalternos (58).

Mucho más dudosas resultan las competencias del capitán general en lo que toca a las tropas regulares venidas de fuera del reino. Sobre la gente de ordenanza del coronel Villalba, por citar un ejemplo, o las capitanías mandadas por nobles. En el segundo caso, y en relación a la del marqués de los Vélez, Tendilla llegará a manifestar su deseo de que no venga a territorio granadino

"porque no me conviene tener gente de capitanía de grande vezino dentro en el Alhanbra, que a qualquier repiqueta me dexarán o dirán que no quieren hazer lo que mando" (59).

A decir verdad, resulta difícil precisar cuáles fueron las prerrogativas del capitán general de Granada. Que yo sepa, aparecieron especificadas en cartas reales despachadas en 1492, 1502 y 1513 (60). Pero sólo se conoce el contenido de la tercera, referente a las relaciones entre el poder civil y militar, porque aparece inserto en una provisión de doña Juana (Valladolid, 5/agosto/1513) dirigida al presidente de la Chancillería granadina, corregidores y demás autoridades del reino (61). Según su tenor, el capitán general queda facultado para intervenir en todas las causas civiles y criminales que se originen en el interior de la Alhambra y afecten a sus vecinos y a la gente de guerra (62). No obstante, estas prerrogativas sufren algún recorte si las causas citadas involucran a vecinos de la ciudad de Granada o de otras partes. En este caso, la reina confirma en líneas generales lo que había dispuesto por una provisión anterior, dirigida a los corregidores del reino granadino, en la que se lee:

"yo vos mando que las cosas de las cavalgadas que se tomaren de los moros e en los pleitos e diferencias que sobrello oviere, y asimismo en todos los otros pleitos çeviles e criminales que fueren entre la gente de guerra questá a su cargo de dicho conde, de unos contra otros, no os entremetays a conosçer ni conosçays dellos salvo que se las dexeys, que remitays al dicho conde o a su lugarteniente para quello vea e determine como hallare por justiçia; que en los otros pleitos e cabsas çeviles e criminales que fueren entre la dicha gente de guerra e otros vezinos e moradores de las çibdades e villas e lugares, que las cabsas e cosas en que fueren abtores e demandaren los vezinos e moradores desas çibdades e villas e logares a la dicha gente de guerra, que las ayan de pedir e demandar antel dicho conde o su lugarteniente, e que las otras cosas en que la gente de guerra pediere e demandare a los vezinos e moradores de algunas desas dichas çibdades e villas e lugares, en tal caso, vos las dichas justiçias cada uno en su lugar e juridición conosçays de las dichas cabsas asy çeviles como criminales e no el dicho conde ni su lugarteniente..." (63).

El reparto del botín obtenido en las salidas contra los corsarios berberiscos venía siendo motivo de fricciones frecuentes entre la población civil y la gente de guerra. Por eso, la provisión de 1513 insiste en que los corregidores y alcaldes sólo pueden intervenir cuando las "cabalgadas" hayan estado protagonizadas exclusivamente por elementos civiles, porque, en el caso contrario, e incluso en el de las salidas conjuntas, el arbitraje de las posibles disputas quedaba reservado al capitán general. Matización, ésta, que no va a evitar que, llegado el caso, vuelvan a producirse roces entre Tendilla y la justicia ordinaria (64).

## II.—PREVENCIÓN DEL CORSO.

Las primeras noticias sobre la presencia de corsarios norteafricanos en aguas granadinas se remontan al año 1490. Los objetivos que persiguen son tanto el saqueo y captura de cristianos como prestar ayuda a los mudéjares y/o moriscos

que desean escapar del dominio castellano. En esta actividad depredatoria, donde el ansia de lucro se combina con la ideología de la "guerra santa" van a jugar un papel destacado los navíos procedentes de Vélez de la Gomera y Tetuán. Sus empresas se desarrollan a lo largo de todo el año, preferentemente durante la primavera y verano, y, en el caso de las protagonizadas por los corsarios tetuaníes, terminan convirtiéndose en una pesadilla para las autoridades del reino de Granada (65).

La frecuencia de los ataques varía según las circunstancias. Fuentes diversas coinciden al señalar que el año 1507 resultó especialmente virulento: coincidiendo con la muerte de Felipe el Hermoso y la ausencia del Rey Fernando, por entonces en Nápoles, se producen las hambres andaluzas que impulsan a muchos moriscos a pasar clandestinamente al otro lado del mar (66). A partir de ese momento las incursiones se recrudecen y revisten incluso nuevas modalidades: los corsarios introducen partidas en el interior del territorio granadino, donde, o son encubiertos por la población morisca o se refugian en zonas serranas, dedicándose luego al bandidaje hasta que son recogidos por los suyos en lugares desiertos del litoral (67).

Todas estas correrías se producen a despecho del sistema de alerta costera montado por los cristianos, que se basaba tanto en la vigilancia realizada desde torres almenaras como en las patrullas a cargo de una flotilla.

### 1) La red de vigilancia costera.

En época nazarí el litoral granadino ya se encontraba cubierto de una serie de torres destinadas a prevenir los desembarcos de los piratas "francos", en especial de los portugueses. Pero la amenaza de este corso cristiano tuvo un cariz diferente del que caracteriza luego a su homólogo berberisco. Los "francos" asaltaban sólo las localidades ribereñas pues no contaban con apoyos entre la población autóctona. Esto explica que la red de alerta islamgranadina dispusiera solamente de atalayas sitas en las cercanías de los lugares habitados. Semejante esquema resultará insuficiente después de la conquista castellana, cuando se plantee la necesidad de instalar nuevos puestos de vigilancia en zonas apartadas del litoral y desde las que se podía acceder fácilmente al interior del país (68).

El estudio de la organización de la guarda de la costa cuenta con buen apoyo bibliográfico, si bien no están claros todos los pasos que se dieron para su puesta en marcha (69). El litoral malagueño parece haber sido el banco de pruebas donde se acumulan experiencias que luego se aplican al resto del reino granadino. En principio, la responsabilidad de la vigilancia recaerá sobre los mudéjares comarcanos en virtud de los acuerdos contenidos en las capitulaciones firmadas durante la guerra, aunque muchos de los primeros puestos de guarda van a tener una composición mixta, cristiana y musulmana. Pero, al fracasar este esquema en marzo de 1492 la Corona presiona indirectamente a las comunidades mudéjares hasta conseguir que éstas acepten financiar el servicio de vigilancia mediante el pago de una capitación anual que afectaba a todos los varones mayores de 16 años. La cuantía de este impuesto será diferente de un lugar a otro hasta que la Ordenanza General de 1497 la fija en tres reales por cabeza (70).

La citada Ordenanza nos descubre el sistema ya consolidado. Una línea de torres y "estancias" cubre el litoral malagueño en toda su longitud. Desde ellas guardas escuchas vigilan el mar y salen a recorrer las playas. La articulación del sistema se basa en el contacto continuo de unos puestos con otros para hacer correr la alarma en caso necesario. En este sentido, se recurre a un auténtico "telégrafo": de día se encienden ahumadas y almenaras de noche, para avisar a las torres cercanas hasta alcanzar los centros de población. La labor de las guardas se complementa con la de los *atajadores*, cuya misión consiste en recorrer a caballo un tramo de costa entre unas "estancias" y otras, sirviendo asimismo de enlace con las poblaciones ribereñas para llevar más rápidamente las noticias. Las tareas de unos y otros son fiscalizadas por los *requeridores*, supeditados a su vez al *visitador* o inspector de cada distrito (71).

En el resto del reino granadino existe por esas fechas una organización menos compleja y cuyos costes son compartidos por la Corona y sus vasallos musulmanes (72). No obstante, a raíz de la revuelta mudéjar se modifica el sistema: el 22 de junio de 1501 los Reyes Católicos dictan una nueva Instrucción extendiendo el pago del servicio para la guarda de la costa a todo el reino y el 1 de agosto modifican la ordenanza de 1497 en función de las nuevas necesidades planteadas (73). Durante algunos años el tributo continúa teniendo el carácter de capitación, pero la despoblación de muchos lugares moriscos a causa de la huida de sus vecinos hará que se introduzca un nuevo baremo impositivo que se



evalúa en virtud del número de habitantes de cada pueblo y del valor de sus bienes territoriales. A partir de entonces deviene colectiva la obligación de pagar un servicio que desde 1511 será conocido como "farda" (74).

La responsabilidad última en el funcionamiento de este sistema de vigilancia recae desde 1502 en el capitán general del reino de Granada (75). A sus instancias se reglamenta de nuevo en septiembre de 1513, si bien esta segunda instrucción, más que reorganizar el dispositivo de alerta, lo que pretende es aplicar en todo su rigor las disposiciones anteriores que, ya sea por negligencia o por decisión regia, no se cumplían en su totalidad (76).

La organización de la guarda de la costa granadina resultaba casi perfecta en su concepción teórica, pero, a la hora de la verdad, adolecía de no pocos defectos; entre otros, el de su financiación. En vísperas de la muerte del rey Fernando el servicio o "farda" para la costa de la mar ascendía a dos millones y medio de maravedíes anuales. Una cantidad importante, sin duda, pero que no cubría la construcción de nuevas torres. Este problema ya se había planteado en el área malagueña durante los años noventa del siglo XV, y el bachiller Juan Alonso Serrano, corregidor de la ciudad de Málaga, lo había resuelto forzando a los mudéjares para que se comprometieran a costear las obras de nuevos puestos de vigilancia (77). Con el nuevo siglo se recuperan ciertos usos y prácticas de la época musulmana, en virtud de los cuales los habitantes de una comarca determinada tenían que suministrar materiales y mano de obra para reparar los recintos fortificados de cuya protección se beneficiaban. Según parece, este será el expediente seguido en 1503 a la hora de levantar una torre en la playa del despoblado de Tórrox (78), o, diez años más tarde, cuando Tendilla ordena edificar otra torre en Trafalcas, al este de Motril: los concejos moriscos de Lobras, Pataura y Molvizar estarán obligados a contribuir con cal, mano de obra y bestias de acarreo (79).

Con todo, las dificultades a superar en aras de un mejor funcionamiento del dispositivo de alerta costera eran mucho más complejas. El 26 de mayo de 1510, estando Tendilla en la corte escribe a Íñigo Manrique, alcaide de Málaga, lo que sigue:

"En lo de las guardas yo dixé que enbien una persona de acá a visitar la costa y sepan cada uno como haze su oficio y castiguen el rey y los del su Consejo a quien tiene culpa. Que pues de allá se escribe que no se hallan guardas, porque no quieren estar por el presçio, y acá se sabe que los pueblos no pagan y que ponen a pleito lo que an de contribuir, no se yo como en esto y con averse ido los que se an ido, se puede cunplir lo que allá se pide" (80).

Una de las consecuencias de las fugas de moriscos al otro lado del mar fue que el pago de la "farda" repercutía por entero entre los que se quedaban, sin posibilidad de descuento alguno. En el caso de los cristianos nuevos residentes en lugares de señorío, los titulares de los mismos proceden a impugnar las cantidades que se reparten entre sus vasallos, y otro tanto, aunque por razones diferentes, harán los concejos de cristianos viejos (81). Añádase a esto que el sueldo diario de un guarda de la costa, que la Ordenanza de 1497 fijaba en 25 maravedíes, se mantiene congelado a lo largo de todo el período, y sobre todo, que la gestión del mencionado impuesto se va a prestar a la comisión de todo tipo de fraudes según ponen de relieve las vicisitudes por las que atraviesa el ejercicio del cargo de escribano y contador de las guardas (82).

Merecería la pena estudiar con detalle estas corruptelas, dado que luego repercuten tanto en la irregularidad con que guardas y atajadores cobran sus salarios como en el escaso celo que éstos ponen en el desempeño de sus tareas (83).

Pero, no nos engañemos. Tampoco el personal encargado de la vigilancia resultaba el más idóneo debido a la forma en que era reclutado. A pesar de lo previsto en las instrucciones de 1497 y 1501, las fuentes indican que las guardas "las más de las vezes se ponen por favor de regidores, y que no pueden ser tales como las que escojan los visitantes". Aparte de eso, dado lo arriesgado del oficio, en 1504 señala Tendilla que "no lo pueden hazer personas de bien, sino raezes y aborridos, y estos las más de las vezes no hazen lo que les mandan" (84).

## 2) El papel de la armada.

De 1495 data el "asiento" firmado por los Reyes Católicos con Garci López de Arriarán y Juan de Lezcano, capitanes de la armada real, para emplear dos fustas mayores y otras dos menores en la guarda de la costa granadina. En virtud de este contrato, Arriarán se compromete a navegar con la mitad de esta flotilla desde la desembocadura del río Guadiaro hasta Vera mientras que Lezcano lo hace en sentido contrario,

"de manera que corran toda la costa e vayan a cruzar las dichas guardas; e quando se juntaren ordenen entre sy los dichos capitanes e los oficiales de la dicha armada las cosas que vieren que son nesçesarias fasta que se topen otra vez".

Las fustas citadas van a operar durante ocho meses, del 1 de marzo al 31 de octubre de 1495, pues se consideraba que para el resto del año bastaría con la mitad de los navíos. El coste total de la operación será evaluado en poco más de tres millones de maravedís (85).

Tanto las dificultades presupuestarias como la indisciplina de la marinería y oficiales explican que este tipo de contratos resulte raro durante algunos años (86). Sin embargo, a partir de 1505 se regulariza el empleo anual de galeras durante la buena estación (87). Si no me equivoco eran catalanas de origen lo mismo que sus almirantes, los cuales ostentan el título de Capitanes Generales de la costa de Granada: en 1505 lo es Don Remon de Cardona, caballero mayor del rey; en 1508-1509 ocupa el cargo Mosen Joan Soler y, desde 1512 en adelante, Mosen Berenguer Doms (88).

La capacidad operativa de estas galeras va a ser objeto de continua polémica dado que sus fracasos superaban con creces a los éxitos. Para empezar, faltaban remeros porque los sueldos eran bajos o no se pagaban a su debido tiempo. Ciertamente que desde 1505 se recurre a los condenados por la justicia para cubrir los huecos dejados en los bancos por la gente libre (89). Pero, al no subsanarse el problema, años más tarde Tèndilla opina que ya no queda otro remedio que el de proceder a levadas forzadas (90). También sabemos que las galeras navegaban con tripulaciones incompletas y faltas de los bastimentos necesarios para asegurar su autonomía, debido a que sus capitanes solían quedarse con parte del dinero que la Corona libraba para los gastos de mantenimiento de la flota. En este sentido, Mosen Berenguer Doms, que tenía fama de corrupto, se convierte en el blanco de las iras de don Íñigo López de Mendoza: en un informe que éste dirige al secretario Conchillos en agosto de 1513 se queja de lo antedicho y, al mismo tiempo, expone con detalle cuáles son los elementos necesarios para completar la dotación de una galera; afirma, entre otras cosas, que ésta debe embarcar un mínimo de 140 barriles de agua "porque por tomar muchas veces agua agora se dexan de hazer hartas cosas bien hechas" (91).

En otro orden de cosas, parece que las galeras no eran capaces de enfrentarse con las fustas berberiscas cuando éstas navegaban "livianas", es decir, no entorpecidas por alguna presa. El conde de Tèndilla lo explica porque

"los moros traen mayores fustas y mejor armadas que andan las galeras, y la gente dellas viene determinada a aventurarse y no alquiladas" (92).

Sea cual fuere el motivo, lo cierto es que en momentos críticos la Corona acostumbraba a fletar otro tipo de embarcaciones que se sumaban a las cuatro galeras catalanas. Así sucede en la primavera de 1513, cuando don Fernando ordena que se armen varias carabelas y fustas para tal menester. Pero Tèndilla prefiere las fustas antes que los barcos redondos, que dependan exclusivamente de su velamen, porque

"los navíos mancos con los de remos, poco aprovechan, porque con ellos por esperillos no se puede alcanzar nada" (93).

Las fustas movilizadas en semejantes ocasiones pertenecían a particulares, vecinos de Málaga por más señas, pero su coste elevado limitaba el tiempo de empleo (94). De ahí que algún celoso funcionario regío proponga, llegado el caso, que la Corona presione a los comerciantes afincados en los diferentes puertos del reino granadino para que armen fustas por cuenta propia. Según expresa el bachiller de Prado, juez de residencia de Málaga, en un memorial redactado el 10 de abril de 1511:

"ay mucha razon para que lo fagan ellos porque seguran sus mercaderías, que van e retornan por la mar; y al tanto que estos (los de Málaga) farían los otros mercaderes que en otras partes deste regno estan sy viesan que estos armavan".

El bachiller basaba su presunción en la oferta que poco antes le habían hecho ciertos mercaderes genoveses —los huéspedes obligados de cualquier ciudad andaluza de la época—, aparentemente interesados en armar fustas a sus expensas. No obstante, reconoce que no se fía de la sinceridad de este ofrecimiento

"que lo fasan con yntento de engolfarse en la mar e que andoviesen a saltar, pero esto no conviene porque podrá ser que los moros, con mayor armada que tovesen, les dicsen caça de una fusta y en la reguarda tovesen muchas más, que las tienen, y tomasen estas otras, que sería cosa muy absurda de gran pérdida de abtoridad..." (95).

Esta cita nos ayuda a recordar que había otra posibilidad de empleo de la armada o, si se prefiere, una forma diferente de neutralizar el corso musulmán. Se trata de la que preconiza el anónimo autor del “Memorial de la guerra de allende”, redactado a comienzos del siglo XVI, cuando subraya que para combatir a los corsarios es preferible ir a Berbería en su búsqueda y no limitarse a esperarlos, como se acostumbra,

“andándose de Gibraltar a Málaga y de Málaga a Cartagena, andando en añaçças y en plaçeres y mariscando por las peñas de la costa, esperando que les viniesen a decir en tal parte han salteado, de manera que quando lo sabían los moros estaban ya en Veles o en Orán”.

Y agrega que, llevando la guerra al otro lado del mar, los moros no vendrían a la costa granadina

“que gente de África es de tal condiçion que quando no les guerrean luego vienen a guerrear donde hallan más a mano, y quando los guerrean, dejan de guerrear y ponen su cuidado en guardarse” (96).

En definitiva, lo que propone es someter a las costas africanas al mismo tipo de correrías que venían padeciendo las granadinas, lo cual tampoco era una novedad. De antiguo venían armándose fustas en Málaga y otros puertos del reino para “barajar” el litoral magrebí. Este tipo de empresas resultaban bastante rentables económicamente si eran conducidas a feliz término, pero, al responder a iniciativas particulares y desorganizadas, no tuvieron la continuidad necesaria (97). Aparte de ésto, los marinos cristianos carecían de un conocimiento preciso de las tierras sitas al otro lado del mar, donde tampoco contaban con la ayuda de una “quinta columna” autóctona; sin olvidar, además, que los barcos empleados en estas aventuras no eran tan adecuados como los que venían utilizando los corsarios norteafricanos (98).

Es cierto que la monarquía hispánica acabó llevando la guerra contra el infiel al norte de África, pero lo hizo movida por consideraciones distintas a las arriba comentadas. Esto explica, entre otras cosas, que el sistema de presidios creado entre 1497 y 1511 no sirviera para extirpar de raíz el corso magrebí; máxime, si la zona occidental de la llamada Berbería de Levante apenas se ve afectada por esas conquistas al haber quedado reservada a la influencia portuguesa en virtud de los acuerdos contenidos en los tratados de Tordesillas y Sintra (99).

### III.—LA INSTRUCCIÓN DE 1514.

El testimonio de Anglería inserto al comienzo de este trabajo pone de manifiesto que en 1512 el sistema defensivo del reino de Granada hacía agua, pues ya no bastaba con vigilar la costa e impedir la toma de contacto de los corsarios con la población morisca. Por el contrario, otras fuentes coetáneas indican que los salteadores venidos del otro lado del mar penetraban con facilidad en el interior del país para sumarse a las partidas de bandoleros autóctonos que infestaban los caminos (100).

Aunque Szmolka Clares considera que el conde de Tendilla nunca llegó a intuir la importancia que podían tener las operaciones de contraguerrilla, es evidente que tuvo conciencia de la insuficiencia de los medios hasta entonces empleados para evitar los desembarcos y la subversión interna (101). Al menos, esto es lo que se deduce de algún que otro informe que envía a la corte por esas fechas (102).

La respuesta regia aparece recogida en la nueva “Ynstruçion para la guarda de la costa del reino de Granada” que don Fernando remite desde el monasterio de Valbuena el 23 de octubre de 1514. Se trata de un ordenamiento poco conocido a pesar de que contiene muchas novedades. Por este motivo, creo que se merece una amplia glosa (103).

Comienza por poner en tela de juicio la idoneidad de los efectivos que integran las capitánías destacadas en el reino granadino, que eran tres en ese momento: las de Juan Hurtado de Mendoza, don Alonso Venegas y don Antonio de la Cueva. En este sentido, el rey considera que deben ser sustituidas por gente más avezada “y buena parte de vallerteros de monte entre ellos, que principalmente sean de la gente de Alcalá la Real e Ubeda e Quesada e Çaçorla e Bedmar e Lorca e sus comarcas”. Acto seguido, señala que la experiencia ha demostrado que los viajeros y comerciantes no pueden aventurarse solos por los caminos; por eso dispone que parte de la nueva gente de guerra recorra esos caminos algunos días de la semana y de acuerdo con esquemas que varían según el partido o distrito militar de que se trate.

En el caso del partido de Marbella han de formarse hasta cuatro cuadrillas, dos de 15 hombres y otras dos de 10, que procederán de la forma siguiente (104):

- a) Una cuadrilla de 15 hombres, con el capitán, estará destacada en Marbella, y la otra de igual número en Ronda. Tres días a la semana saldrán los hombres de Ronda hacia Marbella y viceversa "para que se junten y crucen donde son los altos en este camino, que es en la Fuenfría y en las cuevas que dizen de Málaga", de manera que cada grupo pernocte en su lugar de destino. Esto ha de pregonarse para que durante los días citados salgan los caminantes y viajen tranquilos, en compañía de los cuadrilleros.
- b) Las dos cuadrillas restantes, de diez hombres cada una, estarán apostadas en Marbella y Monda (sobre el camino de Málaga), respectivamente. Tres días a la semana saldrán para cruzarse al igual que las otras, "y hanse de juntar en el salto que es en el término de Oxen y de Monda".

Se añaden esquemas parecidos para ser aplicados en los partidos de Málaga, Granada y Almería (105).

La nueva ordenanza prosigue exponiendo lo que denomina "otra manera de guarda", que es la siguiente: habrá que reclutar un contingente de 200 hombres del campo para que, dividido en cuadrillas, recorra las sierras "a donde los moros de allende suelen tener sus estancias e sus acogidas e de donde salen a saltar a los caminos". Estas partidas deberán poner guardas escusañas de noche y atalayas de día "para que los moros no puedan yr por las veredas ni yr a las fuentes a tomar agua syn que sean vistos e sentidos por las dichas guardas e atalayas". Para conseguir esto, ordena el monarca que las citadas patrullas no estén "aposentadas" en lugar habitado sino que anden siempre por el monte (106).

Como quiera que estas reformas resultarían inútiles en caso de que no funcionara el dispositivo de alerta costera, Tendilla recibe instrucciones para que extreme el control de las guardas y proteja las playas más inseguras. En este sentido la ordenanza que vengo comentando asciende a nueve el número total de *visitadores* de la costa, los cuales deberán ser elegidos por la justicia y regimiento de cada ciudad cabeza de partido entre gente de confianza y para un servicio máximo de dos años. Durante ese período estarán obligados a efectuar sus tareas de inspección una vez a la semana (107).

La "Ynstruçion" concluye anunciando una serie de medidas complementarias que se recogen luego en diferentes provisiones reales. En una de ellas ordena el rey Fernando que "de todos los moros que de aquí adelante en qualquier manera se tomen se haga justicia e mueran naturalmente", previo pago de 8.000 maravedíes por cabeza a quienes los hayan apresado. Medida tan drástica se justifica en razón a que los musulmanes capturados en territorio granadino se sentían muy seguros al confiar en ser rescatados "por amigos y parientes que aquí tienen" (108). Pero esta provisión viene a ratificar lo que ya se había dispuesto sobre este particular algunos años antes (109). Que ahora se insista de nuevo indica que la medida en cuestión había pasado desapercibida, cuando no simplemente ignorada. Razones para ello no faltaban si hacemos caso de lo que expone el bachiller de Prado en el memorial que enviara desde Málaga en 1511. Refiriéndose a la reciente captura de un arráez norteafricano "que ha fecho syete entradas a saltar acá y ha llevado muchos christianos", comenta el juez de residencia que algunos vecinos de la ciudad le han pedido que no permita su venta en almoneda pública

"porque sy se suelta como otras vezes se ha soltado, fará grandes daños y que se deve acañaverar; y que ay çédula de su altesa en que manda que dando a los que tomen la cavalgada por un tal ocho mill maravedíes, se tome para le acañaverar. Verdad es que esta çédula, aunque me çertifican que la ay, no se ha fallado e tanbién no dise quien ha de dar estos VIII U., que es la mayor dubda..."

Pero lo que le preocupa realmente son las consecuencias que podrían derivarse de la aplicación de lo dispuesto en la mentada çédula,

"que sabido esto por los moros, al tanto e peor lo farán con los christianos que tienen cativos en allende. Y porque este es grand ynconviniente acá algunos que saben bien de las cosas disen que lo propio era vender a éste en tierra dentro, entre Toledo e Valladolid, e que llevase un bocado que le entretoviese con el espacio de un año, y que desta manera, ni se ensañavan los de allende con los cativos christianos que allá ay, ni menos se dexava de atajarle la vida y los pasos a este mal hombre"(110).

A la vista está que la aplicación literal de las órdenes reales podía dar al traste con la frágil trama construida en torno a la redención de cautivos en ambas orillas del mar de Alborán. Sobre todo, si se tiene presente que las primas

ofrecidas por la Corona eran bastante inferiores a los precios que alcanzaban en el mercado los prisioneros musulmanes. Cabe pensar, pues, que esta nueva disposición regía terminaría siendo ignorada al igual que la primera (111).

Otras dos de las provisiones redactadas como complemento a la "Ynstruçion" contemplan el trato que ha de dispensarse a los sectores de la población morisca que colaboran con los "gazies" norteafricanos. Una de ellas establece la pena de muerte y confiscación de bienes para todos aquellos cristianos nuevos culpables de acoger y ayudar a los salteadores ultramarinos (112). En la otra, se encomienda a las autoridades del reino que no impongan la pena de destierro, según se acostumbra, a los moriscos que han cometido otros delitos relacionados con el anterior, pues, al tratarse de gente pobre y refractaria a salir de su tierra para ganarse la vida en otra parte, se echan al monte y se unen a las partidas de "gazies" (113). A tener en cuenta, asimismo, una tercera provisión que pretende resucitar prácticas otrora vigentes en la frontera castellano-granadina al disponer que los cristianos viejos y nuevos residentes en las zonas atacadas por los corsarios "sean obligados de seguir el rastro de los dichos malfechores hasta que entren en otra jurediçion y allí dar el rastro a los del lugar en cuya jurediçion entran..." hasta que, finalmente, sean capturados (114).

La mayor novedad de la Instrucción de 1514 estriba en la creación de cuadrillas de hombres del campo para patrullar por las sierras granadinas. Pero el propósito principal de esta reforma del dispositivo de defensa continúa siendo la prevención de los ataques corsarios. De ahí que la última de las medidas complementarias que toma la Corona esté relacionada con una nueva doctrina de empleo para la armada. En carta dirigida a Mosen Berenguer Doms, el rey ordena que las cuatro galeras de la guarda de la costa, reforzadas por otras tantas fustas, realicen en lo sucesivo cruceros por las aguas norteafricanas,

"que las dos destas dichas galeas con dos fustas de las que se arman partan desde el Peñón de Vélez de la Gomera y vayan hasta Tetuán por la costa, y las otras dos galeas con las otras dos fustas que se armaran partan desde Çebta y vengán hasta el Peñón de Vélez, y sienpre anden cruzando por aquella costa bolviendo los unos a la una parte y los otros a la otra, sin çesar,," (115).

## CONSIDERACIONES FINALES

Parece ser que la puesta en marcha de las reformas comentadas tropezó con no pocos obstáculos, comenzando por el rechazo del propio Tendilla al conocer la identidad del capitán designado para organizar la lucha contra la insurgencia, Pedro López de Orozco (116). También hubo resistencia de parte de los titulares de las capitanías condenadas a desaparecer ahora (117). Pero el problema más difícil se plantearía en torno a la cuestión de los salarios que había de percibir la nueva gente de guerra, aparentemente olvidada en la "Ynstruçion" de octubre de 1514. Mientras que el capitán general ve bien que esos peones cobren dos ducados mensuales, Orozco amenaza con no asumir sus funciones hasta que la paga de aquéllos se incremente en un tercio "por el mucho trabajo que an de tener andando por las syerras" (118).

Ya fuera porque preveía estos obstáculos o impulsado por el deseo de sanear las estructuras financieras del sistema defensivo antes de aplicar la nueva ordenanza, el rey Fernando comisiona al licenciado Concha en febrero de 1515 para que realice una inspección de todo el dispositivo militar granadino (119). En este sentido, le encarga lo siguiente:

- a) Comprobar si los capitanes cumplen con sus obligaciones, sin falsear los alardes o revistas a fin de apropiarse parte de las soldadas.
- b) Revisar la organización de la alerta costera, incluyendo todo lo referente a la actuación de las galeras.
- c) Abrir una pesquisa para conocer los fraudes y excesos cometidos en la administración de los fondos procedentes del servicio morisco de 20.000 ducados y de la "farda" para la paga de la guarda de la costa.

La misión confiada a Concha suponía un desaire para el conde de Tendilla, pero éste no tuvo oportunidad de mostrarse resentido dado que muere poco más tarde. En cuanto a los resultados de la inspección, sólo se conoce el informe sobre las galeras que mandaba Mosen Berenguer Doms: según parece, el almirante no se ocupaba de dotar a la escuadra de los hombres y provisiones necesarias "para hazer menos costa y ganar lo quel rey da" (120).

Finalmente, quiero señalar que no hay constancia de la ejecución plena de todo lo dispuesto en la Instrucción de 1514. Ésta había sido diseñada para afrontar un peligro exterior que se localizaba en el litoral mediterráneo del Marruecos actual. En este sentido, la venida de los corsarios turcos pocos meses antes de la muerte del rey Fernando hará que el centro de atención de la vigilancia granadina se desplace hacia otras zonas del Magreb. También, que durante la regencia del cardenal Cisneros se proyecten nuevas modificaciones en la articulación defensiva del reino de Granada. De su estudio me ocuparé en otra ocasión.

## N O T A S

(1) *Epistolario de Pedro Mártir de Anglería*. Estudio y traducción por José López de Toro. "Documentos Inéditos para la H.<sup>a</sup> de España" t. XI (Madrid, 1955), doc. 499, pág. 64.

(2) Al margen de otras, que saldrán a relucir más adelante, las contribuciones más importantes son: a) M. A. LADERO QUESADA: *Defensa de Granada a raíz de la conquista (1492-1501)*. "Homenaje a Elías Serra Rafols", IV (La Laguna, 1973), pp. 97-131. b) J. SZMOLKA CLARES: *El conde de Tendilla. Primer Capitán General de Granada*. Granada, 1985. Interesa el capítulo IV, dedicado al aparato militar granadino.

(3) Si en octubre había 2.080 peones, a fines del mes siguiente quedan reducidos a 1.125. Cf. documento que publica M. GASPAR REMIRO: *Emigración de los moros granadinos allende*. "Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino", II-1 (Granada, 1912), 11-13 en particular.

(4) *(A)rchivo (G)eneral (S)imancas*. Contaduría Mayor de Cuentas, leg. 45, fol. 13.

(5) J. E. LÓPEZ de COCA CASTAÑER: *La tierra de Málaga a fines del siglo XV*. Granada, 1977. pp. 133 y 134.

(6) *Codoín* t. XI, pág. 549.

(7) Sobre esto he tratado en mis artículos *Poblamiento y frontera en el obispado de Málaga a fines del siglo XV y Repartimiento de Vélez Málaga*. Véase J. E. LÓPEZ de COCA: *El reino de Granada en la época de los Reyes Católicos*. Granada, 1989. I, pp. 13-58 y 59-151, respectivamente.

(8) Las milicias de vecinos-soldados no van a estar a la altura de lo esperado. En este sentido, es significativo que aumenten los efectivos militares de algunas fortalezas después de la revuelta o que vuelvan a guarnecerse otras por algún tiempo, según revela la visita de inspección realizada por el comendador San Martín. Cf. documento que publica A. GAMIR SANDOVAL: *Organización de la defensa de la costa del reino de Granada*. Granada, 1947. pp. 191 y 192.

(9) Así consta en el informe que Gonzalo de Benavides dirige a Cisneros en 1516 ó 1517. A.G.S. Cámara Pueblos leg. 8, fol. 335.

(10) Según se declara en el cabildo celebrado el 11 de agosto de aquel año. *(A)rchivo (M)unicipal (M)álaga*, Libro IV de Actas Capitulares, fol. 6. Sobre la defensa de Málaga, consúltense los trabajos de J. M. Ruiz Povedano: *El dispositivo militar de la ciudad de Málaga en la época de los Reyes Católicos*. "Jaboga" n.º 23 (Málaga, 1978), 24-37; *Problemas en torno a la reestructuración del aparato militar defensivo en el occidente granadino a fines del siglo XV*. "Baetica" n.º 2 (Málaga, 1979).

(11) Véase mi artículo *Tenencias de fortalezas en el reino de Granada en época de los Reyes Católicos (1492-1516)*. "El reino de Granada..." II, pp. 236-244 en particular.

(12) *Op. cit.*, pp. 248-251.

(13) Las cifras oscilan entre los 365.000 maravedíes (mil doblas castellanas) que se pagaba a los alcaides de las mayores fortalezas del reino (Alhambra, Málaga, Almería...) y los 20.000 percibidos por los titulares de Gavia o El Salar.

(14) *Op. cit.*, pp. 252-254.

(15) *Op. cit.*, pp. 256 y 257.

(16) Así consta en la cédula real de 2 de noviembre de 1508, dirigida a todos los "tenentes" de fortalezas sitas en Andalucía y reino de Granada. *(A)rchivo (A)lhambra (G)ranada*, leg. 129, cuad. 2.

(17) Sigo el resumen que ofrece J. SZMOLKA: *op. cit.*, pp. 69 y 70.

(18) Véase real cédula firmada en Valladolid a 5 de enero de 1509, A.G.S., Contaduría Mayor de Cuentas, leg. 368, sin foliar.

(19) Según el alarde celebrado el 10 de noviembre de 1499 había 91 de estos vasallos de acostamiento, a los que se añaden otros 24 después de 1500. Cf. M. A. LADERO: *op. cit.*, pp. 113 y 114.

(20) J. SZMOLKA: *op. cit.*, pág. 59.

(21) Así consta en una carta del conde de Tendilla (22/noviembre/1512) en relación a los acostamientos de Vélez Málaga. Cf. *Correspondencia del conde de Tendilla. II: 1510-1513*. Ed. E. Meneses. Madrid, 1974. pp. 114 y 115.

- (22) A.G.S. Cámara Personas leg. 30, sin foliar.
- (23) 142 de estas lanzas pertenecen a los acostamientos del reino de Jaén, que eran los más numerosos de Andalucía. Van a prestar servicio en Almuñécar, Salobreña, Níjar, Adra, Vera y Mojácar. Cf. J. SZMOLKA: *Relaciones entre Jaén y Granada a comienzos del Quinientos. El Santo Reino en el registro del conde de Tendilla*. "Chronica Nova" n.º 16 (Granada, 1988), 146.
- (24) J. SZMOLKA: *El conde de Tendilla*, pág. 59.
- (25) *Op. cit.*, pág. 60, nota 15.
- (26) *Op. cit.*, pág. 61, E. MENESES: *Granada y el segundo conde de Tendilla a comienzos del siglo XVI*. "Hispania" n.º 122 (Madrid, 1972), 573-578.
- (27) M. A. LADERO: *Op. cit.*, 98 y 99.
- (28) A.G.S. Guerra Antigua, leg. 1314, fol. 66. Dos años más tarde, el capitán Diego de Vera es encargado de "aderezar" las piezas que había en Málaga, recibiendo facultad para abastecerse de leña y madera en los montes cercanos a la ciudad. A.M.M. Provisiones, t. V, ff. 13 vº-14,14 y vº, 36 vº-37 vº.
- (29) En 1509 el concejo de Marbella pide que le envíen desde Málaga un par de ribadoquines y un tirador, pero Tendilla responde que la única artillería que hay en aquella ciudad es la de su fortaleza. Cf. *Correspondencia del conde de Tendilla. I: 1508-1509*. Madrid, 1973. pp. 620 y 621.
- (30) E. MENESES: *op. cit.*, p. 572.
- (31) La alarma que ésto genera se refleja en una carta de don Fernando al cardenal Cisneros. Publica J. M. DOUSSINAGUE: *La política internacional de Fernando el Católico*. Madrid, 1944. Doc. 44, p. 613 en particular.
- (32) Se trata de 400 infantes que son repartidos entre Almería, Adra, Motril, Almuñécar, Torrox y Marbella. Cf. *Correspondencia*, II, pp.15 y 16.
- (33) *Correspondencia*, I, pp. 512, 515 y 520.
- (34) *Op. cit.*, I, pp. 617-620-621, 680-684, 689 y 699-700.
- (35) *Op. cit.*, I, p. 700. Insiste de nuevo en carta del 4 de septiembre de 1509 (p. 747).
- (36) *Op. cit.*, I, p. 356.
- (37) Que el citado servicio ya se pide en esa fecha consta en A.M.M. Provisiones, t. IV, ff. 148 vº-149 vº y 153 vº-157. En 1516 es seguro que este dinero se destinaba a pagar a la gente de guerra. Cf. Provisiones, t. VIII, f. 162.
- (38) Entre 1500 y 1504 se libran por medio de Juan Álvarez Zapata 64.482.641 maravedíes. Cf. M. A. LADERO: *op. cit.*, p. 13.
- (39) Así consta en las instrucciones enviadas a Hernando de Albelda, pagador durante el bienio 1497-1498. A.G.S. Contaduría M. de Cuentas, leg. 45, fol. 13.
- (40) J. SZMOLKA: *El conde de Tendilla*, p. 65; E. MENESES: *op. cit.*, p. 570. Según este autor, los peones cobraban 20 y, a veces, 30 maravedíes diarios. Un capitán de peones 50, al igual que una lanza, más 100 maravedíes mensuales para ayuda de costas. No obstante, en los últimos años del s. XV los peones cobraron 15 maravedíes al día.
- (41) A.G.S. Contaduría M. de Cuentas, leg. 45, fol. 13; J. SZMOLKA: *op. cit.*, p. 65.
- (42) Merece la pena repasar la correspondencia de Tendilla durante la primavera de 1508, cuando la situación se volvió bastante crítica. Cf. *Correspondencia*, I, pp. 312, 314, 332, 334, 354 y 357.
- (43) Francisco de Villalobos fue contador de la capitania de Juan Hurtado de Mendoza entre 1506 y 1508, e "hizo onrra a muchos escuderos en ayudarles e trabajar como tuviesen para se sostener e aun quel mismo les dava de lo quel tenia...". A.G.S. Cámara Personas, leg. 30, sin foliar.
- (44) Hacia 1500 cobraban entre 40 y 45 maravedíes diarios, de los que la mitad correspondían al erario regio. J. SZMOLKA: *op. cit.*, p. 65; E. MENESES: *op. cit.*, p. 570.
- (45) Por lo que se desprende de una "información" presentada ante los "jueces de los descargos" de la difunta reina Isabel. A.G.S. Casa y Sitios Reales, leg. 10, ff. 230-234.
- (46) Cf. *El conde de Tendilla*, p. 65.
- (47) A.G.S. Cámara Personas, leg. 5, sin foliar.
- (48) *Correspondencia*, I, pp. 425 y 428.
- (49) En relación a los artilleros, en 1508 el concejo malagueño pretende restaurar una parte de las antiguas atarazanas para alojarlos. A.M.M. Originales, t. III, fol. 131; Provisiones, t. V, ff. 62-63 vº. Tres años más tarde, nuevas quejas sobre el servicio de huéspedes. A.M.M. Originales, t. III, f. 132; Provisiones, t. V, ff. 337 vº-338 vº.
- (50) Dos compañías de guardas reales se alojan en Maracena y Santafé por espacio de dos semanas y mientras concluyen unas obras de acondicionamiento que se realizaban en la Alhambra. Cf. *Correspondencia*, I, pp. 443 y 451.

(51) Esto sucede en el verano de 1509. Cf. *Correspondencia*, I, pp. 346, 390 y 423-424.

(52) En concreto, la que don Íñigo envía el 20 de septiembre de 1508 al concejo de Almuñécar, conminándolo a que no impida el "aposentamiento" de la gente de la capitanía de Pedro de Morón. Cf. *Correspondencia*, I, pp. 424 y 425. Pero mucho más cortés se muestra al año siguiente cuando despacha para Vélez Málaga a las tropas de Juan Hurtado de Mendoza (*op. cit.*, I, p. 724).

(53) Véase carta del 2 de agosto de 1511 en *Correspondencia*, II, pp. 53 y 54.

(54) Desde 1512 parte de este contingente aparece apostado en Estepona y Fuengirola. A.M.M. Originales, t. IV, f. 56; Provisiones, t. VI, f. 95 y vº.

(55) A.G.S. Cámara Pueblos, leg. 11, fol. 312.

(56) *Ibidem*, fol. 313.

(57) Un ejemplo temprano de esta facultad lo encontramos en la visita de inspección que realiza en 1501 el comendador San Martín. Las instrucciones de Tendilla están publicadas en A. GAMIR: *op. cit.*, pp. 191 y 192.

(58) El 3 de diciembre de 1504 don Íñigo apodera a Pedro d'Oro, alcalde en la Alhambra, para que sea capitán, en Níjar y su costa, de la gente de acostamiento de Cazorla y Quesada "que va a estar en la guarda de la dicha villa". J. SZMOLKA: *op. cit.*, p. 58.

(59) Carta de septiembre de 1508. Cf. *Correspondencia*, I, p. 409. Un año más tarde, cincuenta escuderos de esta capitanía, destacados en Níjar, abandonan su puesto sin previo aviso (*op. cit.*, I, pp. 727 y 728).

(60) Cuando el rey Fernando nombra nuevo capitán general (1515) a don Luis de Mendoza, hijo del difunto don Íñigo, alude a las prerrogativas contenidas en las mentadas cédulas. A.M.M. Provisiones, t. VII, ff. 253-254.

(61) A.G.S. Estado, leg. 1-II, fol. 218.

(62) En este sentido, y a pesar de la oposición de la Chancillería, la Reina permite que los alcaldes y alguaciles de la Alhambra ostenten varas de justicia por las calles de la ciudad.

(63) Carta del 12 de agosto de 1512 en A.G.S. Cámara Personas, leg. 15, sin foliar.

(64) Como el que ha lugar ese mismo año en Vélez Málaga, donde el bachiller Sancho de Aranda, alcalde mayor y lugarteniente de justicia por el conde Tendilla, se las ve y se las desea para conseguir que el teniente de corregidor local le entregue unos moros aprehendidos poco antes en la costa. Cf. nota anterior.

(65) Me he ocupado de esto en los trabajos siguientes: a) *Esclavos, alfaqueques y mercaderes en la frontera del mar de Alborán (1490-1516)*. "El reino de Granada...", II, pp. 205-233. b) *Granada y el Magreb: la emigración andalusí (1485-1516)*. "Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)", Madrid, 1988. pp. 409-451.

(66) P. SANDOVAL: *Crónica de Carlos I*, (Madrid, 1846-1847), I, p. 31; *Epistolario de Pedro Mártir de Anglería*, t. X, doc. 381, pp. 234 y 235.

(67) Dos cédulas reales fechadas a 8 de agosto y 8 de septiembre de 1511 atribuyen a la colaboración morisca los daños que vienen causando los corsarios de allende. En este sentido, se toman medidas para que los cristianos nuevos colaboren en el seguimiento de las partidas de salteadores o, en su defecto, paguen los daños producidos. A.M.M. Provisiones, t. VI, ff. 11-12 vº y 12 vº-14.

(68) J. E. LÓPEZ DE COCA: *Financiación mudéjar del sistema de la vigilancia costera en el reino de Granada (1492-1501)*. "El reino de Granada..." II, pp. 187 y 188.

(69) A Alfonso Gamir se debe un trabajo fundamental (cf. nota nº 8), al que seguirían luego otros; a saber: a) *Las "jardas" para la costa granadina (siglo XVI)*. "Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada". Granada, 1958. pp. 293-330. b) *Repartimientos inéditos del servicio de la guarda de la costa granadina (siglo XVI)*. "Homenaje a D. Ramón Carande". Madrid, 1963. I, pp. 87-131. Para los orígenes malagueños del sistema remito a mi artículo citado en la nota anterior. Para su evolución posterior, véase A. VERA DELGADO: *La última frontera medieval: la defensa costera en el obispado de Málaga en tiempo de los Reyes Católicos*. Málaga, 1986.

(70) Cf. *Financiación mudéjar*, pp. 189-195.

(71) A. GAMIR: *Organización*, pp. 37 y ss.

(72) J. SZMOLKA: *El conde de Tendilla*, p. 43. Para el bienio 1497-1498 consta que las pagas de las guardas apostadas en los partidos de Almuñécar y Almería corrían a cargo de Hernando de Albelda, pagador real. A.G.S. Contaduría M. de Cuentas, leg. 45, fol. 13.

(73) El texto lo publica M. A. LADERO: *op. cit.*, pp. 125-128. Un análisis del nuevo sistema en J. SZMOLKA: *op. cit.*, pp. 71 y 72. La obligación de pagar un impuesto sobre el particular se extiende a los cristianos viejos en fecha imprecisa.

(74) La capitación sigue vigente hasta 1508 que yo sepa. Cf. *Correspondencia*, I, p. 448. La nueva modalidad con el nombre de "farda" aparece ya en el reparto del servicio previsto para 1511. (*Archivo (C)atedral (M)álaga*, leg. 64, cuad. 18.

(75) Era él quien nombraba a los receptores del impuesto en los diferentes partidos del reino y los autorizaba a exigir de los concejos el pago de las contribuciones correspondientes, según sale a relucir con motivo de la sustitución del receptor Diego de Padilla por Pedro de Colmenares. Cf. *Correspondencia*, I, pp. 434-436.



- (76) Lo publica A. GAMIR: *Repartimientos inéditos*, pp. 109 y ss.
- (77) Cf. *Financiación mudéjar*, pp. 197 y 198.
- (78) De las obras se van a encargar los moriscos del entorno. *A.M.M.* Originales, t. II, f. 335 y vº, 335 vº-336. Publica L. MORALES GARCÍA-GOYENA: *Documentos históricos de Málaga*. Granada, 1907. II, pp. 288-291.
- (79) Cf. *Correspondencia*, II, p. 586. Y la práctica se extiende al interior del reino: para reparar la torre de Ramil, en el camino de Granada a Guadix, Tendilla ordena ese mismo año que los concejos de Huéjar, Quentar, Veas y Lapeza suministren la piedra, cal, leña y arena necesarias para las obras (*op. cit.*, pp. 595 y 596).
- (80) Cf. *Correspondencia*, II, p. 17.
- (81) Quejas de Málaga sobre el particular en *A.M.M.* Provisiones, t. VII, f. 103 y vº.
- (82) Esto es lo que se deduce de los traspasos continuos del cargo que, concebido como merced regia, era arrendado a menudo a gentes sin capacidad para desempeñarlo. *A.G.S.* Cámara Personas, leg. 21, sin foliar.
- (83) Un ejemplo entre muchos: en el verano de 1508 el alguacil mayor de Motril sorprende a varias guardas de su partido jugando a las cartas en una taberna local. Cf. *Correspondencia*, I, p. 337.
- (84) Apud E. MENESES: *op. cit.*, pp. 570 y 571.
- (85) El "asiento" se firma en Madrid el 20 de febrero del año citado. En él se fija, además, el número de hombres que ha de embarcar en cada navío, los sueldos de tripulaciones y oficiales, y los permisos o licencias a que tenían derecho los citados capitanes. A estos se les prohíbe expresamente que transporten mercancías a los puertos africanos. *A.G.S.* Patronato Real, caja 11, fol. 87.
- (86) M. A. LADERO: *op. cit.*, p. 11; J. SZMOLKA: *op. cit.*, pp. 72 y 73.
- (87) El puerto de Málaga era el lugar donde la armada se desmovilizaba cada año: en noviembre de 1515 se la espera para "se desarmar porque ya es invierno". *A.M.M.* Libro III, Actas Capitulares, f. 179; libro V, f. 173.
- (88) Sobre Cardona, *A.M.M.* Provisiones, t. IV, f. 203 y vº; sobre Joan Soler, *Correspondencia*, I, p. 803; (*A*)rchivo (*H*)istórico (*P*)rovincial (*M*)álaga, leg. 10, 7/junio/1508. Para Berenguer Doms, véase *A.M.M.* Provisiones, t. VI, f. 92 y vº, 100 vº-101 vº.
- (89) *A.M.M.* Provisiones t. IV, f. 203 y vº. En este sentido, algunas de las primeras noticias sobre la presencia de gitanos en territorio granadino los muestran, precisamente, como condenados a galeras: véase el caso de "Antón de Egibto" en *A.H.P.M.*, leg. 20, fol. 152 (25/julio/1512).
- (90) Cf. *Correspondencia*, II, p. 144.
- (91) *Op. cit.*, II, p. 541.
- (92) *Op. cit.*, II, p. 424.
- (93) *Op. cit.*, II, pp. 404 y 405.
- (94) En 1513 Tendilla recomienda que se alquilen las de Lope López de Arriarán, Alonso Cherino, Diego de Alcázar y Juan de Madrid, entre otros. Cf. *Correspondencia*, II, p. 457.
- (95) *A.G.S.* Cámara Pueblos, leg. 11, sin foliar. El memorial en cuestión no indica el año, pero sabemos que el citado bachiller actuó como juez de residencia en Málaga en 1511. *A.M.M.* Provisiones, t. V, ff. 338 vº-339 vº, 340-341 y 342 y vº.
- (96) Lo publica M. JIMÉNEZ de la ESPADA: *La guerra del moro a fines del siglo XV*. Ed. H. Sancho de Sopranis. Ceuta, 1940. p. 15.
- (97) Noticias sobre este tipo de armamentos y el reparto posterior del botín se encuentran en *A.M.M.*, Libro I, Actas Capitulares, ff. 117 vº y 136 vº. *A.H.P.M.*, leg. 1, ff. 411 vº-412; leg. 6 (19/marzo/1506); leg. 13 (25/septiembre/1511) y, para el año 1516, leg. 27, ff. 679-681 vº y 686 vº; leg. 28, ff. 379-381 vº.
- (98) En el "Memorial de la guerra de allende" leemos que las fustas morunas estaban hechas de madera de alerce, mucho más ligera que las de pino, quejigo o encina que empleaban los cristianos. Cf. *La guerra del moro*, pp. 16 y 17.
- (99) Aunque el conde de Tendilla estuvo siempre interesado en que la Corona llegara a un acuerdo con Portugal para neutralizar el reducto corsario de Tetuán. J. SZMOLKA: *op. cit.*, p. 141.
- (100) Baste con comprobar la alarma que provoca el desembarco de un centenar de magrebíes en la zona de Motril con la intención de desplazarse luego a la serranía de Ronda. Cf. *Correspondencia*, II, pp. 543-546.
- (101) Alguna iniciativa similar se había tomado ya en 1511, en el área de Marbella. *A.M.M.*, Provisiones, t. VI, ff. 9 vº-10.
- (102) J. SZMOLKA: *op. cit.*, pp. 149 y 150.
- (103) Existen dos copias conocidas de esta nueva ordenanza; a saber: 1) *A.G.S.*, Cámara Castilla, libro 255, ff. 4 vº-9 vº. 2) *A.M.M.*, Provisiones, t. VII, ff. 127-131. Sigo aquí el texto de Simancas.
- (104) Ff. 5 y vº.
- (105) Ff. 6 y 7 recto.

(106) F. 7 y vº.

(107) F. 8. Con un salario anual de 15.000 maravedíes, estos *visitadores* han de firmar las nóminas para las libranzas a las guardas y estar presentes en el momento de la paga.

(108) A.G.S. Cámara libro 255, ff. 14 vº-15 vº. *A.M.M.*, Originales, t. III, f. 86 y vº; Provisiones, t. VII, f. 124 vº y 125.

(109) Consta así en una provisión dada en Burgos a 24/febrero/1507 y ratificada por otra de la Chancillería (Granada 31/marzo/1508). *A.M.M.* Originales, t. III, f. 83; Provisiones, t. V, ff. 16 y 17.

(110) A.G.S., Cámara Pueblos, leg. 11, sin foliar.

(111) A pesar de que ahora se concede a los captores la totalidad de los bienes de los moros en cuestión, con exención del pago del quinto real, según consta en otra cédula coetánea. A.G.S., Cámara libro 255, ff. 10 vº y 11 recto; *A.M.M.*, Provisiones, t. VII, f. 126 y vº.

(112) A.G.S. Cámara libro 255, f. 13 vº-14 vº. *A.M.M.*, Originales, t. III, f. 85 vº; Provisiones, t. VII, f. 124 vº.

(113) Se recomienda la aplicación de otras penas proporcionales a la falta cometida. A.G.S., Cámara libro 255, f. 13 y vº. *A.M.M.*, Originales, t. IV, f. 158 y vº; Provisiones, t. VII, f. 125 y vº.

(114) A.G.S. Cámara libro 255, f. 12 y vº. *A.M.M.*, Originales, t. IV, f. 155 y vº; Provisiones, t. VII, f. 125 vº-126 vº.

(115) A.G.S. Cámara libro 255, fol. 11 vº.

(116) Este capitán servía en Marbella cuando fue acusado de indisciplina por Tendilla y, posteriormente, desterrado a la fortaleza de St. Jean Pied de Port. Don Íñigo sigue desconfiando ahora a pesar de que el rey le asegura que Orozco vuelve "syn ninguna pasión de las pasadas y con mucha voluntad de os tener la obediencia e acatamiento que es razón y os servir en todo". Cf., *Correspondencia*, II, p. 383; A.G.S., Cámara libro 255, ff. 18-19 recto.

(117) Véanse las cartas reales dirigidas a los capitanes Hurtado de Mendoza, don Alonso Venegas y don Luis de la Cueva con fecha de 14 de marzo de 1515. A.G.S., Cámara libro 255, f. 44 y vº.

(118) Así se desprende de una carta real (Medina del Campo, 21/marzo/1515) dirigida al conde de Tendilla. A.G.S., Cámara libro 255, f. 45 recto.

(119) *Ibidem*, ff. 30-32 vº.

(120) Más aún, durante su período de servicio anual solía trasladarse a su residencia de Colibre, en el Rosellón, o empleaba las galeras para transportar mercancías de Mallorca a Barcelona. A. PRIETO CANTERO: *Documentos inéditos de la época del cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros (1516-1517) existentes en el Archivo General de Simancas*. "Anales Toledanos" VII (Toledo, 1973), doc. 76, pp. 99 y 100.

## IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DE LA FORTALEZA DE EL BURGO

**José M.<sup>a</sup> Gómez Termel**

Coronel Médico.

Hospital Militar de Sevilla.

Está situada en el borde oriental de la Serranía de Ronda, en el valle medio del río Turón, sobre el cerro de su nombre, a una altitud de 590 metros sobre el nivel del mar, desde ella podemos contemplar un extenso valle rodeado de Levante a Poniente por el Norte, por una serie de sierras que dominan el horizonte: La Sierra de la Cabrilla, la del Pilar o Blanquilla a continuación Puerto Martínez que es el paso natural a Casarabonela y del camino que unía Ronda a Málaga, a continuación el final del valle del Turón por donde discurre la carretera que viene de Ardales, era él la vía de penetración a partir del valle del Guadalhorce y de la zona de Antequera, los cerros del Tabique, Rompedizo, los Márquez, por esta zona pasa el camino a Serrato y Teba, las sierras de la Víbora, la Mesa, la Añoreta; de Poniente a Levante por el Sur, las Sierras de Bolina, el Viento y Lifa, por esta zona pasa la carretera y el antiguo camino a Ronda, después los cerros de Castro, Sierra de las Nieves y los Crespos que se continúan con unas elevaciones y entre ellas se encuentra el Puerto de las Abejas, paso obligado para Yunquera.

Como vemos, el cerro y la fortaleza edificada sobre él era como un centinela, que vigilaba con su presencia y mirada un amplio territorio.

Por el Este, Sur y Oeste, el cerro está cortado casi en vertical, la defensa natural hacía a la fortaleza casi inexpugnable por estas zonas, lo bordea besando sus pies el río Turón; por la zona Norte, la bajada era progresiva, aunque en su cima hay una plataforma, ocupada por una gran plaza, es la plaza de la villa, está separada de la ladera norte por una escarpadura aunque no tan fuerte como las otras, por toda la circunferencia la cima, estaba rodeada por una fuerte muralla con múltiples torreones, ésta era más alta por la zona norte que además estaba reforzada por tres cercas, desde donde se podía defender muy eficazmente.

Todavía podemos ver, aunque ahogados por las nuevas construcciones, por la parte norte unos torreones cuadrangulares y otros redondos amplios y fuertes y entre ellos trozos de muralla.

Esta fortaleza, en su origen, nos la podemos imaginar por los restos arqueológicos encontrados en la zona, un castro ibérico, más tarde una torre vigía cartaginesa por estar situada en una zona donde se cruzaban los caminos que procedentes del valle del Guadalhorce, de la vega de Antequera u olla de Málaga, se dirigían hacia la Serranía de Ronda, sabemos que fue paso de las vías romanas que procedentes de Iluro y del valle del Guadalhorce se dirigían hacia Acinipo.

En el siglo XV, era fortaleza fronteriza con el Reino de Castilla, pues Teba, Turón y Ardales eran fortalezas castellanas, y el reino de Granada empezaba en el actual término de El Burgo; había establecidas torres almenaras en lugares dominantes, desde las que se comunicaban rápidamente por medio de humaradas o fuego con los puestos vigías

del reino nazarí para avisar de cualquier peligro de invasión o correría cristiana por sus tierras, hemos visto en su término las de Lifa, la Víbora, La Torrecilla, Moltrotó, etc., en ellas y sus alrededores hemos encontrado restos de cerámica de la época.

Por su importancia y ser fronteriza, los reyes de Granada dispusieron que los impuestos de los diezmos de las villas de Monda, Guaro, Tolox, Alozaina y Yunquera, reverteran sobre ella, para lo cual tenía instalados mayordomos en dichas villas y los impuestos se dedicaban a los atajadores y hombres de guerra.

Sus habitantes, unos cuatrocientos aproximadamente, la mayoría formaba parte de la guarnición, eran valientes guerreros que al frente de su alcaide, lugarteniente de Hamet el Zegrí, y el mejor escalador de la frontera, intervienen en importantes hechos de armas, en los prolegómenos del final de la reconquista, podemos citar los más importantes, como el asalto y conquista de Montecorto, el asalto de Zahara, la batalla de la Axarquía donde murió lo más distinguido de la nobleza castellana, en la batalla de Lopera donde fue hecho prisionero por el Marqués de Cádiz, etc.

Para resaltar lo dicho anteriormente, voy a describir algunos hechos importantes, Muley Hacen el Rojo, necesitando acreditar su valor ante sus vasallos, aprovecha la noticia que le dan "dos tornadizos del Marqués de Cádiz, llamado uno Francisco y otro Rodrigo, que se avian ydo a Granada, dieron un ardid al alcayde Xier cabecera de Málaga, diciendo que podrian mu grand presa del campo de Utrera e Moron e Lopera. Y este alcayde aceptó el ardid".

Por medio de Bejir, comunicó a los jefes de los zegríes que tenía proyectada una expedición, y que ésta se organizaría en Ronda.

En efecto, a los pocos días lo más esforzado de la morería malagueña se reunió dentro de los muros de la noble e inaccesible villa de Ronda, los alcaides de Málaga, Álora, Comares, El Burgo, Marbella, Coín y Vélez Málaga, eran recibidos por el caudillo Hamet el Zegrí con cortesana hospitalidad, todas las comarcas de la Raya habían aportado fuerzas llegando a 4.000 infantes y 1.500 jinetes.

Salieron de allí hacia la zona de Utrera. "E acaesció que estando Antón Blanco, adalid con una quadrella de peones en el camino que de Málaga va a Ronda, por tomar algún moro que pasase, vido venir la dicha gente que llevaban la vía de Ronda e vínose luego a Teba donde dio aquella nueva a Diego Ramírez, fijo de Juan de Guzmán señor de aquella villa", avisados los cristianos les salieron al encuentro, aunque con fuerzas muy inferiores e iban mandadas por el Marqués de Cádiz y Don Luis de Portocarrero, que estaba entonces de alcaide y capitán general de Écija, desde que dejó aquel cargo el maestre de Santiago, el alcaide de Morón y otros capitanes andaluces.

La batalla tuvo lugar a las orillas del río Lopera, el día 17 de Septiembre del año 1483, en ella tuvieron los moros mil bajas contando muertos, heridos y prisioneros entre los primeros los alcaides de Álora, Marbella, Comares y Coín.

Un grupo de fugitivos, capitaneados por el alcaide de El Burgo, se retiró por los campos del Guadalete, el Marqués de Cádiz que había salido de Arcos con la gente de Jerez, salió al encuentro con tanto mayor ardimiento cuanto que sabía que aquellos moros eran montañeses de la Axarquía, los que habían asesinado a sus hermanos y parientes, y que iban ataviados con los arneses de los vencidos, un soldado cabalgaba en el caballo de su hermano Beltrán. Frenético salió contra ellos, aumentó la mortandad y los acosó hasta la entrada de la serranía.

Por una coincidencia singular trajeron cautivo al alcaide de El Burgo, contra el que tenía una ojeriza especial, este hábil escalador se había apoderado de la plaza de Montecorto y degolló bárbaramente al destacamento cristiano de Jerez y Arcos que lo defendía, y aunque esta inhumanidad, contraria a las leyes de la guerra, autorizaba a don Rodrigo para hacerle expiar su culpa en el cadalso, rehuso ofrecer al público tan triste espectáculo, y le condenó sin esperanza de rescate a encierro perpetuo, la pena no fue de mucha duración, porque entristecido, el moro como un tigre enjaulado murió exalando deseos de venganza y lleno de despecho.

Hay un hecho histórico, que nos demuestra lo bien defendida que estaba esta fortaleza, tanto por la naturaleza del lugar como anteriormente hemos visto, como por las defensas de fábrica que la hacían en cierto punto casi inexpugnable, esto viene narrado en la Historia del Marqués de Cádiz, el año 1484 cuando volvía con su gente de la tala de la vega de Málaga, sus adalides les dan la noticia de que podía apoderarse de la villa de El Burgo, él los creyó y envió mensajeros a Sevilla, a Jerez y Carmona, a los pocos días había reunido 800 caballeros y 1.500 peones, voy a transcribir parte del documento pues es muy interesante cómo organizó su ejército para acercarse y tomar la villa: "e partió de su villa de Marchena con su gente, y fue a dormir a Osuna, e otro día a la fuente del Amargal en Teba, donde ordenó que

fuesen con el escalador treinta escuderos criados suyos, hombres muy especiales y probados en las cosas de la guerra, después de ellos otros cien escuderos a pie para que los socorriesen cuando oviesen escalado, e con ellos cincuenta espingarderos e cincuenta ballesteros, a los cuales mandó que llevasen más escaleras, allende de las que llevaban, porque pudiesen más presto ser socorridos; e luego en pos dellos mandó ir una batalla en la que iban doscientos de a caballo e cincuenta espingarderos, e cien ballesteros, donde mandó llevar muchos bancos pinjados e manderetes e mantas, picos e azadones, e azadas, para romper los muros si menester fuere, para combatir la fortaleza si a la villa se entrase... Y el escalador, e los que iban con él cuando fueron cerca de la villa, sintieron como había en ella bollicio de gente e que la villa se velaba muy bien, e parecía haber en ella gente nueva, e la cabsa fue porque el día de ante, los moros habían sentido andar cristianos cerca de la villa, e habían fallado una cruz fecha en el adarve, e como vieron aquella cruz pusieron muy en guardia en aquella parte, de lo cual los cristianos ninguna cosa sabían, fasta que lo dixo un moro que fue tomado de aquella villa, e los cristianos estovieron quedos esperando tiempo para poner las escalas, e como viesan que los moros acudían allí a menudo estabanse quedo sin las poner, e allí non había más que una barrera e el muro, que en otras partes tres cercas tenía aquella villa". Fracasó el asalto al ser descubierto por los moros "e como ya fuese de día, toda la gente se descubrió, e miraron aquella villa como era tan fermosa e tan fuerte, la cual fue tomada otra vez por el rey Don Pedro, e fizo en ella muy rico aponsentamiento e las mejores torres que en la fortaleza hay".

Después en su retirada se encontraron con gran cantidad de moros "mil seiscientos de a caballo e más de cinco mil peones" con los que entabló una batalla en la que murieron más de 600 moros, muchos cautivos, y gran presa de armas y caballos, volviendo a Téba donde reposó y mandó curar a los heridos.

Esta narración, nos da datos muy interesantes acerca de la fortaleza y de la villa, la cual estaba también muy defendida por muros y cercas, y que el Rey Don Pedro I cuando la tuvo desde el año 1362 hasta el 1368, edificó en ella aposentos y las defensas, pues aún hoy se puede observar cómo hay torreones y murallas de diferentes épocas y materiales.

Cuando el 22 de Mayo del año 1485, los Reyes Católicos se apoderan después de 14 días de asedio, de la inexpugnable ciudad de Ronda, cundió el pánico por toda la Serranía, como muy bien describe Fernando del Pulgar en la Crónica de los Reyes Católicos, en su cap. CLXXIII "...Sabido por aquellas comarcas de los moros, cómo la ciudad de Ronda era tomada, imprimióse en los corazones de la gente de aquella tierra gran temor, que recelando los vecinos de cada lugar que si fuesen cercados serían muertos e perdidos, otros informados como aquellos a quienes el rey aseguraba eran bien guardados, vinieron mensajeros de las villas de la comarca de Ronda, e suplicáronle que le plugiese tomarlos como vasallos, por cuanto de su voluntad venían a ponerse en su servidumbre. El Rey dio seguro, que las villas aquí nombradas enviaron a pedir su condición que luego que entregaran las fortalezas de cada una dellas e de todas las torres e cualquier fuerza que oviese, a los que mandare. E los moros prometieron de lo facer, e fueron entregadas las fortalezas siguientes a las personas que el Rey mandó, de esta manera: la villa e fortaleza de El Burgo a Pedro de Barrionuevo..."

La fortaleza y villa de El Burgo tiene ya su primer alcaide cristiano, Pedro de de Barrionuevo, hombre de confianza de la Reina Isabel, oriundo de Soria, que prestó grandes servicios a la corona, se quedó encargado de su defensa con una pequeña guarnición.

El año 1492, bajo su mandato se hizo el Repartimiento de las tierra y casas de El Burgo a los nuevos habitantes.

Los Reyes Católicos, disponen en el año 1495 poner casa al Príncipe Don Juan, y le dieron la ciudad de Ronda y sus tierras, la villa y fortaleza de El Burgo y 20.000 ducados.

El día 20 de mayo de 1496, firman en Almazán un documento, en el que ordenan a Pedro de Barrionuevo, alcaide de la villa de El Burgo, la entregue a la persona que designará el Príncipe Don Juan.

En efecto, el bachiller Ruiz Gutiérrez de Escalante se presentó con autoridad amplísima para organizar en Ronda una especie de corte o principado, para el Príncipe Don Juan.

Ya en el año 1498, consideraron los Reyes Católicos no ser necesaria la guarnición en la fortaleza de El Burgo, y al perder el valor estratégico ordenan derribar algunas fortalezas entre la que figuran las de Iznalloz, Monda, Tolox, Yunquera y El Burgo.

En las sublevaciones de los moriscos de los años 1504 y 1568, los vecinos de El Burgo colaboraron de forma voluntaria en la pacificación de la Serranía, así los vemos acudir en auxilio de la villa de Alozaina, asediada, y en la que

una heroína (María Sagredo) comparable a las célebres María Pita en La Coruña, y Agustina de Aragón en Zaragoza, evitó con su valor que la villa cayese en poder de los asaltantes.

Así mismo, todos los vecinos con edad de coger en sus manos un arma, formaron junto con los voluntarios de Cortes, Archidona y Setenil, una Compañía que luchó junto al Tercio de Don Pedro de Mendoza para pacificar la Serranía.

En resumen, hemos visto cómo la fortaleza de El Burgo tuvo un gran valor estratégico en los siglos XV y XVI.

## B I B L I O G R A F Í A

BALAGUER, V.: *Historia General de España*. A. Cánovas del Castillo. Tomo II, lib. III.

BERNÁLDEZ ANDRÉS, B.: *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, BAE tomo LXX.

CARRIAZO, J. M.: *En la frontera de Granada*. Sevilla, 1971.

FUENSANTA DEL VALLE, Márques de: *CODOIN de la Historia de España*, tomo CVI, *Historia del Marqués de Cádiz*, cap. XXVI.

GÓMEZ TERUEL, J. M.<sup>a</sup>: *Historia de El Burgo*, Málaga, 1991.

LAFUENTE ALCÁNTARA, M. *Historia de Granada comprendiendo las de sus cuatro provincias, Almería, Jaén, Granada y Málaga*, París, 1852.

LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E.: *La tierra de Málaga a fines del siglo XV*. Granada, 1977.

PÉREZ DEL PULGAR, F.: *Crónica de los Reyes Católicos*, editada por J. M. Carriazo, Espasa-Calpe, Madrid.

# **LAS FUERZAS NAVALES DEL REINO DE GRANADA. UNA EXCEPCIÓN EN LA ORGANIZACIÓN MILITAR ESPAÑOLA DE COMIENZOS DEL QUINIENTOS**

**José Szmolka Clares**  
Profesor Titular H.<sup>a</sup> Moderna.  
Universidad de Granada.

Tras la conquista y durante bastantes años el reino de Granada va a tener un acusado carácter militar. La persistencia de una situación tensa motivada por una población en su mayoría de escasa fidelidad a la Corona, la frecuencia de ataques berberiscos a las tierras de su litoral y el ser base para futuras incursiones por el norte de África harán que el nuevo territorio castellano posea un aparato militar que por su volumen y organización contraste claramente no sólo con los existentes en el resto de los dominios hispanos, sino con las costumbres militares de su época.

En este contexto las fuerzas navales no estarán ausentes. Tras unos primeros años en que se sigue el procedimiento habitual, acciones esporádicas y muy concretas de navíos andaluces y vascos alquilados, la presión de las comunidades costeras y de las propias autoridades granadinas ante el peligro que suponían las incursiones norteafricanas determinarán que las acciones navales se regularicen y adquieran un carácter casi permanente. De esta manera todos los años, cuando con el buen tiempo arrecien los ataques berberiscos, la Corona enviará algunos de sus navíos, generalmente aragoneses, o bien se armará en Málaga una flotilla para patrullar por el mar de Alborán y estrecho de Gibraltar y, si la ocasión lo permite, dar algunos golpes en la otra orilla.

Durante la guerra el papel de la Marina había sido marginal, si exceptuamos su participación en la conquista de Málaga, limitándose a labores de vigilancia para evitar las relaciones militares y económicas de los granadinos con sus correligionarios de allende. Consecuentemente una pequeña armada real patrulló constantemente por sus costas acompañada, en ocasiones, por algunos navíos andaluces, italianos e incluso portugueses (1).

Sin embargo la necesidad de transportar al norte de África a los granadinos que en virtud de las capitulaciones habían optado por abandonar sus hogares y la presión de las nuevas autoridades y repobladores por asegurar la nueva frontera (2) aconsejaron, aún antes de concluir la contienda, no dismantelar la flota y regularizar sus funciones.

## **La organización de la flota.**

Por la documentación estudiada parece que la organización de la pequeña fuerza naval que operó en la nueva frontera respondía a un plan elaborado por el secretario real Hernando de Zafra (3) que en líneas generales estaba muy influido —si no copiado— por el memorial que en 1484 Diego de Vera envió a los Reyes (4).

La flota que tenía un carácter semipermanente —llegaba al puerto de Málaga o Almería a principios de primavera y la abandonaba en octubre—, estaba integrada por un número de navíos variable según las circunstancias del momento, pero por lo general respondía a la “armada” de 1504: tres galeras con seiscientos hombres, dos zabras carabeladas de “cincuenta cobdos de largo” y ocho buques más pequeños, como galeotas y fustas, con ochocientos (5).

Las galeras, a pesar de constituir el núcleo fundamental de la flota, no gozaban del beneplácito de los marinos ni del capitán general granadino. Diego de Valera desaconsejaba su uso por sus malas condiciones marinerías, Hernando de Zafra sólo las admitía como protección para carabelas y fustas y el conde de Tendilla estimaba que, “no aviendo navíos de remos, yendo navíos mancos aventúrase mucho por las calmas” y en los de remos “poco aprovechan porque con ellos por esperarlos no se puede alcanzar nada; y si aluengan dellos las galeras no los llevan consigo ni le hazen ayuda alguna a las galeras” (6).

Mientras las galeras siempre venían con el capitán de la mar, las fustas y otros navíos menores se armaban en los puertos granadinos y andaluces y solían contratarse por períodos mensuales previo embargo y tasación (7). Así, en septiembre de 1513, el conde de Tendilla pide al obispo de Oviedo, Diego de Muros, y al corregidor de Gibraltar que entreguen “las tafureas que fueren menester” de Cádiz y Puerto de Santa María y Gibraltar respectivamente (8). Y unos meses antes, a petición del entonces capitán de la mar, Berenguer Doms, había ordenado que se tomaran en Málaga las fustas de Lope López de Arriarán, Alonso Cherino, Hernando Lorenzo, marqués de Comares, Juan de Madrid y Diego de Alcázar a la vez que enviaba a sus capitanes la siguiente carta explicativa: “Señores capitanes de las galeotas y fustas que agora se arman en la cibdad de Málaga por mandado del rey nuestro señor: Porque como sabeis todo el buen servicio que se puede hazer es agora en estos días, pidos por merced que con la mayor priesa y açeleraçion que pudieredes os despaches de aí y vades todos juntos, o a lo menos los quatro navíos, la vía de Almería a donde a de acudir mosen Berenguel Doms, capitán general desta armada. Y allí, si él no fuere llegado, avres cartas más de lo que avres de hazer; y si el dicho capitán fuere venido aí antes del tiempo que partieredes, hazed lo que él mandare y dixere en todo, como si la persona de su Alteza os lo mandase, porque así es la voluntad de Su Alteza que se haga. Sobre el sueldo del otro mes para complimiento a LX días, que Su Alteza manda que por tanto se armen esas fustas, yo he escripto a Su Magestad. Creo que a la ora se proveera de dinero para que no aya falta ninguna en los dos meses. Nuestro Señor vuestras personas guarde. Del Alfanbra de Granada, XXI de dizienbre, mill DXIII anos” (9).

El costo de la flota dependía de la Corona que utilizaba los mismos mecanismos que para el resto de las fuerzas militares, aunque no pasaban forzosamente el control del capitán general de Granada. Desconocemos la cuantía que importaban estas flotas, lo mismo que el propio conde. Por esto en 1513 escribe a su apoderado Juan López de Pastrana quejándose porque el memorial que le había enviado “viene corto, porque en él avia de dezir a tal fusta dasele tanto de flete y al capitán tanto cada día, y a tales marineros a tanto y a los remeros a quanto, y quanto de averías. Y así por menudo cada una justa, lo que gana y qué vancos tiene cada una. Y esto no lo pido yo porque me an de dar cuenta dello, ni yo la tengo de dar, sino porque es menester que yo lo sepa para si me mandaren entender en más de lo que agora se entiende” (10).

En última instancia corría a cargo del comandante de la flota, lo que a Tendilla le parecía un error pues “mientras el capitán de las galeras toviere a su cargo el mantener de la gente dellas no pueden andar como deven, el qual solamente avia de entender en ver que gente eran y quantos y en mandarlos pelear y remar; si esto no se puede hazer no lo sé, pero elo oído a quien sabe más que yo y paresçeme razon” (11). A esta preocupación se unía la crónica penuria de la hacienda real, lo que motivaba frecuentes retrasos en las pagas, cuando no recortes en los efectivos de la flota e incluso suspensión de operaciones como ocurrió en 1506, año en que apenas si patrullaron por el litoral.

## Mandos y tripulaciones.

La flota estaba mandada por un comandante que indistintamente recibe el nombre de capitán general de la mar o capitán de las galeras. En los primeros tiempos encontramos a los mismos que habían participado en la guerra como García López de Arriarán, Diego de Valera, Lorenzo y Pedro de Zafra o Juan de Lezcano, que posteriormente serán sustituidos por otros más jóvenes, casi todos aragoneses, como Martín Fernández Galindo que opera en estas costas hasta 1504, Ramón de Cardona que toma el relevo al año siguiente, Juan Miguel Soler que aparece por vez primera en 1509 o Berenguer Doms que mandará las galeras desde 1512 (12).



Las galeras, a su vez, tenían sus propios capitanes no siempre designados por el comandante de la flota. Los restantes navíos que no formaban estrictamente parte de la flota pues, como se ha visto, se armaban en puertos andaluces o granadinos, también solían ser mandados por sus propios capitanes, costumbre que tenía sus inconvenientes como denunciaba Martín Fernández Galindo o el propio capitán general granadino (13).

Por un memorial que el conde de Tendilla envió al secretario López Conchillos tenemos algunas noticias sobre la tripulación de algunos de estos buques (14). Cada galera debía llevar ciento cuarenta y tres remeros y sesenta marineros. Entre éstos últimos tenía que haber “tres buenos bonbarderos”, veinte espingarderos y otros tantos ballesteros “que supiesen bien tirar”.

Los remeros eran voluntarios que se contrataban en los puertos. Pero ante el temor que inspiraban las galeras turcas y berberiscas y, sobre todo, por el retraso con que se percibían las pagas, muchas veces las autoridades tuvieron que realizar levass forzosas entre los pescadores de las jábegas que se encontraban en los puertos, como ocurrió en el verano de 1513 (15). Pero este recurso extremo no siempre era eficaz por la picaresca de los marineros que adelantándose a la orden, armaban ficticiamente las barcas que se encontraban desarmadas para evitar así que se encontraran remeros libres (16).

Los soldados que completaban la tripulación, impropriamente denominados por don Íñigo marineros, pertenecían a las distintas guarniciones granadinas y se reclutaban por los comandantes de la flota previo mandamiento del capitán general e incluso de los propios reyes. En el “Registro de Correspondencia” se encuentran abundantes ejemplos. Así en 1504 se ordenó a todos “los capitanes de la gente de caballo y de pie de la costa” que dieran la gente que necesitara Martín Fernández Galindo, al año siguiente se dio la misma orden a Luis de Guzmán, alcaide de Almería, a instancias de Ramón de Cardona y, en fin, en 1513 se volvió a ordenar a todos los capitanes de la Costa que obedecieran las órdenes de Berenguer Doms (17).

## **Armamento y pertrechos.**

El fin perseguido por la táctica naval de la época era el abordaje, no el hundir los buques enemigos a cañonazos. De ahí, como se observa en el memorial ya conocido, la poca entidad que tiene el armamento específico frente al terrestre. Mientras que una galera llevaba “un cañon por cuxía y dos sacres en proa y seis ribadoquines”, los grupos de ataque y desembarco contaban con treinta espingardas con “buen aparejo de pólvora y pelotas”, sesenta ballestas con “buenos tiros y aparejos y bien adereçadas” y cincuenta “dozenas de lanças y cien de dardos”. Armamento al que habría que añadir las armas y armaduras personales.

Dado que la flota patrullaba en régimen de cabotaje sólo llevaba mantenimientos y bastimientos imprescindibles para etapas cortas pues se podía repostar en cualquier puerto. Consistían éstos en pescado, habas, sal y sobre todo agua en abundancia porque, según don Íñigo, “por tomar muchas vezes agua se dexan de hazer hartas cosas bien hechas” (18).

## **Los objetivos y sus resultados.**

Dejando al margen la contribución de la flota a las grandes expediciones del reinado de los Reyes Católicos, cuestión que se ha tratado en otro lugar (19), las fuerzas navales granadinas realizaron una misión doble. Por un lado, patrullar en acción preventiva por el litoral para lo que se dividía en dos flotillas: una, que navegaría entre Gibraltar y Almuñécar, y otra, que lo haría entre Salobreña y Vera. Por otro lado, realizar una acción ofensiva y disuasoria atacando los puntos del litoral norteafricano que servían de base a las fustas berberiscas. En este sentido el conde de Tendilla le recordaba a Ramón de Cardona durante la campaña de 1505 lo que había aconsejado a Doña Juana años antes en tiempos de Martín Fernández Galindo: “El armada podía estar las tras partes della a la boca del puerto de Vélez, defuera çerca de la isla, y aviendo tienpo de levante o de travesia con que no pudiesen estar ally podía tomar a Buzema, y con poniente la cala de Eliz, que es muy çerca de Vélez, y con estos tienpos, si fuesen forçosos, no podrían los moros sacar sus navíos. La otra quarta parte del armada podría andar por aca, por esta parte, guardando de las fustas de Orán y Tutuan, que no son tantas que puedan hazer mucho daño; haziendose esto los que están de Fez y de otras partes en Vélez y haziendo hazer navíos de sus dineros por mercadería, dexarloian y irseian a sus casas, y de allí quando los

pareciese podrían a hazer algo en tierra de moros. Escusarase ya con esto el daño que se haze aca y la gente estaria mas çierta en el armada" (20).

Sin embargo, la eficacia de estas fuerzas no fue grande. La falta de recursos económicos que hacía que no siempre llevaran el número de navíos y hombres convenientes o que obligaban a interrumpir la campaña antes de tiempo, y la habilidad de las fustas enemigas que, avisadas por los propios granadinos, atacaban los puntos no vigilados serán los principales motivos de este relativo fracaso. Los constantes ataques berberiscos y las frecuentes huidas de mudéjares y moriscos, incluso de lugares enteros, son buena prueba de las deficiencias de este sistema en el que no sólo participaban las fuerzas navales. Por ello el capitán general granadino, ya en las postrimerías de su mandato y con la autoridad que le otorgaba su experiencia, consciente que el mejor remedio para la seguridad del territorio de su jurisdicción era llevar la frontera hasta la otra orilla del Mediterráneo, envió un memorial a Don Fernando en que planteaba la necesidad de sustituir los medios convencionales utilizados hasta entonces por una acción ofensiva y firme sobre sus bases externas, Tetuán y Vélez, y una vigilancia fuertemente coactiva sobre los moriscos del interior (21).

La seguridad interna quedaba en la práctica resuelta con la red de fortalezas, torres y estancias que protegían los caminos interiores. La neutralización de los ataques de allende era más complicada por lo que se hacía necesaria la cooperación de la Corona.

Estimaba don Íñigo que los ataques y desembarcos en el litoral podían evitarse de tres formas. La primera consistía en que el Regente entregase las cuatro galeras con sus correspondientes tripulaciones y pertrechos, para que patrullasen constantemente entre el Estrecho y el cabo de Gata y el control total, tanto militar como económico y disciplinario, de todas las tropas, montadas y de a pie, destacadas en el litoral. Asimismo, se le debía de entregar todos los maravedíes que hasta entonces importaba la defensa del litoral, el control de la farda y todo lo obtenido en las cabalgadas que se hicieren, excepto el quinto perteneciente al almirantazgo de Granada. Como en los primeros años el costo de las operaciones superaría el presupuesto previsto, Tendilla pedía que si se le destituyese de su cargo antes de los tres primeros años, se le diera una indemnización de seis mil ducados. En caso de que Don Fernando aceptara esa cláusula, se comprometía a resarcir a la Corona por cada presa que hicieran los moros, ya fueran personas aisladas o navío con sus tripulaciones.

Otra forma de impedir los daños causados por los moros era preparar una flota de fustas y galeras, con unos tres mil hombres entre ballesteros, espingarderos, piqueros, alabarderos y gente de la Ordenanza, que fuesen a Vélez y a la desembocadura del río Martín y sacasen todas las fustas que encontraran. Esta acción podía sustituirse por otra más eficaz consistente en construir en el peñón de Vélez un istmo artificial que le uniese a tierra y en ella construir una torre recia, fuertemente artillada, que bloquearía el puerto. En Tetuán se haría algo semejante edificándose una torre en la desembocadura del Martín para inutilizar su puerto. El control de esta torre se entregaría a los portugueses pues a ellos pertenecía toda aquella zona.

Por último, el bloqueo del puerto tetuaní podría sustituirse por la conquista definitiva de la plaza. Para ello era necesario un acuerdo previo con la corona lusa y juntar una fuerza que, por parte castellana, sería de unos ocho mil hombres. Tetuán, en este caso sería arrasada o, si se comprometían a sostenerla, entregada a los portugueses.

Poco caso se le hizo a juzgar por la instrucción que el 23 de octubre de 1514 dio el monarca acerca de la seguridad del reino de Granada. La primacía de otros intereses hará que la atención de la Monarquía Hispánica se desplace a otros ámbitos y, en consecuencia, el Norte de África se convierta en un objetivo marginal del que sólo se pretendía que resultase lo menos agresivo posible. La consolidación de la frontera de 1492, por tanto, determinaría que la población del litoral mediterráneo-peninsular se concentrara en pueblos grandes y bien fortificados dejando despobladas zonas costeras valiosas, mientras la pesca de altura, e incluso la litoral, desaparecía prácticamente. La situación de las plazas de la otra orilla, ahogadas económicamente por la competencia de las ciudades próximas cuando no crónicamente sitiadas, no sería mejor.

## N O T A S

(1) M. A. LADERO QUESADA: *Castilla y la conquista del reino de Granada*; Valladolid, 1967. Pp. 146 y ss.

(2) J. SZMOLKA CLARES: *La organización militar del antiguo reino de Granada*, "Anuario de Historia Moderna y Contemporánea", (6) 1979.

(3) *Registro de cartas referentes al gobierno de las Alpujarras*. Biblioteca Nacional, ms. 10.230; f. 295v. "Y porque acá ay libros de como se solían hazer estas armadas en tiempo que Hernando de Çafra tenía cargo dellas".

(4) D. DE VALERA: *Epístola y otros varios tratados de mosén...*; Madrid, 1878. Epístola XXII. El plan para conquistar Melilla que Zafra envía a la Corte diez años después ofrece claras analogías (CODOIN LI, pp. 102-109 y X, pp. 551-552). De la misma manera, las opiniones que sobre la flota emite constantemente el conde de Tendilla concuerdan totalmente con las del alcaide portuense.

(5) *Registro de correspondencia de Don Íñigo López de Mendoza*. Archivo Histórico Nacional, Osuna, leg. 3.406, 1 y 2. 1, ff. 18 y 20. En 1505 vinieron cuatro galeras y seis u ocho fustas; igual número en 1513. Ibidem AHI, ff. 158 y 165 y BN, ff. 299 y 308.

(6) AHI, f. 50v y BN, f. 278.

(7) BN, f. 308v.

(8) Ibidem, f. 324.

(9) Ibidem, ff. 209v y 296.

(10) Ibidem, f. 295v.

(11) Ibidem, f. 282v.

(12) AHI, ff. 18 y 152. BN, ff. 76 y 186.

(13) "No ay otra cosa que dezir, sino que en esto del ir los capitanes en las fustas, no lo digo por la persona de Lope López, que sé que vale mucho, pero ya vi a Martín Fernández Galindo no querer los capitanes sino las fustas y la gente y todo lo otro necesario, y poner él capitanes. Y con esto dizia que se hallava mejor, porque cada uno quiere popar su navío, y aun vuestra merced me apuntó a dezir desto sobre el çiar de la galeota que iba tras la fusta de los moros". BN, f. 296.

(14) *Memorial de lo que es menester para armar una galera*. La gente y artillería y otras cosas que una galera a menester son las siguientes:

Para el remo, çiento y quarenta onbres.

De marineros y sobresalientes: sesenta onbres y en este número tres buenos bonbarderos.

Destos sesenta onbres, avran de ser veinte espingarderos y veinte ballesteros, y que supiesen bien tirar.

A menester cada galera treinta espingardas con buen aparejo de pólvora y pelotas, y sesenta ballestas con buenos tiros y aparejos; bien adereçadas.

A menester çinquenta dozenas de lanças.

A menester çient dozenas de dardos.

A menester su pavesada buena, tal dicen que la traen.

A menester cada galera çiento y cuarenta barriles para agua, porque por tomar muchas vezes agua se dexan de hazer hartas cosas bien hechas.

A menester cada galera un cañon por cuxia y dos sacres en proa y seis ribadoquines.

Con este aparejo y buenos espingarderos y ballesteros y las ballestas y espingardas bien adereçadas, no temeran dos galeras a las fustas de los moros aunque sean otras tantas. (...). BN, f. 313.

(15) *Mandamiento para el corregidor de Málaga, que dé remeros para las seis fustas*. Noble señor primo: Yo he sabido que a causa de no pagarse el sueldo a las seis fustas quel rey nuestro señor manda pagar por mas de un mes, se espera que no se hallarán remeros para las dichas fustas. Por ende yo os pido por merçed que si nesçesidad oviese de tomar remeros de los pescadores de la xavega, los mandes tomar, segund y por la forma que lo pidiese Juan López de Pastrana, criado de Su Altezas. A los quales pagarán los oficiales de Su Alteza como se paga a los otros que van de grado. Y si nesçesario es para descargo vuestro o de vuestro teniente en vuestra absençia, esto que os pido por merced de mi parte, os mando de parte de Sus Altezas por virtud de sus poderes que para ello tengo. Fecho en el Alfanbra de Granada, XXVII julio de mill DXIII años". BN, f. 298v.

(16) Ibidem, f. 300.

(17) AHI ff. 53 y 151v; BN, f. 300v.

(18) BN, f. 313.

(19) J. SZMOLKA CLARES: *Granada y la política norteafricana de los Reyes Católicos (1492-1515)*, "Anuario de Historia Moderna y Contemporánea", (8) 1981. También *El conde de Tendilla, primer Capitán General de Granada*, Granada 1985.

(20) AHI, f. 158.

(21) *Memorial para el comendador mayor de Castilla*. La forma que parece al marqués que se podría tener para escusar por algund tienpo el daño que hazen los moros en este reino y para sosegar los coraçones de los que se quieren ir con ellos es la siguiente:

Que Su Alteza mande que todas las fustas que van a Levante paren en Denia, y que en Cartajena se haga una armada so color que quieren ir a alguna nescesidad de Bugía o a Alger y que en ellas y en algunas naos se pusiesen con la gente que cabría en las galeras a cunplimiento a tres mill onbres en que oviese quinientos espingarderos y quinientos vallerteros y los otros de Ordenança, piqueros y alabarderos bien adereçados. Estos podrían barrajar a Belez y sacar las fustas; y de allí ir a Tutuan con conçierto del conde de Alcautín con çient lanças que se le diesen para que se pusiese a la puerta de la dicha Tutuan, y que dos mill onbres entrasen a pie por la parte del rio que es haza Benamadana llevando planchones para pasar los estelos, que ay quatro o çinco dellos, porque de otra manera rodearían mucho y estos sacarían las fustas.

Y por buen tienpo podría estar seguro este reino y quitar Su Alteza del gasto de la costa de la gente de pie y de cavallo seguramente una parte.

Y para lo de Belez de la Gomera ay otra manera con que se estorvara, que ninguna fusta que estoviera varada ni hiziese de nuevo no pueda salir y es que con arcas de madera se haga un paso desde el Peñón a la tierra que será como una puente y en el postrimer pie haza la tierra se haga una torre como baluarte rezia donde haya tiros con que en queriendo varar estorve a los que vinieren con la fusta.

En la boca del rio de Tutuan se puede ligeramente hazer una torre hazia dentro en la mar como están las del puerto de Horno, llevando la piedra labrada de Gibraltar y conçertada toda y los otros materiales que allí puede aver abundancia dellos. La platica desto desta torre movio ya al liçençiado de Vargas y si se oviese hecho aunque gela entregasen al rey de Portugal, después sería perpetuamente seguro este reino de aquellas dos guarniciones que son el caudal de todo el daño y alteración que en él se rescibe.

Otrosí mandando Su Alteza juntar desta Andaluzia y de otras partes ocho mill onbres tomarse ha Tutuan y derribarse ha por el suelo, o si el rey de Portugal la quiere sostener, pudesese entregar.

A todas estas cosas o a cualquiera dellas ira el marqués a lo hazer si Su Alteza lo a por bien y es servido dello. Y lo que se ha de hazer en Tutuan a de ser con plazer y consentimiento del rey de Portugal, porque haziendose de otra manera no sería seguro y esto se dize por lo que enbio a dezir el capitan de las galeras quando quería ir a Tutuan. A II mayo, 1514". AHI2, f. 85v.

# **EL RESURGIR DE UNA FRONTERA: LORCA Y EL LEVANTAMIENTO DE LAS ALPUJARRAS (1568-1571)**

**Valeriano Sánchez Ramos**  
Universidad de Granada.

**Juan Francisco Jiménez Alcázar**  
Universidad de Murcia.

Poco se ha escrito acerca de la sublevación de las Alpujarras (1568-70) desde el ámbito granadino; no nos sorprende que fuera de él, los trabajos sean menos prolijos (1). A la espera de un trabajo monográfico acorde con la amplitud que precisa el tema, aportamos este estudio.

Lo centramos en los primeros momentos de la guerra, con la rápida intervención del marqués de los Vélez y milicias lorquinas (2) en el flanco oriental del reino granadino. Contamos para ello con la documentación existente en el Archivo Municipal de Lorca, Archivo General de Simancas, Real Chancillería de Granada, y los clásicos de la guerra: Pérez de Hita, Del Mármol Carvajal, Hurtado de Mendoza y al cronista de Felipe II, Cabrera de Córdoba (3). Con todo ello, intentaremos reconstruir las jornadas iniciales.

## **LAS “NAVIDADES DE SANGRE”.**

Del 23 al 28 de diciembre de 1568, los moriscos de las Alpujarras se alzan contra la autoridades castellanas, degollando a todo cristiano a su alcance. El marqués de Mondéjar, capitán general del reino, comenzó de inmediato el apaciguamiento de los moriscos rebelados internándose en el sector alpujarreño. Sus medidas poco represivas fueron muy criticadas, pues éstas imprimían una lentitud táctica a las operaciones militares.

Las críticas, encabezadas por D. Pedro Deza, presidente de la chancillería granadina, consideraban que el sector oriental -actual provincia de Almería— sin una rápida intervención, quedaba expuesta al control enemigo, máxime en una tierra en la que los desembarcos corsarios son una constante (4).

El concejo de Almería y García de Villarroel, su gobernador, escriben al marqués pidiendo socorro por el evidente peligro “y considerando que el marqués de Mondéjar no les podía socorrer con la brevedad que el caso pedía” (5). *De iure*, la intervención del adelantado murciano no está del todo clara, ya que el reino de Granada competía a la Capitanía de Hurtado de Mendoza, por lo que cruzar la frontera con un ejército significaba interferir en la actuación de Mondéjar.

Mármol indica que a su vez Almería, junto a Baza y Guadix habían pedido ayuda a Deza (6); éste, preocupado por el peligro que corría de sublevarse el Levante almeriense, susceptible de los desembarcos anteriormente citados, decide

escribir a D. Luis Fajardo, quien recibe el 28 de diciembre un despacho de la Audiencia de Granada “animándole a juntar gente de aquellas provincias y de sus deudos y amigos” para penetrar en el reino (7). Como su hueste era escasa y tardaría en formarla, avisa también a “algunos pueblos comarcanos a la raya” (8).

De esta forma Lorca entra desde los primeros momentos a participar en la guerra. El 29 se lee una carta en su cabildo del marqués, en la que notifica el suceso (9). Por su condición de alcaide de la fortaleza lorquina como por ser capitán general del reino de Murcia, ordena que estén atentos a su llamada y que organicen estancias de guardas.

La respuesta del concejo no se hace esperar: nombramiento de capitanes, “que se tiendan vanderas y se toquen tanbores y nombren oficiales para que luego hagan la jente” (10). Prohíben la salida de la ciudad para comprobar la tropa disponible. Se manda poner guardas en la fortaleza y hacer ahumadas para estar en comunicación con las que pusiera el marqués en Montebriche. De todo ello se le da buena cuenta al Fajardo.

Aún titubea el adelantado acerca de cruzar la frontera con un cuerpo armado, pues la orden real no existe. Muestra de esto son las numerosas cartas que el marqués envía a la ciudad del Guadalentín. El 30 llega una; reúne al cabildo a las diez de la noche, ordenando a los capitanes la salida inmediata hacia Vélez. Parten a las tres de la mañana 1.500 infantes y 100 caballeros, retornando al mediodía tras una contraorden del adelantado (11). Entre tanto le ha llegado al marqués otra carta de Almería solicitando ayuda. El primer día de 1569, el adelantado se dirige a Lorca pidiéndole de nuevo gente y anunciando la llegada de su hermano D. Juan Fajardo, quien explicó en el cabildo, celebrado a la una del mediodía, la situación de la capital almeriense (12).

Al día siguiente se presenta Diego Mateo de Guevara, comisario de la milicia del reino de Murcia, entregando una carta del hermano del marqués quien se había vuelto por la escasa gente encontrada. Por ello, ordena el concejo la salida de la tropa (13) a las órdenes de Juan Navarro de Álava y Juan Felices de Ureta el Mozo (14).

Por fin el marqués se decidió a cruzar la frontera. Su justificación nos la da Mármol: “ateniéndose a lo que dice una ley tercera, título diez y nueve de la Segunda Partida, qué deben hacer los vasallos por sus reyes en caso de rebelión” (15). Si esto respondía a derecho, de hecho fue que el marqués “él por una parte y el marqués (de Mondéjar) por otra harían que presto aquellas guerras civiles se acabasen” (16). No obstante, éste es un punto nada esclarecido y que convendría por sí sólo un análisis más detallado (17). Según Morote, vistas las cartas del Fajardo y de Almería se da arrebato (18). El mismo día 2, las tropas lorquinas se hallan en Vélez Blanco a la espera del resto del ejército (19). Como “Maese de Campo” del contingente marcha Juan Fajardo (20). Dos días después, salía el marqués de los Vélez en dirección a Oria (21), donde espera recibir la orden real de intervención. La vanguardia la ocuparán las milicias lorquinas.

## LA ENTRADA EN EL REINO DE GRANADA

No quiso Luis Fajardo tomar el ejemplo de otros ni el consejo de Deza acerca de mantener el ejército con el gasto en los pueblos, como ocurría en Andalucía (22). Por el contrario, la organizó con su propia hacienda y apoyo de sus amigos y clientes (23).

Puso el campo “en la Casa del Margen donde llaman la Boca Oria” (24), al que Morote califica como “sitio muy peligroso” (25). Aquí recibió —según Cabrera de Córdoba— una segunda carta de Deza, instándole a estar atento a la inmediata carta real; el mismo autor dice que “pareciéndole sería a su costa el sustento della, quiso fuese a la de los enemigos y paso adelante” (26). Será éste el plan logístico llevado a cabo por el marqués en las jornadas que veremos con posterioridad.

Al día siguiente marchó a Olula, donde se le unieron cien caballeros de Juan Enríquez, el de Baza (27). En la jornada posterior atraviesa la sierra de los Filabres pasando a Tabernas, donde llega el día 7, permaneciendo allí cinco días “para que la gente descansase como según él nos dijo para guardar orden de su magestad y las compañías que habían de venir del reino de Murcia” (28).

Datos contradictorios nos ofrecen Pérez de Hita y Hurtado de Mendoza; el primero nos dice que nada había que saquear en Tabernas, desalojada por los moriscos (29); en cambio, el segundo, indica que hubo gente que pudo robar, y hecha la presa desertó (30).

Mientras, el día 11 recibe carta real por fin, dándole conformidad a su ofrecimiento de socorrer a Almería (31). El adelantado tiene el visto bueno de la Corona; con él, se lanza sin reservas a presentar batalla.

## LAS JORNADAS.

El día 12 levanta el campo y se acerca al río Almería. Morote alude a su estancia en Santa Cruz, sin entrar en más detalles (32). Sin embargo, Hita lo precisa en mayor medida. Ni Mármol ni Hurtado recogen este suceso, aunque lo consideramos importante, pues representa la primera jornada oficial de lucha. Nada más llegar, las tropas se desmandaron saqueando los lugares y apresando moriscas. No precisamos el término *esclavitud*, pues no está del todo clara la justificación del mismo, cuestión que se debate en esos momentos en los órganos de gobierno (33). Para sorpresa de los lorquinos, el adelantado “les tomó las moras y lo demás que habían robado, y las moras las mandó el marqués llevar con escolta a la fuerza de Cantoria para que allí las guardasen” (34). Llamamos la atención sobre este hecho ya que fenómenos como los vistos, saqueo y represión por el marqués se repetirán en las jornadas; por un lado, los lorquinos acostumbrados a los usos de las cabalgadas, reproducen los hábitos de las huestes que formaron sus padres y abuelos. Por su parte, el marqués, hombre de su tiempo, pretende formar un ejército moderno, sujeto a unas directrices de disciplina más rígida que la libertad de actuación a la que predisponía la hueste.

Enterados de que los moriscos se concentraban en Huécija, puso el marqués el campo en Terque, para comenzar poco después el asalto a la villa. En esos momentos contaba con 5.000 infantes y 300 jinetes “la mayor parte arcabuceros y ballesteros, gente ejercitada en los rebatos de la costa del reino de Murcia y acostumbrada a los trabajos de la guerra” (35). Durante la batalla (36), *el Gorri*, cabecilla morisco, huyó a la cercana Illar sin ser perseguido, ya que los soldados estaban “embebecidos y embaraçados con el saco”; añade a esta apreciación Hurtado que si un capitán morisco hubiera atacado en esos instantes, podría “hazer daño a los nuestros” (37).

No quiso entrar el marqués en Huécija, para que no se disolviera la hueste “y así mandó echar vando que ningún soldado del real saliese so pena de la vida; mas muchos hubo que salieron a los lugares y no bolvieron, porque los moros los mataban, y otros que cargaban de lo que hallaban y se bolvían a Lorca” (38). Aclara Mármol que “fue en vano su diligencia pues luego se comenzaron a desmandar cuadrillas por los lugares del Boloduy y del condado (sic) de Marchena, y cargadas de ropa, yendo bien proveido de esclavas y de bagajes, se volvían a sus casas” (39). El botín de esta desmandada lo requisó el marqués y envió a sus señorías de Vélez, Cantoria y Mula para que lo guardasen. Al mismo tiempo “dio aviso a la justicia de Lorca y Murcia, haciéndoles saber lo que passava, que los soldados que se fuesen que fuesen castigados y les mandase bolver al campo, y assi la justycia tenia gran cuydado desto y assi desta suerte muchos temian dexar las vanderas y estaban en el real” (40).

Este hecho causó bastante enojo a la tropa, por lo que “los más juraron que de aquí adelante no dexaran moro, mora ni muchachos con las vidas y que todo lo llevarían a sangre y fuego como lo cumplieron viendo no les permitían tomar lo que ganaban a costa de tantos trabaxos y peligros” (41). El control que pretendía el marqués sobre su tropa indica claramente la idea de un ejército moderno disciplinado (42). No sólo se enfrentaba a los moriscos, sino también al uso y costumbre medieval de su tropa.

Cinco días estuvo reorganizándose, a pesar de la urgencia que precisaba la coyuntura. Por fin decide marchar sobre Félix. El 18 duerme en Sierra de Gador, a mitad de camino. Enterado el gobernador almeriense García de Villarroel del plan del Fajardo, decidió salir sobre Félix para que los moriscos, al verle llegar, creyeran ver la vanguardia de D. Luis “y podría robarles antes que el marqués llegase” (43). Este hecho avala nuestra teoría, que el saqueo estuvo generalizado en los primeros meses de la guerra. No acertó Villarroel: los moriscos presentaron batalla, teniendo que refugiarse en el campo del marqués.

El 19 cae sobre Félix, con un encarnizado enfrentamiento (44). Los lorquinos hicieron palabra a su juramento: la matanza fue una de las más importantes de toda la guerra. Nuevamente se ganó mucho botín, repartido entre los soldados (45). Al día siguiente las tropas salieron de nuevo al campo “de donde trajeron despojos de los muertos: ropas, collares, sarcillos, manillas y armas” (46). La desertión continúa; el marqués volvió a enviar carta a las justicias murcianas para que castigasen a los huidos (47). A la vez, decidió erradicar la indisciplina: es el caso Palomares (48). Esto provocó que el marqués perdiera el carisma de caudillo medieval al que seguían los lorquinos, sin paga, sin sueldo ni avituallamiento.

Hasta el 30 esperó Luis Fajardo nuevas órdenes del rey, pues Almería ya no estaba en peligro y no había necesidad de mantener su campo en los alrededores. Informado de la concentración morisca en la taha de Andarax, y siendo su presencia en el río de Almería innecesaria, se dirigió a Canjayar, poniendo su campo en el Barranco Hondo, también conocido como Barranco de Mataelhambre. En la mañana del 31 ahorcó a varios soldados "porque sin orden habían salido del campo" (49). Ese mismo día pasan al Losar de Canjayar, enterándose que en Ohanes los moriscos están fortificados. El primer día de febrero lanza el ataque (50).

Es significativo que durante el enfrentamiento los lorquinos sufrieron mucho, teniendo que ser reforzados por Totana y Alhama (51). Las pérdidas por parte morisca registraron unos índices casi absolutos (52). Dos días después de la batalla llega una compañía de Lorca con 400 peones al mando de Alonso Leiva Marín (53). Desfilaron ante el marqués; y en el transcurso de la revista, se produjo un incidente que sólo refiere Pérez de Hita: "estando mirando su Excelencia con mucho gusto desde una ventana cómo pasaba el escuadrón salió de él desmandada una bala y fue a dar en el borde de la ventana, y si acertara a llegar un poco más arriba, allí matara al marqués, que se retiró disimulando el susto; quiso el capitán hacer pesquisa sobre este hecho, pero jamás se supo sacar en claro de dónde salió aquella bala, porque había otras compañías que al tránsito hicieron salva a la de Leiva". ¿Atentado? El hecho es que tras batalla e incidente, el marqués sufre un cambio significativo en su forma de actuar, pues las trescientas moriscas cautivadas las "tuvieron los soldados que las tomaron a su voluntad más de quince días, al cabo de los cuales mandó el marqués que las llevase a la iglesia" (54). También "repartió entre sus soldados la presa que por su parte hubieron quedado todos muy contentos" (55). No obstante, añade Morote, el ejército siguió pasando necesidad "sin haber logrado el marqués le hubiesen socorrido no obstante haberse quejado desta falta al gobierno de Granada y al marqués de Mondexar, desertaron muchos de sus cuerpos, pasando a sus lugares" (56).

Quiso el marqués avanzar por Andarax; el de Mondéjar se había retirado a Granada, y su ejército "estaba descansado y brioso con el refresco de Ohanez" (57). La entrada no se produjo, ya que los soldados "desertan satisfechos de botín" (58). Fue peor el remedio que la enfermedad. El fenómeno se acrecienta con la escasez de bastimentos y porque "ya no les quedaba qué hacer o qué sacar". Fueron tantos los desertores, que "cuando él dio en la cuenta le faltava gran parte de su gente, y muy pesaroso de la deserción, recelando que el reyecillo le acometiese con ventaja en aquella sierra, mandó que el campo baxase al Losado de Canjayar" (59). Aquí sigue faltando la vitualla y los socorros que pedía no llegaban, por lo que "de aquí también se le fue mucha gente, y de tal forma que quedó reducido el exercito del marqués; que si entonces los moros le acometieran sin ninguna dificultad le desvaratarán" (60).

Marchó a Terque, con un ejército deshecho y falto de todo para que desde Almería le proveyesen. Allí escribió nuevamente a las justicias de Lorca para que lo socorran y castiguen a los desertores (61). Cuando el marqués rehaga su campo será otro ejército muy distinto el que entre en la Alpujarra.

## CONCLUSIONES.

La rebelión de la Alpujarra reabre la memoria fronteriza de Lorca. Su rapidez de intervención está suficientemente clara: estancias y guardas protegen la frontera, y 1.500 hombres con 100 jinetes se disponen en menos de un día al grito de guerra del marqués, su caudillo militar. El concejo organiza la milicia, pero ellos, a título particular, lo asumen como hueste y como tal se comportan. Desempolvan los lorquinos los viejos recuerdos de cabalgadas en Granada. Por otro lado el marqués de los Vélez, descendiente de carismáticos adelantados, es un hombre de su época, con una concepción militar moderna. Los tiempos son otros y las cabalgadas pertenecen al campo de los libros de caballerías.

Esta es la clave del período analizado: la dialéctica que se produce entre los hábitos medievales de la *hueste* lorquina, y la idea del ejército moderno que pretende mandar el Fajardo (62).

Dos cronistas, Mármol y Hurtado de Mendoza definen muy bien estas jornadas. El primero vio salir a los lorquinos "muy bien en orden como lo suelen siempre estar los de aquella ciudad" (63). El segundo, al orden lorquino le contrapone la idea del marqués: "tomo la empresa sin dineros, sin munición ni vituallas, con poca gente, y ésa concejil, mal pagada y por esto mal disciplinada mantenida del robo; y al trueque de alcanzar y conservar éste mucha libertad poca vergüenza y menos honra" (64). Las justificaciones son diversas: Pérez de Hita atribuye este carácter a que "era



gente toda belicosa y marítima y mostrada al trabajo de las armas" (65), y Morote dice que "faltando los bastimentos de boca nada sirven los de la guerra para una batalla" (66). Lo cierto es que "mala cabalgada es llevar caballo sin cebada".

Concluimos con palabras del marqués, que resume muy bien la opinión que tenía de su hueste: "gente yñutil y sin armas que ha venido a este canpo para solo este efecto (robar)" (67). Pensamiento individual, el de D. Luis, contra idea colectiva, los soldados.

## NOTAS

(1) LÓPEZ MATA, T.: "Burgos en la sublevación de los moriscos de Granada". *B.R.A.H.* CXLI (1957), pp. 331-72. LÓPEZ RUIZ, E.: "La guerra contra los moriscos vista desde Jaén". *Bol. del Inst. de Est. Giennenses*, XI (1969), pp. 9-97. ZAMORA LUCAS, F.: "El comendador D. Alonso Mexía y la guerra de los moriscos granadinos". *Hidalguía*, I (1953), pp. 356-80. SANTAMARÍA CONDE, A.: "Participación de Albacete en la lucha contra los moriscos granadinos". *Al-Basit*, 6 (1979), pp. 177-98. SANZ FUENTES, M. J.: "Contribución de la ciudad de Ecija y de los caballeros naturales de ella a la guerra contra los moriscos sublevados en el reino de Granada". *Miscelánea de Est. dedicados a Martín Ocete*, Granada, 1983, t. II, pp. 983-99.

Desde una perspectiva más amplia: COLONGE, Ch.: "Reflet littéraire de la question morisque entre la guerra del Alpujarras et l'expulsion (1571-1610)". *Bol. R. A. de Bellas Letras de Barcelona*, XXXIII (1969-70), pp. 137-243. REGLA, J.: "La cuestión morisca y la coyuntura internacional en tiempos de Felipe II". *Estudios de Historia Moderna*, 3 (1963), pp. 219-34.

(2) El tema de las milicias lorquinas ha sido tratado por GÁLVEZ BORGONÓZ, Ginés A. *Mussato Polibistor...* Mula, 1991, tratado 9. MOROTE, Fr. P.: *Blasones y antigüedades de la ciudad de Lorca*, Murcia, 1741, imp. Fco. J. López Mesnier (reimp., Lorca, 1980). CASCALÉS, F.: *Discursos históricos de la muy noble y leal ciudad de Murcia y su reino*. Murcia, 1775, 2.ª ed., imp. F. Benedito (reimp. Murcia, 1980). CÁNOVAS COBEÑO, F.: *Historia de la ciudad de Lorca*, reimp., Lorca, 1980. CÁCERES PLA, F.: "Los tercios de Lorca en el alzamiento de los moriscos de 1568". *Bol. de la Soc. Esp. de Excursionistas*, VI (1898), pp. 23-25; "Los tercios lorquinos". *Rev. Contemporánea*, CXV (1899), pp. 285-89; "Asalto de la villa de Galera por D. Juan de Austria". *Bol. de la Soc. Esp. de Excursionistas*, XVI (1908), pp. 63-67; y "Moros y moriscos levantinos en el siglo XVI". *Rev. de la Soc. de Est. Almerienses*, II (1911), pp. 291-314. MUÑOZ BARBERÁN, M. y GUIRAO GARCÍA, J. *Aportaciones documentales para una biografía de Ginés Pérez de Hita*, Lorca, 1975.

Sobre las milicias de Mula en la guerra: GONZÁLEZ CASTAÑO, Juan: *La villa de Mula de la Edad de Oro a la decadencia (1500-1648)*. Murcia, 1990. Tesis doctoral inédita. Para el reino de Murcia, aunque de una forma muy somera: CHACON JIMÉNEZ, F.: *Historia de la Región Murciana*. Tomo V, Murcia, 1980, pp. 241-53.

(3) PÉREZ DE HITA, G. *Guerras civiles de Granada. Segunda parte*. Edición de Paula Blanchard-Demouge, Madrid, 1915. DEL MÁRMOL CARVAJAL, L. *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, Madrid, B.A.E. 1945. HURTADO DE MENDOZA, Diego. *De la guerra de Granada*. Edición de Manuel Gómez-Moreno, M.H.E., XLIX, Madrid, 1945. CABRERA DE CÓRDOBA, L. *Historia de Felipe Segundo, rey de España*. Madrid, 1876 (I-II).

Una reflexión de todos en su conjunto, la encontramos en CARO BAROJA, J. *Los moriscos del reino de Granada. Ensayo de historia social*. Madrid, 1957.

(4) Desde la Baja Edad Media, se registra una actividad corsaria en estas costas muy intensa, acrecentada tras la conquista del reino nazarí. Véase TAPIA GARRIDO, J. A. "La costa de los piratas", *Rev. de Historia Militar*, 1972, pp. 73-103.

(5) MOROTE, p. 377.

(6) MÁRMOL, p. 130.

(7) HURTADO, p. 36.

(8) MÁRMOL, p. 130.

(9) A.M.L. Act. cap. 1567-69, sesión 29-XII-1568.

(10) Ibidem.

(11) A.M.L. Act. cap. 1567-69, sesión 30-12-68.

(12) A.M.L. Act. cap. 1567-69, sesión 1-I-1569.

(13) Existe un proceso en el Archivo de la Real Chacillería de Granada, en donde se recoge la salida inmediata de contingentes armados lorquinos, caso del capitán Alonso del Castillo. Ar. Real Chac. Granada. 303-225-9.

El P. Vargas, al referirse al capitán Adrián Leonés de Guevara, dice salió "con quatrocientos soldados hasta el cerco de Galera" donde murió en combate. VARGAS, Fr. Alonso de. *Relación votiva... de la imagen de Nra. Señora de las Huertas... en la ciudad de Lorca...* Impr. Fco. Heylan, Granada, 1625, p. 65.

(14) A.M.L. Act. cap. 1567-69, sesión 2-I-1569.

(15) MÁRMOL, p. 130.

En efecto, la citada ley se refiere a la sedición y su aplastamiento; comprometía a los vasallos a participar "luego que lo sopieren, a tal hueste (defensiva), no atendiendo mandado del rey". La glosa del ldo. Gregorio López disipa las posibles dudas, refiriéndose al caso de que las comunicaciones no fuesen buenas y el mandamiento se demorase, siendo necesaria una rápida intervención. Partida II, título XIX, ley III. *Las Partidas*, glosadas por el ldo. Gregorio López, imprenta de Andrea de Portonaris, Salamanca, 1555 (reimp. fasc. Madrid, 1985).

(16) PÉREZ DE HITA, p. 40-41.

(17) El enfrentamiento entre los dos marqueses lo apunta José CEPEDA ADÁN en "Los últimos Mendoza granadinos del s. XVI", *Homenaje a Marín Océte*, t. I, Granada, p. 198. Todo señala a D. Pedro Deza como principal instigador.

Sobre esto véase: PÉREZ, J. "«Letrados» et seigners", *Les morisques et leur temps*, París-Túnez, 1983, pp. 237-44. SPIVAKOVSKY, E. "Un episodio de la guerra contra los moriscos. La pérdida del gobierno de la Alhambra por el V conde de Tendilla (1569)", *Hispania*, XXI, 1971, pp. 399-431. De la misma autora "Some notes on the relations between D. Diego Hurtado de Mendoza and D. Alonso de Granada Venegas", *Archivum*, XIV (1969), pp. 212-32. Por último, HERRERA AGUILAR, A. *Don Pedro de Deza y la guerra de Granada (1568-1570)*. Resumen de la tesis doctoral, Granada, 1974.

(18) MOROTE, p. 379.

(19) MÁRMOL, p. 130.

(20) PÉREZ DE HITA, p. 41.

(21) PÉREZ DE HITA arguye que partieron el 6, día de la Epifanía. El marqués "escribió al presidente y oidores e inquisidores como, martes cuatro deste, salió con tres mil infantes y cuatrocientos caballo y que va la vuelta de Almería" (en Academia de la Historia: fondo de jesuitas, t. 188, f. 236. Apund: HURTADO DE MENDOZA, L. *Op. cit.*, p. 272). Claro está que HITA se equivoca.

(22) MOROTE, p. 378. MÁRMOL, p. 130. HURTADO, p. 36.

(23) HURTADO, p. 36.

(24) MÁRMOL, p. 130.

(25) MOROTE, p. 379.

(26) CABRERA, p. 654.

(27) MÁRMOL, p. 131.

Para los sucesos en Olula: LENTISCO PUCHE, J. D. *Las repoblaciones de Olula del Río en el s. XVI*. Almería, 1991, pp. 89-97.

(28) *Ibidem*.

(29) PÉREZ DE HITA, p. 45.

(30) HURTADO, p. 67.

(31) MÁRMOL, p. 136.

En una carta posterior del marqués de Mondéjar a Juan Vázquez, secretario real, con fecha 29-VI-1569, acusa a Luis Fajardo de no cumplir con el ofrecimiento que hizo en su día (SPIVAKOVSKY, E. "Un episodio...", p. 113, apéndice I).

(32) MOROTE, p. 380.

(33) MÁRMOL dedica al tema el capítulo XXXII del libro V.

El marqués de los Vélez escribió al rey desde Ohanes el 12-II-1569; entre los asuntos que le menciona, se encuentra el debate de la esclavitud, ya que "es uno de los mayores trabajos que he sentido en esta guerra entender destas palabras que en ello se tiene duda" (A.G.S. Guerra Antigua, leg. 72-119).

La esclavitud por guerra está muy bien tratada en la obra de N. CABRILLANA, *Almería Morisca*, Granada, 1982.

(34) PÉREZ DE HITA, p. 59.

(35) MÁRMOL, p. 136. Morote dice lo mismo aunque lo aplica exclusivamente a los lorquinos, p. 308.

(36) La batalla la desarrolla MÁRMOL en p. 136; HURTADO en pp. 67-68; CABRERA en p. 637; MOROTE en pp. 380-81; y PÉREZ DE HITA en pp. 59-66.

(37) HURTADO, p. 68.

(38) PÉREZ DE HITA, pp. 61-62.

(39) MÁRMOL, p. 136.

- (40) PÉREZ DE HITA, pp. 61-62.
- (41) MOROTE, p. 382. Parafrasea a Pérez de Hita que cita el hecho en p. 76.
- (42) Muy sucintamente, remitimos a SOTTO MONTES, J. de, "Organización militar española de la Casa de Austria (s. XVI)", *Rev. de Historia Militar*. 9 (1965), pp. 67-116.
- (43) MÁRMOL, p. 142.
- (44) MOROTE, p. 382-84. CABRERA, p. 662-63. CASCALES, p. 311. MÁRMOL, p. 142-43. PÉREZ, pp. 77-86. HURTADO, p. 53.
- (45) NICOLÁS CABRILLANA cita varios casos: "Rebelión, guerra y expulsión de los moriscos de Almería (1568-1571)". *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*. 1976, pp. 1-50.
- (46) MOROTE, p. 384.
- (47) Ver nota 40.
- (48) En el asalto la vanguardia, ocupada por Lorca, se comportó muy indisciplinadamente. El marqués buscó responsables, hallando culpable a un soldado lorquino llamado Palomares. Mandó Luis Fajardo ahorcarlo. Los capitanes de Lorca se opusieron con su tropa, en un claro motín. Por fin, convencido el marqués por Diego Mateos de Guevara, quien le recordó que las tropas estaban sin sueldo, hambrientas y sin botín, advirtiéndole del peligro que corría de mantener una postura tan dura; al final perdonó a Palomares.
- (49) CABRERA, p. 97.
- (50) MÁRMOL, pp. 146-47; CABRERA, pp. 666-67; HURTADO, pp. 68-69; PÉREZ DE HITA, pp. 98-99; CASCALES, p. 312; y MOROTE, pp. 392-93.
- (51) MOROTE, p. 392.
- (52) Así lo reconoce Mahomad Hamieaxit el Paterní, en una carta que dirige a Aben Humeya el 22 de febrero de ese mismo año, refiriéndose al encuentro de Ohanes: "porque vino el enemigo del marqués, e ansi verde nos comió el pan e no cogió la gente agosto ninguno y todos estamos en mucho menester". ALONSO DEL CASTILLO: *Cartulario del morisco Alonso del Castillo*. En *Memorial Histórico Español*. T. III, Madrid, 1882, p. 181.
- (53) Las actas del concejo lorquino recogen la partida del regidor Leiva (A.M.L. Act. cap. 1567-69, sesión 29-I-1569).
- (54) PÉREZ DE HITA, p. 99.
- (55) PÉREZ DE HITA, p. 101-02.
- (56) MOROTE, pp. 392-93.
- (57) MÁRMOL, p. 147.
- (58) *Ibidem*. El marqués escribe a D. Pedro Deza el 5 de febrero desde Ohanes, excusando su retraso "por causas que me forzaron a ello habiendo reformado este campo de gente que me había faltado con los despojos de aquel buen suceso". B. N. Mans. Dd. 59, fols. 115-18. Apud: Velarde de Ribera, P. "Documents relatifs à la guerre de Grenade". *Revue Hispanique*. 3 (1914), pp. 487-532.
- (59) PÉREZ DE HITA, p. 102.
- (60) *Ibidem*.
- (61) PÉREZ DE HITA, pp. 102-03. El marqués clamaba en el desierto a las justicias de Lorca. De nada parecían servir las continuas cartas de apercibimiento para castigar a los desertores. Tuvo que ser la propia Chancillería de Granada la que iniciara diligencias. El concejo justifica las deserciones por las penalidades que sufrieron sus convecinos en la campaña (A.M.L. Act. cap. 1567-69, sesión 23-II-1569).
- Existe una variada documentación acerca de este asunto (diligencias, testimonios y alegaciones), en el Archivo Municipal de Lorca, leg. "Moriscos", sección Monográficos.
- (62) En éste y en otros aspectos THOMSON, J. A. afirma el carácter medieval que impregna algunas facetas de la rebelión. *Guerra y Decadencia. Gobierno y Administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Barcelona, 1981, pp. 23 y ss.
- (63) MÁRMOL, p. 130.
- (64) HURTADO, pp. 65-66.
- (65) PÉREZ DE HITA, p. 42.
- (66) MOROTE, p. 393.
- (67) A. G. S. Guerra Antigua, 72-119.



# **TURCOS Y MORISCOS EN LA REBELIÓN DE LAS ALPUJARRAS: ALGUNAS NOTAS SOBRE LA GUERRA DE GRANADA DE 1568-1570**

**Ángel Galán Sánchez**  
Universidad de Málaga.

## **1.—INTRODUCCIÓN.**

El alzamiento de los moriscos del reino de Granada y la subsiguiente guerra que asoló al reino durante más de dos años a partir de diciembre de 1568 ha sido contada y analizada innúmeras veces. Desde el punto de vista de la visión tradicional de la España cristiana, la sublevación de los granadinos era la última prueba de la incapacidad que estos tenían para ser buenos cristianos y leales súbditos de su majestad católica. La historiografía sobre el problema no deja muchas dudas al respecto (1). El recuerdo del frustrado intento de rebelión entre los moriscos de la diáspora que siguió a la expulsión general no deja lugar a dudas tampoco sobre el carácter islámico y anticristiano que tenía la guerra (2).

La revisión historiográfica de los últimos cuarenta años, sobre todo a partir de la magistral obra de Julio Caro Baroja (3), ha ido poniendo fin al tono polémico para intentar explicar las causas estructurales del estallido de 1568, ya sean éstas económicas, sociológicas, ideológicas, etc. (4). Desvestida de su justificación "partidista" y de los adornos literarios que le han ido acompañando desde el fin mismo de los acontecimientos bélicos (5), sólo podemos entenderla como el punto álgido de un conflicto que se inicia con la guerra misma de conquista de Granada y supera con mucho los límites peninsulares (6).

Sin embargo, existe un ámbito de la discusión en el que aparece haber acuerdo generalizado desde el principio. Desde los cronistas de la guerra, que conforman uno de los ciclos historiográficos más ricos de la Península Ibérica (7), en adelante nadie concede capacidad militar alguna a los sublevados, aunque, como veremos las causas de la derrota se han ido haciendo más complejas en su explicación.

Los moriscos aparecen como pobres, desorganizados, mal armados y sin conocimiento de las tácticas de la guerra moderna. La magistral interpretación de J. Caro Baroja sintetiza este pensamiento perfectamente. Frases como "táctica... rudimentaria", "golpes de mano", "sistemas tradicionales" (8) o "guerra de guerrillas" parecen perfectamente acuñadas para la rebelión. Las mismas y detalladas fuentes que Caro utilizó en sus análisis sobre la guerra han venido inspirando desde el siglo XVI juicios similares sobre el conjunto de la organización militar de los moriscos dentro o fuera de nuestras fronteras (9).

Aún admitiendo la solidez de un juicio tan bien avalado por los hechos conocidos, creemos que éste debe ser matizado desde el punto de vista de la historia militar. Tenemos otra evidencia, producto del mismo florecimiento de la historiografía sobre los moriscos en las últimas décadas aparentemente contradictoria con lo anterior. Nos referimos a la enorme importancia que para el desarrollo militar del Magreb tuvo la emigración morisca. No nos estamos refiriendo sólo a la piratería, el hecho mejor conocido (10), sino al desarrollo mismo del arte de la guerra en los estados norteafricanos (11).

Por tanto quizás convendría reexaminar con las crónicas disponibles sobre todo con las más detalladas de ellas, la de L. del Mármol los aspectos puramente militares del “ejército” sublevado para comprobar la tan aireada debilidad táctica y estratégica de los alzados.

## **2.—EJÉRCITO MORISCO.**

### **2.1. Los hombres en conflicto.**

Las exageraciones de las crónicas cristianas en cuanto al número de los alzados efectivamente han sido señaladas en diversas ocasiones. Las contradicciones son tan evidentes que no hay necesidad de señalarlas, algunas veces incluso en un mismo episodio. Así por ejemplo, L. del Mármol nos informa de que las fuerzas del “alcaide” del Val de Lecrín, Miguel de Granada el Xaba, estaban compuestas por 6.000 hombres procedentes del Valle de Lecrín, Orgiva, Motril y Salobreña en el momento del asalto fallido a Dúrcal, en los momentos iniciales de la rebelión. De estos 6.000 hombres, el Xaba contaba con más de 600 tiradores (12).

Más adelante tras describir la retirada de estos mismos, habiendo perdido 200 hombres, ante la caballería cristiana su recuento cambia sustancialmente. Según Mármol eran 3.000 hombres pobremente armados con hondas y algunas lanzuelas los que llegan a reunirse con Aben Humeya en Poqueira (13). Como vemos pues, aunque estemos abocados a barajar sus cifras, éstas han de ser consideradas con escepticismo.

Los cálculos de A. Domínguez Ortiz y B. Vincent, conscientes de este hecho, dan una masa de combatientes entre 4.000 hombres, en los inicios de la rebelión y 25.000 en su máximo momento de apogeo. A ellos se les opuso una fuerza similar de soldados cristianos para el conjunto de la guerra (14). En cualquier caso, como veremos más adelante, la capacidad de movilizar fuerzas de una sola vez de los moriscos distaba mucho de alcanzar los 10.000 hombres que Aben Humeya opuso al ejército del Marqués de los Vélez en el asalto morisco a Berja (15).

Hay que pensar que la movilización del ejército morisco no dependía exclusivamente de la capacidad estratégica o la buena intendencia de sus dirigentes, sino, sobre todo de circunstancias políticas que entran de lleno en el terreno de las relaciones contradictorias y difíciles entre ambos sectores de la población. El relato de Mármol nos deja una excelente muestra de lo dicho y el resto de las fuentes documentales o cronísticas no hacen más que confirmarlo (16). La defección inicial de los del Albaicín, motivada por el apresuramiento de los monjes alpujarreños, impide el alzamiento de los 8.000 hombres inicialmente previstos para hacer prender el fuego de la rebelión (17).

Así, pues, nos encontramos con un ejército cuyos efectivos dependen de ajenos a la propia organización interna, principalmente, de la decisión o no de alzarse de un lugar.

Ahora bien, producido este hecho, por los medios que fuera (18), los moriscos pasaban a integrarse en un movimiento que desde el principio tiene una organización militar por rudimentaria que ésta sea.

### **2.2. Organización y funcionamiento del ejército morisco.**

El plan inicialmente previsto por los alzados preveía organizar a los mismos en grupos de hombres al mando de monjes destacados o de notables locales en calidad de capitanes. Los primeros se ocuparían de los alpujarreños y los habitantes de Val de Lecrín y los segundos de los habitantes de las parroquias con más población criptomusulmana de la ciudad de Granada (19). Fracasado el mismo, el alzamiento de los alpujarreños entre Diciembre de 1569 y enero de 1570 siguió un procedimiento desigual, más próximo al motín espontáneo que a cualquier plan organizado (20).

Pero, la inmediata elección de Aben Humeya como rey en detrimento de Farax Aben Farax produce la primera organización de las fuerzas. Junto al alguacilazgo mayor concedido al rival y pretendiente del trono, se nombró un capitán general y un tesorero, junto con tres jefes militares (“Alcaides”) de carácter territorial: Uno para la taha de Andarax, otro para el Val de Lecrín y un último para Ferreira (21). En adelante, junto con los alzamientos espontáneos se producirán decisiones más o menos centralizadas para cubrir los objetivos básicos de la rebelión. Así el asalto a Orgiva es el resultado, según Hurtado de Mendoza, de la evidente inactividad de los granadinos (22). Éste demostró una elemental organización del ejército morisco y cierta técnica de asedio de la fortaleza (23).

Las esperanzas de socorro del Islam irredento, las victorias parciales en valor y el desarrollo de la rebelión, una vez fracasada a causa de la represión cristiana la primera pacificación de las Alpujarras, posibilitan una segunda reorganización general del ejército de Aben Humeya, estando ya D. Juan de Austria en Granada. En Ugijar, D. Hernando de Válor normaliza un efímero centro de la rebelión, establece un Consejo para su gobierno y reasigna los mandos territoriales de sus fuerzas. Junto con esto establece un rudimentario aparato fiscal sobre el diezmo de las cosechas y el quinto de los botines obtenidos para poder sustentar la rebelión (24).

En realidad, salvo Farax Aben Farax cuyas acciones no son en ningún momento controladas por cabecillas de la rebelión y los movimientos más o menos espontáneos de algunos lugares, la rebelión obedece a una dirección centralizada, aunque confusa, que llega hasta la muerte de Aben Aboo (25). Más aún, el asesinato de Aben Humeya y su sustitución por Aben Aboo tiene como trasfondo la dirección que había de tomar la guerra (26).

En cuanto a la capacidad militar y el entrenamiento de estos hombres, hemos de distinguir varios niveles distintos en la composición del ejército alzado. El núcleo inicial del mismo está formado por los monifes. Estos bandoleros moriscos son los sujetos de la resistencia activa en una guerra de cien años que sólo tuvo tres momentos generales (1485-1492, 1500-1501 y 1568-1570) (27). Habitados a hostigar permanentemente a los cristianos su figura se remonta al momento mismo de la guerra de conquista (28). En frase de Mármol son "instrumento principal de la rebelión" (29). Aunque es difícil calcular su monto total, dado lo no permanente su rol social y la alarma cristiana, son los únicos elementos con experiencia en esa guerra de guerrillas. Actúan como agentes para sublevar zonas pacíficas, a la vez que son capitanes del ejército (30) e intervienen activamente en la política interna del grupo (32). Cuando la rebelión se acaba oficialmente ellos mantendrán viva la llama de la revuelta durante algunos años más. Así pasó por ejemplo en la Serranía de Ronda o en el Oriente del reino (33).

Los líderes en cambio, al igual que la mayoría de la población, carecían de experiencia militar directa. Procedentes del "colaboracionismo" mudéjar-morisco eran en general comerciantes, artesanos y ricos propietarios moriscos (34). En general procedían de las áreas que se alzaron y se agruparon entre sí internamente por familias y solidaridades amplias: Valoríes, etc. (35).

Las divisiones internas entre los mismos y las contradicciones de las políticas que se adoptan frente a los cristianos serán uno de los mayores problemas con los que se habrá de enfrentar la rebelión.

En cuanto a la mayoría de los contingentes alzados eran campesinos, profundamente afectados por las crisis económicas y la represión cristiana, procedentes en general de las zonas montañosas (36).

### 2.3. Los problemas para constituir un ejército regular.

En palabras del Zaguer, en una temprana invitación a capitular a los alzados en Enero de 1569, estaban "*faltos de experiencia, de armas, de caballos, de navíos y de muros donde asegurarnos*" (37). Sin embargo, la guerra había de durar más de un año y el rey Católico se vio obligado a enviar a Granada a D. Juan de Austria con tropas experimentadas ante la imposibilidad de sofocar la revuelta.

En primer lugar está la presencia de turcos y norteafricanos en la rebelión, la *experiencia* de la que habla el Zaguer. Las continuas peticiones de ayuda al Islam irredento no dieron el fruto apetecido, pero los grupos aislados que fueron llegando a Granada son imprescindibles para entender la continuidad de la revuelta.

Desde que la revuelta se gestó las miradas están prestas en la otra orilla. El gobernador de Argel recibe peticiones urgentes de hombres y armas, atendidas desde el principio aunque con escasa efectividad (38).

Lentamente un goteo mezcla de aventureros, soldados profesionales (39) y voluntarios de la fe norteafricanos (40) que intervendrían en casi todos los episodios importantes de la guerra: la terrible defensa del Peñón de Inox, el asedio a Vera, el mantenimiento de la fortaleza de Castillo de Ferro, la defensa de Frigiliana, el alzamiento de Galera y la organización de su posterior defensa o el frustrado ataque del Maleh a Huéscar, por ejemplo.

Más difícil fue solucionar el problema de la falta de armas adecuadas. La otra preocupación del Zaguer fue una de las causas más directas de la insuficiencia militar de los sublevados. En el terrible asalto, con intervención de los tercios italianos al Peñón de Frigiliana, si hemos de creer a Mármol, los asaltantes cristianos sumaban unos 6.000 hombres

aproximadamente así repartidos: 2.600 soldados de Italia, 400 ordinarios de las galeras que los había transportado y 2.500 infantes y 400 caballos del corregimiento de Arévalo de Zuazo. Los defensores moriscos, en cambio, eran unos 4.000 y no había prácticamente escopeteros o ballesteros, los primeros asaltos rechazados y el asalto final que dio la victoria se dieron en una pelea con armas blancas y con la potencia de tiro que proporcionaban los honderos moriscos (41). Los cálculos más optimistas de las fuerzas del Xaba en su frustrado asalto a Dúrcal no le dan más que un 10% de ballesteros y escopeteros, el resto honderos y algunas lanzuelas (42). En Inox, según D. Hurtado de Mendoza, de los 1.500 defensores sólo 40 eran tiradores de ballesta o escopeta (43). Las menciones a piezas de artillería en su poder son prácticamente inexistentes. Un cañón comprado en Argel por Aben Aboo que había arribado en una goleta no pudo ser montado para la defensa de Ugijar en los últimos momentos de la rebelión (44).

La búsqueda de armas de fuego eficaces y pólvora para mantenerlas en funcionamiento se convirtió en un objetivo primordial para los rebeldes. Un goteo escaso de las mismas llegaba de Argelia y el Norte de África (45). Hay que hacer notar que un desembarco en las playas de Dalfás en Abril de 1570 con armas y municiones resultó ya inútil (46).

En cuanto a la caballería los moriscos carecían de ella a diferencia de los cristianos. Bien es cierto que su papel estaba muy disminuido en el arte militar de la época, aunque la guerra de Granada la revalorizó momentáneamente (47). Aunque su utilidad era más bien escasa en esta guerra de posiciones y asaltos de mano, en medio de una geografía áspera, en campo abierto resultaba una notable amenaza para las columnas de moriscos que más de una vez retrocedieron ante ella (48).

Por último, siguiendo las carencias enumeradas por el Zaguer, la carencia de navíos era total. Salvo las fustas piráticas, sólo aptas para los golpes de mano rápido (49), sólo el imperio otomano podía proveer algo similar a una armada.

La inferioridad técnica y militar de las naves turcas y el alejamiento de sus bases naturales, sin embargo, tampoco parece que hubiese podido convertirse en un elemento decisivo si la confrontación naval entre Felipe II y los turcos hubiese escogido este escenario (50).

### 3.—Capacidad ofensiva y defensiva de los alzados.

Dada la multiplicidad de carencias del ejército morisco, aquí brevemente reseñadas, veamos ahora su capacidad para oponerse al ejército cristiano y las razones que posibilitaron la continuidad de la guerra.

Consideremos en primer lugar los factores que le favorecían en su resistencia al poder cristiano: La división de opiniones en la dirección de la guerra se dio desde el primer momento. Los esfuerzos pacificadores del marqués de Mondéjar, ayudado por una ilustre nómina de eminentes colaboracionistas se estrellaron contra la intransigencia del Presidente de la Audiencia, el marqués de los Vélez y buena parte de la población del reino (51). La llegada de D. Juan de Austria como general en jefe no agilizó los procedimientos, antes bien, consiguió encrespar todavía más los ánimos entre las diversas facciones (52).

Tan o más graves que estas discusiones políticas eran los procedimientos de recluta de las tropas enviadas a la guerra. Si exceptuamos el núcleo de soldados adscritos al Capitán General y lo más profesionalizado de las huestes del marqués de los Vélez, la mayor parte de las tropas procedían de milicias concejiles, mal armadas, peor preparadas y con una mentalidad depredatoria que le otorgó a la guerra esos rasgos de crueldad innecesaria que se han hecho tan famosos (53). Estos soldados sobre los que su propio general en jefe, D. Juan de Austria, emitió juicios tan duros (54), eran el producto de una serie de reformas militares en la España del siglo XVI que se demostraron absolutamente incapaces de defender al país con las fuerzas del interior (55). El resultado fue, como dice Thompson una refeudalización de la guerra (56), en la que medidas como las del rey, renunciando al quinto real del botín no hacen más que acentuar este carácter.

Las frecuentes órdenes contradictorias sobre las decisiones que se habían de tomar ocupan tanto las crónicas como la documentación. Deserciones, acciones individuales en busca de gloria y botín, errores estratégicos, etc. Tampoco los concejos fuertemente implicados en esta guerra escaparon a cierto comportamiento anárquico con respecto a los teóricos dirigentes de la misma, todos avalados con la autoridad del rey (57). Aun así estaban incomparablemente mejor armados y organizados que los moriscos granadinos y en general, que las culturas islámicas



tradicionalmente sus enemigos (58). A ello hay que añadir la llegada de los tercios italianos y de un núcleo homogéneo de oficiales en torno a D. Juan de Austria (59).

Las otras dos ventajas serán menores que la aludida pero igualmente importantes: A) Un excelente conocimiento del terreno, y B) una red de informantes y apoyos pasivos que convertía virtualmente a toda la población del reino en sospechosa.

Por último, la degradación del sistema de defensa costera del reino de Granada, tanto en las fortificaciones como en el número de navíos dejó de ser una ventaja en la misma medida que no se produjo el temido ataque turco (60).

Teniendo en cuenta su desventaja inicial, ya expuesta, y estos factores favorables ¿cuál fue la actuación de los moriscos en la guerra?

Desde el punto de vista de la estrategia global fue un completo fracaso, toda vez que estaba basada desde el principio, como machaconamente insisten las fuentes en la ayuda masiva del imperio otomano que nunca llegó (61). La actitud del monarca Saàdi fue aún peor, prestando un encubierto apoyo a Felipe II (62) y, si hemos de creer a Mármol, incluso ciudades “andaluzas” de la otra orilla no se mostraron mucho más activas (63).

Si prescindimos de este fracaso global, podríamos señalar, en las cuatro fases de la guerra, tres procedimientos diferentes (64):

- A) Los asaltos a poblaciones cristianas indiscriminadas, más dirigidos a la represión que a otra cosa.
- B) La defensa aprovechando las asperezas del terreno.
- C) Los movimientos ofensivos o defensivos con objetivos producto de cierta planificación estratégica.

En el apartado A entran la mayoría de los alzamientos de los alpujarreños en los primeros días, así como los asaltos y saqueos de Aben Farax y sus gentes. Carentes de cualquier objetivo militar claro están dirigidos a aprovechar el factor sorpresa y vengarse de los cristianos (65).

Resultado de este procedimiento viene lo que Caro Baroja ha llamado tácticas tradicionales: “rebatos”, “algaras” y huidas repentinas de las alzadas contra grupos de cristianos, que no exigían gran cantidad de hombres ni de esfuerzo (66). Así, por ejemplo, el golpe de mano que un capitán turco el Picensi, dio por orden de Aben Aboo sobre una caravana de esclavos y provisiones que escoltaba el marqués de la Favara en 1570 (67). Igualmente las acciones destinadas a ocasionar el hambre al enemigo impidiéndole hacer harina y destruyéndole los molinos o quemando los campos (68).

El grupo B es el resultado de la desesperada necesidad de defensa de una población obligada a moverse junto con sus mujeres y niños que encontraba refugio en las innúmeras defensas naturales de la Penibética. El peñón de Frigiliana junto con el de Inox simbolizan perfectamente esta posición. La dura defensa de los alzados en la serranía de Bentomiz es uno de los ejemplos más duros de la guerra, pero no el único (69). Los refugiados de la comarca de Almería en el peñón de Inox resistieron el duro asalto de las tropas de García de Villaroel y finalmente sucumbieron (70).

Pero, la guerra presenta episodios de una naturaleza militar más compleja y que contribuyen a explicar su prolongación, dentro de lo que hemos denominado el grupo C.

Para ello se tienen que dar tres condiciones:

- a) Previsión del objetivo y mando unificado claro.
- b) Tropas con cierta experiencia militar preferiblemente turcos.
- c) Potencia de fuego (arcabuces, escopetas y en menor medida ballestas) suficiente.

Empezamos por las acciones defensivas. Los moriscos, según ha puesto de manifiesto Vincent, se sentían ligados a la vieja red de estructuras defensivas del reino nazarí (71). Empero esta asociación no siempre resistió la ingenua asociación que vemos en Frigiliana o la defensa de Feliz, en Almería, frente a García de Villaroel presenta un notable orden. Tahali, su capitán, apoyándose en dos mangas de arcabuceros el frente formó un escuadrón de 500 hombres y otros más, compuesto de mujeres y niños para engañar a los cristianos consiguió que éstas se retiraran sin presentar batalla. Sólo la aparición de las tropas del marqués de los Vélez con un ejército de más de 3.000 hombres consiguió vencer a los defensores de Peñón en enero de 1569 (74).

Mucho más expresivo es el asalto de Galera. El Maleh había dado orden de concentrar en la villa, un gran número de la población alzada procedente de lugares cercanos. Admirablemente dispuestas para la defensa, las casas estaban dispuestas escalonadamente y la Iglesia con su torre servía de puerta al único acceso practicable a la villa. Un sistema de comunicación entre las casas, la obstaculización sistemática de las calles principales, acopio de municiones y otras medidas fueron dispuestas por el turco Carvajal para la defensa de la villa (75). Aunque los defensores armados no sumaban más de 3.000 hombres exigió el terrible esfuerzo de todos conocido en hombres, artillería y provisiones para acabar con la defensa de la villa. Los ataques del Maleh a Huéscar o la defensa de Huejar, ambos estrechamente relacionados con la defensa de Galera muestran el mismo orden y la misma capacidad de retirada ordenada cuando se cuenta con arcabuceros disciplinados, organizados en compañías y con presencia de turcos expertos (76). Algo similar podríamos decir de la desesperada, aunque ordenada defensa que el Hoscein, el capitán turco hace de Castill de Ferro (77).

La capacidad ofensiva de los moriscos se puso de manifiesto en la necesidad de atacar objetivos estratégicos como Almería, las frustradas perspectivas para el asalto a la fortaleza de la Alhambra, etc. Los vicios que Hess atribuye a la organización militar de los norteafricanos no aparecen presentes en estos episodios (78), justificando así el importante papel de los escopeteros moriscos en la diáspora.

El cerco de la fortaleza de la Calahorra (79), el asedio de Orjiva (80), la victoria de Serón, etc. muestran una capacidad de ordenar la batalla y emplear máquinas de asedio para romper las fortalezas enemigas.

## N O T A S

- (1) Vid. BUNES DE FUENTES, M. A.: *Los moriscos en el pensamiento histórico*. Madrid, 1983.
- (2) Aunque la bibliografía a este respecto es cada vez más amplia, un excelente resumen de la posición morisca puede verse en el memorial que un morisco dirigió al Gran Turco cuarenta años después. CODDIN t. 45, p. 811.
- (3) CARO BAROJA, J.: *Los moriscos del reino de Granada*. Madrid, 1958. Utilizamos la 2.ª ed. Madrid, 1976.
- (4) Para los avances en la historiografía sobre el problema vid. CARO BAROJA, J. Op. cit. p. 7-28; BUNES, M. A. de Cap. III; GARCÍA CÁRCEL, R. "La Historiografía sobre los moriscos españoles" *Estudis* (1977) p. 71-99; GARCÍA ARENAL, M. "Últimos estudios sobre los moriscos: Estado de la cuestión" *Al-Qanlara* 4 (1983) p. 101-114 y GALÁN SÁNCHEZ, A. *Una "visión" de la decadencia española. La historiografía anglosajona sobre mudéjares y moriscos (s. XVIII-XX)* Málaga, 1991.
- (5) CARRASCO, M. S. *El moro de Granada en la literatura*. Madrid, 1956. Reed. con estudio de J. Martínez Ruiz. Granada, 1989.
- (6) Para los caracteres globales del conflicto vid. la posición derivada de la interpretación de F. Braudel en ARIE, R. "Les etudes sur les morisques en Espagne a la lumiere des travaux récents" *Revue de etudes Islamiques* 35 (1967) p. 225-229 y la alternativa propuesta en la magnífica monografía de HESS, A. C. *The Forgotten Frontier. A History of the XVIth Century Ibero-African Frontier*. Chicago, 1978. Para la comprensión del problema morisco en todos sus aspectos DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. y VINCENT, B. *Los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*. Madrid, 1979.
- (7) MÁRMOL CARVAJAL, L. del. *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*. B.A.E. vol. XXI, Madrid, 1942; HURTADO DE MENDOZA, D. *Guerra de Granada*, Ed. y estudio de E. Blanco González. Madrid, 1976 y PEREZ DE HITA, G. *Guerras civiles de Granada*. Cuenca, 1619.
- (8) CARO BAROJA, J.: Op. cit., p. 183-184.
- (9) Vid., por ej. GALÁN SÁNCHEZ, A. Op. cit. 49 y 80.
- (10) La larga historia de la piratería norteafricana en connivencia y/o con la participación activa de los granadinos ha sido contada en multitud de ocasiones distintas. El resto de los moriscos peninsulares participaron igualmente en estas actividades. Vid. por ej. para un área no granadina, GARCÍA MARTÍNEZ, S. *Bandoleros, corsaris i moriscos*, Valencia, 1980.
- (11) Vid. LAROUÏ, A. *Histoire du Moghreb*. París, 1974. vol. I p. . GARCÍA ARENAL, M. "Los Andalusíes el ejército Sa`dí: un intento de golpe de estado contra Ahmad Al-Mansur Al-Dahabi (1578)" *Al-Qanlara* V (1984) p. 169-202.
- (12) MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 220.
- (13) *Ibid.* p. 221-222.
- (14) DOMÍNGUEZ ORTIZ y VINCENT, B. Op. cit. p. 39-40.

- (15) Siempre según Mármol. Op. cit. p. 271
- (16) Vid. GALÁN SÁNCHEZ, A. Introducción a la reedición de la obra de Mármol hecha por la editorial Arguilar (Málaga, 1991) p. 9-27, aunque la edición no es nada afortunada en sus aspectos técnicos. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. y VINCENT, B. Op. Cit. p. 41-42; BENÍTEZ-BLANCO, R. *Moriscos y cristianos en el condado de Casares*, Córdoba, 1982, p. 179-190.
- (17) MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 181-182.
- (18) Los métodos del Rendedí para sublevar a los de Dalías, asesinando a los colaboracionistas que se oponen, o la confusa historia del alzamiento en el lugar de Albuñuelas son muy frecuentes durante la rebelión. MÁRMOL, L. Op. cit. p. 204 y 219 respectivamente.
- (19) I Ibid. p. 181-82. Comparar con la estructura de población que nos ofrece VINCENT, B. "L'Albaicin de Granada au XVIème siècle" *Melanges de la Casa de Velázquez* VII (1971) p. 187-222.
- (20) Vid. Los alzamientos de las taas de Ferreira y Poqueira.
- (21) HURTADO DE MENDOZA, D. Op. cit. p. 122-23 y MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 204-205. Aben Farax, disidente desde el principio había sido enviado por el nuevo rey a buscar armas, a Bebería. D. Fernando de Valor no está de acuerdo, además, con su política de represión feroz. Ibid. p. 188.
- (22) HURTADO DE MENDOZA, D. Op. cit. p. 138-39.
- (23) Ibid. y MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 209.
- (24) HURTADO DE MENDOZA, D. p. 201-204 y MÁRMOL, L. del. p. 261.
- (25) MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 351.
- (26) Ibid, p. 293-94.
- (27) VINCENT, B. "Guerre et habitat en Andalousie orientale au XVIe siècle", *Castrum* 3 (1988), p. 279.
- (28) GALÁN SÁNCHEZ, A. *Los mudéjares del reino de Granada*, Granada, 1991, p. 337-348.
- (29) MÁRMOL CARVAJAL, L. del. Op. cit., p. 160.
- (30) Vid. la actuación del Rendedí en Dalías, la de los monjes que fueron a levantar el río de Almería, la historia del lugar de las Albuñuelas o la de los compañeros del Galipe, hermano de Aben Aboo que fueron a levantar la sierra de Bentomiz. MÁRMOL, L. del. Op. cit., p. 204, 212-14, 219 y 351.
- (32) Serán decisivos para que Aben Humeia decida finalmente deshacerse de su suegro y tesorero general, Miguel de Rojas, Ibid. p. 237-38.
- (33) BENÍTEZ SÁNCHEZ BLANCO, R. Op. cit., p. 177, CABRILLANA, N. *Almería morisca*, Granada, 1982, p. 258 -259, y GRIMA CERVANTES, J. *La expulsión morisca. Colección documental para la historia de Turre*, Almería, 1988, doc. II, p. 62.
- (34) Sólo alguna rara excepción confirma esta regla. Así, por ejemplo, en el Jergal en el río de Almería, señorío del Conde de la Puebla, el cabecilla del levantamiento era hasta ese momento el alcaide de la fortaleza señorial del lugar, MÁRMOL, L. del. Op. cit., p. 214.
- (35) VINCENT, B. y DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. Op. cit., p. 46-48.
- (36) Ibid. p. 48-49.
- (37) Ibid. p. 232.
- (38) HURTADO DE MENDOZA, D. de Op. cit., p. 114-115. vid. MÁRMOL, p. 266 para ídolos de la juventud; y MÁRMOL p. 181-182 para la ayuda turca y su importación.
- (39) Véase, por ejemplo, la llegada de los cuatrocientos escopeteros de Argel al mando del capitán turco el Hoscein, que resultó decisivo para el posterior desarrollo de la guerra. MÁRMOL, L. del. Op. cit., p. 286-287.
- (40) Para el clima de agitación que se crea en el N. de África, lugar preferente de la emigración andalusí desde el s. XIII vid. GARCÍA ARENAL, M. Op. cit., p. 188-189. vid. MÁRMOL la explicación que éste le da a los voluntarios de la fe, p. 271.
- (41) MÁRMOL, L. del. Op. cit., p. 268 y 273-75.
- (42) Ibid. p. 220.
- (43) HURTADO DE MENDOZA, D. Op. cit., p. 211.
- (44) MÁRMOL, L. del. Op. cit., p. 332.
- (45) Ibid. p. 261 y 286-287, HURTADO DE MENDOZA, D. p. 253.
- (46) MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 335. La frase de Ginés Pérez de Hita es bastante expresiva a este respecto. En Sorbas se llegó a dar un "cristiano por una escopeta". Apud. CARO BAROJA, J. Op. cit. p. 188.
- (47) THOMPSON, I. A. *Guerra y decadencia en la España de los Austrias*. Barcelona, 1980, p. 182-184.
- (48) Vid., por ej. MÁRMOL, L. del. Op. cit., p. 221-222.

- (49) Vid. por ej. MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 330, la emigración del Darra a Tetuán en una fusta.
- (50) Vid. HESS, A. C. "The Battle of Lepanto and Its Place in Mediterranean History", *Past and Present* 57 (1972) p. 53-73.
- (51) Sigue siendo imprescindible el análisis de J. Caro Baroja para todos estos aspectos.
- (52) Vid. un análisis sobre la obra de Mármol en GALÁN SÁNCHEZ, A. "Introducción" p. 24-26.
- (53) Ibid. p. 26-28.
- (54) Vid. la correspondencia con su hermano, Felipe II en CODOIN t. 28.
- (55) THOMPSON, I. A. Op. cit. p. 29, 34-35.
- (56) Ibid. p. 25-26.
- (57) Vid., por ejemplo, la oposición del concejo de Málaga a enviar sus tropas a la Serranía de Bentomiz para no desgarnecer Casarabonela, BRAVO CARO, J. J. "El papel de la ciudad en la política de Felipe II: Málaga y la rebelión de las Alpujarras" *Actas del VI Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía* (Málaga, 1991) p. 113.
- (58) HESS, A.C. *The Forgotten Frontier*, p. 20 y 55.
- (59) Aunque desde este punto de vista tanto D. Luis Quijada como el duque de Sesa se sentían notablemente incómodos en esta guerra difícil, con soldados indisciplinados y las constantes interferencias de las autoridades locales. HURTADO DE MENDOZA, L. Op. cit. p. 223-24.
- (60) Un buen estado de la cuestión con una bibliografía al final, en el estudio preliminar de J. L. Barea Ferrer, a la reimpresión de GAMIR SANDOVAL, L. *Organización de las defensas de la costa del reino de Granada*, Granada, 1988. p. VII-XXXIV.
- (61) Reproducir los párrafos de las tres crónicas al respecto es innecesario, por conocidos y repetidos. Para todos estos aspectos vid. HESS, A. C. *The Forgotten Frontier* p. 88-89 y "The Moriscos. An Ottoman fifth Column in XVIth Century Spain" *American Historical Review* 74 (1968), p. 1-25.
- (62) GARCÍA ARENA, M. P. 190-191.
- (63) La postura de Tetuán fue bastante tibia (MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 291), no hemos de olvidar que fue fundada por emigrados granadinos. Vid. LATHAM, J. D. "The Reconstruction of Tetuan, the Period of Andalusian Immigration", *Studies in Honour of Hamilton A. R. Gibb* (Leyden, 1965) p. 387-408.
- (64) Para la división cronológica de la guerra, vid. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. y VINCENT, B. Op. cit. p. 35-37.
- (65) Vid. por ej., MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 215-218, 287-288, 193, 205, etc.
- (66) CARO BAROJA, J. Op. cit. p. 184.
- (67) MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 333-34.
- (68) Ibid., por ej., p. 220, 264 ó 349.
- (69) Ibid. p. 274-5.
- (70) Una excelente descripción utilizando a Mármol y documentos notariales en CABRILLANA, N. Op. cit. p. 234-237. La versión de HURTADO DE MENDOZA, D. Op. cit., p. 211-212; MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 241-244. Tanto uno como otro cronista señalan el temor del corregidor a los turcos. Algo similar aunque con más fortuna para parte de sus defensores pasó en el Peñón de las Guajaras. Ibid. p. 247.
- (71) VINCENT, B. "Guerre et habitat...".
- (74) MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 236.
- (75) Ibid. p. 304-314.
- (76) La retirada del Maleh de Huéscar protegido por 200 escopeteros turcos, en Ibid. p. 304-305, La retirada de Guejar, en HURTADO DE MENDOZA, D. Op. cit. p. 326-328
- (77) MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 338-339.
- (78) HESS, A. C. *The Forgotten*, p. 23.
- (79) MÁRMOL, L. del. Op. cit. p. 225.
- (80) Ibid. p. 296.

# LA CIUDAD DE MURCIA ANTE LA SUBLEVACIÓN MORISCA DE LAS ALPUJARRAS

**Alberto Calderón Dorda**

Universidad de Murcia.

**Trinidad Luis López López**

Universidad de Murcia.

En la Navidad de 1568 estalla la revuelta morisca de las Alpujarras. La política de asimilación ha fracasado, dando paso a las operaciones militares (1). La presente comunicación aborda las repercusiones que el conflicto tuvo sobre la capital del Reino de Murcia, centrándonos en la respuesta militar. Las fuentes utilizadas proceden en su mayor parte del Archivo Municipal de Murcia (2).

La llegada de las primeras noticias referentes a la sublevación alpujarreña, llena de inquietud a los miembros del concejo, dando paso a una febril actividad que se extenderá a lo largo de los años que dure el conflicto (3).

El jueves 30 de diciembre se recibe una carta del marqués de los Vélez, D. Luis Fajardo, Capitán General del Reino, informando a la ciudad del levantamiento morisco y pidiendo la adopción de las medidas pertinentes (4).

La actuación del concejo en estos primeros momentos de la guerra se caracteriza por la lentitud de respuesta ante la ruptura de hostilidades; lo que contrasta con la de otras villas del Reino, donde la reacción es inmediata (5). Pérez de Hita culpa de esta lentitud al Corregidor, licenciado Lope García de Varela, diciendo que "más era letrado que para soldado" (6). El propio Corregidor, reconoce ante el concejo que "atento que su merced es nuevo en esta tierra e no tiene notiçia de la costumbre que en semejantes negocios se suele tener, que los señores regidores e nos, los escrivanos maiores, le mostremos los recaudos que la çudad tiene y el dicho marques, para la gente de esta çudad salga baxo su orden..." (7). Dado que "el oficio [de corregidor] lleva implícito el mando de los ejércitos, hasta que el Adelantado mayor (...) se pusiese al frente de las tropas"(8), su desconocimiento de los asuntos militares es, si cabe, más lamentable. Volverá a dar Varela nuevas pruebas de ello con ocasión de los incidentes que, camino de Vera, se producen entre las milicias de Lorca y Murcia, causados por la controversia en torno a cuál de éstas debía ocupar la vanguardia de la hueste (9). De regreso a Murcia, algunos regidores y jurados expresan su deseo de enviar una carta al Rey pidiéndole que mande a la ciudad un corregidor más avezado en las cuestiones militares (10). A la escasa experiencia del ldo. Varela se une la falta de celeridad del concejo, pues, si bien el 30 de diciembre se ordena pregonar que todos los habitantes de la ciudad estén preparados para lo que convenga y se adoptan medidas concernientes a la organización de las tropas, las jornadas van pasando sin que los soldados salgan para Granada. El 31 de diciembre y el 2 de enero llegan nuevas cartas del marqués, solicitando el envío de quinientos hombres para hacer frente al levantamiento. El concejo se muestra reticente, ya que si bien reconoce que debe prestar servicio al Adelantado del Reino, también precisa que no debe

olvidarse la defensa de la ciudad (ataques turcos y berberiscos sobre Cartagena, moriscos del valle de Ricote y Reino de Valencia). Estiman además los "señores Murcia" que el marqués dispone en sus territorios granadinos de suficientes fuerzas para reprimir la rebelión. El 2 de enero el concejo envía una carta a Felipe II con el objeto de que provea lo que debe hacerse (11). Sólo cuando el 12 de enero llega a Murcia la respuesta real, ordenando a la ciudad que se ponga a disposición del Adelantado y le envíe las tropas solicitadas, el concejo se decide a actuar. Se pregona que el domingo día 16 todos los hombres elegidos deben reunirse en la plaza del Arenal, armados y listos para partir (12). Salida que será aplazada hasta el martes 18 de enero, día en que quinientos hombres de a pie y cincuenta de a caballo cruzan el puente del río con el pendón de la ciudad (13).

La lentitud de respuesta y una cierta resistencia a enviar tropas al frente, puede advertirse ya en estos primeros días de la guerra, convirtiéndose en una constante a lo largo de todo el conflicto, como tendremos oportunidad de comprobar más adelante.

## ORGANIZACIÓN DE LAS MILICIAS MURCIANAS

Los pasos seguidos por el concejo para la movilización de las fuerzas solicitadas por el marqués reflejan la experiencia adquirida por la ciudad durante los largos años en que el Reino de Murcia fue fronterizo con el nazarí de Granada (14).

Con motivo de los primeros requerimientos de D. Luis Fajardo, el Corregidor ordena un pregón para aperebrir a los vecinos y un alarde general (15). Se encarga a los jurados que notifiquen la gente y armas disponibles en sus parroquias. Posteriormente, se procede a repartir el número de hombres que deben formar el contingente entre las diferentes colaciones, siendo este reparto, por regla general, proporcional al número de habitantes de cada una de ellas. La fórmula practicada para elegir a los que deben ir por cada parroquia es la siguiente: en una olla se introducen los nombres de todos los vecinos en disposición de empuñar las armas, extrayéndose aquellos que quedan exentos. El resto conforma el número de soldados "apremiados" que cada parroquia aporta a la milicia de la ciudad (16). Junto a éstos, queda constatada la presencia de voluntarios, posiblemente atraídos por la perspectiva de conseguir algún botín, clara reminiscencia de la cabalgada medieval (17). Los que permanecen en la ciudad también tienen sus obligaciones relacionadas con la guerra, entre otras, la de contribuir a sustentar las tropas. El concejo especifica que cada tres personas con recursos suficientes deben pagar un hombre de a pie, y cada cuatro "abonados" y demás personas de hacienda considerable, uno de a caballo (18).

La hueste murciana se estructura en compañías de a pie y de a caballo, constituidas las primeras, que son las más importantes, por doscientos hombres, como establecen las cartas reales (19). Cada compañía se encuentra al mando de un capitán, elegido por el Corregidor y el concejo de entre los regidores y jurados de la ciudad. Los primeros capitanes nombrados para conducir las tropas a Granada fueron el regidor Juan Pacheco de Arróniz para la caballería, y para la infantería el regidor Alonso Martínez Galtero y Nofre Ruiz de Quirós, jurado (20). El nombramiento de nuevos capitanes para los contingentes que se van enviando a la guerra suscitará algún conflicto en el concejo, ante el cual Alonso Lázaro presenta un requerimiento, considerando que existe cierta predisposición a conceder este rango a los regidores en detrimento de los jurados (21).

Los capitanes tienen reconocida la potestad de nombrar alféreces y oficiales (22). El alférez desempeña, entre otras funciones, la de reemplazar al capitán en todos los sentidos, por ausencia o impedimento de éste para realizar sus funciones (23). Tal es el caso de Salvador Navarro, nombrado por el marqués de los Vélez capitán de su compañía de caballos, a causa de la enfermedad de Juan Pacheco de Arróniz (24). En cuanto al sargento, es una incorporación novedosa, procedente de los tercios que combaten en el exterior, circunstancia que puede advertirse por el hecho de que en un principio no tiene un salario establecido, como el propio concejo reconoce (25). Los cabos tienen bajo su mando las escuadras en que se divide cada compañía, formadas por veinticinco hombres, frente a los cincuenta de la época de los Reyes Católicos (26).

Aparte de los capitanes, el concejo nombra comisarios, bajo cuya responsabilidad se encuentran las fuerzas que la ciudad moviliza, conduciéndolas a su destino. Sólo el comisario puede ordenar que se entreguen municiones a las tropas y se paguen sus salarios (27). Estos últimos son estipulados por el concejo, a cuyo cargo corren (28).

## APUROS DEL CONCEJO

Las dificultades del concejo murciano para movilizar sus milicias en los primeros días del conflicto van a verse corregidas y aumentadas a lo largo de la guerra. Las tropas sólo saldrán de la ciudad tras varios requerimientos de las autoridades que las solicitan y después de arduas discusiones en los cabildos, con el agravante de que el número de hombres enviados rara vez responde, por escaso, a lo pedido (29).

El principal problema reside en la cierta desgana que los vecinos tienen de acudir a los llamamientos de las autoridades locales. El concejo adopta diversas medidas ante esta situación: colocar guardas en las puertas de la ciudad para prender a los que intentan huir de ella, evitando ser enviados a la guerra; imposición de multas, secuestro de bienes, e incluso penas de muerte o galeras, para aquellos que se nieguen a ser reclutados (30). Pese a estas medidas el problema no se soluciona. En muchas ocasiones es el mismo concejo el que se resiste a movilizar los hombres requeridos. Se escuda para ello en la gran cantidad de soldados que la ciudad ha movilizado, la escasa población que en ella queda y su consiguiente indefensión ante un posible ataque sobre el puerto de Cartagena, o la extensión de la revuelta a los moriscos del valle de Ricote y Reino de Valencia (temida especialmente en junio de 1563). Ejemplo de esta situación es el requerimiento dramático que presenta ante el concejo el jurado Cristóbal de Tenza, para evitar que salgan nuevas tropas de la ciudad. Según Tenza, la inseguridad de los caminos y pasos que conducen a Granada era tal, que enviar más hombres al frente “es poner en condición su cibdad y vezinos y armar al enemigo, desarmando su cibdad y llevandole sus pocas armas y demas de esto, el socorro por las pocas fuerças y numero llevarlo notoriamente a degollar y se perder” (31).

Esta situación da lugar a un tira y afloja entre el concejo por un lado, y Felipe II, D. Juan de Austria, y el marqués de los Vélez por otro. El propio Corregidor, representante de la autoridad real, presiona con frecuencia a los regidores y jurados para que cumplan con la obligación de levantar tropas cada vez que les sea ordenado, y en la cantidad establecida. Varela llega a negarse a firmar algunas de las cartas que el concejo intenta dirigir al Rey para que les exima de sacar más gente (32).

En cuanto al marqués, su enfado con la ciudad debió ser notable, pues no obtenía de ella ayuda militar con facilidad. Así puede deducirse del trato que dispensó al regidor Pedro Carrillo, el cual, en representación del concejo fue a entregarle una carta. Como el propio Carrillo explicó en el cabildo, D. Luis Fajardo “trato mal a toda la ciudad, diciendo palabras contra ella y en su oprobio, e aroxo la dicha carta por el suelo, e no la quiso reçibir” (33).

Las constantes negligencias y dilaciones de la ciudad llevan al Rey a tomar cartas en el asunto. Se envía a Murcia al ldo. Molina de Mosquera, alcalde de la Audiencia y Chancillería de Granada, para que obligue al cumplimiento de la última petición de tropas que se ha hecho. Como venía siendo habitual, se sacaron menos hombres de los exigidos, por lo que Mosquera procede a encarcelar en Mula a los pagadores Juan Tizón, Lázaro Hernández y Alonso de Tapia, imponiendo a la ciudad una multa de doscientos mil maravedís. Desde finales de agosto a principios de septiembre serán numerosas las gestiones del concejo, para conseguir, por un lado la liberación de los encarcelados y la retirada de la multa, y por otro, obligar a presentarse en el ayuntamiento a los “culpados”, para que fuesen a la guerra o se repartiese entre ellos el pago de la multa. Finalmente, la cuestión queda resuelta por D. Juan de Austria, que se da por satisfecho con los soldados recibidos y levanta las penas impuestas por Mosquera (34).

Un problema tan grave como el anterior fue el de las desertiones que se produjeron entre aquellos que se encontraban en el “campo del marques”. Constatable desde los primeros momentos del conflicto, llega a alcanzar cotas de enorme gravedad (35). Las amenazas de prisión y pena de muerte resultan insuficientes para atajar la situación. Las causas de estas desertiones son varias. En primer lugar la propia mentalidad con que los soldados marchan a la guerra, heredada de las cabalgadas sobre el Reino de Granada. Así, el murciano como el lorquino o cualquier otro, marcha con la esperanza de conseguir botín; por lo cual, tras el primer combate, coge lo que puede y se vuelve a casa (36). En segundo lugar por la falta de organización, que provoca que los mandos y los soldados no sean relevados, a pesar de que así se les había prometido, y problemas de pagas y avituallamiento (37). Circunstancia esta última debida en buena parte, a la desorganización que reina en el “campo del marques”. Éste había asegurado a la ciudad que sustentaría a las tropas una vez que se pusiesen a sus órdenes, pero dicha promesa no siempre pudo cumplirse, obligando al concejo a enviar dinero para garantizar que sus soldados estuviesen “acomodados” (38). El descontrol llega al punto de que ante las denuncias de desertiones por parte del marqués, el concejo le contesta que algunos de los que habían regresado tenían licencia

para ello, y el resto de la gente "no es del todo venido como scriven, e que deven de estar, segun se presume que andan apartados en el dicho campo" (39).

## CONCLUSIÓN.

Por el medio geográfico en que se desarrolla y las fuerzas que intervienen, la guerra de las Alpujarras nos retrotrae en cierta manera a los tiempos de la conquista de Granada, más propia de las gentes de la frontera, que de los tercios integrados por soldados profesionales (40).

Para las villas del Reino de Murcia, el levantamiento morisco supone un regreso a la tradición fronteriza que tanta fama les había dado desde el siglo XIII (41).

Las disposiciones adoptadas por el concejo murciano para movilizar sus tropas, la organización de las milicias, y su integración en la hueste del Adelantado, nos sitúan ante una realidad militar que aún conserva muchos rasgos de medievalismo. Ciertamente se introducen novedades con respecto al siglo XV, como son las compañías de doscientos hombres divididas en escuadras de veinticinco, la figura del sargento, y la aparición del arcabuz, que se convierte en el arma predominante (42).

Pero estas milicias concejiles de base popular, y con ellas los mecanismos defensivos existentes en el interior de la Península, poco tienen en común con el ejército profesional, permanente y moderno, que lucha en el exterior (43).

El ejemplo de Murcia demuestra, con todos los problemas que hemos analizado, que esta estructura defensiva interior se encuentra en un estado precario y de abandono. Esta situación había sido denunciada por Fernando el Católico poco después del final de la guerra de Granada; en unos términos muy parecidos a los expuestos por Felipe II en 1565 y 1572. La similitud de las recomendaciones que uno y otro hacen a los concejos, refleja que el problema, más de setenta años después, continúa (44).

## N O T A S

(1) Sobre el levantamiento morisco y las operaciones militares que se siguieron, puede consultarse la obra de los clásicos. PÉREZ DE HITA, G. *Guerras civiles de Granada. Segunda parte*. Ed. Paula Blanchard-Demouge, Madrid, 1915. DEL MÁRMOL CARVAJAL, L. *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, Madrid, B.A.E., 1945. HURTADO DE MENDOZA, D. *De la guerra de Granada*. Ed. Manuel Gómez-Moreno, M.H.E., LIX, Madrid, 1945. CABRERA DE CÓRDOBA, L. *Historia de Felipe II, rey de España*, Madrid, 1876 (I-II). Más reciente, la síntesis de CARO BAROJA, J. *Los moriscos del Reino de Granada. Ensayo de historia social*, Madrid, 1957.

(2) La participación de la ciudad de Murcia en la guerra ha sido estudiada por dos clásicos. MOROTE, P. *Blasones y antigüedades de la ciudad de Lorca*, Murcia, 1741. Imp. Francisco J. López Mesnier (reimp. Lorca, 1980). CASCALES, F. *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia y su reino*, Murcia, 1775. Segunda ed. imp. F. Benedito (reimp. Murcia, 1980), muy discutible en alguna de sus afirmaciones. CHACÓN JIMÉNEZ, F. *Murcia en la centuria del quinientos*. Univ. Murcia, Acad. Alfonso X el Sabio, Murcia, 1979; "La guerra de las Alpujarras y su repercusión" en *Historia de la Región de Murcia*, vol. V, ed. Mediterráneo, Murcia, 1980, pp. 241-262; estudia sobre todo las repercusiones demográficas y económicas del conflicto, a las que remitimos. En la misma obra, OWENS, J. "Situación social y poder político en Murcia, 1490-1570", pp. 22-34.

(3) El período 1568-71 registra un número de cabildos muy superior al de los años precedentes y posteriores, como ha precisado CHACÓN JIMÉNEZ, F. *Murcia...*, pp. 464-465.

(4) A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 30-XII-1568, fol. 156v. También menciona la carta PÉREZ DE HITA, G. Op. cit., p. 41.

(5) PÉREZ DE HITA, G. Op. cit., p. 42. MOROTE, P. Op. cit. p. 379. Sobre la reacción en Lorca, puede consultarse, en estas mismas jornadas, JIMÉNEZ ALCÁZAR, J. F. y SÁNCHEZ RAMOS, V. "El resurgir de una frontera: Lorca y el levantamiento de las Alpujarras (1568-71)". Sobre Mula, GONZÁLEZ CASTAÑO, J. *La villa de Mula de la Edad de Oro a la decadencia (1500-1648)*. Murcia, 1990. Tesis doctoral inédita.

(6) PÉREZ DE HITA, G. Op. cit. p. 142.

(7) A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 30-XII-1568, fol. 156v.

(8) CHACÓN JIMÉNEZ, F. *Murcia...*, p. 459.



- (9) A.M.M. Act. cap. 1569-70, sesión 4-X-1569, fols. 135r.-138r. PÉREZ DE HITA, G. Op. cit. pp. 143-145, hace referencia al incidente y la actitud del Corregidor. Lorca defendía privilegios medievales para ocupar esa posición; Murcia se basaba en su condición de cabeza del Reino.
- (10) A.M.M. Act. cap. 1569-70, sesión 8-X-1569, fols. 141v., 143r. Opinión que contrasta con la del mes de abril, cuando se escribió al Rey pidiendo que se prorrogase un año más el corregimiento de Varela (A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 27-IV-1569, fols. 297r.-298r.).
- (11) A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesiones 31-XII-1568 y 2-I-1569, fols. 158r.-159r. También CHACÓN JIMÉNEZ, F. "La guerra..." p. 242.
- (12) A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 12-I-1569, fols. 186v.-187r. Las cartas de Felipe II en A.M.M., leg. 4293, números 64 y 69; en esta última aparece, por error del escribano, la fecha 1-I-1568.
- (13) A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesiones 15-I y 18-I-1569, fols. 189v, 194v.-195r. Puede considerarse como errónea la información referente a la salida desde Murcia de trescientos tiradores el 2 de enero (CHACÓN JIMÉNEZ, F. Murcia... p. 169).
- (14) Se aprecia la similitud existente entre las primeras medidas adoptadas por el concejo (pregón, alarde, empadronamientos,...) con las que se siguieron con motivo de la tala de Vera (marzo-abril, 1483), estudiada por MARTÍNEZ, MARTÍNEZ, M. "La cabalgada de Alhama (Almería) en 1500", *Miscelánea Medieval Murciana*, XI (1984), pp. 67-101, sobre todo pp. 73-74.
- (15) A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 2-I-1569, fol. 160r. También CHACÓN JIMÉNEZ, F. "La guerra..." p. 242.
- (16) Ejemplos de estos repartos, entre otros, en A.M.M. Act. cap. 1568-69, fols. 186v., 195v.-196v., 201r., 239v.-240r. y Act. cap. 1569-70, fol. 275v. Sobre el procedimiento de sorteo, A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 22-II-1569, fol. 239r. Act. cap. 1569-70, sesión 4-III-1570, fol. 276r.
- (17) A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 15-III-1569, fol. 264r., donde se dice que al campamento del marqués "an ydo aventureros mucho numero de gente". También en Act. cap. 1569-70, fols. 82v., 169v. y en MARTÍNEZ MARTÍNEZ, M. Op. cit. p. 75.
- (18) A. M. M. Act. cap. 1568-69, sesión 20-II-1569, fols. 235v.-236r.
- (19) A.M.M. Cartas reales antiguas y modernas (1424-1728), 790/79. A.M.M. leg. 4294, número 16.
- (20) Sobre la aparición de la figura del capitán, en torno a 1493, ver QUATREFAGES, R. "A la naissance de l'armee moderne" *Melanges de la Casa Velázquez*, XIII, París, 1977, pp. 119-151, p. 137. Sobre su nombramiento, A.M.M. leg. 4294, número 16.
- (21) A.M.M. Act. cap. 1569-70, sesión 4-III-1570, fol. 274v.
- (22) A.M.M. Cartas reales antiguas y modernas (1424-1728), 790/79, y Act. cap. 1569-70, fols. 20r, 83v. 155r., 274v.
- (23) QUATREFAGES, R. Op. cit. p. 137.
- (24) PÉREZ DE HITA, G. Op. cit. p. 279, que se refiere a Navarro como "capitán reformado de su caballería", y CASCALES, F. Op. cit. p. 317.
- (25) A.M.M. Act. cap. 1569-70, sesión 26-VIII-1569, fol. 87r. Sobre la inexistencia del sargento en el ejército de los Reyes Católicos, ver QUATREFAGES, R. Op. cit. p. 138.
- (26) A.M.M. leg. 4294, número 16 y QUATREFAGES, R. Op. 130-131, 138.
- (27) A.M.M. Act. cap. 1568-69, fols. 192v., 194r, 259v.-260r. Según CASCALES, F. Op. cit. p. 311, Alonso Lázaro y Pedro de Balboa son los dos comisarios nombrados por la ciudad.
- (28) Son muy numerosas las referencias existentes en torno a los salarios en las Actas capitulares del concejo. CHACÓN JIMÉNEZ, F. lo estudia en *Murcia...*, pp. 324-325.
- (29) CHACÓN JIMÉNEZ, F. *Murcia...* pp. 169-170, realiza un listado de los envíos de soldados efectuados por el concejo, con fechas y cifras que son susceptibles de discusión en algunos casos.
- (30) A.M.M. Act. cap. 1568-69, fols. 241v., 245r, 251v.-252r. y Act. cap. 1569-70, fols. 83v.-84r., 118r. También en CHACÓN JIMÉNEZ, F. *Murcia...* p. 171.
- (31) A.M.M. Act. cap. 1569-70, sesión 16-VII-1569, fol. 36r.-v. Otro ejemplo es el del jurado Cristóbal de Córdoba, que nombrado capitán el 22 de octubre de 1569, intenta eludir su responsabilidad, siendo finalmente obligado a aceptarla (A.M.M. Act. cap. 1569-70, fols. 153r.-160r., 162r.).
- (32) A.M.M. Act. cap. 1568-69, fols. 245r.-246r, 250r.-251r., 254v.-256r., 330r. Y para el asunto de la firma Act. cap. 1569-70, sesión 22-II-1570, fols. 260v.-261r.
- (33) A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 15-III-1569, fol. 269r. Los antecedentes de las tirantes relaciones entre la ciudad y el marqués de los Vélez en OWENS, J. Op. cit. pp. 33-34.
- (34) A.M.M. Act. cap. 1569-70, fols. 88r., 91r.-93v., 99r. A.M.M. leg. 4294, número 3, la carta de D. Juan. También CHACÓN JIMÉNEZ, F. *Murcia...* p. 170.
- (35) En febrero de 1569 el Adelantado se quejaba al concejo de que de los quinientos infantes y cincuenta jinetes enviados a comienzos de enero, sólo quedaban cien y treinta respectivamente (A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 20-II-1569, fol. 235r.) En octubre del mismo año, Cristóbal de Córdoba presenta un requerimiento en el cual expone que sólo quedan de aquellos quinientos cincuenta hombres enviados al principio "noventa o sien onbres y despues aca se a sabido que no quedan treinta onbres que puedan servir en la dicha compania y podria ser que al dia de oi

no queda ninguno". (A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 25-X-1569, fol. 156r.). CHACÓN JIMÉNEZ, F. "La guerra..." p. 243 interpreta el sentido del requerimiento de forma errónea.

(36) PÉREZ DE HITA, G. Op. cit. pp. 61-62.

(37) A.M.M. Act. cap. 1569-70, sesión 17-VII-1569, fol. 31v. y legajo 4293, números 92,94, sobre el problema del relevo de tropas. En torno a pagas y avituallamientos defectuosos Act. cap. 1569-70, sesiones 28-IX y 31-IX-1569, fols. 99v.-100r., 119v.-122r.

(38) A.M.M. Act. cap. 1568-69, fols. 259v., 272v.-273r. CASCALÉS, F. Op. cit. p. 315, culpa de esta situación a D. Juan de Austria.

(39) A.M.M. Act. cap. 1568-69, sesión 20-II-1569, fol. 235v. El concejo decide comprar trescientas varas de tafetán del color que se quiera, para que los soldados que parten hacia el frente lleven una banda con la cual pueda reconocerse a los de Murcia (Act. cap. 1568-69, sesión 26-VIII-1569, fol. 87r.).

(40) PÉREZ DE HITA, G. Op. cit. p. 194 refiere la dificultad que tenían los tercios venidos de Italia, para adaptarse al terreno montañoso y la lucha de guerrillas practicada por los moriscos.

(41) PÉREZ DE HITA, G. Op. cit. pp. 42, 251 resalta la alta estima que el marqués sentía por las tropas del Reino de Murcia y su glorioso pasado. El mismo autor (p. 194) y MOROTE, P. Op. cit., p. 399, se hacen eco del terror sentido por los moriscos al ver a las milicias murcianas en la vanguardia de la hueste del marqués, "huyendo temerosos, como lo tenían por costumbre, al verse acometidos de aquellas gentes".

(42) A.M.M. leg. 4294, número 16. Carta de Felipe II en la que se especifica que la mitad de los soldados movilizados para la ocasión deben ser arcabuceros. Queda un cuarto de piqueros y otro de ballesteros.

(43) FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. *El siglo XVI. Economía, sociedad, instituciones*, vol. XIX de Historia de España (dir. Menéndez Pidal) Espasa Calpe, Madrid, 1989, p. 712.

(44) Las disposiciones del Rey Católico (Tarazona, 5-X-1495), están recogidas por QUATREFAGES, R. Op. cit. p. 123. En cuanto a las de Felipe II, en las cuales se queja de la pérdida de práctica y experiencia en el uso de las armas y el arte de la guerra (en particular entre la nobleza), A.M.M. Cartas reales antiguas y modernas (1424-1728), 790/79 y leg. 4294, número 18.

# UN EJÉRCITO DE CAMPESINOS. LA REPOBLACIÓN DE FELIPE II EN LA ALPUJARRA ALMERIENSE Y LA MILITARIZACIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL

Valeriano Sánchez Ramos  
Universidad de Granada.

## LA REPOBLACIÓN DE LA ALPUJARRA ALMERIENSE (\*)

Tras la guerra de las Alpujarras (1) se inicia el proceso de expulsión de los moriscos y la repoblación del Reino de Granada (2). La implantación de los nuevos pobladores no fue fácil, dado el estado lamentable de las tierras tras el enfrentamiento bélico, el peligro de los monfies (3) —moriscos renegados que actúan a modo de bandoleros—, y los constantes ataques que desde el Norte de África se efectúan en el litoral granadino (4), situación que enfrió los ánimos a los repobladores, máxime por el terror a un inminente ataque turco (5) y el subsiguiente temor a la despoblación de amplias zonas del Reino.

Para procurar el correcto asentamiento de la población, la Corona acometió una importante política de defensa (6). El Consejo de Guerra establece 600 lanzas-jinetes en las guarniciones de la costa (7) y una serie de visitas por el litoral para tasar las reparaciones que convendrían hacerse en las fortalezas y torres, así como determinar nuevos lugares donde construir otras nuevas estancias y guardas. En 1571, nada más acabar la guerra, se encomendó al capitán Antonio de Berrío tal cometido junto con Luis Machuca, arquitecto de la Capitanía General del Reino; en 1575 ambos volvieron a realizar otra visita (8). Guarniciones como la de Adra, el castillo de Balerna y Guardias Viejas se vieron favorecidas por esta visita, así como una serie de torres: Guainos, Alhamilla, Sabinar, Cerrillos... (9). Pese a todo se produjeron ataques a las costas e incluso la penetración de los piratas al interior; el ejemplo lo tenemos en la taha de Félix en donde los lugares de Vúcar y Enix, más cercanos a la costa, se despoblaron y sólo pudo lograrse el asentamiento de pobladores en Félix, lugar más resguardado. Otro ejemplo lo tenemos en la villa de Adra, importante puerto de las Alpujarras, que tuvo que ser reforzada con una guarnición permanente de soldados.

Pero si la costa estaba desprotegida, el interior no le iba a la zaga pues los monfies ya se encargaban de ello, atacando y saqueando los pueblos e impidiendo con su terror el correcto asentamiento. La sierra de Gádor era el lugar idóneo para esconderse ya que "este bloque compacto, conocido palmo a palmo por los bandidos moriscos constituyó durante años un fatídico foco de irradiación de miedo y desconfianza entre los repobladores" (10), afirma Cabrilla.

---

(\*) Para comprender el contexto de las Alpujarras véase el ya clásico artículo de GÓMEZ MORENO, J. M.: "De la Alpujarra", *Al-Andalus*, XVI (1951), pp. 17-47.

Estos dos peligros, interior y exterior, unidos a la mala experiencia sufrida en la guerra de las Alpujarras, probaron suficientemente la necesidad urgente que tenía la Corona de contar con un ejército para la defensa interior, sin tener que recurrir a tropas de fuera del país. Por ello, Felipe II encargó al Consejo de Guerra que estudiara la creación de milicias para implantarlas en el territorio de la Corona con carácter de urgencia; poco tiempo después, aún siendo de grave riesgo el armar a la población (11), el Consejo de Guerra dictaba:

“...que según el estado presente de las cosas podrían subceder mayores inconveniente de que el reino estuviese desarmado que de lo contrario (...) y, en fin, no se haría daño notable que hubiese sucedido de hallarse España armada, y ser tan notorio y memorable el que recibió por estar sin armas ni plática del ejercicio dellas cuando los moros de África pasaron a ella. Por lo cual, y por que el haber en cada pila un hombre armado sería de efecto para el fin que se pretendió de tener gente cierta y segura siempre que fuese menester y no podría ser daño en ningún movimiento que sucediese estando dividido, resolvió el Consejo que convenía al servicio de S.M. que la dicha materia se apurase y llegase a cabo...” (12)

Una vez leído el informe, Felipe II ordenó a los prelados que enviasen una relación de las pilas que había en sus diócesis a fin de poder realizar los posteriores alistamientos, aunque los trámites se dilataron por diversos motivos y no pudo crearse la milicia provincial, conocida como “Milicia de la Corona de Castilla”, hasta el 30 de enero de 1590.

La Repoblación del Reino de Granada, no obstante, fue un campo de experimentación perfecto para lo que luego será la milicia y un ejemplo para copiar o corregir en su organización, puesto que, si bien no podemos calificarlas como milicias concejiles en sentido estricto, en la Repoblación ordenada por Felipe II una de las condiciones establecidas por el Consejo de Población para poder disfrutar de tierras era la obligatoriedad del poblador a estar armado y levantar o reparar fortificaciones, a fin de defender el lugar sobre el que se asentaba:

“...han de ser obligados a hacer en los lugares de la marina o en los que fuese menester en las partes que fuere señalado para su seguridad y guarda, un cercado o reducto de tapia como las que de presente hay en este Reyno y ha de tener todos los pobladores espadas y con ellas un arcabuz o ballesta o sus aderezos, rodela o alabarda o partesana o otras armas semejantes en hastadas” (13).

A esta condición le seguía la obligatoriedad de tener las armas útiles y en buen estado; la organización de rondas, turnos de guardia y centinelas; así como la realización de alardes los domingos y días festivos, ejercitándose así en el manejo de las armas.

Estas medidas estrictamente militares se complementaban por un lado con la exigencia de residir permanentemente en el lugar, con muestras de tener actividad en éste, asegurando así la defensa de aquel que se asentase; evitando la despoblación del lugar que, a parte de las consecuencias económicas, no hacía sino agudizar el problema puesto que, de no haber quién defendiese la tierra, obligaría a la Corona a desembolsar cuantiosos gastos en una guarnición militar permanente. Por otro lado, los mandos militares asentados en la villa fueron fuertemente recompensados, con aventajamientos de suertes muy superiores al resto de los repobladores (14); en muchos casos se anota en los libros de Repartimiento su justificación, “por los servicios prestados a Su Magestad”, aunque ¿no podría ser por los servicios que prestarán?, recordemos que en los alardes y adiestramientos de estos campesinos tendría que haber alguien que los enseñase y en caso de rebato quien los dirigiese, ¿no podrían ser estos aventajamientos a militares un retiro a medida?, y de ser así ¿su asentamiento y localización geográfica no respondería a una intención clara de organizar militarmente los lugares repoblados, más allá de simplemente armar a los campesinos?, son desde luego interrogantes que habrá que contestar en próximos trabajos.

Por último, dentro de los intereses militares del Consejo de Población, están las iglesias, utilizadas durante la guerra como fortaleza y refugio de los vecinos y que tras ésta siguieron siéndolo, hecho por el cual, a parte de otras razones, se consigna en la documentación repobladora el estado de las mismas. Para este último apartado contamos además con la documentación generada por el propio arzobispado de Granada interesado en conocer el estado de sus Iglesias (15).

En cualquier caso, la formación de un ejército, mejor o peor, se había solucionado en la Repoblación y la profesión militar se rodeó de privilegios y ventajas, —como ya anunciaba el memorial del Coronel Rengifo en 1516—. Se cumplía en definitiva la máxima de la casa de Austria para este siglo en materia militar: “La Nación en Armas” (16). Estamos pues, ante la militarización de la sociedad civil.

# LOS ENEMIGOS DE LA REPOBLACIÓN

El Consejo de Población para comprobar el cumplimiento de las condiciones de Repoblación estableció una serie de visitas tendentes a detallar aquellos datos que interesaban a la Corona; entre ellos se encuentra el armamento del que disponían los repobladores e incluso algunas instrucciones del visitador en materia militar.

Por razones de espacio nos centraremos en la visita de 1576 realizada por Arévalo de Zuaco para las tahas de Berja, Dalías, Andarax y Lúchar y Tello González de Aguilar en Marchena, Alboloduy y Félix, en las que se hace constar un resumen de la visita de 1573 realizada por Rodríguez Villafuerte y Arévalo de Zuazo. Por esta visita sabemos que en 1573 la Alpujarra almeriense contaba con 836 arcabuceros, 72 ballesteros y 214 peones repartidos en lanceros, escopeteros, espingarderos, gente con espadas, dardos,...; en total 1.122 personas armadas, frente a 162 vecinos que no lo estaban y suponen un desarme del 12,6%. La visita de 1576 arroja una disminución en las compañías de arcabuceros y un aumento de los ballesteros y peones en general, quizás debido a que resulta más barato tener un arma blanca (espada, lanza,...) que una de fuego, ya que las condiciones de población exigían mantener las armas en buen estado y resulta más cómodo y barato utilizar las primeras, que no requieren ningún tipo de desembolso, a las segundas que exigen tenerlas a punto con plomo, balas, perdigones y sobre todo pólvora, en una época como ésta en la que este material es tan escaso y caro (17).

Un balance global entre las dos visitas arroja un aumento del desarme del 3%, aunque el análisis parcial por tahas indica cifras de desarme verdaderamente alarmantes:

	VISITA DE 1573			VISITA DE 1576		
	ARMAS	VECINOS	DESARME	ARMAS	VECINOS	DESARME
ALBOLODUY	50	54	7,4%	82	51	—
ANDARAX	376	463	18,7%	265	499	46,9%
BERJA	108	194	44,3%	145	183	20,8%
DALIAS	64	63	—	54	83	35%
FÉLIX	71	39	—	70	38	—
LUCHAR	144	219	34,2%	93	204	55%
MARCHENA	277	219	—	491	320	—
R. GRANDE	32	33	3%	20	20	—
TOTAL	1.122	1.284	12,6%	1.186	1.398	15,1%

Las tahas de la costa, zona muy peligrosa por las agresiones exteriores, están desarmadas en un grado preocupante. Berja en 1573 estaba desarmada en casi la mitad de su población, reduciéndose en 1576 a un cuarto de los vecinos; en la visita que hizo el enviado del arzobispado, Alonso López de Carvajal, el 10 de enero de 1579, anotaba que la iglesia seguía quemada, con lo que el resguardo en su interior no era posible aunque “ay en esta villa capitania de escuderos y de soldados” (18). La taha de Dalías se encuentra en el lado inverso de la anterior pues de estar armada totalmente en 1573 pasa a desarmarse en un tercio de su población en 1576.

La visita arzobispal indica que “ay aquí gente de guarnición”, aunque la iglesia está quemada y la villa tiene “necesidad de recaudos” (19). Quizás ambas tahas se encuentran un tanto despreocupadas pensando en las guarniciones con las que cuentan y sobre todo por el destacamento acuartelado en la cercana fortaleza de Adra que, por la importancia estratégica de su puerto (20), mantienen sus armas y caballo (21), aunque tampoco estaban en tan buen estado como pudiera parecer puesto que, tras el alarde de 1571 hecho en la costa granadina, la caballería estaba muy mermada (22). Además de Adra, la costa contaba con una serie de torres, estancias, vigías y castillos que bordeaban el litoral tratando de controlar las orillas del mar Mediterráneo, más resultaba bastante ineficaz puesto que Vúcar y Enix, lugares muy próximos a la costa, están despoblados y concentrados en Félix (23). A pesar de esto, y de ser un lugar más resguardado y pertrechado de armas, en la visita al lugar en 1576 por Tello González de Aguilar se anotaron medidas detalladas para sus resguardo:

## ARMAMENTO DE LA ALPUJARRA ALMERIENSE SEGÚN LA VISITA DE 1576

	VISITA DE 1573				VISITA DE 1576			
	ARCABUCES	BALLESTAS	ESPADAS Y OTROS	TOTAL DE ARMAS	ARCABUCES	BALLESTAS	ESPADAS Y OTROS	TOTAL DE ARMAS
ALBOLODUY	23	2	25	50	24	10	48	82
ALCOLEA	34	—	—	34	14	3	—	17
ALHABIA	4	—	16	20	12	4	16	32
ALHAMA	—	—	—	—	—	—	7	7
ALICUN	—	—	—	—	19	1	1	21
ALMOCITA	25	—	—	25	28	—	—	28
BAYARCAL	27	—	—	27	23	—	—	23
BEIRES	20	5	—	25	21	2	—	23
BENTARIQUE	7	2	9	18	19	5	32	56
BERJA	108	—	—	108	136	8	—	183
CANJAYAR	44	12	—	56	23	8	—	32
CODAR	53	3	—	56	37	2	—	39
DALIAS	64	—	—	64	49	5	—	83
FÉLIX	31	1	39	71	29	1	40	70
FONDÓN	46	—	—	46	48	2	—	50
HUÉCIJA	24	14	50	88	33	7	40	80
ILLAR	27	3	30	60	18	2	30	50
INSTINCIÓN	28	8	35	71	27	7	34	68
LAUJAR	140	2	—	142	67	10	—	77
OHANES	10	1	—	11	8	5	—	13
PADULES	21	6	—	27	16	2	—	18
PATERNA	61	10	—	98	57	2	—	59
RAGOL	—	—	—	—	14	3	26	43
R. GRANDE	32	—	—	32	19	1	—	20
SODUZ	—	—	—	—	14	3	18	35
TERCUE	7	3	10	20	7	3	23	33
<b>TOTAL</b>	<b>836</b>	<b>72</b>	<b>214</b>	<b>1.122</b>	<b>775</b>	<b>96</b>	<b>315</b>	<b>1.186</b>

(A.G.S., Cámara de Castilla, leg. 2.201, s.f.)

"...su merced hiso que la dicha villa esta en parte tan peligrosa que mando que de hordinario aya diez soldados de guardia de día y de noche los quales an de estar en esta manera: los quatro de ellos en una torre que está encima de la villa y es por alto de ella y esta en frente el reducto y de la yglesia que está fecha, los quales an de hazer sus çentinelas como es costumbre por sus terçias y los otros seis an de estar en el cuerpo de guardia, el uno de los quales a de estar sobre la puerta del fuerte y el otro rondando por el lugar mandandose por sus terçias y a el que estubiere a la puerta del fuerte a de tocar la campana de la vela de manera que los diez soldados den rebato que entre otros diez para que en todo aya cuidado y el enemigo no pueda entrar sin ser sentido..." (24)

Este desamparo y miedo a un ataque se agrababa por la falta de un apoyo de la marina que registrara con las galeras las pequeñas calas del litoral y persuadiera con la armada a los ataques enemigos, hecho evidente desde el naufragio de la armada en la Herradura (25).

El interior tiene un desarme superior a la costa. La taha de Andarax con un 19% de desarme de su población en 1573 pasa a casi la mitad en tan sólo 3 años; cuenta con 4 iglesias de las 8 que tiene la taha (26), aunque nada sirve que la iglesia de Benecid esté reparada pues sus vecinos recibieron un ataque en julio de 1572 de una cuadrilla de 13 ó 14 monfíes que mataron a 6 vecinos (27), obligando a los otros 14 a retirarse a vivir a Fondón (28) “hasta que la tierra esté segura” (29); poco después, en marzo de 1573, actuaba la cuadrilla de el Cacín sembrando el terror por sierra de Gádor (30). Pero si la taha de Andarax está mal, aún peor se encuentra su vecina de Lúchar que cuenta para 1576 con un desarme que supera a más de la mitad de la población, incumplimiento flagrante de la condiciones repobladoras y atrevimiento desmedido por parte de los vecinos ya que la taha está en plena sierra, con parajes inhóspitos y de fácil acción monfí. Este estado aumenta en villas como Padules con un desarme del 60,8% de los vecinos, situación que se agrava con la total penuria de su iglesia (31); no en vano el Libro de Repartimiento registra que a Pedro Granados, vecino de Tarragona, “lo cautivaron los moros estando en la población” (32).

Los lugares de Río Grande (Lucainena, Darrical y Benínar) aunque tienen las iglesias quemadas están armados pero son en cambio las tahas de Marchena y Alboloduy las que marcan las diferencia con el resto, pues cumplen la normativa repobladora en este punto, quizás debido a la influencia de la ciudad de Almería que presionaba para proteger su flanco norte o a la de sus señores (33) quienes más que nadie estarían interesados en el rearme de sus estados. Los datos globales resultan engañosos puesto que un detenido análisis por localidades advierte como Huécija, Terque y Alicún están desarmadas en porcentajes que rondan al cuarto de la población. Tello González de Aguilar, tras el alarde obligatorio de los vecinos en Huécija, advertía del peligroso desarme de la capital de la taha y “Les mandó que comprasen alcubuces, vallestas o otro género de armas”, no sólo se requería que los pobladores tuviesen armas sino que, los que ya poseían, las mantuvieran pertrechadas, por lo que recordó “que cada uno tubiere de hordinario doze pelotas y media libra de pólvora y su cuerda (bajo) pena de dos reales y un día de cárcel por cada vez que no tubiesen lo susodicho”, al mismo tiempo ordenó a los vecinos que “fuesen por polvora (y) la distribución dello que lo hiziese la justicia e executar con yntervención de los regidores” (34). En Illar que también estaba desarmada, aunque en menor medida, el visitador mandó la compra de pelotas, pólvora y cuerda y en la cercana Terque, con un desarme del 17,5%, dictó “que comprasen armas conforme (a) la horden de población” (35). Las órdenes dictadas por el visitador fueron estrictas; razones no le faltaban pues en mayo de 1573 el Cacín con 18 monfíes atacó la vecina villa de Gádor (36), frontera de la jurisdicción de Almería y del señorío, poniendo en peligro todo el río Almería. El sistema defensivo heredado estaba destruido (37) y por el informe que realizó el arzobispado sus iglesias estaban quemadas, salvo las de Alhama y Bentarique (38). Estas circunstancias obligaron a que los 4 pobladores de Alicún se trasladasen a Huécija (39) y los 35 de Rágol asustados por los monfíes en 1573 huyeron y tan sólo quedaron 8; y Alhama la Seca por su parte sigue sin poblarse (40).

Los vecinos de la taha de Boloduy estaban bien armados, aunque esto no era razón para no tener miedo a los monfíes. El sistema militar de torres estaba destruido (41) y sus dos iglesias quemadas, razón por la cual los pobladores de Santa Cruz vivían en Alboloduy (42) aunque tenían intención de quedarse pues “pidieron por petición todos los veçinos (al visitador arzobispal) se les hiciese la yglesia” (43) de ambos lugares. A pesar de estas buenas intenciones, en 1576 Tello González de Aguilar tuvo que recordarles la obligatoriedad de tener media libra de pólvora, doce pelotas y su cuerda, dándoles además órdenes para que “çerrasen las calles de la dicha villa y hiziesen sus centinelas por sus cuatro calles e porque no pueda entrar el enemigo sin ser sentido” (44).

La Repoblación había solucionado el problema defensivo del Reino de Granada, o al menos así lo creía el Consejo de Población; bien es verdad que las siguientes visitas demostraron que no era así pues las condiciones de población acreditaban un buen número de soldados aunque no su calidad. Los campesinos se veían abocados a realizar tareas de soldados, sin saber, poder y, a veces, sin querer. Temerosos por un lado de monfíes y piratas, y de la propia Corona por el otro.

El repoblador con una azada en la mano y el arcabuz o la espada en la otra, sembraba sus campos al tiempo que acudía los domingos y festivos al alarde, cultivaba sus tierras por el día y hacía turnos de guardia y rondas por la noche, recogía los frutos de su trabajo al tiempo que acudía al rebato; en definitiva, el repoblador del Reino de Granada, mitad campesino y mitad soldado, pese a los muchos inconvenientes que sufrió, de sus propias necesidades y las de la Corona, demostró, más que ningún otro, su intención de quedarse en estas tierras cultivándolas como campesino y defendiéndolas como soldado.

## N O T A S

(1) Siguen siendo válidos los clásicos GINÉS PÉREZ DE HITA: *Guerras civiles de Granada. Segunda parte*, Edición de Paula Blanchard-Demouge, Madrid, 1915; HURTADO DE MENDOZA, D.: *De la guerra de Granada*, edición de Manuel Gómez-Moreno, M.H.E. tomo XLIX, Madrid, 1945 y Luis del MÁRMOL DE CARVAJAL: *Historia del Rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, Madrid, B.A.E., 1945.

En un análisis más actual CABRILLANA, N.: "Rebelión, guerra y expulsión de los moriscos de Almería (1568-1571)", *C.B.E.T.*, 1976, pp. 7-76 y TAPIA GARRIDO, J. A.: "Rebelión y Guerra de las Alpujarras (1568-1577) y "Destrucción de un pueblo", en *Historia General de Almería y provincia*, Almería, 1990, tomos X y XI.

(2) Nos remitimos a dos trabajos ineludibles, BARRIOS AGUILERA, M. y M. BIRRIEL SALCEDO: *La Repoblación del Reino de Granada tras la expulsión de los moriscos. Fuentes y bibliografía para su estudio*, Granada, 1985 y más actualizado M. BARRIOS AGUILERA: "Balance y perspectivas de la investigación acerca de la repoblación del Reino de Granada después de la expulsión", *Coloquio Almería entre Culturas*, Almería, 1990, pp. 613 y ss.

Para el caso almeriense, véase CABRILLANA, N.: "Repoblación y despoblación en Almería (1572-1599)", *B.A.B.M.*, LXXX (1974), pp. 703-729 y TAPIA GARRIDO, J. A.: "Repoblación de la Alpujarra almeriense", *Historia General de Almería y Provincia*, Almería, 1990, tomo XII.

(3) Sobre los monfíes VINCENT, B.: "El bandolerismo morisco en Andalucía (s. XVI)", *Auraq*, IV (1981), pp. 167-178, del mismo autor: "Les monfis grenadins", *Bandolerismo y su Imagen en el siglo de Oro*, Madrid, 1989, pp. 31-37; y GIL SAN JUAN, J.: "Orígenes del bandolerismo andaluz: los monfíes", *Actas II Congreso de Nuevas Poblaciones*, Córdoba, 1988, vol. I, pp. 289-299.

(4) Véase TAPIA GARRIDO, J.A.: "La Costa de la Piratas", *Rev. de Historia Militar*, 1972, pp. 73-103 y VICENT, B.: "Un ejemplo de corse berberisco-morisco: el ataque de Cuevas de Almanzora (1573)", *Andalucía en la Edad Moderna: economía y sociedad*. Granada, 1985, pp. 287-301.

(5) TEMINI, Abdelkarim: "Le Gouvernement ottoman face au probleme morisque", *Les Morisques et leur temps*, París, 1983, pp. 299-311 y F. BRAUDEL: "Espagnol et morisques au XVI e siècle", *Annales*, 2 (1947), pp. 297-410.

(6) La defensa del Reino de Granada ha sido tratada por A. GAMIR SANDOVAL: *Organización de la defensa de la costa del Reino de Granada*, Granada, 1988, ed. Facsimil con estudio preliminar de J. L. Barea Ferrer; para la comarca que nos ocupa véase del mismo autor: "Las fortificaciones de la Costa Sur-Oriental del Reino de Granada. Almería", *Rev. de Historia Militar*, VI (1962), pp. 25-53. Además del artículo de A. CÁMARA MUÑOZ: "Las torres del litoral en el reinado de Felipe II: una arquitectura para la defensa del territorio", *Espacio, Tiempo y Forma (Arte)*, 3 (1990), pp. 75-86.

(7) SOTTO MONTES, J. de: "Organización militar española de la Casa de Austria (s. XVI)", *Rev. de Historia Militar*, 9 (1965), p. 89. Sobre las reformas del Consejo de Guerra véase A. I. I. THOMSOM: *Guerra y Decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias. 1560-1620*, Barcelona, 1981.

(8) En la actualidad estamos trabajando en las visitas de Antonio de Berrío a la costa granadina de 1571 y 1575, así como su biografía.

(9) Sobre las construcciones militares y situaciones véase ALCOCER MARTÍNEZ, M.: *Castillos y fortalezas del antiguo Reino de Granada*, Tánger, 1911. Existe la tesis de J. L. BAREA FERRER: *La defensa de la Costa del Reino de Granada en época de los Austrias*, Granada, 1984 (inédita).

(10) CABRILLANA, N.: "Repoblación y ...", op. cit., p. 711.

(11) Ya en un memorial del coronel Rengifo entregado al regente, Cardenal Cisneros en 27 de mayo de 1516, se hace notar el peligro de que la población civil tenga armas, por los desórdenes que ello conlleva y el riesgo para las autoridades de no ser oídas. (SOTTO MONTES, J. de: "Organización...", op. cit., p. 80).

(12) SOTTO MONTES, J. de: "Organización...", op. cit., p. 92-93.

(13) ORIOL CATENA, F.: *La repoblación del Reino de Granada después de la expulsión de los moriscos*, Granada, 1987, edición facsimil con estudio preliminar de Manuel Barrios Aguilera, p. 82 (Apéndice V, punto 13).

(14) Pongamos sólo unos ejemplos: en Berja, el capitán Pedro de Lupión y el alférez Andrés Velasco. con 6 y 8 suertes (*A. M. Berja*, Libro de Apeo y Repartimiento de Berja). En Dalías el capitán Pedro de Castro era el mayor aventajado, poco después pasó a la cercana villa de Berja (*A.G.S.*, Cámara de Castilla, leg. 2201, s. f.). El capitán Pedro Hernán recibió 5 suertes en Canjáyar y 8 el capitán Cervantes (*A.R.Ch.Gr.*, Libro de Apeo y Repartimiento de Canjáyar). En Laujar de, Andarax lo era Bernardo Gómez de Mercado (*A.M. Laujar*, Libro de Apeo y Repartimiento de Laujar y Hormica). Por último, Diego Suárez, alcaide de la fortaleza de Adra, era el mayor propietario en esta villa (*A.M. de Berja*, Libro de Apeo y Repartimiento de Berja y *A.G.S.*, Cámara de Castilla, leg. 2201, s. f.).

(15) Al respecto contamos con el artículo de J. M. GÓMEZ-MORENO: "La visita a las Alpujarras de 1578-79: estado de sus iglesias y población", *Homenaje al profesor Darío Cabanellas Rodríguez*, Granada, 1987, tomo I, pp. 355-368.

(16) SOTTO MONTES, J. de: "Organización...", op. cit., p. 79.

(17) Véase el artículo de Julio SÁNCHEZ GÓMEZ: "Abastecimiento y desabastecimiento de pólvora en España en el siglo XVI", *Studia histórica. Historia Moderna*, III (1985), pp. 55-62 para ver la problemática del abastecimiento de pólvora en España, y GIL SAN JUAN, J.: "Industrias bélicas malagueñas. La fundición de cañones y los molinos de pólvora en los siglos XVI y XVII", *Jábega*, 31 (1981), pp. 21-35, para el análisis de la problemática particular en Granada.



- (18) GÓMEZ-MORENO, J. M.: "La visita...", op. cit., p. 361.
- (19) Ibidem, p. 362.
- (20) El puerto de Adra demostró ser una cabeza de puente importantísima para la reducción de las Alpujarras desde su primer alzamiento en 1500; conocida por "La puerta de la Alpujarra", como la llamara el Cardenal Cisneros, mantenía una guarnición real permanente. (véase LADERO QUESADA, M. A.: "La defensa de Granada a raíz de la conquista. Comienzos de un problema", *M.E.A.H.*, XVI (1967), pp. 7-40 y J. SZMOLKA CLARES: "La organización militar del antiguo Reino de Granada (1492-1516)", *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, 6 (1979), pp. 84-107.
- (21) Ver nota 19.
- (22) CUENCA GNECCO, V.: *Adra la Vieja, Siglo XVI*, Adra, 1985; TAPIA GARRIDO, J. A.: *Historia de la Baja Alpujarra, Berja, Adra y Dalias*, Almería, 1965 y más recientemente del mismo autor "Repoblación...", op. cit.
- (23) SOTTO MONTES, J. de: "Organización...", op. cit., p. 105.
- (24) Quizás por la intervención de la ciudad de Almería, preocupada por su flanco este, a la que pertenece la taha de Félix.
- (25) A. G. S., Cámara de Castilla, 2201, s.f.
- (26) Al respecto véase el libro de M.<sup>a</sup> C. CALERO PALACIOS: *Naufragio de la Armada Española en la Herradura (Almuñécar)*, Granada, 1974.
- (27) GÓMEZ-MORENO, J. M.: "La visita...", op. cit., pp. 259-360.
- (28) TAPIA GARRIDO, J. A.: "La Repoblación...", op. cit., p. 173.
- (29) Ibidem, p. 192.
- (30) CABRILLANA, N.: "Repoblación...", op. cit., p. 716.
- (31) TAPIA GARRIDO, J. A.: "La Repoblación...", op. cit., p. 30 y ss.
- (32) GÓMEZ-MORENO, J. M.: "La visita...", op. cit., p. 361.
- (33) GAYA LÓPEZ, C. y SÁNCHEZ RAMOS, V.: "Notas a la Repoblación de Padules (Almería) a través de su Libro de Repartimiento", en "1490: en el Umbral a la Modernidad", Alicante, 1990.
- (34) La taha de Boloduy pertenece a D. Diego de Castilla y la de Marchena al duque de Maqueda.
- (35) A.G.S., Cámara de Castilla, s.f.
- (36) Ibídem.
- (37) GIL ALBARRACÍN, J.: *La Repoblación de Gádor*, Gador, 1990 y TAPIA GARRIDO, J. A.: "La Repoblación...", op. cit.
- (38) CARA BARRIONUEVO, L.: "La antigua Taha de Marchena. Notas para su estudio arqueológico", *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*, 8 (1988), pp. 233-251.
- (39) GÓMEZ-MORENO, J. M.: "La Visita...", op. cit., p. 359-360.
- (40) TAPIA GARRIDO, J. A.: "La Repoblación...", op. cit., p. 281.
- (41) Ibidem, p. 278.
- (42) MATARIN GUIL, M. F.: "El peñón del Moro, vigía árabe de la villa de Alboloduy", *La Voz de Almería*, 8/X/1974.
- (43) TAPIA GARRIDO, J. A.: "La Repoblación...", op. cit., p. 359.
- (44) A.G.S., Cámara de Castilla, leg. 2201, s. f.



## ADELANTADOS Y MANDO MILITAR: LOS FAJARDO EN MURCIA (S. XV-XVI)

Juan Francisco Jiménez Alcázar  
Universidad de Murcia.

La actividad militar de los poderosos es el reflejo del concepto de vida que poseen. Ejemplifican con sus participaciones en los campos de batalla el propio tiempo al que pertenecen. Centramos nuestro estudio en las maneras y reacciones de unos hombres que ocuparon el cargo militar supremo en su circunscripción, los adelantados (1). Establecido en el reino de Murcia a los pocos años de la conquista en el s. XIII (2), el cargo queda patrimonializado a la familia Fajardo desde 1424 en que accede al poder Alonso Yáñez Fajardo; no obstante, es una situación de hecho, que no de derecho, ya que el oficio continúa siendo una regalía.

La figura responde a la nueva reestructuración necesaria en la expansión castellana del XIII. Es un oficio que en su origen, se ajusta a una delegación real (3). Sus atribuciones de gobierno territorial son claras, puestas de manifiesto en cuestiones de carácter judicial, administrativo y militar. La tormentosa evolución política del XIV, marcó considerablemente los derroteros de la institución. La difusión de los corregidores y la adscripción del cargo a linajes concretos, hizo que el Adelantado perdiera ciertas competencias, sobre todo las judiciales (definitivamente tras la implantación de las Reales Chancillerías).

La merma de estas atribuciones provocó que las actividades militares fueran casi exclusivas, respondiendo con justicia al origen de la institución en las marcas fronterizas castellanas. Y así, se destaca esta autoridad castrense como la más importante en las actitudes de los adelantados (4). D. Luis Fajardo, segundo marqués de los Vélez, se desenvuelve exclusivamente por la esfera de las empresas bélicas de la Corona. Atrás quedarán las inmiscusiones en la política concejil.

El linaje de los Fajardo arraiga definitivamente en el reino murciano después de la victoria trastamarista. Originarios de Galicia, participaron de una larga lucha por conseguir el poder territorial en Murcia contra los Manuel (5); poder que alcanzaron provisionalmente con la consecución del oficio de Adelantado por Alonso Yáñez Fajardo a finales del XIV. Será su hijo homónimo el que logre unir definitivamente el cargo a la familia (6).

El papel militar jugado por la mayoría de los miembros del linaje se pone en evidencia muy pronto (7). El citado Alonso Yáñez Fajardo I venció al belicoso Muhammad VII en Nogalte (1392), renombrada batalla que dejaba muy alto el listón de la fama y honra a sus sucesores. Alonso Yáñez Fajardo II —como comúnmente se le denomina por los historiadores—, no quedó atrás. La consecución del oficio es de hecho un premio a su labor guerrera al servicio de la Corona. El quehacer militar fue de lo más diverso, y nos lo encontramos ya en las campañas fernandinas de principios del XV junto al mariscal García de Herrera (8). Inserto en las luchas civiles durante la primera parte del reinado de Juan II,

posee un marco de actuación amplio. Participa en una primera conquista del marquesado de Villena para el bando de los infantes de Aragón, para reconquistarlo después a la facción realista defendida por D. Álvaro de Luna (9). La descripción de su coraje militar nos la ofrece él mismo cuando en 1420 mientras ataca el flanco sur del dicho marquesado, escribe a Murcia solicitando ayuda en estos términos: “Ca çiertos podades ser que sy yo tovese çinquenta de cavallo e quinientos omnes de pie mas de los que aca tengo, yo los oviera echado de todo el ducado (sic), ca los peones que tienen todos, los tienen por fuerza e contra su boluntad” (10). La fuerte y marcada personalidad de Fajardo lo haría muy destacable “por su valor, decisión y dotes de mando” (11).

Tras la consecución del cargo en 1424 como premio a sus labores en favor de la causa real, participa en la campaña de Aragón (12), donde su magnífica intervención le hará acreedor de la villa de Mula, otorgada en merced el 12 de septiembre de 1430 “por los buenos e leales serviçios que me vos —indica el rey— havedes hecho e haçedes de cada día, espeçialmente por los serviçios que me hezistes en la guerra contra el rey de Aragón” (13). No obstante, y acorde con su oficio como caudillo general de la frontera, las miras las tuvo hacia el peligroso sector granadino, de ahí que prodigara sus estancias en Lorca (14).

En efecto, Alonso Yáñez Fajardo alcanzará sus mayores éxitos en el reino nazarí, y será aquí donde sus dotes guerreras y calibre político se pongan de manifiesto (15). El 4 de agosto de 1430 Juan II notifica a las autoridades del distrito obispal de Cartagena el nombramiento del adelantado como Capitán de Frontera, ordenándoles le prestaran toda la colaboración pedida y se pusieran bajo su mando (16). Este nombramiento nos resulta un tanto problemático (17), ya que de derecho el oficio ostentaba la competencia militar. Es posible que estas cédulas tengan la función de unificar fuerzas, sin la eventualidad casual de una excusa santiaguista, cuyas encomiendas ocupaban gran parte del territorio murciano (18).

En las campañas de la década de 1430, con la guerra generalizada por toda la frontera, consiguió el avance más espectacular, ocupando el sector del río Vélez y llegando al Almanzora con la conquista de Albox llevada a cabo por su sobrino Pedro Fajardo (19). No sólo empleó la fuerza, sino que para una mayor efectividad en la conquista utilizó la táctica medieval de la tolerancia (20); método también usado por Rodrigo Manrique en sus campañas un poco más al Norte (21). Para completar el carácter medieval de Alonso Yáñez Fajardo, durante el cerco de la plaza de Xiquena, armó caballero a su sobrino Alonso Fajardo —según Torres Fontes, hermano del conquistador de Albox (22)—, que se haría un hueco en la Historia por méritos propios (23), tanto bajo su apelativo de “el Malo” como por el de “el Bravo”.

Del adelantado dirá Palencia: “temíanle los moros y venerábanle los cristianos porque, sobre no faltarle ninguna de las prendas del caballero, hallábase adornado con las dotes más preciadas de naturaleza” (24). Fue un hombre muy embutido en su tiempo, personificando el caudillaje militar medieval por excelencia, alcanzado en el campo de batalla.

Recibió de Juan II la merced que le posibilitaba disponer del cargo, y que legaría en su hijo Pedro Fajardo, menor de edad (25), y así lo aprueba Juan II a la muerte del adelantado en 1444 (26). Se abre una guerra civil entre el heredero legítimo —cuyos intereses defiende durante la minoría de edad su madre, María de Quesada, con una energía poco habitual— y su primo Alonso Fajardo. Se produjo un choque entre dos maneras de concebir el mundo: la más medieval, la de Alonso, quien recoge de su tío todos los valores característicos de los frontereros, y la de D. Pedro, con un carácter menos militarista, usando mejor el pacto y la alianza que la espada. No obstante, nunca dudó en usarla en caso necesario ejerciendo de caudillo y capitán de la hueste. Si creemos a Cascales, en un encuentro con un capitán nazarí llamado Zatorre, manejó la lanza con tanta destreza, que lo atravesó (27). Y esto lo realizaría pocos años antes de su muerte en 1482.

No obstante, será su capacidad organizadora y logística la que podríamos destacar de Pedro Fajardo. Una vez en paz todo el reino y bajo su control absoluto, aprovechando las treguas, escribe a su cuñado Juan de Cardona para que le mandase “algund buen bombardero” de Valencia (28). También cuidará según su competencia de adelantado, de la conservación de los castillos. Consigue la autoridad indiscutida en su demarcación, hecho que heredarán sus descendientes. Se ganó el carisma entre los murcianos a base de constancia y rectitud en el quehacer diario, diferente de las espectaculares victorias militares de su padre o de su primo. Sus triunfos fueron menos contundentes, pero además de ser igual de brillantes, terminaron siendo más efectivos (29).

Dos hechos marcarían sus años finales: la participación activa en la guerra del marquesado contra Diego López Pacheco (30), y el desafío de D. Diego López de Haro, quien lo retó en 1480. Evitado en última instancia por los

reyes (31), hubiera sido preocupante su desenvoltura caso de haberse producido, debido a su avanzada edad y precario estado de salud.

También es posible que esa debilidad física fuera origen de que nombrasen a un Capitán de Guerra a finales de 1482, concretamente a Juan de Benavides. Nos inclinamos a pensar que entraba en el organigrama político de los reyes, que recogía la absorción del poder periférico.

Será su yerno Juan Chacón quien tome el oficio, según el contrato matrimonial y voluntad real. Presenta un nombramiento de la Corona como "Adelantado e Capitán Mayor del dicho regno de Murcia" (32). Y a la vez, también con fecha 6 de enero de 1483, la Cancillería expide una cédula a las autoridades del reino de Murcia para que obedezcan las órdenes militares del nuevo adelantado. La razón, indica el documento, era que ante la muerte de D. Pedro, pudiera suceder que los granadinos realizasen alguna cabalgada (33).

Dos cuestiones resultan de todo esto: la primera se refiere al propio carisma personal de los caudillos fronterizos, del que participaba el adelantado fallecido: su muerte dejaría sin guía a las huestes, siendo aprovechada la ocasión por los nazaries. Y segunda, la reiteración que hacen los reyes del mando militar de Chacón. Pensamos que querían suplir esa falta de dirigente militar mediante una rápida solución. Maraón reprocharía al nuevo adelantado su carácter poco beligerante, cortesano y blando, y que cumplió su papel siendo el progenitor del primer marqués de los Vélez (34). Dice también que fue buscado expresamente por la Corona como una persona más dúctil a los deseos reales (35).

Si observamos la cuestión desde la perspectiva de los anteriores y posteriores adelantados, con victorias militares personalizadas, puede dar esa impresión. Pero la realidad es mucho más compleja. En primer lugar, Chacón era un apellido que estaba íntimamente ligado a la causa isabelina, siendo su padre, Gonzalo Chacón, mayordomo real, y él mismo, Contador Mayor. Desligado de la territorialidad murciana (36), se integró plenamente en las huestes reales de conquista. Al inicio de su cargo realizó dos entradas por la frontera lorquina, y preparaba otra cuando fue llamado a la Corte (37).

Sus servicios de armas se circunscriben a los planes de conquista reales: no cabían acciones individuales como las realizadas por su suegro. Lo encontramos acompañando al rey cuando en 1482 fue a abastecer a Alhama y levantar el tercer sitio nazarí (38). También en la hueste real formada en Córdoba en 1487 (39), campaña inmediatamente anterior a la de Málaga. Durante el sitio de Vélez-Málaga, en una refriega que tuvo el rey, localizamos a Juan Chacón entre los caballeros que acudieron en su ayuda (40). De igual modo presente en Málaga (41), alcanzó sus mayores éxitos en el sector oriental granadino. La vanguardia que parte de Lorca en junio de 1488 hacia Vera la ocupa el marqués de Cádiz y Juan Chacón (42). Pulgar menciona un hecho de armas al final de esta misma campaña; ante un sorpresivo ataque nazarí, los castellanos se vieron desbordados: "visto por el adelantado de Murcia, que tenía cargo de la reguarda como los moros seguían a los cristianos, volvió con su batalla, e recogió la gente de los cristianos que iban fuyendo, e acometió tan recio contra los moros, que los fizo retraer" (43). También estará en Baza y real de Granada.

Claro queda que Maraón tuvo una imagen superficial de la cuestión, excesivamente interesada en exaltar la figura del primer marqués. A Chacón atribuimos no sólo el inicio del señorío almeriense, sino también el honor de comenzar las obras de la magnífica capilla de los Vélez en la catedral murciana (44), monumento que supo aprovechar su hijo, Pedro Fajardo como elemento de su poder y espíritu renacentista.

El primer marqués de los Vélez, D. Pedro Fajardo Chacón, personifica los nuevos aires culturales en Castilla: el caballero de la espada y la pluma. Personaje carente de un profundo estudio, ha sido el que supo proyectar mejor su autoridad efectiva; los ejemplos clásicos: la construcción de los castillos en Vélez Blanco y Mula.

Educado en la Corte por Pedro Mártir de Anglería, aunque no olvidó el cultivo de su espíritu renacentista, fue tentado muy pronto por la sirena de las glorias militares (45). Se puso al frente de la hueste en la primera sublevación de las Alpujarras en 1500, con brillantes acciones militares (46). Para los murcianos, volvía a existir un líder natural. Owens habla de él como la persona más capaz, y única, para organizar como adelantado la defensa del flanco oriental de Castilla, desprotegido y escasamente poblado (47). Lo cierto es que a él le correspondía. El nombramiento real como adelantado y Capitán Mayor del reino de Murcia (48), se refiere a que lo designan como premio a los servicios propios, sin mencionar a su padre; pero la cédula es un puro trámite. El cargo lo dejó Alonso Yáñez indiscutiblemente ligado al linaje Fajardo (49).

Su presencia se considera indispensable por la Corona, como elemento de poder absoluto en la zona, y que mantendría pacificado todo un reino en beneficio de la estabilidad general (50). Y en efecto así se comportará: cuando el rey Fernando muere en 1516, realiza un alarde como adelantado y capitán general para evitar desórdenes (51). El título de marqués sólo fue algo que se esperaba (52), como el de Grande al final de sus días.

Las Comunidades presentaron las condiciones idóneas para desarrollar su compleja personalidad. Como si de un "condottiero" italiano se tratase, actuó el sinuoso político y el enérgico militar. Su intervención en el reino valenciano, aplastando a la germanía, fue la prueba más evidente de su actividad bélica (53). Y lo supo aprovechar a los ojos de los murcianos colgando las banderas capturadas en su capilla. Llega a las cotas de poder más altas de la Casa Fajardo, hecho del cual es consciente: dirigente indiscutido en el reino de Murcia, que a pesar de perder Cartagena en beneficio de la Corona, no ve mermado su control efectivo tanto en sus señoríos como en los concejos de realengo por medio de lazos de clientelismo; y forjador del mayor señorío del reino de Granada.

Acudirá también a Navarra y Rioja para rechazar la invasión francesa por Fuenterrabía, donde volvió a demostrar sus dotes militares. Aquí realizó su última hazaña y gestión bélica (54). Tras estos sucesos, es su hijo el que absorbe el protagonismo militar. D. Luis Fajardo, segundo marqués de los Vélez, participa en diversas campañas mediterráneas y europeas (Hungría, Argel y Túnez).

Pero D. Luis es recordado por su intervención en la guerra de la sublevación alpujarreña (55). Los moriscos lo llamarán "Ibiliz Arraez el-Hadid", es decir, *Diablo cabeza de hierro* (56). Conseguirá una fama de general invicto a los ojos de sus contemporáneos; Cascales dice de él "espanto de los moros" (57). La actuación de las milicias no deja lugar a dudas: es un ejército de ocupación. Pero su verdadero problema será la propia hueste. Con una concepción de tercios ordenados y ejército con una disciplina de mando, el marqués chocó con unos individuos que poseían la idea muy diferente de lo que era una guerra. Recordaban las historias fronterizas de sus antepasados, y a ellas hacían referencia sus actos: acción más o menos individual, saqueo, botín y regreso al hogar. Desde luego, no participaban en absoluto de la idea de ejército moderno que tenía el marqués (58).

De todas formas, y aunque la dirección de la guerra fuera tomada por D. Juan de Austria, la entereza demostrada en todas sus acciones se crece al pensar que intervino en la campaña bastante mayor —de hecho murió en 1574—. A lo largo de las páginas de los cronistas Mármol y Pérez de Hita (59), podemos ver retratado a todo un general de los Austrias.

## CONCLUSIONES

El profesor Torres Fontes al comenzar su libro sobre D. Pedro, lo hace con las siguientes palabras: el adelantado de Murcia, Pedro Fajardo, es una personalidad característica de su tiempo (60). Después de haber analizado las actividades bélicas de los diferentes adelantados y sus reacciones ante las mismas, es válido decir que todos son hombres de su tiempo. Al fin y al cabo son los individuos los que gestan las épocas.

A excepción de Alonso Yáñez Fajardo y Luis Fajardo, que participan por completo de los mundos medieval y moderno respectivamente, los restantes son una mezcla, aparentemente sin orden, de caracteres bajomedievales y renacentistas. Y en definitiva, éste es el reflejo de sus contextos. Porque múltiples cuestiones surgen de inmediato: el cambio que se produce entre Pedro Fajardo y su yerno Juan Chacón, ¿no es el mismo que existe en Castilla con los Reyes Católicos? También cabe cuestionarse hasta qué punto se produce tal inflexión, y los hechos sólo son producto de una lógica evolución histórica. El primer marqués retoma la épica caballeresca como pátina para sus actividades. Lo que Huizinga aplica a Carlos el Temerario es fácilmente traspolable a D. Pedro Fajardo Chacón: un gusto por los clásicos, pero un medio de vida gótico-flamígero (61).

Finalmente, marquemos los dos hilos conductores que engarzan el estudio; por un lado, el linaje, que une a los individuos y les ofrece una compacidad, y por otro, derivado de éste, la idea del honor familiar. Mármol nos dice respecto del marqués durante la jornada de Huécija en enero de 1569 "que con honrosa envidia deseaba hacer hechos dignos de su nombre" (62). Nobleza obliga.

## N O T A S

(1) Sobre la institución de los Adelantados Mayores, tenemos los trabajos ya clásicos de J. CERDÁ RUIZ-FUNES : "Para un estudio de los Adelantados Mayores de Castilla". *Estudio sobre instituciones jurídico-medievales de Murcia y su reino*. Murcia, 1987, págs. 225-76. Y *Adelantados mayores y concejo de Murcia*. Murcia, 1961.

De M.M. GARCÍA GUZMÁN: *El Adelantamiento de Cazorla en la Baja Edad Media*. Univ. de Cádiz, 1985, aunque la concepción y carácter propio de este caso, varía sustancialmente de los adelantados reales castellanos.

(2) Sobre este tema: TORRES FONTES, J.: "Los adelantados mayores del reino de Murcia en el siglo XIII". En *Documentos de Fernando IV*, CO.DO.M. V, Acad. Alfonso X, Murcia, 1980, págs. XIII-XXII.

(3) CERDÁ RUIZ-FUNES, J. "Para un estudio...", p. 236.

(4) GARCÍA DE VALDEAVELLANO, L. *Curso de Historia de las instituciones españolas*. Madrid, Rev. de Occidente, 5.ª ed., 1977, p. 510. CERDÁ RUIZ-FUNES, J. *Adelantados Mayores...*, págs. 234. Por el contrario, este último autor posiblemente apoyado en los nombramientos de Capitanes de Frontera, aduce en otra obra suya que la pierden "tal vez por la excesiva politización de estos altos oficios reales y al recaer sus nombramientos en miembros de la nobleza, más dados a las intrigas y banderías que a la preocupación de tipo militar". CERDÁ RUIZ-FUNES, J. "Para un estudio...", p. 253. Reconoce que a veces recae el nombramiento en los adelantados; al menos, lo que a la circunscripción murciana se refiere, el adelantado asumió de una manera u otra la autoridad militar del reino a partir de Alonso Yáñez Fajardo II. La excepción es la capitánía de Juan de Benavides durante la conquista de Granada, por motivos que veremos con posterioridad.

(5) Diferencias muy bien recogidas por M.ª Llanos MARTÍNEZ CARRILLO en *Manueles y Fajardos*, Murcia, 1985. También cabe mencionar el artículo de Fco. VEAS ARTESEROS: "Intervención de Lorca en la lucha entre Manueles y Fajardos en 1391 y 1395". *Miscelánea Medieval Murciana*. VII (1981), págs. 147-56.

(6) Acerca del linaje Fajardo tenemos variados trabajos. Como principal fuente contamos con la relación existente en la R.A.H. Salazar y Castro, D-26, fol. 234. Así mismo, en la obra del citado genealogista SALAZAR Y CASTRO, L.: *Historia genealógica de la Casa de Lara...*, tomo II, lib. X, cap. II, págs. 322-31. El capítulo dedicado a la Casa Fajardo en los *Discursos Históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia y su Reino*, del ldo. CASCALES. Y la copiosa obra de Juan TORRES FONTES meta de obligada referencia, pero destacamos fundamentalmente "Los Fajardos en los siglos XIV y XV", en *Miscelánea Medieval Murciana*. IV (1978), págs. 107-77; y "Linaje y poder en el reino de Murcia (s. XIII-XV)", ponencia presentada en las *III Jornadas Hispano-portuguesas de Historia Medieval*, Sevilla, 1991, de próxima publicación.

(7) TORRES FONTES destaca estos bríos militares de los componentes de la familia Fajardo en todas sus ramas: "Los Fajardos...", págs. 112-3; por otra parte, nada extraños en el grupo poderoso, insertos en una dinámica social violenta.

(8) CASCALES, Ldo. Francisco. *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia y su Reino*. Imprenta Fco. Benedito, Murcia, 1775. Reimp. fasc., Acad. Alfonso X el Sabio, Murcia, 1980, p. 229.

Su actividad militar previa al Adelantamiento, así como el asalto al poder murciano, en M.ª Llanos MARTÍNEZ CARRILLO, *Revolución urbana y autoridad monárquica en Murcia durante la Baja Edad Media (1395-1429)*. Univ. Murcia-Acad. Alfonso X el Sabio, Murcia, 1980.

(9) TORRES FONTES, J. "Los Fajardos...", p. 137.

(10) CASTRO ANTOLÍN, Mariano Luis de. *Alonso Yáñez Fajardo, adelantado mayor del reino de Murcia (1423-1444)*. Tesis de doctorado. Univ. Murcia, junio, 1974, fol. 51. Inédita.

(11) TORRES FONTES, J. "Los Fajardos...", p. 136.

(12) Sobre esta campaña véase el trabajo de Juan ABELLÁN PÉREZ: "Participación de la ciudad de Murcia en la guerra civil castellana (1429-1430)". *Cuadernos de Estudios Medievales*, IV-V (1979), Univ. Granada, págs. 3-25.

(13) CASTRO ANTOLÍN, M. L. de. Ob. cit., fols. 173-75, documento XIX.

(14) Ibidem, fol. 107.

(15) TORRES FONTES, J. "Los Fajardos...", p. 137.

(16) CASTRO ANTOLÍN, M. L. de. Ob. cit., fols. 170-73, documento XVIII.

(17) Recordar que ya se le planteó la cuestión a J. CERDÁ, véase nota 4.

El hecho lo recogió CASCALES; refiere que Alonso Yáñez Fajardo dejó a su hijo el cargo de Adelantado Mayor "juntamente con el oficio de Capitán General, que solía andar distinto" (ob. cit., capít. dedicado a la Casa Fajardo).

(18) Para el conjunto santiaguista murciano: Miguel RODRÍGUEZ LLOPIS: *Señorío y feudalismo en el reino de Murcia*. Univ. de Murcia, 1985.

(19) Fue conquistada el 17 de octubre de 1436 al asalto. TORRES FONTES, J. *Xiquena, castillo de la frontera*. Murcia, 1979, p. 58. Sobre esta cuestión, del mismo autor: "Conquista castellana y pérdida de Albox en el reinado de Juan II (1436-1445)" *Roel*, 1 (1980), págs. 35-41.

(20) La Crónica del Halconero se refiere a que la plaza de Vélez Rubio pactó su capitulación ("...fue tomado por este adelantado Veles el

Rubio, por trato;"), yendo los veleznos a la Corte para conseguir una confirmación de los privilegios que tenían bajo la Corona Nazarí. CARRILLO DE HUETE, P. *Crónica del Halconero de Juan II*, ed. de Juan de M. Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, págs. 224-5.

(21) TORRES FONTES, J. Xiquena..., p. 56.

(22) TORRES FONTES, J. "Los Fajardos...", p. 142.

(23) Clásica es la obra de Juan TORRES FONTES: *Fajardo el Bravo*, Murcia, 1944.

(24) PALENCIA, A. *Crónica de Enrique IV*. B.A.E., ed. de Paz y Meliá, Madrid, 1975. En *Décadas*, lib. VIII, cap. V, p. 187.

(25) CASTRO ANTOLÍN, M. L. de. Ob. cit., fols. 189-90, documento XXVI.

El documento no está fechado, pero hemos de enmarcarlo después de la muerte de su primogénito Alonso en 1436. Sobre este tema, TORRES FONTES, J.: "La muerte de Alonso Fajardo". A.E.M. 4 (1967). págs. 409-18.

(26) TORRES FONTES, J. *Don Pedro Fajardo, adelantado mayor del reino de Murcia*. CSIC, Madrid, 1953, p. 22.

(27) CASCALES, Fco. Ob. cit., p. 285.

(28) TORRES FONTES, J. D. *Pedro Fajardo...*, p. 121.

(29) Poco más podemos añadir en este ámbito a lo dicho por TORRES FONTES en *D. Pedro Fajardo...*

(30) TORRES FONTES, J. La conquista del marquesado de Villena en el reinado de los Reyes Católicos, *Hispania*, 50 (1953), págs.38-151.

(31) TORRES FONTES, J. D. *Pedro Fajardo...*, 167 y ss.

(32) A.M.M. Cart. real 1478-88, fols. 95r-v. Apud: BOSQUE CARCELLER, R. *Murcia y los Reyes Católicos*. Murcia 1953, p. 126, documento I.

(33) A.M.M. Cart. real 1478-88, fols. 95v.-97r. Apud: Ibidem, p. 140, documento 6.

(34) MARAÑÓN, Gregorio. *Los tres Vélez. Una historia de todos los tiempos*. Espasa-Calpe, Madrid, 1962, págs. 26-7.

(35) Ibidem, p. 24.

(36) BOSQUE CARCELLER, R. Ob. cit., p. 25.

(37) Ibidem, p. 37.

(38) DURÁN Y LERCHUNDI, Joaquín. *La toma de Granada y caballeros que concurrieron a ella*. Madrid, 1893, vol. II, p. 241. Lo recoge de PULGAR, Hernando del. *Crónica de los señores Reyes Católicos D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel de Castilla y de Aragón*. Imprenta Benito Monfort, Valencia, 1780, III parte, cap. VI, p. 188.

(39) PULGAR, Hdo. del. Ob. cit., III parte, cap. LXIX, p. 289.

(40) PULGAR, Hdo. del. Ob. cit., III parte, cap. LXX, p. 293. El suceso también lo menciona DURÁN Y LERCHUNDI, J. Ob. cit., vol I, p. 185 y en el vol. II, p. 242.

(41) PALENCIA, A. *Guerra de Granada*, lib. VII, págs. 182-3.

(42) PULGAR, Hdo. del. Ob. cit., III parte, cap. XCVIII, p. 829.

(43) PULGAR, Hdo. del. Ob. cit., III parte, cap. XCVIII, p. 330. El hecho está documentalente probado: en la investidura de caballero del regidor lorquino Juan Felices consta que acompañó al adelantado. A.G.S. Mercedes y Privilegios, 383-74.

(44) TORRES FONTES, Juan. *Estampas de la vida murciana en la época de los Reyes Católicos*. Acad. Alfonso X el Sabio, Murcia, 1984, págs. 21 y ss.

(45) MARAÑÓN, G. Ob. cit., p. 36.

(46) BOSQUE CARCELLER, R. Ob. cit., págs. 94-s. Respecto a las acciones del Fajardo, indica este autor que hacía recordar a su abuelo por la valentía y dotes militares (Ibidem). A parte de que los hechos fueran admirables, nos refleja la mala imagen que se tiene o tenía de Chacón.

Sobre la campaña de 1500, María MARTÍNEZ MARTÍNEZ: "La cabalgada de Alhama (Almería) en 1500", *Miscelánea Medieval Murciana*, XI (1984), págs. 87-102; y Juan y Juana ABELLÁN PÉREZ: "Aportación de Murcia a la rebelión morisca de la Alpujarra almeriense: el cerco de Velefique (octubre de 1500-enero de 1501)", *Cuadernos de Estudios Medievales*, IV-V (1979), Univ. Granada, págs. 27-39.

(47) OWENS, J. B. *Rebelión, monarquía y oligarquía murciana en la época de Carlos V*. Univ. de Murcia, Murcia, 1980, p. 141.

(48) BOSQUE CARCELLER, R. Ob. cit., págs. 195-97, documento 31.

(49) Recordemos que la guerra civil por el adelantamiento entre Alonso Fajardo y Pedro Fajardo se realiza dentro del linaje, aunque arrastre con ello a los demás del reino.

(50) Su primera jugada política es un fracaso, siendo desterrado a perpetuidad de Murcia. Pero a los pocos meses, e inmediatamente después del fallecimiento de la Católica, el 20 de diciembre de 1504 desde Toro, se expide el perdón para D. Pedro. BOSQUE CARCELLER, R. Ob. cit., págs. 214-5, documento 87.



- (51) OWENS, J. B. Ob. cit., p. 148.
- (52) A.G.S. R.G.S. 12-IX-1507, apud: MARAÑÓN, G. Ob. cit., págs. 88-9.
- (53) Un estudio más detallado de la campaña lo encontramos en OWENS, J. B. Ob. cit., págs. 128-30.
- (54) MARAÑÓN, G. Ob. cit., p. 54. Tras los turbios sucesos de las Comunidades, el marqués marcha por segunda vez de tierras murcianas derrotado políticamente; aún mantendría a una fiel facción que intentara su regreso legal.
- (55) Nicolás ACERO escribió a finales del siglo pasado una apología del linaje Fajardo, centrado sobre todo en el XVII. A los Fajardo anteriores, sólo los menciona, a excepción de Luis Fajardo, que lo califica como "gran soldado de las Riberas del Almanzora, nevadas sierras de Filabres y Alpujarra". En "Los Fajardos", *Revista Contemporánea*, tomo XCIX (1895), págs. 239-48 y 588-94, p. 241.
- (56) MÁRMOL DE CARVAJAL, L. *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*. Madrid, B.A.E., 1945, p. 142.
- (57) CASCALES, Fco. Ob. cit., p. 538.
- (58) En estas mismas Jornadas, presento junto a Valeriano SÁNCHEZ RAMOS una comunicación titulada "El resurgir de una frontera: Lorca y el levantamiento de las Alpujarras (1568-71)", en la que hacemos un análisis más profundo de esta cuestión.
- (59) Sobre todo de éste último. De hecho, es el cronista del marqués, el encargado de cantar sus glorias, al igual que Hurtado de Mendoza lo era del marqués de Mondéjar.
- (60) TORRES FONTES, J. D. *Pedro Fajardo...*, p. 5.
- (61) HUIZINGA, J. *El otoño de la Edad Media*, Madrid, ed. Alianza, 1979, p. 99.
- (62) MÁRMOL DE CARVAJAL, L. Ob. cit., p. 136.



# III PONENCIA



# FORMACIÓN Y FUNCIONAMIENTO DE LAS HUESTES REALES EN CASTILLA DURANTE EL SIGLO XV

**Miguel-Ángel Ladero Quesada.**

Catedrático de Historia Medieval.  
Universidad Complutense.

Las noticias de que disponemos sobre formación y funcionamiento de las huestes reales castellanas en la época de la dinastía Trastámara, a partir de 1369, se refieren, sobre todo, a la guerra de conquista de Granada, entre 1482 y 1491. Pueden ser tomadas, sin reservas, como modelo de lo que aconteció en guerras y operaciones militares anteriores, porque se observa el mantenimiento de tradiciones y modos de hacer que debían tener a menudo varios siglos de existencia aunque haya también, naturalmente, novedades. Así, pues, tendré que organizar mi exposición a partir de datos de aquellos años, aunque complementándolos con otros anteriores, siempre que sea posible, para mostrar mejor tanto las continuidades como los cambios.

## **1.—Los ejércitos castellanos del siglo XV.**

Eran características de los ejércitos reales de época trastámara, y de las anteriores, su heterogeneidad y su condición eventual o no permanente, salvo en algunos de sus elementos constitutivos. Entre 1482 y 1491, los Reyes Católicos contaron con un ejército formado por tres bloques principales: las tropas reales, las huestes de Órdenes Militares, nobles y prelados, y las huestes aportadas por ciudades y villas individualmente o a través de la Hermandad.

### **1.1. Las tropas reales.**

El núcleo de las tropas reales estaba formado por las capitanías de "hombres de armas" y jinetes de las Guardas Reales, acompañados por el personal de servicio correspondiente a cada "lanza". Su origen no era muy remoto pues todavía en 1406, cuando murió Enrique III, no eran más de tres *capitanías* de cien "lanzas" cada una, aunque ya en 1420 ascendían a mil "lanzas" y, con diversas vicisitudes, este número era el vigente hacia 1481. Pero a él hay que añadir otras 1.400 "lanzas" organizadas desde 1476 con la "contribución ordinaria" de la Santa Hermandad, que siguió cobrándose hasta 1497, de modo que, durante la guerra final contra Granada, los reyes contaron con una treintena de *capitanías* de militares profesionales de caballería.

Los reyes disponían también de una mesnada de caballeros y escuderos, repartidos por todo el reino, a los que pagaban habitualmente un acostamiento, llamado en épocas anteriores *tierra*, para que se mantuvieran a su servicio y acudieran a sus llamamientos, aunque la mayor parte de sus servicios en la guerra se pagaban aparte. La situación de

aquellos *vasallos del rey* había cambiado mucho desde los antiguos ordenamientos hechos por Alfonso X y los monarcas que le sucedieron, en especial Alfonso XI en 1338 y Enrique III en 1391: la insuficiente eficacia de aquel procedimiento para contar con tropas había provocado tanto la disminución de su número como la cuantía efectiva de las soldadas, que era un 60 por 100 menor en 1490 que cien años antes. Las Cortes de 1432 calculaban que habría 10.000 vasallos de *acostamiento*, pero en las campañas de conquista de Granada participaron como máximo 1.500 jinetes.

La disposición permanente de armas de fuego por los reyes fue también una novedad del siglo XV; antes habrían tenido a veces alguna pieza, desde mediados del XIV, y otros tipos de máquinas de asedio que se construían para cada ocasión. Lo mismo sucedió, a menudo, con la artillería, dada la evolución bastante rápida de sus técnicas: los Reyes Católicos tenían en nómina solamente cuatro artilleros en 1479, antes del comienzo de la guerra, pero ascendían a 91 en 1485, de ellos, siete cargos generales, mientras que el número de piezas de artillería aumentaba hasta las 150 a 200 de diverso tipo, y se constituían los primeros “parques” de fabricación y mantenimiento, todavía temporales, en Écija, Baza y, ya acabada la guerra, en Medina del Campo. El pago a grupos fijos de espingarderos también fue una novedad de la época de los Reyes Católicos llamada, como es lógico, a tener mucho futuro: pero en 1485 sólo eran 40 los integrados en las Guardas Reales y en 1504, 152. Los reyes preferían estimular la especialización en el uso de este tipo de armas entre vecinos de ciudades y villas que formarían luego parte de milicias concejiles.

## 1.2. Las huestes nobiliarias.

El ejército real permanente era, por lo tanto, una fuerza limitada tanto en sus componentes como en sus finalidades: la defensa de la Corte, la guarnición extraordinaria de algunas fortalezas, o el apoyo a determinadas funciones judiciales y administrativas. Pero en él había buenos especialistas, capaces de colaborar en la ordenación y funcionamiento de huestes mucho mayores y, aun sin superar la pequeñez de sus cifras, las capitanías podían operar en guerras exteriores, como se demostró durante el reinado en Bretaña, Nápoles, Navarra y Rosellón.

Sin embargo, para constituir una hueste con gran capacidad ofensiva dentro de Castilla o en zonas próximas, los monarcas contaban con las mesnadas de las Órdenes Militares (San Juan, Santiago, Calatrava y Alcántara), con las de los grandes nobles del reino, y con las de algunos prelados que disponían también de dominios señoriales, como sucedía, sobre todo, con los arzobispos de Toledo.

Entre la nobleza que acudió a la guerra contra Granada cabe distinguir un grupo cortesano cuya ayuda toma, preferentemente, un aspecto personal: así sucede con don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de León de la Orden de Santiago, don Enrique Enríquez, mayordomo mayor del rey, el conde de Tendilla y el marqués de Villena, entre otros. Un segundo sector está formado por la nobleza castellana, que acude a los llamamientos reales o envía tropas al mando de capitanes, de manera menos continua, y por la nobleza andaluza que, por su mayor proximidad al escenario del conflicto y por sus propios intereses, participa de manera continua y completa. Aquellas diferencias se habrían dado ya en guerras anteriores. Las huestes de los nobles estaban pagadas en parte por el rey, a través de “tierras y acostamientos” y de los mismos señoríos cedidos a la nobleza, pero su sueldo en campaña era sufragado aparte, por el rey mismo y por el noble correspondiente. Había en ellas un desequilibrio entre caballería, muy abundante, e infantería, que no corresponde ya a la estructura general del ejército ni al planteamiento estratégico de la guerra, aunque la caballería era aún un arma decisiva. Pero era también, sobre todo, el modo aristocrático de hacer la guerra.

En las huestes de las Órdenes Militares y en la del arzobispo de Toledo es mayor la presencia de peones y, en todos los casos, se observa una buena acogida a la novedad que representaban los espingarderos. Por lo demás, las tropas de cada noble tienden a reproducir, en pequeña escala, la composición del ejército real: hay en ellas “vasallos” que viven de *acostamiento* del noble, hombres de armas y jinetes de la escolta personal y de las fortalezas del señor, y peones, que proceden de los repartos efectuados entre las villas y lugares del señorío.

Las aportaciones máximas se produjeron en las campañas de 1487 y 1489: en torno a 7.000 hombres de armas y jinetes de la nobleza y 2.300 de las Órdenes Militares, 1.200 ballesteros y 4.100 peones lanceros de los nobles, 500 a 600 ballesteros y 2.400 lanceros de Órdenes Militares, 424 espingarderos de nobles y 316 de Órdenes. En la campaña final, año 1491, las cantidades son algo menores pero varían según los momentos del largo asedio de la ciudad de Granada.

Desde 1485 los reyes exigieron también servicio militar personal a los caballeros que habían sido armados como tales desde tiempos de Juan II y a los hidalgos que lo eran por carta regia posterior a 1464, pero la convocatoria tuvo un éxito muy escaso pues aquella nobleza pequeña y reciente no tenía medios propios para cumplirla. Lo mismo ocurriría

en tiempos anteriores: aunque el oficio de armas era cosa propia de todo el estamento nobiliario, cumplirlo sólo resultaba posible si se contaba con sueldo, *acostamiento* u otro recurso especial.

### 1.3. Las huestes concejiles y de la Hermandad.

En las guerras de la *reconquista*, al menos desde el siglo XII, había participado buena parte del vecindario del reino, aunque no fuesen caballeros, en virtud de obligaciones militares que atañían a todos, sobre todo en campañas dirigidas personalmente por el rey, y que podían cumplirse personalmente o mediante pagos compensatorios como había sido, en épocas anteriores, el de la *fonsadera*, lo que implica que las huestes enviadas por los concejos de ciudades y villas no eran tanto la ciudadanía en armas como grupos de mercenarios, vecinos o no de la localidad correspondiente, pagados tanto con el dinero procedente de sus habitantes como con la soldada que añadía el rey durante la campaña. Al menos se aseguraba así que no hubiera formas de mercenariado fuera del control político de la monarquía, y se limitaba a situaciones excepcionales el recurso a la contratación de tropas extranjeras, tal como había sucedido, por ejemplo, durante la guerra entre Pedro I y Enrique II, de 1366 a 1369.

La novedad introducida por los Reyes Católicos consistió en que buena parte de las tropas se contrataron no directamente por los concejos sino por la misma monarquía, utilizando una contribución extraordinaria que pagaban todos a través de la Hermandad. Aquello creaba un marco institucional adecuado para que en el futuro la monarquía pudiera contar con una contribución y una milicia territorial adecuadas y dispuestas a la movilización cuando fuera preciso, y sobre esta base se elaboró el conocido proyecto de 1495 que no llegó a realizarse, tal vez, porque implicaba la puesta a punto de una organización militar homogénea en el reino cuyo control por la monarquía, y no por otras fuerzas políticas, no estaba asegurado en caso de alteración del orden. Pero, durante la guerra de Granada, la mayoría de las ciudades y villas de León y las dos Castillas aportaron tropas por vía de la Hermandad, hasta 10.000 peones en algunas campañas, mientras que las de Andalucía lo hacían cada una individualmente, hasta un máximo de 2.400 jinetes y 13.000 peones, y las regiones norteñas, que contaban con hermandades propias, enviaban contingentes de peones, muy apreciados por su bravura: las cifras máximas son de 3.000 gallegos y 1.200 asturianos en 1489, 1.200 vascos en 1486 y 1491, 900 cántabros en 1487.

\* \* \*

Cabe decir, en líneas generales, que las huestes de la conquista de Granada tuvieron entre 1482 y 1484 de 6.000 a 10.000 jinetes y de 10.000 a 16.000 peones. En 1485 las cantidades ascienden respectivamente a 11.000 y 25.000. Por fin, en 1486 se llega a la cifra mayor de la guerra: 12.000 y 40.000. En 1487 sería muy similar (11.000 y 45.000) así como en 1489 (13.000 y 40.000) y en los primeros momentos de la campaña de 1491 (10.000 y 50.000). Los años 1488 y 1490 exigieron huestes menores, semejantes a las de las primeras campañas. Todas estas cifras son, naturalmente, redondeos aproximados, hechos con el único objeto de dar una idea de conjunto. No incluyo en ellas nunca a los muchos peones que, por ser taladores, arrieros o de otra condición similar, no solían combatir.

Apenas es posible facilitar otras semejantes para momentos anteriores, pero todo lleva a suponer que los efectivos previstos variaron poco, según fuera el tipo de acción a desarrollar, aunque la misma variedad de éstas hace imposible indicar cifras medias. Ejemplos de ejércitos mercenarios de campaña: en 1374, Enrique II consigue reunir en La Rioja hasta 5.000 "lanzas castellanas", 1.200 jinetes y 5.000 peones. En 1386, el duque de Lancaster desembarcaba en Galicia con 1.500 *lanzas* y otros tantos arqueros, y sus aliados portugueses logran reunir 2.600 lanzas y 6.000 peones, mientras que el rey de Francia envía a Juan I de Castilla 2.000 lanzas de socorro. Ejemplos de pequeñas o medianas huestes para algaradas y "entradas" en la frontera de Granada: en febrero de 1407 los murcianos realizan una incursión con 80 hombres de armas, 500 jinetes y 3.000 peones, y en junio los de Carmona, para realizar otra, juntan 200 de a caballo y 800 peones. Para las pequeñas correrías se formaban columnas de caballería, como la de 29 hombres de armas y 37 jinetes que entraron en tierra de Ronda en 1408, o la de 42 de a caballo, con 28 peones, de Carmona y Marchena, que saquearon meses antes la zona de Torre Alhaquime.

La previsión hecha en las Cortes de 1406 para armar un ejército y reanudar la guerra abierta contra Granada estimaba la necesidad de contar con 10.000 lanzas, de caballería pesada, 4.000 jinetes, 50.000 peones, 50 naos y 30 galeras, más lombardas, ingenios de asedio, pertrechos y carretas, con un costo, durante seis meses, de cien millones de maravedíes. Son cifras muy semejantes a las de las principales campañas de la guerra final contra Granada.

## 2.—Los procedimientos de formación de un ejército no permanente, heterogéneo e integrado en gran medida por no profesionales.

Dadas las premisas que se indican en el título de este apartado es fácil comprender lo complejas que eran las operaciones destinadas a dar forma y poner en condiciones operativas a un ejército real de aquellas características. Lo sorprendente, a veces, es el grado de eficacia que se alcanzó, teniendo en cuenta lo rudimentario de los medios organizativos y administrativos con que contaban los reyes, pues estaban limitados a los grupos de especialistas de la misma Corte —y casi ninguno lo era sólo en el arte de la milicia— y a la colaboración de los otros poderes del reino, es decir, las administraciones nobiliarias y las concejiles.

Ante todo, era preciso prever o definir las características de la hueste que se iba a reunir. Su costo y su mantenimiento, tal como hemos visto en el ejemplo anterior, relativo a las Cortes de 1406. Una vez logrado este diseño inicial, y a veces no había tiempo para ello si la guerra estallaba súbitamente, como ocurrió en 1482 tras la toma de Alhama, al rey, como cabeza directiva y organizadora, competía expedir las correspondientes cartas de *apercibimiento* y de *llamamiento*. La primera precedía, a veces varios meses, a la segunda: de esa manera se daba tiempo a las autoridades que debían reunir el número de tropas pedido inicialmente. En la de *llamamiento* se fijaba la fecha, lugar y demás condiciones concretas de presentación de las tropas. Podía haber también otras cartas de apremio, aclaración de aspectos parciales, modificando el contingente a enviar, etc. Si los destinatarios eran nobles o “vasallos del rey”, éste no intervenía en los preparativos, pero si eran concejos, podía hacerlo, enviando algún cortesano o colaborador, un *continuo* en época de los Reyes Católicos, para que colaborara y vigilara el buen cumplimiento de lo ordenado.

Las cartas de *apercibimiento* y *llamamiento* durante la guerra contra Granada de 1482 a 1491 se conservan, a cientos, tanto en el archivo real de Simancas como en los municipales de muchas ciudades. Respecto a la política seguida por el infante Fernando de Antequera en 1407, escuchemos lo contenido en la misma *Crónica de Juan II*, según la cual el infante reunió al concejo de Sevilla para comunicarle su intención de proseguir la guerra en 1408, para lo que preveía el empleo de 2.000 caballeros y de 15.000 a 20.000 peones andaluces. Ordenaba que se hicieran nóminas de caballeros, ballesteros y lanceros, divididos en cuadrillas de diez, y que todos estuviesen *apercibidos*, e yo —añade— *vistas las nóminas, tomaré del número lo que entendiere que cumple*. Dos años después, en 1410, señala la Crónica cómo de los caballeros de Castilla quedaron muchos por venir, porque a algunos fue mandado quedar en la guarda del rey, e otros por otras diversas causas, e algunos que el infante no quiso llamar porque quería que quedasen descansados con la intención que tenía de proseguir esta guerra, e paresciale que era razón de no traer todos juntos los caballeros del reino. Las intervenciones personales del infante Fernando fueron importantes ya desde 1407 cuando, a su llegada a Sevilla, *dio muy grande acucia así en el armada como en todos los otros pertrechos que eran nescenarios para la guerra, así en mantas e gruas e lombardas e ingenios e carrelas para llevar así los mantenimientos para el real como para todas las cosas necesarias, e hizo hacer repartimiento por la tierra de hombres de caballo e de ballesteros e lanceros, e mandó repartir mucho trigo y cebada para llevar al real, en lo cual mandó poner cierto precio por tal que no se pudiese encarecer...*

\* \* \*

A medida que las tropas iban llegando al punto de reunión, era preciso *aposentarlas*. Esta era tarea de los mariscales y aposentadores, que también debían buscar los sitios más apropiados para la acampada, cuando la hueste se pusiera en marcha. La *borden de aposentamiento* que se tuvo en mayo de 1489, por ejemplo, cuando llegaron tropas al obispado de Jaén para la próxima campaña contra Baza, muestra la complejidad de la tarea: hubo que disponer asentamientos en Baeza, Úbeda y otras 13 poblaciones para alojar a todos. Los peones de la Hermandad, por ejemplo, estuvieron en Úbeda, los hidalgos y espingarderos en Baeza, los peones gallegos en Andújar y los vizcaínos y alaveses en La Higuera de Arjona, mientras que las mesnadas de los diversos nobles se repartían por otras localidades, procurando asegurar el aprovisionamiento de agua y forraje para los caballos, y evitar conflictos con el vecindario.

La *presentación* era también aspecto obligado para todos nada más llegar porque de ella dependía, de una parte, el sueldo, que no podía cobrarse sin haberla realizado, y, de otra, la garantía de haber participado en la campaña, necesaria para muchos que debían justificar después su presencia en ella. Los Contadores Mayores de Hacienda, a través de alguno de sus oficiales, recibían estas presentaciones, que eran personales en el caso de los vasallos del rey, hidalgos y caballeros, pero colectivas cuando se trataba de tropas concejiles. Las mesnadas de los grandes nobles y Órdenes



también daban cuenta de su presencia, pero se pagaba a sus miembros de acuerdo con la relación jurada que presentaba el noble, o su capitán, sin hacer, por lo que parece, otras indagaciones.

En el tiempo breve que mediaba entre la presentación de las tropas y el comienzo de la campaña había que dar forma y organizar a la hueste general. Los grupos grandes, dotados de homogeneidad, conservaban su unidad, y así sucedía, por ejemplo, con la gente de los grandes nobles y con las milicias de los principales concejos: éstas últimas venían ya distribuidas en cuadrillas, según las instrucciones regias y su propia tradición: en 1491, por ejemplo, eran cuadrillas de cincuenta, con *vestiduras diferenciadas porque sean conocidos entre los otros*.

Pero los vasallos del rey, los hidalgos, caballeros armados y pequeños grupos nobiliarios o concejiles necesitaban ser encuadrados en unidades mayores, para lo que se formaban capitanías, al mando de las personas designadas por los reyes. Las capitanías de infantes también servían para dar homogeneidad a los grupos de peones norteños o a los espingarderos, por citar dos casos.

\* \* \*

La distribución del ejército durante la campaña era cuestión de la máxima importancia, pues de ella dependía en buena parte su eficacia y funcionamiento.

Cuando estaba en orden de marcha, la hueste se disponía en batallas. Era tradicional que, tras los exploradores, la delantera y la vanguardia, son conceptos distintos, fuera llevada por el Maestre de Santiago, el Condestable o el Alcaide de los Donceles, a los que acompañaba a veces el pendón de Sevilla si la expedición había salido de esta ciudad. Inmediatamente antes de la retaguardia se situaba la principal *batalla* o *batalla real*, donde iba el rey o el infante, flanqueada por sendas alas que en ocasiones eran las milicias de Sevilla y Córdoba. Y, por fin, en la retaguardia o reguarda viajaban la acemilería con el fardaje, la artillería, y una escolta o *batalla* de protección. Esta distribución típica, tomada del arte militar clásico, la hallamos tanto en muchas descripciones, por ejemplo en la referente a 1410, previa al asedio de Antequera, o en la de 1487, que corresponde a la campaña de Vélez Málaga y Málaga: se observa en ellas que el volumen y composición de las *batallas* no obedece a cánones fijos, pues el número de caballeros y peones que componen cada una es muy variable.

Las operaciones a partir de puntos fijos exigían el asentamiento de *reales*, cuya distribución y grado de sedentariedad dependían de la configuración del terreno y de las necesidades y peculiaridades de cada asedio. Todos ellos tuvieron en común varios aspectos: el mando supremo de un gran noble en cada *real*, salvo en el que habitaba el propio monarca, y la fortificación de los campamentos mediante fosos, vallas, artillería ligera y un sistema de vigilancia conveniente, hasta convertirlo en una pequeña ciudad militar. Cuando el real alcanzaba este grado de fijeza solía recibir el nombre de *estancia*, que aparece a menudo en las crónicas.

En 1410, ante Antequera, el infante Fernando situó dos reales, uno de ellos guardando la sierra, para asegurar mejor el sitio. El asedio de Ronda se organizó también a partir de dos, uno frente a la ciudad, en El Mercadillo, otro en "la llana", cerca del alcázar, pero diversas *estancias con cavas y albarradas y tapias* aseguraban la unión entre ambos. Ante Málaga se instalaron 24 *estancias* unidas entre sí por fortificaciones, la principal en un cerro cerca de Gibralfaro, y la armada formaba una barrera, por las noches, para evitar el acceso al puerto. En Baza, año 1489, se volvió al sistema tradicional de dos reales principales, con la ciudad en medio, pero unidos por una excavación con empalizada en la que se distribuían quince castillos de tapias, de modo que el cerco era completo, además de disponerse otro castillo avanzado frente a la sierra, unido también al sistema por cava y empalizada. Es más, cuando llegó el otoño, ante la necesidad de continuar el cerco, *el rey mandó hacer casas en el real, para defensa del frío y de las aguas que con el tiempo del invierno esperaban. Y luego los grandes y caballeros y capitanes que estaban en el real hicieron casas de tapias y cubiertas de madera y teja, de tal manera que era defensa para las fortunas del frío y del sol. Y en hacer estas casas hubo tanta diligencia que en espacio de cuarenta días se hicieron más de mil casas, puestas en orden por sus calles. Y allende de las casas, todas las otras gentes de pie hicieron chozas cubiertas de tal manera que defendían del frío y aguas*. Es el antecedente próximo que se tuvo en cuenta a la hora de construir Santa Fe, durante el cerco de Granada en 1491, después de un incendio que en aquel caso, como en otros, era uno de los peligros mayores que amenazaban a los reales, y a veces no por motivos fortuitos: en 1410 hubo un complot, atizado por el embajador granadino Sa'd al-Amín, para prender fuego al campamento cristiano.

\* \* \*

Los alardes periódicos fueron el único medio para contener, en lo posible, la abundancia de desertiones. Siempre se realizaba uno al comenzar la campaña, coincidiendo con la organización de la hueste en *batallas* y, cuando la acción se prolongaba, especialmente en Baza y Málaga, los alardes tenían lugar cada cierto tiempo. En 1410, por ejemplo, el infante Fernando hizo un alarde inicial en el Rfo de las Yeguas, punto típico para tales actos, pues también lo utilizaría su nieto el rey Fernando en varias ocasiones.

Si los alardes no bastaban para cortar la desertión, al menos servían para castigar la que quedaba al descubierto y para calcular los refuerzos que eran precisos. La relativa abundancia de desertiones no implica condescendencia por parte de los reyes, que empleaban todos los medios a su alcance, entre ellos los escarmientos ejemplares, para castigarlas, por ser mal ejemplo y por comprometer el éxito de las campañas, además de ordenar otras averiguaciones a cargo de los concejos. *Los reyes* —leemos en la Crónica de Juan II con referencia a la campaña de 1407— *deben poner en esto gran guarda e castigar muy crudamente a los que tal engaño les hacen, no solamente por la pérdida del sueldo más por el peligro en que los ponen*. En aquella campaña las desertiones abundaron a pesar de los alardes que el infante hizo al comienzo y en el mismo real, pero se debían en parte a la falta de sueldo y de vituallas.

El problema de las desertiones era, desde luego, complejo. La actitud de un no profesional movilizado o *manferido* —como entonces se decía— no era especialmente entusiasta en guerras ofensivas, sobre todo si la acción duraba más de uno o dos meses. A menudo se añadía el retraso en el cobro del sueldo y la escasez o carestía de los víveres. Y, casi siempre, los perjuicios derivados del abandono de las actividades económicas habituales, de la familia, etc. Ni los castigos ni las predicaciones eran suficientes para evitar una realidad que, aunque no masiva, sí que llegó a alcanzar cierto volumen en los cercos de Málaga y Baza: a veces tendría mayor poder disuasorio el hecho mismo de encontrarse en tierra hostil y lejana. Durante el cerco de Granada, en 1491, los reyes procedieron a licenciamientos parciales de tropas a medida que el cerco se prolongaba y ante la inutilidad de mantener un ejército tan grande para sostenerlo: muchos fueron llamados de nuevo para que estuvieran presentes en el momento de la capitulación.

Entre los profesionales y los mercenarios no había apenas desertiones, debido a su obligación específica y a su mayor profesionalidad.

Las multas cobradas por desertión o incumplimiento de servicio se aplicaban a indemnizar a los heridos y a familiares de los muertos. Dichos familiares quedaron además exentos de posteriores repartos para la guerra en 1483.

Es casi imposible calcular las pérdidas de vidas humanas en aquellas guerras. Algunos episodios sugieren fuertes bajas, como, por ejemplo, los violentos combates librados durante el cerco de Málaga, o las penalidades del de Baza: a él habían acudido vecinos de Fuenteovejuna, *donde diz que murieron gran parte de ellos e otros con gran pobreza y muertos de hambre y dolientes se vinieron a sus casas habiendo servido muchos días en dicho real, aunque después de venidos dicen que muchos de ellos son muertos de las dichas o dolencias que traían*. Miserias de la guerra a las que se añadía con frecuencia el peligro terrible de las epidemias desatadas en los reales, como la que acabó con la vida de Alfonso XI en 1350, ante Gibraltar, o la que diezmó en 1384 al ejército de Juan I de Castilla ante Lisboa, *en manera que del día que murió el maestre de Santiago fasta dos meses morieron de las compañías del rey dos mil omes de armas de los mejores que tenía, e mucha otra gente... que non avía día que docientos omes o más no moriesen*; o en 1386 a las tropas del duque de Lancaster desembarcadas en Galicia. Un siglo después, en 1485, la ciudad de Sevilla fue puesta en cuarentena porque la peste había hecho su aparición en ella, y no envió ni tropas ni abastecimientos al cerco de Ronda.

En fin, el despidio, al término de cada campaña, era la única forma legal de marcharse. Todos aquellos que lo precisaran debían solicitar *carta de servicio* cuando eran despedidos.

### 3.—Los servicios de mantenimiento de la hueste: Pago, transportes, sanidad, policía y justicia.

El control de todos estos servicios, o de su mayor parte, correspondía a los reyes, por medio de personal especializado de la Corte, pues era el único medio de asegurar cierta homogeneidad en su funcionamiento.

El aspecto principal, puesto que de él dependía la posibilidad de atender a otros, era el adecuado pago de las tropas, que afectaba a todos los combatientes, aunque los reyes daban sueldos mayores a los que no recibían otros por parte de sus señores o concejos respectivos, o no tenían sueldo o acostamiento habitual del rey en tiempo de paz.

En la guerra de 1482-1491 los sueldos por día de campaña, incluyendo los de viajes de ida y vuelta, fueron éstos:

Hombres de armas: 35 a 40 maravedíes los que son vasallos del rey.

30 mrs. los integrados en mesnadas de nobles.

Jinetes: 35 mrs. los del rey, 30 mrs. los de concejos, 25 mrs. los de nobles.

Peones: de 13 a 15 mrs. en todos los casos (lanceros, ballesteros, espingarderos, en orden de menor a mayor sueldo).

Pero, como ya he indicado, buena parte de aquellos combatientes contaban con otros sueldos o recursos derivados de su condición o de su actividad guerrera. Los vasallos del rey disponían de su *acostamiento* fijo. Los integrados en mesnadas de nobles o de Órdenes tenían también acostamientos de su señor respectivo, o fuentes de renta fijas como serían las de las encomiendas, en el caso de las Órdenes. Y los peones que venían en tales mesnadas, procedentes de los concejos de los señoríos, recibirían sueldo de tales concejos, igual que ocurría en las huestes concejiles de ciudades y villas de realengo. En estas huestes, en efecto, el concejo hacía frente a una parte del pago, hasta completar una soldada diaria de dos reales (62 mrs.) el jinete y un real el peón. Los peones contratados por vía de la Hermandad cobraban también un real diario. Eran sueldos que podían resultar atractivos para gentes sin oficio o especialidad fijos y, por lo tanto, capaces de sustentar aquellas formas peculiares de mercenariado ocultas bajo la apariencia de huestes concejiles o hermandinas.

Los sueldos pagados en guerras anteriores no eran más bajos, si se efectúa para cada caso la correspondiente deflactación de la moneda de cuenta (maravedí) reduciéndola a moneda de plata (real): en 1385 se asignaba un sueldo diario de 4 mrs. por día a los ballesteros murcianos y 3 mrs. a los lanceros, es decir, 1,33 y un real respectivamente. En 1407, el infante Fernando pagaba a 10 mrs. el jinete y 5 mrs. el peón, lo que es la mitad de las cifras de 1385, pero seguramente también era sólo la mitad del sueldo, con lo que nos hallaríamos con las cifras clásicas: dos reales el hombre a caballo, un real el peón.

Aparte hay que considerar el pago por vía de contratos especiales que sufragaba íntegramente la corona: sueldos de artilleros, espingarderos, escaladores, mercenarios extranjeros, marina... Y también los de los capitanes, que eran más elevados: en época de los Reyes Católicos un capitán de tropas de a caballo percibía 50 mrs. diarios y uno de peones 62.

Las circunstancias concretas del pago daban lugar a veces a notables deficiencias y retrasos, a pesar de las precauciones que tomaron, sobre todo, los Reyes Católicos, que establecieron, o mantuvieron, la costumbre de pagar desde el momento de la presentación hasta el del despido, más las jornadas de viaje estimadas a ocho leguas diarias (algo más de 40 km). Se hacían varias pagas durante la campaña y una final de *fenecimiento*, de modo que no hubiera cuentas pendientes posteriormente. Se descontaba un cinco por ciento para el pago de servicios administrativos (*cámara y contadores*) y dos días de paga para *físicos y mariscales*, es decir, los servicios de aposentadores, encargado del aprovisionamiento, médicos y cirujanos.

Apenas hay noticias sobre cómo pagaban su parte los concejos, aunque es de suponer que se efectuarían repartos entre los vecinos y que los combatientes recibirían el sueldo en una o varias veces. Si se daba el caso de iguala hecha entre un vecino *manferido* y el mercenario que iba a ir en su lugar, el peligro de incumplimiento podía aumentar en caso de pago anticipado de una parte elevada, o de fijación de una cantidad fija sin tener en cuenta la duración de la campaña.

\* \* \*

La movilización de un número elevado de combatientes y la misma acción bélica conllevaban la aparición de problemas sanitarios que requerían atención continua: heridas recibidas en combate, precaución ante brotes epidémicos, etc. Durante la guerra de 1482-1491 hubo *físicos* y cirujanos reales en todas las campañas. Ningún cronista deja de mencionarlo, atribuyendo la iniciativa a la reina, que acaso pagaría parte de los salarios y de los materiales con dinero procedente de su Casa, aparte del procedente del descuento de dos días de haber que se hacía a todos los combatientes. El *Hospital de la Reina* era móvil y lo atendían los mismos médicos y cirujanos de la casa real, según leemos en el cronista Hernando del Pulgar: *E para curar los feridos e los dolientes, la reyna enbiaua sienpre a los reales seys tiendas grandes e las camas de ropa neçesarias para los feridos e enfermos, y enbiaua çerujanos y físicos e*

*medicinas e hombres que los siruiesen, e mandaua que no lleuasen preçio alguno, porque ella lo mandaua pagar. E estas tiendas, con todo este aparejo, se llamaua en los reales el Hospital de la Reyna.*

\* \* \*

Un aspecto del control regio sobre la hueste, y la mejor demostración —dejando aparte la jefatura militar del rey— de que sólo se ejercía su jurisdicción sobre el conjunto del ejército, una vez constituido, era la actuación de los Alcaldes y Alguaciles de la Corte para asegurar el cumplimiento de la ley y las adecuadas funciones de policía. Ya desde la campaña de 1484 solía haber tres Alcaldes, nueve Alguaciles, más algunos pregoneros, carceleros y verdugos, apoyados por un cuerpo de policía militar de un centenar de jinetes y otros tantos peones, que solían ser vasallos del rey e hidalgos.

En 1487, durante el cerco de Vélez Málaga, promulgó el rey unas ordenanzas para prevenir los aspectos más frecuentes de indisciplina o delito en los reales. Sería interesante contar con ejemplos o términos de comparación más antiguos pero, de momento, hemos de conformarnos, de nuevo, con el relato de Pulgar. *El rey, por quitar los ruidos y quitar otros inconvenientes que en las grandes huestes acaecen, constituyó y mandó pregonar ciertas ordenanzas, conviene a saber: que ninguno jugase dados ni naipes, ni blasfemasen, ni sacase armas contra otro y revolviere ruido. Otrosí, que no viniesen mujeres mundarias ni rufianes al real; y que ninguno saliese a escaramuza que los moros moviesen sin licencia de su capitan; y que todos guardasen el seguro que diese a cualquier lugar de moros en general, o a cualquier moro en especial; y que no se pusiese fuego a los montes que eran cercanos al real, ni a los otros reales que de ende en adelante pusiesen. Y franqueó a todos los que trujesen mantenimientos a sus reales, por mar o por tierra, para que los pudiesen vender libremente, sin pagar derecho de cualquier calidad que fuese. todas estas cosas mandó guardar so ciertas penas.*

La propia experiencia de campañas anteriores y de algunas pelcas internas entre grupos de combatientes —como la que tuvo lugar en 1486— moverían a efectuar esta sistematización de disposiciones que, por lo demás, parecen de sentido común y afectan ya también a otros aspectos de logística que hemos de considerar a continuación.

\* \* \*

Los servicios de transporte de víveres y otros productos y de los grandes trenes de artillería exigieron el trabajo de muchos miles de personas, en su mayoría arrieros y carreteros, que eran contratadas o bien directamente por la administración real o bien a través de los concejos encargados de la tarea de repartir o *manferir* un número de acémilas con el que los vecinos deberían servir cada año, cuando fueran requeridos, aunque siempre los pagara la Hacienda regia.

La acemilería era el medio principal de transporte. En las principales campañas de la conquista de Granada fue habitual el movimiento de entre 20.000 y 25.000 viajes de acémila, pues a menudo las mismas bestias participaban en varias recuas sucesivas. Habría otros arrieros que viajarían por su cuenta y riesgo, sin previa contratación. Es casi imposible calcular cifras totales de acémilas empleadas realmente pues todos los datos se refieren a viajes/unidad, a veces con posible exageración: las cuentas de pago del año 1482 llegan a mencionar 40.000 viajes/unidad para abastecer Alhama, pero Pulgar eleva la cifra a 80.000 en el año 1483. Los precios de alquiler en aquellos años eran de 25 mrs/día la mula o *carga mayor* (2,5 fanegas, unos 108 a 110 kg. de cereal) y 15 mrs/día el asno o *carga menor* (2 fanegas, unos 89 kg.), más 20 mrs/día de salario para el arriero. En la campaña de 1489, en la que fueron mayores los riesgos y dificultades de transporte, se llegó a pagar a 35 mrs/día o a 3 mrs. por fanega y legua.

La carretería también se utilizó pero menos debido a las dificultades orográficas y a la ausencia de caminos adecuados en la frontera y en el interior de Granada: a veces se construyen durante las mismas campañas de la guerra final y, después de 1492, se hicieron planes para trazar *carriles* carreteros en el territorio granadino. Durante la guerra final fueron bastante frecuentes contrataciones parciales de entre 250 y 600 carretas: en 1487 llegaron a ser de 950 a 1.100, a un precio de 75 mrs/día la carreta con dos bueyes.

Una función principal de las carretas era el transporte de artillería e ingenios de asedio. He aquí algunos ejemplos y textos: en 1410, las bastidas construidas en el corral del alcázar de Sevilla se transportaron hasta Antequera en 360 carretas hechas allí mismo. Tres años antes, la Crónica de Juan II detalla el orden que se tuvo al ir contra Setenil en repartir la responsabilidad de transportar la artillería e *ingenios*, con una minucia que demuestra la importancia que se atribuía a aquella operación: no era para menos pues se movió, entre otras piezas, una *gran lonbarda* capaz de tirar una

*piedra que pesa seis quintales y ante Setenil se construyó una bastida con ruedas, que había de ser movida por 500 hombres. Para el cerco de Álora, en 1484, leemos en Pulgar, iba asimismo gran número de carros con el artillería, y una gran parte de los peones pasaban adelante por las sierras y puertos de aquella tierra, allanando los caminos y lugares ásperos, por do pudiesen pasar los carros.*

La dificultad de paso es ponderada por los cronistas en diversas ocasiones. Pulgar, en 1485, al describir el camino hacia Cambil y Alhabar, en las sierras giennenses: *E porque vimos aquellas grandes montañas, pensamos así imposible con ningún trabajo ni industria de hombres pasar carros por ellas. Plúgonos ir a ver a los lugares por donde acometieron hacer el camino que se hizo, y hallamos que seis mil hombres que enviaron el rey y la reina, con picos y otras berramientas, derribaron toda una sierra y la allanaron hasta igualar con el valle bajo. Y en otras partes hinchieron valles de grandes piedras que derribaron de lo alto, y de grandes alcornoques y otros árboles que cortaron. Y así andando estos peones doce días por los lugares más fragosos, cortando y sacando piedras y derribando árboles, pudieron allanar un camino por donde los carros del artillería pudieron pasar.* Bernáldez, al describir los cercos de Vélez Málaga y Málaga en 1487 exalta la labor del personal al servicio de la artillería (2.709 azadoneros, 1.143 carreteros, 942 hacheros, 287 paleros, 180 pedreros, 110 carpinteros): *e aun quedará memoria de este inclito e famoso rey para syempre, por razón de aquellos caminos, de tantas sierras e laderas e puertos e peñas e abocinamientos como hizo llanos a azadón e barra, pala e almadana, en toda la tierra que ganó a los moros, que es cosa increíble a quien no ha visto los pasos por do tan gruesas lombardas e tan grande artillería passava.*

En último extremo, se podía utilizar a la marina para tales transportes, si las circunstancias lo permitían, como sucedió en el mismo año 1487, cuando las piezas de artillería más gruesas y los víveres se trajeron por barco, aprovechando que la campaña se desarrollaba en zonas litorales. Y también en 1488 y 1489 se desembarcaron víveres en las playas del S. de Murcia y N. de Almería, con destino a las plazas conquistadas o asediadas.

\* \* \*

Un aspecto tratado escasa y marginalmente por los cronistas, que lo dan por supuesto, y también en la documentación contable, por su poco costo o porque a veces se hacían cargo de él personas que ya tenían otro sueldo o salario, es el referente a los servicios de comunicación e información. Su importancia era, sin embargo, sustancial.

Los correos y mensajeros utilizados eran a menudo los de la misma Corte, que ya tenían establecidos sus sistemas de relevo y estaciones o postas habitualmente. Más importancia directa para el desarrollo de las operaciones militares tenía la actividad de adalides, almogávares y almocadenes, *hombres del campo*, enaciados y demás gentes conocedoras de la Frontera, sobre cuya identidad no es posible extenderse ahora. Sus servicios eran imprescindibles para guiar a las huestes, tender emboscadas o determinar los mejores lugares de paso o de acampada, como lo recuerda, en 1509, una carta de Fernán Pérez del Pulgar a Pedro Navarro relativa a proyectos de campaña en África. El texto, publicado por el Prof. Carriazo, no puede ser más explícito:

*Porque éstos, como quier que los moros son astutos en la guerra y diligentes en ella, los que han sydo en los guerrear los conosçen bien e saben armalles. Conosçen a qué tienpo y en qué lugar se ha de poner la guarda, do conviene el escucha, a dónde es neçesario el atalaya, a qué parte el escusaña, por dó se fará el atajo más seguro e que más descubra. Conosçe el espía; sabrála ser. Tiene conosçimiento de los poluos, sy son de gente de pie, y cuál de caualllo o de ganado, y cuál es toruellino. Y cuál humo de carboneros y cuál abumada; y la diferençia que ay de almenara a la candela de los ganaderos. Tiene conosçimiento de los padrones en la tierra, y a qué parte los toma, y a qué mano los dexa. Sabe poner la çelada, y dó yrán los corredores, e çeuallos sy les es menester. Tienen conosçimiento del rebato fechizo, y cuál es verdadero. Dan avisos. Su pensar continuo es arðiles, engaños y guardarse de aquéllos. Saben tomar rastro, y conosçen de qué gente, y a qual seguir. Téntarán pasos e vados, e dañallos o adoballos según fuere menester. Y guían la hueste. Buscan pastos y aguas para ella, y montañas o llanos para aposentallos. Conosçen la dispuçion para asentar más seguro el real. Téntarán el de los enemigos. Yrán a buscar y traer lengua dellos, que es muy neçesaria. Tienen continuo cuidado de mirar el campo, de noche los oydos desçoluados, de día los ojos no çerrados. Porque así es: debaxo de la pestaña del atalaya está la guarda del pueblo, gente y hueste.*

El texto continúa ponderando el valor de aquellos especialistas en disponer la guarda de fortalezas, la disposición de puntos de vigilancia y la prevención de ataques enemigos. Por que, en fin, *las cosas de guerra por escripto son como*

*los Derechos, que ay más casos que vienen que no leyes usadas, porque son tantos e tantas como vuestra señoría sabe, mejor las fazen onbres de frontera, seyendo su uso, que no aquel que las ha de aprender. Que éstas, no oyendo, mas viendo e faziendo se saben.*

Los sistemas de vigilancia y guarda, conocidos a veces como *guardas escusañas*, velas y atalayas, estaban formados por aquellos hombres y otros de parecida condición. Su labor se complementaba con las informaciones aportadas por algaradas o cabalgadas, mercaderes, pastores, cautivos... sin aquellos servicios de inteligencia e información, la suerte de más de un cerco o una incursión habrían sido mucho peores.

\* \* \*

El aprovisionamiento de la hueste era una preocupación principal, de respuesta no aplazable, más difícil cuanto más lejano era el teatro de operaciones, mayor el número de combatientes o más peligrosas las líneas de comunicación con las plazas y fortalezas ya conquistadas pero cuyo abastecimiento era preciso asegurar desde bases situadas a mucha distancia. Los problemas de desabastecimiento tenían efectos catastróficos: en el invierno de 1370, por ejemplo, Enrique II tuvo que levantar el cerco que tenía puesto a Ciudad Rodrigo por el mal tiempo y porque *no le venían viandas ningunas de ninguna parte*, y cuatro años después abandonó la campaña contra el duque de Lancaster, en La Rioja, porque *non se podían aver viandas nin mantenimientos* para su ejército formado por más de 11.000 combatientes.

Pulgar encarece el esfuerzo hecho para proveer a la hueste, en el año 1486: *Se puede creer que en la provisión de los mantenimientos que se tratan todos los años a los reales había mayores trabajos y se hacían mayores gastos que se pudieron hacer por otros reyes en las conquistas de los reinos y provincias que conquistaron. Y porque no había en aquella comarca puertos de mar seguros donde se pudiesen descargar los mantenimientos que de otras partes se trajesen y convenía que todos los días hubiese las recuas de veinte mil bestias, trayendo de muy lejos los mantenimientos y vestuarios y todos los oficios y oficiales y herramientas y pertrechos y otras cosas necesarias a la vida. Y otrosi era necesaria gran copia de gente de armas que de continuo entrase y saliese con las recuas porque las asegurasen de los enemigos, en lo cual las gentes pasaban trabajos y hacían grandes gastos.*

Desde luego, una buena parte de la soldada que ganaban los combatientes de cada campaña y las guarniciones que permanecían en los castillos y plazas conquistadas había que gastarla en víveres y otros mantenimientos, pero la cuestión era asegurar su llegada a precios asequibles. En ocasiones, los reyes apelarían a la compra directa, para la posterior reventa, pero utilizaron mucho más el procedimiento de repartos obligatorios de cereales y otros víveres, pagaderos al cabo de cierto tiempo, y, además, estimularon la venta libre por arrieros no contratados pero que aceptaban el riesgo de hacer a su costa el viaje correspondiente, con la esperanza de obtener una ganancia.

Con el fin de hacer efectivos los tres procedimientos, los reyes enviaban *continuos* que compraban o repartían los víveres, aseguraban su envío por mar o tierra y hacían lo necesario para evitar irregularidades en el cumplimiento de las órdenes reales. Otro punto en el que la autoridad regia tenía que emplearse a fondo era el relativo a la fijación, y cumplimiento, de precios de tasa para los cereales, al menos para los que habían sido comprados por la misma corona o procedían de repartos obligatorios.

Porque, en definitiva, la venta de abastecimientos en los reales y fortalezas, aunque movía una cantidad de dinero muy considerable, sólo enriquecía a algunos, pero el abasto causaba problemas a muchos más. En la guerra de conquista de Granada, los reyes no llegaron a enjugar los gastos que les causaba la organización del transporte y la devolución o pago de los víveres tomados en reparto. Los proveedores, y más si eran obligados, no encontraban a menudo compensación suficiente ya que, aunque estaban exentos de impuestos de tránsito y vendían a precios de tasa bastante elevados, se veían coaccionados por la autoridad regia —a menudo se prohibió la exportación de cereales andaluces durante la guerra— y no siempre cobraban satisfactoriamente. Además, habría que evaluar los efectos que la economía de guerra causaba sobre el funcionamiento de los mercados y la posibilidad de consumo del resto de la población.

Tampoco es posible cuantificar el gasto total de las huestes en campaña, a pesar de la abundancia de datos parciales entre 1482 y 1491, que contrasta con la total carencia de noticias para tiempos anteriores. En 1485 se emplearon de 110.000 a 130.000 fanegas de trigo y cebada entre la campaña propiamente dicha y el abastecimiento de Ronda y demás plazas conquistadas. En 1487, el almacén o *alfolí* montado en el real ante Málaga vendió 60.000 fanegas

de trigo y 69.000 de cebada. En 1489, Alfonso de Toledo, encargado de aquellos menesteres, recibió 247.000 fanegas de trigo durante el largo asedio de Baza, unos seis meses: el consumo se puede estimar en 2.500 a 3.000 fanegas diarias de trigo y cebada, lo que implicaba que la escasez podía presentarse en cuanto las recuas fallaran más de un día.

Los datos sobre otros productos, tales como vino, carne, queso o legumbres, son mucho más escasos, así como los relativos a la obtención de pastos y forrajes: en 1410 la hueste fue acompañada de *erveros* para buscar y recoger todos los que hallaran y es de suponer que tal práctica sería habitual en todas las guerras, así como la presencia de aguadores y otras personas dedicadas a asegurar tan fundamental suministro.

#### 4.—Moral de combate y propaganda justificativa.

No debe olvidarse este aspecto de la organización y funcionamiento de las huestes en una exposición de conjunto como la que aquí presento, al menos para sugerir algunas ideas principales que se deducen de la lectura de las crónicas y otros testimonios.

La misma manera de llevar adelante la guerra puede ser objeto de comentario a la vista de los testimonios que exaltan los valores propios de la mentalidad caballeresca en el combate y en el heroísmo. Figuras como la de don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, en la guerra de conquista, alcanzan categoría de arquetipos. Pero, hay que preguntarse, ¿aquellas valoraciones alcanzaban a toda la hueste o sólo a sus sectores aristocráticos? En cualquier caso, eran compatibles con fenómenos de rapiña indiscriminada e indisciplinada en algunos momentos, cuando la autoridad regia o de los jefes de la hueste no alcanzaban a impedirlo, a veces con desastrosas consecuencias, como sucedió en Sierra Bermeja, en marzo de 1501, donde moriría el mismo jefe de la expedición, don Alonso Fernández de Córdoba, señor de la casa de Aguilar.

La actitud del rey durante la contienda era objeto de valoración inmediata, por lo que tenía de ejemplar. El infante Fernando, conquistador de Antequera en 1410, aparecía como la viva imagen de la caballería, e incluso varios años antes había fundado una Orden, la de la Jarra y el Grifo, cuyos ideales tuvo ocasión de poner entonces en práctica. Su nieto, el rey Fernando, es ensalzado por su valor personal, no siempre atemperado por la prudencia. Por el contrario, la escasa disposición bélica del monarca anterior, Enrique IV, había sido motivo de su desprestigio durante las campañas granadinas de 1455 a 1458. En la reina Isabel, por ser mujer, la ejemplaridad se medía de distinta manera: por una parte en su eficacia como coordinadora de toda clase de preparativos y del abastecimiento; por otra, en el valor que su actitud tenía para alentar y estimular a los combatientes, bien mediante el envío de cartas a diversos nobles, bien, incluso, haciéndose presente en los campamentos durante las campañas más duras como fueron las de 1487, 1489 y 1491, porque su llegada era señal cierta de que no se iba a cejar en el empeño.

Así, durante el cerco de Málaga, en 1487, fue requerida por su marido el rey: *para la brevedad de aquel propósito de aquella conquista convenía que ella viniese en persona y estuviese en aquel sitio porque los moros por experiencia viesan la voluntad que él y ella tenían de permanecer en aquel cerco y de lo no alzar por ninguna cosa que ocurriese, basta ganar la ciudad. La venida de la reina pareció a los combatientes cristianos/ serles alivio de los trabajos pasados, y se esforzaron más para los continuar.* En el otoño de 1489, cuando ya el cerco de Baza se prolongaba, *la reina, movida por los ruegos del rey y por las muchas suplicasiones y amonestaciones de los grandes y caballeros que con él estaban... acordó de ir al real que el rey tenía sobre la ciudad de Baza... Y la venida de la reina al real fue con placer común de todos, especialmente porque como las gentes deseaban ver cosas nuevas, creían que su venida habría tal novedad, que el cerco que había durado seis meses con grandes trabajos y peligros hubiese algún fin.*

La multiplicación de rezos y predicaciones durante los asedios o la aparición de personajes exaltados, que pretendían transmitir su fe al resto de los combatientes, no eran cosa extraña y, a veces, los relatos de los cronistas recuerdan otros episodios similares ocurridos durante las cruzadas en el Levante mediterráneo. Ante Antequera, leemos en la Crónica de Juan II, año 1410, *avía un loco que dezían Alonso Guerra /o García/, que venía con los de Seuilla, que la ymaginación que tenía hera predicar la fee de Jesucristo; e dezía entre sus locuras muy buenas cosas. E llegando, pensó de entrar en Antequera, a pedricar a los moros. E entró dentro, e luego le pusieron en fierros. E magüer que después el condestable lo demandó, no se lo quisieron dar; e salió después, como adelante oiredes.*

Menos extravagante resultaba el empleo de insignias y reliquias a las que se atribuía especial eficacia, como ocurrió en 1410 también, cuando el infante Fernando hizo traer de León el pendón de San Isidoro, recordando que *los reyes de Castilla antiguamente habían por costumbre que cuando entraban en guerra de moros por sus personas llevaban siempre consigo el pendón de Santo Isidro de León, habiendo con él muy gran devoción*.

Los actos de exaltación a la vez religiosa, militar y cívica, culminaban tras la conquista o toma de una plaza importante, según se describe en numerosas ocasiones: había parada militar, y los cronistas suelen mencionar a los prelados, ricos hombres y caballeros principales, entrada del infante o rey en medio de una procesión religioso-militar, salvo que fuera conveniente evitar el alarde por motivos de prudencia o concesión al vencido, liberación de cautivos, consagración de la mezquita mayor, alzamiento de cruz y pendón en la torre del alcázar, etc. Un buen ejemplo es el relato de lo ocurrido en 1487, cuando los reyes entraron en Málaga después de su terrible y largo asedio.

Aquellas festividades eran, también, un medio de alentar la moral de combate y de propagar las justificaciones de la guerra. Por eso se repetían en diversas ciudades castellanas por medio de "triumfos", "alegrías", etc., que eran de mayor importancia si se trataba de la urbe, Sevilla o Córdoba con frecuencia, en la que hacía su entrada el rey o infante después de la campaña victoriosa. En la "entrada" del infante Fernando en Sevilla, el 14 de octubre de 1410, después de la toma de Antequera, se formó un gran cortejo de nobles y eclesiásticos, precedido por la espada del rey Fernando III, que portaba el Adelantado Per Afán de Ribera, por un crucifijo y dos pendones de la cruzada, y acompañada por 17 musulmanes con pendones suyos perdidos en la batalla. Cada rico hombre desfilaba con su estandarte y divisa, y el infante era acompañado por los pendones de Santiago, San Isidoro y la ciudad de Sevilla. Ante la catedral fue recibido por el prelado y cabildo y en su interior se cantó un Te Deum y fue devuelta la espada del rey Fernando. En aquel acto, como en otros similares, se compendia toda una manera de concebir la guerra y sus funciones sociales y religiosas, y a través de él se ofrecía una explicación comprensible para los contemporáneos del porqué del esfuerzo desarrollado en la organización y empleo de tan grandes y costosos ejércitos.

## Conclusión.

La formación y funcionamiento de las huestes en la Castilla del siglo XV era el resultado de una larga tradición autóctona y de la aplicación de principios clásicos del arte militar. A partir de estas realidades actúa, en aquella época, una autoridad regia más efectiva y con mayor capacidad de organización, que dispone ya, además, de un pequeño ejército permanente. El resultado fueron los ejércitos de las guerras contra Granada, en especial los de la guerra de conquista del decenio 1482-1491, en los que observamos un adecuado aprovechamiento y utilización de los recursos y una eficacia notable en la organización y funcionamiento, así como la capacidad para mantenerse en campaña durante períodos de tiempo largos.

Hay aspectos y experiencias en aquellas huestes que pudieron aprovechar los ejércitos permanentes de tiempos posteriores, como son el uso cada vez más frecuente y variado de la artillería y de las armas de fuego personales, la capacidad para integrar en los distintos tipos de operaciones a la infantería y sus mismos usos de organización y encuadramiento, o la importancia que tiene la caballería ligera de jinetes, cosa propia de la Frontera aunque extendida ya a toda Castilla, en relación con la pesada de *bombres de armas*, mucho más tradicional. Pero, en otros aspectos, el paso a la formación de ejércitos permanentes después de 1492 exigió grandes innovaciones en lo referente al pago de sus efectivos, a los modos de aprovisionamiento y transporte, pues generalmente operaban fuera del territorio del reino, y a las motivaciones políticas y religiosas a aducir, porque fue frecuente que se emplearan en guerras entre países europeos cristianos.

---

Nota.—Las noticias expuestas en esta conferencia están tomadas de mi libro, *Castilla y la conquista del reino de Granada*, Valladolid, 1967 (3.<sup>a</sup> ed., Granada, Diputación Provincial, 1993) y de las Crónicas de Enrique II, Juan I, Juan II (Ed. Carriazo, Madrid, 1981), Hernando del Pulgar y Andrés Bernáldez, relativas ambas al reinado de los Reyes Católicos.



## LA FORMACIÓN DE UN EJÉRCITO NOBILIARIO AL FINAL DE LA EDAD MEDIA

Ana Belén Sánchez Prieto.

Universidad Complutense de Madrid.

En 1641 el duque de Medinasidonia encabezó en Andalucía una conspiración contra el rey Felipe IV, y en 1648 el duque de Híjar intentó erigirse en rey independiente de Aragón. Es fácil comprender que estas “locas aventuras independentistas”, como las ha llamado Domínguez Ortiz (*El Antiguo Régimen*... , pág. 392) no hubieran sido posibles si la alta nobleza española no contara con un extraordinario poder político, económico y militar.

Sin ninguna duda, el origen de este poder se remonta a la baja Edad Media, durante la cual tiene lugar en Castilla no sólo un proceso de renovación nobiliaria, sino también una señorialización muy fuerte, que alcanzó su punto álgido en el tercer cuarto del siglo XV.

Durante los últimos años se ha realizado una gran cantidad de estudios sobre la nobleza castellana, su participación en la política del reino y la formación de sus enormes patrimonios y dominios señoriales, pero sin embargo se ha prestado poquísima atención a los ejércitos privados de los nobles.

Esto es realmente extraño por varias razones: en primer lugar, porque las relaciones entre nobleza y monarquía se manifiestan sobre todo durante las numerosas guerras civiles y exteriores que tuvieron lugar a lo largo de los siglos XIV y XV; en segundo, porque la nueva nobleza surge en la guerra civil entre Pedro I y Enrique II y acaba de consolidarse con el fin de otra guerra entre Isabel la Católica y Juana “la Beltraneja”, y, en tercero y último lugar, porque la existencia de estas auténticas máquinas de guerra explica en buena medida la estructura del ejército real castellano bajomedieval, carente de mercenario y *condotieros*.

Las investigaciones que he llevado a cabo sobre los ejércitos privados de los nobles en los momentos inmediatamente anteriores al descubrimiento de América y durante la primera mitad del siglo XVI son aún provisionales, por cuanto se limitan a un único linaje, el de Mendoza, pero aún así he podido obtener algunas conclusiones de importancia que creo son extrapolables al resto de las casas nobles castellanas.

En primer lugar, me interesa hacer hincapié en que la consolidación de los grandes linajes castellanos se realiza en un contexto de guerras constantes y gracias a ellas: aunque el linaje de Mendoza existe desde época muy anterior (es uno de los linajes de la llamada “nobleza vieja”), lo cierto es que la rama que con el tiempo iba a convertirse en la casa ducal del Infantado sólo adquiere verdadera importancia política durante la guerra civil entre Pedro I y Enrique II; además, los principales señoríos y títulos que ostentan los jefes del linaje los adquieren durante la guerra: Hita y Buitrago, los señoríos primigenios de la casa, durante la guerra civil, el marquesado de Santillana, tras la primera batalla de Olmedo, y el ducado del Infantado en el sitio de Toro. Es fácil observar procesos similares y paralelos con el resto de los grandes linajes.

Por otra parte, desde la minoría de Enrique III, los nobles principales se sirven asiduamente de sus fuerzas militares para forzar cambios constantes en la política o en los equipos de gobierno.

En definitiva, los grandes nobles se servían de su poderío militar para imponer sus criterios políticos en el gobierno del reino, lo que implicaba participar asiduamente en las continuas guerras civiles y exteriores. Éstas, a su vez, les proporcionaban importantes beneficios que se traducían en incrementos de rentas y patrimonios, lo cual les permitía aumentar su poder militar y tener un mayor peso específico en el gobierno del reino.

Visto esto, considero que conocer cómo se organizaban los ejércitos de los grandes nobles es una cuestión de primera importancia.

En primer lugar, la posibilidad de intervenir de una manera eficaz en la dirección política del reino dependía del control de un espacio lo más amplio posible, siendo lo ideal el control de un espacio fronterizo, lo cual permitía disponer de mayores medios militares permanentes, y de vías de comunicación de primera importancia. En ambos casos, los Mendoza gozaban de una situación inmejorable, ya que poseían u ostentaban la tenencia de la mayor parte de los puntos fortificados en la más importante de las rutas de penetración en Castilla desde Aragón: el curso del Henares, de modo que durante las guerras de don Álvaro de Luna contra los Infantes de Aragón, el éxito de una invasión aragonesa en Castilla dependía en buena medida de la actitud del señor de la casa de Mendoza. Por otra parte, éste controlaba los pasos más importantes del Sistema Central, cuya importancia militar en una época de constantes luchas civiles es evidente.

El control del espacio en un momento en que aún domina la defensiva sobre la ofensiva dependía de la posesión de castillos o enclaves fortificados adecuadamente situados. Y es que el castillo es la expresión arquitectónica de una situación de guerra casi constante, pero también constituye la expresión máxima del dominio político y social y de la superioridad de la nobleza sobre el resto de la población. Esto en parte explica por qué los nobles padecen una auténtica fiebre constructora de castillos con esbeltas y teatrales torres del homenaje, garitas en las esquinas y cintas de matacanes muchas veces falsos, precisamente en un momento en que el desarrollo de las armas de fuego tiene consecuencias radicales en los medios de ataque y defensa y recomienda muros bajos y gruesos con talud, foso y baluartes.

La posesión de un castillo, o mejor, de un buen número de ellos, daba importantes ventajas a un noble: por una parte, servía de núcleo a partir del cual se podía señorializar fácilmente el territorio circundante, y por otra, constituían piezas vitales en el juego que se había entablado por el control político del reino entre nobleza y monarquía y entre los diferentes bandos nobiliarios, pues no sólo se utilizaban como enclaves defensivos, sino también como piezas negociables en treguas y paces en las que se exigía su entrega en rehenes.

Más importante aún que los simples castillos eran los alcázares urbanos, porque a partir de su control era muy fácil llegar a convertir la ciudad en un auténtico dominio, si no de derecho, a menos sí de hecho, tal y como sucedió en el caso de Guadalajara, prácticamente controlada por los duques del Infantado, que salvo en períodos de tiempo muy breves, además de poseer por juro de heredad la tenencia del alcázar y varios oficios del concejo, nombraban a los regidores y procuradores en cortes.

Además, por otro lado, tanto la alta nobleza como la monarquía se servían de sus fortalezas para articular una compleja red de vinculaciones vasalláticas mediante la institución de la tenencia y la figura del alcaide, de modo que la tenencia de una fortaleza se constituía como uno de los principales elementos de la relación entre nobleza y monarquía y entre los distintos grupos dentro del estamento nobiliario, siempre en el contexto de las relaciones feudovasalláticas.

Por último, los nobles se servían de sus castillos para mantener guarniciones, que constituían auténticos núcleos de ejército permanentes, y depósitos de armas con una buena proporción artillera, que a finales del siglo XV y principios del XVI debió de ser considerablemente abundante y muchas de cuyas piezas debieron de ser fundidas especialmente para ellos, pues llevan sus armas de divisa.

Finalmente, era necesario disponer de medios de acción. De hecho, un gran noble como el duque del Infantado podía llegar a movilizar varios cientos e incluso mil hombres a caballo en el último cuarto del siglo XV, lo cual, para lo reducido de los ejércitos de la época, no era una cifra en absoluto despreciable.

Posiblemente, el hito principal en la formación de estos grandes ejércitos privados sea la batalla de Aljubarrota, porque, a raíz de ella, en virtud del *Ordenamiento de las lanzas*, dado en las Cortes de Guadalajara de 1390, los

miembros de la primera y segunda nobleza recibieron una serie de rentas a la vez que adquirían el compromiso de servir al rey con los hombres de armas que les correspondiesen. A lo largo del siglo XV, los nobles siguieron disponiendo de estas cantidades de dinero, tierra, sueldo y acostamiento, libradas por la Corona, pero su importancia en el global de las rentas de los grandes estados nobiliarios era ya muy poca, de modo que su independencia de la Corona en todos los sentidos era cada vez mayor.

Los grandes nobles disponían de diversos medios para formar su propio ejército privado e intervenir así de una manera decisiva en la política del reino: en primer lugar, sus recursos económicos, cada vez mayores a medida que se acerca el final del siglo XV, les permitían mantener en torno a sí grupos de hombres armados que constituían núcleos de ejército permanentes, alrededor de los cuales podían formar verdaderos ejércitos movilizándolo a las tropas de acostamiento y a la población de sus señoríos.

El ejército privado de un noble castellano se componía en primer lugar de un núcleo escogido de “continuos”, esto es, caballeros y escuderos que estaban permanentemente a su servicio y que vivían en su “casa”, es decir, mantenidos por él. A ellos se sumaban tropas “a sueldo”, siendo “sueldo” la remuneración que se señalaba a un hombre llamado a prestar servicio militar mientras éste dura; este sueldo varió naturalmente a lo largo de los años: durante la guerra de Granada un hombre de armas cobraba 30 maravedíes diarios; en 1535 los hombres de armas del duque del Infantado cobraban 2 reales, esto es, 68 maravedíes (A.H.N., Osuna, Leg. 1872-1, fol. 6) y hacia mediados de siglo, 4 reales.

Estas tropas recibían además de su señor otras cantidades denominadas “acostamiento” y “tierras”, voces con las cuales se designaba a la pensión que el señor daba a un hombre que de este modo quedaba obligado a acudir a la llamada de quien lo pagaba o a enviar a alguien en su lugar. Como el cobro de este dinero tenía como contrapartida la prestación de un servicio, pero no era su remuneración, solía tratarse de cantidades bastante modestas. Por suerte se conservan unas ordenanzas dadas por el duque del Infantado en 1535 que contienen las condiciones que deben cumplir los hombres de armas que recibían acostamiento de él (A.H.N., Osuna, Leg. 1852-12): acudir personalmente a cualquier llamamiento o apercebimiento y servir con el equipo y caballo adecuado; a cambio recibían 7.000 maravedíes anuales de acostamiento más dos reales por cada día fuera de sus casas y los caballeros ancianos recibirían una pensión de 4.000 maravedíes anuales sin necesidad de prestar servicio alguno.

Entregar acostamiento a un hidalgo que en virtud de él contraía el deber de servir militarmente a quien se lo pagaba era un modo barato y cómodo de mantener un ejército privado, pero en contrapartida era difícil mantener a estos hombres bien armados y encabalgados por el alto precio de los arneses y, sobre todo, de los caballos, y su movilización podía ser a veces engorrosa. Ello, unido a los cambios que se estaban produciendo en el arte de la guerra debió de motivar el que los grandes nobles mantuvieran en torno a sí, además de a un número considerable de hombres de armas o continuos, tropas de infantería bien entrenadas: por ejemplo, hay constancia de que a principios del siglo XVI el duque del Infantado mantenía al menos una compañía de cien alabarderos y otros seiscientos soldados cuyo armamento desconozco, pero que debían de ser piqueros.

En segundo lugar, la pervivencia del linaje como estructura familiar dominante entre la nobleza proporcionaba a sus jefes un buen número de auxiliares y subalternos e incluso importantes contingentes adicionales, cuando los hermanos menores llegaban a alcanzar una posición económica notable, como en el caso de los hijos del primer marqués de Santillana.

Por último, el complicado juego político dominante durante todo el siglo XV hizo entrar en escena un intrincado sistema de alianzas político-militares, en las que pueden hallarse las claves de las sucesivas ligas y enfrentamientos armados que duraron hasta 1476. Por otra parte, cuando de los dos nobles que firmaban la confederación uno de ellos quedaba en un plano de inferioridad con respecto al otro, las diferencias entre una confederación y un homenaje feudal eran simplemente cuestión de fórmula.

Gracias a la enorme cantidad de tropas que podían llegar a movilizar, especialmente de caballería pesada, los grandes nobles se convertían frente a la Corona en verdaderos empresarios militares. Que esto sucedió durante toda la Baja Edad Media es bien conocido, pero me interesa destacar que también siguió ocurriendo durante todo el siglo XVI: cada vez que se preveía un ataque contra Navarra, Carlos V o sus regentes en España ordenaban al duque del Infantado (y supongo que también a los demás nobles) enviar tropas de caballería pesada; en 1588 Felipe II le ordenó armar a la

gente de sus tierras del Cantábrico, y entre 1569 y 1599 se hicieron censos en todos los estados del duque consignando a todas las personas capaces de prestar el servicio militar y las armas que poseían, tediosa tarea que nadie se hubiera tomado la molestia de emprender si no hubiera existido la posibilidad de movilizar a estos importantes contingentes de tropas.

Y es que, efectivamente, en la misma época en que la poderosa máquina de los tercios se paseaba por Europa, la Corona necesitaba de los servicios militares de los nobles, como puede leerse en una carta de llamamiento de los regentes del reino en nombre de Carlos V al tercer duque del Infantado (1521, mayo 21. Segovia. A.H.N., Osuna, Leg. 1976-19, n. 2):

"...los pueblos de aquel reino (Navarra) se le davan (al ejército francés), viendo que en el no teníamos tanta gente de guerra quanta fuera menester para le resistir... y porque para engrosar nuestro ejército que llevan (los gobernadores del reino) es necesario haver mas gentes de cavallo que la que tenemos, por ende yo vos encargo y mando que luego a la ora hagays juntar y enbiar al dicho nuestro ejército tras los dichos nuestros gobernadores, toda la gente de cavallo de vuestra casa y tierra que pudieredes, y que sy vos teneys disposición para poder yr en persona lo hagays, y si no que embieys con la dicha gente un cavallero onrrado de vuestra casa que la goberne, entre la qual gente vayan los mas onbres d'armas que pudieredes, porque estos son mas neçessarios y provechosos para esta guerra. En lo qual poned la diligencia y buen recabdo que de vos confiamos..."

Realmente llama la atención la necesidad de caballería pesada cuando los suizos habían demostrado en Murta que los cuadros de piqueros podían oponerse y vencer a los caballeros pesadamente armados. Y sin embargo, puede constatar el hecho de que el volumen de caballería pesada siguió aumentando, pues según varios alardes que se hicieron entre 1549 y 1550 en la villa de Hita y algunos lugares cercanos, la totalidad de los caballeros y escuderos que se nombran son hombres de armas y no jinetes, cuando por un alarde de 1497 la proporción de hombres de armas y jinetes era de 1 a 1,7 (A.G.S., C.S., 1, Leg. 12), y en la guerra de Granada la relación era aún mucho más favorable a la caballería ligera. Sólo puedo encontrar una explicación a este hecho que militarmente no parece tener mucho sentido: la caballería, especialmente la caballería pesada, era el modo de combatir de la nobleza; en palabras del profesor Ladero Quesada, "representaba la perfección de la caballería y un elemento de homogeneidad respecto a los vecinos europeos, en especial la aristocracia francesa o flamenca" ("La Organización militar...", pág. 4). Es decir, que el aumento de la caballería pesada obedece a los mismos estímulos que la construcción de castillos señoriales con altas torres del homenaje y escasa resistencia al fuego artillero; en definitiva, a estímulos sociales más que militares.

Cartas de llamamiento como la parcialmente transcrita, aunque sin hacer referencia expresa a la necesidad de hombres de armas, son abundantísimas, pero todas ellas tienen un denominador común: todas se refieren a un ataque exterior contra Navarra, Fuenterrabía o Guipúzcoa u otras comarcas fronterizas con Francia. Es decir, que mientras los tercios operaban en Italia y Flandes y las compañías de las Guardias se ocupaban de las labores habituales de defensa de las fronteras, en el caso de un ataque masivo contra cualquiera de ellas, los reyes se veían obligados a recurrir a las tropas privadas de sus nobles. Era una razón más por la cual Isabel y Fernando no podían prescindir de la alta nobleza, aparte de que les hubiera sido muy difícil, por no decir imposible, obligar a sus poderosos y orgullosos vasallos a disolver estas fabulosas máquinas de guerra que durante siglo y medio les habían permitido intervenir de forma decisiva en la dirección política del reino.

## F U E N T E S

Archivo Histórico Nacional, Sección de Osuna, fondo de Infantado.

Real Academia de la Historia, Colección Salzar y Castro.

Archivo General de Simancas, Secciones de Contaduría del Sueldo y Registro del Sello.

Archivo Municipal de Sevilla, Sección del Mayordomazgo.

## B I B L I O G R A F Í A

- ALMIRANTE, José, Diccionario militar, Madrid, 1869.
- COOPER, Edward, Castillos señoriales de Castilla en los siglos XV y XVI, Madrid, 1980-1981, 2 vols.
- GRASSOTI, Hilda, El deber y el derecho de hacer guerra y paz en León y Castilla, C.H.E., LIX-LX (1976), pp. 2210-296.
- LADERO QUESADA, Miguel Angel, Castilla y la Conquista del Reino de Granada, Granada, 1987.
- Milicia y economía en la guerra de Granada: el cerco de Baza, Estudios y documentos de la Historia Medieval, 22, Valladolid, 1964.
- "La organización militar de la corona de Castilla en la Baja Edad Media", Castillos medievales del reino de León, Madrid, 1989.
- LANUZA CANO, F., El ejército en tiempo de los Reyes Católicos, Madrid, 1953.
- MARTÍNEZ DE LA VEGA, J., Derecho Militar de la Edad Media. España, Zaragoza, 1912.
- NAVARREÑO MATEOS, A., "El castillo bajomedieval: arquitectura y táctica militar", Las Armas en la Historia. Gladius, 1988, pp. 113-152.
- QUINTANILLA RASO, M.<sup>a</sup> Concepción, "Acerca de las fortalezas andaluzas en la frontera granadina durante el siglo XV", C.E., XCII (1986), pág. 3-16; IV Coloquio de Historia Medieval Andaluza, Almería, 1988, pp. 251-272.
- "Consideraciones sobre las fortalezas de la frontera castellano-portuguesa en la Baja Edad Media", II Jornadas Luso-Espanholas..., Oporto, 1987, pp. 401-430.
- "La tenencia de fortalezas en Castilla durante la Baja Edad Media", En la España Medieval, IX (1986), pp. 861-896.
- REDONDO DIAS, F., Historia del ejército español, 2. Los Ejércitos de la Reconquista, Madrid, 1984.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la historia castellana del siglo XV, Valladolid, 1959.
- VALLECILLO, Antonio, Legislación militar de España Antigua y Moderna, 13 vols., Madrid, 1853.



# **EL RECLUTAMIENTO MILITAR EN CASTILLA A FINALES DEL SIGLO XVI**

## **ANÁLISIS DE COMPAÑÍAS DE SOLDADOS LEVANTADAS EN TIERRAS DE BURGOS, ÁVILA, SORIA, ÁLAVA, LA RIOJA, NAVARRA, SEGOVIA Y CÁCERES**

**Juan Mañeru López**  
Teniente Coronel de Artillería.

**Carmen Cámara Fernández**  
Licenciada en Historia.

### **INTRODUCCIÓN**

Constituye esta comunicación nuestra primera aportación a un estudio más profundo y extenso sobre el Ejército Español y su relación con la ciudad de Burgos, en el ámbito temporal de finales del siglo XVI y todo el XVII.

Las fuentes en las que se ha investigado para su realización son fundamentalmente el Archivo Histórico Provincial y el Archivo Municipal de Burgos. Su documentación contiene datos del alistamiento de soldados en diversas zonas castellanas; sin embargo son los escribanos burgaleses quienes la recogen y por Burgos pasan la mayor parte de las compañías. Por tanto, debido a la obligada limitación del trabajo, nos centraremos sobre todo en esta ciudad y su entorno, ciñéndonos sólo al espacio comprendido entre los años 1592 y 1599.

### **MARCO SOCIOECONÓMICO**

La situación económica y social en Burgos a finales del siglo XVI es de depresión: La población había disminuido claramente como consecuencia de la peste de 1565 y 1575 y no se inició su recuperación hasta el quinquenio 1585-90. Igualmente, el comercio fue a menos de forma drástica tras la caída de Middelburg, como resultado de la pérdida de la escuadra, paralizando el tráfico marítimo al ser capturadas las naves fletadas por los mercaderes locales en sus viajes a los Países Bajos (1).

Bien claro refleja este decaimiento la carta a Su Majestad remitida por el Ayuntamiento burgalés el 23 de setiembre de 1592 donde declara: "...con berdad afirmamos a Vuestra Magestad que así en la población como en las haciendas de sus vecinos a menguado y descaído de veinte años a esta parte mas de la mitad de lo que antes poseya... tenemos por cierto que las principales causas de todo el daño son la poca veçindad y frecuencia que en esta çiudad a

quedado y la falta de contratación y negocios en que los vecinos della, por ynfortunios del tiempo y por otras causas an benido..." (2). En este ambiente tan deprimido, constituyen las levas producidas por las permanentes guerras un factor agravante.

## RECLUTAMIENTO DE LAS COMPAÑÍAS

Entre los años 1592 a 1599, tenemos noticia del levantamiento de 22 compañías, siendo la mayoría de ellas en parte de soldados burgaleses. Los datos de que se dispone son muy variados, desde el mero conocimiento de su existencia en cuatro de ellas —las de los capitanes Diego de Padilla, Diego de Ahedo, Martín de Guiluz y Luis de Viamonte (3)—, hasta una documentación abundante de otras ocho: las mandadas por los capitanes Alonso de Frías (4), Lázaro de Lamadriz (5), Pedro Fernández Ramada (6), Esteban Ochoa de Oro (7), Pedro Lasso de la Vega, Pedro Osorio Soro, Diego González Castejón (8) y García del Oyo (9). Hemos hallado sus listas de soldados y los socorros pagados. Del resto se han conseguido, algunas conductas: Las de los capitanes Juan de Avellaneda (10), Baltasar Rodríguez de Abendaño (11) y Diego de Arce (12). También hemos revisado la del Alférez Juan de Tarna (13), que más tarde, ya capitán, recibe otra orden para levantar gente de nuevo (14). Disponemos asimismo del nombramiento de capitán por la ciudad de Burgos de D. Luis de Sarmiento de Mendoza Barba (15), las cédulas reales de los capitanes Gerónimo de Quintanilla (16), Juan Ortiz (17), y las de los del mismo empleo Nuño del Águila (18) y Hernán Mexía (19) que hacen leva para la Armada del Mar Océano.

En todas estas compañías, el sistema empleado mayoritariamente al alistar es el ordinario de comisión, mediante la entrega a cada capitán de la conducta, cédula e instrucción para que dispusiera de la patente y normas para el reclutamiento. Existe la rara excepción del alférez Juan de Tarna que reúne hombres para completar los presidios de Aragón, con la precaución de que sean de Castilla, cercanos a la "raya de Aragón", según le ha ordenado el Rey al Duque de Alburquerque. Bien es verdad que no era su misión constituir una compañía, lo que abunda en la opinión de que siempre eran capitanes los que las mandaban (20).

## LOS CUADROS DE MANDO

La plantilla que forman los hombres de una compañía es en estos años siempre la misma: Capitán, Alférez, Sargento, dos Atambores, Pífano, Capellán, Abanderado, Furriel y Barbero, dividiéndose los 250 soldados en escuadras de 25, mandadas cada una de ellas por un Cabo (21).

El capitán se elegía entre los alféreces con más de diez años de servicios y, en otros casos, por la Corte, lo que no constituía garantía de idoneidad (22). Era el mando de la compañía, en la que todos le estaban subordinados.

El alférez se erigía como segundo oficial y lugarteniente del capitán, sustituyéndole cuando era preciso. Hemos podido documentar este hecho en la compañía del capitán Lázaro de Lamadriz, cuyo alférez, Juan Picazo Ferrer, se encargó de la primera parte de la leva (23). Para llegar a este empleo tan codiciado era menester servir al menos siete años como soldado y obtener la confianza de un capitán (24).

Era el sargento un oficial ejecutivo, para lo que debía saber leer, escribir y hacer cuentas para llevar las listas de la unidad. Podía castigar a los soldados en las faltas flagrantes e incluso disminuir o suprimir su sueldo (25).

Los atambores y pífanos debían estar instruidos en los toques militares y ser capaces de ejecutarlos, así como infundir ánimos con su música (26).

El capellán se ocupaba de los aspectos espiritual y religioso de la tropa, extremo tan importante en esta época. Las instrucciones reales determinaban que en cada compañía hubiera "...un capellán el qual sea sazerdote y hombre de buena y onesta vida, para que diga Misa y administre los Sacramentos en tiempo de nezesidad..." (27). Sin embargo, ninguna de las compañías estudiadas lleva capellán.

Entre los soldados destacan: el abanderado que se encarga de llevar la bandera de la compañía, excepto en el combate, por lo que deben ser altos y fuertes ya que aquélla era grande y pesada (28); el furriel, al que se le exige saber leer, escribir y contar bien para auxiliar en estos extremos a sus oficiales (29); el barbero que se ocupa tanto de los



enfermos y heridos como de las barbas y cabellos de todos (30); y por último el cabo al que "...le incumbe la formación de los reclutas, ...es el responsable del cuerpo de guardia, ...cuida de la buena camaradería y ...debe ser superior a los demás en valor, virtud, experiencia y diligencia..." (31).

Cada capitán elige y nombra a sus oficiales que en estos años parecen escasear, bien porque todos quieren ser capitanes (32), o por la falta de soldados veteranos y expertos para cubrir los cuadros de mando de las compañías. La documentación que hemos consultado confirma esta situación: de las ocho compañías de las que se dispone de listas de sus hombres, sólo hay cinco con alférez y uno de ellos no está aprobado como tal por el consejo de guerra de Su Majestad, cobrando por tanto como simple soldado.

Más grave es el caso de los sargentos; dos de dichas compañías no tienen y, de los seis restantes, sólo uno está aprobado.

De los demás cargos ¿qué decir?, solamente una compañía tiene los dos atambores y el pífano y, en el caso extremo, en otra no existe ninguno de ellos. Los cabos se nombran entre los soldados alistados, en muchos casos sobre la marcha, siendo de prever que se desconocieran sus habilidades para ejercer su empleo. Dos furrieles, cinco abanderados y un barbero completan los cuadros de las citadas ocho unidades. Pobre bagaje sólo comparable con la media numérica de los soldados alistados por compañía: 94.

## **LAS FORMALIDADES DE LA LEVA**

Una vez que la conducta obra en poder del capitán, éste se traslada con sus oficiales a la ciudad o zona donde se le ha ordenado y presenta sus documentos a las autoridades del lugar, quienes le indican un sitio céntrico para enarbolar su bandera a iniciar el alistamiento, pregonándolo a son de tambor.

El capitán recibirá "...los soldados que binieren asentarse en ella, listándolos por sus nombres, cognombres, veçindad, feliación, señas y hedad...". Ha de tener cuidado que no se apunten soldados de los presidios de Portugal, Cataluña, Navarra, Fuenterrabía y San Sebastián, para lo cual ha de emplear "...toda la ynteligencia que pudieredes en averiguacion dello y si después de haverlos rezevido los vinieredes a entender los despidereis luego...". El capitán debe vigilar que no se asienten "...rufianes, fulleros, ni honbres de mal bevir que tienen por costunbre de sentarse por soldados por solo rezevir las pagas y socorros y robar en los aloxamientos y después volverse...". Tampoco aceptará frailes ni clérigos (33).

Una vez completas las plazas de la compañía o agotada la posibilidad de conseguir nuevos soldados o el tiempo establecido por el comisario, se seguía el itinerario ordenado por éste hacia el lugar donde debía proseguir el alistamiento o tomar la muestra de la compañía para pagar los socorros correspondientes a los presentes.

Este movimiento se organizaba adelantándose un oficial aposentador y el furriel, para preparar la posada y las boletas, documento donde constaban las señas de los soldados que se iban a alojar en cada casa, como mucho de tres en tres. Una vez llegada la tropa al lugar y repartida, era obligación de los cabos el visitar a los vecinos alojadores, para comprobar la bondad de los soldados, que no salieran de las casas, no cometieran abusos de ningún tipo, tales como rescatar el hospedaje por dinero o exigir comida u otra cosa, excepto la posada (34).

Al partir, se hacía un bando para que acudieran los posibles agraviados, dejando un oficial dos o tres días más para que no se rezagara ningún soldado y comprobar los desmanes que pudiesen haberse producido.

Los bagajes necesarios para el transporte se ajustaban con las Justicias de cada lugar, en función del número de hombres, haciéndose cargo de aquéllos el sargento hasta la siguiente población, donde se conseguían de nuevo y pudiera restituirse los antiguos (35).

De todos estos pormenores se le daba certificación al comisario, como a superior que era del capitán durante el alistamiento, con objeto de comprobar que se cumplían las instrucciones del Rey.

Tema importante era el sueldo, que queda reflejado en la orden dada al capitán, para cada componente de la compañía según su calidad, dado que era frecuente que hubiera abusos (36). Era corriente pagar el sueldo en socorros cada tres, seis, ocho, diez o doce días, según las paradas que se hacían en el recorrido marcado; en las muestras al efecto

era precisa la presencia y firma del comisario, escribano, corregidor y dos regidores del lugar que atestiguaran el cobro en mano de los haberes (37).

La muestra se hacía ante los citados, llamando al soldado por sus señas; para ello se recogía la compañía en la iglesia del lugar, ayuntamiento o edificios singulares con la capacidad suficiente, como es el caso de las casas de la Encomienda en Alcántara y pueblos de su jurisdicción (38).

Los sueldos vigentes no varían en ninguna de las compañías analizadas y eran los siguientes:

- Capitán: 50.000 maravedíes al año.
- Alférez, Sargento, pífano, atambor y cabos: 1.800 maravedíes al mes.
- Capellán: 2.040 maravedíes cada mes.
- Soldados y demás gente de la compañía (abanderado, furriel y barbero): 900 maravedíes los piqueros —que son las dos tercias partes— y 1.000 los arcabuceros —el tercio restante(39).

Sin embargo cada soldado cobra en todas las muestras un real diario de a 34 maravedíes. Esto supondría un sueldo mayor, pero no es constatable porque no disponemos de la liquidación mensual.

Comparados con los salarios de la época, los de los militares resultan poco competitivos ya que un simple jornalero recibía 83 maravedíes diarios por su trabajo (40). Exponente del bajo nivel adquisitivo de los soldados son algunos precios que rigen estos años en Burgos: 17 maravedíes la libra de carnero, 12 la de vaca, 52 la de tocino y 15,5 reales la fanega de trigo (41).

Parker afirma que se les entregaba una paga mensual de tres escudos al alistarse (42); en la documentación burgalesa no hay constancia de ello, cosa que nos extraña dado lo puntilloso de las formalidades en el pago. Algo parecido puede decirse de la costumbre de dar un juego de ropa a cada soldado, extremo que se contradice con el estado de necesidad que hemos advertido en algunas compañías; así la del capitán Lamadriz, a cuyos hombres se les socorre con dos reales a cuenta de su sueldo "...atento que estan descalços y no pueden caminar..." (43). Algo similar ocurre en el caso del capitán Ochoa (44).

## EL ITINERARIO

La unidad inicia su viaje según las instrucciones recibidas, partiendo del lugar marcado en las conductas. El comisario ejerce en todo momento el control y guía de las compañías (45).

Cada itinerario debía compaginarse con el de otras unidades para que el comisario pudiera tomar muestra de ellas con frecuencia. Esto facilitaba también a los capitanes el encontrar hombres para alistarse en distintos lugares.

La duración del recorrido era muy variable; en los casos analizados está entre un mínimo de 13 y un máximo de 43 días. Naturalmente la distancia a recorrer influía sobremanera, ya que los que tardaron el plazo mayor se desplazaron desde Aranda de Duero (Burgos) hasta Alcántara (Cáceres) (46).

Indicamos a continuación el recorrido de las compañías durante el mes de mayo de 1592 (los días figuran entre paréntesis):

- Capitán Alonso de Frías: Burgos (2) - Covarrubias (7) - Cenicero (16) - Olite (23) - Sangüesa (27).
- Capitán Lázaro de Lamadriz: Villadiego (2) - Covarrubias (7) - Pan, en la jurisdicción de Villafranca Montes de Oca (8) - Cenicero (16) - Olite (23) - Sangüesa (23).
- Capitán Pedro Fernández de Ramada: Briviesca (?) - Bañares de Rioja (11) - Fuenmayor (17) - Allo (21) - Lerga (24).
- Capitán Esteban Ochoa de Oro: Vitoria (?) - Miranda de Ebro (?) - Villamediana (12) - Logroño (13) - Villamediana (17) - Allo (21) - Eslava (24).

Para realizar las muestras, el comisario visitó las compañías en: Covarrubias, Pan, Bañares, Logroño, Cenicero, Fuenmayor, Villamediana, Olite, Lerga, Eslava y Sangüesa. Recorrió por tanto 282 kilómetros, haciendo once revistas en veinte días.



Entre abril y mayo de 1595, fueron a embarcar a la villa de Alcántara otras tres compañías por las siguientes rutas:

- Capitán Pedro Lasso de la Vega: Aranda de Duero (8 a 20 de abril) - Mingamunoz (30) - Mombeltrán (2) - Casas de Puerto de Miravete (8) - Portezuelo (14) - Las Brozas (18) - Alcántara (20).
- Capitán Pedro Osorio Soro: Segovia (11 de abril) - Martín Muñoz de las Posadas (23 y 24) - Villatoro (30) - Navarredonda (1) - Montesclaros (4) - La Caburga (12) - Las Brozas (18) - Alcántara (20).
- Capitán Diego González Castejón: Ávila (13 de abril) - Arévalo (15) - San Pedro del Arroyo (29) - Navalmoral (1) - El Gordo del Conde de Oropesa (5) - Acehuche (13) - Las Brozas (18) - Alcántara (20).

El comisario burgalés Francisco Meléndez hizo las muestras en: Segovia, Ávila, Aranda de Duero, Martín Muñoz de las Posadas, San Pedro del Arroyo, Montesclaros, El Gordo de Oropesa, Casas de Miravete, La Caburga, Acehuche, Portezuelo y Las Brozas. Su periplo supuso recorrer más de 725 kilómetros para realizar catorce muestras en 37 días.

## LOS SOLDADOS

Conforma la compañía un heterogéneo colectivo, mezcla de reclutas bisoños, aprendices de su nueva profesión, y de soldados veteranos.

Las razones para servir al Rey como soldado son tanto la pobreza en la Castilla de la época, como la búsqueda de la gloria (47)

## EDAD Y ASPECTO FÍSICO

Algunos historiadores afirman que la edad en que se podía admitir a un soldado oscilaba entre los 15 y los 50 años (48). Sin embargo el máximo era variable, como informa el Corregidor de Burgos que "...la orden que tiene de Su Majestad es de alistar a toda la gente de dicha ciudad y su jurisdicción que fueren de edad de diez y ocho a quarenta y quatro años, que sean xristianos viejos..." (49).

En las instrucciones y órdenes reales para las compañías que se han estudiado, siempre se indican los 18 años como tope mínimo y en las listas de soldados no aparece ninguno menor. Es posible que no hubiera muchos escrúpulos en alistar a menores, reflejando la edad legal en las listas a pesar de que no la alcanzaran, dada la escasez de reclutas. En el tema de los mayores, la edad máxima que se refleja es de 50 años en dos hombres. En todo caso la edad avanzada no es un obstáculo y la orden del capitán García del Oyo especifica únicamente que "...sean hutilles y no biejos..." (50).

Solamente en tres de las descripciones personales de los reclutas no figura la edad.

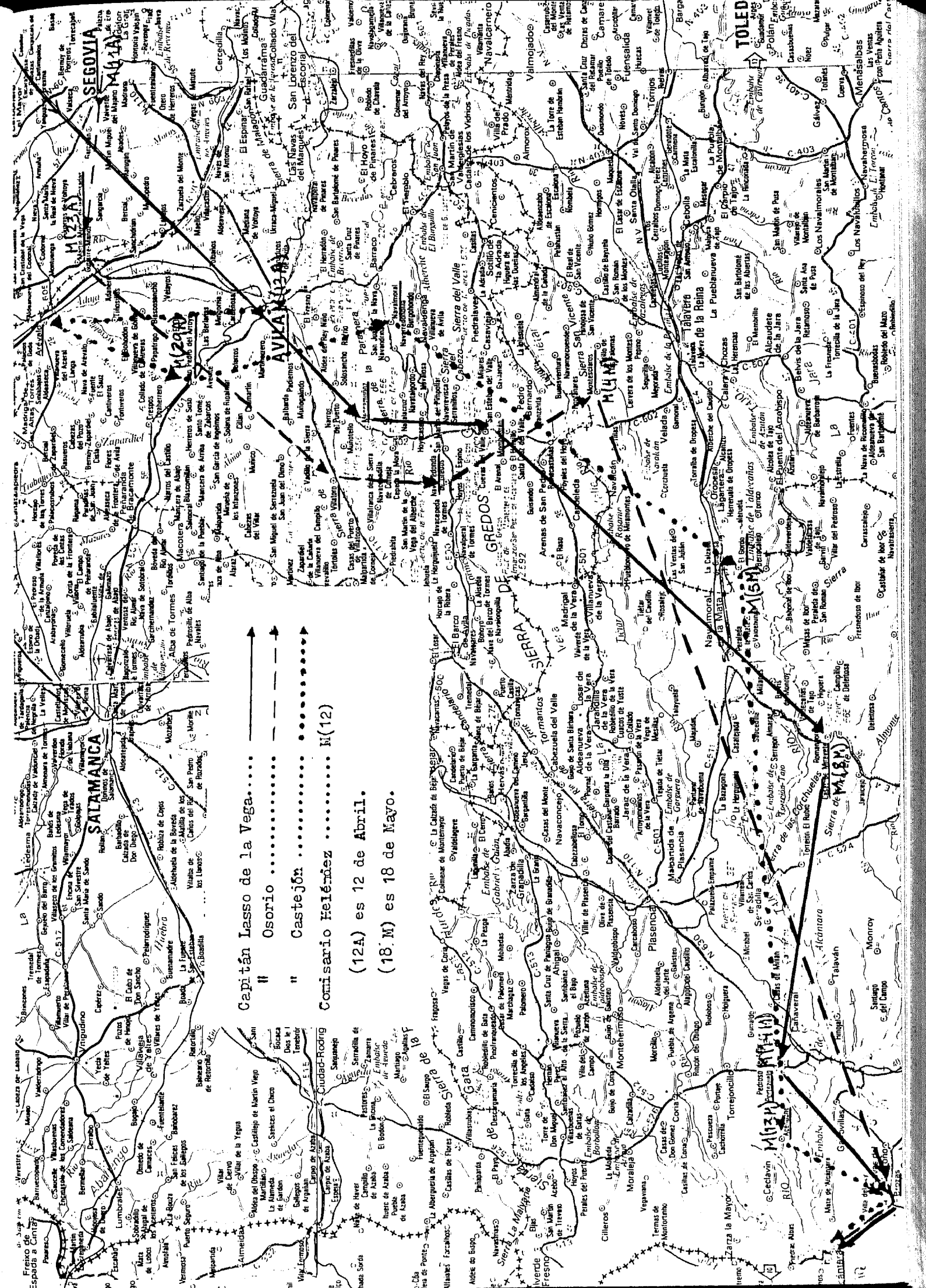
En conjunto se observa, por la excesiva cantidad de edades justas en la decena —20, 30 y 40 años— en relación con los años anteriores y posteriores que, o bien algunas las decían aproximadamente o, quizás, ni la sabían con certeza.

El aspecto físico que, junto a la edad, naturaleza y filiación constituían las señas personales del soldado, era sumamente variado. Se iniciaba por una descripción del cuerpo: alto, mediano, pequeño...; a continuación el color de la barba o su ausencia; presencia de señales o heridas si las tenían, indicando el lugar exacto que casi siempre era la cabeza; se concretaba la forma y el color de los ojos cuando no era el tono oscuro corriente; las particularidades acerca de cejas, nariz, boca y bigotes; el color del rostro, si tenían pecas y la forma de la frente; la existencia de dientes mellados o su falta. Por descontado, se indicaban las taras físicas de las que se hablará más adelante.

En suma, puede describirse un prototipo de soldado mediano de cuerpo, barbicastaño, con una señal de herida en..., ojos oscuros, cejijunto o de ojos hundidos y casi nunca calvo.

Todas estas apreciaciones se hacían a la simple inspección de la figura, ya que no se citan señas en partes no visibles, como heridas en el cuerpo o deformaciones ocultas.

Aunque se da por seguro en todos la pertenencia al sexo masculino, existen antecedentes históricos de mujeres que pasaron por soldados largos años. Todo ello indica que el reconocimiento no precisaba de la desnudez del recluta (51).



Capitán Lasso de la Vega.....

Osorio .....

Castejón .....

Comisario Meléndez ..... N(12)

(12A) es 12 de Abril.

(18.M) es 18 de Mayo.

Hay una descripción atípica: "...mediano, roxo, capon, una señal de herida en el lado derecho, 23 años..." (52). Es de suponer que su anomalía de "capón" fuera declarada espontáneamente por él mismo.

También llama la atención que entre más de 700 hombres sólo se cite uno zurdo.

## TARAS Y ENFERMEDADES

Las causas de exclusión se resumen en las órdenes que reciben los capitanes con un escueto "...mirando que todos sean hutiles..." (53), que deja al buen criterio del jefe de la unidad la admisión de cada soldado. La norma parece un tanto relajada, quizá por la apremiante necesidad de hombres y la imposibilidad de escoger.

Las taras más comunes son las referentes a la vista, apareciendo 4 reclutas tuertos, 3 con una nube en el ojo derecho, 1 con el ojo "rezmellado" y 1 "quebrado del ojo", lo que no les impidió alistarse en ningún caso.

Otro defecto es la cojera, que se admite según su grado; así, se alista un cojo del pié derecho, mientras que a otro ya apuntado se le da de baja por la misma causa.

No fue sin embargo excluido el "capón" citado anteriormente, ni el soldado descrito con la enigmática expresión de "cabiztuerto". También ingresó sin problema el único tartamudo que aparece en las listas.

Los enfermos, al no poder seguir la marcha de la compañía, debían abandonarla. Tal es el caso de 5 hombres, uno de ellos afectado de "bubas" según declaración de un médico. Esto indica el interés del capitán en comprobar el estado de salud de sus reclutas, para cumplir la orden de su Majestad "...no se a de rezevir en la dicha compañía onbre que tenga mal contagioso..." (54), precaución que intentaba evitar la transmisión por el ejército de enfermedades infecciosas (55). La ciudad de Burgos se encontraba muy sensibilizada ante este tema por el recuerdo de la peste de 1565.

## PROCEDENCIA Y EXTRACCIÓN SOCIAL

Los soldados tienen procedencia variada, si bien la mayoría son de la zona donde se realiza el alistamiento. Entre los no castellanos, destacan doce portugueses, dos napolitanos y un borgoñón, amén de un número mayor de naturales del reino de Aragón. Hay 86 hombres que no nos ha sido posible averiguar la ubicación de su lugar de origen.

Aunque en la mayor parte de los casos la leva se le ordenaba al capitán realizarla en ciudades, hemos comprobado que los soldados proceden mayoritariamente de villas, lugares y caseríos; de 748 soldados, 622 (83%) son de origen rural. Podemos concluir por tanto que el soldado tipo de nuestro estudio procede del campo.

Otra cuestión interesante es la extracción social: noble o plebeyo. En 1567 la nobleza sigue siendo el "nervio de la Infantería Española" (56) y todavía es considerado un deshonor para un hidalgo la dedicación al trabajo manual, lo cual les empuja a servir al rey en los ejércitos (57). Sin embargo, en las levas que describimos, no se cumple la habitual proporción del 25% de soldados y un tercio de capitanes nobles que René Quatrefages afirma existen en el ejército de Flandes durante el decenio 1567-77 (58).

La documentación burgalesa aporta una exigua cantidad de hombres que antepongan el "Don" a su nombre: cinco soldados sobre un total de 788, dos alféreces entre los ocho que aparecen y únicamente dos capitanes de los veintidós contabilizados. Podemos resumir que, bien existía apatía por parte de la nobleza para ingresar en el ejército o bien las familias hidalgas se encontraban ya exhaustas a consecuencia de levas anteriores. Esto demuestra la democratización de la milicia en beneficio de las clases sociales menos favorecidas, tal como apunta Quatrefages cuando habla de "la localización del punto de ruptura social del Tercio..." con posterioridad a 1577 (59).

## DESERCIONES

Constituye la desertión un grave problema en las levas de los años noventa y su cantidad es muy elevada. Llega al 15% en las ocho compañías de las que se tiene noticia de este dato; en algunas de ellas es mayor la proporción de abandonos, como en la del capitán Pedro Lasso de la Vega que perdió un 34% de sus hombres (60).



Otro asunto que debían solventar los capitanes era el de los hombres que vivían de las pagas del Rey, como ya alerta éste en la instrucción del Capitán García del Oyo: "... y porque el pasar de los soldados que se asientan en la dicha compañía a otras como he sido ynformado que lo suelen hacer es de mucho ynconbeniente os mando que no rezivais a nenguno que según dicho es se hubiere asentado en otra compañía y se biniere a asentar en la vuestra aunque lleve lizençia del capitán..." (61). No es baladí la advertencia ya que en las compañías levantadas durante la primavera de 1592 aparecen listados un considerable número de soldados con la apostilla de "bino de Çaragoça" y la expresiva indicación de "ojo" colocada en el margen izquierdo (62). Parece claro el aviso de que podían ser desertores del ejército castellano que fue a sofocar la revuelta aragonesa de fines de 1591 (63).

Es casi imposible componer el retrato del desertor común; los menos se ausentan sin cobrar un solo socorro, por lo que podrían no ser considerados jurídicamente como desertores al no haber sido "vistos" por el comisario en la muestra (64). El resto, la inmensa mayoría, desaparecen después de recibir uno o más socorros y a veces el mismo día que termina la leva, como es el caso de algunos soldados que desertan en Alcántara tras haber cobrado un mes y doce días (65).

No hay constancia de que los abandonos se hicieran individualmente o en grupo, ya que las ausencias se descubren en las muestras periódicas, hechas a veces con intervalos de doce días. En algún caso se descubre la desaparición de varios reclutas del mismo pueblo en la misma revista.

Puede establecerse que cuanto mayor es la edad de los soldados la desertión es más frecuente; en los menores de treinta años alcanza un 13% mientras que en los de esta edad o mayores llega hasta el 22 %.

Ninguno de los nobles abandona la compañía, lo cual parece lógico teniendo en cuenta los motivos de su alistamiento.

Hay que destacar que el alto número de desertores está relacionado con la proximidad de su lugar de origen, pues una vez abandonado el suelo peninsular el retorno al hogar es mucho más difícil (66).

## CONCLUSIÓN

Terminaremos concluyendo que entre los años 1592 y 1599, el sistema de reclutamiento por comisión no resultó eficaz. En ninguna de las compañías estudiadas se completó, ni tan siquiera en su mitad, el número de soldados ordenado por el Rey; en algún caso, como el del capitán Frías, sólo se consiguieron reunir 57 de los 250 hombres necesarios. A veces se hizo preciso marcar a los capitanes un nuevo distrito para conseguir algún recluta más (67).

En estos años se impone el reclutamiento a través de las ciudades como un impuesto más. La de Burgos nombra capitán a Don Luis Sarmiento de Mendoza Barba para levantar una compañía en 1597 (68). Sin embargo, el procedimiento no parece tener éxito ya que la ciudad está exhausta.

Casi ninguno de los soldados alistados pertenece a la nobleza y la mayor parte de ellos procede del mundo rural. Desde seis años antes de la muerte de Felipe II, se levantan voces en las Cortes pidiendo el cese de las guerras aunque se pierdan territorios, antes de proseguir con la aniquilación de Castilla (69). Desgraciadamente estas voces no fueron escuchadas.

## N O T A S

(1) GUTIÉRREZ ALONSO, Adriano: "Historia de Burgos". T. III. Burgos, C.A.M., 1990. IBÁÑEZ PÉREZ, Alberto: "Burgos y los burgaleses en el siglo XVI". Burgos, Ayuntamiento, 1990.

(2) ARCHIVO MUNICIPAL DE BURGOS (A.M.B.). Actas Munic. 1592, fol. 253, 23 Sep.

(3) ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE BURGOS (A.H.P.B.). Protocolos Notariales de Burgos (Prot.Not.Bu.). Martín Ramírez. Índice, Rgto. 4º, fol. 222.

(4) Ibid. Gaspar de Aguayo. Leg. 6017/2, fol. 476 a 482vº, 7 a 23 May. 1592.

(5) Idem. fol. 493 a 505. 7 a 23 May. 1592.

(6) \* \* 510 A 523vº, 11 a 24 May 1592.

(7) \* \* 524 a 535, 12 a 24 May. 1592

(8) Ibid. Martín Ramírez. Leg. 6020, sin fol. 8 a 13 May. 1595.

(9) Idem. Leg. 6021, sin fol. 26 Feb. 1596.

(10) A.M.B. Actas Munic. 1596, fol. 193 y ss. 11 Jul.

(11) Ibid. \* \* 1599, \* 80vº a 86vº. 6 Mar.

(12) \* \* \* 1594, \* 83vº a 92. 8 Abr.

(13) \* \* \* \* 201 y ss. 26 Jul.

(14) \* \* \* 1595, \* 103vº y ss. 15 Mar.

(15) \* \* \* 1597, \* 50vº. 1 Feb.

(16) \* \* \* 1594, \* 83vº. 8 Abr.

(17) \* \* \* 1598, \* 175vº. 9 Jul.

(18) \* \* \* \* 141vº. 6 Jun.

(19) \* \* \* \* 146vº. 15 Jun.

(20) QUATREFAGES, René: "Los Tercios Españoles. 1567-77". Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979. p. 24.

Ver nota nº 13

(21) PARKER, Geoffrey: "El Ejército de Flandes y el Camino Español. 1567-1659". Madrid, Revista de Occidente, 1976. p.324.

(22) QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 152

(23) Idem. p. 146

— A.H.P.B. Prot.Not.Bu. Gaspar de Aguayo. Leg. 6017/2, fol. 493. 7 May 1592.

(24) QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 42.

(25) Idem. p. 141-143.

(26) " p. 151.

(27) A.M.B. Actas Munic. 1595, fol. 110. 15 Mar. Órdenes para el capitán Juan de Tarna.

(28) QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 149.

(29) Idem. p. 155.

(30) \* \* 59.

(31) \* pp. 139-141.

(32) \* p. 28.

(33) A.M.B. Actas Munic. 1594, fol. 85. 9 Abr.

(34) Ibid. \* \* 1596, fol. 57 y ss. 24 Feb.

(35) Idem. fol. 58. 24 Feb.

(36) PARKER, G. Ob. cit. p. 204.

(37) A.H.P.B. Prot. Not. Bu. Gaspar de Aguayo. Leg. 6017/2,

fol. 518, 521 y 530. 17 y 24 May. 1592. Entrega de socorros a las compañías de Esteban Ochoa de Oro y Pedro Fernández de Ramada.

(38) Ibid. Martín Ramírez. Leg. 6020, sin fol. 12 May. 1595. Muestra hecha a la compañía del capitán Pedro Osorio Soro.

(39) A.M.B. Actas Munic. 1596, fol. 59 y 59vº. 24 Feb.

(40) THOMPSON, I.A. A.: "Guerra y Decadencia. Gobierno y Administración en la España de los Austrias. 1560-1620". Barcelona, Crítica, 1981. p. 134.

(41) IBÁÑEZ PÉREZ, A. Ob. cit. p. 200, 203 y 191.



- (42) PARKER, G. Ob. cit. p. 74.
- (43) A.H.P.B. Prot.Not.Bu. Gaspar de Aguayo. Leg. 6017/2, fol. 503. Entrega de socorros a la compañía de Lázaro de Lamadriz.
- (44) Idem., fol. 533. Entrega de socorros a la compañía de Esteban Ochoa de Oro.
- (45) A.M.B. Actas Munic. 1596, fol. 54 a 55vº. 24 Feb.
- (46) A.H.P.B. Prot.Not.Bu. Martín Ramírez. Leg. 6020, sin fol. 8 May 1595.
- (47) QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 318.
- (48) BORREGUERO BELTRAN, Cristina: "El reclutamiento militar por quintas en la España del siglo XVIII". Valladolid, Universidad, 1990. p. 34.
- (49) A.M.B. Actas Munic. 1596, fol. 264vº. 1 Oct.
- (50) Idem. fol. 59. 24 Feb.
- (51) SOTTO Y MONTES, Joaquín de: "Semblanza de algunas heroínas españolas". Revista de Historia Militar. nº 20. Madrid, 1966. pp. 51 a 77.
- (52) A.H.P.B. Prot.Not.Bu. Martín Ramírez. Leg. 6121, sin fol. 26 Feb. 1596.
- (53) A.M.B. Actas Munic. 1594, fol. 90. 9 Abr.
- (54) Idem.
- (55) PARKER, G. Ob. cit. p. 213.
- (56) QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 296.
- (57) PARKER, G. Ob. cit. p. 77.
- (58) QUATREFAGES, R. Ob. cit. pp. 297-298.
- (59) Idem. p. 298.
- (60) Ver nota nº 9.
- (61) A.M.B. Actas Munic. 1596, fol. 57vº. 24 Feb.
- (62) Ver nota nº 7.
- (63) SOLANO, Fernando y ARMILLAS, José Antonio: "Historia de Zaragoza". T. II. Zaragoza, Ayuntamiento, 1976. pp. 198-211.
- (64) QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 27.
- (65) A.H.P.B. Prot. Not., Bu. Martín Ramírez. Leg. 6020, sin fol. 7 a 24 May. 1594.
- (66) THOMPSON, I. A.A. Ob. cit. p. 130.
- (67) A.H.P.B. Prot.Not.Bu. Gaspar de Aguayo. Leg. 6017/2, fol. 476 a 535. A.M.B. Actas Munic. 1598, fol. 175vº a 179vº. 4 Jul.
- (68) A.M.B. Actas Munic. 1597, fol. 63vº y 67. 15 Feb.
- (69) FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Antonio: "Burgos en el siglo XVI". Actas del Congreso de Historia de Burgos. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1985. pp. 221 a 230.



## **PROBLEMAS DISCIPLINARIOS EN EL EJÉRCITO DE ARAGÓN DE 1591**

**Manuel Gracia Rivas**

Tte. Coronel del Cuerpo Militar de Sanidad.

Al amanecer del día 6 de noviembre de 1591 (1), un poderoso Ejército al mando del Capitán General D. Alonso de Vargas, cruzó la Raya y tras seis días de cómodo avance, llegó hasta Zaragoza, dando fin a la crisis en la que se había visto sumida la capital aragonesa desde que el antiguo Secretario, Antonio Pérez, huyera de su cárcel madrileña para refugiarse en el reino del que era natural.

Durante cerca de dos años (2), permanecieron en Aragón los más de 15.000 hombres que formaban este Ejército, entre los que se encontraban 12.000 infantes, 1.800 hombres de armas y caballeros ligeros, 1.300 personas del tren de artillería y un nutrido grupo de personal auxiliar.

A lo largo de ese tiempo, la presencia del Ejército propició la puesta en marcha de una serie de medidas encaminadas a castigar a los responsables de las alteraciones que se habían venido sucediendo en las calles zaragozanas y a evitar la repetición, en el futuro, de hechos similares.

La ejecución de D. Juan de Lanuza, Justicia de Aragón, y el Auto de Fe que tuvo lugar junto al castillo de la Aljafería el 20 de octubre de 1592, fueron los momentos culminantes del proceso represivo dentro del cual hay que incluir también, la construcción de una serie de fortalezas en la frontera pirenaica en las que, tras la retirada de las tropas, se establecieron guarniciones permanentes.

La celebración del IV Centenario de estos acontecimientos ha propiciado la realización de un detallado estudio de los aspectos militares de la Jornada (3), en el que se ha analizado la moral de las tropas que tomaron parte en ellas, los problemas disciplinarios que se suscitaron y la medidas que, para corregirlos, fueron adoptadas.

### **LAS ESPECIALES CARACTERÍSTICAS DE LA JORNADA**

Todos los hombres que iban a tomar parte en la Jornada creían que habían sido movilizados con el propósito de “pasar a Francia”, y participar en las operaciones que en apoyo de la Liga Católica se estaban desarrollando en el vecino país (4).

Por esta razón cuando el 30 de septiembre de 1591, le fueron notificados a D. Alonso de Vargas los objetivos reales de la campaña, las expectativas que ésta había despertado, se modificaron sustancialmente, pues quienes albergaban la esperanza de acrecentar su honra y estima tomando parte en una guerra convencional librada frente a

herejes enemigos que ya habían sido batidos en otros frentes, se encontraron con la sorpresa de que su actuación iba a tener como escenario uno de los reinos de la propia Monarquía, con una misión de carácter policial y de ocupación del territorio.

La ausencia de una respuesta coordinada por parte de los aragoneses y la facilidad con la que se llevó a cabo el avance hasta Zaragoza, diluyeron las posibilidades de que la crisis aragonesa pudiera desembocar en una situación semejante a la de Flandes, como muchos habían temido, por lo que los propios mandos militares se mostraron partidarios de acciones que sirvieran de escarmiento y evitaran una prolongada estancia en Aragón de tan elevado contingente militar, dado los riesgos que podían derivarse de la permanencia de tropas inactivas u ocupadas en misiones ajenas a sus propios cometidos (5).

Sin embargo, la evolución de los acontecimientos fue muy diferente de la que los responsables militares habían estimado como más conveniente, y la presencia del Ejército se fue dilatando a lo largo de los meses, dando origen a numerosos conflictos, derivados algunas veces de enfrentamientos con los propios aragoneses aunque, en la mayoría de los casos, fueron consecuencia de las tensiones surgidas en el seno del propio Ejército.

## PROBLEMAS DE ORDEN POLÍTICO

Desde el primer instante y por deseo expreso del propio monarca, se tuvo un especial cuidado en evitar los agravios innecesarios a los naturales del reino, siendo cursadas órdenes muy estrictas para que se castigara severamente a aquellos soldados "que hablaran mal de los aragoneses" y para que se evitara, mientras fuera posible, "venir a las manos" con ellos.

A pesar de ello, no fue posible evitar el lógico rechazo que la presencia de las tropas despertaba, mucho más acentuado en esta ocasión por considerar los aragoneses que la entrada de un ejército "extranjero" era un agravio contra las libertades que sus fueros garantizaban, por lo que si, en los primeros momentos, el terror desencadenado actuó como freno, conforme se prolongó la ocupación, fueron suscitándose algunos incidentes que junto a las motivaciones políticas pudieron ocultar también otras de tipo personal, fruto de una larga convivencia.

Este es el caso de los hechos acaecidos en "Almunia, a media legua de Monzón", en donde, a comienzos de 1593, los vecinos mataron con "pedernales", tras tocar las campanas, a cinco soldados que habían ido desde Monzón, "con solas sus espadas, a pasearse por allí", y los que de forma muy parecida tuvieron lugar en La Almunia, junto a Zaragoza, en donde fueron asesinados varios soldados "con pedernales y otras armas enastadas", tras ser convocados los habitantes a toque de campana (6).

Más claro aparece el rechazo que los habitantes de Jaca manifestaron a quienes realizaban las obras de construcción de la Ciudadela (7), o el de los habitantes de Zaragoza que cortaron el suministro de leña a la guarnición que había quedado en la Aljafería, encubriéndolo como una queja por los daños que los soldados ocasionaban (8).

## PROBLEMAS DE ORDEN DISCIPLINARIO

En el mantenimiento de la moral y la disciplina de las tropas destacadas en Aragón, tuvieron una especial incidencia dos hechos que, aún siendo habituales en otras Jornadas, alcanzaron en ésta un protagonismo singular:

—La *falta de expectativas* de una campaña rutinaria, desarrollada muy cerca de Castilla, lo que favorecía las posibilidades de una *deserción* consumada en numerosas ocasiones, especialmente cuando en 1592, se desvanecieron definitivamente, las posibilidades de entrar en Francia, a pesar de que muchas compañías se habían rehecho con este fin. Entonces, las deserciones aumentaron rápidamente, huyendo los hombres "de diez en diez", de manera que a finales de julio de 1592, se habían escapado "más de seiscientos soldados" (9).

— A ello contribuyeron también las *dificultades económicas* que, habituales en todos los Ejércitos, se vieron agravadas, en esta ocasión, por el *proceso inflacionario* experimentado en los precios de los productos básicos tanto en Zaragoza como en otros lugares del reino, de manera que los sueldos no alcanzaban para sustentarse, por lo que se tuvieron que dejar de descontar, momentáneamente, el "real de limosna" y las cantidades correspondientes a vestuarios

y armamento, a pesar de lo cual las dificultades fueron muy grandes y no se podía evitar que los hombres de armas vieran morir a sus caballos por no poder alimentarlos.

Es en este marco, en el que se puedan situar una serie de actuaciones disciplinarias que han podido ser documentadas a lo largo de la Jornada:

### **1.—Actuaciones al otro lado de la Raya.**

El 13 de octubre de 1591, antes de la entrada en Aragón, el Maestre de Campo General D. Francisco de Bobadilla, tuvo que efectuar un recorrido de inspección por todos los alojamientos de Castilla y Navarra, para corregir los desórdenes que allí se habían producido. Acompañado por el Auditor General hizo castigar a algunos soldados y encerró en prisión a dos capitanes por haber consentido que “los soldados comiesen a costa de los huéspedes”, obligando a resarcirles de los daños ocasionados con el correspondiente interés (10).

### **2.— El supuesto motín de Zaragoza.**

Mayores consecuencias tuvieron los hechos acaecidos en Zaragoza, en donde el conde Morata, virrey de Aragón, denunció el 28 de junio de 1592, las continuas “insolencias que este Ejército comete cada día” y exigió poner remedio inmediato a la situación provocada por los soldados que “a todas horas del día, buscan ocasiones para amotinarse achacando que no les pagan y otras invenciones, para saquear esta ciudad” (11).

La petición del Virrey junto con los rumores que comenzaron a circular sobre un posible amotinamiento, obligaron a intervenir a D. Francisco de Bobadilla quien, con la contundencia que le caracterizaba, restableció el orden tras ahorcar a tres soldados (12) y decretar el toque de queda para evitar las muchas “pendencias y cuchilladas” que cada día se producían (13).

### **3.— Medidas disciplinarias en el Pirineo.**

Todavía tuvo que intervenir Bobadilla, una vez más, pocos días antes de la salida del Ejército, recorriendo los fuertes que allí se habían construido e intentando calmar los enfrentamientos suscitados entre las guarniciones y los vecinos de cada lugar.

En las puertas de todas las torres mandó clavar un pasquín en el que se advertía “que ningún soldado sea osado, pena de la vida, tomar cosa ninguna a los pasajero y mercaderes” y como advertencia hizo ahorcar a tres soldados que habían desvalijado a un mercader en el paso de la torre de Ansó (14).

Dentro de esta actuación también se procedió contra algunos oficiales como el capitán Antonio del Águila cuya compañía fue reformada por “el poco cuidado que tiene de guardar el decoro que se debe al cargo que tiene de capitán” (15) o contra Juan Gómez a quien acusó de haber entregado el mando de su compañía a “un hijo suyo que es mozo”, aunque en este caso señalaba que “los servicios del padre son tantos que podrán cumplir la poca edad del hijo” (16).

## **OTROS PROBLEMAS DERIVADOS DE LA CONVIVENCIA**

Las relaciones entre los aragoneses y el Ejército de ocupación, no siempre estuvieron marcadas por la tensión, sino que en ocasiones los problemas surgieron como consecuencia de esa forzada cordialidad que proporciona la obtención de mutuos beneficios.

En este sentido, muchos militares se alojaron en casas particulares en las que abonaban las cantidades establecidas para estos casos. Allí surgieron relaciones de estrecha amistad que, de acuerdo con una “costumbre muy loable” que se practicaba en Nápoles, Lombardía y Sicilia, se procuraba romper mudando las compañías de los alojamientos que ocupaban, “de cuatro en cuatro meses, para evitar los amancebamientos y otros desórdenes” (17).

Sin embargo, este comportamiento afectaba también a los mandos superiores, siendo motivo de grave escándalo la conducta del Auditor General del Ejército acusado de mantener relaciones con una viuda de Jaca, en cuya casa estaba

alojado, y de la que llegó a tener un hijo, dándose además la circunstancia de que una hijastra de esta mujer quedó, a su vez, embarazada de un alguacil del auditor (18).

Hubo otros casos en los que la “colaboración” llegó aún más lejos, al prestar algunos aragoneses todo su apoyo para la comisión de ese conjunto de delitos y corruptelas que eran característicos de todas las campañas militares. Y en este sentido, hubo quienes organizaron un lucrativo sistema a través del cual compraban a los soldados las armas, los vestidos y hasta los caballos, para venderlos luego al otro lado de los Pirineos, con lo que al delito militar venía a sumarse la acusación de herejía como consecuencia de este suministro de material militar a los hugonotes (19).

Todos estos hechos provocaron un conflicto de competencias entre el Capitán General y el Virrey, pues aunque por decisión del Rey, en todos aquellos casos de conflicto entre los soldados y los naturales del reino, correspondía al Capitán General el castigo de los militares y al Virrey el de los civiles, ante los abusos suscitados fue preciso aclarar que la jurisdicción militar era competente para entender en todos los delitos militares, independientemente de que éstos fueran cometidos por civiles o por militares.

## TENSIONES ENTRE LOS MANDOS DEL EJÉRCITO

Las relaciones entre los mandos superiores del Ejército de Aragón estuvieron caracterizadas por una tensión creciente que desembocó finalmente en una grave crisis, resuelta con la destitución del Capitán General tras haber adoptado éste, una postura de clara rebeldía a las órdenes del monarca.

Desde el inicio de la Jornada, D. Alonso de Vargas mantuvo cierto recelo hacia alguno de sus mandos subalternos a los que acusó de entenderse directamente con la Corte. No le faltaban razones, pues aunque al principio, el Rey hizo todo lo posible por respetar la cadena de mando, poco a poco, fue decantándose hacia D. Francisco de Bobadilla que, finalmente, le sustituyó en el mando. Bobadilla era un hombre allegado al conde de Chinchón con el que mantuvo una frecuente correspondencia y cuyas opiniones tuvieron una gran influencia a lo largo de toda la Jornada.

El primer enfrentamiento entre ambos personajes se produjo cuando, tras la intervención del Ejército en el Pirineo, para hacer frente al ataque de los partidarios de Pérez, D. Alonso de Vargas pretendió regresar a Zaragoza, lo que fue impedido por el Rey que creyó más oportuno que el Capitán General permaneciese en Huesca mientras que enviaba a Bobadilla hasta la capital para atajar los problemas que allí se habían suscitado.

Los incidentes volvieron a recrudecerse cuando D. Alonso criticó duramente la energía utilizada por el Maestre de Campo General para hacer frente a unos incidentes sin demasiada importancia pues decía que “si ésto y otras cosas se hubiesen de castigar con todo rigor no quedaría nadie [pues] como otras veces he significado a V. M. el Ejército en España es un jardín lleno de abrojos y espinas, con quien no se deja de padecer mucho en cultivarlo” (20).

Pero el punto culminante de esta tensión se produjo cuando el Capitán General supo que los planes que tan pacientemente había elaborado para “entrar en Francia”, habían sido definitivamente abandonados, influyendo en ello algunas reticencias expresadas por D. Francisco de Bobadilla.

Todos estos hechos, habían ido generando un clima de general desconfianza y mutuos recelos que habían deteriorado seriamente el prestigio del Capitán General que, a partir de entonces, adoptó una extraña actitud que sólo puede ser interpretada dentro de un cuadro de alteración psíquica progresiva, en el que los celos, las manías persecutorias, el favoritismo y una extraña obsesión por el ahorro fueron adueñándose de esa pequeña corte que, confinada en Huesca, había perdido el control de la situación.

Cuando avanzada la primavera de 1593, recibió la orden de preparar la evacuación del Ejército su comportamiento se modificó aún más, intentando con todo tipo de argucias e infantiles excusas, retrasar el cumplimiento de las órdenes recibidas, llegando al extremo de negarse a firmar la correspondencia que salía para la Corte, encomendando esta tarea a su Secretario, lo que provocaba en Madrid reacciones de sorpresa y disgusto (21), ante el irresponsable proceder de quien había asumido el mando del Ejército de Aragón rodeado de una aureola de prestigio obtenido a lo largo de una brillante carrera militar y que ahora por una orden fulminante del Rey (22), se vio obligado a resignarlo en D. Francisco de Bobadilla.

## ABREVIATURAS UTILIZADAS

A.G.S. Archivo General de Simancas.

A.H.M.Z. Archivo Histórico Municipal de Zaragoza.

## NOTAS

(1) De acuerdo con el plan establecido, un cuerpo del Ejército mandado por el Maestre de Campo General D. Francisco de Bobadilla, atravesó la frontera por Cortes, para ocupar seguidamente Mallén y Frescano. Sin embargo, el mal tiempo reinante impidió el avance del otro cuerpo que tenía que atravesar el Moncayo, lo que no se pudo efectuar hasta el día siguiente.

(2) Las últimas unidades de infantería salieron de Aragón a finales del verano de 1593.

(3) GRACIA RIVAS, Manuel. La "invasión" de Aragón en 1591. Una solución militar a las alteraciones del reino. Diputación General de Aragón. Zaragoza, 1992.

(4) Además de las operaciones realizadas en torno a París por las tropas del duque de Parma, un cuerpo expedicionario al mando del maestre de campo D. Juan del Águila, ocupaba el puerto de Blavet, en la Bretaña francesa, y se había pensado abrir un nuevo frente en el Languedoc.

(5) A.H.M.Z. Ms. 53, fol. 23 y ss.

(6) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 375, n.º 199.

(7) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 378, n.º 51. Según Bobadilla que actuó como mediador, las gentes de Jaca se negaban a colaborar en la construcción de "un castillo que es contra ellos, y que antes ayudarían de buena gana a derribarle".

(8) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 378, n.º 43. La ciudad protestó del daño que los soldados causaban en las viñas y olivares, por lo que Cristóbal Vázquez de Peralta a cuyo cargo estaban los soldados de la Aljafería tuvo que castigar a un soldado, que había tomado algunas ramas de higuera.

(9) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 354, n.º 124.

(10) A.H.M.Z. Ms. 53 fol. 14. Los capitanes fueron Francisco Ramos de Soto y Pedro de Vargas que se encontraban con su gente en la villa de Herce, junto a Arnedo.

(11) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 354, n.º 121 a.

(12) Dos de ellos eran desertores y el otro estaba acusado de haber dado muerte a un compañero en el transcurso de una reyerta.

(13) A.H.M.Z. Ms. 53, fol. 67 y ss.

(14) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 376, n.º 118.

(15) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 376, n.º 118.

(16) Juan Gómez era uno de los aragoneses que habían formado parte del Ejército real, al frente de una compañía reclutada en Huesca, de donde era natural, lo que le había ocasionado serios problemas.

(17) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 354, n.º 125.

(18) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 326, n.º 243.

(19) A.H.M.Z. Ms. 53, fol. 172r. y ss.

(20) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 354, n.º 97

(21) Al margen de algunas de las cartas se anotaron expresiones como las siguientes: "He visto las cartas y estoy espantado" "Yo no sabría dar parecer... [pues] no se por donde se dilata lo que V.M. manda que se haga".

(22) Fue el 27 de agosto de 1593 cuando el Rey envió una cédula ordenando a todo el personal del Ejército que "obedezcan por su cabeza al dicho D. Francisco de Bobadilla y cumplan sus órdenes y no las del dicho D. Alonso de Vargas, sin réplica ni excusa alguna". (A.G.S. Guerra antigua. Leg. 388, n.º 44)





# LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN LA CATALUÑA DEL SIGLO XVI

**Antonio Espino López**

Dpto. de Historia Moderna y Contemporánea.  
Universidad Autónoma de Barcelona

Como es bien sabido, la formación del Estado Moderno se fundamenta en buena medida en el perfeccionamiento del aparato burocrático y del ejército. Ahora bien, este “nuevo” ejército real, que ha de ser permanente para demostrar su modernidad, ¿debió o no compartir su terreno con otras formas de movilización de tropas?

Según Jordi Vidal, en la Cataluña de los siglos XVI y XVII una institución como el somatén fue utilizada usualmente para reclutar tropas, aunque también adquirió forma de resistencia popular ante el Estado o ante otros grupos sociales. La conclusión de Vidal es que la presencia activa del somatén es signo de su modernidad, de manera que no puede ser tratado como un fenómeno esporádico y, mucho menos, como una institución anacrónica (1).

En la presente comunicación trataremos de explicar cómo la organización armada catalana del siglo XVI estuvo influida por formas de movilización medievales aunque el somatén no fuese empleado para tales menesteres.

## LA TRAYECTORIA HISTÓRICA.

El caso del Principado de Cataluña se nos antoja especialmente interesante en lo que respecta a su organización armada. Según Pella y Forgas, en los *Usatges*, ya en el siglo XI, se encuentra una primeriza idea sobre la conveniencia de mantener gente fija en el ejército. Asimismo, en el código de la ciudad de Barcelona, el *Recognoverunt proceres*, se encuentra desarrollada la manera de redimirse para no realizar personalmente el servicio militar debido al rey. En Cataluña el *Usatge Princeps namque* regulaba dicho servicio: era un alzamiento general armado de todo el país contra el enemigo invasor, de carácter defensivo, pues, y con el rey a la cabeza inexcusablemente (2).

No obstante, desde muy pronto, durante el reinado de Pere el Cerimoniós (1336-1387), se instauraron las bases de un incipiente ejército permanente. Ya en 1362, en plena guerra con Castilla, Pere IV el Cerimoniós recomendaba la recluta preferentemente de infantes antes que caballería, para lo cual todos los vecinos de pueblos de realengo debían estar armados en proporción a sus bienes. Asimismo, exhortaba a los diputados de Cataluña para que cuidasen de la prestancia de los caballeros y de los soldados de la caballería ante cualquier contingencia “que les gentes continuassen en tenir cavalls e en haver-ne per aquells qui no n han e que poguessen estar aparellats per tal que totes vegades que ls dits deputats los volguessen metre o tornar al sou per necessitat de la guerra que ho poguessen fer...” (3). Ese mismo año, el rey concedía a Barcelona ciertos privilegios a cambio de 250 hombres a caballo en cumplimiento del *Princeps namque* (4).

En las Cortes de Tarragona de 1370, los diputados resolvieron aceptar la propuesta de pagar durante dos años una hueste de 300 caballeros, 400 lanceros y 400 ballesteros con el propósito de impedir que “gens stranyes no poguessen esvehir ne damnificar aquell principat de Cathalunya...”, siendo necesario como se ha dicho tener “certs homens a cavall e gent darmes e certs ballesters qui al pus bien que puxan se apparellan e stian apparellats que tota hora que sien appellats a ops de la dita deffensió vinguen decontinent en aquelles parts o part en las quals seran apellats de venir...” (5). A cambio, mientras durase el citado servicio, el rey no podría convocar el *usatge Princeps namque* (6). En realidad, tales fuerzas permanentes escondían el deseo de evitar un servicio sin duda molesto. Dicha medida fue renovada en las Cortes de Lérida de 1375, pagándose esta vez 1.000 lanzas durante dos meses y medio (7). En 1385, ante una nueva invasión del Rosellón, Pere IV obtuvo 600 lanzas, 500 *pillarts* —pajes o escuderos— y 500 ballesteros pagados durante dos meses y con otro mes de prórroga. Dada la pobreza del país, algunos caballeros y prelados aconsejaron dejar 50 lanzas y 100 *pillarts* en el Rosellón para frenar otras invasiones. En esta ocasión, la ciudad de Barcelona se comprometió a pagar 52 lanzas y 750 sirvientes —la mitad ballesteros—. Pero en caso de mayor peligro podía incrementar su esfuerzo hasta las 300 lanzas y los 2.500 infantes (8). Dicha situación parece demostrar que el *Usatge* fue utilizado usualmente como una forma de recluta de tropas efectivas sin esperar a la movilización general que implicaba su establecimiento. De hecho, acabó por incorporarse cierta costumbre, pues la ciudad de Barcelona continuó respondiendo a la llamada real —tenemos documentados los casos de 1473 y 1474—, pagando compañías de ballesteros de 250 hombres durante dos meses (9). Incluso en fecha tan tardía como 1598 la ciudad condal, según las *Rubriques de Bruniquer*, terminó por estipendar mil hombres encuadrados en cinco compañías para frenar el avance galo sobre Perpiñán, en lugar de poner en marcha el proceso del servicio de armas debido al rey (10). En esta ocasión se trató de la movilización de la *bost veïnal*. Entre 1345 y el citado año, la ciudad de Barcelona movilizó sus gentes veintisiete veces, siempre según las *Rubriques*, bajo la forma de hueste de ciudadanos. Siguiendo a V. Ferro, dichas huestes pasaron a lo largo del siglo XVI del comandamiento del *veguer* o del *ballle* al del *Conseller, Cònsol o Jurat en Cap* de las respectivas comunidades. La transición quedó bien marcada por Barcelona, que en 1544 obtuvo el reconocimiento para su *Conseller en cap* del cargo de Coronel y capitán de la milicia ciudadana. La citada milicia pasó a llamarse significativamente “la Coronela” (11). Las huestes vecinales de ciudades como Girona, Besalú, Manresa, Lérida o Perpiñán, además de Barcelona, tenían el privilegio de actuar bélicamente en defensa de sus derechos si entendían que éstos habían sido violados. Este derecho, paralelo a la guerra privada feudal, se denominaba “privilegi de la bandera”, “de la mà armada” o “del veïnatge” (12). Un caso significativo de lo referido aconteció en 1588. La detención del *Conseller en Cap* de Barcelona en Tortosa, cuando regresaba de la Corte, fue motivo para que el *Consell de cent* de la ciudad ordenara la formación inmediata de la hueste, votándose levantar una fuerza de 6.000 hombres dispuesta a arrasar Tortosa si no cedía, cosa que hizo (13).

El somatén puede definirse como una congregación de gente formada por la aplicación de una regalía de la Corona en una veguería, cuya función es perseguir delincuentes, cuadrillas de bandidos, para erradicar la guerra de bandos y a quienes no habían cumplido con el establecimiento de la *Pau i Treva* (14). El jurista J. Callís lo definía perfectamente: “...si malafeyta es feyta a null lloch de Cathalunya que tot hom qui sia del Senyor Rey ó del Bisbe ó del Temple o del Hospital (es decir, caballeros templarios u hospitalarios)... sian tenguts de seguir lo malfector entro pres sia ó aturat ó en clos ó enclusat, sens tala e sens mal que no facen a negú...” (15). En cualquier caso, no se debe confundir nunca el somatén, que es un proceso de justicia, con el *Princeps namque*, que es un alzamiento armado general del país para prevenir una invasión. Asimismo, existía una convocatoria al somatén realizada por una confederación de algunos pueblos o vecinos para oponerse al bandidaje mediante un juramento o sacramento —*sagrament*— llamado el *Sagramental*. Como es obvio, tampoco en este caso lo podemos confundir con la hueste vecinal ya comentada (16).

Del 15-I-1257 está fechada una orden de Jaume I a los habitantes de la zona del río Llobregat, en las cercanías de Barcelona, para que estuviesen armados con ballestas y flechas suficientes siempre que se les convocase en somatén (17). En 1395 el rey Joan I aumentaba el territorio que debía responder a la convocatoria del somatén, pasando del núcleo inicial del Llobregat, al que se le habían incorporado las veguerías del Vallés y el Maresme, a las veguerías de Osona, Bages y la sots-veguería de Moià, llevando cada hombre ballesta y diez tiros o, en su defecto, espada, lanza y escudo (18).

Siguiendo las *Rubriques* de Bruniquer, éste documenta entre 1383 y 1605 veinticuatro convocatorias del somatén en el Principado. En 1407, Barcelona aseguraba al veguer 150 ballesteros y 150 hombres a caballo pagados por un año si debían salir en somatén. Por otro lado, los *Consellers* dejaron claro ante la autoridad real que ellos no tenían que acudir

al somatén salvo en proceso de Paz y tregua o de convocatoria “en virtud del usatge Princeps namque” (19). En esta cita se observa uno de los rasgos de la movilización armada en Cataluña que lleva a equívocos, en nuestra opinión. Una cosa es movilizar el somatén, como se ha visto, y otra es movilizar en virtud del *usatge Princeps namque* como si fuera el somatén, o con la forma del somatén. En estos casos, se habla del somatén general del Principado.

## EL EJÉRCITO DE LOS AUSTRIAS Y EL PRINCIPADO (SIGLO XVI).

Sin duda, hubo una falta de proyección del ejército de la Monarquía en la Cataluña del siglo XVI, aunque es este un tema aún por estudiar.

Con fecha 12-III-1511 los *Consellers* de Barcelona escribían al rey pidiéndole que hiciese lo posible para la retirada por parte del Papa de la excomunión por bandidaje, pues los catalanes lo habían ejercido con profusión—entendiéndose aquí por bandidaje la guerra privada— y con beneficios para la Monarquía, pues gracias a aquél habían adquirido los naturales tal manejo en las armas que muchas veces los reyes habían podido rechazar invasiones galas contando sólo con los catalanes, sin emplear tropas reales... (20). Pero tal situación podía ser peligrosa. Tras las Germanías de Valencia (1519-23), la institución del somatén no podía ser muy bien vista en Cataluña dada la peligrosidad potencial de una organización armada conformada por “gent de rústica progenie” (21). De ahí que la medida de la Diputación del General (*Generalitat*) pagando un cuerpo de 400 a 500 “homens d'armes y cavallers...” en virtud de la vecindad con Francia —de 1516 a 1520 al menos— fuese un buen ejemplo a seguir (22).

Ciertamente, en 1542-3 la situación había cambiado sustancialmente. Con 70.000 franceses invadiendo el Rosellón, el rey deseaba introducir tropas en Cataluña, pero la ciudad respondió aumentando la fuerza de la milicia urbana situándola en 7.500 hombres (23). De hecho, según el *Dietari* la muestra de tropa dio como resultado 4.195 hombres (2.215 arcabuceros, 270 ballesteros, 1.545 piqueros y 165 armados con partesanas) aunque se insinúa la falta de mucha gente (24).

Ya en 1534, la muestra general de tropa de la ciudad arrojó la cifra de 5.015 hombres (1.000 arcabuces, 1.250 ballesteros y 2.765 piqueros y lanceros). Con lo cual se puede intuir que en Cataluña se apostaba por la autodefensa, sin desear la presencia de excesivas tropas foráneas. El 18-VIII-1546 Barcelona rechazó los 2.000 hombres que el Emperador deseaba enviar alegando estar muy cargada —de gastos, es de suponer—. Muy posiblemente, tal negativa se debió al suceso ocurrido cinco días antes, el 13-VIII, cuando una compañía castellana camino de Perpiñán se enfrascó en una pendencia con un caballero catalán y su séquito matándolo a él y otros cuatro de sus acompañantes (25).

No sólo se preocupó la ciudad por incrementar su potencia militar, sino que también hizo lo propio a nivel técnico. Según las muestras generales de 1534, 1544 y la de tres compañías en 1553 el armamento había evolucionado de la siguiente forma:

AÑO	N.º DE HOMBRES	ARCABUCEROS	BALLESTEROS	PIQUEROS
1534	5.015	1.000 (19,9%)	1.250 (24,9%)	2.765 (55,1%)
1544	4.195	2.215 (52,8%)	270 (6,4%)	1.710 (40,7%)
1553	628	417 (66,4%)	68 (10,8%)	113 (27,9%)

Fuente: *Dietari*, Vol. IV. Elaboración propia.

Como vemos, en pocos años el arcabucero pasó a ser el rey de las tropas, seguido a paulatina y creciente distancia por el piquero, hundiéndose el número de los ballesteros.

En realidad, los muchos compromisos militares del Emperador explican también la falta de proyección del ejército en Cataluña. En junio de 1543 por una Pragmática real de Carlos V se preveía la erradicación de muchas plazas mal guarnecidas en Cataluña, pues podían caer en manos del enemigo en caso de invasión, siendo Barcelona defendida por los moradores de un amplio territorio —25.298 fuegos— comprendiendo desde la ciudad hasta puntos como Lérida, Berga, Agramunt, Cervera o Vilafranca del Penedés. El motivo era claro, “per tantas guerras que te Sa Magestat per totes las parts del Mon no podía acudir (al auxilio de Barcelona)...” (26). Ante tal disyuntiva, la ciudad cuidó de su seguridad

realizando periódicas muestras de la capacidad defensiva del territorio concedido, llamado "locs de la recullita", ordenando se personasen sus hombres en Barcelona en momentos de peligro: 1555, 1561, 1564 ó 1570, cuando 20.000 catalanes se movilizan para frenar una posible invasión del Principado. Asimismo, la ciudad se cuidó de rearmarse comprando en Génova 12 sacres y 12 mediosacres y 7.000 balas de hierro en 1570 ó 6.000 picas vizcaínas en 1575 (27).

El sistema pareció funcionar, de suerte que el 7-XI-1589 respondieron negativamente los *Consellers* de Barcelona a Felipe II ante la posibilidad del envío de tropas a Cataluña (28).

Según I.A.A. Thompson, el rey reclutó pocos hombres en Cataluña hasta la década de 1580. La mayoría de las compañías se reclutaron mediante capitulaciones de amnistía concedidas a bandas de forajidos, con la mediación de nobles locales a cambio de un período de servicio, preferentemente en el ejército de Flandes. También el rey era reacio a la recluta en Cataluña por el gran número de inmigrantes franceses que había en el Principado, pues no se deseaba la incorporación de enemigos en potencia —ni moriscos en los casos de Valencia o Aragón—. El agotamiento demográfico castellano y el incremento de la guerra en el Atlántico hicieron desaparecer las prevenciones iniciales: así, en 1587 se reclutaron en Cataluña diez compañías y desde entonces fue normal reclutar dos o tres cada año, es decir, entre 350 y 400 hombres anualmente (29).

## CONCLUSIONES.

Ciertamente, las circunstancias obligaron a los monarcas a trazar una política militar en Cataluña muy particular. La falta de tropas en el Principado, ya fuese por el rechazo de éste o por la necesidad de atender con preferencia otros frentes, como se ha visto, implicó que Barcelona obtuviese la prerrogativa de la autodefensa, desarrollando enormemente la milicia urbana, levando asimismo la *Generalitat* compañías para resguardar el Rosellón por pura iniciativa o bien por los propios acontecimientos bélicos como en la Guerra del Rosellón, 1596-8. En cualquier caso, si bien una institución como el somatén siguió siendo vigente y muy utilizada, lo fue con un carácter policial, al servicio del país y del virrey, pero no militar. Cuando se levaron tropas para una compañía, como en 1570, lo hicieron *según el estilo* del somatén, pero no era el somatén propiamente dicho. En realidad, desde siempre el *usatge Princeps namque* pudo ser conmutado a cambio de dinero o de tropas pagadas y a lo largo del siglo XVI los poderes de Barcelona y la Generalitat optaron, sobre todo tras la Pragmática Real de 1544, por un tipo de servicio militar cómodo y plenamente controlable: la milicia urbana y la leva de compañías sueltas, como queda dicho. Sólo las guerras del siglo XVII obligarán a Felipe IV a convocar el *usatge Princeps namque*, y a finales de dicha centuria las dificultades militares harán que los virreyes acudiesen con cierta regularidad al apoyo de los paisanos movilizándolo, ahora sí, el somatén, aunque con enormes críticas por el gasto causado y su poca operatividad militar, pero esa es otra historia.

## N O T A S

(1) J. VIDAL: "Les formes tradicionals de l'organització armada a la Catalunya dels segles XVI i XVII", en *Manuscrits*, N.º 3, maig 1986, págs. 105-116.

(2) J. PELLA Y FORGAS: *Libertats y Antich govern de Catalunya*, Barcelona, 1905, págs. 250-1 y 270.

V. FERRO: *El Dret Públic Català. Les institucions a Catalunya fins al Decret de Nova Planta*. Ed. Eumo, Vic, 1987. Págs. 66-7.

(3) *Procesos de las Antiguas Cortes y Parlamentos de Cataluña, Aragón y Valencia*. Colección de Documentos Inéditos del Archivo de la Corona de Aragón (a partir de ahora Co.Do.In. del A.C.A.), Tomo VI, Barcelona, 1850. Págs. 72-6. Actas de las Cortes generales de la Corona de Aragón de 1362-3. Co.Do.In. del A.C.A., Vol. I, Madrid, 1986. Pág. 100.

(4) *Privilegios reales concedidos a la ciudad de Barcelona*, Co.Do.In. del A.C.A. Vol. XLIII, Barcelona, 1971. Pág. 124.

(5) *Cortes de los Antiguos Reinos de Aragón y de Valencia y Principado de Cataluña. Tomo III, Cortes de Cataluña (1368-1373)*. Real Academia de la Historia, Madrid, 1900. Pág. 63.

- (6) Idem., Pág. 71. En cambio, sí podía pedir la salida de huestes para asegurar la paz y tregua —*Pau i treva*— y el somatén, siempre en ejecución de la justicia. Vid. supra la definición de somatén.
- (7) Idem., Págs. 288-9 y 293.
- (8) *Procesos de las Antiguas...*, Op. cit., Págs. 374-382. *Privilegios reales...*, Op. cit., Págs. 180-4.
- (9) *Rubriques de Bruniquer. Ceremonial dels Magnífichs Consellers y regiment de la ciutat de Barcelona*. Tomo II. Barcelona, 1913. Págs. 245-6. *Dietari de l'Antich Consell Barceloní*, Vol. II, Barcelona, 1893. Págs. 520.
- (10) Idem., Vol. II, Págs. 285-290.
- (11) V. FERRO: *Dret Públic català...*, Op. cit., págs. 170.
- (12) Idem., Op. cit., págs. 181.
- (13) Vid. el relato de los hechos en el Diario de F. Despalau (1572-1600) en: A. SIMON I TARRES: *Cavallers i ciutadans a la Catalunya del cinc-cents*. Ed. Curial, Barcelona, 1991. Págs. 107-111.
- (14) PELLA Y FORGAS: *Llibertats y Antich...*, Op. cit., Págs. 274. *Rubriques de Bruniquer*, Op. cit., Vol. II, Págs. 457-469.
- (15) *Tractatus processus somi emissi per me Jacobum Callicio...* (1406), citado por Pella y Forgas, Op. cit., Págs. 271.
- (16) PELLA Y FORGAS, Op. cit., Pág. 278.
- (17) *Procesos de las Antiguas...*, Op. cit., Págs. 124-6.
- (18) Idem., Págs. 457-469.
- (19) *Rubriques de Bruniquer*, Op. cit., Pág. 310 y *Dietari de l'Antich...*, Vol. V, Barcelona, 1896. Memorial sin fecha, pero entre 1562-1587. Págs. 226-7.
- (20) *Rubriques*, Op. cit., Pág. 314.
- (21) Citado por N. SALES: *Els segles de la decadencia (segles XVI-XVIII). Història de Catalunya*, Vol. IV. Barcelona, Ed. 62, 1985. Pág. 70.
- (22) N. SALES, Op. cit., Pág. 43.
- (23) Idem., Op. cit., Pág. 80.
- (24) *Dietari de l'Antich...*, Op. cit., Vol. IV, Barcelona, 1895. Noticia del 13-VIII-1544.
- (25) *Dietari*, Op. cit., Vol. IV, noticias del I-IX-1534, 13-VIII-1542 y 18-VIII-1542.
- (26) *Rubriques de Bruniquer*, Op. cit., Págs. 282-3.
- (27) Idem., Op. cit., Págs. 259-260. *Dietari*, Vol. V, Barcelona, 1896, noticias del III-1570 y 12-IX-1570.
- (28) *Rubriques*, Op. cit., Pág. 261.
- (29) I.A.A. THOMPSON: *Guerra y decadencia*. Ed. Crítica, Barcelona, 1981. Págs. 146-7.
- G. PARKER: *El ejército de Flandes y el Camino español*. Alianza Ed., Madrid, 1986. Pág. 84.



## A PROPÓSITO DEL IDEAL DE CABALLERÍA

Luis Ramón i Ferrer  
Universitat de València

Para el estudio de la caballería nos podemos remitir a diferentes clases de fuentes. Entre las más obvias están las novelas caballerescas, los tratados de caballería y los sermones sobre el gobierno y ordenación de la sociedad.

Los autores y redactores de los relatos medievales se entusiasmaban explicando que las historias de sus héroes representaban el modelo de la verdadera caballería. Podemos ver cierto grado de verdad puesto que todos ellos tienen una serie, y no pequeña, de características comunes. Sin embargo, el historiador, aunque no deba despreciar estas fuentes, no las ve como fehacientes (1).

Los tratados de caballería, escritos para la instrucción del caballero, por describir un mundo excesivamente idealizado y optimista nos parecen poco aptos para la investigación histórica. Estos tratados tienen muchos puntos en común con novelas y púlpitos.

Hay otro tipo de fuente, tan vulnerable como los anteriores, que, también desde el mundo del debe ser, pretende conducir las actitudes de los hombres. Si las novelas y tratados de caballería se basaban en un mundo de ilusión no es menos fantástico el mundo propuesto en los sermones. Los grandes clérigos de la Edad Media, en sus tratados sobre la ordenación de la sociedad cristiana, tenían mucho que decir acerca de cómo los caballeros deben comportarse en la vida real y especialmente sobre la función de la orden de caballería en el mundo cristiano (2).

Toda potestad es de Dios: consiguientemente, el rey es la imagen de Dios en la tierra, pero también él debe seguir la ley, la justicia y la equidad. Ahora bien, la equidad exige que el rey se someta a los sacerdotes: *princeps minister est sacerdotum et minor eis*. Efectivamente, la Iglesia no lleva espada, pero la confía al príncipe, a fin de que éste la use para regir los cuerpos. Si el Pontífice supremo se reserva el gobierno de las almas, es porque el de los cuerpos es indigno de él (3).

En este último aspecto fueron muy importantes los escritos de aquellos autores que trataron los tres órganos o estados en la sociedad cristiana: los *oratores* cuya ocupación era asistir, mediante la oración y el ministerio pastoral, a las necesidades espirituales de la sociedad; los *bellatores* que debían hacer respetar con sus espadas la justicia, proteger a los débiles y defender a la Iglesia; y los *laboratores*, que con su esfuerzo cultivaban la tierra y con su trabajo abastecían sus propias necesidades físicas y las de los otros estados.

Al contemplar las cosas desde un punto de vista eclesiástico, los autores religiosos mostraban la tendencia general de describir la caballería con unos términos preferentemente sacros, que muchos caballeros o no entendían del todo o encontraban justificado ignorar, lo cual no significa que estas opiniones no influyesen en la idea de la caballería.

Los conocimientos de los clérigos ampliaron la idea de lo que la caballería significaba y trataron de demostrar que caballería y clerecía eran pilares gemelos de la sociedad (4). La idea de Juan de Salisbury de la caballería como una profesión instituida por Dios y que, por derecho propio, era necesaria para el bienestar humano, tuvo, a la larga, una gran influencia, aunque no de modo directo. Su latín de precisión ciceroniana no era asequible a los profanos pero sus ideas llegaban gradualmente a los círculos de éstos. Los escritos de Juan de Gales, el *Communiloquium* (5) por ejemplo, son uno de los conductos por los que el docto obispo de Chartres llega a un público no excesivamente preparado.

Juan de Gales (entre 1210 y 1230-1285), uno de los eruditos deslumbrados por la renovación franciscana de la primera mitad del siglo XIII, fue un escritor prolífico, sus obras se conservan en los anaqueles de muchas bibliotecas europeas (6). El ejercicio de la docencia y su vocación franciscana han marcado la finalidad de su obra caracterizándola como una inmensa colección de *exempla* (7). Su obra la podemos dividir temáticamente en tres grupos: manuales de predicadores, comentarios bíblicos y sermones.

El *Communiloquium* es un manual de predicadores donde los *exempla* aparecen agrupados temáticamente. Aquí podían acudir los predicadores medievales en busca de temas para sus sermones y esta es, precisamente, la justificación que Juan de Gales da a su obra más importante (8).

Aunque los destinatarios primordiales de su tratado más ambicioso, el *Communiloquium*, eran los predicadores, no fueron éstos los únicos que acudieron a él (9).

La fama del galense se debe más al material incluido en sus tratados que a las ideas propias desarrolladas en ellos. Su línea argumental viene apoyada por una continua cadena de *auctoritates*. Trataba de condensar en sus libros conceptos que él encontraba en autores tan diversos como: Aristóteles, Platón, Sócrates, Terencio, Virgilio, Ovidio, Cicerón, Salustio, Séneca, Juvenal, Macrobio, Vegetio, Boecio y toda la Patrística. Siempre que puede cita directamente, siguiendo su máxima *soliditas auctoritatum est certitudo librorum et capitulorum* (10).

El *Communiloquium* da instrucción moral a todos los hombres en las diversas situaciones en que puedan encontrarse: riqueza, pobreza, enfermedad, buen estado de salud, muerte... Dentro de cada una de las partes existen divisiones que reciben el nombre de *distinctio*, y éstas se encuentran al mismo tiempo subdivididas en *capitula* cada uno de los cuales nos da un determinado aspecto del problema general.

El *Communiloquium* está dividido en siete partes dedicadas al examen de la sociedad o de la *res publica* (parte I); de las relaciones entre el señor y sus vasallos y de los demás lazos que ligan entre sí a los hombres (parte II); de aquellas cosas comunes a todos (parte III); de las personas eclesiásticas, según sus estados o grados (parte IV); de los pedagogos y alumnos (parte V); de los religiosos (parte VI), y de la consideración de la muerte (parte VII).

La primera parte es un extenso tratado de Derecho político, muy interesante para conocer la concepción medieval de la organización del Estado. Las diez distinciones que contiene estudian el concepto y requisitos de la comunidad, demostrando que la doctrina evangélica no es contraria, sino favorable, al mantenimiento de la comunidad política; trata luego del príncipe como cabeza de la comunidad y de las condiciones que debe reunir el señorío para que cumpla su misión específica; de las virtudes que deben poseer los príncipes para hacer su propia felicidad y la de sus súbditos, destacando la necesidad de poner en el Cielo nuestra esperanza y de implorar la protección de Dios por medio de la oración.

A partir de la cuarta distinción, y siguiendo el iniciado esquema antropomórfico, considera las cualidades y las atribuciones de los distintos elementos de la comunidad: los gobernadores de las provincias, vienen a ser los ojos; los jueces orejas de la comunidad; los juristas y abogados son a manera de lengua; los consejeros o corazón de la república; los tesoreros del príncipe o de la comunidad considerados como vientre de ésta; y los caballeros, entendidos éstos como milicia, son las manos.

Dedica la novena *distinctio* a la explicación de la de la caballería. En el primer capítulo describe la milicia como las manos de la sociedad porque éstas están en el cuerpo para alejar las cosas enojosas o nocivas y para acercar las necesarias a fin de mantener al resto de los miembros. Justificada la comparación, entra en el segundo capítulo haciendo una explicación etimológica de la palabra soldado, en latín *miles*. Cuando Rómulo hubo edificado la ciudad de Roma, eligió mil hombres y los llamó miles que significa elegido entre mil (11). Esta elección, según dice Papias, a pesar de ser un nombre de honor es un oficio duro.



Cuando habla de la elección de los soldados cita a Vegetio en *De re militari*. Dado que la salvación de la sociedad entera está en manos de los caballeros, que éstos sean como *fundament e conservadors e mantenidors del regne*, por tanto el caballero debe tener excelencia de virtudes y de fortaleza y gran honestidad, y buena educación y buenas costumbres (12), porque la honestidad y la vergüenza hacen ser muchas veces victorioso al caballero. En cuanto a las cualidades físicas, nos dice, que el caballero debe ser ágil y fuerte, que sepa acometer y defender. Como nadie es buen juez de sí mismo recomienda nuestro autor que los aspirantes a caballero pasen un examen minucioso a cargo de caballeros veteranos, de probada virtud y fortaleza, y aquellos que no superen la prueba deben ser rechazados y en vez de éstos que pongan otros (13).

Cuando eran considerados dignos de ser caballeros debían hacer un juramento —*sagrament de cavalleria*— por el cual se comprometían a obedecer al príncipe. La obediencia al *princeps* comprometía especialmente en asuntos de batalla y defensa y guarda de lugares asignados. Esta obediencia al rey está entendida como derecho divino. El rey es el representante de Dios (14), y tanto es así, que nuestro autor, siguiendo a Séneca, piensa que en materia de obediencia no hay falta pequeña. Si se producía algún tipo de desobediencia al rey quedaban expulsados del estado de caballería. El juramento se realizaba del siguiente modo: el día que iban a jurar se ceñían la espada y acudían a la iglesia para ponerla sobre el altar y aquí juraban

(...) per Déus e per Jesuchrist fill seu, e per lo Sant Sprit e per la majestat del princep, la qual en Nostre Senyor Déus deu ésser amada per lo humanal linatge, que ells valentment faran tot ço que. I princep los manara (15).

Juan de Gales recuerda que el juramento como caballeros lleva implícito el juramento a la Iglesia (16), juraban defender a Dios con la espada y la persona, de igual modo que los predicadores lo hacen con la palabra.

Entre las virtudes exigidas a los caballeros, Juan de Gales resalta unas cuantas siguiendo a diversos autores. Según San Bernardo dice que el caballero debe ser: valiente, ágil de movimiento y rápido y eficaz a la hora de herir. Siguiendo a Salustio recomienda principalmente el conocimiento de las diversas armas que se deben utilizar según las ocasiones. Por el contrario no deben acceder a la milicia los perezosos y delicados porque el caballero debe de estar acostumbrado a sufrir tribulaciones por mantener la justicia y a descansar en el suelo; que sepa alegremente sufrir necesidad y trabajo (17). Para lograr este fin Vegetio en *De re militari* recomienda una educación dura desde la más tierna infancia.

Todas las virtudes que acabamos de citar, no tienen ningún sentido para nuestro autor, si no van acompañadas de lucha por desarraigar los vicios. Nos dice que en Roma no era considerado buen caballero aquel que tenía fuerte cuerpo si además no tenía la virtud cardinal de la fortaleza (18). Por el contrario nuestro autor se queja de los vicios que ve en los caballeros:

(...) mes molts dels cavallers d'aquest temps són tornats de condició femenina per tal como despenen lur vida en delits carnals e enmoraments e en repós corporal e en pagar a taules e caçar (19).

El quinto capítulo lo dedica al arte de la caballería y a su ejercicio virtuoso. La primera virtud que trata es la templanza y a rebatir la lujuria dedica nuestro autor bastantes líneas. Propone diversos ejemplos que prohíben la carne si no es asada o en caldera. Pone numerosos ejemplos de pueblos que han sido continuamente vencidos y atribuye estas pérdidas a la lujuria que embota su mente. Contrariamente hace reflexionar sobre pueblos que han alcanzado grandes victorias mientras han vivido templadamente.

El botín era una de las aspiraciones de los caballeros. Juan de Gales reflexiona sobre la injusticia de esta acción que debe ser evitada por todo caballero ejemplar.

(...) Item los cavallers antichs se guardaren diligentment de fer roberies e rapines. On se diu que Iulius Cesar feu manament que ls cavallers quant serien en la ciutat no despullassen nengún ni.s plevissen de res qui.s pertangués als temples de les ydoles (20).

Toma un ejemplo de Vegetio en *De re militari* donde aconseja que al ladrón se le corte la mano diestra. También ataca duramente el ocio al que considera padre de todos los vicios.

Respecto a la cobardía, después de atacarla duramente, propone diversos métodos para combatirla, desde matar a los desertores a pasearlos desnudos por las ciudades al tiempo que se les flagela con nervios de animales.

Terminada la relación de obligaciones del caballero pasa a recordar los derechos. El primer derecho que tiene un caballero es el de hacer batalla y salir contra los enemigos; se recomienda que los caballeros estén libres de trabajos mecánicos y que si caen en poder del enemigo que puedan hacer testamento de todas las cosas que puedan haber legítimamente ganado con su dedicación a las armas; si cuando son viejos no tienen medios económicos, el estado les debe proveer. Siguiendo a Juan de Salisbury en el *Policrato* justifica que un cristiano pueda ser caballero no solamente con príncipes fieles, sino también con infieles siempre que éstos no vayan en contra de la Fe Católica.

También recomienda que los caballeros no sean loados por sus buenas acciones a fin de que no caigan en la vanagloria. El galense entiende que cuando un caballero actúa bien, no está haciendo más que su obligación: cumplir con los compromisos que ha adquirido.

Continúa teorizando nuestro buen fraile sobre el ejército y, por fin, llegamos al último apartado de este tratado de caballería. Aquí es donde Juan de Gales expone su verdadera teoría sobre la milicia cristiana. Para nuestro autor la milicia verdadera es la ascética cristiana, consecuencia de la cual es la caballería, por tanto la doctrina cristiana es la que debe subyacer al ejercicio de las armas.

Habla de cuatro tipos de caballería a la primera la llama *humana* y se corresponde con el ejercicio de las armas según las virtudes que hemos estudiado; a la segunda caballería la llama *cristiana* y la identifica con la lucha que debe seguir cualquier cristiano contra la inclinación al vicio (21); el siguiente tipo de caballería que Juan de Gales distingue se identifica con las *Órdenes Militares* lo podríamos ver como una mezcla de los anteriores puesto que son caballeros que luchan con las armas para defender materialmente la Iglesia de Dios; y por último habla de la caballería *ecclesiástica* que son los predicadores y doctores que defienden, mediante la palabra, a la Iglesia Católica de los herejes (22).

Con esta comunicación he querido presentar una teoría medieval sobre la caballería que, aunque haya sido tomada de un solo autor, es bastante representativa puesto que todos los teóricos medievales beben en las mismas fuentes.

## N O T A S

(1) Cfr. M. KEEN, *La caballería*, ed. Ariel, Barcelona, 1986, pp. 18 y ss.

(2) "Sed quis est usus militiae ordinatae? Tueri Ecclesiam, perfidiam impugnare, sacerdotium venerari, pauperum propulsare iniurias, pacare provinciam, pro fratribus (ut sacramenti docet conceptio) fundere sanguinem et, si opus est animam ponere". IOANNIS SARESBERIENSIS, *Policraticus* VI, c.8 ed. C. C. J. WEBB, Oxford 1909, p. 22, v. II.

(3) Cfr. Etienne GILSON, *La philosophie au moyen âge* ed Payot, París 1952, p. 310.

(4) Chrétien de Troyes, *Cligés*, ed. A. Micha, París, 1982, versos 25-37.

(5) Para las lecturas del libro nos referiremos al manuscrito que se encuentra en el Archivo del Reino de Valencia descrito por M. DUALDE SERRANO, "Una anónima *Suma de Colacions* medieval", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XVIII, (1947), 474-572.

(6) Cfr. A. G. LITTLE, *Studies in English Franciscan History*, Manchester, 1917, p. 175.

(7) Juan de Garlandia define los *exempla* de la siguiente manera: *exemplum est dictum vel factum alicuius autentice personae dignum imitatione*. Son las narraciones que suavizan la dura catequización y atraen la atención del receptor. Esta tradición retórica del *exemplum*, que se remonta a Aristóteles y que viene representada por Cicerón (*De oratore* I.18) y Quintiliano (XII,4), tendrá un fervoroso seguidor en San Gregorio, cuya frase *plus movent exempla quam verba* (*Dialogorum* I PL 77,153) parece, después de mal entendida, servir de visto bueno y aval al género. Cfr. A. HAUF "EI ARS PREDICANDI de FR. Alfonso d'Alprao, O.F.M. Aportación al estudio de la teoría de la predicación en la Península Ibérica", *Archivum Franciscanum Historicum* LXII, ps. 233-329. 1979 p.252. Contemporáneamente a San Gregorio se recomienda a los clérigos que utilicen ejemplos en sus predicaciones, y que guarden un inventario de todos ellos para que pueda servir de guía a predicadores jóvenes e inexpertos. La difusión de esta técnica pedagógica llegó a tal extremo que algunos predicadores solamente utilizaban *exempla* sin llegar a ninguna cuestión doctrinal de fondo, de tal modo que en el siglo XI se exhortó a los encargados de la predicación a exponer y predicar la palabra de Dios y no cuentos sin sustancia. Cfr. S. SEBASTIÁN, *Iconografía medieval*, ed. Etor Arte, Donostia 1988, p. 72.

(8) En el prólogo del *Communiloquium* encontramos las siguientes palabras: "(...) car a tots preycadors no es avinent a legir e a estudiar tots los llibres los quals son profitosos a preycar, per aquesta rahó en aquest present libre son ajustades e cullides moltes auctoritats e eximplis de narracions de diverses llibres axí de la Sancta Scriptura com dels doctors com encara dels savis naturals e dels gentils les quals coses son profitoses en general a instruir e a doctrinar los feels". JUAN DE GALES: *Communiloquium*, prólogo.

(9) Las referencias específicas a poseedores de manuscritos de su obra son numerosos y son punto común de lectura de los distintos estamentos de la sociedad: desde los reyes —Isabel la Católica, por ejemplo—, hasta burgueses —como Petrarca—. Cfr. HAUF, A. "Eiximenis, Joan de Salisbury i fr. Joan de Gal·les, O.F.M." *Miscel·lània Sanchis Guarnier* 1 (València 1984), 167-174.

(10) La Edad Media aceptó el aforismo latino *nihil novum sub sole* y miró hacia atrás buscando en la tradición y en la memoria colectiva el tesoro de experiencia acumulado por los sabios de la antigüedad. Podemos ver en el *Communiloquium*, un lugar común para la inspiración no sólo de predicadores, si no de cualquier escritor. He dicho inspiración, y no copia, siguiendo el concepto intelectual. La originalidad en esta época no es un mérito, al contrario, es un camino resbaladizo por el que se puede llegar fuera del cauce sereno de la ortodoxia.

(11) *Communiloquium*, Ip., IXd, Ic.

(12) Excellència de virtuts e de fortalea e gran honestat e bons nutriments e bones costumes. *Communiloquium*, Ip., IXd, Ilc.

(13) Deuen ésser rebujats e en loch de aquells que sien posats d'altres. *Communiloquium*, Ip., IXd, Ilc.

(14) Cor quant alcu és posat en grau de principat, legítimament, axí com a Déu present, li deu ésser feta e promesa lealtat e li deu hom diligentment servir axí com vassall a senyor. *Communiloquium*, Ip., IXd, Ilc.

(15) *Communiloquium*, Ip., IXd, Ilc.

(16) (...) E no és cosa necessària que de boqua facen sagrament a la Església, com en lo sagrament de cavalleria, sia tàcitament enclòs lo sagrament de la Església. Cor segons que és escrit en lo *Politrato* en lo loch ja alegat no és cosa necessària que persona qui no sap letres faça professió axí expressa com fan aquells qui saben letres. On los cavallers qui saben més de fet d'armes que de letres no.s obliguen a la/(75,b) Església per aytal forma de paraules com los bisbes e los prelats qui són homens letrats. *Communiloquium*, Ip., IXd, Ilc(...).

(17) Sofferir afanys e tribulacions per mantenir justícia e de jaure en terra e reposar-se en ella; que sàpia alegrement sofferir fretura e treball. *Communiloquium*, Ip., IXd, Ilc.

(18) Virtut de cor e de volentat; ni aquell qui era pus fort que l'enemich si no havia bons nodriments. *Communiloquium*, Ip., IXd, IVc.

(19) Mas muchos de los caballeros de este tiempo se han vuelto de condición femenina porque malgastan su vida en deleites carnales y enamoramientos y en reposo corporal y en juego y en cazar. *Communiloquium*, Ip., IXd, IVc.

(20) *Communiloquium*, Ip., IXd, Vc.

(21) *Militia est vita hominis super terram*. Iob, VII, 1.

(22) Cfr. *Johanes Gallensis*, Op. cit., págs. 77-78v.



# ORDEN, SEGURIDAD Y DEFENSA DE LA MONARQUÍA: MODELOS PARA LA ORGANIZACIÓN DE UNA MILICIA GENERAL (1596—1625)

**Bernardo José García García**  
Universidad Complutense Madrid

A lo largo del siglo XVI se fueron aportando distintas soluciones para hacer frente a determinadas carencias coyunturales de unas fuerzas armadas terrestres, que debían ser capaces de defender el territorio de la Península Ibérica ante puntuales “invasiones” de contingentes extranjeros y de mantener su seguridad interior sofocando levantamientos regionales. Este proceso de mejora de la capacidad defensiva española, unido a la creciente necesidad de efectivos militares para las continuas exigencias de los frentes europeos y ultramarinos, llevó a considerar, entre los consejeros de la Monarquía y multitud de reformistas, la utilidad de implantar y perfeccionar un sistema de levas permanentes que proporcionara unos reemplazos regulares medianamente entrenados. Pero esta reforma del sistema de defensa peninsular, que se llevó a cabo paralelamente también en los demás territorios de la Monarquía a partir de los años 90 del siglo XVI y, sobre todo, durante las primeras décadas de la centuria siguiente, se basó en gran parte en la restauración y readaptación de estructuras organizativas tradicionales. Sin duda, la puesta en práctica y el análisis de tales experiencias constituirán precedentes fundamentales para el desarrollo del futuro ejército “nacional” permanente (1).

## **Disciplina y seguridad armada para la conservación de la Monarquía.**

La crítica década de los años 1590 abrió un importante debate teórico y práctico sobre la necesidad de reformas dentro de la Monarquía Hispánica. Los problemas interiores y exteriores agravados durante esos conflictivos años habían venido a cuestionar la conservación de la monarquía, y era preciso aplicar remedios que pudieran contribuir a su supervivencia, alejando de ella todo síntoma de vejez, todo achaque fatal de declinación.

La nueva “política de conservación” se basaba en el principio fundamental de la “seguridad armada”, un modelo de rearme (2) eficaz que garantizaba la paz dentro de la monarquía, según el cual la fuerza da seguridad, y cuanto mayor sea esta fuerza, más durable y sólida será la sensación de seguridad:

“...Y no te maravilles si mezclo a la paz con la guerra, porque contrarias cosas se atribuyen a una misma potencia y este último mal fue hallado para aquel último bien; segurísimo es el descanso que ganó el trabajo y segurísima la paz que rodean armas y soldados. Dixo muy bien el que dixo: Quien desea la paz, prepárese para la guerra y en la paz no aparte de las armas sus pensamientos...” (3);

“...no ay paz segura quando no precede el exercicio de las armas: porque desta prevención se sigue poder vivir en sosiego...” (4).

Pero esta seguridad sólo resultaba eficaz cuando el prestigio militar de la Monarquía española, esencialmente guerrera, se reforzaba constantemente con nuevos éxitos y con la práctica ordinaria de las armas, en una dinámica de “guerra continua” que favorecía la enorme amplitud y diversidad de sus fronteras (5). Quienes trataban de encontrar soluciones duraderas al problema de la supervivencia del sistema, cuestionada a fines del siglo XVI por el agotamiento generalizado y los desengaños militares sufridos entre 1588 y 1599, subrayan ampliamente la necesidad de abordar una recuperación de las “virtudes de la disciplina militar”, tanto para terminar con el deterioro moral y el desorden de sus soldados, como para reimplantar en la sociedad los valores del ejercicio del “arte militar” y asegurar la paz social:

“...Creo deber tratar ahora del arte militar, en cuyo apoyo descansan las más santas leyes, las artes todas y las fortunas privadas y las públicas, pues mal podría el Estado ser por mucho tiempo feliz ni abundar en todo género de bienes si no estuviese defendido por armas y guarniciones poderosas y gran número de fortísimas legiones. De otro modo no sería fácil enfrenar la audacia ni la temeridad de los ciudadanos corrompidos, que desgraciadamente abundan siempre en todas las ciudades y provincias, y a no estar contenidos por el temor, provocan siempre innovaciones, deseando trocar su pobreza por la riqueza de otros...; ni será fácil que detengan las invasiones e injurias de sus enemigos cuando nos ataquen por todas partes y nos saqueen... para extender con perjuicio nuestro sus dominios...” (6).

A las ventajas de la defensa exterior y la seguridad interior, que proporcionan las fuerzas armadas, éstas también pueden representar un “arbitrio” eficaz para reducir y aprovechar el elevado número de gente desocupada e “inquieta”. En este sentido, los escritos más elocuentes son los diez discursos del doctor Cristóbal Pérez de Herrera, y en particular el último de ellos que trata sobre el “ejercicio y amparo de la milicia” (aparecido hacia 1598) (7), donde propone por ejemplo que los muchachos entre diez y catorce años entren a servir como proeles, pajes y grumetes en galeras y navíos; en seminarios para pilotos, artilleros e ingenieros; o simplemente ayuden como armeroles en las fundiciones de metal (8); para contribuir así a una mejora gradual de toda la estructura militar de la monarquía.

De esta manera, los esfuerzos que deben conducir al “reparo de la milicia” se concentran principalmente en dos problemas fundamentales: la práctica e instrucción de los ciudadanos en el ejercicio de las armas; y la mejora de la condición socio-económica del soldado. Por lo que respecta a la primera cuestión, se hace hincapié en la formación constante que, en su juventud, deben recibir los futuros soldados, se especifican las tareas de adiestramiento de las milicias (9), y se subraya la importancia profesional para el conjunto de la sociedad de la función que desempeñan los militares (10). Por otra parte, se señala la necesidad de compensar debidamente este servicio no sólo con el pago efectivo de sus soldadas y ventajas —recordemos que se estaba ante una peligrosa oleada de motines protagonizados por la élite militar de la Monarquía ante la precaria situación financiera del período comprendido entre las suspensiones de pagos de 1596 y 1607—, sino también con expresiones físicas de reconocimiento y prestigio como condecoraciones (11), hábitos (12), y otros beneficios que con un “cebo de honra” hagan más “suave y apetecible” la salida de las armas (13). Por último, se considera la falta de asistencia social y de acogida que sufren los soldados veteranos y mutilados de guerra, que tan mal ejemplo proporciona a la juventud (14), y se apuntan interesantes soluciones como las “casas de amparo de la milicia” (15), o la curiosa figura del “protector de la milicia” (16).

## **Un capítulo de la “Reformación militar”: Las milicias generales.**

Hemos venido exponiendo algunos de los rasgos más significativos del papel primordial que asignan al ejército los reformadores políticos preocupados por la conservación de la Monarquía, así como sus propuestas para recuperar el reconocimiento social de quienes se dedican a la milicia. Pero desde los años 90, y particularmente ante la progresiva carencia de efectivos con los que hacer frente a los conflictos exteriores y a la defensa del propio territorio ante agresiones como los asaltos de Cádiz de 1596 y 1625, la pretendida amenaza morisca o las constantes incursiones piráticas sobre el litoral, la Corona comienza a estudiar y aplicar soluciones más o menos acertadas, entre las cuales destaca especialmente la “restauración de las milicias generales”, un sistema de defensa tradicional que ahora se hace extensivo al conjunto del territorio peninsular, si bien con una organización mucho mejor. Esta medida se enmarca dentro de un amplio proceso de “reformación militar general” que se desarrolla a lo largo del reinado de Felipe III, con la promulgación de una variada legislación sobre distintos aspectos de la organización de las fuerzas armadas (17) y el

diseño de un renovado modelo de seguridad. Se trata de reducir el coste y número de los efectivos militares, aprovechando el relativo equilibrio internacional que caracteriza la política exterior europea de comienzos del Seiscientos, para favorecer un progresivo “desempeño” financiero de la Monarquía, dejando sólo las proporciones necesarias para una defensa más eficaz. Se estudian al detalle todos los cuerpos de ejército existentes en las distintas provincias y fronteras, para suprimir los que resultan de poco servicio, y se prepara una reestructuración de los mecanismos de defensa disponibles en la Península (18). Esta política de reforma militar que ha traído consigo la paz debe responder evidentemente a las exigencias de las Cortes, que reclaman con fuerza por entonces la inversión primordial de sus servicios en la defensa de la cabeza de la Monarquía y la consignación segura de los gastos militares ordinarios y extraordinarios para poder afrontar la recuperación financiera de la Corona. Para resolver estos problemas de la financiación militar y para crear una estructura básica que apoye e incentive el desarrollo de la milicia muchos arbitristas apuntan incluso la reforma de las órdenes militares, recuperando sus propósitos tradicionales (19) o dotándolas de nuevas funciones estratégicas (20) y financieras (21).

El proceso de restauración de las milicias generales que se retoma particularmente a raíz del saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596, llega a su máxima expresión con su aplicación sobre toda la Corona de Castilla en 1609, coincidiendo con una serie de medidas tomadas para asegurar la eficacia en la expulsión de los moriscos (22). No me detendré en analizar las instrucciones generales de estas milicias, ni la cantidad de problemas que supuso su puesta en práctica (23), pero sí quisiera destacar algunos aspectos de su concepción.

El modelo de las milicias, inspirándose en ejemplos clásicos (24) y contemporáneos (25), responde no sólo a los problemas de reemplazo de efectivos militares, y de instrucción militar de la población civil, sino sobre todo a la necesidad de desarrollar una estructura de defensa integradora, como la que representará años después la polémica “Unión de Armas” de Olivares. De hecho, este sistema, aunque tradicional, aspira a reunir bajo la coordinación del Consejo de Guerra, los recursos militares de tierras de realengo y de señorío de toda la Península, posibilitando una transformación progresiva hacia una “seguridad estatal” más fuerte que se sirve mejor de los mecanismos defensivos privados disponibles.

### El repartimiento de las milicias por pilas bautismales.

Un proyecto que puede ilustrarnos sobre esta evolución hacia sistemas de reclutamiento de contingentes militares más integradores, y que surge al hilo del debate que propicia el diseño de la defensa peninsular entre 1596 y 1625, es el del repartimiento de las milicias por pilas bautismales. Existen distintas versiones que se desarrollan particularmente a partir de 1622. Me centraré en dos de ellas: una, anónima que se conserva en la Biblioteca Casanatense de Roma (26); y otra firmada por Diego Mexía de las Higueras (27).

La propuesta conservada en la Casatense, algo anterior a la de Mexía de las Higueras, por los datos numéricos que aporta, establece en síntesis el siguiente cuadro de repartimiento por pilas bautismales:

<u>REINOS</u>	<u>N.º CIUDADES</u>	<u>N.º PILAS</u>
Corona de Aragón .....	3.186	10.000
Corona de Castilla .....	8.259	12.000
Incluye:		
Andalucía.....	619	1.500
Castilla la Nueva, la Vieja, Extremadura y León.....	6.138	9.300
Galicia y Asturias.....	1.502	1.880
Navarra y Rioja .....	1.603	—
Corona de Portugal .....	<u>4.000</u>	<u>15.000</u>
	17.048	37.680

Por su parte, la versión de Mexía de las Higueras, sólo se plantea para un repartimiento por pilas sobre las dos Castillas, en las que establece la existencia de 14.673 pilas, que podrían proporcionar cerca de 30.000 hombres, extrayendo dos hombres por cada una de ellas. Ambos modelos, determinan un sistema de elección de los milicianos

entre los propios parroquianos, compensando aquellas parroquias y municipios más poblados las carencias de los restantes. Pero aún así los cálculos resultan difíciles de acomodar por las enormes diferencias en el número de parroquias con las que cuentan los distintos reinos por la propia evolución de sus iglesias. El proyecto de la Casanatense contiene además un curioso sistema de embarcaderos (Tortosa para el Principado de Cataluña, el Reino de Aragón y parte del de Valencia; Cartagena, para el resto de Valencia, el Reino de Murcia, parte de La Mancha, y Málaga; Cádiz, para el resto de Andalucía; el río Tajo, para el resto de La Mancha, Castilla la Nueva y Extremadura; Bilbao, Laredo y Santander, para el Reino de León, Castilla la Vieja, y parte de la Rioja; para la guarda de sus costas, la gente de Galicia y Asturias; y para las guarniciones de Navarra, la gente de los obispados de Calahorra y Pamplona), rutas de distribución de las milicias interiores hacia las fronteras y presidios costeros, y para la dotación de los contingentes con destino a las campañas exteriores o a las armadas y flotas.

## N O T A S

(1) Sobre esta tendencia a la configuración y desarrollo de ejércitos "nacionales" permanentes en la evolución del estado moderno, véase José Antonio MARAVALL, *Estado Moderno y mentalidad social. (Siglos XV a XVII)*, Madrid, Revista de Occidente, 1972; t. II, p. 536.

(2) Juan de Mariana hablando sobre la necesidad de este rearme constante que trae consigo seguridad, dice así: "...mantendrá para esto, en tiempo de paz una infantería y caballería numerosas, y cubrirá de fuertes escuadras ambos mares, cosa que indudablemente le ha de servir de mucho para aumentar su majestad y aterrar al enemigo. Tendrá bien provistos sus almacenes militares y sus arsenales para que no debamos pedir recursos a otras partes cuando nos apremien las necesidades de la guerra..." (MARIANA, Fr. Juan de, *Del rey y de la institución real*, B.A.E. t. XXXI; Madrid, Atlas, 1950; p. 542).

(3) LÓPEZ BRAVO, Mateo, *De rege et regendi ratione*, en la edición de Henri MECHOULAN, *Mateo López Bravo. Un socialista español del siglo XVII*, Madrid, Editora Nacional, 1977; p.214.

(4) LÓPEZ MADERA, Gregorio, *Excelexencias de la Monarquía y Reyno de España...* Madrid, 1624 (1.ª ed. Valladolid, 1597); fol. 69vº.

(5) Los tratadistas políticos insisten en la necesidad de mantener la guerra alejada de las propias fronteras, con un principio que podríamos denominar "Paz interior-guerra exterior", evitando períodos prolongados de inactividad militar: "...No permita... que estén ociosas sus tropas; encadene unas con otras las guerras, para lo cual no le han de faltar nunca causas legítimas, pudiendo siempre reclamar, ya de las naciones vecinas, ya de otras más apartadas, derechos que cayeron en desuso o vengar nuevas injurias..." (MARIANA, Fr. Juan de, op. cit., p.542-543).

(6) Ibidem, p.542.

(7) "Lo primero es, que ay en España, como se dixo en el primer discurso, gran número de gente que anda en hábito de pobres, y podría ser de provecho con la reformation que V.M. se ha servido hazer della, y hallarse ha tanta suma de personas de aquí adelante, que sacándolas de aquel ocio y pereza en que viven, y exercitándolas en las armas, puedan servir en la milicia alguna parte della, por lo menos de marineros y gastadores..." (PEREZ DE HERRERA, Cristóbal, *Discurso décimo y último al rey D. Felipe nuestro señor, del exercicio y amparo de la milicia destes reynos*, s.l., h.1598, hoja 3r).

(8) Ibidem, hojas 3-4.

(9) Afirma el padre Mariana al respecto que: "...no sólo se ha de conceder, sino que se ha de mandar a los súbditos que mantengan armas y caballos a proporción de su renta y su fortuna; creo que se les ha de obligar a que ejerciten las artes de la guerra, a que, bien a pie, bien a caballo, peleen entre sí y se disputen el premio del salto, el tiro, la lucha y la carrera, tirando además al blanco, ya con dardos, ya con armas de fuego... En el amor y en la destreza de los ciudadanos, no en los soldados mercenarios ni en servicios comprados, debe hacer consistir el príncipe la defensa de su dignidad y la conservación de la salud del reino..." (MARIANA, J. de, op. cit., p.543); y algo semejante apunta López Bravo: "...sea pues ruda... la muchedumbre de los soldados y solamente hábil para trabajar y obedecer; de estas dos cosas consta la disciplina de la guerra. Tengan pues los soldados contiendas sobre el ejercitarse y hacerse robustos, procurando cada uno ser el mejor en la barra, lucha, carrera y semejantes, a que los ha de despertar con premios de laureles y joyas; acostúmbrense a sufrir el frío, el calor, la vela, hambre, y enseñados en todo género de armas y guerras de a pie y de a cavallo, aprendan a sufrir el ruido y estruendo de las trompetas, caxas y artillería para que, instruídos en las fingidas, se hallen diestros en las verdaderas batallas..." (LOPEZ BRAVO, M., op. cit., p.162-163).

(10) López Bravo, después de dejar clara la diferencia entre quienes deben dedicarse a los oficios artesanos, y quienes deben cursar estudios superiores para la administración, las leyes o el púlpito, destaca la disciplina militar como una formación aparte a la que el príncipe debe destinar este tipo de ciudadanos: "...elijá para ella no los excrementos de los vasallos ni los fieros con muertes y latrocinios, sino los que, siendo grandes y robustos, sean de más valeroso ánimo y que no teman sino al mal nombre y fama, y que crean firmemente que es cosa más hermosa recibir heridas para gloria que guardar el cuerpo entero y sano para afrentas. Son también a propósito para la guerra los que son más toscos y ignorantes por ser más atrevidos y robustos y porque, con el odio que les da la credulidad y ignorancia, se arrojan temerariamente contra sus enemigos, principalmente contra aquellos que son de otras costumbres o religión..." (Idem, p.162).

(11) Sobre la necesidad de distinguir en el vestido y la apariencia a los veteranos de mérito, Alonso de Barros, propone el "arbitrio de las plumas de colores": "...El que a mí parecer ayudaría mucho para la honra, es que ninguna persona, de ningún estado y calidad que fuesse, pudiesse



traer pluma en sombrero ni gorra, si no huviesse assistido primero quatro años debaxo de vadera en la guerra. En esto podría aver muchas diferencias de premios, assí en las colores, como en la cantidad de las plumas señalando la verde, para el que primero subiesse en la muralla, o batería; y la blanca, para el que ganasse vadera de enemigo; y la amarilla, para el que prendiesse centinela agena; y las demás para otros efetos: de manera que, el que truxesse tres colores, o tres plumas, uviessse hecho tres cosas notables a imitación de los Ungaros y Suyços, que ponen tantas plumas en el bonete, quantos son los turcos que han muerto, hasta llegar a poner una ala entera de garça que es la suma de valentía..." (BARROS, Alonso de, *Reparo de la milicia, y advertencias de...*, s.l., hacia 1612, fol.3r): al que añade otras dignidades para los soldados de más de diez años de servicio, como la "espada dorada", y para los oficiales, como el retrato del rey con una cadena de oro, plata o metal. También Pérez de Herrera expone la utilidad de conceder insignias a los militares, y nos habla de una "banda roja de tafetán con fluecos de seda roja" para los soldados y otra semejante con "fluecos y cabos de oro" para los oficiales (Op. cit., fol. 11v.).

(12) "...Y para que el beneficio desta obra... alcançasse a muchos y la esperança a todos... sería bien cargarse el quinto de pensión sobre las encomiendas militares, dividiendo la renta dellas en suertes de a cinquenta ducados cada una, las cuales fuesen los premios de los actos virtuosos que en la guerra se huviesse hecho, señalando por cada uno una suerte... en especial si junto con esto truxessen una cruz de oro de la mesma forma de la encomienda, que aunque fuesse sin color ni esmalte ninguno, siendo señal de su merecimiento, todos holgarían de ponerla..." (BARROS, A., op. cit., fol. 4r.).

(13) "...los Romanos...como sabían por experiencia, que no se puede gozar de la quietud de la paz en poblado si no ay quien entretenga el desassossiego de la guerra en el campo, ni sufrir el amargo de sus trabajos, sino van mezclados con la dulce esperança de los premios,... otros muchos exemplos se pudieran traer a este propósito, pero parece que son escusados, sabiendo... que el premio y la honra son los que mueven todas las cosas humanas ...Y pues el que nuestros Españoles comúnmente pretenden, no parece que es otro sino el de la honra, y ésta aunque se alcance, no puede mucho durar, sino es acompañada del premio, justo es que se les de... con este cevo de honra, muchos mancebos que agora son escándalo de sus tierras, atropellando todo su gusto, y regalo, se yrían a la guerra a ganar estas preeminencias..." (BARROS, A., op. cit., fol. 2r.-4r.).

(14) "...para los que vienen estropeados, y de tal suerte que no pueden tornar a servir, sería necesario huviesse algún reparo cierto y seguro, que fuesse remedio para ellos, y consuelo para los que allá quedan. Lo uno, por lo mucho que se les deve, y razón y justicia, que ay de cumplir con ellos. Y lo otro, porque no anden esparzidos por el reyno" pidiendo de puerta en puerta: porque con las exclamaciones que hazen pretendiendo mover las gentes a piedad, y con las pláticas que inventan engrandeciendo sus hazañas, culpan a los ministros, y hazen tan horrible y espantosa la guerra, que escamentados los moços que lo oyen en cabeça agena, no les parece cordura sujetar su libertad a males tan ciertos, por bienes tan dudosos como son los que los capitanes prometen..." (Idem, fol. 7r.-v.).

(15) Sobre estas "casas de milicia" encontramos al menos dos versiones. Una publicada por Pérez de Herrera, que aporta por primera vez el proyecto de una "casa de amparo" para los soldados retirados por edad o invalidez, ubicada junto al seminario de Sta. Isabel, que se encargaría de distribuir entre ellos lo que él denomina la "recompensa" -una ración diaria de comida, 12.000 mrs. para vestido, casa y cama, y la posibilidad de curarse en un determinado hospital de Madrid-, que contaría inicialmente con unas 150 plazas, y cuya financiación se podría costear con: la cuarta o quinta parte de las vacantes de las encomiendas o la "veintena" parte de la renta de cada una de las que se proveyeren; la tercera o cuarta parte de las medias annatas de los beneficios curados no incorporados a monasterios o iglesias; una limosna solicitada al colector papal de las vacantes de los obispados que tocan al Papa; la décima u octava parte de las pensiones concedidas por el rey a arzobispados y obispados; limosnas de los cabildos eclesiásticos, y los nuevos caballeros que se incorporen a las órdenes militares; y otros arbitrios (PÉREZ DE HERRERA, C., op. cit., ff.8r.-15v.); en esta misma línea puede consultarse también el *Memorial que presenta...a S.M. suplicando...se haga en la Corte una Real Casa de Milicia y obra pia que les sirva de hospedaje y sustento...*, (s.l., s.a.), de Pedro de las CUEVAS, que propone que se costee, por ejemplo, con un real por cada una de las condenas judiciales que importen penas pecuniarias, con dos mrs. por cada persona que entre a comer en los "estados" o bodegones (hosterías), como se cobra en Génova, Florencia y Alemania el servicio de sal y manteles, o con dos reales y medio por el registro de coches en la Corte; podrán disponer de capellanes que den misa -"de los que vienen a pretender a la Corte"-; y "...con recoger la renta de los 2 años primeros se podrá fabricar la dicha casa, y poner en ella ciento y cinquenta camas, haziendo sus quarteles de por sí, el de Flandes, Italia, Armada Real, presidios de España, y carrera de Indias, y otro aparte para pobres mugeres de soldados que vienen a las pretensiones de sus maridos..." Y la otra de Alonso de Barros, que habla de "casas de milicia" en fronteras y costas con cuatro soldados veteranos que ayudarían con su experiencia ante las acometidas de enemigos; dotadas de 250 ducs. de renta, una ración moderada y un vestido ordinario (BARROS, A., op.cit., ff.7v.-8r.).

(16) Pérez de Herrera, formula también por primera vez esta figura del "protector general de la milicia": "...podría ser V.M. servido, que en esta Corte huviesse una congregación de cavalleros de caridad, calidad, y hacienda, soldados viejos, hasta en numero de treze, o los que pareciere a V.M.,... y que por ellos se eligiesse un *protector general de milicia* cada año dellos mismos, y dos diputados, los quales tengan cuydado de solicitar y favorecer el buen despacho de los capitanes, soldados, y otros oficiales que vinieren a pretender a esta Corte, para que sean premiados y acrecentados... y el Consejo de Guerra de Vuestra Magd., informado desta congragación, tendrá cuydado de los que pretenden, y de sus despachos conforme a sus papeles y servicios..." (Op.cit., fol.5r.).

(17) CLONARD, Conde de (Serafin M.<sup>o</sup> de Sotto), *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas, desde la creación del ejército permanente hasta el día*. Madrid, 1853; t. IV, p. 268-288.

(18) Sobre distintos aspectos de esta reforma militar general pueden consultarse los siguientes documentos: Memorial de D. Diego Brochero sobre la reformatión general de presidios y fronteras (5-I-1612; A. G. Simancas, Guerra Antigua, leg. 762); y consulta sobre lo mismo (5-V-1612); consulta sobre la reforma del pago de provisiones para fronteras, presidios y armadas (16-VIII-1615, A.G.S., G.A., leg. 799); y consulta de la junta de provisiones sobre la reformatión de gastos militares en España (10-I-1617, A.G.S., G. A., leg. 3146; y la de 10-VI-1617).

(19) En este sentido apunta particularmente el arbitrio de Murcia de la Llana para asegurar las fronteras peninsulares: "...Lo primero, que se ha de hazer es, que las Ordenes Militares se reduzgan a sus primeros principios, y pues fueron instituidas para echar a los Moros de España, y estar en frontera contra ellos, prosigan en ocuparse de semejantes facciones, que pues sus rentas son frutos de la tierra, cultivados con el sudor de

pobres, situados por los Reyes, y para estos fines confirmados por los Pontífices, y concedidos sus indultos ¡qué razón ay para que no se gasten en esto?... (MURCIA DE LA LLANA, Francisco, *Discurso Político del desempeño del Reino, seguro de la mar, y defensa de las costas de la Monarquía de España*. s.l., s.a.: hacia 1626; fol. 4v.).

(20) El nuevo cometido que traza Murcia de la Llana para las distintas órdenes militares peninsulares es responsabilizarlas de su defensa distribuidas de la siguiente manera: Santiago, en Vizcaya para asegurar el Mar Océano; Calatrava, en El Ferrol; Alcántara, en Gibraltar; Cristo, en Oporto, África y Cabo Verde; y Montesa en Mallorca, Cerdeña o Valencia (Idem, fol. 5v.).

(21) Alonso de Barros refiere ampliamente un arbitrio para la recompensa y financiación de los soldados basado en la partición y distribución de las encomiendas de las órdenes militares: "...Y en quanto al provecho, pienso que lo sería muy grande para la dignidad real, para la defensa de los Reynos, paga y aumento de la gente de guerra, que Su Md. permitiese, que todas las encomiendas de los maestrazgos de España se partiessen, y que la mitad fuesse para los soldados, haziendo merced a quien dellos fuesse servido, por las informaciones que de sus servicios truxesen, y la otra mitad para los Cortesanos: con que, ni los unos pudiesen pedir las unas, ni los otros las otras, excepto los criados de los Reyes que han servido en la guerra..." (BARROS, A. de., op. cit., fol. 4r.). Pero también encontramos esta idea de aprovechamiento de las rentas de las órdenes militares entre otros reformadores del momento como Juan de Mariana, o Pérez de Herrera.

(22) Sobre las vinculaciones entre el problema morisco y los proyectos de implantación de las milicias, me remito a la comunicación que presenté para el congreso celebrado en Sant Carles de la Ràpita (5-9 diciembre 1990) para conmemorar el 380 ANIVERSARIO DE LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS, 1610-1990, bajo el título *La cuestión morisca y la restauración de la milicia (1595-1614)*, que pronto aparecerá publicado.

(23) THOMPSON, I.A.A., *Guerra y decadencia. Gobierno y Administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Barcelona, Crítica, 1981, p. 159-180.

(24) Sirva de ejemplo el siguiente fragmento, procedente de un discurso sobre la importancia del establecimiento de la milicia en España (B.Nac. Madrid: VE-250/101): "...la diferencia que antiguamente los Romanos tenían de milicia, ...dividían el cuerpo militar, siendo uno donde concurrían, a los soldados que asistían a las ocasiones, y campañas llamaban *tumultuarios*, la calidad desta gente era que aquellos que son necesarios en la república mal entretenidos, y solteros desde edad de 25 años arriba, los que acudían al pronto socorro llamaban (en latín) *advocati*,... este troço de milicia se componía de gente beneficiada de la república... el último y tercero era de aquellos que guardando la república quedavan en la custodia y guarda de los lugares que en latín se dezían *religati sacramento*..."

(25) "...Y esto se hará con tener en los Reinos de España una milicia ordinaria y ejercitada, cual tuvieron los Romanos y tienen los Ingleses. Me dicen que lo hicieron quando el año 88 temieron nuestra armada y aparatos, para no meter en su defensa gente extranjera que se alzase después..." (ÁLAMOS DE BARRIENTOS, Baltasar, *Discurso Político al rey Felipe III al comienzo de su reinado*. Barcelona, Anthropos, 1990; p.93-94).

(26) Bibl. Casanatense (Roma), ms.1486, fols.287r.-290v.

(27) MEXIA DE LAS HIGUERAS, Diego, *Proponese en este discurso un medio, para que perpétuamente en las dos Castillas se conserven treynta mil hombres, y más, para la milicia, elegidos por Pílas o Parroquias, ... en las ciudades, villas y lugares destos Reynos, y la elección se ha de hazer por los mismos vezinos...* (s.l, s.a.; en B. Nac. Madrid, VE-60/31).

# A P E N D I C E

Proyecto de levas generales continuas por pilas bautismales (Biblioteca Casanatense - Roma; ms. 1486, ff. 287r.-290v.) *Memoria de las Ciudades (C), Villas (V), Aldeas (A) que tiene SMD. en los sus Reynos de las Españas divididas en Arçobispados y Obispados son las siguientes:*

	N.º DE C.V.A.	N.º PILAS
—Condado de Ruysellón, y Principado de Cataluña .....	1337	4.000
—Reyno de Aragón .....	922	3.000
—Reyno de Valencia .....	927	3.000
Hay en los tres Reynos de Aragón .....	3.186	10.000
Andaluzía:		
—Arçobispado de Sevilla .....	158	500
—Arçobispado de Granada .....	95	300
—Obispado de Cartagena .....	87	150
—Obispado de Málaga .....	80	140
—Obispado de Almería .....	40	60
—Obispado de Córdoba .....	63	150
—Obispado de Jaén .....	55	120
—Obispado de Guádix .....	28	50
—Obispado de Cádiz .....	13	30
	619	1.500
Castilla la Nueva, la Vieja, Estremadura y Reyno de León:		
—Arçobispado de Toledo .....	653	1.600
—Arçobispado de Burgos .....	1.697	2.500
—Obispado de Sigüenza .....	425	650
—Obispado de Cuenca .....	319	500
—Obispado de Osma .....	260	300
—Obispado de Avila .....	384	500
—Obispado de Palencia .....	399	550
—Obispado de Salamanca .....	327	450
—Obispado de Plasencia .....	138	200
—Obispado de Segovia .....	277	350
—Obispado de Coria .....	125	150
—Obispado de Ciudad Rodrigo .....	94	150
—Obispado de Zamora .....	256	300
—Obispado de Badajoz .....	122	200
—Obispado de Astorga .....	39	50
—Abadías de Valladolid y Medina del Campo .....	590	800
	6.138	9.300
Reyno de Galizia y Asturias:		
—Arçobispado de Santiago .....	310	400
—Obispado de Orense .....	268	300
—Obispado de Mondoñedo .....	156	250
—Obispado de Lugo .....	224	280
—Obispado de Tuy .....	84	100
—Obispado de Oviedo .....	460	550
	1.502	1.880
Más el Obispado de Calahorra .....	937	—
Más el Obispado de Pamplona .....	666	—
	1.603	
Más el Reyno de Portugal con el Algarve		
al pie de .....	4.000	15.000
Totales para la Península .....	17.048	37.680

### ***La forma y manera en que ha de levantar este número de gente de guerra es:***

Ofreciéndose a V.Md. haver de mandar levantar el número de Diez asta veynte y cinco mill soldados en los Reynos de la Corona de Aragón, Andaluzía, Murçia, La Mancha, Castilla la Nueva y Vieja, Estremadura, Reyno de León, en espacio de quarenta o sesenta días será en la manera y forma siguiente:

Mandando V.Md. screvir a los tres Virreyes, Arçobispos, y Obispos de los tres Reynos de la Corona de Aragón, y lo mismo a los señores espirituales y temporales, corregidores, Alcaldes, Justicia de Castilla, para que cada uno en su destrito y jurisdiction manden a los curas de cada Parrochia y Pila, notifiquen a sus feligreses, un edicto de parte de V.Md. en que se les diga, que por quanto a V.Md., se le offereç neçessidad de mandar levantar a un número de gente de guerra y que entendiendo que siempre que se levanta hazen los soldados grandíssimos desórdenes, de robos, cosechas, vexaciones y gastos extraordinarios y para evitar todo esto y que la gente se levantassee con más suavidad de los pueblos, y sin tantas molestias,... y no ha hallado ninguno más suave (medios para repararlo), como que cada Pila, y Parrochia de los Arçobispados, y obispados destos Reynos, le de un soldado, más o menos, conforme a la facilidad y posibilidad de cada una, al qual dicho soldado se le han de dar (en blanco) para con que vaya de su lugar asta el Embaradero, y después de leydo y notificada la voluntad de V.Md. por el dicho edicto, el Corregidor, o Alcalde, o Justicia, ...hagan en el destrito dellos, hechar pregón al que quisiere yr a servir a V.Md. de soldado, y el que se presentare y quisiere yr, vean si es qual conviene y siendo lo notificarán, ha de yr al tal puerto que es el Embarcadero y en él se presentar al diputado que estuviere puesto por todo el Arçobispado, o Obispado de donde fuere, para que le entregue al Veedor General, y Contadores que allí han de estar de parte de V.Md. para que le rescivan y él tome certificación de los dichos oficiales, para que se sepa los que han venido de cada obispado y para que si alguno faltare de los que embiaren dél, sean castigados como personas que han usurpado el dinero de su República.

Ansí mismo ha de llevar fee del scrivano de su Pila, del nombre de sus Padres, y señas, y hedad y de dónde es.

La manera en que se ha de sacar este dinero que este soldado havrá menester para asta llegar de la Pila donde fuere asta el Embarcadero será la siguiente:

El Corregidor o Justicia, en compañía del Concejo, le señalarán, lo que a ellos paresçiere, para cada día que hubiere menester, conforme a donde se ha de yr a embarcar, y llegar allá, y más ocho reales para dos días después de llegado al Embarcadero para que pueda reposar un día, y otro en que busque al diputado de su Arçobispado, y se presente a él.

Este dinero que se ha de dar a este soldado para el camino... ha de ser de las penas de Justicia o de los bienes propios que tienen los Concejos, y quando de lo uno y otro no hubiere, se repartirá por los vezinos de la comunidad desta Pila, conforme a la posibilidad de cada uno, la qual tendrán por mejor de pagarle (que les podrá tocar) que no el aloxarlos, una compañía, pues hecharán de veer claramente, el útil y provecho, que de la una manera a la otra les redunda, pues que la mayor distancia de camino que podrá haver de donde se hizieren al Embarcadero serán de doze o catorze jornadas, aunque serán muchos menos ordinariamente y éstas les podrán costar la que más çinquenta reales que repartidos en un Concejo, por miserable que sea no les tocará, a diez mrs., con los quales redimen el aloxarles la gente que se suele levantar, y las muchas molestias, y otros gastos de dineros que les suelen llevar, y las desórdenes que aconteçen con la gente de los lugares, y se libran de los bagages que les llevan, y de no yr tras ellos, ni perder sus jornadas seguros de no les forçar ni sonsacar la muger, ni hija, ni criada, quitas de las dependencias, y otras mill pesadumbres... y no obstante todod lo dicho, la façilidad con que podrá V.Md. en esta forma, de que cada Pila dé un soldado, levantar en el spacio de çinquenta o sesenta días, el número arriba dicho, y haviendo de ser la Embarcación de tres a quatro mill soldados, o mayor número en los Puertos del principado de Cataluña, y la gente se ha de levantar en el mismo Principado, y Reyno de Aragón, y de Valençia.

En los puertos convezinos de Tortosa, se ha de hazer esta Embarcación, por ser dicha Tortosa, el Paraje más acomodado, y convezino de los tres Reynos dichos es menester advertir que no se podrá levantar esta gente, en los Reynos de Aragón, y Valençia en las Pilas de los lugares de Moriscos, pero ha de ayudar cada Pila de los dichos lugares de Moriscos, para el cosie del Soldado que della havian de dar, el qual se podrá levantar en las Parrochias de las Çiudades, y Villas de Christianos Viejos, y no impedirá ser natural del mismo Reyno, como de seguridad de general Embarcadero, y se presentar en él aunque una parte del dicho Reyno de Valençia y la del Reyno de Murçia, y parte de La Mancha, y la vezindad que tiene con Cartagena, y Málaga, podrá scr la Embarcación en el Puerto de Cartagena, y la resta del Anadaluzía se podrá embarcar en Cádiz. La que se hubiere de levantar en la resta de La Mancha, y Casuilla la Nueva, y Estremadura se podrá embarcar en el Río de Alcántara, para las guarniçiones del Reyno de Portugal y para entre Duero y Miño, y embarcaciones que en el dicho Reyno se hazen. La que se huviere de hazer en el Reyno de León y Castilla la Vieja, y parte de la Rioja podrase hazer la embarcación en el Arçobispado y obispados de Bilbao, Laredo o Santander, la que se huviere de levantar en el Arçobispados y obispados del Reyno de Galiçia, y Asturias podrá servir para las guardias de sus mismas costas, no offreciéndose a V.Md. neçessidad de sacalla de los mismos Reynos, la que se havía de levantar en los obispados de Calahorra, y Pamplona dexo para las guarniçiones del Reyno de Navarra, y desta forma y manera se han de valer, y proçeder en el levantar desta gente, y como digo que en el puerto que V.Md. se sirviere mandar que se haga la Embarcación, se han de embiar primero, al Veedor General y Contadores, y el cabo y capitanes que la huvieren de rescibir, y llevar teniendo avisado primero a los Señores Espirituales y temporales... para que ellos pongan e manden poner al levantamiento de la dicha gente en execución. Los dichos Arçobispados y obispados, y los corregidores y justicias de cada destrito han de tener mucho cuydado de saber y entender, si los soldados que han embiado han ydo a servir y de que no se ausenten del dicho serviçio, poniéndoles las penas que les paresçiere... y entienda ha de mandar Su Mgd. al Veedor General y Contadores que fueren a embarcar la dicha gente que tengan listas apartadas y separadas de cada distrito y diócesis, y que quando les tomen muestra vayan notando los que faltaren, y se huvieren ausentado de sus Compañías, y que saquen una lista, y relación de los que huvieren faltado, con sus señas y nombres y de qué lugar era, y por qué Pila vino a servir, y que ésta la embie al Consejo de Guerra, para que los del dicho Consejo, la embien al Corregidor de la tal tierra, o destrito, y él haga diligancias para haver a las manos al tal soldado que se ha buuelto, y sea muy bien castigado... no se osarán bolver, y quando lo hagan algunos, por la mala costumbre, no serán tantos como lo hazen agora, y desta forma será un muy grande ahorro, a más que se tendrá certidumbre de la gente que se les va, porque de la que en el ejército muere, queda a cargo del Veedor General, y Contadores el sabello para quando mueran, notallos y borrallos de las listas que ellos tienen cargo.

# ACLARACIONES EN TORNO A LAS CORONELÍAS Y LOS TERCIOS

**Francisco Arias Marco**

Profesor de Historia Militar.

Academia General Militar.

En las últimas décadas del siglo XV y primeras del XVI se produjeron unas transformaciones importantes en el Arte de la Guerra, pasando de la mentalidad medieval de Mesnadas señoriales a la organización de Ejércitos permanentes sometidos a la autoridad real.

En el caso concreto de España varios son los jalones que marcan esta transformación, y que sentarán las bases de la Escuela Militar Española, protagonista de la historia bélica europea durante más de siglo y medio.

El impulso para estas modificaciones, aparte de la necesidad sentida por los Reyes Católicos de contar con un instrumento eficaz para hacer valer su autoridad, vendrá dado por las empresas militares que durante su reinado se acometen.

Con la presente comunicación pretendo mostrar los aspectos organizativos de estas transformaciones, centrándome en las unidades de Infantería y que culminan con la aparición de las Coronelías en un primer momento, terminando esta evolución en los conocidos Tercios.

El primer hito lo constituye el intento de homogeneizar las distintas Mesnadas Señoriales y Tropas de Acostamiento, ordenando su articulación en Batallas de 500 plazas cada una a base de espingarderos, ballesteros y piqueros. Cada una de estas Batallas se dividía en diez Cuadrillas, de 50 plazas cada una, mandadas por su respectivo jefe o cabo.

La unión de cierto número de Batallas formaba la División, a la que también se agregaba un cuerpo de cavadores, pedreros, albañiles y carpinteros para que con sus respectivas herramientas desempeñaran funciones semejantes a las de los actuales zapadores.

Con arreglo a estas disposiciones encontramos como en virtud de la orden del 12 de julio de 1490 se asignaba al ejército de Andalucía una organización en base a divisiones de 6.000 hombres distribuidos de la siguiente forma: 400 espingarderos, 2.000 ballesteros, 2.500 piqueros, 970 cavadores, 100 pedreros y 30 carpinteros.

Las reformas militares no pararán en la adopción de disposiciones tendentes a organizar las tropas para una determinada campaña, sino que también, se abordan nuevas medidas al objeto de que los Reyes puedan contar con un núcleo de tropas permanentes, y así, en 1488 se decide ampliar y dar mayor carácter militar a la Santa Hermandad Nueva que hasta entonces cumplía misiones de policía y seguridad. A este fin se dirige la Real Cédula dada el 15 de enero del referido año, por la que se organiza una leva para obtener el ingreso en filas de 10.000 soldados de Infantería.

La distribución de estas tropas era la siguiente:

— Una Capitanía General auxiliada por un alcaide, un contador y un tesorero.

— Una división de tropas articulada en doce compañías al mando de un capitán. Cada compañía estaba formada por 720 piqueros, 80 espingarderos, 24 cuadrilleros, 8 atambores y un abanderado, en total 833 plazas. Los cuadrilleros tenían a su cargo, como subalternos del capitán, las misiones de instrucción, policía y disciplina de sus unidades.

Las compañías podían actuar de forma conjunta o independiente. Cuando se reunían varias se las sometía al mando de un Capdillo (es decir, un mando intermedio entre la Capitanía General y los particulares de las compañías o capitanías) siendo su normal articulación la batalla a base de infantes, si bien en ocasiones, también entraban en la organización algunas tropas montadas.

Quizás mayor importancia para el logro de un ejército permanente y dependiente únicamente de los monarcas es la disposición del 2 de mayo de 1493 por la que se creaba un cuerpo de Caballería que tomó el nombre de Guardias Viejas de Castilla, constituido a base de 25 compañías de 100 jinetes cada una.

Podemos observar por tanto, como en un principio la unidad táctica de la Infantería es la capitanía, pero pronto surge la necesidad de contar con unidades más potentes y bajo un mando único, y aquí es donde se origina la Colunella a cuyo mando se situaba un colonel, voz de origen italiano que con el tiempo se españoliza en la palabra coronel, y por extensión se llamará Coronelía a la agrupación de tropas a su mando.

Según Diego de Salazar en su tratado de Re Militari, don Gonzalo Fernández de Córdoba, organizará estas unidades de la siguiente forma :

— El mando de cada Coronelía o Escuadrón, pues de las dos formas se la denominaba, lo ostentaba un coronel.

— Cada Coronelía estaba compuesta de 6.000 hombres, dividida en 12 capitanías o batallas de 500 plazas.

— El mando de cada capitanía lo ostentaba un capitán auxiliado por cinco centuriones o cabos de batalla, un alferez para llevar la Bandera, los cabos de escuadra o de diez, que era el número de hombres a su mando, un tambor y un pífano.

— De las doce compañías o capitanías que componían el Escuadrón, 10 debían estar constituidas por 200 piqueros, 100 arcabuceros y 200 rodeleros. Las otras dos capitanías estaban formadas por piqueros exclusivamente, conocidos como piqueros extraordinarios por ser hombres escogidos en relación a los demás. También se exigían cualidades especiales a los arcabuceros, prueba de la gran importancia concedida por el Gran Capitán a las armas de fuego y a su empleo táctico en el combate, siendo un fiel ejemplo de esto la batalla de Ceriñola.

Los ejércitos por tanto se constituían a base de la agrupación de las Coronelías.

Con las debidas reservas que produce el hecho de la falta de acuerdo entre los diversos autores que tratan estos temas se puede considerar que las Coronelías terminaron convirtiéndose en unidades permanentes al mando de sus respectivos coroneles, dando el Conde de Clonard una relación de veinte de estos jefes al mando de sus respectivas unidades, fechando esta organización en torno al año 1506 ó 1507.

Las Coronelías sufrirán alguna variación tanto en lo que se refiere al número de hombres como al número de capitanías que la integraban, distanciándose un tanto de la Unidad Tipo atribuida al Gran Capitán, oscilando sus soldados entre los 800 y los 1.500, distribuidos en un número variable de capitanías.

El último jalón en esta evolución orgánica de los ejércitos españoles a la que me estoy refiriendo lo constituye la aparición de los famosos Tercios.

El origen de esta palabra no está aclarado, apuntando algunos autores que podría situarse en la narración que Jerónimo de Zurita hace en su Historia de don Fernando el Católico al afirmar que en una revista pasada el año 1497 al ejército del Rosellón “púsose en este tiempo nueva ordenanza en la Gente de Guerra; repartiéndose los peones en tres partes, el un tercio con lanzas, como los alemanes las traían, que llamaron picas, el otro tenía el nombre antiguo de escudados y el tercero de ballesteros y espingarderos”.

Sancho de Londoño afirmará: "Los tercios aunque fueron instituidos a imitación de las Legiones romanas, en pocas cosas se les pueden comparar con ellas, ya que el número es la mitad, aunque antiguamente eran de tres mil soldados, por lo que se llamaban Tercios y no Legiones, ya se dice ahora así, aunque no tengan más de mil hombres..."

Sea cual fuere el origen del nombre de estas unidades en 1534 se crean los cuatro primeros Tercios conocidos por los nombres de Sicilia, Milán, Lombardía y Nápoles.

La estructura de estas unidades era la siguiente:

— Mando al cargo de un Maestre de Campo.

— Una Plana Mayor compuesta de un Sargento Mayor, un municionero, un furriel mayor, un tambor general, un capitán barrichel de campaña, un cirujano, un boticario, un capellán y ocho alabarderos de escolta del Maestre de Campo.

— Y por último un núcleo de tropas a base de tres coronelías, cada una compuesta de cuatro compañías.

Según el ya citado Londoño estos Tercios contaban con 3.000 hombres divididos en doce compañías de 250 plazas cada una. De estas doce unidades dos eran de arcabuceros y diez de piqueros, y además en estas últimas había dos terceras partes de picas y el resto de arcabuces.

La compañía estaba mandada por un capitán auxiliado por un alférez, un sargento, un furriel, un tambor, un pífano, un capellán y diez cabos de escuadra, cada uno con sus cometidos específicos.

Esta orgánica de los Tercios no se mantendrá invariable sufriendo modificaciones tanto en el número de compañías como en el de soldados por cada una de éstas, oscilando entre 1.000 y 3.000 hombres y 10 ó 20 compañías. Así por ejemplo en 1560 en una disposición de Felipe II referente al ejército que debía guarnecer el Norte de Italia, ya no se mencionan las Coronelías como unidad integrada en el Tercio, fijando el número de compañías en 10 por unidad a base de 300 soldados por cada una.

La importancia de las armas de fuego fue creciendo con el tiempo y así en 1567, a instancias del duque de Alba se introducen 15 mosquetes por compañía para incrementar su defensa ante el ataque súbito de la Caballería.

Para el combate los Tercios se articulaban en el Escuadrón, llegándose a formar escuadrones de hasta 10.000 hombres. Estas formaciones de combate adoptaban diversas figuras geométricas, así por ejemplo tenemos el escuadrón cuadro de gente, el escuadrón cuadro de terreno, el escuadrón cuña, etc... Estas formaciones exigían complicados cálculos por parte del Sargento Mayor responsable de su correcta ejecución.

Podemos resumir lo expuesto hasta el momento sobre la evolución de la Orgánica de la Infantería española, a partir de las últimas décadas del siglo XV en los siguientes puntos:

Un primer momento en que la unidad táctica de la Infantería son las capitanías o batallas, período que abarca hasta los primeros años del siglo XVI, siempre manteniendo las naturales reservas en la datación.

Después vendría una articulación del ejército de maniobra a base de Colunellas o Coronelías, período que llega hasta el año 1534. Siendo variable el número de soldados y compañías que integran estas unidades, pero contando con un modelo tipo atribuido al Gran Capitán.

Por último y hasta su desaparición bajo el reinado de Felipe V, la Infantería se organiza en base a los Tercios, también variando a lo largo del tiempo su composición tanto en soldados como en compañías. En los primeros momentos de éstos se hace referencia a su articulación a base de tres Coronelías por Tercio, desapareciendo con el tiempo esta configuración para permanecer una división únicamente en compañías.

Por tanto y sin pretender ser exhaustivo en su relación, las principales diferencias entre las Coronelías y los Tercios, serán por un lado cronológicas, pudiendo considerarse aquéllas como antecedentes de los últimos. Además la Organización de los Tercios es más compleja con mayor cantidad de puestos y funciones a desempeñar para poder atender a sus necesidades, tanto en los desplazamientos como en las campañas en las que tomaron parte. Para finalizar y aunque ésta sea consecuencia lógica de los perfeccionamientos que la técnica introduce en los armamentos en este período de la Historia, se observa la creciente importancia de los soldados dotados con armas de fuego portátiles en la composición de las compañías de los Tercios.

## B I B L I O G R A F Í A

- Ricardo de la Cierva. HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA. VOL. II.
- Ediciones Palafox. HISTORIA DE LAS FUERZAS ARMADAS. VOL. II.
- Sotto y Montes. El Ejército de los Reyes Católicos. REVISTA DE HISTORIA MILITAR N.º 14. 1963.
- Sotto y Montes. Los Grandes Tercios Viejos de la Infantería española. REVISTA DE HISTORIA MILITAR N.º 11. 1962.
- Sotto y Montes. Organización militar española de la casa de Austria. REVISTA DE HISTORIA MILITAR N.º 18. 1965.
- Gral. Modesto Navarro García. NOTAS DE HISTORIA MILITAR , tomo I, Imp. de Huérfanos. 1914.
- Cap. Baltasar Gil Picache. ELEMENTOS DE HISTORIA MILITAR. Valladolid 1908.
- Jorge Vigón. EL EJÉRCITO DE LOS REYES CATÓLICOS . Ed. Nacional 1968.
- Francisco Lanuza Cano. EL EJÉRCITO EN TIEMPOS DE LOS REYES CATÓLICOS. Madrid 1953.
- René Quatrefages. LOS TERCIOS. Madrid 1979.



# **LAS LANZAS PARTICULARES**

## **UNA CONTRIBUCIÓN DE LOS SEÑORES Y PRELADOS A LAS EMPRESAS MILITARES DE LA MONARQUÍA A FINALES DEL SIGLO XVI**

**Manuel Gracia Rivas**

Tte. Coronel del Cuerpo Militar de Sanidad.

A finales del siglo XVI y para atender a las necesidades de caballería de las distintas empresas de la monarquía, se continuaba recurriendo a las "lanzas particulares" que los prelados y señores tenían la obligación de facilitar, dentro de un sistema que, a partir de la mesnada medieval, se había ido perpetuando a lo largo del tiempo y del que se hacía uso con relativa frecuencia.

Se analizan aquí dos de los casos en los que se recurrió a este llamamiento, el primero tuvo lugar en 1590, siendo enviadas las lanzas reunidas al Languedoc, para participar en diferentes acciones de apoyo a la Liga Católica, siendo repatriadas en 1593 al mismo tiempo que se producía la retirada del Ejército de Aragón, en el que en 1591 se había integrado otro contingente reunido a raíz de un nuevo llamamiento.

### **EL REPARTO DE EFECTIVOS**

Para poner en marcha un llamamiento de estas características, se procedía al reparto de las lanzas necesarias entre distintos señores y prelados, que no eran habitualmente los mismos, y a los que se les señalaba las que correspondían a cada uno de ellos.

Como Anexo I se incluye el correspondiente a 1590 (1), figurando en el Anexo II la relación de las lanzas que se habían hecho efectivas a finales de 1591, en el Ejército de Aragón (2).

En ambas relaciones puede advertirse que el número que cada uno debía facilitar era muy variable, oscilando entre las 50 con las que contribuía el cardenal de Toledo y las 40 de las más importantes casas, hasta las 4 del obispo de Guadix o las 5 de algunos señores.

A todos ellos se les comunicaba el plazo de que disponían para cumplimentar lo dispuesto por el Rey, debiendo

colocar dentro del límite señalado y en el punto de concentración establecido, a todas sus lanzas, perfectamente equipadas y pagadas hasta el momento de salir del reino.

Pero, hay numerosos ejemplos que demuestran un cierto grado de resistencia a facilitar los hombres que se les pedían, en unos casos por causa justificada, pues tenían que empeñarse para cumplimentar lo ordenado, como le ocurrió al duque de Escalona en 1590 o al marqués de Aguila fuente quien, ese mismo año, dijo “que no las podía dar”, facilitándolas en cambio al año siguiente. Una circunstancia excepcional fue, también, la del fallecimiento del obispo de Ávila, que hizo imposible que las 10 lanzas que le habían correspondido, pudieran llegar a partir (3).

Otras veces, en cambio, las demoras en el cumplimiento de las órdenes del monarca eran menos justificables, dando lugar a quejas continuas. “Las lanzas de los prelados y señores llegan muy despacio” (4), afirmaba D. Bernardino de Velasco (5), el 21 de septiembre de 1591 y el 1 de octubre de ese año, escribía desde Sevilla D. Julián de Alvarado informando sobre “la mala orden que estos señores daban en levantar las lanzas que V.M. les manda” y señalando algunos casos concretos en los que todavía no habían dado “ninguna orden en levantar las suyas” (6).

## EQUIPAMIENTO

El equipamiento de estos hombres variaba mucho según la capacidad o la voluntad del señor que los cedía, advirtiéndose una gran diferencia entre las lanzas reunidas en 1590 y las que fueron a Aragón al año siguiente.

En el reparto de 1590 predominaba la nobleza de primera línea y quizás por ello, en las relaciones que se levantaron, se hacía constar que todos los hombres llevaban “buenos caballos y armas cumplidas”, estando integradas éstas por “arnés, peto, espaldar, brazales, manoplas, lanza, espada ancha y daga” o “las armas que acostumbran los de las Guardas de Castilla”, aunque había casos de cierto lujo y prestancia como las 10 lanzas que dio el marqués de la Mota equipadas con “un arnés blanco con sus platas, brazales, gola, celada, guardabrazos y mandiletes con faldones de tela de oro, sobre azul, espalda y lanza”, o los de la condesa de Salinas que tenían “buenos caballos y [estaban] armados de arneses de seguir y faldones de tela de oro y raso blanco sobre azul, espadas, lanzas y dagas”. También destacado el conde de Coruña que había facilitado a los suyos “buenos caballos, con peto, espaldar, gola, celada borgoñona, brazal, manoplas, escarcelas, quijotes, estoques, mazas y lanzas engocetadas con puntas de diamante” (7).

Por el contrario, la situación fue muy diferente en 1591, cuando muchos de los que acuden al requerimiento lo hacen en condiciones muy deficientes y así, en el momento de su incorporación, se hace constar que los 15 hombres del obispo de Plasencia vienen “sin escarcelas ni aceros”; los 10 del marqués de Aguila fuente llegan “sin escarcelas y [con] caballos [de los] que sólo tres pueden servir”. Algo similar le ocurre a los que envía el conde de Osorno que no traen escarcelas ni aceros y entre cuyos caballos hay siete “que no son de servicio” como tampoco lo son 14 de los 20 que ha enviado el marqués de Aguilar. Otros vienen “sin sillas armadas” y a muchos les faltan quijotes, aunque también hay casos en los que se hace constar que “toda ésta, es gente muy de servicio” o que es “muy buena gente y de servicio” (8).

## SUELDOS

Cada señor, además de levantar y armar a los hombres que le hubieran correspondido, tenía la obligación de socorrerles como ya se ha indicado, hasta el momento en el que alcanzaban la frontera de Castilla o se les tomaban muestra, a partir del cual comenzaban a percibir sus haberes con cargo a la Hacienda real.

Esto daba lugar a ciertas discrepancias, pues los oficiales reales procuraban retrasar la muestra para ahorrar todo lo que fuera posible. El veedor D. Benardino de Velasco le decía al rey a finales de septiembre de 1591 que aún no había tomado muestra a las lanzas particulares que iban llegando “pues desde ese día les correrá el sueldo por cuenta S.M. y se les habrá de sustentar” (9).

Por esta causa, algunos señores como D. Fernando de Velasco, al notificar la partida de sus lanzas hacía constar que las enviaba “pagadas por un mes que es el tiempo que tardarán en salir de la Raya de Castilla”; precaución que no le

sirvió de mucho, pues inmediatamente se le respondió indicándole que hiciera “como se le ordenó y les pague por el tiempo que tardaren en salir de la Raya de Castilla” (10), lo que siendo aparentemente lo mismo, resultaba en la práctica muy diferente, pues el paso de la Raya podía demorarse algunas semanas o incluso meses (11).

La cantidad que cada señor daba a sus hombres podía variar mucho, entre 20 y 10 ducados al mes o incluso menos (12), cuando los tenían concertados con carácter anual o con otro tipo de contraprestaciones, pero a partir del instante en el que su sueldo corría por cuenta de la Hacienda real, pasaba a ser de 10 escudos al mes para cada hombre de armas, 20 para los alféreces, 30 para los tenientes y 80 escudos al mes para los capitanes (13).

## SU ENCUADRAMIENTO ORGÁNICO

Habitualmente, todas estas lanzas se distribuían en compañías de 100 caballos, al frente de las cuales existía un capitán con su teniente y alférez. Disponían, además, para cada una de ellas, de dos trompetas, un armero y un herrador, incluidos como plaza de lanzas y con su mismo sueldo (14).

De estas compañías denominadas “de lanzas” se seleccionaba al personal que pasaba a integrar las compañías de arcabuceros a caballo, habitualmente dos, de efectivos más reducidos (15).

No obstante, en el Ejército de Aragón y ante el deficiente equipamiento con el que llegaron muchos de estos hombres se constituyeron 2 “compañías de jinetes” en las que se integraron los que se encontraban mejor armados, y con los restantes se formaron 6 “compañías de caballos ligeros” (16).

### ANEXO I

#### LANZAS PARTICULARES MOVILIZADAS EN 1590 (17)

—cardenal de Toledo	50	—marqués de Moya	10
—duque del Infantado	40	—marqués de Cañete	10
—duque de Escalona	40	—marqués de Aguilafuente	10
—conde de Benavente	40	—marqués de Poza	10
—almirante de Castilla	30	—marqués de Camorasa	10
—duque de Medinaceli	30	—marqués de Auñón	10
—duque de Alburquerque	30	—D. Juan Pardo	10
—duque de Maqueda	30	—marqués de Montemayor	10
—marqués de Aguilar	20	—conde de Priego	10
—marqués de Mondéjar	20	—conde de Villanueva de Canedo	10
—conde de Oropesa	20	—señor de Alaejos	10
—arzobispo de Burgos	15	—marqués de la Mota	10
—obispo de Cuenca	15	—marqués de Ladrada	10
—obispo de Sigüenza	15	—adelantado de Castilla	10
—obispo de Segovia	10	—obispo de Oviedo	10
—obispo de Ávila	10	—condesa de Salinas	10
—obispo de Palencia	10	—señor de Malpica	7
—obispo de Calahorra	10	—D. Luis Carrillo	7
—obispo de Salamanca	10	—señor de Morón	5
—obispo de Zamora	10	—Señor de Baldonquillo	5
—conde de Coruña	10	—D. Carlos de Eraso	5
—marqués de Montesclaros	10		<hr/> 664

## ANEXO II

### ALGUNAS DE LAS LANZAS PARTICULARES QUE TOMARON PARTE EN LA JORNADA DE ARAGÓN (18)

—duque de Arcos	40	—marquesa de Mirabel	10
—marqués de los Vélez	30	—marqués de Aguilafuente	10
—marqués de Pliego	29	—conde de Osorno	10
—marqués de Villanueva del Fresno	25	—conde de Barajas	10
—duque de Feria	24	—señor de Luque	10
—marqués de Aguilar	20	—conde de Siruela	9
—conde de Lemos	20	—conde de Cifuentes	9
—arzobispo de Granada	16	—conde del Villar	9
—arzobispo de Santiago	15	—conde de Santisteban	9
—obispo de Plasencia	15	—marqués de Estepa	9
—obispo de Jaén	15	—obispo de Ciudad Rodrigo	8
—obispo de Córdoba	13	—conde de Puñocnrostro	8
—obispo de León	10	—señor de Alconchel	5
—marquesa de Alcañices	10	—D. Fernando de Valdés	5
—conde de Niebla	10	—obispo de Guadix	4
—conde de Fuensalida	10		
—conde de Chinchón	10		
			437

## ABREVIATURAS UTILIZADAS

A.G.S. Archivo General de Simancas.

## NOTAS

(1) De las 664, únicamente llegaron a hacerse efectivas 644 por no haber llegado a incorporarse las correspondientes al obispo de Ávila y la marques de Aguilafuente.

(2) En el proyecto de formación del Ejército de Aragón estaba previsto que de los 2.100 caballos con los que se le pensaba dotar, 800 fueran proporcionados por "los Señores", efectuándose el reparto de acuerdo con estas necesidades. Sin embargo, el hecho de que pocos días antes de la entrada en Aragón solamente se hubieran hecho efectivas estas 437 de la relación, da idea de la demora en el cumplimiento de las órdenes recibidas. Así sabemos que el duque de Arcos había levantado 40 lanzas que todavía no habían partido, pero nada habían hecho "el marqués de Alcalá por el de Gelves, y Juan Antonio del Alcázar por el de Olivares", ni tampoco "el cardenal" (A.G.S. Guerra Antigua. Leg. 326, n.º 218)

(3) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 300, n.º 264.

(4) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 325, n.º 136.

(5) Veedor General de las Guardas de Castilla, designado Veedor General del Ejército de Aragón.

(6) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 326, n.º 218.

(7) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 300, n.º 264.

(8) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 326, n.º 221.

(9) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 325, n.º 114.

(10) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 321, n.º 111.

(11) Como de hecho ocurrió en el caso el Ejército de Aragón cuando la proyectada entrada se tuvo que retrasar tres semanas como consecuencia de los sucesos acaecidos en Zaragoza.

(12) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 300, n.º 264.

(13) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 328, n.º 209 y Leg. 300, n.º 272.

(14) En la campaña de 1590 se establecieron 28 ventajas de 2 escudos para otros tantos cabos de escuadra, cosa que no se hizo en 1591.

(15) Los sueldos de estos capitanes eran de 60 escudos y de 25 el de sus tenientes (A.G.S. Guerra antigua. Leg. 300, n.º 272).

(16) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 372, n.º 13 b.

(17) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 300, n.º 272.

(18) A.G.S. Guerra antigua. Leg. 326, n.º 220 y 221.

# IV PONENCIA



## LAS MILICIAS CONCEJILES ANDALUZAS (SIGLOS XIII-XV)

Manuel González Jiménez

Universidad de Sevilla

La ponencia que se me ha encargado por parte de los organizadores de este Coloquio —“La ciudad y el ejército”— es una tarea que desborda las posibilidades de tratamiento de cualquier ponente, aun el más avezado y con mayor capacidad de síntesis. Se trata, no ya de un tema de ponencia sino de toda una propuesta de investigación que podría, y debería, llevarse a cabo. Algo se sabe, yo diría que bastante. La reciente obra de James F. Powers, cuyo título —*A Society Organized for War. The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages, 1000-1284* (1)— recuerda parcialmente el de un famoso artículo de Elena Lourie (2), constituye un excelente resumen de conocimientos sobre la problemática de las milicias urbanas en los siglos plenomedievales. Pero, ¿qué fue de las tropas concejiles castellanas y leonesas, una vez logrado con Fernando III y Alfonso X el gran avance de la reconquista por las tierras andaluzas y murcianas? No lo sabemos o, al menos, no lo sabemos tan bien como para el período precedente. Por ello, a la vista de lo mucho que ignoramos, parecería como si la historia de los cuerpos armados municipales hubiese transcurrido inalterada desde finales del siglo XIII hasta la guerra de Granada y que sólo merece la pena reseñar dos únicos acontecimientos de importancia: la creación o, mejor, como veremos más adelante, la generalización por Alfonso XI de la *caballería de cuantía* o de “alarde” y la implantación en tiempos de los Reyes Católicos de la *Hermandad*.

Para constatar esta impresión hemos consultado tres excelentes monografías de reciente publicación sobre otras tantas ciudades castellanas: Burgos, Segovia y Zamora. Yolanda Guerrero Navarrete dedica en su libro sobre Burgos en tiempos de Enrique IV (3) un breve capítulo a las “milicias urbanas” en el que, tras una serie de generalidades aplicables a siglos anteriores, se describe la forma de efectuar el reclutamiento de las tropas que, llegado el caso, solicitaba el rey a la ciudad de Burgos, sistema que no era otro que el común “repartimiento” por las distintas collaciones, y la creación en momentos de agitación política de cuerpos armados de vigilancia.

Más ricas en contenido son las páginas que dedica al tema María Asenjo en su estudio sobre Segovia (4). La autora, tras referirse a la existencia desde antiguo de una organización militar centrada sobre las “cuadrillas de quiñoneros”, sistema que “se fue desmoronando a lo largo de la Baja Edad Media” y al ordenamiento sobre los caballeros, dado en 1256 por Alfonso X, que le da pie para exponer una serie de consideraciones de historia social, salta a fines del siglo XV, para constatar que entonces “conviven varias formas de entender el servicio de armas”: los antiguos caballeros y escuderos que perciben soldados o “acostamientos” del rey; los hombres encuadrados en la Hermandad, y las tropas especializadas de espingarderos contratados a sueldo por la Corona. Ilustran lo dicho un par de ejemplos sobre la guerra de Granada, para, a continuación, dar una larga serie de noticias sobre los espingarderos segovianos. Concluye comentando las disposiciones dadas por la Corona en 1516 tendientes a la formación en Segovia y su tierra de un cuerpo permanente de ejército de 2.000 hombres. Son, tal vez, estos últimos párrafos los de más interés por cuanto, ante esta propuesta de “modernidad”, el concejo segoviano contrarreplicó solicitando que se volviese al sistema antiguo y —anticipándose a la ideología comunera— que se abandonasen las guerras expansivas en Italia en las que nada le iba a

Castilla. Segovia, en definitiva, temía que el servicio militar bien remunerado atrajese a los más jóvenes, con el consiguiente perjuicio para todo el sistema económico y, a la larga, para el poblamiento de la ciudad y su territorio.

Por último, Manuel Fernando Ladero dedica cinco páginas al tema en su monografía sobre Zamora (5). El autor constata que a fines de la Edad Media quedaban “atrás los tiempos de la primitiva hueste concejil” y que, básicamente, las modalidades de reclutamiento eran las comunes a otros concejos castellanos: los caballeros y escuderos de “acostamiento”; las milicias encuadradas en la Hermandad y, como en Segovia, los espingarderos a sueldo. Y poco más.

Si de las ciudades castellanas pasamos a las andaluzas y murcianas el panorama cambia por completo: no sólo poseemos más información, sino que —y esto es lo importante— los datos conocidos nos siguen hablando de una “sociedad organizada para la guerra”, que ha mantenido vivos —lo que no quiere decir inmutable, como veremos— los rasgos distintivos y fundacionales de una “sociedad de frontera”. Con esta afirmación estoy anticipando, tal vez, una conclusión. Quede, por lo menos, como en las viejas tesis escolásticas, como el enunciado de una proposición que espero demostrar a lo largo de estas páginas.

1. Cuando don Ramón Carande daba título a su conocida monografía sobre Sevilla en los siglos XIII y XIV estaba pensando más en las teorías de su maestro von Below sobre las funciones específicas de la ciudad medieval —fortaleza y mercado al mismo tiempo— que en la realidad concreta de una ciudad de frontera, como fue Sevilla desde su conquista por Fernando III hasta la desaparición del reino de Granada y de la frontera misma hace ahora cinco siglos (6). Por ello se fija más en la “supremacía militar de la ciudad, frente a estos focos de población rural”, expresada a través del señorío de la urbe sobre las poblaciones de su tierra y en las tenencias de los castillos (7) que en la organización altamente militarizada de la ciudad y de su territorio. Es cuestión de perspectiva, se dirá. Tal vez sea así. Pero cualquiera que se acerque a la obra —pionera e interesante por muchos conceptos— del historiador palentino, obra que me atrevería a calificar sin reservas como la primera muestra de la historiografía sevillana verdaderamente moderna, alejada tanto de los modelos románticos como de la tradición localista, advertirá que Carande, en este campo, se limita simplemente a una descripción de los grupos militares, deteniéndose en especial en el de los caballeros, tanto hidalgos como ciudadanos. Añade algunas noticias de interés sobre las atarazanas y la flota, y poco más. La monografía de don Ramón Carande se interesa más por los aspectos económicos de la ciudad, a tono sin duda con la formación y especialidad del autor. Pero, a pesar de sus limitaciones, casi sin pretenderlo Carande llamó la atención sobre una realidad a la que apenas si se había dado importancia en la historiografía sevillana del XIX y de los primeros decenios del XX, si exceptuamos el interesante artículo de don Nicolás Tenorio y Cerero sobre las milicias concejiles sevillanas (8). Hoy sabemos más de las milicias concejiles, en Andalucía y en Castilla, de lo que se sabía de estas cuestiones a comienzos del presente siglo, y, sobre todo, poseemos una perspectiva de las implicaciones sociales y hasta económicas de la organización que apenas si se adivinaba entonces.

2. Como punto de partida debemos tener en cuenta algo muy conocido, pero sobre el que hay que volver siempre que se abordan las realidades andaluzas del siglo XIII: que la conquista y la repoblación del territorio significaron también el trasplante al mismo de una serie de instituciones que se encontraban en una fase madura de su evolución. Por tanto, también la organización militar implantada en las ciudades andaluzas eran las castellanas de la época. En este sentido y para conocer el punto de partida es preciso acudir —aunque sólo sea para contrastar la información que poseemos— a los estudios, recientes o menos recientes, sobre el tema. Una buena síntesis de conocimientos puede verse en el libro citado de Powers. Pero lo que, desde su punto de vista fue el “fin de una era” —el reinado de Alfonso X (1252-1284)—, para nosotros es el inicio de una larga evolución que intentaremos analizar.

Parece un hecho probado que hasta el final del reinado de Alfonso X, la sociedad castellana en su conjunto y, especialmente, los grupos asentados tanto en las Extremaduras como en el antiguo reino de Toledo era todavía una sociedad “organizada para la guerra”. Basta acercarse a sus fueros, a las crónicas y a la documentación de la época para convencernos de que las milicias concejiles seguían siendo una pieza fundamental de los ejércitos que hicieron posible en la primera mitad del siglo XIII la conquista de la Baja Extremadura, de Andalucía, Murcia y, desde 1250, de la defensa de la frontera frente a mudéjares, granadinos y benimerines. Con anterioridad al siglo XII este servicio de armas se designa con el término de *fonsado* o *fosado*, siendo la *fonsadera* la contribución pecuniaria para no acudir al *fonsado* (9). A partir del reinado de Alfonso VII (1126-1157), por influencia, tal vez, de la terminología feudal de origen franco, se introduce el término *hueste* con un significado similar al de *fonsado*, si bien algunos autores, como C. Pescador, opinan que el uso del término *fonsado* se reservó para designar las expediciones de pequeña escala, dejando el término *hueste* para las grandes expediciones militares (10). De hecho, estas diferencias se observan ya en algunos fueros del siglo XI,



como el de Sepúlveda (1076) que distingue entre *fonsado de rege*, al que sólo acuden los caballeros, y *lid campal* a la que estaban obligados todos, tanto los caballeros como los peones (11).

Pero, independientemente de las cuestiones terminológicas, lo cierto es que los fueros de los siglos XII y XIII, de forma unánime, contienen disposiciones referentes a la prestación de servicios militares al rey por parte de los habitantes de las ciudades. A esta misma obligación aluden algunos documentos reales, como el dirigido por Fernando III a Ávila en 1222, en el que se precisa

*"Fonsatum bero hoc modo debetis facere: extra regnum cum corpore regis debetis semel in anno facere fonsatum, et esse cum eo in fonsatum quantum ipse illuc fuerit; in regno quociens rex opus habuerit et uos uocauerit debetis ire in fonsatum cum corpore regis".* (12)

Otro tanto se deduce de la lectura de los textos cronísticos. Y así, por citar un par de ejemplos tomados de la Primera Crónica General, cuando Fernando III, estando en Benavente, recibió la noticia de que los almogávares se habían hecho fuertes en la Axerquía de Córdoba "mando que mouiesen sus uasallos enpos el, et *enbio luego por los de las çipdades et de los castiellos* que fuesen con el a la frontera ..." (13). Y, más adelante, al referir el cerco de la *Crónica* afirma que "cada dia, tambien de Castiella commo de Leon, le uenien grandes conpannas de caualleros de los fijos dalgo et de los *comunes de las çipdades*" (14).

A partir del reinado de Fernando III se advierte, en los comportamientos y actitudes de las milicias urbanas castellano-leonesas o extremaduranas, una cierta la ritualización, diríamos, de las expediciones militares, convertidas en una prestación que se debe al rey, a diferencia de siglos anteriores cuando la frontera estaba próxima y eran posibles las *cabalgadas* o expediciones depredatorias contra el enemigo musulmán (15). Quedaba todavía el orgullo ciudadano de participar en las grandes operaciones de conquista, como lo evidencia la inscripción colocada en la Puerta de Olivares, de la ciudad de Zamora, en la que se recuerda la derrota de "*Abe <mfuit>, regem maurorum*", en la cual "*Zamo <ren>ses fuerunt victores in prima acie*" (16).

Pues bien, esta realidad y experiencia es la que se trasplanta a Andalucía con su incorporación al reino castellano. Se trata, claro está, de unas milicias concejiles que tienen su razón de ser en la necesidad de dotar a los concejos recién constituídos de instrumentos capaces tanto de garantizar la defensa de sus propios territorios y la seguridad de las nuevas fronteras, como de participar en las operaciones militares de conquista de nuevas tierras. Ello se derivaba también de los fueros no importa a qué familia foral se adscribiesen por los que se regían las villas y ciudades andaluzas repobladas. Y esto desde el principio, como pone de relieve la *Crónica General* al referirse a una expedición punitiva contra Granada llevada a cabo en 1244 por los concejos de Úbeda, Baeza y Quesada (17).

3. La organización militar de las ciudades de la frontera de Andalucía se atuvo inicialmente a lo previsto en la norma foral vigente: el fuero de Cuenca otorgado a la mayoría de las ciudades y villas del Alto Guadalquivir conquistadas antes de la conquista de Córdoba (1236), y el de Toledo en algún caso, el Fuero Real con posterioridad a esta fecha. En otro lugar he tratado la razón de este cambio en la política de concesión de fueros seguida por Fernando III en Andalucía (18). Una razón pudiera ser la del origen de la mayor parte de los repobladores, válida, tal vez, en casos muy concretos; otra, de mayor peso, el convencimiento del monarca de que el *fuero de Toledo* permitía a la Corona, como así era, una mayor capacidad de intervenir en la vida local. Sea como fuere, ambas modalidades forales diseñaban un modelo muy similar de milicias concejiles. Así, la obligación de acudir a *hueste real* se reducía, tanto en una como en otra tradición foral, al ámbito de la frontera. Un precepto del Fuero de Úbeda determina que el concejo sólo tenía la obligación de acudir "*en veste sinon en la frontera, con el rey & non con otro*" (19). El mismo sentido tiene una disposición dada a favor de Medina Sidonia, con ocasión del otorgamiento del Fuero de Sevilla a la localidad: "*que nos non vayan en hueste fueras ende desde el río de Guadalquivir fasta la mar*" (20). La única diferencia afectaba —y esto debía ser sólo en teoría— a la forma de reclutar la caballería villana. En la práctica las formas de reclutamiento y la composición de las milicias municipales debían seguir pautas en todo semejantes, como correspondía a ciudades en donde las obligaciones militares de todos los vecinos eran un hecho connatural a la condición fronteriza del territorio.

El modelo implantado era el mismo de las Extremaduras, que coincidía en sus líneas generales con el de la zona toledana. Sólo se tiene la obligación de acudir al "fonsado de rege" o "hueste", y, aún en estos casos, no todos. Así, por ejemplo, el fuero de Uclés, exime del fonsado a todos los peones y a los dos tercios de los caballeros de la villa:

*"Quando fuerit fonsado cum rege ... vadant de vobis tertia parte de militibus in fonsado. Pedones nullum fonsatum faciant".* (21)

Los caballeros, estaban exentos de pecha y facendera (22) y, como en otras partes, se beneficiaban de lo que los no caballeros pagaban por estos conceptos (23) y, probablemente, a sólo ellos correspondían los cargos o "portiellos" concejiles, como era norma en las ciudades de las Extremaduras. Pero ¿quiénes eran estos caballeros y cómo se alcanzaba la condición de tales? Evidentemente, me estoy refiriendo a los caballeros villanos, llamados en Andalucía "ciudadanos", y no a los caballeros hidalgos o "milites per naturam", como los definía un texto portugués del siglo XII, ya que éstos estaban obligados por su misma condición a combatir a caballo.

Según J.M. Pérez Prendes la caballería popular tuvo en la zona leonesa un carácter obligatorio, de forma que todos los que alcanzasen un determinado nivel de riqueza o "ualia" eran compelidos a tener caballo y armas (24). ¿Fue ésta una peculiaridad de la Extremadura leonesa como defiende el citado autor o, más bien, es algo que puede decirse de todo el ámbito de las Extremaduras y, por extensión, también del territorio fronterizo toledano? Pérez Prendes defiende el origen leonés de esta caballería "compulsiva" que más tarde se llamará de "cuantía". La referencia en el Fuero de Molina (1154) a caballeros que lo son en razón de su nivel de fortuna (25) la interpreta Pérez Prendes como una adición del siglo XIII a la versión romanceada del fuero latino original perdido (26). Pero pensamos que la vida de la frontera—y Toledo fue una ciudad situada en la primera línea de la frontera, desde su conquista en 1085 hasta principios del siglo XIII—no podía dejar al azar o a la libre voluntad de las personas el ejercicio de la caballería que, no lo olvidemos, era más que un honor una necesidad. Por tanto, por pura lógica, ser o no ser caballero era algo que venía impuesto por la misma y dura realidad fronteriza. Lo que ha sucedido es que los historiadores nos hemos dejado engañar por algunos preceptos del fuero toledano, especialmente por aquel que faculta a los vecinos a acceder libremente a la condición de caballero

*"Quod quisquis ex illis equitare voluerit, in quibusdam temporibus, equitey et intret in mores militum"* (27)

y hemos acabado hablando del carácter libre y voluntario del ejercicio de la caballería villana en las ciudades regidas por la norma de Toledo. Y esto no era así. En efecto, un texto sevillano de tiempos de Alfonso X, recientemente publicado (28), nos ofrece de la caballería ciudadana de Sevilla una imagen en todo semejante a la que diseñan los fueros leoneses estudiados por Pérez Prendes. Merece la pena que leamos un párrafo de estas **consuetudines** sevillanas, en las que se anticipa en más de medio siglo la caballería de cuantía generalizada por Alfonso XI:

*"[XV]. Huso e custumbre, e de como busan en la çibdat de Seuilla sobre los an a tener caualllos e armas, e de qual guisa, e de quantia quantia, e las onrras que an.*

Todos aquellos que son ricos e an la quantia puesta e ordenada por el conçeio de Seuilla son apremiados de tener caualllos e armas, so pena que les es puesta por conçeio o por cabillo; e esta pena el que cae en ella tomangela paral comun del conçeio; e son estas las quantias e el guisamiento que an a tener:

Qualquer que aya valia e quantia de quatro mill mr. de la moneda de la primera guerra, a menos de su morada, mandan tener el cuerpo e el cauallo armado.

Et el que ouiere quantia que lo suyo ualla dos mill mr. de la moneda sobredicha, a menos de su morada, mandan tener todo guisamento de cauallero saluo loriga de cauallo.

Et el que ouiere quantia que ualla lo suyo mill mr. de la moneda sobredicha, a menos de su morada, mandan que tenga vn roçin e vn perpeunt, o un camisote e vn capiello de fierro, e vna lança o vna azcona montera.

Et todos aquellos que este guisamento tienen en la çibdat de Seuilla an onra de caualleros en todas cosas, e quinientos sueldos de emenda como cauallero fidalgo" (29).

El texto que acabo de reproducir delinea, pues, en la Sevilla de la segunda mitad del siglo XIII una caballería ciudadana integrada por todos los vecinos que superan la **cuantía** base de mil maravedís y diferenciada por el tipo de armamento, que va desde la caballería pesada al uso, con o sin "loriga de caballo", hasta la caballería peor armada: rocín en lugar de caballo, y perpunte o camisote y casco, en lugar de la costosa armadura y cota de mallas de los caballeros. Todos estos caballeros, como los caballeros hidalgos, recibían 500 sueldos anuales en concepto de "emenda" o compensación por los gastos de mantener en todo tiempo el caballo y equipo de guerra. Con todo, en la práctica el servicio como caballero podía ser sustituido por una contribución a los gastos del concejo en la defensa del territorio (30). En Córdoba, en la misma época, también había caballeros de "premia" si bien la cuantía exigida para mantener caballos y armas era de 3.000 mrs. (31)

4. Así pues, el modelo de organización militar que se impone en Andalucía tras la conquista castellana es el que estaba en vigor en la zona situada entre Duero y Tajo, es decir, en la zona que desde fines del siglo XI había sido la frontera de Castilla y León frente a al-Andalus. Este modelo no era otro que el que diseñan los preceptos del fuero de Cuenca conocidos como “fuero de las cabalgadas” (32). En él se describe con toda precisión la forma de organizar la hueste o la cabalgada, el armamento de los caballeros, la forma de repartir el botín, recompensas por acciones concretas de armas y otros aspectos. Los fueros de tradición toledana son, en cambio, mucho más parcos en detalles, como corresponde a códigos muy breves que, en el mejor de los casos, no contienen más de cincuenta preceptos y aún éstos de corta extensión. No obstante, algo nos informan sobre el armamento de los caballeros, sobre sus exenciones y privilegios y sobre las diversas expediciones militares, que se reducen, como en los fueros de tradición conquense, a la **hueste, cabalgada y apellido**. En una palabra: a pesar de la adscripción a la norma toledana, en Córdoba, Sevilla y otras muchas ciudades, como oportunamente han señalado Peset y Gutiérrez Cuadrado, se aplicaron muchos preceptos de tradición conquense (33). El resultado fue la homologación de las estructuras básicas de las ciudades andaluzas y murcianas (34), y la aparición de un “derecho de los municipios de la frontera” (35). Y prueba fehaciente de ello es que en la Sevilla de tiempos de Alfonso X, como en Ubeda o en Baeza, la hueste o las cabalgadas son dirigidas por el alcalde mayor, a quien también corresponde la custodia de la “seña” del concejo y el “pendón posadero”. Y, como en los concejos de las Extremaduras, los participantes en la hueste o cabalgada tienen derecho, a la hora del reparto del botín (“erecha”), a ser compensados por la pérdida de sus caballos o bestias (36).

\* \* \*

La sociedad surgida en Andalucía tras los repartimientos fue una sociedad claramente organizada para la guerra, tanto defensiva como ofensiva. Esto se observa no sólo a través de los fueros y privilegios otorgados a los repobladores, en los que las obligaciones militares se expresaban con toda claridad. Se observa también, con toda claridad, en las mismas categorías socio-militares empleadas para agrupar a los que acudieron a repoblar. En los repartimientos del reino de Sevilla —y todo parece indicar que lo mismo podría decirse de los reinos de Jaén y Córdoba, cuyos libros de repartimiento han desaparecido sin apenas dejar restos (37)— los pobladores aparecen encuadrados dentro de tres categorías básicas: **caballeros de linaje o hidalgos; caballeros ciudadanos y peones**. En Jerez de la Frontera, a estos grupos se añaden otros grupos especializados de guerreros, como los ballesteros, arqueros, adalides, almocadenes y almogávares (38). Y otro tanto sucede en Vejer, cuyo repartimiento establece las categorías de caballeros hidalgos, equiparados a los **escuderos** y a los **adalides; caballeros ciudadanos; ballesteros y almocadenes**, y, por último, los **peones** (39).

Sobre el armamento de estas milicias urbanas nos informan los fueros y algún que otro texto, como las **ordenaciones** de Sevilla, ya citadas: los caballeros completamente armados “*de armas de fuste et de fierro*” (40): lorigas con almófar (41) o cofia de malla; lorigones; capiellos o yelmos de hierro; escudos, espada y lanza. Los caballeros peor armados se protegían con perpuntes o camisotes y con capiellos de hierro, y portaban lanzas o dardos o “azconas monteras” (42). Los ballesteros llevaban ballestas de una o dos cuerdas, y los peones, lanzas o dardos o porras (43).

Las *ordenaciones* y los otros textos sevillanos publicados por González Arce se redactaron en torno a 1275, en pleno ataque de benimerines y granadinos. A pesar de su concisión, nos ofrecen una imagen viva de una ciudad de frontera en la que la guerra formaba parte del vivir cotidiano. En efecto, la ciudad debía costear los sueldos de escuchas, atalayas y guardas de castillos y caminos. Ello exigía efectuar constantes derramas entre el vecindario, de las que nadie se excusaba, excepto los muy pobres. La única obligación de que estaban exentos los caballeros era la de velar la ciudad. Estas contribuciones o “vecindades” se hacían según fuese la cuantía de cada uno. La escala de cuantías existentes en tiempos de Alfonso X iba desde 100 a 5.000 mrs., y, en teoría, se pagaba el 10 % de la cuantía respectiva (44). Sin embargo lo normal era efectuar derramas a razón de un maravedí el caballero y medio el peón. Un extracto de acta capitular del 13 de abril 1273 nos informa de un llamamiento general para que

*“mientra durase la gerra que estouiessen todos prestos e apareiados, caualleros e peones, con talegas de un día o mas, quanto les mandaren, e quando que oyeren repicar a apellidos o ouieren otra sabidoria çierta, que salgan todos, que ninguno non finque saluo aquellos que çerta escusa ouieren”* (45).

\* \* \*

También durante el reinado de Alfonso X, y como resultado de una experiencia fronteriza de más de un cuarto de siglo, comenzó a perfilarse en el reino de Sevilla una normativa militar adecuada a las necesidades defensivas de la zona. Su primer desarrollo aparece en la carta-puebla de Alcalá de Guadaira, dada por Alfonso X en mayo de 1280. Entre las obligaciones de los pobladores estaba la de velar el castillo y el arrabal de la villa, y guardar el castillo durante el día. Para ello se exige de los repobladores morar “en el castillo con vuestros cuerpos”. Para garantizar tanto la defensa de la plaza como su repoblación, y de acuerdo con una norma general, se prohibía a los repobladores vender o enagenar los “heredamientos” recibidos en el repartimiento, a menos que fuese “para salir de cautivo” y siempre que el comprador se comprometiese a hacer vecindad en Alcalá y cumplir las obligaciones militares del vendedor (46).

5. El tránsito del siglo XIII al XIV conoció, además de dos largas y conflictivas minorías, un período de relativa paz en la frontera, roto sólo, tras el acuerdo de Torrellas (1304), por la campaña de Gibraltar y la insensata entrada de los infantes don Pedro y don Juan en 1319 en la Vega de Granada. Ello debió traducirse en un cierto relajamiento de los hábitos y virtudes militares de las milicias concejiles. Esta decadencia debía ser más evidente en lo que se refiere a la caballería, costosa de mantener y desprovisto ya su ejercicio de las compensaciones políticas de que gozara en tiempos anteriores. En efecto —y aunque no es éste el lugar para discutir el problema— habría que recordar que a principios del siglo XIV se había roto definitivamente el antiguo equilibrio y reparto de poder entre los caballeros hidalgos y los ciudadanos. Aquéllos habían acabado por desplazar a éstos del gobierno de las grandes ciudades lo que explica la conflictividad social existente en todas ellas a comienzos del reinado de Alfonso XI (1325) que daría pie al monarca para efectuar la reforma de los municipios (47).

En vísperas de la campaña final contra Algeciras, Alfonso XI se decidió a poner remedio a esta situación. La fórmula fue reinstaurar en Sevilla la antigua costumbre de obligar a tener caballos y armas a todos los que superasen una determinada cuantía de bienes. El ordenamiento de 1337 se inicia con estas palabras:

“Ordenamos et tenemos por bien que por rason que los omnes de cavallo son mucho apocados en la frontera por que non los mantienen los omnes segunt los algos et las quantias que han, et es menester de los acrecentar para servicio de Dios et nuestro ...”

Para, a continuación, disponer que los que tuviesen cuantías superiores a 50.000 mrs. mantuviesen cuatro caballos; tres, los que tuviesen cuantías entre 30 a 50.000 mrs.; dos, los de cuantías superiores a 10.000 mrs., y uno, quienes tuviesen más de 5.000 mrs. de cuantía (48).

Este **ordenamiento** y, más específicamente, el de las Cortes de Alcalá de 1348 han sido considerados tradicionalmente como el acta fundacional de la caballería de cuantía en Sevilla y en los territorios fronterizos castellanos-leoneses. Porque en el resto del reino el ejercicio de la caballería no es tanto consecuencia de un determinado nivel de fortuna personal o **cuantía**, sino más bien un compromiso que se deriva de las “franquezas e libertades” otorgadas por los reyes a las ciudades y villas del reino de León, de las Extremaduras y del reino de Toledo (49).

El cuadro de “cuantías” a partir de las cuales se está obligado al mantenimiento de caballo es el siguiente:

—Reino de Sevilla .....	5.000 mrs.
—Reino de Córdoba .....	4.000 mrs.
—Reino de Jaén .....	4.000 mrs.
—Reino de Murcia .....	8.000 mrs.
—Zamora, Toro, Salamanca, Alba de Tormes y Ciudad Rodrigo .....	10.000 mrs.
—Badajoz, Jerez de los Caballeros, Burguillos y Alconchel .....	6.000 mrs.
—Logroño, Calahorra y Alfaro .....	15.000 mrs.
—Soria y Agreda .....	16.000 mrs.
—Almazán, Medinaceli y Molina .....	12.000 mrs.
—Cuenca, Huete y Moya .....	12.000 mrs.
—Requena .....	15.000 mrs.
—Alcaraz .....	10.000 mrs.
—Villa Real .....	12.000 mrs.

Salta a la vista que donde más interesaba la formación de una numerosa caballería de cuantía era en Andalucía, y, por ello, las cuantías andaluzas estaban situadas muy por debajo de la cuantía media, que es exactamente de 9.923 mrs. Con estas medidas se había impuesto, según Pérez Prendes, el “modelo leonés” y había nacido la caballería de cuantía. Desde entonces se “territorializa una institución que tenía sólo ... ámbito comarcal algo extenso” y “la tenencia de caballo no es mérito recompensable, sino obligación imponible” (50). Pero, ¿ocurrieron realmente así las cosas? Porque, a la vista de los datos disponibles, parece, en primer lugar, que la caballería de cuantía existía y como tal estaba ya regulada en tiempos de Alfonso X, según hemos visto al comentar las **ordenaciones** sevillanas recopiladas en torno a 1275, y, en segundo lugar, ¿qué sentido tiene esa larga relación de villas y ciudades leonesas afectadas por la disposición n. 77 de las Cortes de Alcalá si se supone que ése fue precisamente el ámbito donde se originó la caballería cuantiosa? Las cosas me parecen que tienen una explicación más sencilla. Lo expondré en forma de enunciados:

1º) La caballería villana, desde sus orígenes hasta bien entrado el siglo XIII, fue siempre de cuantía, se la llame o no de esta forma. Los fueros leoneses y algunos castellanos, como el de Molina de Aragón, así lo expresan. Pero, se diga o no, parece lógico que, por su misma función e importancia para la defensa del territorio, el ejercicio de la caballería no podía dejarse ni en las Extremaduras ni en el reino de Toledo ni en cualquier parte del reino al libre albedrío de los individuos. Naturalmente tal obligatoriedad era exigida con mayor fuerza en las zonas fronterizas: primero en la del Duero y, desde fines del siglo XI, en las Extremaduras y zona del Tajo (51).

2º) Cuando la frontera se traslada a Andalucía, la caballería villana se mantiene a base de privilegios que equiparaban a los caballeros a los hidalgos. Pérez Prendes en su estudio cita algunos de estos textos, datados casi todos ellos en torno a 1255-56 y conectados con la otorgación del *fuero Real* a Burgos y otras ciudades castellanas (52); más importante es el famoso privilegio general de las Extremaduras de 1264 estudiado por A. Iglesia Ferreirós (53).

3º) Con estos precedentes no podemos extrañarnos que la caballería implantada en Andalucía tras la conquista fuese una caballería de cuantía. Sus primeros contingentes estarían formados por caballeros villanos que lo eran ya en sus ciudades de origen y por peones que estaban dispuestos a adquirir la condición de caballeros. La referencia a esta posibilidad en los fueros de Córdoba y de Carmona es prueba suficiente de ello, al tiempo que demuestra el carácter abierto de la caballería y su accesibilidad a los no caballeros. Los repartimientos establecen un lote-tipo de propiedades para los caballeros ciudadanos que, en el caso de Carmona, consistía en una par de casas y cuatro yugadas de tierra de labor (= 120 ha), además, probablemente, de alguna aranzada de olivar y tierra para plantar viña o “majuelo” (54).

A la vista de todo esto parece que podría concluirse que Alfonso XI se limitó a “recrear” la caballería de cuantía y reforzar su obligatoriedad, según unos criterios o un modelo que, desde tiempos de Alfonso X, se habían mantenido en Sevilla y en otras ciudades andaluzas y murcianas. Por ello no es de extrañar que la renovación de la caballería de cuantía se iniciase precisamente por las zonas del reino, como Andalucía y Murcia, donde la institución seguía siendo, a pesar de su decadencia, algo vivo y actuante. Ya nos hemos referido al *ordenamiento* dado a Sevilla por Alfonso XI en 1337. Habría que citar también, para completar el cuadro de actuaciones anteriores a las Cortes de 1348, el *ordenamiento* dado a Murcia en 1333 fijando la cuantía a partir de la cual los vecinos estaban obligados a tener caballo y armas (55).

Sabemos menos sobre las otras categorías militares. Pero, si bien no consta que fuesen objeto de *ordenamientos* de Cortes, los reyes debieron dar órdenes concretas a los concejos para que no se descuidase el reclutamiento y preparación de los ballesteros que eran, sin duda, la fuerza más especializada de la infantería. Un documento de Pedro I a Murcia alude a la existencia de un cuerpo de cien ballesteros de la nómina, que se renovaban cada año y que lo integraban aquéllos que tenían 2.000 mrs. de cuantía (56).

6. Las medidas de Alfonso XI consiguieron sin duda un incremento notable de la caballería ciudadana, a juzgar por lo que sucedió en localidades de tipo medio, como Ecija, donde el número de caballeros de cuantía se elevó, teóricamente al menos, a la cifra de 400 (57). Con todo, la impopularidad de la institución, desprovista ya de las compensaciones que daba en épocas anteriores la participación en el gobierno urbano, en manos de los hidalgos desde la creación de los **regimientos** (58), obligó a recordar una y otra vez la obligación que tenían los cuantiosos de prestar servicios militares como caballeros. Estas reiteraciones solían ir acompañadas de actualizaciones de las cuantías. Así, Pedro I y Enrique II elevaron nominalmente las cuantías andaluzas, fijándolas en 6.000 (reino de Sevilla) y 5.000 (reinos de Jaén y Córdoba) (59). En este documento, como en el *ordenamiento* de 1348, vuelve a comprobarse hasta qué punto era Andalucía el territorio por excelencia de la caballería cuantiosa, mucho más que Murcia, donde, a pesar de su carácter doblemente fronterizo, la cuantía mínima exigida para mantener caballo y armas era de 10.000 mrs. Dos años más tarde

el mismo monarca volvió a insistir en las disposiciones anteriores y en la obligación de efectuar alarde (60). Lo mismo haría en 1394 Enrique III, recordando a Sevilla “en como cumple a mi servicio e defendimiento de mis reynos aver cavallos e armas e especialmente en la frontera” y la obligación que todos tenían —tanto caballeros como ballesteros y lanceros— de acudir a alardes cada cuatro meses (61). Estas medidas fueron vueltas a recordar en el ordenamiento de mayo de 1396, cuya primera disposición remitía al ordenamiento de Alfonso XI (1337) y a un “ordenamiento que yo agora nuevamente fize en fecho de los alarde e quantias” (62). No conozco el texto de este nuevo ordenamiento de Enrique III, a menos que se trate del “ordenamiento sobre caballos y mulas”, dado en las Cortes de Segovia en agosto de 1396 (63). En cualquier caso, el ordenamiento de Segovia introduce una importante novedad respecto al de Alcalá de 1348: la reducción de la caballería de cuantía al ámbito de “los que biuen en Villa rreal e dende adelante fasta la frontera” (64), al tiempo que esta caballería fronteriza, andaluza y murciana fundamentalmente, se perfila definitivamente como caballería ligera o “a la jineta”, armada ya, abandonado el pesado lorigón, simplemente de espada, lanza, adarga y bacinete.

\* \* \*

Se entra así, tras la ruptura en 1406 de la larga paz con Granada, en el siglo XV que, con sus inevitables intermitencias, vería el final de la guerra con Granada. Para este siglo poseemos no sólo abundante documentación sino, lo que es más importante, una serie de estudios que permiten conocer aspectos sobre muy variados de las milicias concejiles. Veamos algunos de ellos, empezando por la caballería de alarde que siguió siendo preocupación fundamental de las autoridades municipales.

A lo largo del siglo XV la caballería de cuantía andaluza experimentó en todas partes un notable incremento numérico. Ello se debió no sólo al crecimiento demográfico mantenido a lo largo de toda la centuria, cosa que sabemos gracias a los estudios de A. Collantes de Terán (65), sino a la relativa prosperidad económica que conoció la región, observable, por ejemplo, en la producción agrícola (66). A todo ello hay que añadir las medidas concretas de las autoridades para ampliar el número de los cuantiosos. La más cómoda de las cuales, y también la más injusta, era la de reducir el valor de la cuantía mínima.

En efecto, hacia 1404 la cuantía mínima establecida era de 20.000 mrs. (67). Hacia 1432, según una ordenanza sevillana publicada por N. Tenorio, la cuantía mínima era de 30.000 mrs., que fue la que las autoridades municipales de Sevilla aplicaron al “cuerpo” de la ciudad. Sin embargo, el importe de la cuantía mínima se redujo a 20.000 mrs. en las comarcas del Aljarafe y de la Sierra y a 15.000 en la Campiña, ampliando de esta forma el número de los que estaban obligados al mentenimiento de caballos y armas (68). En 1452 la Corona aplicó una política semejante en Murcia al elevar la cuantía mínima de 20 a 30.000 mrs., pero, para evitar el descenso del número de caballeros, obligó a todos los que tuviesen cuantía de 20.000 mrs. a adquirir bienes hasta alcanzar la nueva cuantía mínima de 30.000 mrs. (69).

Este aumento de los contingentes de caballería a través del fácil recurso de las disposiciones “arbitrarias” alcanzaría su máxima expresión en el reino de Jaén durante los últimos años del reinado de Enrique IV, so pretexto, unas veces, de la necesidad de defender la frontera contra los moros o de las luchas civiles. Por la Crónica del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo sabemos que éste desde su llegada a Jaén en 1464 se propuso revitalizar la caballería de alarde que estaba, según el cronista, muy disminuída. Bien porque así fuese o porque así convenía a los intereses del condestable, lo cierto es que redujo la cuantía base de 30.000 mrs. a 12.000 mrs. (70), y de esta forma pudo contar en poco tiempo con una caballería que oscilaba entre los 1.000 y 1.200 rocines (71), y unos 1.500 ballesteros de nómina (72). Por las mismas fechas don Beltrán de la Cueva aumentaba el número de los caballeros de alarde de Ubeda reduciendo la cuantía base a 20.000 mrs. (73). En plena guerra civil, el maestre de Calatrava don Pedro Girón era capaz de movilizar 600 caballeros en Arjona y unos 1.000 en Baeza (74).

\* \* \*

El estudio de los padrones vecinales y, especialmente, los realizados con fines militares pueden darnos una idea de la capacidad militar de las ciudades andaluzas en el siglo XV. Desgraciadamente tales documentos son más bien escasos y sólo se han conservado series para Sevilla y su tierra. De Baeza ha llegado a nosotros un padrón de 1407 que

tiene todos los visos de haberse realizado para efectuar un repartimiento de soldados. De sus datos resulta que para una población de 1.774 vecinos había 254 caballeros de cuantía, 256 ballesteros y 960 lanceros. Y un dato más, que refuerza la idea de la absoluta obligatoriedad en las ciudades fronterizas de prestar servicios militares: en el padrón de 1407 sólo se eximen de participar o contribuir a la milicia concejil los ancianos enfermos (193 en total), ya que parece que los clérigos aparecen también encuadrados en las categorías de caballeros o peones (75). En la misma fecha, los pueblos de la "tierra" baezana —Linares, Vilchez, Baños, Begíjar, Rus, Ibros y Lupión— aportaban en conjunto a la milicia concejil 36 caballeros, 122 ballesteros y 341 lanceros.

De Sevilla se conserva un alarde efectuado en marzo de 1405 por el que se deduce que Sevilla y su tierra estaban en condiciones de aportar en una movilización general casi 1.300 caballeros de cuantía (964 la ciudad y 401 la "tierra"), más de 1.500 ballesteros (1.276 la ciudad y 301 la "tierra") y unos 4.000 lanceros (3.720 la ciudad y 1.396 la "tierra"): en total, cerca de 6.000 movilizables (exactamente, 5.960) (76). Se trata, como en el caso de Baeza, de cifras máximas de combatientes y aún es posible suponer que al alarde de 1405 faltasen, sobre todo en los pueblos de la tierra, muchos de los que estaban obligados a prestar servicios militares (77).

\* \* \*

Conocemos bastante bien la mecánica de las movilizaciones de las milicias concejiles sevillanas y su participación en las campañas contra Granada a lo largo del siglo XV. Al estudio clásico de N. Tenorio, que se refiere a los primeros años del siglo, habría que añadir los de R. Sánchez Saus (78) y de Isabel Montes (79). El proceso, en sus líneas generales, era siempre el mismo: 1º) Convocatoria real de la hueste mediante una "carta de apercebimiento" en la que se indicaba el número de soldados y la cuantía de la contribución económica o en víveres de la ciudad o villa. 2º) El cabildo ordenaba efectuar un "repartimiento" o distribución de lo solicitado por el monarca. En el caso de Sevilla, la ciudad aportaba normalmente un tercio del total (hombres, dinero, víveres, bestias de carga, etc.) y el resto se repartía por los pueblos de la "tierra". A estos efectos, los jurados elaboraban en sus respectivas collaciones los padrones correspondientes, indicando lo que correspondía a cada collación en hombres, dinero o víveres. Lo mismo se hacía en los pueblos de la tierra. Aunque la obligación de prestar servicios militares correspondía a cada uno de los vecinos, no todos cumplían personalmente con esta obligación, a menos que se tratase —cosa más que improbable— de un llamamiento general. Una vez acordado el número de combatientes y la cantidad de la contribución en dinero o víveres que correspondían a la collación o localidad X, se determinaba por un sistema mixto de voluntariado y/o sorteo quiénes debían acudir al llamamiento y se repartía entre los demás los que les había cabido en víveres o dinero. Cabía siempre la posibilidad de ser sustituidos por otras personas que se comprometían a efectuar personalmente por ellos el servicio. Y hasta se daban casos de subarriendos de tales servicios sustitutorios, como han demostrado para Sevilla A. Collantes (80), J. del Pino y R. Córdoba (81), para Córdoba, y C. Torres, para Jaén (82).

\* \* \*

La participación sevillana en la guerra final de Granada fue estudiada con todo detalle por J. de M. Carriazo (83). A la de las milicias concejiles de Carmona en la misma guerra dediqué un breve artículo (84) y Paulina Rufo acaba de hacer lo propio en Ecija (85). Sabemos algo referente a Jerez de la Frontera gracias a los trabajos de Juan Abellán (86) y A. González (87). Estos estudios permiten documentar la importancia de la aportación andaluza a las campañas granadinas. En efecto, cuando se disponen de datos globales de combatientes, como sucede para ciertos años de la guerra de Granada, se llega a la conclusión de que las "huestes reales" estaban formadas en una muy elevada proporción por las milicias concejiles andaluzas. Así, por citar dos ejemplos, en la expedición real de 1483, de un total de 8.518 jinetes, eran andaluces 5.526, es decir, el 65 por ciento; y de 15.750 peones, todos, excepto mil, eran andaluces. Lo mismo se observa en la campaña de Alora de 1484, en la que el 69 por ciento de la caballería y el 97.5 de los infantes eran andaluces. Desde 1485, al incrementarse notablemente el número de los combatientes, se reduce el peso relativo de la participación andaluza. Pero, aún así, nunca dejó de ser abrumadora. Así, en la campaña de Málaga (1487) los nobles y los municipios andaluces participaron con el 43 por ciento de los contingentes de caballería y con el 39 por ciento de la infantería (88). Algunas cifras nos permitirán entender mejor la índole de la participación andaluza en la guerra contra Granada.

Aportación de algunos concejos andaluces a diversas campañas de la guerra de Granada.

—Campaña de 1483 (89):

Ciudades	Caballeros	Peones
JAÉN <sup>1</sup>	350	—
ÚBEDA	150	00
BAEZA	150	700
ÉCIJA	100	1.000
JEREZ	150	400
SEVILLA	550	5.000
CÓRDOBA	550	5.000
CARMONA	50	400

—Campaña de Alora (1484)<sup>2</sup>:

JAÉN	300	1.000
BAEZA	150	1.000
ÚBEDA	150	600
ANDÚJAR	80	350
CÓRDOBA	483	3.265
PEDROCHE	50	200
FUENTEOVEJUNA	31	271

—Campaña de Setenil (1484)<sup>3</sup>:

JAÉN	—	600
BAEZA	—	600
ÚBEDA	—	400
ANDÚJAR	—	400
CÓRDOBA	290	2.720
SEVILLA	290	2.875
ÉCIJA	100	800
CARMONA	50	200
LORA, TOCINA Y ALCOLEA	—	450
JEREZ	300	1.000

—Campañas de 1485<sup>4</sup>:

JAÉN	100/350	900/2.000
BAEZA	80/220	700/1.140
ÚBEDA	70/180	500/800
ANDÚJAR	50/88	300/416
ÉCIJA	100/147	1.000/984
CARMONA	50/86	300/351
JEREZ	200/187	1.000/790
SEVILLA	/496	/5.147
CÓRDOBA	/642	/4.194

—Campaña de Málaga<sup>5</sup>:

JAÉN	175	551
BAEZA	188	1.089
ÚBEDA	227	794
ANDÚJAR	5	450
CÓRDOBA	492	2.884
SEVILLA	880	3.273
ÉCIJA	144	557
CARMONA	65	280
LORA, TOCINA Y ALCOLEA	—	189
JEREZ	200	758

Campaña de 1489<sup>6</sup>:

JAÉN	250	1.000
BAEZA	300	1.000
ANDÚJAR	50	200
CÓRDOBA	600	4.000
SEVILLA	500	5.000
ÉCIJA	150	700
CARMONA	70	300
JEREZ	200	800

\* \* \*

<sup>1</sup> Con Andújar.

<sup>4</sup> Id., *ibid.*, 254-255.

<sup>2</sup> Id., *ibid.*, 240.

<sup>5</sup> Id., *ibid.*, 260-261.

<sup>3</sup> Id., *ibid.*, 244.

<sup>6</sup> Id., *ibid.*, 271-273.



El problema inherente a todas las movilizaciones de las milicias urbanas era el de las desertión o incomparecencia de muchos de los movilizados, para quienes la guerra era una pesada carga que soportaban a disgusto. Esta falta de entusiasmo bélico dio en ocasiones origen a espectáculos “indecorosos”, como el que tuvo lugar en Sevilla en 1447. Sucedió que, ante una amenaza de los granadinos en la frontera, la ciudad ordenó que saliese el **pendón** con toda la gente de a pie y de a caballo. “Al día siguiente —cuenta R. Sánchez Saus—, el alguacil mayor, que rápidamente había salido con el Pendón y se encontraba en Alcalá de Guadaira, escribe al cabildo diciendo que es una vergüenza que sólo cuarenta caballeros se hayan reunido para acompañar al Pendón”. Tras exigir la salida de toda la tropa, el alguacil mayor concluía su carta al cabildo con estas palabras: “Deve considerar (vuestra merced) que la vergüenza e desonor deste fecho alcança asy a los que allá quedays como a los que acá estamos” (90). Poseemos alguna información numérica sobre estas incomparecencias. He aquí un par de ejemplos sevillanos que ilustran a la perfección el fenómeno a que nos estamos refiriendo. Para la campaña de 1438 se repartieron por la ciudad y su tierra 600 caballeros, 1.119 ballesteros y 1.094 lanceros. Pues bien, faltaron 94 caballeros (= 15 % del total), 326 ballesteros (= 29 %) y 287 lanceros (= 26 %). Es de notar que la mitad casi de los que no acudieron al llamamiento eran de la Sierra de Aroche (91). Lo ocurrido en 1457 fue casi de escándalo: de los 2.688 peones, 179 ballesteros y 480 lanceros convocados, sólo se presentaron al alarde efectuado en la Vega de Granada 1.357 peones (= 50.50 por ciento del total), 127 ballesteros (= 71 %) y 157 lanceros (= 33 %).

Durante la guerra de Granada estas situaciones se repitieron más de una vez, especialmente durante los primeros años. En 1485 los Reyes Católicos encomendaron a las milicias de Jaén participar con 350 caballeros y 2.000 peones en el aprovisionamiento de Alhama y en el cerco de Cambil y Alhabar, dos fortalezas “que habían sido la pesadilla de Jaén durante muchos años” (92). Las desertiones debieron ser tantas que los Reyes se vieron obligados a efectuar una indagación para determinar quiénes no acudieron al llamamiento. De este proceso se conservan algunas piezas, más bien exculpatorias de las responsabilidades de los caballeros y veinticuatro de la ciudad (93). Las desertiones e incomparecencias debieron ser muy numerosas en 1485, lo que explica la circular dirigida por los monarcas a Lora, Tocina, Alcolea, Cantillana y demás lugares del arzobispo de Sevilla para que se abriese una investigación sobre el asunto, encomendada a Rodrigo Alvarez de Córdoba, contino de los reyes (94). En la misma fecha —9 de noviembre de 1485— los reyes ordenaron efectuar una pesquisa en Sevilla para averiguar quiénes de entre los veinticuatro, caballeros y “otras personas desa dicha çibdad” no acudieron a la guerra o se vinieron sin autorización (95).

\* \* \*

En 1967, hace ya 25 años, escribía el prof. Ladero Quesada que “cuando la frontera se reduce al extremo sur de la península, el acento bélico de la administración concejil resalta especialmente en las ciudades andaluzas” (96). Esta ha sido la tesis que he tratado de demostrar a lo largo de las páginas precedentes. Sin duda, a fines del siglo XV la situación distaba mucho de ser la misma que en siglos anteriores. Pero aún la frontera, la guerra y las obligaciones militares se vivían en la región como algo cercano que formaba parte de la realidad cotidiana. Por ello la participación de Andalucía —y de Murcia y algunas localidades extremeñas y manchegas, como Alcaraz— en la guerra de Granada se hizo a través de las milicias concejiles tradicionales, en las que naturalmente se integraban los hidalgos en su doble condición muchos de ellos de vecinos y vasallos de acostamiento de los monarcas. En cambio en el resto del reino las ciudades participaron a través de la Santa Hermandad enviando soldados o contribuyendo con dinero a la contratación de mercenarios. Esta mayor presencia, abrumadora presencia en ocasiones, de las milicias andaluzas en la guerra se debía no sólo a su proximidad al teatro de operaciones (97). Era también consecuencia de que en Andalucía estaban las tropas concejiles más aguerridas y experimentadas en la guerra contra el moro, tanto de aquende como de allende. A ellos se refería el anónimo informante de los Reyes Católicos cuando recomendaba que para la armada que se preparaba “para hacer la guerra en Africa a los moros” se contratasen los servicios de gentes, como los andaluces, experimentadas en este tipo de guerra (98).

## N O T A S

- (1) University of California Press. Berkley/ Los Angeles, 1988.
- (2) ELENA LOURIE, "A Society organized of war: Medieval Spain", *Past and Present* 35 (1966), 54-76.
- (3) *Organización y gobierno en Burgos durante el reinado de Enrique IV de Castilla. 1453-1476* (Madrid, 1986).
- (4) MARÍA ASENJO GONZÁLEZ, *Segovia. La ciudad y su tierra a fines del medievo* (Segovia, 1986), 518-524.
- (5) M. F. LADERO QUESADA, *La ciudad de Zamora en la época de los Reyes Católicos. Economía y gobierno* (Zamora, 1991), 176-180.
- (6) "Sevilla, fortaleza y mercado", *AHDE* II (1925). Reed. en forma de libro por el Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla (Sevilla, 1972) y por la Diputación Provincial (Sevilla, 1982). Cito en adelante por la edición de 1972.
- (7) Ob. cit., 34.
- (8) NICOLÁS TENORIO, "Las milicias de Sevilla", *RABM* 17 (1907), 222-263.
- (9) Cfr. CARMELA PESCADOR, "La caballería popular", *CHE* 37-308 (1963), 141-142. ver también J.F. POWERS, *The origins and development*, 93-94.
- (10) Cfr. J.F. POWERS, ob. cit., 96.
- (11) E. SAEZ, ed., *Colección Diplomática de Sepúlveda* (Segovia, 1956).
- (12) J. GONZÁLEZ, *Fernando III. Reinado y Diplomas*, II (Córdoba, 1983), 202.
- (13) *Primera Crónica General*. Ed. de R. MENÉNDEZ PIDAL (Madrid, 1955), 731.
- (14) *Ibid.*, 733.
- (15) Cfr. A. BARRIOS GARCÍA, *Estructuras agrarias y de poder en Castilla. El ejemplo de Ávila. 1085-1320*, 2 (Salamanca, 1984), 138-139.
- (16) Cfr. J. F. POWERS, *A Society Organized for War*, 250.
- (17) "Et dalli enuio a su hermano don Alfonso que fuesse adelante derechamente contra la uilla de Granada a les fazer quanto mal podiese, et embio y con el estos concejos: el de vbeda et el de Baeça et el de Quesada, et Sancho Martínez de Xodar et otra conpanna buena de cauallo et de pie..." PCG, 743.
- (18) M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, "Los municipios andaluces en la Baja Edad Media", *Archivo Hispalense*, 210 (1986), 65-67.
- (19) MARIANO PESET y JUAN GUTIÉRREZ CUADRADO, *Fuero de Úbeda* (Valencia, 1979), 257, IV (A).
- (20) *Diplomatario Andalúz de Alfonso X*. Ed. M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ (Sevilla, 1991), n. 343.
- (21) MILAGROS RIVERA GARRETAS, *La encomienda, el priorato y la villa de Uclés en la Edad Media. 1174-1310* (Barcelona, 1985), 235. El Fuero de Ocaña (1210) no establece excepción en la obligación de participar en la "hueste" o "exercitum", si bien se reduce a ir con el rey "quanto hostem fecerit contra sarracenos".
- (22) Fuero de Dos Barrios. M. RIVERA, ob cit., 254 (2).
- (23) En Uclés los caballeros se reservaban cada año 300 mrs. de la pecha anual de los vecinos. M. RIVERA, ob. cit., 417 (2). En Sepúlveda los caballeros "que toviere[n] roçines de quantía de XX moravedís" se repartían el producto del montazgo. *El Fuero de Sepúlveda*. Ed. de E. SAEZ, út. 6, p. 63.
- (24) J. PÉREZ PRENDES, "El origen de los caballeros de cuantía y los cuantiosos de Jaén en el siglo XV", *Revista Española de Derecho Militar* 9 (1960), 136.
- (25) "Vecino de Molina que oviere dos iovos con su heredad et C oveias, tenga cavallo de siella, et si no oviere ganado et oviere heredad que vla mil mencales, tenga cavallo de siella". *El Fuero de Molina de Aragón*. Ed. Miguel SANCHO IZQUIERDO (Madrid, 1916), 77.
- (26) Ob. cit., 143.
- (27) FUERO TOLEDO, 11. JOAQUÍN MELLADO, *Los textos del fuero de Córdoba y la regulación de los oficios municipales* (Córdoba, 1990), 52 (15). La versión latina del fuero de Córdoba amplía la disposición toledana: "Et si quis de peditibus equitare potueit uel uoluerit in aliquibus temporibus, equitet et intret in more militum". Id., *ibid.*, 52 (14). Que en la versión romance dada a Ecija por Alfonso X dice así: *E sy alguno de los peones pudiere e quisiere aver caualllo en algún tienpo, tenga causllo e entre en ka cuenta e en las franquezas de los caualleros*. *Diplomatario Andalúz de Alfonso X*, n. 312 (14). El F. CARMONA ofrece una traducción más literal. J. HERNÁNDEZ DÍAZ, F. COLLANTES DE TERAN y A. SANCHO CORBACHO, *Colección Diplomática de Carmona* (Sevilla, 1941), 4.
- (28) José Damián GONZÁLEZ ARCE, "Cuadernos de ordenanzas y otros documentos sevillanos del reinado de Alfonso X", *Historia. Instituciones. Documentos* 16 (1989), 103-132.
- (29) Ids., *ibid.*, 111-112.

(30) En 20 de junio de 1275 se acordó, para pagar las tenencias de los castillos de Alcalá de Guadaira, Alaquaz, Lebrija y los otros castillos, que el dinero que montase fuese prestado al concejo por aquellos vecinos "que auian grand algo e que non querian tener caualllos nin armas, nin querian salir a bueste, nin a cualgada, nin a apellido, nin a ningún fecho de la guerra, ni eran pora ello". J. D. GONZÁLEZ ARCE, ob. cit., 123 (14).

(31) J. D. GONZÁLEZ ARCE, "Ordenanzas y fuero concedidos a la ciudad de Córdoba por Fernando III", *Cuadernos de Estudios Medievales* 17 (en prensa).

(32) En el Fuero de Úbeda, *Título LIII: De las buestes & de las caualgadas*. Ed. cit., 363-371. Ver en *Memorial Histórico Español*, 2 (Madrid, 1851), 437-506, una versión amplia del *Fuero sobre el fecho de las cabalgadas*, derivado del Fuero de Cuenca y atribuido falsamente nada menos que a Carlomagno.

(33) Ob. cit., 203-209.

(34) En abril de 1272 Alfonso X eximía de determinados tributos a todos los vecinos de Murcia que "touiieren cauillos et armas a costumbre de Extremadura". J. TORRES FONTES, *Colección de documentos para la Historia del reino de Murcia* (Murcia, 1963), n. 70. No se olvide que Murcia estaba poblada a fuero de Sevilla.

(35) M. PESET, ob. cit., 204.

(36) J. D. GONZÁLEZ ARCE, ob. cit., 112 (XVI). Un extracto del acta capitular de 13 de abril de 1273, contiene una disposición del concejo de Sevilla ordenando que las multas impuestas a los caballeros que por no acudir a **apellido** fuesen para "erechar los caualllos a aquellos que los perdieron segundo apellido a algara, de ferida o de otra cosa qualquiere". Y en la sesión del 13 de mayo del mismo año se dispuso que "a estos caualleros que aquí son escriptos, que perdieron sus caualllos en seruiçio del conçeio, que gelos cobrasse daquellos que auian a pechar la calonna porque son fueron en el apellido". J. D. GONZÁLEZ ARCE, ob. cit., 120 (4) y (5). El Fuero de Córdoba también regula la "erecha". Ed. cit., p. 32 (11).

(37) Sobre los textos de repartimiento ver mi libro *En torno a los orígenes de Andalucía. La repoblación del siglo XIII* (Sevilla, 1988; 2.ª ed.) 9-15.

(38) Cfr. M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ y A. GONZÁLEZ GÓMEZ, *El libro del repartimiento de Jérez de la frontera. Estudio y edición* (Cádiz, 1980).

(39) Cfr. M. A. LADERO QUESADA y M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, "La población en la frontera de Gibraltar y el repartimiento de Vejar (siglos XII y XIV)", *HID*, 4 (1977), 275-76.

(40) Privilegio a los 200 caballeros hidalgos de Sevilla. *Diplotario Andaluz de Alfonso X*, n.º 65.

(41) F. BAEZA. Ed. de J. ROUDIL (La Haya, 1962), 674 (d).

(42) J. D. GONZÁLEZ ARCE, ob. cit., 112.

(43) F. BAEZA, ed. cit., 674 (a) y (b). Sobre el armamento del siglo XIII ver Martí de RIQUER, *L'arnés del cavaller. Armes i armadures catalanes* (Barcelona, 1968), 27-48.

(45) J. D. GONZÁLEZ ARCE, ob. cit., (XIV).

(45) J. D. GONZÁLEZ ARCE, ob. cit., 120 (4).

(46) *Diplomatario Andaluz de Alfonso X*, n. 463. La carta-puebla de Guillena (abril de 1281) obliga también a los pobladores a "guardar e velar el castiello en todo tiempo que menester sea". Ibid., n. 480.

(47) Cfr. M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, "La caballería popular en Andalucía (siglos XIII al XV)", *Anuario de Estudios Medievales* 15 (1985), 315-329. Sobre este tema ver mi art. "Los municipios andaluces en la Baja Edad Media", ya citado. Sobre todo lo referente a la política militar de Alfonso XI ver M. GARCÍA FERNÁNDEZ, *Andalucía: guerra y frontera* (Sevilla, 1990). También, del mismo autor, *El reino de Sevilla en tiempos de Alfonso XI. 1312-1350* (Sevilla, 1989).

(48) Edita el texto J. GUICHOT Y PARODY, *Historia del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad de Sevilla*, I (Sevilla, 1896), 210.

(49) *Cones de los antiguos reinos de León y Castilla* I (Madrid, 1961), 614 (57).

(50) "El origen de los caballeros de cuantía...", 148 y 149.

(51) Sobre esta obligatoriedad, ver el privilegio concedido a Madrid por Alfonso X en 1264 en el que caballeros villanos y peones, obligados todos ellos a combatir de una forma u otra en razón de sus cuantías, aparecen agrupados bajo la categoría general de *pecheros*. Todos ellos estaban obligados a tener en propiedad las armas correspondientes —lanza y espada, los caballeros; lanza o ballesta y espada o "cuchillo serranil" los peones— y a acudir dos veces al año a los *alardes*. Timoteo DOMINGO PALACIO, *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid*, I (Madrid, 1888), 59-65.

(52) Ver un análisis de los privilegios y obligaciones impuestas a los caballeros en los *ordenamientos* de 1256 en J. F. POWERS, ob. cit., 72-74. De los varios textos conservados se deduce: 1) los caballeros residir permanentemente en la ciudad durante un cierto período del año (de Navidad hasta la Cuaresma; 2) el caballo debía valer por lo menos 30 mrs.; 3) el equipo militar adecuado incluía escudo, lanza, "capiello" o yelmo de

hierro, espada, loriga con perpeunte y brafoneras, 4) los privilegios concedidos a los caballeros incluían la capacidad de transmitir la condición de caballero a su viuda e hijos, la exención de *marzazga* los años que fuesen convocados a la hueste. A estos privilegios se añadirían en 1264 otros mucho más amplios y generosos. Ver nota 51.

(53)

(54) Cfr. M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, "Repartimiento de Carmona. Estudio y edición", *HID* 8 (1981), 72.

(55) J. TORRES FONTES, "Dos ordenamientos de Enrique II para los caballeros de cuantía de Andalucía y Murcia", *AHDE* 34 (1964), 464.

(56) A. L. MOLINA MOLINA, *Documentos de Pedro I* (Murcia, 1978), n. 117.

(57) AM de Ecija, carp. II, n. 79.

(58) Sobre esta cuestión ver mi estudio "Ciudades y concejos andaluces en la Edad Media. Gobierno urbano", en *Concejos y ciudades en la Edad Media Hispánica*. Actas del II Congreso de Estudios Medievales (León, 1990), 248-251.

(59) Ver la disposición en Lope PASCUAL, *Documentos de Enrique II* (Murcia, 1983), n. CLXIV. El armamento defensivo del caballero consistía en lorigón u "hojas", bacinete y adarga.

(60) Id., *Ibid.*, n. CCVIII. Sobre la obligatoriedad de los alardes varias veces al año, ver un documento de Baeza, de 1349, por el que Alfonso XI recuerda la obligación de realizar alardes dos veces al año: uno en la Pascua de Resurrección y otro por el día de San Miguel. J. RODRÍGUEZ MOLINA, *Colección Diplomática de Baeza I* (Jaén, 1983), 173.

(61) NICOLÁS TENORIO, *Visitas que D. Enrique III hizo a Sevilla D. Enrique III en los años de 1396 y 1402 y reformas que implantó en el gobierno de la ciudad* (Sevilla, 1924), 46-47.

(62) N. TENORIO, *ob. cit.*, 67.

(63) *Cortes de León y Castilla*, II (Madrid, 1863), 532-537.

(64) *Ibid.*, 536.

(65) A. COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, "Evolución demográfica de la Andalucía Bética (siglos XIV-XV)", *Actas I Coloquio de Historia de Andalucía. Andalucía medieval* (Córdoba, 1982), 21-33.

(66) Cfr. M. A. LADERO QUESADA y, GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Diezmo eclesiástico y producción de cereales en el Reino de Sevilla. 1408-1503* (Sevilla, 1979).

(67) J. TORRES FONTES, "La caballería de alarde murciana en el siglo XV", *AHDE* 38 (1968), 43. Publica el texto de la carta de Enrique III en pp. 75-76.

(68) NICOLÁS TENORIO, "Las milicias de Sevilla", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 17 (1907), 24-25.

(69) JUAN ABELLÁN, *Documentos de Juan II* (Murcia-Cádiz, 1984), n. 306.

(70) *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo*. Ed. J. de M. CARRIAZO Y ARROQUÍA (Madrid, 1940), 113.

(71) *Ibid.* 68, 114, 115 y 206.

(72) *Ob. cit.*, 141.

(73) J. TORRES FONTES, *Itinerario de Enrique IV* (Madrid, 1953), 153.

(74) S. DE MORALES TALERO, *Anales de la Villa de Arjona* (Madrid, 1955), 95.

(75) J. RODRÍGUEZ MOLINA, *El reino de Jaén en la Baja Edad Media. Aspectos demográficos y económicos* (Granada, 1978), 164-65.

(76) N. TENORIO, "Las milicias de Sevilla", 38-40.

(77) A. COLLANTES DE TERÁN, "Los padrones militares de la Andalucía bajo-medieval como fuentes demográficas", *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval I* (Córdoba, 1978), 287-294, ha estudiado este tipo de documentos desde el punto de vista demográfico. Concluye que, con la excepción de los padrones de principios de siglo, los restantes incluyen entre el 50 y el 75 por ciento de la población de movilizables.

(78) RAFAEL SÁNCHEZ SAUS, "Sevilla y la guerra de Granada (1446-1452). Participación política y militar", *Gades* 9 (1982), 285-310. del mismo autor, "Las milicias concejiles y su actuación exterior: Sevilla y la guerra de Granada (1430-1439)", *La ciudad hispánica durante los siglos XIII al XVI*, III (Madrid, 1987), 393-415.

(79) ISABEL MONTES ROMERO-CAMACHO, "Un gran concejo andaluz ante la guerra de Granada: Sevilla en tiempos de Enrique IV (1454-1474)", *En la España medieval*, IV-2 (595-651).

(80) A. COLLANTES DE TERÁN, "Aspectos económicos de la guerra. Los contratos de servicio militar", *Actas del IV Coloquio de Historia Medieval* (Almería, 1988), 173-183. La sustitución de los servicios de armas era algo normal en la Sevilla del siglo XV, hasta el punto de que en el servicio de 1456, el 75% de los convocados en Alcalá de Guadaira fueron sustituidos por otros. Este fenómeno se incrementó durante la

guerra de Granada, hasta el punto de que en una relación de movilizados en Sevilla en 1486, más del 86% de los que figuran en ella estaba en nombre de otros. Era frecuente que los servicios contratados se subcontrataran a un tercero que, naturalmente, percibía bastante menos por su trabajo que el primer contratado: 93 mrs. el primer contratado; 55 mrs. el subcontratado.

(81) J. L. DEL PINO GARCÍA y R. CÓRDOBA DE LA LLAVE, "Los servicios sustitutivos en la guerra de Granada: El caso de Córdoba (1460-1492)", *Actas del IV Coloquio de Historia Medieval Andaluza*, 185-210. Según los autores en Córdoba —y lo mismo debía suceder en otras ciudades— se participaba en los reclutamientos de tres formas: acudiendo personalmente; participando, con otros, en el coste de un caballero o de un peón, y yendo en lugar de otro en virtud de un contrato de sustitución de servicios. En el caso de los caballeros, el sustituto recibía a veces el caballo y las armas correspondientes, aunque también podía alquilarlas.

(82) C. TORRES DELGADO analizó la contribución de la collación jiennense de Santiago en la campaña de 1491, a través de un padrón conservado en el Archivo de la Chancillería de Granada, "El reino nazarí de Granada. Contribución de Jaén a la guerra de Granada, año 1491", *Cuadernos de Estudios Medievales*, 10-11 (Granada, 1983), 239-281. De los datos que figuran en el citado documento se deduce que 6 de los 8 caballeros de la collación fueron sustituidos; y, de los 61 peones repartidos —agrupados en las categorías de carpinteros, espingarderos, ballesteros y lanceros—, 39 (=64%) sirvieron a través de sustitutos.

(83) JUAN DE MATA CARRIAZO Y ARROQUIA, "La guerra de Granada", en *Historia de España*. Dir. R. MENÉNDEZ PIDAL, XVII-I (Madrid, 1969).

(84) M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, "Aportación de Carmona a la guerra de Granada", *HID* 1 (1974), 87-110.

(85) PAULINA RUFO YSERN, "Acija y la guerra de Granada". *III Jornadas Hispano-Portuguesas de Historia Medieval* (en prensa).

(86) JUAN ABELLÁN PÉREZ, *Relaciones castellano-nazaríes. Jerez en los inicios del reinado de Enrique IV (1454-1457)* (Cádiz, 1985).

(87) ANTONIO GONZÁLEZ GÓMEZ, *Jerez de la Frontera en el siglo XV* (Tesis Doctoral. Inédita).

(88) Cfr. M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, "La guerra en su vertiente andaluza: Participación de las ciudades, villas y señoríos andaluces", en *Seis lecciones sobre la Guerra de Granada* (Granada, 1983), 25-26.

(89) Cfr. M. A. LADERO QUESADA, *Castilla y la conquista del reino de Granada* (Granada, 1987), 235-36.

(90) R. SÁNCHEZ SAUS, "Sevilla y la guerra de Granada (1446-1452)", 290.

(91) R. SÁNCHEZ SAUS, ob. cit. 412.

(92) M. A. LADERO QUESADA, *Castilla y la conquista de Granada*, 40.

(93) Las transcribe JOAQUÍN DURÁN Y LERCHUNDI, *La toma de Granada y caballeros que concurrieron á ella*, II (Madrid, 1893), 737-742.

(94) Publiqué este texto en mi art. "Aportación de Carmona a la guerra de Granada", *HID* 1 (1974), 98-100.

(95) Edt. J. de M. CARRIAZO, E. "Tumbo de los Reyes Católicos" del concejo de Sevilla, IV: 1485-1489 (Sevilla, 1968), 71-74. El texto del documento es, con las salvedades lógicas, idéntico al conservado en el AM de Carmona.

(96) M. A. LADERO QUESADA, ob. cit., 132.

(97) M. A. LADERO ob. cit., 134.

(98) MARCOS XIMÉNEZ DE LA ESPADA, *La guerra del moro a fines del siglo XV*, con notas de Hipólito SANCHO (Ceuta, 1940), 10.



# LAS MILICIAS DEL CONCEJO DE SEVILLA EN EL CONTEXTO DEL EJÉRCITO MEDIEVAL

Joaquín Agudelo Herrero y  
María Dolores Jiménez Aguilar  
Licenciados en Geografía e Historia.  
Universidad de Sevilla

Durante la Baja Edad Media algunos estudiosos del Derecho militar, entre los que se encuentra Martínez de la Vega, distinguen “en la prestación del servicio de armas por parte de los habitantes de nuestros antiguos municipios dos formas: *la hueste* o *cavalgada*, y el *apellido*” (1) que ponen de manifiesto el carácter feudal del ejército medieval.

La *hueste* era un ejército expedicionario integrado por elementos muy heterogéneos; y a cuyo llamamiento acudían “los Prelados y Ricoshomes con sus mesnadas de vasallos, las Órdenes militares con los caballeros, varios Príncipes y magnates extranjeros —en algunas ocasiones— y las Milicias de las ciudades” (2). La obligación de formar parte de la misma empezó alcanzando prácticamente a toda la población y “fue limitándose a medida que tomaron desarrollo las artes mecánicas e industriales” (3). Los ejércitos, que la constitúan, eran denominados generalmente “*mesnadas* o *fonsaderas*, y las diferentes jerarquías militares eran designadas con los nombres de *cabdillo*, *adalid*, *alférez*, *cabo* y otros” (4).

En cuanto al *apellido* “o *rebato* era el llamamiento para constituir una milicia defensiva y proteger el territorio de invasores enemigos” (5); es decir, sería propiamente “el alzamiento en armas” (6). Por ello, el “acudir cuando se *movía* *apellido* continuó siendo más general, cosa perfectamente explicable por el carácter eminentemente defensivo de la prestación del servicio de armas en este segundo caso” (7); siendo una derivación de esta modalidad, en el presente siglo, el *somatén* catalán.

Las *Órdenes militares*, también denominadas de Caballería, estaban integradas por un conjunto de soldados-frailes y “eran el producto de una exposición del sentimiento caballeresco cristiano, exaltado por la vecindad musulímica y por el deseo de buscar aventuras en las que pudiera conquistarse gloria” (8). El leit-motiv de su creación “no sería otro que el de la defensa de la Cristiandad de todo elemento extraño, de religiones y pueblos extranjeros” (9); y pronto se perfilaron como los únicos ejércitos permanentes “al no existir en aquella época una organización de tropas dedicadas constantemente a la guerra” (10) alcanzando un enorme poder por tal motivo.

Las *Milicias concejiles* surgieron, estimuladas y amparadas por la monarquía, para oponerse al poder nobiliario que mermaba el poder real. La obligación de cada concejo dependía de lo que determinase su propio fuero; pero todos tenían que velar por la asignación a cada vecino de sus deberes militares por medio de patrones que confeccionaban los jurados y en los cuales quedaban fuera “las fuerzas militares de grandes nobles, prelados, Órdenes Militares y vasallos del

rey (11). Para conocer la composición de dichas fuerzas militares de los concejos debemos de estudiar los fueros de Jaca (1062), Sepúlveda (1074), Nájera (1076), Molina (1153), Uclés (1179), Larraga (1180), San Sebastián (1180), Castroverde (1197), Madrid (1201), Cáceres (1229) y Córdoba (1241).

Comenta Nicolás Tenorio que “cada villa y cada ciudad libre tenía un cuerpo de ejército compuesto de *caballeros* y *peones*, conocido con el nombre de *mesnada del Concejo*” (12). El *Cónsul* o *mesnadero* era el jefe de la tropa y estaba auxiliado por los *decenarios* o capitanes de grupo; el *alférez* portaba el *Pendón* del concejo, y a sus órdenes se encontraba el *anubdator* que publicaba los bandos para llamar a las armas. En caso de guerra, las candelas y ahumadas, hechas por los *atalayeros*, servían de aviso de que el enemigo se acercaba tocándose a continuación, la *campana de la vela a rebato* y convocando, el *anubdator* al arma con su *añafil*.

La milicia del concejo, según Pedro Barbadillo Delgado, estaba formada “por los vecinos armados y clasificados por cuantías, según su caudal, en caballeros, ballesteros y lanceros, con la obligación de acudir, en el momento que las necesidades lo requiriesen, a la defensa de la villa, así como a los alardes que se celebrasen” (13); estando obligados, los caballeros, a llevar armamento completo y caballo, los ballesteros su ballesta y los lanceros pica y rodela. En cuanto a la inserción de los vecinos en los grupos de los ballesteros y lanceros quedaba “al arbitrio de los encargados de efectuar las cuantías, teniendo en cuenta las haciendas o las condiciones de los mismos” (14).

Las milicias concejiles fueron mercenarias saliendo el sueldo de sus miembros de las rentas del concejo. El caballero, cuya renta no pasase de veinte, cobraba un maravedí; el ballestero, que salía montado con ballesta de dos cuerdas y una avancuerda con sesenta saetas, media ración; y un cuarto el que acudía a pie.

En el fuero de Castroverde (1197) se ordenaba “que la villa tenga alistada la gente de guerra y provista de armas para combatir, y cuando el Merino del Rey los llame, que el Mayordomo del Concejo dé a los caballeros capas, calzas y espuelas” (15); y en el fuero de Cáceres (1229) se legislaba que aquellos “que vayan al ejército con tiendas de campañas de más de veinte cuerdas han de acompañarles dos excusados, dos jinetes y ocho peones, siendo armados con loriga y almofar o lorigón con capellina, y siéndolo con brafoneras, tres excusados, tres jinetes y seis peones, aún cuando no lleven tiendas” (16) y debiéndose elegir a los excusados de entre los aldeanos.

Por lo que respecta a Sevilla, Fernando III le otorgó el fuero de Toledo en el cual se ordenaba “que todo aquel que touiere cavallo que vala cinquenta maravedis que sea excusado de las cosas que excusado en Toledo” (17). Los *caballeros* toledanos tenían la obligación de ser vecinos de la ciudad, teniendo en ella casa abierta donde viviesen su mujer e hijos; debían mantener caballo ocho meses al año; y acudir a la *mesnada* en servicio del rey debiendo de pagar una multa de diez sueldos en caso de incumplir estas obligaciones. Además, sólo podían salir de la ciudad desde octubre hasta principios de mayo y si al marcharse le acompañaban sus mujeres debían dejar en su casa otro *caballero* que lo sustituyese, teniendo que pagar una multa de sesenta sueldos en caso de no volver en dicha fecha.

En Sevilla, los *caballeros* gozaron de grandes privilegios tales como la franqueza del portazgo de caballos y mulas, el que sus hijos heredasen las armas y el caballo así como disfrutasen los honores del difunto mientras no tuviesen edad, y las viudas hasta que contrajesen matrimonio.

En la conquista de Sevilla participaron doscientos caballeros de noble sangre; un número, difícil de precisar, de *francos* que se establecieron en la calle que aún conserva su nombre y donde se dedicaron a vender sus mercancías; y hombres libres que contaban con un capital suficiente para mantener caballo y armas y que voluntariamente se hacían *caballeros* pasando a formar parte de la fuerza auxiliadora del poder real y contraria, por tanto, a la nobleza.

En cuanto a los ballesteros y lanceros constituían el complemento de la caballería y eran armados, en caso de necesidad, por la ciudad. Los *Jurados* de las ciudades servían al rey “en fazer los padrones de los que an de yr en hueste e de los que an de fincar en guarda de la villa e eso mesmo en guarda e acorrimiento de los castillos e de enviar dos omes de a pie e cavallo quando acaescier” (18). Por tal motivo, los *Jurados* de cada collación eran los encargados de formar los padrones de todos los hombres útiles, desde los veinticinco a los sesenta años para ser llamados cuando fuese menester.

Por lo que respecta a la organización de la milicia concejil sabemos que, en el caso sevillano, eran mandadas por el *alguacil mayor*, portador de la enseña o pendón del Concejo, quien contaba con la colaboración de los *veinticuatro* o capitanes entre los cuales se repartían los *caballeros* y *peones*. Tanto al *alguacil mayor* como los *veinticuatro* eran nombrados por el rey y recibían su sueldo de las rentas concejiles.



La tierra del Concejo sevillano se encontraba defendida por castillos edificadas en círculos concéntricos. En caso de peligro, los *escuchas* y *atalayas* se situaban en los lugares de costumbre; mientras que los *almogávares* (19) y *almocadenes* recorrían la zona fronteriza para detectar la hipotética invasión enemiga. Si éstas tenían lugar, se ponía en conocimiento de los *atalayeros* quienes lo comunicaban a la ciudad por medio de ahumadas, de día, y mediante candelas, si era de noche. Una vez recibido el mensaje en la ciudad, se anunciaba el *apellido* reuniéndose la tropa en el lugar acostumbrado y dividiéndose la misma en dos grupos, quedando uno en el interior de la ciudad y saliendo el otro al campo para combatir.

Durante el reinado de Alfonso XI asistimos a la celebración de las Cortes de Burgos, en 1337; y de Alcalá de Henares, en 1348. En ambas Cortes se elaboraron varias leyes relativas a los *vasallos reales* y a los *caballeros de cuantías* de las ciudades fronterizas que modificaron la organización del ejército castellano.

Así, en relación con los *vasallos reales*, se ordenó que “han de servir al Rey en la guerra por la soldada que les paga en tierras o en dineros, y que de la cantidad total a que asciende el libramiento, la tercera parte fuera para la soldada personal del caballero que la recibía, por la cual se le obligaba a llevar caballo y el cuerpo armado con quixotes y canilleras” (20); y en cuanto a las dos terceras partes restantes, “por cada mil doscientos maravedís... tenían obligación de llevar en su compañía un hombre a caballo, y con ellos sendos hombres a pie, mitad ballesteros y mitad lanceros” (21).

También se procuró unificar todas las fuerzas. Así, el caballo debía valer ochocientos maravedís; los caballeros debían acudir “guisados de gambaxes e de lorigas e de capellinas e de gorgueras e de fojas e de capellina e de gorguera e de lorigon e de gorgeras e de capellinas” (22); y los señores de pendón, por cada diez caballeros, debían tener un hombre armado a caballo con quixotes y canilleras por quien contaban mil doscientos maravedís.

En cuanto a los *caballeros de cuantía* constituyen el elemento nuevo del ejército siendo creados por Alfonso XI para la defensa de las fronteras al tener el monarca “la necesidad de que en las fronteras de Castilla hubiese siempre una Milicia armada para acudir donde el Rey la necesitase, juntamente con los vasallos” (23). Las Cortes ordenaron que “todos los terratenientes en las fronteras moras... mantuviesen caballos con arreglo a los maravedís valor de su hacienda y la comarca donde estuviesen enclavados los bienes, señalándose la cuantía y el número de caballos” (24) para cada comarca; y estableciéndose además el plazo legal de dos meses para la entrada en vigor de esta ley. Así, en el Arzobispado de Sevilla se debía contar con tres caballos por cincuenta mil maravedís, dos por diez mil y uno por cinco mil. También los cuantiosos gozaron de las franquezas y libertades consignadas en sus fueros, además de tener el privilegio de no poder ser preso por deudas ni ser vendidos sus caballos y armas por causa de ellas.

El ejército durante el reinado de Alfonso XI, se encontraba en un período de transición hacia la constitución de tropas permanentes cuyo proceso evolutivo se paralizó por las numerosas concesiones que hicieron los monarcas posteriores a la nobleza. Así, se observa, en las Ordenanzas de la época, como se encuentran unidos los factores antiguos a los modernos. De esta manera, por ejemplo, perduraba la organización feudal del vasallaje, pero ahora la permanencia en el servicio militar sería a voluntad del monarca y no por tiempo determinado, durante el año, como ocurría antes.

En cuanto a las Milicias sevillanas, durante el reinado de Alfonso XI estaban integradas por los *vasallos reales*, que eran los descendientes de los doscientos caballeros heredados en la ciudad por Alfonso X y aquellos a quienes el rey había concedido posteriormente tierras y franquezas, siendo, ahora, sus haciendas valoradas y siendo obligados a servir en la guerra en las nuevas condiciones ordenadas por las Cortes; los *caballeros de cuantías*, que fueron creados en Sevilla poco después de celebrarse las Cortes de Burgos; los *ballesteros*; y los *lanceros*.

A comienzos del siglo XV los *caballeros cuantiosos* constituían la base principal de la Milicia concejil sevillana encontrándose mejor organizados que los *vasallos reales*. La Ordenanza sevillana de 1432, titulada “Para fazer caualleros: de quantia ballesteros e lançeros”, nos permite conocer la constitución en esta época del ejército sevillano durante el reinado de Juan II. La Ordenanza se encontraba dividida en dos partes: una trataba de lo que debía hacerse dentro de la ciudad; y la otra se refería a cómo se debía actuar en las villas y lugares del Concejo.

Así, tenemos que dentro de la ciudad el Cabildo delegaba el poder de nombrar *caballeros de cuantía*, *ballesteros* y *lanceros* a los Regidores. Mediante pregones se hacía saber a los vecinos el día de la reunión que tendría lugar en el sitio de costumbre, generalmente delante de cada parroquia, asistiendo a la misma todos los vecinos, fuesen o no francos, los Oficiales delegados de la ciudad con su Escribano, y los *jurados* de la collación. El Oficial procedía a

tomar juramento a los presentes anotando el nombre del vecino junto al valor, en maravedís, de su hacienda; formando, a continuación, un padrón de todos; y clasificándolos por *caballeros*, *ballesteros* y *lanceros*, según el valor de sus propiedades “sin contar la casa de morada, las ropas de vestir, armas, mobiliario, alhajas, bastimentos o provisiones de pan, vino y otras semejantes” (25). Para la inserción de los vecinos en el grupo de los *caballeros* se atendía exclusivamente al valor de su hacienda; mientras que para su inclusión en el grupo de los *ballesteros* y *lanceros* se atendía unas veces al caudal de sus bienes y otras a las condiciones de aptitud para el servicio. Los *ballesteros* “habían de estar pertrechados de ballestas, cintos, carcaxes y biratones”; mientras que los *lanceros* debían de portar “lanzas, espadas, escudos y puñales” (26).

En cuanto a las villas y lugares del Concejo de Sevilla, las obligaciones de los vecinos eran distintas dependiendo del lugar donde residiesen. Así, se distinguían las zonas de Cazalla, Aroche, el Aljarafe y la campiña. Para confeccionar los padrones, el regidor se trasladaba al pueblo y en la casa del Concejo reunía a los vecinos y Justicias procediendo de manera análoga a cómo se realizaba en la ciudad.

Conviene ahora analizar los *alardes*. Consistían en la concentración del vecindario, en un lugar determinado, con sus útiles bélicos. Los había de dos tipos: ordinarios y extraordinarios.

Los *alardes ordinarios* se celebraban cuatrimestralmente en marzo, julio y septiembre; y en ellos se procedía a concentrar al vecindario en un determinado lugar, con los útiles bélicos, con la finalidad de ser inspeccionados por los oficiales y mediante los cuales el Concejo vigilaba y asignaba los deberes militares a cada vecino.

En Sevilla, se realizaban en el campo de Tablada adonde las gentes de guerra acudían con sus caballos y armas. A una hora determinada, el *Alguacil Mayor*, llevando el perdón de la ciudad, precedido de los *Veinticuatro*, atabales, trompetas y alguaciles de los veinte, salían de la ciudad e iban a pasar la revista. La gente se organizaba por grupos: los *vasallos del rey*, los vecinos de cada collación y los de los lugares de la tierra. Los Oficiales y el Escribano del Concejo anotaban las deficiencias que encontraban; y los que no concurrían, teniendo la obligación de hacerlo, eran posteriormente interrogados por el Regidor.

Los *alardes extraordinarios* tenían lugar “antes de iniciar campañas militares, o con motivo de fiestas y alegrías, especialmente, por la coronación de un rey o el nacimiento de príncipe heredero” (27).

En ambos tipos de *alardes* se procedía a confeccionar un documento en el cual se hacían constar los hombres que habían efectuado la revista militar o que habían comparecido, en el lugar de la convocatoria de la hueste, en caso de movilización. Así, debemos de precisar que en ellos sólo aparecerán reseñados los vecinos que han comparecido al *alarde*; en contraposición al *padrón* de movilizables en el cual se incluían a los vecinos con independencia de que estuviesen o no presentes al realizar éste.

Un problema interesante que puede ser abordado, a través de la información contenida en estos documentos militares, ante la ausencia de fuentes directas durante toda la Baja Edad Media, es el estudio de la demografía. Así, debemos de indicar que los *alardes*, tanto ordinarios como extraordinarios, no son de gran utilidad y por ello han de ser aceptados con reservas ya que tan sólo aparecen en ellos aquellos vecinos que han comparecido al mismo; en cuanto a los *padrones*, son más completos pero presentan el problema de conocer qué grupos de población han sido incluidos en ellos y de qué manera han influido en su elaboración la edad, condición física, pertenencia a un determinado grupo social, estatuto jurídico o medios de vida de los vecinos.

Esta estructura tan diversificada del ejército feudal contribuía al cercenamiento del poder real, por lo que pronto necesitaron los reyes, para el afianzamiento de su poder, de “un instrumento de fuerza más pujante que las milicias concejiles formadas y disueltas circunstancialmente, y surgió la idea de los ejércitos permanentes” (28). Con dichos ejércitos, aparecidos con los Reyes Católicos, se potenció el principio de nacionalidad y se atajó el poderío de los nobles feudales ya que eran “una organización militar dispuesta en todo momento a la guerra, organizada sobre bases de cohesión y disciplina y bajo el mando supremo y directo del rey” (29).

El primer intento de organización militar que hicieron los Reyes Católicos fueron las *tropas de acostamientos* que eran “especie de milicias locales, uniformadas cada una de distinta manera, que se reunían una vez el año para pasar revista y cuando los acontecimientos así lo exigían, pero que concluidos éstos regresaban a sus casas” (30). La agrupación de varias *tropas de acostamientos* constituían la *batalla* y la agrupación de varias *batallas* integraban la

*división* la cual contaba con seis mil hombres. Sin embargo, "estas tropas tenían el inconveniente de disolverse a la terminación de la guerra, y quedaban privados los reyes de elementos defensivos contra la nobleza" (31); por lo que pronto reorganizaron los Reyes Católicos la *Santa Hermandad* para evitar dicha disolución.

Los antecedentes históricos de la *Santa Hermandad* hay que buscarlos en el siglo XIII y constituían "el principal recurso defensivo de los pueblos contra los malhechores, y consistían en una especie de asociación con determinado pacto, de carácter eminentemente popular, encargadas de mantener fueros y libertades" (32). A dicha institución los reyes Fernando III, Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV, Alfonso XI y Juan II le dieron numerosos privilegios. Pero durante el reinado de Enrique IV, al cobrar los individuos de la *Santa Hermandad* de forma irregular, la institución fue disuelta quedando los pueblos totalmente desprotegidos y su población insegura.

En el reinado de los Reyes Católicos, Alfonso de Quintanilla, acompañado por Juan Ortega, expuso a los monarcas la necesidad de su restablecimiento ya que la *Santa Hermandad* podía convertirse en un instrumento válido contra el bandolerismo y los nobles. Por ello, el 27 de abril de 1476, fue aprobado el proyecto de las Ordenanzas de la *Santa Hermandad* que se constituía en un ejército permanente costado por todas las ciudades, villas y lugares de la Corona de Castilla obligándose además a tener un jinete por cada cien vecinos y un hombre de armas por cada ciento cincuenta.

## N O T A S

- (1) Citado en la voz *Ejército* en la "Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana" (tomo XIX, pág. 418) Ed. Espasa-Calpe S.A.
- (2) Nicolás Tenorio y Cerero: "Las milicias de Sevilla" en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1907). (Tomo II, págs. 222-223).
- (3) Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (Tomo XIX, pág. 418).
- (4) Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (Tomo XIX, pág. 418).
- (5) Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (Tomo XIX, pág. 418).
- (6) Voz Apellido en la "Enciclopedia..." (Tomo V, pág. 969).
- (7) Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (Tomo XIX, pág. 418).
- (8) Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (Tomo XIX, pág. 418).
- (9) Raul García Aguilera y Mariano Hernández Ossorno: "Revuelta y litigios de los villanos de la Encomienda de Fuenteobejuna (1476)" (1975) (pág. 36).
- (10) "Revueltas..." (pág. 37).
- (11) Miguel Ángel Ladero Quesada: "Historia de Sevilla. La ciudad medieval (1248-1492)" (1980) (pág. 146).
- (12) "Las milicias..." (pág. 223).
- (13) Pedro Barbadillo Delgado: "Historia de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda" (1942) (pág. 153).
- (14) Antonio Collantes de Terán: "Los padrones militares de la Andalucía Bajo-Medieval, como fuentes demográficas" en *Actas I Congreso Historia de Andalucía* (1976). Andalucía Medieval (tomo I, pág. 289).
- (15) "Las milicias..." (pág. 223).
- (16) "Las milicias..." (pág. 223).
- (17) "Las milicias..." (pág. 224).
- (18) Privilegio de Sancho IV a Sevilla (26-XI-1292) citado en "Las milicias..." (pág. 226).
- (19) Según Barado, el *almogávar* era "tipo acabado de vélite, del soldado ligero, dotado de pocas armas, pero diestro en la pelea, ágil, feroz y sufrido, tan propio para combatir mano a mano con el infante como para combatir al jinete armado de punta en blanco" (Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (tomo XIX, pág. 418).

- (20) "Las milicias..." (pág. 228).
- (21) "Las milicias..." (pág. 228).
- (22) "Las milicias..." (pág. 228).
- (23) "Las milicias..." (pág. 230).
- (24) "Las milicias..." (pág. 229).
- (25) "Las milicias..." (pág. 234).
- (26) "Las milicias..." (pág. 234).
- (27) Miguel Ángel Ladero Quesada: "Historia de Sevilla. La ciudad medieval (1248-1492)" (1980) (págs. 146-147).
- (28) Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (Tomo XIX, pág. 418).
- (29) Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (Tomo XIX, pág. 419).
- (30) Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (Tomo XIX, pág. 419).
- (31) Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (Tomo XIX, pág. 419).
- (32) Voz *Ejército* en la "Enciclopedia..." (Tomo XIX, pág. 419).

## **LAS MILICIAS DE SEVILLA**

**Manuel Parreño Casado**  
Sargento de Caballería

La organización de la Milicias o gente de guerra del consejo sevillano hay que buscarla ya en tiempos de Don Fernando III el Santo, que pone sitio a la Ciudad de Sevilla, un 20 de Agosto de 1247. La hueste de San Fernando, por su carácter de cruzada, es muy heterogénea, y en ellas están ya incluidas las Milicias de las ciudades de cuya organización nos hablan ya los fueros de Jaca, Sepúlveda, Nájera, Molina, Uclés, Carrega, San Sebastián, Castroverde, Madrid, Cáceres, Córdoba y Sevilla.

Así, cada villa y ciudad tenía un cuerpo de ejército compuesto por caballeros y peones, conocidos con el nombre de mesnada del concejo. San Fernando concedió a Sevilla el mismo fuero que a Toledo.

Las milicias evolucionarán abandonando su carácter puramente feudal, hecho que se verá reflejado en las Ordenanzas de las Milicias del tiempo de Alfonso XI, en las que ya aparecen los caballeros de cuantía.

Con el ordenamiento de Alcalá, marcará Alfonso XI una época de transición, en retroceso en monarquías posteriores, pero que culmina con la formación de las milicias permanentes en época ya de los RR.CC. Las milicias sevillanas, se reorganizan así con arreglo a las nuevas bases, siendo sus componentes: los vasallos del rey, los caballeros de cuantía y los ballesteros y lanceros que la ciudad levanta.

En las Cortes de Segovia del año 1436, reinando D. Enrique III, se dio a Sevilla un Ordenamiento en 30 de Mayo de este año, en el cual recuerda que se cumplan las leyes referentes a los caballeros cuantiosos, los cuales forman la base principal de las Milicias de Sevilla y se hallan mejor organizados que los vasallos reales. La Ordenanza hecha por la ciudad en el año 1432, que está en su archivo entre los papeles del Mayordomazgo, "Para fazer caualleros de quantia, ballesteros e lanceros", y las noticias escritas en los libros del mismo Mayorazgo, referentes a la celebración de los alardes, darán a conocer la constitución del ejército sevillano de este tiempo.

La Ordenanza está dividida en dos partes: una preceptúa, lo que había de hacerse dentro de la ciudad; otra, lo referente a la tierra, es decir, en las villas y lugares donde alcanzaba la jurisdicción del Concejo sevillano. Dentro de la ciudad el Cabildo daba poder a uno o a varios de los Regidores para que hiciesen los caballeros de cuantía, ballesteros y lanceros, valiéndose de los mismos términos de la Ordenanza, y, por pregón, pues así se publicaban en este tiempo los acuerdos de la ciudad, se hacía saber a los vecinos el día que se señalaba para que reunieran los de cada una de las collaciones y barrios en el sitio de costumbre, que era, generalmente, la Iglesia parroquial de donde la collación tomaba el nombre. Asistían a estas juntas todos los vecinos francos y no francos, los Oficiales delegados de la ciudad con su Escribano, y los jurados del barrio o collación. El Oficial tomaba juramento a los presentes, por ellos mismos y por los demás vecinos, si los congregados tenían sus poderes y representación, y cuánta era su hacienda, y después de haber

formado un padrón o lista de todos, según las declaraciones, procedía a la clasificación de los caballeros, ballesteros y lanceros.

El que era propietario de hacienda por valor de treinta mil maravedís, sin contar la casa de morada, las ropas de vestir, armas, mobiliario, alhajas, bastimentos o provisiones de pan, vino y otras semejantes, estaba obligado a mantener un caballo, y dos, cuando el capital ascendía a cien mil maravedís y más. Los caballos valieron mil maravedís cada uno, y los caballeros, dice el precepto, “que tengas sus fojas e cotas e sus espadas e adargas e lanças e bacinetes”.

Para los ballesteros y lanceros se atendía unas veces al caudal y otras a las condiciones de aptitud para el servicio, y los unos habían de estar pertrechados de ballestas, cintos, carcaxes y biratones, y los otros, de lanzas, espadas, escudos y puñales. Se mandó en la Ordenanza que, después de confeccionados los padrones y hecha la clasificación de los vecinos, dentro de los dos meses siguientes, cada uno tuviese sus caballos y armas en condiciones de servir, imponiendo a los morosos la pena de cien mil maravedís repartidos por terceras partes entre la labor de los muros de la ciudad, el alguacil y el denunciador.

En las villas y lugares se distingue, según sean las tierras, de Cazalla, Aroche y el Aljarafe, o en la campiña. El vecino de una villa o lugar de las sierras y del Aljarafe estaba obligado a mantener caballo cuando su hacienda alcanzaba veinte mil maravedís, contados los muebles y raíces, excluyéndose, como en la ciudad, la casa de morada, armas, etc... El que vivía en la campiña, si el caudal llegaba a quince mil maravedís, debía mantener un caballo, y, si pasaba de setenta mil, dos caballos. La forma de hacer los padrones era la misma que en la ciudad, pasando éstos a poder de los Mayordomos de Sevilla.

Los Vasallos del rey tienen en este tiempo la misma organización que en el reinado de D. Alfonso XI, con la diferencia que debían hacer alardes cada año.

Llamamos Alarde, del Árabeto “alard” a la muestra o reseña que se hacía de los soldados y sus armas. Los hubo de dos clases: ordinarios y extraordinarios, los primeros se reunían periódicamente, tres veces en el año: en Marzo, Julio y Septiembre. Su objeto era averiguar si las armas estaban listas para el combate, como asimismo si los vasallos del rey mantenían las lanzas de su obligación. Los segundos se hacían cuando se levantaba la gente para pelear contra el enemigo, y al tiempo que se casaba el Rey o le nacía un Príncipe, casos en que reviste el carácter de fiesta pública.

Entre los documentos del Mayordomazgo, del año 1405, en que fue Mayordomo de Sevilla Juan Martínez, están las listas del alarde celebrado en primero de Marzo, tanto de la gente de la ciudad como la de la tierra. De ellas resulta que había en Sevilla ciento cuarenta y dos caballeros vasallos reales, que mantenían entre todos cuatrocientos sesenta y una lanzas.

Las fuerzas de la Ciudad fueron novecientos sesenta y cuatro caballeros, mil doscientos sesenta y seis ballesteros, tres mil setecientos veinte lanceros, que, sumados a los vasallos hacen un total de seis mil cuatrocientos treinta y dos, y éstos, con los mil novecientos cuatro de las villas, son todos ocho mil trescientos treinta y seis hombres encargados de defender el territorio.

En 1405, las personas que no se presentaron a los alardes y no se escusaron justamente, tuvieron que pagar una cantidad de dinero que se invirtió en la labor del castillo de Matrera.

El sistema de defensa del territorio fue por castillos y fortalezas repartidos convenientemente en líneas circulares y concéntricas, con muros almenados y torres altas. Desde el año 1946, existió una ordenanza determinando cómo se disponían las puertas de la muralla en caso necesario.

Los jurados de las collaciones, recibían diariamente de los Mayordomos de la Ciudad cédulas con los nombres que cada uno de ellos publicaba en su collación. El vecino que no acudía al lugar señalado, caía en pena con una multa de veinticuatro maravedís.

Los castillos de la tierra estaban siempre provistos de municiones de boca y tierra; teniendo cada uno su Alcalde, el cual recibía una renta de tres mil maravedís al año. En caso de peligro, era nombrado un Regidor para recorrer dichos castillos.

Las Milicias defendían todo el territorio. Con frecuencia los moros de la frontera del reino de Granada hacían entradas en la tierra, especialmente cuando estaban rotas las treguas, y a su regreso robaban los ganados y destruían los

frutos. Al tener la Ciudad noticias de algunas de estas correrías mandaba contra ellos el pendón y la gente de armas, estableciéndose en los sitios de costumbre las escuchas y atalayas que anunciarán con candelas y ahumadas el movimiento de los árabes. Sevilla, al levantar la gente que iba contra el enemigo, procedía en la forma que sigue: acordaba el número de caballeros, ballesteros y lanceros que habían de ir con el pendón, y después eran repartidos entre las collaciones de la ciudad y las villas y lugares de la tierra, y por cartas se notificaba a los Jurados y las Justicias el número que a cada uno le tocaba reclutar. Las listas del reparto pasaban todas a manos del Alguacil Mayor o del jefe de la Ciudad nombrado para dirigir la expedición, y se pregonaba, con apercibimiento la pena de muerte para quien no acudiera el día de la salida y el sitio del alarde, que siempre fue el campo de Tablada. El ejército se compuso de veintenas de hombres de a caballo y de a pie, según el texto de una carta de la Ciudad a los lugares de la tierra del año de 1424.

Cada veintena tuvo un jefe y el caudillo de todos era el Alguacil Mayor de la Ciudad. Fue costumbre en Sevilla por el mucho afecto que sus hijos tuvieron siempre al pendón, regalar al Alguacil Mayor, cuando lo llevaba a la guerra, el mejor caballo que encontraban, y despedirlo y hacerle recibimiento cuando entraba o salía de la Ciudad.

En el reinado de los Reyes Católicos, los caballeros cuantiosos forman la Milicia especial de Andalucía y tienen el encargo de guardar las fronteras. Trata de ellos la Pragmática fechada en Valladolid a 20 de Junio de 1442. Mandó que todos los vecinos de las ciudades de Sevilla, Córdoba, Jaén, Jerez, Baeza, Úbeda y Écija y de las villas y lugares de Andalucía que tuviesen hacienda por valor de cien mil maravedís y más, que mantuvieran continuamente caballos y armas, obligándoles a que hiciesen tres alardes en el año, dos al tiempo que prescribieran las Ordenanzas de cada ciudad, y otro a voluntad de los Corregidores.

Las Justicias fueron las encargadas de hacer cumplir la ley, disponiéndose en la Pragmática que quien no llevase al alarde caballo y armas, estando obligado a tenerlos, fuera multado en mil maravedís, la mitad para la cámara real y la otra para los propios de la ciudad o villa de donde era vecino el caballero.

A la tercera vez, además de pagar la pena, las Justicias tomaban de sus bienes lo necesario para comprar un caballo de precio razonable y apremiaban al caballero para que lo mantuviese.

Como la carga era muy pesada, los mismos Reyes D. Fernando e Isabel derogaron las disposiciones de las Cortes de Segovia y Alcalá, del tiempo de D. Alfonso XI, por las cuales los cuantiosos tenían las franquezas reseñadas anteriormente. La Pragmática no se cumplió, y esto fue la causa de que más adelante, D. Felipe II, por otras Pragmáticas de Madrid a 17 de Junio, Monzón 1 de Noviembre de 1563 y Aranjuez 1 de Diciembre de 1564, reorganizase la Milicias de cuantiosos, por nuevas reglas, acomodadas a la nueva época.

Las disposiciones del tiempo de D. Felipe II fueron extensivas a los que habitaban las provincias andaluzas y el reino de Murcia.

En cada pueblo, el Escribano del Concejo tuvo el encargo de llevar un libro donde se inscribían los cuantiosos, firmando las Justicias y Regidores al final de las listas y rectificaciones, que, después de hechas, se mandaban al pueblo cabeza del partido para que constase juntamente la relación de todos ellos.

Los aprecio y valuaciones se habían de rectificar cada cuatro años; a su tiempo, las Justicias de los pueblos, en unión de cuatro vecinos por todos los demás rectificaban los padrones, pudiendo suceder que disminuyese el capital de algún cuantioso o que aumentase el de aquellos que no lo eran. En el primer caso, si alcanzó la disminución de la fortuna a más cantidad de 100.000 maravedís, se le excluía de las listas, y en el segundo se le inscribía con los demás cuando la hacienda alcanzaba a los 1.000 ducados. El vecino que por su voluntad quería ser cuantioso, aunque el capital no fuera de 1.000 ducados se le admitía como tal y quedaba obligado a mantener caballo y armas.

Los caballos no podían venderlos sin la autorización de las Justicias, para que éstas lo hicieran constar en el libro registro, y dentro de sesenta días el vendedor estaba obligado a comprar otro y presentarlo para que fuese tenido como bueno. Todos los caballeros servían desde los veinte hasta los sesenta años, pasando de esta edad pudieron tener armas, pero no salían a la guerra, sirviendo por ellos los hijos solteros, pues los casados lo hicieron por sí. Para que todos cumplieran las obligaciones, nombró el Rey Capitanes, debajo de cuyas banderas habían de estar cierto número de caballeros, e impuso 10.000 maravedís de pena a los que faltasen, que habían de repartirse entre el denunciador, el Juez y los Ministros que entendían en este negocio.

En el año de 1600 Don Felipe II, por Pragmática de El Pardo a 25 de Octubre, reconoció que era demasiada carga mantener caballo y armas con 1.000 ducados de hacienda, y elevó la cuantía del capital a 2.000 ducados. Más tarde, en 1619, a petición de las Cortes de Madrid, que comenzaron en 1617, suprimió los caballeros cuantiosos, porque los Procuradores de las villas y ciudades que asistieron a esta Asamblea hicieron presente al Rey que, no siendo Andalucía frontera de moros y existiendo Milicias generales para acudir a la defensa de los puertos, había cesado la causa de su fundación. La real cédula se expidió, en Belén a 28 de Junio derogándose en ella todos los privilegios de los caballeros cuantiosos, que desaparecieron desde esa fecha.

Conste a manera de ejemplo, la relación de la salida que hizo Don Alvar Pérez de Guzmán, Alguacil Mayor en el año de 1405, con el pendón y la gente de la Ciudad, contra los moros de la frontera, y las preocupaciones que se tomaron en toda la tierra, confirmarán lo expuesto anteriormente. El Maestre de Santiago D. Lorenzo Suárez de Figueroa, que estaba por guarda en la frontera del reino de Granada, escribió una carta a Sevilla con noticias ciertas de que el Rey de Granada reunía muchos hombres de guerra y había puesto guardias dobles en los castillos, por cuya razón era necesario que la Ciudad aprestara los suyos cercanos a la Tierra de Moros. Según notificación que se hizo al Mayordomo Juan Martínez en 24 de Marzo, acordaron los Regidores que el Jurado Juan Sánchez de Ayala fuese a los lugares, castillos y torres de la frontera a ver si estaban provistos de las gentes de armas y las viandas necesarias para resistir, y que al mismo tiempo hiciera guardar los ganados en sitio seguro y poner las guardas, escuchas y atalayas en los lugares acostumbrados por si los moros entraban en la tierra que avisaran a la Ciudad.

El Concejo de Utrera fue quien puso las guardas, como tenía de costumbre, y los libros de Sevilla marcan los sitios. Un almocadén y doce almogávares desde el puerto de Xeribel hasta la Cañada Honda; a otros tantos desde ésta al Toconal; los mismos hombres desde el Toconal hasta Rebento y, en el monte, desde Morán a Marchena, y desde esta villa a las tierras del reino de Murcia, veinticuatro almogávares, los cuales cobraban cuatro maravedís diarios, siendo seis las de los almocadenes.

Al mismo tiempo se colocaron las atalayas; tres hombres y un adalid en la Giralda o torre de Santa María, dos en el puerto de los Mosquetes, dos en el de Troa, dos en el del Águila, dos en Lopera, e igual número en el Amarguilla, Haznalcázar, Arreciosa y puerto de Monte, a quienes dieron cuatro maravedís de sueldo diario.

Sevilla acordó los hombres de guerra que habían de levantarse para acompañar a D. Alvar Pérez de Guzmán, y fueron repartidos entre la ciudad y la tierra, despachándose cartas para los Jurados y Concejos de las villas y lugares de la campiña, el Aljarafe, la Ribera y las sierras de Cazalla, Constantina y Aroche, con el número de caballeros, ballesteros y lanceros que les habían correspondido.

D. Alvar Pérez, con el pendón de la Ciudad, y estos dos mil hombres, llegó hasta Utrera, pero cuando supieron que iba contra ellos el pendón y la gente de Sevilla, habían dado la vuelta para sus casas. Conocido esto por la Ciudad, mandó que volviese la gente y sólo quedaran en el campo los escuchas y atalayas.

Otras actuaciones conocidas de las milicias son la expedición de D. Alvar Pérez de Guzmán que lucharon contra los granadinos en Quesada, con victoria, o la que junto al Maestre de Santiago realizaron para descercar a Priego, combatido por los granadinos.



# NOTAS SOBRE EL ALISTAMIENTO DE 1588 EN LA TIERRA DE SEVILLA

Juan José Iglesias Rodríguez  
Universidad de Sevilla

## 1.—Objeto y fuente.

El siglo XVI, con la aparición del ejército profesionalizado permanente como instrumento de poder de la nueva construcción política conocida como Estado moderno, contempla nuevas formas de organización militar. En la historiografía que se ha ocupado recientemente de este fenómeno, una de las cuestiones que despierta mayor interés es la de los métodos de reclutamiento y los sistemas de adscripción de soldados al ejército real. Particularmente sugestivo es el proceso de desaparición de las obligaciones militares feudales, así como el de transición de las formas voluntarias de reclutamiento a las de conscripción, que representan una socialización de la función militar en el seno de la sociedad de Antiguo Régimen.

Dentro de esta perspectiva, como han señalado algunos historiadores especialistas en el tema (1), los años en torno a 1588 adquieren un valor simbólico como momento de paso de uno a otro sistema, desempeñando los municipios —y en especial los andaluces— un especial papel como agentes de reclutamiento.

Los objetivos de la presente comunicación son analizar los resultados y llevar a cabo un intento de valoración del alistamiento decretado por la monarquía de Felipe II dicho año de 1588 para el ámbito territorial de la Tierra de Sevilla, tomando como puntos de referencia una serie de poblaciones (dieciséis en total) sometidas a la jurisdicción de esta ciudad (2). La base documental constituye una muestra de un conjunto más nutrido relativo a la globalidad de la Tierra, conservado en el Archivo Municipal sevillano (3). Esta documentación, a su vez, forma parte de las fuentes de un estudio amplio que preparo en la actualidad sobre el Reino de Sevilla y el ejército de los Austrias, del que la presente comunicación constituye tan sólo un pequeño adelanto.

## 2.—El decreto y los cauces institucionales de cumplimiento.

Con fecha 30 de mayo de 1588, un mandamiento real de Felipe II firmado en San Lorenzo del Escorial ordenaba a la ciudad de Sevilla y su Tierra, alegando razones de Estado, aprestar hombres para la guerra y tenerlos listos para acudir adonde fuesen requeridos. La orden fue redactada en los términos siguientes:

“El Rey. Concejo, Asistente, Alcalde, y Alguazil mayor, Veinte y quatro, Caualleros, Jurados, Escuderos, Oficiales, y hombres buenos de la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla. La prebención en todas las cosas, es tan necesaria como sabeys: y tanto mas en las que son de mayor calidad e

importancia. Y siendolo de tan grande la seguridad y conseruación destos Reynos, y desseando yo tanta esta: y el bien y reposo de los Subditos y Naturales dellos: me a parescido que conuiene estar en todas partes, con el cuydado y apercebimiento que obliga lo que se podría offrescer, auiendo tantos enemigos de nuestra Sancta Fee, y mios. Por lo que atiengo al aumento della: y assi e querido encargaros, y mandaros, como lo hago, muy affectuosamente, que esteys aprecebidos, y en orden, con la gente de pie, y de cauallo dessa Ciudad, y su Tierra: para lo que como dicho es se podrá offrescer: de suerte que quando sea necessario, y yo os lo mandare auisar, podays acudir a la parte que conuieniere y se os aduirtiere. Que en ello, y en que vaya muy bien armada, y en orden, recibire mucho plazer y Seruicio".

Esta orden coincide con un momento especialmente delicado de la política exterior filipina, comprometida en la represión de la rebelión de los Países Bajos, el intervencionismo en los conflictos político-religiosos franceses y, sobre todo, la rivalidad con Inglaterra. Justo en aquel momento del año 1588 se ultimaban los preparativos de la expedición naval contra este país que acabaría en el desastre de la Invencible. El citado decreto de Felipe II guarda, sin género de dudas, una estrecha relación con el enfrentamiento bélico anglo-español.

El real mandamiento fue conocido y obedecido por el ayuntamiento de Sevilla, el cual, reunido bajo la presidencia del conde de Orgaz, asistente de la ciudad, acordó en cabildo de 27 de junio que los jurados, cada uno en su collación, alistarán a la gente útil para la guerra menor de cincuenta años y mayor de veinte, tomando cuenta también de las armas que cada cual poseyera. Asimismo, acordó enviar orden a todos los lugares de la Tierra para que en el plazo máximo de seis días ejecutaran las mismas diligencias bajo pena de 20.000 maravedís con aplicación a los gastos de guerra en caso de incumplimiento. De este alistamiento quedaron expresamente excluidos los individuos de condición hidalga. Los preparativos de Sevilla para la guerra se completaron con el acuerdo capitular de elevar petición al rey para que mandara proveerla con 8.000 arcabuces vizcaínos, dada la escasez de armas de fuego que padecía la ciudad, así como para que permitiera la libre fabricación y venta de pólvora y plomo, a pesar del estanco de estos productos, para así posibilitar el disponer de ellos en abundancia (4).

Una vez transmitida la orden a las localidades de la jurisdicción, los cabildos de ellas arbitraron las medidas oportunas para su debido cumplimiento, encargándose sus oficiales y escribanos de levantar padrón, con conocimiento casa por casa de los individuos que reunían las condiciones previstas en el decreto de alistamiento, o bien de confeccionar la lista tras convocatoria por público pregón. En Sanlúcar la Mayor, por ejemplo, se levantó padrón por collaciones. En La Puebla de Coria el cabildo acordó "ir a hita" para hacer la lista. En Dos Hermanas, por el contrario, el concejo dispone hacer efectiva la orden de alistamiento el 29 de julio, y que

"...dicho día, por ser como es día de fiesta a el tiempo de salir de la missa mayor se pregone lo conthenido en el dicho mandamiento e cedula real y que así mismo todos los vesinos desta villa estantes e abitantes en ella parescan en la plaça della dende las tres de la tarde hasta la noche para que se haga la lista que el Rey nuestro señor manda que se haga, con aperçevimiento que el vezino que no paresçiere yra un alguazil a la parte donde estubiere a su costa y se procedera contra él como contra persona que no obedeçe los mandamientos del Rey nuestro señor..."

De la misma manera, en la villa de Hinojos el cabildo acordó que la gente comprendida en la orden compareciera a alistarse en el plazo de dos días, lo cual se pregonoó

"...en la plaça publica della y en las demás publicas y lugares della acostumbrados adonde se suele apregonar, jueues en la noche treinta dias del mes de junio de mill y quinientos e ochenta e ocho años, por altas bozes de baltasar martin, pregonero del concejo desta dicha villa..."(5).

### 3.—El capital humano movilizable.

Dada la finalidad militar del alistamiento de 1588, y a pesar del aparente rigor con que se cumplió la orden, no resulta extraño que se hurtara al conocimiento de las autoridades la verdadera realidad de los recursos humanos por ella afectados. Afortunadamente contamos con fuentes complementarias de información útiles para contrastar los resultados del alistamiento. Se trata, en primer lugar, del vecindario de los lugares de la archidiócesis de Sevilla realizado por el

propio arzobispado tan sólo un año antes, en 1587. Asimismo, en segundo lugar, contamos con el vecindario de 1594, unos años más alejados en el tiempo, aunque no en exceso (6). El cotejo de las cifras proporcionadas por todas estas fuentes arroja los siguientes resultados:

LUGAR	1587		1594	1588
	VECINOS	PERSONAS	VECINOS	ALISTAMIENTO
Almadén.....	271	1074	306	208
Aznalcóllar.....	200	712	222	132
Bormujos.....	132	465	—	76
Burguillos.....	184	716	155	135
Castilblanco.....	396	1705	419	315
Castilleja.....	172	704	161	133
Coria.....	390	1350	360	299
Dos Hermanas.....	298	1262	202	247
Hinojos.....	266	897	285	168
Manzanilla.....	589	2398	455	376
Paterna del Campo.....	506	2279	470	371
Puebla del Río.....	219	903	233	168
Salteras.....	340	1396	355	196
Sanlúcar la Mayor.....	961	3824	802	472
Valencina.....	160	600	—	98
Villafranca(7).....	329	1400	251	223

Elaboración propia.

A la vista de estas cifras, cabe concluir que, en efecto, el alistamiento no recogió sino parcialmente al sector de población que pretendía controlar de cara a su eventual movilización con fines militares. Esta conclusión se refuerza si se considera que los propios vecindarios con los que se ha realizado el cotejo no están libres de sospechas respecto a su veracidad, siendo lo más probable que no reflejen sino una imagen infradimensionada de la realidad poblacional, dadas las muchas limitaciones operativas de este tipo de propósitos estadísticos durante el Antiguo Régimen. Y ello, a pesar de las consideraciones siguientes:

- a) La exclusión en el alistamiento de los hidalgos, aunque la escasa proporción de los nobles en el conjunto de la población (en torno al uno por ciento) implica que las cifras apenas se hubieran modificado en el supuesto de su inclusión.
- b) La exclusión, también, de los vecinos cabeza de familia mayores de cincuenta años y menores de veinte, aunque la proporción de éstos también debe resultar pequeña en función de dos factores: la estructura joven de la población de tipo antiguo y la tardía edad de matrimonio, que implicaba que el momento de constitución de una familia independiente se situara en el caso de los varones en los 25 años por término medio. Téngase en cuenta, además que el alistamiento incluye a los individuos solteros de aquellos tramos de edad aún no emancipados, lo que tiende a compensar las diferencias señaladas.
- c) El hecho, finalmente, de que la población movilizable fuera en exclusiva masculina, mientras que en las estadísticas poblacionales las viudas cabezas de familia eran generalmente computadas como medio vecino.

En cualquier caso, las diferencias porcentuales entre el vecindario de 1587 y el alistamiento de 1588 son lo suficientemente elocuentes como para permitir dudar razonablemente sobre la adecuación de las cifras de este último a la realidad de los grupos de población a los que la orden del cabildo sevillano afectaba. Los máximos de diferencia se producen en los casos de Sanlúcar la Mayor (51%), Aznalcóllar (43%), Salteras (43%) y Valencina (39%), y aun en aquellos otros en que son menores, no dejan por ello de ser apreciables: así en los de Almadén (23%), Puebla del Río (23%) y Dos Hermanas (17%). Este hecho ilustra las dificultades de cualquier programa de control administrativo, en general, y de los intentos de una estructuración de la organización militar a cargo del Estado, en particular, aunque ésta alcanzó crecientes grados de eficacia a lo largo del siglo XVI (8).

En cuanto a la condición social de los alistados, a priori puede establecerse que, salvo en el caso de los hidalgos (expresamente excluidos en función de los privilegios estamentales de la nobleza y de la supuesta vinculación de ésta a la

función militar) y del clero (asimismo excluido por sus privilegios estamentales), era variada, dado el carácter general de la propia orden de alistamiento. En este sentido, el aplastante predominio de los trabajadores del campo y la menor frecuencia con la que aparecen en las listas propietarios, artesanos o profesionales liberales no refleja sino el carácter de la estructura socio-profesional de los núcleos estudiados, los cuales en su totalidad estaban integrados de pleno en el mundo agrario.

En realidad, la fuente utilizada, por la diversidad de localidades que engloba, no presenta una completa homogeneidad de criterios, sino más bien una cierta variedad en lo relativo al grado de sistemática en la anotación de la situación profesional de los alistados. Ello impide un conocimiento seguro de la condición social de éstos, sobre todo si se tiene en cuenta que en la mayoría de los casos sólo se suele anotar el oficio o actividad profesional cuando no están vinculados al trabajo asalariado en el campo, por lo que la adscripción a estas tareas depende más de una deducción extraída de la naturaleza rural de los núcleos estudiados que de una constancia documental clara.

En cuanto a la viabilidad del alistamiento como base de movilización militar, obviamente no parece que estemos ante un verdadero intento de movilización general de todos los inscritos. Ello hubiese supuesto, necesariamente, la absoluta desorganización de la actividad productiva y, en consecuencia, parece implicar un esfuerzo de conocer la base poblacional de las diferentes localidades de cara a establecer cupos según su respectivo tamaño.

4.—El “arsenal popular”.

Como se ha podido ver más arriba, la concreción de los aspectos del alistamiento que el cabildo sevillano llevó a cabo a la hora de cumplir y transmitir la orden real a los lugares de su jurisdicción incluía la obligación de efectuar el registro de las armas en posesión de cada uno de los inscritos. Sobre el grado de observancia de esta disposición, cabe suponer que fue diverso, dadas las diferencias apreciables entre la situación de unas y otras localidades en este aspecto. Pero lo cierto, independientemente de este hecho, es que las diligencias practicadas por los oficiales de los concejos de los lugares de la Tierra proporcionan una fuente espléndida para conocer las prácticas sociales dominantes en cuanto a la posesión de armas por parte de la población.

Los datos resultantes son harto elocuentes. Para el total de las poblaciones estudiadas aparecen registradas 3.182 armas de muy diverso tipo, sobre un total de 3.618 hombres alistados (9). Por sí solo, este dato evidencia lo extendido de la costumbre de poseer armas. Pero, dado que también era relativamente frecuente disponer de más de una simultáneamente, el panorama será más completo si atendemos a esta variable. Los resultados aparecen reflejados en el cuadro siguiente:

PUEBLO	SIN ARMAS	%	UN ARMA	DOS ARMAS	TRES O MAS	TOTAL ARMADOS	%
Almadén	69	33	91	45	3	139	67
Aznalcóllar	78	59	37	16	1	54	41
Bormujos	0	0	55	19	2	76	100
Burguillos	65	48	18	46	6	70	52
Castilblanco	128	40	100	64	23	187	60
Castilleja	63	43	59	21	5	85	57
Coria	122	41	100	59	18	177	59
Dos Hermanas	69	28	168	10	-	178	72
Hinojos	64	38	50	43	11	104	62
Manzanilla	208	55	114	49	5	168	45
Paterna	34	9	281	55	1	337	91
Puebla del Río	64	38	76	25	3	104	62
Salteras	47	24	103	46	1	150	76
Sanlúcar la M.	133	28	225	94	20	339	72
Valencina	57	58	33	8	-	41	42
Villafranca	93	42	113	15	2	130	58

Elaboración propia.

Como puede observarse, aunque las diferencias entre localidades son amplias (lo que vuelve a plantear la duda acerca de si todas siguieron los mismos criterios en la elaboración de las listas), los propietarios de armas exceden ampliamente a los hombres sin armas, representando casi las dos terceras partes del total. Lo más frecuente era poseer un solo arma, generalmente una espada. Este era el arma más frecuente con diferencia, ya que más de la mitad de los alistados poseía una. Lanzas y dagas eran también armas frecuentemente poseídas. Las armas de fuego tampoco eran infrecuentes. Uno de cada trece de los alistados tenía escopeta, y uno de cada treinta y ocho un arcabuz. Aún puede advertirse la existencia de ballestas, en un momento en que el uso de este arma estaba siendo progresivamente abandonado. El número total de armas aparece reflejado en el siguiente cuadro:

TIPO	NUMERO	% ALISTADOS ARMADOS
Espadas .....	2.077	88,8
Dagas .....	307	13,1
Escopetas.....	269	11,5
Lanzas .....	228	9,7
Arcabuces .....	95	4,0
Dardos .....	57	2,4
Ballestas .....	24	1,0
Puñales.....	23	0,9
Otras armas .....	102	4,3

Bajo el epígrafe “otras armas” se engloba una amplia tipología. Unas veces se trata de piezas de armadura; otras de armas antiguas de escaso uso; finalmente otras no constituyen sino útiles de labores agrarias o ganaderas válidos como armas ofensivas. Aparecen así: adargas, rodelas, alabardas, cascos, broqueles, corazas, arzones, viseras, petos, morriones, partesanas, lanzones, templeones, montantes, picas, alfanjes, márcolas, garrochas, etcétera. Respecto al número de caballos, también ordenado hacer constar por el cabildo sevillano, es escaso: tan sólo 41, lo que implica que apenas el uno por ciento de los alistados poseía uno. No hay que olvidar que los principales propietarios de caballos, los nobles, quedaron exentos de la obligación de alistarse. En todo caso, y para el conjunto de estos datos, conviene tener presente que el registro de armas y caballerías se fió a la declaración de las personas alistadas, por lo que los resultados pueden ser más o menos verosímiles.

### Conclusión.

Ante la orden de alistamiento de 1588 y las características de su ejecución, puede plantearse la duda entre

- a) su significación como progreso del fenómeno de universalización del deber militar bajo el control del Estado y como testimonio del tránsito desde el voluntariado como forma habitual de reclutamiento en el siglo XVI y las fórmulas de reclutamiento forzoso;
- b) que el alistamiento reproduzca los mismos esquemas de participación en la guerra que en los tiempos medievales, como deber vinculado a las relaciones sociales de carácter feudal y a las obligaciones de lealtad debida al rey y reforzada por disposiciones jurídicas (10). En este sentido, respondería a idéntico espíritu que las milicias concejiles medievales.

La correcta interpretación del fenómeno estudiado, en cualquier caso, debe tener presentes las indicaciones de I. A. A. Thompson sobre la forzada adaptación de los sistemas de reclutamiento de los ejércitos de los Austrias a fines del siglo XVI a una realidad de agotamiento de la oferta de hombres como consecuencia de la continua presión de la demanda. A ello habría que unir el inicio de una fase de desprestigio social del soldado y de desvalorización general de la función militar.

En todo caso, el recurso a las ciudades andaluzas, y en particular a Sevilla, como alternativa al fracaso del enrolamiento voluntario deja patentes el peso demográfico y económico de esta región y el potente desarrollo de las instituciones municipales de aquella ciudad. La descentralización de la función reclutadora que ello implica no presupone necesariamente la ineficacia del Estado y el prevalecimiento de una autonomía municipal en su más claro

referente medieval, sino más bien la existencia de una correa de transmisión entre el poder central y los municipios, en cuyo mecanismo de funcionamiento éstos actuarían como útiles poderes delegados de aquél.

## N O T A S

- (1) Véase, especialmente, THOMPSON, I. A. A.: *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Barcelona, 1981, págs. 151-156.
- (2) Estas localidades son las siguientes Almadén, Aznalcóllar, Bormujos, Burguillos, Castilblanco, Castilleja del Campo, Puebla del Río, Salteras, Sanlúcar la Mayor, Valencina y Villafranca.
- (3) Archivo Municipal de Sevilla, Sección 3.ª, tomo 17, n.º 20 y tomo 18, n.º 1.
- (4) *Ibidem*, tomo 17, n.º 20.
- (5) *Ibidem*.
- (6) *Censo de población de las Provincias y Partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*. Imprenta Real, Madrid, 1829.
- (7) Villafranca y Los Palacios.
- (8) Puntos de vista contrarios sobre la eficacia del aparato de administración militar en la España de los Austrias pueden verse en las obras de G. PARKER: *El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*. Madrid, 1976, e I.A.A. THOMPSON: *op. cit.*
- (9) El número de alistamiento y el de propietarios de armas varía ligeramente en quince unidades por la inclusión en Castilleja del Campo de una lista complementaria de mayores de cincuenta años en posesión de armamento.
- (10) Así, en Las Partidas. Vid. MARAVALL, J. A.: *Estado moderno y mentalidad social*. Madrid, 1972, tomo II, pág. 543.

## HOSPITALIZACIÓN MILITAR EN SEVILLA EN LOS SIGLOS XV Y XVI

**J. M. Gómez Teruel**  
Coronel Médico.  
Hospital Militar de Sevilla.

Por ser médico militar, el tema de la Hospitalización Militar en Sevilla me atrae y me interesa sobre manera, resultado de esta atracción son las muchas horas que le llevo dedicadas desde hace años, que si Dios quiere dará como resultado un trabajo sobre el mismo.

En los siglos XV y XVI, no existía en realidad una asistencia sanitaria de una forma organizada al soldado enfermo o herido, entonces la hospitalización tenía varias facetas, una de ella era la asistencia benéficosocial o caritativa, que en la mayoría de las veces era promovida y mantenida por las Cofradías, los Reyes o la Iglesia, que atendía a la persona necesitada por encontrarse más o menos abandonado de la sociedad, por no tener familia o por tener unas minusvalías que unido a la vejez les hacían no valerse por sí mismos; la otra era la asistencia ya más de tipo sanitaria, como era el tratamiento y aislamiento de los enfermos de diferentes enfermedades, como la lepra, sífilis, o los dementes; por último también existía en Sevilla, un Hospital especializado en la asistencia al herido por arma blanca o de fuego, o por otras lesiones traumáticas.

Esto, relacionado con el soldado se concretaba en varios centros, que cubrían las distintas necesidades. Estudiemos a continuación, en primer un hospital dedicado casi exclusivamente al fin primordial benéfico social.

En Sevilla después de su reconquista por el Rey Santo, los aragoneses que vinieron con él, al mando de Fernán Pérez de Piña, organizaron una Cofradía con la advocación de Nuestra Señora del Pilar.

Años más tarde, esta Cofradía se encargó del Hospital del Pilar o del Rey, también llamado de los Escuderos del Rey, que fue el más antiguo de la Ciudad, fundado por "el rey Don Alonso el Sabio y aún pudo ser el Santo rey Fernando su padre, dotándolo del patrimonio real, por lo mismo se llamó Hospital Real" (Morgado).

A dicha Cofradía, pertenecieron los Reyes, Infantes, Obispos, Cabildo catedralicio y hombres importantes de la ciudad.

¿Dónde estuvo ubicado dicho Hospital?, el sitio donde se labró fue parte de los reales alcázares, en un solar que donó el rey Alfonso por privilegio que extractamos: "Nos Alfonso, damos y otorgamos a los cofrades y cofradas de la dicha Cofradía de Nuestra Señora del Pilar, nuestro solar que está yermo y despoblado, y se tiene con el nuestro Alcázar viejo de Sevilla, el cual solar ha por linderos la cerca que va del dicho nuestro Alcázar a dicha iglesia, et de la otra parte a la nuestra calle que va de dicha ciudad a nuestro Alcázar, et de la otra parte casas de Pedro Martínez, arcediano de la Reyna".

Según González León, en el siglo XVIII, se labró en su área una casa grande, con vistas de balcones y ventanas. La casa señorial daba su fachada a la Plaza del Triunfo, llamada así por el que se levantó en 1757 en memoria de la misa que se celebró en las afueras de la catedral con motivo del terremoto de 1757.

Posteriormente se instaló en él un Instituto, que se se tituló “Establecimiento pneumoterápico”, su fundador e impulsor fue el médico Don Carlos Voisins (año 1884).

Actualmente está ocupada por la Excm. Diputación Provincial.

Sigamos con su historia, el rey Alfonso XI, aprobó las reglas por las que se rigió, al mismo tiempo que le concedió muchos privilegios, considerando muy interesantes sus Reglas, quiero destacar algunas de ellas: en las primeras se refiere a las obligaciones de los cofrades, quienes pueden formar parte de esta cofradía, la cuota que deben abonar, y los fines de la misma, como funcionará el cabildo, cuando se debe reunir y la forma de celebrarlo, el nombramiento de un Capellán, a partir del artículo 10 se refiere a los soldados, por ejemplo en el 11 dice: “Que no consienta, que ninguno de dichos soldados sino fuese estando enfermo o ocupado en servicio del ospital coma fuera el refectorio, y si no viniera a tiempo de comer con sus compañeros pierda aquel día la comida”. En los siguientes se refiere a que no haya riñas, del nombramiento semanal de un soldado veedor para acompañar al casero para comprar los alimentos, así como para cerrar la puerta, llevar la cuenta de las misas que diga el capellán, la prohibición de que los soldados tengan huésped en dicho hospital, que los soldados vistan con una ropa especial, llevando en el pecho el escudo de armas de Castilla para que se sepa que son de dichos soldados.

Pasan los años, el reino de Castilla vive una época turbulenta de luchas intestinas, guerra fratricida entre Pedro I y su hermano Enrique, la nobleza es discol y rebelde, al faltarle un poder real fuerte se hacen verdaderos reyezuelos, hasta que sube al trono la Infanta Isabel, que al casarse con el infante Don Fernando, verifican la unión de los reinos de Castilla y Aragón, no sin antes tener que luchar con Portugal y los partidarios de Juana la Beltraneja, hija de Enrique IV.

Al fin, pacifican el reino, la nobleza acata la autoridad real, se termina la conquista del reino nazarí de Granada, unificándose realmente España y echando la semilla de una nueva aventura, la más grande y colosal que el mundo haya vivido, el descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, en cuyo quinto centenario nos encontramos.

Este hospital tenía tanta renta que “costeaba por la Mar ciertas galeras en defensa de la fe, de la cual dispusieron para sus buenos fines, los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, dexando lo suficiente para el sustento de doze pobres de las mismas calidades, que no sean de provecho, aviendo servido a la corona de Castilla en la guerra, en cuyo militar servicio se ayan envejecido con pobreza y mancándoles, teniendo cada uno su aposento con su cama, y de comer y beber, vestir y calzar, en sus enfermedades medicina y médico y un capellán que también viva con ellos para que les administre los sacramentos y les diga la Missa en su capilla”.

Más tarde, en la puesta a punto de la Administración del reino, los Reyes Católicos ordenan que fuera visitado, pues había decaído mucho la Cofradía y existían ciertas irregularidades, una vez informados, despachan una real provisión en Granada, el día 25 de Agosto del año 1500, en la que dicen: “ A vos Cofrades de nuestro Hospital del Rey, de la muy noble ciudad de Sevilla, salud y gracia, sépades que por la visitación que nos mandamos facer en el dicho Hospital, fuimos informados que las rentas de él no se gastan, ni se distribuyen según la voluntad de los reyes nuestros progenitores de gloriosa memoria, fundadores del Hospital e según se colige de algunas escrituras que en la dicha visita fallaron, era que en el dicho Hospital estuviesen continuamente treze pobres a quien se de ciertos maravedises para vestir y calzar, e como quiera que por ellos no se declara si los dichos pobres han de ser alimentados de las rentas del dicho hospital o no, pertenece a la interpretación e declaración de la voluntad de nuestros antecesores a nos, e como patronos que somos de dicho Hospital conviene mandar y reformar, e dar orden e forma, como las rentas de él, sean más provechosamente distribuidas y gastadas a servicio de Dios Nuestro señor, conservación de la voluntad, e disposición de los dichos fundadores, e por ende Nos ...disponemos que hayan dos capellanes en su capilla, y treze hombres que en el servicio de los Reyes, en la guerra hubiesen padecido mutilación de sus miembros que los dejaren inútiles para sustentarse de otra manera, o de los mismos hermanos que llegaren a igual pobreza, dándoles facultad de nombrarlos y otras reglas, que el tiempo y las ocasiones han ido alterando hasta el presente, habiéndose extinguido del todo la Cofradía, los pobres se nombraran por Su Majestad y el Consejo de Cámara de Castilla, y el Hospital se administrará por persona constituida en dignidad que también nombra Su Majestad”.



Felipe II considera que los pobres escuderos, debían tener en la ciudad una persona de autoridad y poder a quien poder apelar, en los agravios que los mayordomos y capellanes les hicieran, ordenó y mandó que fuese el Regente de la Real Chancillería de la Ciudad.

En el año 1558, teniendo en cuenta que no cuidan a los pobres escuderos y no les tienen el debido respeto, nombra a un sacerdote de buena vida y fama en la Ciudad, que tenga la obligación de cuidarlos y administrarles los Santos Sacramentos.

Este Hospital funcionó con carácter más bien de asilo, y carácter más benéfico social que asistencial sanitario hasta el año 1794 en que se dispuso que las casas y cuanto le pertenecen quedaban adjudicadas al Hospital de Inocentes.

Ya hemos visto anteriormente, como el Hospital real o del Pilar, funcionó más bien como un asilo para soldados inválidos, pero la tropa en activo que guarnecía la Ciudad así como los transeúntes, que con motivo de las diferentes campañas, necesitaban curar sus enfermedades o heridas en centros hospitalarios de carácter sanitario y dedicados de forma específica a determinadas afecciones, bubas, heridos, psiquiátricos, etc.

Vamos a estudiar tres centros característicos, como son el Hospital de San Cosme y Damián o de las Bubas, el Hospital del Cardenal o de los heridos, y el Hospital de San Cosme y Damián o de Inocentes.

### **HOSPITAL DE LAS BUBAS O DE SAN COSME Y SAN DAMIÁN.**

Este centro se dedicaba al tratamiento de las bubas o sífilis, pasemos por alto la controversia que desde la aparición de la enfermedad ocasionó sobre su origen y estudiemos la fundación del mismo, “en el año 1355 unos médicos y zirujanos, movidos de piedad y reconociendo, que los pobres enfermos que benían a esta ciudad y los que en ella avía no tenían donde recoxerse ni para curarse, creóse esta hermandad, obligándose a la curación benéfica de dichos pobres enfermos”.

Pasan los años, y cuando aparece la enfermedad de las bubas, “sífilis”, que por sus características necesitaba un tratamiento especial en duración y terapia, se trataba en él, con salas separadas para hombres y mujeres, por ello los soldados o marineros que tenían este mal ingresaban en este centro.

Las rentas se invierten en la curación de estos enfermos que acuden a dicho hospital a los agujajes de “palo de santo o guayaco”, que se dan para dicha enfermedad, que empiezan desde primeros de mayo y durante todo el mes de Junio, para lo que precisan camas con todo lo necesario y éstas se elevan a 65, 50 para hombres y 15 para mujeres, curándose cada temporada de 180 a 200.

### **HOSPITAL DE SAN HERMENEGILDO O DEL CARDENAL.**

Fue fundado el 16 de Mayo del año 1454, por el Arzobispo Don Juan Cervantes, especialmente para tratar a los heridos, tenía un servicio de camilleros para la recogida de los heridos.

En él eran atendidos los soldados o marineros heridos “por bocas de fuego, espada, puñales, quebraduras de brazos, piernas y huesos, dislocamiento, mordeduras de perros y animales venenosos y quemaduras y otras qualesquiera heridas que no hallan pasado a ser llagas ya que para ellas ai otro hospital”.

### **HOSPITAL DE SAN COSME Y DAMIÁN O DE INOCENTES.**

También llamado por su ubicación de San Marcos, fue fundado por Corazón de Marcos Sánchez de Contreras, varón de ejemplar virtud, en el año 1475 con la donación de todos sus bienes, aprobando la misma los Reyes Católicos y el Papa Inocencio VIII por una bula del año 1488.

Este nosocomio se llamó de Inocentes, porque su misión era recoger y curar a los pobres faltos de juicio, que perdidos y vagos, impelidos de su furor e impedidos de su cordura causaran y resultaran de graves daños, su fundador falleció el año 1499.

No existía en esta Capital otro centro para este tipo de enfermos, por lo cual por diferentes Reales Órdenes, se designa al mismo para la hospitalización de los enfermos mentales que necesitaran ser reclusos pertenecientes a los Ejércitos y Marina de Su Majestad.

Así, a grandes rasgos he repasado la Hospitalización Militar o mejor dicho del Militar en Sevilla durante los siglos XV y XVI.

## B I B L I O G R A F Í A

Archivo de la Excma. Diputación de Sevilla:

Hospital del Cardenal. Legajo 1.

Hospital de San Cosme y Damián de las Bubas). Legajo 42.

Hospital de Inocentes. Legajo 42.

Hospital de Inocentes. Legajos 1 y 12.

CARMONA GARCÍA, J. I.: *El sistema de la hospitalidad pública en la Sevilla del antiguo régimen*, Sevilla, 1979.

HERMOSILLA MOLINA, A.: *Una institución sanitaria de fines de siglo*, Tribuna Abierta, ABC, 27-11-1986.

LOAYSA, J. DE: *Historia de la Hermandad y Hospital de peregrinos que bajo la advocación de Nuestra Sra. del Pilar existió en esta ciudad, Sevilla, 1889.*

MORGADO, A. DE: *Historia de Sevilla*, Sevilla, 1587.

# LA PICARESCA EN EL EJÉRCITO. DATOS PARA SU ESTUDIO.

## PRESENCIA DE SOLDADOS EN BURGOS A FINALES DEL SIGLO XVI

**Carmen Cámara Fernández**

Licenciada en Historia.

**Juan Mañeru López**

Teniente Coronel de Artillería.

### INTRODUCCIÓN

En los Congresos y Jornadas celebrados recientemente en España, se ha venido destacando el interés creciente de los investigadores por el estudio de los aspectos sociales de la Historia Militar (1). También este trabajo se centra en un punto concreto de la forma de vida del soldado de fines del siglo XVI: La Picaresca. Aunque ésta ha existido siempre y continúa presente en el Ejército de nuestros días, nunca como en los siglos XVI y XVII aparece tan entroncada en el ambiente social y cultural (2).

Esta Comunicación se refiere fundamentalmente a un espacio geográfico: La ciudad de Burgos y sus contornos. El período de tiempo que hemos estudiado es el comprendido entre los años 1592 y 1596.

Burgos, uno de los más florecientes centros urbanos del Imperio Hispánico hasta mediados del siglo XVI, soportó a partir de entonces las consecuencias de las continuas guerras emprendidas por los monarcas de la Casa de Austria que, aunque no se desarrollaron en su territorio, se cobraron un elevado precio en hombres y en dinero.

También tuvo que resistir los azotes de las epidemias —como la terrible peste de 1565—, las sequías, inundaciones y otras catástrofes naturales que, uniendo sus efectos, hicieron que el año 1591 su población fuese la mitad de la existente en 1561.

Al comenzar la última década del Quinientos, la ciudad se encontraba además en una difícil situación económica, al haber disminuido de forma drástica su anterior poderío comercial (3).

Sin embargo, todos estos problemas no impedían que Burgos continuara siendo el cruce de caminos que siempre fue. Por sus calles pasaron aquellos años cientos de hombres de armas de distintas procedencias y con diversos destinos. De sus huellas, plasmadas en los libros de escribanos burgaleses, hemos querido ocuparnos.

## TESTIMONIOS DOCUMENTALES SOBRE MILITARES

Para realizar este trabajo hemos consultado principalmente los fondos de Protocolos Notariales del Archivo Histórico Provincial de Burgos y los libros de Actas Municipales que se conservan en el Archivo del Ayuntamiento de esta ciudad.

— Se ha analizado la documentación referente a nueve compañías, ocho de las cuales al menos fueron supervisadas por el comisario burgalés Don Francisco Meléndez. Se trata en primer lugar de las listas de reclutamiento, revistas y “socorros” de los capitanes Alonso de Frías (4), Pedro Fernández de Ramada (5), Esteban Ochoa de Oro (6) y Lázaro de Lamadriz (7), quienes, en 1592, realizan levas en tierras de Burgos, Vitoria, La Rioja y Navarra. Asimismo las de los capitanes Pedro Lasso de la Vega, Diego González Castejón y Pedro Osorio Soro, que lo hacen, en 1594, en zonas de Segovia, Ávila y Extremadura (8). También hemos revisado la “Conducta”, Instrucción y órdenes dadas por el Rey al capitán Diego de Arce en 1595 (9), y estos mismos documentos referidos al capitán García del Oyo, junto a la lista de soldados levantados por él en Burgos el año 1596 (10).

Estas compañías suman más de 700 hombres, de quienes se conoce el nombre, filiación, naturaleza, aspecto físico y edad; sabemos cuantos fueron desertores o estuvieron presos y otros datos útiles para deducir detalles de su vida cotidiana.

— No menos interesante ha resultado hallar tres procesos Judiciales que se siguieron en Burgos, cuyos protagonistas fueron soldados o tuvieron relación con el Ejército.

El primero de ellos se refiere a una información hecha, en Junio de 1594, acerca de dos vecinos del pueblo burgalés de Fresno. Ambos fueron encarcelados por permitirse criticar en público al propio comisario Meléndez, poniendo en duda su integridad profesional mientras supervisaba el alojamiento de la compañía del capitán Diego de Arce en dicho lugar. El desenlace final es la puesta en libertad, sin cargos, de los vecinos, obligándoles sólo a ir al cuerpo de guardia de dicha unidad y desdecirse, también en público, de sus palabras (11).

El segundo, es la causa seguida, en Julio de 1594, contra Cristóbal de Quiñones, un veterano soldado de la compañía que el capitán Jerónimo de Quintanilla recluta en esos momentos en la ciudad. La acusación es “...dar unos tintos en las frateras a María de Rozas y ...tomar una bolsa con cierto dinero a Doña Francisca Bonifaz...”, en pleno centro urbano, durante la Feria de San Pedro y al amparo de una pelea callejera. Se desconoce cual fue el veredicto final (12).

El tercer proceso se siguió en las mismas fechas contra otro miembro de dicha compañía: El alférez “reformado” (13) Diego de Salazar. Junto a él, se juzga a Mariana García, una muchacha madrileña que, disfrazada de hombre, le sigue de pueblo en pueblo. En los autos se describe el origen familiar de ambos —hidalgo el del hombre, humilde el de ella—, el hurto de documentos para ocultar su verdadera identidad, el descubrimiento de ésta al fin y el encarcelamiento de los dos. Este último documento refleja, en sus casi cuarenta folios, el aspecto, ropas y pertenencias de los acusados y algunas de sus experiencias vitales fuera y dentro del ambiente castrense. La sentencia final es relativamente benigna para el alférez, acogido a la jurisdicción militar: Multa de 500 maravedís y prohibición, bajo pena de cuatro años de galeras, de convivir con la joven. No sabemos en cambio la suerte corrida después por ella ante los tribunales civiles (14).

## LA PICARESCA EN LA VIDA MILITAR

De las fuentes citadas han podido deducirse situaciones que en nada se diferencian de algunos pasajes del Teatro o la Novela del momento. Esta coincidencia no puede extrañarnos si tenemos en cuenta que grandes autores literarios, como Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina o el mismo Cervantes, conocieron de cerca realidades parecidas durante el tiempo en que fueron soldados (15).

La extensión y riqueza de la documentación nos impide comentarla y transcribirla ahora en su totalidad. Destacaremos aquí únicamente sus aspectos más relevantes en relación con los siguientes puntos:

## — IRREGULARIDADES EN EL RECLUTAMIENTO: FALSEAMIENTO DE LA IDENTIDAD Y EDAD DE LOS SOLDADOS.

Varios autores han comentado ya la frecuencia con que algunos mandos apuntaban en las listas más hombres de los reales, para cobrar el dinero de su mantenimiento, trampa que ha quedado también descrita en las Aventuras de Guzmán de Alfarache (16).

En cuanto a las compañías analizadas, hay falsedad, por lo menos, en la identidad del alférez Diego de Salazar, el cual poseía documentos a nombre de Alonso Gómez Moreno, un estudiante acomodado de Sevilla. Probablemente su engaño no hubiera sido descubierto a no ser por su acompañante femenina. Si algo así podía pasar desapercibido, mucho más difícil tenía que resultar para los mandos militares tener certeza de la edad exacta de cada recluta, dato que se basaba principalmente en la declaración del propio interesado y en la apreciación visual de los testigos. Las órdenes reales prohibían el alistamiento a los menores de 18 años (17) y en ninguna lista hemos encontrado reclutas menores; sin embargo, no puede descartarse que algún muchacho mintiera al respecto, ni que, ante la escasez de hombres en las compañías, se pasase por alto tal extremo, como relatan en sus autobiografías el pícaro Estebanillo González y el capitán Alonso de Contreras (18).

El juicio celebrado en Burgos contra Cristóbal de Quiñones nos ofrece también un testimonio indirecto sobre este tema: En efecto, su camarada, Gómez Carrillo, declara que ambos han sido compañeros de armas desde hace más de catorce años; habida cuenta de sus edades respectivas —31 y 30 años—, es imposible que tuviesen 18 en su primer alistamiento.

## — ASPECTO FÍSICO Y VESTUARIO DEL SOLDADO.

Las características físicas de los reclutas eran tan variadas como su número; sin embargo hay algún rasgo común: En primer lugar, se intuye en las descripciones de bastantes soldados —con su barba crecida y enormes bigotes—, ese cierto aire chulesco que les confiere lo que Ortega y Gasset llamó atinadamente “aspecto de capitán de tramoya” (19).

Esto es más notorio entre los hombres veteranos, de apariencia parecida a la de un soldado del capitán Osorio Soro “...de buen cuerpo, barbicastaño y bien barbado; mostachos grandes; de 36 años”. También se observa en los alféreces y sargentos, a quienes, por su cargo, se les prefería además de estatura elevada o, cuando menos, de “buen cuerpo” y con fortaleza física (20), como era Diego de Salazar.

En segundo lugar, resulta habitual encontrar en sus rostros grandes cicatrices y señales, causadas bien por accidentes fortuitos, bien por luchas en el campo de batalla o por reyertas de todo tipo. Así, un recluta del capitán Lasso de la Vega tiene “...la frente quemada...”, mientras otro perteneciente a la compañía de García del Oyo presenta “...una señal de herida desde la ceja izquierda hasta la boca...” que no parece consecuencia de un accidente casual como el caso anterior. Hay también buen número de soldados a quienes les faltan dientes o la visión en uno de los ojos. Casos extremos son algunos cojos, uno con “...la cabeza un poco torcida...” y otro “cabiztuerto”.

En cuanto al vestuario del hombre de armas, los estudiosos coinciden en que la falta de uniformidad era casi completa en aquellos momentos (21). Sin embargo puede hablarse de una peculiar forma de vestir que les asemejaba entre sí y hacía resaltar su condición de soldados. En la España del XVI, donde la ropa de la población civil era casi siempre negra o parda, el militar gustaba de usar prendas de vistosos colores (22) que acentuaban todavía más ese aspecto algo exhibicionista al que antes hacíamos referencia. Mateo Alemán hizo lamentarse al pícaro Guzmán de la restricción de color en los trajes que se imponía para visitar la Corte (23) y el capitán Contreras cuenta como, de lo ganado en botín, “...hice un vestido de muchos colores...” (24).

Las listas de reclutamiento no aportan noticias sobre la ropa de los hombres, pero en el juicio a Diego de Salazar se hace una relación de sus prendas y del disfraz masculino de Mariana. Entre otras, hay: medias nacaradas, zapatos blancos, una capa verde, un guyesco con pasamanos de oro y un sombrero con abalorios.

Sin pretender establecer comparaciones, apuntamos aquí la pervivencia hasta nuestros días del gusto por una estética concreta, que cabría definir como “exageradamente militar”, por parte de determinados miembros de algunas unidades del Ejército.

#### —DESARRAIGO DEL SOLDADO: PROCEDENCIA Y DESTINOS DIVERSOS.

El alejamiento continuado del hogar y localidad de origen fue una circunstancia unida a la vida de los soldados. Hubo quienes sentaron plaza por simple amor a la aventura o buscando la gloria y el prestigio social; muchos lo hicieron impulsados únicamente por su extrema pobreza y algunos por varios de estos motivos a la vez. Así lo han resaltado los historiadores y puede leerse, tanto en las autobiografías de militares, como en otras páginas de la literatura de la época, comenzando por nuestra más famosa novela: *Don Quijote de la Mancha* (25).

Por otra parte, a fines del siglo XVI a los reclutas no se les garantizaba el destino fijo en un lugar determinado, ni la fecha en que podrían volver al hogar. Además, la procedencia de los hombres alistados bajo una misma bandera, que hubiera podido servir de cohesión, era totalmente diversa (26).

En la documentación se comprueba que, entre quienes sientan plaza en Burgos, abundan los de zonas alejadas como Sevilla, Zaragoza, Murcia o Nápoles. Esto mismo ocurre en otras partes: Así, en Ávila se alistan hombres de Asturias, Portugal o Andalucía. En cuanto a su destino final, podía estar en la Península o en lugares lejanos del Imperio, como demuestran los compañeros de Cristóbal de Quiñones al dar testimonio de que éste ha servido "...en Portugal, Italia y Francia...".

Esta forma de vida podía durar largos años, como sucedió en el caso del alférez Diego de Salazar o en el del mismo Quiñones. Consecuencia de ello fue crear en muchos militares un desarraigo profundo que quedaba patente en conductas anárquicas fuera del ámbito castrense. En palabras de Ortega y Gasset, se trata de "...hombres sueltos, que viven sobre el terreno, como la langosta..." (27). En cuanto salen del pequeño mundo de su compañía, todo les es hostil. El aislamiento del entorno familiar pudo proporcionar interesantes aventuras a personalidades tan inquietas como la de Alonso de Contreras, que lo elegían voluntariamente, pero sin duda provocó angustia en muchos otros hombres, como aquellos artilleros burgaleses de 1580 que, antes de partir "...a la Jornada de Portugal, por servicio de su Magestad...", se despidieron de los suyos e hicieron testamento (28).

#### —LA VIDA EN COMÚN: DISCIPLINA Y CAMARADERÍA.

El desarraigo del militar respecto a la sociedad civil tenía su contrapartida en los fuertes lazos que unían a los hombres dentro del mundo castrense. Sometidos en él a una rígida disciplina, la desobediencia a sus mandos era considerada un delito de la máxima gravedad. Son expresivas a este respecto las palabras de Contreras: "...mi cabo de escuadra, a quien yo respetaba como al Rey..." (29). Las diligencias hechas en el pueblo burgalés de Fresno resultan también reveladoras: Los soldados que testifican en ellas se encontraban alojados en una casa; una noche escuchan las críticas que se hacen a sus oficiales. Enseguida, los cuatro toman postura a favor de sus mandos y, a pesar de las amenazas de los vecinos, "...en acabando de cenar, se fueron al cuerpo de guardia y dieron cuenta dello a su alférez..."

Las compañías estaban compuestas por escuadras de 25 hombres. Cada escuadra tenía a su vez pequeños grupos de 2 ó 3 soldados que vivían juntos, compartiendo alojamiento, comida y experiencias diarias: son los camaradas, quienes forman un bloque solidario, sustituto en cierto modo de los afectos familiares. Entre ellos existía un pacto de honor para defenderse mutuamente en cualquier circunstancia. Así, cuando se juzga por robo a Cristóbal de Quiñones, sus tres camaradas, como si fueran uno sólo y casi con idénticas palabras no dudan en testificar que Quiñones ha sido siempre un hombre honrado e intachable y un soldado leal, disciplinado y valiente.

La estrecha convivencia entre camaradas derivó a veces en amistad profunda, hasta el punto de designarse testamentarios unos a otros y confiarse el cuidado de sus viudas e hijos, si los tenían, extremo que hemos podido comprobar también en testamentos de otros soldados y artilleros burgaleses (30).

#### —LA VIDA AFECTIVA DEL HOMBRE DE ARMAS: PRESENCIA DE LAS MUJERES EN EL MUNDO MILITAR.

Las órdenes del Rey para las levas especifican que el capitán "...a de tener especial cuidado que la gente de la dicha compañía no saque ni llebe mugeres de los lugares donde estubieren, ni las tengan por mancebas..." (31). Esta norma fue sistemáticamente incumplida, según han afirmado diversos historiadores, tanto en el siglo XVI como posteriormente (32).

La Administración prefería hombres solteros, pero había casados, sobre todo entre los oficiales (33). Sin embargo, considerando la dificultad de crear o mantener relaciones matrimoniales estables y con el fin de evitar raptos, violaciones o abusos por parte de los militares, se consideró necesario reglamentar la presencia de prostitutas en las compañías. Desde el último cuarto del siglo XVI, los mandos castrenses convinieron en que por cada 200 soldados —aproximadamente una compañía— hubiera de 4 a 8 prostitutas, especificándose que éstas debían estar a disposición de todos los hombres (34). Estebanillo González habla de su compañía y de “...cinco mozas que llevábamos en el bagage...” (35). Por otra parte, los soldados podían acudir a las Mancebías de las ciudades por donde pasaban. Éstas, auténticos guetos de prostitución, se localizaban en el centro urbano, normalmente en una calle cerrada donde había pequeños habitáculos para las mujeres, como describe Alonso de Contreras durante su visita a la de Córdoba (36). Hacia 1592, la Mancebía de Burgos estaba adosada a la muralla, junto a la puerta de las Carretas, en el mismo lugar que ocupa hoy la Casa Consistorial; constituía un negocio legal, en cuyos beneficios participaban incluso algunas iglesias y clérigos burgaleses (37). Incidiendo en el ambiente picaresco del momento, diremos que quien se encargaba entonces de su explotación y mantenimiento era un peculiar funcionario municipal: Melchor de los Reyes, el verdugo de la ciudad (38).

La consideración de las prostitutas como mero objeto de uso común no impidió sin embargo que entre algunas de ellas y determinados militares se establecieran vínculos afectivos, a veces duraderos, como ocurrió en el caso del capitán Contreras (39).

En este mundo de explotación femenina donde en ocasiones apareció el amor, podemos inscribir la relación entre el alferez Diego de Salazar y Mariana García, plasmada en su juicio. Destaca en primer lugar la condición marginal de la joven: huérfana de 20 años y analfabeta que huyó del hogar antes de la muerte de sus padres y nunca volvió a verles. El carácter indómito de la muchacha queda de manifiesto cuando, sin asustarse ante las preguntas del juez acerca de su atuendo masculino, responde retadora que “...anda en abito de hombre porque se le antoja...”. Se advierte también la rapidez con que accede a ir con el alferez: En efecto, “...cuatro días antes que se partiesen a esta ciudad desde la dicha villa de Madrid, el dicho Diego de Salazar requirió a esta que declara de amores y se concertaron de benirse juntos a esta ciudad...”. Estos datos, unidos a la sospecha de que la joven convivió antes con otro capitán, y a la relativa riqueza y colorido de sus ropas —“...un refaxo leonado guarnecido de raso y plata... y una basquiña de carmesí colorado con trenças de plata en su cuerpo...” — permiten suponer que no pertenecía al conjunto de mujeres consideradas “honradas”.

Diego de Salazar es más culto y tiene una personalidad contradictoria no exenta de cierto romanticismo; durante el proceso firma sus declaraciones con excelente caligrafía; en su equipaje se hallan “...papeles en latín y en romance y un libro de Garcilaso...”, curioso bagaje para ir a la guerra. Este hombre, capaz de robar documentos ajenos y mentir cuando le interesa, no olvida llevar consigo “...una imagen de Xpto y Nuestra Señora...”. Por otra parte, parece tener afecto a la muchacha; Así, durante su declaración “...preguntado por que la tray en abito de hombre, pudiendola traer en abito de mujer= dixo que por tener mas seguridad y que no se le atreba a nayde y por llebarla consigo a la guerra...”. Es evidente que quiere la compañía de Mariana para él solo, sin compartirla con sus compañeros y desea que su relación sea duradera. De ahí la sustracción de Cartas de Dote y Arras para que, si les descubren, todos crean que son marido y mujer. Estos documentos consiguen dar a la joven mayor respetabilidad pública, en un doble aspecto: como casada y como hija de un caballero toledano, acercando así su nivel social al del propio Salazar.

Ciertamente este caso, en el que se mezclan amores, robos y equívocos con un sentido del honor propio de la época, hubiera podido inspirar al propio Tirso de Molina para escribir su famosa obra “Don Gil de las calzas verdes”.

Hay un tipo de irregularidad en las levas que hemos creído más oportuno incluirlo en este apartado: Se trata de posibles engaños acerca del sexo de los reclutas. No hemos hallado pruebas de que se hiciese ningún examen a los hombres desnudos y por otra parte consta que, durante cierto tiempo, Mariana pasó por ser uno de los pajes que acompañaban a los soldados acomodados y fue descrita como “...un mancebo desbarbado, de buen rostro...”. Situaciones parecidas se dieron otras veces: No podemos dejar de aludir a una mujer contemporánea de la muchacha madrileña: La famosa “Monja Alferez”, Doña Catalina de Erauso. Nacida en una prestigiosa familia de militares, huyó del convento al que había sido destinada, mudó de identidad, se vistió de hombre y sentó plaza de soldado, embarcando hacia América. Ascendió hasta el grado de capitán y llevó una vida más aventurera, si cabe, que el propio Alonso de Contreras, consiguiendo siempre ocultar su verdadera condición a sus compañeros de armas (40).

## —DIFICULTADES DE LA CONVIVENCIA: RETRASOS EN LAS PAGAS. JUEGO Y DEUDAS. REYERTAS.

Dentro de las compañías la convivencia no era fácil. En primer lugar por problemas de simple subsistencia, pues las pagas no solían llegar a tiempo (41). En 1590, incluso a los prestigiosos artilleros burgaleses se les debían todavía siete meses de salario de cuando sirvieron en la Invencible (42). En las unidades que estamos estudiando hubo veces que ni siquiera se cubrieron los gastos de los días iniciales de la leva. La primera lista de revista que se hace en cada una de ellas coincide siempre, en número y nombre de soldados, con las que se hacen en fechas sucesivas para irles entregando los socorros —cantidades a cuenta de sus futuras pagas—; sin embargo, nada más comenzar la marcha, los capitanes Lamadriz y Ochoa de Oro se quejan ya de que los socorros no llegan y sus soldados “...algunos estan sin espada y descalços y no pueden caminar...” (43).

En estrecha relación con la miseria que sufrían los hombres, se encuentra el elevado número de desertiones observadas. Las Instrucciones reales advierten a los capitanes para que no permitan el alistamiento de “...los onbres de mal bibir que tienen por costunbre de asentarse por soldados por solo regebir las pagas y socorros y robar en los aloxamientos y despues bolberse...” (44). La repetición de esta orden prueba su continua infracción. Por ello no es extraño que una de las primeras preguntas hechas en el juicio a Cristóbal de Quiñones sea precisamente “...si tiene por uso y costunbre andarse de feria en feria, bagando y alistandose debajo de bandera para, so color de ello, andarse dando tientos...”.

En las compañías analizadas hemos contabilizado más de 100 desertores, de los que únicamente 7 se van sin haber cobrado ningún socorro. En los desertores destacan dos grupos de edad: Los reclutas jóvenes —23 años o menos— y los más veteranos —en torno a 30 años o mayores—. Buena parte de los primeros son de zonas cercanas al lugar de alistamiento y en ocasiones se van a la vez varios muchachos del mismo pueblo.

A la vista de los datos podemos deducir que el abandono de los bisoños pudo deberse a recelo ante la realidad de la vida militar, como cuenta Estebanillo González (45), mientras que en el caso de los veteranos parece una forma como otra cualquiera de conseguir el difícil sustento de cada día, alistándose en banderas sucesivas para poder recibir el real que se les daba cada jornada como socorro.

Un agravante a la falta de sueldos son las deudas de juego. El juego era en aquel momento una pasión social. Resulta increíble el número de barajas utilizadas en cualquier pequeño pueblo burgalés (46).

En el caso de los militares esta actividad era todavía más obsesiva por la dificultad de llenar el ocio en el ambiente castrense. Alonso de Contreras nos relata como, a falta de naipes, en su compañía llegaron a jugar con piojos (47). Ante la imposibilidad de prohibirlo, los sargentos se encargaban de que, al menos, se desarrollase sin incidentes (48) y los capitanes tenían prohibido “...arrendar las tablas de juego...” (49).

Las deudas, que obligaban a veces a los hombres a vender cuanto poseían, influían también en otro grave problema de convivencia: Las reyertas. Por los motivos más banales se producían peleas entre soldados o entre militares y civiles. Fácilmente terminaban con heridos o muertos. Sin embargo la agresividad de aquellos hombres no puede achacarse únicamente a su vida desgarrada, sino también a una mentalidad social que daba al homicidio diferente consideración como delito a la actual. Así, la muerte de un hombre podía perdonarse, incluso sin ir a prisión, si el homicida llegaba a un acuerdo con la familia del fallecido y les pagaba una indemnización económica (50).

Aparte de las cicatrices que muchos hombres tenían en el rostro, hemos hallado otro dato quizá relacionado con una reyerta: En la compañía del capitán González Castejón son dados de baja al mismo tiempo Juan Alonso —un soldado de Salamanca, de 30 años—, por estar “herido” y Juan Ortiz —granadino, de 36 años— por haber sido “Condenado”.

## —PROBLEMAS CON LA POBLACIÓN CIVIL: ABUSOS, ROBOS Y OTROS DELITOS DURANTE LOS ALOJAMIENTOS.

Según las órdenes reales, las autoridades de los lugares por donde pasaban las compañías debían proporcionar a éstas los animales de carga, carros u otros materiales que pudieran necesitar, previo pago a un precio justo (51).

Los vecinos estaban obligados a alojar a los militares. Cada soldado recibía su “boleta”, un papel donde se indicaba su nombre y señas personales y la casa en que tenía que aposentarse. A cada vivienda no iban más que 2 ó 3



reclutas, para evitar incomodidades a sus anfitriones y estos sólo debían darles posada y cama. La comida la comprarían con el dinero de los oportunos socorros (52).

Al retirarse la compañía, el soldado devolvía su boleta, en cuyo reverso debía ir escrita la “contenta”, una especie de certificado de buena conducta. En caso de problemas, el capitán era el responsable de remediarlos antes de partir y de castigar al culpable (53).

Esto era la teoría. En la práctica todas las Instrucciones reconocen “...los desordenes y exçesos que por lo pasado an suçedido en las levas...” (54). Desde el principio, no todos los soldados iban a los alojamientos asignados; en ocasiones se “rescataban” boletas, es decir se liberaba a los vecinos del deber de alojarles, a cambio de dinero; otras veces se aposentaban más de tres hombres en una casa. Las dos últimas irregularidades aparecen en la documentación estudiada: En efecto, los camaradas alojados juntos en una casa de Fresno, son cuatro; en poder de Diego de Salazar aparece una carta dirigida por el alférez de su unidad a las autoridades del pueblo de Yudego, con el ruego de aposentar a Salazar y a otros tres compañeros, pues “...los soldados que se van listando no tienen de que comer...”. Pero al ruego se añade una frase de claro chantaje: “... y quando mi compañía salga, tendre muy gran cuidado de no entrar en ese lugar...”. Es de suponer que en Yudego aceptarían de inmediato la petición, pues la presencia de toda una compañía era mucho peor. Todos los autores insisten en los abusos cometidos por los militares contra personas y bienes (55) y están perfectamente reflejados en pasajes de las aventuras de Estebanillo González y Guzmán de Alfarache (56). En nuestro caso, tenemos el juicio por robo contra Cristóbal de Quiñones.

Los jóvenes reclutas convivían desde el primer día con soldados veteranos, entre quienes había ladrones y asesinos. Hemos hallado cinco soldados presos, todos mayores de 30 años. Por su parte, Ibáñez Pérez ha documentado otros casos de delincuentes burgaleses que consiguieron eludir la cárcel alistándose en una bandera (57). Hasta el propio Lope de Vega se asentó en una ocasión como soldado para huir de la Justicia (58).

El miedo a los hombres de armas era tan grande, que la Cartuja de Miraflores de Burgos estableció un sistema, por el cual, entregando a dicho establecimiento religioso ciertas limosnas en especie, los pueblos quedaban libres del penoso deber de los alojamientos (59). El Regimiento de la ciudad empleó también todos los medios a su alcance para impedir o reducir esta obligación. Así, en 1594, ante la llegada inevitable de 9 compañías, escribe a Felipe II exponiéndole su miseria y pidiendo que “...en caso que aya de benir la dicha gente de guerra, sea por muy poco tiempo...” (60).

#### —CORRUPCIÓN EN LOS MANDOS.

Los desmanes de las tropas eran muchas veces tolerados e incluso impulsados por sus mismos oficiales. Además de las irregularidades en los alojamientos, ya comentadas, en los interrogatorios a Diego de Salazar se vierten sospechas contra un capitán llamado Sancho Ochoa “...por fieros, amenazas o biolencias que por el dicho capitán y otros sus soldados se hacian...” en la zona de Río Ubierna.

Otros comportamientos parecen casi una burla a las Instrucciones recibidas del Rey: En el Libro de Actas Municipales de 1594, inmediatamente detrás de la orden tajante de Felipe II a Diego de Arce para que no abandone su bandera ni a sus hombres durante el alistamiento, aparece un poder concedido desde Madrid por éste mismo capitán a su alférez y a su sargento, encargándoles a ellos toda la leva “... por ciertos impedimentos que de presente tengo para despacharme desta Corte...” (61).

\* \* \*

De todo lo expuesto hasta aquí, podemos concluir que la picaresca fue una constante en la vida militar burgalesa de fines del siglo XVI, propiciada por la miseria reinante y por la ineficacia de la Administración para evitarla. Esta inoperancia no parece ajena a la escasez de hombres dispuestos a servir como soldados y a la consiguiente dificultad para reemplazar a los sancionados.

Para terminar, repetiremos estas acertadas palabras de Geoffrey Parker: “El pícaro civil del Siglo de Oro español, fue hijastro del pícaro militar de los últimos años de Felipe II” (62).

## N O T A S

(1) "Temas de Historia Militar". (Actas del I y II Congresos de Historia Militar. Zaragoza, 1982 y 1988). Madrid, Adalid, 1982 y 1988. Para la época que nos ocupa, principalmente la ponencia de RIBOT GARCÍA, Luis: "El Ejército de los Austrias. Aportaciones recientes y nuevas perspectivas", publicado en el T. I del año 1982, pp. 159-195.

(2) Entre otras, BENNASSAR, Bartolomé: "Los españoles. Actitudes y mentalidades. Desde el s. XVI al s. XX". Madrid, Swan, 1985. DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: "El Antiguo Régimen. Los Reyes Católicos y los Austrias". Madrid, Alianza Universidad, 1981. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: "La sociedad española en el Siglo de Oro". Madrid, Gredos, 1989.

(3) De las diversas publicaciones sobre la historia de Burgos, son clásicas las obras de BASAS FERNÁNDEZ, Manuel: "El Consulado de Burgos en el siglo XVI". Madrid, C.S.I.C., 1963. GONZÁLEZ, Nazario: "Burgos, la ciudad marginal de Castilla". Burgos, 1958. LOPEZ MATA, Teófilo: "La ciudad y el Castillo de Burgos". Burgos, 1950. Más recientes son los estudios de GUTIÉRREZ ALONSO, Adriano, y otros: "Historia de Burgos". T.III. Burgos, C.A.M., 1990 e IBÁÑEZ PÉREZ, Alberto C.: "Burgos y los burgaleses en el siglo XVI". Burgos, Ayuntamiento, 1990.

(4) Archivo Histórico Provincial de Burgos (A.H.P.B.). Protocolos Notariales de Burgos (Prot. Not.Bu.). Diego de Aguayo. Leg.6172/2, fol. 476 a 482vº. 7 a 23 de Mayo 1592. Listas de reclutamiento, revistas y socorros del capitán Alonso de Frías. (la primera lista, citada por IBÁÑEZ PÉREZ, Ob. cit. p. 397).

(5) Idem. fol. 510 a 523vº. 11 a 24 de May 1592. Listas de reclutamiento, revistas y socorros del capitán Pedro Fernández de Ramada (el último socorro, citado por IBÁÑEZ PÉREZ, A. Ob. cit., p. 398-399).

(6) Idem. fol. 524 a 535. 12 a 24 de May. 1592.

(7) Idem. fol. 492 a 505. 7 a 23 de May. 1592.

(8) Ibid. Martín Ramírez. Leg. 6020. sin fol.8 de Abr. a 20 de May 1594.

(9) Archivo Municipal de Burgos (A.M.B.). Actas Munic. 1595, fol. 83vº a 92. 9 de Abr.

(10) Ibid. Actas Munic. 1596. fol. 51vº a 59vº. 24 de Feb. A.H.P.B. prot. not. Bu. Martín Ramírez. Leg. 6021, sin fol. 6 Ene. 1597 (es copia de un documento de 1596).

(11) Ibid. Martín Ramírez. Leg. 6020, sin fol. 1 a 3 de Jun. 1594.

(12) Idem. 13 y 14 de Jul. 1594.

(13) Se denominaban "reformados" a los oficiales que, por nueva estructuración de su unidad, quedaron sin destino, debiendo servir y cobrar como soldados. PARKER, Geoffey: "El Ejército de Flandes y el Camino Español. 1567-1659". Madrid, Revista de Occidente, 1976, p. 268. QUATREFAGES, René: "Los Tercios Españoles (1567-77)". Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979. p. 39.

(14) A.H.P.B. Martín Ramírez. Leg. 6020, sin fol. 9 a 14 de Jul. 1594.

(15) FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Ob. cit. pp. 587-592 y 715. MACÍA SERRANO, Antonio: "Lope, soldado". Revista de Historia Militar, nº 16. Madrid, 1964. pp. 71-94. SOTTO Y MONTES, Joaquín de: "Los grandes Tercios Viejos de la Infantería Española". Revista de Historia Militar, nº 11. Madrid, 1962. pp. 25-62.

(16) PARKER, G. Ob. cit. p. 204. RIBOT GARCÍA, L. Ob. cit. pp. 171-172. ALEMAN, Mateo: Guzmán de Alfarache. Madrid, Cátedra, 1981, p. 356.

(17) A.M.B. Actas Munic. 1594. fol. 90. 9 Abr. Conducta para el capitán Diego de Arce. Ibid. Actas Munic. 1596. fol. 59. 24 de Feb. Conducta para el capitán García del Oyo.

(18) CONTRERAS, Alonso de: "Vida del capitán Alonso de Contreras". Madrid, Alianza, 1967. p. 51-52 y 57. "VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZÁLEZ, HOMBRE DE BUEN HUMOR, COMPUESTA POR EL MESMO". Madrid, 1956. T.I. p. 15.

(19) ORTEGA Y GASSET, José: Prólogo a "Vida del capitán Alonso de Contreras". Ob. cit. pp. 28-29.

(20) QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 146.

(21) PARKER, G. Ob. cit., p. 208. SOTTO Y MONTES, J. Ob. cit. p. 40-42.

(22) QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 244.

(23) ALEMAN, M. Ob. cit. p. 350.

(24) CONTRERAS, A. Ob. cit. p. 59.

(25) "AUTOBIOGRAFÍAS DE SOLDADOS (SIGLO XVII)" Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1956. p. IX. PARKER, G. Ob. cit. p. 77. QUATREFAGES, R. Ob. cit. pp. 251 y 318. SOTTO Y MONTES J. Ob. cit. pp. 37-39. CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha". Madrid, Aguilar, pp. 1007-1010, pasaje en el que Don Quijote y Sancho encuentran a un mancebo que va a alistarse como soldado. "VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO..." Ob. cit. T.I. pp. 15 y 213.

(26) PARKER, G. Ob. cit. p. 229. QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 26.

(27) ORTEGA Y GASSET, J. Ob. cit. p. 16.

- (28) IBÁÑEZ PÉREZ, A. C. Ob. cit. p. 402.
- (29) CONTRERAS, A. Ob. cit. p.57.
- (30) PARKER, G. Ob. cit. pp. 218, 222 y 223. QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 145. A.H.P.B. Prot. Not. Bu. Leg. 5740, fol. 739 y ss. 12 de Oct. 1580.
- (31) Ver nota nº 18.
- (32) QUATREFAGES, R. Ob. cit. pp. 271 y 281.
- (33) A.H.P.B. Prot. Not. Bu. Leg. 5796, fol. 160vº. 6 Mar. 1603. Poder del capitán Jerónimo del Río y su esposa a un capellán para que les administre sus heredades. Ibid. Leg. 5928, fol. 949. 4 de Ago. 1600. Poder para Doña Teresa de Salamanca, viuda de un capitán de los Estados de Flandes.
- (34) PARKER, G. Ob. cit. p. 220. QUATREFAGES, R. Ob. cit. pp. 271-272.
- (35) "VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO..." Ob. cit. T.I. p. 190.
- (36) CONTRERAS, A. Ob. cit. p. 121-122
- (37) IBÁÑEZ PÉREZ, C.A. Ob. cit. pp. 462-465.
- (38) A.M.B. Actas Munic. 1596, fol. 59. 24 de Feb. Ordenes para el capitán García del Oyo.
- (39) CONTRERAS, A. Ob. cit. pp. 124-125.
- (40) SOTTO Y MONTES, Joaquín de: "Semblanzas de algunas heroínas españolas". Revista de Historia Militar, nº 20. Madrid, 1966. pp. 51-77.
- (41) IBÁÑEZ PÉREZ, A.C. Ob. cit. pp. 398-399. PARKER, G. Ob. cit. p. 85. RIBOT GARCÍA, L. Ob. cit. p. 172. THOMPSON, I. A. A. "Guerra y Decadencia. Gobierno y Administración en la España de los Austrias. 1560-2620". Barcelona, Crítica, 1981. p. 134.
- (42) LÓPEZ MATA, T. Ob. cit. p. 223.
- (43) A.H.P.B. Prot. Not. Bu. Gaspar de Aguayo. Leg. 6017/2, Fol. 503 y 533. 24 y 26 de May. 1592.
- (44) A.M.B. Actas Munic. 1594, fol. 86vº. 9 de Abr. Conducta para el capitán Diego de Arce.
- (45) "VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO..." Ob. cit. T.I. p. 190.
- (46) QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 143. IBÁÑEZ PÉREZ, A.C. Ob. cit. pp. 292-296.
- (47) CONTRERAS, A. Ob. cit. p. 72.
- (48) QUATREFAGES, R. Ob. cit. p. 143.
- (49) A.M.B. Actas Munic. 1594, fol. 85vº. 9 Abr.
- (50) IBÁÑEZ PÉREZ, A.C. Ob. cit. pp. 451-456.
- (51) A.M.B. Actas Munic. 1596, fol. 52vº. 24 de Feb.
- (52) Idem. fol. 57. 24 Feb.
- (53) Idem.
- (54) Idem. fol. 54vº. 24 Feb.
- (55) PARKER, G. Ob. cit. p. 129. THOMPSON, I. A. A. Ob. cit. p. 95.
- (56) ALEMÁN, M. Ob. cit. pp. 355-356. "VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO..." Ob. cit. T.I. p. 191.
- (57) Ver nota nº 8. A.H.P.B. Prot. Not. Bu. Gaspar de Aguayo. Leg. 6017/2, fol. 510vº y 527vº. 11 y 12 de May. 1592. Soldados, de las compañías de los capitanes González Castejón y Ochoa de Oro, que causan baja por estar presos. IBÁÑEZ PÉREZ, A.C. Ob. cit. pp. 398-399.
- (58) MACÍA SERRANO, A. Ob. cit. p. 84.
- (59) IBÁÑEZ PÉREZ, C. A. Ob. cit. pp. 399-400.
- (60) A.M.B. Actas Munic. 1594, fol. 1. 1 Ene.
- (61) Idem. fol. 90 a 92. 9 de Abr.
- (62) PARKER, G. Ob. cit. p. 225.

## APÉNDICE DOCUMENTAL

### CAUSA CRIMINAL CONTRA EL ALFÉREZ DIEGO DE SALAZAR Y SU AMIGA

Segunda declaración de Diego de Salazar.

(A.H.P.B. Prot. Not. Bu. Martín Ramírez. Leg. 6020, sin. fol. 11 Jul. 1594).

“En la çiudad de Burgos y en la carçel real della, a onze dias del mes de Julio de mil y quinientos y noventa y quatro años, el dicho Teniente hiço aparecer ante si al dicho Alonso Gómez Moreno, que dixo ansi llamarse en primera confisión, y le mando jure y el dicho onbre, que dijo llamarse Diego de Salazar ahora, dixo que el no a de jurar en manos del dicho señor Tyniente porque es soldado y Su Merced no es su jurisdicción —y el dicho señor Teniente le aperçebio e mando diga e declare clara e adbiertamente lo que se le preguntare debaxo de juramento, con aperçebimiento que le abra por confiesio en todo lo que se le preguntare— y le apremiara con prisiones. Lo qual yo el scriuano le notefique al dicho Diego de Salazar, el qual dijo que dice lo que dicho tiene.

—Y luego el dicho Señor Teniente le tomo a perçebir diga y declare deuajo de juramento y asuelba a las preguntas que le fueren fechas por segunda zusion, so los aperçebimientos que le tiene fechos, e mas pena de beinte mil marauedis para la Cámara de Su Magestad, en que desde luego le a por condenado lo contrario yçiendo —o qual yo el scriuano le notefique al dicho Diego de Salazar en su persona, el qual dijo que es soldado— y el dicho señor Teniente le aperçevio por tercera zusion e mando jure e declare como le esta mandado debaxo de su juramento, absuelba a las preguntas que se le hiciere, so pena de berguença publica e de seis años de galeras, en los quales le a por condenado al dicho Diego de Salazar lo contrario haciendo. Lo qual yo el scriuano le notefique e dijo que afirmandose en lo que tiene dicho e por redemir bexaçion y obedecer a los mandatos del dicho señor Teniente, el quiere declarar. Y ansi se tomo e reçivio del juramento en forma de derecho y el le hiço bien e cunplidamente y, auendolo fecho, se le pregunto lo siguiente:

—Preguntado como se llama, que hedad y que oficio tiene y de donde es natural y que tanto a que bino a esta çiudad y en que compaña bino, dixo que se llama Diego de Salazar y ques veçino de Leon, hijo de Alonso de Salazar, hidalgo de aquella tierra y que bino a esta çiudad en compaña de un paxe que era muger y ques de hedad de treinta e çinco años.

—Preguntado si este confesante es soltero o casado y adonde se ajunto con la dicha muger que bino en abito de onbre dixo que es soltero y que se junto con la dicha muger que bino en abito de onbre, en la villa de Madrid, de donde binieron juntos a esta çiudad.

—Preguntado diga e declare como se llama la dicha muger que vino en compaña de este confesante y cuya hixa es y de donde es natural y como se llaman sus padres = dixo que la dicha muger se llama Mariana y no sabe su sobrenombre, ny sabe quienes fueron sus padres, ni de donde es.

—Preguntado diga e declare que, pues que dice ques de Leon y se llama Diego de Salazar y que no es casado, e que se llama Mariana la dicha muger ques la causa que en la primera confisión dijo era natural de Calçadilla y que la dicha Mariana se llamaba Doña Isabel Çorrilla y hera su muger y este que declara su marido dixo que no a de proseguir en su confisión porque es soldado como dicho tiene.

—Preguntado diga e declare si es verdad que este confesante esta casado y velado con Dona Isabel Çorrilla, hija de Alonso de Villarreal Çorrilla, vecino de la Ciudad de Toledo e trajo consigo la scriptura de dote y arras que esta signada de Juan Bázquez, scriuano vecino de Talabera y otra scriptura signada de Francisco Gutiérrez, scriuano del Rey Nuestro Señor e presidente en Corte ques la scriptura de capitulaçion de la dicha dote y el dicho Diego de Salazar, estando ablando con el dicho señor Teniente, dijo que las escripturas contenidas en esta preguntas son berdaderas, aunque el no es el contenido en ellas y ansi no quiere que se ponga y diçe que es soldado.

—Preguntado si es verdad que quando entro preso en esta carçel con la dicha Mariana que traya en abito de onbre, la dijo, persuadio e mando que, si la tomasen en confesion, dixese quera su muger y que se avia casado con el en Talabera y quera natural de Toledo —dixo que lo confiesa— y que se lo dixo en la Audiencia de la plaça y en lo demas dijo ques soldado de la compaña del capitan Jerónimo de Quintanilla.

—Preguntado si es verdad queste confesante, desde que salio de Madrid como a dicho, con la dicha Mariana a comido e venido con ella a una mesa y dormido en una cama e tenido aceso carnal con ella dixo ques soldado y que lo que su Merced el dicho señor Teniente hiciera si estubiera con ella, heso hiço el.

—Y luego el dicho señor Teniente mando borrar las ultimas palabras de la pregunta antes desta por ser desbergonçadas y que por el desacato mandava e mando quel Alcayde tenga al dicho Diego de Salazar en el zepo toda la noche y que no se saque ni quite del en toda la noche, so pena de suspension de ofiço, lo qual yo el scriuano notefique a Pero Muñoz, alcayde, el qual lo consintio.

—Preguntado si conoce al capitan Sancho Ochoa, capitan de Infanteria de Bretaña, y si es y a sido su soldado, o en otra compaña de las de Bretaña y si a andado aloxado con el dicho capitan y estado alistado, dijo que no lo conoce ni sabe quien es, ni a estado alistado en ninguna compaña de Bretaña, sino en la que esta de presente en esta ciudad, alistado de seis años a esta parte.

—Preguntado si en el tienpo que este confesante anduvo en compaña del dicho capitan Sancho Ochoa, este confesante, por orden del dicho capitan y con yntencion de la dicha Mariana que andaba en su compaña en avito de onbre, sin orden de su Magestad ny de sus comisarios ny de otra persona alguna que tuviese poder y facultad para ello, en los lugares donde andaba reçivia dineros y comidas e otras cosas ansi por ynterçesion de la dicha Mariana, como por fieros, amenazas o biolençias que por el dicho capitan o otros sus soldados se haçian, ansi en los lugares de la jurediçion de Rio de Ubierna, como en otras partes y lugares, rescatando boletas e reçibiendo dineros por el rescate dellas. Diga particularmente en que lugares andubieron, que dineros reçivieron, de que personas y conçejos y en que cantidad dixo que lo niega e dice lo que dicho tiene.

—Preguntado diga y declare si cuando andaba en compañía del dicho capitán Ochoa fueron al lugar de Tobes que es de la dicha jurisdicción de Río Ubierna y en el dicho lugar estuvieron alojados y posaron juntamente con la dicha Mariana en casa de Hernando de Santolalla = y allí la dicha Mariana xabonó unos cuellos del dicho capitán Ochoa y, aviéndolos xabonado, la mujer del dicho Hernando de Santolalla dijo a la dicha Mariana: Quitado me ha Vuestra Merced, señora, de trabajo; y la dicha Mariana respondió: No, señora, Don Francisco me llaman a mí de cuando en cuando = dijo que lo niega e dice lo que dicho tiene.

—Preguntado si la dicha Mariana era mujer del dicho capitán Ochoa, el qual la traya en su compañía y este confesante se la llevo y ausento con ella y se andado bagando en su compañía desanparando la de dicho capitán Ochoa donde estaba alistoado, dijo que todo lo niega y dice lo que dicho tiene.

—Preguntado diga e declare si las dichas scripturas de dote e capitulación las tray consigo para efecto de que si le topasen con la dicha Mariana dixesen quera marido y mujer e los contenidos en ellas, dijo que lo confiesa.

—Preguntado que diga e declare donde ubo este que declara las dichas escripturas, dijo que las allo y se aprovecho dellas para esta nezesidad.

—Preguntado si cuando le trajeron preso y estando en la cárcel, el dicho señor Teniente, en presencia de mí, el presente scrivano, le tomo una carta que el sobrescripto della decia: A la Justicia e Regimiento del lugar de Yudego, firmada del alférez Tomas Báñez de la Cueva, su fecha en ocho de Julio deste presente año, y si es la que se le a mostrado al presente a este confesante y si asimismo lo es un boleto e cedula firmada del dicho alférez en treinta de Junyo deste presente año dijo que lo confiesa ser el mesmo e que la carta estaba zerrada quando se la tomaron e la boleta tiene sus señas como se podra hechar de ver y esto es la verdad para el juramento que hizo e lo firmo de su nombre..."

Firma de Diego de Salazar.



# MÁLAGA COMO BASE MILITAR: EL PROBLEMA DEL ALOJAMIENTO DE LAS TROPAS (1.487-1516)

**M.<sup>a</sup> Teresa Martín Palma**

Profesora Titular Paleografía y Diplomática.  
Universidad de Málaga.

**Esther Cruces Blanco**

Directora del Archivo General de Andalucía

## ANTECEDENTES

La hospitalidad en su origen se nos presenta como un concepto altruista, tal como se configura en los poemas homéricos y alcanza a la tradición literaria medieval, en especial, en los libros de caballería (1).

El “hospes” en los primeros textos, tanto literarios como legales, significa tanto el que recibe albergue como el que lo proporciona, doble acepción que se mantiene durante la Edad Media, advirtiéndose una tendencia a partir de la Edad Moderna a identificar el término con su significado paciente (2).

Sin embargo, esa consideración de la hospitalidad como norma de carácter universal de solidaridad con el más débil, la institucionalización de esta costumbre en los textos legales —fueros, ordenanzas, cartas reales, etc.— convierte un acto, libre y generoso en su origen, en una imposición del fuerte sobre el débil, minuciosamente regulada.

Limitándonos al concepto de hospedaje o posada entendido como la acción de aposentar a alguien, ésta se concibe a lo largo de la Edad Media de diversas formas y con distinto alcance. Así, para Pilar Loscertales el *hospedaje fue en la Edad Media un servicio personal que consistía en la obligación por parte de los habitantes de un lugar de dar alojamiento y de sustentar al rey y a sus acompañantes, al señor y a los oficiales públicos o del señorío; y en sentido amplio en el deber de alojar a todos los viajeros* (3). Como se ve, se engloba en el término hospedaje un deber distinto cual es el “prandium” o yantar. Valdeavellano distingue ambas prestaciones, al igual que Nilda Guglielmi para quien en el servicio de hospedaje no estaba incluida la comida aunque, debido a la indelimitación con que a veces aparece, se presta a confusión.

Para esta autora el hospedaje ofrece una triple consideración:

- 1.—Obligación en el plano público de conceder hospedaje al monarca, a sus representantes y funcionarios.
- 2.—En el plano de las relaciones vasallático beneficiales, la misma obligación respecto al señor del lugar.
- 3.—La obligación más amenguada de aposentar a quien de tránsito en un lugar así lo solicite (4).

Así pues, el hospedaje acaba convirtiéndose en un derecho-obligación de tipo vasallático-feudal que pasa al plano público (5), un derecho ejercido por parte de la autoridad pública y por parte de la autoridad señorial y ampliado a sus

representantes. De esta forma el fuero de Cuenca atestigua la inclusión de las tropas (6) y el fuero de Uclés y Zorita de los Canes testimonia la inclusión del acompañamiento del rey o del señor, lo que puede relacionarse con los fueros de Covarrubias, de 1148, o con las disposiciones de las Cortes de Valladolid de 1293, en las que se menciona ya el daño que los moradores de las aldeas recibían de los ricos hombres y caballeros y de su acompañamientos (7). Los reyes intentan hacer frente a los abusos y coacciones como testimonia el fuero de Sepúlveda en el que se concede a la ciudad que de posada voluntariamente. Las cortes de León y Castilla de 1293 establecen también modos de hacer el aposentamiento y algunos fueros precisan la duración o las prestaciones a que daba lugar el servicio de hospedaje.

En lo que hace referencia al tema que nos ocupa —el aposentamiento de tropas—, la regulación es muy precisa, encomendándose dicha tarea a las autoridades locales —escribano, juez, alcalde—, quienes han de detallar los nombres de los individuos que con sus bestias se aposentan en un determinado lugar. Se prevé el robo o huida de algún miembro de esa tropa, estipulándose que el castigo es caso de ausencia del autor del delito, recaiga en sus acompañantes de hueste. Estas y otras medidas tienen la doble finalidad tanto de hacer más ordenada la expedición como más tranquilo el aposentamiento.

Como contrapunto de la obligación aparece el privilegio de exención de hospedaje, que alcanza a diversos grupos sociales y por diversos motivos.

Así, las viudas, durante su primer año en ese estado, es decir, mientras la casa no tuviera quien respondiera de las obligaciones fiscales, estaba exenta. Situación privilegiada a la que no era ajena la defensa de la honra. Se iguala en este supuesto con la mujer virgen, como se desprende del Fuero de Nájera en el que, después de advertir que nadie debe tomar posada en casa de “vidue aut virginis” añade “neque viduam neque virginem forciare” (8).

Exentos estaban también el clérigo y el caballero, por su posición social y pronto se unirá a ellos el grupo de los mercaderes, dado su poder económico.

En la medida en que se va engrosando el número de exentos, bien por su pertenencia a un determinado grupo social, bien por los privilegios particulares concedidos por los reyes, la presión sobre los pecheros es cada vez mayor, hasta provocar situaciones insostenibles.

Si en principio se requería el consentimiento de éstos para dar posada (9), pronto esta supuesta libertad se convierte en una imposición que, a veces, incluso alcanza a personas exentas que, en ocasiones excepcionales, quedan obligadas a la acogida.

La conversión de este derecho en una prestación de tipo económico excluirá a algunos de los grupos ya mencionados, a la vez que generaliza las protestas y las denuncias por los abusos que se cometen.

Vamos a ver, con la brevedad que impone los límites de una comunicación, la pervivencia de este servicio en los primeros años de vida castellana en la ciudad de Málaga y su tierra, donde adquiere especial significación, dada la condición de esta ciudad como base militar.

## **MÁLAGA BASE MILITAR**

La política del rey Fernando se conforma en torno a dos objetivos: el Norte de África e Italia.

En los años que consideramos, Málaga se configura como plataforma militar con objeto de garantizar una retaguardia segura a los presidios magrebíes castellanos e, incluso, portugueses. Plataforma que es aprovechada, igualmente, para las campañas guerreras de Italia.

En la determinación de Málaga como base militar contribuyen no sólo el arsenal y los hombres que permanecieron en ella tras la conquista, sino también un conjunto de condiciones geográficas, económicas y humanas que, simplemente, vamos a enumerar. El clima y la disposición de su bahía ofrecían condiciones idóneas tanto para el almacenaje de los avituallamientos como para anclar la armada, aún cuando no se disponía de puerto, pues a pesar de las reiteradas solicitudes del concejo sólo existían tres espolones.

Por otra parte, se garantizaban las materias primas idóneas para el avituallamiento de tropas: vino, pescado, frutos secos, cáñamo, lino o cueros. A Málaga llega el trigo procedente de Antequera, Archidona, Loja, además del originario de



la campiña cordobesa o de Úbeda. Importante es también la industria de transformación de esas materias primas; recordemos cómo el gremio de biazcheros, tiene una gran importancia y cómo el producto es de lo más demandado en los presidios africanos

A esto debe añadirse una población identificada con los planteamientos ideológicos del monarca. No olvidemos que esa población había sido previamente seleccionada por la corona desde el mismo momento que se planifica la conquista: el estamento militar, el funcionariado y esos vecinos seleccionados conforman la presencia castellana en la ciudad de Málaga. La vinculación, por otra parte, entre la oligarquía ciudadana y la corona ha sido ya puesta de manifiesto (10).

En Málaga existía no sólo un importante arsenal de armas, sino una verdadera industria armamentista, ubicadas ambas en las atarazanas, más dedicadas a estos menesteres que a la construcción de barcos. Testimonian la existencia de esa industria los numerosos documentos que hacen referencia a la presencia tanto de obreros cualificados para ellos como de colaboradores en esa tarea: carpinteros, serradores, canteros, herreros... a los que hay que añadir carboneros, leñadores, carreteros y un sin fin de oficios más, relacionados todos con la industria armamentista.

Las materias primas necesarias, bien proceden de la propia Málaga y su tierra, bien son importadas por la infinidad de mercaderes asentados en la ciudad: madera de los bosques que rodean la ciudad, piedra procedente de las canteras de Antequera, carbón, hierro y otros metales, son motivo de constante comercio. Málaga contaba con una fundición y con hornos de pólvora (11).

En definitiva, la organización mercantil de Málaga, con una red de abastecimiento y monetaria bien definida fue utilizada por el rey católico para sus intereses militares.

## PRESENCIA Y TRÁNSITO DE TROPAS

Como consecuencia de todo ello, la presencia de hombres de armada en la ciudad es continua, tanto de aquellos que esperan para partir hacia Italia o el Magreb como de los que vuelven a sus destinos.

Es difícil evaluar el número de tropas que transitan por la ciudad, pues los documentos que lo mencionan con exactitud son escasos: se trata de cédulas en las que los monarcas ordenan a sus capitanes la composición de la hueste que van a preparar.

En algunos años, coincidían varias capitanías a la vez, alcanzando la ciudad una población transitoria muy elevada (12). Por ejemplo en el año 1505 la armada preparada para la toma de Mazalquivir concentró en Málaga según el cronista Bernaldez 7.000 hombres y, según Padilla *cuatro o cinco mil bombres y, demás destos otros mil escuderos de sus guardas y acostamientos*... (13). Estas cifras deben ponerse en relación con la población de Málaga en esos años para tomar clara conciencia de lo que la formación de las armadas suponía para la ciudad.

Para valorar el impacto que sobre la población malagueña tuvo la prestación del servicio de hospedaje sería necesario saber con precisión el número de vecinos con que contaba la ciudad en los años que nos ocupan. Sin embargo, la falta de padrones en que se recojan nóminas de tributarios y contribuyentes (14) nos lo impide, aunque puede afirmarse con López de Coca que el vecindario era numeroso, a la vista de lo manifestado en el Libro de Repartimiento.

Cuando hablamos de vecinos nos referimos a aquellos que tenían acreditada jurídicamente tal condición por el Concejo. A estos vecinos hay que añadir los moradores y estantes con estatuto de residentes (15), lo que les permitía gozar de algunas prerrogativas ciudadanas, y una población flotante y heterogénea de muy difícil evaluación (16).

En 1587 los obispos (17) relacionan 2.879 vecinos que, si aceptamos como válidos cuatro o cinco como número medio de integrantes de una familia, el número de vecinos estaría en torno a los 12.500, cifra que se mantiene con escasas fluctuaciones a lo largo del siglo XVI, pues en los primeros años de vida castellana se ha calculado un número igual de vecinos.

Esta insignificante variación en la población, e incluso, disminución respecto a los primeros años de vida castellana, constituye un dato más del, al parecer, fracaso de la repoblación a pesar de que la corona adopta medidas constantes para conseguir asentar a los repobladores y atraer otros nuevos (18).

Razones no le faltaban a los nuevos pobladores para sentirse defraudados: al peligro real derivado de la situación de frontera, a las condiciones de desigualdad establecidas en el propio repartimiento (19), a las epidemias y falta de salubridad deben añadirse como factores decisivos, los que son objeto de esta comunicación, esto es, las numerosas cargas militares, la falta de abastecimiento y las continuas presiones económicas.

Por todo ello la gente se siente atraída hacia las tierras señoriales (20), pues la repoblación señorial, al evitar desigualdades, tuvo más éxito que la emprendida por la corona (21).

En efecto, este número de vecinos ha de atender la obligación de hospedar a grandes contingentes de tropas que, a veces, alcanzan 7.000/9.000 hombres, a los que hay que añadir todos aquellos que acompañaban la milicia.

Las consecuencias de esta situación son múltiples, unas beneficiosas, otras negativas. De estas últimas nos ocupamos en estas líneas y, entre ellas cabe destacar la disminución de la población que suponía el reclutamiento forzoso para engrosar los ejércitos de Italia y África que venía a unirse a los que voluntariamente decidían incorporarse a las capitánías. Requisa de hombres que se añade a la requisa de toda clase de bienes: barcos, bestias, carretas, ropas, víveres, etc.

A ello se suma la obligación de alojar en los mesones y casas particulares, de forma gratuita, tanto a los oficiales y tropas como a las personas que colaboran con la milicia.

La prestación de ese servicio tiene, en líneas generales, los mismos perfiles que en la edad media, si bien sus efectos son muy superiores, dado el número creciente de los que tienen derecho a disfrutarlo y el cada vez más escaso número de personas obligadas a soportarlo. Por todo ello, los vecinos malagueños rechazaban de plano la presencia de las tropas por lo que implicaba tanto de carga económica como de malestar psicológico.

## LOS ALOJAMIENTOS DE TROPAS EN MÁLAGA

La responsabilidad de organizar los alojamientos de oficiales, tropa y artesanos colaboradores en las tareas de preparación de las armadas, a veces acompañados de sus mujeres e hijos (22), recae según establecen las ordenanzas de 1503 en el lugarteniente del capitán junto al aposentador de cada capitanía asistido por un alcalde o un regidor (23). En Málaga, en principio, esta tarea la desempeñaban los alguaciles asistidos por otras muchas personas. En 1509, el rey determina que sean el corregidor y un regidor los encargados del aposentamiento.

Función que recae en Lorenzo de Zafra y tras, su muerte, en Alonso de Córdoba, aunque la orden real disponía que el cargo se renovara cada seis meses (24). Con posterioridad serán los jurados los encargados de realizarlo por collaciones (25).

Hecho el reparto, el problema se desplazaba a los vecinos, cuyo malestar por esa imposición está muy documentado. Así, en 1506 el personero y el procurador del común se hacían eco de las protestas de los vecinos —apoyados por los regidores— manifestando que el aposentamiento de los hombres de armas es *en gran daño e perjuizio* de los vecinos, *por los muchos daños e agravios así en mugeres como en hijas e hasyenda* (26). La queja alude a una doble dirección: de una parte la carga económica que supone el mantenimiento de esos huéspedes y, de otra, a problemas de mentalidad. Como luego se verá los soldados estaban precedidos de una mala fama ganada a pulso. Se trata de defender la honra y la fama, y por eso, al igual que vimos reflejado en los textos forales, también aquí las viudas estaban exentas de aposentar a los hombres de armas o, al menos, alegaban esa condición para obtener la exención (27).

El Concejo, para eliminar el problema del aposentamiento y evitar la *fatiga y trabajo* que reciben los vecinos, propone crear una *casa de aposentamiento* en las atarazanas (28), sin que el Consejo Real diera el visto bueno al proyecto, aunque sí a habilitar algún edificio cuyas costas fueran menores que las que ocasionaría la propuesta de la ciudad. No sabemos si esto llegó a hacerse efectivo pero, bien porque resultase insuficiente, bien porque sencillamente no se hiciese, lo cierto es que muchos años después se siguen efectuando aposentamientos en las casas particulares.

Las protestas del Concejo y la indignación de la población únicamente sirvieron, en algunos casos, para extender el problema a las villas vecinas. Así en marzo de 1509, Pedro Navarro y sus tropas se alojan fuera de Málaga (29), aunque meses después, en septiembre, la ciudad vuelva a alojar a varias capitánías.

Al parecer el hospedaje sólo comportaba el alojamiento, al igual que en la edad media, excluyendo la obligación de dar comida, pues los monarcas insisten en varias ocasiones que las comidas se ofrezcan a precios razonables (30).

Se constata así la abusiva subida de los precios, ocasionada por la fuerte demanda y que, lógicamente grava también a los propios vecinos malagueños, provocando a su vez la escasez, sobre todo de trigo y lino, y la necesidad de importar alimentos (31). Tal llega a ser la situación que muchos vecinos se trasladan a vivir a lugares de señorío, exentos de esta prestación (32).

Junto a los grupos sociales que por su condición estaban exentos de este servicio, algunos vecinos de Málaga obtienen una merced real que les evitaba mantener huéspedes en sus casas, así como de sufrir los repartimientos de ropa y víveres. Junto a algunos regidores, merecen especial mención aquellos que la alcanzan por su posición económica, los mercaderes, especialmente los genoveses y sus factores (33). Como en los siglos medievales, estas cargas las soportaban las clases más humildes, por lo que en 1510, el concejo pide que estas mercedes se revoquen, pues sus beneficiarios son personas *ricas e cabdalosas* (34).

La respuesta de la reina es la apertura de una investigación, pero estas mercedes se mantienen e incluso son confirmadas. Sin embargo, Carlos V pide relación de las personas que tienen derecho a exención de huéspedes, revocando las cédulas anteriores (35). La actitud del nuevo monarca responde, de una parte a la necesidad de contentar al concejo y a los vecinos y, de otra, a la necesidad de atajar la despoblación que por este motivo se estaba produciendo (36).

Problemas de otra índole viene a sumarse a este malestar general: el peligro de propagación de epidemias y, en concreto, la peste, pues las tropas a la vuelta de sus destinos podían ser fácilmente portadores de gérmenes, sin que los capitanes alertaran sobre ese peligro, e incluso, en algunos casos, negasen la existencia de peste en sus barcos (37). Junto a ello, un continuo desasosiego debido tanto a los enfrentamientos y desórdenes de que dejan constancia los documentos como a los temores, agravios y sufrimientos que las tropas infringían a los vecinos.

Caro Baroja nos ofreció el perfil del soldado del XVI (38), que confirmamos en numerosos documentos en que se denuncia a ese hombre de mancebía de dudosa condición moral.

Tropas indisciplinadas, hombres inmorales y pendencieros y criminales frecuentaron desde un principio la ciudad de Málaga. Hernando de Zafra rechazaba la armada vizcaína formada en 1492 por su fama de indisciplinada y de provocar problemas (39). En 1508, la reina concede el privilegio del derecho de homicianos, en número de 2.000, muchos de los cuales embarcaron en Málaga. Un año antes, unos 1.000 soldados veteranos, compañeros y amigos de Pedro Navarro deambulan ociosos por la ciudad de Málaga. Los ejemplos podían multiplicarse. A ello hacen frente las autoridades concejiles, que se ven y se las desean para mantener el orden público, llegando incluso a amenazar con la pena de muerte a los hombres de armas que se concentraban en Málaga (40). Se aprecia cierta impotencia de los corregidores ante la situación generada por la milicia. Un juez de residencia justificaba las negligencias del corregidor porque su mandato había coincidido con la presencia en la ciudad de gente de guerra, porque decía, y con ello terminamos, que esta era *muy desmandada e desordenada* y, con ellos *es poca la justicia* (41).

## NOTAS

(1) Recientemente Jiménez Fernández ha analizado la evolución del concepto de la hospitalidad desde el mundo clásico hasta el Renacimiento, destacando cómo al principio era considerada como un atributo de los dioses, a los que los hombres tratan de emular convirtiéndose en seres acogedores con sus semejantes. Entre las normas convencionales que velan por las relaciones entre los hombres se incluye el deber de prestar auxilio al débil-anciano, suplicante, extranjero, mendigo... Véase: JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, J.: *El tema de la hospitalidad desde el mundo clásico al renacimiento*. En Humanismo y Mundo Clásico. Ediciones Clásicas, Madrid, 1991, pp. 191-211.

(2) En el *Diccionario de uso del español*, de M. Moliner (Ed. Gredos. Madrid, 1983) se define como: "persona a quien alguien tiene alojada en su propia casa, bien por invitación, bien pagando hospedaje". Según Gual Camarena (*El hospedaje hispano medieval. Aportaciones para su estudio*. A. H. D.E., XXXII, pp. 527-538), también es aplicable el término a la persona indígena conocedora de las prácticas de mercado, de los precios, de los compradores, que aloja en su casa al mercader y responde de sus actos.

(3) Véase *Diccionario de Historia de España*. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1974, p. 401.

- (4) GUGLIELMI, Nilda: Posada y yantar. Contribución al estudio del léxico en las instituciones públicas medievales. En *Hispania*, XXVI (1966), p. 11.
- (5) *Ibidem*, p. 13.
- (6) *Fuero de Cuenca*, ed. Rafael de UREÑA y SMENJAUD, Academia de la Historia, Madrid, 1935, p. 643.
- (7) GUGLIELMI, N.: Op. cit., pp. 14-15.
- (8) *Ibidem*, p. 21.
- (9) El Fuero de Sepúlveda señala: "Et quando venerit rex ad civitatem non habeant forcia in domos suas per posadas accipere, ni si voluntates suas..." (MUÑOZ Y ROMERO: *Colección de Fueros Municipales y cartas pueblas*, t. I. Madrid, 1847, pp. 281 y ss.).
- (10) Véase, por ejemplo, CRUCES BLANCO, E.: *La configuración político administrativa del Concejo de Málaga. Regidores, jurados y clanes urbanos (1495-1516)*. Tesis doctoral inédita. Málaga, 1988.
- (11) A(rchivo) M(unicipal) M(álaga), Libro de Provisiones, IV, fols. 20vº-21.
- (12) Como se sabe, los Reyes Católicos sientan las bases del ejército moderno sustituyendo las antiguas milicias señoriales y concejiles. Las disposiciones de los monarcas crean las capitanías formadas por 500 hombres, doce de las cuales formaban una coronelia. En 1534 se crean los tercios, formados por 12 a 15 capitanías, integrados a su vez, por 250 o 300 hombres.
- (13) Véanse: BERNÁLDEZ, A.: *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*. Madrid, 1962, p. 490 y PADILLA, L.: *Crónica de Felipe I*, CODOLIN, VIII. p. 131.
- (14) LADERO QUESADA, M. A.: *La investigación histórica sobre Andalucía medieval en los últimos veinticinco años (1951-1976)*. Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval, tomo I. Córdoba, 1978, p. 229.
- (15) LADERO QUESADA, M. A.: *España en 1492*. Historia de América Latina. Tomo I, Madrid, 1978, p. 59.
- (16) ROCA, F.: Cuestiones de demografía medieval. "Hispania" 50 (1953) p. 21.
- (17) GONZÁLEZ, T.: *Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el s. XVI*, p. 265.
- (18) LÓPEZ DE COCA, J. E.: *La tierra de Málaga a fines del s. XV*, Granada, 1977, p. 223.
- (19) LÓPEZ DE COCA, J. E.: *Privilegios fiscales y repoblación en el reino de Granada (1485-1520)*. En *Baetica II*, Málaga, 1979, p. 20.
- (20) LÓPEZ DE COCA, J. E.: *Algunos aspectos de la amenaza señorial sobre Málaga (1509-1516)*. Miscelánea de estudios dedicados al profesor Antonio Marín Ocete. Granada, 1974, p. 443.
- (21) ACIÉN ALMANSA, M.: *Un ejemplo de repoblación señorial: la serranía de Villaluenga*. Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval, t. II, Córdoba, 1978, p. 457.
- (22) A.M.M. *Colección de Originales*, III, fol. 132.
- (23) A(rchivo) G(eneral) S(imancas), *Diversos de Castilla*. Leg. I, fol. 42.
- (24) A.M.M., *Actas Capitulares*, fols. 16vº-17, 17vº.
- (25) PEREIRO, P.: *Vida cotidiana y élite local: Málaga a mediados del Siglo de Oro*. Biblioteca Popular Malagueña, Málaga, 1987, p. 102.
- (26) A.M.M. *Actas Capitulares*, fols. 151-152vº, 154vº.
- (27) A.M.M. *Libro de Provisiones V*, fols. 237-238.
- (28) A.M.M. *Colección de Originales*, III, fol. 131.
- (29) *Ibidem*, fol. 406.
- (30) A.M.M. *Libro de Provisiones I*, fols. 139vº y 140.
- (31) A.M.M. *Colección de Originales*, IV, fol. 47.
- (32) *Ibidem*, VI, fol. 83.
- (33) Flerigo Centurión (A.M.M. Libro Provisiones, V, fols. 96vº-97), Micer Agustín Italian, Pedro Becerra y Polo Bautista de Franquis (A.M.M. Libro Provisiones, VII, fols. 209 vº-210 y Libro Provisiones, V, fols. 171vº-172, Fernando de Palma (A.M.M. Libro Provisiones, V, fol. 79 vº. Confirmación en Libro Provisiones, VLLL, fol. 323vº), Rodrigo Álvarez de Madrid (A.M.M., Libro Provisiones, V, fols. 240 vº - 241), Luis de Sevilla (A.M.M. Libro Provisiones, VI, fol. 294 vº), Francisco Contador (A.M.M. Libro Provisiones, VI, fol. 323 vº) Diego de Alvo (A.M.M. Libro Provisiones VII, fol. 95 vº).
- (34) A.M.M. *Libro de Provisiones*, V, fols. 234-235.
- (35) A.M.M. *Colección de Originales*, V, fol. 187.
- (36) *Ibidem* fol. 191. No obstante, en 1538 se pide exención para todos los vecinos.
- (37) En Orán, tras ser tomada, hubo brotes de peste y muchas de las tropas volvieron a Málaga. En 1494, en unas naves atracadas en Málaga había peste, pero su capitanes lo negaban (A.M.M. *Actas Capitulares*, I, fol. 276).
- (38) CARO BAROJA, L.: *Las formas complejas de la vida religiosa*. Madrid, 1978, p. 442.
- (39) A.G.S., *Registro General del Sello*, 1495, febrero, 4.
- (40) A.G.S., *Cámara-Pueblo*, s/l. 1509, abril, 10.
- (41) A.G.S. *Registro General del Sello*. 1508, junio, 27.

## EL PADRÓN DE SOLDADOS DE ÚBEDA Y TORREPEROGIL DE 1596: UNA FUENTE PARA EL CONOCIMIENTO DE LA MILICIA.

**Estrella Barrera García**, Lcda. en Geografía e Historia.

**M.<sup>a</sup> Josefa Parejo Delgado**, Doctora en Historia Medieval.

**M.<sup>a</sup> Adela Tarifa Fernández**, Doctora en Historia Moderna.

La presente comunicación analiza los padrones militares de Úbeda y Torreperogil, confeccionados con el objeto de reclutar los soldados que irían en la Compañía de Don Pedro de la Cueva para ayudar a la defensa de Cádiz, tras el saqueo que esta ciudad sufre por la armada y ejército inglés en 1596. Iniciamos nuestro estudio con una breve reseña de la situación de Úbeda a fines de siglo, para pasar rápidamente al examen del padrón militar como fuente histórica y demográfica y concluir con la descripción del objetivo del reclutamiento: la defensa de Cádiz.

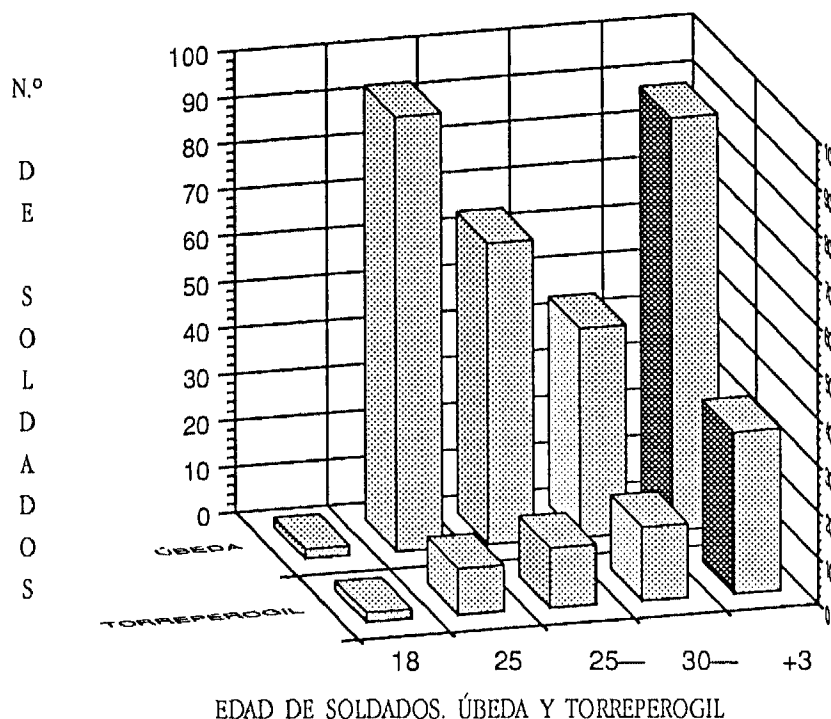
Una simple ojeada a la situación de Úbeda en los años anteriores a 1596, a partir de sus Libros de Actas de 1591-94, nos indica cómo la ciudad continúa con problemas de esterilidad, malas cosechas, epidemias de peste y sequías. Los regidores deben importar trigo de otros lugares de Andalucía, como Córdoba, e incluso de Murcia, para abastecer a la población. Los recursos municipales han menguado, según se aprecia en el arrendamiento de las salinas, dehesa de Cañada Luenga y terrazgos de la Cobatilla, a fin de obtener los dineros necesarios para el pago del Servicio Real. Continúan las donaciones de pan amasado a los monasterios y niños expósitos de la ciudad, y las protestas del común ante la insolidaridad de los sectores privilegiados, que siguen manteniendo la refacción. En 1591 la población de Úbeda es de unos 17.500 habitantes (1).

Desde el punto de vista militar, Úbeda participa con hombres, víveres y armas en la mayoría de las campañas de Carlos I y Felipe II. Respecto a la compañía de Don Pedro de la Cueva, hay referencias de ella en una carta del Concejo, fechada el 7 de febrero de 1570, en la que Don Juan de Austria agradece al capitán y a la ciudad los servicios de gente, pólvora y pertrechos que le ha proporcionado. Otra carta del 3 de julio informa, por indicación de Don García Fernández Manrique, de la falta de recursos económicos de la Corona y pide a la ciudad que sólo mantenga una compañía en Guadix: la de Diego Merlín Dávalos. El 7 de octubre del mismo año Úbeda tenía en Guadix unos 150 infantes y 30 lanzas, a cuyo costo contribuía la Corona con 7 escudos por cada escudero, quedando el resto a cargo de la ciudad. Se ordena que se paguen los atrasos que se deben a 150 infantes y 30 caballeros de las dos compañías que estaban en Las Alpujarras, y el 4 de noviembre el regreso de la Compañía de Don Pedro Contreras. Hasta esa fecha la guerra contra los moriscos había costado 395.382 mrvs.

La contribución de Úbeda para la defensa de las costas de Andalucía se había significado en otras ocasiones; así, en 1587 envía 200 infantes para la armada y 100 para las galeras. En abril de 1589 el Duque de Medinasidonia agradece la

ayuda que Úbeda presta en víveres y hombres. El 9 de junio el Concejo de Úbeda es informado de la marcha de una escuadra inglesa hacia La Coruña, por lo que se le pide esté apercibida la gente de a pie y de a caballo. En la sesión del día siguiente, se nombra a los capitanes que conducirán a los soldados, se solicita tomar a censo 4.000 ducados para pagarlos, arreglar los arcabuces y formalizar la compañía (2). Ya en 1596, en una carta del 2 de mayo, el Duque de Medinasidonia da las gracias a la ciudad por el esfuerzo y celo que ha demostrado manteniendo dos compañías y nombrando los capitanes. El 19 de julio de ese mismo año la ciudad envía vituallas a la gente que se está reuniendo en Jerez para recuperar Cádiz.

El padrón de Úbeda, fechado el 30 de mayo de 1596, contiene 309 soldados. En los primeros folios consta el nombramiento de Don Pedro de la Cueva, del hábito de Santiago, como capitán de la Compañía, y de Luis de Valdivia y Pedro de Quesada Crespo, como alférez y sargento, respectivamente. A continuación se da la relación de los soldados indicando la procedencia geográfica, edad, nombre del padre, si goza o no de buena salud, a veces la profesión, el motivo por el que abandona el ejército, si procede, y las señales que lo identifican. El padrón de Torreperogil, lugar del término de Úbeda, se fecha el 11 de junio. Dirigidos por el mismo capitán, sus soldados tienen como alférez a Diego Malo. Consta de 81 soldados y posee idéntica estructura que el anterior (3).



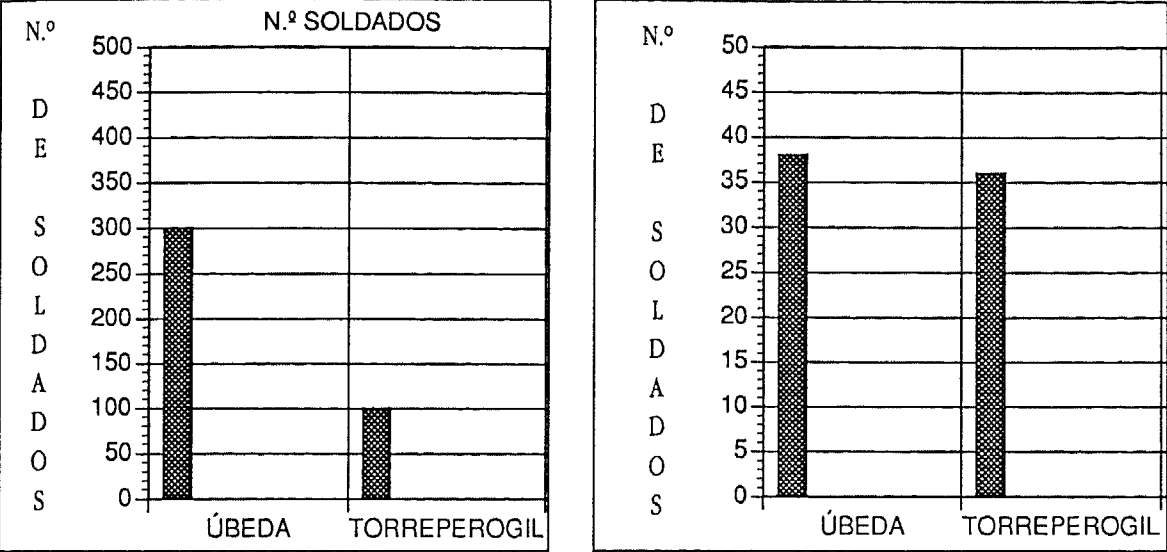
Gráfica n.º 1. — 1596.

En la gráfica 1 se distribuyen los soldados en razón de la edad. A este respecto los hemos encuadrado en cinco grupos: a) soldados menores de 18 años: tan sólo dos en cada localidad; b) entre 18 y 25 años: constituye el grupo más numeroso, en Úbeda el 32'5% y un porcentaje algo mayor en Torreperogil —12 en total—; c) entre 25 y 30 años: constituido por unos 70 en Úbeda, cerca del 22'6%, y un colectivo algo más significativo en Torreperogil —14 del total—; d) entre 30 y 35 años: el segundo porcentaje más bajo en Úbeda —47 en total—; y e) edades superiores a 35 años: un grupo bastante elevado, en Úbeda el 29'1% y el sector más nutrido en Torreperogil, con 36 del total. Se observa claramente en la gráfica, cómo el número de soldados se incrementa a partir de los 35 años en Torreperogil, y en Úbeda los colectivos más importantes se encuentran entre los 18 y 30 años por un lado, y los mayores de 35 por otro.

Precisamente es en este último sector, salvo excepciones, donde más abandonos se producen. En la gráfica 2 observamos cómo los porcentajes de abandonos son muy similares en Úbeda y Torreperogil, así como los motivos, aunque en Torreperogil se reducen a la necesidad de ocuparse de la recaudación de diversos impuestos, como el trigo y

heredades, o por razones de enfermedad. En Úbeda las causas son algo más diversas. Así, por ejemplo, Pedro de Cepeda abandona por ser arrendador del “tercuelo”, Cristóbal de Torres de la corambre, Juan de Castilla de las medidas, Melchor de los Reyes de las rentas reales, Juan de Quesada de las bestias, Juan Marqués del trigo, Juan de San Juan de las rentas de las heredades y Sebastián Ramírez del vino. Otra causa es el desempeño de un cargo de procurador ante la Corte, caso de Luis Redondo. A la vejez se deben los abandonos de Andrés Martínez, Alonso de Salas, etc. (4).

ABANDONO SOLDADOS. — ÚBEDA Y TORREPEROGIL

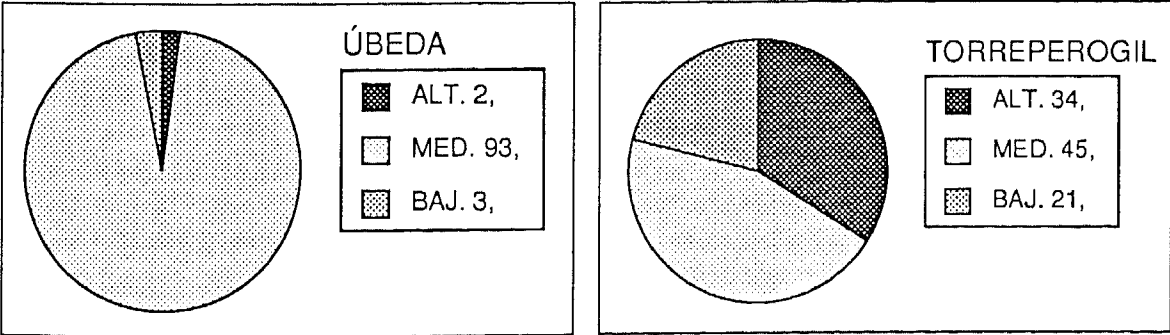


Gráfica n.º 2. — 1596

En cuanto a la procedencia geográfica, en Torreperogil la mayoría pertenecen a esta localidad, y sólo algunos llegan de Jodar, Aragón, Baeza, Zafra, Silés, Quesada, Iruela y Sabiote. En total, 10 de 81. En Úbeda proceden de fuera de la ciudad 22, que se distribuyen de forma aleatoria entre Arcos, Santisteban, Vilches, Cazorla, Baeza, Rus, Segura, Quesada, Bayona, Martos, Sevilla, Segura, Talavera, Rioja, Cabra, y un nutrido grupo de portugueses. La abundancia de estos últimos se debe a la emigración a Andalucía tras la unificación en 1580, hecho que también hemos podido comprobar examinando los libros de bautismos, matrimonios y defunciones de las parroquias de Úbeda.

La estatura de los soldados se indica en el padrón con tres términos: alta, mediana y baja. En los dos padrones predomina la mediana, pero los porcentajes de bajos y altos están distribuidos de forma más equilibrada en Torreperogil, siendo muy escasos los soldados altos y bajos en Úbeda, como se aprecia en la gráfica 3. Por ejemplo: Antonio de Medina, de 19 años, de mediana estatura, con herida en el carrillo izquierdo; Gaspar de Baeza, portugués de 29 años, mediana estatura y herida en la ceja izquierda...

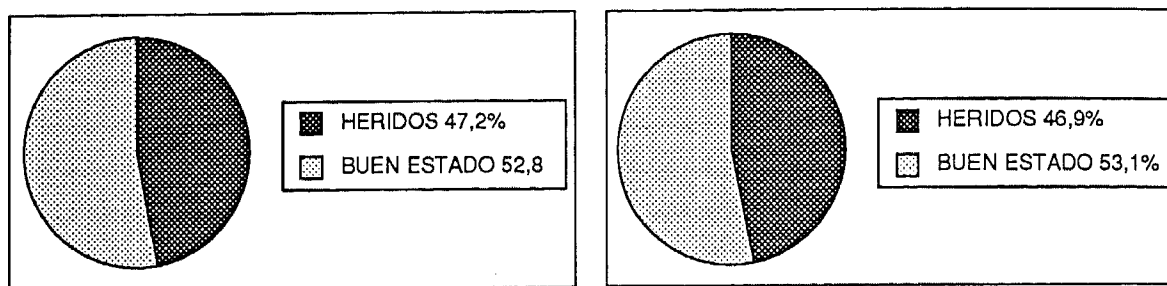
ESTATURA SOLDADOS — ÚBEDA Y TORREPEROGIL



Gráfica n.º 3. — 1596

El estado físico de los soldados es otro de los elementos que se citan en el padrón. La mayoría goza de buena salud, como se aprecia en la gráfica 4, no obstante, el porcentaje de soldados con heridas es algo significativo: un 47'2% en Úbeda y un 46'9% en Torreperogil. En esta última localidad, la mayoría de los soldados presentan heridas en las cejas —11—, frente —10—, ojos —4—, y de forma más aleatoria, en la muñeca, mano izquierda, quijada, sienes, dedos y cuello. Estas heridas han sido provocadas por navajazos y pólvora. En Úbeda también los porcentajes más elevados corresponden a los soldados con heridas en las cejas —36—, frente —42—, y ojos —14—, a los que se añaden las heridas en manos —16—, y dedos —10—, y en menores proporciones en el cuello, sienes, muñecas, dientes, carrillos y boca. Las causas son parecidas: navajazos, coces de bestias, cuchilladas, pólvora y viruela (5). Así, Andrés García Pretel, de 36 años, natural de Úbeda, con herida en el carrillo provocada por la coz de una bestia, renunció a formar parte de la Compañía y fue en su lugar Sebastián Ortega, de 20 años. La relativa frecuencia con que aparecen los heridos se debe a que muchos de los soldados ya habían participado, como se puede demostrar documentalmente, en otras empresas militares de la monarquía castellana (en Flandes, Portugal, Francia y el Norte de África).

#### ESTADO DE HERIDOS. — ÚBEDA Y TORREPEROGIL



Gráfica n.º 4. — 1596

Otro de los datos del padrón se refiere a los apellidos. En Torreperogil abundan los García, Fernández, Ortega, De la Torre, Zafra, Arias, Padilla, Raya, Sánchez, Gallego, Ruiz, Antolino, Bernal, Quesada, Martínez, Zambrana, Rosales, Villar, Garrido, Jodar, Espinosa, Romero, Molina y Siles. En Úbeda destacan los alusivos a ciudades, merindades y reinos, como Bayona, Baeza, Palma, Castilla, San Juan, Madrid, Salamanca, Iruela, Martos, Sabiote, Torre, Segura, Quesada, Arcos, Vilches, Navarra, Palma; los derivados de nombres, como López, Pérez, Gil, Domínguez, Jiménez, Beltrán, etc, y otros, como Sarmiento, Vago, Medina, Alameda, Arroyo, Copado, Aranda y Anguis, de gran tradición. Algunos de estos apellidos están vinculados por parentesco menor con los clanes nobiliarios que dominaron el poder político de la ciudad durante la Baja Edad Media y Edad Moderna.

Capítulo significativo es el de las señales de identificación. Por lo general, estas se anotaban en el reconocimiento o examen previo que se hacía antes de iniciar la marcha hacia el lugar del combate. En el padrón de Torreperogil se anotaba el peso —delgado o gordo—, el color del cabello, si tenía barba o bigote y su color, berrugas, lunares, canas o mellas. Los morenos eran más frecuentes que los rubios, siendo en Úbeda un 95'7% del total. El número de soldados con barba era superior al 50% del total, en Úbeda un 47'5%. Menos numerosos eran los que tenían bigote —aunque en Úbeda superaban en un 1% a los que tenían barba—, y los que presentaban lunares en las cejas, nariz o dedos. Veamos algunos ejemplos. Luis Barrera, de 20 años, natural de Úbeda, mediana estatura, con nubes en los ojos, por lo que pidió no ir, sustituyéndolo en su lugar Pedro Medina, de 20 años; Diego Ruiz, de 36 años, barbinegro, herida en el lado izquierdo del rostro, arrendador de la renta de la zapatería, que pidió no ir y fue en su lugar Rodrigo de Atienza, de 30 años, barbibermejo; Jorge de la Torre, de 28 años, natural de Úbeda, con un lunar en la sien; y por último, Domingo Rodríguez, portugués, de La Guardia, de 25 años, barbibermejo, con un lunar en el carrillo derecho (6).

No siempre se indica la profesión, y cuando ésta aparece destacan los artesanos, cordoneros y perayles, escribanos, arrendadores de impuestos diversos, jardineros y comerciantes. Como ejemplo, Alonso Cano, de 30 años, barbinegro, con heridas en la ceja, mediana estatura, que renunció a formar parte de la compañía por ser arrendador de la alcabala y fue en su lugar Gabriel Jiménez, de 20 años de edad (7).

El objetivo del reclutamiento era la defensa de Cádiz. Esta ciudad estaba organizada en torno a la villa y el castillo. La población iba creciendo, no obstante, extramuros de la ciudad, en los arrabales de poniente y levante. En la costa



había algunas torres espaciadas que, si bien podían prevenir incursiones musulmanas, no podían resistir el ataque de una armada. A partir de 1554 Juan Bautista Calvi estudió la defensa de la ciudad y emprendió algunas obras de forma lenta, por la escasez de fondos, por lo que cuando en 1587 recibe el primer ataque de Drake, no puede oponer una eficaz resistencia. Esta incursión tuvo como objetivo retrasar los preparativos de Felipe II para atacar Inglaterra. Según Mattingly, Drake llevaba 4 buques reales de 400 a 500 Tm., 3 de la Compañía de las Indias Orientales y 18 privados más pequeños, con 3.000 marineros y soldados a bordo. Cuando llega a la bahía el 29 de abril de 1587, se encuentra con galeones, galeras y 20 barcos mercantiles, y tras un breve combate, en el que es hundido un galeón español, la escuadra inglesa logra penetrar en el interior de la misma, quemando 18 naves y sembrando el pánico en la ciudad. Los ingleses no desembarcaron, pero el golpe fue muy duro para el comercio con América, ya que aquel año no salió la flota. La lección no fue aprovechada y continuaron los preparativos para la Gran Armada. Según Adolfo de Castro, Cádiz sólo disponía de un pequeño baluarte, San Felipe, a la entrada El Puntal y del castillo de Matagorda, construido por Jerez en 1534. La falta de artillería era absoluta (8).

Las obras para acabar el fuerte de El Puntal, en 1589, continuaron, pero sus dimensiones eran insuficientes para cerrar el acceso a la Bahía. El obispo Antonio Zapata impulsa la edificación y se construyen algunos nuevos baluartes. Así halló Cádiz el Conde de Essex el 29 de Junio de 1596. La flota inglesa, formada por 20 buques de gran toleaje, según la Casa de la Contratación, y 100 pequeños de Holanda, salió de Plymouth, según Adolfo de Castro, con 150-170 velas, de las que 17 eran navíos y las demás pequeñas embarcaciones holandesas. El número de hombres lo fija en 6.360 soldados, 1.000 voluntarios y 6.772 marineros, dirigidos por Tomas Howward, Sir Walter Raleigh, Sir Francis Vere, Sir George Carew y Sir Canter Clifford. El general de tierra era el Conde de Essex y el Almirante Lord Effingham. Desde allí la Armada fue a Lisboa, y pasó luego a atacar algunos puntos de El Algarve. El gobernador de Tavira avisó a la Casa de Contratación de Sevilla que el día 25 de junio vio pasar naves en Lagos, pero no sabía si eran mercantiles o enemigas. El Duque de Medinasidonia reunió a los corregidores en Puerto Real, a fin de guardar las costas (9).

La respuesta era difícil pues no había buques ni tropas, la infantería española combatía lejos y la península estaba desguarnecida tras la revuelta morisca. En Cádiz había 300 hombres nominales y 6 compañías de milicias, a las que se unieron las tropas de Chiclana y Jerez. En total, 1.000 hombres mal armados y peor dirigidos. Las fuerzas navales eran inferiores, unas 50 naos mercantiles, y algunas galeras. Las naos se quemaron en su mayoría, mientras que algunas galeras fueron capaces de escapar por el caño de Sancti Petri, por su menor calado.

Más prolífica en detalles es la narración de Adolfo de Castro, que informa que el 30 de Junio apareció la armada inglesa en Cádiz. El corregidor Antonio Girón no pudo entretener al enemigo, pese a las tropas de refuerzo, unos 1.000 peones y 600 caballeros de Chiclana y Jerez, y a los cañonazos disparados desde las 14 galeras que había en la Bahía. Al día siguiente, la flota capitana inglesa, con el viento favorable, entró en la Bahía. El galeón San Felipe estuvo disparando hasta que encalló. Los ingleses mandaron pequeñas embarcaciones para apresarlo y finalmente le prendieron fuego, tomando tierra, acto seguido. El galeón San Mateo se incendió y el San Andrés fue capturado. Las restantes naves de la flota ardieron a manos de los propios españoles. El Conde de Essex enarboló el estandarte inglés en El Puntal. El corregidor de Jerez, Don Leonardo de Cos, resistió cuanto pudo, pero terminó por refugiarse en la ciudad (10). El regidor Pedro del Castillo socorrió a los de Jerez, cobijándose después en una casa principal. Essex cercó la casa con dos compañías de artillería hasta que logró la rendición. Los de Jerez hubieron de entregar un rescate de 2.000 ducados.

Antonio Girón no acertó a organizar la resistencia, se limitó a retirarse al castillo con los caballeros y a pactar las capitulaciones el 2 de Julio de ese año. En ellas se respetaba la integridad de los habitantes de Cádiz mediante el pago de un rescate de 120.000 ducados. En garantía del pago quedaron como rehenes el propio corregidor, 8 prebendados de la Catedral, 12 regidores, 26 caballeros y 9 mercaderes flamencos. La mayor parte de la población abandonaría la ciudad y los ingleses quedaron dueños de ella por 17 días. Aunque prometieron no destruir ni incendiar la Catedral, rompieron los techos y paredes de 250 casas particulares, tomaron alhajas, dineros, ropas, mercaderías, campanas, rejas y picaportes. La Biblioteca del obispo de Cádiz fue robada y parte de ella se llevó al Fondo Español de la Biblioteca Universitaria de Cambridge.

El Conde de Essex hubiera querido mantener Cádiz como presidio militar inglés, con la ayuda de los marroquíes, que enviaron algunos buques con víveres para participar en el saqueo, pero afortunadamente prevaleció la idea de abandonar, pues empezaron a llegar refuerzos del interior de Andalucía. Provenían estos del Duque de Medinasidonia, del Duque de Arcos, y de la ciudad de Córdoba, que manda 7 compañías. En Sevilla, sin embargo, había problemas para

enviar tropas y armas, pues los 400 arcabuces que se guardaban en la alhóndiga estaban inservibles, por lo que el Concejo se vio obligado a requisar las armas de los particulares, 20 piezas de artillería, y encargar al jurado Rodrigo Juárez la compra de mosquetes, arcabuces y armas blancas en Milán (11).

Trece días defendió el castillo Martín de Chayde, hasta que, falto de municiones, despachó varios mensajes al Duque de Arcos para que le enviase socorro. Éste reunió a 200 caballeros y 2.000 peones, y se encaminó hacia Jerez, desde donde escribió al Duque de Medinasidonia comunicándole que iba a la defensa de estas poblaciones. Enterado Felipe II en Toledo de lo acontecido en Cádiz, nombró por capitán general a Don Pedro de Velasco y mandó un correo al príncipe Doria para que con sus galeras de Italia fuese a Lisboa. El duque de Arcos se dirigió a Gibraltar para defender la plaza, que halló sin artillería ni municiones. Mientras tanto, el Duque de Medinasidonia buscaba un ejército para la defensa. Según Adolfo de Castro, Essex ofreció mantener la plaza con 400 hombres por tres meses, hasta que recibiera nuevos víveres y municiones de Inglaterra. A su juicio, la llegada de las tres galeras de musulmanes de Larache y Tetuán hay que interpretarla como el deseo de socorrer a los ingleses para ver si se quedaban con Cádiz, o era posible se la cediesen al emir de Fez.

Los días 14 y 15 de Julio embarcaron los ingleses y el 16 entró Antonio Osorio, con 600 infantes, por orden del Duque de Medinasidonia. Éste llegó más tarde, dictando órdenes para que se iniciase la reparación de Cádiz, donde sólo encontró 328 casas habitadas. En las relaciones de aquel tiempo se indica que sólo fueron quemadas 290 casas, aunque nosotros pensamos que fueron 685. El mayordomo de Málaga trajo 20 quintales de pólvora y se mandó aviso a la flota de Nueva España para que tuviera cuidado con la inglesa, que se encontraba por aquella zona. En Sevilla, como en otras partes de Andalucía, se empezaron a formar compañías que se ejercitaban en el manejo de las armas. En Cádiz, hasta el 27 de septiembre no se dijo la primera misa, y pudo reunirse el Cabildo, asistiendo a él Antonio Osorio, Fernando de Guemes, Martín de Irigoyen y Agustín Francisco de Valenzuela, únicos regidores que se quedaron. El primer acuerdo consistió en dar licencia para que un filibote cargase en la Bahía con dirección a América, ya que se habían quemado las naves. Posteriormente, y a costa de muchas dificultades, pudieron rescatar a los caballeros rehenes (12).

La armada inglesa zarpó con tranquilidad, dejando a la ciudad con pérdidas evaluadas en 20 millones de ducados. Se formó proceso, no conservado, al Almirante de los galeones, Don Diego de Sotomayor, y al de las galeras de España, Juan de Portocarrero. No se procesó al Duque de Medinasidonia, capitán general de la Mar Océano, hecho que fue denunciado por Cervantes en "La española inglesa", donde se burla del Duque en estos términos:

"Hasta que al cabo con medida harta,  
Ido ya el conde, sin ningún recelo,  
Entró triunfando el Duque de Medina."

El lastimoso saqueo y la espantosa ruina de esta ciudad, obligaron a la corona de Castilla a gastar grandes cantidades de dinero en su reparo y fortificación. Así, en 1598 se erigió un fuerte castillo llamado Santa Catalina, y en 1613 se levantó otro junto a la misma caleta, en la pequeña ermita de San Sebastián, cerca del cual se alzó un capitelillo en forma de linterna que hacía fuego por la noche. Al punto se alzó otro en la torre de la almadraza de Hércules y en el castillo de Sancti Petri. También se construyó otro castillo en el antiguo baluarte junto al que desembarcaron los ingleses, al que llamaron San Lorenzo en El Puntal (13).

## CONCLUSIONES.

Los dos padrones militares analizados nos permiten aproximarnos al examen de uno de los componentes fundamentales del ejército hispano: los soldados. Su contenido es bastante significativo, puesto que supone el conocimiento de algunos aspectos de un tercio de la población en edad militar. De ellos destacamos la media de edad elevada de sus hombres —lo que quizás sea debido a que los más jóvenes se escogieran para luchar en el extranjero, se quedaran como mano de obra agrícola, o emigraran hacia otras zonas más prósperas—, y el hecho de que los abandonos por razones profesionales se den solamente dentro de los cargos públicos, pero nunca por realizar faenas agrícolas o artesanales. Un aspecto negativo de la documentación es la ausencia de las collaciones a las que pertenecen los soldados, pues este dato permitiría conocer qué collación aporta mayor número, y relacionarlo con el grupo social que predomina en cada una de ellas.

La riqueza de detalles y la minuciosidad con que se anotan, por parte del capitán y oficiales auxiliares, revelan la profunda preocupación existente en la época por disponer de una milicia preparada y en buen estado físico. Sin embargo, los problemas financieros de los municipios y de la Corona provocan frecuentes tensiones entre ambos, ya que no siempre está claro quién debe costear las armas y víveres a disponer por la compañía. En gran número de ocasiones la Corona determina que el Concejo arbitre la fórmula que mejor se adecue a sus recursos económicos, bien autorizándole una moratoria de pagos, una "derrama" sobre los vecinos, o el arrendamiento de los bienes de propios. Estas tensiones retrasaban muchas veces la maniobra militar, y en algunos casos, como el analizado, provocaban una reacción lenta y poco eficaz. Una gestión más rápida en la contratación de los soldados y adquisición de armas para la defensa, hubiera retardado algo más el saqueo inglés o al menos hubiera evitado el desastre. Ahora bien, no es éste el único factor que lo explica. Sus murallas y castillos eran insuficientes para cubrir el perímetro urbano y no se disponía de la artillería ni de la flota naval militar adecuada, dos elementos que unidos a la escasez de víveres, por las malas cosechas de años anteriores, al lento reclutamiento de los soldados y a la falta de coordinación entre las fuerzas defensivas, precipitaron la catástrofe. Observamos ya aquí una serie de elementos que permiten intuir un cierto declive económico, demográfico y político a finales del siglo XVI.

## N O T A S

- (1) A.M.U. Actas Capitulares de 1591-94.
  - (2) RUIZ PRIETO, M.: *Historia de Úbeda*, pp. 198-202.
  - (3) A.M.U. Sección VIII. 1519-1788. padrón de soldados de Úbeda y Torreperogil de 1596. Sin catalogar, fls. 1-58v.
  - (4) A.M.U. Sección VIII. 1519-1788. padrón de soldados de Úbeda y Torreperogil, fls. 16r, 22v, 34r, 56v.
  - (5) A.M.U. Sección VIII. Otros ejemplos son Diego Bustos, natural de Quesada, Diego Ortiz de Córdoba, Antón de Baeza, riojano y Alonso de Segura de Consuegra.
  - (6) A.M.U. Sección VIII. Padrón de soldados de Úbeda. Las señales de identificación eran muy importantes ya que mediante estos rasgos se podía, en caso de fallecimiento, reconocer a los soldados.  
Padrón de Torreperogil, fls. 1-34v.  
Padrón de Úbeda, fls. 1-58v.
  - (7) A.M.U. Sección VIII. padrón de soldados de Úbeda. Exponemos a continuación la tipología de las heridas más habituales entre los soldados de la Compañía: Buen estado, 52'8%; con heridas, 47'2%. Entre las heridas, las más frecuentes son en las cejas, un 24'6%; frente, 28'7%; cuello, 3'4%; dedos, 6'8%; sienes, 2'7%; ojos, 9,5%; muñecas, 1'3%; manos, 1'6%; dientes, 4'7%; carrillos 2'7% y boca, 1'3%.
  - (8) VARIOS: *Historia de España. El Siglo de Oro*. Tomo V. Planeta, 1988; p. 475.
  - CALDERÓN QUIJANO, J.: *Las defensas del Golfo de Cádiz en la Edad Moderna*. Sevilla, 1974.
  - GAMIR, A.: *Organización de la defensa de la costa del reino de Granada desde su reconquista hasta finales del siglo XVI*. Granada, 1943.
  - (9) DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Historia de Andalucía. La Andalucía del Renacimiento*. Ed. Planeta, 1980; pp. 44-47-50.
  - DE BRITO VASCONCELOS, D. A.: *Noticias históricas de Tavira, 1242-1840*. Tavira. Cámara Municipal, 1989. Recoge en su obra el ataque de los ingleses a la ciudad de Faro, siendo rey de Portugal Felipe II y cómo los vecinos de Tavira fueron los que expulsaron de esta ciudad a los ingleses. Parece ser que el ataque a Faro tuvo lugar después del saqueo de Cádiz, el 25 de julio de 1596, siendo gobernador de El Algarve Ruy Lourenzo de Távora. p. 44.
  - (10) LA FUENTE, M.: *Historia General de España*. Barcelona. Ed. Montaner y Simón. 1888. Cap. XXV, pp. 302-305. Tomo V. El autor trata de justificar la actuación del Duque de Medinasidonia que puso fuego a los buques hispanos mercantes para evitar que fueran presa fácil de los ingleses.
  - (11) DE CASTRO, A.: *Historia de Cádiz y su provincia*. Cádiz. Imprenta Revista Médica, 1858. Es el autor que relata los hechos con mayor número de detalles, pero sin embargo no ofrece una interpretación documentada de los mismos. pp. 388-402.
  - (12) DE CASTRO, A.: *Historia de Cádiz*. ob. cit., pp. 403-408.
  - (13) DE CASTRO, A.: *Historia de Cádiz*. ob. cit., p. 410. Góngora o Juan de Zumeta, en otro soneto, se indignan contra el Duque por su indolencia, y lo llaman, por desprecio, el dios de los atunes, como señor de las almadrabas.  
DE CASTRO, A.: *Historia de Cádiz*. ob.cit., pp. 428-429.
- Un ejemplo de la postración en la que quedó la ciudad de Cádiz es que ésta estuvo a punto de perder el título de capital del obispado, a manos del Duque de Medinasidonia, que en 1596 intentó conseguirlo para su territorio, con la excusa de haberse refugiado en él muchos de los canónigos cuando la invasión de los ingleses. Sin embargo, tuvo que ceder a las órdenes terminantes del Rey Felipe II para que aquéllos volviesen y activasen la reedificación de su iglesia.
- Para la relación del saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596 se han tenido presentes varias historias del suceso, entre ellas la que escribió Fray Pedro Abreu, y dos Manuscritos de la Biblioteca Nacional. Este autor consultó un legajo intítulado "Miscelánea de manuscritos antiguos", en el que relata la humanidad del Conde de Essex, ya que prohibió que nadie ofendiese a hombre y mujer so pena de muerte. Parece ser que no se cumplió en su totalidad, pues al reedificarse en 1856 la casa plaza de la Constitución núm.14, se halló en ella un pozo con monedas de la época y unos huesos, lo que hace pensar al Sr. De Castro en la posibilidad de que allí se hubiese cometido algún delito, siendo el agresor o el acometido alguno de los ingleses.

# A P E N D I C E 1

## RELACION DE SOLDADOS DE ÚBEDA.

### COMPAÑÍA DE PEDRO DE LA CUEVA Y GUZMÁN.

ALFÉREZ: LUIS DE VALDIVIA. SARGENTO: PEDRO DE QUESADA.

1. Martín García.
2. Francisco de Quesada.
3. Bartolomé de Pomar.
4. Juan de Padilla.
5. Cristóbal de Atienza.
6. Juan de Quesada.
7. Francisco de Torres.
8. Juan Ruiz.
9. Alonso de Torres.
10. Francisco Luis Redondo.
11. Juan de Mora.
12. Juan Rus.
13. Diego de Baeza.
14. Blas Jiménez.
15. Pedro del Castillo.
16. Diego de Úbeda.
17. Miguel Ruiz.
18. Juan de la Torre.
19. Blas de Cazorla.
20. Marcos Pardo.
21. Bartolomé de Plasencia.
22. Blas González.
23. Juan Marques.
24. Pedro de la Fuente.
25. Francisco de Almicle.
26. Baltasar Castillo.
27. Alonso de Santisteban.
28. Juan de la Peñuela.
29. Cristóbal Gámez.
30. Diego de Bustos.
31. Juan García.
32. Diego Ruiz.
33. Juan Ruiz.
34. Cristóbal Copado.
35. Juan Heredero.
36. Diego Crespo.
37. Andrés López.
38. Alonso Martín.
39. Andrés Martínez.
40. Juan de Martos.
41. Luis Redondo.
42. Luis Muñoz.
43. Juan Bayona.
44. Juan García.
45. Pedro del Campo.
46. Pedro de la Calancha.
47. Sebastián Alonso.
48. Francisco de Baeza.
49. Francisco Gallego.
50. Juan Martínez.
51. Marcos Salazar.
52. Ramón Jiménez.
53. Andrés de la Torre.
54. Alonso de Torres.
55. Luis Hernández.
56. Cristóbal Redondo.
57. Martín Alonso.
58. Sebastián Díaz.
59. Andrés de Navarrete.
60. Diego Gil de Valencia.
61. Martín Gaspar.
62. Rodrigo de Toral.
63. Diego Martínez.
64. Lázaro Ruiz.
67. Diego de Torres.
68. Luis Salido.
69. Luis de Estepa.
70. Juan Ruiz.
71. Jusepe Torre.
72. Pedro de Chinchilla.
73. Diego Ortiz.
74. Alonso Díaz.
75. Alonso de Zayas.
76. Alonso de Salas.
77. Antonio de Medina.
78. Martín Cano.
79. Cristóbal Gutiérrez.
80. Francisco Redondo.
81. Alonso Pérez.
82. Martín Copado.
83. Gregorio de Rus.
84. Pedro de Ventaja.
85. Pedro de Segovia.
86. Cristóbal de Cuevas.
87. Cristóbal de Segura.
88. Bartolomé Colada.
89. Juan Bautista.
90. Bartolomé Ventaja.
91. Antón Sánchez.
92. Gaspar Molina.
93. Domingo Montoro.
94. Bernabé de Lora.
95. Juan Martínez.
96. Cristóbal Sánchez.
97. Alonso de Vilches.
98. Juan Diz.
99. Pedro Lopera.
100. Gaspar Ruiz.
101. Francisco de Salas.
102. Juan Luis de Torres.
103. Sebastián de Torres.
104. Pedro Ruiz.
105. Francisco de Quesada.
106. Cristóbal Gómez.
107. Alonso Delgado.
108. Luis Segura.
109. Alonso Muñoz.
110. Pedro del Cano.
111. Luis Peralta.
112. Luis Redondo.
113. Juan Cristino.
114. Juan Muñoz.
115. Juan Moya.
116. Luis Padilla.
117. Andrés de Ventaja.
118. Juan Ruiz.
119. Diego Sánchez.
120. Juan García.
121. Juan Vilches.
122. Diego Campos.
123. Juan Pérez.
124. Pedro de Baeza.
125. Juan de Salas.
126. Juan López.
127. Cristóbal de Martos.
128. Pedro de Campos.
129. Francisco de Bayona.
130. Pedro de Colado.
131. Diego de Castro.
132. Pedro de Burgos.
133. Juan de Alarcos.
134. Juan Martínez.
135. Antón de Baeza.
136. Alonso Cano.
137. Andrés García Pretel.
138. Alonso de Bayona.
139. Luis de Molina.
140. Bartolomé Redondo.
141. Pedro de Arcos.
142. Pedro de Molina.
143. Juan de Baena.
144. Francisco Cano.
145. Sebastián de Torres.
146. Luis de Luna.
147. Juan de Palma.
148. Juan de Sevilla.
149. Juan de Marín.
150. Diego del Castillo.
151. Hdo. González de Velasco.
152. Juan Alonso de Consuegra.
153. Francisco Redondo.
154. Francisco de Consuegra.
155. Domingo Rodríguez.
156. Diego Redondo.
157. Diego Hernández.
158. Germán de Escocia.
159. Luis de Molina.
160. Juan Guerrero.
161. Francisco Humano.
162. Lorenzo de Robredillo.
163. Juan de Segura.
164. Gaspar de Baeza Portugués.
165. Nicolás de Cazorla.
166. Diego Hernández de Consuegra.
167. Juan de Sanjuan.
168. Cristóbal de Atienza.
169. Martín Alonso.
170. Luis de Burgos.
171. Andrés de Aranda.
172. Pedro del Castillo.
173. Alonso Pérez.
174. Alonso Gil.
175. Francisco Martínez.
176. Cristóbal Ruiz.
177. Sebastián Ramírez.
178. Diego de Talavera.
179. Gerónimo de Madrid.
180. Nicolás de Salamanca.
181. Cristóbal Hernández.
182. Francisco de Puebla.
183. Diego de Herrera.
184. Andrés García.
185. Diego López.
186. Diego López.
187. Francisco Iruela.
188. Alonso de Atienza.
189. Juan de Anguis.
190. Alonso de Anguis.
191. Beas de Martos.
192. Beas de la Torre.
193. Miguel Ruiz.
194. Cristóbal de Ruiz.
195. Sebastián de Salamanca.
196. Juan de Raya.
197. Fernando de Hurtado.
198. Juan Ruiz.
199. Pedro de Copado.
200. Bernabé Serrano.
201. Luis de Molina.
202. Juan de Castilla.
203. Andrés Palo.
204. Francisco Martínez.
205. Luis Barrero.
206. Cristóbal de Torres.
207. Luis de Ogayar.
208. Alonso de Atienza.
209. Juan de Salamanca.
210. Germán de Beltrán.
211. Juan Sánchez.
212. Alonso de Villar.
213. Bartolomé Ortega.
214. Diego de Calvo.
215. Luis de Sabiote.
216. Antón de Baeza.
217. Francisco Ruiz.
218. Alonso de Vago.
219. Pedro de Sabiote.
220. Cristóbal de Baeza.
221. Cristóbal Cobos.
222. Pedro Barrera.
223. Luis Hernández.
224. Andrés de Zamora.
225. Antón Ruiz.

- |                            |                              |                                 |                                |
|----------------------------|------------------------------|---------------------------------|--------------------------------|
| 226. Francisco de Linares. | 247. Francisco López.        | 268. Diego de Toral.            | 289. Andrés López de Quesada.  |
| 227. Juan de Higueras.     | 248. Diego de Baeza.         | 269. Marín Fernández.           | 290. Alonso Jiménez.           |
| 228. Diego Ruiz.           | 249. Melchor de Reyes.       | 270. Lorenzo de Molina.         | 291. Juan de Simón.            |
| 229. Rodrigo de Mediana.   | 250. Juan de Morales.        | 271. Pedro de Maza.             | 292. Luis de Barba.            |
| 230. Diego Murciano.       | 251. Martín de Palma.        | 272. Marcos Ruiz.               | 293. Francisco de Santisteban. |
| 231. Gaspar de Garnica.    | 252. Cristóbal de Atienza.   | 273. Nicolás Garrido.           | 294. Francisco de Baeza.       |
| 232. Juan Murcinao.        | 253. Luis Barrera.           | 274. Alonso Barrera.            | 295. Juan Muñiz.               |
| 233. Diego de Aranda.      | 254. Diego de Segura.        | 275. Juan Canal.                | 296. Pedro de Tamaña.          |
| 234. Salvador de Molina.   | 255. Juan de Sarmiento.      | 276. Hernando Crespo.           | 297. Francisco Redondo.        |
| 235. Diego Hernández.      | 256. Alonso de Barrera.      | 277. Gonzalo García del Corral. | 298. Juan de Raya.             |
| 236. Juan de Medina.       | 257. Pedro de Barba.         | 278. Juan de Rus.               | 299. Francisco de Santisteban. |
| 237. Juan de Alaminos.     | 258. Juan Martínez.          | 279. Pedro de Zamora.           | 300. Tomás de Xérica.          |
| 238. Juan de Alameda.      | 259. Francisco López.        | 280. Cristóbal de Segovia.      | 301. Juan de Salido.           |
| 239. Gonzalo Gutiérrez.    | 260. Alonso de Alaminos.     | 281. Diego Rodríguez.           | 302. Luis de la Torre.         |
| 240. Juan Martos.          | 261. Diego de la Torre.      | 282. Fernando de Santisteban.   | 303. Juan de Moya.             |
| 241. Francisco Sánchez.    | 262. Lázaro de Vargas.       | 283. Pedro de Cózar.            | 304. Francisco de la Torre.    |
| 242. Hernán Redondo.       | 263. Alonso de Ortega.       | 284. Pedro Fernández.           | 305. Alonso de Vilches.        |
| 243. Pedro de Quesada.     | 264. Martín de Arroyo.       | 285. Marcos Pérez.              | 306. Martín de Balboa.         |
| 244. Juan Alonso.          | 265. Cristóbal de Navarrete. | 286. Alonso de Segura.          | 307. Julián de Cañaverla.      |
| 245. Luis Copado.          | 266. Diego Domínguez.        | 287. Pedro de Segura.           | 308. Alonso de Baeza.          |
| 246. Cristóbal de Anguis.  | 267. Bernabé Sánchez.        | 288. Martín de Sila.            | 309. Bartolomé Fernández.      |

## A P E N D I C E 2

### RELACIÓN DE SOLDADOS DE TORREPEROGIL.

CAPITÁN: D. PEDRO DE LA CUEVA GUZMÁN. ALFÉREZ: DIEGO MALO.

- |                             |                            |                              |                           |
|-----------------------------|----------------------------|------------------------------|---------------------------|
| 1. Salvador Ortega.         | 22. Lázaro Muñoz.          | 43. Alonso de Granada.       | 64. Fernando de Espinosa. |
| 2. Mateo López.             | 23. Gonzalo Martínez.      | 44. Eugenio de Siles.        | 65. Esteban de Mosca.     |
| 3. Pedro García.            | 24. Luis Redondo.          | 45. Luis Rosales.            | 66. Juan Munuera.         |
| 4. Antón de la Peña.        | 25. Juan Antolino.         | 46. Alonso de Aranda.        | 67. Francisco Garrido.    |
| 5. Francisco de Villaseñor. | 26. Alonso Gallego Bernal. | 47. Juan Campillo.           | 68. Bartolomé Maza.       |
| 6. Juan Blanco.             | 27. Miguel Ruiz.           | 48. Juan Getoso.             | 69. Juan Quesada.         |
| 7. Lucas Fernández.         | 28. Pedro Padilla.         | 49. Antón de Quesada.        | 70. Sebastián Raya.       |
| 8. Diego de la Puebla.      | 29. Diego López Catena.    | 50. Alonso Pérez del Villar. | 71. Luis Izquierdo.       |
| 9. Juan López.              | 30. Juan Gallego.          | 51. Bernabé Ruiz.            | 72. Miguel Ruiz.          |
| 10. Nicolás de la Torre.    | 31. Benito Sánchez.        | 52. Alonso López.            | 73. Esteban de Malo.      |
| 11. Diego de la Torre.      | 32. Cristóbal Martínez.    | 53. Juan Bernardo Catena.    | 74. Fernando de Espinosa. |
| 12. Alonso López.           | 33. Juna Raya.             | 54. Juan Molina.             | 75. Juan López.           |
| 13. Juan de Jódar.          | 34. Juan Sánchez.          | 55. Diego de la Torre.       | 76. Alonso Molina.        |
| 14. Juan de Zafra.          | 35. Jorge Ruiz.            | 56. Alonso de Salas.         | 77. Francisco García.     |
| 15. Juan Arias.             | 36. Pedro Jódar.           | 57. Miguel Ruiz.             | 78. Luis Rus.             |
| 16. Juan Padilla.           | 37. Francisco Camona.      | 58. Alonso Romero.           | 79. Fernán Martínez.      |
| 17. Francisco Fernández.    | 38. Francisco Zambrana.    | 59. Juan López de Iruela.    | 80. Luis Rodríguez.       |
| 18. Diego Bernal.           | 39. Juan Garrido.          | 60. Juan Molina.             | 81. Diego Gil.            |
| 19. Luis de Baeza.          | 40. Cristóbal Gallego.     | 61. Francisco García.        |                           |
| 20. Antonio de Aragón.      | 41. Bartolomé Martínez.    | 62. Fernando del Villar.     |                           |
| 21. Luis Jódar.             | 42. Pedro Muñoz.           | 63. Pedro Villar.            |                           |



# FORMACIÓN Y FUNCIONAMIENTO DE LA HUESTE DE ÚBEDA DURANTE LA BAJA EDAD MEDIA

**María Josefa Parejo Delgado.**  
Doctora en Historia Medieval

Las ciudades medievales desempeñaron una importante función militar, la de proveer de hombres, víveres y armas para la guerra contra Granada. Este hecho dejó como secuela la influencia de los caballeros en el dominio urbano. La guerra generó una industria de la que directa e indirectamente vivía gran parte de la población. Las milicias concejiles tenían sus propias enseñas y organización por lo que no se fundían completamente con la hueste real. Ahora bien la mayoría de los Fueros locales señalan que cuando las milicias iban bajo las ordenes reales no debían llevar más insignia que la del soberano.

El concejo en pie de guerra constituía la hueste. Según el Fuero de Úbeda se trataba de una expedición constituida por caballeros que portan escudos, lanzas y espadas, los peones que llevan lanzas, dardos y porras y los ballesteros cuya arma defensiva era la ballesta de 100 saetas. Cuando la hueste partía a la guerra las autoridades concejiles nombraban guardas para asegurar la defensa de cada una de las collaciones. Estos se encargaban de vigilar los incendios, la presencia de enemigos en la ciudad y de detener a los que pasearan por la noche fuera de las horas reglamentadas. La vigilancia se hacía especialmente intensa en los momentos de la cosecha (1).

Reunida la hueste el juez y los alcaldes designaban a los "TALAYEROS" o exploradores que iban delante de los caballeros, peones y ballesteros. Entre sus obligaciones figuraban la de disponer de buenos caballos, e ir donde le envíen las autoridades. Su soldada era de dos bueyes o 4 mrvs. si la cabalgada tiene beneficio y 2 mrvs. si no se obtiene ganancia alguna. Cuando anochecía los escribanos hacían una lista de hombres y armas por razones de seguridad y si alguien huía tras cometer un robo, era apesado y todos los hombres que compartían posada con él sufrían idéntico castigo. La hueste al continuar la marcha se dividía en varios grupos: uno de ellos era el de los cuadrilleros.

Sus funciones eran repartir carne a todos los de la cabalgada, contar los heridos, viejos y enfermos a fin de habilitar bestias para transportarlos y distribuir el botín el día de la partición.

Cuando la hueste llegaba al lugar donde se esperaba obtener botín se dividía en una primera línea y la retaguardia o "açaga". Al regreso la hueste se reunía de nuevo y pasada la sorpresa se esperaba la reacción del enemigo. La marcha era entonces más lenta pues había que cargar con el botín —a veces ganados— y el "viaticum" o acopio de provisiones necesario para alimentar a los combatientes. El Fuero de Úbeda establece que al enemigo se le despoje de todos sus bienes en el lugar del combate pero que después se entregue a los cuadrilleros para que lo anoten y se encarguen de su transporte. El reparto del botín se hacía en presencia de la hueste. Los cuadrilleros, ayudados por los escribanos, daban a cada combatiente lo que le correspondía. Descontada la parte del rey, se indemnizaba primero a los heridos y luego se

entregaba el sexto al juez y señor, el quinto a los caballeros, el séptimo a los peones si iban a la hueste sin caballeros y un sexto si acudían con los caballeros. Estos porcentajes se refieren a musulmanes, bestias y ganados. La distribución del botín entre los combatientes tomaba como unidad la caballería o "parte que a cada uno copiese de la ganancia que ouisse fecho".

Por lo general se pagaba en dinero, obtenido de la venta de una parte del botín. Este reparto se hacía según unas reglas muy estrictas: el caballero recibía una parte, el peón la peonía, el ballestero una parte según fuera a pie o a caballo, y un porcentaje similar al de dos caballeros el portavoz de la enseña del concejo. Junto a esta parte del botín los combatientes recibían algunas compensaciones complementarias, así el cristiano que había quitado las armas o el caballo a un musulmán combatiendo se quedaba con ellas, el caballero o peón que hubiese perdido el pendón en el cuerpo de un enemigo recibía 2 mrvs. y 1 mrvs. si no llevaban pendón, los alcaldes y el juez 2 ó 4 mrvs, y el adalid dos partes si iba solo.

Los caballeros y peones que eran hechos prisioneros se cambiaban el caballero por el caballero y el peón por el peón. Si el Rey quería redimir un cautivo musulmán o señor con castillo debería pagar 100 mrvs, si los cautivos eran pobres se los quedaban los que los habían ganado.

Las autoridades concejiles tenían facultad para castigar con la pérdida de la mano derecha al que hiriera a otro con armas prohibidas, robara cantidades superiores a 5 "mencales", a menos que probase con 12 vecinos que no era culpable y con una multa doble al vecino que comprará algo en almoneda y no lo pagase en 9 días. Si el que robaba era un cuadrillero tendría que devolverlo el día de la partición, si no lo hacía perdía su oficio (2).

Cuando la expedición tenía carácter defensivo se llamaba fonsado. A veces el concejo realizaba campañas cortas y rápidas en las que reunía sólo una parte de las fuerzas disponibles. A este tipo de empresas se les llamaba cabalgadas. Cuando la expedición tenía carácter obligatorio para los caballeros y peones se denominaba apellido. Los caballeros y peones que no acudían debían pagar 1 ó 2 mrvs. excepto si no oía el pregón, no tenía caballo o no podía llegar. El Fuero de Úbeda determinaba que en caso de que el grupo de combatientes de la cabecera obtenía su objetivo, la retaguardia no tenía parte del botín. El concejo estaba obligado a indemnizar al caballero que perdiera su caballo luchando, si éste sufría algunos daños en la ofensiva, su dueño tenía 30 días para demostrar como ocurrió ante el juez si no perdía el animal. Igualmente penalizaba con 500 sueldos al caballero que hacía bando sin mandato, y ajusticiaba a los que quebrantaran las treguas.

La participación de los vecinos en las milicias concejiles provocaba una disminución de la mano de obra agrícola, en este sentido el Fuero de Úbeda reguló muy pronto las exenciones. De esta forma los caballeros que aportaran armas y tienda tenían derecho a librar "cuatro excusados", que mientras los demás luchaban cultivaban las tierras del noble o caballero. La remuneración de los servicios militares se extraía del botín pero a veces si la ciudad no tenía recursos económicos suficientes para adelantar los dineros necesarios para la expedición se acudía a imponer una "derrama" a los vecinos con objeto de reunir la cantidad precisa para costear la ofensiva o defensiva. El Fuero de Úbeda exime sólo a los nobles de pagar en ellas y en 1309 a los clérigos (3).

Un documento de gran interés para el análisis de la función militar de Úbeda en la Baja Edad Media son las Actas Capitulares. Las correspondientes a los años 1461-62, ya estudiadas por nosotros en nuestra Tesis Doctoral recogen bastantes datos sobre el papel desempeñado por el concejo en la defensa de la frontera granadina. En las sesiones capitulares los regidores discuten sobre la distribución de las "guardas y escuchas" a fin de proteger al concejo en caso de una agresión granadina. Así el 2 de noviembre de 1461 el Cabildo ubetense fija las normas que regularán la distribución de las guardias. El 24 del mismo mes deciden que Francisco Álvarez y Gil de Villarroel organicen las "escuchas": espías que alertaban sobre los movimientos de tropas granadinas en la frontera. Unos días antes el alguacil había recibido poderes para prender a todos los que no quisieran contribuir económicamente para pagar a los caballeros que habían hecho las guardias en el Guadalquivir. El Cabildo decide para evitar nuevas razzías granadinas por las tierras de Úbeda y su término poner nuevos guardas en Bédmar y en las Torronteras cerca de la ribera del Guadalquivir por 30 días. La ruptura de la tregua con Granada y la nueva ofensiva veraniega de Enrique IV y el Condestable Miguel Lucas de Iranzo en unión a las milicias concejiles de Úbeda y Baeza contra Arenas, Cambil y Alhábar obligan al cabildo a nombrar guardas en el Hontanar. Igualmente el concejo decide dotar mejor económicamente las alcaldías de Quesada y Tíscar por ello en una sesión de 1462 se nombran nuevos alcaldes y se imponen tasas sobre la carne, paños, y demás mercaderías excepto el pan y el vino.



La participación de los vasallos de acostamientos de Úbeda en las campañas de Enrique IV contra Granada fue siempre superior a la de Baeza. El número de vasallos de Úbeda fue de 185 y el de lanzas de 430. La cuantía de las mismas de 1.290.000 mrvs. Estas cifras son algo superiores a los 27 vasallos y 59 lanzas que aporta Baeza. Estos vasallos participan activamente en las ofensivas contra Cambil y Alhábar en 1461, Sierra del Cenete y Baza en 1462, conquista de Archidona por Don Pedro Girón y tala de los campos de Padul, Legueles y Alcochán al frente del Condestable Miguel Lucas de Iranzo (4).

Las disensiones entre Don Pedro Girón y el Condestable Miguel Lucas de Iranzo y el fracaso de la negociación con el Infante Ismael paralizaron la ofensiva contra Granada firmándose nuevas treguas en 1463. Tras el fracaso del Condestable Miguel Lucas de Iranzo en la conquista del castillo de Moclín, el Comendador Juan de la Cueva logra rendir el castillo de Solera.

Entre 1481 y 1492, coincidiendo con las distintas fases de la reconquista del reino de Granada, aumenta la contribución en lanzas, vasallos y maravedíes de los distintos concejos andaluces. Úbeda lo hace con 225 vasallos, 629 lanzas y 1.933.000 mrvs. participando sus milicias en las ofensivas contra Zahara, Álora, Ronda, Loja, Moclín, Montefrío, Vélez Málaga, Málaga, Valle de Almanzora, Guadix, Almería, Baza y Granada. El concejo ubetense no contribuye sólo con armas y hombres, también con trigo y cebada. Las fábricas de Baeza y su tierra proporcionaron según el profesor Miguel Ángel Ladero Quesada unas 894,5 fanegas de trigo y las de Úbeda 619. La ciudad tuvo que pagar además los arrieros que transportaron los víveres necesarios para la ofensiva: elevándose los gastos durante la campaña de 1489 en 274.293 mrvs. (5).

Entre 1493 y 1504 el concejo de Úbeda proporciona unos 565 vasallos y 1084 lanzas para las campañas de Nápoles, revueltas de los moriscos de Almería, Alpujarras y Albaicín, evaluándose los gastos en 4.784.000 mrvs. Entre 1505 y 1515 la contribución militar de Úbeda fue de 428 vasallos y 666 lanzas. participando en las ofensivas contra el peñón de Vélez de la Gomera, Arcila, Tánger, Bugía, Orán y por último en Navarra. El coste económico fue de 1.417.000 mrvs.

Recientemente hemos encontrado unos fragmentos de las Actas Capitulares de 1519 donde se recogen algunos datos más sobre la función militar del concejo ubetense. Así en la sesión capitular del 16 de marzo de ese año el capitán Antonio Martín solicita 200 hombres para ir a Nápoles a luchar contra la armada del turco. En la del 3 de mayo de 1519 el Licenciado Fernández de la Torre pide 50 caballeros y 200 peones para ir donde le indique el Duque de Alba y el Marqués de Mondéjar, capitán de Granada. A continuación se decide el reparto de los peones y reales por collaciones (6).

Por los datos que proporcionan las restantes sesiones capitulares sabemos que los caballeros y peones librados y pagados por Úbeda van a reprimir la revuelta de Huéscar. Son los años posteriores a la proclamación de Carlos I como emperador de Alemania y rey de España. Entre febrero y agosto de 1519 Andalucía vive en lucha constante contra los moriscos y los piratas. Desde 1515 hasta 1520 hay varios levantamientos moriscos en el antiguo reino de Granada. En 1516 hay un levantamiento en Málaga de carácter antifiscal, luego en Huéscar cuyos moriscos se sublevan que sepamos en tres ocasiones entre 1516 y 1520. A principios de febrero de 1516 la población se apodera de la fortaleza tras aniquilar a la guarnición. El Cardenal Cisneros delega al Licenciado Villafañe para que restablezca el orden en Huéscar. Ante la tenaz oposición condena a varios vecinos a muerte y mutilación. Los moriscos están descontentos porque han de pagar el servicio del año 1506 que quedó sin cobrar. Los contadores mayores al revisar las albaquías o cuentas atrasadas lo exigieron y retuvieron a Don Luis Hurtado de Mendoza de su paga 77.000 mrvs. que le debía su padre Íñigo a la Corona.

En la primavera de ese año se desarrolla una escena casi idéntica, la revuelta se incubaba en Huéscar y las tropas compuestas por el Marqués de los Vélez y algunos murcianos toman posiciones dentro de la fortaleza de la ciudad hasta que una expedición real restablece el orden. La sesión capitular ubetense del 3 de mayo de ese año insiste en que les ha llegado la orden de que los caballeros y peones de dicha ciudad estén apercibidos para ir a donde se les ordene, unos días más tarde llega la orden de ir a Huéscar. Según Meneses García la sublevación de Huéscar en la primavera de 1519 es la menos conocida de las tres que tuvo la villa. Huéscar se había levantado en armas cuando murió Don Fernando pues este rey había hecho merced de ella al Duque de Alba y sus habitantes no querían pasar de realengo a señorío. Cisneros, reprimió el movimiento, prometiendo oírles en justicia junto con el Duque de Alba. La promesa es incumplida y los vecinos se sublevan alentados por el Marqués de los Vélez que disputaba al Duque de Alba la villa.

Las primeras noticias que nos dan las cartas son que la gente de los Vélez al mando de su alcaide, y de Murcia se han metido en la fortaleza de Huéscar.

En la corte reaccionan enviando al alcalde de corte, Herrera. El rey escribe a Don Luis para que mande a Herrera las fuerzas que le pida. Luis les envía 24 lanzas de su capitanía, 12 de las 30 lanzas de guarda y 20 peones espingarderos de la guarnición de la Alhambra al mando de Gonzalo de Mingolla (7). Para asegurar el envío se paga a los soldados lo que se les debía del año pasado y se les amenaza si no van a Huéscar con la pérdida de su puesto y sueldo. A pesar de todo faltan algunos al alarde. Peor todavía acogen la orden las ciudades de Jaén, Úbeda y Baeza respecto al envío de 50 lanzas y 200 peones. Estas ciudades protestan ante la Chancillería pidiendo aclaraciones sobre quién debe pagar a dicha gente. La Chancillería pasa el escrito a Don Luis, que se sorprende de que no se haya enviado la tropa pues siempre se hizo con la derrama entre los vecinos. Los de Huéscar se resisten y Herrera solicita la artillería de La Alhambra, su pesadez hizo que fuera sustituida por la de Baza más ligera y cercana a Huéscar. Todo queda tranquilo hasta la tercera sublevación. Cuando ésta ocurre las cartas de Don Luis proporcionan varias noticias. En diciembre de 1519 Toledo escribe a Granada para que se una a la Junta. Vargas escribe a Luis poniéndole en aviso sobre la carta. Pero ya el Cabildo granadino ha contestado conforme a los deseos de Vargas. Los datos recogidos en las Actas Capitulares de Úbeda de 1519 demuestran la participación de Úbeda en la empresa enviando un total de 204 peones y como el procedimiento para reclutarlos fue la imposición de una derrama por collaciones.

COLLACIONES	PEONES	REALES
San Isidoro .....	48	31
San Pablo.....	28	21
San Nicolás.....	28	21
Santa María.....	16	12
San Lorenzo.....	8	6
San Pedro .....	6	4
Santo Domingo.....	6	5
San Millán.....	6	5
Santo Tomás.....	4	3
San Juan Bautista.....	4	3
San Juan Evangelista.....	2	2
Quesada .....	32	24
Torreperogil.....	16	13 (8)

Las collaciones que contribuyen con mayor número de peones son las más pobladas en la Baja Edad Media por el progresivo desplazamiento de los vecinos hacia la nueva plaza del mercado, Puerta de Toledo y arrabales de comerciantes y artesanos. El análisis de los Libros de Bautismos de las collaciones de San Nicolás, San Pablo, San Millán y Santo Tomás testimonian el incremento de la población. Las profesiones de los padres de la mayor parte de los bautizados se encuadran en los sectores secundario y terciario. En el caso de San Pablo destaca cómo el 56,2% de los bautizados son moriscos procedentes del reino de Granada y las Alpujarras: un porcentaje más elevado en torno al 66% se constata en la collación de Santo Tomás. Sobre San Isidoro no tenemos datos de fecha tan temprana pero sí sabemos de la fuerte concentración de población en esta collación ya que es una de las que más contribuye en las derramas concejiles de 1462. En 1516 según el "Itinerario de Hernando Colón", Úbeda tiene unos 4,000 vecinos, es decir unos 18.000 habitantes. Existe pues un paralelismo entre la distribución de los reales y peones entre las distintas collaciones de la ciudad y la población de las mismas. Diferente es la distribución de los hidalgos y caballeros. Así por ejemplo según el padrón de 1524, ya estudiado por nosotros en nuestra Tesis son las collaciones de Santa María con un 16,7%, Santo Tomás con un 15,3%, Santo Domingo con un 13,1% y San Isidoro con un 12,4% las más pobladas por estos sectores de la población exentos de pagar tributos.

En la reunión del 13 de Julio de 1519 se lee una carta de Su Majestad donde se exponen los daños que la armada del turco ha ocasionado en diversas partes del reino y la conveniencia de que se envíen 30 caballeros y 200 peones a Vera por 40 días. Hay que tener en cuenta que en noviembre del año anterior en la costa de Almería se habían producido algunos terremotos que habían destruido las fortalezas de Vera y Mojácar. La catástrofe puso de manifiesto la preocupación de toda España por la defensa de la costa granadina pues los procuradores fueron a ver al Rey a Barcelona en 1519 y le pidieron reconstruyera los castillos y los proveyese para la defensa del reino de Granada (9).

El 6 de agosto de 1519 el Cabildo ubetense lee otra carta indicando los daños que los musulmanes están haciendo a los cristianos nuevos, por lo que el jurado Morales pide que no acuda más gente a la defensa de la costa de Granada hasta que se le indique la necesidad apremiante de acudir. Unos meses más tarde el rey Don Carlos envía una carta al concejo de Úbeda comunicándole que es necesario completar la armada de 9 galeras de Hugo de Moncada y la de 4 galeras que se dirige a Túnez para combatir la gran armada que los turcos enemigos de nuestra fe han organizado en Nápoles. Igualmente apremia al concejo de Úbeda a que envíe tropa de a pie y a caballo para defender la costa de Granada.

La defensa de la costa granadina y almeriense frente a los turcos era una cuestión importante por lo que se articuló la defensa en tres niveles: fortificaciones, tropas fijas y móviles y vigilancia del mar por medio de galeras. La costa no obstante estaba desierta y sólo las ciudades tenían buenas defensas. Las fuerzas fijas y móviles recorrían la costa al frente del Duque de Medinasiona en la zona occidental y del Marqués de Mondéjar en la oriental. Los gastos para su mantenimiento se cubrían con un impuesto especial: la farda, pagado por los moriscos y tras su expulsión por los colonos cristianos que los reemplazaron. Estas guardas servían de vigilancia y para rechazar pequeñas infiltraciones. En caso de producirse un desembarco alertaba a las milicias de los pueblos que hasta una cierta distancia debían tener armas dispuestas a acudir. El tercer nivel eran las fuerzas navales (10).

## CONCLUSIÓN

La contribución de Úbeda a las campañas militares realizadas por la Monarquía castellana contra el reino de Granada, Francia, Nápoles, y Norte de África se llevó a cabo en varios frentes: aportaciones de caballeros, víveres, trigo, cebada, armas y hombres. Su localización en la zona fronteriza explica que el Fuero de Úbeda otorgado tras la repoblación de la ciudad se preocupe tanto de la defensa como de la ofensiva para garantizar la protección. Las Actas Capitulares de 1641-62 y las de 1518-19 nos amplían los datos referentes a los víveres, hombres y coste económico de las empresas militares en las que participa la ciudad y nos explica la directa actuación de Úbeda en el conflicto morisco y comunero.

No hay que olvidar la fuerte inmigración morisca a la ciudad desde fecha muy temprana, 1510, y la vinculación de uno de los bandos de la ciudad, los Cueva, a las Comunidades.

## N O T A S

(1) PAREJO DELGADO M. J. *Baeza y Úbeda en la Baja Edad Media*. Sevilla. Letcom. 1987 p. 893-894.

PESET J. *El Fuero de Úbeda*. Valencia. Universidad. Título LV p. 370-373.

(2) PESET J. *El Fuero de Úbeda*. ob. cit. p. 371-373.

(3) El adalid que robe la parte de los combatientes pagara 200 mrvs de multa. Si resulta herido su agresor perderá la mano derecha. El Fuero de Úbeda castiga al que tome la cabalgadura y no la entregue para el reparto general de la hueste.

(4) PAREJO DELGADO M. J. *Las Actas Capitulares en el estudio del concejo bajomedieval: Úbeda 1461-62*. Córdoba, Andalucía entre Oriente y Occidente p. 516-525. La tala y quema de los lugares de Baza y Gaudix llevada a cabo por Martín Alonso de Montemayor y Diego el hijo del Conde de Cabra acabó con la firma de nuevas treguas con Granada en junio de 1463.

(5) PAREJO DELGADO M. J. *Los vasallos de acostamientos de Baeza y Úbeda en la Baja Edad Media (1462-1515)* I Congreso de Historia de Guadix 1989 p. 299-312.

GONZÁLEZ JIMÉNEZ M. *La guerra en su vertiente andaluza: participación de las ciudades, villas y señoríos andaluces*, Granada, Diputación 1983. p. 22. En 1486 los concejos andaluces de Sevilla, Jaén, Baeza, Úbeda, etc. y los caballeros y regidores de otras localidades son los únicos que prestan dinero a la Corona. El importe total de tales préstamos ascendió a unos 3.600.000 mrvs.

(6) LADERO QUESADA M. A. *Granada, historia de un país islámico 1232-1571*. Madrid. Ed. Gredos. 1979. Los tres primeros Marqueses de Mondéjar llegaron a ser los políticos castellanos más entendidos y comprensivos de los problemas moriscos. Don Luis Hurtado de Mendoza que gobierna hasta 1565. p. 221.

(7) A. M. Úbeda. Actas Capitulares de 1518-19 Sin catalogar. En la reunión del 16 de marzo de ese año comparece Antonio Martín, capitán para solicitar 200 hombres para ir a Italia a luchar contra la armada del turco, fol. 3v.º-4r.º.

(8) A. M. U. Actas Capitulares de 1519. fols. 10 v.º-12r.º Contiene la relación de peones y reales con que contribuye la ciudad a reprimir la sublevación de Huéscar. De los 50 caballeros solicitados se otorgan 30 y 204 peones.

MENESES GARCÍA E. *Luis Hurtado de Mendoza. Marqués de Mondéjar. (1489-1522)* Hispania, n.º 134. Madrid. 1976. p. 540-543.

(9) PAREJO DELGADO M. J. Baeza y Úbeda en la Baja Edad Media. Granada. Ed. El Quijote. 1988 p. 60-67.

(10) A. M. U. Actas Capitulares de 1519. Sin catalogar.

Sesión capitular del 13 de Julio de 1519, fol. 31v.º 32r.º

Sesión capitular del 15 de Julio de 1519, fols. 32v.º 33r.º.

Sesión capitular del 6 de Agosto de 1519, fols. 32v.º 33r.º.

Sesión capitular del 6 de agosto de 1519. Se determina que se pague a los soldados y caballeros que han acudido a reprimir la revuelta sin dilación, fol. 34v.º 35r.º.

# EL EJÉRCITO Y LA CIUDAD DE ZAMORA EN EL SIGLO XVI

Francisco Javier Lorenzo Pinar

Doctor en Historia Moderna

Universidad de Salamanca.

La visión de las relaciones que podemos observar entre el ejército y la ciudad de Zamora durante el Quinientos viene mediatizada por la naturaleza y el volumen de las fuentes. Para la elaboración de la presente comunicación hemos empleado fundamentalmente, aunque no de manera exclusiva, las actas municipales correspondientes a esta centuria. Estos documentos nos ofrecen una perspectiva parcial y, en ocasiones, genérica de los acontecimientos al no adentrarse en detalles sobre los sucesos; no obstante, resultan imprescindibles a la hora de conocer la postura del Ayuntamiento zamorano en cuestiones relacionadas con el tránsito de las tropas por la provincia o con el reclutamiento de milicias (1).

Los datos conservados sobre el primer tercio del siglo XVI son escasos. A través de las cartas reales de esta época apreciamos ya algunos de los problemas que aparecerán a lo largo de la centuria. En lo que respecta al *alojamiento y tránsito de las tropas*, la ciudad mantuvo una constante pugna con los capitanes para que el aposentamiento se efectuase en las zonas menos gravosas para la economía de los pueblos pertenecientes a la jurisdicción zamorana. Los procuradores de la tierra al tener noticias de la aproximación de las compañías acudían a la capital con el propósito de que se eximiera a sus lugares de la onerosa carga del alojamiento o al menos que, conforme a la legislación, éste fuese inspeccionado por un regidor y los sobrefieles (2).

Los regidores zamoranos trataron de colaborar en este sentido, especialmente en el último cuarto de la centuria, época en la que se hicieron más reiterativas las quejas, evitando la sobrecarga de tropas en la Tierra del Pan y en la del Vino debido al empobrecimiento y desgaste de estos territorios (3). Los lugares hacia los cuales intentaron desviar las compañías variaron según ocasiones. Algunas veces quisieron encaminarlas hacia la parte de Benavente —zona de cereal—; otras, trataron de dirigirlas a Sayago o a Toro para repartir la carga, pero fundamentalmente intentaron concentrarlas en la capital (4).

En las quejas tramitadas por la ciudad zamorana ante el Consejo de Guerra ésta se lamentaba de la falta de aviso de la llegada de los capitanes a los pueblos; de la negativa de aquéllos para mostrar las órdenes reales o del incumplimiento de la promesa de mantenerse sólo durante cierto tiempo en un determinado lugar. También reflejan la arbitrariedad de algunos alojamientos al elegir los soldados las casas que deseaban y mencionan las vejaciones cometidas contra los labradores. La información de las actas municipales sobre este último aspecto no siempre es extensa, limitándose a menudo a apuntar que se trataba de *casos dignos de castigo* (5). Los documentos más explícitos hacen referencia a la existencia de muertes, al rescate de posadas o de animales de labranza mediante dinero o comida, a malos tratos o al trasvase de soldados de unas casas a otras sin permiso (6). Otras veces certifican cómo los capitanes forasteros cometían excesos al realizar las "boletadas" simplemente con la presencia de un cuadrillero y un mozo del pueblo sin

notificarlo previamente en la iglesia o a la casa del Concejo; denunciaban la asignación de los alojamientos por parte de los oficiales sin la intervención de un regidor o la presentación de una cantidad de boletas que llegaba incluso a duplicar al número de soldados. Esto daba lugar a los conocidos "rescates" monetarios, unos pagos que oscilaban entre 3 y 6 reales (7).

La presencia de los soldados era especialmente temida en las épocas de siega, vendimia o sementera al no atreverse los campesinos a abandonar sus casas por miedo al pillaje. En algunas de las actas los regidores dejaron patente esta circunstancia al afirmar que *sabiendo que están los soldados no han de osar dexar sus casas para yr a la siega que es el tiempo della, porque ternán por menos daño dexarlo perder que dexar sus mujeres solas, ropa y lo demás que tubieren en sus casas, temerosos de que se lo han de saquear como se bebe muchas beçes haçer semejantes desbórdenes* (8).

La inclinación de los capitanes por instalar sus compañías en el medio rural respondía no sólo al hecho de estar sometidos a menor control por parte de los regidores sino también a un deseo de evitar las desertiones, ya que era más fácil alimentar a los soldados en el campo, aunque fuese empleando el cohecho y los malos tratos para conseguir los alimentos (9).

El Ayuntamiento zamorano consciente de ello sacaba fondos de sus propios para dar dinero, cama y comida a los soldados, a pesar de que sólo estaba obligado a otorgarles alojamiento. También demandó la colaboración de los pueblos con aportaciones de pan para mantener, retener y *enreleener* a las tropas en la ciudad (10).

En cuanto a las alteraciones ocasionadas por los soldados en la capital, los regidores protestaron porque la presencia de las milicias retraía a la gente de transitar por los caminos y porque los labradores temían abandonar sus casas para acudir a vender su pan cocido en la ciudad. De este modo disminuía la asistencia a los mercados y ferias y, consecuentemente, la recaudación en concepto de alcabalas (11).

Otras veces las quejas afloraban por el exceso de hombres alojados, superándose las cantidades permitidas por las conductas (12); por la desorganización de las tropas las cuales carecían de mandos, o por la presencia de personajes ajenos a la milicia infiltrados en las compañías.

El concejo zamorano abogó ante el rey por la presentación de listas de los soldados que formaban las compañías cuando fuesen efectuados traslados o alojamientos de modo que se conociese quiénes cometían los atropellos; además, solicitó la permanencia de cada soldado bajo su bandera con la finalidad de ejercer un mejor control. La petición fue atendida y en las actas municipales encontramos traslados notariales de instrucciones con órdenes muy precisas para que los capitanes cumpliesen estos requisitos. En las otorgadas al capitán Don Antonio Solís en 1589 se le instaba a no ausentarse de su bandera ni una sola noche y a que, llegado a su distrito, presentara su instrucción y patente certificando el acto ante un escribano público y ante las justicias del lugar para entregar posteriormente el documento redactado al respectivo comisario. Hecha la presentación se procedería al listado de la tropa por sus nombres, vecindad, naturaleza, filiación, señas y edad. Los soldados serían conminados a permanecer en la ciudad sin salir a los lugares comarcanos.

Para evitar los habituales agravios, los reclutamientos mantendrían un carácter selectivo no permitiendo en las compañías la presencia de soldados de los presidios de Portugal, Cataluña, Navarra, Fuenterrabía y San Sebastián; ni tampoco rufianes, fulleros, blasfemos, renegados y en general gentes de mal vivir enroladas con el único propósito de recibir la paga y abandonar luego la milicia. No alistarían artesanos (ropavejeros, sastres, zapateros, jubiteros, confiteros o espaderos) que *so color de exercitar sus oficios* en beneficio del ejército efectuaban pingües negocios en su propio provecho. Ningún oficial podría llevar consigo persona que no estuviese en lista, ni los soldados irían acompañados de mancebas.

Junto a esta normativa, la instrucción también fijaba el itinerario de la tropa y los días necesarios de parada para formar la compañía. Durante el camino iba un furriel o un oficial a la cabeza advirtiendo de la llegada de las milicias y presentando la oportuna documentación. Para evitar los engaños en el número y la identidad de las personas a alojar, las boletas llevarían el nombre y señas del soldado, y a éste se le prohibía cambiar su posada. Los cabos de escuadra, los sargentos y los alféreces velarían por el cumplimiento de esta normativa.

Además, los capitanes no solicitarían dinero por lo que se denominaba "la paz", ni llevarían convidados a sus mesas. Los soldados recibirían en concepto de alojamiento la cama y el servicio ordinario, nunca la manutención (13).

Los pueblos estaban obligados a proporcionar veinte bagajes o seis carros por compañía a precios justos y razonables. Al abandonar la tropa el lugar, se echaba un pregón en la plaza para presentar agravios y un oficial permanecía allí durante dos o tres horas para vigilar que no quedasen soldados y apuntar las quejas (14).

El número de compañías alojadas por la ciudad y su tierra varió según los años y la coyuntura bélica. Su presencia constituyó un gravamen especial en el año 1588 al tenerse que albergar durante varios meses siete compañías de infantería y tres de hombres de armas —caballería pesada—. De acuerdo con el informe elevado por la ciudad al rey, la estancia de este ejército supuso un gasto diario superior a los mil ducados (15). La situación empeoró a principios de 1599 —año en el que desembarcó el Prior de Crato en Portugal— con la llegada de soldados de Burgos, La Bureba y Álava, hasta el punto de congregarse catorce compañías con un total de 1.010 hombres. En esta ocasión se respetaron los criterios distributivos marcados por las autoridades civiles zamoranas de modo que se alojaron por setenta y siete pueblos. La cantidad asignada a cada lugar varió desde un soldado —cifra que correspondió a Valdeperdiz o a Campillo— hasta setenta —caso de Fermoselle— (16).

En cuanto al **reclutamiento de milicias**, generalmente se efectuaba tras la presentación de la conducta de los capitanes enviados por orden real (17). Otras veces el monarca a través de una carta requería el alistamiento de soldados a cargo de un capitán nombrado por la ciudad. La elección de esta persona recaía en uno de los regidores del Ayuntamiento mediante voto o mediante insaculación, siendo éste último el procedimiento más habitual. A veces el afortunado podía delegar el cargo en otro regidor e incluso en un caballero. En la segunda mitad de la centuria se prescribió que en caso de rechazar la suerte, se había de nombrar otro regidor dentro del consistorio. La designación de capitanes estuvo en ocasiones envuelta en polémicas por los partidismos creados, haciéndose incluso necesaria la consulta de letrados para llegar a un acuerdo (18).

En lo que respecta al reclutamiento, los jurados y cuadrilleros de los pueblos alistaban a todos los hombres entre 18 y 50 años (exceptuando a los hidalgos) y hacían una relación de las armas que poseían (19). En la ciudad se nombraban generalmente ocho comisarios, uno por cada cuadrilla (20). El lugar de encuentro de los quintos radicaba en el convento de Santo Domingo para los de Zamora; Cubillos para los de la Tierra del Pan; Entrala para los de la Tierra del Vino y Torrefrades para los de Sayago (21).

A veces se detectaban fraudes en los reclutamientos al no presentarse hijos de personas ricas, encubiertos por cuadrilleros y jurados (22). Las aportaciones de milicias oscilaban entre los 200 y 300 hombres por conducta, suministrados conjuntamente por Toro y Zamora (23). A finales de siglo se pretendió que sólo Zamora aportase la cifra anteriormente mencionada, provocando esta demanda la oposición del consistorio (24).

El alistamiento de una persona no significaba siempre que llegase a su lugar de destino, ya que en ocasiones el rey ordenaba el regreso de las milicias a sus lugares de origen, caso de los reclutados para combatir en Perpignan o para ayudar al prior de San Juan o al Conde de Portoalegre en Portugal (25). Ante tales circunstancias los capitanes se limitaban a certificar hasta dónde habían llegado y a realizar una reseña de su gente. De cualquier modo, la puesta en marcha de la maquinaria reclutadora suponía gastos para la ciudad que tenía que mantenerlos hasta su partida.

La ciudad y los pueblos de su jurisdicción costeaban los suministros de estas tropas durante un plazo que habitualmente rondaba los dos meses y sufragaban los salarios. Los del año 1552 estaban estipulados en 400 reales mensuales para el capitán, 150 para el alférez, 100 para el sargento, 40 al furriel, 40 a los arcabuceros, 30 reales para los tambores y el pífano y la mitad de esta última cifra para cada piquero. Diez años después se incrementarían los emolumentos: el capitán cobraría 660 reales, 264 el alférez y 132 el sargento (26).

También la ciudad tenía que soportar gastos adicionales como la compra de tambor y vestimenta del tamboritero o la confección de la bandera (27). Se encargaba de la adquisición de armamento y de la pólvora necesaria para los arcabuces, la cual era traída —al igual que las picas— de Medina del Campo. Por un informe de 1588 sabemos que Zamora contaba con 700 arcabuces (de los cuales prestaba 130 a Toro) y con 600 picas (28).

El reclutamiento de milicias no siempre fue efectuado en un clima de total colaboración. Los documentos manifiestan las dilaciones del Ayuntamiento ante las peticiones de los capitanes para juntar la tropa y hacer los alardes, el retraso en el alojamiento de los oficiales y en la entrega de los reclutados, y la falta de pólvora para practicar (29). Otras veces, los soldados, carentes de medios económicos al haber tenido que abandonar sus oficios para asistir al cuerpo de guardia enfermaban al tener que dormir en los soportales y en las calles (30). Por otro lado, las actas municipales reflejan

la negativa de los regidores a la formación de milicias cuando la documentación no estaba completamente en regla. De este modo rehusaron proporcionar 200 hombres al alférez Juan de Vera para acudir a Portugal por no mostrar éste una orden real, a pesar de traer un mandamiento del Marqués de Santa Cruz, Capitán General del Mar Océano y de la gente de guerra (31).

Las razones que impulsaban al regimiento zamorano a manifestar sus reticencias estaban íntimamente ligadas a la coyuntura económica y a la constante sangría monetaria. De este modo, cuando en 1586 el rey demandó que la ciudad estuviese prevenida para enviar gente ante la presencia de navíos corsarios en Portugal y Galicia, el consistorio hizo notar al monarca la falta de medios al haberseles sometido a jueces extraordinarios (de sacas, Mesta, sal y baldíos), al servicio, a montazgo y a los gastos de la guerra contra Portugal; amén del papel jugado por la provincia como lugar de tránsito habitual de soldados. Todo ello había contribuido al empeño de sus propios y sisas (32).

Tres años después de este suceso, en 1589, los regidores afirmaban que no se podía pagar a los soldados que acudirían al reino vecino por un tiempo superior a 20 días, ni tampoco ayudar al capitán nombrado por ella quien, ante la falta de cobro, se negaba a entregar la bandera y aparejos de guerra. La crítica situación económica obligó al recurso del préstamo de los particulares a los cuales se pagaría del sobrante de encabezamiento de las alcabalas (33).

Las reticencias de la ciudad adquirieron mayor relieve en 1590 ante el deseo real de crear una milicia de 60.000 hombres en Castilla, iniciándose un período que el historiador zamorano Fernández Duro ha calificado de "resistencia pasiva" (34). El monarca demandó la confección del listado en quince días; sin embargo, debido a los problemas surgidos en Portugal a finales de la centuria, el asunto no se volvió a tratar hasta seis años después.

En esta ocasión el rey alegó que no pretendía perjudicar a la nobleza ni menoscabar sus privilegios, tal vez teniendo en mente la oposición de este sector ante el intento de crear un ejército permanente en época del Cardenal Cisneros (35). Ordenó al corregidor que para no alarmar al pueblo se efectuase *por el término mas suave y sin ruido* (36). Estos soldados disfrutarían de privilegios similares a los otorgados a comienzos de siglo (37). La ciudad en un principio se excusó con la finalidad de solicitar información sobre cómo se llevaba a cabo el proceso en Valladolid y en Salamanca y adujo que nunca se habían efectuado alardes generales como se ordenaba en la cédula real. Entre las objeciones del Ayuntamiento estaba la de que la lista incluía a los labradores y gentes de oficio, lo cual conllevaría el abandono del campo y de los talleres tras su partida. Creía más oportuno el reclutamiento de aquellos que menos falta hiciesen en sus casas. Por otro lado afirmaban que cuando se votó el último servicio de millones, entre las condiciones impuestas al rey estaba la de no demandar durante cierto tiempo más gente de guerra (38). La disputa, como en otras ocasiones se decantó en favor de la voluntad real.

## NOTAS

(1) Al carácter oficial propio de esta fuente hemos de unir otro handicap: su fragmentación temporal. No se conservan actas para un período total de cuarenta y cuatro años a lo largo de la centuria. En este estudio dejaremos de lado los reclutamientos privados —como los efectuados por el Obispo Acuña para la Guerra de Granada y la de las Comunidades—, al haber sido tratados estos aspectos por otros autores.

FERNÁNDEZ DURO, C.: *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado*. Tomo II. Madrid 1882-83, pp. 171, 177 y 221; GUILARTE, A. M.: *Historia de un comunero*. Valladolid. 1979.

(2) Queda explícito a través de la documentación el temor de los labradores a que los soldados les "omasen el pan" por la fuerza, apropiándose del cereal de los pósitos empleado en tiempos de necesidad o de sementera.

Archivo Histórico Provincial de Zamora (en adelante A.H.P.Za). *Fondo Municipal*. Libro Tumbo 271. Medina del Campo 13-XI-1504. Fols. 108v-109r; *Ibidem*. Salamanca 11-XI-1505. Fols. 110r-111r.

(3) *Ibidem*. Actas Municipales. Leg. 13. 2-IV-1571. Fol. 38r; 3-III-1575. Fol. 446v.

(4) La opción de Sayago no tuvo mucho apoyo debido a que la zona era estéril y los regidores opinaban que estaba situada a *trasmano y melida en el reino de Portugal*.

A.H.P.Za. *Fondo Municipal*. Libro Tumbo 271. Salamanca. 11-XI-1505. Fols. 11-112r.; Actas Municipales. Leg. 15. 27-X-1589. Fol. 143r; Leg. 16. 17-IV-1595. Fol. 237r.



(5) La elaboración de estos informes suponía un gasto adicional para los pueblos los cuales tenían que sufragar las dietas —fijadas en 1300 maravedís— de las personas que acudían a redactarlo. A través de las actas podemos apreciar cómo algún capitán solicitaba que en la relación de agravios no figurase su nombre, mientras que ciertos regidores abogaban para que apareciese a la cabeza de la carta como responsable.

*Ibidem.* Leg. 13. 2-IV-1571. Fol. 38r.; 2-VII-1574; 29-I-1575. Fol. 435r; Leg. 14. 4-II-1586. Fol. 15r.

(6) *Ibidem.* Leg. 14. 18-VIII-1586. Fol. 72v.; 12-IX-1586; 16-X-1588. Fol. 351; Leg. 16. 16-VIII-1596. Fol.

(7) *Ibidem.* Leg. 15. 30-IX-1591. Fol. 421r.

(8) Estas situaciones venían generalmente propiciadas por el retraso de la paga y por la falta de recursos de quienes estaban alistados, al ser gente de origen humilde.

*Ibidem.* Leg. 16. 1-VI-1549. Fol. 179.

(9) *Ibidem.* Leg. 13. 23-V-1574. Fol. 355.

(10) *Ibidem.* Leg. 14. 16-X-1588. Fol. 352r; 17-IV-1589. Fol. 59r; Leg. 16 2-V-1592. Fol. 26v; 26-IV-1594. Fol. 173r; 28-V-1594. Fol. 179.

(11) *Ibidem.* Leg. 14. 12-II-1586. Fol. 16r.-17v; 16. 28-V-1594. Fol. 179.

(12) Tal sucedió con la compañía del capitán Diego de Anaya que presentaba 400 hombres cuando la conducta le permitía 250.

*Ibidem.* Leg. 13. 31-I-1575. Fol. 436 v; Leg. 14. 12-II-1586. Fol. 16v. -17r.

(13) Esta condición estaba estipulada ya en las ordenanzas de 1503 otorgadas por los Reyes Católicos de modo que sólo tenían derecho a leña, paja, sal, vinagre, aceite y velas.

DE SOTTO Y MONTES, J: *Organización militar de los Reyes Católicos. (1474-1517)*. En Revista de Historia Militar. 14. Madrid. 1963. p. 22.

(14) Coincide en líneas generales con alguna de las formas de alojamiento de los tercios. Vid. QUATREFAGES, R: *Los tercios españoles (1567-77)*. Madrid. 1979, pp. 25-28 y 68; A.H.P.Za. Actas Municipales. Leg. 15. 30-III-1589. Fols. 36-40; FERNÁNDEZ DURO, C: Op. cit, pp. 383-84.

(15) Las actas municipales ofrecen información del alojamiento al menos de 47 compañías durante los años en que se conservan documentos al respecto.

A.H.P.Za. *Actas Municipales*. Leg. 14. 29-X-1588. fol. 358; 4-XI-1588. Fol. 362.

(16) *Ibidem.* Leg. 15. 11-I-1589. Fol. 3.

(17) Se trata de reclutamientos por comisión. Este sistema está descrito en diversas obras. Vid. PARKER, G: *El ejército de Flandes y el camino español (1567-1659)*. Madrid. 1989; RIBOT GARCÍA, L: *El ejército de los Austrias*. 1983.

(18) A.H.P.Za. *Actas Municipales*. Leg. 6. 6-VIII-1537. Fol. 62.v; Leg. 7. 29-IX-1542; Leg. 9. 9-IX-1552; 10-IX-1522. Fol. 293r.

(19) En el reclutamiento llevado a cabo en la cuadrilla de San Leonardo en 1588, un 72% de las personas poseían armas. De los armados sólo un 5% contaba con arcabuces, el resto tenía fundamentalmente espadas y en ocasiones dagas, rodela, alarbadas y ballestas.

A.H.P.Za. Protocolo 530. Jerónimo Fonseca. Fols. 317-20.

(20) Las cuadrillas eran la de Santa Lucía, San Torcuato, San Leonardo, La Horta, San Andrés, San Salvador (Catedral), San Juan y San Antolín.

A.H.P.Za. *Actas Municipales*. Leg. 14. 12-VIII-1588. Fol. 309.

(21) *Ibidem.* Leg. 16. 29-VII-1596. Fol. 320.

(22) Como señala Salas Larrazábal este tipo de actitudes hallaban su explicación en el hecho de que para los milicianos "el ejército constituía una actividad temporal, marginal y transitoria que se trataba de eludir".

SALAS LARRAZÁBAL, R: Ejército y Marina. En *Enciclopedia de Historia de España*. Vol. II. Madrid. Alianza Editorial. 1988, p. 278; A.H.P.Za. *Actas Municipales*. Leg. 15. 19-VI-1589. Fol. 97r.

(23) En 1589 se fijó el número de soldados por compañía en 250 de los cuales dos tercios serían piqueros y un tercio arcabuceros. Doce de los infanzones o soldados eran siempre suministrados por la villa de Fermoselle conforme a una obligación que tenía de enviarlos cada vez que la ciudad de Zamora alistase. En las actas municipales se especifica el reclutamiento de casi una veintena de compañías a lo largo de la centuria (no hemos de olvidar el carácter fragmentario de la documentación). También el historiador Fernández Duro ofrece algunos datos al respecto.

(24) A.H.P.Za. *Actas Municipales*. Leg. 15. 30-III-1589. Fol. 40v; Leg. 16. 4-I-1597. Fol. 271v; FERNÁNDEZ DURO, C: Op. cit, pp. 254, 306, 314-15.

(25) *Ibidem.* Leg. 7. 16-X-1542. Fol. 86.v.; Leg. 15. 7-VII-1589. Fol. 108v.

(26) *Ibidem.* Leg. 11. 16-VI-1562. Fol. 105.

(27) *Ibidem.* Leg. 9. 10-IX-1552. Fol. 293; 12-IX-1552. Fol. 294v.

(28) En 1552 se ordenó la adquisición de 180 picas en Valladolid o en Medina del Campo, aunque parece que sólo se trató de un encargo por el que se pagó una fianza preventiva, por si la ciudad las necesitaba.

*Ibidem.* Leg. 5. 8-VI-1524. Fol. 204v; Leg. 9. 12-IX-1552. Fol. 294; 15. 17-VI-1589. Fol. 96r; Leg. 16. 4-I-1597.

(29) *Ibidem*. Leg. 9. 23-XI-1552. Fol. 319r.; 7-XII-1553; Leg. 15. 30-III-1589. Fol. 37r.

(30) *Ibidem*. Leg. 30-V-1597. Fol. 439.

(31) En esta ocasión fueron consultados teólogos y juristas, fundamentalmente canónigos catedralicios, para ver cómo actuar en una situación semejante. El dictamen emitido por estos letrados afirmaba que no se podía alzar bandera y tocar caja sin la oportuna orden real. Esta oposición significó un retraso de dos meses en el reclutamiento.

*Ibidem*. Leg. 14. 27-I-1586. Fol. 13; 27-III-1586. Fol. 27r; FERNÁNDEZ DURO, C: Opus. cit, pp. 376-77.

(32) En 1597 la ciudad tuvo que solicitar el socorro de los pueblos de la tierra porque no contaba con dinero para fabricar bolsas de munición.

A.H.P.Za. *Actas Municipales*. Leg. 14. 17-XI-1586. Fol. 100; 15-XII-1586. Fols. 108 v-109; 10-VI-1587. Fols. 161-163; Leg. 16. 16-IV-1597. Fol. 433v.

(33) Se solicitaron prestados 1.000 ducados y el corregidor ordenó que aquellos ciudadanos que mostrasen su negativa a colaborar fuesen compelidos al pago. En 1596 ante la demanda de tropas para ayudar al conde de Portoalegre frente a la Armada inglesa, se suscribió de nuevo la dilación ante la falta de medios, y un año después la ciudad alegaba estar sin "fuerças ni sustancia" para mantener 200 soldados durante más de 20 días. Finalmente accedió a sustentarlos durante 40 días en su viaje a Lisboa, frente a los dos meses que solicitaba el rey (plazo habitual demandado por sus precedentes).

Vid. VICÓN, J: *El ejército de los Reyes Católicos*. Madrid. 1968, p. 110; A.H.P.Za. *Actas Municipales*. Leg. 15. 4-VI-1589. Fol. 105; Fol. 108r; 9-XII-1589. Fols. 162v-163r; 2-XI-1591. Fol. 428v; Leg. 16. 12-VII-1596. Fol. 312; 29-IV-1597. Fol. 429v; 19-V-1597. fol. 435; 3-VI-1597. Fol. 341v; *Fondo Municipal Antiguo*. Leg. XX. (80). 24-IX-1523.

(34) FERNÁNDEZ DURO, C: Op. cit. p. 323.

(35) Vid. MARAVAL, J.A.: Ejército y Estado en el Renacimiento. *Revista de Estudios Políticos*. 117. Madrid. 1961, p. 9; FERNÁNDEZ DURO, C: Op. cit. p. 209.

(36) El corregidor siempre estuvo dispuesto a ayudar al comisario real a pesar de cualquier oposición. En 1598 se presentó una cédula real con los privilegios de la gente asentada en la milicia. La cifra de gente que correspondía a Zamora y su tierra entre 18 y 44 años era de 836 personas y la de Toro 489. De nuevo se originó el enfrentamiento y la oposición, "maravillándose" el monarca de las excusas de Zamora. En los protocolos notariales se conservan algunos de estos reclutamientos, los cuales seleccionaban a un 10% de los mozos en lista mediante sorteo.

A.H.P.Za. *Actas Municipales*. Leg. 16. 2-XI-1596. Fol. 351; 30-XI-1596. Fol. 359r; Leg. 17. 22-V-1598. Fol. 50r; *Protocolo* 476. (Zamora). Fernando de Cabañas. Año 1598. Fol. 1032.

(37) A.H.P.Za. *Fondo Nuevo Municipal*. Caja 12-A. Doc. 15. 26-VI-1510; FERNÁNDEZ DURO, C: Op. cit. pp. 386-89, 406; SOTTO Y MONTES, J: *Organización militar española de la Casa Austria*. En *Revista de Historia Militar*. 45. Madrid. 1978, pp. 63-95.

(38) A.H.P.Za. *Actas Municipales*. Leg. 16. 5-IV-1590. Fol. 216r; 9-X-1596. Fols. 346-347; Leg. 17. 3-IV-1598; 22-V-1598.

# LAS PRESTACIONES MILITARES DE LOS CONCEJOS DEL SEÑORÍO ARZOBISPAL DE TOLEDO: LA COMUNIDAD DE VILLA Y TIERRA DE ALCALÁ DE HENARES ENTRE 1461 Y 1466

Antonio Castillo Gómez

Becario del C.I.D.E.

Archivo Central M.E.C.

*A mis compañeras y compañeros del Archivo Central.*

*Sumario.*—1. Los arzobispos de Toledo y las guerras del siglo XV. 2. Alcalá y su tierra en las guerras del siglo XV.- 3. Obligaciones militares del concejo de Alcalá.— 3.1. Mandamiento señorial y alarde.— 3.2. La prestación militar: duración, sueldos y sistemas de pago.— 3.3. La contribución de la villa y el común de la tierra.— 4. Armamento y proveedores.— 4.1. Las armas: tipos, complementos y precios.— 4.2. Los proveedores.— 5. Conclusiones.

## 1.—LOS ARZOBISPOS DE TOLEDO Y LAS GUERRAS DEL SIGLO XV.

El siglo XV entra en el teatro de nuestra historia aquejado de las viejas rivalidades monárquico-nobiliarias y las luchas de poder que se venían desarrollando desde algunas décadas antes en los enredados escenarios de la política castellana.

Semejante drama estaba protagonizado en su papel estelar por un personaje policéfalo cuyos rostros representaban al rey, a la nobleza y a las altas dignidades de la Iglesia, en aquellos tiempos demasiado atrapadas por los entresijos de la política terrenal. Entre tan importantes autoridades eclesiásticas, siempre en primer plano, los arzobispos de Toledo (1).

Pedro Tenorio participó activamente durante la minoría del trastámara Enrique III como su valedor frente al bando formado por el arzobispo de Santiago y la nobleza castellana.

Juan de Cerezuela, a su vez, intervino en las luchas banderizas del reinado de Juan II para apoyar a su hermanastro don Álvaro de Luna.

Pero sin duda alguna el arzobispo toledano que más páginas ayudó a escribir de la historia política del siglo XV fue Alfonso Carrillo de Acuña, "el prototipo del obispo medieval político y guerrero, que se ajustaba con más gusto la cota militar que vestía la sobrepelliz clerical", tal como lo definió Meseguer Fernández (2).

Siendo todavía obispo de Sigüenza, lo encontramos entre los protagonistas de la batalla de Olmedo (1445), apoyando a don Álvaro de Luna.

En los años sesenta se perfila, junto al marqués de Villena, como uno de los cabecillas de la oposición a Enrique IV.

Más tarde se asoma a la escena política como uno de los más destacados defensores de la princesa Isabel, reconocida como heredera del trono de Castilla por los prelados, nobles y por su propio hermano el rey Enrique IV. Alfonso Carrillo propició el casamiento de Isabel con el príncipe aragonés Fernando, hijo de Juan II, con quien el arzobispo se había aliado después de haber sido su adversario.

En 1472 y 1473 Carrillo, molesto por la reconocida mediación del obispo de Sigüenza, don Pedro González de Mendoza, en el restablecimiento de la paz entre Enrique IV y su hermana, y, sobre todo, por la concesión que se hizo a éste del cardenalato en 1473, terminó alejándose de los príncipes. Movidó por sus propios recelos y su desmedida ambición se pasó al bando nobiliario, que se había levantado contra los jóvenes reyes, en favor de doña Juana la Beltraneja, apoyada también por el rey de Portugal.

Tras la derrota de Toro en marzo de 1476, Carrillo se vio obligado a solicitar el perdón de los reyes, aunque no tardaría mucho en demostrar la interesada fragilidad de semejante cambio de talante. A raíz de una nueva invasión de Castilla por el rey de Portugal, con el apoyo y la complicidad de Luis XI de Francia, el arzobispo Carrillo, residente en Alcalá de Henares, no dudó en alentar a los nobles levantiscos en sus ataques a Isabel y Fernando. Sufrió otra derrota y nuevamente tuvo que clamar la gracia real, no sin antes entregar a los reyes el dominio de las rentas y fortalezas de su señorío temporal (3). En adelante Carrillo de Acuña aplacaría sus ambiciones políticas y dedicaría los últimos años de su vida a la acción pastoral.

## **2.—ALCALÁ Y SU TIERRA EN LAS GUERRAS DEL SIGLO XV.**

Retomando el anterior hilo narrativo puede decirse que la participación, directa o indirecta, de Alcalá y su tierra en los episodios político-militares de la historia castellana del siglo XV es un hecho evidente.

A finales del siglo XIV, como consecuencia de la implicación del arzobispo don Pedro Tenorio en los problemas planteados por la minoría de edad de Enrique III, la antigua fortaleza árabe de Alcalá la Vieja (4) estuvo temporalmente enajenada—junto a las de Talavera y Uceda—del señorío de la iglesia de Toledo, al ser apresado Pedro Tenorio después de que intentara abandonar el cuerpo de tutores del joven rey. Dichas fortificaciones retornaron al dominio arzobispal en 1393 tras la mediación del obispo de Albi, legado de papa Clemente VII (5).

En 1434 el concejo de Alcalá se dirigió al arzobispo de Toledo para que tomara medidas en relación a la carta que había mandado el conde de Ledesma apercibiendo a la villa y tierra de los preparativos militares de Íñigo López de Mendoza (6).

Pocos años después aquellos presagios se hicieron realidad. En 1440 las tropas capitaneadas por Íñigo López de Mendoza y Gabriel Manrique ocuparon Alcalá para así mostrar su rechazo al apoyo prestado por el arzobispo Juan de Cerezuela a don Álvaro de Luna. Éste comunicó la circunstancia de tal acción militar al arzobispo, que inmediatamente mandó reunir sus efectivos, confiando el mando al adelantado de Cazorla, don Juan Carrillo, quien logró levantar la ocupación en abril de 1441 (7).

La reorganización del partido monárquico, tras la rehabilitación del privado real, reabrió la rivalidad con los nobles castellanos, apoyados por el rey de Navarra, y provocó una serie de enfrentamientos, previos a la batalla de Olmedo, que tuvieron por escenario las tierras del Henares, según nos relatan las crónicas de la época (8).

En Alcalá se celebró en 1464 la reunión entre el marqués de Villena, el arzobispo Carrillo y algunos consejeros reales, en la que todos ellos se comprometieron a defender la causa del infante don Alfonso y a impedir que el casamiento de Isabel tuviera efecto sin el consentimiento de los grandes (9).

La inestabilidad política y social era además caldo de cultivo de la delincuencia y el bandidaje (10). Con la intención de combatirlo Alcalá se asoció en 1464 con Zorita, Almoguera, Talamanca, Uceda, Torrelaguna y Mondéjar para constituir una hermandad (11). Es probable que esta hermandad estuviera relacionada con otra que se cita en 1456 (12) y que se mantuviera hasta finales de siglo (13).

En 1470-71 las murallas alcalaínas se vieron nuevamente amenazadas por las tropas reales, entonces capitaneadas por Vasco de Contreras y Cristóbal Bermúdez. Mientras, Perales de Tajuña, aldea de Alcalá, era asediada por el arzobispo Carrillo para contrarrestar la ocupación de Vasco de Contreras (14).

Poco tiempo después, en 1475, Alcalá sirvió de cuartel general a Carrillo, convertido al bando de doña Juana. La negativa del prelado a recibir a la reina dio lugar al sitio de la fortaleza alcalaína por los ejércitos reales (15).

Las victorias isabelinas, culminadas con la de Toro, obligaron a Carrillo a entregar el gobierno de las fortalezas de Alcalá la Vieja, La Guardia y Almonacid a los capitanes del rey por un plazo de veinte meses. Corría el año de 1476 cuando aquellos hechos tuvieron lugar y tres años más tarde, Isabel y Fernando, temerosos de la implicación de Carrillo y Diego López Pacheco en los preparativos de la intervención portuguesa, ordenaron el secuestro de las rentas de Carrillo. Éste, para recuperarlas, tuvo que entregarles el gobierno de las fortalezas de Brihuega, Talavera, Puente del Arzobispo, La Guardia, Alcalá la Vieja, Canales, Uceda y Almonacid (16).

\* \* \*

Aconteceres bélicos de la naturaleza de los que hemos venido rememorando dejaron sentir sus efectos entre los hombres y mujeres, villa y aldeas de la cuenca del Henares. No solamente se trata de que estas tierras fueran escenario de algunos enfrentamientos, además hay que pensar en las repercusiones económicas derivadas de la inestabilidad política, en las obligaciones militares contraídas con el señorío arzobispal o en la incidencia coyuntural sobre la hacienda concejil, ya fuera para pagar a las tropas enviadas o para reforzar la vigilancia y defensa de la muralla y sus accesos.

En este sentido el concejo de Alcalá gastó en el ejercicio económico de 1465 66 la cantidad de 24.668 mrs. en *guardas y velas de las puertas de la muralla*. Si tenemos en cuenta que en esa anualidad los gastos totales fueron 71.523 mrs., obtenemos que dicha cifra representaba el 34,49%.

Por otra parte las inversiones en obras de reparación en la muralla supusieron el 15% de los gastos totales en el ejercicio 1464-65 y el 12% en el siguiente. En concreto en la primera anualidad se gastaron 8.623 mrs. sobre 57.336 y en la segunda 8.633 mrs. de un total de 71.523.

Dichas cantidades corresponden al cargo del concejo de Alcalá. A su vez las aldeas, en virtud del señorío ejercido por la villa, estaban obligadas a contribuir en los gastos de ésta. La proporción de dicha participación era variable, dependiendo de la finalidad recaudatoria. Así en las sentencias sobre reparación de la cerca se estableció en el 80%, para los gastos no cubiertos por las rentas de propios (17); sin embargo en algunas iguales entre la villa y la tierra sobre las guardas y velas se acordó que los gastos fueran sufragados a partes iguales (18).

Las luchas políticas de este período se trasladaron también al seno de la nobleza alcalaína. Viejas crónicas de esta villa nos informan de la militancia en el bando arzobispal de Francisco García de Toledo —aunque tras la muerte del infante don Alfonso se pasó al bando real— o don Alonso de Herrera, en tanto que Diego de Cetina, Pedro Díaz de la Olmediilla, Francisco de Guzmán Herrera o Pedro Hurtado de Mendoza, lo hicieron del lado de los reyes. Incluso esta división se dejó sentir en el seno de algunas familias, caso de los Herrera; mientras que Alonso Romero de Herrera acompañó al arzobispo Carrillo en 1475, los demás miembros de la familia apoyaron a los reyes (19).

### 3.—OBLIGACIONES MILITARES DEL CONCEJO DE ALCALÁ.

Junto a la incidencia fiscal que los hechos militares del siglo XV, especialmente durante los años de la **crisis enriqueña**, tuvieron sobre las arcas municipales, otra de las consecuencias de la conflictividad reinante fue el ejercicio del derecho señorial al servicio militar de sus vasallos.

En términos generales las noticias que existen sobre la prestación de este derecho en la comunidad de villa y tierra de Alcalá no son demasiado abundantes, incluso resultan algo contradictorias en lo que respecta a los antecedentes históricos (20).

Sin embargo no existe ninguna duda de su vigencia en el siglo XV. Efectivamente en dicha centuria y especialmente en los años 60, diversos testimonios confirman los servicios militares prestados por el concejo al arzobispo Carrillo, un hombre que, al decir del cronista Fernando del Pulgar, tenía un carácter belicoso y una ferviente afición a las armas.

“Era ombre belicoso y siguiendo esta su condición, plazíale tener continuamente gente de armas y andar en guerras y juntamientos de gentes. Insistía mucho en la opinión que tomava y queríala proseguir aunque se le representavan algunos inconvenientes. E como la opinión, sospecha y afición son cosas que muchas vezes engañen a los ombres, este perlado, traído por alguna destas, procurava sienpre de sostener parcialidades, donde se siguieron en sus tienpos algunas guerras en el reino, en las quales acaescieron batallas canpales y otros recuentros y fechos de armas. Era grand trabajador en las cosas de la guerra, quanto era amado de algunos por ser franco, tanto era desamado de muchos por ser belicoso, seyendo obligado a religión” (21).

De las prestaciones militares exigidas al concejo de Alcalá por el titular del señorío ha quedado constancia, aunque sea en exceso económica, en las cuentas municipales. Por ellas sabemos que el concejo de Alcalá envió sus milicias en apoyo de Carrillo a Yepes, Uceda, Aldovea (22), Talavera (23), Fuentes (24), Huete (25) u otros lugares (26).

De algunos de esos servicios militares se han conservado los documentos producidos para dar cumplimiento al mandamiento señorial. Se trata de los que se prestaron en 1461, 1464 y 1466. En el primero de dichos años el arzobispo Carrillo mandó que se le enviaran 50 lanceros a Yepes, en 1464 exigió 60 ballesteros para Uceda y en 1466 otros 10 para Aldovea (27).

### 3.1.—Mandamiento señorial y alarde.

La prestación del servicio militar nace a raíz de un mandamiento arzobispal (28), que se traslada al común de la tierra para que proceda al reparto de los efectivos que le corresponde enviar a cada una de las aldeas (29).

Una vez que tanto la villa como el común de la tierra habían formado sus tropas, se celebraba el alarde de éstas en el portal de la iglesia de San Justo, en presencia de los alcaldes de Alcalá, el procurador del común y/o el procurador del concejo, los testigos y el escribano (30).

Pertrechados con el armamento necesario, primeramente se presentan los de la villa y luego lo hacen los que acuden por las aldeas de la tierra.

La presentación corresponde normalmente al procurador del respectivo concejo, si bien otras veces no parece intervenir ninguna autoridad concejil y algunas lo hace el alcalde, como en el caso de Ajalvir (31).

Si el equipamiento militar no era el adecuado, los alcaldes del concejo de Alcalá podían mandar que se hiciera un nuevo alarde, al que se debía acudir *con todo recabdo* (32).

Por supuesto cuando el lancero o balletero designado no estaba en disposición de acudir al servicio militar reclamado por el Arzobispo era sustituido por otro. Esta circunstancia se dio con mayor frecuencia entre las aldeas, siendo el testimonio más significativo el de Campo Real en 1461, ya que de los 7 lanceros que envió tres fueron sustituidos por otros (33).

3.2.—La prestación militar: duración, sueldos y sistemas de pago.

El tipo de prestación militar consistió en el envío de 50 lanceros a Yepes en 1461, 60 ballesteros a Uceda en 1464 y otros 10 ballesteros a Aldovea en 1466.

En el primer caso la duración del servicio prestado por los lanceros de la villa fue de 37 días (desde el 25 de junio al 31 de julio) y el sueldo de 6 maravedís diarios, por lo que cada lancero percibió 222 mrs. (34), aparte de los 36 reales castellanos que el arcediano de Sigüenza, mayordomo arzobispal, mandó a los alcaldes de Alcalá que les dieran, obligándose a restituirlos de la hacienda señorial (35). Asimismo en el momento del alarde se menciona, previo a la enumeración de las armas adquiridas o alquiladas para ellos, que estos peones —entiéndase— los lanceros *levaron cada çient maravedís* (36). Igualmente estaba previsto que en los casos de incapacidad económica pudieran ser avalados por otra persona, como ocurrió en 1464 con *Fernando de Huepte, criado de Gonçalo de Torres, al qual fió el dicho Gonçalo y Juan de Cabanillas, criado de Fernand Peláez, fiolo el dicho Fernand Peláez* (37).

En 1464 la prestación militar duró 30 días y los ballesteros de Alcalá percibieron 6 mrs diarios cada uno, excepto el capitán Diego que tenía un sueldo distinto, desconocido por el lamentable estado de conservación del documento (38). Sabemos, no obstante, que a finales de 1461 el sueldo del capitán de lanceros Juan Vadillo fue de 50 maravedís (39).

En cuanto a los 10 ballesteros enviados a Aldovea en 1466 desconocemos los datos referentes a la duración del servicio y los salarios percibidos.

El pago de las cantidades entregadas por el concejo a los ballesteros y lanceros se hacía, al igual que en otros gastos comunes de la villa y tierra, por medio de un repartimiento (40). Así en 1465 se realizó uno para pagar a la gente enviada a defender el castillo de Aldovea (41). En este repartimiento la parte asignada al común fue de 3/4, mientras la villa se hacía cargo de la cuarta parte restante (42). Esta última se pagaba conjuntamente por la población pechera de la villa y las aljamas de judíos y moros, en la proporción que tuvieran establecida (43). Sin embargo alguna que otra vez el cumplimiento de las obligaciones tributarias de las respectivas comunidades urbanas provocó ciertas fricciones que hubieron de ser resueltas por vía judicial (44).

3.3.—La contribución de la villa y el común de la tierra.

Si, como decía Ramón Carande, “el ejercicio de las armas es el vínculo más ceñido de la solidaridad comunal” (45), el **señorío colectivo** de la villa sobre las aldeas de su término jurisdiccional impuso la misma desigualdad en la prestación de este servicio —CUADRO 1— que en el resto de las relaciones intra-comunitarias (jurídicas, administrativas, fiscales, políticas o económicas) (46).

Así en el año 1461 de los 50 lanceros solicitados por el arzobispo Carrillo, 44 fueron enviados por el común de la tierra y 6 por la villa, lo que representa una proporción de 7,33 de la tierra por 1 de la villa. En 1464 la proporción es de 6,5 por 1, pues la tierra envió 52 ballesteros y la villa solamente 8. Finalmente en 1466 la tierra contribuyó con 8 y la villa con 2, siendo la proporción de 4/1.

CUADRO 1. — CONTRIBUCIÓN MILITAR DE LA VILLA Y TIERRA				
AÑOS	VILLA	TIERRA	TOTAL	RELACION VILLA/TIERRA
1461	6	44 <sup>a</sup>	50	1 / 7,33
1464	8	52 <sup>b</sup>	60	1 / 6,50
1466	2 <sup>c</sup>	8	10	1 / 4,00
Totales	16	104	120	1 / 6,50

AMAH. Leg. 422/1.

<sup>a</sup> De ellos fallecieron los tres lanceros de Arganda y un tal Velo de Torres, sin que se aclare si fueron sustituidos por otros. <sup>b</sup> En realidad la relación de ballesteros de las aldeas asciende a 55, pero puede que se trate de un error cuya resolución no es posible por la ilegibilidad de algunas partes del documento y por la incierta interpretación de algunos signos de cancelación. Por esta razón hemos mantenido el total de 52, ya que es el número de efectivos que en todo momento se atribuye a la tierra de Alcalá. <sup>c</sup> En el documento la relación de la villa está en blanco, pero por las cuentas de gastos sabemos que se mandaron 10 ballesteros y que la tierra aportó 8.

En la tierra de Alcalá la aportación de los distintos concejos aldeanos tampoco fue la misma. Aunque carecemos de datos censales que nos permitan establecer una relación entre efectivos militares y vecindario, el reparto por aldeas de lanceros y ballesteros —CUADRO 2— guarda cierto paralelismo con otros testimonios indirectos sobre la entidad demográfica de las distintas aldeas.

CUADRO 2. — CONTRIBUCIÓN MILITAR DE LA TIERRA				
Aldeas y lugares	1461	1464	1466	TOTAL
SANTORCAZ	8	9	2	19
CAMPO REAL	7	6	2	15
VILLALBILLA	4	5	1 <sup>a</sup>	10
CORPA	4	4	1	9
TORRES DE LA ALAMEDA	3	4	1	8
ARGANDA	3	3	1	7
PEZUELA DE TORRES	2	3	—	5
LOS SANTOS DE LA HUNOSA	2	3	—	5
CAMARMA DE ESTERUELAS	1	2 <sup>a</sup>	—	3
LOECHES	2	1	—	3
PERALES DE TAJUÑA	1	2	—	3
POZUELO	1	2	—	3
TORREJÓN DE ARDOZ	1	2	—	3
VALDILECHA	1	2	—	3
AJALVIR	1	1	—	2
ANCHUELO	1	1	—	2
CARABAÑA	—	2	—	2
OLMEDA DE LAS FUENTES	1	1	—	2
VILLAR DEL OLMO	1	1	—	2
AMBITE	—	1	—	1
<b>Totales.....</b>	<b>44<sup>b</sup></b>	<b>55</b>	<b>8</b>	<b>107</b>
	<b>44</b>	<b>52<sup>c</sup></b>	<b>8</b>	<b>104</b>

AMAH. Leg. 422/1.

<sup>a</sup> Corregimos aquí errores que se deslizaron en nuestra obra *Alcalá de Henares en la Edad Media*, p. 405. Por un lado atribuimos un solo balletero a Camarma de Esteruelas en 1464 y por otro se consignó un balletero por la aldea de Valdilecha en 1466 cuando correspondía a Villalbilla. <sup>b</sup> Véase la nota a del cuadro anterior. <sup>c</sup> Véase nota b del cuadro anterior.

Se observa que Santorcaz y Campo Real mandaron siempre un mayor número de efectivos, en concreto 19 y 15 respectivamente entre los tres servicios militares a que estamos haciendo referencia.

Santorcaz, sin dejar de pertenecer a la tierra de Alcalá como en algún momento llegó a sugerir Sánchez Belda (47), lo cierto es que tuvo una categoría diferenciadas respecto a las demás aldeas. Prueba de ello es su denominación como villa en documentos de 1486 y 1506 y la consideración como unidad fiscal en 1489 (48). Respecto a su entidad demográfica es significativo constatar que hacia 1499 tenía un curato y que en 1495 era cabeza de cuarto, esto es, de una de las entidades administrativo-fiscales en que estaba dividida la tierra de Alcalá (49).

Campo Real era igualmente cabeza de otro de los cuartos y contaba en 1499 con cinco beneficios.

Villalbilla y Corpa enviaron 10 y 9 personas respectivamente. Villalbilla disfrutaba de tres beneficios y además era cabeza de cuarto a finales del siglo XV, mientras que Corpa tenía cinco beneficios.

A continuación figuran Torres y Arganda con 8 y 7 respectivamente. Torres contaba con cinco beneficios; Arganda con dos, el curato de Valtierra anejo y era cabeza de cuarto.

Pezuela de Torres y Los Santos de la Humosa participaron en los servicios militares con 5 hombres cada una. Pezuela tenía tres beneficios y era cabeza de cuarto. Los Santos contaba con otros tres beneficios.



El resto de las aldeas aportaron un número de efectivos más reducidos, entre 1 y 3 peones.

Otras aldeas de la tierra alcalaína que no contribuyeron con sus tropas en estos servicios militares fueron Daganzuelo, Los Hueros, Orusco, Tielmes y Valverde, en algunos casos seguramente por tratarse de núcleos demográficos de menor entidad (50).

#### 4.—ARMAMENTO Y PROVEEDORES

##### 4.1.—Las armas: tipos, complementos y precios.

El armamento utilizado depende naturalmente de que se trate de un lancero o un ballestero.

El equipamiento habitual del lancero constaba de la coraza, el casquete con bonete o caperuza, un medio pavés, la lanza, la espada e incluso se llega a mencionar un escudo de Pontevedra (51).

El ballestero, por su parte, iba pertrechado con la ballesta, el casquete, el carcaj o aljaba, los pasadores (normalmente una docena), las poleas y el cinto (52).

Naturalmente éste era el equipo militar completo pero tanto lanceros como ballesteros no siempre fueron armados *con todo recabdo*. Constatamos páginas atrás la repetición de los alardes cuando los soldados no se presentaban con las armas necesarias. En 1461 esta circunstancia se produjo con relativa normalidad, particularmente entre los lanceros de las aldeas. Mientras que cada uno de los seis que acudieron en representación de la villa *levó unas coraças, e un medio pavés, e una lança, e un caxquete, e una espada, salvo Alonso de Hortaleza que non levó pavés* (53), los lanceros de las aldeas no fueron igualmente equipados (54).

Los miembros del concejo de Alcalá responsabilizados de la adquisición o alquiler de las armas fueron los alcaldes o el lugarteniente del alguacil, en su nombre, y el procurador (55).

En relación al precio del armamento los datos que hemos podido obtener de las cuentas concejiles en el período 1461-1466 son los que aparecen reflejados en el CUADRO 3.

Las armas podían ser del propio soldado (56), o bien alquiladas o compradas.

CUADRO 3. — PRECIOS DEL ARMAMENTO		
ARMAS Y COMPLEMENTOS	PRECIOS <sup>a</sup>	
	1461	1464-1465 <sup>b</sup>
Agujeras de armar (docena)	10	—
Armadura de cabeza	1	—
Ballesta de acero	180	—
Cinto	24	—
Espada	—	100
Lanza	30	36,6
Pasadores (1/2 docena)	94	—
Polea	20	20

AMAH. Leg. 422/1.

<sup>a</sup> Los precios están expresados en maravedís, salvo la armadura de cabeza que lo está en florines. <sup>b</sup> En el caso de la espada y la polea los asientos contables del gasto en la cuenta de 1464-65 están sin fecha. Por su parte el dato del precio de la lanza procede de la cuenta de 1465-66, con fecha 12 de diciembre.

##### 4.2.—Los proveedores.

En la relación de proveedores de armas —CUADRO N.º 4— se constata una importante presencia de judíos, corroborando así lo dicho en otros trabajos nuestros, referidos a la intervención de los judíos en el arrendamiento de rentas municipales, el desempeño de los oficios concejiles de físicos y cirujanos o la explotación de bienes comunales (57).

Por otra parte entre las profesiones que se mencionan —agujetero, mesonero, sillero, zapatero, herrador costurero, tundidor o panadero—, sólo en un caso se trata propiamente de un armero. De ello deducimos que habitualmente los proveedores debían ser personas con algunas armas entre sus bienes, más que verdaderos comerciantes. Por otro lado se advierte una relativa “especialización” en el tipo de armas y pertrechos suministrados. Obsérvese cómo unos proveen las corazas, otros suministran las restantes piezas del armamento del lancero y un tercer grupo alquila o vende las armas para los ballesteros.

CUADRO 4. — PROVEEDORES DE ARMAMENTO (1461 y 1464)

NOMBRES	PROFESIONES	ARMAMENTO							
		B	C	CA	CO	E	ES	L	MP
ABENZARA, don Jaco ÁLVARO	agujetero			1 <sup>c</sup>			1		
ASABAD, don Çuleman					1				
BAQUEx, Mosé					1			1	
ÇALEMA, Yuçaf					1				
COGOLLUDO, Juan de	mesonero				1			1	1
COHEN, Yuçaf					1				
FERRÁNDEZ, Gómez				1 <sup>d</sup>					
GARCÍA DE TORRES, Gonzalo									
GONZÁLEZ, Alonso	sillero							1	1
GONZÁLEZ, Bartolomé	zapatero						1		
GONZÁLEZ, Juan	herrador				1				
HUDÁ	costurero			1 <sup>e</sup>					
JUDÍO	armero							2	
LERMA, Jaco			8						
LÓPEZ DE MONTALBÁN, Juan		1	1 <sup>b</sup>						
MORILLO		1							
ORTEGO, Álvaro de							1		
PAREJA, Francisco								2	
POLLO, Yonto					1				
RAMÍREZ, Alonso				1		1 <sup>i</sup>			
RUIZ SEGOVIANO, Gonzalo					1				
REYUEL, Pedro				1 <sup>f</sup>					
SALAS, Gonzalo de				1					
SALAS, Juan de				1					
SÁNCHEZ, Gonzalo	tundidor panadero			1					
SÁNCHEZ, Juan		1							
TAPIADOR, Juan				1 <sup>g</sup>					
TOLEDANO, Juan				1 <sup>h</sup>					1
VAIDES, García de				1					
XABÍ, Ysaque		1 <sup>a</sup>							

AMAH. Leg. 422/1.

CLAVES.—B: Ballesta; C: Carraj; CA: Casquete; CO: Coraza; E: Escudo; ES: Espada; L: Lanza; MP: Medio pavés.

<sup>a</sup> valleta sin nuez; <sup>b</sup> carcax con quatro pasadores e un çinto; <sup>c</sup> caxquete con caperuça verde e pardilla; <sup>d</sup> armadura de cabeça; <sup>e</sup> caxquete con una caperuça prieta; <sup>f</sup> caxquete llano; <sup>g</sup> caxquete con gualteras; <sup>h</sup> caxquete con un bonete colorado; <sup>i</sup> escudo de Pontevedra.

## 5. —CONCLUSIONES.

Los arzobispos de Toledo en cuanto señores de la villa y tierra de Alcalá tenían sobre ésta una serie de atribuciones de gobierno y jurisdicción —nombramiento de cargos, administración de justicia, capacidad de dictar y sancionar leyes— y percibían diferentes rentas y derechos de tipo señorial.

Entre esos derechos de tipo vasallático estaba el auxilio militar del concejo de villa y tierra de Alcalá cuando así fuera necesario. Y necesario se hizo en los años 1461, 1464 y 1466, una época particularmente conflictiva para la corona de Castilla y en la que el arzobispo de Toledo, en aquellos tiempos don Alfonso Carrillo de Acuña, participó decididamente como integrante del bando contrario al rey Enrique IV.

Los conservados de algunos testimonios documentales de dicha coyuntura relativos a los servicios militares que el arzobispo Carrillo reclamó al concejo de Alcalá nos ha permitido estudiar el procedimiento seguido para el cumplimiento del mandato arzobispal, el tipo de servicio prestado, su duración y los sueldos de los soldados enviados por parte de la villa. Además ha servido para confirmar algunas conclusiones a las que habíamos llegado en otros trabajos nuestros:

1.º—La desigualdad de las relaciones intra-comunitarias derivada del **señorío urbano** ejercido por la villa, de modo que el peso de la contribución militar recaía principalmente en las aldeas de la tierra, a pesar de que su poblamiento y riqueza económica no eran superiores a los de la villa.

2.º—La significativa presencia de miembros de la comunidad judía entre los proveedores de armas confirma el protagonismo de dicha minoría en la sociedad alcalaína bajomedieval.

## A P É N D I C E

### REGESTO DOCUMENTAL

#### 1

1461, Junio 20, (Alcalá de Henares)

*Relación nominal de los seis lanceros que la villa de Alcalá de Henares envió a Yepes en servicio del arzobispo [de Toledo, don Alfonso Carrillo], según éste había mandado. Le sigue la lista de las armas que se tomaron para los lanceros y los [proveedores] de las mismas. Al principio del documento consta que el Arzobispo había mandado que la villa y tierra le enviara cincuenta ballesteros y que por un segundo mandamiento ordenó que fuesen lanceros, de los cuales seis cupieron a la villa. Asimismo se dice que los alcaldes de Alcalá enviaron al común de la tierra los traslados de dichos mandamientos para que hicieran su repartimiento.*

A. AMAH. Leg. 422/1. Tres folios en papel (250 x 327 mm, aproximadamente). Sin foliar. En mal estado de conservación, con numerosos rotos producidos por insectos y roedores, que dificultan la lectura de algunas partes de los documentos de este catálogo. El presente documento al fol. 1 rº.

#### 2

1461, junio 25, Alcalá de Henares

*Alarde de los lanceros que la villa y [las aldeas de] la tierra de Alcalá enviaron al Arzobispo, celebrado en el portal de la iglesia de San Justo de Alcalá, en presencia de los bachilleres Fernand Núñez y Pero Sánchez el Mozo, alcaldes de Alcalá, García Ferrández, procurador del común, el escribano y los testigos. Al término del alarde los alcaldes mandaron que se hiciera otro a la mañana siguiente en Torres porque muchos lanceros [de la tierra] no se presentaron con "todo recabdo"*

A. *Ibidem*. El presente documento a los fols. 1vº-2rº. El fol. 2rº presenta algunos problemas de lectura por los numerosos rotos.

1461, julio 2, [Alcalá de Henares]

*Los bachilleres Fernand Núñez y Pero Sánchez el Mozo, alcaldes [del concejo de Alcalá], dan a Pedro, hijo de Alonso Yáñez, vecino de Los Santos de la Humosa, según fue mandado por el arcediano de Sigüenza, mayordomo del arzobispo, la cantidad de 36 reales castellanos para pagar a los seis lanceros de la villa. A continuación figura una nota relativa al tiempo que duró el servicio militar prestado por dichos lanceros y los maravedís que recibieron con cargo al mayordomo [del concejo].*

A. *Ibidem*. El presente documento al fol. 2 rº.

1464, octubre 12, Alcalá de Henares

*Alarde de los sesenta ballesteros enviados por la villa y tierra de Alcalá a Uceda en servicio del arzobispo [de Toledo], celebrado en presencia del bachiller Fernand Núñez y Diego de Hita, alcaldes de Alcalá, Fernand González Sastre, procurador del concejo de la villa, Gonzalo Ferrández del Val, procurador del común, y el escribano. Al final figura una nota relativa al tiempo que duró el servicio militar prestado por dichos ballesteros y los maravedís que se pagaron a los ballesteros de la villa, seguida de la lista de las armas que se tomaron para ellos y los [proveedores] de las mismas.*

A. *Ibidem*. El presente documento a los folios 2vº-3vº. Numerosas dificultades de lectura por el mal estado de conservación en que se encuentran estos folios, ya que tienen abundantes agujeros, algunos de gran tamaño, causados por insectos y roedores.

1466, marzo 29, [Alcalá de Henares]

*Alarde de los ballesteros enviados por la villa y tierra [de Alcalá de Henares] a Aldovea, según había mandado [Rodrigo de] Bazán, en nombre del arzobispo [de Toledo].*

A. *Ibidem*. El presente documento al fol. 3vº. Algunos problemas de lectura por los agujeros.

## ABREVIATURAS Y SIGLAS EMPLEADAS

ACT: Archivo de la Catedral de Toledo; AGS: Archivo General de Simancas; AMAH: Archivo Municipal de Alcalá de Henares; BN: Biblioteca Nacional; CIDE: Centro de Investigación, Documentación y Evaluación; CSIC: Consejo Superior de Investigaciones Científicas; fol/s: folio/s; leg: legajo; MEC: Ministerio de Educación y Ciencia; mrs: maravedís; ms: manuscrito; p/pp: página/páginas; RGS: Registro General del Sello; rº: recto; ss: siguientes; vº: verso.

## N O T A S

(1) Sobre los prelados toledanos de este período puede verse Juan Francisco RIVERA RECIO, *Los arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media* (siglos XII-XV), Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos: Diputación Provincial, 1969.

(2) Juan MESEGUER FERNÁNDEZ, *El arzobispo Carrillo y el cardenal Cisneros*, "Archivo Ibero-Americano", XLV (1985), núms. 177-178, p. 169. Sobre este arzobispo puede verse también Juan GUILLÉN DE SEGOVIA, *Panegírico del arzobispo don Alonso Carrillo de Acuña*, BN. Ms. 1065; F. ESTEVE BARBA, *Alfonso Carrillo de Acuña autor de la unidad de España*, Barcelona, Amaltea, 1943; N. LÓPEZ MARTÍNEZ, *El arzobispo Carrillo y la política de su tiempo*, "Miscelánea José Zúñunegui", I, Vitoria, 1975, pp. 247-267; José GÓMEZ-MENOR, *Carrillo de Acuña, Alfonso*, en *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, I, Madrid, CSIC: Instituto Enrique Flórez, 1972, pp. 361-362.

(3) Los pormenores de la política castellana de esta época se pueden conocer con la lectura, entre otras, de las siguientes obras: Emilio MITRE FERNÁNDEZ, *Evolución de la nobleza en Castilla bajo Enrique III. 1396-1406*, Valladolid, Universidad, 1968; Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la historia política castellana del siglo XV*, Valladolid, Universidad, 1975; De L. SUÁREZ son también *Los Trastámara y los Reyes Católicos*, Madrid, Gredos, 1985 y *Los Trastámara de Castilla y Aragón en el siglo XV (1407-1474)*, en *Historia de*

España, dirigida por Ramón MENÉNDEZ PIDAL, XV, Madrid, Espasa-Calpe, 1970<sup>2</sup>, pp. 1-318. Más específicamente sobre la época de Isabel y Fernando puede verse Joseph PÉREZ, *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Madrid, Nerea, 1988, principalmente el capítulo 2.

(4) Este castillo fue conquistado por los ejércitos del arzobispo don Bernardo en 1118; en 1129 Alfonso VII y la reina Berenguela donaron a la catedral de Toledo el castro que llaman Alcalá con todos sus términos, tierras, prados, montes, ríos, etc. El documento original de esta donación, publicado en diferentes ocasiones, se puede consultar en ACT. A.3.A.1.1.

(5) Véase E. NARBONA, *Historia de D. Pedro Tenorio*, fols. 81v-82r; Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo (1375-1399)*, en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, IV, Madrid, CSIC, 1953, p. 617 y *Nobleza y Monarquía*, pp. 75-76 y nota 11. En 1393 Diego López de Stuniga, justicia mayor del rey, mandó a los alcaides de las fortalezas de Alcalá la Vieja y La Guardia que las devolvieran al Arzobispo: ACT. A.3.A.1.24.

(6) *Que mandaron dar a Juan Serrano para su costa que lo enbieron a nuestro señor el arzobispo çinquenta maravedís, sobre que el conde de Ledesma mandó que estudiesen aperçebido villa e tierra sobre la gente que ayuntava Íñigo López; Una mula que llevó el dicho Juan Serrano de Simuel Bataca, tres días, veinte e quatro maravedís*: AMAH. Leg. 422/1, Cuenta de 1434-35, fol. 6<sup>o</sup>.

(7) Juan Francisco RIVERA RECIO, *El adelantamiento de Cazorla. Historia general*, Toledo, 1948, p. 66; *Anales Complutenses. Sucesión de tiempos desde los primeros fundadores griegos hasta estos nuestros que corren*, edición de Carlos SÁEZ SÁNCHEZ, Alcalá de Henares, Institución de Estudios Complutenses (CSIC), 1990, pp. 429-432; José Demetrio CALLEJA, *Alcalá la Vieja. Ensayo histórico o apuntes para una monografía de aquel castillo*, Guadalajara, Imprenta de la Diputación Provincial, 1897, p. 22; Esteban AZAÑA y CATARINEU, *Historia de la ciudad de Alcalá de Henares (antigua Compluto) adicionada con una reseña histórico-geográfica de los pueblos de su partido judicial*, I, Alcalá de Henares, 1882, p. 199. Citamos según la edición facsímil publicada por la Universidad de Alcalá en 1986.

(8) Véase F. PÉREZ DE GUZMÁN, *Crónica del príncipe don Juan, segundo rey deste nombre en Castilla y León*, en *Crónica de los Reyes de Castilla. Desde Alfonso el Sabio hasta los católicos don Fernando e doña Isabel*, colección ordenada por Cayetano Rosell, II, Madrid, Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, LXVIII), 1953, pp. 625-626.

(9) Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Los Trastámara de Castilla y Aragón en el siglo XV (1407-1474)*, p. 256.

(10) *Que le son a resçeibir quinientos maravedís que dio e pagó, por mandado de los señores del consejo de nuestro señor e el conçejo de los dichos ofiçiales, en XXXI días del dicho mes de julio en esta manera: a Bocanegra, CCC maravedís de su sueldo de X días, e a un peón CC maravedís de su sueldo de otros X días, que fueron con otros vallesteros del común por los términos desta comarca a saber de los ladrones que andavan a saltear*: AMAH. Leg. 422/1, Cuenta de 1464-65, fol. 4<sup>o</sup>.

(11) *Que le son a resçeibir en cuenta mill e ochoçientos e noventa e un maravedís e medio que dio e pagó por mandado de los dichos ofiçiales a çiertas personas que fueron con cartas del conçejo desta dicha villa a Çorita e Almoguera e a Talamanca e Uzeda e Tordelaguna e Mondéjar e otras partes para conçertar la hermandad desta dicha villa con las dichas villas, e con la costa que fizieron los deputados desta dicha villa en Meco el día de Todos Santos el dicho año de LXIII, con lo que costaron fazer çiertas escaleras, con la madera e plegadura que fue menester para ellas, para las poner en la çerca desta dicha villa, segund que todo ello por menudo se faze mençion en una copia firmada de los dichos ofiçiales que es su fecha XV días del mes de octubre del dicho año de LXIII*: AMAH. Leg. 422/1, Cuenta de 1464-65 fol. 8<sup>o</sup>; *Que le son a resçeibir en cuenta çiento e sesenta maravedís que dio e pagó a Ferrand Díaz, escrivano del dicho conçejo por carta de los dichos ofiçiales fecha XII días de noviembre del dicho año de LXIII, que los ovo de aver para su costa e para alquiler de una mula de quatro días que fose por mandado del dicho conçejo a Meco e a la çibdad de Guadalfajara con los çapitanes de la hermandad que en esta villa fueron fechos para punir los robadores*: AMAH. Leg. 422/1, 1464-65, fol. 3<sup>o</sup>.

(12) *Iten que le son a resçeibir en cuenta que dio en nueve días de março del dicho año de IM CCCC LVI años a un ome que levó un mandamiento de los ofiçiales al escrivano del común para quel dicho común viniесе a esta villa sobre çiertos maravedís de la hermandad que demandava Ferrando de Morales, alcaide del Corral, çinco maravedís*: AMAH. Leg. 422/1, Cuenta de 1455-56, fol. 6<sup>o</sup>.

(13) Todavía en 1483 el judío Samuel Levi, vecino de Alcalá, adeudaba al arzobispo de Toledo la cantidad de 200.000 maravedís de la recaudación de la hermandad de Alcalá: P. LEÓN TELLO, *Juðíos de Toledo*, I, Madrid, CSIC, 1979, pp. 484-486.

(14) *Anales Complutenses*, pp. 555-557; E. BENITO RUANO, *Canales y Perales. Un episodio en las rebeldias del arzobispo Carrillo*, "Anuario de Estudios Medievales", 2 (1965), pp. 377-398.

(15) L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Nobleza y monarquía*, pp. 248-249; J. D. CALLEJA, *Alcalá la Vieja...*, p. 22.

(16) Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Nobleza y Monarquía*, pp. 261-262 y 267. Asimismo en el AGS se conservan diferentes alzamientos de homenaje prestados por los alcaides de las fortalezas, entre ellas la de Alcalá la Vieja: AGS. *Patronato Real*. "Capitulaciones con moros y caballeros" n.º 1033, 1034, 1035, 1052 y 1079; *Ibidem*, "Juramentos y pleitos-homenajes, n.º 753. Véase *Catálogo del Archivo General de Simancas*. V. *Patronato Real (834-1851)*, Valladolid, 1946.

(17) *para todas las dichas cosas mandamos que los maravedís que demás rindieren los dichos propios, que sean para el reparo de la dicha çerca et torres et cava della; et si lo que ansí sobrare de los dichos propios non abastare para las dichas reparaçiones, o si non sobrare algo, que sea fecho repartimiento por el dicho conçejo de la dicha nuestra villa et común della et que los del dicho conçejo et aljamas de judíos et moros de la dicha nuestra villa paguen de çinco partes la una et los del dicho común paguen las quatro partes, segund dicho es*: AMAH. CARP. 18 y Leg. 420/1 n.º 1, fols. 11v-13v, 1421, junio 16, Uceda. Documento publicado por Carlos SÁEZ SÁNCHEZ, *Los pergaminos del Archivo Municipal de Alcalá de Henares. La Carpeta I*, "Fuentes Medievales Alcaláinas", 1, Alcalá de Henares, Universidad, 1990, doc. 27, líneas 407-413. Véanse tambien otros documentos en los que se repite la misma sentencia: CARP. 18 y Leg. 420/1 n.º 1, 1424, noviembre 14, Alcalá, en Carlos SÁEZ, *Los pergaminos*, doc. 33; y Leg. 420/1 n.º 4, 1498, septiembre 13, Alcalá.

(18) *E que en razón de las dichas velas de la dicha cerca e de los dichos palacios de la dicha villa e guardas de las puertas della que de aquí en adelante son e fueren menester en qualquier manera e se ovieren a poner, por mandado del dicho señor arzobispo o por nescesidad que recresciere, quel dicho común e adegañas sean tenudos de dar e poner e pagar la meitad de todas ellas; e la otra meitad la ponga e pague la dicha villa, con sus aljamas de judíos e moros; todavia guardando que, quando el mandamiento del dicho señor o la dicha nescesidad recresciere, que sean ordenadas e repartidas las dichas velas e guardadas de por meitad, como dicho es, por los oficiales que son o fueren en la dicha villa a la sazón e por un omme bueno o dos que para ello el dicho común deputare por su parte:* AMAH. CARP. 19 y Leg. 564/1, 1440, agosto 16, Alcalá de Henares. Puede verse en Carlos SÁEZ, *Los pergaminos*, doc. 40, líneas 66-68. Más datos sobre la naturaleza de las relaciones villa-tierra en nuestra obra *Alcalá de Henares en la Edad Media. Territorio, sociedad y administración. 1118-1515*, Madrid-Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 1990, pp. 139-140 y 376-378.

(19) *Annales Complutenses...*, p. 537 y ss., 542 y 578.

(20) La contradicción se centra en las referencias que nos han llegado sobre el fonsado, mencionado en un documento promulgado en 1256 por el arzobispo Don Sancho. Por un lado Miguel de la Portilla, un clásico de la historiografía alcalaína, conocedor de la documentación del Archivo Municipal, dice lo siguiente: "El serenísimo infante D. Sancho, hijo del Santo Rey D. Fernando por su privilegio en Brihuega, a quinze de junio del año del Señor 1256, honrando mucho a sus vasallos de Alcalá, por sus muchos servicios y fidelidad, les alca del tributo de *fonsadera*, reservando el de *almojarifazgo* por reconocimiento de señoría, o que si pidiere la fonsadera perdonará el *prandio*. Y todos los demas pechos perdona absolutamente": Miguel de la PORTILLA y ESQUIVEL, *Historia de la ciudad de Compluto, vulgarmente Alcalá de Santiusste y ahora de Henares*, Alcalá de Henares, Imprenta de Joseph Espinosa, I, 1725, p. 278. Por otro lado en el AMAH se conserva una nota redactada en el siglo XIX sobre la confirmación que de este documento se hizo en 1274 en la que se dice "Privilegio del arzobispo de Toledo don Sancho confirmando, en 12 de febrero de 1274, el que su antecesor el infante Don Sancho que, de acuerdo con el deán y cabildo de su santa Iglesia, declara, con fecha 13 de junio de 1256, libre y esento de todo pecho y tributo a ouquiera que habitase en la villa de Alcalá de Henares, exceptuando empero la comida (ihsopedaje?) de los arzobispos, el fonsado y fonsadera a elección de los mismos y reteniendo en señal de verdadero dominio los derechos de su almojarifazgo con arreglo al fuero y a las letras del concilio de dicha villa": AHMAH. Leg. 969/1.

(21) Fernando del PULGAR, *Claros varones de castilla*, edición de Robert B. Tate, Madrid, Taurus, 1985, p. 137.

(22) De las tropas enviadas a Yepes, Uceda o Aldovea trata la documentación que estudiamos en el presente trabajo.

(23) *Que le son a rescebir en cuenta ciento e quatro maravedís que dio e pagó, por carta de los dichos oficiales fecha tres días de octubre del dicho año de LXI, a Juan de Vadillo, vezino desta dicha villa, que los ovo de aver para su costa de la ida que fue a Talavera, por mandado de los dichos oficiales, por ciertas armas que allá quedaron de las armas quel e otros cinco peones lançeros que desta dicha villa fueron a la dicha villa de Talavera este dicho año por mandado de nuestro señor el arzobispo e las dexaron allá porque las non aujan podido traer quando se vinieron:* AMAH. Leg. 422/1, Cuenta de 1460-61, fol. 5<sup>o</sup>.

(24) *Que le son a rescebir en cuenta cient maravedís que dio e pagó a Fernand Gonçález de la Puente, çapatero, vezino desta dicha villa, por carta de los dichos oficiales, fecha primero día de março del dicho año de LXIII, que os ovo de aver por quanto los prestó al conçejo desta dicha villa para pagar ciertos vallesteros quel dicho conçejo embió a Fuenes por mandado de nuestro señor el arzobispo el año de l mill CCC<sup>o</sup> LXI años:* AMAH. Leg. 422/1, Cuenta de 1462-63, fol. 4<sup>o</sup>. Este documento puede verse en Carlos SÁEZ SÁNCHEZ y Antonio CASTILLO GÓMEZ, *El fondo medieval del Archivo Municipal de Alcalá de Henares*, "Fuentes Medievales Alcalaínas", 2, Alcalá de Henares, Universidad, 1992, doc. 15, asiento n.º 60.

(25) *Que le son a rescebir en cuenta mill maravedís que dio e pagó a Garçi Gallego e a Pero Díaz de Valdolivas e a Alonso de Medina e a Fernando Dfaz, escrivano del dicho conçejo, por carta de los dichos oficiales fecha cinco días de diçienbre del dicho año de LXV, que los ovieron de aver por su trabajo e costa de ciertos días que estovieron en Peçuela a dar recabdo de los peones, vallesteros e lançeros que desta dicha villa e de los lugares de su tierra fueron a la çibdad de Huepte, e en ciertos mensajeros que enbiaron al dicho señor arzobispo e a otras partes de que se faze mençión en la dicha carta de los dichos oficiales:* AMAH. Leg. 422/1. Cuenta de 1465-66, fol. 6<sup>o</sup>.

(26) *Que le son a rescebir en cuenta doze mill e seteçientos e ochenta e seis maravedís que dio e pagó, por una copia firmada de los dichos oficiales fecha en el dicho año de LXVIII, a (...), e con ciertos maravedís que se dieron a ciertos vallesteros que fueron allende los puertos por mandado de nuestro señor el arzobispo (...):* AMAH. Leg. 422/1. Cuenta de 1464-65, fol. 5<sup>o</sup>.

(27) Véase el apéndice de regestos que figura al final de este trabajo. Estos documentos están incluidos en el Leg. 422/1 del AMAH, al que hemos denominado *Libro de Hacienda del conçejo de Alcalá o Libro de la Mayordomía* ya que carece de intitulación propia, sin duda por la falta de portada. Está sin foliar por lo que en las citaciones hemos adoptado foliación independiente en cada caso. Su estado de conservación es malo y en ciertos casos dificulta la lectura. Los documentación que contiene se puede agrupar en las siguientes series: 1) *Cuadernos de ingresos y gastos del conçejo de Alcalá*: se conservan los correspondientes a los ejercicios económicos de 1434 a 1436, 1455 a 1466 y 1482 a 1484; 2) *Cuadernos de gastos de la villa y el común de la tierra*: años 1435 y 1443; c) *Relación de censos sobre majuelos*: realizada entre 1476 y 1481; 4) *Repartimientos de lanceros y ballesteros*: 1461, 1464 y 1469; y 5) *Noticia de la muerte y sepultura del arzobispo Carrillo*. Una descripción más detallada de este libro puede verse en A. CASTILLO GÓMEZ, *Alcalá de Henares en la Edad Media*, pp. 348-350.

(28) *Vallesteros e lançeros. En XX días de junio del año de l mill CCC<sup>o</sup> LXI años, el arzobispo, nuestro señor, embió un su mandamiento a esta villa de Alcalá e su tierra para que enbiasen a su señoría a Yepes çinquenta vallesteros en punto; despues de lo qual embió mandar por otro su mandamiento que los dichos vallesteros fuesen lançeros e que levasen coraças e caxquetes e paveses e lanças; luego los alcaaldes enbiaron al común los traslados de los dichos mandamientos para que fiziesen su repartimiento:* AMAH. Leg. 422/1, 1461, junio 20, [Alcalá de Henares], fol. 1<sup>o</sup>, Apéndice, 1.

(29) *luego los alcaaldes enbiaron al común los traslados de los dichos mandamientos para que fiziesen su repartimiento:* *Ibidem*.

(30) *En Alcalá, jueves XXV días del mes de junio, año de I mill CCCC<sup>o</sup> LXI años, ante los bonrados el bachiller Fernand Núñez e el bachiller Pero Sánchez el Moço, alcaldes en la dicha villa por nuestro señor el arçobispo, en presençia de mí escriuano e notario público e de los testigos yuso escriptos, en el portal de la iglesia de Santiuste desta dicha villa fue fecha presentaçión de los lançeros desta dicha villa e su tierra, estando presente Garçi Ferrández, procurador del común desta dicha villa, en esta manera que se sigue...: AMAH. Leg. 422/1, 1461, junio 25, Alcalá de Henares, fol. 1<sup>o</sup> Apéndice, 2; En Alcalá, viernes XII días del mes de octubre, año del nascimiento del nuestro señor Ihesuchristo de mill e quatroçientos e sesenta e quatro años, estando presentes los alcaldes, el bachiller Fernand Núñez e Diego de Hita e Fernand Gonçalez Sastre, procurador del conçejo desta dicha villa, e Gonçalo Ferrández del Val, procurador del común desta dicha villa, se presentaron por ante mí, el escriuano infraescripto, sesenta vallesteros desta dicha villa e su tierra, de los quales copieron a esta dicha villa ocho segund la costunbre de entre villa, e común e los vallesteros que se presentaron son los siguientes... Ibidem, 1464, octubre 12, Alcalá de Henares, fol. 2<sup>o</sup>, Apéndice, 4.*

(31) *Juan Gonçález Ferrador, procurador del conçejo de Alcalá, fizo presentaçión de los seis lançeros... Tras la relación de los seis lanceros de la villa comienza la de los lanceros de las aldeas, presentados normalmente por sus respectivos procuradores: Torres. - Martín Barvero, procurador del dicho lugar; El Pozuelo. - Fernando Garçia, procurador; etc. En el caso de Ajalvir, es el alcalde quien lo hace: Hajalvir. Pero Ferrández, alcalde. Otras veces sólo se indica el nombre de la aldeas sin mencionar ninguna autoridad: AMAH, Leg. 422/1, 1461, junio 25, Alcalá de Henares, fols. 1<sup>o</sup>-2<sup>o</sup>, Apéndice, 2. También puede verse *ibidem*, 1464, octubre 12, Alcalá de Henares, fols. 2<sup>o</sup>-3<sup>o</sup>, Apéndice, 4.*

(32) *La qual dicha presentaçión fecha en la manera que dicha es, luego el dicho Garçi Ferrández, procurador del dicho común, pidiolo por testimonio. E luego los dichos alcaldes dixerón que non rescibían a los lançeros que non levavan todo recabdo segun quel dicho señor arçobispo lo enbió mandar por su mandamiento e que les mandavan e mandaron que mañana viernes por la mañana sean en Torres con todo recabdo para que desde allí vayan juntos al dicho señor arçobispo, so las penas en sus mandamientos contenidas: AMAH. Leg. 422/1, 1461, junio 25, Alcalá, fol. 2<sup>o</sup>, Apéndice, 2.*

(33) *El Pozuelo. - Pero Sánchez, fijo de Pero López, fue por él Miguel de Bustares; El Canpo. - Alonso de Alcalá por Pedro el Aguado. - Pedro del Canpo por Alonso de Pantoja. - Alonso del Canpo Madaleno por el Santo; Peçuela. - Estevan Pérez, seuillano. - Martín Ferrández, gañán. Éstos se presentaron sin armas ningunas; luego Alonso Garçia Fraile, procurador del conçejo de Peçuela, [d]ixo que a éstos non avlan maherido salvo que enbiasen sus hijos o cogiesen otros peones: AMAH. Leg. 422/1, 1461, junio 25, Alcalá de Henares, fols. 1<sup>o</sup>-2<sup>o</sup>, Apéndice, 2. En 1464 de los 9 ballesteros enviados por Santorçaz, dos fueron también sustituidos por otros: Pedro de Andrés Garçia por Miguell Rollizo; Machín de Aurenado? por Pedro de Solórzano: AMAH. Leg. 422/1, 1464, octubre 12, Alcalá de Henares, fol. 2<sup>o</sup>, Apéndice, 4.*

(34) *Estos seis vallesteros (se trata de los lançeros) partieron desta villa en jueves XXV días de junio de LXI [e] estovieron fasta que vinieron a esta villa que fue fasta en fin de jullio luego siguiente, que fueron XXXVII días a razón de seis maravedís a cada uno cada día que montan mill e trezientos [e] treinta e dos maravedís, los quales se han de rescibir en cuenta [al] mayordomo: AMAH. Leg. 422/1, 1461, julio 2, [Alcalá], fol. 2<sup>o</sup>, Apéndice, 3. Efectivamente entre los gastos del año 1461-62 se anota el siguiente: Que le son a rescibir en cuenta mill e trezientos e treinta e dos maravedís que dio e pagó por mandado de los dichos ofiçiales a seis lançeros que copieron a esta dicha villa en los çinquenta lançeros que nuestro señor el arçobispo mandó a esta villa e su tierra que enbiasen a Yepes, los quales mandó pagar el conçejo desta dicha villa a seis maravedís cada día a cada uno demás del sueldo quel dicho señor les mandó dar; los quales partieron desta dicha villa en XXV días de junio del dicho año de LXI e vinieron en fin de jullio siguiente, que son XXXVII días al dicho preçio que montan I mill CCC XXXII: AMAH. Leg. 422/1. Cuenta de 1461-62, fol. 6<sup>o</sup>.*

(35) *En II días de jullio de I mill CCCC<sup>o</sup> LXI años, los alcaldes el bachiller Fernand Núñez e el bachiller Pero Sánchez el Moço, dieron a Pedro, fijo de Alonso Yañez, vezino de Los Santos de la Humosa XXXVI reales castellanos para los dar a los seis lançeros que desta villa fueron en la forma susodicha segund que fue mandado por carta del arçediano de Sigüenza, mayordomo mayor de nuestro señor el arçobispo, el qual se obligó de se los dar e obligó a si e a sus bienes: AMAH, Leg. 422/1, 1461, julio, 2, [Alcalá], fol. 2<sup>o</sup>, Apéndice, 3.*

(36) *AMAH. Leg. 422/1, 1461, junio 20, [Alcalá] fol. 1<sup>o</sup>, Apéndice, 1. Dichos lanceros fueron Juan de Vadillo, Juan Verde, Alonso de Úbeda, Alonso de Cobeña, Alonso de Hortalaza y Pedro de Tordelaguna.*

(37) *AMAH. Leg. 422/1, 1464, octubre 12, Alcalá de Henares, fol. 2<sup>o</sup>, Apéndice, 4.*

(38) *Estos sesenta vallesteros partieron desta villa de Alcalá para la villa de Uzeda donde el dicho señor arçobispo los mandó ir en sábado XIII días del dicho mes de octubre e año susodicho. Fueron pagados los dichos vallesteros que copieron a esta dicha villa por XXX días primeros siguientes que corren de oy día en adelante, los siete dellos a VI maravedís cada día cada uno e el dicho capitán levó (roto), que montan todos (roto): AMAH, Leg. 422/1, 1464, octubre 12, Alcalá, fol. 3<sup>o</sup>, Apéndice, 4.*

(39) *Que le son a rescibir en cuenta selenta maravedís que dio e pagó, por carta de los dichos ofiçiales fecha dos días de noviembre del dicho año de LXI, a Juan de Vadillo los çinquenta, que los ovo de aver por su trabajo de capitán que fue de los lançeros que desta dicha villa fueron a la dicha villa de Talavera este dicho año, e a Fernando Colodrero los veinte maravedís... AMAH. Leg. 422/1. Cuenta de 1460-61, fol. 5<sup>o</sup>.*

(40) *Al respecto puede verse nuestra obra Alcalá de Henares en la Edad Media, pp. 368-369.*

(41) *Que le son a rescibir en cuenta çient maravedís que dio e pagó a Garçia Barahona, vezino desta dicha villa por carta de los dichos ofiçiales fecha XXVIII días de diçiembre del dicho año del LXV, que los ovo de aver de la quarta parte que a esta dicha villa copo de çierta gente que desta dicha villa e su comlin estuvo en el castillo de Aldovea para defensa de los vezinos desta dicha villa e su común. AMAH. Leg. 422/1, Cuenta de 1465-66, fol. 3<sup>o</sup>.*

(42) *Habitualmente la relación fiscal entre la villa y su tierra estaba cifrada en 1/5 para el conçejo de Alcalá y 4/5 para el común de la tierra, si bien en otras circunstancias, y dependiendo de la finalidad del repartimiento, podía ser diferente. Véase A. CASTILLO GÓMEZ, Alcalá de Henares en la Edad Media, pp. 139-140 y 368.*

(43) Entre los diversos testimonios que podrían citarse hemos seleccionado los siguientes asientos de ingresos: *Cárgasele más que ovo de cobrar de la dicha aljama de los judíos dos mill maravedís que dieron para ayudar a pagar los vallesteros e lançeros que desta villa fueron a la çibdad de Huepte. Cárgasele más otros trezientos maravedís que resçibió del aljama de los moros para los dichos vallesteros e lançeros.* AMAH. Leg. 422/1. Cuenta de 1465-66, fol. 2<sup>o</sup>. Más ampliamente nos ocupamos de este asunto en nuestra obra *Alcalá de Henares en la Edad Media*, pp. 225 y 366-368.

(44) *Que le son a resçebir en cuenta veinle e quatro maravedís que dio e pagó en VI días de otubre del dicho año de LXI a Juan Gonçalez, procurador del dicho conçejo, para pagar el derecho de una sentençia interlocutoria que fue dada por el chantre? e Gonçalo Carrillo entre <e> l conçejo desta villa e el aljama de los judíos sobre lo que devían contribuir en los vallesteros que esta villa enbió a las villas de Talavera e Yepes en servicio de nuestro señor el arçobispo, sobre lo qual estaban fechas çiertas prendas por el dicho conçejo en la dicha aljama:* AMAH. Leg. 422/1. cuenta de 1460-61, fol. 9<sup>o</sup>.

(45) Ramón CARANDE, *Sevilla, fortaleza y mercado. Las tierras, las gentes y la administracion de la ciudad en el siglo XIV*, Sevilla, Universidad, 1975, p. 45.

(46) Véase Antonio CASTILLO GÓMEZ, *Alcalá de Henares en la Edad Media*, pp. 137-150.

(47) El autor plantea esta idea después de comparar el fuero de las aldeas de Alcalá de 1223 y el privilegio dado a Santorçaz en 1277 por el arzobispo don Fernando de Covarrubias: Luis SÁNCHEZ BELDA, *Fuero y ordenanzas municipales de la villa de Santorçaz*, "Anuario de Historia del Derecho Español", 1945, p. 656.

(48) *Pero Ruyz de Villasayas, capellán en la yglesia desta villa, vezino desta villa de Santorçaz*, es uno de los testigos que interviene cuando el procurador Pero Fernández Manganillo solicita el traslado de las ordenanzas de Santorçaz después de que estas fueran pregonadas el 12 de marzo de 1486; *E después de la susodicho en la villa de Santorçaz a los veynte e çinco días del mes de mayo anno susodicho de mill e quinientos*. En ambos casos véase L. SÁNCHEZ BELDA, *art. cit.*, pp. 667-669. En cuanto a su consideración como unidad recaudatoria así sucede cuando se habla de los *recaudadores e arrendadores mayores de la villa de Alcalá de Henares e su tierra con Santorçad e Morata*: AGS. RGS. VI. 2380, fol. 271, 1489, septiembre 20, Jaén.

(49) Los datos concernientes a los beneficios eclesiásticos de las aldeas de Alcalá se han tomado de M.<sup>a</sup> Luisa GUADALUPE BERAZA, *Diezmos de la sede toledana y rentas de la Mesa Arzobispal (siglo XV)*, Salamanca, Universidad, 1972, pp. 100-104. La mención de los cuartos en AMAH. Leg. 420/1, "n.º 3", 1495, julio 30, Villalbilla.

(50) Daganzuelo y Valverde tenían un curato, mientras que el de Los Hueros estaba anejo a la iglesia alcalaína de Santiago. Orusco disponía de dos beneficios, uno de ellos el curato anejo a Ambite. Tiernes tenía un curato anejo al de Valdilecha y llegó a estar despoblada a fines del siglo XV: AGS. RGS. XII. 3319, fol. 77, 1495, septiembre 2, Burgos.

(51) *De Alonso Ramírez, un caxquete e un escudo de Pontevedra, levó el escudo:* AMAH. Leg. 422/1, 1461, junio 20, Alcalá de Henares, fol. 1<sup>o</sup>, Apéndice, 1.

(52) Dado que la mayor parte de estos términos son de conocimiento general creemos innecesaria cualquier explicación. Mencionar, no obstante, que el pavés es un escudo oblongo y de suficiente tamaño como para cubrir todo el cuerpo del combatiente y los pasadores las flechas o saetas que se disparaban con la ballesta. Para la descripción de las demás armas pueden consultarse diccionarios militares, entre ellos: D. HEVIA, *Diccionario general militar de voces antiguas y modernas*, Madrid, 1857; J. ALMIRANTE, *Diccionario militar etimológico, histórico, tecnológico, con dos vocabularios francés y alemán*, Madrid, 1876; E. LEGUINA, *Glosario de voces de armería*, Madrid, 1912. Asimismo para la bibliografía y metodología de estudio sobre las armas medievales nos remitimos a Álvaro SOLER DEL CAMPO, *El armamento medieval hispano*, "Cuadernos de investigación medieval. Gula crítica de temas históricos", n.º 6, Madrid 1987. Resulta igualmente aconsejable la lectura de Bonifacio PALACIOS MARTÍN (ed.), *Primer simposio nacional sobre las armas en la historia*, 1988.

(53) AMAH. Leg. 422/1, 1461, junio 20, [Alcalá de Henares], fol. 1<sup>o</sup>, Apéndice, 1.

(54) Así el que fue por la aldea de Perales *non levava*, [todo recabdo, se entiende] *salvo lança e espada*. El lancero de Olmeda *levava todo recabdo salvo caxquete* y los de Villalbilla *levavan todo recabdo salvo dos pares de coraças*. Por su parte los de la aldea de Campo Real *non levavan salvo lanças e paveses e espadas*. Más elocuente es el caso de los lanceros de Pezuela que *se presentaron sin armas ningunas*. Ante semejante precariedad de equipamiento los alcaldes del concejo de Alcalá *mandavan e mandaron que mañana viernes por la mañana sean en Torres con todo recbado*...: AMAH. Leg. 422/1, 1461, junio 25, Alcalá de Henares, fols. 1<sup>o</sup>-2<sup>o</sup>, Apéndice, 2.

(55) *Las armas que se tomaron por Diego Xuárez, teniente logar de alguazil, por mandamiento de los alcalldes, el bachiller Fernand Núñez e el bachiller Pero Sánchez el Moço, para dar a los dichos seis lançeros*...: AMAH. Leg. 422/1, 1461, junio 20, [Alcalá] fol. 1<sup>o</sup>, Apéndice 1, *Las armas que se tomaron para estos vallesteros por los alcalldes, el bachiller Fernand Núñez e Diego de Hita, con Ferrand Gonçález Sasire, procurador del conçejo*: AMAH. Leg. 422/1, 1464, octubre 12, Alcalá, fol. 3<sup>o</sup>, Apéndice, 4.

(56) *Juan de Bezerril, levó una ballesta suya*...: AMAH. Leg. 422/1, 1464, octubre 12, Alcalá, fol. 2<sup>o</sup>, Apéndice, 4.

(57) A. CASTILLO, *Alcalá de Henares en la Edad Media*., pp. 222-227 y el artículo escrito en colaboración con C. SÁEZ SÁNCHEZ, *Bienes comunales del concejo de Alcalá de Henares (1476-1481). Explotación y otros aspectos socioeconómicos*, "Anuario de Estudios Medievales", 19 (1989), pp. 533-558.



# EL ELEMENTO HUMANO EN LA DEFENSA DE CARTAGENA DURANTE EL SIGLO XVI Y PRINCIPIOS DEL XVII

Aureliano Gómez Vizcaíno  
Vicente Montojo Montojo

Es nuestro propósito analizar en este artículo la articulación cuantitativa y cualitativa de las fuerzas que defendieron Cartagena, su puerto y su costa, a lo largo del siglo XVI y principios del XVII, período en el que Cartagena experimentó no sólo un gran crecimiento demográfico y económico, sino también un fuerte impulso de su organización defensiva y militar. En cuanto a éstas recordemos simplemente su protagonismo en la guerra de la Monarquía hispánica con el Imperio Turco y su Gobernación de Argel, con Francia, Holanda e Inglaterra, a lo largo de todo el siglo XVI, lo que supuso en primer lugar su defensa propia y la del litoral más o menos próximo contra las armadas y los corsarios, y, por otra, el desenvolvimiento de su organización militar a través de la Proveduría de Armadas y Fronteras.

## 1.—LA DEFENSA EN LOS FUEROS Y PRIVILEGIOS BAJOMEDIEVALES.

Al poco tiempo de la Reconquista de Cartagena por el infante Alfonso el Sabio, en el año 1245 (1), el Rey, su padre, Fernando III el Santo, concedió a la ciudad el Fuero de Córdoba (2) y otros privilegios, algunos de los cuales pretendían motivar la formación y el mantenimiento de una marina de toda clase de barcos, con una triple función: militar, mercantil y pesquera. La formación de dicha marina era orientada, por otra parte, a cubrir las necesidades del monarca en su política marítima, como la de formar parte de la flota real en sus actividades militares, que si en Sevilla exigía tres meses de servicio gratuito anual, en Cartagena se redujo a un mes, aunque también podía ampliarse el plazo, pero ya retribuido por el propio Rey (3).

Al asumir la corona, Alfonso X el Sabio confirmó las mercedes de su padre y otorgó el Fuero de Toledo a los caballeros e hidalgos y a los que tuvieran ballesta, caballo, navío u otro barco armado o cubierto, y exención a los vecinos del quinto de las presas tomadas en corso, debido al Rey, y facultad para detener a quienes les hicieran daño por mar o por tierra, fueran moros o cristianos (4).

Todos los monarcas de estos siglos confirmaron los privilegios, e incluso alguno los amplió, como Alfonso X, dando mayores ventajas a quienes armasen navíos en Cartagena, uno de los medios más positivos entonces para obtener buenos rendimientos económicos, con la idea de potenciar el puerto y dar seguridad al tráfico marítimo, objetivo que al parecer no se logró en este período, y Cartagena soportó en el siglo XIV una de las épocas peores de su historia, caracterizada porque en ella “se comienza a apreciar el fuerte carácter de frontera del Reino” (5).

A partir de mediados del siglo XIV, sin embargo, Cartagena recobró una incierta actividad portuaria militar, que la haría más conocida por su puerto y por su castillo, por su base naval y por sus fortificaciones, que por la propia ciudad, lo cual fue posiblemente una consecuencia de la transformación del sistema defensivo en ofensivo y de su actividad portuaria, características de este enclave fronterizo de Castilla, pues todos los intentos para fomentar su repoblación dieron escaso resultado hasta principios del XVI, sufriendo especialmente durante la Baja Edad Media las consecuencias de su condición de frontera del Reino de Murcia con el Reino nazarí de Granada, con el Reino de Valencia y con el mar.

A finales del siglo XIV, durante el reinado de Enrique III se abre una espléndida etapa comercial que produce un gran incremento de la actividad portuaria. En 1395 el mismo monarca reconstruye el castillo de la ciudad, que con algunas restauraciones poco afortunadas, se ha conservado hasta nuestros días, conocido como el “Castillo de la Concepción”. Pero a pesar de todo, este auge comercial ni repercute en la fortificación de la ciudad, ni aumentó la población estable, que de 800 habitantes en 1381 se reduce a menos de 500 a principios del siglo siguiente (6).

El crecimiento del comercio marítimo activó la piratería y el corsarismo, ambos con parecidas ambiciones, y el puerto de Cartagena se convierte para los corsarios en base, punto de partida para sus acciones, descanso y lugar de reparto y custodia del botín (7).

## **2.—LAS FUERZAS DEFENSIVAS.**

### **2.1. La guarnición del Castillo.**

Desde su reconquista, a mediados del siglo XIII, Cartagena contó, en primer lugar, para su defensa con la guarnición del Castillo o Fortaleza, al mando de su Alcaide, que en principio tenía sólo atribuciones militares, pero que intentó ocasionalmente ampliarlas a otros ámbitos, por lo que el Concejo se quejó y consiguió que el Alcaide tuviera que nombrar un representante personal ante los alcaldes de la ciudad para recibir quejas y demandas y que no pudiera juzgar fuera del castillo a cristianos, musulmanes o judíos (8).

— El Alcaide.

La dirección de esta pequeña guarnición correspondía, por tanto, a un alcaide nombrado por el Rey. En cuanto a sus funciones, según Castillo de Bovadilla, “el Alcaide de la Fortaleza, que está por Su Magestad, está obligado a hacer guardia toda la noche y correspondencia a la guardia de la ciudad con la señal que se tiene y si hay aviso de bajeles toca a rebato y sale la gente de la ciudad, puesta en armas, la cual está a orden del Corregidor” (9).

— Los soldados del Castillo.

La guarnición del Castillo era escasa, pues aunque según García de Alcaraz debía tener de 20 a 25 hombres en 1534, no superaba los 7 u 8 y entre 1586 y 1630 eran sólo 12. Las ordenanzas sobre la defensa de la ciudad de 1570 dispusieron que cada capitán de las 3 compañías concejiles enviara 6 hombres para reforzarla (10).

### **2.2. Las guardas de la costa.**

Constituían el cuerpo de vigilancia —grupo de hombres, reclutados y pagados por el Concejo con la ayuda del rey—, cuya función era vigilar la costa. En 1526-41 las guardas de la costa oscilaban 30 ó 40, según el peligro que hubiese. En 1534 el corregidor Juan de Acuña fijó su número en 30: 24 “estantes” en las 8 estancias (3 en cada una, pues uno debía vigilar durante la noche, otro por la mañana y otro por la tarde) y 6 “sobresalientes”, que controlaban y coordinaban a los estantes, pero en 1547 se redujeron a 25 guardas y un sobreguarda (después 2). Este número contrastaba con el de 7 estancias (14 guardas) que ponía el Concejo de Lorca, en 1551, en su litoral, más amplio que el de Cartagena, o con las 7 estancias y 6 atajadores de Mazarrón, en 1585.

El sistema de avisos consistía en que las guardas debían hacer señales de humo o de fuego, según fuese de día o de noche, al ver los barcos enemigos. Para vigilar la costa se colocaban en los sitios más altos, por parejas, a fin de controlar el mayor espacio posible y de hacerse señales unas a otras.

Según la ordenanza de 1573 los dos sobreguardas debían visitar semanalmente las guardas, yendo uno a las de Levante y el otro a las de Poniente, pero no simultáneamente, de tal forma que siempre permaneciera uno en la ciudad para recibir los avisos de la costa.

El mantenimiento de estas guardas de la costa, que se colocaban por parejas en las “estancias” o atalayas que había en los puntos más altos de todo el litoral cartagenero, correspondía al Concejo, que para ello recibía 218.000 maravedís anuales de las alcabalas de Cartagena. Aún así, el Concejo las quitaba frecuentemente, ya porque fuera invierno, ya porque el dinero no bastaba para pagarlas, o por ambos motivos, descuido que aprovechaban los corsarios, como sucedió con el saqueo de Alumbres Nuevos en 1558, la correría de primeros de febrero de 1584 y otras muchas.

Los propietarios de las minas de Alumbres Nuevos —los marqueses de Villena y de los Vélez— pagaban la colocación de otra pareja de guardas, en Trapajugar, y los pescadores habían de pagar en parte otra estancia que el Concejo disponía en Cabo Tiñoso, durante la temporada de la almadraba, para su defensa (11).

### **2.3. La ronda de vigilancia de la ciudad.**

De noche los vecinos estaban obligados a hacer rondas o guardias, en grupos de 12 ó 24 hombres y 1 ó 2 atambores hasta 1570, pero en este año la ronda se extendió a todo el día y aumentó notablemente su número de miembros, tras la finalización de la nueva fortificación, en que las ordenanzas sobre la vigilancia y defensa del corregidor Varela obligaron a la colocación de una posta de 3 hombres en las puertas del Muelle y de San Ginés, y en los baluartes de Austria, Santa María, El Águila, Santiago, la Princesa, Real y Gomera; 2 postas de 3 hombres en la Puerta de la Victoria y rondas de 3 hombres y un cuerpo de guardia de 12 hombres en la Puerta de Murcia, en total 54 hombres, lo que dio lugar a una fuerte resistencia del Concejo, pues, aunque en un cabildo abierto de finales de 1570, junto con los 50 representantes del Común, acordó que preferían hacer ellos la guarda a que la realizaran compañías enviadas por el Rey, al poco tiempo fue primero un regidor el que pidió que no se exigiera a los vecinos que fueran en las galeras de Sancho de Leiva, pues ya estaban muy cargados con la vela, y poco después el propio Concejo solicitó al Rey que la hiciera una compañía pagada por él. A finales del XVI el número de los que debían hacer esta ronda llegó hasta 100 personas, dirigidas por un sargento mayor.

La población de Cartagena era poca para la vigilancia y defensa que requería, por lo que a menudo el Concejo se quejaba al Rey del excesivo número de guardas que le obligaban a poner el Adelantado Mayor o el Corregidor, o pedía que no tuviera que enviar hombres a las campañas imperiales, e insistía en que se le dieran más privilegios a fin de que aumentara su población para que esa carga, repartiéndose entre más, fuera más leve. En 1575, por ejemplo, el Corregidor expresaba la dificultad de reunir gente para vigilar las murallas, “por cuanto los vecinos de ella están ocupados la mitad de ellos en sus haciendas y granjerías a dos y a tres y más leguas de esta ciudad” (12).

### **2.4. La milicia urbana o concejil.**

Pero con estos medios no se podía garantizar la defensa de la ciudad, por lo que la verdadera defensa la realizaban los vecinos, organizados en cuadrillas o compañías urbanas o concejiles, mandadas por capitanes nombrados por los miembros del Concejo (13).

En la primera mitad del XVI (desde 1525 aproximadamente) los vecinos eran divididos por el Concejo en “cuadrillas” de 65 a 130 hombres, que en 1550 eran 7. Luego se pasó a un sistema de compañías, correlativo con el número de vecinos: en 1570 ya eran 3. En ambos sistemas el Concejo nombraba un capitán y un sargento por cada una, y cada capitán designaba a su alférez, a quienes se asignaba la custodia de una puerta o de una parte de las murallas, o del cinto del Castillo. Este sistema de compañías concejiles era también seguido en Mazarrón —con una a finales del XVI—, Murcia y Lorca, aunque en ésta también se organizaban cuadrillas.

Por contraste, la dirección de la organización de la defensa era algo más complejo de lo que parece. Dentro de la ciudad mandaba el Concejo, a su vez dirigido por el Alcalde mayor o —si estaba— el Corregidor, pero una vez que las compañías salieran de la ciudad era el Adelantado mayor o su delegado quienes tomaban las riendas. El licenciado Castillo de Bovadilla lo explicaba así en su “Política para corregidores”: “En el Corregimiento de las ciudades de Murcia, Lorca y Cartagena el gobierno de las cosas de la milicia está dividido en esta forma. El Marques de los Vélez, por merced

de los Reyes, hace allí el oficio que llaman de Capitán mayor y el Corregidor no es su inferior, sino que cada uno tiene su jurisdicción distinta, porque cuando hay nueva de enemigos en aquella costa el Corregidor en su Ayuntamiento y fuera de él provee todo lo que conviene, manda a tocar a rebato, levanta la gente y sácala a la campaña y desde allí el dicho Marqués, Capitán mayor, la rige y gobierna".

La eficacia del sistema defensivo requería la preparación y armamento de los vecinos. La primera se conseguía mediante el alarde de armas. Todos los años, el primer domingo de marzo, todos los vecinos —no sólo los caballeros cuantiosos— estaban obligados a acudir con sus armas ante el Concejo. Aquellos que tenían bienes inmuebles por valor de 100.000 maravedís o más debían mantener caballo, armadura completa y armas, por lo que eran considerados caballeros de cuantía o cuantiosos; los demás, alegando ser esta ciudad "frontera de Africa", estaban obligados a tener armas: por lo menos una pica, lanza, arcabuz, escopeta o ballesta. Las armas debían comprarlas los mismos vecinos, aunque fuera al Concejo, pero éste había de suministrar la munición. En caso de peligro el Adelantado Mayor o el Corregidor podían convocar otro alarde. Tanto el Rey como el Concejo se preocupaban de que los vecinos estuviesen armados, para lo cual se procedía desde empadronar las armas, hasta comprarlas en gran cantidad y venderlas a los vecinos, y como el arcabuz era considerada como la más eficaz, cuando Felipe II —en una tendencia a la remilitarización de la sociedad— exigió que los cuantiosos mantuviesen caballo y armas, puesto que durante la primera mitad del XVI no lo habían hecho, el Concejo propuso que en su lugar se formara un cuerpo de 500 arcabuceros a quienes se les diese algunos privilegios con el fin de animar su formación (14).

No nos consta que éstos formaran una unidad separada de las compañías de la milicia concejil, pero sí la exigencia de la Monarquía por su persistencia en 1565, 1575 y 1586, a pesar de que desde 1529, por lo menos, el Concejo insistía en la necesidad de escopeteros y ballesteros, en lugar de la caballería (15). En 1575, 15 vecinos fueron condenados por el Corregidor por no acudir al alarde de caballeros cuantiosos (16).

Tal fue la preocupación del Concejo por el armamento que en 1562 y 1569-70 pidió al Rey 300 y 400 arcabuces de las Proveedurías de Málaga y Cartagena, respectivamente, y compró, en 1562, 42 lanzas a Juan de Iturbe, vasco; en 1569-70, 300 arcabuces milaneses a Francisco Botario y Bartolomé Usodemar, genoveses, y en 1592 otros 300 arcabuces, siempre para venderlos a los vecinos. Puede ser ésta una de las causas del cambio de armamento que se manifiesta entre el padrón de alarde de 1550 —con sólo 43 arcabuces— y los de 1575, 1582 y 1599, en que han aumentado a 800, 518 y 756.

En estado de alarma los vecinos no podían salir de la ciudad sin armas y debían volver antes del anochecer, aunque tuvieran su casa fuera. Todos los "hombres de pelea" debían acudir a sus capitanes y cuadrillas cuando el Concejo lo ordenaba, bajo pena de 100 ducados y dos años de destierro si era persona "de calidad", de la mitad de la hacienda y de dos años de destierro si era "del estado mediano" y de 100 azotes si era de "baja manera", y en caso de que huyesen podían ser prendidos y condenados perpetuamente a galeras y hasta heridos o muertos por su capitán.

Si observamos el Anexo 1 podemos percatarnos de varias características de la evolución cuantitativa de la milicia urbana. Por una parte su fuerte crecimiento entre 1550 y 1575, de 604 a 1251 hombres. Los padrones de alarde de 1582, 1599 y 1615 no parecen adecuarse a la evolución demográfica analizada por Rafael Torres (17); aunque las compañías sí aumentaron: de 3 en 1575, 1582 y 1599 a 4 en 1615 y 6 hacia 1620-30 (18). Por otro lado hay que señalar el gran aumento de las armas de fuego.

Desde 1564 los vecinos empezaron a servir en las galeras reales y en contraprestación de la seguridad y el servicio que proporcionaban, a lo que sirvió de pretexto la falta de gente que tenían a veces las galeras, pero muy pronto surgió tanto el rechazo contra su generalización como el problema de la retribución, que, a pesar de que debía ponerla el Rey, fue realizada frecuentemente por el Concejo de Cartagena. En 1564 se exigieron 500 ballesteros, pero esta cifra fue posteriormente variando: 600 hombres en septiembre de 1569 para socorrer Almería, 300 en octubre para vigilar a argelinos y granadinos en el Cabo de Gata, un número indeterminado en noviembre para lo mismo, 150 y 250 en enero y febrero de 1571, respectivamente, para abastecer a Almería y Mojácar, 300 en agosto de 1572 para proteger la costa almeriense, 200 en junio de 1574 para ir a Málaga en las 15 galeras de España, ó 300 en enero de 1576 y 150 en agosto de 1581 para reforzar Orán, etc. (19).

Cuando existía peligro sonaba la señal de rebato, dada por la campana del castillo, a cuyo toque se reunían las compañías, cada una en el lugar previamente señalado por sus respectivos capitanes y que coincidía normalmente con cada una de las puertas de la ciudad. Una vez reunidos, eran organizados para tratar de repeler la agresión enemiga. Por

contraste, cuando habían de acudir a un punto alejado, ya en el campo o en el mar, próximo a la costa, y era urgente la intervención, se organizaba una "cabalgada" con los vecinos y, según el caso, con algunos caballos o con los barcos que hubiera, aunque el mando lo ostentaba siempre alguno de los caballeros capitulares.

## **2.5. Las milicias concejiles de las poblaciones próximas y las compañías de guarnición temporal.**

A pesar de todo, el vecindario de Cartagena no era suficiente para su defensa, "por estar abierta y descercada" se decía, por lo que el Rey disponía que las milicias concejiles de poblaciones próximas, sobre todo Murcia, acudieran a defender Cartagena y su costa cuando ésta la necesitara así como el envío de tropas distintas de las concejiles. Estas compañías podían ser las propias milicias urbanas o concejiles de las poblaciones que ayudaban a Cartagena, compañías de guarnición temporal reclutadas en diferentes distritos, generalmente ajenos al Reino de Murcia, o las llamadas milicias provinciales, es decir, compañías de vecinos reclutados en el Reino para servir en ellas durante toda la vida a cambio de algunos privilegios.

### **— Las milicias concejiles de otras poblaciones.**

Fue realmente Murcia la que estuvo encargada del socorro de Cartagena, pues Lorca, la otra gran población del Reino, tenía un extenso litoral propio que defender, además de ayudar también a Mazarrón, villa muy próxima al mar que se independizó de la jurisdicción de Lorca en 1572. No obstante, en julio de 1558, cuando había peste en Murcia, el Concejo de Cartagena pidió 300 tiradores al Concejo de Lorca para que estuviesen en Cartagena a costa de esta ciudad, y en abril de 1563 el propio Concejo de Lorca ofreció 100 hombres al de Cartagena para la defensa de la ciudad, con la condición de que les pagase la comida, pero éste no aceptó el ofrecimiento, alegando que estaba pobre de dinero y que había pedido 400 hombres al Marqués de los Vélez, a quienes tendría que dar de comer (20). En alguna ocasión consta, por una carta real, que se reprendió al Concejo de Murcia por su desobediencia al Marqués de los Vélez en acudir al socorro de Cartagena con 300 infantes y 80 caballos, tal como se le pidió, pues se habían acercado a la costa 60 barcos (21), pero lo normal fue la constante ayuda de las milicias concejiles de Murcia, avisadas y convocadas por un sistema de avisos mediante luminarias; en julio y agosto de 1556 envió 200 arcabuceros, en abril de 1560, 80; en mayo de 1561, 200; en enero de 1589, 30 hombres a caballo (22), en 1602, 150 hombres, y en 1618, 700 (23).

Aunque según un informe de hacia 1620 eran todas las poblaciones situadas a 20 leguas de distancia las obligadas a socorrer a las poblaciones costeras amenazadas, era Murcia la implicada principalmente en ello, tal como lo señala la relación de la gente de guerra que había en el Reino de Murcia, hecha por don Cristóbal de Guzmán, caballero de la Orden de Santiago, por orden del Marqués de los Vélez: "Cuando hay algún aviso de enemigos lo que ordinariamente se previene son las ciudades, villas y lugares de las veinte leguas, pero si es necesario acudir a Cartagena, de quien primero echo mano, como la más cercana, es de las milicias de la ciudad de Murcia y los soldados de sus parroquias, que no son quintados, sino que van por parroquias con los capitanes jurados referidos y la demás gente de dichas veinte leguas queda siempre prevenida para el primer aviso" (24). Según dicha relación las compañías de infantería de milicia territorial implicadas eran las indicadas en el Anexo 2.

### **— Las compañías de guarnición temporal o de presidio.**

Las compañías de guarnición temporal, por el contrario, eran tropas que enviaba el Rey en temporadas en que se temían desembarcos berberiscos y que oscilaron entre 40 y 2.000 hombres (Anexo 3). Esas temporadas eran normalmente los veranos y su frecuencia fue casi anual entre 1525 y 1580.

Estas compañías aseguraban la defensa de la ciudad, por lo que alguna vez, como en 1528, el Concejo agradeció su envío al Rey, pero tenían también su parte negativa. Por un lado su sostenimiento económico: debían ser pagadas por el Rey, pero el dinero se retrasaba frecuentemente, como en 1540, teniéndolo que hacer el Concejo a base de pedir préstamos a los vecinos más adinerados. Otros inconvenientes eran que los vecinos debían hospedar a los soldados en sus casas y que estos soldados frecuentemente se excedían y robaban o herían, por lo que el Concejo tenía que poner guardas en la huerta, por ejemplo, quejarse al Rey, expulsarlos e incluso se atrevió alguna vez a impedir su instalación.

## 2.6. La milicia territorial o general.

Los Reyes Católicos, al finalizar el siglo XV, sienten la necesidad de contar con un ejército permanente, capaz de garantizar la efectividad de una monarquía absoluta y acabar con la disgregación feudal que supone la dependencia de las milicias de señores y municipios de realengo.

A finales del siglo XV y principios del XVI es precisamente cuando se realizan los primeros proyectos, informes e intentos para llevar a efecto el cambio, iniciándolo con la creación de la Santa Hermandad (1476), fracasada o transformada en 1498, y más tarde con la formación de los Cuerpos de Suizos, que tan buen resultado dieron en la Guerra de Granada (1482-92), y —como modo de superar las limitaciones de estas reformas— con el intento de formación de la infantería de ordenanza (25).

No obstante, los ejércitos habían evolucionado considerablemente y habían de permitir el manejo de grandes cantidades de combatientes y mucho material. La difusión de la artillería, por otra parte, impone nuevas organizaciones, tácticas y armas. Las guerras ya no se hacen de castillo a castillo, ahora se hacen entre monarquías y organizaciones administrativas más complejas, y las armas combativas han de acomodarse a nuevas tendencias, como las siguientes:

- Encuadrar cada unidad en otra de orden superior, hasta constituir una organización que permita el mando único y la subdivisión del mismo.

- La infantería ha pasado a ser el Arma fundamental en el campo de batalla.

- La caballería ha perdido la importancia que tenía anteriormente.

- La creciente importancia de las armas de fuego y de la artillería anula al castillo y da paso al baluarte.

Además de las nuevas imposiciones políticas y militares de armamento influye también la sociedad como protagonista, especialmente su nueva clase social, la burguesía o clase media, formada por comerciantes, letrados y artesanos, un conglomerado de formación compleja que adquiere un especial protagonismo en la formación y mantenimiento de las milicias urbanas (26).

La noción de patria o nación era comprendida en esta época como conjunto de Rey y Reino o de Monarquía paccionada, es decir, limitada por el respeto a los estamentos, lo que significaba en realidad un bajo nivel de integración entre los mismos reinos castellanos y aragoneses que formaban la Monarquía hispánica. En este sentido, tan extranjero era considerado en Castilla un alicantino como un genovés o un flamenco, aunque a lo largo de los siglos XVI al XVIII empezó a abrirse camino la idea de que un aragonés, por ejemplo, era menos extranjero que un italiano. Esta disgregación es paralela a la idea, todavía en germen, de que la palabra España (Península Ibérica) designa algo más que una realidad geográfica (27), pero lo que realmente caracterizaba a los individuos era el ser vecino o morador de una ciudad, villa o lugar, es decir, un localismo muy enraizado.

Cartagena, a pesar de su aislamiento, pues estaba rodeada de grandes extensiones casi despobladas, tenía a Murcia como población importante más próxima, a una distancia de cuarenta kilómetros, y actuaba de punto regulador de mercancías, con sus almacenes portuarios, donde se realizan los negocios entre hombres que habitan tierras más al interior, alejadas del peligro de la guerra y el corso. Puede ser ésta una de las causas de su escaso vecindario a finales del XV, a pesar de su mucha actividad, pues sólo los oficios relacionados con el mar (pesca y marina mercante) tienen alguna importancia, junto a la élite de algunos funcionarios de la Corona y a escasos ganaderos.

Este panorama no resulta propicio para el alistamiento de hombres en la nueva milicia general que intentan formar algunos monarcas, pero sí ha de tenerse en cuenta a la hora de asegurar la defensa, como ocurrió en todos los intentos y proyectos para la mejor defensa de la Monarquía, tales como los informes de Quintanilla y Rengifo en el reinado de los Reyes Católicos y el informe del Consejo de Guerra a Felipe II en 1556 y los repetidos intentos de ponerlo en práctica durante el reinado de éste y de su sucesor, Felipe III. Repasaremos resumidamente cada uno de ellos, en aquello que más afectaba a Cartagena, y analizaremos su aplicación.

### a) El informe de Quintanilla.

El 2 de mayo de 1493 decretaron los Reyes Católicos la organización de un cuerpo de caballería, con la denominación de viejas “guardas de Castilla”, que es considerado de forma generalizada —por Salas Larrazábal y

Quatrefages, por ejemplo— como el origen del ejército español permanente (28). Este último habla de 25 unidades iniciales de 100 lanzas cada una, 20 de infantería y 5 de jinetes, que en 1500 eran ya 10 de infantes y 26 de jinetes y en 1533 27 de infantes y 14 de jinetes, aunque el Conde de Clonard lo considera como el origen de la actual caballería española (29) y Thompson como un cuerpo de caballería ligera integrado a mediados del XVI por unos 1.000 hombres y caballos (30).

Este cuerpo resultó muy pronto insuficiente y era preciso crear algo que encuadrara más hombres y unidades, fácil de movilizar en caso necesario, sin que resultase una pesada carga económica a la Hacienda real.

Con este fin se encargó a don Alonso de Quintanilla, un prestigioso militar, que realizara el estudio oportuno (31), y entre otras cosas propuso: “el vecino que renta 5.000 maravedís se le obligará a tener en su casa un pavés, lanza, espada y casquete, al de 10.000 pavés, coraza, lanza o dardo, espada y puñal, o bien ballesta de acero de tres libras con una carcajada de pesadores y casquete, y el de 20.000 espingarda con 150 pelotas y 20 libras de pólvora”. “Los habitantes del litoral debían proveerse, echando mano de los Propios del Concejo, de alguna pieza de artillería y armarse de espingardas”. Esta propuesta fue aprobada en 1496 (32), con informe previo de la Junta General de la Hermandad, autorizando la movilización. Se esperaba que quedara así asegurado gran parte del armamento individual, en general, y parte del colectivo en las costas y fronteras, sin gastos para el Tesoro.

Es posible que estas medidas supusieran para Cartagena el deslinde de una doble organización militar: la del Castillo y la del Concejo, con sus respectivas artillerías, aunque para estos años la documentación local es escasa y sólo permite advertir la realización de alguna obra de fortificación, como la torre de Gomera, cerca del muelle, hacia 1502-3. Sin embargo, por estos mismos años es posible que el proyecto de 1493-6 hubiese fracasado, pues en 1503, en un memorial realizado con motivo de la reincorporación de Cartagena al realengo, el comendador don Nicolás de Guevara recomendó a la Reina que la hacienda real pagase a diez de los vecinos más poderosos para que cada uno mantuviera dos lanceros en su casa, y algo de esto se debió hacer pues en 1512 se destinaban algunas cantidades de maravedís de las alcabalas a este fin (33).

#### **b) El informe Rengifo: La infantería de ordenanza (1516).**

A la muerte de Fernando el Católico (enero de 1516) el cardenal Cisneros encargó un estudio para la organización de un ejército permanente al coronel Rengifo, durante la segunda regencia del cardenal, que realizó al poco tiempo.

Entre las propuestas que se hicieron destacamos las siguientes (34):

— La conveniencia de un desarme general de la población, reduciendo al mínimo el armamento que estaba en su poder.

— La organización de unidades de soldados por provincias o distritos y la residencia de sus respectivos mandos en cada una de ellas.

— El fomento de la población militar con ciertos privilegios, realizando una selección previa de los mandos y oficiales.

— La permanencia de los reclutados en sus pueblos, a disposición del Rey, sin abandonar sus trabajos, pero ejercitándose en el manejo de las armas los domingos y días festivos, al menos un día por semana, y quedando obligados a combatir fuera de su provincia, en caso necesario, cobrando un salario cuando hubieran de hacerlo. Hace, además, una mención expresa de la cobertura de costas y fronteras, sugiriendo que debían quedar encomendadas a la juventud de la propia zona.

Es posible que tuviera relación con este informe la orden del Cardenal, por cédula real de 30 de julio de 1516, a los concejos de Murcia, Lorca y Cartagena de que formaran una compañía de infantería con 2.000 hombres de 20 a 40 años de edad, que Juan de Morillo, capitán y contino real, había intentado hacer, sin éxito (35). No nos consta si llegó a cumplirse dicha orden, pero sí la resistencia que había obtenido poco antes, según el propio tenor de dicha orden, lo que obligó a aumentar los privilegios y a presionar a los concejos para que colaboraran directamente en la formación de lo que podríamos llamar un precedente de la milicia provincial: “ya sabéis como enviamos a Juan de Morillo, nuestro

capitán, contino de nuestra casa, a esas dichas ciudades a hacer cierta junta de infantería conforme a una instrucción que para ello lleva firmada de nuestros gobernadores, en la que van declaradas las exenciones y libertades de que han de gozar las personas que asentaren en la dicha infantería, y porque somos informados que, como quiera que el dicho Juan de Morillo, nuestro capitán, ha hecho en las dichas ciudades todas las diligencias que fueran necesarias de se hacer y hasta ahora no se ha asentado ninguna gente a causa que algunas personas lo han impedido e impiden por todas las vías que pueden, y que la causa porque Nos mandamos hacer la dicha gente de infantería que estos nuestros reinos es muy necesaria, así por lo que cumple a nuestro servicio, como para relevar los pueblos de las vejaciones que se les suelen recrecer cuando mandamos hacer gente de infantería en estos nuestros reinos, hemos mandado que además (de) las libertades en la dicha instrucción contenidas, la gente que se asentare en la dicha infantería goze de otras libertades contenidas en otras cédulas que después os enviamos; por ende, por esta nuestra cédula os mandamos que luego nombréis entre vosotros en esas dichas ciudades y en los lugares de su tierra dos mil hombres que sean hábiles para la dicha infantería y vecinos e hijos de vecinos de esas dichas ciudades y de los lugares de su tierra, los cuales sean de 40 años abajo y de 20 arriba, a vista y parecer del dicho Juan de Morillo...”.

### **c) El informe del Consejo de Guerra a Felipe II en 1556 y nuevos intentos de implantar la milicia territorial.**

Cuando Felipe II subió al Trono (1556) el ejército permanente de la Monarquía no era muy numeroso, se reducía a las guardas de Castilla y de las zonas fronterizas (Pirineos, litorales catalán, valenciano, murciano y granadino) y a las guarniciones de los “presidios” y de las ciudades fronterizas (Rosas, Palamós, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz, etc). Cartagena continuaba sin más guarnición real fija que la reducida del Castillo.

Ante tal situación el Rey consultó a su Consejo de Guerra, quien, entre otras cosas, le informó de la necesidad de lo siguiente (36):

— Fijar la infantería y la caballería que debían guarnecer las plazas y zonas fronterizas, entre las que incluía Cartagena, señalando al mismo tiempo la cuantía de una fuerza permanente.

Concretaba para Cartagena que “el puerto es tan importante como notorio y la ciudad muy flaca y por cerrar: son menester por allí 500 hombres, 100 lanzas y acabar de cercar y darle alguna artillería, porque la que tenía se la llevó el Virrey de Nápoles.... Para resistir a las galeras del Rey de Francia y de la liga que anda por el Mediterráneo, y también a las fustas de moros y turcos, son menester tres cuadrillas de galeras, para que en cada cuadrilla haya diez galeras, seis fustas y cuatro bergantines, que son por todo treinta galeras, dieciocho fustas y doce bergantines, y los cuales todos se han de juntar cuando tuviera nueva de que los contrarios tengan mucha armada, y de otra manera han de andar por cuadrillas, como es dicho, desde Cartagena hasta Cádiz, por la costa de África y Granada, serán menester para estas galeras, fustas y bergantines, 9.000 hombres entre gente de mar y de remo, y además de su sueldo y mantenimiento se recrece el gasto en el hacer de las mismas galeras y artillería para ellas, porque la que tiene S.M. no es de galeras”.

Durante el reinado de Felipe II se intentó organizar esta milicia territorial en 1562, 1580-1, 1590 ó 1595, en que se ordenó a los Concejos de Murcia, Lorca y Cartagena que señalaran 750 hombres de 20 a 40 años de edad en 1562, que se obligaban a servir cuando fueran llamados (37).

El intento más importante fue, sin embargo, el realizado entre 1595 y 1601, a caballo entre los reinados de Felipe II y Felipe III, y en el que el Concejo de Cartagena logró ver reconocida la exención de la ciudad en atención a su peculiar situación fronteriza (38).

## **2.7. Los soldados de galeras.**

Durante el siglo XVI se desarrolla en el puerto de Cartagena una gran actividad comercial y también militar, de embarques y desembarques de tropas con destino a Italia y África, o simples escalas de aprovisionamiento. Estas armadas y tropas representaron para Cartagena, por una parte, una cierta seguridad frente a los ataques turcoberberiscos y, además, contribuyó al crecimiento de su actividad económica. Por otra parte aumentó también el riesgo de contagio, en caso de epidemia, y disminuyó la seguridad pública ante los desmanes de los soldados, llegando las autoridades del Concejo a verse impotentes por escapar de su jurisdicción (39).



Durante los años comprendidos entre 1501 y 1558 salen del puerto, al menos, 16 expediciones, que se relacionan en el anexo A debidamente referenciadas. El paso de tantas unidades no nos debe ocultar un hecho importante en relación a la reorganización del ejército permanente. En la expedición organizada para la conquista de Orán, en mayo de 1509, participaba un cuerpo de nueva creación, que había sido organizado para esta expedición, el de los arcabuceros a caballo. Eran éstos jinetes armados de arcabuces y espadas de dos manos, que pueden ser considerados como el origen o primer antecedente de los Dragones, que más tarde se generalizaría en todos los ejércitos europeos.

La afluencia e internada de las armadas permitieron abandonar parte de la defensa de la ciudad en los soldados de las galeras. En 1584 Felipe II contestaba al Concejo de Cartagena que se guardase la costumbre en cuanto a una petición de que las galeras pusiesen el cuerpo de guardia de la ciudad, cuando estuvieran en el puerto. E incluso se quitaban las guardas de la costa si había un determinado grupo de galeras reales, como hizo en 1575, 1583, 1587 o en 1591, que sirvió también de motivo para pedir al Rey que se quitasen las compañías de guarnición temporal y que no se reclutase la milicia territorial (40).

## 2.8. Los artilleros.

Otras circunstancias que condicionaban las necesidades defensivas de la ciudad, el puerto y sus costas fueron los constantes ataques que éstos sufrieron por parte de los corsarios e incluso armadas con importante número de combatientes.

El puerto, tan resguardado y apacible para las naves propias o amigas, es un cepo mortal para los corsarios enemigos, a causa de su castillo y, desde finales del siglo XV, de su artillería real, que se documenta, por lo menos, desde 1508, ya que el día 20 de septiembre de dicho año firmó el Cardenal Cisneros una cédula que hace referencia a su existencia: "para cumplimiento de lo ordenado por el Rey, vaya a Cartagena D. Diego de Ortiz y pida al Comendador Rivera la posesión de la Fortaleza..., la cual tiene pertrechos, bastimentos y artillería" (41).

Próximos estamos, pues, a la conmemoración del V centenario de la permanencia ininterrumpida de la Artillería en la ciudad de Cartagena de Levante, según el referido documento, el más antiguo de los que conocemos que tratan del tema.

El mantenimiento de esta artillería, que fue creciendo a lo largo de los siglos XVI y XVII, exigía cierto personal que se encargase de su funcionamiento y conservación, personal que fue dotado tras muchos años y peticiones de diversas instancias. En el informe de 1534 sobre el Castillo se decía que había sólo un artillero y que eran necesarios por lo menos dos para poder defender sus cuatro lados. Esta petición seguía en pie en 1540, según informe del marqués de Mondéjar, confirmada por el corregidor Andrés Dávalos, que en 1541 escribía al rey: "de una cosa hay mucha necesidad y es de que V.M. mande que los artilleros que residen en Málaga residan en Cartagena un par de ellos porque acaece cargar yo el tiro y tirarlo sin lo saber hacer". En los años siguientes el Concejo consiguió por fin varios artilleros, cuyo nombramiento confirmaba el capitán general de la artillería, miembro del Consejo de Guerra, y eran pagados por el Rey a través del Contador de la artillería y del tesorero y receptor de las penas de cámara, pues sus salarios eran pagados con lo procedido de esta renta. Eran 1 en 1534, 2 en 1540 y 1558, 4 en 1560, 2 en 1564, 4 en 1570; en 1573 el Concejo pedía 7, pero al año siguiente tenía sólo 1, lo que nos muestra la continua oscilación del personal artillero (42).

## CONCLUSIONES

A pesar de ser "presidio y frontera", tal como reconocía el propio Concejo de Cartagena (43), llama la atención la escasez de efectivos que defendían la ciudad y su costa. Esta situación era bien conocida de quienes dirigían o proyectaban la defensa y la fortificación de la ciudad, tales como los corregidores o el Concejo, quienes señalaban frecuentemente en sus informes la insuficiencia de la población de Cartagena para defender su propio recinto murado, y explica asimismo la importancia de las milicias territoriales y concejiles de otras poblaciones cercanas, como Murcia (44), o el recurso a los soldados de galeras.

Hay que destacar; por otra parte, el escaso número de soldados de la guarnición de la Fortaleza, cuyo deterioro progresivo a lo largo del siglo XVI impulsa a abandonarlo como centro de la defensa de la ciudad a partir de 1540. En

contraste con esta situación hay que resaltar la importancia de las milicias concejiles como primera fuerza de choque, aunque insuficiente.

Por último cabe destacar el crecimiento de los artilleros, a pesar de su fluctuación frecuente, lo que permite suponer una creciente confianza por parte de las autoridades en este grupo.

## N O T A S

- (1) TORRES FONTES, J./MOLINA MOLINA, A. L. "El sureste hispánico en la Baja Edad Media: Incorporación de Cartagena a la Corona de Castilla", en *Historia de Cartagena*, Ediciones Mediterráneo, Murcia, 1986, t. 6, pp. 42.
- (2) Idem, pp. 45-6, documento en AMC, armario 1, cajón 1, n. 1.
- (3) Sobre estas prestaciones militares a nivel general: GARCÍA DE VALDEAVELLANO, L. *Curso de Historia de las Instituciones españolas: De los orígenes al final de la Edad Media*, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1977 (1.ª ed. 1968), pp. 613-615. En cuanto a Cartagena: TORRES FONTES, J./MOLINA MOLINA, A. L. "El sureste...", ob.cit., pp. 62-63.
- (4) Idem, pp. 58-72.
- (5) MONTOJO MONTOJO, V. *Cartagena en la época de Carlos V: Crecimiento demográfico, transformaciones económicas y conflictividad social*, Academia Alfonso X el Sabio, Biblioteca Municipal de Bolsillo n. 86, Murcia, 1987, p. 25.
- (6) TORRES FONTES, J./MOLINA MOLINA, A. L. "El sureste...", ob. cit., pp. 121-123.
- (7) Idem, p. 122.
- (8) TORRES FONTES, J./MOLINA MOLINA, A. L. "El sureste...", ob. cit., p. 50.
- (9) CASTILLO DE BOVADILLA, J. *Política de Corregidores y señores de vasallos*, Amberes, 1704 (1.ª ed. 1597), libro 4, cap. 4, n. 3.
- (10) MONJOTO MONJOTO, V. "Configuración del sistema defensivo de la Cartagena moderna", tomo 7, en *Historia de Cartagena*, 8.ª, Ediciones Mediterráneo, Murcia, 1992. En el Archivo Ducal de Medina Sidonia (ADMS), en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), había en el legajo 569 una "relación de los hombres y pertrechos que se hallan en la Fortaleza de Cartagena" de 1556, que en 1985 había desaparecido.
- (11) MONTOJO MONTOJO, V. "Configuración...", ob. cit.
- (12) Idem.
- (13) Sobre su historia medieval: GARCÍA DE VALDEAVELLANO, L. *Historia...*, ob. cit., pp. 615-6.
- (14) Sobre la remilitarización en el reinado de Felipe II: THOMPSON, I. A. A. *Guerra y decadencia en España: Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Editorial Crítica, Barcelona, 1981, pp. 23 y 27-29. En cuanto a la milicia concejil y la caballería de cuantía en Cartagena; MONTOJO MONTOJO, V. "Configuración...", ob. cit.
- (15) Así decidía pedirlo el Concejo al Marqués de Mondéjar, Capitán Mayor de Granada, en relación a las compañías de guarnición temporal que defendían Cartagena (Archivo Municipal de Cartagena —AMC—, Acta Capitular —AC. Cap.— de 29-4-1529).
- (16) AMC, caja 186, n. 11, 10-4-1576.
- (17) TORRES SÁNCHEZ, R. "La población de Cartagena durante el siglo XVI: Cuantificación de efectivos humanos", en *Nuestra Historia: Aportaciones al Curso de Historia sobre la Región de Murcia*, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, Alicante, 1987, pp. 239-255.
- (18) Sobre el recuento de 1599 y el de 1615; CASAL MARTÍNEZ, F. *Historia de la Ciudad de Cartagena reinando Felipe III (1598-1621)*, Cartagena 1932, p. 18, que da cifras erróneas, en mi opinión, al igual que MARTÍNEZ RIZO, I. *Fechas y fechos de Cartagena*, Cartagena, 1894, serie 2, p. 6. Los demás en: MONTOJO MONTOJO, V. "Configuración...", ob. cit.
- (19) Sobre estos ejemplos de la segunda mitad del XVI: MONTOJO MONTOJO, V. "Configuración...", ob. cit. En cuanto a su continuidad en el reinado de Felipe III: CASAL MARTÍNEZ, F. *Historia...*, ob. cit.
- (20) AMC, Ac. Cap. 10-7-1558 y 20-4-1563.
- (21) AMC, caja 114, n. 36: CR Aranjuez, 11-5-s.a. (principios del XVII).
- (22) AMC, Ac. Cap. 28-7 y 20-8-1556, 2-4-1560, 10-5-1561 y 31-1-1589.

- (23) RUIZ IBÁÑEZ, J. "Los conflictos de jurisdicción en Murcia (1595-1630): Centralismo y descentralización por necesidades de guerra", en 3.<sup>er</sup> Congreso de Jóvenes Historiadores, Sevilla, 1991, en prensa.
- (24) ADMS, leg. 1565.
- (25) Sobre la evolución de estas reformas: GARCÍA DE VALDEAVELLANO, L. *Historia...*, ob. cit., pp. 624-5, y SALAS LARRAZABAL R. "Ejército y marina", en *Enciclopedia de Historia de España*, Rialp, Madrid, 1988, t. 2, pp. 245-341, cfr. 273-4.
- (26) SOTTO Y MONTES, J. "Organización Militar de la Casa de Austria", en *Revista de Historia Militar*, n. 18, Madrid, 1965, pp. 71-72.
- (27) Ver, para el estudio de esta integración a nivel del Reino de Murcia y de Cartagena: GRANDAL LÓPEZ, A. "Las relaciones del Concejo de Cartagena con el Estado y sus representantes a finales del siglo XVI", en *Nuestra Historia*, Ayuntamiento de Cartagena Alicante, 1987, pp. 187-194, cfr. 187.
- (28) SALAS LARRAZÁBAL, R. "Ejército...", ob. cit., pp. 274-9, y QUATREFAGES, R. "El ejército, gran protagonista de la política exterior", en *Historia General de España y América*, Madrid, 1991, t. 6, pp. 573-596, cfr. 573-77.
- (29) CONDE DE CLONARD. *Historia Orgánica de la Infantería y la Caballería Española*, Madrid, 1851, t. 2, p. 261.
- (30) THOMPSON, I. A. A. *Guerra...*, ob. cit., p. 27.
- (31) CONDE DE CLONARD. *Historia...*, ob. cit., pp. 246-258.
- (32) Idem, p. 254.
- (33) MONTOJO MONTOJO, V. "Cartagena en la transición de la Edad Media a la Moderna (1474-1516)", en *Historia de Cartagena*, t. 6, Ediciones Mediterráneo, Murcia, 1986, pp. 187-286, cfr. 205.
- (34) CONDE DE CLONARD. *Historia...*, ob. cit., t. 3, pp. 136-143.
- (35) Archivo Municipal de Murcia, Cartulario Real de 1515-23, fols. 51v-52r.
- (36) CONDE DE CLONARD. *Historia...*, ob. cit., t. 3, pp. 446-449.
- (37) MONTOJO MONTOJO, V. "Configuración...", ob. cit. Sobre la constitución de milicias territoriales en el reinado de Felipe II: THOMPSON, I. A. A. *Guerra...*, ob. cit., pp. 28-29.
- (38) CASAL MARTÍNEZ, F. *Historia...*, ob. cit., pp. 32-33. y MARTÍNEZ RIZO, I. *Fechos...*, ob. cit., serie 2, n. 701.
- (39) GRANDAL MARTÍNEZ, A. "Las relaciones...", ob. cit., p. 152.
- (40) MONTOJO MONTOJO, V. "Configuración...", ob. cit.
- (41) AMC, caja 4, n. 17, citado por RUBIO PAREDES, J. M. *Historia del Real Parque Maestranza de Artillería de Cartagena*, Ayuntamiento de Cartagena, Cartagena, 1989, p. 17.
- (42) RUBIO PAREDES, J. M. *Historia...*, ob. cit., pp. 17-45 y MONTOJO MONTOJO, V. "Configuración...", ob. cit.
- (43) AMC, Ac. Cap. 19-9-1589.
- (44) RUIZ IBÁÑEZ, J. J. "Los conflictos...", ob. cit.

#### ANEXO 1. CUANTIFICACION DE LAS MILICIAS CONCEJILES DE CARTAGENA (1550-1615)

Fecha	Compañías	Número de soldados			Caballos	Arcabuces	Ballestas	Picas	Rodelas	Sin armas	Desconocidas
		Ciudad	Campo	Total							
1550	7 cuadrillas			604		43	106	447	128	16	13
1575	3 compañías			1251		800	160	145		146	
1582	3 id	986	29	1015		518	114	140		243	
1599	3 id	1144			36	756	10	258	8	80	308
1615	4 id	936	229	1165							
1620-30	6 id										

ANEXO 2. RELACIÓN DE MILICIAS TERRITORIALES O GENERALES DE 1620-30.

LUGAR	COMPAÑÍAS	HOMBRES	QUINTADOS
Murcia	2	300	2000
Lorca	1	195	300
Mula	1	165	
Caravaca	1	132	
Cehegín	1	122	
Cartagena	1	100	0
Hellín	1	100	
Yecia	1	100	
Moratalla	1	84	
Liétor	1	60	
Ricote	1	60	
Totana	1	59	
Cieza	1	38	

ANEXO 3. COMPAÑÍAS DE GUARNICION TEMPORAL EN CARTAGENA (s. XVI).

AÑO	SOLDADOS
1528	60
1529	60
1531	2000
1533	200
1534	70
1540	200
1540	150
1544	400
1551	300
1552	300
1556	300
1562	300
1565	40

# LA ORGANIZACIÓN MILITAR DEL CONCEJO DE MÁLAGA A FINES DE LA EDAD MEDIA

José M.<sup>a</sup> Ruiz Povedano  
Universidad de Málaga

Málaga, ciudad musulmana que mantenía un papel fundamental en el comercio y en la geopolítica del Mediterráneo medieval, se incorporó a la Corona castellana el 18 de agosto de 1487. Tras su conquista, apenas transcurrido un año, los RR.CC. dotáronla, como era común en el modelo urbano de Castilla, de *tierra, término y jurisdicción*, con una declaración expresa de las villas, lugares y términos que aquella comprendía y sobre los que debería ejercer su potestad, *segund lo faza e puede fazer de derecho la çibdad de Sevilla e sus juezes e justicias en las villas e logares de su tierra* (1). Finalmente, el 27 de mayo de 1489, los monarcas crearon el concejo de Málaga mediante unas *Ordenanças para la gobernación y repartimiento* de ella (2).

La ciudad y su territorio a finales del siglo XV y primeros años del siglo XVI conocieron un intenso proceso de transformación de la anterior realidad musulmana —de la que no obstante pervivió una importante herencia—. La fisonomía y el paisaje de las ciudades medievales responden a una forma de vida, a unas funciones urbanas y a unas relaciones del microcosmo social que encierran en sí mismas, organizadas en función del grupo. Cuando se produce ese cambio, como bien señala Maurice Aymard: “toda conquista, toda diáspora, tiende a repetir en decenas de ejemplares un modelo de sociedad urbana y a dejar explícito al mismo tiempo aquello que al principio estaba implícito” (3).

Nuestra intención es profundizar en el modelo de organización militar que estableció una ciudad del reino de Granada tras su conquista y, en particular, el concejo de la misma. Posiblemente, Málaga sea una de las ciudades que mejor han sido estudiadas al final de la Edad Media (4), pero se hacía necesario contar con una visión de conjunto sobre las funciones y las competencias militares del Ayuntamiento malagueño y, al mismo tiempo, sobre el desarrollo y aplicación de las mismas que en lo que hacía referencia al cuidado, vigilancia y mantenimiento de los elementos defensivos y de seguridad de la ciudad y de su tierra.

Para ello, se contaba con una abundante documentación del Archivo Municipal, así como con una espléndida bibliografía sobre el tema, aunque de carácter genérico. La investigación histórica sobre organización militar ha contado con un fuerte impulso sobre todo en el ámbito del reino de Granada, donde ha constituido un tema recurrente para muchos investigadores que de una u otra forma se acercaron al mismo. Desde el estudio del aparato militar castellano a raíz de la conquista del reino (5), pasando por el sistema defensivo y de vigilancia de su costa (6), hasta el estudio remozado sobre el régimen de tenencias (7) o las estructuras castrales y de ordenación militar del territorio (8).

Tras su conquista la ciudad de Málaga actuó como la principal plaza fuerte de la Corona castellana en el Mediterráneo, erigiéndose en la principal pieza estratégica y de apoyo logístico dentro de lo que se ha dado en llamar la nueva frontera o frontera del Mar de Alborán (8 bis). Desde ella se atiende preferentemente el sistema de vigilancia de la costa del reino granadino. También constituye el puerto de aprovisionamiento y abastecimiento de la Armada Real que

opera en este mar desde el Estrecho hasta Almería. Por último, la ciudad y su puerto se convirtieron también en plataforma de las principales expediciones militares que se dirigieron hacia el Norte de África o al sur de la península italiana.

Por ello, un motivo más para procurar reconstruir el dispositivo militar de la ciudad y su tierra desde las competencias estrictamente ciudadanas y concejiles, sin duda, es contribuir a clarificar este complejo entramado de distintas autoridades o administraciones competentes desde el punto de vista militar en la ciudad de Málaga (corregidor, alcaide y capitán de las tropas, alcaides de la tierra, capitanes de la Armada Real...).

## **1.—LAS COMPETENCIAS MILITARES DEL CONCEJO DE MÁLAGA.**

Al igual que en los restantes concejos del reino de Granada, las competencias militares del concejo malagueño se vieron ampliamente restringidas en beneficio del corregidor (9) y del alcaide y capitán de las tropas de la ciudad y de los alcaides de las fortalezas del territorio.

Ello implicaba que funciones que tradicionalmente había tenido el poder concejil, como la custodia y guarda de las murallas y puertas de la ciudad o la provisión de las tenencias de jurisdicción, ahora se encontrara privado de ellas. Entre las escasas atribuciones que conservó el concejo malagueño estaría la formación y convocatoria de las milicias concejiles, aunque también de una manera compartida con el corregidor.

El concejo organizaba las milicias tomando como base a las collaciones de la ciudad, donde correspondía a los jurados su clasificación y ordenación de tropa: "Hordenaron e mandaron a los jurados porque es nesçesario queste la gente desta aperçebida e conçertada para los rebatos que fassen los moros que viene de Allende por mar, que fagan cuadrilla cada uno en su collaçion, asy de caballeros, como de peones e lançeros e vallesteros; e traygan sus padrones antel señor corregidor para que faga su repartimiento de la gente que fa destar aperçebida" (10). Incluso en los momentos de rebato, los jurados eran los miembros del concejo encargados de estar presentes y organizar la expedición (revisar y pasar lista de los vecinos de su collación que han acudido, proporcionar alimentos...). Al frente de la milicia se colocaría el alguacil de la ciudad que actuaría como jefe de tropa y alférez de la ciudad, portando el pendón de la misma (11).

La actuación y presencia de las milicias concejiles de Málaga, además de los rebatos por incursiones berberiscas, está suficientemente probada y documentada en algunas acciones de la Guerra de Granada, como el "descerco" de Cómpea; la conquista de Almuñécar, el "descerco" de Salobreña, etc. (12).

Otra función, aunque compartida coyunturalmente con el corregidor y alcaide Garçi Fernández Manrique, fue la guarda y defensa de la muralla y de las puertas de la ciudad. Los jurados malagueños tenían la obligación de llevar "copia de los vesinos de cada collaçion al señor Garçi Fernández Manrique para que se informe de que calidad es cada uno, e segund aquellas se le de el cargo que ha de tener, asy a los cavalleros, como a los onbres de la mar e del canpo" (13). Esta sería una de las competencias que la ciudad le disputaría al citado alcaide unos años más tarde, aduciendo que "en las otras çibdades comarcanas a esta noble çibdad de Málaga es uso e costumbre que en las tales çibdades tienen los alguaziles dellas las llaves de las puertas de la çibdad, quando non ay corregidor en la tal çibdad...; quando ay corregidor en la tal çibdad pertenesçe al corregidor tener las llaves para que de su mano las tenga su alguazil" (14).

Otras competencias militares del concejo malagueño se indicarán más adelante cuando se repase la política de seguridad y defensa tanto de la ciudad, como de su tierra.

## **2.—EL DISPOSITIVO MILITAR DE LA CIUDAD.**

La estructura urbana de Málaga respondía al modelo musulmán de ciudades marítimas, donde el puerto se convierte en el centro de atracción de la vida urbana y todo se organiza en torno a él, adoptando una configuración "sensiblemente semicircular" (15). Las casas, las calles, los barrios, fuertemente amurallados, se alinean a lo largo de la línea de costa, cercando al puerto y a su Arenal y concentrando aquí los principales elementos defensivo de la ciudad: La Alcazaba y la Coracha, el Castil de Ginoveses y las Atarazanas. En un segundo plano, la ciudad desarrolla su caserío, barrio comercial o alcaicería, plazas y calles, mezquitas... dentro de su bien protegida muralla, reforzada hacia el interior por varios arrabales, a su vez, fortificados, y por el Castillo de Gibralfaro.

## 2.1.—La defensa ciudadana: La Muralla.

La muralla de Málaga encerraba y comprendía un espacio interior de 375.850 m<sup>2</sup> de superficie y unas 2.400 viviendas aproximadamente (16). En opinión de LTB esta cerca amurallada pudo tener su origen en las fortificaciones bizantinas de la ciudad (17), si bien las primeras referencias documentales pertenecen al primer tercio del siglo XI (18). Estas ampliaciones y sucesivas reformas de la muralla dieron una imagen de inexpugnabilidad de Málaga, como lo testimonia a mediados del s. XIV, Ibn al-Jatib (19) o finales del s. XV los cronistas castellanos que asisten al cerco y conquista de la ciudad, como Hernando del Pulgar (20).

El trazado y la localización de la muralla de Málaga constituyó una preocupación de los eruditos y de los historiadores locales del siglo pasado, pero sobre todo de Emilio de la Cerda (21), como puede verse en el plano realizado por éste en el año 1880. Aprovechó los planos existentes en las oficinas de la Comandancia de Ingenieros trazados entre 1700 y 1781, el plano de 1789 de Joseph Carrión, y la descripción de F. Braun incluida en su obra *Civitalis Orbis Terrarum* y otros testimonios, según confiesa el mismo (22). Sobre el trabajo anterior y los distintos planos de la Cerda, Francisco Guillén Robles realizaría la mejor descripción que ha llegado a nosotros sobre la muralla de Málaga, a la que nos remitimos para quien quiera conocer de manera pormenorizada el desarrollo y lugares por donde iba la muralla (23).

La cerca de la ciudad contaba con unas defensas complementarias que venían a reforzar su carácter de fortificación inexpugnable, puesto de manifiesto con motivo del asedio castellano de la primavera-verano de 1487. Contaba con *foso* que corría paralelo a ella por el sector septentrional occidental de la ciudad. Igualmente con una *barbacana* o falsa braga, descrita por Pulgar como “una barrera alta e fuerte do asimismo hay muchas torres”. Pero, sin duda, las *torres* constituían los mejores elementos defensivos de la muralla malagueña, “gruesas e cercanas unas de otras”. F. Guillén Robles alcanzó a conocer en el siglo pasado algunas torres de la cerca malagueña, transmitiéndonos un excelente testimonio y descripción sobre su tipología y distribución (24): “de trecho en trecho, bastante corto, lo defendían torres cuadradas y a veces semicirculares a la mayor parte de las cuales se entraba por el alto del adarve, de cuya altura no se elevaba mucho. Eran estas torres de piedra, algunas tenían aposentos en la parte superior y macizada la parte baja”. Había diversos tipos de torres, con distinta funcionalidad: torres flanqueantes, las más abundantes, reforzando el paño amurallado; torres de ángulo, situadas en los cambios de dirección de la muralla; torres-puertas de las que más adelante se hablará para asegurar y proteger el eje de comunicación con el exterior; torre albarcanas, a las que Ibn al-Jatib no dudaba en catalogar “como pequeñas ciudades”; finalmente, las torres-baluartes situadas en los lugares de conexión de varios lienzos de muralla, cuya complejidad y fortaleza han sido testimoniadas de una manera excelente en una descripción de Alonso de Palencia, sobre uno de los episodios del asedio de Málaga (24 bis).

## 2.2.— Las puertas.

Al formar parte del dispositivo militar de la ciudad, las puertas se encontraban bajo la jurisdicción militar y consecuentemente del poder del alcaide, quien ostentaba en Málaga la tenencia de las mismas. Le correspondía nombrar las guardas de las puertas, poner velas, abrir y cerrar cada día...

El concejo malagueño no cesó de disputarle al alcaide la *tenencia* de las llaves de las puertas de la ciudad. Para ello recurrirían incluso al derecho y los usos imperantes en las ciudades castellanas: “en las otras çibdades comarcanas a esta noble çibdad de Málaga es uso e costunbre que en las tales çibdades tienen los alguaziles dallas las llaves de las puertas de la çibdad para los negocios e casos que se acontece a nasçe, ques, necçesario averse a abrir las puertas o alguna dellas para la gobernaçion e concervaçion de la justiçia. E quando ay corregidor en la tal çibdad pertenesçe al corregidor tener las dichas llaves para que de su mano las tenga su alguazil” (25). Pese a enviarse comisiones del concejo en tal sentido, siempre fue rechazada tal pretensión, de manera que sólo quedaba en un intento del concejo, incluso, del corregidor, por recuperar competencias ciudadanas dentro de las exigencias de la defensa y seguridad de la ciudad. Sólo en los momentos de crisis sanitarias y de brotes de peste, de los que tenemos constancia de algunos de ellos a finales del siglo XV, la autoridad del concejo y el corregidor cobra un protagonismo y asume todas las competencias de entradas y salidas para aislar a la población malagueña de su entorno, reduce el número de puertas abiertas (Granada y las dos del Mar), nombra un capitular para requerir a los guardas y con el encargo de cerrar “las puertas e tiendas e mesón de Arriarán en tañendo la oración e tenga cargo de abrir por la mañana” (25 bis).

Permanecían las cinco puertas de la Málaga musulmana, descritas por Al-Bakri (26), además de otras que fueron abriéndose en los siglos bajomedievales. Tras la conquista de la ciudad una gran parte de las mismas permanecen

cerradas y tapiadas por motivos de seguridad, hasta que en 1492 comienza una nueva etapa en la vida de la muralla que se hace ahora más permeable, al abrirse y ponerse en funcionamiento aquéllas o bien oradando y abriendo de nueva planta otras ante las escasas posibilidades de transformación de las musulmanas. Ese es el origen de la Puerta Nueva abierta en 1493, porque “en las otras puertas ay tan altas y con tantas bueltas las torres y adarves que no se pueden faser como entren carretas” (27).

### 2.3.—Otras fuerzas de la ciudad.

Por la parte meridional de Málaga se encuentra el sector marítimo y portuario de la ciudad, la principal zona de creación de riqueza y al mismo tiempo por donde podría estar más expuesta. Quizá por ello se dio a este lugar la mayor concentración de las fortificaciones malagueñas, que tal como aparecían distribuidas estratégicamente hacía exclamar a Ibn al-Jatib: “Por la parte de la Marina está libre de todo temor” (28).

Entre esas fortalezas, alineadas a lo largo de la costa malagueña, de oriente a occidente, conviene destacar en primer lugar a la Alcazaba (29), auténtica acrópolis o ciudadela fortificada, de la que aún hoy podemos hacernos cargo en su realidad material, ayudados por la imagen de aquel momento que nos transmiten los cronistas de la conquista: “dos muros altos e muy fuertes e una barrera. En estas dos çerca podimos contar fasta treinta e dos torres gruesas e de maravillosa altura e artificio compuestas. E Allende de estas tiene en el çircuito de los muros fasta otras ochenta torres medianas e menores, çercanas unas de otras” (30). Por encima de la Alcazaba, dominando a ésta y a la propia ciudad desde un privilegiado asentamiento montañoso, se levanta el *Castillo de Gibralfaro*, al que los sitiadores cristianos calificaron de “fuerza inexpugnable”, cuya historia arranca ya de finales del siglo XIII y posteriormente reforzado en sus defensas por Yusuf I durante el primer tercio del siglo XIV (31). El sector del levante de la ciudad quedaba completado militarmente por un camino que transcurría entre dos murallas, con trazado quebrado y angular, que servía para conectar la Alcazaba con Gibralfaro, así como por la *coracha*, que era un cinturón amurallado que arrancaba del flanco oriental de la Alcazaba y avanzaba en dirección sur hasta penetrar como espolón en el mar, envolviendo y protegiendo el espacio meridional comprendido entre ambos (32).

Avanzando hacia la zona intermedia de El Arenal o la Marina se encuentra el *Castil de Ginoveses*, “fortaleza con seis torres gruesas e muy altas” (33), cuyo cometido era proteger la ensenada malagueña a manera de avanzadilla o pequeño espolón que la dividía en dos. Finalmente el flanco de poniente de Málaga quedaba resguardado por las *Alarazanas*, edificio naval, taller y almacén de pertrechos militares (34), cuyo aspecto externo y funcional ha sido bien descrito por testimonios de la época (35) y por una abundantísima documentación gráfica (36). Por último, al otro lado del Guadalmedina, se encontraban un baluarte, las *Torres Fonseca*, marcando el final de esta línea defensiva de la ciudad. Estas torres fueron visitadas por Fernando de Zafra, para la seguridad del puerto y de la ciudad de Málaga, ordenando colocar tres velas durante la noche para guardar los barcos, navíos y las casas de esta parte de la ciudad (37).

Este sistema defensivo de la parte meridional de Málaga y de su puerto quedó magníficamente recogido en la breve descripción que hizo J. Muntzer: “habet duos portus clarissimos, quasi duo semicirculi in angulis cum tribus fortissimis turribus” (38).

Por último, tanto el puerto como la zona costera fue defendida por el concejo mediante la *albatoza*, pequeña embarcación con cubierta, de gran rapidez de movimientos. Los RR.CC. ordenaron la devolución de bombardas que se habían sacado de ella para llevarlas a otras plazas fuertes (Almuñécar, Salobreña...), a fin de que retornaran a Málaga para culminar la reparación que de la albatoza hacía el concejo malagueño para defenderse de las incursiones de los corsarios berberiscos (39).

### 2. 4.-Reparación y financiación de las obras de las defensas de la ciudad.

La muralla de Málaga no conoció ninguna transformación sustancial durante la etapa castellana. Salvo la apertura de puertas o eliminación de los edificios adheridos. Los nuevos pobladores y el concejo mostraron un gran interés por mantener y conservar el buen estado material de la cerca musulmana. Su permanencia es debida sobre todo a razones militares y a la vez fiscales y también sanitarias.



Sin embargo, comienza también en esta época el deterioro de la muralla, a juzgar por las numerosas protestas y lamentaciones que se hacen sobre el mal estado y la precariedad material de la misma. Los propios monarcas eran conscientes de esta realidad en 1492: “a nos es fecha relación que las fortalezas y adarves y torres y barreras y otras fuerzas de la dicha çibdad de Málaga están por muchas partes comenzadas a derribar, e que sy no se repara y adoba se caera mucha parte dello, de que a nos se podría seguir deservicio e a la dicha çibdad daño”. Para evitarlo solicitaron un informe sobre el estado material en que se encontraba la muralla, las obras que necesitaba y la financiación que se precisaba para ello (40).

Estas deficiencias lejos de arreglarse terminarían haciéndose endémicas y empeorándose a consecuencia del terremoto que asoló la ciudad en 1494. De nuevo en 1497, los reyes reconocían esta mala situación: “somos informados que los muros e torres de la çibdad de Málaga en muchas partes están caydos e derrocados, asy de lo que derroco nuestra artillería al tiempo que por la gracia de Dios ganamos la dicha çibdad de los moros, como lo que después derribo el terremoto” (41). La muralla en parte derrocada y con peligro constituyó una constante y uno de los temas recurrentes del concejo malagueño ante la Corona, incluso en los primeros años del siglo XVI (42), lo que nos hace pensar también en una socorrida argucia para conseguir de los reyes nuevas y mayores fuentes de financiación para remediar la muralla, cuestión esta que dio buenos resultados para la hacienda local.

El concejo malagueño consiguió disponer de recursos financieros que le permitieron acometer las obras de reparación necesarias para mantener en buen estado de conservación la muralla ciudadana (43). En una decena de años robusteció y afianzó la hacienda local mediante la concesión y mercedes que los RR.CC. hicieron a la ciudad de determinadas rentas cuyo producto supuso una importante fuente de financiación para las obras de la muralla: el diezmo de la cal, teja y ladrillo (44), la renta del acibar (45), los ingresos de las penas de las sentencias (46), reparto de dinero entre los vecinos (47), etc.

La atención prestada por el concejo a la muralla de la ciudad constituía una de las prioridades del gasto público en Málaga. En un primer momento estableció una ordenanza donde se acordaba que un tercio de los ingresos de la ciudad se asignase obligatoriamente a las obras de la muralla (48). Posteriormente, cuando se reordenó la hacienda municipal en 1493 se acordó igualmente establecer un capítulo de gastos para tal fin incluso con una cláusula de reserva en la nueva ordenanza concejil: “y si de alguno de los dichos tercios sobren e quedaren maravedir algunos, que sean para los de los reparos de los muros e se gasten en ellos” (49).

¿Fue real esta preocupación? A través de la serie estadística del gasto público en Málaga (1489-1495), sólo conocemos un único libramiento de 50.000 maravedís destinada arreglar algunos “portillos de los muros” (50). Esto suponía ciertamente una cantidad insuficiente: el 18% del tercio dedicado a equipamiento municipal y apenas el 5% del gasto total del período objeto de estudio (51). Ello motivaba frecuentes llamadas de orden por parte de los propios monarcas (52). Al parecer, con la revuelta morisca (53), se produjo de nuevo un mayor interés concejil por reforzar y arreglar la muralla de la ciudad. Ello mereció el elogio y felicitación de los reyes “sabido avemos que abeis dado çierta horden en el reparo de los muros desa çibdad los pertrechos neçesarios, lo qual ha sido muy bien y asy vos mandamos lo continueys e acabeys, que en ello nos servireys mucho” (54).

Pero, la preocupación y la inquietud por el grado de seguridad de la ciudad y fundamentalmente del principal instrumento de defensa ciudadano, que era la muralla, correspondió ahora a la comunidad, Diego Cabrera, como procurador de la ciudad, “en nombre de la comunidad e universidad desa dicha çibdad”, compareció ante los reyes para pedir que se ordenase al corregidor y concejo reparar la muralla, pues de lo contrario “se esperaba muy mayor daño”. El citado procurador presentó asimismo una previsión de ingresos a los reyes, según la cual, “la renta de esa dicha çudad tyene de propios es asaz e se podrían bien sacar çiento e çinquenta mill maravedis cada año para el dicho reparo de los dichos muros” (55). Por ello, los monarcas una vez más ordenaron al concejo de Málaga que, sacados los gastos ordinarios y necesarios, “todo lo que sobrare de las dichas rentas e propios lo gastad e fased gastar en el reparo de los dichos muros e no en otra cosa alguna fasta tanto que los dichos muros sean reparados” (56).

Pero no sólo fue el mantenimiento y conservación de la muralla el cometido militar del concejo malagueño. Por razones de seguridad las autoridades locales se preocuparon por reforzar el originario trazado de la muralla y su dispositivo militar complementario (cerca, barbacana, foso, torres y baluartes) mediante la limpieza y eliminación de casas adheridas en la cara externa de la muralla, sobre todo en la zona de El Arenal, donde habían proliferado casas, tiendas y cobertizos junto aquélla: “conviene al enoblescimiento e utilidad de la çibdad que se derriben porquel edefiçio dellas es en daño de los muros e de la çibdad e por tienpo podría ser peligrosos a la cibdad” (57).

Esa pretensión por dejar exenta la muralla también se proyectó sobre la cara interna de la misma. El concejo planeó un camino de ronda que circundara paralelamente la muralla por el interior, desembarazado de obstáculos y tapiando con puertas los accesos a los adarves de la muralla (58), según mandamiento dado al obrero Martín de Peñalva.

### 3.—EL SISTEMA DEFENSIVO DE LA TIERRA DE MÁLAGA.

La defensa de la tierra y jurisdicción de Málaga se realizaba mediante una densa red de fortalezas, castillos, atalayas, torres, alquerías y cortijos fortificados situados en el interior del territorio, así como mediante una alineación de elementos defensivos y fundamentalmente de vigilancia a lo largo de la costa malagueña, basada en cuatro fortalezas costeras y nueve torres-atalayas, que forman parte del sistema de alerta y de vigilancia de la costa del antiguo reino de Granada (59).

#### 3.1. Las alcadías de la tierra de Málaga.

Conforme se producía la conquista e incorporación de villas, aldeas y lugares del sector occidental del reino de Granada a la Corona castellana, los RR.CC. ponían al frente de las fortalezas de cada uno de aquellos a hombres de su confianza, miembros de las guardas reales, hombres de armas, de la nobleza, escuderos o continos. Estos *alcaldes* tenían la responsabilidad de guardar la fortaleza y, por lo general, al mismo tiempo eran los jefes de la guarnición militar asentada en la villa o en el lugar (60).

El régimen de tenencias en la tierra de Málaga está dentro de la línea de funcionamiento de las tenencias del Reino de Granada en “los principios teóricos que animan el régimen de tenencias y la utilización práctica de las mismas” (61).

Los alcaldes que ocupan las tenencias de las fortalezas de la tierra de Málaga en 1492 por mandamiento y nombramiento de los reyes católicos son los siguientes (62):

FORTALEZA	TENIENTE/ALCAIDE	LUGARTENIENTE
Fuengirola	Alonso de Mesa	
Mijas	Francisco de Alcaraz	
Benalmádena	Alonso Palmero	
Cártama	Alonso de Cárdenas	Juan de Céspedes y José Fernández de Pareja
Comares	Francisco de Coalla	
Almogía	Mosen Pedro de Santisteban	
Casabonela	Sancho de Rojas	Juan de Navarrete
Álora	Luis de Portocarrero	
Tolox	Sancho de Angulo	
Yunquera	Diego de Barrasa	
Monda	Hurtado de Luna	
Bezmiliana	Fernando de Uncibay	
Málaga: Alcazaba	Garçi Fernández Manrique	Jorge de Zambrana
Málaga: Gibralfaro	Garçi Fernández Manrique	Gonzalo del Castillo
Málaga: Castil de Ginoveses	Garçi Fernández Manrique	

Si bien las ciudades castellanas y andaluzas del Valle del Guadalquivir, la provisión de las tenencias, y la designación de alcaldes de las fortalezas de su jurisdicción era competencia concejil, por el contrario, esto escapaba del control del concejo malagueño. Por ello de una manera constante y continuada, el concejo, a través de los memoriales enviados a la Corte, denunciaban este hecho y pedían a los reyes les concediesen la competencia de la jurisdicción militar de las alcadías de su tierra: “Yten suplicamos a vuestras altezas que las fortalezas de la tierra desta çibdad se les den como las tiene Sevilla” (63). Incluso, el propio corregidor JAS intercedería ante los reyes en tal sentido: “el regimiento acordó de suplicar a vuestra alteza les mandase dar que las toviessen como la çibdad que vuestras altezas mandaren e declarasen. Es muy cierto que eligiendo e nombrando criado de vuestras altezas de los vesynos, tales que a

su servicio cumpliesen para la guarda e pacificación de la tierra, abastaria e a grand parte se podría aliviar la costa de la guarda de las dichas fortalezas" (64).

En cualquier caso, la respuesta de los reyes fue siempre negativa, y en cierta medida contradictoria con su política de trasladar a Málaga el modelo de gobierno y administración de la ciudad de Sevilla (*fuero y ordenamiento municipal*). Esta ciudad mantenía muchos castillos de la comarca de la sierra y de la Campiña, en unos casos mediante vecinos de las villas o lugares de la tierra sevillana y en otros casos los propios regidores del concejo sevillano (65). ¿Qué motivos habría para negarlo? Posiblemente hay que ver en esta actitud de la Corona un capítulo más de su política pronobiliaria y, con buena lógica, hay que comprender la utilización que hacen los monarcas de las citadas tenencias de las fortalezas malagueñas como una merced para favorecer a un grupo social privilegiado de la ciudad, dentro de los primeros pasos de señorialización de la sociedad asentada en estas tierras recientemente conquistadas (66).

Esto resulta más evidente cuando se examinan las listas de los beneficiarios de las mercedes regias por las que recibían las tenencias de las alcaldías de la tierra malagueña. En primer lugar destacan la nobleza, como D. Alonso de Cárdenas, gobernador del maestrazgo de la Orden de Santiago; Garcí Fernández Manrique o su hijo D. Íñigo Manrique; Luis de Portocarrero, señor de Palma; el maestresala Sancho de Rojas, hijo del Conde de Cabra... En segundo lugar, los funcionarios y criados de los reyes y capitanes de la tropa, como Francisco Alcaraz, Francisco Coalla, Hurtado de Luna, Mosen Pedro de Santisteban y Fernando de Uncibay. Por último, algunos miembros de la minoría local, presente en el concejo, como Alonso de Mesa, Juan de Navarrete, Sancho de Angulo, Juan Fernández de Pareja, Jorge de Zambrana... todos ellos regidores, y Alonso de Palmero, escribano público del número de la ciudad (67).

Hay una acaparación de cargos por esta minoría local tanto del gobierno de la ciudad, como de las tenencias de las alcaldías de Málaga y su tierra, no sólo por un mayor encumbramiento político, sino también por la contraprestación que acarrea el disfrute de aquellas tenencias, utilizadas por los monarcas para pagar "favores, préstamos o servicios efectuados durante la guerra, o antes de ella, por los titulares de las tenencias" (68). El valor de las tenencias de la tierra malagueña es el siguiente (69):

<u>FORTALEZA</u>	<u>1488-1491</u>	<u>1492</u>	<u>1495</u>	<u>1498</u>
Málaga	400.000	400.000	400.000	
Fuengirola	100.000	100.000	125.000	66.600
Mijas				
Benalmádena		30.000	30.000	30.000
Cártama	100.000	100.000	125.000	66.600
Comares	200.000	150.000	87.500	100.000
Almogía	70.000	70.000	95.000	40.000
Casarabonela	150.000	150.000	187.500	100.000
Álora	100.000	100.000	125.000	66.600
Tolox	30.000	30.000	30.000	6.600
Yunquera	30.000	30.000	37.500	6.600
Monda	60.000	60.000	37.500	6.600

Las tenencias de alcaldías fueron objeto de determinadas obligaciones de acuerdo con la "antigua costumbre de España" regulada en las Partidas (70), como es la de residir en ella, poner velas y guardas, reparar los muros... A finales del siglo XV, la propia consideración de "honor" y merced regia de la tenencia hace que salvo contadas excepciones, como la de Málaga, los tenentes no residan en ellas. En unos casos, haciendo uso de lo dispuesto en la Partidas, nombraran lugarestenientes, como así ocurrió en Cártama o en Casarabonela; en otros, al existir varias fortalezas encuadradas dentro de una misma tenencia, habría alcaldes auxiliares, como ocurrió con la Alcazaba y Gibralfaro en Málaga. Excepcionalmente, los reyes obligarían a los alcaldes a residir permanentemente, como sucede en las fortalezas costeras de Mijas, Fuengirola, Benalmádena y Bezmiliana, sobre todo en unos momentos de recrudescimiento de la actividad pirática y ante la preocupación del concejo malagueño (71), aunque su cumplimiento fuera dudoso.

La concesión de las tenencias por los reyes tenían una duración sujeta a voluntad real, como un cargo ciertamente funcional. En cualquier caso, si observamos la trayectoria de cada una de ellas vemos como terminan convirtiéndose en vitalicias y hereditarias (72):

- Sancho de Angulo transmite Tolox en 1494 a su hijo Álvaro Angulo.
- Pedro de Santisteban transmite Almogía en 1504 a su hijo Fernando Santisteban.
- Garci Fernández Manrique transmite Málaga en 1496 a su hijo D. Íñigo Manrique.
- Sancho de Rojas transmite Casarabonela en 1507 a su hijo Juan de Córdoba.
- Francisco de Coalla transmite Comares en 1512 a su hijo Gabriel de Coalla.
- Alonso Palmero transmite Benalmádena (?) a su hijo Melchor Palmero.

En algunas de ellas, ya se contemplaba este carácter vitalicio o por varias vidas, como ocurrió en Bezmiliana, cuya tenencia le fue otorgada a Fernando de Uncibay “por todos los días de su vida e de otras dos vidas quales el mostrare e señalarle por su testamento”; o en Benalmádena, donde Alonso Palmero la recibe por su vida y la de un hijo o yerno (73).

### 3.2.— Atalayas, torres, alquerías y cortijos fortificados.

Por la información realizada por Serrano (74) se alcanza a conocer la densa y estirada red de torres y pequeños núcleos rurales fortificados que constituyen el segundo plano de la defensa y vigilancia de la tierra de Málaga, con cerca de cuatro decenas de elementos de fortificación. Su distribución geográfica por comarcas de la tierra sería la siguiente:

AXARQUÍA: Torres de las alquerías de Berlanga, Xarasmín, Macharamanzil, Macharaviaya, Granadilla, El Borge, Cútar, Yuncares, Olías, Totalán, Moclinejo, Benaque, Simientes y Galica.

GARBIA/HOYA: Torres de la muralla de Alozaina, casa-fuerte de Alhaurín, alquerías de Guaro, Campanillas, Pupiana, Osunilla, Pereila y Jubrique.

COSTA: Torres-atalayas de Chilches, Benagalbón, torre de los Molinos, Torre Bermeja, Torre Quebrada, Torre Blanca, Cala del Moral.

A finales del s. XV, en 1492 (75) y en 1498 (76), este dispositivo militar, en gran parte heredero de la etapa musulmana anterior, se modificaría y remodelaría por razones presupuestarias en unos casos, por razones estratégicas en otros y por razones internas del propio entorno social de esas fortificaciones.

En el citado Informe de Serrano, se proponía los reyes una reestructuración de este aparato militar. Por una parte se planteaba su desmantelamiento o derribo de algunas de esas torres o núcleos fortificados: JAS proponía derribar 21 de las 30 torres que existían en la tierra de Málaga; a lo que los RR.CC. respondieron aprobando la demolición de sólo 10 torres (Osunilla, Alozaina, Pupiana, Juncares, Totalán, Moclinejo, Macharamanzil, Benaque, Macharaviaya, Granadilla), quedando en situación dudosa El Borge, Cútar y Olías, que la poseía el escribano Lope de Talavera por merced real, dado que “sy mora en ella, este por agora; y sy non que se haga como las otras que paresçe” (77).

Por otra parte, en el Informe también se proponía la reconstrucción y reparación de algunas de esas torres, sobre todo de aquellas que se encontraban dentro del sistema de vigilancia de la costa, la mayoría torres vigías del antiguo dispositivo de alerta nazarí, salvo la torre de la Cala del Moral, “que es de aquel cabo de la Fuentgirola en lo de Málaga que confina con Marbella, junto a la costa”, donde Francisco de Alcaraz pensaba construir una torre bien encomendada por JAS, porque “aquella conplia mucho faserse para el servicio de vuestras altezas, porque aviendo alli aquella torre e xavegas e gente... estaría la costa más segura e quando acaesçiese venir barcos podriase socorrer e remediar” (78).

Al igual que ocurría con las tenencias de las alcaldías de la tierra, también estas torres y núcleos fortificados fueron objeto de mercedes regias por parte de los RR.CC. y en otros casos fueron objeto de apropiación por sus titulares. Una de las motivaciones para llevar a cabo el desmantelamiento de una gran parte de esas fortalezas era, como señalaba el secretario Fernando de Zafra evitar un peligro y provocación constante que sólo servía para “dar fuerça e vilanteça para errar a los enemigos” (79). Otras razones sería evitar la señorialización que a partir de ellas podrían producirse como ya señalaba el concejo malagueño en una de sus cartas de queja enviadas a los RR.CC. por conceder estas torres en merced a particulares y por enajenar esta “fuerças” de la autoridad concejil:

1.º—La categoría de muchas de estas torres, que, dada su capacidad militar, merecían como condición indispensable para poderse donar, la prestación de homenaje.

2.º—La localización de éstas en sitios estratégicos o bien en medio de los heredamientos y alquerías pobladas por mudéjares y cristianos, con los que se estaba dando ocasión a la señorialización de estas torres, con el consiguiente peligro tanto de disputas entre sus dueños y los pobladores de la zona, como de amenaza para la propia ciudad.

3.º—La probabilidad, en tiempo de revueltas —citándose como ejemplo los acontecimientos que tuvieron lugar durante el reinado de Enrique IV— de que el dueño o señor de cada una de estas torres las convirtiesen en auténticas fortalezas, imponiendo su ley y bandería a la ciudad.

4.º—La amenaza señorial que se cernía sobre Málaga, que se vería fácilmente enajenada en caso de producirse una alianza entre la nobleza de la ciudad y los señores de las torres.

## CONCLUSIONES:

1. El modelo de organización militar que adoptó la ciudad de Málaga, tanto en el ámbito estrictamente urbano como de la jurisdicción de su territorio, pretendía repetir el esquema de funcionamiento de las ciudades andaluzas durante la Baja Edad Media, de igual manera que había trasladado el régimen concejil por mandamiento de los Reyes Católicos, “segund lo faza e puede fazer de derecho la çibdad de Sevilla”.

2. Pese a los reiterados esfuerzos de la incipiente oligarquía urbana (regidores, jurados y capitulares en general), el concejo de Málaga se constituyó y desarrolló con unas competencias militares disminuidas, incluso restringidas en beneficio del corregidor o del alcaide y capitán de la ciudad o de los alcaldes de las fortalezas del territorio, todos ellos de nombramiento real. El concejo compartiría con el corregidor determinados cometidos, como la formación y convocatoria de las milicias concejiles, así como la seguridad y defensa de la ciudad y su tierra.

3. En esas competencias compartidas, los responsables concejiles prestaron especial interés al dispositivo militar de la ciudad de Málaga (su muralla, puerto y marina y otras “fuerças”), tanto en su organización, como en sus intentos por mantenerlo en las mejores condiciones materiales, y, para ello, conseguir los medios y fuentes de financiación suficientes y necesarios, bien de la Corona o bien del vecindario. El gasto municipal muestra una preocupación real por atender las obras de reparación y conservación de la principal defensa ciudadana, la muralla, aún siendo insuficientes.

4. Pero, al mismo tiempo que se asiste a una decadencia y disminución de importancia de este dispositivo de seguridad y defensa eminentemente ciudadano, se produce un reforzamiento de algunos de esos elementos, sobre todo de las fortalezas, torres, casas fuertes y atalayas de la tierra malagueña.

5. Este cambio fundamental del aparato militar malagueño hay que atribuirlo por una parte a una nueva dimensión militar de algunos de esos elementos que van a constituir las bases del nuevo sistema de alerta y vigilancia de la costa de lo que fue el reino de Granada, ante la nueva realidad geopolítica que se abre en el cambio de siglo como frontera del mar de Alborán.

6. Por otra parte, ese cambio también hay que relacionarlo con el entorno social de ese aparato militar de la tierra malagueña. Se consolida una señorialización de las fortalezas, casas fuertes, torres... por iniciativa y acaparamiento de sus tenentes o por concesión y voluntad de los propios monarcas, pese a las advertencias en estos casos del concejo y corregidor malagueños. Desde aquéllas les resultaría fácil extender a cada propietario, tenente o señor de algunas de aquellas fortificaciones su poder e influencia sobre las propiedades y territorios más cercanos, con el intento de “rendondearlos” o acapararlos, siendo en muchos casos el inicio y fundamento de los futuros señoríos. Cuando no ya una amenaza señorial cada vez más real que ceñía a la ciudad, de la que se producirían algunos conatos en los siguientes años.

## N O T A S

- (1) 1488, junio, 6. Murcia. Inserto en sobrecarta fechada en Granada el 25 de junio de 1501. Pub. MORALES GARCÍA-GOYENA, L.: *Documentos históricos de Málaga*. Granada 1906-1907, II, pp. 116-123.
- (2) RUIZ POVEDANO, J. M.: *El primer Gobierno Municipal de Málaga (1489-1495)*. Granada 1991.
- (3) "Espacios" en *El Mediterráneo*, obra dirigida por F. Braudel. Madrid 1989, pág. 138.
- (4) LÓPEZ DE COCA, J. E.: *La tierra de Málaga a fines del siglo XV*. Granada 1977.
- (5) ALCOCER MARTÍNEZ, Mariano: *Castillos y fortalezas del antiguo Reino de Granada*. Tanger 1941. LADERO QUESADA, M. A.: *Castilla y la conquista del Reino de Granada*. Valladolid 1967. Ibidem *La defensa de Granada a raíz de la conquista. Comienzos de un problema*. En "Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos", XVI-XVII, 1967-1968, fasc. 1. pp. 7-46.
- (6) GAMIR SANDOVAL, A.: *Organización de la defensa de la costa en el reino de Granada desde su reconquista hasta fines del siglo XVI*. Granada 1947; LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E.: *Financiación mudéjar del sistema de vigilancia costera en el reino de Granada (1492-1501)*. En "Historia, Instituciones. Documentos", 3, 1976, pp. 397-415; RUIZ POVEDANO, J. M.: *Problemas en torno a la reestructuración del aparato militar defensivo en el Occidente granadino a fines del siglo XV*. En "Baetica", 2, 1979, pp. 225-249; VERA DELGADO, Ana M.: *La última frontera medieval: la defensa costera en el obispado de Málaga en tiempos de los Reyes Católicos*. Málaga (1986).
- (7) LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E.: *Tenencias de fortalezas en el reino de Granada en época de los Reyes Católicos (1492-1516)*. En "Homenaje al Profesor Juan Torres Fontes", Murcia 1987, pp. 925-948.
- (8) CRESSIER, P.: *Le Chateau et la division territoriale dans l'Alpujarra medievale: su hisn a la ta`a*. En "Melanges de la Casa de Velázquez", XX, 1984, pp. 115-144. FERNÁNDEZ LÓPEZ, S.: *La fortaleza y la ta`a de Benomiz*. En "Andalucía en el tránsito a la Modernidad", Málaga 1991, pp. 41-53.
- (8 bis) LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E.: *Esclavos, alfaqueques y mercaderes en la frontera del mar de Alborán (1490-1516)*. En "Hispania", XXXVIII, 1978, pp. 275-300.
- (9) RUIZ POVEDANO, J. M.: *El primer Gobierno...*, pp. 136-139 y 146-147.
- (10) 1492, julio 20. Archivo Municipal de Málaga (AMM), Libro de Actas Capitulares (LAC), I, fol. 172 v.
- (11) RUIZ POVEDANO, J. M.: *El primer Gobierno...*, pp. 164-165 y notas 209-211.
- (12) Ibid., pág. 81.
- (13) 1489, agosto 28, viernes. AMM, LAC, I, fol. 12r.
- (14) 1492, junio 28, jueves. Ibid. fol. 168 r.
- (15) TORRES BALBAS, L.: *Estructura de las ciudades hispanomusulmanas: la medina, los arrabales y los barrios*. En "Al-Andalus", XVIII, 1953, pp. 149-177, en concreto pág. 159.
- (16) TORRES BALBAS, L.: *Extensión y demografía de las ciudades hispanomusulmanas*. En "Studia Islámica", III, 1955, pp. 35-59.
- (17) Ciudades hispanomusulmanas. Madrid, s.a. II, pág. 533.
- (18) En la Crónica de los *Muluk al-tawa`if* consta que el hermano y sucesor de Idris I, Hasan al-Mustansir (1040-1042) fortificó Málaga. Cf. DOZY, R.: *Histoire des Musulmans d'Espagne*. Leiden 1932, III, pág. 216.
- (19) "La ciudad esta ceñida por la muralla, por los puentes y el foso. Sus torres albarranas son como pequeñas ciudades por su distribución y por sus puertas cubiertas de adornos, que atestiguan la pericia de sus constructores y la energía de sus gobernadores y príncipes. Parece que se ha revestido de la aurora como una túnica o que de bella y hermosa que resulta, se ha sumergido en el río del alba. Por la parte de la marina está libre de todo temor, y por el lado de la tierra la guarecen el foso y los baluartes. Los ojos no encuentran en ella punto vulnerable, ni brecha por la que se pueda subir a los dos arrabales, cada uno de los cuales es una ciudad perfecta, como dama que se pavonea entre los adornos de sus encantos". Cit. SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.: *La España musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales*. Madrid 4/1974, II, pp. 525-531, concretamente pág. 526.
- (20) "La cibdad de Málaga según nos pareció es puesta casi en fin de la mar de Levante a la entrada del mar de Poniente, e cerca del Estrecho de Gibraltar que parte la tierra de España con la tierra de África. Está asentada en un lugar llano al pie de una cuesta grande e cercada de un muro redondo, fortalecido de muchas torres gruesas e cercanas unas de otras. E tiene una barrera alta e fuerte, donde ensimismo hay muchas torres. E al cabo de la cibdad e al comienzo de la subida de la cuesta esta fundado un Alcázar que se dice el Alcázaba, cercado con dos muros muy altos e fuertes e una barrera. En estas dos cercas podimos contar fasta treinta e dos torres gruesas e de maravillosa altura e artificio compuestas. E allende de estas, tiene el circuito fasta ochenta torres medianas e menores, cercanas unas de otras. De este Alcázar sale como una calle cercada de dos muros, y entre muro y muro podrá haber seis pasos en ancho: y esta calle con los dos muros que la guardan sale subiendo la cuesta arriba fasta llegar a la cumbre donde esta fundado un castillo que se llama Gibralfáro". PULGAR, II.: *Crónica de los Reyes Católicos Don Fernando e Doña Isabel*. En "Crónica de los Reyes de Castilla", BAE, LXX, Madrid 1953, pág. 455.
- (21) *Planos comparativos de la ciudad de Málaga en 1490 - 1750 - 1880 y Málaga del Porvenir*. Colección dedicada por el Excmo. Ayuntamiento Constitucional de Málaga, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros y ejecutada por D. Emilio de la Cerdá. Málaga 1980.

- (22) Ibid., pág. 14.
- (23) *Málaga musulmana*. Málaga 1880; reimp. facsímil realizada por la Excm. Diputación Provincial en 1980, pp. 475-480.
- (24) Ibid., pág. 481.
- (24 bis) *Guerra de Granada*. Trad. de A. Paz y Meliá. Madrid 1909, pág. 184.
- (25) 1492, junio 28, jueves. AMM, LAC, I, fols. 168v.
- (25 bis) 1494, abril 28, lunes. Ibid., I, fols. 276 v. - 277 r.
- (26) Por el NE Bab-Funtanalla; por el N. Bad al-Jauja; por el W. Bad al-Wadi y por el S. dos puertas que comunicaban la ciudad con el mar. Cf. LEVI-PROVENÇAL, E.: *Le Peninsule Iberique au Moyen-Age d'apres le Kitab ar-rauud al-mitar fi habar al-akbar d'ibn Abd al-Munim al-Himyari*. Leyden 1938, pág. 214.
- (27) AMM, LAC, I, fols. 299 r. y 301 r. y v.
- (28) Ut supra nota 19.
- (29) Los mejores estudios sobre ella se deben a L. TORRES BALBAS: *Excavaciones y obras en la Alcazaba de Málaga*. En "Al-Andalus", IX, 1944, pp. 173-190; *La Alcazaba y la Catedral de Málaga*. Madrid 1960; *El barrio de casas de la Alcazaba malagueña*. En "Al-Andalus", X, 1945.
- (30) PULGAR, H. del: Crónica, pág. 455.
- (31) Según F. J. SIMONET no sería aventurado colegir, siguiendo de cerca el pasaje del parangón de Ibn al-Jatib, "que el rey de Granada, Yusuf no sólo reparó con grandes obras de fortificación el antiguo castillo de Gibralfaro, sino que fundó en él algún suntuoso alcázar". *Adiciones a la Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los naseritas sacada de los autores árabes y seguida de un texto inédito de Mohammed ibn Aljatib*. Madrid 1860, pág. 209.
- (32) TORRES BALBAS, L.: *Ciudades Hispanomusulmanas*, II, pp. 536-542; RICARD, R.: *Courça et coracha*. En "Al-Andalus", XIX, 1954, pp. 149-172; GOZALBES CRAVIOTO, C.: *Las corachas hispanomusulmanas de Málaga*, En "Jábega", 34, 1981, pp. 61-70.
- (33) PULGAR, H. del: Crónica, pág. 455.
- (34) TORRES BALBAS, L.: *Atarazanas hispanomusulmanas*. En "Al-Andalus", XI, pág. 195.
- (35) GUTIÉRREZ DÍEZ DE GAMES, *El Victorial. Crónica de D. Pero Niño, Conde de Buelna*. Madrid 1782, pp. 53-54; PULGAR, H. del: *Crónica*, pág. 455; MUNTZER, J.: *Itinerarium hispanicum... 1494-1495*. Ed. de L. PFANDL, pub. en Nueva York-París en 1920. La versión del latín y noticias preliminares y notas son de J. Puyol. Madrid 1924, concretamente pág. 69.
- (36) Plano del Real Edificio de las Atarazanas, del 20 de abril de 1773, que fue recogido y publicado en una reducción sin escala de M. Rivera por F. GUILLÉN ROBLES en *Málaga Musulmana*, pág. 525. O también el Plano del Cuartel de Atarazanas, levantado por D. José Álvarez en 1857. Además de numerosos dibujos y panorámicas realizados por G. Braum y F. Hogenberg en su *Civitalis Orbis Terrarum...*; o por F. Carter en *A Journey from Gibraltar to Málaga* (Londres 1777, II, pág. 172).
- (37) AMM, *Colección de Originales (CO)*, II, fol. 303r.; y *Libro de Provisiones (LP)*, III, fols. 71 r.-72 r. Pub. MORALES GARCÍA-GOYENA, L.: *Documentos*, II, pp. 237-239.
- (38) *Itinerarium*, pág. 69.
- (39) RUIZ POVEDANO, J. M.ª: *El dispositivo militar de la ciudad de Málaga en la época de los Reyes Católicos*. En "Jábega", 23, 1978, pp. 24-37, pág. 27 y notas 23 y 24.
- (40) 1492, febrero 25. Santa Fe. Archivo General de Simancas (AGS), *Registro General del Sello (RGS)*, febrero-1492, fol. 246.
- (41) 1497, junio 20. Burgos. AMM, CO, I, fol. 278 r.
- (42) 1505, marzo 13. Toro AMM, CO, III, fol. 5 r. Pub. RUIZ POVEDANO, J. M.ª: *El dispositivo*, Apéndice Documental núm. 6.
- (43) Ibid., pp. 29-31; *El Primer Gobierno*, pp. 348-352, 356-358 y 368-371.
- (44) 1487, octubre 14. AMM, LP, VIII, fol. 71 r. Pub. RUIZ POVEDANO, J. M.ª: *El dispositivo*, Apéndice Documental núm. 1. Esta renta tuvo serios reveses e inconvenientes en su aplicación y gestión, siendo finalmente asignada exclusivamente a la reparación de la Alcazaba, según una RP de los Reyes Católicos, fechada en Granada el 24 de enero de 1501. AMM, LP, VIII, fols. 72 r.-73 v. Pub. RUIZ POVEDANO, J. M.ª: *El dispositivo*, Apéndice Documental núm. 4.
- (45) Valorada en 10.000 maravedís. Esta renta fue reiteradamente solicitada por el concejo de los monarcas y siempre denegada por éstos. Finalmente los Reyes Católicos se le concedieron a la ciudad de Málaga por merced fechada en Burgos el 20 de junio de 1497. AMM, CO, I, fol. 278 r. Pub. MORALES GARCÍA-GOYENA, L.: *Documentos*, I, pp. 171-175.
- (46) RUIZ POVEDANO, J. M.ª: *El dispositivo*, pág. 34, notas 51 y 52.
- (47) 1500, agosto 28. Granada. AMM, CO, II, fol. 92 r. Pub. MORALES GARCÍA-GOYENA, L.: *Documentos*, II, pp. 43-44.
- (48) 1492, agosto 17, viernes. AMM, LAC, I, fol. 177 v.
- (49) 1493, agosto 31. Ibid., I, fol. 239 r.
- (50) 1490, agosto 30. Ibid., fols. 55 r. y v.

- (51) Cf. RUIZ POVEDANO, J. M.<sup>a</sup>: *El primer Gobierno*, pp. 417-422, concretamente en el cap. 11.º estudia el gasto público municipal y dentro del mismo un apartado concreto referido a la estructura del gasto por 2 tercios".
- (52) 1494, abril 30. Medina del Campo. AMM, CO, I, fol. 178 r. Pub. MORALES GARCÍA-GOYENA, L.: *Documentos*, XI, p. 104.
- (53) "Al tienpo del levantamiento de los moros de las Alpuxarras, porque en los muros desa çibdad estavan algunos portyllos e algunas torres derribadas fasta el suelo, distes horden, como para el reparo dello, cada uno de los vesinos e moradores desa çibdad diese un peon e que esa dicha çibdad de sus propios pusiese los materiales e maestros que para ello fuese menester". 1500, agosto 28. Granada. AMM, CO, II, fol. 92 r. Pub. MORALES GARCÍA-GOYENA, L.: *Documentos*, II, pp. 43-44.
- (54) 1500, marzo 27. Sevilla. AMM, CO, II, fol. 63 r. *Ibid.*, II, pág. 20.
- (55) Esto hay que relacionarlo con la contribución extraordinaria que se estableció por el corregidor y el concejo a todos los vecinos de Málaga, al parecer contrarios a la misma, como cabe deducir por la relación que hacen ante los monarcas: "los vesinos e moradores de la parroquia de Santa María e algunos otros... quedaron por conplir, de manera que çeso la dicha obra". No obstante, los Reyes Católicos respaldaron a las autoridades malagueñas y autorizaron ese reparto extraordinario y obligaron a pagarlo a todos los vecinos. Vid. nota 53.
- (56) 1500, agosto 28. Granada. AMM, CO, II, fol. 89 r. Pub. MORALES GARCÍA-GOYENA, L.: *Documentos*, II, pp. 41-42.
- (57) 1491, noviembre 28, lunes. AMM, LAC, I, fols. 139 v. - 140 r.
- (58) 1492, abril 4, miércoles. *Ibid.*, fols. 151 v. - 152 r.
- (59) Cf. al respecto las referencias bibliográficas de las notas 5 y 6.
- (60) Sobre el régimen de tenencias puede consultarse la citada obra de ALCOCER MARTÍNEZ, M.: *Castillos y fortalezas*; y también la obra de PAZ Y ESPEJO, J.: *Castillos y fortalezas del reino. Noticias de su estado y de sus alcaldes durante los siglos XV y XVI*. En "Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos", XXVI, 1911, pp. 251-267 y 443-469; XXVII, 1912, pp. 396-475. Recientemente, con un enfoque renovador, el tema ha sido abordado para el ámbito del reino granadino por J. E. LÓPEZ DE COCA CASTAÑER (*ut supra* nota 7).
- (61) *Ibid.*, pág. 927.
- (62) RUIZ POVEDANO, J. M.<sup>a</sup>: *Problemas*, pág. 239 y cuadro I.
- (63) 1491, febrero 15. AMM, LAC, I, fol. 73 r.
- (64) 1492, septiembre 27. *Ibid.*, fols. 197 r. - 199 r. Pub. RUIZ POVEDANO, J. M.<sup>a</sup>: *Problemas*, pp. 245-249, en concreto pág. 248.
- (65) Cf. COLLANTES DE TERÁN, F.: *Los castillos del reino de Sevilla*. En "Archivo Hispalense", XVIII, 1953, pp. 117-185; LADERO QUESADA, M. A.: *Historia de Sevilla. II la ciudad medieval*. Sevilla 1976, pp. 145-146.
- (66) RUIZ POVEDANO, J. M.<sup>a</sup>: *Problemas*, pág. 229. Igual fenómeno ha sido señalado en la ciudad de Granada por PEINADO SANTAELLA, R.: *La oligarquía granadina y las cortes de Castilla: el Memorial de 1510*. En "Cuadernos de Estudios Medievales", X-XI, 1983. Para el resto del territorio granadino también ha sido puesto de manifiesto por LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E.: *Tenencias*, pág. 441-444.
- (67) Cf. RUIZ POVEDANO, J. M.<sup>a</sup>: *Poder y sociedad en Málaga: la formación de la oligarquía ciudadana a fines del siglo XV*. Málaga 1989.
- (68) LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E.: *La tierra*, pág. 134.
- (69) RUIZ POVEDANO, J. M.<sup>a</sup>: *Problemas*, pág. 239 y Cuadro II.
- (70) Cf. LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E.: *Tenencias*, pp. 933-935.
- (71) *Ibid.*, pág. 938.
- (72) *Ibid.*, pág. 947, quien plantea en un cuadro-apéndice (núm. 4) la transmisión y tenencia de fortalezas granadinas (1492-1516).
- (73) *Ibid.*, pp. 933-934.
- (74) Información que le fue encargada por los reyes para inspeccionar las torres de la tierra y jurisdicción malagueña, significándole que le hicieran relación detallada sobre "las dichas torres e que tales e tan fuertes son e que personas son las que las tienen e con que títulos e quales de las dichas torres cunplen e son menester de se derrocar". Los resultados de esa investigación realizada por Serrano y el texto de la misma han sido publicados por RUIZ POVEDANO, J. M.<sup>a</sup>: *Problemas*, pp. 245-249, en apéndice documental.
- (75) *Ibid.*, pág. 233-238.
- (76) LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E.: *La tierra*, pág. 136; LADERO QUESADA, M. A.: *La defensa de Granada*, pág. 14.
- (77) RUIZ POVEDANO, J. M.<sup>a</sup>: *Problemas*, pp. 234-235.
- (78) *Ibid.*, pp. 248-249.
- (79) *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*. Madrid 1946-..., LI, pág. 85.
- (80) 1491, febrero 28. Málaga. AMM, LAC, I, fols. 78 v. - 79 r.



V  
PONENCIA



## LAS GUERRAS Y SU TÉCNICA EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO

Miguel Alonso Baquer  
General Secretario Permanente del  
Instituto Español de Estudios Estratégicos

Durante las décadas inmediatas a la hora del Descubrimiento de América la técnica militar sufrió unos espectaculares cambios que tuvieron una triple vinculación. Conviene caer en la cuenta de la profunda coherencia entre las consecuencias de una innovación tecnológica, —la generalización de las armas de fuego—; de un salto cultural —la recepción de la mentalidad del Renacimiento— y de un fenómeno político, —la irrupción del Estado Moderno.

A la triple vinculación de la entrada de los ejércitos en la era moderna con la técnica, la cultura y la política, en el caso de los Reinos cristianos acogidos al Gobierno de los Reyes Católicos, se añade una peculiar circunstancia cargada de significación. Me refiero al proceso inexorablemente abierto hacia la unidad de las Españas que contemplan, mejor aún que los españoles, todos los pueblos de su contorno europeo.

No importa que la efeméride de la unidad, unos españoles la celebren con ocasión de la batalla del primero de marzo de 1476 en torno a Toro, cuando el todavía Príncipe D. Fernando ratificó con su victoria sobre las huestes de Alfonso V de Portugal a su esposa Isabel como Reina de Castilla; que otros —los más numerosos—, la centren en la reconquista de Granada el dos de enero de 1492 y que algunos —los más escrupulosos—, esperen hasta el año 1512 para ratificar que sólo con la adhesión de Navarra a los destinos castellanos fue completada la unidad de lo que llamamos España. Lo decisivo para la historia europea será la coherencia interna de los tres episodios en orden a la progresiva superación de las barreras entre los dos reinos entonces mejor ayuntados de la Península Ibérica, el de Castilla y el de Aragón.

La coherencia interna de los episodios militares de Toro (1476), de Granada (1492) y de Pamplona (1512) fue tanto técnica, como cultural y política. Los ejércitos que actúan en ellos progresan, paso a paso, en el empleo inteligente de las armas de fuego. Sus capitanes se saben cada jornada más evidentemente hombres del Renacimiento y el conjunto de los soldados —de caballería, de artillería y de infantería, como se empieza a decir—, se van sintiendo súbditos de un nuevo Estado al que desde Italia se le llamará muy pronto, en singular, España, es decir, la patria de unos hombres concretos, los españoles.

Se trataba de unos ejércitos —nada diremos de las armadas o flotas afectadas también por un cambio análogo— que coordinan mucho mejor que antaño los conceptos ya aludidos de *caballería*, *artillería* e *infantería*. Y se citan por este orden para dejar claro que en los años de Fernando y de Isabel *caballería* era una palabra muy antigua, *artillería* una palabra casi nueva y finalmente, *infantería*, una palabra absolutamente nueva.

Nada tiene de extraño que los medievalistas se ocupen de destacar en lo militar lo insólito del fenómeno más llamativo entre los tres que llamaron a las puertas del Renacimiento: la modernización de la caballería, el perfeccionamiento de la artillería y la irrupción de la infantería. La infantería es lo radicalmente nuevo. Una infantería mixta de arcabuceros, rodeleros y piqueros salta al primer plano de la atención de los estudios de la historia militar, precisamente por su contraste con el peonaje de la Edad Media acogido al rótulo impreciso de mesnadas.

Ahora bien, cuando el historiador incorpora lo técnico al análisis de la realidad social, de ninguna manera puede prescindir de los otros dos fenómenos. El fuego —la pólvora— hace de la artillería, es decir, del cañón un objeto prioritario y el movimiento —el caballo—, lleva a la caballería también la posibilidad del empleo disciplinado de las armas de fuego.

De hecho —y ésta es nuestra primera conclusión—, el cambio tecnológico, el de la generalización de las armas de fuego, afectó en el mismo grado a las tres armas clásicas —a los combatientes de *a pie*, a los hombres *a caballo* y a los servidores de los artefactos de tiro *sobre ruedas*—. La clave del decisivo cambio tecnológico del Renacimiento no estuvo en una u otra de las tres armas sino en la acertada combinación de los avances en las tres de modo casi simultáneo.

## 1.—El silencio, el orden y la disciplina.

Lo radicalmente nuevo era la irrupción de la infantería. Y no porque hasta el siglo XV no hubieran combatido los hombres a pie. Los ejércitos greco-romanos de Tebas, Esparta, Atenas, Macedonia y Roma estaban substancialmente formados por gentes que hoy llamaríamos infantes. Pero a finales del siglo XV el tipo de soldados (o combatientes) que empieza a ser importante, salta casi de súbito desde una posición irrelevante a un lugar en el conjunto de los nuevos ejércitos renacentistas que parece principal. Esta nueva cualidad era, precisamente, la que se le había venido negando durante un milenio a los peones.

Tanto es así que los medievalistas —los grandes medievalistas españoles sobre todo—, rehuyen el empleo de la palabra «infante» y ponen en su lugar el insustancial concepto de «peón» o «peatón». Del papel auxiliar e irrelevante de los peones se pasa, en muy pocos años, a la conversión de la infantería en núcleo fundamental del orden de batalla. Hoy diríamos, que pasa a ser el arma principal, aunque deberíamos limitarnos a dejarnos seducir por el romanticismo para exclamar que la infantería se convirtió en la reina de las batallas sin demérito de que el cañón sea el rey y la caballería —mejor dicho, el caballo—, sea el sostén de las aristocracias o minorías selectas más distinguidas durante la larga época de las guerras señoriales que permaneció sin ser clausurada hasta los preliminares mismos de la Revolución Francesa de 1789.

La elección de un vocablo tan original como «infante» para denominar al moderno combatiente pie a tierra merece un comentario. Infante es aquel que todavía no sabe hablar —el niño—, o no tiene derecho a hacerlo. Infantes serán para la Casa Real los hijos del Rey hasta sus últimos días. Y los son, salvo si les correspondiese asumir las responsabilidades de la Corona, porque, entonces, se les pone en condiciones de hablar y de ser escuchados y obedecidos.

La infantería nace, pues, etimológicamente, con voluntad de silencio. Es la fracción silenciosa de un orden ruidoso de batalla. Es más, por vocación, la infantería acabará sintiéndose a sí misma tanto mejor constituida cuanto más cultive su silencio. Silencio, orden y disciplina serán a partir del Renacimiento las condiciones ambientales desde las que hay que explicar el éxito militar de la infanterías europeas, en contraste muy acusado con la decadencia, más aparente que real, de la caballería y la lentitud, también aparente, del afluir al primer plano del campo de batalla, de la artillería, ambas —caballería y artillería— irremediablemente ruidosas en las jornadas bélicas del Renacimiento.

“En las guerras medievales —escribe con innegable profundidad José Antonio Maravall en *Estado moderno y Mentalidad social (siglos XV a XVII)*. Tomo II. *El Ejército y el arte de la guerra*, página 531 y siguientes—, no hay propiamente ni estrategia, ni táctica, ni hay apenas batallas, sino una serie de encuentros entre caballeros regidos, en última e interna instancia, por la concepción del «juicio de Dios». Faltan los cuerpos tácticos cuyos miembros se encuentren sometidos a estricta disciplina y sean capaces de maniobrar bajo un mando supremo”.

Lo nuevo, capaz de hacer viable el arte de maniobrar, es el silencio. Los que explicará a la larga el éxito fulgurante de la infantería es una nueva mentalidad, a su vez, capaz de comprender las posibilidades que se encierran en una generalización de las armas de fuego, debidamente disciplinadas para su empleo. “Ya no importa la virtud personal del combatiente” —dejó dicho un importante pensador británico, Francis Bacon—. “Es regla indubitable que los pocos bien ordenados temen poco a los muchos faltos de orden” —añadió Diego de Salazar, un castellano, siempre en línea con *El Arte de la Guerra* de Nicolás Maquiavelo, al escribir su tratado *De Re Militari*.

“Para vencer —dirá algo más tarde, en 1583, García de Palacio en sus *Diálogos militares*—, no basta artillería, si no se asienta bien en su lugar, ni caballos, si no se ponen donde han de estar, ni soldados muy buenos, si no están bien puestos y ordenados, conforme a la disciplina militar”.

Desde el Renacimiento sólo es verdadera infantería, esto es, tropa instruida, aquella fuerza militar capaz de combinar por su frecuente ensayo, todas sus acciones a la voz del que manda. El ruido deja de tener sentido en los combates de una verdadera infantería. No hay ya, por varias décadas, deseos de que con fuertes ruidos que atruenen en los oídos se espante al enemigo, tales como fueron utilizados los voceríos y estrépitos de la era de los tambores almorávides. Se piensa, con razón, que “las grandes voces a la hora de la batalla demuestran cansancio y miedo y flaqueza”.

“Más se acobarda y desmaya con el buen orden y atención que con el silencio se lleva —comenta Maravall, pensando en acobardar y desmayar al enemigo— que no con griterío y voces, que harto espanto vocerío y alarido, si así se puede decir, hay bastante con el ruido de la artillería y arcabucería de estos tiempos”.

El papel preponderante de la infantería lo explicará Maravall con el argumento de que “el régimen militar de obediencia y orden sólo tiene sentido en una fase en la que la infantería pasa a ser la parte principal de los ejércitos”. Más aún, decimos ahora nosotros, “sólo es posible que la infantería se estime como dotada de tanta importancia en una época en cuya mentalidad tienen tanta parte las ideas de disciplina”.

“La superioridad de la infantería —es la conclusión certera de Maravall— sólo se comprende, por tanto, en ejércitos ordenados y dirigidos con mucha ciencia”.

## 2.—El auge súbito de la infantería

El auge súbito de la infantería no se produjo por sorpresa, ni por motivo de una nueva moral, ni únicamente por causa de una nueva mentalidad. Hay que incluir un factor técnico, material, como coyuntura decisiva del cambio. El silencio, el orden y la disciplina de que hace gala la infantería del siglo XVI, llegaron también a los jinetes o caballeros y a los artilleros o minadores del mismo siglo pero, en absoluto, lo hicieron con rigor suficiente para darle el nombre de «silenciosos» al conjunto de los montados o al conjunto de las fuerzas de tiro.

El auge súbito de la infantería —muy pronto seguido de una notable recuperación de las caballerías y de las artillerías de campaña— llegó substancialmente acompañado del fenómeno nuevo de la temprana instrucción en el empleo de las armas de fuego individual que se fabricaban rigurosamente en los talleres. Fue, por lo tanto, la innovación tecnológica el factor que propició el cambio a través de un proceso originalísimo de avances y de retrocesos en la aportación de cifras de combatientes a pie para los ejércitos de los reyes.

“Todavía hacia 1330-1334 las tropas a pie constituían en la gran mayoría de los países occidentales —escribe Philippe Contamine en su magnífico libro de síntesis, *La guerra en la Edad Media*, edición española de Barcelona (1984), pág. 169—, una parte muy importante del ejército”.

Pero luego, unas veces serían los peones menos importantes y otras más. En 1335, el rey Eduardo III lleva a Escocia unas tropas cuya proporción de jinetes deja de ser abrumadora. Para 3.200 hombres de armas hay otros 4.000 arqueros. En 1448, el rey francés Carlos VII pone en marcha una milicia de franco-arqueros de 8.000 hombres que no es fácil catalogar de caballería porque se trata de una mezcla de hombres obligados a un entrenamiento regular a cargo de las parroquias donde hay lugar para arqueros, ballesteros, soldados armados con archas o gujas y, finalmente, con culebrinas de mano que hacen fuego a discreción. De la matriz caballeresca va a desprenderse el embrión ya vivo y desarrollado de la nueva infantería.

Hubo, pues, en todos los reinos cristianos, eclipses y recuperaciones de las fuerzas pie a tierra. Pero fue en la época de las luchas del borgoñón Carlos el Temerario y del francés Luis XI cuando se percibe un desmesurado aumento de «peones» que, al especializarse en el empleo de armas de fuego, se pusieron a punto de convertirse en «infantes».

Antes, en el «otoño de la Edad Media» magistralmente dibujado por Jean Huizinga, la caballería feudal volvió por sus fueros. En 1471, las *Compañías de Ordenanza* —unas fuerzas francesas a la espera de la ruina de la caballería borgoñona a manos de los piqueros suizos— siguen dando prioridad en la calidad y moderación en cuanto al número a los hombres de armas, a los caballeros o gendarmes. Estas *Compañías de Ordenanza* se distribuían las armas del siguiente modo o proporción:

—1.250 hombres de armas con otros tantos «coutilliers».

—3.750 arqueros a caballo.

—1.250 ballesteros a pie.

—1.250 soldados dotados de culebrinas.

—1.250 piqueros.

Al contrario, es decir, con la mente puesta en una masa de jinetes ligeros y de peonaje numeroso se actuó en la Guerra de Granada a las órdenes de los Reyes Católicos. Jinetes hubo entre 10.000 y 13.500 durante los períodos estivales de cada campaña anual —entiéndase por jinetes todo lo contrario de las lanzas borgoñonas donde por cada hombre de armas había nueve a pie, tres arqueros, tres piqueros y tres ballesteros, estos últimos con algunas culebrinas—. Pero peones llegó a haber muchos más, entre 25.000 y 40.000 cuando se trataba de poner en trance de rendición los palacios de Granada, la Alhambra y el Generalife, todavía en poder de Boabdil.

En rigor habría que hablar de un proceso incoado donde se sucede lo que voy a llamar: 1) una *infantería embrionaria* o parte de las lanzas apta para combatir pie a tierra; 2) una *infantería todavía auxiliar*, que sigue siendo de «peones», y 3) una *infantería mayor de edad*, organizada en cuerpos tácticos que deberíamos reconocer cronológicamente por estas sucesivas denominaciones: infantería borgoñona de Carlos el Temerario, franco-arqueros de Carlos VII, piqueros suizos de los Cantones, lansquenets alemanes de Maximiliano y, en el remate del proceso, la infantería española de Gonzalo de Córdoba.

Pero, debemos volver la mirada hacia la explicación técnica del proceso.

### 3.—Desde la ballesta medieval al arcabuz renacentista.

En términos técnicos la explicación del cambio modernizador radicó, primero, en el perfeccionamiento de la *ballesta* y, segundo, en la asimilación del *arcabuz*.

William H. McNeill en un libro que titula *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad, desde el año 1.000 d.d.C.* (original inglés de 1982 y traducción española de octubre de 1988, Editorial Siglo XXI) pone el acento de la innovación en la eficaz ampliación de la escala de fabricaciones de ballestas, precisamente en los talleres de Barcelona y de Génova.

“Las ballestas —dice el escritor inglés— fueron inicialmente muy apreciadas como defensa de los barcos... Podían hacer extraordinariamente difícil el abordaje incluso de un buque mercante que llevase muy poca tripulación... y también en tierra enfrentados a los mejores jinetes de la época... la sencillez de manejo de la ballesta hacía de ella un gran igualador en el campo de batalla a una distancia de 100 metros o más”.

Como vemos la idea de poner silencio, orden y disciplina en el combate aparece en este tipo de peones —los ballesteros— antes que el arcabuz e incluso que la proliferación de ligeras culebrinas. Muy pronto se practicó la decisión razonable del despliegue de formaciones cerradas de arqueros, de ballesteros, etc. . .

“Las ballestas y las picas —explica McNeill— tenían que ser complementadas por la caballería para la protección de los flancos y la persecución de un enemigo ya derrotado... Alguien tenía que ser capaz de coordinar picas, ballestas y caballería. La infantería necesitaba adiestramiento para asegurar la serenidad de las filas”.

La aparición del arcabuz va a influir simultáneamente en la infantería embrionaria de los borgoñones, en la infantería auxiliar de estilo francés —los franco-arcabuzeros— y en la infantería (ya autónoma de la caballería) tanto de los piqueros suizos como de los lansquenets alemanes.

"Hacia 1500 varios países occidentales empleaban una infantería muy diferente de los peatones tradicionalmente conocidos".

Esta afirmación de Philippe Contamine procede de otra suya también muy significativa. "Los dos últimos siglos medievales fueron testigos de los desenfrenos de las *Grandes Compañías* en Francia y en España, de las *Compañías de Aventura* en Italia y de los *Desolladores* en Francia y Borgoña. La corrección de la nefasta situación culmina con la labor de Carlos el Temerario al promulgar toda una serie de ordenanzas militares para la movilización y el adiestramiento de unas compañías análogas en todo a las milicias francesas. Después de él, Maximiliano alterará la inercia destructiva de los "landsknechte" y disciplinará su empleo táctico en adecuada mezcla con los piqueros suizos.

Los lansquenets eran agrupaciones de jóvenes guerreros —bandas de compañeros que practicaban la guerra privada, saqueando unas ciudades y sirviendo de protección a otras—. Se les llamaba también *infantes de la libertad*. Cada banda se llamaba así misma una libertad. Estas libertades proliferaban sobre todo en la frontera suizo-alemana y empezaron muy pronto a utilizar balas de hierro lanzadas por culebrinas bastante pesadas para imponerse a sus adversarios.

La idea básica procedía del llamado *ban general*, en virtud del cual los reyes exigían un contingente de tropas a las ciudades. La solución italiana será muy diferente desde el momento en que se pagaban a sueldo compañías de aventureros, donde apenas había italianos. La *condotta* es aquí una técnica de contratación que pone a las órdenes de grandes familias —los Colonna, los Orsini, los Sforzas, etc.— una tropa de a pie que acompaña a los condottieros a caballo. Era, en lo esencial, una infantería embrionaria que, en ocasiones, al combatir a las órdenes de los caballeros obligados a apearse del caballo, engendraban pequeñas unidades de infantería.

Pero la mayoría de edad de la infantería está vinculada, no a la ballesta sino al arcabuz —HACKEN BÜSCHE o arma sobre un gancho de soporte, como se dice en lengua alemana—. El arcabucero apoya, no a los jinetes, por ligeros que hayan llegado a ser, sino a las formaciones de piqueros.

"La idea del descubridor de la pólvora no era más que obtener un hermoso color parecido al oro para cuya confección empleó salitre, azufre, plomo y carbón, lo mezcló y lo introdujo en un recipiente cerrado y lo puso al fuego... Así se descubrió el arte de la cañonería".

Esta frase de Contamine tiene validez para las tres armas. Desde 1044 en China se lanzan proyectiles vistosos al aire. Los invasores mongoles lanzan flechas incendiarias en tubos de bambú, de madera o de bronce a base de lo que los europeos llaman nieve china, sal china, etc... Pero desde el año 1284, hay escopetas en Italia. En la batalla de Crecy (1346) y en el asedio de Calais (1346-1347) se contabilizan hasta 50 artefactos de pólvora. Pronto veremos jinetes dotados de armas de fuego; pero tardaremos en ver hasta los ejércitos de Gustavo Adolfo de Suecia verdaderas unidades de caballería con escopetas.

Ahora bien, de hecho, fue la infantería quien asimiló con antelación el cambio y, en particular, la española en su dura competencia con la suiza sobre los campos italianos de batalla.

#### 4.—La consolidación de la infantería española.

Luis Díez del Corral en una obra decisiva para nuestro tema, *La Monarquía Hispánica en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humboldt* (Revista de Occidente, Madrid, 1975), se hace eco de la opinión de Guicciardini en *Relazione di Spagna*, que, a disgusto, también era compartida por Maquiavelo.

"Los españoles son tal vez más inclinados a las armas que ninguna otra nación cristiana y tienen mucha aptitud para ellas porque son de estatura ágil y muy diestros y ligeros de brazo. En las armas estiman mucho el honor, de modo que por no mancharlo, no se preocupan en general de la muerte".

El elogio definitivo del italiano viene a continuación. Porque el auge de la infantería en general será, de hecho, el auge de la infantería española.

“Sobre todo en estos reinos de Castilla tiene una gran reputación y es considerada como muy buena, juzgándose que en la defensa y expugnación de ciudades, donde sirven tanto la destreza y la agilidad del cuerpo, sobrepasa a todas las demás; y por esta razón y por el gran ánimo que muestran, valen también muchísimo en una batalla; de modo que se podría discutir quien fuese mejor en campo abierto, si el español o el suizo, disputa que dejo a otros”.

Ahora bien, lo esencial de la sorpresa en orden a la valía de la infantería española les llega a los escritores de Italia por lo que estos infantes tienen de antagónico con la infantería suiza: el muro de piqueros no les va a los españoles.

“... porque mientras están así formados, en tal ordenanza, constituyendo un muro, no se valen de su destreza, que es en lo que aventajan a todos los demás”.

Fernando del Pulgar constata la presencia de suizos en los preliminares de la conquista de Granada (1483). Tuvo importancia, además en los primeros años del siglo XVI la presencia en Castilla de los piqueros borgoñones o landsquenetes (3.000) que acompañaban a Felipe el Hermoso. Pensando en ambos tipos de guerrear, Gonzalo de Ayora, que había expuesto a los Reyes Católicos en Medina del Campo, el modo de “pelear en ordenanza”, muerta la Reina, tomaría partido por Felipe el Hermoso, Ayora, más tarde, pudo contemplar en Navarra lo bien que habían asimilado este modo de combatir las tropas del Duque de Alba. Por entonces, el ingenioso Pedro Navarro, antes de ponerse al servicio del rey de Francia, se había destacado como activo seleccionador de infantes listos para montar estratagemas.

Maquiavelo será menos entusiasta de los españoles que Guicciardini en este punto:

“Las armas de fuego portátiles a cargo de la infantería, tan decisivas en la batalla de Ceriñosa, Bicocca o Pavía, son silenciadas metódicamente pese a su modernidad —se lo censura Díez del Corral— por quien pasa como inaugurador de la misma en la que al pensamiento político militar se refiere”.

Maquiavelo para quien el experto italiano Piero Pieri en temas militares era un hombre que sólo sabía elaborar una “ininterrumpida crítica negativa mal compensada por un retorno escasamente feliz a las formas del ejército de la Roma republicana”, todavía confía en el fracaso de la infantería española a manos de gascones y suizos. “Los gascones — escribe— son las mejores tropas de infantería con que Francia cuenta —pero añade— porque están cercanas a los confines de España y vienen a tener un poco de lo español”.

Maquiavelo escribe asombrado del fracaso en Italia de las dos formidables formaciones que conducía Carlos VII: las *Compañías de Ordenanza*, creadas en 1441 a base de caballeros —100 lanzas por Compañía de seis hombres cada una— y las *Compañías de franco-arqueros*, creadas en 1448, hasta alcanzar la cifra de unos 6.000 hombres y luego 8.000.

Maquiavelo no contempla una verdadera infantería sino, a lo sumo, el combate que Jean Huizinga describe en *El otoño de la Edad Media*.

“No pocas veces el caballero con su pesadísima armadura, descendía del caballo para combatir a pie, convirtiéndose en oficial moderno al frente de sus auxiliares que también solían luchar sobre el suelo, utilizando los caballos como mero medio de transporte”.

Ni las *Compañías de Ordenanza* ni los *Franco-arqueros* venían a satisfacer las exigencias de una verdadera infantería nacional. Lo aprendieron, uno tras otro, varios reyes de Francia. “Luis XI suprimió —lo censura Maquiavelo— la infantería y comenzó a tomar suizos a sueldo, el cual error —subraya el florentino amigo de Francia— es la causa de los peligros de aquel reino”. Carlos VIII desconoce las causas y los modos sociales concretos que, al contrario de lo ocurrido con unos franco-arqueros de “escasa voluntad para sacrificar su propia libertad y sus negocios particulares”, habían producido la aparición de las nuevas formas de infantería en pueblos más pobres que el francés y el florentino: Suiza, a base de pastores y campesinos, quizás libres y España. Luis XII no enmendará el yerro.

Los ejércitos que dirige Fernando el Católico y conduce el Gran Capitán tienen recursos propios para vivir sobre el país, aceptan una sólida disciplina moral y militar menos aparatosa que la suiza; son más sensatos en el empleo del valor personal que los caballeros franceses y se manifiestan más certeros en la utilización de los nuevos medios técnicos que las milicias florentinas.

“Ceriñola —ha afirmado el gran historiador Martín Hobohn— es la batalla original de la táctica madura del Renacimiento. Gonzalo es el maestro. Le ayudó allí Próspero Colonna que luego mandó en la batalla de Bicocca. Alviano,



el general de Vailay Creazzo, Pedro Navarro, el inventor de la táctica defensiva-ofensiva en la batalla de Rávena, encontrábanse respecto de él en estrecha dependencia espiritual. Pero el nuevo pensamiento era tan luminoso que no podía ser adoptado por cualquier práctico”.

La consolidación del prestigio de la infantería española la refrenda en la misma campaña de Ceriñola el historiador Hans Delbrück con esta descripción técnica —entiéndase técnica de combate—:

“Obstáculo frontal, seguido de acción de los tiradores; ataque o ausencia de ataque contra el obstáculo del enemigo o ataque propio desde el obstáculo: estos son de ahora en adelante los colores fundamentales del cuadro de las batallas. Gonzalo de Córdoba fue el creador del modelo: los capitanes que más tarde lo aplicaron han salido de su escuela”.

Mucho más entusiasta con el Gran Capitán se muestra el ya citado Piero Pieri:

“En menos de media hora ha acontecido lo inverosímil: el florido ejército de Francia, que desde hacía diez meses campeaba altanero y no se cansaba de desafiar a batalla al adversario, ha sido liquidado. Una victoria completa en batalla regular sobre el primer ejército de Europa, sin ninguna superioridad numérica, iniciaba una nueva fase en el arte militar moderno y hacía de España una gran potencia europea”.

Menos admirado por lo español, Guicciardini, desvía la atención del éxito de la infantería española hacia la presencia en Barletta de otra infantería aliada al Gran Capitán —los 2.000 infantes tudescos (landsquenets)— “que levantados con el favor del Rey de Romanos (Maximiliano) y embarcados en Trieste pasaron seguramente por el golfo de los venecianos con gran quejas del Rey de Francia”.

Lo definitivo estuvo en que esa presencia tudésca favoreció la fórmula que al Emperador Carlos —antes y después de la Batalla de Pavía— le llenaba de orgullo: la formación de piqueros alemanes junto a arcabuceros españoles será la fórmula de la victoria. El nuevo cometido hecho posible por la alianza tudésca, para la infantería española reúne: la solidez de las picas, las espadas y los escudos con el movimiento de los tiradores independientes que asientan el golpe de gracia con sus armas de fuego a la formación adversaria.

## 5.—La quiebra de la caballería pesada.

El alza del juego de la infantería se debe tanto a sus propios méritos como a la quiebra de una forma antigua de combatir representada por la trilogía de los desastres borgoñones de Carlos el Temerario ante los suizos —Grandson (2 de marzo de 1476), Morat (22 de junio de 1476) y Nancy (5 de enero de 1477)— que precede a la trilogía de desastres franceses: ante los españoles en Garellano (28 de dic. de 1503); ante los suizos en Novara (6 de junio de 1513) y ante los angloimperiales Guinegate (16 de agosto de 1513).

No importa que en la batalla de Rávena, a costa de su vida, Gaston de Foix (11 de abril de 1512) se alzara con la victoria sobre unos españoles que saben retirar ordenadamente a su infantería, porque fue una victoria pírrica que no hacía olvidar lo más grave ocurrido sobre las aguas del Garellano:

“No se vio jamás —escribe sin misericordia Paolo Giovio—, ni memoria de hombre se acuerda, de tan deshonorada, vituperable y mísera huida como ésta, porque los infantes y los caballos mezclados juntamente se derribaron con el correr y con el ímpetu, no conociendo ni bandera ni mandamiento de capitán, ni aun osar volver el rostro contra los enemigos que les iban alcanzando”.

La diferencia estaba en las dos formas de perder una batalla que entonces tenían los infantes españoles de Rávena y los infantes, mezclados con caballos, franceses de Garellano. Sólo comparable, —escribe Guicciardini— con el desastre de la milicia florentina en Prato (29 de agosto de 1512) precisamente frente a “los mismos infantes que con tanta gloria se habían salvado en la batalla de Rávena, los cuales como hombres militares, confiando mucho en su valor, despreciaban grandemente la poca práctica de los contrarios”.

“Los españoles —sigue el texto de Guicciardini— admirados de que en gente militar pudiese reinar tanta vileza y tan poca experiencia, entrando dentro por muchas partes sin oposición, comenzaron a correr por el lugar donde no había resistencia sino sólo voces, fuga, violencias, sangre, saco y muertos... murieron más de 2.000 hombres sin pelear, sino huyendo y pidiendo misericordia”.

“Estas batallas —afirma el profesor suizo Adolf Gasser en su aportación al V centenario de la victoria de Suiza sobre Carlos de Borgoña, el Temerario— han supuesto una verdadera revolución... La infantería había proporcionado la prueba de su superioridad sobre la caballería. Dueña del campo de batalla va a quedar durante medio milenio, hasta nuestros días cuando su primacía va a ponerse en cuestión por causa de la aviación y el carro”.

No es así exactamente. La superioridad era, en rigor, la de una infantería nueva contra una vieja caballería. En las primeras décadas del siglo XVII una caballería ligera dotada de pistolettes, carabinas y en definitiva armas de fuego, recuperará el tiempo perdido y dará buena cuenta de cuadros de piqueros y arcabuceros españoles e imperiales a las órdenes, sobre todo, de Gustavo Adolfo de Suecia.

Pero en términos cronológicos, cerrados sobre la primera mitad del siglo XVI, la apreciación de Gasser es correcta:

“Los príncipes soberanos de Europa imitan al rey de Francia y refuerzan sus ejércitos enrolando infantes suizos, mientras otros, como Maximiliano de Habsburgo, hacen instruir sus propias tropas con hombres de guerra venidos de los cantones, que enseñan las maniobras de los cuadros a los landsquenets alemanes... La influencia de la escuela suiza se señala incluso en los tercios españoles que dominarán todo un siglo de historia militar”.

El General Weygand, en una obra clásica —aunque romántica en su intención nacionalista—, *Histoire de l'Armée Française* (Flansmarión, 1938) hace un canto de la obra militar de Luis XI, que en principio no anunciaba la espectacular quiebra militar de sus sucesores Carlos VIII, Luis XII y Francisco I.

Weygand aplaude al borgoñón Carlos el Temerario en su reorganización de la caballería, según las enseñanzas del francés Carlos VII, por haber introducido en las compañías de “arbaletriers”, o ballesteros, la mezcla de culebrinas y picas. La “lance fournie”, a base de tres arqueros a caballo, un ballestero, un culebrino o espingardero y un piquero a pie, le parece admirable. “La anexión de la Borgoña reforzarán en 1477 a la caballería francesa con estas excelentes compañías, que para la marcha y también para el combate eran reagrupadas por especialidades: caballeros pesados, arqueros y gentes de a pie, que constituían escuadrones y compañías distintas”. Pero más decisiva que esta influencia borgoñona fue la llamada de 6.000 piqueros suizos como instructores —decisión de Luis XI que Weygand aplaude— de 4.000 arqueros de Normandía, de otros 4.000 de Picardía, Gascuña y el Delfinado y de 1.500 lanzas, que tenían que aprender a combatir a pie. Se trata de las Bandas —de las *Bandas de Picardía*, sobre todo—, “la primera infantería francesa, regular y permanente”.

El proceso no conducía a la autonomía de los infantes. Las *Nuevas Bandas del Piamonte* de Luis XII, desembocan en las *Compañías de Ordenanza* que son una mixtura de dos tipos de caballería, la gente de armas o caballería pesada y los arqueros a caballo o caballería ligera, que nunca dejan de considerar a los infantes —incluso a los habilísimos con la espada—, estradiotas albaneses a su servicio, una infantería auxiliar. Habrá que esperar hasta las legiones del edicto de julio de 1534 dictado por Francisco I, una década más acá de la batalla de Pavía, para que Francia disponga de una excelente infantería, reina de las batallas.

## 6.—El progreso de la artillería de campaña.

El historiador de las ideas y de las técnicas Carlos M. Cipolla, en una obra muchas veces citada —*Cañones y velas* (Ariel, Barcelona, 1967)— incluye el relato más incisivo que se conoce sobre el desarrollo de la artillería en Europa. Arranca de la evolución del proyectil —la flecha—, en particular la cuadrangular que da nombre a los cuadrilleros, la bala esférica de piedra, o bolaño, el proyectil de bronce (aleación de cobre y estaño), el de latón (aleación de cobre y cinc) y finalmente de hierro.

La artillería era una palabra casi nueva en la época del descubrimiento de América. El sitio de Niebla está fechado en 1343. Ya existían en 1453 —fecha de la caída de Constantinopla ante los turcos— pesadas bombardas y entre 1465 y 1477 —luchas de Carlos el Temerario—, cañones de asedio móviles, predecesores de la numerosa colección de cañones fundidos que emplean los Habsburgos españoles en Flandes.

Ahora bien, una cosa es la artillería de sitio y otra la de campaña. También aquí se produce una alternativa de tiempos. Hay bastante sitios en el último tercio del siglo XV —piénsese para España en Zamora, Toro, Burgos, Alhama,

Baza, Guadix y Granada— y muy pocos en el primer tercio del siglo XVI —piénsese para España en las batallas campales de Seminara, Ceriñola, Garellano, Novara, Rávena, Prato, Mariñán, Bicocca y Pavía—. Hay bastante batallas en el último tercio del siglo XVI y largos y tremendos sitios, como el de Breda, en el primer tercio del siglo XVII para volver de nuevo con Gustavo Adolfo de Suecia, Wallenstein y el Cardenal Infante a las batallas.

El progreso de la artillería de campaña cubre los períodos en los que la fortaleza de las nuevas técnicas de amurallamiento hace costosos los asedios. El asedio, a su vez, multiplica las necesidades de soldados de infantería y hace decrecer las exigencias de una caballería obligada a permanecer estática meses y meses. El progreso de la artillería de sitio le viene, precisamente, de estos otros períodos de contumacia en el asedio.

“Tras un siglo de aprendizaje —la cita corresponde a J. R. Hale en *Guerra y Sociedad en la Europa del Renacimiento (1450-1620)*, original inglés de 1985, traducido por el Ministerio de Defensa al español en 1990—, las nuevas armas de fuego y la artillería influyeron de forma radical en la dirección y condiciones de los enfrentamientos bélicos... La reacción de los ingenieros militares ante la artillería fue proyectar fortificaciones más sólidas capaces de albergar más fuerzas”.

Se puede fechar en los años centrales del siglo XIV la primera aparición de una artillería de campaña, pero lo decisivo vendrá dado por un principio económico, del que se aprovechará el Estado renacentista:

“La necesidad de poseer un arma de mano llegó a tal extremo que se exigió que los soldados la llevaran consigo o, en caso contrario, reparasen su pérdida mediante la suspensión de una soldada... En el caso de la artillería, los gobiernos tenían que pagar su precio completo, que era muy alto; ya en 1482 el servicio de artillería de Francia suponía un 8% del presupuesto militar global. En tiempo de paz se procedía a la acumulación progresiva de un “parque” de cañones de campaña y de asedio y al nombramiento de los hombres necesarios para atenderlos y administrarlos”.

La consecuencia de este planteamiento económico —estatista en grado sumo— sería a favor de la artillería de campaña antes que a favor de la de sitio en la intención de los gobernantes.

“En 1521 —sigue diciendo Hale—, en Venecia, el Consejo de los Diez proclamó que «nadie puede poner en duda que uno de los principales factores de la protección de los territorios y de los ejércitos es la artillería». Hacia 1500 no había un monarca que no hubiera emprendido un duro asedio... En la década de 1460 se comenzaron a sustituir los carros de arrastre por los rodados... Los cañones se mueven entre las filas y descansan sobre los parapetos más fácilmente que las ballestas”.

Los cañones del siglo XV eran inmensos. El Monstruo —Mons Heg era su verdadero nombre— pesada 5 toneladas. “Carlos el Temerario poseyó más cañones que ninguna otra potencia europea. A pesar de todo, nunca consiguió reducir las ciudades a las que ponía sitio ni se salvaguardó de las derrotas en el campo de batalla” —comenta el británico Hale—, antes de añadir una noticia contradictoria sobre la batalla de Rávena, a su juicio, “la primera demostración convincente de que la artillería de campo podía determinar el éxito de una batalla”.

Por una parte, en la página 57, Hale dice que “el ejército francés de Luis XII, bien atrincherado, fue derrotado por el cañoneo de los españoles” y por otra, en la página siguiente (página 58) afirma que “fueron los franceses los que se alzaron con la victoria en Rávena”. En realidad, Rávena mostró el inexorable progreso de la artillería de campaña francesa al mismo tiempo que el alto grado de disciplina en la derrota de los tercios españoles frente a ella.

Carlos VIII, había disfrutado de tanto prestigio a favor de su artillería de sitio que no tuvo que sitiar fortalezas en su campaña de 1494... “la sola reputación de su artillería las obligaba a concertar su rendición”. La demolición por los turcos de las murallas de Constantinopla simbolizaba ya entonces el fin de la larga era de las murallas medievales. Sólo un esfuerzo posterior a Rávena —la construcción acelerada de baluartes o bastiones que sobresalen de los muros con terraplenes interiores adosados— alterará la técnica de los asedios por la vía de los aproches que hacen posible los adelantamientos de baterías.

Desde las primeras bombardas, con calibres de 75 cms. de diámetro y 3,5 metros de longitud, las bombardas de la época de la caída de Constantinopla (1453), se había pasado en poco tiempo —entre 1465 y 1477— a cañones de asedio móviles en los ejércitos de Luis XI y Carlos el Temerario.

“La traza italiana —explica con acierto William H. McNeill en *La búsqueda del poder*— desempeñó un papel determinante en la historia de Europa, hacia la década de 1530, como fortificación a prueba de cañones”.

Lo cierto es que después del espectacular éxito español en Pavía (1525)—un éxito a la vista de los muros de una ciudad aceptablemente amurallada con criterios modernos por Antonio de Leyva, que se culmina entre las tapias del Parque de Mirabello, un campo apenas abierto— la batalla campal vuelve a hacer crisis y la artillería de campaña verá frenada su progresión por el retorno a los asedios.

## 7.—A modo de conclusión.

En definitiva —si no nos separamos excesivamente de la fecha simbólica de 1492, quince años atrás y adelante— lo que ocurre en el contexto de las tres armas combatientes, —la vieja caballería, la artillería casi nueva y la nueva infantería— es, sencillamente, una innovación técnica que les alcanza a las tres, pero no simultáneamente o de modo lineal. Pero un rasgo destaca, temporalmente, sobre todos los demás, un fracaso francés que se anuncia como éxito español.

“El fracaso francés en Italia puede ser atribuido a una excesiva confianza en los piqueros suizos, la caballería pesada y sus famosos cañones de asedio. El éxito español al uso de la mosquetería como complemento de la formación de piqueros y a la habilidad para proteger a la infantería del ataque de la caballería”.

La conclusión pertenece a la obra, reiteradamente citada, de William H. McNeill *La búsqueda del poder*. Si se analiza en términos más técnicos que políticos —y desde luego al margen de los orgullos nacionales— lo que verdaderamente ocurrió tiene esta simplificada expresión.

La caballería pesada pierde y la caballería ligera gana: arqueros a caballo, caballeros a la jineta, medias lanzas y lanzas de la pequeña ordenanza sustituyen al caballero de armas, al gendarme medieval. El modelo viene de los jinetes de la guerra de Granada, de los caballeros húngaros que defienden el Danubio y de los estradiotas albaneses al servicio de Venecia.

La infantería embrionaria o auxiliar que rodeaba a las lanzas de los caballos se hace autónoma y, en definitiva, principal, gracias a los piqueros suizos, a los landsquenetes alemanes o a los arcabuceros españoles.

La artillería de sitio pierde terreno ante el avance de la artillería de campaña, simplemente, porque pueden ganarse decisivas batallas campales en los períodos de decadencia del arte de construir fortalezas por parte del ingeniero.

# DE LA PICA AL MOSQUETE: LA NUEVA NATURALEZA DEL COMBATE.

José Luis Arcón Domínguez

Licenciado en H.<sup>2</sup> Moderna.

Universidad de Valencia.

## INTRODUCCIÓN

La transformación que en el siglo VI de nuestra era hizo del ejército bizantino una fuerza primordialmente de caballería, marcó, junto con la difusión del estribo dos siglos más tarde, el comienzo de una etapa que dio a la caballería el dominio táctico del campo de batalla. Las victorias obtenidas por la infantería en los siglos XIV y XV supusieron el fin de ese predominio indiscutido; pero la amenaza ejercida por el combatiente a caballo planeó sobre los campos de batalla europeos hasta bien entrado el siglo XIX. Tanto es así que la organización y disposición táctica de los ejércitos en las batallas campales de la Edad Moderna siguieron obedeciendo, básicamente, a un principio fundamental: intentar proteger al infante del terror secular que le infundía el jinete. De hecho, no es aventurado afirmar que el campo de batalla entró en la Edad Moderna con un siglo de retraso, pues el coste táctico que ese principio impuso —la escasa movilidad de la infantería— permitió a la caballería seguir disfrutando en exclusiva del privilegio de la iniciativa. Su entrada en la modernidad estuvo íntimamente ligada al cambio que a lo largo del siglo XVI alteró la naturaleza del combate; un cambio que permitió a la infantería librarse del efecto paralizante de la caballería, y jugar un papel cada vez más activo en el desarrollo de la batalla. El arma de fuego estuvo en la raíz de ese cambio; pero se trató de un proceso psicológico más que tecnológico, que lentamente afectó la moral del combatiente.

## EL CAMPO DE BATALLA DEL SIGLO XVI

Dentro del análisis de los elementos que, a fines del siglo XV y a lo largo del siglo XVI, propiciaron esa “resurrección” de la infantería en el campo de batalla, cabría destacar la importancia capital de la moral en combate —Napoleón la consideraba tres veces más importante que la fuerza física o el número de hombres—. Sin embargo son estas últimas consideraciones, y otras de carácter técnico, las que centran la mayoría de estudios sobre el combate táctico.

A comienzos de la edad moderna, el campo de batalla seguía siendo un lugar en el que cada uno de los contendientes debía disputar simultáneamente dos batallas: contra su enemigo y contra sí mismo. Dentro de cada ejército se reñía una “batalla interna” que protagonizaban el dictado de órdenes y el instinto de supervivencia, involucrando a comandantes y soldados en una “guerra” constante en la que los primeros procuraban hacer cumplir sus órdenes, y los segundos no perder la vida al ejecutarlas.

El momento en que el soldado daba por segura la victoria o la derrota, el instante en que decidía seguir cumpliendo o no sus órdenes, venía en parte determinado por el alcance efectivo de las armas empleadas. En términos morales, ese “alcance efectivo” lo definía la mente del soldado como la distancia a la que su oponente tenía una probabilidad razonable de acabar con su vida. Generalmente —...“porque no vence el gran número, sino el fuerte corazón; en un día de batalla la mitad de la gente no combate” (1)— el soldado decidía huir en cuanto sentía que esa probabilidad era excesiva, momento que puede considerarse el verdadero “punto de decisión” del combate (2). A comienzos de la edad moderna, cuando el arma blanca seguía siendo el armamento más generalizado del combatiente, se llegaba a la victoria táctica —al “punto de decisión”— al tiempo que se producía el contacto físico entre las formaciones enemigas: ambos momentos, decisión y contacto, eran coincidentes. Esta simultaneidad, que a lo largo de los siglos había informado la naturaleza del combate, se hará cada vez más infrecuente a lo largo del siglo XVI, desapareciendo casi por completo en los siglos siguientes (3).

Pero con frecuencia se interpreta equivocadamente la naturaleza de ese “contacto decisivo”. Del exhaustivo análisis del combate que realizó el coronel du Picq durante el Segundo Imperio, se desprende que uno de los principales efectos de la fuerza moral en el campo de batalla es impedir la refriega deliberada entre masas de tropas organizadas: sólo se producirá ésta cuando una de ellas se sienta “vencedora”, y la otra esté más interesada en escapar que en proseguir el combate. El corolario del estudio de du Picq es que “el hombre no acude al combate en busca de la lucha, sino de la victoria. Hace todo lo que está en su mano para suprimir la primera y asegurarse la segunda” (4). Los soldados, por tanto, no entraban en combate cuerpo a cuerpo con oponentes que estaban, o parecían estar, decididos a resistir —y que por tanto les negaban una victoria segura—. Sólo cuando uno de los contendientes había concedido la supremacía *moral* a su enemigo se producía el contacto físico, y generalmente era el espesor de las formaciones el que lo hacía posible. Los grandes cuadros de piqueros, de los que se tratará a continuación, son un ejemplo ilustrativo de este aserto. Su progresiva disminución a lo largo del XVI, y su definitiva desaparición en el XVII, permitirán seguir ese lento proceso al que antes se aludía, fijador de la fisonomía del combate moderno.

## EL APOGEO DE LA PICA (c. 1475-1520)

En el siglo XV, los suizos ganaron una sólida reputación internacional al derrotar ejércitos de caballeros mediante densas masas de infantes armados de picas. Esos grupos compactos de piqueros han sido comparados a la antigua falange de hoplitas, y en efecto compartían las cualidades primordialmente defensivas del instrumento de conquista macedonio. Esas cualidades derivaban no tanto de la efectividad de la pica —un arma inmanejable de casi 6 metros de longitud— como de la confianza que el piquero tenía en la victoria, expresada en la solidez de su formación. Conseguir victorias ha sido siempre el medio de obtener esa confianza, y los piqueros suizos cosecharon un buen número en sus guerras contra el Imperio y Borgoña. El prestigio que rodeó a la pica tras esas victorias —obtenidas con una mezcla de valor y temeridad afortunadas— bastó para que los principales estados europeos del siglo XVI levantaran una numerosa infantería armada de picas, desplegada tácticamente según el modelo suizo.

La moderna falange de piqueros desplegaba estrechando su frente y aumentando su fondo, hasta formar un cuadrado casi perfecto. Era la respuesta obligada a la omnipresente amenaza de la caballería: una formación que, permaneciendo inmóvil, presentaba por sus cuatro costados un frente idéntico erizado de picas, y que por tanto privaba a la caballería de su efecto más devastador —el ataque por los flancos—. Era sin embargo una solución de compromiso, pues cuando la sorpresa táctica o la caballería propia no neutralizaban a la caballería enemiga, la infantería quedaba paralizada, o reducida a protegerse tras atrincheramientos. El fraccionamiento de los piqueros del ejército en varios escuadrones —tímido resurgimiento de la táctica manipular romana— procuraba paliar esta debilidad, al facilitar con esa división sus posibilidades de avance y apoyo mutuo, al tiempo que multiplicaba las ocasiones de explotar errores tácticos del adversario.

La pica, sin embargo, era un arma embarazosa, casi inútil en la refriega. Personalidades como Maquiavelo y Mauricio de Nassau la consideraban muy inferior a la espada y la rodela, y así lo probó el Gran Capitán en sus campañas italianas. ¿Qué virtudes justifican entonces los doscientos años de permanencia de la pica en el campo de batalla? No es la menos importante que actuara como un elemento de cohesión moral. En efecto, las picas levantaban frente al escuadrón un verdadero muro protector, que materialmente lo aislaba de sus enemigos. Mientras el escuadrón, caladas

las picas, se mantuviera en orden, ningún adversario podía entrar en contacto con él, ni por tanto forzarle al “punto de decisión” que pudiera provocar su huida —pero sólo, es necesario insistir, mientras cada piquero tuviera valor y sangre fría para mantenerse en su puesto—. Así un veterano capitán de la caballería del duque de Alba no tendrá mejor elogio para un escuadrón que afirmar que estaba “con tan buena orden formado, que aún con la vista no se hallaba lugar en él para entrarle ni acometerle” (5).

Este “efecto aislante” de la pica resultaba de vital importancia para detener materialmente a la caballería, dada la indiscutible superioridad física de un jinete en lucha con un infante. Pero su mayor virtud era el desánimo e impotencia que el orden compacto infundía en el adversario, que al verse incapaz de hacer mella en el escuadrón le cedía inconscientemente la supremacía moral —lo que suponía una invitación a ser arremetido por las picas—. El choque que seguía a continuación obedecía tanto a esa “cesión moral” como a la profundidad de filas en que invariablemente formaban los combatientes, pues una de las funciones de las formaciones densas era imposibilitar la pronta huida de sus tropas de cabeza. Al frente de éstas, además, solían marchar los mejores oficiales y soldados, por lo que su ejemplo personal podía ser decisivo para evitar la desbandada —o causársela al contrario en el último momento—. Pero generalmente, al producirse el contacto entre las formaciones, la primeras filas de la que había “cedido” limitaban su participación en la lucha a detener los golpes del adversario, o a intentar escapar abriéndose paso entre las filas traseras, a las que contagiaban el pánico. Esto permite explicar dos extraños fenómenos en la historia del combate táctico. Por un lado, las escasísimas bajas sufridas por el vencedor de un enfrentamiento con arma blanca, absolutamente desproporcionadas con respecto a las del perdedor; y por otro, el hecho que fueran las filas traseras de las grandes formaciones —desde la falange griega a la columna napoleónica— las primeras en huir del enemigo, y no las que estaban en contacto con él (6).

La efectividad en el choque de la pica era muy limitada, por lo embarazoso de su manejo; de ahí que ante un escuadrón de picas cuyas primeras filas resistieran más de lo ordinario, se recurriera frecuentemente al empleo de armas más apropiadas para la refriega —jinetas o alabardas— con las que se proveía a los hombres más resueltos del escuadrón: oficiales, sargentos y soldados escogidos. La decadencia de estas armas dentro del escuadrón comenzará con la práctica de intercalar armas de fuego en sus primeras filas, al suplir los disparos a bocajarro la letalidad de las armas cortas (7).

En definitiva, una vez más, la eficacia del escuadrón en el contacto dependía por completo de su buen orden y resolución: “Llegando el momento, cada piquero afirmaba su pie izquierdo hacia adelante y después llevaba con toda su fuerza su mano derecha contra la izquierda, en el interior de la cual la pica se deslizaba, al mismo tiempo que acercaba el pie derecho contra el izquierdo” (8). El efecto de este complejo movimiento era proyectar la pica hacia delante: si se hacía simultánea y ordenadamente, se conseguía “empujar” literalmente al enemigo sobre sus filas traseras, creando en ellas la confusión y el desorden necesarios para hacerles salir en fuga.

Queda con esto de manifiesto lo inapropiado de esas “figuras retóricas” que al describir el combate no hacen sino deformarlo, insistiendo en la “violencia del impacto”, el “ímpetu arrollador” o el “impulso de la masa en el choque”, como si hombres y caballos fueran proyectiles inanimados. El éxito del escuadrón de picas radicaba exclusivamente en el orden, un orden que sólo se sostenía ante el enemigo si disciplina y confianza vertebraban el escuadrón. Así debió entenderlo el duque de Alba, cuando recriminó a un escuadrón formado “con demasiada furia y alborozo... de cuanta más importancia era a los soldados conservar la orden que pelear, pues con ella es solo con lo que la gente de guerra venía a hacerse invencible, que es su blanco y ultimado fin de la milicia, conservándose asimismo con ella todas las cosas que perecen cuando les falta” (9).

Por otra parte, la irrelevancia de la pica y de su despliegue táctico quedó suficientemente demostrada por la invariable facilidad con que eran puestos en fuga aquellos piqueros no imbuidos de esa seguridad en la victoria a la que se aludía más arriba (10), y que acabaría teniendo un carácter “nacional”; suizos, españoles y alemanes fueron, según sus contemporáneos, los únicos piqueros dignos de confianza. Lo de menos era la destreza con que manejaran la pica: la explicación, como asegura Montross al hablar del piquero español, “ha de hallarse en la moral, una moral que se negaba a conceder hasta la mera posibilidad de la derrota” (11).

En otras palabras, el espíritu del Renacimiento —humanismo, individualismo— se había introducido en la organización militar: orgullo, confianza y espíritu de cuerpo alimentaron la moral del antiguo vasallo feudal, hasta permitirle medirse de igual a igual con el caballero; y si bien el ejército aumentó de tamaño gracias a los avances en el campo económico y en la administración, el éxito de su división orgánica en unidades fijas, regularmente entrenadas y

disciplinadas —como no se veía desde los tiempos de Roma— sólo se explica por la aparición de esa nueva raza de hombres libres, que desde entonces hará sentir su peso en todos los ámbitos de la sociedad.

### PUJANZA DEL ARCABUZ FRENTE A LA PICA (c.1520-1575)

A finales del siglo XV, y tras dos siglos de utilización de la pólvora en el campo de batalla, las armas de fuego no disfrutaban de la posición dominante que alcanzarían en el siglo XVI. Pese a la temprana utilización de cañones en acciones de guerra, la artillería tuvo un papel muy secundario en el aumento del peso táctico del arma de fuego, por la insuperable limitación que suponía su falta de movilidad. El elemento que propició ese cambio fue el arcabuz: se trataba de una evolución del tosco “trueno de mano” del siglo XV, que podía ser manejado por un solo hombre, gracias a su ligereza y a la sencillez de su mecanismo de disparo. En pocos años sustituyó al arco y a la ballesta, no porque fuera más letal —como ha señalado el profesor Roberts— sino por ser más fácil su aprendizaje (12). El arcabuz heredó de este modo el papel táctico secundario de las armas que había desplazado: hostigar al enemigo, apoyar a los escuadrones propios y reconocer el terreno. Ciertamente su velocidad de tiro era escasa, y frecuentes los disparos fallidos; pero se compensaba con una severa disciplina de fuego, que permitía a las mangas de arcabuceros contar con arcabuces cargados en todo momento.

La aceptación del arcabuz entre los soldados a pie necesitó, como ocurrió con la pica, de una serie de éxitos tácticos que hicieran confiar al combatiente en su arma —requisito indispensable para forjar un buen soldado—. Las victorias de Gonzalo de Córdoba en Italia hicieron que el arcabucero español obtuviera esa confianza, convirtiéndose en lo que el suizo respecto a la pica: un modelo para toda Europa. El Gran Capitán había encontrado la respuesta táctica al hasta entonces invencible escuadrón de picas —tan efectiva que lo hizo desaparecer cuando los ejércitos europeos la asumieron plenamente—. El fuego de numerosa arcabucería dirigido sobre el escuadrón desde que se hallaba a un centenar de metros, no especialmente mortífero pero sí ininterrumpido, bastaba para resquebrajar el sentimiento de protección que le infundía al escuadrón la muralla de picas. Las balas que pasaban entre los intervalos de las primeras filas alcanzaban la parte más vulnerable y expuesta a la fuga del escuadrón: las filas interiores y traseras. Los hombres que caían heridos en esas filas acentuaban la impotencia y el desánimo de sus compañeros, que por su situación no podían ver al enemigo, ni tampoco el ejemplo de los mejores oficiales y soldados, situados delante. Ante ese fuego persistente y progresivamente desmoralizador, el escuadrón sólo podía responder de dos maneras: retrocediendo derrotado, o arremetiendo a los arcabuceros. El peligro que para los arcabuceros implicaba esta segunda respuesta lo abortó Gonzalo situándolos tras atrincheramientos naturales o artificiales: si el escuadrón intentaba salvar el obstáculo para contactar con los arcabuces, como ocurrió en Ceriñola en 1503, era inevitable se perdiera aquello que lo hacía invencible —el orden y la cohesión—. En cuestión de minutos, y bajo el fuego incesante de los arcabuces, el escuadrón se convertía en una masa desmoralizada y emprendía la fuga.

Pero el arcabuz no hubiera significado una innovación táctica si sus cualidades hubieran sido meramente defensivas. En el siglo XV, los arcos ingleses actuaron de forma similar tras una empalizada de estacas en Azincourt, e igualmente formidables fueron las armas de fuego husitas tras los carros fortificados de Jan Ziska. El cambio que en el siglo XVI introdujo el arcabuz vendrá necesariamente ligado al aumento de su carácter ofensivo. Fue un proceso gradual, posibilitado por la relativa sencillez y ligereza del arma, y que permitirá establecer de nuevo un paralelismo con la antigüedad clásica. En efecto, y a partir de la confianza ganada en las victorias de Granada e Italia, el arcabucero español comenzó a actuar como un verdadero peltasta griego, convirtiendo frecuentemente el hostigamiento en un ataque frontal al enemigo —los arcabuceros aplicarán repetidas veces las lecciones de Sphacteria en los campos de batalla del siglo XVI, y recurrirán frecuentemente a la espada para cerrar con el enemigo (13)—. En eso consistió “la individualización de la infantería española, opuesta al mecanismo de masas de las tropas suizas”, a la que hace referencia Vicens (14). Para ganar esas cualidades ofensivas, el arcabucero tuvo que abandonar la seguridad de esos atrincheramientos que le fijaban al terreno, encontrando en el escuadrón, por su carácter de “fortaleza móvil”, un sustituto ideal. Mangas de arcabuceros guarnecieron los escuadrones, y “al calor” de las picas comenzaron a desplazarse por el campo de batalla para causar en los escuadrones enemigos el efecto descrito anteriormente —e impedir a los arcabuceros enemigos hacer otro tanto en los propios—.

La omnipresente amenaza de la caballería hizo inevitable esa simbiosis entre la pica y el arcabuz. Después de todo, siempre cabía el repliegue ante la acometida de un infante con pica; durante dos mil años, sin embargo, la presa



favorita de la caballería había sido el infante ligero sorprendido en campo abierto —y no otra cosa era el arcabucero que se alejaba de las picas—. Hasta bien entrada la edad moderna, sólo se concebirá hacer frente a la caballería en sus mismos términos —con otra caballería— o levantando ante ella un obstáculo físico —atrincheramientos o picas—. Fue el arcabucero español del siglo XVI el primer infante en vencer ese temor secular, al separarse cada vez más de la protección de las picas para ejecutar movimientos ofensivos, buscando en los ocasionales accidentes del terreno los obstáculos que estorbaran las cargas de caballos y picas enemigas. Así el cronista Brantôme, veinte años después de Ceriñola, se asombrará de la iniciativa de los arcabuceros españoles, acostumbrados "...a girar en redondo, a dar vuelta a uno u otro lado, ora aquí, ora allá, todo ello con la mayor rapidez... sin la menor orden de mando" (15). Con esa movilidad apoyada en el terreno deshicieron a la caballería francesa en Pavía, aumentaron progresivamente su confianza en los efectos del arma, y redujeron su dependencia moral respecto de las picas. Como era de esperar, la creciente audacia ofensiva de los arcabuceros los condujo con frecuencia a situaciones tácticamente peligrosas —esto es, a enfrentarse con caballos o picas sin contar con el apoyo de los propios o la protección del terreno—.

En la medida que el arcabucero salga victorioso de esos enfrentamientos con los milenarios enemigos del arma arrojadiza —las masas de infantes y jinetes con armas de empuñadura y de asta— se operará un cambio en la mentalidad de los combatientes y, finalmente, en la propia naturaleza del combate. Gradualmente, el arcabucero descubrió en la concentración y disciplina de su fuego una protección casi tan eficaz como la proporcionada por los obstáculos físicos. En la moral del arcabucero —y, lo que es más importante, en la de sus enemigos— la "salva apretada" se convirtió en una barrera tan insalvable como la formada por picas o zanjás. El fuego concentrado sobre las primeras filas del escuadrón enemigo abatía un número desproporcionado de sus mejores oficiales y hombres, lo que contribuía a su desmoralización; y si el escuadrón se hallaba a la distancia "crítica" recomendada por el Duque de Alba —"a dos picas de largo, porque... si tiraban de lejos, los más fueran en balde" (16)— el efecto de la descarga "empujaba" a las primeras filas más mortíferamente que una barrera de picas. Las evidencias de primera mano que confirman esta realidad aparecen con ritmo creciente en las crónicas del siglo XVI, donde aparecen también reflejados el asombro y la vacilación de los tratadistas ante los efectos morales, contrarios a la experiencia histórica, de la nueva arma arrojadiza. En Ingolstadt, en 1546, don Luis de Ávila pudo contemplar las cargas de un millar de caballos sobre varias banderas de arcabuces, y aunque "a la verdad el sitio era desigual, siendo caballería contra arcabuceros... los nuestros los recibieron de manera, que los hicieron volver huyendo" (17). Francisco de Valdés, sargento mayor del Tercio de Lombardía en 1567, aseguraba que "ya se ha visto en campaña ser acometidos arcabuceros de golpe de caballería una y más veces, y no les haber roto", pese a lo cual seguía recomendando el apoyo protector de las picas (18). En el combate del Jasse, en 1568, "a algunos de estos arcabuceros nuestros les cargó un escuadrón de caballos, pero se juntaron, ... si bien era campaña rasa, y los recibieron con una salva tan apretada, que abrieron por medio el escuadrón, haciéndole retirar; y volviéndolos a cargar segunda vez otras dos cornetas... los volvieron a abrir a todos deshaciéndoles el escuadrón" (19). Brantôme, refiriéndose al emperador Carlos, escribió que "la summa de sus guerras era puesta en las mechas encendidas de sus harquebuzeros espaingolles" (20), y un sentimiento similar animó al duque de Alba en Jemmingen, cuando privó deliberadamente a sus arcabuceros del apoyo de las picas, derrotando sólo con ellos a los escuadrones enemigos.

## EL MOSQUETE Y LA DECADENCIA DE LA PICA (1575-1660)

El siglo XVI fue así testigo del lento proceso de percepción, por parte del combatiente, de la principal cualidad de las armas de fuego: su capacidad para forzar al enemigo a un "punto de decisión" prescindiendo del contacto y del empleo masivo de armas blancas. A fines del siglo, la rápida difusión de un arma reservada hasta entonces —en razón a su peso— a la defensa de murallas, hizo patente ese cambio en la mentalidad del combatiente.

Ya en la época de Jemmingen, las compañías de arcabuceros españoles contaban con esa nueva arma: el mosquete. A efectos prácticos, se trataba simplemente de un arcabuz alargado y más pesado, pues su mecanismo de fuego seguía invariable. Pero lanzaba proyectiles con mayor fuerza y peso, con lo que empezó a suplir la principal deficiencia que aquejaba al arcabuz: su incapacidad para atravesar armaduras e infligir heridas graves en el fuego a larga distancia (75-200 metros). El peso y tamaño de los primeros mosquetes, que requerían de una horquilla portátil para ser empleados, restaban movilidad al mosquetero y no los hacían idóneos para las tácticas de infantería ligera que practicaban los arcabuceros. Por ello, y pese a la inferioridad del arcabuz ante el mosquete en el fuego a larga distancia, ambas armas fueron naturalmente complementarias hasta las primeras décadas del siglo XVII.

Se deben matizar, sin embargo, los efectos de la superioridad técnica del mosquete. En efecto, hasta el perfeccionamiento del fusil rayado y de retrocarga en el siglo XIX, las mejoras en la calidad y precisión del arma de fuego no alteraron decisivamente la efectividad del fuego de la infantería. Básicamente, esos avances apuntaron a mejorar la eficacia del fuego a larga distancia, y a reducir el intervalo entre disparo y disparo —y recientes investigaciones han demostrado el limitado efecto de esas mejoras (21)—. En el siglo XVIII, se ha estimado que alcanzaban su blanco entre el 0.2 y el 0.5 por ciento de las balas disparadas por mosquetes, en condiciones de combate; se comprende así que los contemporáneos afirmaran que para matar a un hombre “...era necesario dispararle siete veces su peso en plomo” (22). Y en fecha tan tardía como 1814, un coronel inglés considerará al más moderno mosquete capaz únicamente de “...alcanzar la figura de un hombre a 80 yardas —puede que incluso a 100—; pero un soldado puede considerarse muy desgraciado si resultara herido por un mosquete corriente a 150 yardas, si su enemigo le apuntase” (23). A esa imprecisión en el disparo que acompañará siempre a las armas de avancarga y ánima lisa —desde el arcabuz al “Brown Bess”— se unió un fenómeno derivado de su empleo y que frecuentemente se ignora: la espesa humareda que provocaban sus descargas. Densas nubes de humo oscurecían el campo de batalla desde el comienzo al fin de la acción, restringiendo la visibilidad de los combatientes y haciendo relativas, por tanto, las mejoras en el alcance y velocidad de tiro del mosquete (24).

En suma, ante un enemigo resuelto, sólo había un modo de actuar, trátase de los arcabuceros de Alba en Jasse, los mosqueteros de Saxe en Fontenoy, o los fusileros de Wellington en Waterloo: efectuar una descarga cerrada a corta distancia con un grupo compacto de infantes. Esa certeza condujo a los “reformadores” del siglo XVII a sistematizar el empleo del fuego controlado y masivo de los pesados mosquetes, y a arrinconar paulatinamente las tácticas de escaramuza que el arcabuz, heredero del arco y la jabalina, había protagonizado hasta entonces. El infante ligero dejó paso a las largas líneas compactas de mosqueteros capaces de levantar, con el estricto control de su fuego, una barrera psicológica que hacía superflua la barrera física de las picas, desterrando de los campos de batalla europeos el choque decisivo entre masas de tropas organizadas. La disciplina de fuego dio mayor capacidad ofensiva a la infantería, asegurando su supremacía táctica hasta el último tercio del siglo XIX. Ciertamente contribuyeron a ese proceso los avances técnicos en el arma de fuego; pero sólo en la medida que aumentaron la confianza del mosquetero en su arma, y el respeto del enemigo por ella. La adopción de la bayoneta a finales del XVII podrá considerarse el último paso en ese ascenso de la infantería, al transmitir al mosquetero la principal cualidad defensiva que había justificado la pervivencia del piquero: la posibilidad material de frenar una carga de caballería presentando un seto de puntas de acero.

## N O T A S

(1) MONTLUC, *Commentaires*, citado en *Bocetos Tácticos*, de F. ALIUMADA, (Toledo 1935). Fue capitán de arcabuceros en las Guerras Italianas de la primera mitad del XVI.

(2) J. KEEGAN, *The Face of Battle*, p. 166 (1978).

(3) Persistirá, sin embargo, en los enfrentamientos entre jinetes, que seguirán usando el arma blanca.

(4) A. du Picq, *Estudios sobre el combate*, p. 35 (Madrid 1988).

(5) B. DE MENDOZA, *Comentarios de las guerras de los Países Bajos*, p. 431 (Madrid 1948).

(6) KEEGAN, ob.cit., p. 173.

(7) Ch. OMAN, *A History of the Art of War in the 16th Century*, p. 237 (Londres 1991).

(8) R. QUATREFAGES, *Los tercios españoles*, p. 123 (Madrid 1979).

(9) MENDOZA, ob. cit., p. 420.

(10) A. WOOLRYCH, *Battles of the English Civil Wars*, (Londres 1961). Comenta la impotencia de los piqueros ingleses ante cualquier situación que requiriese capacidad maniobrera, y la facilidad con que se desbandaban ante la caballería.

(11) L. MONTROSS, *Historia de las guerras*, p. 148 (Barcelona 1963).

(12) G. GUSH, *Renaissance Armies*, p. 10 (Cambridge 1982).

(13) En 425 a. de C., una fuerza de peltastas atenienses dirigida por Cleón aniquiló una falange espartana, empleando alternativamente tácticas de hostigamiento y choque. MENDOZA (ob.cit.) y el maestre de campo Coloma (*Las guerras de los estados-bajos*, Madrid 1948) ofrecen numerosos ejemplos que muestran a los arcabuceros de Alba y Farnesio actuando de ese modo.

- (14) VICENS-VIVES, *Charles V e son temps*, p. 47 (París 1972).
- (15) P. DE BRANTOME, *Memoires*, (París 1896), en Montross ob. cit. p. 146.
- (16) y (17) LUIS DE ÁVILA, *Comentario de la guerra de Alemania*, p. 417-419 (Madrid 1947).
- (18) F. DE VALDÉS, *Espejo y disciplina militar*, p. 51 (Madrid 1944).
- (19) MENDOZA, ob. cit., p. 436.
- (20) BRANTOME, en Quatrefages ob. cit. p. 73.
- (21) B. HUGHES, *Firepower (1630-1850)*, Londres 1974.
- (22) M. LAUERMA, *L'artillerie de campagne francais pendant les guerres de la revolution*, p. 32 (París 1956).
- (23) HANGER, *To all sportsmen* (Londres 1814), citado en *Weapons of the British Soldier*, de H. Rogers (Londres 1960).
- (24) HUGHES, ob. cit., p. 64

## B I B L I O G R A F Í A

- HUGHES, B.P.: *Firepower: Weapons effectiveness on the battlefield 1630-1850*, Londres 1974.
- QUATREFAGES, R.: *Los tercios españoles*, Madrid 1979.
- OMAN, Sir Ch.: *A History of the Art of War in the XVIIth Century*, Londres 1991.
- ALMIRANTE, J.: *Bosquejo de la historia militar de España*, vols. II-IV, Madrid 1923.
- MARTÍNEZ CAMPOS, C.: *España Bélica, el siglo XVI* (2 vols.), Madrid 1966.
- España Bélica el siglo XVII*, Madrid 1968.
- VALDÉS, F.: *Espejo y disciplina militar*, Madrid 1944.
- PARKER, G.: *El ejército de Flandes y el camino español*, Madrid 1991.
- La revolución militar*, Barcelona 1990.
- WAGNER, E.: *European Weapons and Warfare, 1618-1648*, Londres 1979.
- BLACK, J.: *A Military Revolution?*, Londres 1991.
- GUSH, G.: *Renaissance Armies*, Cambridge 1982.
- S.H.M.: *Armamento de los ejércitos de Carlos V en la guerra de Alemania*, Madrid 1947.
- Dos expediciones españolas contra Argel, 1541-1775*, Madrid 1946.
- MONTROSS, L.: *Historia de las guerras*, Barcelona 1963.
- GIONO, J.: *The battle of Pavía*, Londres 1965.
- HORTA, R.: "La batalla de San Quintín", en *Revista de Historia Militar*, n.º 4, Madrid 1959.
- FULLER, J. F. C.: *Batallas decisivas del mundo occidental*, Madrid 1979.
- SOTTO Y MONTES, J.: "Los grandes Tercios Viejos de la infantería española", en *Revista de H.ª Militar*, n.º 11, Madrid 1962.
- VV.AA.: *Las Guerras de Religión* (2 vols.), en *H.ª del Mundo en la Edad Moderna*, Universidad de Cambridge, Barcelona 1918.
- PICQ, A.: *Estudios sobre el combate*, Madrid 1988.
- KEEGAN, J.: *The Face of Battle*, Middlesex 1978.
- GARCÍA RIVERA, F.: *La guerra en la Historia*, vols. VII-VIII, Barcelona 1944.
- MONTUENGA, C.: *Los tercios españoles*, Madrid 1984.
- MENDOZA, B. de: *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países-Bajos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*, Madrid 1948.
- COLOMA, C.: *Las guerras de los Estados-Bajos, desde el año de 1588 hasta el año de 1599*, Madrid 1948.
- ÁVILA, L. DE: *Comentario de la guerra de Alemania*, Madrid 1947.



## LA ARTILLERÍA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XV

**Julián García Sánchez**  
Profesor de Historia Militar  
Academia General Militar  
Lcdo. en Geografía e Historia.

El XV es un siglo en el que de las Armas combatientes la caballería seguía siendo la principal, tal y como había sucedido durante toda la Edad Media; todavía no habían llegado los tiempos en los que la Infantería española maniobrera y andarina, que forjó en las guerras de Italia el Gran Capitán, se impusiera a las demás Armas.

Cuando vemos crónicas de la época y por lo que se refiere a la cuestión militar, es normal que se nos cuenten acciones de Infantería o Caballería, apareciendo esporádicamente alguna mención a máquinas de artillería. ¿Quiere eso decir que la Artillería no existía o tenía poca importancia?

La respuesta es negativa a ambas preguntas, puesto que la Artillería, según algunos tratadistas, fue empleada en España ya en el siglo XII.

Por lo que se refiere a su importancia, aún reconociendo que no era un Arma decisiva como lo sería en siglos venideros, sobre todo en el XIX, ya existían en el siglo XV un número importante de máquinas artilleras lo suficientemente variado como para que su presencia o ausencia en una determinada batalla tuviera una cierta influencia en el desarrollo de la misma.

Lo que se pretende con la presente comunicación es hacer un estudio, no muy profundo pues la extensión máxima fijada no lo permite, pero sí suficientemente aclaratorio de las piezas que en el siglo XV español fueron empleadas en las diversas acciones de guerra que durante esa centuria se desarrollaron.

\* \* \*

Por Artillería se conocía en principio el conjunto de máquinas, ingenios, instrumentos y en general todo lo que se podía emplear para el ataque a plazas fuertes. Es decir, no era necesario el empleo del fuego.

Posteriormente, la Artillería sería exclusivamente el conjunto de bocas de fuego no portátiles.

Pero en el siglo XV se distinguían claramente los siguientes términos: Máquinas, Tiros de Ingenio, Tiros de Pólvora y Artillería propiamente dicha.

## **MÁQUINAS**

Eran los artilugios que se empleaban para atacar plazas fuertes sin emplear el fuego ni proyectiles en general. Podemos citar las torres de madera, escalas, galápagos, arietes, guías, mantas, etc.

## **TIROS DE INGENIO**

Eran máquinas de propulsión diferente a la pólvora que lanzaban proyectiles. Como ejemplos tenemos catapultas, trabucos, cortaos, etc.

## **TIROS DE PÓLVORA**

Serían las armas portátiles que empleaban el fuego. Este tipo de armas comenzaron a usarse en España a finales del siglo XIV y recibían el nombre de Cañones chicos, Medios ribadoquines, Cerbatanas, Culebrinas, etc., pero que no hay que confundirlas con las posteriores armas de Artillería que recibieron parecidos o iguales nombres. En general a estas armas se les llamaba Tiros de pólvora o Truenos de mano.

## **ARTILLERÍA PROPIAMENTE DICHA**

Las piezas, en general, estaban formadas por varias barras o duelas, reforzadas por varios manguitos y un número igual de aros que cubrían las soluciones de continuidad.

Con los Reyes Católicos se empezaron a sustituir estas piezas de duelas batidas a la fragua por las de fuslera o fundición aunque no se sabe si eran de bronce o de una aleación indeterminada de cobre y estaño, ya que hasta 1487 no se tienen datos firmes del empleo del bronce en nuestra Artillería.

Los montajes, salvo excepciones, consistían en un zoquete o trozo de madera prismático, ligeramente rebajado para el asiento de la pieza. Luego todo el conjunto se ataba fuertemente con cuerdas, llevando las piezas varias argollas repartidas a lo largo del tubo para facilitar el atado.

Al disparar había que soltar las cuerdas y separar la recámara, para una vez recargada de pólvora o sustituida por otra volver a unirla y atar de nuevo. La velocidad de disparo era por tanto muy lenta.

Poco a poco el sistema fue evolucionando y se inventaron montajes que permitían una mayor rapidez, aunque casi todos tenían el problema de que los ángulos de tiro eran muy pequeños y por tanto también su alcance.

Los proyectiles eran casi siempre pelotas de piedra, llamadas bolaños; a veces se empleaban de hierro forjado y plomo pero en este caso solían ser dados de menor peso y tamaño. También se usaron las llamadas pellas que eran unos artificios incendiarios.

Los centros de producción de armamento de Artillería que se conocen en el siglo XV son Barcelona, Medina del Campo, El Pedroso (Sevilla), Zamora, Santander, Baza y Málaga. Por lo que se refiere a los centros de producción de proyectiles destacaban Écija, Santa Fé, Villena, Granada, Baza y Lorca.

Podemos dividir esta Artillería propiamente dicha en: Bombardas, Tiros grandes, medios y pequeños.

## **BOMBARDAS**

También llamadas Lombardas, sin que esta denominación tenga absolutamente nada que ver con Lombardía. Fueron las primeras piezas usadas por los cristianos (las de los musulmanes se llamaban Búzanos) y constaban de dos partes: la trompa, tomba o caña, que era el tubo de la pieza y el mascle, servidor o recámara, también llamado a veces cannon, de menor calibre que la caña y que se cargaba de pólvora antes de unirla a la caña. Cada pieza tenía varias recámaras para una mayor rapidez de tiro. El proyectil se cargaba por la boca.

La puntería se hacía con cuñas y palancas, aunque posteriormente se emplearon las llamadas joyas o puntos elevados en la boca y culata de la pieza. Los proyectiles eran normalmente bolaños que se labraban en las canteras.

El calibre oscilaba entre 20 y 40 cm. y la longitud no pasaba de 12 calibres; la velocidad de tiro era aproximadamente de 4 disparos por hora y su alcance normal eran los 1.300 mts., llegando a veces a los 2.000

Se clasificaban en bombardas grandes, medianas y pequeñas según el peso de la pelota que lanzaban y no había, por extraño que parezca, ninguna relación entre los espesores de la pieza y el calibre. La explicación de esto puede ser la falta de conocimientos de los constructores o de los que les ordenaban la fabricación. También influiría el deseo de venta rápido, que les llevaría a construir un peor género para darlo más barato. Por último, hay que anotar que la construcción era totalmente libre y por tanto cada operario hacía lo que quería o sabía.

Una variación de las bombardas eran las Bombardetas que, ¡cuidado!, no eran bombardas pequeñas, sino piezas de superior longitud (entre 15 y 30 calibres) y similares calibres.

## TIROS GRANDES

Podemos citar entre ellos a la LOMBARDA TRABUQUERA o CORTAO y el MORTERO o PEDRERO. En estas piezas se hace llegar al límite la relación entre el calibre y la longitud, en el sentido de que suelen ser piezas de gran calibre (alrededor de 50 cm.) y muy poca longitud (de 1 a 3 calibres). Su tiro era, por tanto, mucho más curvo.

El afuste consistía en un gran taco de madera reforzado por escuadras de hierro; la recámara era de mucho menor calibre que la caña y los proyectiles eran bolaños y pellas. En España aparecieron en 1465.

## TIROS MEDIANOS

Comprenden los CAÑONES GRUESOS o SERPENTINOS y los PASAVOLANTES. Los calibres de estas piezas oscilan entre 15 y 20 cm. y la longitud entre 14 y 16 calibres. Aparecen en España hacia 1469 y con el tiempo fue disminuyendo su calibre y aumentando su longitud. A finales de siglo se fundían ya en una sola pieza y se cargaban por la boca.

## TIROS PEQUEÑOS

En este grupo tenemos gran número de piezas diferentes:

### CERBATANAS.

Especie de Bombardas pero de calibre muy pequeño (de 2 a 7 cm.) y entre 25 y 40 calibres de longitud. Disparaban dados de hierro emplomados, aunque a veces lanzaban bolaños; aparecen en España sobre 1450 y son precursoras de las Culebrinas.

### CULEBRINAS.

En principio, al igual que las anteriores, eran armas portátiles, pero más adelante se integraron en la Artillería. Eran similares a los Cañones Serpentinicos pero de menor calibre. Aparecen cerca ya del 1500 y estaban fundidas en una sola pieza.

### FALCONETES.

Eran de aspecto exterior totalmente diferente a todas las anteriores y aparecen en España a principios del siglo XV. La recámara tenía forma de alcuza y se metía en su alojamiento, después claro está de colocar en ella la pólvora, sujetándose por detrás gracias a una cuña de hierro que atravesaba unas muescas que había en los costados; la recámara tenía además un asa para su más fácil manejo. El proyectil solía ser un dado de hierro emplomado de unos 2 kgs. como máximo. Una variedad de Falconete recibía el nombre de VERSO y tenía menor calibre y longitud

### RIBADOQUINES.

Parecidos a las Cerbatanas pero de calibre algo inferior (lo más 5 cm.). La longitud oscila entre 20 y 30 calibres. Solían ir de tres en tres sobre un carretón u órgano. Parecidos a los Ribadoquines estaban los ESMERILES que destacaban por tener mucha longitud en relación al calibre.

### ÓRGANOS.

Eran una especie de carretón de hierro con tres tiros cuyos proyectiles eran a base de hierros, regatones de lanzas y objetos gruesos, o sea metralla. Se ha dicho que el inventor de estas piezas fue Pedro Navarro cuando estaba con el ejército francés, pero no es cierto pues ya en 1469 se tienen referencias de ellos en España. Las piezas que se montaban parece ser que eran Ribadoquines, pero no siempre eso era así. Lo que está claro es que el calibre era muy pequeño y la velocidad de tiro relativamente grande.

### OTRO TIPO DE PIEZAS.

Había también MEDIOS RIBADOQUINES, RIBADOQUINES MOSQUETES, MOSQUETES DE OREJAS, MOSQUETONES, SACABUCHES, ESPINGADORES, ESPINGARDAS, etc. que eran piezas ligeras de muy pequeño calibre y con las que se llega sin solución de continuidad a las armas de fuego portátiles.

\* \* \*

Este era el panorama artillero del siglo XV español: una Artillería que por ejemplo en la Guerra de Granada tuvo mayor importancia de lo que se ha venido diciendo, hasta el punto de que hay historiadores que la consideran decisiva en dicha Guerra y una Artillería que si bien no era el arma fundamental de la batalla, sí tenía ya una gran importancia en el desarrollo de la misma.

## BIBLIOGRAFÍA

JOSÉ ARENTEGUI.—*Apuntes históricos sobre la Artillería española en los siglos XIV y XV*. Madrid 1887.

BALTASAR GIL PICACHE.—*Elementos de historia militar*. Valladolid 1908.

MODESTO NAVARRO GARCÍA.—*Notas de historia militar*. Madrid 1914.

FRANCISCO LANUZA CANO.—*El ejército en tiempos de los Reyes Católicos*. Madrid 1953.

JORGE VIGÓN.—*El ejército de los Reyes Católicos*. Madrid 1968.



# ASPECTOS MILITARES DE LA REVUELTA FORÁNEA EN MALLORCA (1450-1452)

Antonio Ortega Villoslada  
UNED. Centro Asociado de Baleares.

## INTRODUCCIÓN

Los acontecimientos de la revuelta foránea de 1450-1452 se relacionan directamente con los desequilibrios económicos y financieros que se incrementarán a partir de mediados del siglo XIV.

Con la reincorporación de Mallorca a la Corona de Aragón en 1343 el archipiélago balear se ve involucrado en la ambiciosa política mediterránea desarrollada especialmente por Pedro el Ceremonioso. La financiación de las numerosas empresas de este reinado determinan el progresivo endeudamiento del municipio de Palma, en principio bajo la fórmula de empréstitos y después bajo la forma de deuda pública. La presión monárquica combinada con los intereses sociales de ciertos grupos dirigentes de la ciudad determinarán que a finales del siglo XIV todos los ingresos fiscales de la isla estén consignados en su práctica totalidad al pago de intereses de la deuda pública. La presión impositiva y la desigual distribución de los impuestos junto a una gestión a menudo irregular, determinan un ambiente de malestar muy claro que ya en 1391 determinará el asalto por parte de los campesinos del "Call" o judería de la ciudad, exigiendo la abolición de impuestos sobre consumo.

El fracaso de la política amortizadora alentada por Alfonso V "el Magnánimo" favorecerá un incremento de las diferencias sociales que influirá decisivamente en la aparición de la revuelta foránea de los años 1450-1452.

## FASES DEL CONFLICTO

El estallido foráneo de 1450 nos viene dado por dos fases bien delimitadas que se caracterizan por el dominio alternativo de las fuerzas.

En una primera fase el potencial de los sublevados es muy superior al de los ciudadanos pues para unos primeros momentos se barajan cifras que oscilan entre las seis mil personas reunidas de forma espontánea en la villa de Inca (primera población de la parte foránea de la Mallorca de la época) y los poco más de dos mil que asediaron la capital en un primer momento (del 27 de Julio al 1 de Agosto de 1450). El Gobernador de la isla, Berenguer de Olms, en estos primeros momentos únicamente será capaz de reunir un total de 200 menestrales armados frente a los 2.000 foráneos que acuden a la llamada de los cabecillas insurrectos (1).

El día 11 de Abril de 1451 el campamento permanente de los foráneos se traslada a las puertas de la ciudad, en el inicio de un nuevo asalto, situando su centro operativo en el Monasterio del Real, situado en una llanura, a un kilómetro

y medio de las mismas. Se producen algunos intentos de asalto por la parte oeste de la ciudad en la zona del torrente de "Sa Riera".

Unas nuevas negociaciones levantan el sitio y el gobernador intenta crear un ejército con las tropas de la ciudad más los refuerzos que puede reclutar, por la fuerza, en los pueblos de la isla, reuniendo un total de 736 peones y 170 caballos mal formados que cuando lleguen al lugar de la batalla se habrá reducido a 400 hombres y 150 de a caballo.

Las tropas del gobernador mandadas por el lugarteniente Jaime Cadell se enfrentarán con los foráneos en las inmediaciones de la villa de Muro. La partida de Simón Ballester se compone de un total de 300 hombres frente a los cuatrocientos peones y los ciento cincuenta de a caballo del lugarteniente. Durante la batalla las tropas foráneas del lugarteniente desertarán obligando a Jaime Cadell a refugiarse en la villa de Muro con la esperanza de rehacerse o salvarse al abrigo de las empalizadas hechas en las calles de la villa. Finalmente será reducido por los foráneos y encerrado en el palacio de Sant Johan. Posteriormente será puesto en libertad pero la noticia del desastre se difunde rápidamente por toda la isla, lo que llena de temor a los ciudadanos y envalentona a los foráneos que iniciarán un tercer sitio de la ciudad con ataques a varias puertas de la ciudad, las denominadas puerta "Pintada" y puerta "del Sitjar".

Por parte de los menestrales favorables a la revuelta se producirá un intento de abrir las puertas desde dentro, pero el complot se descubre a tiempo y fracasará. Un intento de salida por parte de los ciudadanos fracasará ante la supremacía de los foráneos. En estos momentos la ciudad se prepara para un asalto definitivo fortificando el Alcázar de la Almudaina como último reducto.

Tras nuevas negociaciones se levanta de nuevo el cerco de la ciudad de Palma. Aprovechando esta situación el gobernador intentará crear de nuevo un ejército leal pero la noticia de la llegada de un ejército rebelde desbarata la operación. Durante la primera mitad de 1452 la situación se complica ante un nuevo intento de asalto que va acompañado de un aumento del pillaje por toda la isla.

La situación cambiará drásticamente el día treinta y uno de julio de 1452 cuando llega el Capitán General Francisco de Erill al mando de mil peones extranjeros, apodados "sacomano", y cuatrocientos caballos armados, en sustitución del depuesto Berenguer de Olms.

Se produce un cambio cualitativo y cuantitativo que se traduce en una rápida solución al conflicto. Una sola acción militar va a decidir el futuro de la revuelta. Marcha el Capitán General hacia la villa de Inca en donde se refugiaban los rebeldes fuertemente armados y aprovisionados (2), el día 31 de agosto de 1452. Al llegar a las puertas de la villa, el ejército real toma camino hacia la villa de Sancellas con objeto de descansar y aguar los caballos, lo que será interpretado por los foráneos como una huida. Salen los foráneos a hostigar a las tropas reales alejándose de sus defensas y una vez en campo abierto las tropas reales se vuelven contra sus perseguidores ocasionándoles una derrota total con un balance de ochenta muertos y otros tantos presos que sufrirán posteriormente pena de muerte ajusticiados por orden del gobernador.

Las tropas foráneas se retiran hacia la villa de Pollensa con intención de organizar su defensa pero la huida de sus cabecillas a bordo de una galera construida por ellos mismos en dirección a Nápoles con intención de entrevistarse con el rey, descomponen el precario ejército y los foráneos deponen las armas.

Sin embargo un pequeño grupo de trescientos hombres huyen hacia las montañas con intención de continuar la revuelta. El asesinato del clavario Domingo Miró resucitará el levantamiento pero este amago de insurrección será resuelto por el gobernador quien al mando de tres mil hombres y cuatrocientos caballos propiciará la desbandada de los foráneos y el exterminio de los grupos que actuaban en la montaña.

## TÉCNICAS Y ARMAS EMPLEADAS

En cuanto a las técnicas destaca, por coincidencia en ambos lados, el saqueo al que ambos ejércitos recurren para procurarse el avituallamiento necesario para el mantenimiento de sus huestes. En el ejército foráneo no se observa una técnica definida en el arte de la guerra. Sus actuaciones tanto en el campo de batalla como en los asedios vienen dadas por una organización que si bien resulta escasa en relación con un ejército profesional, denota cierto intento de jerarquización y estructuración del ejército de los sublevados. En un principio los foráneos se levantan como "capitanes

del rey" (3) con igual mando, pero pronto sobresaldrán algunos cabecillas que destacarán en la revuelta, como el futuro jefe indiscutible de los foráneos Simón "Tort" Ballester (4), de la villa de Manacor, quien estructurará una cadena de mando.

El cuerpo del ejército foráneo se estructura por grupos ordenados en gavillas según la villa de procedencia. A estas tropas se les unirán una pequeña parte de los artesanos de la ciudad y la gran mayoría de los libertos.

Por su parte el ejército leal al gobernador estaba compuesto por caballeros e hidalgos, pues no existía un ejército regular y los ciudadanos no confiaban en las milicias artesanas debido a la simpatía que sentían amplios grupos de éstas, reflejado en el intento de levantamiento interno.

Un aspecto importante es la escasa dotación del castillo de Bellver, custodiado únicamente por dieciseis hombres al mando del castellano Vicente Roig.

El asedio constituye el aspecto más importante de las acciones puramente militares de los foráneos pues en su desarrollo observamos un aumento de coordinación y eficacia a medida que se vayan sucediendo los sitios de Palma. El cerco de la ciudad se irá haciendo cada vez más efectivo y se llegará a construir una máquina de guerra sobre la cual sólo nos ha llegado una pobre descripción que la define como un artefacto de madera que se le dio el nombre de "cuca" recubierto de pieles de buey y semejante a un ariete antiguo. Las armas empleadas en el bando de los foráneos abarcan desde las piedras a las ballestas (de gran tradición y exportadas por Mallorca a Inglaterra durante la guerra de los Cien años), pasando por picas, lanzas, espadas y dardos. Como armas pesadas usarán las bombardas traídas de los pueblos del interior para el asedio de la ciudad y los pedreros capaces de lanzar piedras de dieciseis y dieciocho libras.

En la parte de los ciudadanos encontramos las mismas armas que en los foráneos, marcando la diferencia las armas de fuego, arcabuces y espingardas, traídas por las tropas del rey a partir de julio de 1452.

En los planes de acción de los foráneos entran las armas navales como intento de completar por mar el cerco de la ciudad. A finales de 1451 los sublevados inician la construcción de una galera (5). Se construirá en la bahía de Pollensa, al otro lado de la isla, con la intención de evitar acciones de los ciudadanos durante la construcción de dicha nave. Para ello se completará la vigilancia de la galera en construcción con un laúd y una galeota traídas de Menorca con ese fin. Esta galera es la que emplearán los cabecillas de la revuelta para huir hacia Nápoles. El rey empleará dicha galera en la toma a los florentinos del puerto de Vada el dieciseis de Diciembre de 1452. La actuación naval se completa con la confiscación de embarcaciones y el apresamiento en el puerto de Sóller de una carabela ibicenca.

El asedio por tierra a la ciudad se inicia invariablemente de la misma manera: cortar el suministro de agua a la ciudad cortando para ello la acequia que traía el agua desde las montañas. Posteriormente se dedicaban a asolar los territorios circundantes y lanzar proyectiles emponzoñados al interior de la ciudad por medio de hondas y ballestas.

## LOGÍSTICA

Los amotinados constituyeron desde un principio un campamento base en la villa de Lluchmajor desde donde salían partidas cuyo número oscilaba entre cincuenta y sesenta con el objetivo de barrer y controlar los caminos, proceder al aprovisionamiento de los insurrectos y saquear las alquerías favorables a los ciudadanos, bien por propiedad o por afinidad ideológica. Este campamento, durante los asedios, se trasladaba a las dependencias del Monasterio del Real, instalándose en su interior los cabecillas de los foráneos y acampando el resto de los sublevados en los alrededores. Las levas se producían tanto por afinidad a la causa como por amenaza o parentesco. El temor al castigo por los enfrentamientos iniciales con los representantes del gobernador acababa de decidir a los demás indecisos. La aceptación generalizada de la revuelta en la parte forense facilitaba las tareas de vigilancia de toda la isla.

## CONCLUSIÓN

A pesar de los desmanes propios de las revueltas sociales, la revuelta de los foráneos nos muestra un decidido intento de orquestar unos elementos mínimos para el desarrollo de un ejército que nunca llegó a funcionar como tal.

## N O T A S

(1)	<u>TROPAS REBELDES</u>	<u>TROPAS DEL GOBERNADOR</u>
12/04/1451	2000 hombres	200 menestrales
1451	3000 »	736 peones
		170 a caballo
Octubre/1451	1500 »	no consigue reclutar gente.
31/07/52	1500 »	1.000 peones
		400 caballos armados.

- (2) Los rebeldes estaban provistos de armas y pólvora traída de Menorca.
- (3) Los foráneos siempre se sintieron leales al rey Alfonso V.
- (4) "Tort" no se sabe si se refiere a un apodo o un apellido.
- (5) Se consruirá con las herramientas confiscadas y se compran 25 quintales de hierro para la construcción de la misma.

## B I B L I O G R A F I A

J. MARÍA QUADRADO, *FORÁNEOS Y CIUDADANOS, historia de las disenciones civiles de Mallorca en el siglo XV*. Imprenta de José Tur, 1939, Palma de Mallorca.

RODNEY HILTON, *Siervos Liberados*, Ed. Siglo XXI, 1978.

# **POLIORCÉTICA, ECONOMÍA DE GUERRA Y HACIENDA EN EL SIGLO XV**

**(El asalto a Balaguer por Fernando I en 1413)**

**Esteban Sarasa Sánchez**  
Profesor de II.<sup>a</sup> Medieval  
Universidad de Zaragoza.

La elección de don Fernando de Trastámara en la propuesta que los representantes de los tres estados hispánicos peninsulares de la Corona de Aragón emitieron por mayoría a su favor, supuso un cambio político sustancial en el gobierno de los reinos y tierras del rey de Aragón.

Sin entrar ahora a analizar en qué consistió dicho cambio político, cabe si acaso resaltar algo que no por sabido ha sido valorado siempre suficientemente: la propia situación personal, y familiar, del electo y proclamado en Caspe en junio de 1412, ya que pertenecía a una corona ajena, la de Castilla, en la que venía actuando como regente y en cuya condición persistió al acceder al trono; su llegada estuvo además rodeada de fama por el reciente éxito obtenido en la toma de Antequera, que abriría el camino hacia la conquista del reino nazarita de Granada en la persona de otro Fernando, el segundo de Aragón llamado el Católico; y finalmente había jugado fuerte en la defensa de su candidatura al trono aragonés, siguiendo las pautas propias de la política expansionista de los Trastámaras castellanos que ampliaban el horizonte político a los estados de la Corona de Aragón (1).

Conocidos, pues, los pormenores que rodearon la trayectoria personal de Fernando de Trastámara durante el "interregno" producido entre la muerte del rey Martín el Humano en 1410 sin sucesión directa y la elección caspolina de 1412, así como también la buena acogida de su causa en Aragón, la no tan acorde de Valencia y la recelosa de Cataluña (2); debe señalarse que todo el año 1413 —después de haber celebrado Cortes en Aragón en el otoño de 1412 (3)— tuvo que ocuparse el nuevo monarca de sofocar la rebeldía del candidato que con mayor firmeza mantuvo en jaque al monarca y con mayor fe en sus derechos defendió sus aspiraciones, aún después de verlas truncadas en la decisión de Caspe: don Jaime, conde de Urgel; el cual arrastró hacia su causa, entre otros, al noble aragonés y cabecilla de la rebelión contra el Trastámara castellano don Antón de Luna, que ofreció resistencia prolongada en el norte de Aragón, donde retuvo, cuanto sus fuerzas se lo permitieron, algunas fortalezas del somontano oscense hasta ser vencido por las tropas reales y acusado de crimen de "lesa majestad" (4).

Pero la empresa militar más costosa de las emprendidas contra el Conde de Urgel y sus seguidores, fue, sin embargo, el asedio y asalto de Balaguer, donde don Jaime se había refugiado y ofrecía serias dificultades para entregar la plaza y someter su persona al soberano. Así la acción bélica que Fernando I de Aragón tuvo que dirigir contra el rebelde e insumiso se convirtió en una prueba de fuego que el nuevo monarca asumió como propia para revalidar la fama

adquirida en la empresa antequerana y terminar drásticamente con los recelos, diferencias y divisiones que la decisión de los parlamentarios de Caspe había provocado (5).

Todo se inició, no obstante, cuando las presiones ejercidas por el parlamento catalán sobre el Conde de Urgel, para reducirle a la obediencia y gracia real, no surtieron efecto alguno, sino que más bien le reafirmaron en su obstinación —similar a la ofrecida, también por entonces, por Benedicto XIII, el Papa Luna—; alentada, al parecer, por la ambición de su madre, Margarita de Monferrato, que aprovechando el débil carácter de su hijo luchó incansablemente y sin tregua por verle sentado algún día en el trono aragonés y con todos los derechos que creía legítimos (6).

El primer gesto de desobediencia fue la ausencia de don Jaime en las Cortes convocadas por don Fernando a los aragoneses para, en el mismo año de su elección, contactar directamente con el reino patrimonial y jurar solemnemente los Fueros, como ceremonia de obligado cumplimiento antes de ser reconocido como rey, y antes de ser finalmente coronado como tal en la catedral de El Salvador de Zaragoza; ceremonia esta última que hubo de aplazarse hasta principios de 1414 a causa de la guerra contra don Jaime (7).

El Conde de Urgel era llamado a Cortes de Aragón porque tenía dominios en este territorio y por ello derecho de asistencia como un ricohombre más, aunque carecía de la naturaleza propia del reino. Ante el requerimiento de una justificación de dicha ausencia, el rebelde hizo llegar al rey, por medio de Ponce de Perellós y ante los embajadores regios, la manifestación de que en vida de Martín el Humano, éste había sostenido la voluntad firme de que, si moría sin hijos que le sucedieran —como así fue—, la sucesión de la Corona debía recaer y asentarse en la Casa de Urgel, afirmando asimismo que muchos letrados aseguraban que el derecho y la justicia daban la razón a su familia y no a la del nominado don Fernando de Trastámara (8).

La oportunidad brindada por el monarca hacia don Jaime —cuando el rey se había mostrado generoso con quienes ayudaron a su nominación y condescendiente con los que tras oponerse se le rindieron— le fue transmitida por medio del abad de Valladolid Diego Gómez de Fuensalida; invitándole a retractarse de su postura y acudir a las Cortes de Zaragoza como muestra del cambio de actitud. Pero dicha oportunidad fue ignorada por don Jaime, provocándose, a partir de entonces, una inusitada tensión que desembocó en una “guerra civil” entre los partidarios del rey y los del rebelde, que en Aragón fueron encabezados por don Antón de Luna, el cual pertenecía a una de las familias de mayor raigambre en el reino (9).

Cabe recordar que ya en otras ocasiones el territorio aragonés se había visto envuelto en guerras civiles entre partidarios “realistas” y de “la Unión”, primero en torno a 1283 y después en 1348, y de ambas experiencias los aragoneses habían salido divididos y enfrentados con grave deterioro de la convivencia y del progreso general del país (10). En esta ocasión, de nuevo la división sacudió violentamente al reino por hallarse algunos de sus principales entre los seguidores de la causa antirrealista o urgelista. Los muros de algunas fortalezas muy significadas, como Loarre o Montearagón, refugio de los urgelistas aragoneses, fueron testigos de cercos prolongados y acciones cruentas, pero la situación adquirió mayor dimensión cuando el escenario de la guerra se trasladó a las tierras de Lérida, en una maniobra de Fernando I para obligar a don Jaime a rendirse en Balaguer, donde se había hecho fuerte, y desistir, con mayor o menor agrado, de su empeño sucesorio (11).

Tras prolongado y duro asedio, el Conde de Urgel fue vencido y hecho prisionero en aquella plaza, acabando sus días, años después, en Játiva, recreándose en torno a su figura una leyenda áulica que le engrandeció en su desgracia (12). Sólo entonces el rey pudo preparar su coronación y la de la reina doña Leonor de Alburquerque, la cual fue de las más solemnes que se recuerdan porque fue la manifestación pública del triunfo Trastámara que ahora podía sentirse definitivamente legitimado en la persona del vencedor de Antequera y Balaguer (13). De ahí que las fiestas que rodearon tan excelso acontecimiento en febrero de 1414 y en Zaragoza, donde se coronaban los monarcas aragoneses desde Pedro II, resultaron el mejor escaparate público de la majestad de un rey que se sentía ya consagrado y entronizado oficialmente en sus nuevos reinos. Dicha coronación, por cierto, fue debidamente recogida también en las crónicas castellanas que abren un paréntesis para contar los hechos del breve reinado de Fernando I entre 1412 y 1416 como si fueran propios (14).

La empresa de Balaguer fue, por tanto, especialmente sonada y de gran repercusión peninsular. Pero lo que nos interesa ahora específicamente son los pormenores del asedio de Balaguer, como ejemplo de estrategia y operación guerrera, en los prolegómenos de un siglo que culminaría en la guerra de Granada y vería tantos avances militares como consecuencia de la Guerra de los Cien Años, que venía convulsionando el Continente europeo desde la centuria anterior.

La "Hacienda Real" tuvo que atender el enorme gasto que debió sufragar el despliegue de medios y hombres que fue necesario para lograr finalmente el éxito; despliegue en principio desproporcionado para lo que se trataba, pero que se justifica si pensamos en el aprovechamiento que don Fernando, el vencedor en Antequera, hizo de la cuestión para afianzarse en el trono al que su familia y las demás circunstancias favorables, debidamente manejadas por sus colaboradores, le encumbraron (15).

De ahí que los registros de la "tesorería regia" recogieran puntual y detalladamente la información precisa sobre los dispendios ocasionados por la guerra contra el Conde de Urgel y el sitio que las tropas reales pusieron sobre Balaguer (16). Precios de los materiales utilizados en la construcción de los ingenios militares precisados en el asedio, salarios y soldadas de quienes formaron parte de la infraestructura de guerra adecuada para trasladar a pie de muralla los instrumentos necesarios para mantener el cerco o también de los que fueron reclutados para diversos menesteres relativos al sitio, y gastos en general provocados por el evento, se registran debidamente en los libros mencionados que el Archivo de la Corona de Aragón de Barcelona guarda entre sus innumerables y excepcionales fondos (17). Con lo cual se dispone de una información precisa que aquí se presenta apretadamente; no con intención de centrar el acontecimiento bélico en el contexto político y militar de la época y de las circunstancias concretas, sino como ejemplo de cómo la economía de guerra en la Corona de Aragón del siglo XV, o si se quiere en la Europa de dicha centuria, ocupó un lugar importante en la administración de la Hacienda Real y de qué manera el arte de la guerra en el asalto a ciudades amuralladas y protegidas se nutría entonces de materiales, instrumentos, ingenios, vías de comunicación, transportes y contingente humano como si se tratase de una empresa económica más; empresa, en este caso, sufragada, eso sí, no por la iniciativa privada sino por la administración regia y con una finalidad política y dinástica propia de las monarquías que en el siglo XV comenzaban a instalarse como herederas de la mentalidad política medieval, pero ya con un ideario propio del Estado moderno que llevaría inexorablemente hacia el absolutismo precoz de la época austríaca (18).

La minuciosidad con que la "tesorería real" recogió la información material y económica de cuanto se utilizó en el sitio de Balaguer y otras campañas accesorias, permite ofrecer a continuación una descripción puntual de las partidas asentadas en los registros y comprobar cómo dichas partidas representan un capítulo sustancial sobre los gastos derivados de la guerra contra el Conde de Urgel; entre cuyos gastos figuran también los provocados y ocasionados en Aragón por la guerra particular contra don Antón de Luna y los seguidores en este reino de la causa urgelista; incluyendo lo correspondiente al pago de espías, oficiales y notarios que actuaron respectivamente en la averiguación y seguimiento del movimiento de tropas rebeldes, la confiscación de sus bienes y patrimonios y el levantamiento legal de las actas oportunas.

Las Cartas Reales y Registros de Cancillería del año 1413, en el reinado de Fernando I, completan la información en cuanto a lo que se puede entender como las operaciones llevadas a cabo a lo largo de dicha anualidad en torno a la guerra en cuestión y sus consecuencias, por lo que resultan de obligada consulta a la hora de reconstruir por completo el conjunto de operaciones militares desplegadas en dicho año de guerra civil (19).

## A P É N D I C E

### DATAS (GASTOS) DE LA CASA REAL

Fol. XLv. A Rafael de Ulcinelles, de la tesorería del rey, que le fueron entregados en el sitio de Balaguer por Juan de Esplá, tesorero asimismo del rey, para las expensas de la casa real: 1.515 florines.

Folio LXXVIIv.-LXXVIIIv. A Nicolás de Biota, escribano de ración de casa del rey, que los llevó al sitio de Balaguer para pagar a los servidores de dicha casa; a saber a García Montañés, sobremonger, a Pedro Fernández, sastre, y a Diego de Argote, paje: 360 s. barceloneses a cada uno, que suman un total de 1.080 s. barc.; a Antón de Requena, portero de maza, por una bestia, 226 s. b., a Juan Álvarez, menestral, por una bestia, 330 s. b., a Galcerán Sabater, del oficio de escribano de ración, por 2 bestias, 302 s. b., que suman un total de 858 s. barc.; a Juan de Fuentes, alguacil, por su trabajo, 142 s. b., a Ana María, guisadora de las viandas, a Juana García, pescadera, a su hija Leonor, a Mencia González, escombradora, a Francisca López de Sevilla, bordadora, a Catalina López de Abella, y a María Fernández de Abella, lavanderas: a razón de 90 s. b. cada una, que suman un total de 630 s. barc.; a Ana Juana Martínez, "covilladera" del rey, por provisión de la comida, de una sirvienta, de un peón y por la provisión de una mula, 465 s. barc.; y a Jaime Señor, sobrepanicero de casa del rey, y a su ayudante Miguel del Puch, 65 s. barc.: 3.240 s. barc.

DATAS (GASTOS) A NOBLES POR CABALLERÍAS  
Y PRESTACIONES

- Folio XLv. Al noble Juan Martínez de Luna, consejero y mayordomo del rey, por las caballerías de Daroca: 500 florines.
- Folio XLI. Al noble Pedro de Urrea, señor del vizcondado de Rueda, por la mitad del interés de 3.000 florines que prestó al rey para las necesidades del sitio de Balaguer: 150 florines.
- Folio XLIII. A Noha Chiniello, judío de la villa de Híjar, como procurador del noble Juan de Híjar, por el interés de 400 florines a mes y medio, a razón de 2 s. por libra, para el sostenimiento durante dos meses de la gente armada en el sitio de Balaguer: 5 florines.
- Folio XLV. Al noble Juan de Híjar, copero del rey, por el salario de 50 hombres a caballo con los que ha servido al rey en la guerra con el Conde de Urgel, a través de su procurador el judío Noha Chiniello. Cuya cantidad fue cobrada por el honorable Nicolás de Biota, escribano de ración de casa del rey, la cual por el dicho escribano fue anotada en el primer libro de "notamientos" de sueldo de la gente armada en la "carta" (página) 98; según se contiene más extensamente en un albarán de dicho escribano escrito en Zaragoza a 6 de febrero de 1414: 1.780 florines
- Folio XLVIIv. Al noble Juan Martínez de Luna, mayordomo del rey, a través de su procurador Martín de Lodosa, por el sueldo de 50 hombres a caballo armados con que le ha servido en la guerra contra el Conde de Urgel. Cantidad anotada asimismo por el escribano de ración en el primer libro de anotaciones del sueldo de la gente armada de la guerra con el Conde de Urgel en la página 14: 2.000 florines.
- Folio XLVIIv. Al noble Juan Martínez de Luna, a través de su procurador Martín de Lodosa, por una carta del rey; cantidad que corresponde al interés de los 1.000 florines que le prestó a 4 meses y 10 días, a razón de 2 dineros y medio por libra al mes, y que suponen 45 florines de oro.
- Además, por el interés de: 300 florines, por un mes y 10 días, a razón de 2,5 d. por mes, que son 4 florines; 500 florines, por medio año, a razón de 2,5 d. al mes, que son 25 florines; 250 florines, por 4 meses, a razón de 2,5 d. al mes, que son 11,5 florines; 150 florines, por 3 meses, a razón de 2 d. por libra y por mes, que son 4,5 florines: 90 florines.
- Folio XLVIIIv. Al noble Jaime de Luna, comendador de oreja, a través de su procurador Martín de Lodosa, por el sueldo de 15 hombres a caballo armados con los que sirvió al rey en la guerra contra el Conde de Urgel. Cantidad anotada por el escribano de ración en el libro de anotaciones del sueldo de la gente armada en la guerra susodicha, en la página 16: 690 florines.
- Folio LXVI. Al noble Pero Ximénez de Urrea, a través de su procurador Juan de la Cavallería, llamado también Bonafos, hijo de Bienvenido, judío de Zaragoza, por el sueldo de 100 hombres a caballo y armados con los que ha servido al rey en la guerra contra el Conde de Urgel; cantidad anotada en el libro de anotaciones del sueldo de la gente armada por el escribano de ración, en la página 38: 1.700 florines.

DATAS (GASTOS) DERIVADAS DE LA GUERRA CONTRA  
EL CONDE DE URGEL, DON JAIME

- Folio XXXVI. A Fernando de Villarreal, escudero castellano de la compañía de don Pero Núñez de Guzmán, que los recibió por las noticias que trajo de la victoria real sobre las tropas inglesas que habían estado en Aragón para ayudar al Conde de Urgel: 20 florines.
- Folio XXXVIIv. A Martín de Guermeda, vecino de Miedes, aldea de Calatayud, que le eran debidos por prestar 4 acémilas para transportar "4 cargas de pavesos de barrera" y otras artillerías para el sitio de Montearagón, a razón de 11 s. por carga: 44 s. j.
- Folio XXXVIII. A Sancho del Corral, escudero de Diego Fernández de Vadiello, secretario mayor del rey, por traer caballos de Castilla para el sitio de Balaguer: 15 florines.
- Folio XXXVIII. A Alfonso de Fuensalida, escudero, por llevar "6 cargas de pavesos de barreras" para el sitio de Balaguer, con otras artillerías: 20 florines.
- Folio XXXVIIIv. A Martín Serrano y Martín de Embid, habitantes de el Frasno, aldea de Calatayud, por "6 cargas de pavesos de barrera" para el sitio de Balaguer, a razón de 3 florines cada carga: 18 florines.
- Folio XXXIX. A Guillén Pardo, portero del rey, por las cuerdas que compró en Calatayud para atar "los pavesos" y otras artillerías destinadas al sitio de Balaguer: 3 s. j.
- Folio XXXIX. A Guillén Pardo, por ir de Calatayud a Tarazona y de aquí a Trasmuz para llevar "el ingenio y el trabuco y la bombardia" del Gobernador de Aragón al sitio de Balaguer: 60 florines.
- Folio XXXIXv. A Esteban Zaragozano, portero del rey, por ciertos pendones reales que había mandado hacer para ponerlos en las posesiones de los rebeldes: 1 florín.
- Folio XL. A Alfonso de Ferrera, fustero, y Ruiz de Barcas, habitantes en Zaragoza, por llevar con compañía y carros las perchas de los ingenios de artillerías desde la iglesia de Santa Eulalia de Zaragoza al río Ebro para el sitio de Balaguer: 80 s. j.
- Folio XL. A Pedro Bernat, vecino de Tauste, por comprar 5 carros de fusta que necesitaba el rey para el sitio de Balaguer, a razón de VIII florines por carro: 40 florines.
- Folio XLIV. A Alfonso de Fuensalida, escudero, por las expensas hechas en el sitio de Balaguer: 8 florines.



- Folio XLiv. A Guillén Pardo, portero, que fue al sitio de Balaguer con el trabuco, ingenio y otras artillerías, utilizándolos para preparar los caminos y allanar los pasos por donde debían pasar los carros que transportaban dichos elementos: 20 florines.
- Folio XLiv. A Juan de Miranda, castellano, y Pedro Navarro, navarro, que acudieron a espiar a Bayona y Olorón para enterarse de si se preparaban tropas para ayudar a Antón de Luna: 8 florines.
- Folio XLiv. A Francisco de Sevilla, que fue con cartas del obispo de Zamora al sitio de Balaguer, donde estaba el rey, para informarle de asuntos de la corte, costándole dieciséis días el ir, estar y tornarse: 4 florines.
- Folio XLIII. A Miguel Cosín, "broadador" de Zaragoza, por 3 ballestas que se le compraron para el sitio de Balaguer, a razón de 6 florines cada una: 18 florines.
- Folio XLIIIv. A Martín García, portero de la reina de Aragón, por un viaje al sitio de Balaguer con acémilas cargadas de ballestas de torno y "caxonos de viratones", así como otras artillerías: 100 s. j.
- Folio XLIIIv. A Pedro Casanova, trajinero de Manresa, por prestar 2 acémilas que fueron al sitio de Balaguer cargadas de ballestas y artillería, a razón de 3 florines por carga: 6 florines.
- Folio XLIV. A Farach y Famet, moros de Torrellas, por servir al rey en el sitio de Balaguer durante un mes como ballesteros y punteros, y por obrar hierros de viratones, a razón de 3 s. j. cada día por cada uno de ellos: 180 s. j.
- Folio XLIV. A Antón López, regidor de la botiga de Antonio Rubio, mercader de Zaragoza, por precio de 3 ballestas (una de "torno" y las otras dos de "cinfonía") que fueron compradas y enviadas al sitio de Balaguer: 20 florines.
- Folio XLIVv. A Jaime Casafranca, mercader de Zaragoza, por precio de dos ballestas de torno que le fueron compradas y enviadas al sitio de Balaguer: 30 florines.
- Folio XLIVv. A Pero Ferrer, pintor de Zaragoza, por salario de 100 pendones reales que debían izarse en los lugares de los rebeldes, casas y castillos: 55 s. j.
- Folio XLV. A Martín de Alcañiz, alias Carretero, vecino de Zaragoza, por su sueldo y por el de 4 hombres que fueron con él acompañando las carretas que transportaban el ingenio y trabuco desde Zaragoza a Balaguer: 16 florines.
- Folio XLVv. A Antón de Cabirán, mercader de Zaragoza, que le eran debidos por 50 "pavesos de barrera" que se le compraron para el sitio de Balaguer, a razón de florín y medio por pavés: 75 florines.
- Folio XLVI. A Pedro Cunchillos, de Tarazona, por el sueldo de 56 ballesteros y 2 hombres a caballo que guió desde dicha ciudad al sitio de Balaguer, correspondientes a los 100 ballesteros que había solicitado el rey, por 15 días y a razón de 3 s. j. por cada ballestero y jornada que supone un total de 2.520 s. j. Señalándoles además la paga de 1 florín a cada uno y por día si sobrepasaban los 15 estipulados en principio.
- Además por la paga de los 2 caballeros y de Pedro Cunchillos que condujeron a los susodichos ballesteros durante los 15 días conocidos, a razón de medio florín por día a cada uno de ellos: 2.520 s. j. y 71 florines.
- Folio XLIX. A Gil de Llietes, vecino de Zaragoza, por 22 arrobas y un cuarto de cuerdas de cáñamo que le fueron compradas y enviadas al rey para el sitio de Balaguer a razón de 20 s. por arroba, que suponen 445 s. y 6 d. De los cuales le dio Francés Ferriol 200 s., y los restantes 245 s. y 6 d. le dio Bonafós de la Cavallería, hijo de don Bienvenido: 445 s. y 6 d. j.
- Folio XLIXv. A Blasco Fernández de Heredia, gobernador de Aragón, a través de su procurador Juan Garcez de Marcilla, por el sueldo de 50 hombres a caballo y armados con los que ha servido al rey en la guerra contra el Conde de Urgel; cantidad anotada por el escribano de ración en el libro de cuentas del sueldo de la gente armada en la guerra contra el susodicho conde y sus seguidores y valedores en la página 30:1.900 florines.
- Folio L. A Juan Maldonado, carretero de Alfocea, por llevar una percha del ingenio y del trabuco y otras artillerías y cuerdas de cáñamo desde Zaragoza a Balaguer. Tardando en el viaje dieciocho días con dos carretas, a razón de 9 s. por cada una y día, de las que llevaron el trabuco, cuerdas y otras artillerías, y otra para la percha, a razón de 7 s. por cada carreta y día; que suponen un total de 576 s. j.
- Además de por un día que permanecieron las carretas en Balaguer, que son 20 s. más, y por el retorno a Zaragoza que suponen otros 96 s. a razón de 4 s. por carreta y día durante seis días: 692 s. j.
- Folio LI. A Pero Ortiz de Zavalza, habitante en Zaragoza, por diversos trabajos sostenidos al ir con Juan de Epila, portero del rey y comisario subdelegado por él para prender y ocupar los bienes de los rebeldes en las montañas de Jaca: 6 florines.
- Folio LIV. A Pero Navarro, habitante en Huesca, que actuó de espía en Burdeos y otros lugares en la guerra contra el Conde de Urgel: 6 florines.
- Folio LII. A Juan de Epila, portero del rey en Zaragoza, por salario de treinta y ocho días que, como comisario subdelegado, fue a las tierras de Jaca a prender y ocupar los bienes de los rebeldes junto con el notario Bernat Plaza, a razón de 5 s. por día; y por el salario que le era debido por quince días que fue de Zaragoza al sitio de Balaguer para informar al rey: 265 s. j.
- Folio LIIv. A Bernat Plaza, notario, por salario de dieciocho días que acompañó a Esteban Zaragozano, portero del rey y comisario delegado del mismo, para ocupar los bienes de los rebeldes en los lugares de Quart y Villanueva de Burgaçut, en la villa de Alagón, y en los lugares del río Jalón y de Borja. Así como por salario de treinta y ocho días que viajó a Ejea, Tauste, Layana y Uncastillo, y a Sos, así como a otros lugares de las montañas de Jaca, con Juan de Epila, portero y comisario delegado por el rey para ocupar los bienes de los rebeldes y cobrar ciertas rentas que le eran debidas al rey, lo que supone un total de 56 días, a razón de 5 s. j. cada uno: 280 s. j.

- Folio LIII. A Andrés de Salvatierra, por las "albixaras" que trajo del sitio de Balaguer al obispo de Zamora, informándole de que el Conde de Urgel había caído en poder del rey: 15 florines.
- Folio LIV. A Esteban Zaragoza, portero del rey, por las misiones llevadas a cabo como subdelegado para ocupar los bienes de los rebeldes en algunas villas: 40 s. y 4 d. j.
- Folio LIVv. Al mencionado Esteban Zaragoza, portero del rey, por sus trabajos diarios al servicio del rey para reunir a los del Consejo real en el sitio de Balaguer: 49 florines.
- Folio LV. A Suero de Nava, caballero y "talladorero" mayor del rey, por medio de Gonzalvo de Miedes, vecino de Zaragoza, como procurador suyo, en paga de los 1.021 florines que se le deben por el sueldo de la gente armada que mantuvo al servicio del rey en el reino de Aragón: 321 florines.
- Folio LVv. A Martín de Alcañiz, carretero de Zaragoza, como procurador de Juan de Ezmilla, que le eran debidos por el préstamo de 5 pares de bueyes que llevó al sitio de Balaguer con sus carros: 5 florines.
- Folio LVI-LVII. A Rafael de Ucinelles, de la tesorería del rey y rigiendo ésta en nombre del tesorero Juan de Esplá, que le fueron dados por Godoviel de Fuensalida en nombre de Francés Ferriol para las expensas del sitio de Balaguer, cantidad que le fue entregada a su vez a Juan Sánchez de Calatayud, comprador de casa del rey para atender a las compras ordinarias: 1.500 florines.
- Folio LVII. A Esteban Zaragoza, portero del rey, por 2 "Sarrías trunielles filo del palomar" que compró para estibar las ballestas, cajas de viratones y otras artillerías usadas en el sitio de Balaguer: 4 s. v 1 d. j.
- Folio LVII-LVIIv. A Nicolás de Biota, escribano de ración, que los llevó al sitio de Balaguer para pagar las compañías armadas y otros servicios, distribuyendo esta cantidad de la siguiente manera: a Antón de Funes, Juan de Medina, Rodrigo de Torres, Diego de Sarrión, Fernando de Lora, Juan de Zamora, Pascual de Conca y Juan de Sevilla, de la escudería del rey, 90 s. barc. cada uno, que hacen un total de 720 s. b.; a Antón Roselló, Pedro de Vilanova y Rodrigo López Baxador, alguaciles de casa del rey, 90 s. barc. cada uno, que hacen un total de 270 s. b.; a Fernando Díaz, Rodrigo de Valladolid, Juan de Tañolino, Juan de Villalpando y Pedro de Mayorga, monteros del rey, 135 s. barc. cada uno, que hacen un total de 675 s. b.; a Juan de Preciamos, cocinero, María López, lavandera de las toallas y otras ropas, Sancho Marco, ayudante de la cámara, Rodrigo de Medina del Campo, barbero, Pedro de Alpello, ayudante de la cámara, Pedro de las Armas, montero, Lope Ortiz, montero, Sancho de Corporalis, montero, Salvador Tomé, montero v Juan de Orduña, montero también, todos ellos de casa del rey, 270 s. barc. cada uno, que hacen un total de 3.240 s. b.; a Lop de Benavente, ayudante de sastre, Pedro de Valladolid, que tiene en guarda a María la Orada, Juan Rodríguez, aguador de la cocina, Juan de Valladolid, portero de la cocina, Miguel de Toro, cocinero de compañía, y Pere Font, "menucier" y ayudante de Bernat Blasco, portero de puerta forana, todos de casa del rey, 120 s. barc. cada uno, que hacen un total de 840 s. b.; a Francisco de Pereña, Alfonso de Ledesma, Juan de Aldea, Juan de la Moraleja, Benedicto de Mecieto, Alfonso Pérez de Corporalis, Alfonso de Masueto, Álvaro de Salcella, peones de la montería del rey, Guiérrez de Barzana, embajador, Juan de Faro, escribano y "escombrador" de la cámara del rey, todos ellos de casa del rey, 135 s. barc. cada uno, que hacen un total de 1.350 s. b.; a Miguel de Toledo, escudero, Juan de Age, lavador del "argent del rebost", Alfonso de Medina, argentero de la cocina, Mencía González, escombradora de la cámara, Leonor Pescadora, del pan del rey, Juana García, pescadera, María Fernández de Bella y Catalina López de Bella, lavanderas de la cámara, doña María, guisadora de las viandas, y Ana Francisca López de Sevilla, bordadora de la cámara, todos de casa del rey, 90 s. barc. cada uno, que hacen un total de 900 s. b. Siendo el total absoluto: 7.990 s. barc.
- Folio LVIII. A Miguel de Segovia y Domingo Torralba, escribanos de Zaragoza por salario de 20 cartas enviadas a las ciudades y villas de Aragón solicitando compañías armadas para el sitio de Balaguer: 1 florín.
- Folio LX. A Blasco Fernández de Heredia, caballero y consejero real, Gobernador de Aragón, por el sueldo de 50 hombres armados que sostuvo al servicio del rey en el sitio de Trasmoz, cantidad anotada por el escribano de ración en el libro de las cuentas de los gastos de la guerra contra el Conde de Urgel, en la pág. 30: 300 florines.
- Folio LXv. A Gil Ruiz de Lihori, consejero y camarlengo real, por el sueldo de 100 hombres a caballo armados con los que ha servido al rey en la guerra contra el Conde de Urgel: 3.000 florines.
- Folio LXIv. Al mencionado Gil Ruiz de Lihori, consejero y camarlengo real, por el sueldo de 100 hombres a caballo armados con los que ha servido al rey en la guerra con el Conde de Urgel, cantidad anotada por el escribano de ración en el libro de los gastos de la guerra, pág. 32: 900 florines.
- Folio LXIv. A Avihuelo Castellano, de casa del rey, que se le dieron graciosamente por traer "albixaras" al obispo de Zamora comunicándole la derrota del Conde de Urgel a manos del rey: 10 florines.
- Folio LXIII. A Ramón de Mur, caballero, consejero y baile general de Aragón, que se le debían por haberlos empleado en salarios de porteros y sobrejunteros que vigilaban los lugares del otro lado del Ebro y de las montañas de Jaca, así como por salarios de espías y correos de los pasos de montaña para observar si los ingleses entraban en Aragón para ayudar al Conde de Urgel: 231 s. j. y 90 florines.
- Folio LXIV. A Bernat Plaza, notario, por salario de los hombres que fueron con Juan de Epila y Pero Ortiz de Zavalza a prender villas y castillos y otros bienes de los rebeldes del otro lado del Ebro que ayudaban al Conde de Urgel: 36 s. j.
- Folio LXV. A Ramón de Mur, caballero, consejero y baile general de Aragón, por dos ballestas que compró para el sitio de Balaguer: 12 florines.
- Folio LXV. A Suero de Nava, caballero y "talladorero" mayor del rey, en paga de los 700 florines que le quedaban de cobrar sobre la cantidad de 1.021 florines que se le debían por el sueldo de la gente de armas que había sostenido en la guerra con el Conde de Urgel: 530 florines.

Folio LXVI. A Juan de Bardaxi, a través de Ramón de Casaldáguila, mercader de Zaragoza, por los 800 florines que el rey ordenó le fueran entregados por sostener 100 rocines al servicio del mismo en la causa de la guerra contra el Conde de Urgel, y de los que ahora se le pagaban 500 florines; así como por el sueldo de la gente armada que Arnalt de Bardaxi y sus parientes reunieron para dicho servicio, que son otros 310 florines: 810 florines.

Folio LXVIv. A Bernat Plaza, notario de Zaragoza, por 124 "piezas de proceso" y cartas públicas testificadas por él en orden a prender y retener los bienes de los rebeldes a manos de la corte real por los comisarios correspondientes, tanto en Zaragoza como en los lugares de Cuarte, Villanueva de Burgaçut y Alagón, río Jalón, Tauste, Ejea, Uncastillo y Sos, así como en las montañas, a razón de 1 s. y 2 d. por pieza: 144 s. y 8 d. j.

Folio LXVIIv. A Juan de Funes, doctor en leyes de Zaragoza, por el sueldo de 6 rocines con los que ha servido al rey durante dos meses en la guerra contra el Conde de Urgel, a razón de medio florín por cada rocín y día: 180 florines.

Folio LXVIIv. A Berenguer de Bardaxi, consejero del rey en Zaragoza, por el pago del sueldo de 100 hombres a caballo y armados con los que su hijo, Juan de Bardaxi, ha servido al rey en la expedición contra el Conde de Urgel; cantidad que fue anotada en el libro de cuentas del sueldo de la guerra susodicha, en la pág. 39 del primer libro: 1.443,5 florines.

Folio LXIIv. A Pedro de Monteclaro, barbero de Zaragoza, que fue al castillo de Loarre para espiar los movimientos de Antón de Luna: 6 florines.

Folio LXXIII. A Pardo Lacasta, merino de Zaragoza, por un carro comprado a él para enviarlo con otros más al sitio de Balaguer: 8 florines.

Folio LXXV-LXXVI. A Francés Ferriol por cuanto le era debido por diversos conceptos según él asimismo tenía que satisfacer a las siguientes personas: a García Grañén, cordero de Zaragoza, por dos cuerdas de cáñamo gruesas que pesaban 16 arrobas y 6 libras, para sostener el trabuco que se llevó de esta ciudad al sitio de Balaguer, a razón de 19 s. la arroba; más 50 florines por una "exarcia" de cáñamo, y 15 florines más por 4 acémilas con sus acemileros que llevaron 6 cargas de cáñamo hasta Balaguer: suponiendo un total de 88 florines, 3 s. y 10 d. jaqueses; a Bernat Pascual, Juan Ibáñez, Juan de Zaragoza y otros carreteros por cargar en 6 carros de su propiedad una bombarda y un trabuco, llevando dicha carga desde Zaragoza hasta Balaguer; y por preparar los caminos para pasar los carros; lo que supone un total de 62 florines; a Domingo Latonda, corredor de Zaragoza, por pregonar con trompas y por orden del rey que nadie osara vendimiar las viñas de los rebeldes: lo cual supone 6 sueldos; a Farax de Ayu, moro y herrero de Tarazona, que fue al sitio de Balaguer con tres compañeros: la cantidad de 10 florines; a Juan Barceló, bombardero, 4 florines; a Juan de Novallas y Juan de Rada, así como a otros maestros en hacer bombardas, por ir al sitio de Balaguer a servir al rey: la cantidad de 20 florines; y a Juan Sánchez de Alfaro, por ir a espiar a Tolosa y Burdeos, la cantidad de otros 20 florines.

Sumando un total absoluto de: 203 florines, 9 s. y 10 d. j.

Folio LXXVIv. A Suero de Nava, "talladorero" mayor del rey, de los 1.021 florines que le son debidos por el sueldo de la gente de armas de a pie que mantuvo al servicio del rey tanto antes como después de la rebelión del Conde de Urgel: 95 florines.

Folio LXXVIIv. A Juan de Azlor, caballero de Zaragoza, por el sueldo de 10 hombres a caballo armados que ha sostenido al servicio del rey en la guerra contra el Conde de Urgel; cantidad anotada en el libro de cuentas del sueldo de la susodicha guerra, por el escribano de ración, en la página 29: 300 florines.

Folio LXXIXv. A Domingo Murillo, vecino de Ejea, por ir desde dicha villa hasta Sos, con el notario Bernat Plaza y con el portero del rey Juan de Epila, a ocupar los bienes de los rebeldes: 9 s. j.

Folio LXXXv. A Martín de Alcañiz, procurador de Juan de Fucinilla, vecinos ambos de Zaragoza, carreteros, que se les debía de los 630 s. j. que valían los cinco carros y otros tantos pares de bueyes que el sobredicho Juan de Fucinilla prestó para llevar una percha y otras artillerías desde Zaragoza al sitio de Balaguer: 246 s. y 4 d. j.

## NOTAS

(1) TORRES FONTES, J., "La regencia de don Fernando de Antequera" (*Anuario de Estudios Medievales* 1, Barcelona 1964, págs. 375-419); MacKAY, A., "Don Fernando de Antequera y la Virgen Santa María" (*Homenaje al profesor Juan Torres Fontes* 2, Murcia 1987, págs. 949-957); y SARASA, E., *Aragón en el reinado de Fernando I (1412-1416). Gobierno y administración. Constitución política. Hacienda Real*, Zaragoza 1986.

(2) SARASA, E., *Aragón y el Compromiso de Caspe*, Zaragoza 1981; y SOBREQUES VIDAL, S., *El compromiso de Caspe y la nobleza catalana*, Barcelona 1973.

(3) SARASA, E., *Las Cortes de Aragón de 1412*, Zaragoza 1975 (tesis de licenciatura inédita).

(4) SARASA, E., "Rentas, derechos señoriales, producción y precios agrarios en Aragón en el siglo XV" (*Congreso de Historia rural: siglos XV al XIX*, Universidad Complutense, Madrid 1984, págs. 827-834). En este trabajo se menciona la situación de Antón de Luna y la confiscación de sus rentas y derechos que se incorporan al patrimonio real.

(5) SARASA, E., "Panorámica general de un reinado" (en *Aragón en el reinado de Fernando I*, Aspectos políticos, págs. 13-19).

- (6) GIMÉNEZ SOLER, A., *Don Jaime de Aragón, último conde de Urgel*, Barcelona 1899; y "Don Jaime de Aragón, último conde de Urgel" (*Memoria Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* VII, 1901, págs. 125-443). Asimismo, VENDRELL DE MILLAS, Fca., *Jaume el dissortat, darrer comte d'Urgell*, Barcelona 1956.
- (7) SARASA, E., *Fernando I y Zaragoza. La coronación de 1414*, Zaragoza 1977.
- (8) El trabajo más reciente sobre el pleito o cuestión sucesoria lo ofrece, PÉREZ MARTÍN, A., "Dictamen de Arias de Balboa sobre la sucesión de Martín el Humano" (*Zur Geschichte des Familien-und Erbrechts, Politische Implikationen und Perspektiven*, Vittorio Klostermann Frankfurt am Main 1987, págs. 37-70).
- (9) SANCIO IZQUIERDO, M., "Ensayo de una biografía de don Antonio de Luna y de su influencia en el Compromiso de Caspe" (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* XXX, Madrid 1914, págs. 107-115, 265-282 y 453-464).
- (10) SARASA, E., *Sociedad y conflictos sociales en Aragón: siglos XIII-XV. Estructuras de poder y conflictos de clase*, Madrid 1981.
- (11) SUBIZA BERNAD, E., "Loarre en el Compromiso de Caspe" (*IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Palma de Mallorca 1959, Actas y Comunicaciones I, págs. 19-38); y CANELLAS LÓPEZ, *Aragón en el siglo XV*, Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal, vol. XV, Madrid 1964; "Panorama de la historia interna del reino de Aragón en los años 1410-1458" (*Revista J. Zurita, Cuadernos de Historia* 8-9, Zaragoza 1955-56, págs. 7-39) y "La instauración de los Trastámara en Aragón" (*Ibidem* 4-5, 1953, págs. 19-38).
- (12) VENDRELL DE MILLAS, Fca., "obra citada" nota 6. *El proceso contra el Conde de Urgel*, en CODOLIN-A.C.A. XXXV-XXXVI, Barcelona 1868.
- (13) SARASA, E., *Fernando I y Zaragoza...* (nota 7).
- (14) Especialmente la *Crónica de Juan II de Castilla* de Alvar García de Santamaría (*Biblioteca de Autores Españoles* LXVIII, Crónicas de los Reyes de Castilla II, Madrid 1953, págs. 277-695. Sobre otras crónicas que recogen el reinado en cuestión, ver E. Sarasa, *Aragón en el reinado de Fernando I...* (nota I), págs. 39-40.
- (15) CANELLAS LÓPEZ, A., *Aragón en el siglo XV* (obra citada, nota 11).
- (16) *Archivo de la Corona de Aragón* (Barcelona), *Real Patrimonio*, registro 2.660: ejercicio del año 1413-1414, de febrero a febrero; fols. XLvº a LXXXvº, que se presentan como apéndice.
- (17) Existe además un registro del *Real Patrimonio* sobre "Expedición contra el Conde de Urgel (1412-1413)", reg. 892.
- (18) LADERO QUESADA, M. A., *Castilla y la conquista del reino de Granada*, Valladolid 1967; y "Ejército, logística y financiación en la Guerra de Granada" (*Seis lecciones sobre la Guerra de Granada*, Granada 1983, págs. 35-57).
- (19) Las referencias de los fondos de dicho *Archivo de la Corona de Aragón* acerca del reinado de Fernando I, en E. Sarasa, *Aragón y el reinado de Fernando I...* (págs. 34-38).

## LA FORMACIÓN MILITAR DEL REY CATÓLICO

**Andrés Mas Chao**

General de Brigada de Infantería DEM.

Licenciado en Historia.

Don Fernando era por temperamento y por educación un soldado y sobre esta especial naturaleza se insertaron las cualidades políticas que hicieron de él un rey excepcional (1). El príncipe aragonés, criado en el estruendo de las armas, continuó toda su vida inmerso en ellas; pues a lo largo de su reinado no quedaron ociosas ni un solo instante, en las empresas de una política que, si bien perseguía la guerra contra el Islam y la paz con los príncipes cristianos (2), acabó casi siempre teniendo que recurrir a la fuerza militar también frente a éstos.

Cuando nació el rey Católico (10 de marzo de 1452), la guerra civil agitaba el reino de Navarra que regía su padre desde hacía poco más de un año; vemos pues que ya desde antes de su nacimiento D. Fernando se veía inmerso en el estruendo de las armas. Por otro lado la lucha que el rey D. Juan II de Aragón mantenía con su hijo Carlos y su avanzada edad —52 años— explica que volcase su afecto hacia el futuro monarca aragonés, al que el 25 de julio de 1458 haría Duque de Montblanc, Conde de Ribagorza y Señor de Balaguer (3), amén de donarle ricas tierras en Sicilia cedidas por Pedro de Besalu, gran senescal de la isla (4).

El 13 de septiembre de 1461 moría el príncipe de Viana y poco después era jurado D. Fernando primogénito y sucesor de la corona de Aragón, para inmediatamente, con 10 años, acompañar a su madre a Cataluña en el intento desesperado de ésta de evitar la rebelión de esta región. Por ello en el momento de iniciarse el conflicto es situado junto con Doña Juana en Gerona por el Conde de Pallars. De esta manera comenzaría, en los primeros años de su vida, a vivir en la realidad las vicisitudes de la guerra, de la que le habría hablado en teoría su maestro de armas D. Gaspar de Espés en la casa de su medio hermano el Duque de Villahermosa, que era según dice Fernández de Oviedo “una escuela de Marte y una examinación de Caballería muy continuada y muy contenta y extendida y tal que no había en servicio del duque hombre que indignamente ciñese la espada”. (5).

A partir del sitio de Gerona la vida de D. Fernando no será blanda ni regalada, sino que intervendrá continuamente en la guerra existente entre su padre y los catalanes. En febrero de 1465 se enfrenta al lado del Conde de Prades en la batalla de Calaf, en la que el futuro rey Católico se porta bravamente al frente de los ejércitos realistas. Al año siguiente se encuentra en el cerco de Tortosa y del castillo de Amposta; época en la que el abad de Poblet, por encargo de Juan II, le aconseja e instruye “en las cosas que había de hacer, así de la guerra como de la justicia”. A los catorce años acompaña a su padre en la campaña de Ampurdán y a los quince, peleando en Vilademar con las tropas del duque de Lorena, está a punto de caer prisionero al sorprender las fuerzas de éste y las de la Generalidad a un convoy de víveres que los realistas pretendían hacer llegar a Gerona.

En resumen desde los 10 a los 15 años el príncipe D. Fernando de Aragón se vio obligado a presenciar en vivo y a participar directamente en las acciones que se desarrollaron en la guerra civil de Cataluña, actuando como un caballero más, aunque teóricamente fuera a veces jefe de las fuerzas realistas en su condición de príncipe heredero. Esta guerra se desarrollaría dentro de los cánones que marcaba la lucha entre la nobleza y la realeza, que se daba en esta época y por ello el tipo de conocimientos y experiencias prácticas que adquiere el infante aragonés se encuadran en la clásica guerra medieval, basada en el asedio de fortalezas, devastación del territorio enemigo y encuentros en los que los caballeros resuelven con el choque entre ellos el resultado de la batalla, siendo los peones meras comparsas que rara vez tienen un valor decisivo en el encuentro (6). Frente a este tipo de guerra, en Europa y principalmente en Italia ya se habían comenzado a implantar nuevos métodos de combate, basados en la profesionalización del soldado de infantería —el de caballería lo había sido siempre de alguna forma— y en el uso de artillería, que irían evolucionando hasta acabar con el sistema medieval.

El 19 de octubre de 1469 Fernando de Aragón se casará con Isabel de Castilla, lo que le introducirá en las complicaciones de la política castellana sin abandonar por ello su preocupación por las de Aragón y el apoyo a su padre, al que se verá obligado a ayudar en su lucha contra Luis XI por el Rosellón en diferentes ocasiones. El 12 de diciembre de 1474 muere Enrique IV, planteándose inmediatamente el problema sucesorio entre Isabel, recién consagrada reina de Castilla, y Juana la Beltraneja que encontró un valedor en la persona del Rey de Portugal Alfonso V, quien se apoyó en una buena parte de la levantisca nobleza castellana y posteriormente en el rey de Francia Luis XI, en su intento de defender los derechos de aquélla.

En esta guerra D. Fernando ya no será un combatiente más o menos distinguido como en las de su niñez, sino que en su condición de rey consorte de Castilla y varón, tendrá la obligación de conducir las operaciones de las fuerzas que sostienen a su esposa y reina propietaria de Castilla como general en jefe. Así, en el consejo de guerra que se celebra en Valladolid en abril de 1475, recién producida la ruptura de hostilidades, impone sus criterios el príncipe aragonés (7). Este aserto queda confirmado por el decreto de la reina Isabel del 28 de abril del mismo año, por el que se completa la sentencia arbitral de Segovia, en la que concede a su marido amplias facultades para gobernar por separado (8). De acuerdo con el mismo Fernando podrá gobernar sin límites y dirigir las operaciones de la forma más conveniente, mientras Isabel apoya y organiza la retaguardia.

Naturalmente las primeras actuaciones del monarca en esta guerra vendrán marcadas por un lado por su propia inexperiencia como mando superior, que le inducen a la audacia y la búsqueda de una decisión rápida y por otro por sus vivencias de la guerra civil de Cataluña. En efecto, dos líneas de acción se contemplan en estos primeros compases de la guerra: una clara guerra de desgaste —sublevación de villas como Alcaraz, razzias y devastación de tierras enemigas, etc.— correspondiente a una típica confrontación medieval y por otra parte la búsqueda, por parte de D. Fernando, de una decisión rápida y audaz del problema, a base de un combate decisivo. Sólo la inexperiencia como Comandante en Jefe del joven monarca explica que llegara a pensar que podría vencer al aguerrido ejército portugués, no muy numeroso pero disciplinado y dotado de artillería, con sólo la superioridad numérica del suyo, formado por fuerzas allegadizas, bisoñas, indisciplinadas, sin artillería ni vituallas (9). El resultado de la decisión de D. Fernando fue el que cabía esperar y, prácticamente sin llegar a un encuentro, el ejército castellano se disolvió como un azúcarillo ante los portugueses (10).

Tras este fracaso se produce el primer intento de organización militar de los que realizaron los Reyes Católicos a lo largo de su reinado, con la creación de las llamadas tropas de acostamientos. Deberían constituir estas fuerzas una especie de milicias locales que se reunieran una vez al año para ser revistadas y cuando los acontecimientos lo exigían. Los soldados llevaban, en proporciones iguales, espingardas y lanzas y se agrupaban en unidades sueltas e independientes, que tenían gran movilidad y que se llamaban "capitanías", la reunión de varias de estas capitanías formaba la "batalla" y varias batallas formaban la unidad superior que agrupaba unos 600 hombres (11).

Aprendida la lección por el monarca castellano comenzará desde este momento a dar muestras de la prudencia y capacidad de las que posteriormente hizo gala. Las medidas de adopción —aparte de la organización de las tropas de los acostamientos— tras la disolución de su primer ejército son tan lógicas que no cabe duda que la adversa experiencia había sido aprovechada. El 21 de julio nombraba a un italiano, micer Domingo Zacarías, como Maestre Mayor de Artillería (12), cargo que aparece ahora por primera vez en los ejércitos castellanos. Por otra parte el rey, además de confiar en la acción de la Caballería, dará cada vez más importancia a la Artillería; acercándose así al pensamiento militar más avanzado de Europa.

También buscará una mayor disciplina y coordinación en sus fuerzas. De esta forma poco a poco se irá imponiendo al rey portugués, al que acabará venciendo en la batalla de Toro, en la que participarán muy principalmente las recién creadas tropas de acostamiento (13). Igualmente hay que hacer notar que durante esta guerra se crea, so capa de acabar con el bandolerismo, la Santa Hermandad; auténtico ejército con misión de hacer respetar el Estado, que contará hasta con una marina de guerra, para lo que asignarán a este proyecto la contribución de las provincias marítimas (14). Con la aparición de este cuerpo se obviaba el gran inconveniente de la temporalidad que tenían las tropas de acostamientos, amén de dar un nuevo impulso a una organización más disciplinada.

El siguiente paso en la formación militar del rey Católico será la guerra de Granada, en donde ya aplicará las preferencias estratégicas que mostró a lo largo de su vida, en especial el de la estrategia indirecta (15), arrebatando poco a poco territorio al reino nazarí y combinando esta acción con medidas políticas y económicas —principalmente avivando la subyacente guerra civil entre los aspirantes al trono granadino— sin dirigirse más que al final contra el objetivo principal, esto es, la capital del reino. También en esta guerra cobrará desde el principio una especialísima importancia la artillería, como se demuestra por el aumento de personal encargado de este Arma, ya que si en 1479 eran cuatro, en 1485 llegan a noventa y uno y en 1495 España disponía de un parque de 179 piezas de artillería (16).

Sin embargo en el comienzo de esta guerra todavía no está plenamente formado el pensamiento militar de D. Fernando y así vemos que en las primeras campañas, sigue cometiendo errores tanto a nivel de estrategia operativa, buscando una acción directa y resolutive sin medios para ello —como fue el intento de ocupación de Loja para resolver el mantenimiento de Alhama— como a nivel táctico —distribuyendo de las tropas frente a la ciudad citada, lo que dio lugar a su derrota y desbandada tras el ataque de Aliatar—; al mismo tiempo la mayoría del ejército, especialmente las peonadas de infantería, seguían siendo gente allegadiza y sin ninguna preparación militar, por lo que en cuanto creían ver visos de derrota o de desorganización entre los caballeros —como sucedió en Loja— huían a la desbandada.

Se puede decir que entre 1481 y 1488 esta guerra todavía sigue las directrices que señala la guerra medieval: los contingentes son reclutados en su mayoría por el viejo sistema de las mesnadas nobiliarias y ciudadanas, la caballería alcanza el 40% de los efectivos y se utiliza primordialmente la algar y la cabalgada (17); al mismo tiempo abundan los desafíos, los alardes personales de valor y el intento de conquista por sorpresa de los castillos por la acción de los adalides y escaladores. El año 1484 será un año de transición en el que los Reyes Católicos, decididos a volcar su pleno esfuerzo en la conquista del reino nazarí, se establecen en Andalucía. A partir de aquí D. Fernando va a demostrar que su experiencia tras tantos años de guerra no ha sido inútil, introduciendo una serie de cambios que llevarán a la victoria final y al nacimiento del moderno ejército español.

En efecto la siguiente fase de la guerra va a ser bastante diferente de la anterior: se impone claramente la disciplina, la artillería cobra cada vez mayor importancia, se aprecia cada vez más el predominio del infante sobre el caballero, al tiempo que la preocupación por una logística adecuada —es decir, tener previsto lo necesario para que el ejército pueda vivir, moverse y combatir— está absolutamente presente en el pensamiento de los reyes (18). A nivel de estrategia operativa, en las ofensivas que se plantean en esta fase de la guerra, el rey Católico elige puntos alternativos para desencadenarlas y concentra en ellos la mayor parte de los efectivos para lograr una clara superioridad local. De la misma forma escoge cuidadosamente sus objetivos buscando la aproximación indirecta a Granada y aislarla de África; con objeto de cerrar el paso a los posibles refuerzos procedentes de aquellas tierras.

Con el fin de esta guerra se culmina así mismo la primera fase del reinado y con ella la formación básica militar del rey Católico, que ha ido pasando desde soldado y caballero a Capitán, después Comandante de una fuerza de corte medieval y General en jefe de la misma, hasta llegar a ser príncipe capacitado para hacer frente a las innovaciones que traía la Edad Moderna. Pero su experiencia bélica, aparte de la componente medieval de la que ya se ha hablado, es indudablemente diferente de la que en estos momentos pueden tener otros príncipes cristianos en Europa, en función de la singularidad de la guerra de Granada. Sin embargo, la nueva táctica que aparece tras los Pirineos, tampoco le es desconocida teóricamente al rey de Castilla, hombre culto y preocupado por la técnica militar; que también tendrá ocasión de conocerla en la práctica con la llegada para luchar contra el moro de contingentes ingleses y suizos (19). Prueba de este aserto es la influencia que la orgánica y forma de combatir de estos últimos tendrá en la primera ordenanza militar dada por Fernando e Isabel (20), lo que demuestra que el rey español estaba al tanto de los perfeccionamientos alcanzados al otro lado del istmo pirenaico.

A partir de este momento la actuación militar del rey Católico va a ser completamente diferente que la desarrollada hasta aquí. En primer lugar va a dejar de participar directamente en la guerra, dando el mando inmediato de los ejércitos en campaña a sus capitanes, Gonzalo de Córdoba, Navarro, etc. Por otro lado toma mayor importancia en su actividad militar el aspecto organizativo sobre el puramente técnico y como tercer elemento a considerar, está el hecho que el campo de aplicación de su fuerza armada ya no será el interior sino prioritariamente los campos de batalla europeos.

Tomando el primer punto de los citados en el párrafo anterior, esta actitud de D. Fernando V—su alejamiento del mando directo— es congruente con su forma de pensar, y consecuencia del nuevo punto de aplicación de sus Ejércitos. En efecto, si en la primera mitad del reinado vemos al rey Católico tomar el mando directo de sus tropas en la guerra de Sucesión y en la de Granada, con una actitud similar a la de los reyes franceses —Carlos VIII, Luis XII, Francisco I— que en sus expediciones a Italia se pondrán al frente de los suyos, las motivaciones de unos y otro no son las mismas. En los reyes franceses está claro que su postura se encuentra fundada en un afán de gloria y prestigio, dentro del más puro estilo caballeresco (21). Analizando la actitud de Fernando el Católico sus motivaciones no parecen las mismas, pues sólo se pondrá a la cabeza de sus fuerzas cuando se ven directamente amenazados sus reinos —Guerra de Sucesión, Campaña de Rosellón— o en la Guerra de Granada, lucha contra el Islam a la que se siente vinculado absolutamente como rey y como español. Desde luego podría pensarse, dado que esto lo lleva a cabo en su época de juventud y madurez, que el cambio de actitud se produce al envejecer —lo que de alguna manera podría ser un planteamiento similar al de los reyes franceses, que también llevaron a cabo estas acciones cuando eran jóvenes— sin embargo vemos que este no es el caso del rey de Castilla y Aragón, porque cuando en su vejez de nuevo se presenta la guerra contra el infiel, vuelve a intentar ponerse al frente de sus tropas (21). Esto lleva a pensar que D. Fernando actúa en total coherencia con la postura de su pueblo, que se vuelca en la guerra contra el musulmán o cuando ve amenazadas sus tierras, pero se siente un tanto ajeno a las luchas que se desarrollan entre los príncipes cristianos (23), y coincide plenamente con la interpretación que se ha señalado por algunos autores del pensamiento de los Reyes Católicos, en una línea plenamente pacifista en relación con Europa, aunque las circunstancias les llevarán a enfrentarse con Francia (24).

El segundo de los puntos señalados demuestra la claridad de visión del rey, que supo apreciar la necesidad de una total reforma militar para alcanzar sus objetivos. En efecto, en la primera mitad del reinado de los Reyes Católicos (1474-1492), no les fue posible, en especial a D. Fernando —que por su condición de varón, dentro de la mentalidad de la época, estaba llamado a dirigir las acciones de carácter militar— dedicar a la organización del Ejército la atención que necesitaba, para contar con una herramienta adecuada a la hora de hacer más fuerte, efectivo y eficaz el poder de la corona; que en definitiva era para lo que las monarquías buscaban la organización de unas fuerzas armadas no señoriales ni concejiles (25). La experiencia de la Guerra de Granada trajo, como ya se ha citado, algunas mejoras importantes, pero a pesar de ello las fuerzas con que contaban los Reyes Católicos no dependían directamente de ellos, pues hasta la Santa Hermandad —su herramienta más personal— necesitaba el asentamiento de su Asamblea General para disponer de las fuerzas alistadas.

Todo ello traerá como consecuencia, finalizada la Guerra de Granada y sometida la nobleza, que los Reyes se preocupen de dar las normas necesarias para contar con un verdadero ejército propio, que les de la fuerza necesaria para respaldar sus actuaciones. En este orden de ideas se desarrollarán los decretos y ordenanzas que entre 1492 y 1503 van a sentar las bases de la organización del nuevo Ejército español. El primero de ellos será el Decreto de 2 de mayo de 1493 que crea las Guardias Viejas de Castilla, primer cuerpo verdaderamente profesional en la acepción moderna del término con que contará el Ejército Español y “base para organizar la Caballería de la forma que más adelante tuvo” (26). Tras este primer paso vendrá la Ordenanza de 5 de octubre de 1495 —meses después de ser enviado el Gran Capitán a Italia— que determinaba el armamento que cada persona llamada al ejército debía aportar según su clase, condición y medios económicos; así como las multas que debían pagar si no las tenían, revistas para comprobarlo, etc.; el 22 de febrero de 1496 se completaba esta Ordenanza con otra relativa a la formación de un censo militar, escogiéndose para ser soldado uno de cada doce vecinos útiles, comprendidos entre 20 y 45 años, con una completa reglamentación sobre este asunto. Poco antes, el 28 de enero del mismo año, se había firmado en Tortosa una tercera Ordenanza sobre la reglamentación administrativa de los ejércitos que completa las dos citadas. La culminación de todo este trabajo será la gran ordenanza de 26 de septiembre de 1503, que a lo largo de un amplio texto de 62 artículos codifican la organización militar, la ejecución de los servicios y las relaciones de las Fuerzas Armadas con la población civil, además de armonizar y aclarar ciertos puntos confusos de las Ordenanzas anteriores (27) Este importante conjunto legislativo refleja toda la mentalidad



sistemática de D. Fernando y su clara percepción de lo que debía ser un ejército moderno en sus aspectos de organización y administración, aunque indudablemente es obra de sus Secretarios, siendo el origen de toda esta labor el censo e informe que el contador mayor D. Alonso de Quintanilla, por encargo del Rey, presentará en junio de 1495 con motivo de la Junta General de la Santa Hermandad (28). Por otra parte, en toda la reglamentación señalada hasta aquí no aparece prácticamente ninguna referencia o aspectos de técnica militar, lo que no debe extrañar ya que se trata de conseguir un sistema administrativo que encuadre y soporte la existencia de un ejército permanente y no la forma de actuar de éste. Solamente en un documento fechado el 16 de enero de 1503 en Santo Domingo de la Calzada, con ocasión de la campaña del Rosellón, al señalar que hombres de la vecindad de La Rioja deben estar preparados para acudir a filas, determina que deben hacer instrucción preparatoria llevándola a cabo los piqueros a la manera de los suizos (29), en la que quizás puede verse la influencia de Gonzalo de Ayora que años después sería el Capitán de las guardas del rey, instruyéndolas en la línea citada (30).

En el campo de la técnica y táctica militar, D. Fernando dejará en la práctica una total libertad a sus Capitanes durante toda la segunda parte del reinado, aunque en las cartas que les dirige, principalmente a Gonzalo de Córdoba, no deja de preocuparse por temas más técnicos (31). También en el campo de la estrategia operativa se encuentran a veces indicaciones del Rey a su Capitán, ante cuya concepción de las operaciones se muestra en ocasiones en desacuerdo (32), si bien en cualquier caso le deja plena libertad de acción.

Pero si la estrategia operativa la deja, como hombre prudente, a sus Capitanes, no hay duda que dirige personalmente las denominadas estrategia total y estrategia general (33). Ejemplo de ésta puede ser su clara percepción que en las campañas en África, sólo con la profundización tierra adentro de las conquistas realizadas se podrían mantener las plazas que Pedro Navarro había dominado de manera fulgurante (34). Ejemplo de la primera, es su enfrentamiento con el Gran Capitán tras la campaña de Garellano y en general durante toda su actuación en Italia, oponiéndose a todo intento de dar mayor amplitud a la ocupación militar española. Sin embargo, el rey Católico con mayor amplitud de criterio comprende que este camino le llevaría a una abierta hostilidad con la mayoría de los Estados italianos (35). Esta actitud es un claro exponente de su visión de estadista que se rige por una estrategia total buscando alcanzar sus objetivos a través del juego combinado de las armas, la diplomacia y aún de la economía. Otra prueba de ello será su preocupación por dotar a sus Capitanes del instrumento adecuado para su actuación, lo que se comprueba, no sólo por la labor organizativa de que anteriormente se ha hecho mención, sino también por su preocupación constante sobre el estado de los ejércitos, su preparación, su disciplina, su número, armamento y demás circunstancias que influyen posteriormente en su actuación (36).

Finalmente hay que considerar el tercer punto que se ha señalado como nota diferencial en la actuación militar de los Reyes Católicos, en especial de D. Fernando en la segunda mitad de su reinado, es decir el nuevo lugar de actuación de los Ejércitos españoles y su enfrentamiento con los que se consideraban punteros en el campo de la técnica militar, esta circunstancia será determinante para la configuración del nuevo modelo de fuerzas armadas españolas. En efecto, puede decirse que al iniciarse la primera campaña en Italia del Gran Capitán, el ejército español era casi una fuerza inédita en los campos de batalla europeos (37) y una experiencia en este tipo de campañas nula.

Es indudable que la Guerra de Granada había supuesto un campo experimental de gran importancia para la formación de soldados y mandos, pero esto no bastaba para enfrentarse a los ejércitos franceses ni a la infantería suiza, como se demostraría a lo largo del primer período de la campaña calabresa, en 1495. Por otro lado, la labor organizativa de los Reyes Católicos se estaba iniciando y además las tropas cuyo reclutamiento contemplaba eran unas fuerzas de reserva formadas por vecinos de los municipios. Por último, aunque en el aspecto administrativo fueran de aplicación a cualquier ejército las disposiciones que en ellas se contemplaban, existía un absoluto vacío en el campo táctico y un desconocimiento casi total del tipo de guerra que se iban a encontrar los españoles en Italia basada en Ejércitos profesionales.

De esta manera, completando la actuación de los Reyes Católicos en los niveles de organización y administración, para desarrollar y respaldar las concepciones estratégicas de D. Fernando, fue necesario la puesta a punto de una doctrina de empleo táctico que pudiera hacer frente a las tropas enemigas que estaban dejando constancia de su clara superioridad militar. Esta fue la labor de Gonzalo de Córdoba, creador de lo que por diversos tratadistas militares se ha llamado la escuela táctica hispano-italiana, que brillaría en Europa durante siglo y medio (38).

Esta escuela parte de la base, al igual que la francesa y la suiza, de un ejército formado por soldados profesionales, en completo desacuerdo con Nicolás Maquiavelo, que en su "Arte de la Guerra" defenderá la milicia ciudadana, fundándose en el poco aprecio que se hacía del soldado profesional (39), en lo que parece que coincidía con el mismo Gonzalo de Córdoba que tampoco los apreciaba en demasía (40). Sin embargo, el Gran Capitán, a pesar de esta opinión, se vio obligado a emplearlos como nervio de su ejército, pues las condiciones de las guerras de la época hacían totalmente impracticable en Europa el empleo de otro tipo de fuerzas en el momento que se salía del propio territorio. En general el soldado profesional —salvo suizos, lansquenets y condottas italianas que se alquilaban al mejor postor— solía encuadrarse bajo las banderas de su país y así el nervio de la infantería del Gran Capitán eran españoles, por lo que se puede hablar con toda propiedad de un ejército español aunque se integraran en él unidades de alemanes e italianos. Confirmación de ello será las pruebas que aquellos antecesores nuestros dieron en muchas ocasiones de que, aunque vivían de soldada y consideraban un oficio la guerra, no por ello dejaban de sentir un ardiente patriotismo (41).

La necesidad de una tropa profesional venía dada por la exigencia de un alto grado de instrucción y disciplina para desarrollar el combate, tras la constatación en la baja Edad Media que una fuerza pequeña pero con estas condiciones era capaz de triunfar sobre la masa informe sin disciplina y combatiendo de forma individual (42). De aquí se llegó rápidamente a basar todo el planteamiento táctico en la adopción de formaciones cerradas. De esta forma se constituía el bloque cerrado y armónico que habían reinventado los suizos, alcanzando la potencia suficiente para obtener la victoria o para salir de las circunstancias más comprometidas.

Partiendo de esta base, la concepción táctica básica que predominaba en el momento de llegar Gonzalo de Córdoba a Italia tenía como máxima referencia el choque, tal como se había ido mantenido en la Edad Media; si bien con la aparición de suizos y lansquenets, al brutal encuentro de las masas de caballería pesada, se había añadido el del rodillo de la infantería a la manera de la antigua falange macedónica. Frente a este choque sólo cabía la opción de aguantarlo con medios similares o ser derrotado. Con el Gran Capitán aparece junto a la combinación del fuego y del movimiento, el claro apoyo de unos componentes a otros para conjugar sus efectos, buscando desbaratar al contrario antes de llegar al puro y simple choque, que se mantiene sólo como culminación de la acción anterior. Esta es quizás la mayor innovación de Gonzalo de Córdoba porque hasta aquel momento el choque era prácticamente el principio y fin de la acción, siendo el resto de las actuaciones meros prolegómenos de este momento decisivo. Este avance importantísimo se conseguirá empleando la maniobra más adecuada a cada tipo de terreno; por la organización del mismo para sacarle la máxima utilidad, el empleo del fuego para desarticular la masa de maniobra enemiga, la elección del momento más oportuno para empeñarse en combate y un equilibrio adecuado entre los diferentes componentes del ejército, para sacar a cada uno el máximo provecho de sus características en el momento más decisivo de la acción. En definitiva todo lo que aparece en el lado español en el planteamiento y resolución de la batalla de Ceriñola (43).

Con todo ello se completaba la labor desarrollada por los Reyes Católicos y más particularmente por D. Fernando, buscando la formación de una fuerza armada acorde con sus necesidades, lo que se conseguiría al final de su reinado —como lo demuestran no sólo los fulgurantes éxitos conseguidos en África sino la misma actuación del ejército en ocasión de una derrota, como Rávena (44)— consiguiendo un instrumento modélico capaz de respaldar con su prestigio y eficacia la política de los sucesores de Isabel y Fernando. Este éxito puede considerarse plenamente obra de este monarca, pues si bien, como hemos dicho, la parte táctica fue obra de Gonzalo de Córdoba, el resto de la obra y la misma elección y mantenimiento en el mando —aunque a veces discrepen y al final de sus vidas se separaran— del hombre capaz de crear una nueva escuela militar, le hacen plenamente partícipe de la acción de su subordinado.

## N O T A S

- (1) VIGÓN, Jorge, *Fernando el Católico Militar*. Madrid, 1952. Pág. 7.
- (2) DOUSSINAGUE, José María, *La Política Internacional de Fernando el Católico*. Madrid, 1944. Pág. 10.
- (3) ZURITA, Jerónimo, *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1669. Vol. IV, folio 56.v.
- (4) VICENS VIVES, Jaime, *FERNANDO EL CATÓLICO. Príncipe de Aragón y Rey de Sicilia*. Madrid, 1952. Pág. 215.
- (5) FERNÁNDEZ DE OVIEDO GONZÁLEZ, *Batallas y Quincuagenas*. Madrid, 1.880. Pág. 302.
- (6) *Historia del Ejército*, Servicio Histórico Militar. Madrid, 1984, Vol. II, Pág. 76.
- (7) SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis. *Historia de España, dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal*. Vol XVII, Tomo I. Pág. 118.
- (8) ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS (a partir de aquí A.G.S.). Registro General del Sello 1475. IV fol. 433 1º.
- (9) LANUZA CANO, Francisco. *El Ejército en tiempos de los Reyes Católicos*. Madrid, 1953. Pág. 142.
- (10) SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis. *Historia de España...*, Vol. XVII, Tomo I. Pág. 134.
- (11) LANUZA CANO, op. cit. Pág. 143.
- (12) A.G.S. Registro General del Sello 1475. VII fol. 542.
- (13) LANUZA CANO, op. cit. Pág. 148.
- (14) PÉREZ, Joseph, *Isabel y Fernando, los Reyes Católicos*. Pág. 139 y 140.
- (15) LIDELL HART, *Estrategia. La aproximación indirecta*. Madrid, 1989. Pág. 31.
- (16) PÉREZ, Joseph. Op. cit. Pág. 14.
- (17) Cabalgada: incursión rápida y profunda en terreno enemigo en fuerza. Algara: incursión de menos entidad y de menos duración. *Historia del Ejército Español*, tomo II. Madrid, 184. Pág. 72 y 73.
- (18) LA CIERVA, Ricardo. *Historia Militar de España*. Madrid, 1984. Vol II. Pág. 6 y sig.
- (19) PULGAR, Fernando del. *Chronica de los señores Reyes D. Fernando y Doña Isabel*. Madrid, 1943. Pág. 73 y 213.
- (20) CLONARD, Conde de. *Historia orgánica de las Armas de infantería y Caballería*. Madrid, 1884. Pág. 83 y 84. Tomo II.
- (21) "Cualquiera que fuera el pretexto, los verdaderos motivos de Carlos (VIII)... como los de sus sucesores Luis XII y Francisco I fueron la Vanagloria". MONTGOMERY, Mariscal Roberto. *Historia del Arte de la Guerra*. Madrid, 1969. Pág. 214.
- (22) "determinado el rey (D. Fernando) de ir a ella (a la escuadra que se preparaba para marchar contra África) en persona para proseguir la conquista del reino de Túnez" ZURITA, *Anales...* Libro IX, Cap. XXIX.
- (23) "Ninguna tarea como la conclusión de la Reconquista pudo ganar en verdad a los Reyes Católicos el fervor de sus pueblos y el caluroso apoyo de la opinión pública en el trance revolucionario en que se hallaron inmersos durante la primera década de su trascendental reinado... España no sintió emoción ante las empresas bélicas de signo imperial de Carlos V". SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio. *España un enigma histórico*. Tomo I. Barcelona, 1972. Pág. 367.
- (24) "Pero en lo secreto tened siempre fin a la paz universal (con los príncipes cristianos) de todos porque esto es lo que yo deseo". Instrucciones del Rey D. Fernando a su embajador en Roma en primavera de 1511. Citado por DOUSSINAGUE, José María. Op. cit., Pág. 419.
- (25) PALACIO ATARD Vicenle. *Manual de Historia Universal*. Tomo IV, Espasa Calpe. Madrid, 1970. Pág. 9.
- (26) LANUZA CANO, op. cit. Pág. 210.
- (27) Texto completo de la Ordenanza en QUATREFAGES, René. *Los Tercios*. Madrid, 1981. Pág. 83 a 103.
- (28) Ibidem. Pág. 55.
- (29) Ibidem. Pág. 81.
- (30) FERNÁNDEZ DE MADRID, Alonso. *Historia de la antigüedad y nobleza de la ciudad de Palencia*, citado en *Epistolario Español*. Biblioteca de Autores Españoles. Vol. XIII. Madrid, 1945. Pág. 63.
- (31) "Fernando el Católico sentirá siempre la preocupación de aumentar los caballos hasta mil lanzas y de reclutar peonadas en Asturias y Galicia". SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Historia de España...* vol. XVII, Tomo II, Pág. 388.
- (32) Fernando el Católico anunció su propósito de trasladarse a Nápoles tras el encierro en Barletta del Gran Capitán "para dar corazón a esos de Italia que están muertos de miedo". SERRANO Y PINEDA. *Rev. de Archivo, Bibliotecas y Museos*. Tomo XXIV. Pág. 565.
- (33) Estrategia total: La encargada de concebir la dirección de la guerra en su totalidad en función de su finalidad política.  
Estrategia general o estrategia propiamente dicha: La encargada de concebir y decidir los modos de alcanzar la primera. ALONSO BAQUER, Miguel. *Estrategia para la Defensa*. Madrid, 1988. Pág. 21.

(34) "Los lugares que se habían ya ganado en la costa de África no se podrían sostener... sino que se ganase lo de tierra adentro para que ayudara a defender los lugares marítimos". ZURITA, op. cit., lib. IX, cap. XVI.

(35) RODRÍGUEZ VILLA, A. *Crónicas del Gran Capitán*. Madrid, 1908. Carta del rey D. Fernando núm. 21, Pág. XXXV. En ella aparece la oposición del rey a una propuesta del embajador Rojas para que conquistase Milán.

(36) DOUSSINAGUE, José M.<sup>a</sup>. Op. cit., pág. 363 y 364.

(37) MONTGOMERY, op. cit. Pág. 213.

(38) *Historia del Arte Militar*. Folleto editado por la Escuela de Estado Mayor. Madrid, 1988.

(39) MAQUIAVELO, Nicolás. *El Arte de la Guerra*. Madrid, 1975. Pág. 114. "El hombre de bien no puede tener el ejercicio de las armas como oficio".

(40) LANUZA CANO. Op. cit. Pág. 215 a 216.

(41) Con ocasión de la falta de pago durante el sitio de Barleta, los españoles se empezaron a amotinarse y persuadieron a los italianos y a las otras "naciones" que hiciesen lo mismo, pero Gonzalo les arengó con habilidad exaltando el patriotismo de los españoles diciendo, como si ignorase que eran los promotores del motín, que aunque se fueran todos "con mis españoles, con los mis leones entiendo de cobrar estos reinos, que estos bien sé, que no me desamparan, ni a las banderas de España, aunque nunca les dé paga", con lo que los españoles se adelantaron a asegurar que ellos se mantendrían siempre en sus puestos pasara lo que pasara.

*Historia del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba y de las Guerras que hizo en Italia llamada Crónica del Gran Capitán*. Editada en *Crónicas del Gran Capitán* por A. Rodríguez Villa. Madrid, 1908. Pág. 352.

(42) SALAZAR ALONSO. *De re militari*, Citado por LANUZA CANO. Op. cit. Pág. 316.

(43) MAS CHAO, Andrés. *La Batalla de Ceriñola en Memorial de Infantería*. Mayo, 1991. Toledo.

(44) MARTÍNEZ CAMPOS, Carlos. *España Bélica Siglo XVI. Tomo III*. Pág. 69 a 71. Madrid.

# EL PRIMER TRATADISTA DE LAS FUERZAS ARMADAS EN EL NUEVO MUNDO VIDA Y OBRA DEL DR. DIEGO GARCÍA DE PALACIO Y ARCE (1540-1595)

**José Corderas Descárrega**  
Coronel de Artillería.

## RESEÑA BIOGRÁFICA



La heráldica de los García de Palacio nos indica que son oriundos de Arnuero (Santander). El primogénito de esta familia con los Arce, fue nuestro tratadista Diego, su infancia como la de sus otros cuatro hermanos, debió de transcurrir entre Santoña y Laredo. Al nacer hacia 1540 había en aquellos lugares grandes evocaciones militares, marineras-cartográficas y épicas, tal es el caso del mejor artillero del Rey Emperador, el pastranero Luis Pizaño que había fallecido en Laredo en 1550, o el insigne Juan de la Cosa natural de Santa María del Puerto (hoy Santoña), que con sus siete viajes a las Indias iniciados en la famosa singladura de la nao capitana de Colón, nos legó el primer mapa donde figura América como un nuevo continente, obra señera de nuestro Museo Naval. Asimismo en la Iglesia de Laredo, el Almirante Ramón Bonifaz depositó las cadenas ganadas el 3 de mayo de 1248 en el sitio de Sevilla como trofeo preciado conseguido por los santanderinos que le acompañaban, lo cual permitió doblegar la resistencia árabe y hacer la capitulación de la ciudad el 23 de noviembre del mismo año.

Todos los García Palacio y Arce entraron al Servicio Real, dos de ellos estuvieron y dieron su vida en los altos designios de Lepanto y Malta, los otros tres los podemos encontrar en documentos de las Indias y probablemente el que sobrevivió a todos fue el Capitán López, de Francisco sabemos que murió en Nicaragua, y en cuanto a Diego, creemos que moriría en México. Está claro que a pesar de la vocación militar de todos ellos, nuestro García de Palacio se inició en las letras llegando a ser Doctor y Jurisconsulto, y hombre del Consejo de Indias. En el año 1572 es nombrado Procurador Fiscal y Promotor de la Audiencia y Cancillería de Guatemala, su inquietud intelectual le hace conocer las costumbres mayas, trasladando una relación a Felipe II el 8 de marzo de 1576, que serviría para que Antonio Herrera la incluyese en su Década IV, posteriormente el 4 de diciembre da cuenta a S.M., de el descubrimiento y población de Costa Rica. En 1578 es promovido Alcalde en la Audiencia de México y el 8 de marzo, envía al Rey informes de la pacificación y conquista de Filipinas y de las ventajas logísticas para hacer la navegación desde el Puerto de Fonseca (Nueva España); finalmente por proximidad a México,

*Firma de G.<sup>a</sup> de Palacio.*

quedaría Acapulco. El 18 de mayo se inicia en sus inquietudes navales trasladándose a Realejo para construir dos galeones, es así como también surge la vocación militar que llevaba consigo. Debió de disponer de una bibliografía muy actualizada y de un interés desmedido por sintetizar todos los conocimientos castrenses para que hoy nos podamos enorgullecir de ser el primer tratadista de pequeñas y grandes Unidades, de ingenios de pólvora, de construcción naval y de sus aportaciones a la ciencia cosmográfica aplicada. En 1579 fue nombrado General de la Armada contra el corsario inglés. Informó de las obras sobre los navíos "para la navegación de la China" (Manila). Sabemos que en 1580 los gastos de la milicia y los galeones junto con numerosas desgracias le obligaron a solicitar ayuda a la Administración, siendo nombrado el primero de septiembre, 1581 Oidor y Alcalde de la Real Audiencia de México, y asimismo alcanza la calidad de Doctor.



*Diálogos Militares.*

*Instrucción Náutica.*

conocimientos de las cosas de la guerra y suplica a S.M., intervenga en estos asuntos.

El 7 de febrero de 1587 el Virrey le aprueba la edición de la "INSTRUCCIÓN NÁUTICA PARA EL BUEN USO Y REGIMIENTO DE LAS NAOS SU TRAZA Y GOBIERNO CONFORME A LA ALTURA DE MÉXICO", en la misma se dice que el Dr. García de Palacio es del Consejo de S.M., y Oidor de la Real Audiencia de México, e incluso como hizo en los Diálogos, dedica la obra al propio Virrey, honrándola éste con su blasón. El 10 de septiembre de 1587 es nombrado Capitán General de la Armada contra el corsario inglés de la Mar del Sur, por el Marqués de Villamanrique.

El 22 de febrero de 1589 es condenado por las acusaciones vertidas y suspendido de sus cargos administrativos con diversas penas pecuniarias. Por otro lado por enfrentamientos con las autoridades eclesiásticas al tratar de secularizar los curatos y por competencias con la Audiencia de Guadalajara, también fue suspendido el Virrey Álvaro Manrique de Zúñiga, quien se trasladó a Madrid sin conseguir de S.M., las reivindicaciones pendientes. Perdiendo así a su valedor.

En el 14 de diciembre de 1595 sabemos por carta del Conde de Monterrey de la muerte del Dr. García de Palacio. Y por los escritos de amigos y familiares en defensa del honor de tan buen súbdito, conocemos la situación precaria en que estaban sus allegados más directos, mujer y cinco hijos. Tal es el caso del escrito de 26 de mayo de 1596.

No habiendo hallado ningún documento de la rehabilitación de tan prestigiosa figura, sirva este trabajo para que al ver sus tratados sobre las Fuerzas Armadas logremos ennoblecer su memoria; al igual que la Real Academia de la Lengua tuvo a bien incluirlo en su Catálogo de Autoridades. La dureza de los tiempos era tal que en 1580, Fernando Álvarez de Toledo, Gran Duque de Alba, decía que le enviaba el Rey encadenado a mandar la Campaña de Portugal.

## TRATADOS SOBRE LAS FUERZAS ARMADAS

Tanto los Diálogos como la Instrucción son textos eminentemente didácticos y complementarios. Mediante dos interlocutores, un veterano Vizcaino y un docto Montañés, en forma de preguntas y respuestas atienden fundamentalmente a distintos conocimientos sobre tácticas, técnicas militares y de todo lo preciso para la navegación y

En 1583 la Casa de Pedro Ocharte edita con su heráldica los "DIÁLOGOS MILITARES, DE LA FORMACIÓN E INFORMACIÓN DE PERSONAS, INSTRUMENTOS Y COSAS NECESARIAS PARA EL BUEN USO DE LA GUERRA", aprobado por el Virrey Lorenzo Suárez de Mendoza, en México el 16 de enero, a quien hace la dedicatoria del texto. En el mes de diciembre va a Yucatán como Juez Visitador, haciendo averiguaciones en la Zona Noreste; comisión que se le encomendaría por ser experto en cuestiones indígenas, llegando a tener un Códice Maya. De ello dio cuenta el 24 de abril de 1584.

Durante 1586 se debió iniciar una información de carácter público para suspenderle de sus cargos, en opinión del propio Doctor se actuaba por venganza hacia su persona. Sin embargo el Virrey le distingue por sus

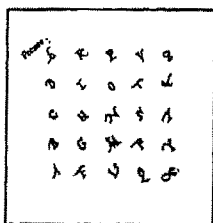
construcción de las naos. En el primero de ellos, existe la peculiaridad de que parece estar impartiendo estos datos en España después de la pericia adquirida en Indias, y es evidente también que al concluir ambos tratados, expresa el deseo de comenzar de nuevo algo que le de continuidad "para gloria de Dios y provecho Universal". Los infortunios que le acompañaron nos hace imposible conocer hasta dónde hubiese llegado tan fecunda labor.

Dentro de la bibliografía que hemos podido consultar, no sabemos que en Europa se haya producido nada parecido hasta casi un siglo después, con los tres volúmenes de *Military and Maritime Discipline*, de Thomas Venn, 1672.

Al objeto de poder unificar ambos textos, se tratarán conjuntamente al describir las distintas materias, tal como pensó su autor.

## TÁCTICAS TERRESTRES Y MARÍTIMAS

En las Unidades del Ejército, comienza con una evocación de las falanges griegas y la legiones romanas, resaltando su composición de grandes contingentes (7.000 u 8.000 hombres), defiende los tipos de Unidades españolas más limitadas a 3.000 ó 3.500 hombres, por no poder reunir a tantos y ser más fácil su disposición y manejo, son los famosos Tercios inmortales en toda Europa y que pervivieron hasta principios del siglo XVII, consagrados históricamente en Flandes por sus hazañas.



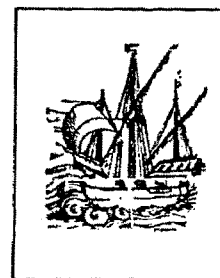
"Sección".

Dentro de los distintos órdenes de ataque y defensa considera frecuentemente las disposiciones y empleo de los franceses, alemanes y suizos, haciendo una defensa del "falso escuadrón alemán" que llevaba sus banderas en los costados y que por su peligro enardecía la combatividad de las tropas. Mediante 31 gráficos muestra los más variados despliegues de "grandes unidades" y en otros 7 atiende las órdenes más elementales de Unidades tipo "Compañía y Sección". La nomenclatura hace que sus conceptos sobre —la buena diestra y formación de los Escuadrones—, se pasen por alto como términos arcaicos y sin traducción posible al hecho importante de incorporar el fuego al despliegue táctico.

En lo naval se limita a distinguir la nao que acomete y la que defiende. En el ataque advierte que el fuego debe de ser continuo, especialmente con los materiales pequeños, versos, mosquetes y arcabuces es la vigencia de Lepanto (1571), batalla que inicia este fuego en la mar. En su detalle aconseja lo preciso para cuando la nao se hunde, o bien lo adecuado para si el mástil se quiebra, advierte que al conceder Dios la victoria deben desarmarse a los enemigos, curar a los heridos y sustentarlos, y de las presas que se hicieren, mantenerlas intactas para su aprovechamiento. Es taxativo en dividir la tripulación en dos partes, una para defender y la otra para el abordaje, debiendo esta última llevar armas blancas y portátiles de fuego, e incluso arpones para lograr una mayor unión con el enemigo.

En el caso de la defensa, agrupa la tripulación en tres partes una en popa, otra en el arbolado y una tercera de reserva que será la más fuerte en las inmediaciones del Capitán, aclarando que cuando las armas de fuego no puedan actuar, se batirán con armas blancas, hasta procurar hacer huir al enemigo o si hubiera ocasión, vencerle.

Dedica interés a los tambores, pífanos y trompetas que han de tocar siempre con la mayor arrogancia y braveza, para alentar a propios y amedrentar a contrarios. Es obligación del cirujano, atender debajo de cubierta a los heridos para que puedan volver al combate.

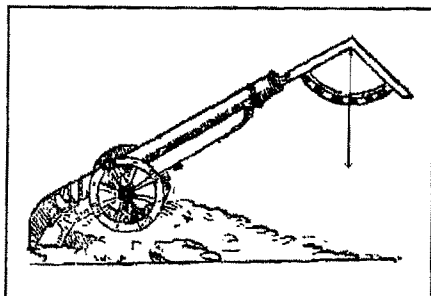


Nao.

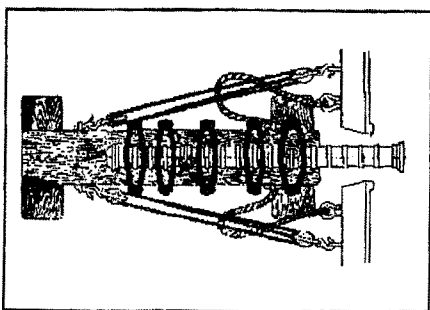
La mejor visión de los conceptos expuestos, acaso sea, la sala de las batallas de El Escorial, en ella se puede apreciar la real dimensión de las distintas armas y fuerzas enfrentadas en San Quintín (1557) o la batalla de las Azores (1582). E incluso la Rendición de Breda (1625), en donde existe la fusión de piqueros, arcabuceros y alabarderos, junto con los fuegos y escuadrones del fondo, genialmente plasmados en "Las Lanzas" de Velázquez. También son evocadoras las vivencias de Cervantes, en su célebre discurso sobre las Armas y las Letras (1604).

## LA TÉCNICA MILITAR

Se inicia en este tema con las fórmulas de pólvoras finas o gruesas. Al tratar del tiro con escopeta aclara que "con poner la mira a los pies de la caza, será golpe cierto", curiosa forma de plasmar la línea de mira con la de la trayectoria, también tiene interés los planteamientos sorprendentes para conseguir un arma de repetición de ocho o más disparos con un solo cañón, lo cual nos induce a pensar la inquietud que existía por la multiplicación del fuego en las armas



*Pieza de Campaña.*



*Pieza Naval.*

portátiles; de la lectura de las necesidades del tiro se deduce el interés por alcanzar la precisión, no por azar sino por el conocimiento de la distancia y el ángulo de tiro y el buen empleo de las cargas de pólvora y de los materiales. Así especifica que "mediante una Tabla que relacione el alcance y el ángulo de elevación se podrá tirar con cualquier género de pieza y de bala, a cualquier distancia". Como instrumento imprescindible describe la escuadra de brazos desiguales, dividida en 12 puntos debiéndose medir el ángulo en la boca de la pieza mediante la plomada que posee, hace hincapié en la forma de alargar y acortar el tiro. Da el ángulo de 6 puntos ( $45^\circ$ ) como el de máximo alcance y acepta los ángulos del "segundo sector" para los morteruelos, que son los más aptos para el tiro curvo. Es evidente que conoce las leyes de la "Nueva Ciencia" de Tartaglia (1537), e incluso los "Problemas e Invenções varias" del mismo autor (1546). Todo ello le hace decir de la Artillería que "después del ser e ingenio de los hombres es la cosa de más estimación y efecto del arte militar". Esta sola frase indica lo avanzado de su pensamiento.

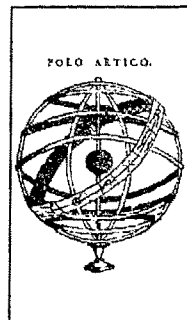
Para calcular las distancias se basa en dos instrumentos, uno resuelve un triángulo rectángulo vertical mediante una escala altimétrica y el segundo más fácil y claro, hace lo mismo midiendo ángulos horizontales, serían los eclímetros y las planchetas de hoy en día; evidentemente conoce los principios de Euclides y mediante ejemplos

los aplica para la resolución gráfica de los triángulos, sus cinco figuras, dos para la escala altimétrica y tres para la "dioptra o trasguardo", junto con las cinco de la puntería en las piezas son muy ilustrativas.

En la Artillería Naval distribuye las piezas entre las que usan cámara, que deben de estar en cubierta, es el caso de los falconetes y versos, de las que usan culata y que al echar el humo por la boca deben de ir en las bandas del navío, además los artilleros menos diestros los sitúa en cubierta, por ser allí el tiro más elemental y sencillo. También aclara que a un lombardero se le puede encomendar dos piezas de culata, es muy curioso la previsión que hace para lograr un tiro rápido, con las argollas y ganchos de los aparejos de la pieza, para que en su retroceso al ser más corta la atadura en uno de los lados gire y facilite la carga, especifica que en el tiro naval se haga con pelota de cadena para las jarcias y velas, con pelota rasa contra la estructura del buque y si es contra gente con linternas de pedernal, cabezas de clavos y "estoperoles". A todos los artilleros y sus municiones los pone bajo el mando del Condestable, dando datos precisos sobre sus cualidades y profesionalidad.

## GEODESIA E HIDROGRAFÍA

Sus conocimientos de cosmografía se explican en todo lo preciso para identificar una esfera armilar y en el globo terráqueo distingue los cinco círculos mayores que lo dividen por igual de otros cuatro desiguales. Incluye unas tablas de las declinaciones solares con carácter perpetuo y explica los instrumentos para calcular la altura del sol o de la estrella correspondiente (cuadrante, astrolabio, ballestilla). Las influencias de Martín Cortés con el "Breve Compendio de la Sphera", Sevilla, 1557, son apreciables. Al igual que se deja notar en el uso necesario de la ballestilla, con la representación de la Osa Menor o "Bocina", propia de los españoles. Los cálculos de las horas nocturnas los hace con gran detalle y mediante gráficos apropiados, se plantea como era norma la



*Esfera Armilar.*



variación que sufre la declinación al navegar hacia Occidente, deja constancia que la declinación era cero en las Azores. Respecto a las mareas, da reglas para conocer la plena o bajamar, de acuerdo con el mes lunar. Hace un gráfico con el valor de los grados de latitud en los distintos paralelos, para ello a los normales ábacos les añade una casilla más para dar su equivalencia en leguas, con lo que consigue una mayor utilidad, finalmente tiene unas tablas lunares que abarcan desde 1586 hasta 1598 y aclara la forma de hacerlas perpetuas, dada la regularidad con que se repiten en ese lapso de tiempo.

En cuanto a la construcción de naos, es donde se ve más la experiencia de Realejo, nos da las medidas apropiadas para realizar una embarcación de 400 toneladas, así como otras de menor porte para la navegación de cabotaje en las Antillas y el Perú. Recordemos que el Galeón de Manila desplazaba 300 y que los mayores navíos de entonces llegaban a las 600. Su misión en 1578 fue construir dos galeones para la travesía del Océano de Castilla (Pacífico). La quilla, el puntal, la manga y todo lo correspondiente a la arboladura y velas lo detalla prolijamente y es, con mucho, el primer escritor de estos temas. En nueve gráficos se puede ver todo lo relativo al casco y en cuatro lo del velamen.

Tendríamos que irnos al siglo XVII para encontrarnos en la bibliografía europea algo semejante a este tratado naval.

Respecto a las Cartas Náuticas, sus conocimientos son los elementales para su confección y en virtud de los datos cosmográficos, situar convenientemente el rumbo de un buque, tanto por las estrellas como por la aguja de marear.

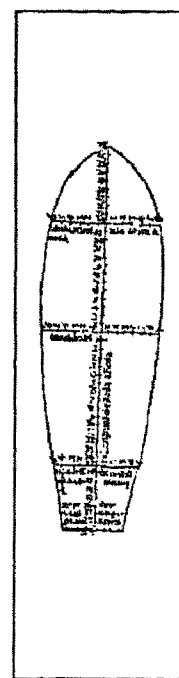
Con su Vocabulario de los nombres que usan la gente de la mar nos da un amplio repertorio de términos a los que hay que añadir otros muchos tratados en los distintos Textos.

Se ha soslayado las calidades del Capitán y Soldado y de las diversas leyes de los casos de una Campaña, por considerar que se aparta de los objetivos de la táctica y técnica en el siglo XVI que nos habíamos programado. Ello es debido también a las limitaciones de tiempo y espacio en la presente Comunicación.

Debemos convenir que el Doctor Diego García de Palacio y Arce, se ganó desde 1583 a 1587 el honor de ser el Primer Tratadista de las Fuerzas Armadas. Y que sus Textos, junto con su vida, merecen la atención de ser, en táctica, ingenios y lo naval, un iniciador. Si añadimos sus Informes de descubrimiento población o pacificación de Costa Rica a Filipinas y las inquietudes por el puerto de Fonseca y lograr establecimientos fabriles o conocer las costumbres indígenas, podríamos pensar en la actualidad de sus conceptos.

Si bien el destino frustró sus propias posibilidades de vocación militar primero y de sus servicios a la Corona después.

Sería encomiable que al cumplir en 1995 el IV Centenario de su muerte, se pudiera publicar una síntesis de sus Tratados y Textos.



Sección Nao

## FIGURAS

Primera: Blasón de los García Palacio.

Segunda: Autógrafo de Diego García de Palacio del Escrito a S. M. de 8 de octubre, 1581.

Tercera: Portada del primer folio de los Diálogos.

Cuarta: Portada del primer folio de la Instrucción.

Quinta: "Sección". Folio 183 v. de los Diálogos.

Sexta: Aviso XIII del Regimiento de Navegación de Pedro de Medina.

Séptima: Pieza de Campaña, folio 124 v. de los Diálogos.

Octava: Pieza Naval con los aparejos para facilitar la carga (archivo particular).

Novena: Esfera Armilar, folio 13 de la Instrucción.

Décima: Sección horizontal de nao, folio 96 de la Instrucción.

NOTA: Las figuras siguen el texto por orden correlativo.

## BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, Patronato Real y Escribanía de Cámara. Sevilla.

ATIENZA, Julio de: Nobiliario Español. Madrid, 1948.

BIBLIOTECA NACIONAL. Madrid.

CORDERAS DESCÁ

RREGA, José: ...De los Arcabuces y Artillería... Sevilla, 1984.

GARCÍA DE PALACIO, Diego: Diálogos Militares... México, 1583. (\*)

GARCÍA DE PALACIO, Diego: Instrucción Náutica... México, 1587. (\*)

HERRERA, Antonio de: Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Océano. Madrid, 1601.

MEDINA, Pedro de: Regimiento de Navegación. Madrid, 1563.

MUSEO DEL EJÉRCITO. Madrid.

MUSEO NAVAL. Madrid.

VIGÓN, Jorge: Historia de la Artillería (Tomo I). Madrid, 1947.

---

(\*) Existen ediciones en la Colección de incunables americanos de Cultura Hispánica. Madrid, 1944.

# **LAS RELACIONES TOPOGRÁFICAS DE FELIPE II, EN RELACIÓN CON LA ESTRATEGIA MILITAR.**

**Javier Navarro Luna**

Licenciado en Geografía e Historia.

- I. Introducción.
- II. Las Relaciones Topográficas de Felipe II.
- III. Las Relaciones como base de demarcación territorial.
- IV. A modo de epílogo.
- V. Apéndice.
- VI. Bibliografía.

I. Entre las aportaciones indiscutibles del ejército a la vida española destaca una que puede servir de paradigma: la aportación militar a la Cartografía española (Alonso Báquer).

Ciertamente el papel del ejército en la elaboración de una amplia y compleja labor cartográfica que abarcase todo el territorio nacional ha sido una de las aportaciones más importantes al desarrollo del conocimiento de nuestro territorio (1). Aunque bien es cierto que el conocimiento más completo y sistemático de nuestras unidades territoriales ha estado marcado por las necesidades estratégicas de la defensa nacional, también lo es que este esfuerzo ha generado un progreso evidente en las técnicas cartográficas.

Las implicaciones estratégicas de ese mayor conocimiento del territorio son claras si coincidimos en señalar que aquélla "implica la decisión de operaciones militares sobre un espacio geográfico, la planificación y la dirección de las fuerzas militares a emplearse allí" (A. Sanguin) (2).

Por ello la cartografía militar se anticipó a los estudios de geógrafos en el levantamiento de cartas topográficas, ya que hasta finales del siglo XVIII la tarea esencial de éstos había sido más bien la de diseñar, trazar y comentar mapas, mientras que la labor de aquéllos se inicia en los comienzos del setecientos cuando como "ingenieros geógrafos" se encargaban de los levantamientos topográficos.

Un precedente histórico de esa labor, y que por la abundante información que proporciona bien podría ser un referente a los primeros levantamientos topográficos realizados posteriormente por el Ejército, fueron las Relaciones Topográficas de los pueblos de España, hechas por orden de Felipe II.

II. La elaboración de estas relaciones está inmerso en las necesidades históricas del siglo XVI que plantea la conveniencia de sistematizar y ordenar todos los conocimientos geográficos tras los nuevos descubrimientos que ampliaron el horizonte espacial de los europeos a partir del siglo XVI, surgiendo como instrumentos de esta necesidad diccionarios geográficos, recopilaciones o relaciones topográficas...

Además como fruto de esa necesidad Felipe II también ordenó, en 1580, se realizasen unas Relaciones Geográficas de Indias, con el mismo fin y sentido que las realizadas para España.

Las Relaciones, a diferencia de la labor realizada por los ingenieros geógrafos del S. XVII que consistían en operaciones geodésicas previas al levantamiento topográfico, son una base de datos, una fuente documental que aporta una serie de conocimientos encaminados a una mejor comprensión de las realidades de amplios territorios de España. Así lo confirma el propio Monarca Felipe II en la Real Cédula de 27 de octubre de 1575 dirigida a gobernadores y corregidores de los pueblos:

“El Rey.

Alcalde mayor del Priorazgo de San Juan en la Provincia de Castilla. Por haber entendido que hasta agora no se ha hecho, ni hay descripción particular de los pueblos de estos Reinos, qual conviene a la autoridad e grandeza dellos, habemos acordado que se haga la dicha descripción e una historia de las particularidades e cosas notables de los dichos pueblos...”

Las Relaciones tienen su origen en un Interrogatorio o Cuestionario, realizado por el Dr. Juan Páez de Castro, cronista de Carlos I y Felipe II. En éste, además de abundante información económica, política, social y cultural de dichas villas y lugares, se recoge información territorial muy interesante.

En las sucesivas Relaciones (3) se completarán y ampliarán estas informaciones significativamente, aunque su ámbito espacial queda constreñido a lo que hoy es Castilla-La Mancha, Madrid, y algunos pueblos de Alicante, Cáceres y Jaén. Parece ser que estas relaciones que se conservan debían formar parte de un proyecto más ambicioso que abarcase todos los reinos hispánicos, como así parece indicárnoslo la pregunta IV del Interrogatorio (4).

III. Una de las posibles aportaciones de este ingente trabajo, como se ha planteado anteriormente, podría ser el establecimiento o la mejor comprensión de demarcaciones territoriales, propuesta ya por otros autores (5). Aunque en nuestra comunicación queremos establecer que gran parte de los capítulos recogen información básica para el trazado de mapas, que después se plasman mediante símbolos figurativos que expresan sobre el papel las características de los lugares representados (6).

Efectivamente, aunque la finalidad para la cual están confeccionadas estas relaciones, y la abundante información que aportan, no está implícita en ningún documento consultado, no es menos cierto que esta labor cumple una de las principales operaciones del trabajo cartográfico, cual es la de compilar datos, que se suele realizar directamente sobre el terreno, o en una labor de gabinete a partir de fuentes bibliográficas o documentales —como es el caso que nos ocupa—, estadísticas, cartográficas, etc...

Utilizando el Interrogatorio de 1575 (7), al menos 26 preguntas recogen algún tipo de información susceptible de ser utilizada en la elaboración y trazado de mapas.

Las dos primeras preguntas plantean una cuestión básica, el conocimiento toponímico del terreno, así como la matización de si se ha llamado siempre así o ha variado su anterior denominación. Posiblemente para evitar confusiones, y no añadir ni sustituir pueblos o aldeas.

Los capítulos III, IV y V plantean una cierta delimitación territorial, ya sea a nivel de demarcación municipal, como en el caso de la pregunta III, o a la de delimitar comarcas, como aparece claramente reflejado en la IV. En ésta se ponen como ejemplos de aquellas espacios claramente singularizados y percibidos por sus habitantes como las comarcas de tierra de Campos, Rioja, Alcarria y la Mancha.

Comarcas que tienen un gran contenido histórico al aparecer como tales mucho tiempo atrás, y que por lo tanto pueden delimitarse con mucha mayor precisión.

Por lo que respecta a la cuestión V aparece si cabe con mayor acento la demarcación al solicitarse de aquellos pueblos fronterizos la distancia a aquélla, así como información sobre las vías de comunicación que la crucen.

Los capítulos XIII, XIV, XV y XVI son de gran utilidad para establecer el trazado de un mapa, ya que en ellos se preguntan por los pueblos existentes en las cuatro direcciones del espacio a partir del interrogado, precisando sus distancias (8), y el trazado de sus caminos.

En los siguientes se aborda información acerca de las características climatológicas ("si es tierra caliente o fría"); de los accidentes geográficos del terreno: llanuras, sierras, ríos, lagunas, costas, indicando las características que presentan (extensión, caudalosidad, configuración...), así como el nombre por el que se les conoce si lo hubiere. Información muy completa que amplía considerablemente el conocimiento geográfico de las tierras peninsulares.

Por último, el resto de información susceptible de tratamiento territorial (aunque sólo en la actualidad y en mapas temáticos de gran escala lo podemos encontrar) nos aporta las características propias del terreno, en su dimensión económica de aprovechamiento: calidad de las tierras de labranza y cultivos que se dan; abundancia de bosques y pastos; huertas y regadíos; fuentes, molinos y puentes; existencia y tipos de minas, etc...

Con tan abundante información se completa un inmejorable conocimiento del territorio y se facilita una mejor comprensión de las singularidades de gran parte de las tierras españolas.

IV. Para terminar expresar que nuestra intención al presentar esta comunicación ha sido la de reflexionar sobre una aportación de esta ingente labor de documentación que hasta ahora había sido poco tratada en detrimento de otros estudios de corte económico y demográfico en su vertiente histórica, y que podemos tomar como referente a los posteriores levantamientos topográficos de los ingenieros geógrafos del siglo XVII.

## APÉNDICE

### M E M O R I A

De las cosas que se han de hacer e embiar las Relaciones.

Primeramente se declare y diga el nombre del pueblo cuya rrelación se hiciere, cómo se llama al presente, y porqué se llama ansi, y si se ha llamado de otra manera antes de ahora, y también porqué se llamó ansi, si se supiere.

- II. Si el dcho pueblo es antiguo o nuevo, y desde que tiempo acá está fundado, y quiwn fué el fundador, y quando se ganó de los moros, o lo que dello se supiere.
- III. Si es ciudad, villa o aldea, y si fuere ciudad o villa desde qué tiempo acá lo es, y el titulo que tiene, y si fuere aldea en qué jurisdicción de ciudad o villa cae.
- IV. El rreyno que comunmente cuenta el dcho pueblo, como es decir si cae en el rreyno de Castilla, o de León, Galicia, Toledo, Granada, Murcia, Aragón, Valencia, Cataluña o Navarra, y en que provincia o comarca dellos, como es decir, si es en tierra de Campos, Rioja, Alcarria, la Mancha.
- V. Y si es pueblo que está en frontera de algún rreyno estrano, que tan lexos está de la rraya, y si es enurada, o paso para él, o puerto, o aduana do se cobren algunos derechos.
- XIII. Ansímismo se diga el nombre del primer pueblo que oviere yendo del lugar donde se hiciere la dcha rrelación, hacia donde el sol sale, y las leguas que hasta él oviere, declarando poco más o menos si el dcho pueblo derechamente hacia donde el sol sale, o desviado algo al parecer, y a qué mano, y si las leguas son ordinarias, grandes o pequeñas, y por camino derecho, o por algún rodeo.
- XIV. Y se diga el nombre del primer pueblo que oviere yendo de donde se hiciere la rrelación hacia el mediodia, y el número de las

leguas que oviere, y si son grandes o pequenas, y por camino derecho o torcido, y si el tal pueblo está derecho al mediodia o al parecer algo desviado, y a qué parte.

- XV. Y ansimismo se declare el nombre del primer pueblo que oviere caminando para el poniente desde el dcho pueblo con el número de las leguas que hay hasta él, y si son grandes o pequenas, y por camino derecho o no, y si está derecho al poniente o no, como queda dcho en las capitulos antes deste.
- XVI. Y otro tanto se dirá del primer pueblo que oviere a la parte del norte o cierzo, diciendo el nombre del, y las leguas que hay hasta el pueblo donde se hace la rrelación, y si son grandes o pequenas y por camino derecho, y si el pueblo está derecho al norte o no, todo como queda dcho en los capitulos precedentes.
- XVII. La calidad de la tierra en que está el dcho pueblo, si es tierra caliente o fria, llana o serrania, rasa o montosa y áspera, sana o enferma.
- XVIII. Si es tierra abundosa o falta de leña, y de donde se proveen, y si montosa de qué monte y arboledas, y qué animales, cazas y salvaginas se crían y hallan en ella.
- XIX. Si estuviere en serrania el pueblo, cómo se llaman las sierras en que está o que estovieren cerca del, y quanto está apartado dellas, y a que parte le caen, y de donde vienen corriendo las dchas sierras, y a donde van a parar.
- XX. Los nombres de los rios que pasasen por el dcho pueblo o cerca del, y que tan lexos, y a qué parte del pasan, y quan grandes y caudalosos son.
- XXI. Las rriveras, huertas, rregadios, y las frutas y otras cosas que en ella se cogen, e los pescados y pesquerías que en los dchos rrios oviere, e los duenos y señores dellos, e lo que les suelen valer y rentar.
- XXII. Los molinos y acenas y los barcos y puentes señalados que en los dchos rrios y términos del dcho lugar oviere, y los aprovechamientos dellos, y cuyos son.
- XXIII. Si es abundoso o faltar de aguas, y las fuentes y lagunas señaladas que en dcho pueblo y sus términos oviere, y si no hay rrios ni fuentes de donde beben y a donde van a moler.
- XXIV. Los pastos y dehesas señaladas que en término del sobredcho pueblo oviere son los bosques y cotos de caza y de pesca yue ansimismo oviere, y cuyos son y lo que valen.
- XXV. Las casas de encomiendas, cortijos y otras haciendas señaladas que ovieren en tierra del dcho pueblo, públicas o de particulares.
- XXVI. Y si es tierra de labranza, las cosas que en ella más se cogen y dan, y los ganados que en ella se críen y hay, y lo que comunmente suele cogerse de los diezmos, e lo que valen, e las cosas de que tiene más falta, e de adonde se proveen dellas.
- XXVII. Si hay minas de oro, plata, hierro, cobre, plomo, azogue y otros metales y minerales de tinturas y colores.
- XXVIII. Las alinas que en tierra de dcho pueblo hay y las canteras de xaspe, marmol y otras piedras esúmadadas que se hallaran en ellas.
- XXIX. Y si el pueblo fuere marítimo que tan lexos o cerca está de la mar, y la suerte de la costa que alcanza, si es costa brava o baxa y los pescados que se pescan en ella.
- XXX. Los puertos, vayas y desembarcaderos que oviere en la costa de dcha tierra con las medidas del ancho y largo dellos, y rrelación de las entradas y fondo y seguridad que tienen, y de la provisión agua y leña que alcanzan.
- XXXII. El sitio o asiento donde el dcho pueblo está poblado, si está en alto o baxo, llano o áspero, y si es cercado, las cercas y murallas que tiene, y de que son.
- LV. Si el pueblo fuere pasagero, en qué camino rreal estuviere, y las ventas que oviere en la tierra y términos del, y cuyas son, y lo que valen.
- LVIII. Los anexos que el dcho pueblo tuviere y a quantas leguas del están, y si son concejos por si o no.

## N O T A S

- (1) Nacido de la necesidad de su "posible utilización bélica - Planes de guerra, Campañas y Operaciones" (Alonso Baquer).
- (2) Sobre esta cuestión hay obras conceptuales que tratan más en profundidad el tema estratégico, sirva de mención: *Geopolitique et Géostratégie* de P. Celier; *La Geografía y la Guerra* de F. Pinto; *The geopolitics of domination* de G. Parker, entre una abundante bibliografía.
- (3) Tres son propiamente los Interrogatorios mandados por Felipe II: 1.º, el de 1574 con 24 preguntas o capítulos; 2.º, el de 1575, con 59 capítulos, y 3.º el del año 1578, con 45 preguntas.
- (4) Ver apéndice.
- (5) J. y A. López Gómez plantean como una de las finalidades la de delimitar comarcas, y en su estudio describen las resultantes para el caso de Ciudad Real: Los Montes de Toledo, Campo de Calatrava, La Mancha y Campo de Montiel.
- (6) Se denominan a éstas variables visuales o retinianas.
- (7) El más extenso y completo, con 59 capítulos o preguntas, de los tres mandados por Felipe II.
- (8) Incluso se precisa en qué medida se realiza, si leguas ordinarias, grandes o pequeñas, para evitar posibles confusiones a la hora de trazar el mapa.

## B I B L I O G R A F Í A

ALONSO BAQUER, M.: *Aportación militar a la cartografía española en la historia contemporánea*. Instituto de Geografía aplicada del Patronato "Alonso de Herrera". CSIC, Madrid 1972. 365 pp.

JOLY, F.: *La Cartografía*. Ariel geografía. Barcelona, 1982. 303 pp.

LÓPEZ GÓMEZ, J. y LÓPEZ GÓMEZ, A.: *Las Comarcas de Ciudad Real según las "Relaciones Topográficas" de Felipe II*. Estudios Geográficos. CSIC, Madrid, 1989. 65-91 pp.

ORTEGA RUBIO, J.: *Relaciones Topográficas de los Pueblos de España*. Sociedad Española de artes gráficas. Madrid, 1918, 710 pp.

SANGUIN, A.: *Diccionario de Geografía Política*. Ed. Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, 1979. 122 pp.

URTEGA, L.: *Descubrimientos, exploraciones e historia de la Geografía*. *Geocrítica* n.º 71. Barcelona, 1987. 39 pp.

VIÑAS, C. y PAZ, R.: *Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II*. Varios tomos. CSIC. Madrid, 1971.





# VI PONENCIA



## FORTIFICACIONES DE TRANSICIÓN: DEL CASTILLO AL FUERTE ABALUARTADO\*

Luis de Mora-Figueroa  
Universidad de Cádiz

Cuando el exasperado abad del monasterio de Quarr, en la Isla de Wight, ante los reiterados ataques y saqueos a que se ve sometido su cenobio, solicita y obtiene en 1365 Real Licencia para fortificarlo, labra, entre otros reparos defensivos, unas cañoneras circulares (1) aún parcialmente conservadas (2), y que constituyen uno de los más tempranos ejemplos de huella arquitectónica del empleo de la artillería pirobalística en el conflictivo Canal, e incluso en la generalidad europea (3). Carecemos de suficientes datos precisos sobre dichas innovaciones en los reinos peninsulares, pero por ahora puede darse por válidas, para el de Castilla, fechas tan tardías como c. 1437, datación epigráfica de la fortaleza pacense de Zafra (4), que ofrece cañoneras circulares, al igual que la cercana Nogales (5). A comienzos de la segunda mitad del XV empiezan a generalizarse tipos como el de *palo y orbe* y poco después el de *cruz y orbe*, para en el último tercio hacerse con el de *buzón*. En cuanto a la adaptación de merlones y almenas a la reciente artillería de pólvora, es mucho más morosa aún, y sólo se generaliza, con cierto preciosismo, hacia 1480, como en la merlatura del castillo toledano de San Silvestre, o definitivamente en el soriano de Berlanga de Duero (c. 1528), con modélica deriva escalonada, quizás de procedencia italiana.

No debe extrañar en exceso el carácter tardío y episódico en la aparición de vanos específicamente pirobalísticos, pues resulta arqueológicamente evidente que entonces, como en la precedente y aún sincrónica neurobalística, el grueso de la defensa activa se producía en adarves y terrados (6), donde no eran necesarias especiales adaptaciones para el uso de la nueva tormentaria, particularmente de los tiros livianos. Además, la defectuosa estanqueidad de sus másculos y alcuza aconsejaba su uso a la intemperie, para evitar el sofoco por los gases de propulsión en la retrocarga generalizada hasta comienzos del siglo XVI (7).

Sin embargo, no es sólo la presencia de troneras o cañoneras el indicativo de la adaptación a la nueva era de la *ultima ratio regis*, pues en la vieja lucha del proyectil y la coraza cumple ahora, a la segunda, ciertas medidas elusivas y protectoras. Así vemos la albardilla del adarve en cuarto bocel para agudizar el ángulo de incidencia del proyectil y facilitar su rebote, como en la fortaleza de Torrelobatón (Valladolid); asistimos a un extraordinario aumento en el grosor de los muros exteriores, a la par que a una reducción de su altura respecto a los aproches para minimizar el blanco artillero (8), aunque potenciando el foso seco (9) al objeto de mantener, contra el escaló, un desnivel prudente;

---

\* La ponencia (13-III-92) consistió en una exposición visual de los principales elementos defensivos que identifican las fortificaciones de este período de transición en los reinos peninsulares, enfatizando su carácter tardío respecto al contexto europeo occidental y su, aún, precaria secuencia tipológica y cronológica, todo ello a través de una selección de imágenes fotográficas comentadas, que se reproduce de nuevo, parcialmente, en estas Actas, y en la que el breve texto es mera introducción y glosa del testimonio gráfico, obtenido por el autor.

comprobamos la generalización del alambor con acusado releje en paños y torres de flanqueo, dispositivo antiguo ahora revitalizado particularmente en la falsabrega, como continuación de la escarpa de la cava, perdiéndose por ello la berma (10); apreciamos la conversión de albarranas y barbacanas en revellines, potenciando el flanqueo; en definitiva, signos todos ellos de una verdadera mutación arquitectónica y sociológica que, parafraseando a Rubín de Cendoya (11), convierte a la defensa de la persona contra el Estado en la de éste contra la persona. Había nacido el Estado moderno (12).

## N O T A S

(1) No deja de ser significativo que esta proto-cañonera circular nos la volvemos a encontrar cien años después en la última gran fortaleza medieval británica, Raglan, tras haberse ensayado docenas de modelos para los vanos pirobalísticos durante el largo periodo intermedio, en el que se llegaron a adoptar formas tan curiosas como presumiblemente disfuncionales, lo que abona la sospecha de que, con frecuencia tenían más aspecto simbólico que operativo, y ello con un carácter generalizado, lo que explicaría la enorme difusión y relativa sincronía de algún modelo, como el de *cruz y orbe* por toda Europa y el Mediterráneo durante la segunda mitad del siglo XV (Para Raglan, cfr. KENYON, John R.: *The gunloops at Raglan Castle*; en "Castles in Wales and the Marches. Essays in honour of D.J. Cathcart King", University of Wales Press, Cardiff, 1987, pp. 161-172).

(2) RENN, Derek F.: *The Enceinte Wall of Quarr Abbey*; en "Fort. Fortress Study Group", vol. VIII, 1980, pp. 5s.

(3) Todavía en el último tercio del siglo XIV tenemos otros ejemplos británicos de troneras y/o cañoneras, como en las murallas urbanas de Southampton (c. 1370) y Canterbury (1380), o en los castillos de Cooling (1381) y Bodiam (1386), todas ellas del modelo *palo y orbe* o "cerradura invertida" (vide O'NEIL, Bryan H. St. J.: *Castles and Cannon. A Study of Early Artillery Fortifications in England*. Oxford University Press, 1960/Westport, 1975, pp. 6-18). Al otro lado del Canal, sorprendentemente no conocemos ejemplos tan tempranos ni en la fortificación francesa, pionera por tantos conceptos, que parece fechar su primera tronera conocida poco antes de 1393, en la cámara del rastrillo de la Porte de la Merveille, de Mont-Saint-Michel (vide MESQUI, Jean: *Châteaux et enceintes de la France médiévale. De la défense à la résidence. 1- Les organes de la défense*. Paris, 1991, fig. 401 en p. 324). Resulta evidente que bastante tiempo después de la introducción de la pirobalística en los asedios todavía se seguía confiando en la comprobada capacidad de encaje de los muros "a la vieja usanza", que aún siglos más tarde demostraron ser capaces de soportar ataques para los que no habían sido concebidos (Vide MAXWELL-IRVING, Alistair M.T.: *Early Firearms and their influence on the military and domestic architecture of the Borders*; en "Proceeding of the Society of Antiquaries of Scotland", vol. CIII, 1970/1, pp. 192-224). Mientras no se convenga una terminología unívoca para estos huecos específicos, se pueden reconocer cuatro grandes variedades: saeteras, troneras, cañoneras y aspilleras, cada una con diversos tipos más o menos funcionales. Para el caso británico, cfr. KENYON, John R.: *Terminology and Early Artillery Fortification*; en "Fort. Fortress Study Group", vol. XI, 1983, pp. 31-34.

(4) COOPER, Edward: *Castillos señoriales en la Corona de Castilla*. Vol. I.1, Valladolid, 1991, pp. 65s y 281-286. Conviene resaltar que la licencia de Juan II data de 1441...

(5) Así mismo iniciativa de Lorenzo Suárez de Figueroa en 1458 (vide MORA-FIGUEROA, Luis de: *El Castillo de Nogales (1458-1464). Provincia de Badajoz*; en "Estudios de Historia y de Arqueología Medievales", vol. III-IV, 1984, pp. 215-246). Este tipo circular, primigenio, puede aparecer simultáneamente como cañonera y como tronera en la segunda mitad del XV; así las tenemos en la batería en bestorre de la fortaleza de Montalbán, protegiendo la coracha de aguada (vide MORA-FIGUEROA, Luis de: *Reflexiones arqueológicas sobre el castillo de Montalbán, en tierras de Toledo*. Cádiz, 1992, pp. 19s, 47 y 53).

(6) Salvo para el control de la vertical, cuyos dispositivos, como buhederas, cadahalsos y ladroneras, solían operar a cubierto. El valor marginal de los huecos defensivos de los muros queda de manifiesto con la abundancia de ángulos muertos o de zonas defectuosamente batidas, sólo aceptables por el carácter secundario de su aportación a la defensa (Vide JONES, Peter N. & RENN, Derek: *The military effectiveness of Arrow Loops. Some experiments at White Castle*; en "Château Gaillard. Etudes de Castellologie Médiéval", vol. IX-X, 1982, pp. 445-456).

(7) MORA-FIGUEROA, Luis de: *Verso maymón portugués de hacia 1500 procedente de la bahía de Cádiz*; en "Estudios de Historia y de Arqueología Medievales", vol. IX, 1993, p. 167.

(8) Con la habitual excepción de la torre del homenaje, de notable pervivencia en la castrametación ibérica bajomedieval, hasta el punto de generar un tipo de castillo en el que supone el grueso del mismo (cfr. MORA-FIGUEROA, Luis de: 1984, *op. cit.*). Incluso en fortalezas arquetípicas de la transición al sistema abaluartado, como la castellano-aragonesa de Salces (Rosellón; 1497), la torre del homenaje destacaba conspicua y... vulnerable (vide TRUTTMANN, Philippe: *La forteresse de Salces*. Paris, 1980, p. 27).

(9) Este nuevo supuesto táctico genera una innovación con la caponera que, sólo vulnerable al tiro por el segundo sector, bate con su flanqueo el fondo del ahora ancho foso.

(10) Alambor que llega a alcanzar los dos tercios de la altura del antemural, como en Pioz (Guadalajara; c. 1475), Santiago (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz; c. 1477) o San Silvestre (Toledo, c. 1480).

(11) Quiebro orteguiano de ingenio y desazón (vide MORA-FIGUEROA, Luis de: *Arquitectura militar cristiana de la Edad Media española: estado de la cuestión*. Ponencia al "II Congreso de Arqueología Medieval Española", Madrid, 1987, pp. 50-58).

(12) MARAVALL, José Antonio: *El régimen de Estado Moderno y el sistema de fortificación militar en España*; en "Revista de Estudios Políticos", vol. XVIII, Madrid, 1947, pp. 23-64.

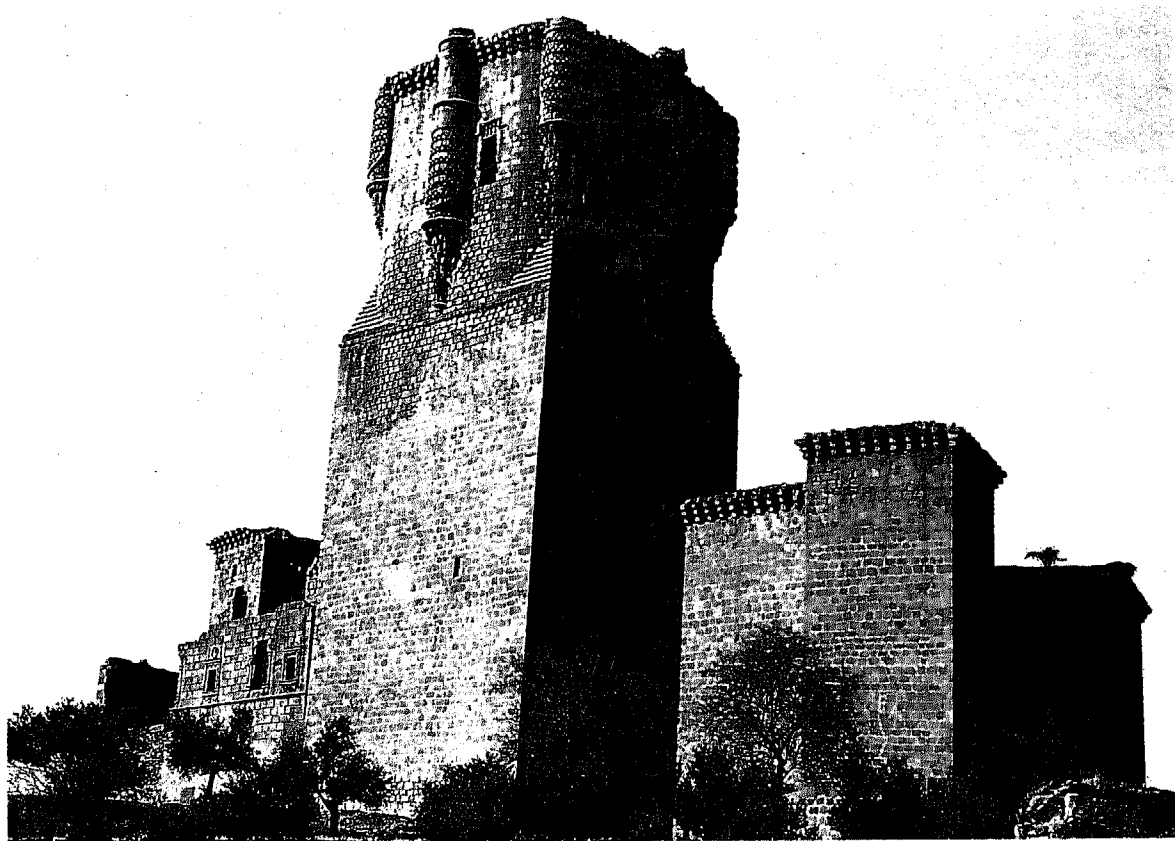


LÁMINA 1.—BELALCÁZAR (CÓRDOBA).

El castillo cordobés de Belalcázar es un buen exponente de la pervivencia de las viejas formas cuando ya la artillería pirobalística es una realidad operativa. Construido por los Sotomayor, Condes de Belalcázar, en la década de los sesenta del siglo XV, no muestra, pese a fechas tan tardías, acomodo a la nueva situación poliorcética, a menos que los antepechos de adarves y terrados, hubiera o no flores de lis, dispusieran de troneras o cañoneras hasta su destrucción por las tropas napoleónicas entre Junio de 1810 y Agosto de 1812. Sin embargo, es curioso constatar que un inventario de la armería de la fortaleza, en 1464, enumera hasta nueve piezas de artillería y cuatro tiros livianos. Muchos años después, en Mayo de 1811, resistió sin problemas el cañoneo de cierta unidad británica segregada del Ejército de Lord Beresford. Hoy, destaca sobre el modesto olivar su gran torre del homenaje, la más alta de España, en triada con la palentina de Fuentes de Valdepero y la onubense de Niebla, de haberse completado y conservado ambas. Las tres fueron labradas en torno a 1470, en póstumo anacronismo de un modelo ya en desuso.



LÁMINA 2.—GARCIMUÑOZ (CUENCA).



LÁMINA 3.—CASARUBIOS DEL MONTE (TOLEDO).

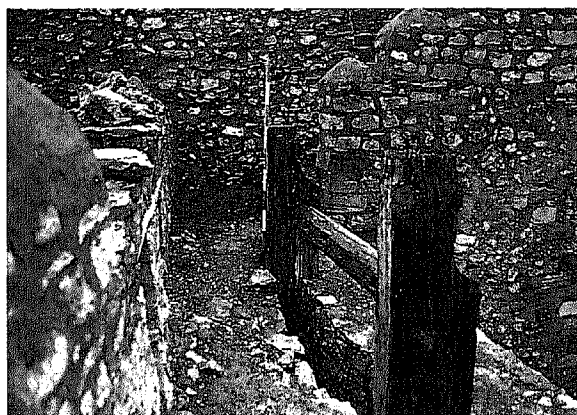


LÁMINA 4.—MOLINA DE ARAGÓN (GUADALAJARA).



LÁMINA 5.—CIUDAD RODRIGO (SALAMANCA).

Diversos elementos defensivos de vieja raigambre se adaptaron a la novedad de los tiempos, aunque a veces bajo apariencias excéntricas. Sobre la puerta principal del castillo conquense de Garcimuñoz se labró, poco antes de la muerte ante sus muros de Jorge Manrique, en 1477, una rotunda **ladronera** [lám. 2], mientras que en el toledano de Casarrubios del Monte (c. 1496) se concebía, en sintonía con el segoviano de Coca (1473/1504), un buzón vertical [lám. 3] destinado preferentemente a verter agua sobre la puerta en el habitual caso de su intento de destrucción por fuego. En la fortaleza de Molina de Aragón (Guadalajara) encontramos un caso ejemplar de pervivencia funcional en un **rastrillo** [lám. 4], instalado por las fuerzas isabelinas hacia 1836 con motivo de la primera guerra carlista. En la muralla urbana de Ciudad Rodrigo (Salamanca), vigilando una de sus puertas, destaca la **garita** de centinela, probablemente de las reformas de Felipe V o Isabel II, apoyada sobre los canecillos de una **ladronera** [lám. 5] de la cerca de Enrique II (1369/79).

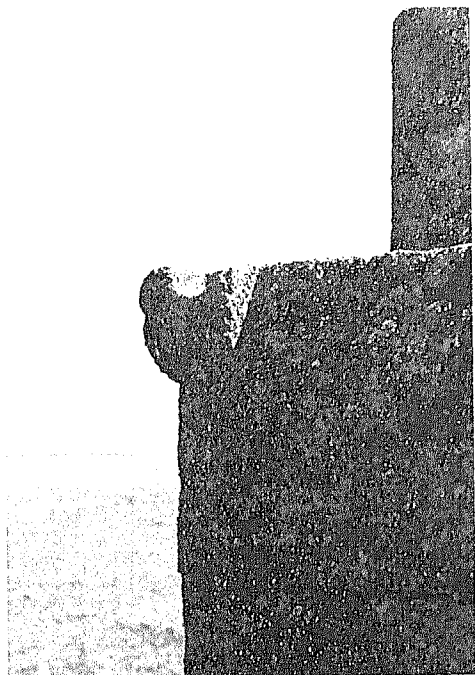


LÁMINA 6.—BELMONTE (CUENCA).

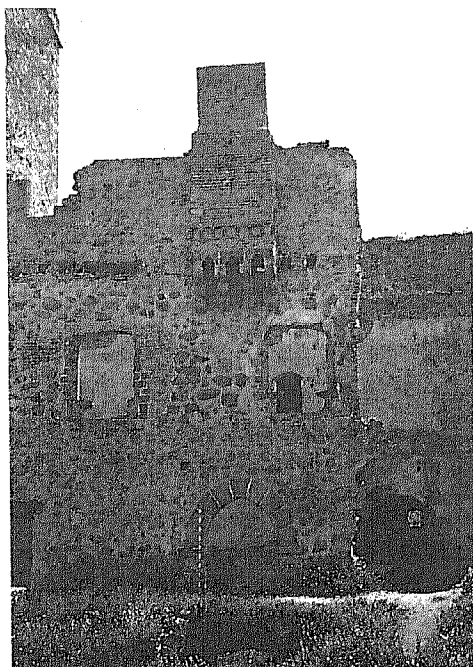


LÁMINA 7.—BELVIS DE MONROY (CÁCERES).

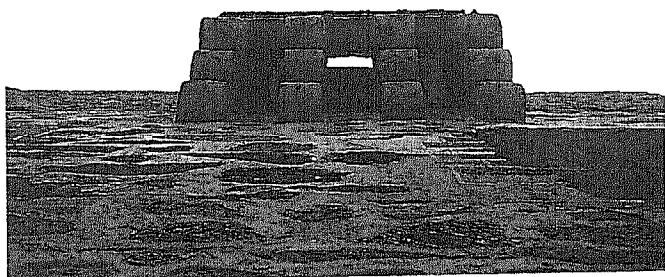


LÁMINA 8.—BELVIS DE MONROY (CÁCERES).

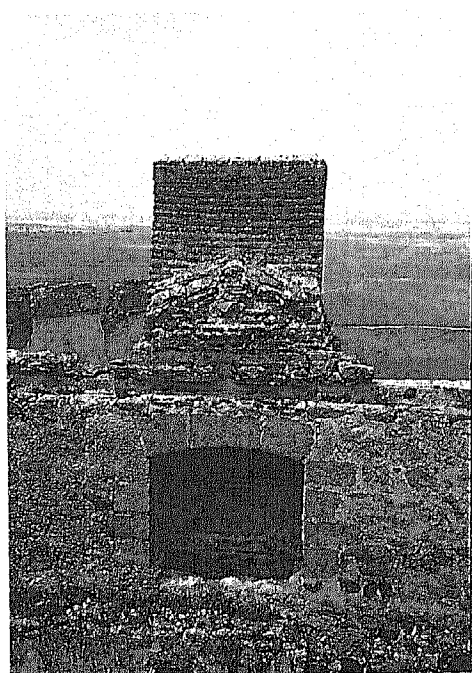


LÁMINA 9.—BELVIS DE MONROY (CÁCERES).

Aunque sin excesiva frecuencia, debieron difundirse en la segunda mitad del siglo XV los **manteletes** a la francesa, cubriendo las almenas a voluntad, basculantes entre merlones contiguos. Así, el castillo conquense de Belmonte (c. 1467/1472) ofrece, al margen de restauraciones decimonónicas, las ranguas horizontales [lám. 6] para pivotar los ejes de sus manteletes. En la fortaleza cacereña de Belvis de Monroy, y debiendo corresponder a las reformas de poco antes de 1500, tenemos un curioso caso de polivalencia funcional. La puerta de acceso a la crujía meridional desde el patio interior [lám. 7] está protegida por una ladroneira que domina su vertical [lám. 8], pero que al ser observada desde el interior de la tercera planta [lám. 9] muestra el hogar de una chimenea convencional, que, según las circunstancias lo requieran, actúa con una u otra función.

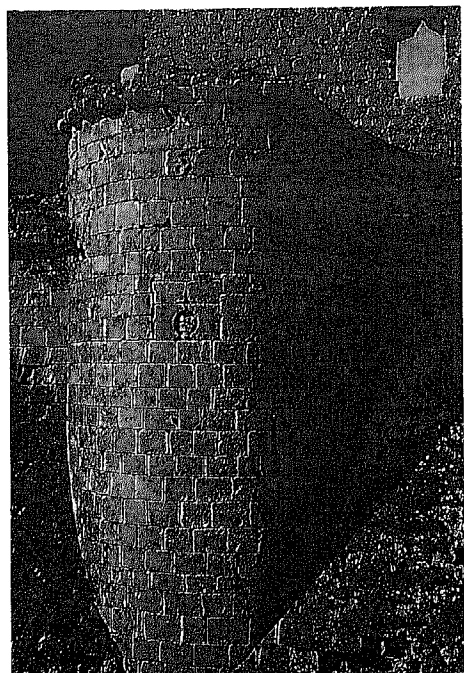


LÁMINA 10.—PIOZ (GUADALAJARA).

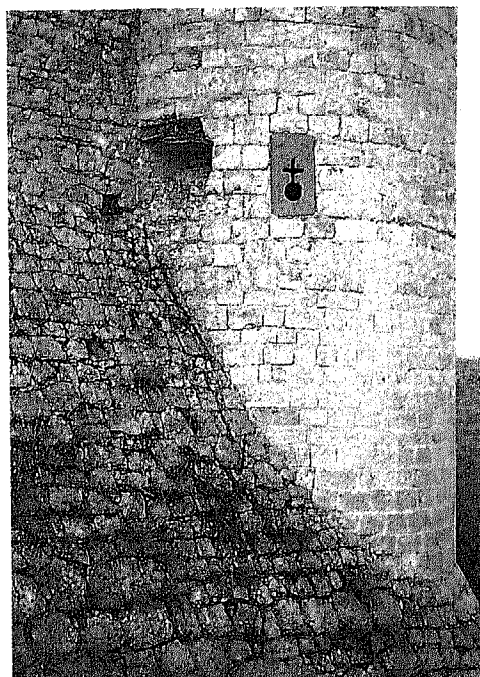


LÁMINA 11.—S. SILVESTRE (TOLEDO).

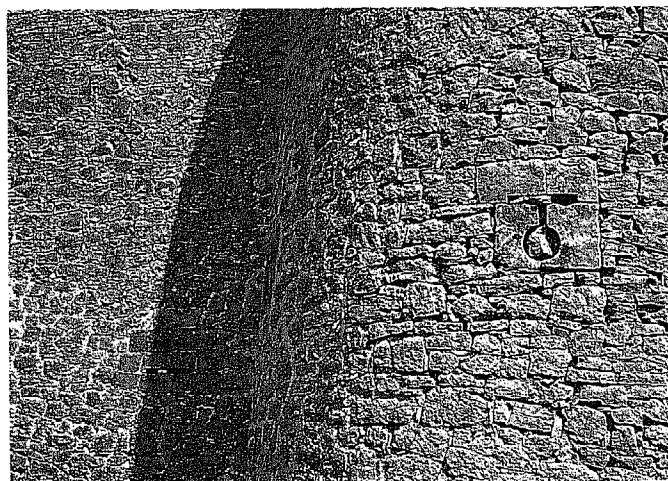


LÁMINA 12.—CARACENA (SORIA).

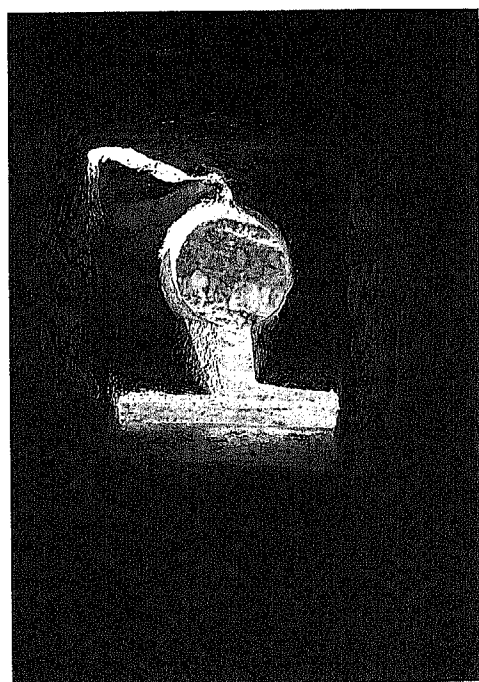


LÁMINA 13.—CARACENA (SORIA).

En la acitara de Pioz (Guadalajara, c. 1475) de cuidada plementería [lám. 10] y en la muralla del toledano San Silvestre (c. 1480) más aún, [lám. 11] tenemos dos buenos ejemplos de acusado **alambor** pirobalístico, muy semejante en apariencia al primitivo antisísmico de los castillos francos de ultramar (ss. XII-XIII). Combinado en las **troneras de cruz y orbe**, su marcado releje configura una imagen característica de la fortificación castellana a partir de Enrique IV, al igual que un amplio muestrario de **troneras** y **cañoneras** más o menos funcionales, como las de **buzón y orbe** en la fortaleza soriana de Caracena (c. 1491), de mayor ángulo de visión que otras de la época [láms. 12 y 13].



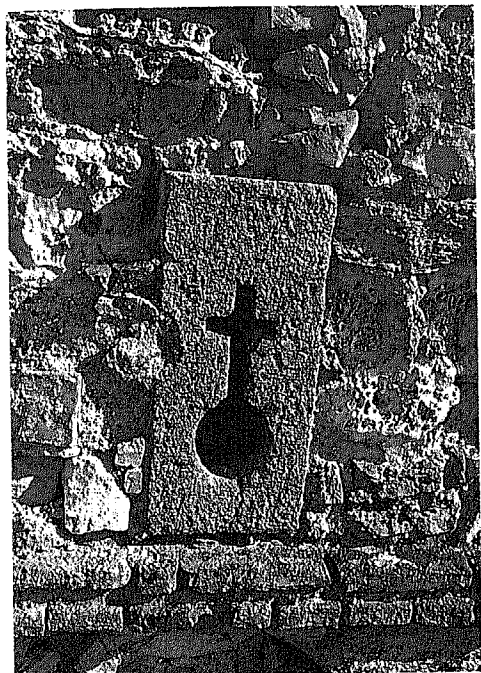


LÁMINA 14.—SANLÚCAR DE BARRAMEDA (CÁDIZ).

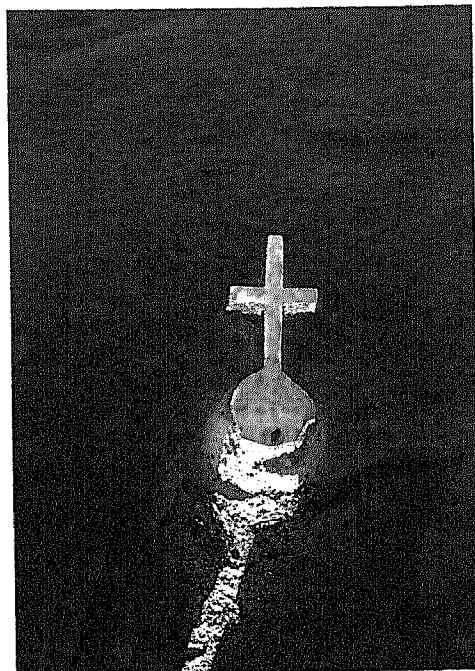


LÁMINA 15.—SANLÚCAR DE BARRAMEDA (CÁDIZ).

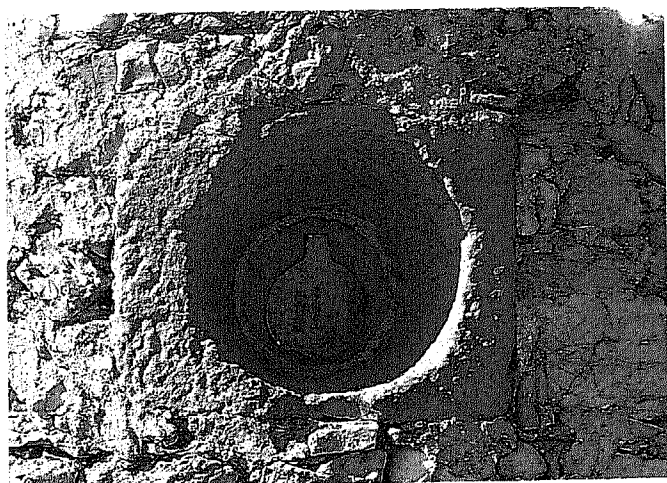


LÁMINA 16.—CARACENA (SORIA).

El elenco de cañoneras y troneras de las tres últimas décadas del XV tiene quizás en el tipo de **cruz y orbe** su exponente más representativo, como en el castillo gaditano de Santiago (Sanlúcar de Barrameda, c. 1477), que muestra [láms. 14 y 15] su eficiencia visual más simbólica que real. En la ya mencionada fortaleza de Caracena nos encontramos con un híbrido de la **cañonera circular** y la **tronera de palo y orbe** [láms. 16 y 17], que presenta un eficiente abocinamiento exterior y una visual sensiblemente mejorada.

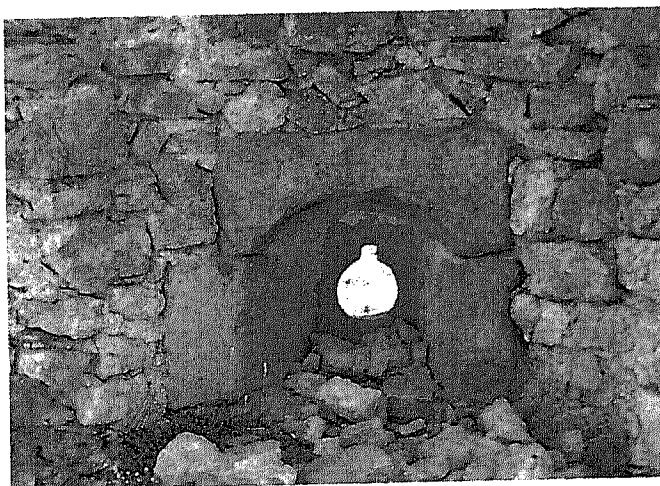


LÁMINA 17.—CARACENA (SORIA).



LÁMINA 18.—PEÑARANDA DE DUERO (BURGOS).



LÁMINA 19.—VILLAFUERTE (VALLADOLID).



LÁMINA 20.—ZORITA CANES (GUADALAJARA).

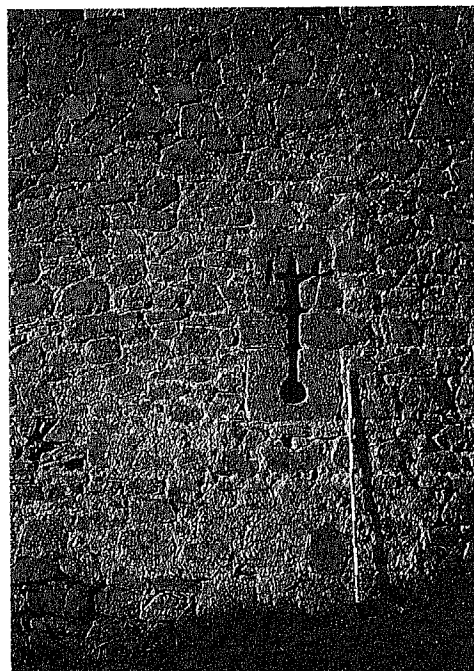


LÁMINA 21.—REAL DE MANZANARES (MADRID).

Aunque infrecuente en extremo, la tronera de salida bífida [lám. 18] del castillo burgalés de Peñaranda de Duero (c. 1460) tiene paralelos algo posteriores en la fortaleza almeriense de Cuevas de Almanzora (c. 1511), y precedentes remotos e inconexos en la ciudadela nubia de Buhen. Como probable derivación de las **troneras de palo y orbe**, tenemos, a modos de signo de **interjección** el tipo presente en el castillo vallisoletano de Villafuerte (c. 1475), aún con deriva interna [lám. 19], o en la zona del XV de Zorita de los Canes (Guadalajara) [lám. 20], sin duda uno de los "sætines" calatravos mencionados en las Relaciones de Felipe II. Las troneras cruciformes alcanzan su máxima complejidad simbólica en la **barrera** del madrileño Real del Manzanares (c. 1483) con la cruz de lorena surmontando un pequeño orbe [lám. 21].

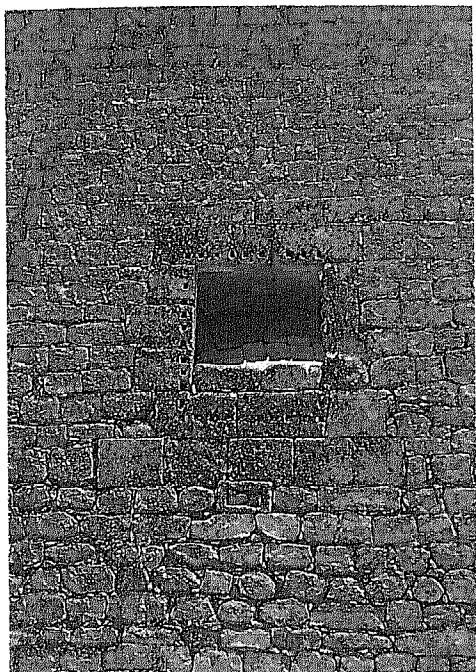


LÁMINA 22.—SABIOTE (JAÉN).



LÁMINA 23.—CORIA (CÁCERES).

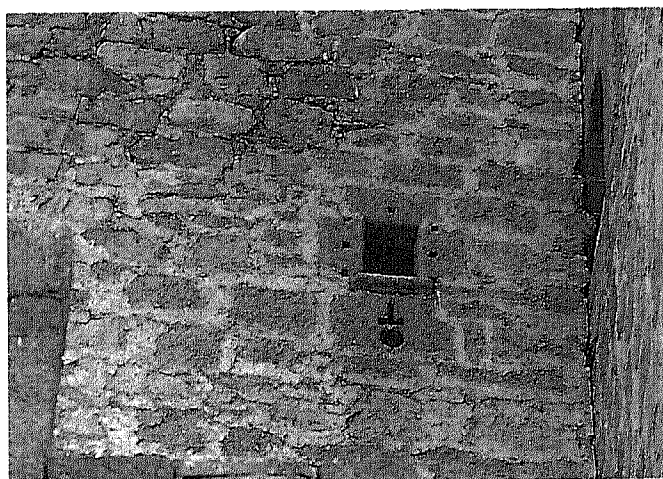
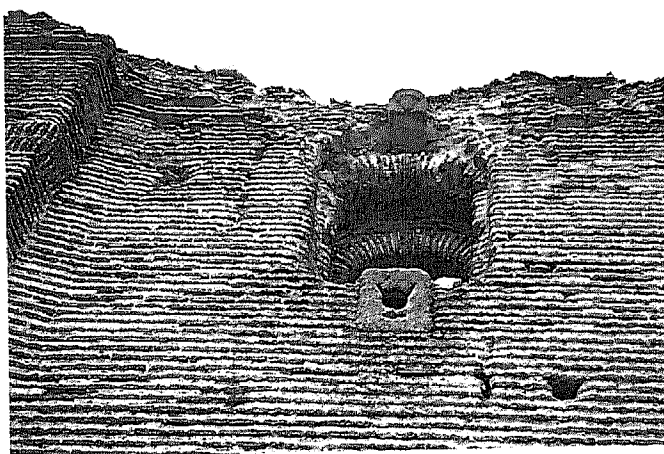


LÁMINA 24.—PUENTE DEL CONGOSTO (SALAMANCA).

Una modalidad específica en este mundo de las troneras de transición tardomedieval es la constituida por las abiertas en los antepechos de ventanas, desde el pequeño **buzón** opilado del jiennense Sabiote (c. 1540/-60) [lám. 22] al **palo y orbe** del homenaje cacereño de Coria (c. 1472) [lám. 23], pasando por las complejidades de dudosa eficiencia del palimpsesto salmantino de Puente del Congosto (c. 1470) [lám. 24] o del toledano Casarrubios del Monte (c. 1496) [lám. 25], todas ellas, en general, con el común denominador de una intrigante complicación.

LÁMINA 25.—CASARRUBIOS DEL MONTE (TOLEDO).





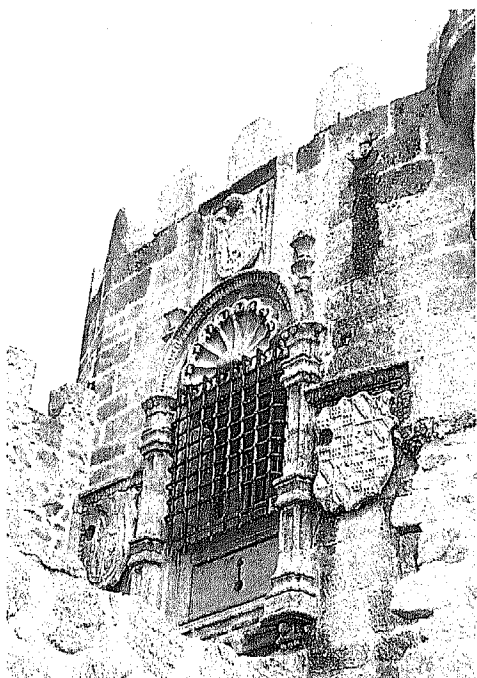


LÁMINA 26.—VILLAVICIOSA (ÁVILA).



LÁMINA 27.—OLMILLOS DE SASAMÓN (BURGOS).

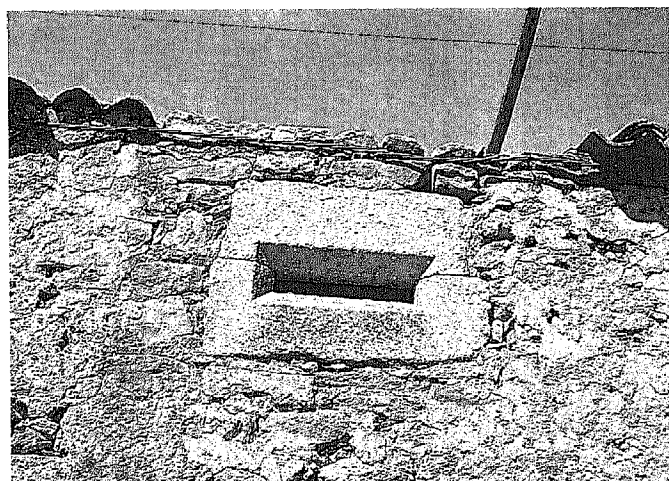


LÁMINA 28.—CERRALBO (SALAMANCA).

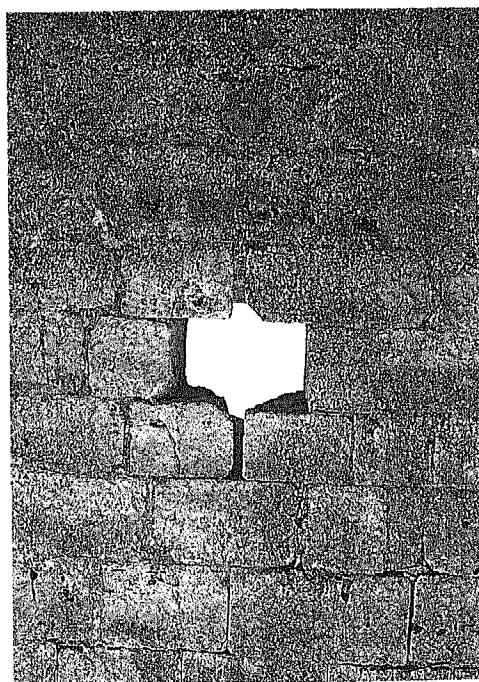


LÁMINA 29.—TORREMORMOJÓN (PALENCIA).

Incluso cuando la concesión palaciega es más evidente, como en el pequeño castillo abulense de Villaviciosa (c. 1512) [lám. 26], la ventana se protege con una reja de tupido redondillo y se defiende bajo el alféizar con una tronera de **palo pometeado**. Observando un lienzo del burgalés Olmillos de Sasamón (c. 1460) [lám. 27] percibimos un buen repertorio de huecos al uso, desde la arcaica saetera a la tronera circular de abocinado exterior, pasando por el **palo y orbe** de antepecho ventanero. En la salmantina Cerralbo (c. 1500) tenemos una **tronera de buzón**, con derrama y deriva exterior, probablemente reaprovechada [lám. 28], mientras que el palentino Torremormojón [lám. 29] ofrece el tenue rastro de un hipertrofiado **palo y orbe** de la segunda mitad del XV convertido en burda pero eficaz cañonera hacia 1522.



LÁMINA 30.—SAN GREGORIO (SORIA).

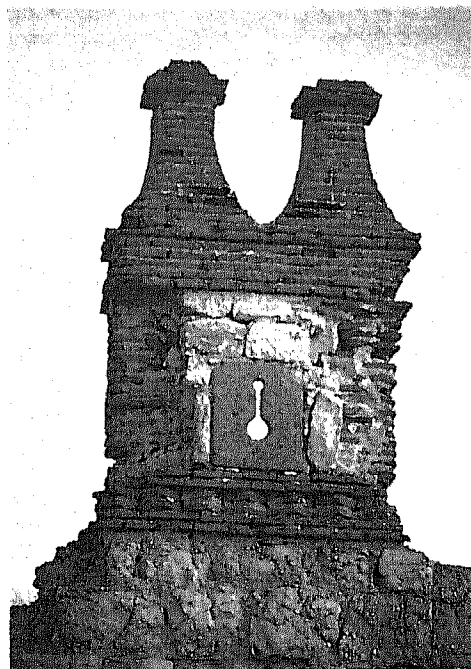


LÁMINA 31.—SAN SILVESTRE (TOLEDO).

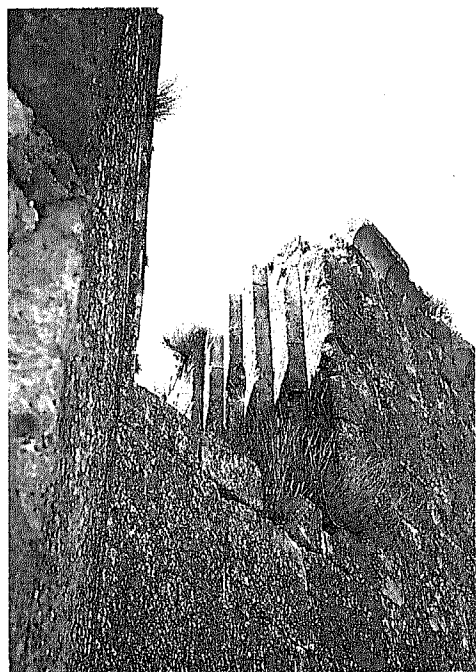


LÁMINA 32.—BERLANGA DE DUERO (SORIA).

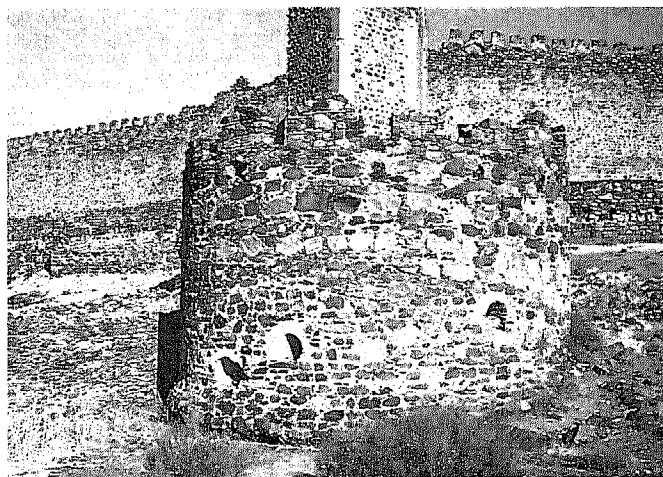


LÁMINA 33.—MONTALBÁN (TOLEDO).

Al igual que se perfora con ironeras el antepecho de las ventanas, se hace lo propio con los de adarves o los merlones, como en la casa-fuerte soriana de San Gregorio (c. 1461) [lám. 30] o en el castillo toledano de San Silvestre (c. 1480) [lám. 31]. Entre las cañoneras de cielo abierto, almenas artilladas, destacan las de la gran fortaleza soriana de Berlanga de Duero (c. 1528) [lám. 32] con eficiente deriva escalonada, al igual que en la abulense de Las Navas del Marqués (c. 1540). La plenitud tardía de las **cañoneras circulares** la encontramos en la bestorre artillada del toledano Montalbán, de hacia 1500 [lám. 33], a modo de **cubete** de flanco.

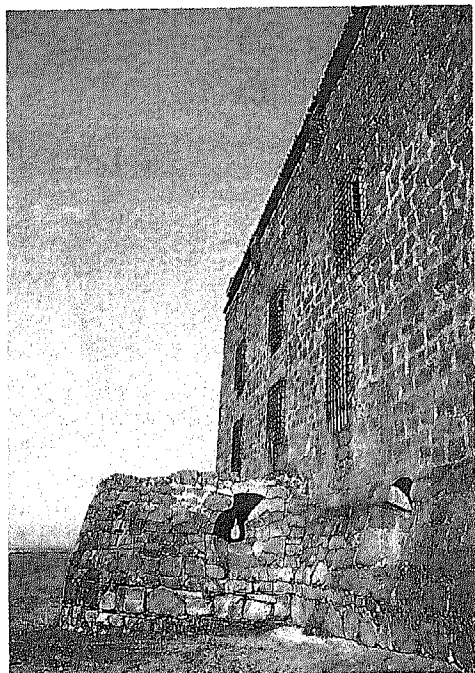


LÁMINA 34.—CALAHORRA (GRANADA).

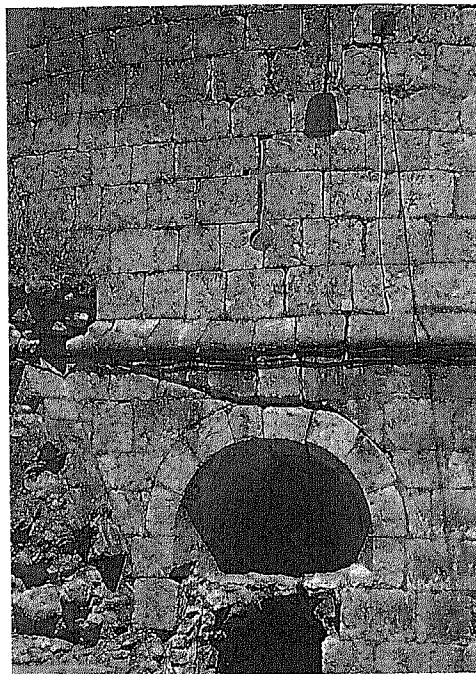


LÁMINA 35.—ASTUDILLO (PALENCIA).

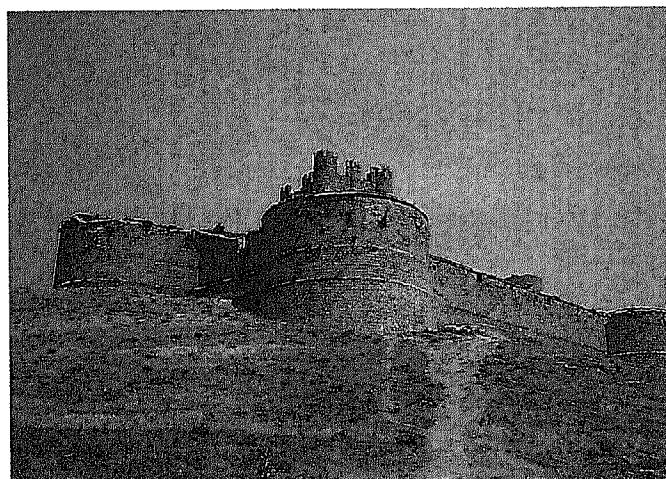
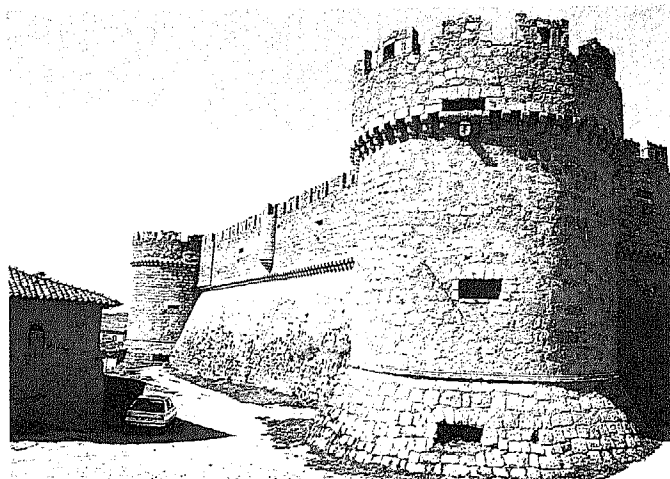


LÁMINA 36.—BERLANGA DE DUERO (SORIA).

Hacia 1500 se impone el modelo de concentración artillera de los **cubetes**, al modo del granadino de la Calahorra (c. 1509) [lám. 34], el palentino de Astudillo (c. 1500) [lám. 35] o el sevillano de Carmona (c. 1484?), todos ellos de buena estereotomía pétrea y abocinamiento exterior en las cañoneras. Pronto las mismas fortalezas, a semejanza de inmensos **cubetes**, pierden paulatinamente la fisonomía medieval, aunque conservando en un principio las torres de planta circular, para acabar, años después, en achaparradas estrellas de bulto elusivo. La mencionada Berlanga de Duero [lám. 36] o la leonesa de Grajal de Campos (c. 1519) [lám. 37] son buena plasmación de esa estadia final, aún reconocible, del viejo casullo medieval, ya marcado por presencias y ausencias reveladoras del porvenir.

LÁMINA 37.—GRAJAL DE CAMPOS (LEÓN).



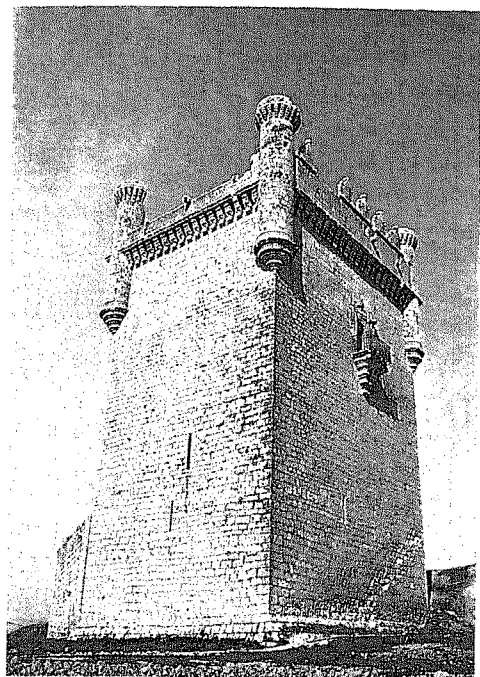


LÁMINA 38.—BELMONTE DE CAMPOS (PALENCIA).

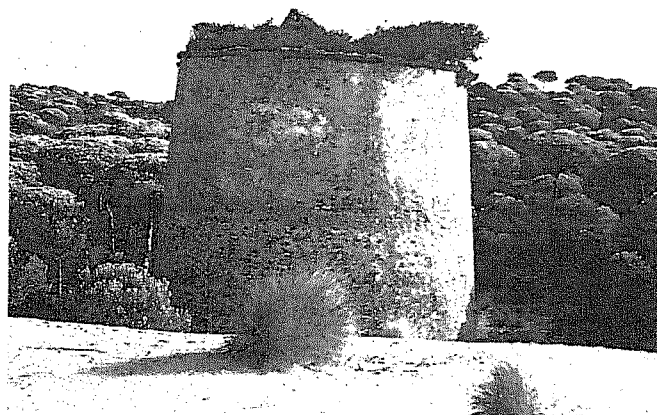


LÁMINA 39.—SAN JACINTO (DOÑANA).

Cuando todo lo anterior ejemplifica la muerte de la vieja usanza y el alumbramiento del nuevo estilo, surge algún destello tardío y esplendoroso, como la torre del homenaje de Belmonte de Campos [lám. 38], obra de un personaje no menos curioso, don Juan Manuel (1470?-1538?), descendiente de Fernando III de Castilla, primer Toisón de Oro español, Privado de Felipe *el Hermoso*, Embajador de Isabel I en Flandes y de Maximiliano en Roma; acompaña al Emperador en las Cortes de Valladolid, en 1527, cuando debe estar labrándose esta torre, de cuerpo viejo y ropaje nuevo, *a la romana*, último eslabón de una cadena que surge, balbuceante, de los terrores del año mil, y de la que, en adelante, sólo guardarán, formalmente, la sombra administrativa de las torres almenaras litorales, pequeños homenajes del Estado y para el Estado.





## CASTILLOS Y FORTALEZAS EN EL REINO DE SEVILLA A MEDIADOS DEL SIGLO XV

**José Manuel Navarro Domínguez**

Licenciado en Geografía e Historia

Hemeroteca Municipal de Sevilla.

El presente trabajo tiene por objeto presentar, en el breve marco de una comunicación, a las II Jornadas Nacionales de Historia Militar, unas primeras conclusiones provisionales de un estudio más amplio, recientemente emprendido en el Archivo Municipal de Sevilla, de la estructura militar de Sevilla en la Baja Edad Media.

Esta comunicación se centra en el análisis del cinturón de castillos y pequeñas fortalezas avanzadas dependientes del Concejo de Sevilla, en las décadas centrales del siglo XV. Un período intenso en acontecimientos bélicos.

En la década de los cuarenta se desarrollan las campañas del infante Don Enrique en 1443-44 entre Córdoba y Sevilla, conquistando gran cantidad de fortalezas a los nobles partidarios del Condestable. Don Álvaro de Luna, fracasando ante Sevilla (1).

En la década de los 50 encontramos las levas destinadas a las campañas granadinas del recientemente coronado Enrique IV (1454) que culminan con la conquista de Estepona, Gibraltar y Archidona.

En la década de los 60, el estallido de la guerra civil castellana se mezcla con los enfrentamientos de los dos grandes linajes del reino de Sevilla, los duques de Medina-Sidonia y los condes de Arcos, que prolongan sus rencillas a principios de la década de los 70 (2).

Fruto de esta intensidad bélica es la abundante documentación existente entre las Actas Capitulares del Concejo de Sevilla, referente al cinturón defensivo de fortalezas dependientes del Concejo. Encontramos gran cantidad de cartas e informes de los alcaides, informes de los caballeros veinticuatro enviados en diferentes misiones, peticiones de los cargos de las pequeñas villas periféricas, etc. . .

Con todo esto podemos componer una visión que, aunque limitada, nos sirve como elemento introductorio a un tema que, desde luego, requiere un estudio más complejo.

Hemos centrado el análisis en cuatro aspectos, quizá aquellos para los que mayor volumen de documentación encontramos: el nombramiento de alcaides y autoridades militares en estas fortalezas, el mantenimiento de los mismos, las reparaciones efectuadas en ellas y, por último, el curioso fenómeno del bandidaje.

## ALCAIDÍAS

La necesidad de conservar la fidelidad de las guarniciones militares en unos momentos de intensa agitación política obliga al Concejo hispalense a cuidar el nombramiento de los alcaides, para garantizar el control de las fortalezas y su fidelidad a la autoridad central.

Los jurados insistirán en que se cumpla el ordenamiento de Juan II, que establece el reparto de tenencias y alcaldías entre dichos jurados. El incumplimiento de estas reales órdenes por parte del Concejo llevará a varios jurados a dejar oír su protesta solicitando participar en el reparto de alcaldías (3).

Las posibilidades económicas, por las cuantiosas rentas manejadas y el poder político, anejos a la alcaldía, atraen a los grandes nombres de la nobleza local, intentando colocar a hombres de su confianza al frente de las guarniciones más importantes.

Así, por ejemplo, el conde de Alba concede poder a Fernando Díaz de Rivadenevra, en 1470 para gobernar y hacer justicia en varios castillos de la frontera (4).

Caso especial es el de los Maestres de las Órdenes Militares. Usando del poder que supone la posesión de Castillos y tierras presionan al Concejo para colocar a sus hombres en puestos relevantes. Así D. Luis de Guzmán, maestre de Calatrava, coloca a Alfonso de Jaén, hermano de fray Pedro de Jaén su camarero diversos cargos en la unidad y una alcaldía (5).

En un intento de frenar este creciente control de la nobleza local de las guarniciones fronterizas, Juan II prohíbe al Concejo entregar la alcaldía a persona alguna que fuese vasallo. Desde 1437 en adelante encontramos en todas las peticiones para alcaldías la especificación de no ser vasallo de señor alguno el aspirante. Cosa muy distinta es que una vez obtenido el cargo, se apresure a rendir homenaje al señor que le promocionó en el nombramiento.

El único recurso del monarca para garantizar la fidelidad a su persona de las guarniciones, será participar plenamente en este juego político, promocionando a sus propios hombres. Así, por ejemplo, en 1437 Juan II ordena al Concejo la entrega del castillo de Matrera a Alfonso Tello y en 1439 solicita ese castillo para Gonzalo de Saavedra, su vasallo (6).

La ocupación de las alcaldías por hombres de la nobleza o fuertemente vinculados a ella y su nombramiento desde Sevilla, choca abiertamente con el interés de los Concejos de las villas cercanas a las fortalezas, deseosos de controlar las guarniciones o, al menos, evitar el sometimiento, las costas de abastecimiento, las levadas, o las posibles tensiones con los vecinos, con el consiguiente amparo jurisdiccional de las tropas por la autoridad de la fortaleza. Así, por ejemplo, vemos en 1447 al Consejo de Fregenal solicitar a Sevilla que sea depuesto de la alcaldía el hombre enviado por el vicario de Badajoz y que sea ocupado el castillo por "hombres llanos" (7).

Pero no siempre la alcaldía supone un buen negocio. Es el caso de las fortalezas marginales, en zonas despobladas, con escasas posibilidades de obtener rentas en las poblaciones cercanas, situadas en zonas de escaso valor militar, o excesivamente problemáticas.

Así, en 1439 Pedro de Melgarejo, encargado de buscar alcaide para el castillo de Constantina informa al concejo de Sevilla que nadie está dispuesto a cojer el cargo (8). En 1454 Jorge y Fernando Medina informan a Sevilla del cumplimiento de la tenencia del castillo de Matrera y "se dan por libres della" (9). En 1461 Álvaro de Esquivel lega al extremo de requerir al Concejo de Sevilla "que le quiten la tenencia y guarda del castillo de Fregenal y se la den a otro" (10).

## SOSTENIMIENTO ECONÓMICO

El mantenimiento de esta línea fortificada de castillos supone para el Concejo un importante desembolso económico, un volumen de rentas excesivo para unas arcas municipales siempre apuradas. El socorrido recurso del aumento de la presión fiscal a los vecinos provocará abundantes protestas. Así, por ejemplo, el 31 de Agosto de 1459 Fernando de Partocarrero se opone a los últimos impuestos fijados en Sevilla para pagar la guarda y tenencia del castillo de Fregenal por un total de 450.000 maravedís (11).

No es de extrañar esta oposición si tenemos en cuenta que desde 1453 pesa sobre la ciudad un reparto de pedido y monedas establecido por Juan II para recabar fondos para "dominar castillos rebeldes contra la prisión de D. Álvaro de Luna, luchar con el rey de Aragón..."(12). A este desembolso hay que añadir las constantes peticiones de los alcaides exigiendo el pago puntual de los maravedíes y pan que "deben de haber por la tenencia y guarda del castillo" además del envío de pertrechos, armas y material militar diverso para reforzar la defensa de las fortalezas bajo su autoridad. Entre ellos quizá cabe destacar, por su insistencia y especificación de exigencias la petición de los hermanos Medina, Jorge y Fernando, efectuada ante el Concejo el 19 de Septiembre de 1446 (13).

Pocos días antes, el 5 de Septiembre se leía ante el Concejo la relación de los cantadores de Sevilla, informando de la libranza a Fernando Yáñez de Jerez, escribano de cámara del rey, de 70.000 maravedíes por la tenencia de diversos castillos (14). Documentos con cuantías similares se registran en las Actas Capitulares por estos años.

El 8 de Agosto de 1440 Ruy López, bachiller, solicita a Juan Cerón, alcaide Mayor de Sevilla, "el pago de los gastos de mantenimiento de la fortaleza de Fregenal" (15). En el mismo sentido en 1458 se presenta la relación de gastos de esa fortaleza. Si todas las restantes fortalezas suponían un coste tan elevado para el Concejo de Sevilla, la protesta de Fernando de Partocarrero estaba plenamente justificada.

Agotados sus recursos, o más bien, intentando evitarlo, el Concejo de Sevilla descargaba el coste de la estructura defensiva de su territorio en las villas de su jurisdicción. Esto provoca abundantes quejas ante el concejo de Sevilla. Así, por ejemplo, el Concejo de Alanís se quejaba en 1474 del agotamiento de sus recursos por la obligación impuesta de mantener sus castillos y fortalezas (16). Fregenal, en 1461 solicita al Consejo de Sevilla que la libere de la obligación de entregar ropa y leña a D. Álvaro de Esquivel, alcaide de la fortaleza de la villa (17).

El sistema más frecuente para recabar los fondos necesarios es el reparto de maravedíes entre la población como un impuesto extraordinario, a cargo de un funcionario delegado del Concejo de Sevilla, asegurándose la recaudación de la cantidad necesaria y su rápida aplicación en el lugar deseado, siempre y cuando el funcionario no huya con el dinero, como el jurado Gonzalo de Illescas, que tras cobrar el repartimiento de maravedíes para pagar la guarda del castillo de Montegil, en la villa de Cazalla de la Sierra, se marcha sin entregar el dinero al alcaide de la fortaleza (18).

Con semejantes problemas no debe extrañarnos la adopción de recursos extremos a la hora de obtener medios de financiación. La fórmula más rápida y segura era distraer rentas de otras partidas ya celebradas. Por ejemplo en 1471 el alcaide de la fortaleza de Constantina toma 3.118 maravedíes a Juan Rodríguez, tenedor del puente de Sevilla, de las rentas del almojarifazgo y portazgo de la villa de Villanueva del Camino, para cubrir los gastos de la tenencia de la fortaleza (19). Cuando en 1473 Ángel Rodríguez, arrendador de las rentas de portazgo de Alanís, solicita un descuento al Concejo de Sevilla, porque no se le han pagado los gastos efectuados en el castillo de Alanís, se nos está indicando claramente cómo se desvían las rentas para financiar la estructura militar (20). No siempre esta detracción de rentas es voluntaria. Por ejemplo, en 1471 Gonzalo Díaz, cogedor de las Alcábalas de Aroche, se queja ante el Consejo de Sevilla de que Antón de Esquivel, alcaide de la villa le ha tomado 100.000 maravedíes para reparar el castillo, por la fuerza (21), y ya en 1453 Gonzalo de Estúñiga, corregidor de Fregenal, justificaba el embargo de las rentas del cornado en la villa por necesitarlos para cubrir los muchos gastos que le había supuesto el castillo de Torres (22).

## REPARACIONES

Uno de los capítulos que más preocupan al Concejo de Sevilla, a juzgar por la abundante documentación al respecto, es el mantenimiento en buen estado para la defensa de las fortificaciones de los castillos. Así, abundan entre la documentación anexa a las Actas capitulares las órdenes de inspección y el envío de delegaciones para verificar el estado y posibilidades defensivas de las fortalezas.

Estas delegaciones, compuestas por varios caballeros veinticuatro inspeccionaban las fortalezas en base a los informes de los concejos de las villas fronteras, elevando sus conclusiones al Concejo sevillano para proveer a las obras o abastecimientos oportunos, nombrar alcaides, construir nuevos muros, reforzar los bastidores maltrechos, etc. . .

De la eficacia de estas delegaciones es buen testimonio el informe presentado ante el concejo hispalense por Pedro de Melgarejo, caballero veinticuatro, sobre las reparaciones a efectuar en el castillo de Alanís y la necesidad de proveer el nombramiento de alcaide para esta fortaleza en 1439 (23).

Este sistema de inspecciones se verá impulsado por el mandato real de noviembre de 1443 en el que se ordena al concejo inspeccionar todas las fortalezas bajo su jurisdicción reparar todos los desperfectos que se encuentren, aprestándolos para la defensa, tanto en lo referente al edificio como a las guarniciones que deben ocuparlos (24).

Entre las muchas reparaciones que se emprenden cabe destacar, por la prontitud con que se redacta el informe, la del castillo de Aroche. Ruy Díaz de Cuadros, caballero veinticuatro de Sevilla, alcaide de la fortaleza, informa en el mismo mes de noviembre de las reparaciones necesarias (25). La última de estas actuaciones documentadas la encontramos en las Actas Capitulares del año 1473, en el mismo castillo de Alanís, con el que abríamos esta relación. Las constantes referencias a estas reparaciones parece indicar la escasa eficacia de las diferentes obras realizadas.

El coste de estas reparaciones suele recaer sobre rentas del Concejo de Sevilla, fáciles de recabar en las cercanías de la fortaleza, para evitar posibles desvíos de las rentas a otros fines o gastos en personal encargado de recaudarlas, garantizando su pronta inversión, implicando en la recaudación al propio alcaide, el máximo interesado en ella. Toda clase de rentas se comprometen en el apresto de los castillos, incluso los montes, como es el caso de la reparación de los muros del castillo de Constantina, derruidos por fuertes lluvias. Rodrigo, procurador de la villa, consigue el monte propiedad del Consejo de Sevilla, cercano a Lora, para carbonear y pagar así las obras (26).

## SEGURIDAD

Uno de los grandes problemas planteados por las guarniciones del cinturón de fortaleza defensivo al concejo de Sevilla será el de mantener la seguridad en los castillos. Es frecuente constatar cómo aprovechando su posición de fuerza, los alcaides usan las armas contra las poblaciones cercanas, o como bandas de salteadores se instalan en los castillos abandonados.

Quizá el caso más crudo que hemos encontrado en el Concejo de Sevilla es el de Fregenal en 1450. En Noviembre Juan González, alguacil, junto con otros hirió al alcaide del castillo. Los vecinos, atemorizados, exigieron al Concejo de Sevilla su actuación inmediata para castigar a los culpables (27).

Pero quizá los casos más frecuentes son los de robo de mercancías a comerciantes que transitan cerca de los castillos, por parte de las tropas que los guardan, o por bandas de salteadores allí refugiadas. Por ejemplo, Gonzalo Sánchez, vecino de Llenera se quejaba por el robo de los mantenimientos que traía a Sevilla por gentes del castillo de Montegil. Esto era en Agosto de 1473. Dos meses después Gonzalo de Talavera denuncia el robo de diversas mercancías por gentes del castillo de Montegil. Estos asaltos se repiten a lo largo de varios meses, convirtiéndose en una auténtica amenaza para el comercio sevillano, obligando al Concejo a una enérgica actuación.

Los casos aislados se prodigan. En 1470 el Concejo de Fregenal se queja del robo de varias cargas de sardinas por gentes del castillo de Magacela, de la Orden de Alcántara (29). En Constantina, un año después, los hombres de la guarnición del castillo, tras robar unos caballos, se hacen fuertes contra la acción de los vecinos, pidiendo justicia, en la iglesia y en el castillo (30), en vista de lo cual el Concejo de Cazalla de la Sierra pide a Sevilla tropas para guardar el castillo y la iglesia, para evitar un posible asalto (31).

Ante la ineficacia de las autoridades para hacer que se respete la ley, o para castigar el delito, el robo es el único medio de presión para que se haga justicia, o al menos para compensar las pérdidas. Así lo entiende al menos el Maestre de Alcántara cuando en Septiembre de 1446 tomó diversas mercancías a vecinos de Sevilla que las llevaban a la feria (sin respetar el derecho que por ello les asistía, al amparo de la justicia real) poniendo como condición para devolvérselas el que a su vez se le pagasen las pertenencias que le habían tomado en Fregenal (32).

El caso llega al extremo, cuando es la propia autoridad encargada de imponer la ley, lo que, amparándose en su fuerza, vuelve las armas contra las poblaciones vecinas, a las que se suponen que las guarniciones de castillos y fortalezas deben proteger. Por ejemplo en 1440 Sancho de Vicente con gentes y caballos del Mestre de Calatrava y el bandido Ferrand García "Jaraquemada" cometen constantes robos en la comarca de Fregenal, amparados por el apoyo que les presta el Maestre (33).

## N O T A S

- (1) CABRERA MUÑOZ, E. "Los reinados de Juan II y Enrique IV", en Vol. III de *Historia de Andalucía*, Ed. Planeta, Barcelona 1981.
- (2) MADERO, M. *Andalucía en el siglo XV*. CSIC, Madrid 1973.
- (3) A. M. S. Ac. Cap. 1452. Nov. f. 7 y Ac. Cap. 1459. Jul. f. 138.
- (4) Ac. Cap. 1470. Nov. f. 17.
- (5) Ac. Cap. 1437. f. 60.
- (6) Ac. Cap. 1437. Sep. f. 2 y 1439-B f. 19.
- (7) Ac. Cap. 1447. f. 31 8 Ac. Cap. 1439-B f. 18.
- (9) Ac. Cap. 1454, Mayo f. 110.
- (10) Ac. Cap. 1461, Ago. f. 135.
- (11) Ac. Cap. 1459, Jul.-Nov. f. 36.
- (12) Ac. Cap. 1453, Jun.-Ago. 2 jun f. 115.
- (13) Ac. Cap. 1446, 19 Sep. f. 48.
- (14) Ac. Cap. 1446, f. 16-17.
- (15) Ac. Cap. 1440, Ago. f. 9.
- (16) Ac. Cap. 1474, Nov. f. 22.
- (17) Ac. Cap. 1461, Ago. f. 106.
- (18) Ac. Cap. 1472, Feb. f. 44.
- (19) Ac. Cap. 1471, Feb. f. 64.
- (20) Ac. Cap. 1473, Ene. f. 42.
- (21) Ac. Cap. 1471, Nov. f. 9.
- (22) Ac. Cap. 1453, f. 81.
- (23) Ac. Cap. 1439-B, f. 43.
- (24) Ac. Cap. 1443, Nov. f. 50.
- (25) Ac. Cap. 1443, Nov. f. 51.
- (26) Ac. Cap. 1435, f. 33.
- (27) Ac. Cap. 1450, f. 126.
- (28) Ac. Cap. 1473, f. 46.
- (29) Ac. Cap. 1470, Marzo f. 212.
- (30) Ac. Cap. 1471, Nov. f. 4.
- (31) Ac. Cap. 1471, Nov. f. 22.
- (32) Ac. Cap. 1446, f. 55.
- (33) Ac. Cap. 1440, Ago. f. 9.



## LA RED DE CASTILLOS DE LA FRONTERA NORTE DE SEVILLA EN EL SIGLO XV

Nuria Casquete de Prado Sagrera  
Licda. en Geografía e Historia

La frontera norte del alfoz de Sevilla en el siglo XV se extendía por las sierras septentrionales de las actuales provincias de Sevilla y Huelva, constituyendo una de las cuatro comarcas en que a efectos administrativos y jurisdiccionales se dividía el territorio sevillano.

Esta tierra, frontera con el resto de Castilla al norte y con Portugal al oeste, estaba jalonada por una serie de castillos que formaban un entramado completo de defensa, especialmente en la zona de verdadero peligro, la frontera con Portugal, pero también como protección de los caminos que cruzaban la Sierra de Constantina y que enlazaban a Sevilla con el resto de Castilla.

Considerando como zona fronteriza algo más de la mitad norte de lo que abarca toda la tierra serrana, podemos encontrar hasta diecisiete castillos documentados en el siglo XV, correspondiendo actualmente seis de ellos a la provincia de Sevilla (Constantina, Alanís, Puebla de los Infantes, Cazalla de la Sierra, Almadén de la Plata y El Real de la Jara), diez a Huelva (Aroche, Encinasola, Cortegana, Torres, Cumbres Mayores, Cumbres de San Bartolomé, Aracena, Zufre, Cala y Santa Olalla) y uno a Badajoz (Fregenal de la Sierra).

La red de castillos existentes en el siglo XV sólo puede comprenderse si nos remontamos siglos atrás, antes incluso de la reconquista, cuando la Sierra empezó a ser frontera y fue necesaria su fortificación. Los cristianos adaptarán estas fortalezas a sus propias necesidades y llevarán a cabo la construcción de otras nuevas.

### ÉPOCA MUSULMANA

Durante todos los siglos de ocupación musulmana, esta tierra constituyó, en términos generales, el límite norte de la cora —luego reino— de Sevilla, así como en un principio de la cora de Firrish, que desde los primeros Reinos de Taifas sería absorbida definitivamente por el de Sevilla. El límite oeste, sin embargo, sufrió diversos cambios en la línea de frontera a lo largo de estos siglos, llegando incluso el reino sevillano en el siglo XI, por ejemplo, a tocar las aguas del Atlántico. Estas variaciones también tendrán su repercusión en la posterior delimitación de la frontera con Portugal tras la reconquista (1).

Tenemos noticias ciertas sobre la existencia de algunos de los castillos de la Sierra para este periodo. Nos referimos a Aroche (2) y Constantina (3), aun cuando sólo del primero se conservan todavía vestigios musulmanes. Podríamos añadir, aunque con menor certeza, ya que las fuentes sólo lo dan a entender indirectamente, la existencia de fortificaciones en Cortegana, Aracena, Torres y Zufre.

Existen otros castillos cuyo topónimo revela claramente un origen musulmán. Tal es el caso de Alanís, Almadén, Cala y Cazalla, especialmente estos dos últimos, ya que sus nombres hacen referencia a puntos fortificados. Sin embargo, ni las fuentes ni los restos conservados hoy día pueden avalar esta hipótesis.

## SIGLO XIII

Pocos años después de la conquista de Sevilla, en 1253, Alfonso X deslindaba por primera vez el alfoz sevillano. Dicho documento establecía varias líneas de fortificaciones que iban delimitando el contorno del territorio (4), salvo la zona sureste, que sería objeto de un documento similar dos días después. Entre ellos se encuentran varios de los castillos que formarían parte de esta frontera sevillana: Zufre, Aracena, Cortegana y Aroche, es decir, aquellos situados a lo largo de la vía romana que cruzaba la Sierra penetrando en Portugal, más los castillos de Torres y Constantina. A partir de esta fecha sólo se producirán algunos conflictos de deslinde con el reino vecino, en especial sobre Aroche y Aracena, cuestión que no se verá definitivamente concluida hasta 1297, cuando por la firma del tratado de Alcañices, Portugal aceptará definitivamente la propiedad castellana de estos dos lugares.

Pocos años antes, en 1293, Sancho IV aprobaba, a petición de Sevilla, la construcción de dos nuevos castillos: Santa Olalla y Cumbres Mayores (5). Ortiz de Zúñiga recoge este hecho pero incluyendo otros castillos en la relación de los levantados de nueva planta (6), entre los cuales se hallan, por citar los localizados en la Sierra, los de Aroche y Fregenal, añadido que no parece tener una justificación, ya que el documento señala únicamente los castillos de Cumbres Mayores y Santa Olalla. Resulta aún más extraño por cuanto es evidente la existencia del castillo de Aroche desde época musulmana y los restos arqueológicos así lo confirman. En cuanto a Fregenal, carece de sentido ya que este castillo perteneció al menos desde 1283 y hasta 1309 al Temple, y resulta muy difícil admitir que el rey diera permiso a Sevilla para que levantase una fortaleza en territorio fuera de su jurisdicción.

Por otra parte, nos interesa este documento por cuanto de él se deduce una intencionalidad real en la organización de una red de castillos (7). Aun cuando estas líneas defensivas fueran una creación cristiana, supuso el aprovechamiento de las fortalezas hasta entonces construidas, las musulmanas (8), a las que se añadieron otras nuevas, necesarias para crear una verdadera red de fortificaciones. Según esto, podría aventurarse la hipótesis de que no se construyeron castillos posteriores a 1293, al menos con una finalidad esencialmente militar, ya que como dice el propio documento: *"...fazer castiellos e fortalezas, uno en las Cumbres e otro en Santolalla, por que eran mucho a serviçio de Dios e nuestro e a grand pro e guarda de toda essa lierra, por que con los otros castiellos e las otras fortalezas que son en esa syerra podría ser guardada toda esa tierra muy bien"* (9).

## SIGLO XIV

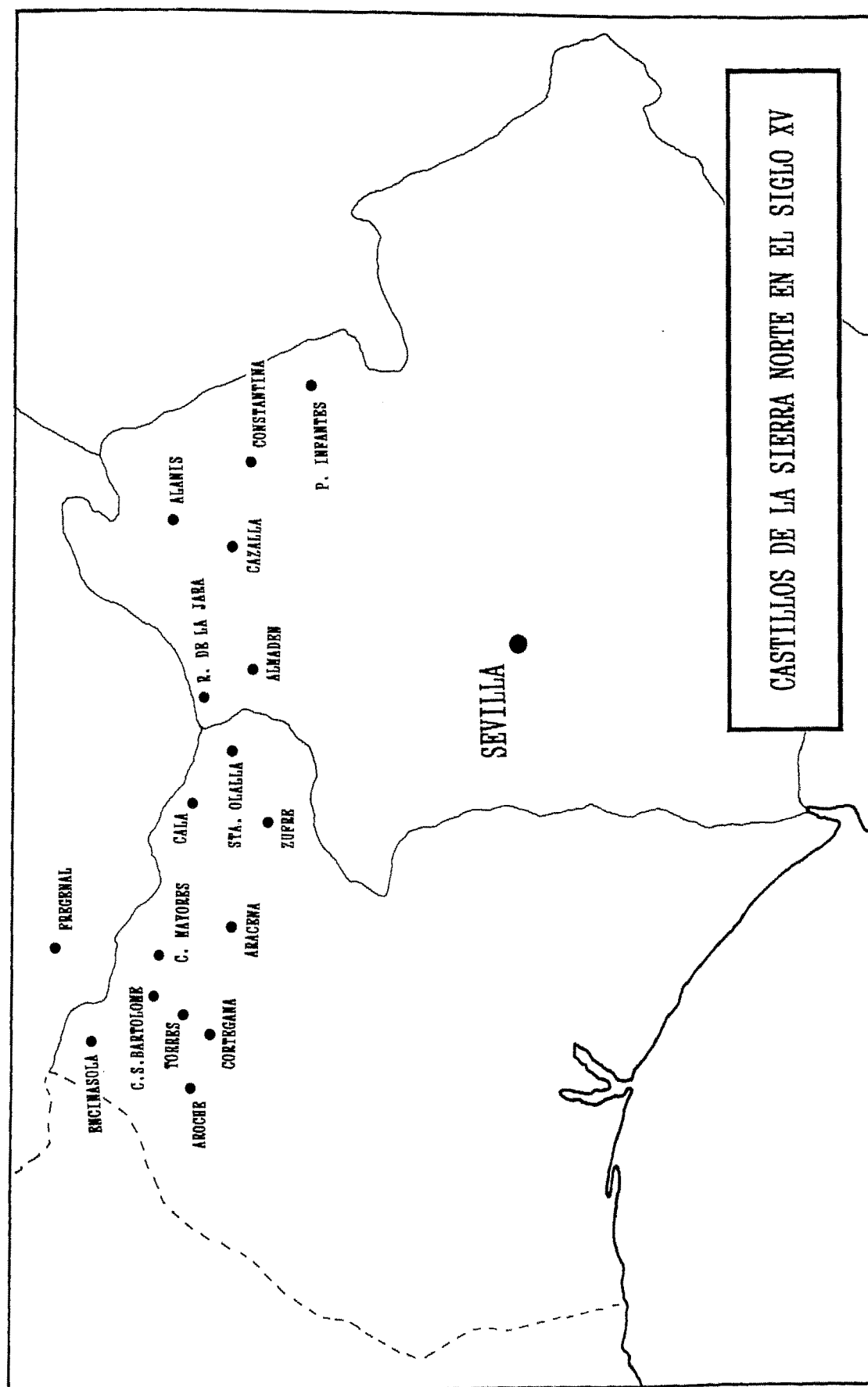
Nuevas noticias sobre castillos van apareciendo en esta centuria: En 1344 Alfonso XI concedía a Sevilla un ordenamiento en el que se reestructuraba el régimen de tenencias de los castillos dependientes de este concejo (10). De entre ellos, aparecen recogidos de la Sierra algunos conocidos como Constantina, Fregenal, Aroche, Torres, Aracena y Cortegana y otros nuevos como la Puebla de los Infantes y Encinasola. Ahora bien, esto no significa necesariamente que los castillos no citados sean posteriores a 1344, ya que los de Santa Olalla y Cumbres Mayores, por ejemplo, ausentes en esta relación, se construyeron como sabemos cincuenta años atrás.

Ya de fines de este siglo (1385-1388), se conserva una interesante documentación sobre los gastos generados por los sueldos a hombres destacados a la frontera y por las obras de reparación de los castillos, originados por la guerra con Portugal, y que nos permite completar ya en esta fecha la lista de los diecisiete castillos de la Sierra Norte (11).

## SIGLO XV

La frontera está fijada desde la centuria anterior y toda la red defensiva ya ha sido completada y, sin embargo, por ser el siglo XV el mejor documentado de toda la Baja Edad Media, será por tanto el que mejor nos permita conocer la historia de estos castillos.





Algunas precisiones debemos tener en cuenta antes de empezar:

— Por un lado, que dependemos, lógicamente, de la documentación conservada, por desgracia con evidentes lagunas cronológicas y limitada a series documentales muy concretas, como las actas capitulares y las cuentas y cartas de pago.

— En segundo lugar, como ocurría para el siglo XIV, las relaciones de castillos que nos han llegado no son necesariamente exhaustivas.

— Por último, las nóminas conservadas del siglo XV recogen ciertas tenencias de castillos que para esta fecha probablemente ya no existían o al menos no estaban en condiciones de ejercer función alguna (12).

Partiendo de estas consideraciones, vamos a ceñirnos a uno de los aspectos que puede ofrecer mayor interés dentro del tema que nos ocupa, la red de castillos de la Sierra, y que es sin duda delimitar las funciones que se ejercieron desde ellos, en favor de Sevilla y de esta comarca, ya que a ellas se reduce nada menos que su razón de ser.

Podemos sintetizar en cuatro las funciones de los castillos: militar, repobladora, política y de vigilancia de los caminos. Veamos por separado cada una de ellas:

1.—*Función militar*. Esta es sin duda la función principal de un castillo, la defensa, que cubre en primer término el punto donde aquél se sitúa; en segundo lugar, la tierra circundante y la población cercana; y por último, a su capital, Sevilla, al servicio de la cual se hallan, pues a ella pertenecen, todos los castillos de la Sierra.

Es evidente que esta función adquiere una mayor importancia en la Sierra de Aroche que en la de Constantina (13), especialmente en la zona más cercana a la frontera de Portugal, donde siempre habrá un peligro que, aunque intermitente, será real, de penetración de los portugueses. Evidentemente, nunca hubo por parte de ambas Coronas un afán de conquista, pero estas entradas podían suponer la obtención de rehenes importantes (castillos y villas) con los que poder negociar llegado el momento.

2.—*Función repobladora*. La localización de los castillos en la Sierra estuvo determinada por las necesidades tanto militares como repobladoras, de ahí que la elección de los puntos fortificados nos muestre un interés a la vez que por la vigilancia de los pasos entre sierras, vías de comunicación o cauces de agua, por escoger aquellos lugares donde la tierra fuera más fértil y apta para el desarrollo de una población. De hecho, salvo uno de estos castillos, Torres, todos están asociados a una villa, pudiéndose encontrar frecuentemente puntos cercanos de mayor altitud, pero menos útiles desde una perspectiva repobladora.

3.—*Función política*. Sin embargo, por encima de las dos funciones anteriormente señaladas, debemos situar la política, ya que es ésta la que mueve los hilos de la guerra y de la repoblación. Entendemos por tanto que los castillos ejercen una función política en cuanto que son los centros de poder en la comarca ya que controlan el territorio y lo defienden, de ahí el interés de Sevilla de defender su derecho a gobernar estos castillos sobre los intereses que órdenes militares, nobles y la propia Corona mostrarán sobre ellos numerosas veces a lo largo del siglo XV. Junto a ello, otros acontecimientos nos revelarán la repercusión, indirecta e involuntaria, en los castillos del desarrollo político de los diversos reinados de esta centuria. Valgan como ejemplo algunas notas sobre el castillo de Fregenal y los avatares por los que pasó la Sierra de Constantina ya bien avanzado el siglo.

El castillo y la villa de Fregenal se vieron directamente involucrados en el conflicto surgido entre Sevilla y el infante D. Enrique en 1444. Los hechos fueron los siguientes: la orden de Alcántara colaboró en la defensa de la ciudad frente a las pretensiones del infante de someterla bajo su mando. Esta ayuda, que facilitó la victoria de Sevilla, le supuso sin embargo contraer una deuda con el maestre de la orden, por los gastos ocasionados, de cerca de dos millones de maravedís. Ante la imposibilidad de efectuar el pago, cedió Fregenal como garantía hasta que éste se llevara a cabo. Transcurrido el plazo, un año, Sevilla cumplió su promesa, pero el maestre, Gutiérrez de Sotomayor, se negó a devolver el castillo. El asunto llegó a tal extremo que Sevilla tuvo que enviar ciento ochenta hombres para recobrar el castillo por las armas (14).

Años después, de nuevo este castillo será protagonista de conflictos de intereses al llegar a Sevilla en 1458 la noticia de la concesión real de Fregenal a Pedro Girón. En esta ocasión, la rotunda negativa de Sevilla y Fregenal evitó un nuevo cambio en la propiedad de castillo y villa, aunque la situación no se resolvió hasta 1461 (15).

La Sierra de Constantina, mucho más tranquila que la de Aroche, se vio envuelta en la segunda mitad de siglo en las luchas nobiliarias que durante cuatro años enfrentaron a los dos bandos sevillanos, el del duque de Medinasidonia y el del marqués de Cádiz.

La lucha fue abierta desde 1471 y se prolongó durante cuatro años. A lo largo de ellos, algunos castillos de la Sierra fueron ocupados por uno u otro contendiente como medio de control y de presión sobre el adversario. El marqués de Cádiz se apoderó de los de Aroche, Alanís y Constantina. Los dos primeros pronto fueron recuperados por Sevilla, partidaria del duque de Medina Sidonia, Enrique de Guzmán, mientras que Constantina siguió en poder de Rodrigo Ponce de León hasta 1478. Esta situación afectó sin duda a las comunicaciones de Sevilla con el norte, a la vez que supuso un verdadero problema para los pueblos de esa Sierra, que veían impotentes cómo sus campos y casas eran destruidos o asaltados (16).

4.—*Vigilancia de caminos*. Un lugar importante ocupa sin duda la vigilancia de las vías de comunicación, función que parece justificar por sí sola la existencia de algunos castillos (17), como los situados cerca de la antigua Vía de la Plata, como el de el Real de la Jara o Almadén de la Plata. Otros importantes castillos de la Sierra de Aroche, como Aracena, Cortegana y Aroche, se encuentran también, como ya dijimos, junto a uno de los ramales de esta Vía que enlazaba Sevilla con Portugal atravesando la Sierra. Este control de los caminos tenía una doble función: la de evitar posibles entradas de portugueses así como brindar una protección eficaz frente a los bandidos a los caminantes y mercancías que atravesaban la comarca.

Llama la atención la pérdida de noticias de ciertos castillos desde prácticamente la mitad del siglo XV. Sin duda, el sistema defensivo establecido en tiempos de Sancho IV había ya perdido su sentido, concentrándose ahora las fuerzas en la zona más próxima a Portugal, perdiendo así su razón de ser los castillos situados más al interior. En cualquier caso, a fines del siglo XV el interés de Sevilla, junto al de toda la Corona, se centrará en la conquista de Granada, lo que relegará a la Sierra Norte a un plano secundario.

## NOTAS

(1) La bibliografía sobre este tema es muy amplia. Entre los trabajos realizados por historiadores españoles señalaremos los siguientes: GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, J.: *Repartimiento de Sevilla*. Madrid, 1951; PÉREZ-EMBED, F.: *La frontera entre los reinos de Sevilla y Portugal*. Sevilla, 1975 y GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M.: "Conflictos fronterizos en la Sierra de Aroche. El pleito de Barrancos (1493)". *Huelva en su historia. Miscelánea histórica*. La Rábida, 1986.

(2) VALLVE, J.: *La división territorial de la España musulmana*. Madrid, 1986.

(3) Son varios los trabajos que estudian la cora de Firrish, a donde en un principio perteneció Constantina. Entre ellos destacamos los realizados por ARJONA CASTRO, A.: *Andalucía musulmana. Estructura político-administrativa*. Córdoba, 1982; HERNÁNDEZ GIMÉNEZ, F.: "La kura de Mérida en el siglo X", *Al-Andalus*, vol. XXV, 1960; y VALLVE, J. (op. cit.).

(4) A(rchivo) M(unicipal) de S(evilla), sec. 1, carp. 1, n. 5. 1253, diciembre, 6. Estudios sobre este importante documento pueden verse en la obra de GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M.; BORRERO FERNÁNDEZ, M. y MONTES ROMERO-CAMACHO, I.: *Sevilla en tiempos de Alfonso X el Sabio*. Sevilla, 1987, y en mi libro *Los castillos de la Sierra Norte de Sevilla en la Baja Edad Media. Aproximación histórica*. (en prensa).

(5) AMS, sec. 1, carp. 4, n. l. 1293, noviembre, 4.

(6) ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*. Sevilla, 1988 (ed. facsímil), vol. I, 1293, n. 1.

(7) F. COLLANTES DE TERÁN establece tres líneas defensivas en la Sierra Norte "formando líneas concéntricas escalonadas en profundidad de las cuales la primera y más cercana a la frontera la formaban Aroche, Encinasola y Fregenal, teniendo detrás una segunda con Torres, Cortegana y Cumbres Mayores y por último otra formada por Aracena, Cala y Santa Olalla" ("Los castillos del Reino de Sevilla". *Archivo Hispalense* n. 151-153, 1953, p. 19). M. GARCÍA FERNÁNDEZ hace también alusión a la existencia de líneas de defensa en la banda morisca en: "Fortificaciones fronterizas andaluzas en tiempos de Alfonso XI de Castilla (1312-1350)". *Castillos de España* n. 95, 1988, p. 51.

(8) M. GARRIDO SANTIAGO llega a una conclusión semejante en su trabajo sobre *Arquitectura militar de la Orden de Santiago en Extremadura*. Mérida, 1989.

(9) Vid. nota 5.

(10) *Ordenanzas de Sevilla*. Ed. V. Pérez Escolano y F. Villanueva Sandino. Sevilla, 1975, p. 99.

(11) Así, son varias las obras que requerirán castillos hasta ahora no documentados como Cala, Cumbres de San Bartolomé, Alanís, Cazalla de la Sierra o el Real de la Jara (AMS, sec. 15, Pap. May., carp. 4 y 5), lo que revela un origen anterior de los mismos, ya que, como hemos dicho, se trata de reparaciones.

(12) Sobre esta cuestión vid. GARCÍA FITZ, F. "Notas sobre la tenencia de fortalezas: los castillos del concejo de Sevilla en la Baja Edad Media". *Historia. Instituciones. Documentos*. 1990.

(13) Valga como ejemplo el siguiente: en Encinasola se organizará la defensa del castillo "por algunas cosas que se dizen del Reino de Portugal tales que se deve poner recabdo en el dicho castillo e en los otros castillos que son en comarca e vera del dicho regno de Portugal." (AMS, sec. 15, Pap. May., carp. 22, n.º 10. 1418, marzo, 2).

(14) Las principales noticias sobre este suceso se hallan conservadas en el AMS, sec. 15, Pap. May., carp. 43-45.

(15) AMS, sec. 10, 1459 y sec. 15, Pap. May., carp. 52. El interés demostrado siempre por la posesión de Fregenal a lo largo de toda la Baja Edad Media hay que buscarlo en razones tanto económicas (se halla situado probablemente en la zona más rica de la Sierra) como estratégicas, desde un punto de vista militar, en relación con Portugal, y puramente geográficas: es el punto situado más al norte del territorio sevillano, por lo que su posesión no implicaba el aislamiento dentro de una tierra de realengo.

(16) Remitimos a la documentación conservada en el AMS, sec. 15, Pap. May., carp. 53 y 57, y sec. 10 (Actas Capitulares de diversos años). Entre las obras que recogen datos sobre estos acontecimientos citamos las siguientes: LADERO QUESADA, M. A.: *Andalucía en el siglo XV. Estudios de historia política*. Madrid, 1973, y MONTES ROMERO-CAMACHIO, I.: "Un gran concejo andaluz ante la guerra de Granada: Sevilla en tiempos de Enrique IV (1454-1474)". *En la España Medieval IV*. T. II, 1984.

(17) Esta función también la recoge J. GONZÁLEZ en su obra sobre *El repartimiento de Sevilla*. Sevilla, 1951, al afirmar que la Sierra "estaba cruzada, entre otras, por la vía de Emerita a Hispalis, de un valor notable aunque más reducido que el de los pasos por la parte castellana, esa es la razón de tener varios castillos" (vol. I, p. 379).

# EL CASTILLO DE SAN PEDRO DE JACA —LA CIUDADELA— DEFENSA DEL PIRINEO ALTOARAGONÉS EN EL SIGLO XVI

Antonio Ciprés Susin

Coronel de Infantería

Licenciado en Derecho

Consejero del Instituto de Estudios Altoaragoneses

Contando el limitado espacio de la comunicación, mi propósito consistirá esencialmente en presentar en caracteres generales la defensa fortificada de nuestro altoaragón en el siglo XVI.

La Monarquía se vio obligada a reconsiderar el sistema defensivo existente a lo largo de la frontera con Francia e impermeabilizar sus pasos a base de una fortificación adecuada al momento y a los hechos acaecidos.

## EL BANDOLERISMO

La ciudad de Jaca, en el año 1518, está envuelta en una lucha por mantener sus viejas jurisdicciones. Y en este año mismo existe el proceso judicial contra Martín de Pueyo, que con unos compañeros asaltó y robó en el camino real de Jaca. Da comienzo el fenómeno social de tan gran importancia que seguirá con el siglo, es el bandolerismo, coincidente con los años de malas cosechas, que provocan la existencia de gente pobre que tiene que robar para sobrevivir. En 1556 cuando Felipe II sucede a su padre Carlos I, se tenía conocimiento de este problema y se intenta poner soluciones. Se les leía a los diputados del reino: "...en el camino de Jaca, por ser tan fragoso, áspero y montañoso, ha acontecido hacerse grandes insultos, muertes y robos..." (1). En 1562 se produce la explosión del bandolerismo, que amenaza hasta con la guerra de cosechas. En el Pirineo oscense, se llegaba a efectuar alianzas entre pequeños concejos y cuadrillas de bandoleros, como fue el caso de Sin y Serveto, cuyos pobladores, "en compañía de bandoleros y otras personas impedían a los mercaderes.. el tránsito y passo por el camino real".

El Justicia de Jaca recupera los bienes robados, pero su conducta no gusta a los canónigos de la Ciudad, que: "...no cesarán de cada día de dar toda clase de vexaciones que pueden al Justicia de Jaca e otros ciudadanos dessa ciutat poniéndoles en entredicho el leyéndoles el salmo de la maldición"(2). El pueblo y determinados sectores de la sociedad aragonesa dan apoyo al delincuente, al bandolero que goza de la hospitalidad del pueblo y que en él tiene sus espías y protectores.

Diez años más tarde la situación es muy grave: el luchar contra el bandolerismo es el negocio más importante que tiene el reino" (3). Los diputados del reino de Aragón a la vez que consignan una partida de 8.000 libras para costear la lucha, ordenan a la ciudad de Jaca para que pusiesen centinelas en la ciudad, monasterios y pasos de la zona. En este mismo año se crea una junta de ciudades, como planteamiento colectivo de la situación. Uniones o hermandades

establecen sus propios estatutos criminales, que regirán la conducta de la junta. Jaca, Ayerbe y Huesca, se confederan para mantener el camino real.

La ciudad de Huesca, busca una Unión y Hermandad con las demás villas, monasterios y lugares de las montañas como lo indican las dos Cartas misivas del 9 de enero de 1592, que empiezan así: "Considerando esta Ciudad los omicídios, latrocinios, insultos, muertes, desacatos, insolencias y otros delitos que en esta tierra y comarca y en la mayor parte del reino de algunos años y en especial los que de un año a esta parte en la ciudad de Zaragoza como es notorio se han hecho y cometido en mucha ofensa..." (4), Y en la dirigida en especial a las Ciudades de Jaca y Barbastro de la misma fecha que dice: "Entendiendo que sería mucho del servicio de Su Majestad, que en estas comarcas se haga y vaya a una hermandad por el gran beneficio y veilidad que de ello resultara para quietud de todos y del reino reaparo y remedio de las insolencias y otros muchos delitos que en el se han cometido y se cometeran..." (5).

La efectividad fue tan escasa, que la Diputación del Reino al crecer el bandolerismo va a tomar parte directamente en la represión, se organiza el Justicia de la Montaña y el Ejército del Reino.

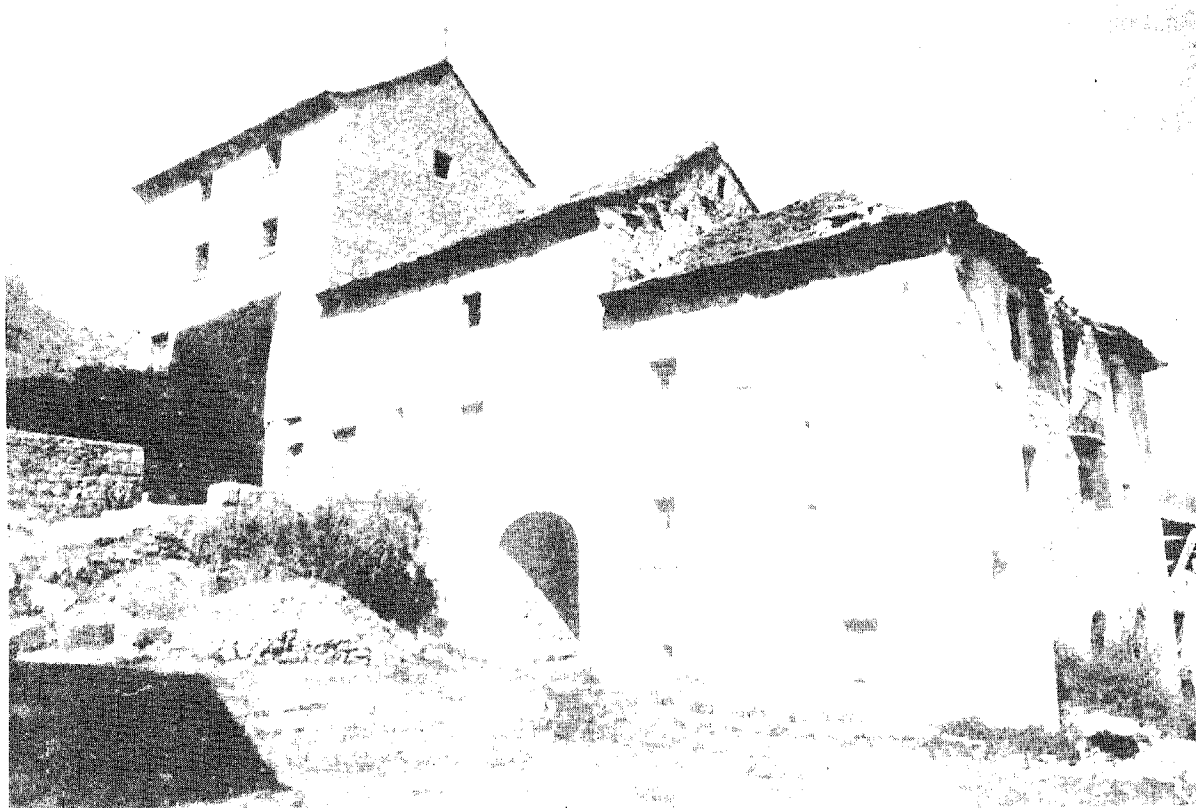
El ejército tenía un Capitán y dos lugartenientes, Uno de estos vigilaba el camino real de Zaragoza a Lerida y el otro el que iba de Ayerbe a Canfranc. Tenían 200 soldados —infantes—, distribuidos en 8 escuadras de 25 hombres. Unos años después se reformó ese ejército, en el cual sólo se admitían hombres de bien "buenos cristianos y de buen vivir".

En todos aquellos puntos de los caminos más transitados, según la experiencia, parecían ofrecer un mayor peligro para los caminantes fueron ubicados PRESIDIOS.

No se trata en esta Comunicacion de la defensa personal que hacían estos soldados y de su eficacia contra el bandolerismo, sino de su pequeño acuartelamiento fortificado.

Desde estos presidios, en los que la tropa quedaba obligada a residir, pequeños destacamentos de soldados salían diariamente a vigilar los caminos.

Ante la fotografía de la Casa Villacampa en Laguarda (Huesca) (6), podemos explicar mejor que el conjunto de edificios que compone la casa solariega refleja perfectamente la historia del altoaragón en los siglos XVI y XVII.



*Casa Villacampa en Laguarda. A la derecha, el torreón del siglo XVI. Centro: primera ampliación. Izquierda: segunda ampliación.*

La parte más alta del conjunto está constituida por una robusta torre, construida con grandes sillares, techada a dos aguas, núcleo originario de todas estas construcciones. Se trata de un recio edificio de cuatro pisos, con ventanas abiertas al Este y Oeste —las de la fachada sur fueron tapiadas por el segundo cuerpo— formadas por toscas jambas de piedra en forma de trapecio y cerradas por fuertes rejas, que aún se conservan en su emplazamiento original. La puerta de entrada, a la que se accede por una escalera labrada en la roca viva, se cierra con un gran dintel monolítico en que se lee la inscripción "AÑO 1542".

El edificio es tosco, y en forma de casa fuerte (casa-fortaleza), construido en lo alto del promontorio rocoso, con aspecto y misión de fortaleza. Recuerda a otros de la comarca, la torre de Biescas, edificada por Juan de Acin en 1589.

Las casas-fortalezas son un modelo de vivienda minoritaria y fechable de los siglos XVI y XVII. En ellas vivían los señores del lugar o alguna familia infanzona. La característica común que permite agrupar a estas casas es la presencia de una torre de poca planta y tres pisos, con cubierta a dos aguas y provista de aspilleras; en ocasiones, esta torre queda exenta o tiene autonomía propia por su mayor desarrollo —La torraza de Biescas— (7).

En otros casos queda insertada en un conjunto casa-patio —Gillue—. La casa del Señor de Ordovés, hoy deshabitada, denota ser una construcción del siglo XVI, está compartimentada en dos. La casa primitiva fue una torre fortificada, se observan aspilleras.

Cuando a principios del siglo XVII vuelve la calma a la comarca, Pedro Villacampa decide ampliar el lobregón caserón del siglo anterior y construir una vivienda palacial, digna del elevado concepto en que tenía a su linaje, como se aprecia por la consecución de su ejecutoria de infanzonía en 1595. Pedro, como capitán de Infantería, al mando de un escuadrón que patrulló el somontano del Moncayo y Juan Villacampa quien en 1575 resumía ante los diputados de Aragón sus acciones contra los bandidos, explicando que actuó "Castigando los actos más bellacos".

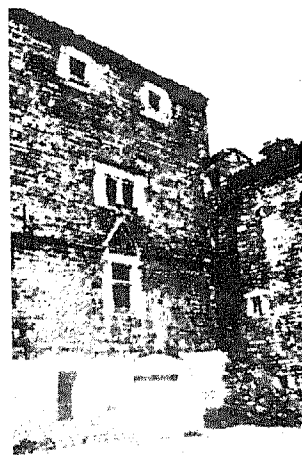
De esta casa solariega dos siglos más tarde nacería el que fue Capitán General del Ejército Don Pedro Villacampa y Maza de Lizana, héroe de la Guerra de la Independencia.

## LOS HUGONOTES EN EL ALTO ARAGÓN.

Después de los graves sucesos de Zaragoza entre los meses de Mayo a Septiembre de 1591. El Justicia, Prior y Jurados de la Ciudad de Huesca en carta al Rey Felipe II y a Don Alonso de Vargas, General del Ejército Real de Su Majestad, de fecha 10 de noviembre del mismo dicen: "Ha sido tan acertada y justa la resolución que Vuestra Majestad ha tomado en mandar, que antes de acudir a otros reinos con su ejército esta Ciudad continua con fidelidad a V. Majestad que siempre ha tenido y tiene favoreciendo tan cristianos fines e intentos de restauración del Santo Oficio y conservación de nuestros Fueros..." (8).

Llegó a Jaca el 10 de noviembre de 1591 Antonio Pérez —secretario de Felipe II—, huido de Zaragoza "sin salirse ni por Dios de los montes", escondido varios días, marchó a Sallent y vestido de pastor, cruzó la frontera con una gran nevada. Una vez en Francia, comenzó a preparar la invasión del reino aragonés por los franceses. Don Martín de Lanuza, familia del justicia decapitado, Señor de Biescas y dueño del castillo de Lanuza, lo organizó todo para febrero, mes en el que el Valle de Tena está desguarnecido de pastores. En este mes del año 1592, entró por Sallent, avanza rápidamente por el río Gállego, toma Biescas e intenta la conquista de Jaca.

El 10 de febrero de 1592, llega a Huesca una carta de la ciudad de Jaca, en la que piden angustiosamente ayuda. Huesca pone en camino tropas de ayuda con el capitán Juan de Monphaón y el alférez Abarca. El General del ejército real Alonso de Vargas que tomó Zaragoza, mandó a Pedro Manrique con el fin de organizar la defensa de Jaca. El plan se preparó en dos frentes: un ejército que marcharía hacia Canfranc, para frenar la columna francesa que avanzaba y el más importante que atravesaría el Serrablo, rumbo al Valle de Tena. El ejército aragonés unido al del Rey cayeron sobre Biescas y obligaron a los invasores a retroceder al Valle de Tena, donde Don Lorenzo Abarca con sus arcabuceros, todos



Biescas: "La Torraza", casa fuerte del siglo XVI (año 1981).

ellos hombres escogidos de la tierra, encerró al enemigo en el fondo del valle diezmándolo. Don Martín de Lanuza, fracasado el intento de tomar Jaca y rebelarse a la política antiaragonesa de Felipe II huyó a Francia.

La monarquía se vio obligada a reforzar la estructura estratégica del Reino, con la intención de crear una línea de contención que impermeabilizara la frontera con Francia.

Cuando el general Alonso de Vargas estuvo en Jaca en 1592 organizando la defensa de la frontera, la situación en Francia era desastrosa y el poder de los hugonotes notable, circunstancia que sin duda pesó en el ánimo de Felipe II para construir el Castillo de San Pedro de Jaca en su actual emplazamiento, orientado a la defensa del río Aragón, entrada principal desde Francia por el Puerto de Somport. Desde Jaca envió al rey Felipe II un informe cifrado en el que describe tanto los planes defensivos como ofensivos que imponen tanto la situación exterior como la interior.

Aunque la defensa propiamente dicha se basaba en una serie de torres y castillos, don Alonso de Vargas preconizaba el ataque como mejor defensa, y que para evitar la invasión de los hugonotes lo mejor era invadir su territorio, marcando el río Garona como primera línea de objetivos.

Los planes defensivos propiamente dichos serían: fortificar una serie de puntos fundamentales para evitar el paso de los hugonotes y asegurar la retaguardia para evitar la acción de los que "han andado mal" en las últimas alteraciones.

La fortificación permanente consistía en —Construcción de dos torres en los Valles de Hecho y Anso. —Refuerzo de la plaza de Berdún. —Habilitación y reparación de los castillos de Canfranc y Santa Elena. —Arreglar la puerta del "castillejo" de Torla. —Reconocimiento de Ainsa, Benasque y Valle de Arán.

El Valle de Arán, perteneciente al reino de Aragón y que ya el rey Jaime II lo fortificó mucho y perfeccionó sus defensas, como el Castell-Lleó que por su importancia estratégica se empleó para almacenar reservas y víveres ante la situación del Valle. En el siglo XVI, el Valle tenía 5 castillos y 23 torres y Castell-Lleó estaba guarnecido por 40 soldados.

## **EL CASTILLO DE SAN PEDRO DE JACA —LA CIUDADELA—**

Para constituir una defensa en profundidad y asegurarse la retaguardia se preocupa especialmente de Jaca, donde había planes de fortificar el convento de San Francisco, aunque el Comendador Spanoqui recomendaba trasladar las defensas más al sur, pero la decisión final sería la construcción de un castillo al norte en el antiguo barrio comercial del Burnao.

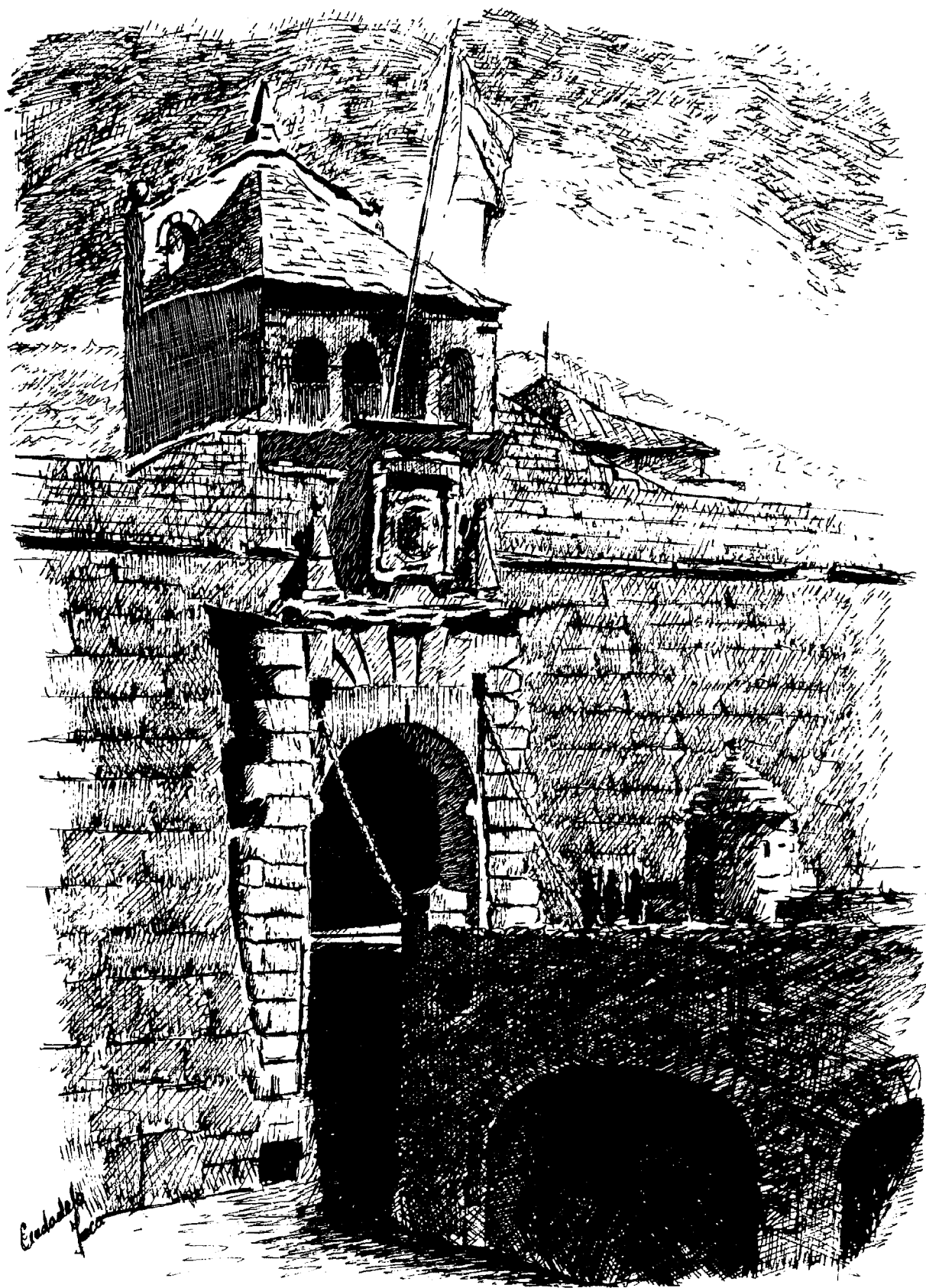
Tiburcio Spanoqui era un ingeniero militar italiano al servicio de la Corona Española que debería reconocer e informar previamente las obras defensivas de Aragón, especialmente el territorio lindante con el Bearn como zona más peligrosa. Se hacía necesario completar las obras de infraestructura con una dotación ni inferior a los mil infantes según la distribución siguiente: 400 soldados en el Castillo de Jaca —siendo el principal centro del Pirineo—, 130 en Ainsa, 100 en Berdún, 80 en el castillo de Benasque, 50 en el de Canfranc, 40 en el castillo del Valle de Arán, y los 200 restantes en el Castillo de la Aljafería en Zaragoza. El carácter de no ser soldados "naturales del reino por las consecuencias que se pudieran derivar" ratifica el carácter estratégico de la monarquía y el predominio creciente sobre el Reino.

Spanoqui dejó escritas unas normas a tener en cuenta para la construcción de las torres y fortificaciones, un documento que nos da una idea clara de cómo se trabajaba en aquella época y los jornales percibidos.

El monto total del proyecto sumaban 55.000 ducados y para los trabajos de fortificación se contó con la colaboración de Huesca y otros lugares de la comarca, como lo demuestran los adjuntos pregones del Concejo de Huesca, del 6 de junio y el 1 de septiembre de 1592.

"...canteros, obreros de villa, piqueros, carpinteros, peones y otras cuales quiere personas trabajadores y muchachos de cualquier condición sean, que para el fuerte de Su Majestad ha mandado hacer y hace en la Ciudad de Jaca para la guarda y seguridad, de aquella frontera y defensa contra los Herejes... hay necesidad de maestros oficiales y peones que trabajen en dicho fuerte, demás de los que hay y combiene e importa al servicio de Dios y de Su Majestad y bien común de todo este Reino que con mucha brevedad vayan a la dicha Ciudad de Jaca a trabajar en el dicho fuerte por quince o veinte días, tan solamente. Certificándoles que allí se les pagará su trabajo y jornal, a saber a los peones a razón





*Apunte de la entrada del Castillo de San Pedro de Jaca, por Nuño Idoute de Pamplona.*

que os hacen a saver,

De Parte de los Ill<sup>es</sup> Señores, Justicia Prior y Jurados de la ciudad, de Huesca, se Jntima notifica y haze saver a todos y quales quiere canteros obreros de villa piqueros Carpinteros peones y otras quales quiere personas trabajadores y muchachos de qualquiere condition sean, que para el fuerte que su Mag<sup>d</sup> ha mandado hacer y haze en la ciudad de Jaca para la guarda y seguridad, de aquella frontera y defensa contra los Herijes, de que este Reyno recibe tanto beneficio, hay necesidad de maestros oficiales y peones que traugan en dho fuerte, de mas de los que en el hay, y sombime y Jmporta al servicio de Dios y de su Mag<sup>d</sup> y bien comun. Sotodo este Reyno que con mucha brevedad vayan a la dha ciudad de Jaca a trabajar en el dho fuerte por quinze o, veynte dias, tan solamente, certificandoles que alli se les pagara su trabajo y jornal, a saber es a los peones a rason de dos reales y medio al dia y a los maestros lo que fuere justo, como lo ha ofrecido el señor Don Alonso de Bargas, General del exercito de su Mag<sup>d</sup> y assi a los que huvieren de yr los mandamos encargamos y exortamos, con el encarecimiento possible, que acudan con mucha gana y voluntad y con toda brevedad a escrivirse a casa del notario de la ciudad, y a mas de q se les pagara tambien su trabajo como esta dicho, sera hacer notable servicio a Dios nro Señor y a todo este Reyno, y por q y quencia etc.

Se fenta sueldo por cada vez y otros puros de los  
y arbitrios arbitrios de sueldo y de los otros  
cuals otros / o / mayor parte de ellos

Itemas, se notifica y haze saber, à todos y qualquiera  
obreros de villa Piqueros y otros oficiales, que quisieren y  
a trabajar al fuerte que su Magestad manda hazer, en la  
ciudad de Jaca para la defensa de aquella frontera, à jornal o,  
quisieren tomar algun pedazo de obra à estajo, que el Señor Don  
Alonso de Vargas general del exercito de su Mag<sup>d</sup> los pagara  
muy bien, lo que fuere justo, y por què ignorancia es,

Die primo mensis septembris Anno M. D. Lxxxxij ou Antón fan  
lex corredor publico oua hizo relacion à mi Sebastian de sanales notario que  
havia pregonado el pte pregon por los lugares publicos y alodios de la  
capite fudad contrampetas, y que el havia hecho el mismo dia para satisfecho  
puesto /

de dos reales y medio al día y a los maestros lo que fuere justo, como lo ha ofrecido el señor don Alonso de Vargas, General del Ejército de Su Majestad..." (9).

"...se notifica y hace saber a todos y cuales quiere obreros de villa, piqueros y otros oficiales, que quisieren ir a trabajar al fuerte que Su Majestad manda hacer en la Ciudad de Jaca para la defensa de aquella frontera a jornal o quisieren tomar algún pedazo a estajo, que el señor don Alonso de Vargas general del ejército de Su Majestad les pagará muy bien, lo que fuere justo..." (10).

Con estos pregones tenemos la fecha de comienzo de las obras en el 1592, y el mes antes de Junio del primer pregón, ya que en el mismo se dice "demás de los que en el hay". Y abundando si los hugonotes entraron en el Valle de Tena el 9 de febrero y la carta cifrada del general Alonso de Vargas a Felipe II es del 2 de abril, más tarde hay una carta a Tiburcio Spanoqui de D. Andrés de Prada, por mandato del Rey: "...que por vuestra parte procureis dar mucha prisa a todo lo que hubiere de hacer como lo confío de vuestro cuidado, Madrid a 27 de abril de 1592...". Todo esto nos hace suponer que fue en Mayo de 1592, cuando dieron comienzo las obras de la fortaleza en Jaca, hoy Ciudadela.

A la vez que las armas de fuego, van evolucionando las fortificaciones. El castillo, lugar inexpugnable en el siglo XI, deja de serlo a mediados del siglo XV, en que era fácil abrir una brecha en sus muros. Las altas torres y murallas van perdiendo altura a la vez que se ensanchan, intentando enterrarse en el terreno, entonces aparece el foso —inundado o seco—.

En el siglo XVI se impusieron las formas poligonales dando lugar a los baluartes que reunían óptimas condiciones para la defensa lejana y próxima. Es en este siglo cuando el tipo de ciudadela pentagonal fue muy empleado en los Países Bajos. El Duque de Alba construyó una ciudadela en Amberes que fue demolida en 1577, existiendo una vista de la misma que nos da idea es igual a la de Jaca. En la actualidad solamente hay dos ciudadelas que se conservan completas la de Lieja y la de Jaca (11).

De la construcción primera a la actual hay muchos cambios de los que hay que destacar que los flancos de los baluartes no se unían directamente a la muralla, dejando unas poternas de altura inferior al parapeto, por las que, empleando unas rampas, se bajaba al foso, permitiendo a la guarnición efectuar reacciones ofensivas, como hemos observado estas poternas fueron cerradas y además con muros de peor calidad que el resto del fuerte.

Los enormes baluartes triangulares en sus vertices, con fosos y muros haciendo talud, se ajustan al estilo de la época. Pamplona y Lieja.

Los planos de la Ciudadela de Jaca trazados por Tiburcio Spanoqui, los llevó a la práctica Jerónimo de Nogueras, artifice de la obra. En el patio se construyeron cuarteles independientes, así quedaban despejados los accesos a las poternas y rampas de los baluartes, a la vez que en caso de incendio, dichos accesos hacían las veces de cortafuegos. Inicialmente aislado de la ciudad, a pesar de la leyenda de pasadizos subterráneos entre el fuerte y la ciudad, estos pasadizos podían ser galerías de mina y contramina encontrados posteriormente, causa de algún asedio, pero que nunca llegaron a la fortaleza.

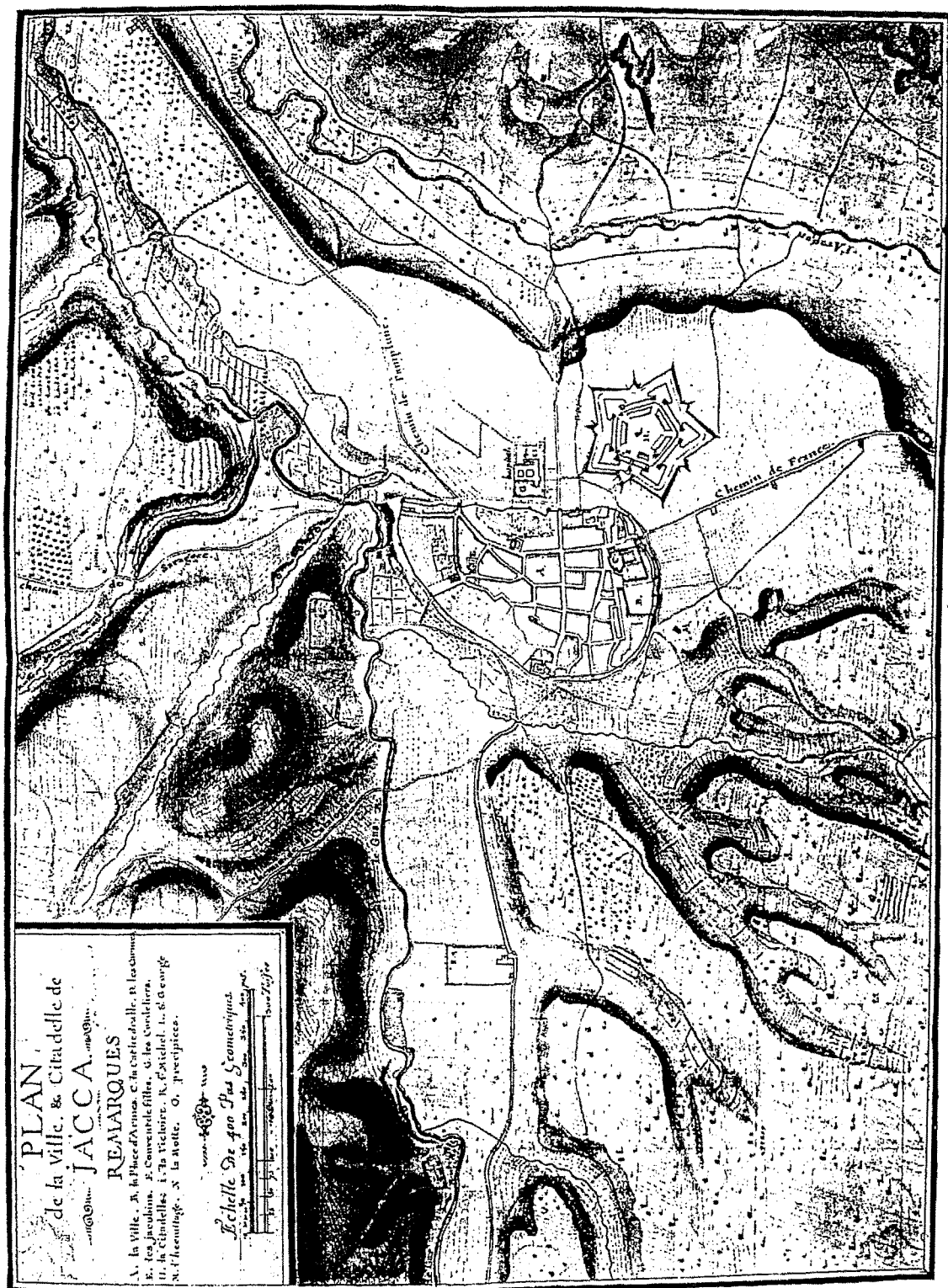
Toda la parte exterior es de grandes sillares, que ocultan un muro de argamasa muy dura con un espesor de 2,4 metros en la parte alta y en la inferior es de 4 metros. La piedra se extrajo de una cantera próxima.

Como defensa exterior presenta sucesivamente un foso, contraescarpa, camino cubierto, plaza de armas y glacis,

En la parte norte del castillo entre la muralla y los antiguos cuarteles se encuentra uno de los rincones más bellos de la fortaleza. Es una pequeña plaza desde la que se llega a una poterna, con un cuerpo de guardia entre ella y un túnel de bajada al foso. También da a los primitivos polvorines contruidos con sillares de piedra tosca. Separando los polvorines del muro, como medida de seguridad y para evitar la humedad, hay una cámara de ventilación, magníficamente conservada.

Si se asciende a la parte alta de la muralla se encuentra el "camino de ronda" y los baluartes, pudiendo ver el perfecto flanqueo que había en todo el recinto, a la vez que se admira la sólida construcción de la fortaleza.

La entrada a la fortaleza se efectúa por una caponera que da a un puente fijo que en su tramo final es levadizo, sobre ella está el escudo de Felipe II.



JACA  
PLANO DE LA CIUDAD Y ALREDEDORES

# Plan de Jaca en Aragon

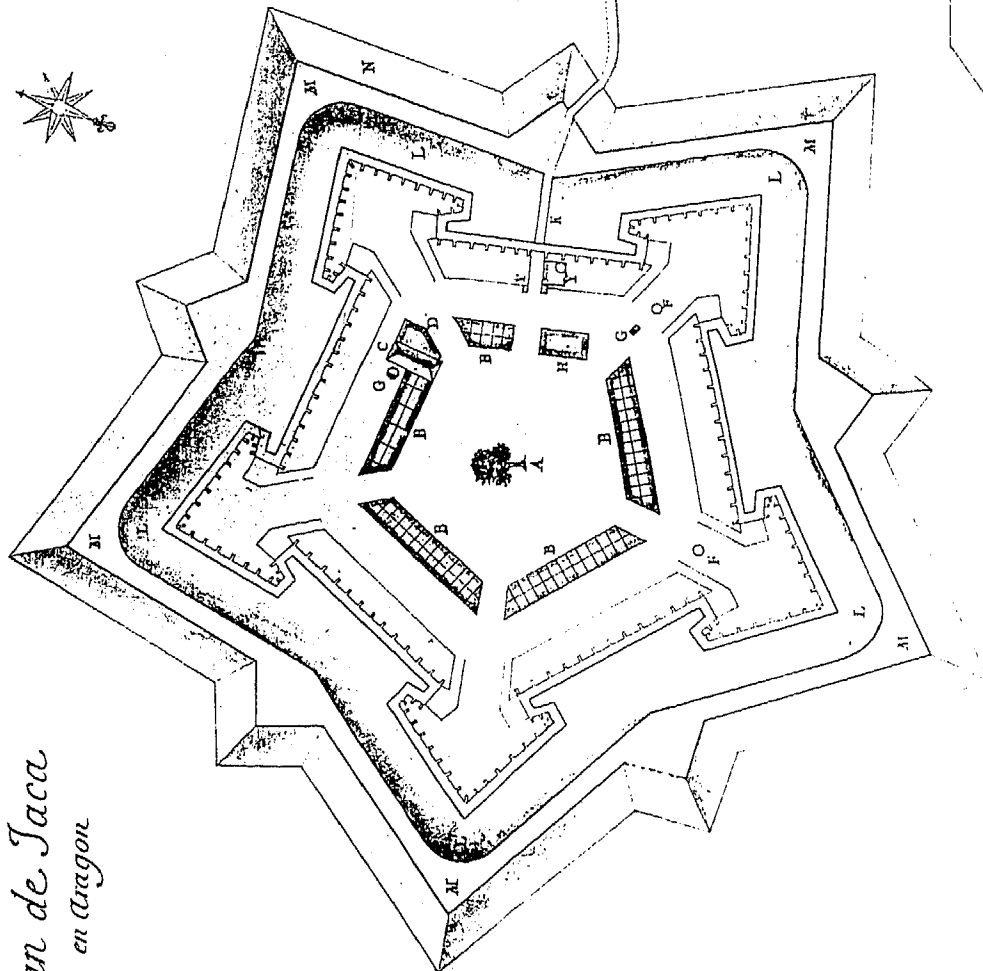


## Remarques.

- A..... Place d'Armes.
- B..... Logement.
- C..... L'Eglise.
- D..... Magasin.
- E..... Magasin à Poudre.
- G..... Puits.
- H..... Les Bains pour la garnison.
- I..... Corps de Garde.
- K..... Le Pont.
- L..... Le Fossé.
- M..... Chemin couvert.
- N..... Glacis.

## Echelle du Plan.

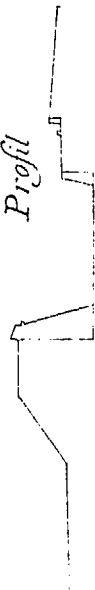
10 20 30 40 50 60 70 80 90 100 Toises



## Echelle du Profil.

10 20 30 40 50 Toises

## Profil



JACA

PLANTA DE LA CIUADELA DE SAN PEDRO

Hace dos décadas, las piedras de la Ciudadela de Jaca, se amontonaban al pie de los muros que se derruían. Todavía al turista le asombraba la geometría pétrea y perfecta, pero era la agonía del viejo Castillo de San Pedro.

Hoy es monumento histórico-artístico y gracias a unas personas para quienes el espíritu y el arte tienen un valor importante, esas viejas piedras amontonadas, volvieron al lugar donde los artesanos y soldados de España las colocaron hace cuatrocientos años (12).

Un recuerdo a uno de los artífices de esta reconstrucción a Enrique Osset Moreno, Comandante de Infantería de Estado Mayor, número uno de la V.<sup>a</sup> Promoción de la A.G.M., que murió a los pocos días de haber terminado para Jaca el excelente trabajo de su libro "EL CASTILLO DE SAN PEDRO DE JACA".

## N O T A S

- (1) Archivo Diputación Zaragoza.—Actos Comunes, manuscrito 179, fol. 141v.
- (2) A.D.Z.—Actos Comunes, mans. 117, fol. 12v.
- (3) A.D.Z.—Actos Comunes, mans. 210, fol. 100.
- (4) Archivo Municipal Huesca.—Cartas misivas, Años 1591 a 1595.
- (5) A.M.H.—Cartas Misivas, Años 1591 a 1595.
- (6) Instituto de Estudios Altoaragoneses.—Fotografía Casa Villacampa.
- (7) I.E.A.—Fotografía de La Torraza de Biescas.
- (8) A.M.H.—Cartas Misivas, Años 1591 a 1595.
- (9) A.M.H.—Pregón del Concejo de Huesca, 6 de junio de 1592.
- (10) A.M.H.—Pregón del Concejo de Huesca, 1 de septiembre de 1592.
- (11) Archivo Histórico Provincial de Huesca. Planos del Archivo Militar Francés.—Plan de fortificación de la Villa de Jaca.
- (12) Fotografías de la Ciudadela de Jaca, actuales.

## F U E N T E S

### Documentales:

Archivo Histórico Provincial de Huesca.—Protocolos.

Archivo Municipal de Huesca.—Actos Comunes y Cartas Misivas.

Biblioteca "Azlor", del Instituto de Estudios Altoaragoneses.

Archivo Diputación de Zaragoza.—Actos Comunes.

Biblioteca Particular.

### Bibliográficas:

Enrique Osset Moreno.—El castillo de San Pedro de Jaca. Jaca 1971.

G. Colás Latorre y J. A. Salas Ausens.—Aragón en el siglo XVI, Alteraciones sociales y conflictos políticos. Universidad Zaragoza, 1976.

Domingo J. Buesa Conde.—Jaca, dos mil años de Historia. Zaragoza, 1982.

Manuel Gómez de Valenzuela.—La Casa solariega de Villacampa en Laguarda, Argensola del I.E.A. n° 96, II semestre de 1983.

Antonio Bonet Correa.—Cartografía militar de Plazas Fuertes...—Planos del Archivo Militar Francés—, Madrid, 1991.





# EL FUERTE DE SANTA ELENA Y LA FORTIFICACIÓN DE LOS VALLES DE TENA Y BROTO EN LOS SIGLOS XV Y XVI

**María Cruz Palacín Zueras**

Profesora de EGB.

Colaboradora del Instituto de Estudios Altoaragoneses

Investigadora en Historia.

## INTRODUCCIÓN

Queremos dar algunas características de los castillos aragoneses, principalmente de los oscenses. Todos los pueblos que citaremos son de Huesca.

La mayoría de los castillos españoles se encuentran en estado de abandono y ruina y Aragón no es una excepción, aunque nuestra riqueza castellológica es importante todavía, a pesar de lo mucho que se ha perdido. Quedan rudos castillejos que vigilaban desde lo alto y defendían a los pueblos y también de categoría monumental de arte románico (en Loarre), cisterciense (en Monzón), mezcla de estilos y de épocas (en Alquézar).

El castillo-palacio nobiliario alcanza su máximo apogeo en el siglo XV, pero en el último cuarto del mismo, los progresos de la artillería hacen que las fortalezas y murallas urbanas se adapten rápidamente a las nuevas armas. A la vez las monarquías se iban centralizando de acuerdo con las ideas cesaristas del Renacimiento. Casi todos los historiadores están de acuerdo en considerar al cañón como el instrumento de los monarcas renacentistas contra el poder militar de la alta nobleza.

Las palabras *fortaleza* y *fuerte* aparecen en el siglo XVI por influencia italiana, aplicándose a las nuevas fortificaciones adecuadas para la artillería, igualmente el término *ciudadela*, más reciente, pues en la de Jaca sólo se aplicó desde el siglo XIX.

En muchas construcciones de los siglos XV y XVI hay troneras para la artillería, en otras se ensanchan las saeteras para adaptarlas a las armas de fuego y también se rehacen parapetos y almenajes.

Algunos tipos de castillos existentes en Aragón son:

*Castillo-recinto* o castillo musulmán, por ser ellos los constructores en la Frontera o Marca Superior (Cuenca del Ebro).

*Castillo de torre y recinto*, contruidos en las montañas aragonesas por los cristianos. Hay más de un centenar claramente diferenciados de los musulmanes. Elemento más destacado una torre esbelta, de planta pequeña y aislada en un tozal. La puerta en alto, acceso por escalera auxiliar. Hay saeteras y ventanas estrechas. Casi siempre una iglesia, simbolizando la alianza entre los poderes militar y eclesiástico. Un ejemplo el de Ayerbe.

*Palacio amurallado*, residencias de príncipes musulmanes. Inmensa fortaleza guerrera y en su interior un palacio civil con jardines, patios y cómodas estancias. Varias Zudas, entre ellas la de Huesca.

*Castillo-convento*, es un *castillo-iglesia-convento*, Huesca es la región más rica de este tipo —Loarre, Alquezar, Montearagón—. Fueron levantados para residencia de una comunidad agustiniana por orden del rey Sancho Ramírez. Aquí queremos recordar a Don Antonio Ubieto Arteta, catedrático de la Universidad de Zaragoza, fallecido hace dos años, que nos dirigió a los asistentes al 2.º Congreso Internacional de Historia Militar de Zaragoza, una visita al Castillo de Loarre donde escuchamos una de sus últimas lecciones magistrales.

*Donjón y recinto*, fue la fusión de la torre y la sala en una unidad arquitectónica de grandes dimensiones y organizada en dos o más plantas. El mejor ejemplo lo tenemos en Abizanda, con cuatro salas superpuestas.

Este pueblo de nuestra provincia fue mi primer destino como maestra nacional, Con los niños visitamos muchas veces la torre, contándome leyendas forjadas en su imaginación unas y transmitidas oralmente otras, al ver algunos huesos entre los escombros.

*Palacio fortificado*, está entre el *castillo-palacio* y el *palacio-señorío*, casi todos de época tardía —siglo XV y comienzos del XVI— no son de grandes dimensiones y están integrados en el caserío del pueblo. Pocos elementos castrenses: alguna torre, almenas, a veces una barrera y un foso.

En Huesca abundaron por existir pequeñas baronías —Siétamo, Barbues, Baells, Argavieso, Novales—, algunos puramente campestres como La Ballesta, Artasona, y otros han perdido sus aditamentos militares como Ayerbe.

A comienzos del siglo XVI aparecen las troneras para pequeñas piezas de artillería en el castillo de Permisán y otros.

Se incluyen en este grupo algunas casas fuertes levantadas por familias infanzonas del Alto Aragón: Benasque, Roda de Isábena, Arcusa, Gistain, etc..

Tienen también elementos de fortificación grandes casas de campo, que todavía se llaman *castillos* en la Hoya de Huesca como Torre Secas, Nisano y Corvinos.

*La Torre de Señorío*, levantada por barones en sus lugares de señorío se redujo a una importante torre que servía a la vez de defensa para el pueblo y de refugio accidental a sus dueños. Muchas son de los siglos XV y XVI. En Jaca tenemos la Torre del Merino y en pueblos del Pirineo como Lavelilla y Fiscal.

*La Torre óptica*, la que menos variaciones ha sufrido al transcurrir el tiempo. Situadas sobre cerros, desfiladeros, o junto a los pueblos para alertar a los vecinos. En los pasos pirenaicos oscenses son dignas de mención: Lárrede, Escuer, Oto, Gistain, Boalar, San Vicente de la Buerda, etc.

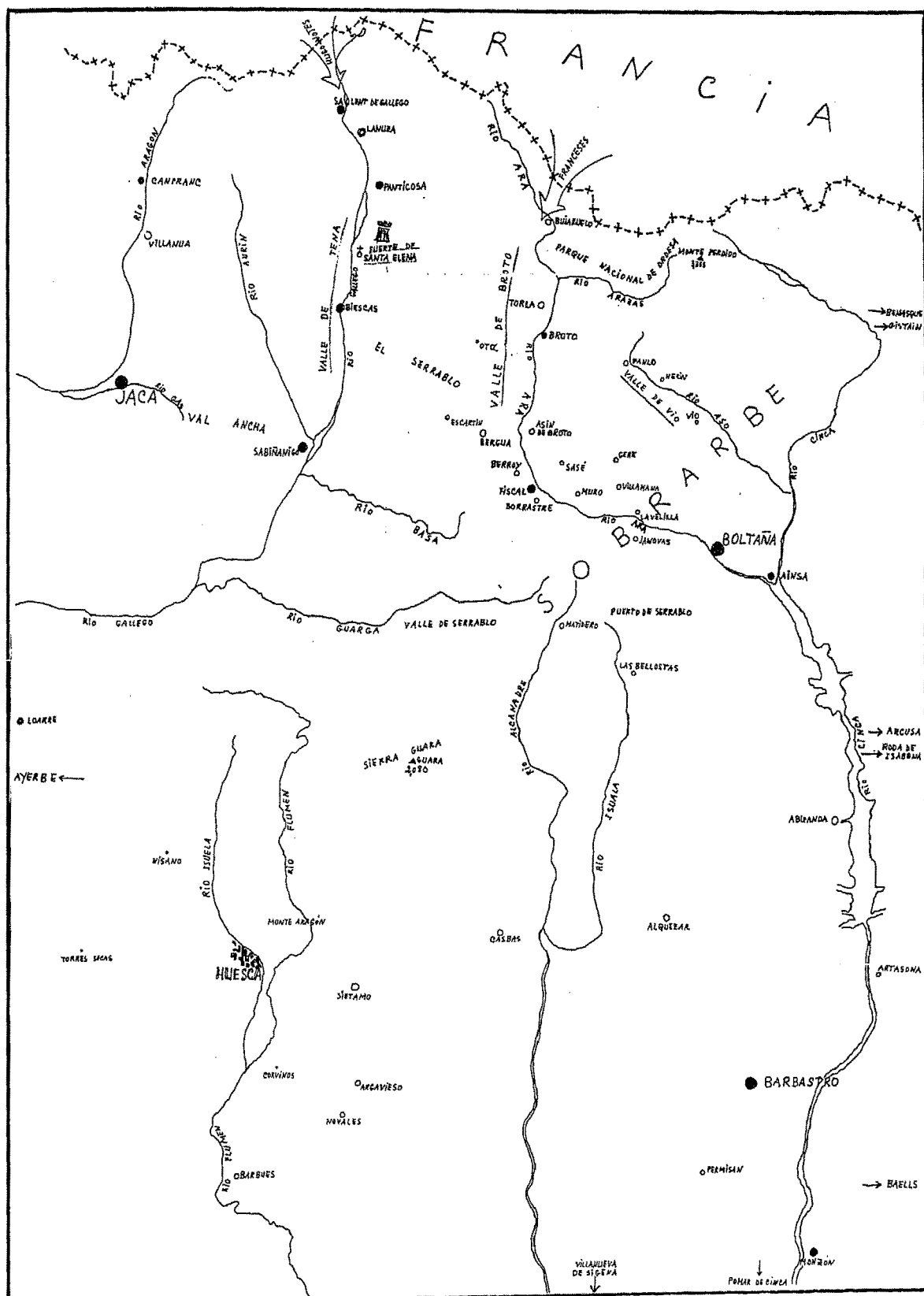
*Fuertes fusileros*, de formas duras, estructuras variadas e imitando los castillos medievales. En Huesca pertenecían a este tipo: la "Torreta" de Arañones, el fuerte de Rapitán, Coll de Ladrones y el *fuerte de Santa Elena*, en Biescas al que nos vamos a referir en esta Comunicación (1).

## FUERTE DE SANTA ELENA

Después de las Alteraciones de Aragón en 1591 D. Alonso de Vargas, general del ejército real de Su Majestad envió al Rey Felipe II un informe cifrado en el que describe tanto los planes defensivos como ofensivos, entre ellos la ocupación del castillo de Santa Elena "lugar donde ejerce su esfuerzo y que ya estaba en muy buenas condiciones de defensa" (2).

Antonio Pérez, hijo bastardo de Gonzalo Pérez, secretario del emperador Carlos V fue nombrado secretario de Felipe II en 1568. Un asesinato hizo recaer en el poderoso Pérez un sin fin de acusaciones e intrigas, en las que tiene buena parte la enigmática Princesa de Éboli, Ana de Mendoza. Es encarcelado, huye refugiándose en el Reino de Aragón, donde tiene lugar la ejecución del joven Justicia Juan de Lanuza, pasa a Francia con algunos valedores. Alcanzó de Catalina, hermana del Príncipe del Bearne y gobernadora de aquella provincia, licencia así como capitanes y gente con que entrar en Aragón. A pesar del rigor del tiempo, era febrero de 1592, y de la aspereza de los montes Pirineos, ganaron

# HUESCA.—VALLES DE TENA Y BROTO.



el paso de Santa Elena llegando hasta la villa de Biescas, haciendo daños sin fin. Les pareció a las gentes del Valle de Tena por el que discurre el río Gállego que se había abierto una puerta por donde iba a entrar toda Francia y que aquellas peñas harían una guerra larga y dura.

La entrada en Aragón desde el Bearn francés, fue fácil por el Valle de Tena, los hugonotes entraron con poca resistencia, hallando desapercibidos a sus moradores, la mayor parte pastores ausentes con sus ganados a la tierra llana, pero en cuanto tienen aviso de Biescas se ponen en armas haciendo un cuerpo con D. Francisco Abarca señor de Gavin y D. Diego Heredia, caballero del hábito de San Juan y defienden con ardor el paso de Santa Elena. Los franceses traían arcabuces de guerra y en primera línea muchos soldados con petos a prueba; no teniendo los aragoneses mas que arcabuces cortos y de poca munición. Hubo muertos y heridos en ambos bandos, ganando los bearneses por lo que pasaron a Biescas, donde se hacen fuertes en iglesias y torres, pero desprovistos de munición y bastimento han de rendirse.

Tenían orden los hugonotes de no hacer mofa de las cosas sagradas, pero dejándose llevar de su herejía y codicia profanan lugares sagrados y roban objetos de plata y hasta una Custodia. Era el 9 de febrero de 1592 y la noticia voló por todo el reino (3).

Al llegar el aviso a Huesca tocan a rebato todas las campanas, creen que ya está toda Francia dentro de Aragón, pues las noticias venían confusas. Se determina que suba a Biescas el regimiento de la ciudad con trescientos arcabuceros. El Obispo Martín Cleriguech, hijo de Huesca forma un escuadrón de clérigos, religiosos y cristianos oscenses armándolos como pudo, montando él a caballo al frente de aquellos cruzados y cuando ya iban a partir llegó la noticia de la huida de los franceses quedando prueba del valor y celo de Don Martín por la religión y por su patria (4).

Una vez vencidos en Biescas los franceses se hacen fuertes en Santa Elena, pero los echaron de allí entre montañeses, mosqueteros y cinco jinetes del general Alonso de Vargas, que alancearon al enemigo por el Valle de Tena arriba. Unos dicen que murieron mil franceses, otros trescientos, puede ser que una cantidad intermedia fuera la correcta.

Se oían los arcabuzazos del ejército, porque Don Alonso de Vargas no quiso dar orden que no tirasen sus soldados, o fue mal obedecido, de lo que se quejaban algunos caballeros aragoneses; entre otros dicen que le dijo el Sr. de Espés, Martín Íñiguez, que con otros de Jaca iban cerca de la litera del general: "Señor, mande V.E. que no tiren los soldados al aire, porque no nos espierten la caza" (5).

Los enemigos deshechos y perseguidos se metieron por lugares, donde parecía imposible escapar por los muchos precipicios y nieve, por ser invierno. Don Martín de Lanuza, familia del justicia decapitado, al verse vencido mató a su caballo en Panticosa huyendo sin alimentos ni aparejos hasta llegar a Cauterets.

En un informe del Comendador Don Tiburcio Spanoqui al general Don Alonso de Vargas al atribuir soluciones a la fortificación dice: "...otra solución era la de fortificar el paso de Santa Elena con dos torres, una dominando el camino y otra en lo alto de la ermita. El presupuesto de las obras a realizar entre Sallent y Santa Elena ascendían a 16.000 ó 18.000 ducados" (6).

En una carta cifrada dirigida por Don Alonso de Vargas al rey Felipe II, fechada en Jaca a 2 de abril de 1592, dice: "...y lo de Santa Elena que es lo que aquí más conviene están puestos ya en muy buena defensa.." (7).

El 13 de abril del mismo año contesta Andrés de Prada en nombre de Felipe II: "...y en Santa Elena se prosiga la labor con firmeza hasta acabarla de manera que ese trabajo se halle libre..." (8).

Una descripción de la Torre de Santa Elena construida al final del siglo XVI, nos la da el ingeniero militar francés monsieur Thierry, que con claros fines de espionaje, atravesó el valle quizás disfrazado de arriero bearnés y dio una exhaustiva descripción: "...una torre cuadrada, de 5 toesas de lado, que cierra completamente la colina en ese lugar. El camino conduce a ella pasando por debajo de una bóveda sobre la que está construida la torre. No tiene ninguna fuerza defensiva, ya que carece de garita y escalón, solamente tres puertas permiten el tráfico: una a cada lado de la bóveda y una en medio, donde hay una escalera para subir a la bóveda. En lo alto se encuentran los alojamientos para los soldados y oficiales, que permanecen bajo la bóveda durante el día y se retiran durante la noche, tras el cierre de las puertas. Éstas están defendidas por un pequeño redín, hecho con empalizadas, ante cada una de ellas. El fuerte está colocado sobre una roca inaccesible del lado del río y con montañas inaccesibles a la izquierda..." (9).

## CONSECUENCIAS DE LA INVASIÓN

Un protocolo notarial de 1592 dice: Concluida la invasión y restablecido el orden en la Valle de Tena el 17 de abril se reunió el Concejo y Universidad de la Valle de Tena en el lugar del Pueyo, dentro de las casas de Pedro Sorrosal y en virtud de que los naturales y vecinos de la Valle están al servicio de Dios y del Rey y en atención a la guerra pasada y alteraciones, acuerdan y ordenan que todos los naturales y vecinos de la dicha Val, tanto casados como mozos mayores de 20 años, tengan obligación de acudir a la dicha Valle para su defensa hasta el día 12 del mes de mayo. Los que no acudiesen tendrían pena de quinientas libras jaquesas y no podrían ser acogidos ni gozar de los derechos que tenían los habitantes de la Valle. A los que acudiesen se les daría trabajo si lo necesitaban y los que eran caballeros tendrían la obligación de llevar cada uno sus armas y la munición correspondiente.

A consecuencia de la permanencia del ejército real en la Valle de Tena surgieron conflictos de jurisdicción, como por ejemplo el que relata el mismo protocolo de Juan de Lacasa.

El día 7 de mayo Diego de Miranda, Capitán de una compañía de arcabuceros, a caballo se presentó en la iglesia de Tramacastilla, en donde se había refugiado el soldado de su compañía Pedro Abad que se había acogido el derecho de asilo.

El capitán pidió que se le entregase el mencionado soldado por el delito que había cometido en la persona de otro soldado llamado Juan García y que conocido el caso por el Auditor General se había dado orden de detenerlo. Mosén Miguel López rector de la iglesia se opuso a entregarlo, en virtud del derecho de asilo e inmunidad y que si se lo llevaban por la fuerza protestaba contra el Capitán, en el que recaerían las penas correspondientes. El Capitán no admitió la protesta de Mosén Miguel y sacó al soldado llevándolo detenido al Cuerpo de Guardia (10).

Como durante la invasión de los hugonotes se produjeron tantos daños en la Valle de Tena, Felipe II les concedió mil libras jaquesas como ayuda para reparar los daños causados. Estas mil libras debían tomarse de las rentas confiscadas a los partidarios de Antonio Pérez y debían ser entregadas a Don Diego de Monreal, obispo de Jaca. Esta cantidad será distribuida conforme a los perjuicios recibidos por cada uno, debiendo presentarse una memoria especificando los daños, que sería prolijo enumerar (11).

En otro protocolo del mismo notario Juan de Lacasa de Tramacastilla correspondiente a 1595, hay un recibo fechado el día 20 de abril en el Pueyo, en virtud del cual Elena de Puey viuda de Miguel de Guillamono Sastre, vecino de dicho lugar que fue muerto en la invasión de los herejes, confiesa recibir de Don Diego de Monreal Obispo de Huesca, la cantidad de quince libras (trescientos sueldos jaqueses) para ayuda de la crianza de sus tres hijos menores de 14 años (12).

## FORTIFICACIÓN EN EL SOBRARBE

El siglo XVI fue una época renovadora en el Altoaragón.

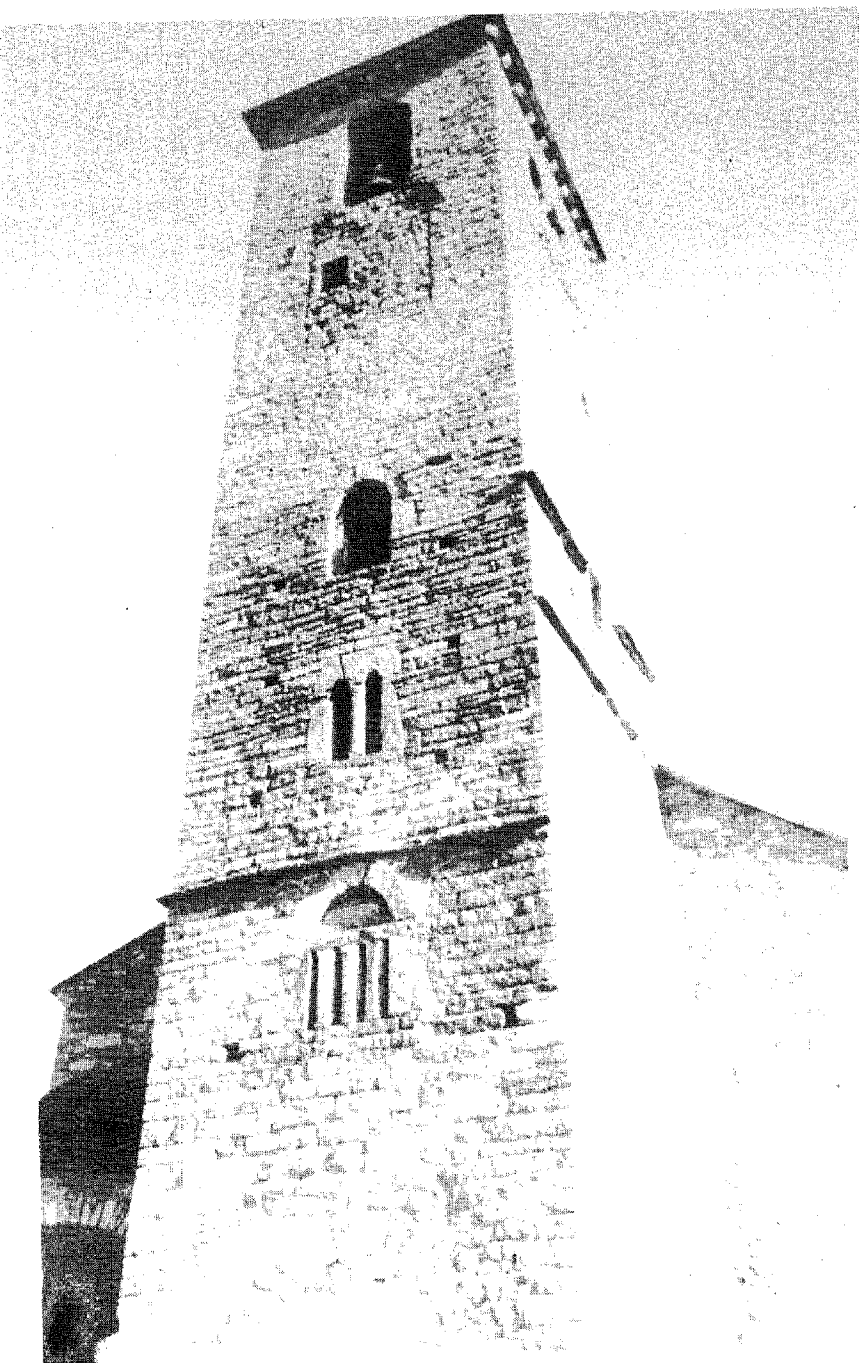
Es un tema poco tratado en Sobrarbe el de la fortificación de los altos valles durante los períodos conflictivos franco-españoles y el bandolerismo.

La finalidad defensiva es motivada por la inestabilidad social en la frontera del Pirineo central comenzada en el reinado de Juan II y Fernando el Católico, reducida a escaramuzas hasta 1512 en que los franceses entran por Bujaruelo e incendian Torla, siendo derrotados con 2.500 soldados muertos según Blasco de Lanuza.

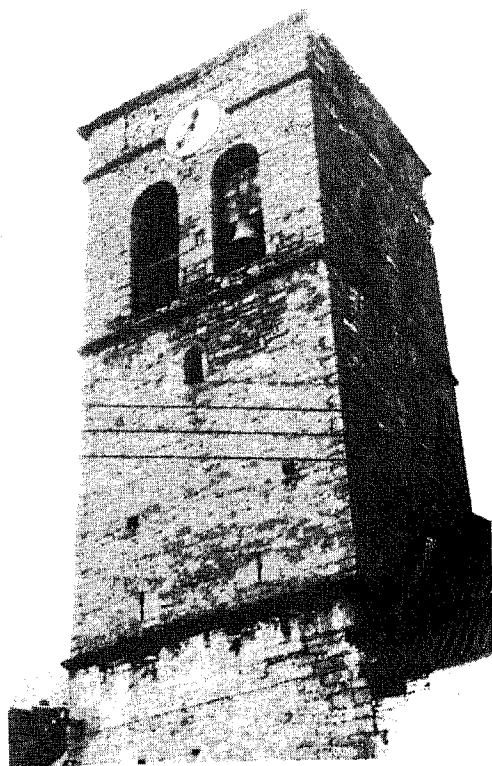
En 1521 se encomendó al Valle de Broto la defensa del sector del Ara en caso de ataque francés. La Diputación del Reino no escatimó en su defensa, contando con propios del país, "especialmente los del valle de Broto, que tantas veces hicieron fracasar intentos de penetración francesa desde la frontera" (13).

Se diferencian claramente en las parroquiales de los pueblos el espacio de carácter sacro —nave y ábsides— y la torre defensiva —el campanario—. La envergadura de la torre parece ir en consonancia con la posición geográfica del poblamiento; el fondo del valle es más permeable e indefendible que los altos montañosos.

La ribera del Ara se fortificó en Torla, Broto, Oto, Asín de Broto, Escartin, Berroy, Fiscal. Borrastre, Javierre, Lacort, Lavelilla... Nos vamos a referir a los siguientes.



Oto. Muros oeste y sur de la torre.



Fiscal. Torre de la parroquial, defensiva.

Los *defensivos* aspillerados, perforan todos los pisos y muros, Berroy.

Los de *observación* se sitúan en la planta superior de las torres más desarrolladas, dos por paño; son desahogados y rectangulares, Borrastre y Fiscal.

La población está en alza y además del recinto sagrado necesita defender bienes consolidados amenazados por incursiones provenientes del otro lado de los Pirineos. Algunos templos del Sobrarbe, reformas de otros, así como sus torres tienen las características propias del gótico aragonés sobrarbense y están fechados desde 1536 a 1597.

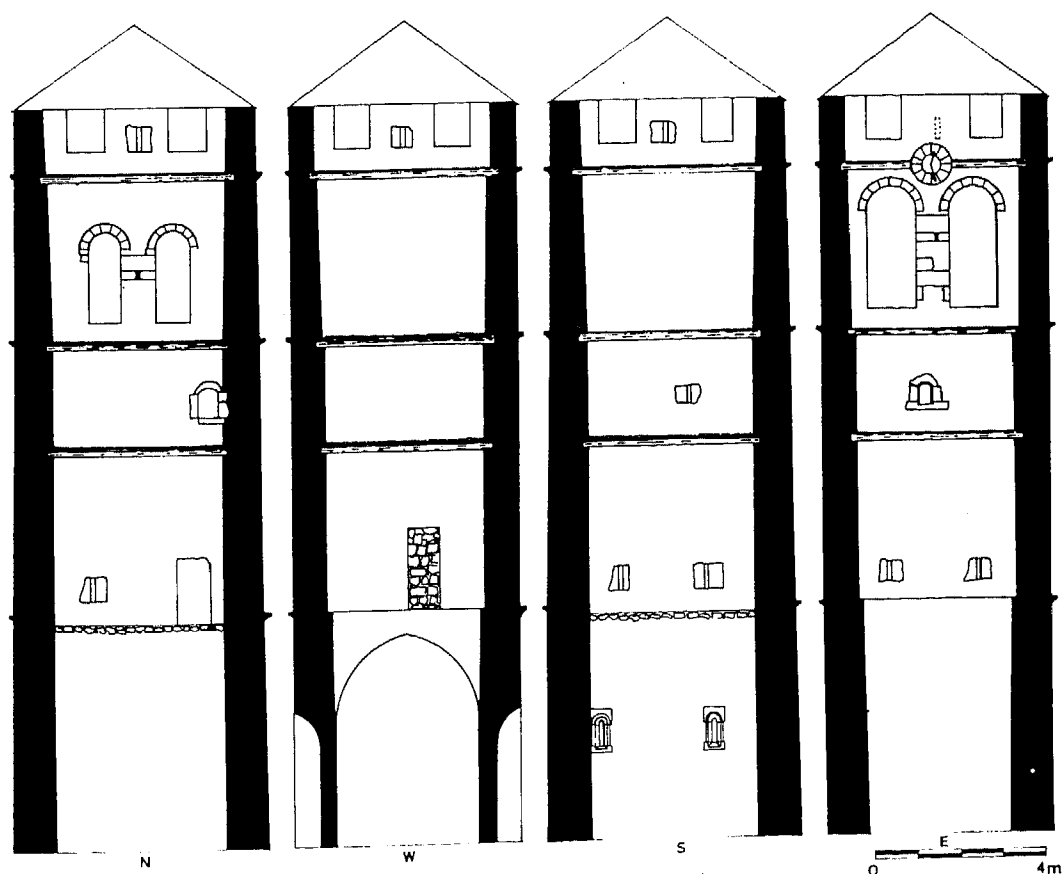
Se inicia la fortificación masiva de los pueblos del Ara en el siglo XVI: unas pocas torres de gran envergadura —Oto, Bergua, Lacort, Lavelilla, Fanlo y Buisan—. Muchos *campanarios* de iglesia —Broto, Buesa. Asin de Broto, Sasé, Escartin, Berroy, Borraestre, Fiscal, Javierre, Ligüerre, Cajal, Ceresuela, Fanlo, Nerin—. Algunas *viviendas* —Sasé, Fiscal, Burgasé—. Todas estas fortificaciones son de la ribera del Ara y del valle de Vió; sería interminable un listado del área pirenaica y sobre todo el Sobrarbe.

OTO, también fue alterada en el siglo XVI la torre parroquial, sin duda con fines defensivos, como ocurre en los campanales del área, apreciándose la simbiosis religioso-militar.

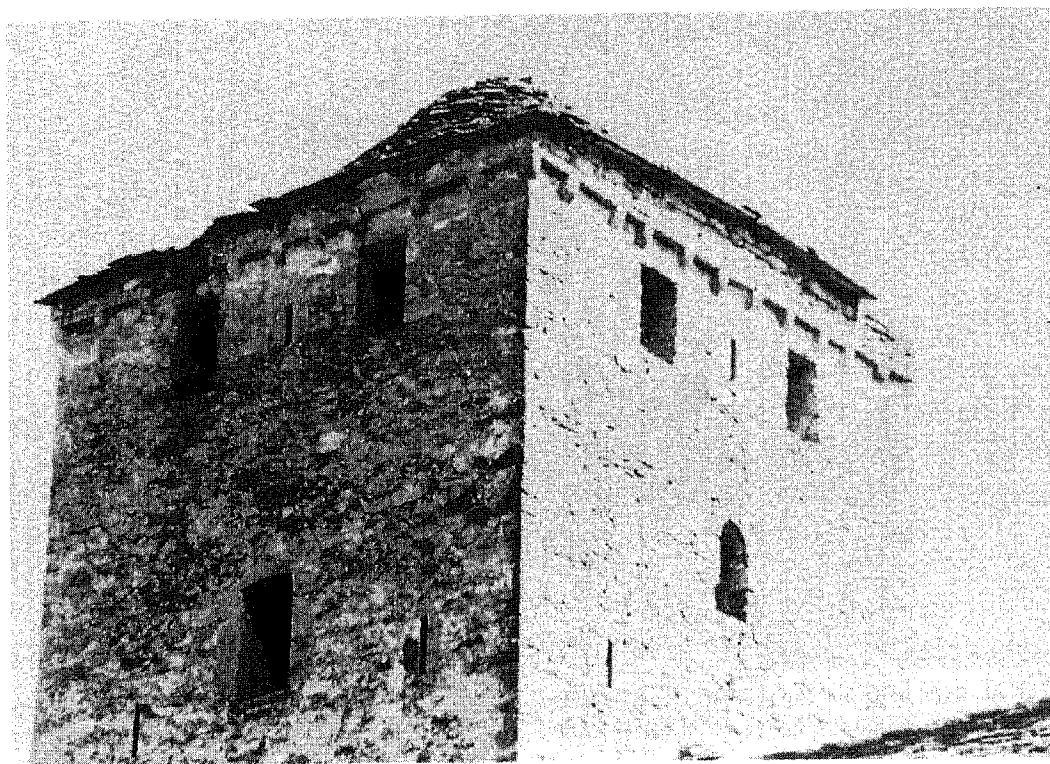
ESCARTIN, a mediados del siglo XVI se derribó el inmueble románico, construyendo otro nuevo con la torre defensiva sobre el atrio, al sur, alejada de la cabecera. Tiene dos plantas: en la primera vano aspillero al sur; en la segunda cinco aspilleras y dos huecos para campanas.

BERROY, la torre es de dos pisos, superpuestos al ábside central. El segundo piso es netamente defensivo con aspilleras para armas de fuego en los cuatro paños: dos con embocadura circular, una cruciforme y otra de grieta vertical.

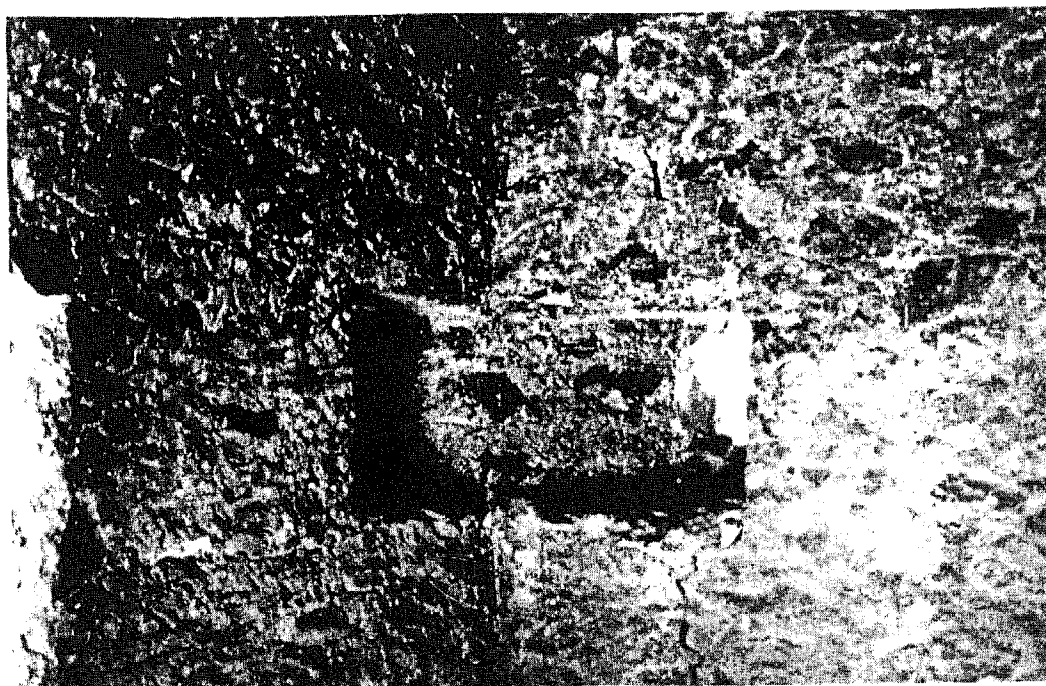
FISCAL, tiene la iglesia rasgos claros del gótico aragonés del siglo XVI y su torre defensiva es un prisma cuadrado de cuatro pisos. En el primer piso, sobre el ábside central, hay cinco aspilleras adinteladas. Escaleras de madera dan acceso de un piso a otro. El segundo piso tiene un hueco por paño, dos ventanitas y una aspillera. El tercero grandes aberturas para campana y el cuarto nueve vanos, réplica del de Borrastre.



*Fiscal. Desarrollo de la torre parroquial*

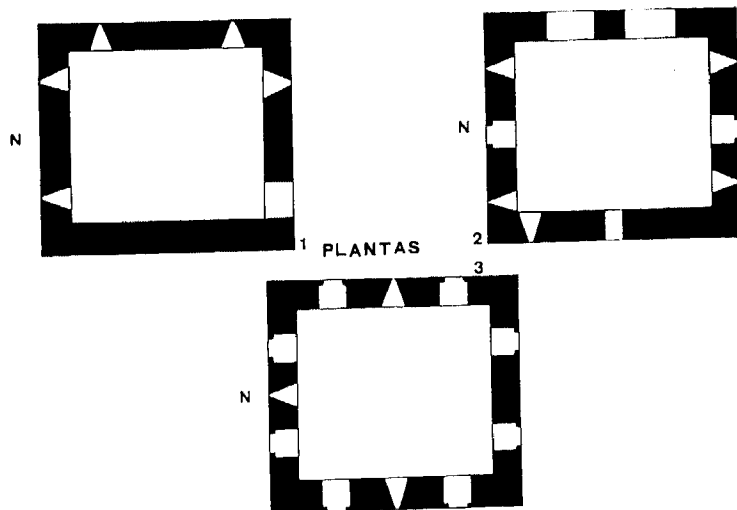
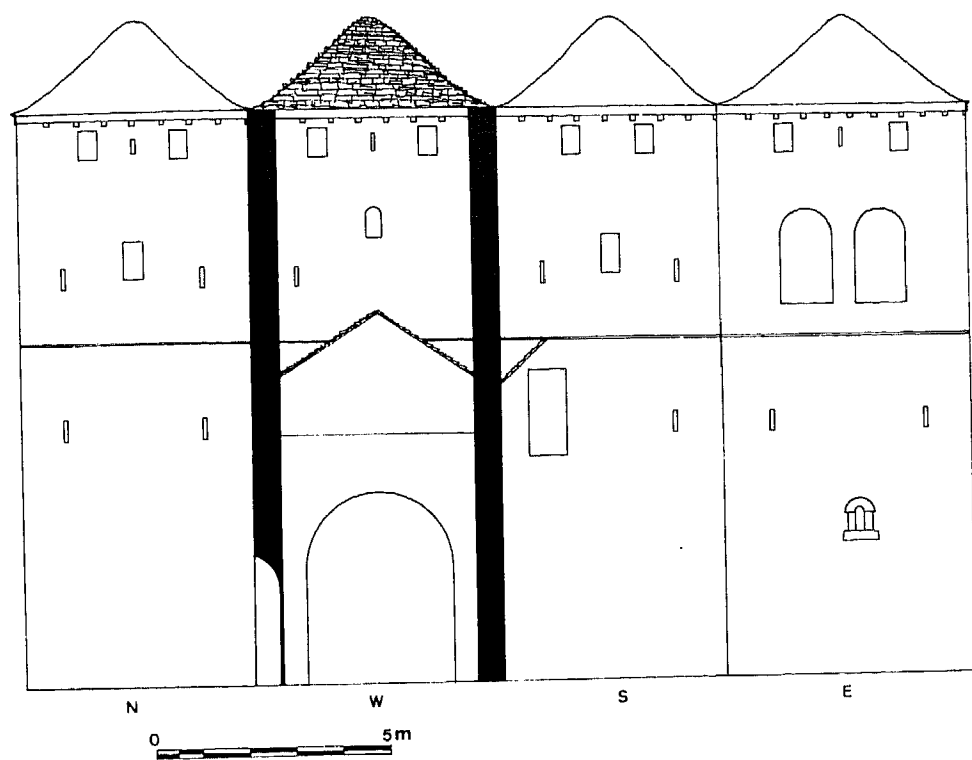


*Borrastre. Detalle de los dos pisos superiores de la torre.*



*Borrastre. Aspillera en la torre.*





*Borrastre. Torre parroquial (desarrollo y plantas).*

BORRASTRE, maciza torre defensiva sobre el ábside, auténtica fortaleza, de gran capacidad interior y bien dotada defensivamente en los tres pisos: El primero reparte cinco aspilleras y la puerta; a poniente es ciego por mediar con la nave del templo. El segundo, colgado con vigas de madera soportadas por mensulitas, distribuye cinco aspilleras, un vacío de observación por paño y dos grandes ojos para campana al este. El tercero alberga once huecos (14).

Varios de los pueblos aquí citados y otros lugares más hemos tenido la satisfacción de visitar y admirar en numerosas excursiones con el Club "Peña Guara" de Huesca, Sección de Montaña en sus programaciones "La Provincia paso a paso", "Caminos, sendas y pueblos del Alto Aragón".

## N O T A S

- (1) Biblioteca Pública de Huesca.—Castillos de Aragón (I, II y III).
- (2) Biblioteca Particular.—El Castillo de San Pedro de Jaca, pp. 21 y 23.
- (3) B.P.—Información de los sucesos del Reino de Aragón, pp. 149 a 159.
- (4) B.P.—Episcopologio de la Diócesis de Huesca, pp. 97 a 99.
- (5) B.P.—Información de los sucesos del Reino de Aragón..., pp. 156 y 157.
- (6) B.P.—El Castillo de San Pedro de Jaca, p. 38.
- (7) B.P.—El Castillo de San Pedro de Jaca, p. 159.
- (8) B.P.—El Castillo de San Pedro de Jaca, p. 168.
- (9) B.P.—La antigua Torre de Santa Elena..., pp. 78 y 79.
- (10) Archivo Histórico Provincial de Huesca, Protocolo 7.106, Año 1592, de 17 de abril y 7 de mayo.
- (11) A.H.P.H.—Protocolo 7.107, Año 1594, de 29 de diciembre.
- (12) A.H.P.H.—Protocolo 7.107, Año 1595, de 24 de abril.
- (13) B.P.H.—... Aragón en su Historia.
- (14) B.P.—... Iglesias de cabecera triple en la ribera del Ara y Valle de Vió.

## F U E N T E S

### Documentación:

Archivo Histórico Provincial de Huesca.—Protocolos.  
Biblioteca "Azlor" del Instituto de Estudios Altoaragoneses.  
Biblioteca Pública de Huesca.  
Biblioteca Particular.

### Bibliografía:

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOIA.—Información de los sucesos de Aragón en los años 1590 y 1591. Madrid 1808.  
VICENTE CATALINA.—Episcopologio de la Diócesis de Huesca. Huesca 1891.  
ENRIQUE OSSET MORENO.—El Castillo de San Pedro de Jaca. Jaca 1971.  
CRISTÓBAL GUITART APARICIO.—Castillos de Aragón, Tomos I, II y III, Zaragoza 1986.  
FERNANDO SOLANO COSTA.—Carlos I de Aragón, Aragón en su Historia, Zaragoza 1980.  
ADOLFO CASTÁN SARASA.—Románico e Iglesias de cabecera triple en la ribera del Ara y Valle de Vió. Huesca 1990.  
MANUEL GÓMEZ DE VALENZUELA.—La antigua Torre de Santa Elena, en el alto valle del Gállego. Argensola de I.E.A. n.º 104. Huesca 1990.

# **LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL ESTADO EN NÁPOLES BAJO EL VIRREY PEDRO DE TOLEDO (1532-1553)**

**Carlos José Hernando Sánchez**  
Universidad Complutense de Madrid.

Como es sabido, la guerra influye de dos formas esenciales en el desarrollo del Estado moderno, ya que si por un lado mina sus recursos financieros, la continua tensión bélica obliga también a perfeccionar todos los recursos de defensa material e ideológica. Braudel y Maravall, entre otros, han insistido en esa función dinamizadora que en el siglo XVI tendría su máxima expresión en el gran conglomerado internacional de la Monarquía Hispánica, principal maquinaria militar del período (1).

En Nápoles, el mandato de Pedro Álvarez de Toledo ofrece uno de los mejores ejemplos de la respuesta de un Estado que vive fundamentalmente por y para la guerra, al concentrar su gestión en el reforzamiento de los recursos humanos y materiales exigidos por la estrategia imperial de Carlos V. Su largo y excepcional gobierno ha sido destacado por la tradición historiográfica como esencial para la configuración de las estructuras futuras del virreinato, tanto por la gran transformación urbanística de la capital como por su enérgica política interior, que lo convierten, según apuntó ya Croce, en el “Virrey de la nueva política absoluta de la corte española”, desde el mismo momento (1532), en que fue nombrado, tras años de una profunda crisis político-militar y socio-económica en el reino (2).

Sin embargo, no se ha realizado hasta ahora un estudio riguroso de los complejos factores de una actuación que tendría uno de sus ejes centrales en la política militar, naval y de fortificaciones, hasta determinar una de las realizaciones más coherentes de la época, tanto en el avanzado ámbito italiano como en el más amplio contexto europeo. Aunque estudios como el de Del Moral resaltaron ya la labor decisiva del Virrey en la contención de la ofensiva turca en 1533-34 y en la preparación de la campaña de Túnez, la amplitud y dispersión de las fuentes españolas e italianas exige una revisión detenida que esclarezca los distintos elementos de la política familiar y de Estado del llamado “Virrey de hierro”. Para ello, el Archivo de Simancas proporciona una abundante correspondencia oficial, mientras que los datos más relevantes de la estrategia privada y clientelar de don Pedro pueden encontrarse en el Archivo de los marqueses de Villafranca — actualmente en el Archivo Ducal de Medina Sidonia, en Sanlúcar de Barrameda—, así como en el Archivo Vaticano y el “Archivio di Stato” de Florencia, donde se conserva la correspondencia con su yerno Cosme I de Medicis, en la que las referencias a la táctica y arquitectura militar son constantes, como reflejo del intenso intercambio de criterios y experiencias con el importante centro teórico y constructivo toscano. Por lo que se refiere al gobierno interior y, sobre todo, a la política militar y de fortificaciones, el “Archivio di Stato” de Nápoles contiene la más amplia documentación, pese a las graves pérdidas sufridas en las series del siglo XVI (3).

1.—Don Pedro —II marqués de Villafranca por su matrimonio con María Osorio Pimentel— era hijo del II duque de Alba, Fadrique de Toledo, y pertenecía por tanto a uno de los linajes castellanos de más sólida tradición en el uso de

las nuevas técnicas de la guerra al servicio de la expansión de la Corona, desde la destacada participación de don Fadrique en las guerras de Granada, Rosellón y Navarra, y la difusión en la corte de Alba de Tormes de tratados militares clásicos como el de Vegetio, hasta las campañas que, desde mediados del siglo XVI, dirigiría el III duque de Alba, sobrino del Virrey (4).

En Nápoles, de acuerdo con las necesidades locales y las Instrucciones imperiales, el ambicioso "programa" de don Pedro, presidido por el afán autoritario y centralizador de limitar las atribuciones de la poderosa nobleza, se propuso como una de sus prioridades hacer del reino un miembro eficaz de la Monarquía, capaz de organizar su propia defensa, como auténtico baluarte humano y militar de los intereses imperiales en el resto de Italia y del Mediterráneo. Desde la definitiva conquista por el Gran Capitán, en 1504, el "Reame" era el ámbito más idóneo de la Monarquía para ensayar nuevas técnicas de defensa, como territorio amenazado, más que cualquier otro, por una triple y desigual presión, en función del expansionismo turco, las ambiciones francesas y la propia población local, cada vez más concentrada en una capital que, bajo Pedro de Toledo, llegaría a ser una de las mayores de Europa, planteando nuevos y graves problemas de orden público, sanidad, abastecimiento y defensa exterior. De ahí que la defensa del Virreinato en estos años constituya un capítulo esencial de la historia política y militar de todo el período, como modelo de potenciación de los más diversos medios de control estatal a través de la redistribución de sus recursos y la racionalización de los efectivos y de los propios criterios organizativos.

Dentro de ese programa pueden distinguirse dos grandes esferas, cuya operatividad depende en gran medida de su articulación en un todo coherente: la política propiamente militar, centrada en el desarrollo naval, y la construcción de un sistema de fortalezas, torres vigías y plazas amuralladas a lo largo de las costas y del interior del país.

Como es sabido, Nápoles constituía, junto al vecino virreinato de Sicilia, el frente marítimo de Italia y de la Monarquía Católica contra el avance turco, que ya en 1480, bajo Ferrante I de Aragón, había llegado a ocupar Otranto. Como flanco más vulnerable de los dominios imperiales en el Mediterráneo, se ha destacado su triple función de base para las flotas españolas, resistencia frente a las periódicas ofensivas otomanas y defensa del propio espacio costero ante las continuas incursiones piráticas.

En virtud de su situación estratégica en el estrecho, el puerto siciliano de Mesina era, a su vez, la clave de un vasto sistema militar en el que se combinaban los efectivos militares, las fortificaciones y la política de expansión naval de los dos grandes virreinos del sur de Italia, cuya plena efectividad se fraguó bajo el mandato de don Pedro, si bien no culminará hasta los años sesenta —en el período de la defensa de Malta y la movilización previa a Lepanto—.

Como en otros ámbitos, los intereses familiares del Virrey aparecen enlazados con los generales del Estado y del Imperio también en la planificación del sistema defensivo, ya que su pieza fundamental sería la creación de una armada propia del reino de Nápoles —casi inexistente a su llegada al país—, bajo el mando de su hijo segundo, García de Toledo, con el fin de disminuir la dependencia de la armada de Andrea Doria, a quien sus intereses feudales y alianzas políticas en el reino de Nápoles habían convertido en adversario interior del programa autoritario del Virrey.

La flota —conseguida gracias a un esfuerzo sostenido de construcción naval, con nuevos astilleros y arsenales y una mejora general de las condiciones de los puertos— sería, a su vez, el imprescindible complemento de una labor sistemática de reorganización de la capacidad militar del reino, centrada tanto en objetivos inmediatos como estructurales o de más largo plazo. Entre los primeros figuran las campañas destinadas a atacar en sus bases a turcos y berberiscos —que llevarían a don García, Capitán General de las Galeras de Nápoles, a realizar frecuentes incursiones en el Egeo y Berbería y a tener una participación decisiva en la toma de la ciudad de África, en 1550—, así como la defensa frente a ataques repentinos, como en Otranto en 1538 o en Pozzuoli tres años después, cuando el Virrey no se limitó a dirigir minuciosamente todos los preparativos —como en las campañas externas—, sino que asumió personalmente el mando de las tropas reclutadas con celeridad, para imprimir un carácter "nacional" a las operaciones.

Junto al perfeccionamiento de la capacidad de respuesta militar en situaciones excepcionales, se tendió también a crear estructuras permanentes que garantizaran la seguridad del país, en función de nuevos criterios racionales, antepuestos a las tradicionales actitudes caballerescas, tal y como refleja la constitución de una eficaz red de espionaje en Apulia, bajo el marqués de Atripalda, gobernador de la provincia y eficaz colaborador del Virrey, mientras que la capital veía reforzado su papel como centro de abastecimiento de víveres y pertrechos, así como de costeamiento de las tropas imperiales en el conjunto de Italia. Para facilitar tales funciones, don Pedro procedió a redistribuir los escasos contingentes militares del país, a través de sucesivas propuestas de reforma, aplazadas bajo sus antecesores y fundadas

en la selección rigurosa de los soldados, la imposición radical de medidas disciplinarias —atendiendo a las quejas de las poblaciones contra los abusos de los militares españoles—, la normalización de las pagas —dentro del intento general por sanear la economía— y el control estricto de los oficiales, bajo la autoridad central del Virrey —a través de sus hombres de confianza y parientes en la dirección de las principales castellanías y compañías establecidas en el reino, así como entre los gobernadores de las doce provincias en que éste se hallaba dividido, con amplias funciones defensivas y de orden público—.

II.—Esos mismos criterios de homogeneidad, eficacia y tecnificación culminan en el desarrollo de la arquitectura militar, como eje del sistema defensivo impulsado por el Virrey, en el que confluyen todos los conocimientos útiles para fortalecer al Estado, de acuerdo con una intensa labor teórica y práctica en la que culmina el período de transición entre los criterios tardomedievales a la nueva técnica abalaurtada —cuyo máximo desarrollo en el conjunto hispánico corresponderá a los años de Felipe II— y que tuvo en la convulsionada Italia renacentista su principal centro creador, fuente continua de experiencias e innovaciones que luego serían empleadas en el resto de los territorios de la Monarquía. En este sentido, Nápoles había ocupado, ya desde finales del siglo XV, una función esencial en la aplicación de las nuevas fórmulas del bastión y la adecuación de las fortificaciones al creciente desarrollo de la artillería, como atestigua la labor en la corte aragonesa de uno de los principales ingenieros y primeros tratadistas de la materia, Francesco di Giorgio Martini.

A la llegada de don Pedro, Nápoles contaba ya por tanto con una importante red de enclaves fortificados y una rica tradición constructiva que hundía sus raíces en las grandes realizaciones de Federico II Hohenstaufen y los monarcas de las casas de Anjou y Aragón. Sin embargo, su estado resultaba insuficiente ante las nuevas necesidades: los viejos castillos anejinos, como el de Belforte en la capital, habían quedado anticuados o estaban en ruinas tras las últimas guerras, mientras que las obras abalaurtadas iniciadas en época aragonesa permanecían interrumpidas desde la invasión francesa de 1494.

Los primeros virreyes, desde el Gran Capitán, fueron conscientes de la necesidad de reformar el sistema defensivo y acometieron algunas actuaciones puntuales, si bien la continua tensión militar y política en que vivió el país hasta la definitiva expulsión de las tropas francesas y venecianas en 1528 paralizó todos los intentos de dedicar nuevos recursos a obras de envergadura, más allá de la mera conservación de las estructuras existentes. Tras la derrota de Lautrec, el virrey Orange y el lugarteniente Colonna planearon la erección de nuevos castillos y la reforma de las guarniciones, pero la corta duración de su mandato y la crisis económica impidieron la realización de sus proyectos, que habrían de esperar a la estabilización general producida por la enérgica política de reforma en los distintos ámbitos estatales por Pedro de Toledo.

Bajo su largo mandato cobra forma un programa constructivo mucho más ambicioso que el de sus predecesores, de acuerdo con una notable madurez y coherencia de planteamientos, en el que deben tomarse en consideración desde los aspectos económicos y socio-políticos hasta los técnico-culturales e ideológicos. Sus objetivos básicos se centran tanto en el control del territorio circundante a las fortalezas como en la transformación urbanística ocasionada por las obras de los castillos y murallas de las ciudades. Tanto éstas como aquéllos superan definitivamente los presupuestos medievales y se articulan en un sistema defensivo en el que cada sector del reino —la capital y las provincias, la ciudad y el campo, la población y las tropas, el interior y las costas— es objeto de un tratamiento específico, con funciones concretas de defensa y vigilancia escalonada que, en último término, remiten siempre al poder central, más allá de las fuertes reminiscencias feudales de la tradicional estructura social y militar, para hacer frente tanto a los ataques turcos y berberiscos como a las posibles sublevaciones de la población, tal y como quedaría de manifiesto en las diversas campañas de defensa costera y en la represión de la revuelta de la capital en 1547 contra el presunto intento del Virrey de establecer la Inquisición “al modo de España”, cuando los tres grandes castillos napolitanos desempeñarían un papel esencial en el control del entramado urbano. De hecho, la propia transformación de éste, por iniciativa directa de don Pedro, tuvo entre sus principales motivaciones completar el circuito amurallado de la capital con un nuevo eje —entre castel San Telmo, Castel del Ovo y Castel Nuovo—, en torno a la nueva y amplia vía Toledo, flanqueada por la nueva zona, de trazado ortogonal, definida por los “Quartieri Spagnuoli”, destinados a alojar a las tropas españolas y facilitar sus movimientos entre el puerto, las fortalezas y el resto de la ciudad (5).

Al igual que en otros aspectos políticos y culturales, la visita de Carlos V, en el invierno de 1535-36, supuso la reactivación definitiva del programa defensivo y de construcciones iniciado ya en los primeros años del Virrey. En las

Instrucciones que, antes de partir, redactó el Emperador, destacaba una extensa y detallada relación de normas para la mejora de los castillos y guarniciones del reino, con particular insistencia en la eficacia del sistema defensivo y de aprovisionamiento, así como en la clasificación de las fortificaciones, a través de una minuciosa información sobre sus condiciones que debía llevar a abandonar las menos útiles y reforzar o construir otras nuevas, con el encargo expreso de que don Pedro actuara con la máxima atención y presteza, "con comunicación de las personas que le parezca según la calidad del negocio".

Asimismo, se incorporaba una relación sobre el estado de las principales fortalezas, realizada por un militar español, nombrado Inspector al efecto, Juan Sarmiento, para quien el peor inconveniente de algunos de los castillos procedía de "no sojuzgar las tierras donde están", al tiempo que indicaba el orden que debía seguirse en la reconstrucción de las plazas y fortalezas más importantes, para ahorrar gastos, pues "sería al propósito y servicio de su Mt. que todas las fábricas cessassen hasta acabar una de las más importantes y, acabada aquella, se tomase otra y así se fuesse fabricando la más importante...", utilizando los materiales y pertrechos de los castillos derrumbados para las nuevas obras. Sin embargo, los criterios económicos o estrictamente militares pasaban a un segundo plano en los casos en que una fortaleza aparecía como imprescindible para el control de la población, como en el caso del castillo de Cosenza, en la turbulenta región de Calabria, "porque, ahunque el edificio no sea de mucha importancia ny esté bien reparado, parece que para tener sojetada la ciudad no dexando valer mucho por tenerla en baxo, su Mt. comete y encarga al Visorrey que se informe enteramente desto y, hallando que se deve sostener, provea que se repare y fortifique..." (6).

III.—Estos objetivos, que con tanto interés se intentan alcanzar en el conjunto de las fortalezas del reino, se concentran especialmente en la capital. Entre 1533 y 1535, antes de la visita imperial y de las Instrucciones, las partidas de gastos de Tesorería consignadas en Simancas —en correspondencia con otras del Archivo de Nápoles, referentes a las provincias— testimonian una continua atención a los tres castillos citados. Sin embargo, su transformación definitiva se produjo unos años después, dentro de la reforma urbana global, en la que se concentran los rasgos generales de las obras de fortificación llevadas a cabo en todo el reino. Así, por ejemplo, si en la capital se respeta y utiliza la muralla oriental aragonesa y el conjunto de Castel Nuovo, como base de las nuevas defensas abaluartadas, iguales criterios pueden encontrarse en las principales ciudades de Apulia y Calabria, insertando las antiguas construcciones en un contexto moderno, a la vez funcional y simbólico —patente en la forma de los nuevos recintos o en la denominación de los baluartes que, en Cotrone por ejemplo, llegan a componer el nombre y título completos del Virrey—. De este modo, los monumentos medievales y aragoneses pasaban a formar parte de un conjunto renovado, al servicio del régimen virreinal, mientras que éste emprendía un amplio programa de construcciones residenciales, en el marco de un intenso mecenazgo, destinado a imprimir un sello homogéneo al gusto local, según los criterios del clasicismo manierista y de acuerdo con un minucioso control religioso y cultural (7).

La celeridad imprimida a las obras de la muralla napolitana fue resaltada por los contemporáneos como un signo de la eficiencia del poder virreinal. Iniciadas en 1537, a raíz de una incursión turca, la remodelación global del perímetro urbano —ampliado en casi el doble de su superficie— culminó en 1543, bajo la dirección de los dos principales arquitectos de las múltiples obras civiles emprendidas por el Virrey, Fernando Manlio y Giambattista Benincasa, quienes erigieron un terraplén hacia el interior, un amplio foso externo y 31 torres o baluartes poligonales en los ángulos y puertas. Al igual que en las otras obras militares del reino, el complicado proceso constructivo movilizó amplios recursos materiales y humanos, bajo un equipo de expertos en el que colaboraron "Capitane d'arme" —especializados en obras defensivas— y "maestri di muro" civiles, encargados de ejecutar los diseños de aquéllos. Entre los primeros parece haber sido decisiva la intervención del barón Gian Giacomo dell'Acaya, a quien se denomina "disegnatore della fortificatione di Napoli" y que había realizado algunas de las principales construcciones en su tierra de Apulia. En años posteriores la dirección del programa quedará al mando de los "regi ingegneri", entre los que, al parecer, figuraría Juan Bautista de Toledo, poco después de la muerte del Virrey.

Sometidas al control del Consejo Colateral —máximo organismo del gobierno, junto al Virrey—, las fortificaciones del reino —que en la capital eran administradas también por una comisión especial del influyente gobierno municipal, con amplias atribuciones urbanísticas— contaban con otros cargos encargados de supervisar las continuas obras, tales como el "veedor" de los castillos y, sobre todo, el "regio arquitecto", instituido ya por Fernando el Católico y que, desde entonces, tuvo a su cargo las obras de la residencia real y principal fortificación tradicional de la capital, Castel Nuovo, situado junto al puerto y convertido en eje de unión entre la ciudad antigua y la ampliación de Pedro de Toledo. Bajo

éste, la reforma del antiguo castillo anjevino, parcialmente abordada por los primeros virreyes, se basó en la definitiva sistematización del circuito defensivo exterior ya iniciado, con el alargamiento del foso, el levantamiento de contraescarpas y la nivelación y ampliación de la plaza circundante —para permitir el mejor control de la artillería sobre la ciudad—. De esta forma, el edificio primitivo pierde su carácter militar —con la realización de nuevas obras residenciales, un amplio parque anexo y un nuevo “palacio real” junto a éste— y queda encerrado en una nueva cinta bastionada en la que, si bien perviven aún tres grandes torreones circulares, adquiere la mayor importancia un cuarto baluarte pentagonal para proteger la más amenazada zona costera.

Pese a la continua atención prestada por don Pedro a las obras de Castel Nuovo —tema recurrente en su correspondencia con el Emperador—, la construcción en la que culminan las innovaciones técnicas del período es el castillo de San Telmo, situado en la colina de San Martino, encima de los nuevos “Quartieri Spagnuoli” y desde donde podía controlarse toda la ciudad. Su autor, el arquitecto valenciano Pedro Luis de Escrivá, es probablemente el principal agente del Virrey, tal y como atestigua su conocida “Apología en Excusación de las fábricas del reino de Nápoles”, escrita para refutar las críticas levantadas por la avanzada técnica abaluartada empleada en San Telmo y donde confluyen los principales elementos teóricos y empíricos de la cultura militar hispano-italiana, influida por la experiencia del autor al servicio del gran ingeniero Francesco María della Rovere.

La técnica empleada en San Telmo —adaptación al terreno, máxima facilidad para el uso de la artillería, extrema tecnificación y monumentalidad de las dimensiones, así como concentración de elementos simbólicos y decorativos en la portada— se encuentra también en las otras construcciones de Escrivá en provincias, como la fortificación de Capua y, sobre todo, el castillo del L'Aquila —empezado a construir en 1528 para vigilar a la población, como castigo ejemplar a la colaboración de ésta con los franceses—, todo ello unido a una elevada valoración de la ingeniería militar, sobre la que Escrivá declara en el mencionado tratado su intención de mostrar “la profundidad y grandeza desta scientia a quanto se extiende”, en función de una común matriz ideológica con las realizaciones del resto de Italia, como, por ejemplo, la mejor conocida Toscana de los Medicis (8).

Tanto en Nápoles como en Florencia —enlazadas por el matrimonio de Cosme I con la hija del Virrey, Leonor de Toledo, en 1539—, se va a desarrollar en esta época una intensa política de control del territorio por parte del poder, tanto por motivos socio-económicos —patentes en la mejora de puentes y caminos o la desecación de zonas pantanosas como “Terra di Lavoro”, próxima a la capital virreinal—, como político-militares. Desde el centro del Estado hasta las últimas fronteras —cada vez mejor trazadas y defendidas—, la autoridad del príncipe, o de su máximo representante, se hace visible y efectiva por medio de las fortificaciones.

En el Virreinato, los castillos se organizan en líneas articuladas por las principales rutas de cada región. Así en los Abruzzos, fronterizos con los inestables Estados Pontificios, se constituye un circuito de fortalezas cuyo eje es L'Aquila y al que pertenecen las ciudadelas de Civitella del Tronto y Pescara. Este conjunto se relaciona a su vez con la línea de fortificaciones situadas al Sud-Oeste, desde Capua y Gaeta hasta la capital, claves en la defensa frente a cualquier invasión del país por tierra —cuya eficiencia quedaría demostrada en la guerra entre el duque de Alba y las tropas franco-pontificias del duque de Guisa, en 1556-57—. Junto a esta línea de defensa septentrional, los circuitos de Apulia y Calabria aseguran la defensa costera del Sur frente a los ataques turcos. Finalmente, un tercer grupo estaría formado por las grandes ciudades, como Salerno o la propia Nápoles, en las que prima la defensa ante ese “frente interior” —población turbulenta y oposición política— que obsesiona a todos los gobernantes del período, aunque sin olvidar por ello la defensa marítima contra los turcos, encarnada en nuevos castillos como el de Baia, próximo a la capital y a la residencia virreinal de Pozzuoli (9).

IV.— De esta forma, al cabo de unos años, el estado de abandono de las fortificaciones encontrado por el Virrey a su llegada al reino, da paso un programa sistemático de reforma, ingentes gastos —costeados por las propias poblaciones afectadas, aunque con frecuentes exenciones fiscales para ayudar a la pronta terminación de las obras— y sistematización de las inspecciones, dirigidas en ocasiones por el propio Virrey, quien, como en 1539 ó 1541, se desplaza hasta las provincias más amenazadas para supervisar personalmente la marcha de los trabajos. En estos participan además nobles y militares, tanto españoles como italianos, ligados a don Pedro por vínculos personales o políticos, como el citado barón de Acaya —autor del recinto fortificado de Segine, en sus posesiones feudales de Apulia—, Atripalda —que fortifica la ciudad de Copertino, próxima a la anterior—, el marqués Fernando de Alarcón —castellano de Castel Nuovo—, Scipione de Somma o el propio hijo del Virrey, García de Toledo —que estaría a cargo de las obras de Capua y otros puntos

durante los últimos años—. A ellos habría que unir otros arquitectos militares, en contacto con las realizaciones del norte de Italia, como Evangelista Menga, Giovan María Buzzaccarino —de Padua—, o los ingenieros Andrónico de Spinosa, Tomasso Scala y Gian Battista Belucci de San Marino —que acompañarían al Virrey en 1553 a la campaña de Siena— o Santillo della Monica (10).

Esta intensa política constructiva —que tiene su paralelo italo-imperial en las obras impulsadas en los mismos años por Ferrante Gonzaga como virrey de Sicilia y más tarde gobernador de Milán, donde también destacarían las iniciativas del hispano-napolitano Alfonso de Avalos, marqués del Vasto—, culminaría en la segunda mitad del siglo, sobre todo bajo el mandato del duque de Alcalá, cuya “Orden General” de fortificaciones en 1563 recoge las aportaciones del período toledano. En éste, Nápoles había desarrollado también una importante reflexión teórica. Ya en 1521 se había publicado en la capital el Tratado de fortificación y artillería de Giovanni Battista della Valle (11). En 1541 se publicaría también el “Arte y supliemento de Re Militar” del capitán español Francisco de Pedrosa, donde se recogen las aportaciones tácticas y armamentísticas de las guerras de Italia (12). Pero la obra que sintetiza los criterios constructivos virreinales —partícipes de la idea de la arquitectura militar como suma de saberes prácticos y teóricos, resultado de la colaboración entre gobernante, militares y técnicos— es, sin duda, el inédito tratado “Delle Fortificazioni”, del humanista Mario Galeota —“continuo” del Virrey y discípulo del reformador Juan de Valdés—, donde se describe la situación militar napolitana y las técnicas de elección y medición del terreno, selección de materiales, el diseño y las distintas fases del proceso constructor (13).

## N O T A S

(1) BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, 1980 (1a ed., París, 1949), t. II, cap. VII: “Las formas de la guerra”, p. 246-283; y MARAVALL, J.A., “El ejército y el arte de la guerra. La ciencia estatal de la fortificación”, en *Estado Moderno y mentalidad social*, t. II, Madrid, 1972, p. 511-86; y “El régimen de Estado Moderno y el sistema de fortificación militar”, *Revista de Estudios Políticos*, 1947, n. 33-34, p. 23-64.

(2) CROCE, B., *Storia del regno di Napoli*, Bari, 1975, p. 99. Sobre el mandato del Virrey vid. las crónicas contemporáneas de Antonio CASTALDO y Gregorio ROSSO, en *Raccolta di scrittori dell'istoria di Napoli*, Nápoles, 1770, t. VI y VII, así como las biografías de FILONICO ALICARNASEO, *Vita di don Pietro di Toledo*, Biblioteca Nazionale di Napoli, Msc. X-13-67; MICCIO, S., “Vita di don Pietro di Toledo”, *Archivio Storico Italiano*, IX, 1846 y PARRINO, D. A., *Teatro eroico e politico dei Vicere di Napoli*, t. I, Nápoles, 1692, y los estudios de GALASSO, G., *Momenti e problemi di storia napoletana nell'eta di Carlo V*, Nápoles, 1962 y CONIGLIO, G., *Il regno di Napoli al tempo di Carlo V*, Nápoles, 1956.

(3) DEL MORAL, J. M., *El virrey Pedro de Toledo y la guerra contra el turco*, Madrid, 1966. Gran parte de los fondos de Simancas en CONIGLIO, G., *Il vicereame di Pietro di Toledo*, Nápoles, 1984, 2 vols. Del Archivo de Medina-Sidonia destacan los legajos 5.027, 5.045, 5.103, 5.132, 1.096, 1.300, 5.122, 5.023 y 5.144. Del Archivo de Estado de Florencia, vid. Mediceo del Principato, filze 355, 360, 361, 3969, 4068, 4070, 4073, 4075, 4076, 4080 y 5922 a y b (“Carteggi dei Principi e delle Granduchesse: lettere di diversi, contratti e quietanze”). En el “Archivio Segreto Vaticano” destaca la correspondencia virreinal con Clemente VII, Pablo III Farnese y Giulio III: Registri Vaticani, 1797, 1798, 1782 y 1795. Entre las abundantes series del Archivo de Nápoles, vid. Collaterale, Partium, vol. 15 a 19; Collaterale, Curiae, 9 a 14; Dipendenze-Uffici: Patrimonio, Fabriche e Fortificazioni, serie 1, n° 188, 196, 178 II, 202 II y III, 195 II, 187 II, 190, 197, 192 y serie II, n° 13 y 14; Sezione Militare: Castelli del regno, inventari e documenti contabili, fascii 8-9, 23 y 24, así como Sezione Amministrativa: Tesoreria Antica, vol. 44 a 55 y Cedole di Tesoreria, vol. 255 a 261.

(4) Vid. MALTBY, W., *El gran duque de Alba*, Madrid, 1985 y HERNANDO SÁNCHEZ, C., *Política de Estado, clientelas y cultura en Nápoles bajo el virrey Pedro de Toledo* (tesis doctoral inédita), Universidad Complutense de Madrid, 1991 y “Poder y cultura en el Renacimiento napolitano: la biblioteca del Virrey Pedro de Toledo”, *Cuadernos de Historia Moderna*, n° 9, 1988, p. 13-33.

(5) Vid. D'AGOSTINO, *La capitale ambigua. Napoli dal 1458 al 1580*, Nápoles, 1979; PANI, G., “Pietro di Toledo, vicere urbanista”, *Napoli Nobilissima*, vol. XIV, I, 1979, p. 81-95 y 161-182; BAYON, D. C., “Un precursor del urbanismo moderno en Nápoles: don Pedro de Toledo”, *Cuadernos Hispano-americanos*, 1968, n° 219; BEGUINOT, C., “Una preesistencia ambiental a Napoli: i Quartieri Spagnuoli”, *Cuaderni di urbanistica*, 1957; GUIDONI, E.-MARINO, A., *Historia del urbanismo: el siglo XVI*, Madrid, 1985 (1.ª ed., Roma, 1982), p. 26-28, 314-351; STRAZZULLO, F., *Architetti e ingegneri napoletani dal '500 al '700*, Nápoles, 1969 y *La città di Napoli dopo la rivoluzione urbanistica di Pietro di Toledo*, Roma, 1988 (edición de la obra de TARCAGNOTA, G., *Del sito et lodi della città di Napoli*, Nápoles, 1566, primera descripción detallada de las consecuencias urbanísticas de la reforma toledana) y SANTORO, L., *Le mura di Napoli*, Roma, 1984.

(6) A.G.S., Estado, Nápoles, leg. 1024, fol. 42 y sigs., en CONIGLIO, *Il vicereame*... I, p. 110 y sigs.

(7) Vid. SANTORO, L., “Opere difensive del vicereame”, en *Napoli del '500 e la Toscana del Medici*, Nápoles, 1980, p. 127 y sigs. Cfr., entre la cada vez más abundante bibliografía sobre las fortificaciones italianas y españolas del período, CRESTI, C.-FARA, A.-LAMBERNI, d., *Atti del Convegno di Studi: Architettura militare nell'Europa del XVI secolo* (Florencia, Noviembre de 1986), Siena, 1988.



(8) SCRIVA, *Apología en excusación y favor de las fábricas que se hacen por desinio del Comendador Scrivá en el Reyno de Nápoles y principalmente de la del Castillo de San Telmo*, Madrid, 1978 (ed. de Mariátegui). Vid. EBERHARDT, J., "Das Kastell von L'Aquila degli Abruzzi und sein Architekt Pyrrhus Aloisius Scriva", *Römisches Jahrbuch für Kunstgeschichte*, 1973, n° 14, p. 139-146; CHERICI, U., "El castillo de L'Aquila", *Bolletino dell'Arte*, 1951, n° 36, p. 225-39; COLONNA DI STIGLIANO, F., "Castel S. Elmo. Fondazione di don Pietro di Toledo", *Napoli Nobilissima*, V, 1896; GUBITOSI, C. - IZZO, A., "Analisi e fattura architettonica del Castel San Elmo in Napoli", *Atti dell'Accademia Pontaniana*, Napoli, 1973, p. 39-70. Sobre las obras de San Telmo hay abundante documentación inédita en el Archivo de Nápoles, a partir de 1543: Tesorería Antica, n° 52, fol. 52-55; 92-94 v. y 258-262, así como sobre L'Aquila -entre 1547 y 1549-: Collaterale, Curiae, vol. 11, fol. 2-5; 94 y 140. Sobre Castel Nuovo, vid. FILANGIERI, R., *Castel Nuovo di Napoli. Regia angioina ed aragonese*, Nápoles, 1940 y, en el Archivo de Nápoles, Tesorería Antica, n° 52, fol. 256-257 o Cedole di Tesorería, n° 261, s.n., así como, sobre las murallas de la ciudad, Collaterale, Curiae, vol. 13, fol. 176, entre otros.

(9) La documentación del Archivo de Nápoles sobre pagos y órdenes de obras en las fortificaciones provinciales es abundantísima y permite reconstruir con detalle el proceso constructivo de los principales enclaves, así como la dialéctica entre iniciativa local y planificación central. La bibliografía al respecto es también amplia. Vid., por ejemplo, SANT'ORO, L., *Tipologia ed evoluzione dell'architettura militare in Campania*, *Archivio Storico per le provincie napoletane*, III serie, 1968-69, VII-VIII y "Le torre maritime in Calabrie nel periodo viceregnale", *Calabria Nobilissima*, XI, n° 33, 1957; CISTERMINO, R., "Torri costiere e torrieri del regno di Napoli", *Castella*, n° 15, 1977; FAG, V., "La difesa anticorsaria in Italia nel XVI secolo. Le torri costiere", *Castella*, n° 10, 1973.

(10) Entre las numerosas órdenes del Virrey para inspeccionar o mejorar las fortificaciones, vid., por ejemplo: "Instruione ad voi, Magnifico Capitaneo Joan Maria de Buzzaccarino de Padua, de quello che haverite de fare et exquire in le provincie de Calabria de Terra de Otranto e Bari et Capitanata circa le fabriche, fortificazione et reparatione dele cita et castelle demaniale de diute provincie..." (Somma, 3 de Abril de 1538), A.S.N., Collaterale, Curiae, Vol. 9, fol. 29-31; Orden de que los castellanos de las fortalezas no realizaran obra alguna sin permiso expreso del Virrey (20 de Agosto de 1544), A.S.N., Collaterale, Curiae, vol. 10, fol. 30-30v.; encargo al capitán español Juan de Vergara de inspeccionar los castillos del reino (18 de Mayo de 1550), A.S.N., Collaterale, Curiae, 12 fol. 70-71 v. y 202v-203, entre otras muchas, en las que abundan las referencias a los mencionados arquitectos e ingenieros, así como a la supervisión personal de don Pedro sobre los diseños y maquetas de las nuevas construcciones.

(11) VALLO. *Libro continente appartenentie ad Capitani: retinere et fortificare una cita con bastioni, artificii de fuoco, polvere et expugnare una cita con ponti, scale et argani, trombe, trenciere, artelegherie, cave, dare avisamenti senza misso a lo amico, fare ordinanze, battaglioni et puncti de diffida con lo pingere: opera mollo utile con la experiencia de l'arte militare*, Nápoles, 15 de Junio de 1521.

(12) Esta obra, prácticamente desconocida hasta ahora y de la que se conserva al menos un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid, se define como "compuesto y sacado de muchas ystorias modernas e antiguas: y de muchos prectores de melicia antiguos y modernos, así griegos como latinos. Por Francisco de Pedrosa, Español, de la muy noble ciudad de Toro: Hombre d'armas en la Italia de la católica Maistad de don Carlos quinto deste nombre, Emperador de Alemania y primo rey despaña. Amigablemente deregido y enderegado al muy noble y virtuesísimo Señor Joan Joara, Capitán del gran Castil Nuovo de Nápoles..." (fol. 1). A este completo tratado —que incluye interesantes grabados de armas y tácticas antiguas y modernas de asedio—, habría que sumar otras obras napolitanas más especializadas, en materias auxiliares de la guerra, como el primer tratado de equitación —que refleja la floreciente cultura local del caballo—, de GRISONE, F. A., *Gli ordine del cavalcare*, Nápoles, 1550, o el tratado de esgrima de Marco Antonio Pagano, *Le tre giornate dintorno la disciplina dell'arme*, Nápoles, 26 de Febrero de 1553.

(13) La obra se conserva manuscrita en dos versiones, en la Biblioteca Nazionale di Napoli, XII-D-21. Cfr. DI RESTA, I., "L'idea del castello nella realtà meridionale del secolo XVI", *Napoli Nobilissima*, vol. XXVII, fasc. I-II, 1988, p. 54-60.



## ALCÚDIA (MALLORCA): DE LA TORRE AL BALUARTE

**Josep Segura i Salado**

Socio protector de la Hermandad de Retirados  
de las Fuerzas Armadas.

Alcúdia, al igual que Palma, ha tenido varios circuitos amurallados, concretamente tres: el romano, el medieval, y el moderno.

En el 123 antes de Cristo, Quinto Cecilio Metelo fundó la ciudad de Pollentia, cuyo perímetro no se superpone exactamente al de la actual Alcúdia.

Fue arrasada por los vándalos en el 421 y sus murallas no se redescubrieron hasta 1938.

Los árabes crearon varias alquerías y rahales, uno de los cuales fue llamado Alcúdia ("El Cerro") por erigirse sobre un promontorio y otro, cercano, Guinyent.

Tras la conquista cristiana del 1229 Guinyent, más importante, fue el primer núcleo de población y sede de la iglesia parroquial.

Pero Alcúdia, en lugar más estratégico, ya que situada en un istmo controla dos bahías y el canal de la isla de Menorca y, además, está en el extremo Este de la Isla, siendo la llave de la misma en caso de un ataque enemigo por aquel lado, fue declarada villa en 1298 por Dn. Jaime II de Mallorca y poco después se inició el circuito amurallado.

Así, ya en 1307 se habla de cierta casa que iba a edificarse "intus moenia", lo que indica que por lo menos estaría principiado.

Siete años después el rey Dn. Sancho de Mallorca autorizó a invertir en los muros parte de los derechos del Real Patrimonio, disposición que reiteró en 1331 y 1338 Dn. Jaime III.

Más tarde, como los alcudienses no pudieran continuar las obras, este Rey dispuso que cooperasen las poblaciones vecinas, pues podían sus moradores refugiarse en ella, y nombró dos ingenieros, Arnau Descoll y Bernat Sans que, tras el cambio de dinastía, fueron sustituidos en 1345 por Tomàs de Casamala y Guillem Tortosa.

Pedro IV de Aragón, enzarzado en interminables guerras contra las naciones de Génova y Castilla, la reforzó notablemente obligando a todos los isleños —excepto los de Palma, que trabajaban en fortificar la capital— a un gravoso turno de prestación personal, dándose algunas deserciones, pues los forzados trabajadores se sentían moralmente obligados a defender a los suyos cuando las poblaciones donde habitaban se veían atacadas por el enemigo.

También sabemos de algunos foráneos de poblaciones tan distantes como Felanitx que, deseando domiciliarse en Palma, no se les permitió para que no disminuyeran los obligados a trabajar en Alcúdia.

En 1358 los representantes de la parte foránea de la Isla lograron un acuerdo con el gobierno del Reino de Mallorca y se suavizó un tanto esta situación.

Desde Alcañiz y en 1372 el Rey ordenó que la Isla debía contribuir con 10.000 libras mallorquinas a esos muros, pagando 2/3 la capital y lo restante las villas. Amparándose en el espíritu de esta disposición lograron los foráneos el reembolso de los 2/3 de las 100.000 libras que se calculaba se habían gastado en los trece años inmediatos anteriores.

Entre 1450 y 1452 tuvo lugar en la nación mallorquina una guerra civil al rebelarse los foráneos contra la capital a causa de la insoportable presión fiscal que les gravaba. Alcúdia, divididos los ánimos, pues la población deseaba sumarse al alzamiento y sus autoridades no se lo permitían, finalmente se unió al movimiento y participó en el primer asedio a Palma, pero no en el segundo y tercero.

En 1461 y 1463 los jurados de la Villa comunicaron a los del Reino de Mallorca que los muros se estaban arruinando y el "Gran i General Consell" (llamado actualmente "Consell Insular") presupuestó en 10.000 libras las reparaciones, pero sólo se gastaron 2.000, por lo que en 1483 y 1496 volvió a surgir el problema.

Debió ser entonces o ya en el siglo XVI cuando se reforzó la puerta de Mallorca o sea, la principal, en el camino que va a Palma, al Oeste, contruyéndose una plataforma para artillería a base de unir la cara exterior de las torres que la flanquean mediante una nueva cortina y tendiéndose entre el lienzo interior y el exterior una terraza sostenida por una bóveda.

Entre 1521 y 1523 tuvo lugar otro levantamiento popular por las mismas causas, y en esta ocasión, tomada Palma y el castillo de Bellver con la ayuda de los trabajadores manuales de la capital, sólo permanecieron oficialmente leales a la oligarquía el castillo de Santueri (Felanitx) y Alcúdia pues tras sus muros y en la aldea de Deià se refugiaron los burgueses y los caballeros de toda la Isla.

Un poderoso ejército con infantería provista incluso de granadas incendiarias y rudimentarios lanzallamas, caballería y artillería abundantes, sitió por tres veces la plaza y aunque lograron abrir una gran brecha en el frente Norte —posteriormente reparada todavía es visible hoy día— y otra al Sur —es decir, ambas en las partes donde la artillería de la puerta de Mallorca no podía proteger los muros— las bravas salidas de los sitiados y la defensa que hicieron, impidió su toma.

En 1523, dominada la situación, el Emperador le concedió notables mercedes, base de otras posteriores otorgadas por sus sucesores, pero ello y los ya obtenidos en los siglos XIV y XV, que hubieron de defenderse a base de largos y costosos pleitos, no fueron óbice para que se despoblase en los años siguientes, pues al peligro de enfermedades que suponía el tener próxima la lagua de S'Albufera, se sumaban las incomodidades y molestias de vivir en una plaza de guerra y el tener que guardar las riberas contra turcos y moros —incluso con la ayuda de los de Artà, Muro, Sant Joan, Sòller, etc., como ocurrió en 1558—.

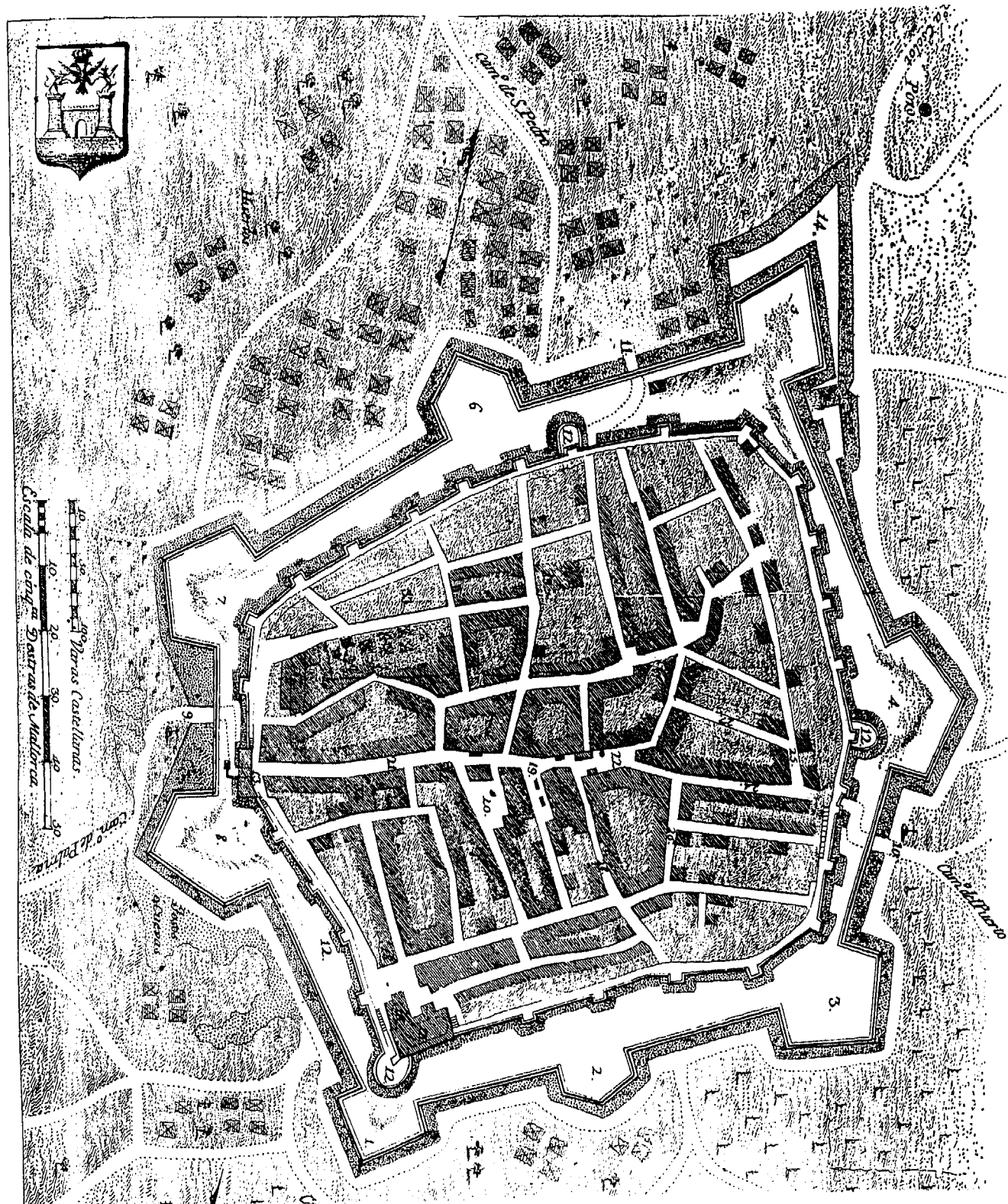
Como hasta el triunfo definitivo de la pólvora no se empleó el cañón contra Alcúdia, es de suponer que no surgiría hasta entonces la necesidad ineludible de utilizarlo también en su defensa, pero ni los muros, con estrechos adarves, ni las torres levantadas en el siglo XIV —tan semejantes a cualquiera otra de los romanos— podían servir, pues carecían de espacio disponible.

Por ello, en toda Europa, y muy especialmente en Italia, desde el siglo anterior, con la potenciación de la artillería de campaña, que permitía emplearla en la expugnación de las plazas, fue surgiendo un nuevo sistema de fortificar adosando a los antiguos muros unas a modo de grandes torres barlongas o troncocónicas excesivamente separadas unas de otras, desde cuya plataforma superior y, en su caso, desde las habitaciones inferiores, casamatadas, pudiera jugar la artillería defensiva, pues la estrategia del desgaste enemigo se impuso a la concepción dinámica del período medieval y el bloqueo total de una fortificación hasta rendirla por hambre sustituyó a la antigua táctica del asalto.

La gran ventaja que suponía contra la infantería contraria el fuego flanqueante, hizo que esas grandes torres o bastiones, por la experiencia y la práctica, se fueran multiplicando y que tuvieran sus lados avanzados más largos que el que los unía con la muralla y, sobretodo, que el frontal, de ese modo, poco a poco, se convirtieron en baluartes que se apoyaban y protegían mutuamente.

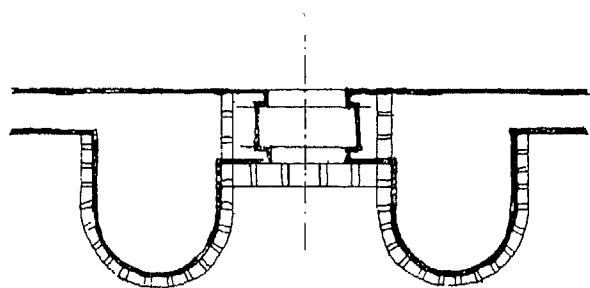
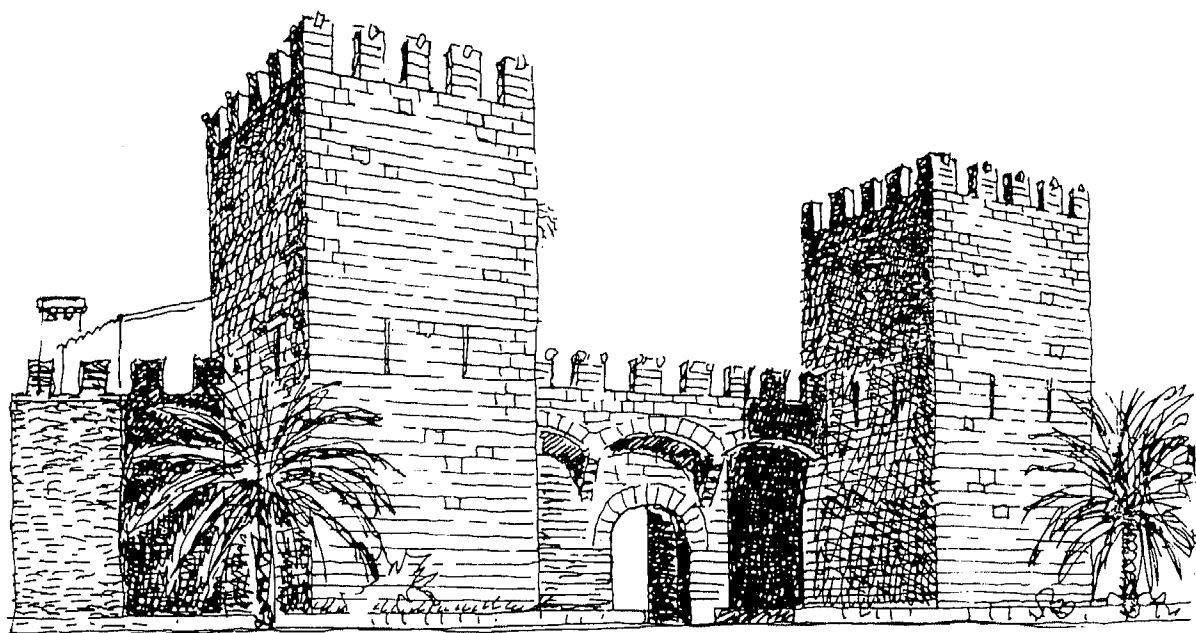
Al mismo tiempo, la altura de los muros y de las torres, bastiones y baluartes, se fue rebajando para ofrecer menos blanco al enemigo (lo primero en desaparecer fueron las almenas para evitar el efecto de metralla que producían

# ALCUDIA EN EL REINO É ISLA DE MALLORCA

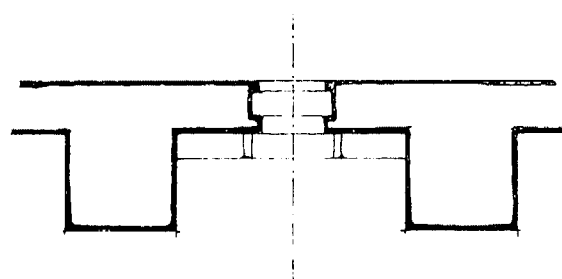


Detalle del plano levantado por D. Jerónimo Berard y Solà y grabado en Mallorca por D. Josep Muntaner en 1787.

Explicación: n.º 1 Baluarte de Santa Teresa; n.º 2 Id. de San Luis; n.º 3. Id. de San Felipe; n.º 4 Id. de Sta. María; n.º 5 Id. de San Fernando; n.º 6 Id. de la Reina; n.º 7 Id. del Rey; n.º 8 Id. de San Antonio; n.º 9 Puerta nueva de Mallorca; n.º 10 Puerta nueva de Xara; n.º 11 Puerta nueva de Vilaroña; n.º 12 Muralla, torres y bastiones antiguos; n.º 13 Puerta antigua de Mallorca; n.º 14 Hornabeque no concluido; n.º 15 y 16 Iglesia parroquial; n.º 29 Cuartel de Dragones; n.º 30 Id. de Artilleros; n.º 31 Id. de Infantería; y n.º 32 otro cuartel.



**VALENCIA  
(CUARTE)**



**ALCUDIA**

*La Puerta de Mallorca, comparada con la de Cuarte (Castillos de España, n.º 79, Madrid 1973).*

al ser alcanzadas de lleno por un bolaño) y para lograr excelentes fuegos rasantes de la artillería propia, que eran los más temibles para el sitiador.

Sabemos, por otra parte, que aunque a fines del siglo XV ya había algunos bastiones en Palma, el único barlongo fue erigido en 1543 por Joanot Ros al lado de la puerta de la Conquista o de Santa Margalida, también llamada "Pintada". Además, los de Maó y Ciutadella, consistentes en dos grandes torres troncocónicas casamatadas y con troneras y merlones en su plataforma superior, fueron edificados en 1544.

También en Alcúdia se levantarían tres bastiones, macizos, capaces sólo de sostener artillería en su plataforma superior. Consistían en grandes torres albarranas de sección cuadrada y con la cara o frente exterior en semicírculo, es decir, semejantes en la forma al de la puerta de Santa Margalida de Palma.

Estuvo el mayor, llamado "del Esperó", junto a la iglesia parroquial, siendo, por cierto, el único desaparecido, y los otros dos al lado de las puertas de Xara y Vilarotja.

Tienen los dos supervivientes el gran interés de ser los únicos restos en Baleares de aquellos tanteos europeos para dotar de artillería a las fortificaciones medievales, pues la reforma de la puerta de Mallorca desapareció con la restauración de las murallas realizada desde 1964.

Estos bastiones barlongos se proyectaron en 1541 a causa del temor a represalias de Argel tras la desgraciada expedición que contra esa plaza efectuó Carlos V en ese año.

Asimismo sabemos que en 1543 por tenerse noticias que la escuadra aliada turco—francesa iba a atacar Mallorca, se decidió gastar hasta 4.000 libras en acabar estos muros y que para ello y los gastos de perfeccionar la muralla de Palma se pidió permiso al Rey para reabrir la ceca y batir hasta 10.000 escudos de oro fino.

Día 8 de enero del 1544 ya estaba acabado uno de ellos, pero en abril de 1546 aún se trabajaba en los otros dos.

Desde esa fecha hasta 1570 fue visitada la plaza varias veces por el Virrey y Capitán General y se gastaron gruesas sumas de dinero en las obras.

Llegó Juan Bta. Calvi, ingeniero de Su Magestad, a Palma día 30 de enero de 1560 y ya el 5 de febrero las autoridades del Reino de Mallorca escribieron al Rey protestando de que proyectase edificar una ciudadela junto a la capital, pues decían que no era sospechosa de rebeldía y no precisaba ser sojuzgada de ese modo, y solicitaban que en vez de eso se le mandase completar las defensas de Alcúdia.

Además de la plataforma elevada encima de la puerta de Mallorca y de los tres bastiones, contaba Alcúdia, al igual que Ávila y tantas otras poblaciones, con la iglesia parroquial para su defensa, pues edificada en un rincón o ángulo de la muralla, en vez de cubrirse con tejado lo hacía con una terraza sobre la cual se montaron tres piezas artilleras.

Desconocemos la fecha de esta reforma pero sí sabemos que ya debía estar así en 1581, pues con motivo de añadirsele una torre de vigilancia, levantada sobre el adjunto bastión barlongo, el templo aparece denominado "bastió interior del Esperó".

Esta iglesia se hundió el 16 de enero de 1870 y sobre sus ruinas se levantó la actual.

Tenemos un interesante inventario de la artillería que existía en cada uno de los cinco reductos de la plaza en 1598 y de las piezas inútiles o de reserva que se guardaban en el hospital y en la Casa de la Ciudad.

En 1603 el Virrey mandó, entre otras reformas, que se edificase un rebellín para municiones entre las dos torres de la puerta de Xara y catorce años después su sucesor ordenó hacer otro rebellín en la puerta de Mallorca.

En 1642 visitó la plaza Dn. Vicente Mut Armengol, sargento mayor, ingeniero, astrónomo, e historiador, para inspeccionar la muralla por orden del Virrey y Capitán General del Reino de Mallorca.

Realizó un proyecto de nuevo circuito irregular con escarpa y foso y ocho pequeños baluartes que no llegaron a tener troneras ni flancos retirados, y un hornabeque que no se terminaría, para encerrar los muros y el foso existentes.

Se dio por acabado en 1660, reinando Felipe IV de Castilla, III de Aragón, València y Mallorca, según lo indicaba una lápida puesta sobre la nueva puerta de Mallorca, pero aún en 1688 Francesc Serra hubo de levantar un plano de ella, y la Fortificación (organismo que intervenía en la construcción y reparación de las fortalezas de Mallorca) pagó 1.822 libras, 7 sueldos y 10 dineros por obras en sus muros.

Aunque Alcúdia en la época que Menorca estuvo bajo dominación británica contenía un cuartel de dragones, otro de infantería, un tercero de artillería, y otro indeterminado, dado que ya hacia 1590 se inició la decadencia de la ciudad como población, aprovechando las proyectadas nuevas fortificaciones marítimas de ambas bahías, que jamás se harían, se quiso potenciar su agricultura, industria y comercio rehabilitando el puerto y dotándolo de una aduana.

Por esa misma época empezaron a descuidarse las murallas modernas y en 1871 el Estado procedió a su venta en pública subasta, yendo a parar a manos de mister John Frederic Bateman (1810-1904), quien "tenía poder absoluto para derribarlas o conservarlas, restaurarlas o hacer con ellas lo que se le antojara", causa ésta de que en el día casi hayan desaparecido completamente, pues en buen estado sólo se conserva el baluarte de San Fernando, y ello porque en su interior se labró la plaza de toros.

Sin embargo, las medievales, declaradas Monumento Histórico-Artístico en 1963, se hallan en un estado aceptable, pues de las 23 torres albarranas que tuvo, más otras tres que quedaron embebidas en los bastiones cuando se hicieron éstos, las cuatro que flanquean las dos puertas principales, y las dos realzadas sobre los bastiones "del Esperó" y de Vilarotja (llamada esta última, "de los artilleros") —las treinta y dos cuadradas y de una altura media de 6 metros—, quedan 18 de las albarranas, restos de otra, las dos embebidas en los bastiones sobrevivientes, y las cuatro de las puertas.

## F U E N T E S

### A) MANUSCRITAS:

Archivo de la Corona de Aragón, Cancillería Majoriarum, n.º 4.356, f. 58; n.º 4.374 f. 199; n.º 4.375 f. 167; n.º 4.378 f. 102 y 106; y n.º 4.923, f. 46, 52, 54, 135-136 y 252-253v.

Archivo Histórico Nacional, Estado, legajo 2.973, año 1716.

Archivo Municipal de Alcúdia, Libro de Actas del Consejo, 1570; y Libros del Clavariato desde 1570 a 1576.

Archivo Municipal de Pollença Libro de Actas del Ayuntamiento de 1782-85, s/f., actas del 4 y 7 de enero de 1791.

Archivo del Reino de Mallorca, sección A. H., n.º 105 s/f; n.º 698, f. 6v-7v; n.º 1.049 s/f; n.º 5.658, carpétula "Asunto militar"; n.º 5.762; n.º 5.983, pieza 9, n.º 7, año 1.562; n.º 5.998, pieza 13, n.º 5, año 1.597; A.G.C. 9, f. 3; A.G.C. 12, f. 65v-66; A.G.C. 30, f. 21-22v, 27v-28, 31v, 45v, 46v y 77v; A.G.C. 31, día 6 de abril de 1546; A.G.C. 58, f. 58; Rúbrica de A.G.C., n.º 655; y Rúbrica de E.U., nos. 1.295, 1.348, 1639, 1682, 1688, 1832 y 1837.

Id., sección R.P. n.º 98, f. 127v; n.º 120; n.º 228, f. 109, 131, 137; n.º 1.454; n.º 2483; n.º 2.503, f. 228; n.º 2.527, f. 127v-128v; n.º 2.528 f. 27v, 52-52v, 79v; n.º 2.530, f. 25, 32v, 43v, 62v, 63, 71-76; n.º 2.532, f. 185v, 186, 188v, 195, 196, 197v, 199v, 202, 202v, 208, 212, 223 hasta el final del libro; n.º 2.545, f. 80v; n.º 2.561 todo el libro, excepto el principio; n.º 2.570, f. 37, 38v, 39, 42v, 100, 107-108v, 93v, 92v, 101v, 116v, 126v, 146, 146v, 147, 188, 189, 192, 193, 194, 195, 196v, 197, 198, 199-200v, 141, 143, 38v, 39v; n.º 2.572, f. 26, 30, 54-54v, 77v-80; n.º 2.573, f. 158, 212-227, 291-301; n.º 2.582, f. 157, 157v, 165v, 166v, 167; n.º 2.708, el cuadernillo primero; n.º 2.709, f. 349; n.º 3.628, f. 7. Además, sobre su artillería véase: n.º 107, f. 34, 46; n.º 220, f. 57v; n.º 2.527, f. 155v; n.º 2.528, f. 27, 36, 40, 52-52v, 54; n.º 2.530, f. 46, 75v, 92; n.º 2.571; n.º 2.582, f. 159; y n.º 2.583, f. 62v. Expedientes militares, años 1706-1760 (véase de SEGURA I SALADO, Josep, *Las torres de Sa Dragonera*, Palma, 1990, nota 111).

Id., Diputación, n.º 868, s/f; y n.º 1.225.

Id., Archivo Torrella, cajón 9, "Olla Podrida", f. 205, 218, 229.

Id., Miscelánea Pasqual, tomo III, p. 179, y tomo X, p. 131.

Id., Notas manuscritas del paborde Jaume, "Baratillo", tomo I, p. 55, 59, 61, 64, 65, 66, 70, 71, 74, 79, 85, 86, 93, 94, 95, 96, 97, 110, 158, 160 y 254.

Biblioteca March, Miscelánea Bóver, tomo VIII, f. 231.

Biblioteca Municipal de Palma, Manuscrito del caballero Berard, f. 18, 30, 54-56, 262 y siguientes.

Biblioteca Vivot, Miscelánea Vilafranca, tomo XII, f. 263.

Colección documental del autor, documento titulado "despeses de la guarda del Temple" y "despeses fetes per lo sou de Alcudia".

### B) PUBLICADAS MÁS IMPORTANTES:

*Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*. Tomo III (Palma, 1890), p. 306-308. Tomo XVIII (Palma, 1921), p. 93-96. Tomo XIX (Palma, 1923), p. 144. Tomo XXX (Palma, 1953), p. 434-442 y 471-477. Tomo XXXIX (Palma, 1983), p. 471-480.

BOVER DE ROSELLÓ, Joaquín, M.ª: *Noticias histórico-topográficas de Mallorca*. Palma, 1836, p. 44-46.

CAMPANER Y FUERTES, Álvaro: *Cronicón Mayoricense*. Palma, 1881 (hay dos reediciones facsímil). p. 180, 261, 273, 281, 446 y 499.

CATEURA BENNASSER, Pau: *Política y finanzas del Reino de Mallorca bajo Pedro IV*. Palma, 1982, p. 160, 321-323, 360-361, y 432-433.

ESTABÉN RUIZ, Francisco: "De lo bélico mallorquín", en *Historia de Mallorca* coordinada por José Mascaró Pasarius. Palma, 1970 (1.º edición), tomo IV, p. 592, 624, 624, 664, 578, y 580.

FORNALS VILLALONGA, Francisco: "Los ingenieros y las fortificaciones de Menorca en los siglos XVI y XVII", en *Meloussa*, n.º 1 Maó, 1988, p. 103-105.

HABSBURGO LORENA Y DE BORBÓN, Luis Salvador: *Mallorca, el Sudeste y el centro*. (Tomo IV de la obra "Die Balearen", Leipzig, 1869-1891; traducción por José Sureda Blanes). Palma, 1956, p. 11-14.

JUAN VIDAL, Josep: "Mesures per a la repoblació d'Alcúdia a finals del segle XVIII", en *Fontes Rerum Balearium*, 2.ª época, tomo I. Palma, 1990, p. 178.

LLADÓ Y FERRAGUT, Jaime: *La sección histórica del Archivo Municipal de la ciudad de Alcúdia*. Palma, 1964, p. 47, 48, 50, y 51.

PÉREZ MARTÍNEZ, Lorenzo: "Cuadrado, defensor de los Monumentos Nacionales de Mallorca", en revista *Cort*. Palma, 1970, p. 15-20.

PICORNELL, Climent; SEGUÍ, Joana María; GINARD, Antoni: *Alcúdia, cartografía del proyecto de fortificación i defensa de la ciutat i de les badies, (segona meitat del segle XVIII)*. Inca, 1991.

PIFERRER, Pablo; QUADRADO, José María: *Islas Baleares*. (La 1.ª edición en Barcelona, 1888. Empleo de la colección "Biblioteca Balear"). Volumen XIII, Palma, 1948, p. 226, 227, y 267. Volumen XIV, Palma, 1949, p. 8, 18, 20, 27, 39, 223, y 340. Volumen XVIII, Palma, 1950, p. 11-13, y 181. Volumen XVIII, Palma, 1950, p. 166-170.



- ROSELLÓ VAQUER, Ramon: *Notes històriques de Santanyí*. Santanyí, 1973, p. 10.
- Id.: *Cronicó Felanitxer* (I). Felanix, 1984, p. 155, y 156.
- ROTGER, Mateo, *Historia de Pollensa*. Palma, 1897-1906. (Hay reedición de 1967). Tomo II, P. 48, 49, 52, 53, 54, 56, 60, 68, 70 y 74.
- Id.: *Historia del santuario de Nuestra Señora de la Victoria*. Palma, 1907, p. 11, 15-22, 30, 32-33, y 34-37.
- SEGURA I SALADO, Josep: *Deià en el segle XVI*. (Pregó de festes patronals, 1977). Palma, 1977.
- Id.: "Vicenç Mut Armengol, un savi mallorquí de fama mundial", en *Faro Balear*, n.º 23. Manacor, 2.ª quincena de mayo de 1987, p. 32-34.
- VENTAYOL SUAU, Pedro: *Historia de Alcúdia*. Palma, 1917 (hay reedición facsímil en Mallorca, 1982), tomo I, diversas páginas.
- VICH SALOM, Juan; MUNTANER BUJOSA, Juan: *Documenta Regni Majoricarum*. Palma, 1945, p. 156-158, (documentos n.º 145 a 148).
- WEYLER LAVIÑA, Fernando: *Historia militar de Mallorca*. Palma, 1986 (La primera edición en Palma, 1862), p. 228-230, 262, 263, 145, 194, y 161.



## LA FORTALEZA DEL PEÑÓN DE ARGEL Y SU GUARNICIÓN (1.514-1.516)

Rafael Gutiérrez Cruz  
Universidad de Málaga.

Durante el período comprendido entre los años 1.497 y 1.510, las tropas de la Monarquía Hispánica conquistaron una serie de enclaves en la costa norteafricana. Melilla, Mazalquivir, el Peñón de Vélez de la Gomera, Orán, Bugía y Trípoli quedarán incorporados sucesivamente a los dominios de la Corona. Las características fundamentales de este proceso han sido estudiadas por varios autores (1).

Estas operaciones militares originaron que otros lugares se sintieran directamente amenazados por el expansionismo hispano, y optasen por una rendición negociada.

Este fue el caso de la ciudad de Argel. Rebasada por las fuerzas del conde Pedro Navarro en su marcha hacia Bugía, los argelinos iniciaron, tras la conquista de esa ciudad el 2 de enero de 1.510, los contactos para reconocer la soberanía del rey Católico.

Con tal fin la ciudad envió emisarios al conde (2). El 31 de enero se firmó un acuerdo por el cual los argelinos aceptaban la mencionada soberanía, comprometiéndose a liberar a todos sus esclavos cristianos (3).

La noticia de la entrega de Argel fue comunicada rápidamente al monarca. El día 2 de febrero el tesorero Sánchez despachaba para la Corte al correo Sancho de Castro, con cartas del conde sobre "*la nueva como Alger se havia dado*" (4)

Varios autores afirman que, tras la entrega de la ciudad, Pedro Navarro construyó una fortaleza en uno de los islotes que protegían el puerto de Argel, instalando allí una guarnición (5).

No hemos encontrado ninguna constancia documental de que dicha fortaleza fuese construida en esa fecha, ni de la guarnición que la defendía. Ante tal falta de datos nos inclinamos a pensar que la fortaleza del Peñón de Argel se edificó más tarde, comenzando su construcción en mayo de 1.514, según se desprende de los documentos consultados para la elaboración del presente trabajo.

Su edificación coincidió con el comienzo de un vasto programa de obras en Orán, lo que parece indicar que responde a un plan de reforzamiento de las posiciones españolas en la costa magrebí.

Las líneas que siguen son un estudio de esta posición militar durante sus primeros años de existencia. Nuestro objetivo es ofrecer una introducción al estudio de la presencia hispánica en el Peñón de Argel.

## 1.—LA FORTALEZA DEL PEÑÓN DE ARGEL.

A comienzos de 1.514, el rey Católico encomendó al caballero mallorquín Nicolao de Quint, "*criado, copero, maestro de sala y gentilhombre de la casa y de la Guardia Real*", que propusiera al virrey de Mallorca, Miguel de Gurrea, y a los jurados de la ciudad, que tomaran a su cargo la construcción y mantenimiento de una fortaleza en el Peñón de Argel (7).

Tanto los jurados como el Consell General de Mallorca desestimaron la petición, alegando dificultades económicas (8). Ante esta situación la Hacienda regia correrá con los gastos de edificación y mantenimiento de la fortaleza del Peñón (9).

En una real provisión de Junio de 1.514, don Fernando afirma que ha ordenado construir una fortaleza en la "*nuestra ysla de Arger del reyno de Bugia*". Para llevar a cabo esta obra se debían comprar materiales y otras cosas, llevar albañiles y soldados a la mencionada isla y fletar navíos para trasladar a la gente y las provisiones (10).

Desde el mes de mayo de 1.514 poseemos datos sobre el sueldo de los trabajadores que construyen la fortaleza y de los soldados encargados de custodiarla (11).

La dirección técnica de las obras va a recaer en un obrero mayor. Este puesto será ocupado por diferentes personas durante el período que analizamos (12). Para vigilar la buena marcha de los trabajos se enviarán incluso a oficiales desde otras plazas. Así, en marzo de 1.515, Juan Gómez, maestro mayor de las obras de Orán viajó hasta Argel, para examinar las obras que se hacían en el Peñón (13).

Los trabajadores proceden mayoritariamente de los países de la Corona de Aragón, en especial de Baleares. Vecinos de Artá, de Soller, de Pollensa, de Ibiza, trabajaron en la isla de Argel durante estos años. Son frecuentes las peticiones que las autoridades del Peñón efectúan al virrey de Mallorca, Miguel de Gurrea, solicitando el envío de obreros para las obras (14).

Según la nómina de diciembre de 1.514, sus salarios eran los siguientes:

- carpinteros: entre 40 y 68 mrs./día.
- herreros: entre 40 y 60 mrs./día.
- canteros y albañiles: 68 mrs./día como media.
- aserradores: 68 mrs./día.
- manobres: 36 mrs./día (15).

La cercanía de la ciudad de Argel y las amistosas relaciones que mantenían los ocupantes del Peñón con sus habitantes, explica que aparezcan argelinos trabajando en las obras de la fortaleza. Así, por ejemplo, durante los días 20, 21 y 22 de enero de 1.515 se pagaron 894 mrs. a diez moros y al maestro Adurrahmel por su trabajo en las mencionadas obras. Su salario era de 20 mrs./día los peones y 68 mrs./día para el maestro (16).

Los materiales necesarios para la edificación son traídos en su mayor parte desde Mallorca.

La piedra, imprescindible para la construcción de la fortaleza, se extraía de canteras mallorquinas. En octubre de 1.514, el tesorero Sánchez pagó 13.064 mrs. a Antonio Armengol, "*cabo de bierro*", y a otros 16 picapedreros que estuvieron doce días cortando y labrando piedras en varias canteras, a razón de dos reales diarios cada uno (17). Estas piedras se cargarían después en los barcos y se enviaban al Peñón (18).

La madera también provenía de Mallorca. En 1.514 se pagaron 54 libras y 15 sueldos por 250 pinos comprados para las obras de la fortaleza (19). La leña necesaria para la edificación, la "*rama*", era suministrada por los "*alaraves*" de Argel. En enero de 1.515, el tesorero Sánchez pagó 2.722 mrs. a los musulmanes por este concepto (20).

Los argelinos proporcionaban, además, otros materiales para las obras. Junto con la rama, se les compran tejas y cañas para las casas que se hacían dentro de la fortaleza.

También desde la cercana costa llegaba al Peñón el agua necesaria, tanto para las obras como para el consumo humano. Un vecino de Argel, Caçen Abenatín, trabajaba con los bateles, asegurando las aguadas y transportando agua a la isla. Por ello cobraba un real diario (21).

Para transportar los materiales desde Argel y para descargar los navíos que arribaban desde Mallorca, se le compró una barca a Martín de la Rentería. Se le pagaron por ella 8.250 mrs.

Las fuentes consultadas para la elaboración de este trabajo no permiten hacer un análisis sobre la naturaleza de las fortificaciones levantadas en el Peñón.

En marzo de 1.516, Guillen Seguí comunicaba a los jurados de Mallorca que la fortaleza del Peñón estaba constituida por un baluarte y dos torres (22). Según Epalza y Villar, los militares hispanos fortificaron el Peñón de Argel a partir de varios bastiones unidos por gruesos muros. Estos mismos autores señalan que la fortaleza conservó sus elementos originales hasta la ocupación francesa de Argelia (23).

## 2.—LA GUARNICIÓN DEL PEÑÓN DE ARGEL.

La defensa de la fortaleza que se estaba construyendo originó el mantenimiento en la isla de Argel de una guarnición permanente. Al hablar de guarnición nos estamos refiriendo no sólo a los soldados, sino a todos los hombres que servían en la isla durante estos años. En el siguiente cuadro ofrecemos la composición de esta guarnición en diciembre de 1.514 (24) y en mayo de 1.516 (25):

	1514	1516
PAGAS DOBLES	14	14
ESCOPETEROS	14	14
ARTILLEROS	4	8
POLVORISTA	1	1
CARPINTEROS	5	4
HERREROS	6	6
CANTEROS Y ALBAÑILES	30	28
ASERRADORES	2	1
MANOBRES	27	35
SOLDADOS	57	80
BOTEROS	1	2
Tótal	161	187

### 2.1. La Administración.

La administración del presidio se basaba en tres funcionarios nombrados por el rey: alcaide, veedor y pagador.

Por real cédula de 16 de mayo de 1.514 don Fernando nombraba a Diego Pérez de Vargas alcaide y capitán de la isla de Argel, con un salario de 300 ducados anuales (26).

Le sucedió mosén Nicolao Quint, que fue poseído del cargo el 14 de marzo de 1.515, con un salario de 150.000 mrs. anuales (27).

Durante los primeros meses de 1.516 se produjo el nombramiento fallido de otro alcaide. Juan de Latras, señor de Ligerre, fue nombrado para ocupar tal cargo mediante una real provisión del rey Católico. No pudo tomar posesión efectiva de la tenencia, porque cuando llegó al Peñón no le quisieron entregar la fortaleza. Los que así actuaron lo hicieron cumpliendo órdenes del cardenal Cisneros, que mandó *"otra cosa en contra"*. No podemos precisar las causas que originaron esta situación. A Juan de Latras ya se le habían pagado 50 ducados a cuenta de su sueldo de capitán y alcaide (28).

Desconocemos las circunstancias en las que Nicolao de Quint abandonó el cargo y volvió a Mallorca. En noviembre de 1.516, Gaspar de Villaragud ya aparece como alcaide y capitán de la fortaleza (29).

El 16 de mayo de 1514 Fernán Yáñez fue nombrado veedor de la *gente y obras* de la isla de Argel, con un salario anual de 50.000 mrs. Desempeñó este cargo hasta el 10 de diciembre de 1515.

La presencia de los veedores en el Peñón no es permanente. El sucesor de Yáñez, Agustín Velázquez, se encontraba en Valencia cuando Oruj Barbarroja llegó a Argel, en marzo de 1516. Hasta aquella ciudad se fletó una barca desde Ibiza, para comunicarle las amenazantes noticias (30).

El primer pagador de las obras, sueldo y gastos de la fortaleza de Argel fue Luis de Monterroso, que fue nombrado el 15 de mayo de 1514. Su salario era de 50.000 mrs.

Hasta febrero de 1516, el puesto fue ocupado sucesivamente por Antonio de Almazán, Joanot Vidal y Sebastián de Villegas. Todos ejercían sus funciones por delegación del tesorero Sánchez.

## 2.2. La Iglesia. El cuidado de los enfermos.

El estamento eclesiástico también está presente entre los componentes de la guarnición del Peñón, como lo estaba en todos los presidios.

En setiembre de 1514, el padre Francese Seguí es el capellán de la fortaleza de la isla de Argel. En ese mes el tesorero Sánchez le entregó 3.697 mrs. para comprar ornamentos, un cáliz, libros y otros elementos necesarios para el culto (31).

El tesorero también pagó 624 mrs. como limosna a un obispo, *“porque consagro el ara e bornamentos para llevar a Alger para celebrar misa y cera y otras cosas para ello”* (32).

En diciembre de 1514, ocupa el puesto de capellán el francés Aymerique, con un sueldo mensual de 1.125 mrs. (33).

La iglesia de la fortaleza no se construirá hasta 1516. Según una certificación firmada por el alcaide mosén Quint y por el veedor Velázquez, se pagaron 3.375 mrs. a Pedro Zufre, maestro mayor de las obras, porque los había gastado en una campana, tejas y cañas para la mencionada iglesia (34).

Para el cuidado de los enfermos y heridos se contrató a un médico cirujano. En 1515, Gaspar Baso ocupaba este puesto. Los problemas en el cobro de su salario parece ser que motivaron su marcha de la isla. En marzo de 1516 se le pagaron 4 libras y 20 sueldos a cuenta de lo que se le debía, para que se volviese en el primer barco al Peñón, *“adonde era mucho menester por la venida de Barbarosso en Alger”* (35).

También ejerció como cirujano en el Peñón el judío Lezar, a quien el tenedor Baltasar Cerdán entregó 9.346 mrs. en provisiones (36).

En el invierno de 1514 se hacían los preparativos necesarios para poner en marcha un hospital para *“los que adoleciesen”* (37).

## 2.3. Las Tropas.

La presencia de los militares en la fortaleza del Peñón de Argel se constata desde mayo de 1514. En las relaciones que hemos aportado más arriba sobre la composición de la guarnición, se incluye el número de militares que componían las tropas acuarteladas en el Peñón.

Su composición nos indica dos misiones claramente definidas: defender el islote y controlar el puerto de Argel, sin ninguna pretensión de dominio efectivo del cercano litoral.

El número de extranjeros es importante. En mayo de 1516 más del diez por ciento de los soldados del Peñón son extranjeros, originarios de Grecia, Inglaterra, Portugal, Génova, entre otros lugares (38).

En momentos de peligro la guarnición se reforzaba. Así ocurrió cuando, en marzo de 1516, Barbarroja tomó la ciudad de Argel y cercó el Peñón. Desde Mallorca el virrey Gurrea tomó las medidas necesarias para acudir en socorro de la fortaleza sitiada. Joanot de Soldevila fue el encargado de reclutar a los cien hombres que partirían hacia Argel con el capitán Salazar (39).

El 10 de abril se pasó revista a estos soldados, pagándoles por adelantado la soldada de mes y medio, que alcanzó la cifra de 328 ducados venecianos (40).

La composición de esta fuerza de auxilio era variopinta. Muchos de sus miembros no eran soldados profesionales. Entre ellos encontramos boneteros, chapineros, perales, carpinteros, tejedores, incluso un platero.

Sus lugares de origen también son variados. Junto a los mallorquines, hay navarros, vizcaínos, sardos, valencianos, napolitanos y algún inglés (41).

### 2.3.1. El sueldo de las tropas.

La nómina de lo pagado por Luis de Monterroso a la guarnición en diciembre de 1.514 recoge los salarios que debían cobrar las tropas. Son los siguientes:

Pagas dobles: 37,5 mrs./día.

Escopeteros: 34 mrs./día.

Artilleros: 60 mrs./día.

Soldados: 18,7 mrs./día.

Los hombres que acuden al socorro del Peñón en la primavera de 1.516 cobraron a razón de tres ducados/mes las pagas dobles y dos ducados/mes los soldados. Su jefe, el capitán Salazar, recibió 17 ducados venecianos en concepto de un mes de paga por adelantado, 15 para él y 2 para un paje (42).

Los atrasos en el cobro de la paga eran frecuentes. En mayo de 1.516 el pagador Sebastián Villegas debe socorrer con cierta cantidad de dinero a la guarnición, *“por la mucha nesçesidad que tenia la dicha gente por el mucho tiempo que estan por pagar”* (43).

Las tropas recibían parte del sueldo por adelantado, en provisiones. Además, ante la falta de dinero, los soldados compraban a crédito a los mercaderes que llegaban al Peñón, lo que explica que *“estuviesen comidos de deudas”* (44).

## 3.—LAS ARMAS.

La documentación consultada permite abordar otro aspecto interesante en el estudio de la fortaleza del Peñón, como es el del armamento empleado en su defensa. Nos hemos centrado en la artillería, al considerarla de capital importancia para la protección de la plaza.

Braudel afirma que la *“artillería es la fuerza, la razón de ser de las plazas africanas”* (45). Esta aseveración se ajusta perfectamente a la fortaleza del Peñón de Argel. Su situación justifica que la artillería fuese esencial para cumplir su misión de control sobre el puerto y la ciudad de Argel (46).

Ya otros autores han estudiado suficientemente los diferentes modelos de piezas artilleras, su fabricación y otras características, por lo que no nos extendemos en estos aspectos (47).

Desde los primeros momentos sirvió en el Peñón una dotación de artilleros, que aumentó sensiblemente, pasando de los cuatro que allí residían en diciembre de 1.514, a ocho en mayo de 1.516, justo en los momentos de mayor peligro, por el cerco de Barbarroja.

El origen de las piezas es variado. En el otoño de 1.514, las galeras reales descargaron en la isla de Argel dos cañones, uno pedrero y otro serpentino, llevados desde la playa francesa de Colliure (48). El 11 de noviembre de ese año, Nicolao Quint recibió en préstamo de la ciudad de Mallorca tres lombardas y un pasavolante para reforzar la artillería del Peñón. Este material estaba valorado en 182 libras mallorquinas. Las piezas no volverían a Mallorca (49).

La conquista de la ciudad de Argel por Barbarroja acrecentó las necesidades artilleras del Peñón. Entre los refuerzos enviados a la fortaleza en abril de 1.516 se incluían diversas piezas, en cuya preparación se habían gastado 5 libras, 12 sueldos y dos dineros (50).

A finales de 1.516, la dotación artillera del Peñón sería, aproximadamente, la siguiente (51):

- 7 lombardas de hierro.
- 1 pasamuro de hierro.
- 7 falconetes de metal.
- 3 ribadoquines de metal.
- 4 cañones de metal.
- 2 arcabuces de metal.

Algunas de estas piezas procedían de las abandonadas por Barbarroja cuando tuvo que levantar el cerco de Bugía, en el verano de 1.515. Entre ellas se encontraba una lombarda que recibía el nombre de "*Marzoco*". En estos años no es raro encontrar piezas artilleras con nombres propios. En el mismo Peñón había dos cañones de metal, descargados en la isla por Diego de Vera en octubre de 1.516, que eran conocidos por los nombres de "*Filipo*" y "*Santiago*" (52).

### 3.1. La munición.

Los proyectiles empleados eran de piedra, hierro y plomo. Estos últimos llevaban en su interior dados de hierro como metralla (53).

En el Peñón también se fabrican municiones. Para tal fin, el 21 de abril de 1.516, el tenedor Baltasar Cerdán recibió 8 moldes de piedra y dos de metal, para las pelotas que disparaban falconetes y ribadoquines. Fueron enviados desde Mallorca por el virrey, en la nao de Martín de la Rentería (54).

En la isla se fabricaba parte de la pólvora necesaria para las armas de fuego. La existencia de un polvorista entre los miembros de la guarnición así lo atestigua (55).

Para producir esta pólvora se enviaron al Peñón desde Mallorca y otros lugares diversas cantidades de azufre y salitre (56).

En la defensa de la fortaleza también se emplearon los "*materiales de fuego*" y las alcancías llenas de pólvora. Los primeros eran proyectiles incendiarios. En abril de 1.516, el tenedor Cerdán recibió diversas cantidades de incienso, aceite de enebro e hilo de hierro para la fabricación de estos proyectiles (57).

Las alcancías, recipientes de barro llenos de pólvora, son en cierta manera precursoras de las modernas granadas de mano. Iban provistas de una mecha que se encendía antes de su lanzamiento (58). En agosto de 1.514 se pagaron 3.566 mrs. por la compra de 1.175 alcancías, a razón de 3 y 4 mrs. cada una de ellas (59).

## CONCLUSIÓN

En mayo de 1.514 se iniciaron los trabajos de construcción de la fortaleza del Peñón de Argel. Con una guarnición que no llegaba a los 200 hombres entre obreros y soldados, su misión consistía fundamentalmente en controlar el puerto de la ciudad de Argel, con la que se mantenían relaciones pacíficas. La llegada de Barbarroja introducirá un elemento muy importante de amenaza para la posición del Peñón.

Estas líneas sólo pretenden ser una introducción al estudio de la presencia española en el Peñón de Argel, un episodio poco conocido. El análisis del abastecimiento de la isla y de la financiación de sus costes son objeto de un trabajo en elaboración. Asimismo, tenemos en preparación un estudio global de la fortaleza de la isla de Argel hasta su pérdida en 1.529.



# APÉNDICE DOCUMENTAL

## DOCUMENTO Nº 1.

1.514, XII. Argel. Relación de la guarnición de la fortaleza del Peñón de Argel, según la nómina de diciembre de 1.514. A.G.S., C.M.C., leg. 1.030.

### PAGAS DOBLES

Aymerique francés, capellán.	Sancho de Olmos
Francisco de Villamena	Alonso de Mesa
Juan de Perca	Francisco de Pastrana
Gaspar de Madrid	Rodrigo Ordóñez
Tomás de Arquillada	Juan de la Pena
Alemán, "alambor"	Alemán, "pinphano"
Domingo de Vicuña	Pedro de Lucena

### ESCOPIEROS

Enrique Alemán	Juan de Ubeda
Antonio de Herrera	Alonso de Quijada
Sebastián de Bollega	Mosén Remón Burgués
Alonso Bermúdez	Sebastián de Elche
Francisco Valentín	Cristóbal de Henao
Juan de Santillana	Miguel de Bonilla
Juan de Zorita	Pedro Vizcaíno
Gabriel de Salazar	

### ARTILLEROS

Diego de Mora	Juan de Zamora
Juan de Medina	Miguel del Carpio

### CARPINTEROS

Francisco Díaz	Cristóbal Díaz
Juan Sanz Amarillo	Alonso Sanz Amarillo
Miguel Sanz Amarillo	

### HERREROS

Alonso Ponz	Francisco de Torres
Cuatro ayudantes	

### POLVORISTA

Francisco del Valle

### BOTERO

Juan Sarte

### SOLDADOS

Pedro de Madrid	Oliveros
Juan de Ávila	Juan de Murcia
Gonzalo de Samaniego	Miguel de Ortega
Juan de Morina	Jaime Terrasa
Diego Palomeque	Alonso de Jerez
Juan del Puente	Pedro Fernández
Pedro de las Heras	Juan Aragonés
Nicolao de Palermo	Pedro Catalán
Alonso de Écija	Juan Ellat
Bened, "bastardo"	Francisco Tris
Jaime, "bastardo"	Juan Serra
Gregorio Planas	Diego de Segovia

Juan Benteol	Damián Palao
Pedro Navarrete	Juan de León
Juan, "bastardo"	Juan de Estaraque
Pedro Gadea	Francisco Martínez
Pierre Cordel	Pedro Fernández
Mays Alemán	Jacome Pedro
Pedro Blande	Juan de Sevilla
Pedro de Jaén	Juan Navarro
Francisco Aragonés	Alejo de Vega
Juan Moreno	Juan Jacobo
Pedro de Orduña	Francisco de Mondragón
Alonso Fernández	Juan de Mateo
Juan García Feo	Esteban Portugués
Pero Martínez Mármol	Pedro de Vargas
Diego de Godoy	Enrique de Villena
Juan Planas	Juan de Bolonia

### CANTEROS Y ALBAÑILES

Fernando de Bollega	Juancho de Mongina
Daniel Pou	Antoni Tenol
Pero del Río	Pero Armangol
Juan Rebasa	Guillem Catalá
Gabriel Leonar	Marco Terrasa
Antono Vidal	Gabriel Bordoy
Vicent Pou	Gabriel Giner
Bartolomé Saucar	Juan de Alegría
Juan Siner Aragonés	Bartolomé Mayor
Juan Bordoy	Bernaldi Angel
Rafael Colón	Tomás Binatel
Juan Remón	Faquel Artigas
Pero López	Pero Fari
Esteban Gilbert	Juan Serra
Juan Verderra	Bernaldi Marras

### SERRADORES

Bernaldi Reura

### MANOBRES

Juan Cavaller	Juan Puch
Juan Beltrán	Jaime Colón
Juan Julia	Pedro de Tomás
Antonio Valenciano	Juan Alonso, negro
Pedro Trobat	Jaime Coradel
Antoni Serra	Antonio Cabrinas
Pero Fortuny	Gabriel Arión
Miguel de Riera	Juan de Villarcal
Jaime Olmer	Peri Juan
Juan de Nogales	Antonio Amat
Pedro de Loyola	Juan de Munt
Jerónimo de Aguilera	Juan Valenciano
Francisco de Ulloa	Juan Más

## DOCUMENTO Nº 2

1.514, VI,30. Segovia.

Traslado de una real provisión de Fernando el Católico, ordenando a los maestros racionales o a quienes deban revisar las cuentas del tesorero Luis Sánchez que le reciban en cuenta todos los libramientos realizados que estén justificados por certificaciones del capitán y del veedor del Peñón de Argel, sin más obligaciones. A.G.S., C.M.C., leg. 291.

Don Fernando, etc. A los magníficos e amados consejeros nuestros, los maestre (sic) racionales de nuestra corte o sus lugarestenientes e otras qualesquier personas que oyran e saminaran las quantas del magnifico e amado consejero e tesorero general nuestro, mosen Luys Sanchez, salud e dilección. Por quanto nos ovimos mandado obrar y edificar en la nuestra ysla de Arger del reyno de Bugia una fortaleza, e para ello se an de conprar e prover (sic) muchos materiales, herramientas, madera e otras muchas cosas. E tambien se a de proveer de maestros, manobres, peones e gente de guerra que este en guarda de la dicha ysla e obra. E ansimismo se han de fletar algunos navios, así para pasar la dicha gente como para prover e pasar los dichos materiales, provisiones e otras cosas necesarias para la dicha obra, como aun para estar en guarda de aquella costa. Y en todo esto an de entender y entrevenir como avemos mandado que entiendan y entrevegan nuestro capitán Diego Pérez de Vargas e Hernand Yañez veedor que para ello por nos () estado diputado. E por que el dicho nuestro thesorero general a de pagar e hazer pagar e prover todo el dinero que para eto fuese menester, que asi de palabra se lo avemos mandado. Y nuestra determinada voluntad es que todo lo que por certificaciones firmadas de los dichos nuestro capitán e veedor parescieren que el dicho nuestro thesorero general o quien por el toviere cargo avra pagado, le sea pasado e admitido en cuenta.

Por ende, por tenor de las presentes, de nuestra çierta çiençia y espresamente vos dezimos e mandamos que en la rendiçion e xaminacion de las quantas del dicho nuestro thesorero general, pusingdo el en data e descargo todo lo que por certificaciones de los dichos nuestro capitán e veedor paresciere que el o la persona que toviere su cargo avra pagado por las çabsas e razones sobredichas y otras qualesquier, açerca e por ocasion de la fabrica e obra de la dicha fortaleza, se lo paseys e admitays en cuenta de legitima data, con sola restitucion de las presentes e de las dichas certificaciones firmadas de los dichos nuestro capitán e veedor, sin le pedir e demandar mas[...]. çertificaciones ni otros recabdos algunos, ni mayor claridad de la que por las dichas certificaciones paresciere. Ni como consta que de lo sobre dicho avemos dado cargo a los dichos nuestro capitán e veedor, no embargante que que las dichas certificaciones no sean abtenticadas de notario y escrivano publico, e que sean escritas en papel, e que por aventura todo lo sobre dicho o parte dello sea contra ordenaciones de nuestra casa, estilo e pratica de vuestro ofiçio, y que syansi es, por esta vez y en este caso tan solamente, dispensamos e derogamos toda e qualquier dubda, consulta, contradiccion e otro qualquier impedimiento çesantes Dada en la çibdad de Segovia a XXX dias del mes de junio, año del nascimiento de nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quiniento e catorze años.

## N O T A S

(1) SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *La España de los Reyes Católicos*, Historia de España dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, t. XVII, vol. 2.

DOUSSINAGUE, J. M., *La Política internacional de Fernando el Católico*.

BRAUDEL, Fernand, *Les espagnols et l'Afrique du Nord de 1492 a 1577*, en "Revue Africaine", 69 (1928), pp. 185-233, 351-410.

(2) A estos embajadores se le entregarán sedas y paños valorados en 81.700 mrs. El gasto lo hizo el tesorero Sánchez por una orden del rey. A.G.S., C.M.C., 1.533.

(3) MERCHER, Ernest, *Histoire de l'Afrique septentrionale*, t. II, p. 425.

(4) A.G.S., C.M.C., leg. 1.533.

(5) MERCHER, Ernest, ob. cit., p. 426; BRAUDEL, Fernand, ob. cit. p. 223; EPALZA, Mikel y VILLAR, Juan Bta., *Planos y mapas hispánicos de Argelia, siglos XVI-XVIII*, p. 61.

(6) Los estudios específicos sobre el Peñón de Argel son muy escasos. Únicamente podemos señalar el artículo de Álvaro Santamaría, titulado *El reino de Mallorca en la política norteafricana de Fernando el Católico. Episodio de la fortaleza del Peñón de Argel*, publicado en "Estudios de Historia Medieval en homenaje a Luis Suárez Fernández", pp. 425-442. Nuestro trabajo se basa fundamentalmente en fuentes inéditas, procedentes del Archivo General de Simancas, sección Contaduría Mayor de Cuentas, 1.ª época, legajos 291, 298 y 1.030.

(7) SANTAMARÍA, Álvaro, ob. cit., pp. 432-433.

(8) Ibidem.

(9) El estudio de la financiación de la empresa del Peñón de Argel, con fondos procedentes principalmente de la Cruzada, será objeto de un futuro trabajo.

(10) 1.514, junio, 20. Segovia. A.G.S., C.M.C., leg. 291.V. Apéndice documental, doc. nº 2.

(11) A.G.S., C.M.C., leg. 291.

(12) Desde el 3 de julio al 3 de diciembre de 1514, Pedro Zufre ejercerá como obrero mayor, recibiendo un salario de 16.666 mrs., a razón de 50.000 mrs. anuales. A.G.S., C.M.C., leg. 291.

(13) A.G.S., C.M.C., leg. 285.

- (14) A.G.S., C.M.C., leg. 1.030.
- (15) La palabra manobre equivale a peón.
- (16) A.G.S., C.M.C., leg. 1.030.
- (17) A.G.S., C.M.C., leg. 291.
- (18) En octubre de 1514 se pagaron 6.000 mrs. a Miguel Contarer, maestre de una nao, por 900 quintales de piedra labrada y "boteria" que llevó desde Mallorca a Argel. A.G.S., C.M.C., leg. 291.
- (19) A.G.S., C.M.C., leg. 291.
- (20) A.G.S., C.M.C., leg. 1.030.
- (21) Ibidem.
- (22) SANTAMARÍA, Álvaro, ob. cit., pp. 436-437.
- (23) EPAIZA, Mikel y VILLAR, Juan Bla., ob. cit., p. 111.
- (24) A.G.S., C.M.C., leg. 1.030. La relación nominal completa en el doc. nº 1 del Apéndice Documental.
- (25) A.G.S., C.M.C., leg. 1.030.
- (26) A.G.S., C.M.C., leg. 291. Pérez de Vargas es el primer alcaide de la fortaleza del Peñón, y no Nicolao de Quint, como afirma Álvaro de Santamaría en su artículo ya citado.
- (27) Ibidem.
- (28) Ibidem.
- (29) Ibidem.
- (30) Por este viaje se pagaron 3.000 mrs. a Jaime Benet, patrón de la barca. A.G.S., C.M.C., leg. 291.
- (31) A.G.S., C.M.C., leg. 291.
- (32) Ibidem.
- (33) A.G.S., C.M.C., leg. 1.030.
- (34) A.G.S., C.M.C., leg. 291.
- (35) A.G.S., C.M.C., leg. 1.030.
- (36) A.G.S., C.M.C., leg. 298.
- (37) El tesorero Sánchez gastó ciertas cantidades en hacer colchones para el hospital. A.G.S., C.M.C., leg. 291.
- (38) A.G.S., C.M.C., leg. 1.030.
- (39) Ibidem.
- (40) Esta cantidad es equivalente a 524 libras y 12 sueldos mallorquines, ó 125.952 mrs.
- (41) A.G.S., C.M.C., leg. 291.
- (42) A.G.S., C.M.C., leg. 1.030.
- (43) Ibidem.
- (44) BRAUDEL, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, p. 280.
- (45) Idem, p. 271.
- (46) El islote estaba situado a unos 700 metros de la ciudad de Argel, dominando la rada, SANTAMARÍA, Álvaro, ob. cit., p. 434.
- (47) ARANTEGUI Y SANZ Jose. *Apuntes históricos sobre la artillería española en la primera mitad del s. XVI*, Madrid, 1.891; VIGÓN, Jorge.- *Historia de Artillería española*, Madrid, 1.947.
- (48) A.G.S., C.M.C., leg. 291.
- (49) Las lombardas estaban valoradas en 70, 60 y 24 libras respectivamente, mientras que el pasavolante lo estaba en 28. SANTAMARÍA, Álvaro, ob. cit., pp. 435-436.
- (50) A.G.S., C.M.C., leg. 291.
- (51) A.G.S., C.M.C., leg. 298.
- (52) Ibidem.

(53) En noviembre de 1.515 se compraron al genovés Benito de Negrón, patrón de su galeón, 5 quintales de plomo, en pelotas con dados de hierro. *A.G.S., C.M.C., leg. 291.*

(54) *Ibidem.*

(55) Su salario es de 60 mrs./día. *A.G.S., C.M.C., leg. 1.030.*

(56) Durante el tiempo que Baltasar Cerdán ejerció como tenedor de los bastimentos recibió 80 quintales, 28 libras y 13 barriles de salitre y 46 quintales, 48 libras de azufre. *A.G.S., C.M.C., leg. 298.*

(57) *Ibidem.*

(58) VIGÓN, Jorge. *El ejército de los Reyes Católicos*, p. 235.

(59) *A.G.S., C.M.C., leg. 291.*

# ALMENARAS Y FOLLIES DESAPARECIDAS DEL PEÑÓN DE GIBRALTAR

Rodrigo Valdecantos Dema  
Universidad de Cádiz

*Perdone Vm. mis dislates corrija mis errores, y crea que conformes o disconformes en puntos opinables, es siempre de Vm. amigo y servidor, q. l. b. l. m.*

DR. THEBUSSEM

El alargado y abrupto promontorio calizo que constituye el Peñón de Gibraltar, de 416 ms. de cota máxima y unos 5 Kms. de largo por 1'5 de ancho, se adentra en el Mediterráneo en dirección N-S a menos de 16 Kms. de distancia de la costa africana, unido al continente europeo por un istmo arenoso que cierra a Levante la Bahía de Algeciras/Gibraltar (1).

Su ubicación en la boca del Estrecho, paso obligado entre el Atlántico y Mediterráneo hasta la apertura del Canal de Suez en 1869, y su proximidad al Norte de África, le confiere un poderoso carácter estratégico, militar y comercial (2), manifestado en los catorce asedios (3) padecidos desde el siglo XIV hasta el fin de la Edad Moderna, y el sucesivo control del enclave por almohades, meriníes, nazaríes, Corona de Castilla, Conde de Niebla/Medina Sidonia y británicos; con los consiguientes efectos destructivos y de encastramiento subsiguiente.

A estas intensas transformaciones impuestas por los hechos de armas, hay que sumar la necesaria modernización de las defensas al compás de los adelantos ofensivos, que arrancan del siglo XVI y se van produciendo cada vez más frenéticamente hasta nuestros días, superponiéndose sobre lo existente, o simplemente removiéndolo (4), toda vez que las innovaciones bélicas generalmente se avienen mal con las manifestaciones poliocréticas de épocas precedentes. Finalmente, un esencial factor de transformación ha sido el crecimiento de la población gibraltareña, especialmente a lo largo de este siglo (5), acentuado por la escasa superficie habitable de la Roca y su obligado enclaustramiento.

Ante este encuadre no es de extrañar que de los ejemplares que trata la presente comunicación no quede más que el recuerdo planimétrico, iconográfico o histórico, y así, de todas las torres de vigía que fueron en el Peñón de Gibraltar no resta ningún vestigio material.

Por otro lado, las distintas tenencias que ha sufrido el Peñón, ha provocado una alteración de los nombres de las torres, dificultando su localización, y, ante todo, un olvido de su origen, generalizando la denominación de *Torre Mora* — *Moorish tower*— (6) y *Torre de los Genoveses* — *Genoese Tower*— (7).

Como consideración previa, antes de pormenorizar en su estudio, debe reseñarse que estas atalayas, aunque exentas (8), están íntimamente ligadas a la plaza de Gibraltar, *compartiendo estrategia, guarnición y avituallamiento* (9), por lo que la misión puramente de vigía en muchos de los casos se compatibiliza con otras bien distintas, difiriendo, en consecuencia, del concepto funcional de *torre de marina* ya apuntado en otros trabajos (10).

Aunque fuera precisamente Gibraltar el punto de desembarco de Tarik en la Península en el 711, no se tiene constancia de la existencia de edificaciones permanentes hasta muy finales del siglo XII (11), con los almohades (12), que según *Al-Makkari* edificaron una torre, posiblemente en el lugar de la actual Calahorra, y un molino o molinos de viento en lo más alto de la montaña. Sin embargo será tras la caída de Tarifa a manos de Alonso Pérez de Guzmán *El Bueno*, en 1293, cuando Gibraltar, ya frontera, se revaloriza militarmente, tanto para vigilar la aproximación de flotas enemigas desde Tarifa, como las irrupciones cristianas por tierra desde Alcalá de los Gazules, y transmitir los correspondientes avisos a Levante. El siglo XIV se abre con la llamada *Batalla del Estrecho*, en la que la plaza de Gibraltar jugará un importante papel, y lo que sigue es historia conocida y procede omitirla (13).

## TORRES DE DEFENSA (14) POR TIERRA

Las fuentes nos indican la existencia de dos torres exentas, ambas ubicadas, como es lógico, en el frente Norte que encara el istmo: La Torre Redonda, también llamada *El Pastel* o *El Pastelillo* (15), y La Giralda. La Giralda debe tratarse de la fuerte torre ordenada construir por Fernando IV en 1309 (16), en el emplazamiento del actual *North Bastion*, inmediato a *Smith Dorrien Bridge* (17), capaz de albergar una importante guarnición para defensa de la plaza; torre que fue reconstruida y agrandada por los británicos en 1756; si bien nos queda la duda de que fuera torre exenta o defensa avanzada del castillo. La Torre Redonda se ubicó al Sureste de la zona inundada, conectada por un camino cubierto con el antiguo Baluarte de *San Pedro* (18), que en 1704 *Mr. Bennet* describe embebida en el Frente Norte (19), asignándole una gran trascendencia en la defensa de la línea. Ambas torres fueron destruidas durante el Gran Sitio de 1779-83.

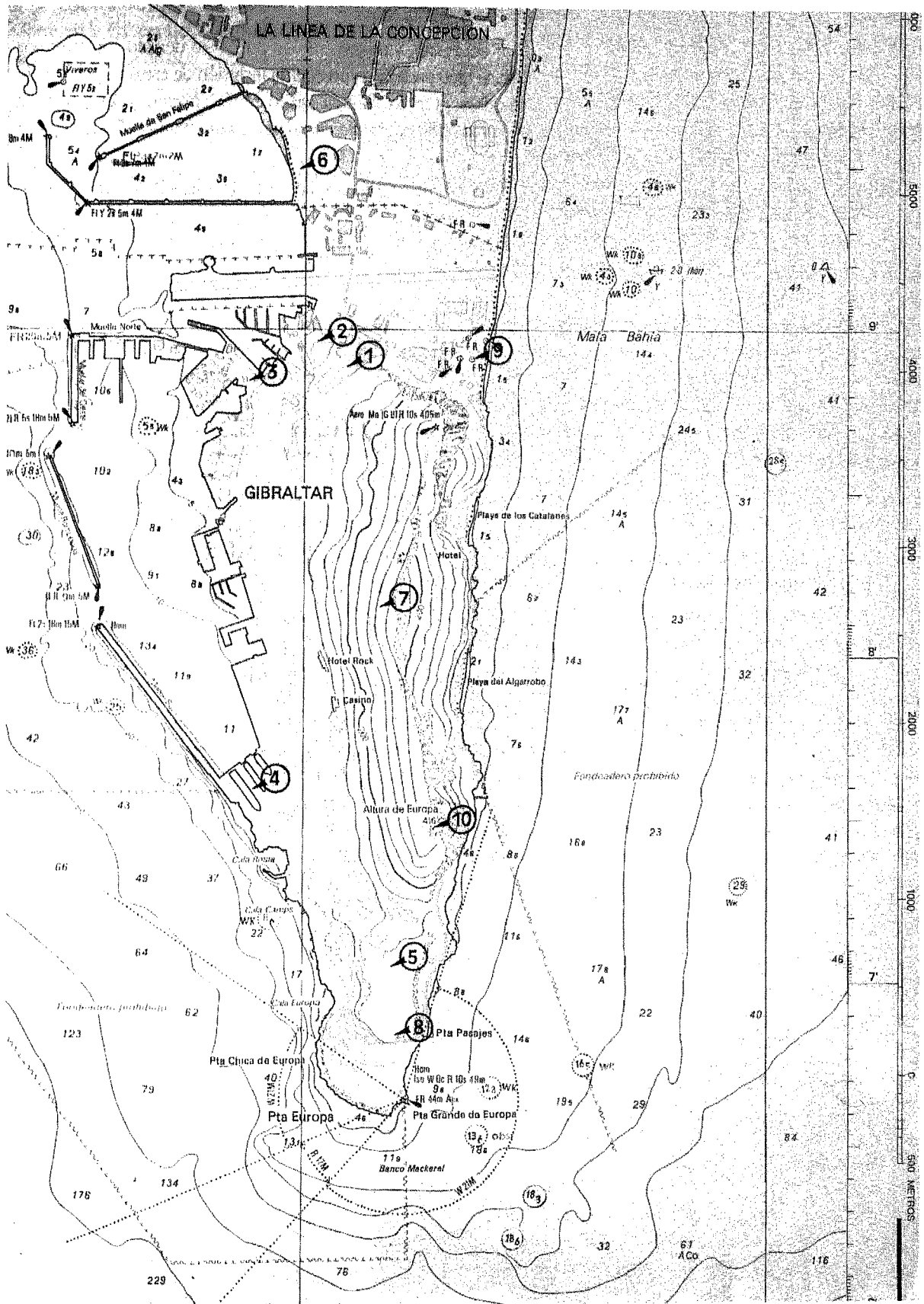
## TORRES DE DEFENSA POR MAR

La misión de estas torres era la protección de los bajeles propios, refugiados en las atarazanas, y la disuasión para la arribada de enemigos. Hubo dos: Torre de Leandro, y Torre del Tuerto. La primera, la más antigua, se localizaba en el Muelle Viejo (*Devil's Tongue*) ordenado ejecutar por Fernando IV en 1309. La Torre del Tuerto, emplazada en el arranque del Muelle Nuevo, ya existía cuando éste se construyó (1620). Ayala la describe como sigue:

*"La torre del Tuerto, que algunos llamaban del Puerto, si bien prevaleció el nombre primero, era otra de las principales fortificaciones de Gibraltar. Parecía ser de fábrica más antigua que de moros, aunque unos aposentos que estaban fuera de la torre, i se habían conservado más bien que ella, parecían moriscos, ó á lo menos renovados por los moros. Su figura ó cuerpo era pentágono ó de cinco esquinas. Subíase á la puerta por escalas, i la vivienda era capaz, con buenos aposentos, i plazas de armas, que siempre tuvo artillería hasta el 1596, en el que pareció conveniente recogerla i colocarla en el baluarte del Rosario. Velábase también esta torre con campana así como la de la Calahorra, tocando incesantemente toda la noche para estorvar que los moros desembarcasen, i para alarmar el país tocándola de rebato quando habían desembarcado. Por los años 1620 se renovó i se le dio ensanche, quedando un fuerte i dilatado castillo, á cuyo pie se principió el muelle nuevo por una parte, i por otra una espaciosa plaza i algunos edificios. Su destino era defender la entrada de la bahía, i proteger las embarcaciones perseguidas por los moros ú otros enemigos. Se le asignó alcaide particular, alguna tropa i piezas de cañón... Levantábase la torre del tuerto sobre la bahía colorada en una punta de tierra que sobresalía al mar..."* (20).

Pese a que la figura pentagonal que refiere López de Ayala hace pensar en la mano italianizante de Calvi o de Frattino (21), esta torre ya aparece en una Cédula de 1469, en la que Enrique IV otorga al Duque de Medina Sidonia 200.000 maravedís anuales para la guarda y tenencia de la Torre del Tuerto, la Puerta de Tierra y la del Mar (22), lo cual remarca la importancia que se le asignaba para la defensa de la Plaza. Igualmente, cuando Garcilaso de la Vega recibe en 1502 las llaves de la fortaleza, una de ellas corresponde a la Torre del Tuerto (23). Sea cual fuere su figura original, en 1618 se renovó completamente, y ya el plano de Bravo de Acuña de 1627 la recoge como *fuerte* (24).

Ambas torres fueron explosionadas durante el sitio de 1704.



LOCALIZACIÓN DE LAS TORRES. 1: Torre Redonda. 2: La Giralda. 3: Torre de Leandro. 4: Torre del Tuerto. 5 y 6: Torres del Molino. 7: Torre de Nuestra Señora de Guadalupe. 8: Torre de los Genoveses. 9: Torre del Diablo. 10: Folly O'Hara (vide PALAO).

## LOS MOLINOS

Hubo dos molinos en *Windmill Hill Flats*, al sur del Peñón, y un tercero —¿o torre?— ordenado construir por Elliott durante el último sitio, que salió ardiendo en 1782. Si bien pudiera sorprender la inclusión de estos edificios en el presente trabajo, debe tomarse en consideración dos hechos: primero, su privilegiado emplazamiento, y segundo, que éstos son recogidos por JAMES en un plano de 1745 como "*antiguamente contruidos para molinos*", lo que deja traslucir un uso distinto al civil, o bien estado de ruina.

Existieron otros dos molinos en la Playa de Levante, en el istmo, a menos de 1 Km. de distancia del Frente Norte, en tan estratégica situación, que fueron inmediatamente ocupados por el Coronel Congrave en 1714 (25). Tras su abandono por los británicos, los españoles los repararon como puestos de vigilancia y posteriormente construyeron en sus inmediaciones tres baterías que fueron destruidas en la famosa *salida* de 1781.

## TORRES DE VIGÍA Y DE SEÑALES (26)

La torre de vigía por excelencia del Peñón de Gibraltar es *El Hacho* en la cota 360, de planta circular, posiblemente construida en el emplazamiento de una musulmana, que recibiría el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe y Signal Station (27). Aunque su elevación permitía un extenso dominio del mar, la condensación de agua en la cima generada por el viento de levante imposibilitaba un buen número de días la observación, por lo que debieron funcionar otros puestos de observación en *Windmill Hill Flats*, hacia donde se trasladó el cañón de señales en 1720. Desde esta atalaya se transmitían las señales a la villa y al muelle, avisando del número y dirección de los barcos, inicialmente mediante palos, pero al distinguirse mal, en el siglo XVII se remata la torre con una cruz de la que pendían bolas de cuero negras (28). PALAO narra sobre su sistema de señales lo que sigue:

*"By 1825 only the vase and part of the original tower remained and on this a flat circular slab was constructed and a large "I" mast erected with the arms pointing North and South. Five years later this was dismounted and a simple mast with a single yard arm erected in its place by the signal guards... Gale force winds brought down the mast and it was decided in 1835 that a new mast should be erected slightly to the south of the remains of the tower, and guyed to strong iron rings, set in a heavy foundation which are still there on site. This arrangement served well until 1864 but for two exceptions; in the evening of March 18th, 1844 the flag-staff was split after being hit by lightning and the subsequent one was blown down on April 15th, 1854 by a severe hurricane which also caused considerable damage to Gibraltar... In 1864 the signalling system had become so complex a display of flags and balls that it was found necessary to add a further yard-arm to the existing mast. The system worked in the following way: vessels approaching from the east were signalled in the traditional way by a black leather ball hoisted from a block on the south-lower yard-arm... Those arriving from the west, on the north yard-arm, together with special distinguishing flags denoting their company or nationality on the corresponding upper yard-arm."* (29).

En 1922 la torre es demolida.

Próxima a la Cala de Laudero, hoy *Little Bay*, tierra adentro, existía una torre de planta cuadrada, llamada *de los Genoveses* (30), que enlazaría ópticamente con la de Sierra Carbonera, hoy desaparecida y la de Rocadillo, y a su vez vigilaría la pequeña bahía para evitar arribadas y serviría de torre de señales alternativa cuando las nubes imposibilitaran la visión desde Nuestra Señora de Guadalupe. No quedan restos, y ya en tiempos de Hernández del Portillo (c. 1610), estaba caída.



*Grabado del siglo XIX que representa una atalaya de Gibraltar. Por exclusión, podría tratarse de la Torre de los Genoveses. Las formas de torre y camisa son demasiado correctas para que pudiera pensarse en un ejercicio de imaginación del autor.*



A los pies del acantilado de la cara N, en una base rocosa se levantaba la Torre del Diablo —*Devil's Tower*— o Torre en la Cabeza del Cuerpo (31), con la misma figura de la de Sierra Carbonera (32), que fue demolida en 1940 por estorbar la línea de tiro.

## LA FOLLY

El término "*folly*" carece de traducción al castellano en la presente acepción. Podemos decir que se trata de un edificio caprichoso desprovisto de carácter utilitario, una extravagancia, una excentricidad arquitectónica. En el Reino Unido se pueden visitar algunos de estos ejemplares monumentales, construidos entre los siglos XVI y XIX, generalmente aislados, que pueden adoptar diversas figuras, siendo la más frecuente la de una torre estilizada, aunque no la única.

El mérito de la erección de la folly gibraltareña le cabe al Gobernador O'Hara (33) (1795-1802) durante el período que fue Comandante de la guarnición (1787-1791), un personaje curioso y algo estrafalario (34), firmemente convencido de la utilidad de averiguar los movimientos de buques en el puerto de Cádiz, 110 Kms. al NW, sobrelevando para ello la cota máxima del Peñón, en *Sugar Loaf Hill*, desoyendo los avisos de sus topógrafos sobre la inutilidad del proyecto, como efectivamente se comprobó, aunque no pudo rematarse debido a que el Gobierno británico desaprobó la obra, obligando a O'Hara a asumir personalmente el coste de lo ejecutado.

La destrucción de la torre tiene los mismos tintes extravagantes que su erección. Cuando en 1887 se prevé su demolición para instalar una batería, el Comandante de la cañonera H.M.S. Wasp apostó a que podía acertarla desde su barco en seis tiros, ganando la apuesta al sexto.

Además de las torres referidas, se tiene constancia documental de que hubo velas y escuchas en la Calahorra (35), y, en el extremo meridional del Peñón, la torre de la Ermita de Nuestra Señora de Europa, hoy perdida, atalayaría el horizonte (36).

Asimismo, no sólo se transmitían señales de alerta desde estas torres. Sin duda ninguna varias de ellas estarían directamente vinculadas a las pesquerías de atunes que existían en el Estrecho: las torres de jábega (37), especialmente durante la tenencia de la Casa de Medina Sidonia, que ostentaba el monopolio de las almadrabas en el suroeste peninsular.

## CONCLUSIONES

Para finalizar, podemos destacar los siguientes aspectos: La defensa de Gibraltar no se constriñe a su castillo y cercas, sino que a lo largo de su historia asocia a la fortaleza un buen número de torres exentas distribuidas por todo el peñón, intensamente vinculadas a la plaza. La erección de tantas torres viene motivada, en primer lugar, por la necesidad de protección de puntos claves, por la orogenia y los condicionantes meteorológicos, y por la obligada vigilancia del entorno, marítimo y terrestre; el crecimiento y las profundas transformaciones que se producen en Gibraltar provocará la absorción de las más próximas; serán las torres los edificios más perjudicados por los bombardeos modernos, que una vez destruidas no volverían a ponerse en uso, y no obstante ello, en fechas tan tardías como finales del siglo pasado, se levantará una última atalaya.

## N O T A S

(1) La cartografía española reciente consultada es la siguiente: E 1:25.000, la Hoja 445A —*Bahía de Algeciras*—, del I.H.M., publicada en 1986 (1.ª Ed.) (es la que se reproduce en la Lámina 2). E 1:50.000, la Hoja 1448 —*La Línea*—, del S.G.E., publicada en 1979 (2.ª Ed.) (formada en 1972), y la Hoja 1078 —*La Línea*—, del I.G. y C., publicada en 1963 (3.ª Ed.) (formada en 1956 a partir de los trabajos topográficos del S.G.E., en 1956).

Existe una numerosa cartografía y planimetría antigua, especialmente española, francesa y británica, siendo particularmente abundantes los fondos del *Archivo General de Simancas*, *Servicio Histórico Militar* (esp. Colección Aparici, copiados del A.G.S.) de Madrid, *Biblioteca Nacional de París* (esp. Colección D'Anville) y el *Museo Británico* y el *Public Record Office de Londres*.

(2) Vide especialmente NAVARRETE.

- (3) 1º) 1309: Fernando IV de Castilla. Conquista.
- 2º) 1316: Rey de Granada. Infructuoso.
- 3º) 1333: Abd'l Melik —meríní—. Conquista.
- 4º) 1333: Alfonso XI de Castilla. Infructuoso.
- 5º) 1349: Alfonso XI de Castilla. Infructuoso.
- 6º) 1410: Rey de Granada. Conquista.
- 7º) 1436: Conde de Niebla. Infructuoso.
- 8º) 1462: Condes de Medina Sidonia y Arcos. Conquistados.
- 9º) 1466: Conde de Medina Sidonia. Conquista.
- 10º) 1506: Conde de Medina Sidonia. Infructuoso.
- 11º) 1704: Archiduque de Austria. Conquista.
- 12º) 1704: Rey de España. Infructuoso.
- 13º) 1727: Idem.
- 14º) 1779: Idem.

A los que hay que sumar el saqueo efectuado por Caramani en 1540 y las continuas incursiones berberiscas, generalizadas para todo el litoral meridional y levantino de la Península.

(4) Bravo de Acuña procede en 1627 a la demolición de dieciocho de las veinte torres de la muralla que encara la Bahía, por ser "*perjudiciales para la guerra*", sustituyéndolas por plataformas artilleras. El General Eliou, durante el Gran Sitio (1779-83) ordena desmochar las torres que pudieran servir de referencia a los disparos artilleros del enemigo.

(5) Baste observar las extraordinarias obras que se encuentran en fase de ejecución.

(6) Ejemplificado en la lámina que reproduce un grabado del siglo XIX.

(7) "There was however, an earlier set of towers, some (if not all) of which were known as 'Genoese'. These Genoese towers *may* have been erected by Genoese workmen who may have settled in the little cove now called 'Catalan Bay', and from the name of 'Genoese' may have been applied by the spaniards both to the towers which they built and to the cove where they dwelt. On the other hand, they might have been erected by the Moors as watch towers against the Genoese when they harried the coasts of Valencia and Andalusia in the twelfth century, capturing Almeria in 1149 and Tortosa in 1150. From that time onwards there was constant intercourse —sometimes friendly, sometimes hostile— between Moors and Genoese—." (KENYON, p. 95s.).

(8) No son objeto del presente trabajo las numerosas torres con que se dotaron tanto la cerca como el castillo.

(9) VALDECANTOS, Rodrigo: *Las torres de vigía de la Bahía de Gibraltar*, en «Actas del I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar» (Ceuta, noviembre 1987). Madrid, 1988, p. 449.

(10) VALDECANTOS, Rodrigo: *Tipología de las torres de vigía de la Costa de la Provincia de Cádiz*, en «Actas de las Jornadas Nacionales La Ingeniería Militar en la Cultura Artística Española (Cádiz, 1989)» (en prensa).

(11) Pese a las aseveraciones de López de Ayala (AYALA, pp. 113ss.). No procede referir sobre hábitos anteriores, importantísimos por otra parte, destacando especialmente los trogloditas.

(12) La erección en 1160 de *Medinat-al Fath* (la Ciudad de la Victoria) en la ladera W de la montaña, por *Al-Mu'abhid Ab al-Mu'minin*; sin embargo, no parece que su sucesor, *Yakub Yusuf*, más atraído por Sevilla, sintiera la misma preocupación que su padre por el grandioso proyecto, de tal manera que la denominación asignada, *Djabal-al-Fath*, no prosperó.

(13) Para la Historia del Peñón de Gibraltar, ver esp. AYALA y MONTERO castellano, y en inglés, KENYON y JACKSON. Sobre la *Batalla del Estrecho*, ver esp. Actas del I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar (Ceuta, 1987). Madrid, 1988, t. II.

(14) *De defensa*, porque prima esta función sobre la de vigía, como prolongación armada de la plaza. Denominación que aplican LLOMPART MORAGUES, Gabriel: *La Torre de defensa de 'la Vall' y la angustia existencial de la población costera mallorquina en el Trecentos*. Palma de Mallorca, 1984; POSADAS LOPE, Eduardo L.: *Torres de defensa*. Eivissa, 1985. Conviene recordar que, salvo asociadas a plazas fuertes, no se dan en la costa de la Provincia de Cádiz las típicas torres de defensa fuertemente artilladas que tanto se prodigan en Las Baleares y el Mediterráneo oriental peninsular.

(15) Denominación que aparece en el s. XVIII, y entendemos debe referirse al mismo ejemplar, que apunta hacia una torre de tipo cilíndrica o troncocónica —preferentemente— de amplia base.

(16) Primer sitio. *Crónica de los Reyes de Castilla — Crónica del Rey Don Fernando IV* (Ed. Rosell), CAP. XVII.

(17) KENYON, p. 9; PALAO, p. 36; sin embargo HILL la ubica en el lugar de la actual Calahorra (p. 53). Esta torre debió ser absorbida por las defensas de la plaza en fechas tempranas.

(18) Inundación artificial defensiva ejecutada por los británicos en 1731-34.

(19) *A letter from the Engineer Mr. Bennet, dated Gibraltar 6th december 1704* (cifr. KENYON, Appendix I): "...there is an old Moorish Wall or Castle...and for the place where the wall is joined to the Bastion, there runs a Flanking line...continued untill (sic) you go to the large Round Tower situated under the edge of a large Rock all along, and from the Round Tower there is another line up to the side of the highest Rock of all upon a right Angle from the Town, and betwixt (sic) the outermost wall and the old Moorish wall there runs another Flanking line, from the line of Communication to the Round Tower, which all joins the Mountain...to approach the Covert way or Glacis the Enemy must march exposed to all our fire from the Round Tower to the old wall... while We can keep the Round Tower and line of Communication we do not fear the place, and I looked upon it as such when I first viewed it..."

(20) AYALA, p. 52.

(21) Que participaron en la modernización de las defensas de Gibraltar en los años 1552 y 1575, respectivamente.

(22) Cédula de 18 de noviembre de 1469, en la que se asigna la distribución de de las cantidades atribuidas en el Privilegio de donación de Enrique IV, de 3 de junio de 1469, para la defensa de la plaza [Archº de Medina Sidonia] [Apud AYALA, Apéndice V].

(23) "Entrega judicial de Gibraltar a Garcilaso de la Vega en nombre de los Reyes Católicos, e inventario de los que allí tenían los Duques de Medina. Archiv. de esta casa." [Apud AYALA, Apéndice IX].

(24) British Museum, Mss. Add. 15.152 (Apud CALDERÓN QUIJANO: *Las defensas...*, fig. 122).

(25) Un agravio más en la lista que movió al decimotercer asedio (1727).

(26) Siendo ésta su única función.

(27) Dos acontecimientos históricos de interés se producen en este puesto de observación: el primero es el arriesgado asalto a la estación por el Coronel Figueroa y 500 soldados en 1704, que mató a todos sus ocupantes; y el segundo, anecdótico, tiene lugar en 1811, cuando se iza la bandera española, por primera y última vez desde la conquista, para conmemorar el cumpleaños del Rey Fernando VII.

(28) Bravo de Acuña; 1627 (Apud CALDERÓN QUIJANO: *Gibraltar...*, p. 26).

(29) p. 47s.

(30) Ver Nota 7. Desde esta torre avistaron la falúa de Caramani en 1540, incluso cuenta Barrantes Maldonado que mantuvieron una conversación a voz en grito, siendo perfectamente burlados por los berberiscos y renegados que, tras hacer noche, a la mañana siguiente se dedicaron con provecho al saqueo de la Villa.

(31) Haciendo alusión a la figura que dibuja el Peñón desde la Bahía. En el ya citado plano de Bravo de Acuña, ésta recibe el nombre, más airoso, de Torre del Ángel de la Guarda.

(32) Para ambas torres, ver VALDECANTOS, R.: *Las torres...*, pp. 446ss.

(33) No confundir con James O'Hara, segundo Barón de Tyrawly, del cual era hijo natural, que fue también gobernador de 1756 a 1757. Único caso en la historia de Gibraltar en que padre e hijo ocuparon dicho cargo.

(34) Destaco una frase ejemplificadora escrita por la historiadora gibraltareña Mrs. Dorothy Ellicott: "...while he still entertained lavishly he was no so active in his military duties" (ELICOTT, p. 18).

(35) Cédula de 18 de noviembre de 1469, en la que se asigna la distribución de las cantidades atribuidas en el Privilegio de donación de Enrique IV, de 3 de junio de 1469, para la defensa de la plaza [Archº de Medina Sidonia]:

"E para dos *atalayas* que ha de haber una en la torre del *omenaje*, è la otra en el *atarfe*, de sus demasias à cada uno en cada año 1800. mrs..." (En AYALA, Apéndice V).

(36) "Había dentro de la iglesia una buena torre, que si fue morisca..., no lo parecía, antes estaba renovada a lo moderno..." (AYALA, p. 33)

Su privilegiada ubicación refuerza esta hipótesis. Al igual que desde el alminar de la mezquita de Algeciras los moros hicieron ahumadas a Gibraltar para avisar de un ataque cristiano por tierra y mar en diciembre de 1381 (*Crónicas de los Reyes de Castilla — Crónica de Alfonso Onceno* (Ed. Rosell, CAP. CCCXXI), y lo mismo que la torre de la Iglesia de Virgen de Regla corría las señales a oriente y occidente.

(37) "Esta pesca no es comparable á la que antiguamente se hacía en Cádiz, en *Santi Petri*, en *Conil*, en *Zara*, en *Tarifa*, en *Carteya*, i *Gibraltar*; i se va reduciendo á solo Conil, que es la más famosa en nuestros tiempos. Los *atalayas*, que observan el mar desde una eminente torre tienen tan gran conocimiento que distinguen á muchas millas las especies de pescados que se acercan, i aun el número de los *atunes*. Les facilitan este acierto las filas iguales en que vienen ordenados. Avisan con un lienzo á los que están en el mar, distinguiendo si vienen retirados, próximos á tierra, ó fuera de *lance*..." (AYALA, p. 104).

Ver SARRIA MUÑOZ, Andrés: *Las almadrabas en el área del Estrecho de Gibraltar*, en *Revista Almoraima*, nº 3, abril, 1990, pp. 37-47.

# B I B L I O G R A F Í A

- ANDREWS, Allen: *Proud Fortress. The Fighting Story of Gibraltar*. London, 1958.
- BRADFORD, Ernle: *Gibraltar. The History of a Fortress*. Borough Green (Kent - Great Britain, 1971.
- CALDERÓN QUIJANO, José A. et al.: *Cartografía Militar y Marítima de Cádiz (1513-1878)* (2 vols.). Sevilla, 1978
- CALDERÓN QUIJANO, José A.: *Las fortificaciones de Gibraltar en 1627*. En «*Anales de la Universidad de Sevilla*», XXVIII, Sevilla, 1968.
- CHIELI, Nicolás: *Nuestro porvenir en África: Engrandecimiento de Ceuta. Decadencia de Gibraltar*. Cádiz, 1873.
- CHICHÓN, H.: *A short history of Gibraltar from Prehistoric times to 1704*. Gibraltar, s/f.
- ELJCOTT, Dorothy: *Gibraltar's Royal Governor*. Gibraltar, 1981.
- FERNÁNDEZ CANO, Víctor: *Las defensas de Cádiz en la Edad Moderna*. Sevilla, 1973.
- GAMIR SANDOVAL, Alfonso: *Las fortificaciones costeras del Reino de Granada al Occidente de la Ciudad de Málaga, hasta el Campo de Gibraltar*. En «*Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*», IX, Granada, 1965, pp. 65ss.
- HILLS, George: *El Peñón de la Discordia*. Madrid, 1974.
- JACKSON, W.G.F.: *The Rock of the Gibraltarians: a history of Gibraltar*. Grendon (Northants), 1990 (2nd Ed.).
- KENYON, E. R.: *Gibraltar under Moor, Spaniard and Briton*. London, 1938 (1st. edited in 1911).
- LÓPEZ DE AYALA, Ignacio: *Historia de Gibraltar*. Madrid. 1782 (Ed. facsímil de 1982).
- LÓPEZ ZARAGOZA, Luigardo: *Gibraltar y su Campo. Guía del Forastero*. Sevilla, 1902.
- MONTERO, Francisco M.ª: *Historia de Gibraltar y de su campo*. Cádiz, 1860.
- NAVARRETTE, José: *Las llaves del Estrecho*. Madrid, 1882 (2.ª Ed.).
- PALAO, George: *The guns and towers of Gibraltar*. Gibraltar, 1975.
- THEBUSSEM, Dr.: *Gibraltar*, en «*Primera Ración de Artículos*» (escrito en Lisboa, 24 de noviembre de 1869). Madrid, 1892, pp. 89-100.
- VV.AA.: *Save Gibraltar' Heritage. An independent report*. London, 1982.

---

Nota: Excluidos artículos. Para ampliar bibliografía sobre torres de vigía del litoral, ver VALDECANTOS, Rodrigo: *Las Torres de vigía de la Bahía de Gibraltar*, en «*Actas del I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*» (Ceuta, noviembre 1987). Madrid, 1988, pp. 451s.

# VII PONENCIA



## EL ARTE DE LA GUERRA EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA

**Luis Navarro García**

Catedrático de Historia de América  
Universidad de Sevilla.

Es cosa bien sabida que al día siguiente, podríamos decir, del fin de la guerra de Granada, España —la España de entonces, a la que todavía le faltaban Navarra y la mitad de las Canarias— se vio lanzada a una doble empresa militar y expansiva en dos amplios escenarios nuevos y muy distintos: Europa y América.

La mayoría de las ponencias y comunicaciones presentadas en estas Jornadas analizan diferentes aspectos de la guerra de la Reconquista en el siglo XV, aunque no falten las referencias a los cambios de todo tipo introducidos en el arte de la guerra y la organización militar desde comienzos del siglo XVI, con ocasión de las guerras habidas en el Rosellón o en Italia.

Aquí hemos de tratar, en cambio, de otra experiencia bélica, que se desarrolla casi enteramente en el siglo XVI, la expansión española en el Nuevo Mundo, que emplea medios y sigue estilos muy distintos, y que tiene una personalidad bien definida y muy peculiar. Según Claudio Sánchez Albornoz, lo peculiar no sólo de la Conquista, sino de toda la empresa americana de España, derivaría de sus raíces medievales, partiendo de la figura misma de sus primeros protagonistas (1). En realidad, algunos de los hombres que se hallaron en la frontera de Granada pasaron a las Indias en los años inmediatamente posteriores al Descubrimiento, pero realmente en esa época la actividad militar fue escasa —primero la ocupación de la isla Española, emprendida sistemáticamente por Ovando en 1502; luego la de Puerto Rico y Jamaica, a partir de 1508; por fin, la de Cuba, realizada entre 1511 y 1514, cuando ya Balboa exploraba el istmo y el golfo de Panamá. Son operaciones llevadas a cabo con muy poca gente, a ritmo muy lento, y de corta envergadura, puesto que en ninguno de estos lugares encontraron los españoles un enemigo poderoso. En gran parte estas expediciones tienen el carácter de operaciones de salteo por las costas e islas del Caribe, acciones que guardan parentesco con las correrías o algaradas que se habían venido practicando en la frontera de moros, e incluso en las costas de África y en Canarias.

Pero mientras tanto España estaba creando el primer ejército moderno en las guerras de Italia. Los campos de batalla europeos podrían ser entonces la escuela de los conquistadores. Ahora bien, así como las campañas de Nápoles, el Milanesado o Flandes tienen poco que ver con la anterior experiencia de Granada, tampoco las expediciones de Cortés y Alvarado, de Pizarro y Quesada, de Soto o Valdivia, guardan apenas relación con el modo de hacer la guerra que por entonces se practicaba en Europa.

Distintos ámbitos geográficos y distinta condición de los adversarios requerían distintas maneras de pelear. En América sí se hará manifiesta la evolución del armamento, perceptible en el creciente uso de las armas de fuego portátiles y de la artillería, pero el empleo que de ordinario se haga de estas armas será por fuerza distinto del que en Europa se hacía al enfrentarse las grandes masas de los ejércitos regulares.

Los jefes militares españoles, que en Europa supieron tan acertadamente adaptarse a las exigencias que imponía el nuevo arte militar ultrapirenaico, hasta convertirse en maestros del mismo, también supieron en otras circunstancias, en las Indias, hacer uso de todos los medios a su alcance —quizás habría que decir “de los pocos medios a su alcance” (2)— para imponerse a unos pueblos cuyo indudable atraso cultural y técnico no los hacía menos terribles, dadas su bravura y su aplastante superioridad numérica, y que además luchaban en su propio terreno, negándose a ser sometidos.

Pero la necesidad de adaptarse al medio geográfico y humano del Nuevo Mundo convirtió a las mismas Indias, empezando por los territorios primeramente anexionados, en la verdadera escuela del conquistador español. Dicho esto sin olvidar que junto con el recurso al enfrentamiento armado, o antes de él, el conquistador desplegó recursos de otro tipo, que podríamos denominar políticos, o diplomáticos, que facilitasen la implantación de la autoridad de la Corona española.

## **EJÉRCITO, MILICIA Y HUESTE.**

Es ciertamente grande la diferencia entre el ejército cristiano que actuó en la guerra de Granada, o el ejército español de las primeras guerras de Italia, y las fuerzas que llevaron a cabo la conquista de América.

El ejército de los Reyes Católicos en la última etapa de la Reconquista era una máquina enormemente grande, compleja y abigarrada, en la que entraban las milicias concejiles, los señores de mesnadas, las compañías de la Hermandad, los núcleos de mercenarios, etc. En Italia se establecerá el ejército real con soldados profesionales, asalariados, encuadrados en distintas unidades según su armamento y empleo táctico.

En las Indias, en cambio, la expansión queda encomendada a unidades irregulares voluntarias, cuyo nombre más apropiado sería el de “compañías” o “compañías” —las “huestes”, en la terminología actual—, que agrupan a combatientes de todas las armas, casi siempre en muy reducido número (3), y que esperan su recompensa del reparto del botín de objetos valiosos, de indios y de tierras que se proponen ganar (4).

Puede decirse que el ejército real hizo su aparición, mínima, en Indias con la “gente de pelea” que se despachó en el segundo viaje colombino, gente sacada de las tropas que habían intervenido en la guerra de Granada. Serían veinte lanzas jinetas, todos a sueldo de la Corona, pero con armas y caballos a su costa. Todos estos caballeros regresaron pronto a Castilla, después de haber tenido un conflicto con el Descubridor (5). Pero lo importante es señalar aquí que este pequeño contingente no fue enviado a luchar contra los indios, sino en prevención de un ataque portugués, en momentos en que todavía no se habían concertado las posiciones y concesiones mutuas entre Castilla y Portugal acerca de las islas y tierras del Nuevo Mundo.

Años después, también Nicolás de Ovando llevó a la Española otras diez lanzas jinetas, que se emplearían en las campañas para dominar la isla entera. Pero con esto puede decirse que ha concluido la presencia de fuerzas regulares en las Indias. Todas las restantes empresas serían obra de particulares, y todas las fuerzas armadas de las Indias en el siglo XVI serían casi exclusivamente milicias formadas por los mismos vecindarios.

En efecto, las fuerzas armadas ordinarias estarían constituidas por las milicias concejiles, que encuadraban a los vecinos y moradores, para los que según las normas medievales era obligatoria la prestación del servicio militar. En particular, además, estarían especialmente obligados los “encomenderos”, a los que el rey les había hecho merced de indios para su servicio. Todos estaban obligados a tener armas y caballos, y a realizar “alardes” tres veces al año, y todos debían acudir a la llamada del gobernador de la provincia para su defensa contra cualquier enemigo.

Esa necesidad de la defensa hizo necesario el envío desde España de cientos o miles de picas y arcabuces, o de barriles de pólvora o quintales de plomo, al tiempo que se advertía el daño que las armas de hierro padecían debido al clima caribeño. También para facilitar la defensa interior se dieron órdenes prohibiendo que los indios pudiesen portar espada, o montar a caballo, así como que pudiesen aprender la fabricación de las armas europeas (6).

Al lado de ese ejército miliciano, no tardaron en surgir algunas guarniciones permanentes en sitios estratégicos, donde montaban vigilancia contra corsarios europeos, o contra indios hostiles no sometidos (así en la frontera chichimeca de Nueva España, o en la araucana de Chile). Estas guarniciones, nutridas de soldados asalariados, eran, de todos modos, muy pequeñas.



Por lo demás, la situación descrita —el “estado militar de las Indias en el siglo XVI”, tal como puede contemplarse una vez concluida la Conquista—, no se corresponde con la realidad de los primeros tiempos de la actuación española en América.

## NATURALEZA Y COMPOSICIÓN DE LA HUESTE.

Desde 1495, el descubrimiento y conquista de América fueron confiados por la Corona a algunos particulares. El Estado, según escribió el cronista Fernández de Oviedo, sólo pondría “papel y buenas palabras”, las promesas contenidas en la “capitulación” firmada con cada jefe de expedición —títulos y honores, encomiendas, tierras, privilegios y exenciones a los vecinos y pobladores—, y que se cumplirían si la empresa alcanzaba éxito. La acción estatal —la hueste combate bajo el estandarte con las armas reales— se realiza mediante el servicio de los particulares, y por eso la conquista, que es una empresa de la Corona, es también una empresa popular. La hueste, aparte de su carácter militar, tiene —como la misma Reconquista medieval— una clara faceta de empresa de poblamiento, claramente marcada en las capitulaciones e instrucciones que reciben los caudillos, que al fin y al cabo apuntan a la ocupación de un territorio mediante el avendamiento en él de sus hombres.

La acción principal corre así a cargo de un voluntariado, del cual forman parte tanto los candidatos a dirigir expediciones, que acuden a solicitar la correspondiente licencia y capitulación, como cada uno de los hombres que se alistán, en España o en Indias, cuando se procede a la recluta del contingente que va a intentar una de las entradas o conquistas (7). Estos hombres, llamados impropriamente soldados, porque no iban a sueldo —antes bien, tenían a gala proclamar que servían “a su costa e minción”, a sus expensas—, contraían un compromiso por tiempo indefinido; en principio, el que se necesitase para lograr el fin propuesto.

Por supuesto, esta manera de concebir la acción en las Indias confiere a la hueste un aspecto empresarial que no se halla en los ejércitos regulares. Cada expedición significa la inversión de un capital del que se esperan obtener beneficios, generalmente representados por los célebres “repartos”, aunque las ganancias más codiciadas no dependían de estos, sino de las mercedes reales. El capital imprescindible para cada empresa puede o no ser aportado por el jefe de la misma, o bien por diversos socios capitalistas que a veces toman parte en la expedición como jefes subalternos, o incluso como “oficiales reales”, es decir, como representantes de la misma Corona.

La composición de la hueste ha sido expuesta por numerosos autores (8). En esencia la constituyen, de un lado, el jefe (que con frecuencia recibe el título de adelantado, y más adelante, cuando la conquista se consolida, el de gobernador de la nueva provincia), con sus colaboradores inmediatos —capitanes, alférez, sargento mayor, maestre de campo, y de otro los soldados o “compañeros”, la “gente”.

De esta tropa se encuentran en los textos tanto elogios de su valentía, tenacidad, frugalidad, o capacidad de sufrir penalidades y hambres, como denuncias de su carácter levantisco (tantas veces demostrado en sediciones y motines), de ser veleidosos, desleales, insubordinados, o inclinados a la desertión.

El principal motivo de conflicto entre el jefe y sus hombres solía encontrarse en el modo en que se realizaba el reparto del botín, y más aún en la discrepancia acerca de cuándo llevar a cabo ese reparto, puesto que los soldados deseaban gozar cuanto antes de la ganancia, mientras que el jefe tal vez preferiría aplazar ese momento, lo que le permitiría llevar a cabo nuevas acciones, conservando el mando de su hueste.

El trato de los jefes hacia sus subordinados —hombres que estaban allí por su propia voluntad, y que en fin de cuentas eran sus socios en la misma empresa— solía ser patriarcal, y para dirigirse a ellos solían llamarlos “señores”, “hermanos”, “hijos”, “amigos míos”, “compañeros”, denotando que el ejercicio de su autoridad dependía más de la capacidad de persuasión que de la existencia de una rígida disciplina militar, que en el fondo era impensable. Esto no quita, sin embargo, para que llegado el caso se aplicasen castigos de la máxima dureza, no siendo infrecuentes las ejecuciones, derivadas de ese mismo clima de conspiración o tentativas de desertión que cundió entre tantas huestes como se sintieron condenadas al fracaso.

El conjunto de la “gente de pelea” se dividía, por su forma de combatir, en tres grupos: los jinetes, a veces verdaderos hombres de armas o de caballería pesada como los que se habían visto en Europa, pero más comúnmente hombres montados “a la jineta”, es decir, con estribos cortos y armadura relativamente liviana, tal como habían

combatido en la última guerra peninsular; los peones o infantes, también llamados rodeleros, diestros en el manejo de la espada, pero que también podían ser ballesteros o arcabuceros; y los artilleros, escasos, porque escasas fueron también las piezas de artillería empleadas en la Conquista (9).

Figuraban en la hueste, además, otros individuos que no eran jefes militares ni miembros de la tropa. Así hay que incluir a los clérigos, cuya presencia pronto se hace obligatoria, no ya para atender las necesidades espirituales de los expedicionarios, sino para vigilar su comportamiento para con los nativos, de modo que estos no sufrieran ningún atropello. También los "oficiales reales", así llamados por antonomasia, que representaban igualmente la supervisión ejercida por la Corona y la defensa de sus intereses, haciéndose cargo del "quinto real" que en todo botín le correspondía. Aunque de muy inferior rango, no podemos olvidar, por su destacado papel, a los guías —nativos o no—, herederos de los adalides y almogávares de la frontera del Islam español, y aquí denominados "baqueanos", expertos conocedores de rumbos y senderos; ni a los intérpretes o "lenguas", a través de los cuales —a veces a través de dos o más de ellos— podía de algún modo establecerse la comunicación entre la hueste y los naturales del país en que aquélla se movía.

Por último cabe citar a la masa, a veces enorme, de los sirvientes, cargadores o porteadores y pastores indígenas, genéricamente denominados "indios de servicio", hombres y mujeres, que se ocupaban de la gran variedad de atenciones de la intendencia, del transporte de la impedimenta —de ordinario, sobre sus mismas espaldas, por falta de bestias de carga o de carretas—, y de la conducción y cuidado de los rebaños de ganado en pie —cerdos y ovejas, sobre todo, a veces por millares de cabezas— que seguía a la hueste para asegurar su sustento.

## ARMAMENTO Y NAVÍOS.

Indudablemente, la espada era el arma más común entre los combatientes españoles en Indias, seguida de la lanza usada por los jinetes (10). Junto a éstas, armas de hierro y acero desconocidas entre los indios, adecuadas para el choque cuerpo a cuerpo, hay que enumerar las del combate a distancia: la ballesta, de enorme precisión y potencia ya en aquella época, y las armas de fuego, de tan difícil valoración por su número y su eficacia en las guerras de conquista. La espingarda, la escopeta, el arcabuz y el cañón —éste en múltiples tipos— tuvieron una participación muy sonada en las batallas entre españoles e indios, sin que se haya podido medir si fue o no mayor su efecto moral sobre los indios —por la sorpresa de la explosión, o del alcance de los proyectiles— que el efecto realmente producido por sus impactos, que nunca podría ser muy grande, dada la obligada lentitud de los disparos, por la dificultad de la operación de cargar el arma.

También, no sin razón, suele contarse entre los medios de combate de los conquistadores a los caballos y los perros de que aquéllos se servían. Aunque escasos en número en los días de las huestes, la utilidad de los caballos, diestramente montados, sería muy grande, no sólo en el choque frontal, sino en acciones de envolvimiento y de persecución. Tanto ellos como los perros constituyeron, igual que las armas de hierro y de fuego, una enorme sorpresa para los indios, lo que contribuiría a su derrota.

Pero no menor importancia que las armas ofensivas tuvieron para los españoles las defensivas. La adarga, de los caballeros, y la rodela de los peones, ambas fabricadas de cuero, madera o corcho, con las que protegerse de las nubes de flechas lanzadas por sus adversarios. También la armadura de hierro, aunque raras veces completa, pero especialmente el yelmo con celada o visera. Y en lugar de esa armadura —costosa, pesada y pronto deteriorada por la humedad ambiente—, las llamadas "armas de algodón" o "de la tierra", porque efectivamente lo eran, y su uso demuestra la adaptación de los españoles al medio en que se desenvolvían: no teniendo los indios armas metálicas, podía bastar el "escaupil" que los mismos indios utilizaban como protección contra lanzas y flechas. No solo los hombres, sino los caballos y los perros eran cubiertos con tales voluminosas envolturas, confeccionadas con pieles y algodón, lo que les proporcionaba una apariencia monstruosa, en nada semejante a la que ofrece la pintura heroica romántica que siglos después trató de reflejar los hechos de la Conquista.

Capítulo aparte merece la mención de las embarcaciones y su papel en esta empresa, pues por sí solos demostraban la superioridad de los españoles, a los que permitían los largos desplazamientos que les harían dueños del continente, y a los que les daban el completo dominio de sus aguas. Sorprende la capacidad técnica de la que hicieron

gala aquellas huestes que construyeron o improvisaron embarcaciones, por rudimentarias que fuesen, en Panamá, en México, en el Amazonas, o en Chile. Tales buques resultaron de importancia vital para el mantenimiento de las comunicaciones y para el pronto envío de socorros en casos de peligro, pero sobre todo influyeron decisivamente en el caso de la conquista de México. Parece increíble que Cortés y sus hombres, con la ayuda de los socios tlaxcaltecas, pudieran construir los famosos trece bergantines, y no sólo construirlos, sino montarlos, probarlos, desmontarlos, transportarlos en piezas por tierra unos cien kilómetros —gracias al empleo masivo de mano de obra—, montarlos de nuevo y hacerles entrar en la laguna, de la que pronto se señorearon, destruyendo las canoas mexicanas y colaborando eficazmente en los combates desarrollados a lo largo de las calzadas, en la larga fase del asedio de la capital azteca (11)

## LOS ALIADOS.

Tocamos aquí un aspecto tan fundamental, como generalmente olvidado, de las guerras de Conquista. Comprensiblemente, los cronistas de aquella gesta pusieron gran atención en narrar y exaltar los hechos de los castellanos, sus protagonistas, dejando de ordinario en la sombra la contribución indígena.

Hace bastante tiempo, sin embargo que algunos historiadores, como los mexicanos Carlos Pereyra y Arturo Arnáiz y Freg, formularon y difundieron la curiosa paradoja de que "América la conquistaron los indios... y la independizaron los españoles".

Atendiendo sólo a la primera frase —dejemos la segunda para otra ocasión—, su simple enunciado da a entender la existencia, precisamente en los días de la Conquista, de verdaderos ejércitos nativos auxiliares de la huestes españolas. Podría hablarse de un típico ejército colonial, constituido sencillamente al modo del ejército romano conquistador de las Galias, según Julio César, en sus *Comentarios*, lo enseñaba a su émulo Hernán Cortés.

Esto desde luego introduce una dimensión nueva, una perspectiva nueva, en la comprensión de las operaciones de la Conquista y en el funcionamiento de las huestes.

De hecho, una hueste de pocos centenares de hombres solía ir acompañada de un verdadero ejército de millares de soldados indígenas, lo que multiplicaba su potencia, permitía resistir el choque con las grandes masas del adversario, e intensificaba el efecto de la victoria al hacer posible una fácil persecución y explotación del éxito.

Así los ejércitos de la Conquista serían en realidad ejércitos indios nucleados por un reducido contingente de tropas europeas. Este núcleo —la hueste— dirige la acción y emplea sus superiores medios de combate para romper el frente enemigo, o para rodearlo y atacar por la retaguardia desorganizándolo, tras lo cual el combate sería en gran medida una batalla entre fuerzas indígenas, los aliados y los enemigos de los españoles. En 1925, el historiador alemán Georg Friederici describió el hecho de este modo:

"Estos aliados, cuyo logro y comportamiento, tratamiento y recompensa por parte de los españoles forma también un capítulo especial de la Historia de la Conquista, contribuyeron a la anexión de su propio continente por los europeos más de lo que generalmente se cree."

"Casi por doquier los vemos peleando junto a los españoles y por su causa. A no ser por ellos, jamás hubiera podido Hernán Cortés forzar la caída del imperio azteca, ni tomar la ciudad de México... En estas luchas conjuntas, los españoles llevaban invariablemente la dirección, eran siempre los campeones, daban el ejemplo y prestaban a su causa el prestigio y el hechizo de soldados invencibles" (12).

Más recientemente, el mexicano José Luis Martínez, en su gran estudio sobre Hernán Cortés, lo expone así: "Esta guerra la hicieron principalmente tlaxcaltecas y tezcocanos y los otros aliados menores, contra mexicas y tlotelolcos, indios contra indios... La conquista de México hubiera sido imposible sin el apoyo indígena y por supuesto sin la conducción de Cortés y el arrojo decidido de sus capitanes y soldados" (13).

Indios contra indios, pues. Con lo que adquiere especial importancia la pregunta de cómo conseguir aliados. Una cierta "diplomacia" hubo de ser desplegada por los caudillos de las huestes entre sus medios de combate. Ganar amigos, colaboradores, era posible si se sabía explotar las disensiones y hostilidades naturalmente existentes entre los mismos pueblos indios. Luego, los españoles podrían servirse de los indios ya sometidos, reclutándolos como auxiliares.

El Prof. Céspedes del Castillo describió así este interesante fenómeno, apuntando las oportunas explicaciones: "el instrumento más poderoso de la conquista fueron los mismos indios. Los castellanos reclutaron fácilmente entre ellos informantes, intérpretes, espías, guías, cargadores, auxiliares y hasta leales consejeros y aliados; éste fue, por ejemplo, el caso de los tlaxcaltecas, comprensiblemente hartos de la opresión de los aztecas. La muy humana tendencia a pintar situaciones en blanco y negro es responsable del mito de un conflicto entre indios y castellanos, cuando en realidad muchos nativos consideraron preferible el gobierno de los invasores a la perpetuación de las élites gobernantes que existían antes de la llegada de aquéllos (si tal juicio era acertado o erróneo, no hace al caso). Las sociedades y sistemas políticos indígenas tenían, como cualesquier otros, su parte de rebeldes, inconformistas, grupos o individuos alienados, pueblos oprimidos, o meros oportunistas dispuestos a ponerse del lado del probable vencedor...". "Sin la voluntaria y decisiva ayuda de los indios, la conquista pudo durar varios siglos, en vez de varios años" (14).

En las principales empresas de Cortés prestaron su ayuda los totonacas, tlaxcaltecas, otomíes y otros, sencillamente deseosos de librarse de la opresión de los feroces aztecas. Así Cortés, que partió de la costa con unos seiscientos hombres, tuvo pronto el refuerzo de mil totonacas; luego, de cien mil tlaxcaltecas —a los que previamente él había derrotado inapelablemente, lo que lo prestigiaba como valiosísimo aliado a los ojos de los jefes de Tlaxcala. Cuando llegó la hora del asedio de México-Tenochtitlán, el héroe extremeño contó con una fuerza auxiliar que pudo oscilar entre 150.000 y más de 500.000 hombres del país (15).

También Pizarro logró la alianza de los huancas peruanos contra sus dominadores incas, y la de los partidarios de Manco Inca, contra los de Atahualpa. Cuando los hermanos Pizarro sean sitiados en el Cuzco por los indios sublevados, sus 200 españoles contarán con la ayuda de 40.000 guerreros indígenas (16).

La expansión de la Conquista desde México y Perú se haría luego conduciendo grandes contingentes de indios mexicanos a la empresa de Guatemala, o la de Nueva Galicia, como de peruanos a las entradas en Nueva Granada, Chile, o Tucumán.

## LA TÁCTICA.

La primera norma invariablemente seguida por los conquistadores españoles fue la de la adaptación al medio. No sólo la aclimatación biológica a los distintos climas y altitudes de América, sino la familiarización con aquella Naturaleza tan diferente de la del mundo mediterráneo de la que procedían, e incluso con el carácter del indio y su forma de pelear. Para eso sirvió, sobre todo, la larga etapa antillana, desde Colón a Cortés, en la que la expansión pareció frenada o casi paralizada, por su lentitud.

Cuando se inicia la fase de las grandes conquistas, la operación obligada y más frecuente resultó ser la marcha en columnas a través de desiertos o de territorios casi despoblados —a veces, a través de las nevadas cordilleras de México o de los Andes suramericanos— hasta encontrar los núcleos de población indígena cuyo sometimiento se pretendía. Muchas veces, exploración, descubrimiento y conquista venían a ser una misma cosa. Por la peculiar naturaleza del medio y del adversario, así como debido al reducido número y especial condición de los conquistadores, pronto fue cosa admitida que en las Indias el arte militar se basaba fundamentalmente en la experiencia, y no en las reglas que podían aprenderse con el estudio. La veteranía del "baqueano" se contraponía a la bisonñez del "chapelón", por más que éste hubiera participado en las guerras de Europa.

Las correrías por territorios aún no conquistados —las entradas y cabalgadas, como se las denominó— constituyeron una de las operaciones típicas del proceso expansivo. Se trataba de incursiones o penetraciones —en la época antillana estas acciones tuvieron el carácter de operación naval, de desembarco, sobre las islas y costas próximas— con ánimo de obtener esclavos o rehenes. Los golpes de mano —trasnochadas y madrugadas, albazos—, realizados por sorpresa, también permitían el saqueo y la adquisición de botín (17).

Carácter distinto tuvo, sin embargo, la sorpresa de Cholula, donde una astucia venció a otra, produciéndose un combate en el interior de la ciudad en el que los aliados de Cortés llevaron la mejor parte. Otra sorpresa célebre, también en un núcleo urbano, aunque en el espacio relativamente amplio de una plaza, fue la de Cajamarca, ocasión en la que el inca Atahualpa fue hecho prisionero. Aquí fue de gran efecto la pobre artillería de Pizarro, y tal vez fuera en las calles de

un trazado urbano donde los cañones podían ser de más utilidad, como lo experimentarían los españoles en las ocasiones en que se vieron sitiados.

El combate habitual —la “guazabara”— sería, naturalmente, en campo abierto, y buen cuidado tenían los españoles, cuando ello les era posible, de elegir terrenos llanos y despejados, donde pudiera desenvolverse la caballería. El combate debía ser breve y resolutivo, para lo cual la captura del jefe (Cajamarca), o de la bandera (Otumba) podían ser tantos decisivos.

En el momento del choque, los de la hueste se esforzaban por introducir el desorden en el bando contrario sirviéndose de los caballos y perros, de las ballestas y arcabuces, así como de los cañones o “tiros”, cuando los tenían. Una vez establecido el contacto pleno con la fuerza enemiga, entraban en acción los peones, armados de espada y rodela, que combatían en pequeños grupos, cubriéndose mutuamente y resguardando a los servidores de las ballestas y arcabuces.

Lograda la victoria, llegaba la hora de la persecución, en la que volvía a ser importante la acción de la caballería, que podía correr y actuar a placer durante horas contra los indios fugitivos a pie —algo así ocurrió en la fase final de Cajamarca— y de la masa de aliados, que encontraban la ocasión de satisfacer tal vez antiguas rivalidades, de hacer prisioneros, e incluso de practicar con ellos la antropofagia.

## LAS GUERRAS CIVILES.

Caso aparte en la historia de la época de la Conquista constituyen las guerras civiles, guerras entre bandos españoles, en las que, dada la condición de ambos contendientes, era de aplicación y utilidad la experiencia europea. En estos casos sería diferente el modo de combatir, al tener semejante nivel tecnológico y semejantes medios de lucha las dos partes —acero contra acero, jinete contra jinete, cañón contra cañón—, lo que obligaba a emplear también tácticas semejantes a las desarrolladas en Europa.

Sólo como anécdota cabe hablar en este caso de Cempoala. Cortés rehuyó astutamente el combate diurno, mientras caía la lluvia. Luego dio el golpe de mano contra la pirámide —el “teocalli”— donde creía haberse hecho fuerte su contrincante, Pánfilo de Narváez, que fue capturado. La aparente facilidad —¿podríamos decir “felicidad”?— del suceso no debe, sin embargo, ocultarnos lo mucho que se jugaba detrás: la hueste de Cortés diezmada tras la “Noche Triste”, la ciudad de Tenochtitlán sublevada contra los españoles, la lenta preparación del incierto asedio, y entre tanto la maniobra de los rivales del extremeño, que a punto estuvo de provocar la matanza de los españoles entre sí, y luego su exterminio por los aztecas. Otro caso fue el de la guerra de las Salinas, en el agitado mundo peruano posterior a la Conquista. En el encuentro decisivo, el bravo pero humilde Francisco Pizarro se sirvió de quien sin duda fue uno de los grandes capitanes españoles forjados en Italia: Pedro de Valdivia, que en esta ocasión tuvo bajo su mando 800 mosqueteros y piqueros y 50 arcabuceros. La batalla, para él, hubiera podido tener como fondo las pendientes de los Apeninos, o las llanuras del Po. Pero eran españoles los que combatían por ambas partes. El maestre de campo del antagonista Diego de Almagro, Orgóñez, se hallaba en inferioridad, con sólo 600 peones y 14 arcabuceros, y así, aunque los almagristas pusieron gran empeño en armar su caballería pesada, la suerte se decantó por Pizarro.

No mucho después, otra gran guerra civil se abatió sobre el Perú. Otro Pizarro, Gonzalo, se erguía como adalid de los encomenderos, contra las Leyes Nuevas, tenidas por injustas, promulgadas por el emperador Carlos V. En este caso, el representante del emperador, el virrey Blasco Núñez de Vela, contaba sólo con 300 hombres. Frente a él, Gonzalo Pizarro pudo alinear 800. Diminutos conjuntos armados, pues, decidían en los remotísimos Andes el destino del Imperio español. Y en este caso, como dice el romance, Dios ayudó a los “malos”, que eran más que los “buenos”: el virrey fue vencido, capturado y ejecutado en el campo de batalla. Ciertamente no se trataba de un juego de niños, aunque nunca como entonces —recordemos el precedente caso de México— se puso en peligro la permanencia del poder español sobre el Perú. Pero para nuestro objeto, lo importante es tomar nota de la táctica empleada: como si de un ejercicio más que ensayado se tratara, ambos contendientes formaron en el centro un cuadro de piqueros prestos a rechazar la caballería —cosa impensable, si se tratase de un combate contra los indios—; en las alas y en la reserva situaron la muy nutrida caballería, dejando a los grupos de arcabuceros para que libremente escaramuzaran y hostigaran al enemigo.

El último gran encuentro de esta época tuvo lugar en Sacsahuamán. Por segunda vez Valdivia, inopinadamente llegado de Chile, mandaba o dirigía las fuerzas leales. Esta vez, quién lo hubiera dicho, contra un Pizarro, familia humilísima pero ante la que Pedro de Valdivia, de más ilustre cuna, se sentía obligado por anteriores mercedes. Al lado del enviado real, Pedro de Lagasca, enfrentado al rebelde Gonzalo Pizarro, Valdivia superó todas las dificultades y trampas que se le presentaron en el trayecto de Lima al Cuzco, y en las afueras de esta ciudad, en el lugar de Sacsahuamán, libró la batalla decisiva. Sus 460 arcabuces se enfrentaban con los 550 de los pizarristas (grande había sido la difusión de esta arma que ya se fabricaba en América). El rebelde Pizarro, cuyo ejército había mandado el terrible Gaspar de Carvajal, contaba además con 200 caballeros y más de 600 peones, mientras que Valdivia disponía de superior artillería.

Pero no fue el número, sino la maniobra lo que venció a los rebeldes, y en esto el servicio de Valdivia fue impagable. Si no fuera cierta, merecería serlo la anécdota que dice que Carvajal, con sólo ver el despliegue de las fuerzas realistas o imperiales, adivinó la presencia de Valdivia en el campo contrario. Realmente bastó el fuego de los arcabuceros y artilleros de Valdivia para que el ejército de Gonzalo Pizarro, ya debilitado por la propaganda y las ofertas de los adversarios, se deshiciera y cambiara de bando, poniéndose al lado de Lagasca.

Las guerras civiles y batallas entre españoles, a las que los indios asistían impasibles, supusieron un freno a la expansión —que no siempre había de ser rápida y feliz— y una válvula para el desahogo de expectativas demasiado ambiciosas a las que los tesoros de México y del Perú habían dado pábulo. Poco después de mediado el siglo XVI la actitud de los colonos de las Indias cambió definitivamente, de modo que no volvería a haber guerras civiles hasta los días de la Independencia.

## LA CONSERVACIÓN DE LAS INDIAS.

Tan pronto como el dominio sobre cada provincia era establecido, su defensa frente a cualquier enemigo quedaba confiada al reducido grupo de los encomenderos. Serían así fuerza de ocupación y de conservación, actuando de manera semejante a como lo venían haciendo en las últimas décadas de la Reconquista los caballeros nobles o de cuantía en las ciudades andaluzas de la frontera del Islam. La vivencia de la frontera no estaba lejos de quienes diseñaron la primera traza del México español, tratando de crear un núcleo sólido y sin fisuras (18), o de quienes edificaron los conventos franciscanos fortificados del valle de México —que repiten la silueta de conventos inmediatos a la misma Sevilla.

La concesión de una encomienda, desde los tiempos de Cortés en México, llevó aparejado el servicio militar especialmente obligatorio para su beneficiario (además de la obligación de proteger y adoctrinar a sus indios). Aparte de esto, las ordenanzas de Hernán Cortés de 1524 obligaban a todos los vecinos y moradores a proveerse de armas de fuego, vista la posibilidad nada improbable de un repentino movimiento antiespañol de los indígenas. Aunque lo cierto es que ese movimiento nunca se produjo, que los naturales de México y su contorno colaboraron en el sometimiento de la gran sublevación de los "chichimecas" del Mixtón, y que durante siglos los españoles gozaron de la máxima seguridad interior en el virreinato de Nueva España.

Las obligaciones derivadas de una merced de encomienda no dejaban por eso de ser ciertas: al encomendero de menos de 500 indios se le exigía un equipo bélico especial que incluía ballesta o escopeta, pero no caballo. A los que tenían entre 500 y 1000 indios, caballo o yegua de silla. A los de encomiendas aún mayores, además de todo lo anterior, se les pedía que tuvieran 3 lanzas, 6 picas y 4 ballestas o escopetas para armar a otros hombres. Además la encomienda obligaba a residir en el país ocho años, asegurando de ese modo su mantenimiento en el seno de la Corona española (19).

Evidentemente, aunque no de manera exclusiva, la encomienda había sido proyectada por Cortés con una función defensiva, la de hacer frente a posibles movimientos subversivos de los indígenas, aunque también pudieran ser movilizadas los encomenderos y sus séquitos en caso de amenaza exterior.

## LA DEFENSA DE COSTAS Y FRONTERAS.

Según el Derecho castellano medieval vigente en los tiempos de la Conquista —todavía se hallaban en uso los castillos andaluces de la Sierra Norte, de la "raya" de Portugal, de la frontera de Granada y de las costas mediterráneas y atlánticas, amenazadas por los piratas berberiscos—, sólo el rey podía levantar fortalezas, nombrar sus alcaldes y tener en ellas soldados pagados. Pero al aparecer las Indias empezaron a hacerse concesiones en las capitulaciones a favor del caudillo conquistador y sus descendientes, dejando a su cargo la construcción de la misma fortaleza.

Las primeras y mínimas obras de fortificación, aparte de la especial traza de México —donde por ser el territorio lacustre no se creía posible construir murallas— se hicieron en fecha tardía (Santa Marta, 1524; Santo Domingo, 1539), con guarniciones muy reducidas, como de una docena de hombres entre peones y artilleros, que se consideraban suficientes para guardar una ciudad y su puerto contra los indios del país o los posibles corsarios europeos.

Tiempo adelante, frente a la creciente agresión de los corsarios europeos, las fortificaciones y guarniciones costeras habrían de adquirir mayor consistencia: en la década de 1580, San Juan de Puerto Rico tenía ya 50 soldados llevados de la península, Cartagena 180 hombres (de los que 47 eran mosqueteros), más los 58 soldados y los tres artilleros de las galeras que tenían su puerto como base. Fueron muy pocos en número los hombres que hicieron la historia de América en el siglo XVI.

## CONCLUSIÓN.

Podemos concluir que en América, en los días de la Conquista, empleó España una organización militar *sui generis* cuyos rasgos sobresalientes son:

1. El carácter voluntario del alistamiento de hombres que sirven, jefes y tropa, "a su costa e minción", es decir, a sus expensas, sin sueldo.
2. La provisionalidad de esta fórmula, dado que cada hueste se disuelve al término, con éxito o sin él, de cada empresa.
3. La transformación de los compañeros en pobladores, conforme se va asentando la colonización, apareciendo con ello una disponibilidad militar semejante a la de los vecindarios peninsulares —en particular los andaluces—, y cuyo núcleo son los encomenderos.
4. La práctica inexistencia de tropas permanentes y con salario del rey, siendo contadísimas y muy pequeñas las guarniciones defensivas situadas en las costas o las fronteras de indios. La defensa interior y exterior de las Indias quedaba confiada a los mismos colonos.

## N O T A S

(1) "De una Castilla sin burguesía y sin espíritu burgués nació el conquistador, nació el héroe de la empresa española". Sánchez Albornoz, Claudio: *La Edad Media española y la empresa de América*. Madrid 1983, pág. 99. Como Sánchez Albornoz, también pone gran énfasis en el carácter religioso de la colonización española Tovar, Antonio: *Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos*, México 1981.

(2) "Con una pobreza de medios técnicos que asombra", en frase de Morales Padrón, Francisco: *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*, Madrid 1981, pág. 26.

(3) La Conquista de América se llevó a cabo con unos pocos miles de hombres, diez mil quizá, según Durand, José: *La transformación social del conquistador* (México 1953; 2 vols.), I, 27.

(4) Sobre los posibles antecedentes bajomedievales de esta peculiar organización, vid. Ramos Pérez, Demetrio: *Determinantes formativos de la "hueste" indiana y su origen modélico*. Santiago de Chile 1965.

- (5) Ramos Pérez, Demetrio: *El conflicto de las lanzas jinetas: el primer alzamiento en tierra americana durante el segundo viaje colombiano*. Valladolid 1982.
- (6) García Gallo, Alfonso: "El servicio militar en Indias". *Estudios de Historia del Derecho Indiano*, Madrid 1972, 745-812.
- (7) López Ruiz, Jesús María G.: *Hernández de Serpa y su "bueste" de 1569 con destino a la Nueva Andalucía*, Caracas 1974, sugiere, págs. 210-213, que los alistados en las empresas indianas serían en gran medida gentes vinculadas a la ganadería de Castilla, concretamente a la Mesta y a las cañadas utilizadas para la trashumancia.
- (8) Morales Padrón, Francisco: *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*, cit., 289-299, hace una excelente descripción. Vid. también Zavala, Silvio: *Las instituciones jurídicas de la conquista de América*, México 1971 (2.ª ed. rev. y aumentada), págs. 106-122, 174-181, 501-528 y 540-545. Meza Villalobos, Néstor: *Estudios sobre la conquista de América*, Santiago de Chile 1971, que recoge trabajos aparecidos desde 1937, sobre las empresas españolas en América y el capitán de conquista. Gómez Pérez, Carmen: "Las huestes indianas", en Navarro García, Luis (coord.): *Historia de las Américas* (Madrid 1991; 4 vols.), I, 447-469.
- (9) De las condiciones que debían tener jefes y soldados escribió extensamente un tratadista del siglo XVI, Vargas Machuca, Bernardo de: *Milicia y descripción de las Indias* (Madrid 1599; 2.ª ed., 1892). Sobre el autor, vid. el estudio reciente de Martínez de Salinas, M.ª Luisa: *Castilla ante el Nuevo Mundo. La trayectoria indiana del gobernador Bernardo de Vargas Machuca*, Valladolid 1991.
- (10) Salas, Alberto Mario: *Las armas de la conquista*. Buenos Aires 1950.
- (11) Gardiner C., Harvey: *Naval Power in the Conquest of Mexico*. Austin 1956.
- (12) Friederici, Georg: *El carácter del Descubrimiento y de la Conquista de América* (México 1973; 1.ª ed. en alemán 1925), páginas 455-456.
- (13) Martínez, José Luis: *Hernán Cortés*, México 1990, pág. 332.
- (14) Céspedes del Castillo, Guillermo: *América Latina colonial hasta 1650*, México 1976, pág. 35.
- (15) Martínez, Hernán Cortés, cit., pág. 318.
- (16) Guillén Guillén, Edmundo: *Visión peruana de la Conquista*. Lima 1979.
- (17) Góngora, Mario: *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530). Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista*, Santiago de Chile 1962. Aquí se plantea la comparación entre este tipo de operaciones y las de la vieja frontera de moros peninsular, las realizadas sobre la costa africana y Canarias, y las posteriores de las "bandeiras paulistas" en el Brasil.
- (18) O'Gorman, Edmundo: *Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México*. México 1938.
- (19) García Gallo, "El servicio militar", cit., pág. 779.



## LA ARTILLERÍA DEL CONSEJO DE INDIAS

**Guillermo Frontela Carreras**

Teniente Coronel de Artillería

El descubrimiento, exploración y población de las tierras de Indias precisaban atenciones y era una fuente de grandes beneficios para la Corona española. Sin embargo unas y otra no podrían conseguirse sin el establecimiento de unas comunicaciones marítimas seguras entre esas tierras y la metrópoli, a lo largo de la ruta denominada *Carrera de Indias*.

Pronto comenzaron a multiplicarse el número y volumen de las expediciones. Para organizar estas partidas, hacer el acopio de víveres, los preparativos de los pertrechos necesarios para el viaje y la distribución de la mercancía en los puertos de llegada, se creó en Sevilla la *Casa de Contratación y Negociación de las Indias*, en 1503, que pasaría a depender del *Consejo de Indias*, creado en 1524, como organismo superior, que entendería de cuantos asuntos estuvieran relacionados con el Nuevo Continente.

### La Carrera de Indias.

La *Casa de la Contratación* se encargó de la activación del complejo mecanismo de la Carrera, constituyéndose en el puesto de mando y organismo que proporcionaría la estructura administrativa y técnica necesaria para organizar el tráfico de la misma y proveer a las flotas de pilotos, instrumentos de navegación, artillería y personal necesario para su servicio, entre otras cosas.

Las valiosas cargas procedentes de América empezaron a llamar la atención de otros países y a despertar la codicia de los piratas. Desde 1522, que el corsario italiano Juan Florín, al servicio de Francia, capturó dos de las tres naos enviadas por Cortés a España con parte de los tesoros aztecas, se evidenció la necesidad de defender los navíos mercantes en sus viajes de ida y regreso a las Indias. Para protegerse de estos ataques se dispuso que las naos navegasen en grupos o *en conserva*, como se decía en aquella época, y fueran armadas y sometidas a cierta disciplina que les proporcionara apoyo mutuo.

También en ese año se dispuso que todas las naos fueran artilladas y se ordenó la constitución de una armada para guardar los mares de poniente contra los ataques corsarios. Como su resultado fue insuficiente, en 1526 se previno que las naos merchantas navegasen formando convoy o flota y, ante la reticencia a seguir las advertencias del Gobierno, en 1543 se ordenó que navegasen reunidas, formando dos flotas, que partirían de España en los meses de marzo y septiembre, escoltadas por un buque de guerra, armado con fondos de la avería.

Desde que en 1545 se descubriera, por casualidad, la mina de Potosí y en años siguientes otras en Zacatecas, Guanajuato, Cuencamé, San Luis de Potosí, Pachuca y Sombrerete, de las que el principal mineral extraído era la plata, la

cual había que transportarla a España, los cargamentos de las flotas de Indias tenían un gran valor y el riesgo de pérdida de los mismos se acentuó al sumarse a la eventualidad de los desastres naturales la avaricia y codicia de los piratas.

Esta protección quedó reglamentada según Real Cédula del 10 de julio de 1561, que fueron regularizados los convoyes y constituidas las *Armadas de Guarda de la Carrera de Indias*. Se organizarían dos flotas anualmente, una con destino a cada uno de los dos virreinos existentes en Indias, de México y Perú, que partirían del río de Sevilla, protegidas por una Armada Real. Así quedaba configurado el sistema definitivo de funcionamiento de las Flotas de Indias que persistiría hasta 1778 en que quedaron suprimidas.

Según orden de 1605 cada buque mercante debía llevar dos piezas de artillería de bronce, que tenían que devolver a su regreso y mientras la Casa de Contratación no reunía las condiciones para suministrarlos, los armadores y capitanes de buque se proveían de las que precisaban por compra directa, cuando podían.

Toda flota o armada debía ir al mando de un general, que asumía la responsabilidad de cuanto concernía al viaje. Estos generales eran nombrados por el Rey, sin embargo los de las flotas, durante algún tiempo, fueron nombrados por la Casa de Contratación, que así mismo proporcionaba el personal destinado a servir tanto en las naos merchantas como en la de armada, así como el necesario para las piezas de Artillería que portaban. Además llevaban un Almirante y un Gobernador del Tercio de Infantería, empleándose como naos de armada las más apropiadas de capacidad superior a 300 toneladas, entre las que se elegían las naos *Capitana* y *Almiranta* donde iban el General y el Almirante respectivamente.

Aunque el cometido principal de la Casa era el impulso y control del comercio, especialmente en lo que respecta a las regalías de la Corona y la regularización y defensa de la navegación de la Carrera de Indias, también se encargó de la fabricación y suministro de los cañones, pólvora y demás pertrechos necesarios para las armadas y plazas de Indias, de la promoción del personal para el servicio de la Artillería y de proporcionar, en algunas ocasiones, artilleros y fundidores para las provincias de ultramar.

### Artillería empleada en la Carrera de Indias.

La primera iniciativa interesante de defensa de la Carrera de Indias se debe al Rey Felipe II, impulsor de un plan que contemplaba tres aspectos: defensa marítima, con un sistema de flotas y Armadas, defensa estable mediante la construcción de fortificaciones y defensa permanente a través del establecimiento de guarniciones en los principales enclaves.

Como consecuencia de este plan defensivo se precisó dotar de artillería a la Flota de Indias, fuertes y castillos de sus costas. Las fundiciones españolas eran numerosas pero se encontraban principalmente en el continente europeo y aunque con posterioridad se levantaron algunas en ciertos lugares de América, la necesidad de artillería movió a la creación de la Fundición de Bronces de Sevilla para atender de forma preferente al artillado de las Flotas y de las fortificaciones americanas de la Carrera de Indias.

El cañón o trueno, a bordo de navíos, cuyo primer empleo se remonta, probablemente, al año 1372 por los castellanos en la Rochela, como arma de desgaste, fue el arma defensiva principal empleada por las naos de las armadas de la Carrera de Indias. En estos navíos se embarcaba personal, encuadrado en las dos categorías de *gente de mar* y *gente de guerra*. El primer grupo estaba constituido por los marineros y los artilleros y el segundo por las tropas combatientes.

A principios de siglo XVI se instituyó el cargo de capitán como mando supremo de la galera, encargado de dirigir la maniobra al frente de la *gente de mar*, y las operaciones de combate de la *gente de guerra*. En el grupo de la *gente de mar* figuraban los condestables o cabos bombarderos, responsables de la conservación y empleo de la artillería con el auxilio de cierto número de artilleros titulados. El grupo de *gente de guerra* estaba constituido por soldados profesionales, al mando de un cabo, sargento o alférez, dependiente directamente del capitán, con la única misión de combatir.

Las dotaciones de artillería y de armas defensivas para los navíos quedaron reguladas por las Ordenanzas refundidas de Carlos I, de 1535 y 1552, reiteradas por Felipe II en 1562 y 1573 y ampliadas posteriormente para naves de más de 400 toneladas.

La obligación de llevar artillería en las naos de la Carrera de Indias quedó regulada con diversas leyes, ordenando la cantidad a transportar y su colocación, como las promulgadas por el Emperador Don Carlos:

“Las naos lleven toda la artillería de bronce que puedan portar. Y el Juez Oficial que fuere al despacho de cada flota, ordene y disponga los mosquetes, arcabuces y armas que cada nao ha de llevar, y la gente que fuere en cada una; y ningún pasajero ni marinero ha de ir sin armas, y se les ha de proveer á todos de municiones, bastimentos, pólvora, plomo y cuerda, y lo demás necesario”. “La artillería vaya puesta adonde el visitador señalare”.

## Cargos de la Artillería.

Para regentar las diferentes partes del ramo de la Artillería de las armadas y flotas de la Carrera de Indias, bajo la autoridad o dependencia del Tribunal de la Casa de Contratación fue creado el cargo de *Artillero Mayor de la Carrera de Indias*, el 25 de febrero de 1576, recayendo en Andrés de Espinosa, que posteriormente quedaría supeditado al Capitán General de la Artillería.

Por cédula, firmada por S.M, en Madrid con fecha 24 de enero de 1577 se otorgaba el título de *Artillero Mayor de la Armada de la Carrera de Indias* a Cosme Pascualy, con un salario anual de 56.250 maravedíes.

Andrés Muñoz el Bueno fue nombrado *Artillero Mayor de la Casa de Contratación* por cédula de 1 de noviembre de 1597 por fallecimiento de Andrés de Espinosa con las mismas honras, preeminencias y demás ventajas que debía gozar en atención a su oficio y con el mismo salario que venía percibiendo el anterior Artillero Mayor, de 330 ducados, pagados por la avería y los maestros y dueños de naos en partes iguales.

El Artillero Mayor tenía a su cargo la enseñanza de la Artillería para todos los que querían servir en las Armadas y flotas de la Carrera de Indias. Las leyes promulgadas por Felipe II, fechadas el 20 de febrero de 1576, habilitaban a dicho Artillero para que instalase en las proximidades de Sevilla un “terrero” o campo de tiro, donde poder efectuar las prácticas de la artillería. Así mismo se le autorizaba a echar bandos y escribir a las ciudades de Cádiz, Málaga y otras para que los artilleros acudiesen a dicho campo para ejercitarse en el tiro de cañón.

Otras leyes del 18 y 28 de febrero de 1576 regulaban la forma de efectuar la enseñanza de la Artillería: El Artillero Mayor debía encontrarse en dicho “terrero” los días que no fuesen de feria para enseñar su facultad. por lo menos dos horas por la mañana y otras dos por la tarde, a los que acudiesen a aprender. bajo pena de perder su salario el día que faltase.

En ellas se establecían las formalidades para examinar a los artilleros, debiéndose hacer en presencia del Artillero Mayor, de un juez de la casa de contratación y de cuatro o cinco artilleros examinados, los cuales le harían preguntas respecto al uso y ejercicio de la artillería, pólvora y fuegos artificiales. De no responder apropiadamente a dichas preguntas el candidato sería suspendido y debería asistir dos meses más a las clases en el “terrero”.

La importancia de que los artilleros de las flotas fueran naturales de los reinos de España, en cumplimiento de lo ordenado por Su Majestad, era una constante preocupación del Artillero Mayor.

Felipe III promulgó una ley 30 de enero de 1602, en San Lorenzo, para que el Artillero Mayor ejercitase a los artilleros de San Lúcar y otras partes. Con el fin de que no faltaran artilleros para las armadas y los marineros naturales del Condado de Niebla, Marquesado de Ayamonte y Ciudad de San Lúcar no dejasen de acudir o la Escuela de Artillería para ser examinados de artilleros y al no poder desplazarse éstos, a causa de su pobreza, el Artillero Mayor iría por esos pueblos, cuando menos falta hiciera en Sevilla, para habilitar a dichos marineros, llevando consigo una pieza de artillería y alguna pólvora para efectuar las prácticas.

La Ley de 21 de noviembre de 1603 daba autoridad al Artillero Mayor para extender las patentes correspondientes a los artilleros examinados y aprobados, para que pudieran gozar de las preeminencias que las Leyes concedían, obligándose a servir en las armadas de Su Majestad con los sueldos estipulados.

Por ley del 14 de marzo de 1614 se establecía que era responsabilidad del Artillero Mayor las propuestas de los artilleros para las armadas y flotas al Capitán General o a su Teniente, para que éstos escogieran los más a propósito e hicieran los nombramientos correspondientes.

La ley firmada en Madrid el 24 de marzo de 1614 establecía que el Artillero Mayor, a través del Teniente de Capitán General, debería enviar a los puertos de Condado de Niebla y otros puertos, que estimase oportuno, cuadernillos de práctica de la Artillería para los marineros, dirigidos a los Corregidores o Capitanes que hubiese en dichos puertos, a fin de que les obligase a aprender de memoria las reglas de marinería, porque sabiéndolas bastarían ocho días de prácticas en San Lúcar con dicho Artillero Mayor para estar en condiciones de ser examinados.

El Artillero Mayor debía encontrarse presente en todas las operaciones que realizase la Casa de Contratación relativas a compras de artillería, armas y municiones para reconocer los materiales y comprobar que eran de la calidad y características exigidas para la seguridad de la Armada. Para ello asistía en compañía de un Juez oficial de la Casa cada vez que se compraba artillería, armas y municiones para la Armada y flotas, así como a las fundiciones de artillería a fin de comprobar que las piezas se estaban fabricando con la perfección necesaria.

Para que existiera, dependiente de la Casa de Contratación, el cargo de *Mayordomo de Artillería*, como persona encargada del numerario de los efectos, recepción, consignación y distribución de todo el material del ramo — cargo conocido anteriormente como *Tenedor de las cosas de Artillería* y que posteriormente recibiría el título de *guardaalmacén*—, Felipe III promulgó una ley, el 19 de julio de 1608, en Lerma, responsabilizando al Mayordomo de la Artillería tomar y tener razón de las armas, municiones y pertrechos de guerra existentes en los almacenes de Sevilla, San Lúcar y otras partes de España.

Así mismo, la Casa de Contratación, ante la necesidad de dotar a los establecimientos artilleros creados bajo su dependencia, como la Fundición de Bronces y la Escuela de Artillería y a las naos de la Carrera de Indias, de los medios de fabricación, almacenaje, custodia y control de piezas de artillería, pólvora y pertrechos, determinó la creación del cargo de *Veedor y Contador de la Artillería de Sevilla*, con el cometido de llevar la cuenta y toma de razón de todos los artículos del ramo que se movieran.

## La Fundición de Artillería de la Casa de la Contratación.

Los aires renovadores propios del Renacimiento, que a finales del siglo XV introdujeron en España una corriente vitalizadora a través de la cual la Unidad política conseguida en lo exterior se abría a Europa, se vieron avivados por las consecuencias del Descubrimiento de América, permitiendo ampliar hasta límites insospechados las posibilidades existentes. Una fiebre innovadora surgía por doquier y la ciudad de Sevilla se mostraba abierta al mundo entero constituyéndose en un lugar privilegiado donde se daban cita personas y nacían ideas.

Esta ciudad, gracias a su privilegiada situación, con una salida al mar camino de las Indias, se convertiría en el principal núcleo logístico del Nuevo Continente y España, al transformarse en centro de poder y de intereses de ámbito mundial, se vería envuelta en numerosos conflictos bélicos: uno de ellos, la Guerra de Granada, sería el acicate principal que movería a la creación de Casas de Maestranza y Fundiciones de Artillería.

No existen noticias dignas de crédito referentes a los comienzos de las industrias de fundiciones en Sevilla. Se sabe que tomaron auge a partir del siglo XIV pero fue a finales del XV y comienzos del XVI cuando experimentaron un gran empuje a causa de la gran demanda de artillería existente como consecuencia de las crecientes necesidades para la defensa de los barcos y puertos de la Carrera de Indias.

Sevilla contaba con una antigua tradición de fundidores y artesanos del metal. En 1487 Ramiro, Maestre Mayor de Artillería de los Reyes Católicos, fue facultado, a través de una carta dirigida por los Monarcas a la ciudad de Sevilla, para cortar de los montes la madera que precisara y extraer de las minas de hierro de Sevilla y Córdoba el mineral necesario para fabricar piezas de artillería. Así mismo en los archivos de Protocolos, municipal y de varias iglesias de Sevilla pueden examinarse documentos con numerosas alusiones a los artesanos del gremio del metal allí existentes, encontrándose en los maestros de hacer campanas y en sus talleres el origen de las fundiciones de artillería.

Por ello Sevilla parecía la ciudad aconsejable para la creación de una importante industria de fundición que, sustentada en su tradición y amparada en su situación privilegiada, se vería convertida en la primera fábrica de artillería de España.

Los primeros trabajos que se harían en las fundiciones de bronce de Sevilla serían prototipos de cañones dependientes de la libre iniciativa de los fundidores, siendo característica de esta época, por tanto, la arbitrariedad y la

fantasía de los modelos realizados. La iniciativa dejada a los maestros fundidores fomentaba una perjudicial anarquía para los intereses de la Artillería, a causa del gran número de calibres fabricados que obligaba, en consecuencia, al empleo de diferentes tipos de munición.

Probablemente durante la visita cursada por el Emperador Carlos I a Sevilla, en mayo de 1526, los dirigentes de la Casa de Contratación expusieron al monarca la conveniencia de instalar una fundición de artillería en la ciudad para dotar a los navíos de la Carrera de Indias con las armas allí producidas. La carta que el Emperador envió al Marqués de Tarifa, en 1528, confirmaba tal suposición; en ella se recomendaba al Mayordomo de Artillería Diego de Silva que "por no existir Fábrica en Sevilla, y necesitando armar galeras construidas en Barcelona y Tortosa, proceda a pesar los cañones que tenía en su palacio dicho marqués y se haga cargo de ellos después de pagarlos".

No hay certeza sobre la fecha exacta de la apertura de la Fundición de Bronces de Sevilla, aunque existen muchos antecedentes y documentos relativos a los trabajos de fundición efectuados en esa ciudad. Francisco Laso, "fundidor de Sevilla", ejercía su empleo en 1534 y en 1541 construyó un falconete con cobre traído de Cuba. Don Ramón de Salas, en su Memorial Histórico de la Artillería Española menciona de forma imprecisa una pieza existente en 1814 en Cádiz, que había sido fundida en 1542 en Sevilla.

En el catálogo de la Fábrica figura como fecha inaugural el año 1540. Con ella coinciden algunos tratadistas como Vigón y Martín Torrente, sin embargo en lo que coinciden todos los historiadores es que Juan Morel, "maestro de hacer campanas" y "fundidor de artillería y de campanas" compró tres solares en el barrio de San Bernardo, en las afueras de la ciudad, el 13 de noviembre de 1565, en los que "Morel construyó dos hornos y estableció un taller de fundidor, con la finalidad de surtir al Rey de cuanto necesitase", según queda acreditado en un documento existente en el Archivo Municipal sevillano, convirtiéndose, probablemente, en el primer maestro fundidor de la Fundición Sevillana.

A pesar de las dudas relativas a la datación de la apertura de la Fundición de Bronces de Sevilla todo lo expuesto apunta a que en el año 1565 más que iniciarse la fabricación de cañones en dicha fundición lo que se hizo fue una ampliación de la fábrica para poder atender cada vez mejor a los pedidos reales, que llegaban en constante aumento.

El interés tomado por la Administración para dotar de artillería a las naos de la Carrera de Indias potenció su fabricación en la fundición de Sevilla, en detrimento de otras como la de Málaga, que desde principios de siglo venía haciendo un excelente trabajo. Así, esta fundición experimentó graves crisis a lo largo del siglo XVII, llegando a carecer de fundidores y aunque se decidió mejorarla en 1690 a causa del fallecimiento del maestro fundidor y no encontrándose otro bueno el Consejo de Guerra decidió que todas las piezas viejas de las plazas del Norte de África fuesen enviadas a Sevilla, junto con el bronce existente en la fundición malagueña.

A partir de 1568 los encargos eran efectuados a Bartolomé Morel, hijo de Juan, que también había trabajado con su padre y abuelo en el mismo taller, como se deduce de un documento existente en el Archivo de Indias en el que se ordena a la Casa de Contratación la entrega de cierta cantidad de estaño y cobre a la fundición. Posteriormente Gil Vambel se haría cargo de todas las instalaciones y ampliaría los talleres, dándoles una estructura más apropiada para poder llevar a cabo la fabricación de toda la artillería solicitada por el Rey.

La Fundición de Sevilla estaba en uno de sus momentos de mayor auge y ya podía suministrar toda la artillería que precisaban las flotas de la Carrera de Indias, principalmente a las naos merchantas, que estaban haciendo la ruta sin la suficiente artillería de bronce para su defensa o la llevaban de hierro colado.

Probablemente el Estado, comprendiendo lo peligroso que podía resultar que una industria de tanta transcendencia para los intereses nacionales estuviera en manos privadas, decidió hacerse cargo de su control. Para ello procedió a la compra del edificio, operación que se ejecutó el 11 de mayo de 1634 y los fundidores pasaron a ser los técnicos de la nueva empresa, siendo contratados por el sistema de asiento o exclusiva de fundición por períodos de diez años.

En 1641 la Fundición de Bronces de Sevilla atravesó una grave crisis, por la escasez de fundidores, los cuales cada vez se veían menos motivados por la falta de incentivos económicos, originando una solicitud de fundidores a Flandes.

Sería durante el reinado de Carlos III, y gracias a su decidida reforma del ejército, cuando la Real Fábrica de Artillería de Sevilla experimentaría la transformación más grande convirtiéndose en una industria cuyo prestigio sería reconocido más allá de nuestras fronteras.

Entre las últimas noticias que se tienen de la Fundición de Artillería de Sevilla, bajo control de la Casa de Contratación es de destacar la fabricación y pruebas de fuego hechas en 1781 con cuatro cañones de a 24 de bronce, fundidos en sólido; dos con la técnica tradicional española y otros dos con cobres afinados con la técnica de Mr. Dusserre con el fin de determinar el método más apropiado a emplear.

Desde el año 1777 hasta mediados de 1812, en que las tropas napoleónicas salieron de Sevilla, la fábrica había estado fundiendo sin interrupción mayor o menor cantidad de artillería de acuerdo con las disposiciones del gobierno, llegando a producir, en 1794, 418 piezas de todos los calibres y 410 en 1795.

En 1796 queda la Fundición configurada como un establecimiento fabril apropiado para producir la cantidad y calidad de piezas de artillería que demandaban las necesidades. La producción se incrementó, por un lado a causa de las mejoras técnicas incorporadas y por el otro como consecuencia de la disminución paulatina de la actividad en la Fundición de Barcelona, que cesaría por completo en 1802.

Recuperada la fábrica sevillana por las autoridades españolas, en 1812, se encontraron que al abandonarla los franceses habían inutilizado todos sus hornos, necesitando una urgente reparación uno de ellos para poder continuar los trabajos de fundición, los cuales fueron reanudados en noviembre del mismo año, suspendiéndose en 1817. Las labores de fundición volvieron a reanudarse en 1820, se paralizaron nuevamente en 1823 y se continuaron en 1824, habiéndose llegado a fabricar 7.777 piezas de todos los calibres, incluyendo las que, en diferentes ocasiones, se hicieron para la Marina.

De las reformas iniciadas en 1754 en la Fundición de Bronces sevillana, a finales del siglo surgiría un soberbio edificio, de una nobleza extraordinaria, cuya estructura es un buen punto de referencia para el estudio de la arquitectura industrial del siglo XVIII.

### **La Escuela de Artillería de la Casa de la Contratación.**

Hasta 1575 las necesidades de artilleros para la Marina eran cubiertas por la Artillería de tierra y por regla general con personal extranjero, a pesar de la disposición existente de no admitir a nadie que no fuera natural de los reinos de Castilla, Aragón o Navarra. Con el fin de seleccionar los individuos que debían embarcarse como artilleros en las Flotas y Armadas para las Indias, y evitar los daños que del sistema en práctica podía derivarse, en ese año se fundó en la Casa de Contratación de Sevilla una Escuela de Artillería para la Carrera de Indias, que posteriormente pasaría a depender del Capitán General de la Artillería.

Para dirigir esta Escuela fue designado Andrés de Espinosa, *Artillero Mayor del Rey*, natural de Sevilla, comenzando su labor, como catedrático de la misma, impartiendo cursillos de dos meses de duración para los que querían servir de artilleros en las armadas de Indias. Espinosa se distinguiría como escritor didáctico, siendo suyo el *Programa o instrucción para la conservación, manejo de cañones y utensilios de artillería*.

El régimen de esta "escuela de artillería naval" está registrado en la disposición o *estatutos* dada a Espinosa por Real Cédula de 28 de febrero de 1576, titulada: "Lo que ha de hacer y guardar Andrés de Espinosa, artillero de S.M., en enseñar su oficio, en la ciudad de Sevilla, á las personas que lo quisieran aprender y la orden que se ha de tener y S.M. manda que se guarde en el examen de los artilleros".

Los aspirantes al empleo de artillero tenían que asistir a dos meses continuos de clases, relativas a la práctica, uso y ejercicio de la artillería, y después pasar un examen ante un tribunal formado por el Artillero Mayor, un juez de la casa de Contratación y cuatro o cinco artilleros aptos. Todos ellos podían formular preguntas al alumno y el Artillero Mayor certificaba su asistencia a los ejercicios de fuego. Los aprobados disfrutaban de muchas preeminencias que estaban recogidas en una Real Cédula.

El artillero que se adiestraba en la Escuela de artillería sevillana aprendía todo lo relacionado con el Arma, como la forma de apuntar una pieza y el cálculo de la pólvora necesaria para el disparo, y como muchas veces, en el ejercicio de su trabajo, podría encontrarse solo, se le enseñaba a arreglar fogones, fabricar pólvora, y hasta reparar y fundir cañones.

El éxito alcanzado por esta escuela animó al Capitán General de la Artillería a dirigirse al Rey exponiendo la conveniencia de que en ella se instruyesen también artilleros para los ejércitos y plazas de España. En tal sentido D. Francés de Álava, dirigió un memorial a S.M. el 17 de octubre de 1577, recomendando que se habilitasen en la artillería todos los que quisieran juntamente con los artilleros que aprendían en Sevilla para servir en la Carrera de Indias.

Los admitidos para plaza de artillero debían ser españoles, hábiles, siendo preferidos los ayudantes de artillero a los soldados de infantería cuando concurriesen ambos. Una vez admitidos debían seguir una instrucción práctica, para lo cual se dispuso que en los puertos donde existieran presidios y fortalezas se dispusiera de un terreno donde pudieran hacer ejercicios de tiro, dando premios a los mejores y nombrando cabo al más hábil.

El Capitán General de la Artillería, D. Juan de Acuña, con la intención de llevar a cabo su proyecto de recibir e instruir artilleros en Sevilla dispuso que el doctor Firrufino, a la sazón practicando su ministerio en la Escuela de Artillería de Burgos, fuese a dicha ciudad a enseñarlo, pero antes debía reunirse con él en la Fundición de Málaga, donde dicho doctor "vio y tocó con las manos algunas cosas de la Artillería en que había diferencia respecto de lo que él tenía por muy cierto y averiguado por las matemáticas".

Habiéndose suspendido la Escuela del Doctor Firrufino, en 1595 fue abierta nuevamente la del Consejo de Indias, nombrándose director de ella a Francisco de Molina que se había distinguido en 1542 interviniendo en las guerras con Francia, Alemania, Flandes e Italia; como capitán en las Jornadas de Orán y Peñón de Vélez y durante la guerra contra el reino de Granada, donde tuvo a su cargo la gente de Motril, Almuñécar y Salobreña, sirviendo después en las armadas del mar Océano, durante cuyo cometido fue nombrado, en 1543, *Capitán de la artillería de las flotas de Indias* y visitador de ellas.

A Francisco de Molina le sucedió en la dirección de la Escuela sevillana Andrés Muñoz el Bueno, que tenía los títulos de *Artillero Mayor de la Casa de Contratación*, concedido por Real Cédula de 18 de septiembre de 1600 y *Artillero Mayor de las Armadas y Flotas de Indias*, el cual, según Real Cédula de 21 de noviembre de 1600, había habilitado para el cumplimiento de sus funciones a 1.500 artilleros, de los cuales 800 ya estaban sirviendo en las flotas y presidios de Indias.

Andrés Muñoz el Bueno permaneció en la dirección de la Escuela de Artillería de Sevilla hasta su muerte, ocupando su vacante interinamente D. Gaspar González de San Millán, autor de un tratado de Artillería, que sería publicado por Cesáreo Fernández Duro en *Disquisiciones Náuticas* bajo el título de *Tratado de Artillería del Capitán Gaspar Gonzales de San Millán, Artillero Mayor de la Casa de Contratación de las Indias de la ciudad de Sevilla*.

Poco después adquiriría la plaza en propiedad D. Diego Ruiz de Avedaño, que fue nombrado maestro artillero en 1636, pero al irse a servir al ejército de Perpiñán, volvió a quedarse González de San Millán como director.

Reunidos el Presidente y jueces oficiales de la Real audiencia de la Casa de Contratación el 15 de mayo de 1693 acordaron la conveniencia que Miguel Mexia, *Artillero Mayor de las Reales Armadas y Flotas de la Carrera de Indias*, que era natural de San Lúcar de Barrameda, viviese en la ciudad de Sevilla con escuela abierta para enseñar a todos los que quisieran saber el ejercicio de artillero; así mismo que se pregonase en esta ciudad la prohibición de embarcarse ninguna persona a las Indias en calidad de artillero sin que hubiese sido examinado y aprobado por dicho Artillero Mayor.

Todavía en 1710 seguía la Casa de Contratación concediendo el título de Artillero, a través del Artillero Mayor de la Artillería de las Armadas y Flotas de la Carrera de Indias, "a fin de que como tal pueda gozar de todas las preeminencias y franquizas que Su Majestad tiene concedidas a los Artilleros examinados y aprobados por mi como tal Artillero Mayor, otorgando la escriptura de obligación de servir a Su Majestad, siempre que le manden en tierra o mar como es estilo. Fecha en Seuilla en Primero de Julio de mill y setedentos y diéz años".

### Jurisdicción de los artilleros de la Carrera de Indias.

A pesar de que los artilleros venían teniendo desde antiguo una jurisdicción especial, con fuero privativo y ciertas exenciones y privilegios, derivados de la naturaleza de sus funciones, dificultades de reclutamiento del personal apto para el servicio de la Artillería, una peculiar instrucción y mayores responsabilidades que el personal de las demás Armas,

el Rey Felipe II, promulgó una ley en Madrid el 6 de mayo de 1591 relativa a los privilegios y exenciones de los Artilleros examinados y aprobados por el Artillero Mayor de Sevilla. sobre detenciones, embargos, juicios, uso de armas y otras obligaciones.

De acuerdo con esta ley ninguno que hubiera sido examinado y aprobado por el Artillero Mayor de Sevilla podía ser hecho preso ni ejecutado, en su persona, armas, vestidos, ni en sus mujeres, camas en que durmiesen, ni en el sueldo que ganasen, el cual no podía ser embargado por ningún concepto, ni se le podía imponer la admisión de huéspedes ni gente de guerra en sus casas. Así mismo se les autorizaba a llevar armas ofensivas y defensivas en cualquier parte del Reino, incluso en lugares prohibidos y después del toque de queda, donde existiese. También podían hacer fuego con los arcabuces durante el día y en cualquier término, excepto en bosques y sotos vedados.

Las causas civiles y criminales en que hubieran sido declarados reos los artilleros eran sustanciadas en primera instancia por el Capitán General de la Artillería o sus Tenientes, estando aquéllos en tierra y, por los Capitanes Generales de la Armada o Flota encontrándose los artilleros embarcados y en etapa de apelación por la Junta de Guerra.

Según Reales Cédulas de 1.º de abril de 1597 y de 6 de agosto de 1614 se repetía lo ordenado referente a las gracias y mercedes, franquicias y libertades, exenciones, preeminencias, prerrogativas e inmunidades concedidas a los Artilleros, teniendo en consideración lo importante que era la existencia de suficiente número de Artilleros que fueran españoles, adelantados y hábiles.

Los artilleros de las armadas gozaban de las mismas ventajas, exenciones y privilegios que los artilleros de tierra por lo que habían muchos individuos interesados en conseguir el título y después ampararse en él, sin embarcarse, para disfrutar de sus beneficios sin las incomodidades de los trabajos y riesgos que la práctica del oficio acarrecaba. Por este motivo se dispuso por Cédula de 24 de marzo de 1614 que los propietarios y maestros de naos no llevasen en plazas de artilleros a los que no hubieran sido examinados.

En la *Instrucción para los Generales de las Armadas y flotas de la Carrera de Indias* firmada por Su Majestad el 7 de junio de 1597, de sus 121 artículos, 19 se refieren a la artillería, a sus obligaciones, prohibiciones y jurisdicción.

De acuerdo con esta Instrucción los artilleros que llevasen dichas Armadas y flotas debían ser también marineros y examinados de artillero y en caso "que no se allaren artilleros examinados que sean marineros, aunque aya Artilleros examinados no siendo marineros, llevara antes los Artilleros marineros aunque no sean examinados". Así mismo se prohibía llevar en las naos de Armada pasajeros en plaza de artillería, aun con licencia real, y que se le diera ración por cuenta de la avería "so pena de cincuenta mill maravedises y de pagar a la avería el sueldo y raciones que se hubiese gastado".

El general debía asistir a las visitas que se realizasen a las naos de merchanta antes de su partida para ver si estaban municionadas, abastecidas y marinadas convenientemente, especialmente a la tercera, en San Lúcar de Barrameda, cuando ya se encontraban listas para hacerse a la mar, para que "vea si tiene dentro toda la carga, artillería, armas y municiones, aguada y bastimentos y las mas cosas de respecto que por la segunda visita se la mando llevar".

## Conclusión.

Hemos visto que la Artillería española atravesó una etapa floreciente gracias al empuje experimentado como consecuencia de la necesidad de defensa del tráfico marítimo con el Nuevo Continente, para dotar a las naos de las flotas y armadas de la Carrera de Indias, fabricándose una gran cantidad de piezas y diversidad de modelos, apropiados para las diferentes aplicaciones. Así mismo la necesidad de defensa de las plazas fuertes y puertos de Indias que se iban incorporando a la Corona Española influyó en el desarrollo y evolución de la artillería de sitio, precursora de la moderna artillería de costa.

Desde el siglo XIII el valle del Guadalquivir se había convertido en el gran eje de comunicaciones y de vida urbana del Sur de España, cuya infraestructura aventajaba a la de otros lugares respecto a las exigencias de un puerto de embarque de las características exigidas. Además la experiencia comercial de Sevilla, la existencia de personal, de capacidad financiera y de una rica producción agrícola, imprescindible para los largos viajes transatlánticos, situaban a esta Ciudad en cabeza para sede de la organización y puerto de embarque de los viajes al Nuevo Mundo.



El auge tomado por esta ciudad, convertida durante casi dos siglos en la capital económica de España y centro político y mercantil, originaría la creación de una serie de instituciones, como la Casa de Contratación del Consejo de Indias. Anexo a ella se creó una Escuela de Artillería en 1575 en la que cursaban sus estudios los que querían servir como artilleros en las naos de la Carrera de Indias. La existencia de una industria de fundición en Sevilla y de artesanos relacionados con el ramo de metal también dieron origen a la creación de una importante industria de fundición artillera, que pasó a depender de dicha Casa de Contratación.

En conclusión, el descubrimiento del Nuevo Mundo potenciaría el desarrollo del arte de la fabricación de artillería y de la enseñanza de su empleo, bajo la dirección del Consejo de Indias, y dependencia de la Casa de la Contratación, desempeñando un papel muy importante en la conquista y colonización de las nuevas tierras.

## B I B L I O G R A F Í A

- 1.—*Ordenanzas Primeras de la Casa de Contratación*. Alcalá de Henares, 20-01-1503. Archivo General de Indias (Ind. Gral, leg. 418).
- 2.—*Colección de Documentos inéditos para la Historia de Hispanoamérica*. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid. (Tomo X, doc. 534 y Tomo XIV, doc. 62).
- 3.—*Norte de Contratación de las Indias Occidentales*. José Veitia y Linaje, Sevilla, 1672. (Libro II. Cap. XXII)
- 4.—*Recopilación de las Leyes de los Reinos de Indias*.
- 5.—*Las Fortificaciones Americanas de siglo XVI*. Bautista Antonelli, Madrid, 1942.
- 6.—*Colección Diplomática de España. Ordenanzas Navales de la Corona de Aragón*. Abella.
- 7.—*Itinerario de Navegación de los mares y tierras occidentales*. Escalante de Mendoza.
- 8.—Diversos documentos del Archivo General de Indias. Sevilla.
- 9.—*Cuadernos de Actas Capitulares*. Archivo Municipal, Sevilla, 1487.
- 10.—*Ensayo de un diccionario de artífices que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII al XVIII inclusive*. Gestoso y Pérez. (vól. III).
- 11.—*Actas Capitulares de Castilleja de la Guesta. Sevilla (1708-1711)*. Archivo Municipal. Escribano Juan de las Cuevas.
- 12.—*Historia Militar de España*. Ricardo de la Cierva. Ed. Planeta, 1984.
- 13.—*Significado de la Fábrica de Artillería de Sevilla*. Pedro Mora Piris (I Jornadas de Artillería en Indias, Sevilla. 1986).
- 14.—*Las Armadas de Felipe II. Historia de la Marina Española*. Ricardo Cerezo Martínez., Ed. San Martín, 1988.
- 15.—*Teatro de Legislación Universal de España e Indias*. Tomo IV, Antonio Xavier Pérez y López. Madrid, 1742.
- 16.—*Apuntes Históricos sobre la Artillería española en la primera mitad del Siglo XVI*. José Arántegui. Madrid, 1891.



## EL MARCO MILITAR DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA

**Jaime Albelda Alonso**

Cte. de Infantería.

En todo tiempo, la aportación de la crónica Militar ha supuesto una fuente inestimable para la interpretación histórica. La celebración del V Centenario del Descubrimiento de América invita al repaso o estudio de los manifiestos y crónicas que desde el tejido militar y sus vicisitudes tuvieron que protagonizar los esforzados conquistadores del vasto territorio incorporado a las civilizaciones de aquel tiempo.

La crónica militar más que un género literario significa y magnifica un estilo de narrar los hechos de armas y desde ella se desvela el marco de la organización y el argumento de quienes la protagonizaron. No es exactamente historia sino su valor testimonial lo que esencialmente potencia su contenido y trascendencia. Toda vez que su calidad inmejorable en base a la documentación probatoria que conlleva, hacen de la crónica militar un material imprescindible para el estudio del pretérito y no sólo en el área de la época que manifiesta sino que trasciende a otras connotaciones expresadas con magnífica y puntual importancia: La caballería, el trato magnánimo entre los ejércitos en litigio, la crueldad a veces, la religiosidad, el sentimiento, el compañerismo y la descripción geográfica se engloban en el relato con los valores étnicos, costumbres, arqueología y por supuesto la Organización Militar a que estaban sometidos. Los conquistadores de América fueron además, adelantados de la Corona Española, por tanto, además de caudillos de armas, gobernantes animosos y certeros.

Testigos que escribiesen los hubo en todas las áreas bélicas: Coronado en Estados Unidos, Bernal y Cortés en Méjico, Alvarado en Centroamérica, Jiménez de Quesada en Colombia, Ferderman en Venezuela, Valdivia en Chile, Schmidel en el Río de la Plata... Mas ninguna región de América poseyó una pléyade de cronistas tan numerosa que contasen su conquista por los hispanos como el Perú. Muchos de ellos —Jerez, Estete, Samano, Molina, Betanzos, Sancho y Pedro Pizarro— presenciaron la caída del Imperio inca y fueron actores de los hechos. Algunos, como Cieza de León, el Palentino y Gutiérrez de Santa Clara, llegaron después. Precisamente Cieza, que fue testigo de otras conquistas — Colombia—, escribía en el mismo campo de batalla. Otros cronistas indianos, que fueron soldados, se pusieron a redactar más tarde. Por ejemplo: Bernal Díaz "porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender lo que traíamos entre manos, que es en lo militar y en lo que mi capitán me mandaba, y no en hacer relaciones".

La falta relativa de cronología y geografía.—Es la segunda característica de las crónicas, al igual que en los cantares de gesta. Sin tiempo para enterarse de la toponimia indígena, se contenta con decir "un valle", "un río", "un pueblo cercano"; Cortés le confiesa a Carlos I que "por no saber los nombres (indígenas) no los expreso". A los héroes de la gesta los denominan: "Un mensajero", "un capitán", "un cacique". Sus impresiones sobre el paisaje son rápidas y escuetas. Tratándose de Cartas como las de Cortés, no. Van dirigidas al emperador y por eso procura esmerarse en la descripción. Pero el cronista-soldado, menos instruido, y que parece llevar los hechos en una agenda, toda la literatura

que emplea para narrar la belleza natural se reduce a cortas y desnudas frases: “El valle era rico”, “el valle era poblado y abundoso”. Aunque tras esta brevedad se escondan, a veces, recuerdos terroríficos, como, por ejemplo, cuando se habla de “la región de los manglares”, “los pasos nevados”, “la montaña agra”, “el mal paso”. Hay en estas breves frases toda la dramaticidad del descubrimiento peruano, la marcha sobre Chile, la subida a Quito..., etc. A la crónica vamos a buscar el relato, el hecho histórico, el dato; pero también podemos indagar también la imagen del nuevo mundo. No cabe duda que la observación, comprensión y descripción que se haga depende de la formación del autor, de sus privilegios y profesión (soldados, funcionarios, religiosos, comerciantes). Por lo general en la crónica se percibe una deficiente observación y descripción. Bien por la circunstancia que hemos enunciado, bien por falta de tiempo, bien por desconexión con el indígena, bien porque no le interesa o por una incapacidad para comunicar aquello tan nuevo, tan distinto, tan exótico. Es lo que sucede a Fernández de Oviedo cuando confiesa que no puede describir un determinado pájaro o un árbol que sólo Berruguete —dice—, Leonardo o Mantegna podrían pintar.

La crónica tiene un sentido de entusiasmo; no cabe crónica sin calor, sin bandería manifiesta, porque el cronista está dentro de los sucesos que narra y se inclina por una facción. Será pizarrista o almagrista, cuzquenista o quitenista, cortesiano o anticortesiano... Menéndez Pelayo dice que el mayor interés y belleza de las crónicas viene de su pasión. La imparcialidad es característica de la historia, la pasión de las crónicas.

El cronista generalmente no busca la explicación de los sucesos que narra. Rara vez intercala consideraciones. El ejemplo típico lo tenemos en Jerez, a quien no se le escapa en su relato ninguna apreciación subjetiva sobre personajes y hechos. Los cronistas se limitan al simple relato, dando algunas crónicas —como la de Jerez— la sensación de actas o inventarios, y su consciente parquedad que hecha constancia, cuando nos pide excusas por haberse excedido en “prolixidad”.

Si, como Cieza, intercalan reflexiones hacen ya Historia. La avaricia en detalles defiende algunos del cargo de parcialidad. La afición no tiene cabida en el espíritu realista de estos hombres.

En cuanto a la religiosidad, esto, se traduce en la providencialidad de los hechos. Los cronistas explican mucho del éxito en las acciones bélicas por el providencialismo, por la intervención de Dios, de la Virgen, de Santiago... Casi todos comienzan sus relatos con una invocación a Dios. Debieron sentirse predestinados al poner en juego tanta temeridad. Dios y audacia. Cristóbal de Mena narra que la captura de Atahualpa “no fue por nuestras manos, que éramos pocos, sino por la gracia de Dios, que es mucha”.

Todos, además, se refieren a la participación del demonio. Cieza, Oviedo, Santa Clara, Santa Cruz, Cobo, etc., se hacen eco del demonio como enemigo de los españoles.

Patriotismo español.—El cronista vive su patriotismo. Era el momento de mayor grandeza imperial. La arrogancia se trasluce en las crónicas. Cronistas tan mesurados como Cieza hablan de “los invencibles españoles”. Y no olvidemos la recurrida frase de Gomara sobre “la mejor y más grande cosa del mundo...” Y cuando dejan enaltecer al enemigo —los araucanos— dicen que estaban “españolados”.

Deseo de fama.—Es obvio pensar, que un espíritu renacentista sacudía ya a estos hombres. Se preocupaban de quedar immortalizados, de dejar constancia de lo que realizaban. Hicieron historia en el más puro sentido etimológico de la palabra: testimonio de los hechos. Pensaban, como Gómara, que “todo lo al con la muerte fenece”, y quisieron perennizarse, salvando del olvido sus hechos.

Examinemos su concepto de la historia. De seguro que no tuvieron un sentido pragmático de la historia considerándola como *magistra vitae*. Por lo menos en los cronistas particulares. En los cronistas generales sí es posible hallar un pragmatismo ético definido por su formación humanista. No hay en éstos mezcla de libros de caballerías como en un Barnal Díaz. Acosta, por citar a alguien, aclara que la lectura de su escrito es provechosa y no “es como gastar tiempo en leer las patrañas que fingen los libros de caballerías”. Los dos rasgos fundamentales positivos de estas historias generales son: amor a la verdad objetiva y pragmatismo ético.

Rápidamente contaron con muchos lectores: los mismos conquistadores, las familias de éstos interesadas en saber las hazañas de sus deudos, el mundo renacentista y curioso europeo. En el amanecer, cupo a Pedro Mártir de Anglería lanzar al otro lado de los Pirineos lo que sucedía en el Orbe Novo. Fue como una emisora receptora y transmisora, situada en el extremo sur de Europa.

"No abandonaré —confiesa— de buen grado a España hoy, porque estoy aquí en las fuentes de las noticias que nos llegan de los países recién descubiertos, y puedo esperar, constituyéndome en historiador de tan grandes acontecimientos, que mi nombre pase a la posteridad." No hace falta comentar el hálito renacentista que acaba de pasar por los renglones que han quedado transcritos.

Todos juzgaban con espíritu crítico las obras que leían. Pero la crítica y valoración de los acontecimientos eran también efectuadas, con discrepancias, por los mismos autores. Tal problema lo solucionó, por ejemplo, el conquistador de Nuevo Méjico, Juan de Oñate, quien nombraba una persona responsable para escribir la historia, pero exigía que lo escrito se leyera en presencia de la hueste —soldados y frailes— para comprobar si se omitía, añadía o adulteraba algo.

Esto hizo necesaria la censura. Aparece a mediados del siglo XVI, y Fray Bernardino de Sahagún es uno de los primeros en sufrirla. Su relato, recogido al parecer de boca de indios coetáneos a la conquista de la Nueva España, molestó a determinados pobladores, por lo cual el libro fue censurado.

Después de 1550 se hicieron más rigurosas las medidas sobre aprobación de libros relativos a Indias. Y seis años más tarde se ordenó a las autoridades indianas que prohibiesen la venta de obras referentes al Nuevo Mundo que no contasen con la aprobación estatal. Se exigía, pues, un camino estrecho y rígido.

En cuanto a las armas específicas y las jerarquías militares hay que pensar que con tantos inconvenientes, y con el sistema de reclutamiento seguido, fácil es suponer que la milicia indiana no portaba un atuendo guerrero uniforme. Era de lo más heterogéneo y colorido que imaginarse pueda. Al partir, cada cual llevaba lo que podía y tenía. Ya en campaña se adaptaban a las circunstancias, y las armas variaban según zonas. Veces hubo en que quedaron desnudos como ocurrió durante un año a los de Valdivia, o a los que, fracasados, retornaron del País de la Canela con Gonzalo Pizarro. La artillería, las escopetas, mosquetes y arcabuces fueron decisivos en la conquista. Para el indígena era algo diabólico, inexplicable. Los finales de la Reconquista habían consagrado el menester de estas armas que en América fueron escasas al principio. El indio sintió todo el pavor de lo infernal al oír el estruendo, ver las llamas y no saber cómo le llegaba el proyectil mortal. Para ellos eran rayos que obedecían el mandato de los invasores.

Ante un cañonazo, recuerda el Códice Florentino, los enviados de Moctezuma "perdieron el juicio, quedaron desmayados. Cayeron, se doblaron cada uno por su lado: ya no estuvieron en sí".

Los españoles, por su parte, los levantaron, los alzaron, les dieron a beber vino, y enseguida les dieron de comer, los hicieron comer. Con esto recobraron su aliento, les recomfortaron. Pero el miedo les quedó en el cuerpo y cuando llegan a Méjico jadeando de cansancio y temor, contaron al emperador cómo era la comida de los españoles y cómo retumbaban los cañones:

"Y cuando cae el tiro, una como bola de piedra sale de sus entrañas, va lloviendo fuego, va destilando chispas, y el humo que de él sale, es muy pestilente, huele a lodo podrido, penetra hasta el cerebro causando molestias. Pues si va a dar contra un cerro, como que lo que hiende, lo resquebraja, y si da contra un árbol, lo destroza hecho astillas, como si fuera algo admirable, cual si alguien lo hubiera soplado desde el interior."

En el armamento de los indios el metal no jugaba ningún papel y la pólvora o la artillería eran algo de tremenda novedad en el Viejo Mundo. Una especie de bomba atómica de entonces. Más aún, por lo mismo, lo fue en el Nuevo Mundo.

La lluvia y el vadeamiento de ríos y lagunas entorpeció su uso. Este valor limitado afectaba a un mínimo porcentaje, porque no se crea que eran muchas las armas empleadas. Cortés en Otumba sólo alinea siete escopeteros, y Pizarro en Cajamarca dispuso de dos culebrinas, más dos o tres arcabuces.

Ballestas, espadas, puñales, dagas y lanzapicas, completaban el cuadro de las armas ofensivas, mientras que cotas, corazas, morriones, celadas, cascos, petos, coseletes, rodela y otros elementos constituían el elenco de armas defensivas. Entre ellas hay una especial, que no hemos referido: el escaupil. No fue sino una especie de camisón o "capotillo vizcaíno" acolchado de lana, ancho y ahuecado, que amortiguaba los flechazos y servía de colchón para dormir. Los indios lo empleaban, y bien pudieron los españoles tomarlo de ellos o, simplemente, generalizar para este fin el jubón acolchado que el caballero medieval se ponía bajo la armadura para evitar que ésta le lastimase.

Con el bagaje bélico mencionado es de imaginar cómo sería la marcha en el trópico o en la cuna helada. Los sufrimientos fueron increíbles: dormían en los árboles; morían retorciéndose bajo el efecto venenoso del curare; se

quedaban de pie helados como los primeros que fueron a Chile; se enterraban en la arena para dormir y evitar los insectos (Pizarro); atravesaban desnudos los ríos con las ropas en las tablachinas sobre la cabeza (Balboa); se comían a los perros (Pizarro y Albarado) y hasta sus propios compañeros (Mendoza); sufrían el soroche; eran acribillados por niguas, hormigas, mosquitos y toda clase de animalejos; morían de hambre y sed; caían despeñados a los abismos; perecía ahogados en los ríos; servían de víctimas propiciatorias; cruzaban ciénagas palúdicas y ríos llenos de reptiles... sin parar nunca. Sin desfallecer nunca.

Atentos a la naturaleza hostil-traicionera y a la indiada silenciosa que les acechaba y seguía marcando su ruta con rápidas flechas o esperando coger a los rezagados y a los caídos en trampas. La vigilancia era continua, en marcha o en vivaqueo. No podían descuidarse ni un momento. Dormían vestidos, calzados y armados. Cuenta Valdivia al emperador que él y su milicia andaban "como trasgos, y los indios nos llamaban cupais, que así nombran a sus diablos, porque a todas horas que nos venían a buscar, porque saben venir de noche a pelear, nos hallaban despiertos, armados y, si era preciso, a caballo".

La jerarquía dentro de esta tropa heterogénea la determinaba la corona en cuanto al jefe supremo quien, a su vez, designaba a sus subordinados. La autoridad del jefe o capitán de conquista emanaba del soberano; una rebelión contra aquél atentaba contra el estado. El capitán solía llevar amplia autoridad civil y criminal, "mero mixto imperio", pudiendo juzgar, ajusticiar, repartir tierras e indios, alzar fortalezas, nombrar autoridades, etc. La jerarquía militar subordinada al jefe solía depender del grado de participación económica. Entre jefes y simples milites se daba un trato democrático, pero no de igual a igual, aunque el jefe antes —Pizarro, Balboa, Valdivia— hubiera sido un vulgar soldado. Bajo el capitán general estaba el maestro de campo, especie de jefe de Estado Mayor, reemplazado cuando faltaba por el sargento mayor. Seguían los capitanes, alféreces y cabos de escuadras. Lo reducido de la tropa exoneraba de la totalidad de estos cargos. Los ejércitos eran pequeños, pequeñísimos. Cualquier industria moderna, muy modesta, tiene más operarios que los que Cortés o Pizarro emplearon para derribar a los más poderosos imperios americanos.

El orden de marcha del ejército venía determinado por el terreno. En la selva se imponía "la fila india" y el rastreo a cargo de los soldados llamados adalides, que descubrían al indio emboscado en el ramaje por el olor que despedía su cuerpo embadurnado de bija y cremenina. Cuadrillas de macheteros abrían sendas y dejaban señales que sirviesen de guías en las retiradas. Los españoles hacían lo imposible por luchar en descampado, donde sirviese la caballería; el indio, en cambio, lo atraía a lo escabroso y abrupto.

El combate, de presentarse, era desordenado y la persecución de pequeño radio, para no perderse en la selva, en caso de que no llevasen perros.

En la llanura helada o ardiente el orden de avance y ataque podía ser formal. La caballería abría y cerraba la marcha. Delante iba la bandera, ondeaba en múltiples combinaciones; seguían los armados de espada de hierro, los jinetes, los ballesteros, otra vez jinetes, escopeteros... Así, en una bellísima descripción, nos los presenta, al menos, Bernardino de Sahagún. Al ataque precedía siempre el grito ritual de: ¡Santiago! ¡Cierra España!

Pese al peligro, la tropa caminaba ensartada en charlas y discusiones por botín o por mujeres. O imaginando las riquezas que le aguardan. O quejándose o renegando del momento en que se les ocurrió alistarse. O sintiendo nostalgia por todo lo que permanecía atrás... Jurarían, blasfemarían y jugarían. Tres cosas que les estaba prohibido, pero que ellos practicaban irremediabilmente. Eran capaces —conquista de Méjico— de hacer barajas utilizando los cueros de los tambores.

Al llegar la noche acampaban, o seguían andando para evitar el peligro de los indios en acecho. El campamento quedaba situado en lugar *ad hoc*, con leña y agua cercanas. Tiendas de cáñamo o chozas de paja se alzaban en torno a una plaza a la que daban cuatro calles en cuyas bocas se montaba la centinela. Otras veces se hacía una simple empalizada (palenques) y se metían dentro. También bastaba una plaza a cuyo alrededor trenzaban ramas y bejucos de los que colgaban mantas, y si no había toldos no otros resguardos, dormían con el cielo como techo y arrebujados en sus capas, mantas y escaupiles. Rondas y velas daban seguridad al sueño.

La crueldad y la violencia, la testarudez y la imprudencia, el ansia de destrucción, el individualismo, la religiosidad, la entereza, el espíritu lealista, la temeridad y la audacia se articula a los conquistadores de América más su destacada impronta que sin duda el heroísmo y la resistencia a la fatiga. Pues nación alguna extendió tanto como España sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan lejos por el mar y la tierra con las armas a cuestas por unos territorios

inexplorados, llenos de peligros desconocidos, sin medios, y con toda clase de enfermedades y penurias. Los conquistadores españoles serán en la historia un hito de gloria y prestigio militar para la humanidad de todos los tiempos, más que capitanes y soldados, todos fueron compañeros de una aventura imperecedera en la memoria de los tiempos.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- FCO. LACUNZA CANO. *El ejército en tiempos de los Reyes Católicos*. (1953)
- FCO. MORALES PADRÓN. *Los conquistadores de América*. Espasa Calpe.
- CORONEL GARCÍA CAMINERO. *De la fuerza*.
- JUAN PLIEGO LÓPEZ. *Literatura militar española y universal*.
- PÉREZ EMBIS Y FCO. MORALES PADRÓN. *Acción de España en América*.
- SANCIO DE LONDOÑO. *Ordenanzas militares*.
- BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO. *Crónica de Nueva España*.





# MILICIA Y ORGANIZACIÓN DEFENSIVA EN LAS ANTILLAS (1500-1550)

Esteban Mira Caballos  
Universidad de Sevilla

## INTRODUCCIÓN

Antes de entrar en la cuestión de la defensa conviene dejar bien claro la falta de fuentes bibliográficas sobre el tema que ahora pretendemos poner sobre el tapete (1). Las fortificaciones en la primera mitad del siglo XVI y su organización han llamado poco la atención de los historiadores, acaso por ser una historia realmente dramática y descargada de los tan preciados heroísmos. Por este motivo casi toda la información que ahora presentamos procede de fuentes eminentemente documentales, extraídas del Archivo General de Indias y muy especialmente de sus secciones de Indiferente General, Patronato y Audiencia de Santo Domingo.

España a lo largo de la primera mitad del siglo XVI se va a ver envuelta en una serie de compromisos militares a los que va a poder atender muy difícilmente y con gran coste económico. De la noche a la mañana España se encontró involucrada en tres frentes distintos simultáneamente: el europeo, el africano y el americano (2). Es precisamente este brusco paso del tradicional frente mediterráneo a la pluralidad de frentes lo que va a desbordar la situación.

En el mediterráneo las oleadas turcas arreciaban y los puertos mediterráneos andaluces no estaban ni mucho menos bien defendidos. Por ejemplo la ciudad de Cádiz, en la primera mitad de siglo, no contaba con más sistema defensivo que un "muro de tierra de la parte de Levante y una cerca comenzada a levantar al Poniente, más un torreón en Puerto Chico" (3).

Es en este marco en donde pretendemos situar nuestro estudio sobre la organización militar en el Caribe. La Corona no pudo hacerse cargo en ningún momento de su defensa. Allá no llegaron aquellos ingenieros militares, que tanta fama tuvieron en la Europa de entonces, ni tampoco existieron, como veremos, artilleros con una mínima capacidad o preparación, ni aquellas estéticas fortalezas al gusto italiano que se desarrollaban por entonces en otras partes del Imperio, como es sabido (4).

La inversión de la Corona en la protección del Caribe, hasta 1534, rozó el ridículo, pues según cálculos de Hoffman no superó los 31 ducados anuales (5). Habrá que esperar a la segunda mitad del quinientos para que, el ya entonces Felipe II, se decidiera a defender el Caribe de las arremetidas de los corsarios, y aún con eso no se podrá evitar el asalto a ciudades como la Yaguana (1553), la Habana (1555) y Cartagena (1559).

En estas circunstancias se desarrolló la defensa de esta zona del Imperio, espontánea, desprovista de medios y en muchos momentos dramática.

## LA ORGANIZACIÓN MILITAR CARIBEÑA

En esta primera mitad del siglo XVI no se puede hablar de soldados sino sólo de milicia y hueste. Los artilleros no aparecen más que ocasionalmente y el alcaide suele ser un oficial real, o un civil, pero en pocos casos un militar pues el Rey, como es sabido, no gastaba dinero en la defensa, ya que en época de conquista el que solía correr con este tipo de gastos era el caudillo o el capitulante (6).

Debido a la limitación de espacio, impuesta por la normativa del Congreso, nos centraremos en varios puntos principales, a saber: la figura del alcaide, la gente de las fortalezas, su construcción y la artillería.

Primeramente, como hemos dicho, trataremos al alcaide de fortaleza. Lo usual era que éste fuera un civil y que poseyera una sola tenencia, aunque el poderoso tesorero Miguel de Pasamonte llegó a tener dos, la de Concepción (La Española) concedida en 1508 (7), y la de Santo Domingo recibida un año después mientras se solucionaba el contencioso Ovando-Tapia (8). De esta forma nos encontramos a un civil atendiendo a dos fortalezas. Evidentemente, resultaba hartó difícil hacerlo con eficacia, sobre todo cuando sabemos que en ese momento la fortaleza de la Concepción ni tan siquiera estaba construida (9).

El nombramiento de alcaide pertenecía siempre al Rey aunque la Audiencia de Santo Domingo nombraba normalmente las vacantes a la espera de la confirmación real, como ocurrió a la muerte de Francisco de Tapia que fue sustituido por Cristóbal Lebrón, para ser confirmado por el Rey con posterioridad (10). Con respecto a la remuneración, hay que decir que en un primer momento el puesto no fue pagado. Por ejemplo, Pero Díaz Pastrana, declaró haber tenido a su cargo la fortaleza de La Española, en tiempos del Comendador Bobadilla, y no haber cobrado durante todo aquel tiempo ni un sólo céntimo (11). Tampoco los capitanes tenían asignado un sueldo, luchaban sencillamente en busca de botín o a la espera de alguna merced real, bien en forma de encomienda o de oficio (12).

Sin embargo, pasados los años iniciales, esta situación se vio bastante alterada mejorando sustancialmente la soldada de estos funcionarios. Veamos algunas cantidades reflejadas en el Cuadro I:

CUADRO I (13)  
SALARIOS DE ALCAIDES

ALCAIDE	FORTALEZA	AÑO	CANTIDAD
Vicente Yáñez Pinzón	(?)Isla San Juan	1505	50.000 Mrv.
Francisco de Tapia	Santo Domingo	1509	60.000 Mrv.
Vicente San Pier	Santiago	1509	60.000 Mrv.
Miguel de Pasamonte	Concepción	1509	60.000 Mrv.
Jácome Castellón	Cumaná	1523	45.000 Mrv.
García de Lerma	Santa Marta	1528	75.000 Mrv.
Jácome Castellón	Cumaná	1528	75.000 » (14)
Antonio Sedeño	Trinidad	1529	75.000 Mrv.
Pedro de Heredia	Cartagena	1532	75.000 Mrv.
Fernández de Oviedo	Santo Domingo	1533	75.000 Mrv.

Estas cifras ofrecen algunos datos dignos de comentario. En primer lugar, se produce un crecimiento constante de los salarios con el paso del tiempo, hasta llegar a los 75.000 maravedíes en 1528, que era una cantidad respetable, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de los alcaides ejercían a la par uno o varios oficios más, como era el caso de Pasamonte, Sampier y Lerma. Este aumento paulatino se debió, por un lado, a la baja remuneración de la que se partía en principio y por otro al gran crecimiento que experimentaron los precios a lo largo de la primera mitad del siglo XVI, lo cual provocó subidas necesarias en la soldada de prácticamente todo el funcionariado.

En segundo lugar, se puede observar la particularidad de la fortaleza de Cumaná, que partía de un sueldo inferior a las demás, y que acabó igualándose en 1528, recibiendo además 330.000 maravedíes para el mantenimiento de nueve hombres. Este es el único caso en que hemos encontrado un número de hombres que se mantienen con una mínima

regularidad en la defensa y guarda de la fortaleza (15). Es evidente que la causa de todo esto hay que buscarla en las producciones perfleras, que se incrementaron en más de un 60 por ciento entre 1523 y 1527 (16), convirtiéndose, al menos en la década de los treinta, en una de las principales fuentes de ingresos de la Corona. Es por este motivo por el que se procuró una buena defensa del río de Cumaná que aportaba el agua necesaria para los habitantes de Cubagua.

En tercer lugar, hay que observar la escasa diferencia que hay entre las islas y el continente, salvando siempre el caso de Cumaná, lo cual indica una realidad parecida en la defensa caribeña durante las primeras décadas del siglo XVI.

Además del sueldo, en los primeros decenios contó el cargo con un número, en ningún caso fijo, de indios de repartimiento que se recibían casi de manera automática. Finalmente, la duración del oficio aunque solía ser por dos vidas, no siempre fue respetado.

Entrando en la cuestión del personal que había en las fortalezas, hemos de lamentar el escaso número de datos que se nos han conservado. No obstante, podemos afirmar que era muy reducido, poco cualificado y mal retribuido. En la fortaleza de Santo Domingo, la más representativa del Caribe, se pagaba en tiempos del alcaide Francisco de Tápia 11.000 maravedíes a unos pocos hombres de guarnición, informando la Audiencia al Rey que no encontraban a nadie que quisiera servirla sino era por más de 35 castellanos al año (17). Hasta 1518 sabemos que se mantuvieron asalariados en la isla Española 42 peones, 10 escuderos y 1 artillero "para favorecer la justicia", sin embargo, en este año se ordenó que se despidieran todos, salvo algunos peones y escuderos que estaban dados para la guarda de las fortalezas de esa dicha isla (18). Hasta tal punto cayó en penuria la fortaleza que cuando tomó posesión de ella Fernández de Oviedo, en la tercera década del siglo XVI, se encontró con que no tenía artillería ni más personal que "un negro ignorante y sólo seis trabajadores muy descontentos" (19). Tras presionar a la Corona consiguió que se aumentase el sueldo del lombardero a 20.000 maravedíes y a dos reales diarios a cada uno de los diez hombres de guarnición (20). Lamentablemente de poco sirvieron los logros de Oviedo pues al año despidió a todos los miembros de la fortaleza "porque se supo la nueva de la tregua entre Su Majestad y el Rey de Francia" (21).

Pronto, tras este paréntesis de abandono de la fortaleza se hizo merced a Oviedo de 98.000 maravedíes para que sostuviera permanentemente en su recinto fortificado a un artillero y siete hombres. Pese a todo se descubrió, por una visita realizada por el Licenciado Vaca de Castro, que no se hacían alardes ni se pagaba a esos hombres "con gran fraude para Su Majestad" (22). No sabemos que pudo inducir a Oviedo a cometer tal desacato, no obstante pensamos que la cantidad de dinero concedida era escasa, al menos si lo comparamos con los 900 pesos de oro concedidos al alcaide de Cumaná por mantener nueve hombres (23).

Esta última fortaleza sabemos que estuvo algo mejor guarnecida, ya que en ella se mantuvieron nueve hombres desde 1523, como ya hemos dicho. Sin embargo los resultados no fueron tampoco positivos, aunque por otros motivos, ya que ésta se perdió en dos ocasiones, una a causa de un terremoto y otra a causa de su toma y saqueo a manos de los franceses (24).

En el caso de la isla de San Juan, que no hubo ni siquiera fortaleza hasta muy avanzado el siglo, la Corona compellía a los vecinos a que fuesen permanentemente armados y a caballo. En Cartagena, de la misma manera, eran los vecinos quienes defendían la tierra, sirviéndoles además la posesión de arma y caballo como un elemento suficientemente importante como para ser considerado por los demás como moradores de un alto status social (25).

En lo que concierne a la construcción de las fortalezas hay que decir que se financió de muy variadas formas. Conocemos casos como el de la Yaguana o San Germán en que se estipuló que se pagara a costa de la avería (26). En cuanto a Cumaná el Rey ordenó que se financiase dicha fortaleza a costa de los rescates (27). Más curioso e inusual resultó ser el modelo utilizado en Puerto Rico. Aquí la Corona ordenó que se pagara a costa de los encomenderos "dando de cada doce indios o esclavos uno" (28). Sin embargo y a pesar de los casos anteriores lo normal fue que la financiación se costeara por los capitulantes, en caso de territorios por descubrir o poblar, o bien a costa de la Corona si se trataba de territorios ya poblados.

Las obras se llevaron a cabo por albañiles y canteros procedentes de la Península. Ya en 1501 se mandó al corregidor de Jerez de la Frontera que buscara oficiales y aparejos para hacer la fortaleza de la isla Española (29). Los indios por su parte constituyeron el grueso de la mano de obra como en el resto de las obras públicas. Así ordenaba el Rey, en el año 1508, que para los reparos en la fortaleza de Santiago se pusieran "todos los indios que fueren menester" (30).

La calidad de los edificios, merced a los albañiles que los construyeron y a los escasos medios económicos con los que se contaron, resultó ser bastante deficiente. A veces estas fortalezas no pasaron de ser una mera empalizada, como sucedió en el caso de Cartagena (31).

Respecto a la fortaleza de Santo Domingo, estuvo mal concebida desde el primer momento, empezando por la mala elección del sitio. Ya desde la Baja Edad Media se había prohibido la edificación de fortalezas sobre "peñas bravas" (32), sin embargo se desatendió este aspecto y se vino a colocar la fortaleza sobre unas peñas socavadas en su parte baja por el mar. De forma que en un Memorial escrito por Diego Colón al Rey, en 1509, decía: "es para la tierra buena, más si se hubiese de combatir, no se podría defender muchos días...y si la quisieran con pólvora batir, sería hecho en dos horas" (33). Con los años la fortaleza de esta ciudad antillana no mejoró su situación, pues tenemos constancia del desprendimiento hacia 1527 de una parte importante del lienzo de muralla y del colgadizo de acceso a la torre del Homenaje (34).

Ante esta desastrosa situación el Rey ordenó de inmediato que se rehiciese lo hundido y que se limpiase el aljibe, que estaba ciego. Igualmente se ordenó que se blanqueara por dentro y por fuera toda la fortaleza porque "la piedra de que es hecha es muy esponjosa y como acá son las aguas tantas las paredes embeben en sí el agua y después veinte días no hace sino llover, dentro en casa, aunque no llueva y a esta causa se pudre la madera" (35). Prácticamente en esta lastimosa situación va a llegar la fortaleza de la capital dominicana hasta la segunda mitad del siglo XVI.

El caso de la fortaleza de Cumaná no era más satisfactorio, su construcción era tan liviana que en un terremoto sucedido hacia 1530 se hundió completamente (36).

Entrando, por último, en el estudio de la artillería podemos afirmar que la tónica de dejadez y abandono es parecida a los otros aspectos tratados de la defensa. Toda la artillería debía ser traída desde la Península, con lo que su traslado resultaba costoso sobre todo dada la enorme escasez en Castilla del armamento pesado. A todo esto había que añadir un factor relativamente nuevo: la llovizna, casi continua, que se registraba en muchos puntos del Caribe hacia que el hierro se estropease pronto. Fernández de Oviedo solicitó que las bombardas fuesen de bronce "porque aquí se pierde todo lo que es de hierro" (37). La medida que se tomó para evitar la oxidación muestra bien ese carácter de espontaneidad que se vivió en los primeros tiempos de la Colonización, pues se mandó construir un bohío de paja en el interior de la fortaleza "para poner debajo de él artillería porque no se dañase con el agua" (38).

También la munición y la pólvora sufrieron problemas de abastecimiento. En especial la pólvora que tras varias semanas embebía tal humedad que era completamente inservible. Su producción en Indias, al menos para el período de tiempo analizado se vio imposibilitada por la escasez de salitre de los nuevos territorios adquiridos por la Corona española (39).

En síntesis este era pues, todo el sistema defensivo del Caribe durante los cincuenta primeros años del siglo XVI, pensado sólo como protección frente al aborígen, pues según explicaba la Audiencia a Su Majestad, en los primeros tiempos "pareció imposible pasar corsarios a estos mares..." (40).

En estas circunstancias cuando se presenten los corsarios, a partir de 1527, tendrán éstos todo el territorio a su merced. Para cuando España quiera reaccionar será tarde y ya habrá perdido la mayor parte de las Antillas menores y Bahamas en manos de los molestos corsarios y bucaneros.

## N O T A S

(1) Véase CALDERÓN QUIJANO, José Antonio: *Bibliografía de las fortificaciones españolas y americanas en la Edad Moderna*, Madrid, Biblioteca Cehopu, 1985, pp. 74 y ss. Lamentamos no haber podido encontrar la obra de fray Cipriano de UTRERA: *Historia Militar de Santo Domingo*, por ser un libro "raro" incluso en la República Dominicana donde se editó. Cabe mencionar también el artículo de Paul E. HOFFMAN: "El desarrollo de las defensas del Caribe. Siglo XVI y principios del XVII", *La influencia de España en el Caribe, la Florida y la Louisiana 1500-1800*, Madrid, 1800, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid 1983 (pp. 15-35).

(2) CALDERÓN QUIJANO, José Antonio: "Visión general de las fortificaciones indianas en los distintos frentes continentales", *II Congreso de Historia Militar*, Zaragoza, 1988 (pp. 144-186), p. 146.

- (3) FERNÁNDEZ CANO, Víctor: *La defensa de Cádiz en la Edad Moderna*, Sevilla, EEIIA, 1973, p. 4.
- (4) CALDERÓN: *Visión...*, p. 150. GUTIÉRREZ, Ramón: "La organización de los cuerpos de Ingenieros de la Corona y su acción en las obras públicas americanas", *Puertos y Fortificaciones en América y Filipinas*, Madrid, Biblioteca Cehopu, 1985, pp. 42 y ss.
- (5) HOFFMAN: *Ob. cit.*, p. 17.
- (6) MARCIENA FERNÁNDEZ, Juan: *Oficiales y soldados en el ejército de América*, Sevilla, CSIC, 1983, p. 48.
- (7) Real Provisión a Miguel de Pasamonte, Burgos 8-VI-1508. AGI Indiferente General 1961, L. I, ff. 47-47v. *CODOIN* serie 1.ª, T. 36, pp. 232-234.
- (8) Real Cédula a los oficiales de La Española, Valladolid 14-VIII-1509. AGI, Indiferente G. 418, L. III, ff. 49-49v. Con respecto al pleito Ovando-Tapia hay que decir que se generó por la disposición de Ovando de destituir al alcaide Tapia y sustituirlo por un sobrino suyo, en clara contradicción con la voluntad real. Véase RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: *El Pleito Ovando-Tapia. Los comienzos de la vida urbana en América*. Santo Domingo, Editora del Caribe S.A., 1978.
- (9) Instrucciones a Diego Colón. 3-V-1509. AGI, Indiferente G. 418, L. II, ff. 19-26v. *CODOIN*, serie 1.ª, T. 23, pp. 290-309.
- (10) Petición de mercedes de Jerónimo Lebrón, Santo Domingo, 18-I-1533. AGS, Cámara de Castilla-Diversos 45 nº 9.
- (11) Real Cédula a los Jerónimos, Madrid, 28-XI-1516. AGI, Contratación 5089, ff. 114-114v.
- (12) Real Cédula a los Jerónimos, Madrid, 11-XI-1516. AGI, Contratación 5089, ff. 118-118v.
- (13) Real Provisión a Yáñez Pinzón, 24-III-1505. *CODOIN*, serie 1.ª, T. 31, ff. 285-287. Real Cédula a Francisco de Tapia 8-VI-1508. AGI, Indiferente General 1961, L. I, ff. 48v-49. Real Cédula al Contador de La Española. *CODOIN*, serie 1.ª, T. 31, ff. 417-423. Real Cédula a Miguel de Pasamonte. Burgos 8-VI-1508. AGI, Indiferente General 1961, L. I, ff. 47-47v. *CODOIN*, serie 1.ª, T. 36, pp. 232-234. Real Cédula a García de Lerma, 6-II-1528. AGI, Indiferente General 1205, N. 1. OTTE, Enrique: *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua*, Caracas, Fundación John Boulton, 1977, p. 238.
- (14) Carta a su Majestad de Gaspar de Astudillo, Santo Domingo, 2-XI-1528. Además de su salario de alcaide se le pagaban hasta 330.000 maravedíes más para el sostenimiento de nueve hombres. AGI, Patronato, 174, R. 44.
- (15) Ya en 1523 había nueve personas al cuidado y defensa de la fortaleza. (Otte, Enrique: *Ob. cit.*, p. 238).
- (16) Relación de recaudos y libramientos 20-X-1538. AGI, Indiferente G. 1205, N. 61. *CODOIN*, Serie 1.ª, T. I, p. 486-494.
- (17) Real Cédula a los oidores de la Audiencia. Valladolid, primero-III-1527. AGI Indiferente G. 421, L. 12, f. 28.
- (18) Real Cédula a los oficiales de la Isla Española. Zaragoza, primero-XII-1518. AGI, Contratación 5089, f. 170.
- (19) ALEMAR, Luis E.: *Fortificaciones Antiguas de Santo Domingo*, Santo Domingo, S/F (12 págs.) p. 7.
- (20) Relación de recaudos y libramientos, 20-X-1538. AGI, Indiferente G. 1205, N. 61. *CODOIN*, Serie 1.ª, T. I, pp. 486-494.
- (21) *IBIDEM*.
- (22) Carta de la Audiencia de Santo Domingo a SM, 5-X-1547. AGI, Audiencia de Santo Domingo 49, R. 17, N. 106.
- (23) Carta de Gaspar de Astudillo a SM, Santo Domingo, 2-XI-1528. AGI, Patronato 174, R. 44.
- (24) Carta de la Audiencia de Santo Domingo a SM, 28-XI-1530. AGI, Audiencia de Santo Domingo 49, R. I. También en AGI, Justicia 187, N. 2, R. 2, p. 30. Otte: *Ob. cit.*, p. 234.
- (25) BORREGO PLA, M.ª Carmen: *Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Sevilla, EEIIA, 1983, p. 82. ZAPATERO, Juan Manuel: *Historia de las fortificaciones de Cartagena de Indias*. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1979, p. 36.
- (26) Véase a este respecto la obra de José Antonio CALDERÓN QUIJANO: *Las defensas indianas en la Recopilación de 1680*, Sevilla, EEIIA, 1984.
- (27) Carta de Jácome de Castellón a Su Majestad. Santo Domingo, 20-X-1528. AGI, Patronato 174, R. 29.
- (28) Real Cédula a los regidores del cabildo de Puerto Rico. Madrid 2-X-1528. AGI, Indiferente General 421, L. 13, ff. 397v-398v.
- (29) Real Cédula a Gonzalo Gómez, Corregidor de Jerez de la Frontera, 16-IX-1501. AGI, Indiferente General 418, L. I, f. 45. *CODOIN*, serie 1.ª, T. 31, pp. 29 y ss.
- (30) Real Cédula a Miguel de Pasamonte. Córdoba 6-X-1508, AGI, Indiferente General 1961, L. I, ff. 83v-84.
- (31) BORREGO: *Ob. cit.*, p. 70 y ss. Aunque se había ordenado ya en 1538 la construcción de otra de mayor solidez, ésta no se llegó a construir hasta la segunda mitad de siglo. También de madera y cañas parecen haber sido las fortalezas de Higuey, Yaquimo, isla Margarita, isla Trinidad y Caparra. ZAPATERO, Juan Manuel: *Fortalezas españolas en América. Cartagena de Indias*. Madrid, 1967, p. 12.
- (32) Así lo disponía el Ordenamiento Real. CALDERÓN: *Las defensas...* *Ob. cit.*, p. 25.
- (33) Memorial de Diego Colón al Rey. Fines de 1509. ARRANZ, Luis: *D. Diego Colón*, T. I, Madrid, CSIC, 1982, pp. 249-267.

- (34) Real Cédula a los Oidores de la Audiencia. Valladolid, 12-IV-1527. AGI, Indiferente G. 421, L. 12, ff. 66-66v.
- (35) Visita de los oidores y oficiales a la fortaleza de Santo Domingo. 10-I-1528. AGI Patronato 172, R. 32.
- (36) Carta de la Audiencia a Su Majestad. 28-XI-1530. AGI, Santo Domingo 49, R. 1.
- (37) Carta de Fernández de Oviedo al Rey. Santo Domingo 7-I-1541. AGI, Patronato 173, N. 1, R. 10.
- (38) Libramientos de Alonso de la Torre. 3-IX-1538. AGI, Indiferente G. 1205, N. 61. *COIXOIN*, Serie I<sup>a</sup>, T. I, pp. 486-494.
- (39) Carta de la Audiencia a Su Majestad pidiendo salitre. 23-V-1548. AGI, Audiencia de Santo Domingo 49, R. 18, N. 114.
- (40) Carta de la Audiencia de Santo Domingo a Su Majestad. 3-I-1541. A.G.I. Audiencia de Santo Domingo 49, R. 12, N. 82.

# AUXILIARES INDÍGENAS EN LA DEFENSA DE CUBA (1526-1599)

Pablo J. Hernández González.  
Universidad de La Habana.

## 1.—A modo de introducción:

Con el desembarco de Diego Velázquez de Cuéllar, teniente del virrey de la Española, en el verano de 1510, se dio inicio a una campaña para afianzar la aún limitada presencia castellana en la Isla, librada con plena superioridad técnica, aunque con completa desventaja topográfica. A despecho de la persistente resistencia de las comunidades indígenas aruacas, para 1512 la hueste conquistadora había conseguido primar sobre sus oponentes autóctonos en los territorios orientales de Baracoa, Maisí y Sagua, salvaguardando la precaria capital, Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa.

Consolidado, Velázquez decidió proyectarse más allá del anillo montuoso delimitador de su asentamiento, conociendo que los principales núcleos de población por someter y las probables reservas auríferas —alicientes de la incorporación de la Isla— se encontraban más allá de las ásperas serranías orientales. Valiéndose de una estudiada operación, se puso en marcha en el otoño de 1513, disponiendo dos columnas para someter las poblaciones y cacicazgos al norte y oeste de Baracoa, en Maniabón y Bayamo, respectivamente, misión que ejecutaron con rapidez y no escasa violencia sus oficiales Francisco de Morales y Pánfilo de Narváez. Una tercera, comandada por el propio teniente-gobernador, marchó casi a la par, convergiendo todas en el centro de la Isla (abril de 1514) con la casi completa sujeción de los asentamientos aborígenes, y de hecho, de la mayor parte del archipiélago cubano. Al empleo de la fuerza, ocasionalmente auxiliada por la negociación, en no poco debió su éxito el Teniente de Diego Colón.

En el intervalo que media desde 1514, fin de la campaña de la Conquista —demoledora por el impacto de la presencia de los conquistadores, el fraccionamiento de las comunidades indígenas de la Isla, en una frase de organización tribal aún y la liquidación casi total de la circunstancial resistencia— la sujeción del aborigen a la hueste velazquista es poco menos que completa, si exceptuamos aquellos reductos que en zonas marginales —léase macizos montañosos y grupos de isletas— se resistieron a los repartimientos, si bien limitados a mantenerse alejados de los eventos.

Los repartimientos y encomiendas, el violento laboreo en los lavaderos, la quiebra de la estructura social y cultural y la sensible mortandad resultado de continuadas epidemias contribuyeron a que el grupo de la población autóctona ubicada bajo el dominio hispano, se mantuviese en la relativa calma que caracterizó el gobierno de Diego Velázquez. Agréguese a los factores enumerados, la merma de los grupos potencialmente hostiles y cierto drenaje de población india masculina empleada como auxiliares o porteadores en las expediciones que por entonces zarparon desde Cuba hacia diversos destinos en el continente (1).

## 2.—El período 1526-1553.

A la muerte del Adelantado Diego Velázquez (1524) sus tenientes no consiguieron —o no intentaron, probablemente— mantener la prudente política de relaciones con los indios encomendados que había practicado aquél, que añadido a la evidente disminución demográfica del potencial humano natural de la Isla, la alarmante reducción de las posibilidades del oro aluvial, junto con el creciente cuestionamiento de los derechos perpetuos de las encomiendas, llevaron a un dramático aumento de los maltratos infligidos a los indígenas. La respuesta de una posición considerable se manifestó en la autodestrucción familiar, pero otros —vencida la impresión inicial acerca de la superioridad del conquistador y familiarizados con los recursos de su poder— decidieron correr el destino de los que calificados de *indios bravos*, habían mantenido su reluctancia al poder castellano. Si a eso sumamos una sensible emigración de los colonos de la Isla en pos de más prometedoras tierras —alrededor de un 70% del total existente en 1516— abría una situación de vacío de autoridad y presencia, que en no poco incitó a la resistencia, que por muy comprometida que resultara se avistaba como preferible a la gradual degradación de los lavaderos (2).

En los inicios de 1526 la situación escaló niveles alarmantes para los colonos, y los aborígenes rebeldes consiguieron crear una situación calificada de comprometida en las villas de Bayamo y Puerto del Príncipe, donde la destrucción de haciendas, explotaciones mineras, se combinaba con el dominio de zonas inaccesibles. Tal parecía desesperada la circunstancia, que el teniente de gobernador Manuel de Rojas nombró al capitán Rodrigo de Tamayo, vecino bayamés para que asumiera las operaciones contra los indios rebeldes que dominaban las costas de Puerto del Príncipe y el Bayamo, causando desasosiego entre los menguados vecindarios, soliviantando los indios sometidos a servidumbre y destruyendo los medios de subsistencia de los vecinos, a la vez que personalmente conducía las salidas punitivas desde Santiago de las sierras, permanecían grupos de indios resistentes, casi desde el inicio de la conquista. A tal efecto dispuso que los vecinos apartasen contribuciones de víveres, fondos y los físicamente aptos se destinaron a la protección de las villas o integrar las cuadrillas.

En aquel momento, tres situaciones pueden definirse:

a) Los indios alzados o bravos, poseían perfecto conocimiento del terreno donde se asentaban los castellanos, a la vez que dominaban las regiones menos accesibles a éstos, donde habían erigido sus "santuarios": poblados de reducidas proporciones, dispersos, con recursos de subsistencia, a cubierto de cualquier represalia y considerable distancia de las principales poblaciones (3).

b) Los indios ahora encarados a los vecinos europeos de la Isla, no estaban técnica ni culturalmente en las mismas circunstancias que aquellos que enfrentó Velázquez casi tres lustros antes. El sistemático contacto con el conquistador, su menaje y armas, cabalgaduras y perros de presa, disipó en gran medida el inicial impacto, reportándose ya en estas luchas el empleo de armamento de origen junto con tácticas de combate autóctonas que podían anular la supremacía del material con el dominio del terreno, sorpresas y emboscadas (4).

c) La cortedad de los recursos humanos de los colonos, y las sostenidas bajas causadas en sus filas por el aumento de los ataques directos a poblaciones, de las que fueron destruidas algunas. Tal precariedad de elementos para enfrentar la constante intranquilidad y la postura inicial de los colonos, meramente defensiva, propició a los indios bravos el dominio de ciertas regiones y ruptura de las comunicaciones terrestres, por demás bastantes precarias en la época (5).

Probablemente el momento más comprometido para los colonos está acotado entre 1526 y 1534 con el abandono de muchas haciendas de ganado, minas y estancias y relocalización de los vecinos en las poblaciones más seguras del centro y el oriente de la isla. No obstante, una acertada conducción de los eventos por los tenientes Manuel de Rojas y Gonzalo de Guzmán facilitó la recuperación gradual de la iniciativa por parte de los colonos, colectando impuestos "echados" sobre los recursos de los vecinos de Santiago, algunas aportaciones financiadas recibidas de Sevilla y el Obispado, y ciertos embarques de armas que fueron remitidas a la Isla, merced gestiones del Obispo de la Isla en la Corte (6). Los del Bayamo lograron afianzarse con éxito sobre su territorio, permitiendo que el empeño de las autoridades se localizase del lado de la capital (7).

Ahora bien, ¿cómo se evidencia el empleo de indios cubanos contra sus similares étnicos en la decisión de librar operaciones ofensivas contra los reductos de los declarados en rebeldía? Básicamente en la determinación de armar aquellos que aceptaban el dominio español y residentes en las poblaciones eran calificados como *indios mansos*, por



contraposición. Pero a este procedimiento no se llegó, por supuesto, de golpe, en realidad fue resultado de un rosario de decepciones previas.

En un inicio, cuando la política del teniente gobernador de la Isla fue no sólo defender, sino ofender a los indios bravos, las operaciones descansaron, fundamentalmente, en cuadrillas de 8 a 10 españoles, perfectamente armados, auxiliados por esclavos negros, principalmente, y en casos —que con el tiempo se hicieron más frecuentes— por servidores indios (naborías) a modo de pequeña hueste señorial, frecuente entre los primeros colonos de la Isla, especialmente a raíz de la disposición del teniente de gobernador Rojas, para acrecentar los recursos humanos de la cuadrilla. Por condición tanto como por parentesco, regularmente no se consideraban demasiado fiables los naborías para apoyar acciones armadas pero, a la vez, su condición de mansos, les hacía objeto de las más severas represalias por parte de los de su origen, de los cuales comúnmente no les esperaba cuartel. Tales cuadrillas, de por sí abigarrados, más de una ocasión fueron diezmadas o quedaron maltrechas al internarse en las regiones montuosas, y en la mayoría de los casos, apenas alcanzaron parciales resultados, a un costo prohibitivo (8).

Cambiando de procedimiento, el gobernador Rojas, volvió a promulgar nuevos bandos, conducentes a la liberación de la servidumbre de aquellos naborías que colaboraran con los españoles contra los indios alzados, agregando generosa gratificación si conseguían prisioneros, y a los vecinos que fomentasen cuadrillas el derecho a esclavizar los indios capturados para su personal disfrute. Tales incentivos estimularon la aparición de cuadrillas más efectivas, integradas en lo fundamental por indios emancipados armados a la española y poseyendo el conocimiento de modos de lucha y los territorios donde los indios bravos actuaban. Las "partidas de ranchar" con base en Bayamo, Santiago de Cuba y Baracoa, en breve tiempo consiguieron substanciales resultados. El empleo de auxiliares indios para adquirir, primero, el dominio del territorio, destruir rancherías y dismantelar concentraciones de *naturales* irreductibles, llevó, en segundo plano, a que sus servicios les valiesen la consideración de la incipiente sociedad criolla, con el acicate de pagas y distinciones, que no eran cortas en el caso de los jefes de cuadrillas, por haber conseguido éxitos sonados que los vecinos españoles y sus auxiliares previos no habían podido consumir.

Los resultados, naturalmente, no implicaron la desaparición de la rebeldía, que permaneció latente —en ciertos casos, activa aunque muy menguada, en las tradicionales localidades periféricas— hasta la oficial supresión de la servidumbre y la esclavitud indígena en Cuba, durante el gobierno de Pérez de Ángulo (1552-1553). Pero para entonces, los grupos de indios *bravos* no constituían una amenaza para los vecinos y sus asentamientos, como había aecido en los años iniciales de la década del 1530 (9).

### 3.—Período 1554-1599.

Considerados súbditos plenos, fomentados pueblos propios en la vencidad de ciertas poblaciones de españoles, los indígenas residuales al igual que el resto de los pobladores libres de la Isla estaban obligados a acatar prestaciones de defensa local por entonces responsabilidad de los Cabildos, para la salvaguardia de la integridad de sus respectivas jurisdicciones, en cumplimiento de ordenanzas generales. Las obligaciones a cubrir consistían, en lo fundamental:

- a. Crear milicias de vecinos.
- b. Servicios de velas y vigías.
- c. Prestaciones como prácticos y correos.
- d. Servicios en las obras de fortificación y en abastecimientos.

a. Excepto San Cristóbal de la Habana y Santiago de Cuba, cuyas respectivas posiciones en el sistema marítimo imperial, les hicieron merecedores de fondos para obras defensivas y guarnición estable, especialmente a partir de 1561; el resto de la Isla quedaba de hecho abandonada a su suerte ante la persistente amenaza derivada de los corsarios franceses primero, y luego de los de Inglaterra. Aún las propias poblaciones priorizadas, no siempre contaron con la posibilidad de quedar resguardadas de incursiones, devastadoras para los cortos recursos, especialmente lo que a sus inmuebles, embarcaderos y áreas de cultivo se refiere.

Con la finalidad de proteger villas y ciudades, los Cabildos estaban obligados a cubrir la asignación de los cuerpos locales de defensa, y a cuyo cargo sería la conservación territorial, como se ha dicho. Dado lo relativamente reducido de

la población insular de la segunda mitad de la centuria, los milicianos locales no descollaban por su número ni por más armamento que un corto arsenal de armas de fuego, y las lanzas de montar. En el interior de la Isla, se organizaron tanto de infantería como de caballería, más por la abundancia disponible de ganado caballar, y la habilidad proverbial de sus monteros, las segundas casi siempre estuvieron más prontas, a los toques de rebato —gracias al sistema de alerta costera— a desplazarse con vistas a interceptar cualquier posible intrusión, ya fuere en la costa o sobre la marcha.

Indios fueron empleados en la defensa de la Habana en Julio de 1555, en ocasión de la invasión corsaria francesa, cuando el gobernador Pérez de Ángulo "...se retornó a un pueblo de indios que estaba una legua de la Habana..." para reunir los dispersos vecinos, tanto como el centenar de indios *naturales* aptos allí residentes, para socorrer la hostigada fortaleza de la Fuerza. En Guanabacoa, consiguió armar una "tropa" de 10 españoles, 40 indios, que luego aumentó a 35 españoles, 220 negros y entre 80 y 100 indocubanos, con la que proyectó dar una sorpresa en la ocupada población. Estos últimos componentes, apenas estaban provistos de "...lanzas de montería...". El factor sorpresa frustróse porque "...la gente de indios y negros sin que se les pudiese estorbar dieron gran grita...", reaccionando los franceses con arcabucería y artillería naval, dispersando los atacantes, con no pocas bajas, entre ellas, al menos una veintena de indígenas. Esta es la primera acción bélica de los indios de la Habana contra un enemigo europeo, provisto de experiencia y recursos modernos. Los de Santiago, se habían enfrentado al mismo contendiente, un año antes, con tan escasa fortuna y no poca conmoción (10).

Ya a fines del siglo, se consideraban a los milicianos, por su preparación, como una fuerza complementaria de las guarniciones de la Habana y Santiago de Cuba, de indiscutible utilidad. En la década de los ochenta, el gobernador Gabriel de Luxán opinaba que era oportuno crear compañías regladas sobre base étnica, integrando regularmente a los pobladores indios, negros libres, mestizos y mulatos de las ocho villas de la Isla. En su criterio, estas fuerzas, organizadas adecuadamente "...con sus armas, ...entiendo, a una necesidad harán efecto... para que estén a punto con sus armas para lo que se ofreciere... y aún cuando no hagan más de hacer cuerpo de gente, es de efecto ver mucha al enemigo." Además, siempre actuarían de consumo con la tropa veterana, en los destinos más expuestos (11).

Según el alcaide de la Real Fuerza de la Habana, Diego Fernández de Quiñones, en 1582, se había constituido una compañía de milicias en la Habana, compuesta por 40 indígenas *naturales*, con su propio oficial (con rango de capitán) y en la vecina localidad de Guanabacoa, otra, con 45 indocubanos, y oficial propio. La primera operaría en destinos de la ciudad y la costa occidental; y la segunda cubriría los expuestos sectores costeros del Barlovento (12).

Las autoridades civiles y militares de Cuba valoraban especialmente y en casos de contingencia, las capacidades de las gentes de la Tierra Adentro, donde los indígenas aportaban su presencia miliciana, tal como señalaba en su momento el gobernador a la Corte, al pedir fondos para invertir en desplazamientos más rápidos, manutención y pertrechos para las fuerzas que desde el Bayamo, Puerto del Príncipe, Sancti Spíritus, en número de entre 200 a 300 jinetes acudieron a reforzar la tropa habanera ante las tensiones del año 1586. Similar contingencia dióse en 1595, en ocasión del desembarco inglés contra la Habana, cuando se movilizó a casi medio millar de vecinos del interior de la Isla con destino a la capital y su periferia, entre los cuales el elemento indio se evidencia por la procedencia regional de la tropa, aplicándose parte de otros vecinos en la seguridad de los puestos avanzados de Santiago de Cuba y Baracoa (12).

En 1589, la presencia de indígenas en las compañías milicianas de la Isla de Cuba, puede precisarse en la siguiente tabla:

LOCALIDADES	UNIDADES	PRESENCIA
Baracoa	1 Compañía	Comprobada
Santiago de Cuba	1 Compañía	Existen referencias
Bayamo	1 Compañía	Comprobada
Puerto Príncipe	1 Compañía	Comprobada
Sancti Spíritus	1 Compañía	Existen referencias
Trinidad	1 Compañía	Comprobada
Guanabacoa	1 Compañía	Comprobada
La Habana	2 Compañías	Comprobada (13).

b. En su condición de residentes, muchas veces en calidad de vecinos, de las varias prestaciones exigidas por las autoridades, debían cumplimentar el servicio de velas y vigías: es decir, la observación de áreas litorales particularmente asignadas a los habitantes de las poblaciones adyacentes y que debían cubrir obligatoriamente, en servicio rotativo y permanente. Las que conciernen a los aborígenes se realizaron en puntos diversos de la Isla, que por su ubicación actuaban a modo de líneas avanzadas de alerta que, cubiertas sistemáticamente, permitían a las autoridades, guarniciones y milicias contar con aviso oportuno, ya fuese durante las persistentes amenazas piráticas o las de corsarios en períodos de conflictos. En la región oriental, los indios remanentes debieron cubrir los sensibles puestos del litoral de Santiago, casi 20 km. de ensenadas y surgideros, así como sus respectivos senderos de acceso (Juragúa, Cabañas, Guaicabón, entre otras); o la costa bamayesa con los embarcaderos de Cauto, Macaca o el estratégico Cabo Cruz, mientras que los de Baracoa asumían la vigilancia de Maisí, Sagua y otros puntos de la expuesta costanera. De las reportadas velas en el centro, hay referencias de indios custodiando los embarcaderos y cayerías de Puerto de Príncipe, La Savana, Trinidad y las porciones costeras del camino de la Habana, combinados con vecinos de estas localidades, aunque en el área Trinidad-Jagua se sabe lo hicieron casi en su totalidad los "indígenas del país". En lo que a la Habana y sus cercanías se refiere, desde la bahía de Matanzas hasta los cabos de Corrientes y San Antonio, en las colinas litorales, indígenas residentes en Guanabacoa y la Florida, en alerta del tránsito de las escuadras que desembocaban desde el Caribe, sobre las desguarnecidas costa de la Vuelta Abajo (14). Aunque por razones demográficas comprensibles, las prestaciones de los indios naturales en este campo fue mucho más perdurable en las regiones asignadas a Santiago de Cuba, donde se reportan hasta avanzada la siguiente centuria.

c. Mantener los contactos entre la capital y los principales asentamientos, separados por lenguas de terrenos montuosos, bosque tropical o dilatadas sabanas, ya fuese en la temporada seca o pluviosa, fue una de las preocupaciones prioritarias de las autoridades coloniales a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI y toda la centuria posterior. Cubrir alrededor de 238 leguas, unos 900 km. entre la Habana y Santiago de Cuba, por vía terrestre —pues la marítima quedaba prácticamente anulada en tiempo de conflicto— podía consumir un tiempo precioso y traer no poca complicación. Para implementar un rudimentario, pero efectivo, sistema de correos entre ambos puntos se contó, fundamentalmente, con pobladores prácticos en el interior de la Isla (La Tierra Adentro) entre los cuales se distinguieron indios *naturales*, hábiles monteros del Bayamo, San Luis de los Caneyes, Puerto Príncipe y la Trinidad, quienes empleando un sistema de posta conseguían mantener los contactos interlocales, tal práctica se sostendría casi invariable en el XVII y aún, en ciertos momentos del XVIII temprano. La virtual inexistencia de caminos hacía descansar la seguridad de los envíos de correspondencia oficial, en el conocimiento topográfico y la capacidad de orientación de los correos montados, entre los cuales descollarán indígenas orientales, misión para la que poseían innegables dotes (15).

d. Prestaciones en obras de defensa resultaron motivo de controversia entre las autoridades civiles, encargadas de velar por la libertad de los indios *naturales*, y las militares empeñadas en movilizar los máximos recursos humanos en las dos principales plazas. La negativa a pagar tales prestaciones, y la protesta ante el Cabildo por los habitantes de los "pueblos de indios" de los Caneyes y Guanabacoa, redujeron su aportación después de 1561, por demás gravosa y perjudicial para sus actividades agrícolas, que resultaban más útiles para el sustento de las plazas y su presidio en caso de sitio y bloqueo. En los siguientes cincuenta años, los aborígenes, salvo casos particulares, lograron verse exentos de tales servicios, que fueron asignados a esclavos africanos, negocio este por demás, mucho más lucrativo para vecinos y funcionarios reales.

## REFERENCIAS

(1) Véase a RAMIRO GUERRA. *Manual de Historia de Cuba*. La Habana, 1962, Capítulos II y III; MANUEL RIVERO DE LA CALLE. *Las culturas aborígenes de Cuba*, La Habana, 1966; BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. La Habana, 1963. Volumen I, entre otros autores.

(2) Los procuradores de Santiago de Cuba, en carta a S.M., en Marzo 7, 1540, todavía calificaban de crítica la situación y comprometida la presencia española al escribir "...no podemos durar mucho en esta tierra porque no quedan en ella syno los enfermos y los que poco pueden".

Y dicen, los indios lo saben. *Colección de Documentos Inéditos*. (CODOIN), 2.ª serie, Madrid 1885-1934, tomo 6, p. 35. Ya en 1520, en la región central de Cuba, según el alcalde ordinario de la Trinidad, había alzados y hostiles entre 200 a 300 "indios de guerra". *Ibidem*, 1.ª serie, 1864, tomo XXXV, pág. 16.

(3) ZERQUERA Y FERNÁNDEZ, CARLOS: "La villa de Trinidad en el siglo XVI" *Revista de la Biblioteca Nacional*. La Habana. Número 2, Año 68, 3.ª época, Mayo-Agosto 1977, pp. 72-73, p. 76. Según este autor, en 1532, el teniente gobernador Rojas, escribía a la Corte que había ordenado a los Cabildos de Puerto Príncipe, Sancti Spíritus, Santiago de Cuba y Baracoa que "...donde se hiciese el daño lo remediasen y proveyesen enviándoles para ellos sus mandamientos y poderes con que pudiesen hacer cuadrillas de españoles e indios para hacer la guerra a los dichos indios que lo merecieren...".

(4) "(...) Tan pronto el indio tuvo la oportunidad de equiparse con armas tomadas o sustraídas y vio disminuir el número de sus enemigos, comenzó a rebelarse..." *Ibidem*, p. 75.

(5) En informes del gobernador Gonzalo de Guzmán, entre 1524 y 1529 se expresaba que los indios bravos dominaban extensos territorios del litoral y despoblados boscosos y las serranías que mediaban entre Sancti Spíritus y Puerto Príncipe; Santiago de Cuba y Baracoa, esta última prácticamente incomunicada por tierra desde 1525. Proponía que, ante la crítica situación, consideró en un momento dado, refundir las villas de Sancti Spíritus y Trinidad pues "...de este modo era más fácil, la defensa contra los indios alzados..." *Ibid*, pp. 75, 76-78. Similar circunstancia refiere el historiador Felipe Pichardo Moya en "Peniplano de Camagüey". *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*. Época 5.ª, Diciembre, 1961 pp. 21-23.

(6) El Obispo de Cuba a S. M., Santiago de Cuba, Junio 15, 1543; el factor Hernando de Castro en Agosto 31, 1543, desde Santiago de Cuba. *CODOIN II*, tomo 6, pp. 182-185, 195-197.

(7) Mediante la implacable campaña del capitán Rodrigo de Tamayo contra los indios bravos del Cauto, Macaca y las cayerías de Guacanayabo, entre 1523 y 1529. Pichardo Moya, *Op. cit.* p. 19-20, también Estrada, Manuel José de *Crónicas y Tradiciones de San Salvador del Bayamo*. Bayamo, 1856, pp. 25-30.

(8) Desde Santiago de Cuba, en Mayo 27, 1538, el factor Hernando de Castro, escribía que desde la toma de Baracoa por los indios alzados, los naborías en vez de "...hacer bando..." con aquellos "...por el contrario, se han propuesto hacerles la guerra por sí solo y son idos a ello." *CODOIN II*, tomo 6, pp. 26 y ss.

(9) No siempre las cuadrillas de indios libres resultaron confiables, al menos en condición de auxiliares, pues en 1530, en Baitiquirí, Santiago de Cuba, se alzaron dando cuenta de los españoles, pasándose con sus armas a los indios bravos. *Ibid*, pp. 48-49. En cuanto a las cuadrillas mixtas, las basadas en Santiago y Bayamo comenzaron a operar combinadas en 1538, siendo la primera fuerte de 13 españoles, 12 negros y 10 indios, estos "...los más seguros que se hallaron, ballesteros y lanceros...", quienes incursionaron en la montuosa región circundante destruyendo buen número de indios cimarrones, según el informe de Bartholomé Ortiz a la Corte, en Noviembre 8, 1539. *Ibid*, pp. 75-76.

Los procuradores de Santiago de Cuba, en memorial a S. M., en Abril 28, 1542, se hacían eco del éxito escaso de las cuadrillas de españoles y negros, y el Cabildo decidió: "...armar una cuadrilla de indios de hasta 24 indios naturales de la Isla, dellos de los que están en libertad, y algunos escogidos por buenos... a los que se dio todo lo necesario para la guerra, e señaló partido que...(y) fueron rastreando e buscando la Isla..." destruyendo ranchos de indios cimarrones, y haciendo muchos prisioneros, lo que le valió público reconocimiento y buena paga. Opinaban que "...esta cuadrilla cuide siempre a ranchar... Con esto quedará en quietud la Isla y se excusaron muchos daños y muertes." *Ibid*, pp. 175-176.

(10) *Ibid*, pp. 365-366, 371. Los datos proceden del informe elevado a la Corte por el gobernador Diego de Mazariegos, desde la Habana, 1555.

(11) MARRERO, LEVÍ. *Cuba: Economía y Sociedad*. Madrid, 1974, tomo 2, Cap. 9, p. 354.

(12) *Ibidem*, pp. 332-334.

(13) La tabla está elaborada sobre la base de datos proporcionados por fuentes diversas, que han sido procesados y comparados por el autor.

(14) PONTE DOMÍNGUEZ, FRANCISCO. *Mutanzas. Biografía de una provincia*. La Habana, 1959. p. 39; OSWALDO MORALES PATIÑO. *La resistencia de los indocubanos*. La Habana, 1946, p. 15 y ss. MARRERO, LEVÍ. *Op. cit.*, tomo 3, Capítulo 1, pág. 20.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

—Academia de la Historia de Cuba. *Papeles existentes en el Archivo General de Indias relativos a Cuba*. Imprenta El Siglo XX. La Habana, 1931.

—GUERRA SÁNCHEZ, RAMIRO. *Historia de Cuba, 1492-1598*. Imprenta El Siglo XX, La Habana 1921-1925; *Manual de Historia de Cuba*. Consejo Nacional de Cultura. La Habana, 1962.

—GARCÍA DEL PINO, CÉSAR. *Documentos para la Historia Colonial de Cuba*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1988.

- GARCÍA DEL PINO, CÉSAR. *La Rebelión de los Indocubanos*. Contribuciones del Grupo Guamá. La Habana, 1946.
- MARRERO, LEVI. *Cuba: Economía y sociedad*. Editorial Playor S.A. Madrid, 1974-1979.
- MARTÍNEZ FORTÚN, CARLOS A. "El cacicato de Sabana o Sabaneque". *Revista de la Biblioteca Nacional*, 2.ª Serie, Año VI, enero-marzo, 1956.
- MACIQUES, ESTEBAN y PABLO J. HERNÁNDEZ. "Acerca de la Toponimia aborigen del centro de Cuba". Informe parcial de investigación, Museo Antropológico Montané, Universidad de la Habana, 1990.
- PICHARDO MOYA, FELIPE. *Los indios de Cuba en los tiempos históricos*. Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1945; "Peniplano de Camagüey", *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, Época 5.ª, La Habana, 1961.
- PICHARDO TAPIA, ESTEBAN. *Carta geotopográfica de la Isla de Cuba 1860-1872*. Edición facsimilar. Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1970.
- PONTE DOMÍNGUEZ, FRANCISCO. *Matanzas, biografía de una provincia*. Academia de la Historia de Cuba. La Habana, 1956.
- PEZVELA, JACOBO DE LA. *Ensayo Histórico de la Isla de Cuba*. Madrid, 1866.
- Real Academia de la Historia. *Colección de Documentos Inéditos*. Primera Serie, Madrid, 1864-1884; *Colección de Documentos Inéditos*. Segunda Serie, Madrid, 1885-1934.
- ROUSE, IRVING. *Handbook of South American Indians*. B.A.E.S. Institution, Washington, 1948; *Archaeology of the Mariabon Hills*. New Haven, 1941.
- RODRÍGUEZ FERRER, MIGUEL. *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba*. Imprenta J. Noguera, Madrid, 1876.
- RIVERO DE LA CALLE, MANUEL. *Los aborígenes de Cuba*. Editorial Universitaria, La Habana, 1966; "Los Indios cubanos de Yateras". *Revista Santiago*. N.º 10, Santiago de Cuba, marzo, 1973.
- Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*. Editorial Porrúa, México D. F. 1987 (edición facsimilar).
- VELÁZQUEZ, DIEGO. "Carta de Relación de la Conquista de Cuba, abril 1, 1514". *Cuadernos II*. Universidad de la Habana, 1971.
- Wright, Irene Aloha, *Early history of Cuba, 1492-1586*. New York, 1918.

## F U E N T E S     D O C U M E N T A L E S

- Archivo General de Indias (Sevilla). Fondo. Santo Domingo. Legajos 103, 106, 107.



# LA PARTICIPACIÓN MALLORQUINA EN LA EXPANSIÓN NORTEAFRICANA DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA A COMIENZOS DEL SIGLO XVI

José Juan Vidal  
Catedrático II.<sup>a</sup> Moderna  
Universidad de las Islas Baleares

El escenario de la política exterior de los Reyes Católicos se centró en la conquista del reino nazarí de Granada, en la expansión territorial tanto por el Mediterráneo como por el Atlántico, y finalmente en la anexión de Navarra. La expansión mediterránea se caracterizó por la conquista a principios del siglo XVI del reino de Nápoles, y por la ocupación de toda una serie de *presidios* o plazas costeras en el Maghreb. Mallorca, como el resto de la Corona de Aragón, participó muy modestamente en la proyección atlántica, que fue una empresa primordialmente castellana, mientras que sí estuvo presente en el Mediterráneo, en especial en la toma y en el posterior mantenimiento bajo el poder del Rey Católico de una serie de guarniciones en el Norte de África. La política de expansión norteafricana venía a dar estímulo a los viejos ideales medievales de reconquista. El espíritu de cruzada seguía tremendamente vivo a comienzos de la Edad Moderna. Y además las plazas norteafricanas eran núcleos piráticos que dificultaban el libre desenvolvimiento del comercio y de la navegación en el Mediterráneo y de su ocupación se podía esperar que sirvieran de focos de penetración territorial.

En 1493, al año siguiente de la caída de Granada, ya estaba todo preparado y dispuesto en los puertos de Andalucía para el asalto general a África. El desencadenamiento de las guerras de Italia y las proporciones que fue tomando la exploración y primera colonización de América paralizaron la conquista del Maghreb, que quedó circunscrita al dominio de una serie de plazas estratégicas, y como puntos de penetración futura. En 1497 fue ocupada Melilla, en 1505 Mazalquivir, en 1506, Cazaza, en 1508 el Peñón de Vélez de la Gomera, en 1509, Orán y en 1510 Bujía y Trípoli.

Mientras duró toda la campaña contra Granada, fueron llegando noticias a Mallorca de la conquista de plazas en aquel reino, que fueron celebradas festivamente en la capital mallorquina con solemnidades religiosas y ostentaciones festivas, muestra del alborozo producido (1). Sabemos que inmediatamente después de la toma de Granada, comenzaron las luchas en Italia, por el dominio de Nápoles. Pero a Mallorca, le preocupaba mucho más que las conquistas de Granada o de Nápoles, el problema de la indefensión de sus costas frente a las interminables razzias piráticas berberiscas y el problema de la seguridad en la navegación frente al problema del corsarismo, no sólo musulmán, sino también castellano, francés o genovés. Pero el problema del corsarismo para las costas mallorquinas, aunque no exclusivamente, en gran parte provenía del norte de África. De ahí que Mallorca viera con muy buenos ojos el programa de acción militar emprendido por Fernando el Católico, ya fallecida Isabel, tras la conquista de Nápoles.

Las sucesivas ocupaciones de Mazalquivir, Orán, Bujía y Trípoli entre 1505 y 1510 supusieron la eliminación de unos no sólo potenciales focos de amenaza del litoral y de las naves mallorquinas, sino también el establecimiento de una serie de glacis de seguridad para los mercaderes de la isla, que navegaban hacia Sicilia y el sur de Italia. Eran una garantía para la seguridad de sus costas y su defensa marítima. Esta era una directriz política que Mallorca descaba ver proseguida desde la cúpula de la monarquía, cuando ésta a partir de la elección imperial de Carlos V orientó sus esfuerzos fundamentalmente hacia otras latitudes centroeuropeas. La expansión hacia el Norte de África constituye una opción frustrada de la política exterior de la Monarquía Hispánica, para los dominios de la Corona de Aragón heredados por los Austrias. Su abandono inicial y la falta de éxito de alguna operación posterior —la frustrada expedición de Carlos V de conquista de Argel en 1541— motivaron que el problema de la piratería berberisca se convirtiera en una auténtica pesadilla para la Mallorca de los siglos XVI al XVIII.

La toma de todas estas plazas magrebíes fue celebrada en Mallorca, como lo habían sido toda una serie de ciudades del reino de Granada. En 1505, el Virrey Joan Aymerich, comunicó a la población que había sido conquistada la fortaleza de Mazalquivir (2), con cuyo motivo ordenó que se hiciesen una serie de conmemoraciones públicas como muestra de regocijo: una procesión solemne, repique de campanas, luminarias, fiestas y actos de exultación y alegría. Tras la conquista de Orán, también se celebraron fiestas y luminarias públicas e idénticamente se celebró la toma de Trípoli (3). Ahora bien la participación mallorquina más importante en la expansión hispánica en el Norte de África fue en la conquista de Bujía en enero de 1510, en la que la isla colaboró con hombres, navíos, pertrechos y vituallas.

Fernando el Católico demandó la colaboración del Reino de Mallorca en la empresa. Por una parte en una Carta fechada en Valladolid el 24 de octubre de 1509, dio a conocer la bula pontificia que ofrecía una serie de gracias espirituales a quienes participasen en la guerra contra los enemigos de la fe, como lo eran los musulmanes (4) y por otra dada en Carrión el 18 de noviembre, ordenaba al Virrey de Mallorca que proporcionase al Conde Pedro Navarro las provisiones necesarias para la expedición (5). Éste en sendas cartas dirigidas al Virrey y a los jurados de Mallorca, fechadas en Bujía el 15 de enero de 1510, solicitaba vituallas, doscientos o trescientos hombres para trabajar en la puesta a punto de las fortificaciones de la plaza recién conquistada y mil hombres más para la defensa de la misma (6).

La armada que conquistó Bujía partió de Orán a finales de 1509. La componían más de veinte embarcaciones y más de cuatro mil hombres. Por el mal tiempo tuvo que recalar unos días en Ibiza, desde donde partió definitivamente el 1 de enero. El día 5 desembarcó en Bujía, que fue conquistada con rapidez (7). Mallorca aportó de acuerdo con la solicitud realizada 2.000 quarteras de trigo, transformadas en harinas y bizcochos, transportadas en cinco o seis navíos, trescientos hombres para trabajar en las obras de fortificación de la plaza, entre los que se contaban varios maestros albañiles y herreros pero no aportó los mil hombres de armas solicitados, arguyendo que la isla no estaba suficientemente poblada como para realizar ese aporte (8). El Rey agradeció en carta fechada el 5 de marzo el envío de harina, bastimentos y hombres y notificó que no eran necesarios de momento los mil hombres.

De resultas de la emigración mallorquina hacia Bujía, sucedió que hubo quienes al poco tiempo de haberse marchado retornaron a la isla y volvieron enfermos de peste. Este mal estado sanitario de la plaza norteafricana fue denunciado al Rey inmediatamente (9), puesto que Mallorca en el último tercio del siglo XV había sufrido tres pestes —1467, 1475 y 1493— que habían motivado que se institucionalizase la morbería para prevenir su introducción por vía marítima. Ahora en 1510 de nuevo hallamos enfermos de peste entre los emigrantes retornados de Bujía. El rey respondió, lamentando lo acaecido y excusando el retorno de mallorquines de Bujía, al afirmar que en sus informes la plaza de Bujía disfrutaba de buena sanidad (10). Afirma el soberano que *“no se sabe que allá estén mal sanos... ni baya ninguna manera de pestilencia”*.

La presencia hispánica en el norte de África fue muy pronto cuestionada. Los presidios norteafricanos vivieron siempre amenazados y ya desde los años inmediatamente posteriores a la conquista, una enérgica reacción musulmana intentó expulsar a los españoles de territorio africano. En 1514 se produjo un ataque contra Bujía por parte de los berberiscos, renovado en 1515. El sitio de Bujía de 1515 fue levantado gracias al concurso de tropas mallorquinas, que al mando del entonces Virrey Miguel de Gurrea, reforzaron a los defensores mandados por el valenciano Ramón Carroz, y les permitieron rehusar los diversos embates musulmanes. La expedición mallorquina salió en agosto de 1515 y no retornó hasta enero de 1516 (11). Tras esta expedición se estableció una fuerte vigilancia de las costas de la isla, por temor a operaciones de represalia que no se llegaron a producir.

No obstante la expansión española en el norte de África fue limitada frente a lo que hubieran podido ser sus objetivos. El mismo año de la conquista de Bujía —1510— la marina hispánica fue derrotada en Djerba y a partir de



entonces comenzaron desde Argel las actividades de los Barbarroja, que asolaron las costas del Mediterráneo y dirigieron un sinfín de ataques contra las Baleares. La plaza de Argel se convirtió en un auténtico talón de Aquiles de los dominios mediterráneos de Carlos V. Desde ella fue constantemente amenazada la seguridad de las costas mallorquinas y muchos de sus habitantes sufrieron los efectos de las constantes operaciones de castigo contra ellas. Los ataques de los musulmanes —turcos y norteafricanos— contra las costas baleáricas fue una constante de la historia del archipiélago durante los siglos XVI y XVII.

## N O T A S

(1) CAMPANER, ÁLVARO: *Cronicón Mayoricense*, Palma de Mallorca, 1881, p. 190-192, MUNTANER BUJOSA, JUAN: "Un noticiari de finals del segle XV", *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, XXVI, Palma de Mallorca, 1953, p. 37 y 52 - 53 y JUAN VIDAL, J.: *Mallorca en tiempos del descubrimiento de América*, Palma de Mallorca, 1991, p. 111-112.

(2) Archivo del Reino de Mallorca (A.R.M.), Archivo Histórico (A.H.) 426, f. XLIV-XLV. Al referirse a Mazalquivir, lo denomina "Lo principal port de tota la barbería".

(3) CAMPANER, A.: Ob. cit., p. 222-233.

(4) A.R.M. Lletres Reials (L.R.) 82, f. 227v - 228v y Extraordinaris de la Universitat (E.U.) 26, f. 37-38.

(5) A.R.M. Actas del Gran i General Consell (A.G.C.), 21, f. 10-10v.: el 21 de febrero de 1510 fue leída en el General Consell la carta real dirigida al Virrey de Mallorca, de 18 de noviembre de 1509.

(6) A.R.M. A.G.C. 21, f. 11-11v: "Pocos días ha scrivi a vostra mercé desde la formentera y le embie una carta del Rey nostre Señor en que manda que en lo que desde su Reyno nos podía favorecer y ayudar...", y A.H. 687, f. 1-1v.

(7) A.R.M. A.G.C. 21, f. 12-12v: "Provehymos que el Alcayde de los donzeles fuese a tomar cargo de la Ciudad de Oran porque el Conde don Pedro Navarro saliesse con su gente para proseguir esta sancta conquista de África y assi en el principio del mes de dezembre que agora passó fue entregada la dicha Ciudad al dicho Alcayde y el dicho Conde sallió con fasta quatro mil infantes y a los dies del dicho mes lego a Hyvissa y estovo allí por tiempo contrario fasto al primero die desto mes de enero que plugo a nuestro señor darle buen tiempo y toda ela armada salió que eren en mundo de XXVII veles y con prospero tiempo. La viespre de los Reyes que fueron sinco desie mes surgiron en el puerto dela Ciudad de Bugia la qual scriure que poblacion de nueve mil cases y abun que los moros staven apersebidos para defenderla que no desenbarrassen y dieronse tan buena manya que a pesar de ellos saltaron en tierra y luego de golpe les comensaron a ganar la una parte de la Ciudad y plugo al Spiritu Sancto poner los tanto sfuerso que con solos dos hombres que pudieron ganar a la Ciudad toda y los moros fuyeren que no la pudieren defender es de dar muchas gracias a dios por tan gran victoria como ha plazido dar a nuestro exercito. Eporque como vos sabeys aquella Ciudad y Reyno tienen por muy vesino al Reyno de Mallorques más que otra tierra de cristianos y sia necessario dende allí proveher muchas cosas para la defensión de aquella Ciudad y para ala perssution dela conquista en la qual vos podeys mucho aprovechar y porende encargamos y mandamos que luego pongays diligentia en passar vos a Mallorques y sea lo mas antes que ser puede que en Barchinona o Valentia no vos faltara algun buen passage y avisadnos luego de como y quando vos entendeys rembarchar porque de lo que vos ocurriere y fuere manester proveherse vos lo scrivia mas que agora por la via Valentia cade día partiran navios con bastimentos y provisiones que para tan sancta cosa como esta y dandonos dios tan buen principio razon es que todos nos dispongamos a trabajar en ello". (Carta Real desde Valladolid al Lugarteniente Aymerich de 22 de enero de 1510).

(8) A.R.M. A.H. 687, f. 2-4, 4v-5, 6-6v, 7v-8, 12v-13 y 14v-15, y A.G.C. 21, f. 13v-15: "atessa la necessitat y pocha població del present Regne no es expedient aaquell encarregar-se perla dita Ciutat de Bogia y trametre los dits mil homens... a causa de tanies sterilitats y pobresa molts han mudat lur domicili e se son transferits en altres parts...". El Rey notificó el 27 de febrero la toma de Bugia (A.H. 687, f. 15-15v).

(9) A.R.M. A.H. 687, f. 19v-20: Carta al Rey de los Jurados de Mallorca de 1 de mayo de 1510.

(10) A.R.M. A.H. 687, f. 22v-23: Carta Real a los Jurados de Mallorca desde Monzón el 25 de mayo de 1510 en la que además intenta excusar los excesos cometidos por el desembarco en Mallorca de unos 1.200 hombres que se dirigían hacia Bugía, ordenando que a partir de entonces las tropas que pasen por el puerto de Mallorca en idéntica dirección no desembarquen sino que sean avituallados en sus naves.

(11) SEVILLANO COLOM, F.: "Mallorca y la defensa de Bugía (1515)", *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, XXXIII, Palma de Mallorca, 1972, p. 332 - 370.



# Í N D I C E



# Í N D I C E

	P Á G I N A
PRESENTACIÓN. General Jefe Región Militar Sur .....	5
INTRODUCCIÓN. Esther Cruces Blanco, Directora de las Jornadas .....	7
I	
ORGANIZACIÓN MILITAR EN LOS SIGLOS XV Y XVI .....	11
René Quatrefages (Ponencia).	
PRESTACIONES MILITARES DE ARAGÓN AL REY EN EL REINADO DE FERNANDO II .....	17
José A. Armillas y Enrique Solano, Profesores Titulares Historia Moderna, Universidad de Zaragoza.	
VIZCAYA EN LA GUERRA DE SUCESIÓN DE CASTILLA .....	25
Francisco Manuel Vargas Alonso, Universidad del País Vasco.	
LA DEBILIDAD DEL SISTEMA LOGÍSTICO ESPAÑOL Y LA CRISIS DEL 1505. EL TRASLADO DE LA INFANTERÍA DE NÁPOLES A GRANADA .....	31
José Szmolka Clares, Profesor Titular Historia Moderna, Universidad de Granada.	
EL DESAFÍO MILITAR DE LA REVUELTA DE ESPADÁN (VALENCIA, 1526) .....	37
Juan Francisco Pardo Molero, Becario de Investigación, Dpto. Historia Moderna, Universidad de Valencia.	
LOS HOMBRES DE ARMAS DE LAS GUARDAS DE CASTILLA, ELEMENTO BÁSICO EN LA ESTRUCTURA MILITAR DE LA ESPAÑA DE FELIPE II .....	43
Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, Historiador. Museo Naval de Madrid.	
LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN EL REINO DE ARAGÓN DURANTE EL SIGLO XVI .....	49
José M.ª Sánchez Molledo, Universidad Complutense de Madrid.	
LA ORDEN DE MALTA EN EL VALLE DEL GUADALQUIVIR. LA BAILIA DE LORA COMO EJEMPLO DE UNA ORGANIZACIÓN PECULIAR .....	57
Miguel Castillo Guerrero, Profesor Titular del Departamento de Geografía Humana. Universidad de Sevilla.	
LA SANIDAD MILITAR EN LOS SIGLOS XV Y XVI .....	67
Vicente Velamazán Díaz, Coronel Médico. Vicente Velamazán Perdomo, Capitán Médico. Miguel Velamazán Perdomo, Estudiante de Geografía e Historia.	
LA MEDICINA ANIMAL EN LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN LOS SIGLOS XV Y XVI .....	73
Dr. José Manuel Pérez García, Teniente Coronel de Sanidad (Veterinaria), Centro Militar de Veterinaria. Madrid. Dr. Patrocinio Moratinos Palomero, Comandante de Sanidad (Medicina), Hospital Militar Central "Gómez Ulla". Madrid. Prof. Emilio Ballesteros Moreno, Catedrático. Facultad de Veterinaria, Universidad Complutense. Madrid.	
ALGUNAS CONNOTACIONES MÉDICO-SANITARIAS EN LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN EL SIGLO XV .....	79
Patrocinio Moratinos Palomero, Tte. Coronel de Sanidad (Médico), Hospital Militar Central "Gómez Ulla". José Manuel Pérez García, Tte. Coronel de Sanidad (Veterinario), Centro Militar de Veterinaria.	
DE LA FARMACIA MEDIEVAL A LA CASTRENSE DEL XV Y XVI .....	85
Enrique Roldán González, Coronel Farmacéutico.	

EL REINO DE GRANADA COMO FRONTERA: ORGANIZACIÓN DE SU DEFENSA DURANTE EL REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS (1492-1516) .....	93
José Enrique López de Coca Castañer, Universidad de Málaga. (Ponencia).	
IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DE LA FORTALEZA DE EL BURGO .....	111
José M. <sup>2</sup> Gómez Termel, Coronel Médico, Hospital Militar de Sevilla.	
LAS FUERZAS NAVALES DEL REINO DE GRANADA. UNA EXCEPCIÓN EN LA ORGANIZACIÓN MILITAR ESPAÑOLA DE COMIENZOS DEL QUINIENTOS .....	115
José Szmolka Clares, Profesor Titular II. <sup>2</sup> Moderna, Universidad de Granada.	
EL RESURGIR DE UNA FRONTERA: LORCA Y EL LEVANTAMIENTO DE LAS ALPUJARRAS (1568-1571) .....	121
Valeriano Sánchez Ramos, Universidad de Granada. Juan Francisco Jiménez Alcázar, Universidad de Murcia.	
TURCOS Y MORISCOS EN LA REBELIÓN DE LAS ALPUJARRAS: ALGUNAS NOTAS SOBRE LA GUERRA DE GRANADA DE 1568-1570 .....	129
Ángel Galán Sánchez, Universidad de Málaga.	
LA CIUDAD DE MURCIA ANTE LA SUBLEVACIÓN MORISCA DE LAS ALPUJARRAS .....	137
Alberto Calderón Dorda, Universidad de Murcia. Trinidad Luis López López, Universidad de Murcia.	
UN EJÉRCITO DE CAMPESINOS. LA REPOBLACIÓN DE FELIPE II EN LA ALPUJARRA ALMERIENSE Y LA MILITARIZACIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL .....	143
Valeriano Sánchez Ramos, Universidad de Granada.	
ADELANTADOS Y MANDO MILITAR: LOS FAJARDO EN MURCIA (S. XV-XVI) .....	151
Juan Francisco Jiménez Alcázar, Universidad de Murcia.	

## III

FORMACIÓN Y FUNCIONAMIENTO DE LAS HUESTES .....	161
Ángel Ladero Quesada. (Ponencia).	
LA FORMACIÓN DE UN EJÉRCITO NOBILIARIO AL FINAL DE LA EDAD MEDIA .....	173
Ana Belén Sánchez Prieto, Universidad Complutense de Madrid.	
EL RECLUTAMIENTO MILITAR EN CASTILLA A FINALES DEL SIGLO XVI. ANÁLISIS DE COMPAÑÍAS DE SOLDADOS LEVANTADAS EN TIERRAS DE BURGOS, ÁVILA, SORIA, ÁLAVA, LA RIOJA, NAVARRA, SEGOVIA Y CÁCERES .....	179
Juan Mañeru López, Teniente Coronel de Artillería. Carmen Cámara Fernández, Licenciada en Historia.	
PROBLEMAS DISCIPLINARIOS EN EL EJÉRCITO DE ARAGÓN DE 1591 .....	191
Manuel Gracia Rivas, Teniente Coronel del Cuerpo Militar de Sanidad.	
LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN LA CATALUÑA DEL SIGLO XVI .....	197
Antonio Espino López, Dpto. de Historia Moderna y Contemporánea, Universidad Autónoma de Barcelona	
A PROPÓSITO DEL IDEAL DE CABALLERÍA .....	203
Lluís Ramón i Ferrer, Universitat de València.	
ORDEN, SEGURIDAD Y DEFENSA DE LA MONARQUÍA: MODELOS PARA LA ORGANIZACIÓN DE UNA MILICIA GENERAL (1596—1625) .....	209
Bernardo José García García, Universidad Complutense Madrid.	
ACLARACIONES EN TORNO A LAS CORONELÍAS Y LOS TERCIOS .....	217
Francisco Arias Marco, Profesor de Historia Militar, Academia General Militar.	
LAS LANZAS PARTICULARES. UNA CONTRIBUCIÓN DE LOS SEÑORES Y PRELADOS A LAS EMPRESAS MILITARES DE LA MONARQUÍA A FINALES DEL SIGLO XVI .....	221
Manuel Gracia Rivas, Teniente Coronel del Cuerpo Militar de Sanidad.	

LAS MILICIAS CONCEJILES ANDALUZAS (SIGLOS XIII-XV) .....	227
Manuel González Jiménez, Universidad de Sevilla. (Ponencia).	
LAS MILICIAS DEL CONCEJO DE SEVILLA EN EL CONTEXTO DEL EJÉRCITO MEDIEVAL .....	243
Joaquín Agudelo Herrero y María Dolores Jiménez Aguilar, Licenciados en Geografía e Historia, Udad. de Sevilla	
LAS MILICIAS DE SEVILLA .....	249
Manuel Parreño Casado, Sargento de Caballería	
NOTAS SOBRE EL ALISTAMIENTO DE 1588 EN LA TIERRA DE SEVILLA .....	253
Juan José Iglesias Rodríguez, Universidad de Sevilla	
HOSPITALIZACIÓN MILITAR EN SEVILLA EN LOS SIGLOS XV y XVI .....	259
J. M. Gómez Teruel, Coronel Médico, Hospital Militar de Sevilla.	
LA PICARESCA EN EL EJÉRCITO. DATOS PARA SU ESTUDIO. PRESENCIA DE SOLDADOS EN BURGOS A FINALES DEL SIGLO XVI .....	263
Carmen Cámara Fernández, Licenciada en Historia. Juan Mañeru López, Teniente Coronel de Artillería.	
MÁLAGA COMO BASE MILITAR: EL PROBLEMA DEL ALOJAMIENTO DE LAS TROPAS (1487-1516) .....	275
M.ª Teresa Martín Palma, Profesora Titular de Paleografía y Diplomática de la Universidad de Málaga. Esther Cruces Blanco, Directora del Archivo General de Andalucía	
EL PADRÓN DE SOLDADOS DE ÚBEDA Y TORREPEROGIL DE 1596: UNA FUENTE PARA EL CONOCIMIENTO DE LA MILICIA .....	281
Estrella Barrera García, Lcda. en Geografía e Historia. M.ª Josefa Parejo Delgado, Doctora en Historia Medieval. M.ª Adela Tarifa Fernández, Doctora en Historia Moderna.	
FORMACIÓN Y FUNCIONAMIENTO DE LA HUESTE DE ÚBEDA DURANTE LA BAJA EDAD MEDIA .....	291
María Josefa Parejo Delgado, Doctora en Historia Medieval.	
EL EJÉRCITO Y LA CIUDAD DE ZAMORA EN EL SIGLO XVI .....	297
Francisco Javier Lorenzo Pinar, Doctor en Historia Moderna, Universidad de Salamanca.	
LAS PRESTACIONES MILITARES DE LOS CONCEJOS DEL SEÑORÍO ARZOBISPAL DE TOLEDO: LA COMUNIDAD DE VILLA Y TIERRA DE ALCALÁ DE HENARES ENTRE 1461 Y 1466 .....	303
Antonio Castillo Gómez, Becario del C.I.D.E., Archivo Central M.E.C.	
EL ELEMENTO HUMANO EN LA DEFENSA DE CARTAGENA DURANTE EL SIGLO XVI Y PRINCIPIOS DEL XVII .	317
Aureliano Gómez Vizcaíno, Vicente Montojo Montojo	
LA ORGANIZACIÓN MILITAR DEL CONCEJO DE MÁLAGA A FINES DE LA EDAD MEDIA .....	329
José M.ª Ruiz Povedano, Universidad de Málaga.	

## V

LAS GUERRAS Y SU TÉCNICA EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO .....	343
Miguel Alonso Baquer, General Secretario Permanente, Instituto Español de Estudios Estratégicos. (Ponencia).	
DE LA PICA AL MOSQUETE: LA NUEVA NATURALEZA DEL COMBATE .....	353
José Luis Arcón Domínguez, Licenciado en H.ª Moderna, Universidad de Valencia.	
LA ARTILLERÍA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XV .....	361
Julián García Sánchez, Profesor de Historia Militar, Academia General Militar, Lcdo. en Geografía e Historia.	
ASPECTOS MILITARES DE LA REVUELTA FORÁNEA EN MALLORCA (1450-1452) .....	365
Antonio Ortega Villoslada, UNED, Centro Asociado de Baleares.	
POLIORCÉTICA, ECONOMÍA DE GUERRA Y HACIENDA EN EL SIGLO XV (EL ASALTO A BALAGUER POR FERNANDO I EN 1413) .....	369
Esteban Sarasa Sánchez, Profesor de H.ª Medieval, Universidad de Zaragoza.	

LA FORMACIÓN MILITAR DEL REY CATÓLICO .....	377
Andrés Mas Chao, General de Brigada de Infantería DEM, Licenciado en Historia.	
EL PRIMER TRATADISTA DE LAS FUERZAS ARMADAS EN EL NUEVO MUNDO VIDA Y OBRA DEL DR. DIEGO GARCÍA DE PALACIO Y ARCE (1540-1595) .....	385
José Corderas Descárrega, Coronel de Artillería.	
LAS RELACIONES TOPOGRÁFICAS DE FELIPE II, EN RELACIÓN CON LA ESTRATEGIA MILITAR .....	391
Javier Navarro Luna, Licenciado en Geografía e Historia.	

## VI

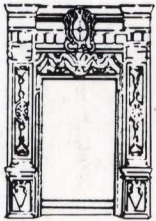
FORTIFICACIONES DE TRANSICIÓN DEL CASTILLO AL FUERTE ABALUARTADO .....	399
Luis de Mora Figueroa, Universidad de Cádiz. (Ponencia).	
CASTILLOS Y FORTALEZAS EN EL REINO DE SEVILLA A MEDIADOS DEL SIGLO XV .....	413
José Manuel Navarro Domínguez, Licenciado en Geografía e Historia, Hemeroteca Municipal de Sevilla.	
LA RED DE CASTILLOS DE LA FRONTERA NORTE DE SEVILLA EN EL SIGLO XV .....	419
Nuria Casquete de Prado Sagrera, Licenciada en Geografía e Historia.	
EL CASTILLO DE SAN PEDRO DE JACA —LA CIUDADELA— DEFENSA DEL PIRINEO ALTOARAGONÉS EN EL SIGLO XVI .....	425
Antonio Ciprés Susin, Coronel de Infantería, Licenciado en Derecho, Consejero del Instituto de Estudios Altoaragoneses.	
EL FUERTE DE SANTA ELENA Y LA FORTIFICACIÓN DE LOS VALLES DE TENA Y BROTO EN LOS SIGLOS XV Y XVI .....	437
María Cruz Palacín Zueras, Profesora de EGB, Colaboradora del Instituto de Estudios Altoaragoneses, Investigadora en Historia.	
LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL ESTADO EN NÁPOLES BAJO EL VIRREY PEDRO DE TOLEDO (1532-1553) .....	447
Carlos José Hernando Sánchez, Universidad Complutense de Madrid.	
ALCÚDIA (MALLORCA): DE LA TORRE AL BALUARTE .....	455
Josep Segura i Salado, Socio protector de la Hermandad de Retirados de las Fuerzas Armadas.	
LA FORTALEZA DEL PEÑÓN DE ARGEL Y SU GUARNICIÓN (1514-1516) .....	463
Rafael Gutiérrez Cruz, Universidad de Málaga.	
ALMENARAS Y FOLLIES DESAPARECIDAS DEL PEÑÓN DE GIBRALTAR .....	473
Rodrigo Valdecantos Dema, Universidad de Cádiz.	

## VII

EL ARTE DE LA GUERRA EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA .....	483
Luis Navarro García, Catedrático de Historia de América, Universidad de Sevilla. (Ponencia).	
LA ARTILLERÍA DEL CONSEJO DE INDIAS .....	493
Guillermo Frontela Carreras, Teniente Coronel de Artillería.	
EL MARCO MILITAR DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA .....	503
Jaime Albelda Alonso, Cte. de Infantería.	
MILICIA Y ORGANIZACIÓN DEFENSIVA EN LAS ANTILLAS (1500-1550) .....	509
Esteban Mira Caballos, Universidad de Sevilla.	



AUXILIARES INDÍGENAS EN LA DEFENSA DE CUBA (1526-1599) .....	515
Pablo J. Hernández González, Universidad de La Habana.	
LA PARTICIPACIÓN MALLORQUINA EN LA EXPANSIÓN NORTEAFRICANA DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA A COMIENZOS DEL SIGLO XVI .....	523
José Juan Vidal, Catedrático H. <sup>a</sup> Moderna, Universidad de las Islas Baleares.	



SERVICIO DE PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ  
1993



**Unicaja**  
**Obra Socio Cultural**